



H.G.WELLS

OBRAS
COMPLETAS

I



A lo largo de estos dos tomos de «Obras completas», se presenta la obra de un autor que se adelantó a su tiempo. Todo pensamiento nuevo halla un estímulo en la obra y en la vida de Wells. El hecho de que, por lo general, tenga mayor solidez su crítica que sus construcciones, no sirve más que para definir con mayor relieve su oficio y no comprueba menos lo esencial de su personalidad creadora. Produce un estado de ánimo que se eleva sin dificultad — y, si se quiere, sin pensamiento consciente— por encima de las barreras sociales y de la tradición histórica, y que tiende a considerar el cambio no sólo necesario, sino normal y deseable. Provoca un sueño y un anhelo; y de ambos brota la voluntad de creación.

Obras en este volumen:

La máquina del tiempo (1895).

La isla del doctor Moreau (1896).

El hombre invisible (1897).

La guerra de los mundos (1897).

Cuando el durmiente despierta (1899).

Los primeros hombres en la Luna (1901).

El alimento de los dioses (1903).

La vista maravillosa (1895).



H. G. Wells

Obras completas I

ePub r1.0

Titivillus 19.02.2018

Título original: *Herbert George Wells. Obras completas I*

H. G. Wells, 1953

Traducción: Nellie Mansó de Zúñiga & Julio Gómez de la Serna & Ramiro de Maeztu & Jaime Elías

Prólogo: Nellie Mansó de Zúñiga

Obras y traducciones

La máquina del tiempo [Traducción] (1953): Nellie Mansó de Zúñiga

The Time Machine [Novela Corta] (1895) de H. G. Wells

La isla del doctor Moreau [Traducción] (1953): Jaime Elías, Julio

Gómez de la Serna, Nellie Mansó de Zúñiga, Ramiro de Maeztu

The Island of Dr. Moreau [Novela] (1896) de H. G. Wells

El hombre invisible [Traducción] (1953): Julio Gómez de la Serna

The Invisible Man [Novela] (1897) de H. G. Wells

La guerra de los mundos [Traducción] (1902): Ramiro de Maeztu

The War of the Worlds [Novela] (1897) de H. G. Wells

Cuando el durmiente despierta [Traducción] (1953): Jaime Elías, Julio

Gómez de la Serna, Nellie Mansó de Zúñiga, Ramiro de Maeztu

When the Sleeper Wakes [Novela] (1899) de H. G. Wells

Los primeros hombres en la Luna [Traducción] (1953): Jaime Elías

The First Men in the Moon [Novela] (1901) de H. G. Wells

El alimento de los dioses [Traducción] (1953): Jaime Elías, Julio Gómez

de la Serna, Nellie Mansó de Zúñiga, Ramiro de Maeztu

The Food of the Gods [Novela] (1903) de H. G. Wells

La visita maravillosa [Traducción] (1953): Jaime Elías, Julio Gómez de

la Serna, Nellie Mansó de Zúñiga, Ramiro de Maeztu

The Wonderful Visit [Novela] (1895) de H. G. Wells

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Prólogo

***E**s imposible hacer el retrato de un espíritu de las proporciones del de Herbert George Wells sin colocarlo sobre un fondo adecuado. Si en lugar de nacer en el último tercio del siglo XIX, Wells hubiera nacido cincuenta años más tarde, su figura y sus ideas hubieran resultado anacrónicas y ahora nos harían sonreír con indulgencia. Pero aquel cerebro, que había de ser una de las influencias más poderosas de su época, vino al mundo cuando ante éste comenzaban a abrirse nuevos horizontes. Imperceptiblemente iba abriéndose una brecha en el rígido victorianismo británico, y Wells, como Bernard Shaw, James Jeans, Henry James, Sydney Webb y algunos otros, pudo lanzar sus opiniones a la caja de resonancia del mundo cuando las antiguas ideas políticas y religiosas estaban comenzando a romper sus ligaduras de siglos.*

Nació Herbert G. Wells en Bromley, Kent, en la Inglaterra de 1866. Hoy uno de los suburbios londinenses, Bromley era entonces un pueblecillo rodeado de campos abiertos, de aquellos campos que años más tarde Wells habría de describir en tantas novelas suyas. Su padre, Joseph Wells, había adquirido con todos sus ahorros, y en lo que a él le parecieron buenas condiciones, una tiendecita de objetos de loza y porcelana en aquella localidad. Descubrió muy pronto, sin embargo, que el negocio no sólo no era tan floreciente como había esperado, sino que apenas les daría lo necesario para vivir. Joseph, hombre de fuerte constitución física, enamorado del aire libre y además un magnífico jugador de cricket, se dedicó a este deporte como profesional y con sus ganancias logró mantener a flote a la familia, que iba aumentando rápidamente. Así, pues, «Bertie», el menor de los cuatro hijos del matrimonio, vio la luz en el seno de una típica familia de la «clase media baja», impulsada por un lado por una tradicional respetabilidad, netamente británica, y por el otro por el espectro del hambre.

Su madre concentró todos sus esfuerzos en hacer que la Religión fuera el fundamento de su hogar. Sarah Wells llevó al altar una fe sencilla. Creía sinceramente que Dios era un padre bondadoso que cuidaría de ella y de los suyos, y en aquellos años de estrecheces halló en sus plegarias un refugio y un consuelo. Pero cuando murió su hijita Fanny, algo muy profundo se rompió para siempre en su interior, sin que acaso ni ella misma lo supiera. En su autobiografía nos dice Wells que, aunque su madre procuró inculcarle a él los mismos principios que hicieron de su hermana muerta una niña excepcionalmente piadosa, ella misma no los tenía ya arraigados en el fondo del alma, y añade que su propia falta de fe está probablemente basada en aquel hecho. Las impresiones apenas conscientes de aquellos primeros años de su vida habían de grabarse para siempre en el corazón del chiquillo, y Herbert G. Wells mantuvo hasta el fin de sus días una actitud de irónico escepticismo hacia toda exteriorización de fe religiosa.

La escuela primaria a la que asiste y el maestro que la preside, con sus cambios de humor, su crónica indigestión y sus frecuentes distracciones, están perfectamente descritos en la que muchos consideran la mejor de sus novelas, Kipps. Se trata de la típica escuela rural de la época, cuyo objetivo era preparar a los niños de la clase trabajadora, y en ella poco hubiera aprendido Wells de no haber tenido la suerte de romperse una pierna cuando tenía siete años. Aquél fue el medio de que se valió el destino para abrir los primeros tentáculos de su precoz inteligencia y sembrar en ella el ansia de saber. Porque el pequeño Herbert, instalado cómodamente en la «sala», la mejor habitación de la casa, comenzó a devorar libro tras libro, y su imaginación descubrió, asombrada, países desconocidos y lejanos, animales extraños, mundos misteriosos, fantásticas aventuras y personajes exóticos. Y cuando, ya curado, vuelve a la escuela, su espíritu, prendido sin remedio en las redes de todo lo que acaba de vislumbrar, no consigue concentrarse en las lecciones de contabilidad, rebelándose instintivamente contra lo que parece decretado que ha de ser el destino de su vida. Pero la rebelión es inútil. La realidad de su posición en el mundo es muy distinta de sus sueños y, cumplido el tiempo que sus padres han considerado necesario para completar su educación, entra de aprendiz en una tienda de tejidos, convirtiéndose de este modo en una diminuta pieza más del prosaico mecanismo del comercio. Se le asigna un puesto en la caja. Pero en aquel ambiente su imaginación inquieta se ahoga, no hace ningún

esfuerzo por fijar su atención en lo que tiene entre manos, se entrega a escondidas a la lectura y vive para sus sueños. El resultado es que, distraído, no da el cambio exacto a los parroquianos y que al final del día las cuentas no cuadran. Alguien se aprovecha de aquel estado de cosas y comienza a faltar dinero. Y aunque, por haberle vigilado estrechamente, sus jefes están convencidos de su honradez, muy pronto se dan cuenta de que no es aquél el empleado que necesitan en su empresa y Herbert G. Wells es despedido.

Pasa entonces a ayudar a un pariente lejano que dirige una escuela y aquí se siente más a sus anchas. Puede dejar libre a la imaginación, puede leer, y, por no estar sujeto a horario alguno, puede seguir haciendo nuevos y fascinadores descubrimientos que van apasionándole más y más. Pero su tío es también un hombre poco práctico y un buen día se ve obligado a cerrar la escuela por motivos económicos. Wells está de nuevo en la calle. No puede pedir ayuda monetaria a su familia porque su padre se rompió una pierna años atrás, quedando inutilizado para jugar al cricket, y ahora depende totalmente de su esposa, que ha tenido que aceptar el puesto de ama de llaves en una mansión aristocrática. Lo único que Sarah Wells puede hacer por su hijo es conseguirle, por medio de una fuerte recomendación, un nuevo empleo en un almacén de paños. Pero Herbert se resiste a aceptarlo. Conoce ya por experiencia esa clase de trabajo y sabe que no podrá soportarlo mucho tiempo. Su madre insiste, suplica, llora, y el muchacho se ve por fin obligado a ceder. Después de haber probado el sabor de una relativa libertad, se encuentra convertido de la noche a la mañana en un autómatas que dobla piezas de tela, traslada maniqués, arregla escaparates, abre la puerta a los compradores y se consume de impotente ira cuando a las once de la noche se apaga la luz en el dormitorio general y no puede seguir leyendo el libro que se le brinda como un oasis salvador. Un domingo por la mañana se pone en camino de la casa donde trabaja su madre y anuncia a ésta su decisión de abandonar el almacén y marchar por su cuenta a Midhurst. Ni los ruegos ni las lágrimas de la buena mujer consiguen esta vez disuadir a Herbert, que pone inmediatamente en práctica sus planes. En Midhurst se coloca de ayudante de un boticario. Años más tarde habrá de describir esta botica en *The Dream* (El sueño), que, como la mayoría de sus novelas, contiene un gran número de pasajes autobiográficos.

Wells, ya un joven de diecisiete años, se matricula en las clases de la

escuela nocturna y, desde el principio, se siente atraído irresistiblemente por la ciencia. Por las noches contempla las estrellas y los cráteres de la luna, y durante el día, de pie sobre uno de los muchos altozanos de la hermosa campiña inglesa, piensa en las sucesivas eras geológicas y en los misterios de la Evolución, que ha de ser siempre el punto de apoyo de todas sus teorías. Darwin es su gran maestro, y su visión del hombre y del mundo está en el futuro. Todo lo que Herbert George Wells ha de decir en el curso de su vida sobre la gran República Laboral, el Estado Mundial, etcétera, no son sino esfuerzos por hacer avanzar más de prisa a la humanidad en su camino hacia la perfección final.

Es posible que estas ideas germinaran en su mente mientras barría la botica de Midhurst, o recorría con su traje desgastado la distancia que le separaba de la escuela nocturna. ¿Quién podría decirlo? Wells sigue estudiando sin hablar mucho, y pronto el joven empleado descuelga entre sus compañeros y obtiene una beca para la Escuela Normal de Ciencia de South Kensington, con lo que se le ofrece la magnífica oportunidad de hacer un curso de Biología con T. H. Huxley. Por primera vez en su vida, Herbert G. Wells es completamente feliz.

Instalado en Londres, estudia, investiga, da lecciones y no transcurre mucho tiempo antes de que una revista científica publique su primer artículo. Su actividad es incesante. Pronto se resiente su salud, que nunca ha sido excesivamente fuerte, y aunque al principio se niega a conceder importancia al hecho, cuando, a poco de cumplir los veinte años, los médicos le dicen que tiene una importante lesión en el pulmón, se ve obligado a abandonar las clases y a ganarse la vida colaborando en revistas. Poco después publica su primera novela, La máquina del tiempo. Ésta es acogida con entusiasmo y Wells queda consagrado como escritor.

El liberalismo romántico era entonces la fe común en Inglaterra, compartida por poetas, filósofos y políticos, y Wells eligió la novela científica como medio para plasmar las imágenes y los símbolos de aquella fe popular. A La máquina del tiempo siguieron otras creaciones de argumento fantástico, de las cuales quizá la más conocida, gracias a la película que de ella se hizo con el mismo título, sea El hombre invisible. Las novelas de Wells habían sido precedidas por las de Julio Verne, que combinaba una fe infantil en la máquina con un cerebro

práctico y un culto por las matemáticas. Wells siente de un modo muy distinto. También él, como su predecesor, quiere atravesar el espacio y aterrizar en la Luna, pero, lejos de dedicar páginas y páginas a la descripción minuciosa y detallada del aparato, no se anda por las ramas e inventa la «cavorita», un material refractario a la fuerza de gravedad con el que, de un plumazo, por así decirlo, resuelve el problema.

Otra fantasía wellsiana, La guerra de los mundos, dio lugar, en 1938, en Norteamérica, a una de las mayores manifestaciones de histerismo colectivo de los últimos años. El gran actor dramático Orson Welles lanzó, por las antenas de la «Columbia Broadcasting System», una versión libremente adaptada de la novela del escritor británico. Con tan extraordinario realismo se expresó imaginando ser uno de los pocos supervivientes de la catástrofe, que miles de personas en todo el país recogieron sus enseres prefiriendo huir precipitadamente antes de ser víctimas de los marcianos. Al fin, las emisoras nacionales consiguieron convencer a los ingenuos de que ningún monstruo de otro planeta había aparecido sobre la Tierra, y todo volvió a la normalidad. Once años después, en febrero de 1949, una emisora de Quito lanzó una nueva y también realista versión de la invasión de los marcianos, dando partes y boletines con nombres de ciudades ecuatorianas. Al principio, el público reaccionó como habían reaccionado los americanos del Norte, lanzándose histéricamente a la calle y pidiendo auxilio. Pero al enterarse de la verdad se negó a tomar la cosa con filosofía y a reírse de su propia credulidad, e, hirviendo de indignación, se dirigió al edificio de la emisora y le prendió fuego. Cuando apareció la policía (que, junto con los soldados, se había precipitado a repeler el ataque de los marcianos), ya nada podía hacerse. El edificio y todo su contenido había quedado destruido.

Pasan los años y el impulso romántico de H. G. Wells va consumiéndose, o, para ser exactos, va buscando un nuevo medio de expresión. Hasta entonces le había fascinado la Ciencia, sus posibilidades y el inmenso campo que ofrecía a su fantasía, casi con exclusión de todo otro tema. Ha estado tanto tiempo ocupado en soñar, que, aunque nunca llegó a olvidar del todo al hombre de la calle, no ha prestado atención a sus problemas. Ahora Wells mira a su alrededor y lo que ve le llena de indignación. Al principio se contenta con dar salida a

sus emociones creando una serie de personajes al estilo de los de Dickens, figuras cómicas que llegan a ser trágicas, al luchar contra su propia ignorancia y esforzarse por salir a la superficie del abismo de prejuicios en que se hallan sumidas. Wells ha inmortalizado al habitante del suburbio, del pueblecillo, dando a su voz, a sus ideas y a su personalidad formidables dimensiones. Es en esta época cuando escribe tres deliciosas comedias, Kipps, La historia de Mr. Polly y El amor y Mr. Lewisham, y aunque sus tipos son esencialmente británicos y Victorianos, su simbolismo es universal. Esta lucha contra todo lo que hasta entonces había oprimido a la pequeña burguesía, contra los magnates del mundo de los negocios, contra las creencias religiosas tradicionales y los políticos ambiciosos, va adquiriendo poco a poco caracteres de verdadera obsesión, y su pluma se convierte en el arma ofensiva con que ataca a todos los principios establecidos. Uno de los productos característicos de esta nueva fase es la novela Cuando el durmiente despierta, que es, simplemente, una exageración de las tendencias de entonces: edificios más altos, ciudades más grandes, capitalistas más malvados y trabajadores más oprimidos que nunca.

Y, sin embargo, Wells no es comunista. Es demasiado individualista para serlo. Su teoría consiste en «el hombre para el hombre», la teoría del socialismo, en oposición a la del comunismo, que es «el hombre para el Estado», y a la del cristianismo, que es «el hombre para Dios». Es, pues, un socialista convencido, y por lo tanto se convierte en uno de los miembros más activos de la Sociedad Fabiana, a la que se empeña en considerar como la minúscula semilla de la que ha de nacer el gran Estado Mundial que describe en Una utopía moderna. Su fertilidad es asombrosa y publica libro tras libro. Gramaticalmente está lejos de ser siempre correcto y no se preocupa de pulir su prosa, porque son tantas las cosas que tiene que decir, que se apresura a terminar una obra cuanto antes para poder comenzar la siguiente. Pero su vocabulario es tan rico, su forma de expresión tan lúcida, tan grande la fuerza creadora de su imaginación, que contagia su entusiasmo al lector y éste no advierte sus defectos de forma.

Un libro que armó gran revuelo a causa de la gazmoñería hipócrita de la sociedad de entonces, fue Ana Verónica. Aquí Wells toma como argumento un importante problema social y doméstico, y lo trata con seguridad admirable. Ana Verónica es la historia de una joven que vivió en los años en que el «sufragio femenino» fue la manifestación más

conspicua, aunque no la más significativa, del despertar de la mujer. La Prensa londinense vilipendió la novela al hacer ésta su aparición y hasta llegó a proponer que su autor sufriera el ostracismo social y literario. Pero muchas personalidades eminentes de la época salieron impetuosamente en su defensa, entre ellas G. K. Chesterton y Bernard Shaw. A pesar de todo esto, o quizá precisamente por ello, el libro obtuvo un gran éxito.

De pronto, como un explosivo, surge Dios en los escritos de Wells. Su aparición es muy fugaz. Es un estallido reaccionario contra la Monarquía, contra el hecho de que el poder nominal o efectivo estuviera en manos de un solo hombre. Así, pues, en su novela Dios, el Rey Invisible, nos presenta a un Rey Dios, a un jefe bélico elaborado por él, a quien muy pronto vuelve a sumir en el olvido. La mejor de sus novelas ideológicas es El fuego inmortal, basada en el libro de Job.

Más claramente propagandísticas son las obras que escribió al comenzar la segunda década del siglo, en las que se siente, más que nunca, el apóstol de lo que hoy no es otra cosa que el laborismo británico. Y llega la primera contienda mundial. Wells escribe incesantemente, actúa como corresponsal de guerra y confía en la Sociedad de las Naciones. Echa un vistazo al pasado de la humanidad y escribe su Esquema de la Historia Universal (1920), al que sigue una Breve historia del mundo (1922). Pero como historiador, a Wells le ocurre como con la política. Entiende la historia poco menos que como una actividad intelectual. El resultado es de un pesimismo atroz. Si en más de una de sus fantasías nos muestra al hombre en una instintiva entrega a las fuerzas oscuras de su origen primero, para él toda la dinámica de los hechos se reduce a un afán de destrucción, a veces superior al instinto de conservación. No ve ninguna especie de grandeza en lo que el historiador tiene como puntos decisivos del desarrollo de la civilización.

Es curioso, sin embargo, este pesimismo suyo, porque hay en él una mezcla de comprensión y de intolerancia realmente sorprendente en un hombre que se tuvo siempre por idealista. Pero es que ese idealismo suyo es, también, una rara mixtura. Wells no cree en el hombre; cree en la Humanidad. No cree en la civilización —quizá porque, en el fondo, fuese un convencido de que no se ha logrado todavía—; cree en el

progreso. En una de sus novelas más divulgadas nos ofrece una visión escalofriante de un mundo que, tras cierto período de guerras, ha vuelto a un estado de terror primitivo; es la aviación; cuyos adictos han acabado por formar una especie de hermandad, la que redime a la Humanidad embrutecida.

Es aquí donde puede verse resumida toda la actitud ideológica de Wells. El Hombre, de por sí, no es nada sin un bagaje común de ideas y de sentimientos. La superación del estado actual de la civilización debe ser obra mancomunada. Pero él, que, por un momento, aparece como máximo paladín de una inteligencia entre todos los países del orbe, se siente íntimamente desencantado con la obra de la Sociedad de Naciones y manifiesta este desencanto suyo en materia de cultura entregándose de lleno al P. E. N. Club, que intenta reunir a todos los poetas, ensayistas y novelistas libres en una misión colectiva, ya que —son palabras suyas— la labor del escritor «ha de ser considerada como una sugestión y no como una proeza. Nuestra labor es sembrar ideas, sembrarlas de cualquier manera».

Todo pensamiento nuevo halla un estímulo en la obra y en la vida de Wells. El hecho de que, por lo general, tenga mayor solidez su crítica que sus construcciones, no sirve más que para definir con mayor relieve su oficio y no comprueba menos lo esencial de su personalidad creadora. Produce un estado de ánimo que se eleva sin dificultad —y, si se quiere, sin pensamiento consciente— por encima de las barreras sociales y de la tradición histórica, y que tiende a considerar el cambio no sólo necesario, sino normal y deseable. Provoca un sueño y un anhelo; y de ambos brota la voluntad de creación.

A pesar de todo, hay que reconocerle como artista más que como creador de utopías. Desde sus diecinueve años pobló nuestro firmamento literario de estrellas deslumbrantes, y la admiración y el interés que despertaron al aparecer no puede borrarse así como así. Lo curioso es que su posición en la literatura contemporánea es tan paradójica como su concepto del idealismo: fue, y aún es, una figura popular, pero, al mismo tiempo, aislada. Con la excepción, por ejemplo, de un Bernard Shaw, entre los ingleses, no hubo escritor de su calibre que en vida consiguiese más amplia audición del hombre de la calle, y aun de la élite. Sin embargo, no parece que su influencia sobre la literatura

anglosajona de nuestros días haya sido mucha. Quizá puedan señalarse algunas reminiscencias en Sinclair Lewis, en Sitwell y en Aldous Huxley; y aun en Lawrence y Joyce. Pero si es verdad que todos ellos rindieron tributo a la manera de Wells, no es menos cierto que, pronto, salieron a escape de su órbita en busca de la propia personalidad.

Wells aparece asimismo distanciado de los escritores consagrados de su propia generación —Arnold Bennett, Joseph Conrad, John Galsworthy—; y para él no existen los grandes novelistas del continente. Galsworthy hace pensar, por ejemplo, en Turgueniev; y ambos, en una ascendencia francesa común. No era, tampoco, un estilista, ni le importaba serlo. «La literatura —escribía en cierta ocasión— no es orfebrería, y su finalidad no es precisamente la de la perfección; cuanto más se piensa en cómo debe hacerse, menos se logra. Estas debilidades conducen a un camino fatal, que se aparta de todo interés natural para ir hacia el vacío de un esfuerzo técnico, un egoísmo monstruoso de artífice de que es testimonio monumental la última obra de Henry James».

Las innovaciones que Wells ha introducido en la técnica novelística son casi exclusivamente intelectuales. Sobre todo, claro está, en la novela de tipo científico —las suyas son únicas en su género—. Tal vez sean estas obras suyas las que mejor se han comprendido, por la total sumisión de su argumento a una sola idea. Pero en las novelas propiamente dichas —es decir, en las que por su carácter formal podríamos incluir en el concepto clásico de la novela—, en Tono-Bunbay, en El nuevo Maquiavelo encontramos una fuerza intelectual y una intención crítica que, en cierto modo, son rigurosamente nuevas en la literatura insular, y que han hallado innegable resonancia en las últimas generaciones. En cuanto a sus últimas producciones —son palabras de Geoffrey West, su biógrafo más conspicuo—, «representan un ensayo menos aceptable, y el resultado es un producto híbrido sin impulso renovador, porque le falta vitalidad».

Este hombre, que pensó siempre en futuro, no le pedía nada a la posteridad como escritor. Beresford dice de él que «ha confesado una profunda incredulidad hacia la obra de arte perfecta o permanente. Todo arte, toda ciencia, más exactamente, todo cuanto se escribe, no son sino ensayos. A toda obra de arte le llega el momento en que ya ha

servido su propósito y no guarda el menor rastro de su significado». Realmente, no otra cosa puede deducirse de la actitud de un hombre que prefería a todas las clasificaciones la de periodista. Y no por razón de modestia, sino porque en la obra de arte valoraba más lo que encierra de lógico que de élan vital.

Pero es innegable que, a pesar de esta actitud suya y de quienes la comparten, un considerable número de sus obras seguirá siendo, durante muchos años, espolique para las ideas y fuente de emoción para los sentidos. Es evidente que parte de ellas han cumplido con su propósito inicial y, por lo tanto, han perdido todo, o casi todo, su significado. Pero Una utopía moderna, Anticipaciones, El descubrimiento del futuro, La conspiración abierta, como Boon y Primeras y últimas cosas, poseen tal interés como profesión de fe personal que no dejarán de ser leídas tan fácilmente. La visión del pasado humano a través de un solo hombre asegura la permanencia al Esquema de la Historia Universal. En cuanto a sus novelas científicas y a sus narraciones cortas, no es difícil convenir en que son demasiado pródigas en maravilla y fascinación — elementos siempre románticos por intelectuales que sean— para no sobrevivir en casi su totalidad.

Está claro que Wells tiene sus detractores. Pero ni la crítica más exigente se atrevería a negarle un valor de universalidad. Anatole France, que, como le pasase por el magín, no dejaba títere con cabeza, le describió como la fuerza intelectual más poderosa del mundo literario inglés; y el propio Wells escribía, con la mayor sinceridad, en el prólogo a sus obras completas, que «en el resumen definitivo de estos volúmenes se ve que hay en ellos algo que no se había dicho antes, y que se ha dado forma a algo que antes no se había formado». El centenar —o quizá más— de libros y ensayos que constituye el núcleo central de sus escritos, representa una actividad y un resultado difícilmente igualables; un desfile notabilísimo de investigaciones, críticas, temas y sugerencias. A estas cualidades deberán su perdurabilidad obras como El hombre invisible, La guerra de los mundos, La máquina del tiempo, Una utopía moderna, Kipps, La guerra en el aire, Tono Bungay, La historia de Mr. Polly, El nuevo Maquiavelo, El alimento de los Dioses, y una buena selección de historias breves tales como «La estrella», «La puerta del muro», «El país de los ciegos», «Bajo la cuchilla», «La historia del difunto Mr. Elvisham», «El hombre que podía hacer milagros» y «Una visión de criterio».

Trabajador incansable, hombre de inagotable vitalidad, durante los últimos tiempos de su existencia sólo sentía la preocupación de que la muerte le sorprendiese sin «darse cuenta» y, quizás en una lucha inconsciente contra aquel temor, le salía al paso pluma en ristre, escribiendo incluso cuando a los demás les parecía físicamente imposible. Hacía mucho tiempo que los médicos habían pronunciado la última sentencia cuando se dedicó a no aceptar la ayuda de nadie. En 1945, cuando ya se le daba incluso por muerto, cogió el guion de una película, The Way of the World Is Going, y trabajó en él como si tal cosa. Un atardecer de 1946, exactamente el 13 de agosto, se sentó al borde de la cama, llamó y pidió a su sirvienta que le cambiase el pijama. Se sentó de nuevo, y dijo: «Proseguid; yo ya lo tengo todo». La sirvienta desapareció por unos minutos. Cuando volvió, Herbert George Wells, el hombre que pensó siempre en el futuro, había entrado en él definitivamente.

Nellie Mansó de Zúñiga

La máquina del tiempo

A mi querida madre.

1 -

Introducción

El Viajero a través del Tiempo (pues convendrá llamarle así al hablar de él) nos exponía una misteriosa cuestión. Sus ojos grises brillaban lanzando centellas, y su rostro, habitualmente pálido, se mostraba encendido y animado. El fuego ardía fulgurante y el suave resplandor de las lámparas incandescentes, en forma de lirios de plata, se prendía en las burbujas que destellaban y subían dentro de nuestras copas. Nuestros sillones, contruidos según sus diseños, nos abrazaban y acariciaban en lugar de someterse a que nos sentásemos sobre ellos; y había allí esa sibarítica atmósfera de sobremesa, cuando los pensamientos vuelan gráciles, libres de las trabas de la exactitud. Y él nos la expuso de este modo, señalando los puntos con su afilado índice, mientras que nosotros, arrellanados perezosamente, admirábamos su seriedad al tratar de aquella nueva paradoja (eso la creíamos) y su fecundidad.

—Deben ustedes seguirme con atención. Tendré que discutir una o dos ideas que están casi universalmente admitidas. Por ejemplo, la geometría que les han enseñado en el colegio está basada sobre un concepto erróneo.

—¿No es más bien excesivo con respecto a nosotros ese comienzo? —dijo Filby, un personaje polemista de pelo rojo.

—No pienso pedirles que acepten nada sin motivo razonable para ello. Pronto admitirán lo que necesito de ustedes. Saben, naturalmente, que una línea matemática de espesor nulo no tiene existencia real. ¿Les han enseñado esto? Tampoco la posee un plano matemático. Estas cosas son simples abstracciones.

—Esto está muy bien —dijo el Psicólogo.

—Ni poseyendo tan solo longitud, anchura y espesor, un cubo tener existencia real.

—Eso lo impugno —dijo Filby—. Un cuerpo sólido puede, por supuesto, existir. Todas las cosas reales...

—Eso cree la mayoría de la gente. Pero espere un momento, ¿puede un cubo *instantáneo* existir?

—No le sigo a usted —dijo Filby.

—¿Un cubo que no lo sea en absoluto durante algún tiempo puede tener una existencia real?

Filby se quedó pensativo.

—Evidentemente —prosiguió el Viajero a través del Tiempo— todo cuerpo real debe extenderse en cuatro direcciones: debe tener Longitud, Anchura, Espesor y... Duración. Pero debido a una flaqueza natural de la carne, que les explicaré dentro de un momento, tendemos a olvidar este hecho. Existen en realidad cuatro dimensiones, tres a las que llamamos los tres planos del Espacio, y una cuarta, el Tiempo. Hay, sin embargo, una tendencia a establecer una distinción imaginaria entre las tres primeras dimensiones y la última, porque sucede que nuestra conciencia se mueve por intermitencias en una dirección a lo largo de la última desde el comienzo hasta el fin de nuestras vidas.

—Eso —dijo un muchacho muy joven, haciendo esfuerzos espasmódicos para encender de nuevo su cigarro encima de la lámpara—, eso... es, realmente, muy claro.

—Ahora bien, resulta notabilísimo que se olvide esto con tanta frecuencia —continuó el Viajero a través del Tiempo en un ligero acceso de jovialidad—. Esto es lo que significa, en realidad, la Cuarta Dimensión, aunque ciertas gentes que hablan de la Cuarta Dimensión no sepan lo que es. Es solamente otra manera de considerar el Tiempo. *No hay diferencia entre el Tiempo y cualesquiera de las tres dimensiones salvo que nuestra conciencia se mueve a lo largo de ellas.* Pero algunos necios han captado el lado malo de esa idea. ¿No han oído todos ustedes lo que han dicho esas gentes acerca de la Cuarta Dimensión?

—Yo no —dijo el Corregidor.

—Pues, sencillamente, esto. De ese Espacio, tal como nuestros matemáticos lo entienden, se dice que tiene tres dimensiones, que pueden llamarse Longitud, Anchura, y Espesor, y que es siempre definible por referencia a tres planos, cada uno de ellos en ángulo recto con los otros. Algunas mentes filosóficas se han preguntado: ¿por qué *tres* dimensiones, precisamente?, ¿por qué no otra dirección en ángulos rectos con las otras tres? E incluso han intentado construir una geometría de Cuatro Dimensiones. El profesor Simon Newcomb expuso esto en la Sociedad Matemática

de New York hace un mes aproximadamente. Saben ustedes que, sobre una superficie plana que no tenga más que dos dimensiones, podemos representar la figura de un sólido de tres dimensiones, e igualmente creen que por medio de modelos de tres dimensiones representarían uno de cuatro, si pudiesen conocer la perspectiva de la cosa. ¿Comprenden?

—Así lo creo —murmuró el Corregidor; y frunciendo las cejas se sumió en un estado de introversión, moviendo sus labios como quien repite unas palabras místicas—. Sí, creo que ahora le comprendo —dijo después de un rato, animándose de un modo completamente pasajero.

—Bueno, no tengo por qué ocultarles que vengo trabajando hace tiempo sobre esa geometría de las Cuatro Dimensiones. Algunos de mis resultados son curiosos. Por ejemplo, he aquí el retrato de un hombre a los ocho años, otro a los quince, otro a los diecisiete, otro a los veintitrés, y así sucesivamente. Todas éstas son sin duda secciones, por decirlo así, representaciones Tri-Dimensionales de su ser de Cuatro Dimensiones, que es una cosa fija e inalterable.

»Los hombres de ciencia —prosiguió el Viajero a través del Tiempo, después de una pausa necesaria para la adecuada asimilación de lo anterior— saben muy bien que el Tiempo es únicamente una especie de Espacio. Aquí tienen un diagrama científico conocido, un indicador del tiempo. Esta línea que sigo con el dedo muestra el movimiento del barómetro. Ayer estaba así de alto, anoche descendió, esta mañana ha vuelto a subir y llegado suavemente hasta aquí. Con seguridad el mercurio no ha trazado esta línea en las dimensiones del Espacio generalmente admitidas. Indudablemente esa línea ha sido trazada, y por ello debemos inferir que lo ha sido a lo largo de la dimensión del Tiempo.

—Pero —dijo el Doctor, mirando fijamente arder el carbón en la chimenea—, si el Tiempo es tan sólo una cuarta dimensión del Espacio, ¿por qué se le ha considerado siempre como algo diferente? ¿Y por qué no podemos movernos aquí y allá en el Tiempo como nos movemos aquí y allá en las otras dimensiones del Espacio?

El Viajero a través del Tiempo sonrió.

—¿Está usted seguro de que podemos movernos libremente en el Espacio? Podemos ir a la derecha y a la izquierda, hacia adelante y

hacia atrás con bastante libertad, y los hombres siempre lo han hecho. Admito que nos movemos libremente en dos dimensiones. Pero ¿cómo hacia arriba y hacia abajo? La gravitación nos limita ahí.

—Eso no es del todo exacto —dijo el Doctor—. Ahí tiene usted los globos.

—Pero antes de los globos, excepto en los saltos espasmódicos y en las desigualdades de la superficie, el hombre no tenía libertad para el movimiento vertical.

—Aunque puede moverse un poco hacia arriba y hacia abajo —dijo el Doctor.

—Con facilidad, con mayor facilidad hacia abajo que hacia arriba.

—Y usted no puede moverse de ninguna manera en el Tiempo, no puede huir del momento presente.

—Mi querido amigo, en eso es en lo que está usted pensado. Eso es justamente en lo que el Mundo entero se equivoca. Estamos escapando siempre del momento presente. Nuestras existencias mentales, que son inmateriales y que carecen de dimensiones, pasan a lo largo de la dimensión del Tiempo con una velocidad uniforme, desde la cuna hasta la tumba. Lo mismo que viajaríamos hacia *abajo* si empezásemos nuestra existencia ochenta kilómetros por encima de la superficie terrestre.

—Pero la gran dificultad es ésta —interrumpió el Psicólogo—: *puede* usted moverse de aquí para allá en todas las direcciones del Espacio; pero no puede usted moverse de aquí para allá en el Tiempo.

—Ése es el origen de mi gran descubrimiento. Pero se equivoca usted al decir que no podemos movernos de aquí para allá en el Tiempo. Por ejemplo, si recuerdo muy vivamente un incidente, retrocedo al momento en que ocurrió: me convierto en un distraído, como usted dice. Salto hacia atrás durante un momento. Naturalmente, no tenemos medios de permanecer atrás durante un período cualquiera de Tiempo, como tampoco un salvaje o un animal pueden sostenerse en el aire seis pies por encima de la tierra. Pero el hombre civilizado está en mejores condiciones que el salvaje a ese respecto. Puede elevarse en un globo pese a la gravitación; y ¿por qué no ha de poder esperarse que al final sea

capaz de detener o de acelerar su impulso a lo largo de la dimensión del Tiempo, o incluso de dar la vuelta y de viajar en el otro sentido?

—¡Oh!, eso... —comentó Filby— es...

—¿Por qué no...? —dijo el Viajero a través del Tiempo.

—Eso va contra la razón —terminó Filby.

—¿Qué razón? —dijo el Viajero a través del Tiempo.

—Puede usted por medio de la argumentación demostrar que lo negro es blanco —dijo Filby—, pero no me convencerá usted nunca.

—Es posible —replicó el Viajero a través del Tiempo—. Pero ahora empieza usted a percibir el objeto de mis investigaciones en la geometría de Cuatro Dimensiones. Hace mucho que tenía yo un vago vislumbre de una máquina...

—¡Para viajar a través del Tiempo! —exclamó el Muchacho Muy joven.

—Que viaje indistintamente en todas las direcciones del Espacio y del Tiempo, como decida el conductor de ella.

Filby se contentó con reír.

—Pero he realizado la comprobación experimental —dijo el Viajero a través del Tiempo.

—Eso sería muy conveniente para el historiador —sugirió el Psicólogo—. ¡Se podría viajar hacia atrás y confirmar el admitido relato de la batalla de Hastings, por ejemplo!

—¿No cree usted que eso atraería la atención? —dijo el Doctor—. Nuestros antepasados no tenían una gran tolerancia por los anacronismos.

—Podría uno aprender el griego de los propios labios de Homero y de Platón —sugirió el Muchacho Muy joven.

—En cuyo caso le suspenderían a usted con seguridad en el primer curso. Los sabios alemanes ¡han mejorado tanto el griego!

—Entonces, ahí está el porvenir —dijo el Muchacho Muy Joven—. ¡Figúrense! ¡Podría uno invertir todo su dinero, dejar que se acumulase con los intereses, y lanzarse hacia adelante!

—A descubrir una sociedad —dije yo— asentada sobre una base estrictamente comunista.

—De todas las teorías disparatadas y extravagantes... —comenzó el Psicólogo.

—Sí, eso me parecía a mí, por lo cual no he hablado nunca de

esto hasta...

—¿Verificación experimental? —exclamé—. ¿Va usted a experimentar *eso*?

—¡El experimento! —exclamó Filby, que tenía el cerebro fatigado.

—Déjenos presenciar su experimento de todos modos —dijo el Psicólogo—, aunque bien sabe usted que es todo patraña.

El Viajero a través del Tiempo nos sonrió a todos. Luego, sonriendo aún levemente y con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones, salió despacio de la habitación y oímos sus zapatillas arrastrarse por el largo corredor hacia su laboratorio.

El Psicólogo nos miró.

—Y yo pregunto: ¿a qué ha ido?

—Algún juego de manos, o cosa parecida —dijo el Doctor; y Filby intentó hablarnos de un prestidigitador que había visto en Burslem; pero antes de que hubiese terminado su exordio, el Viajero a través del Tiempo volvió y la anécdota de Filby fracasó.

2 - La máquina

La cosa que el Viajero a través del Tiempo tenía en su mano era una brillante armazón metálica, apenas mayor que un relojito y muy delicadamente confeccionada. Había en aquello marfil y una substancia cristalina y transparente. Y ahora debo ser explícito, pues lo que sigue —a menos que su explicación sea aceptada— es algo absolutamente inadmisibile. Cogió él una de las mesitas octogonales que había esparcidas alrededor de la habitación y la colocó enfrente de la chimenea, con dos patas sobre la alfombra. Puso la máquina encima de ella. Luego acercó una silla y se sentó. El otro objeto que había sobre la mesa era una lamparita con pantalla, cuya brillante luz daba de lleno sobre aquella cosa. Había allí también una docena de bujías aproximadamente, dos en candelabros de bronce sobre la repisa de la chimenea y otras varias en brazos de metal, así es que la habitación estaba profusamente iluminada. Me senté en un sillón muy cerca del fuego y lo arrastré hacia adelante a fin estar casi entre el Viajero a través del Tiempo y el hogar. Filby se sentó detrás de él, mirando por encima de su hombro. El Doctor y el Corregidor le observaban de perfil desde la derecha, y el Psicólogo desde la izquierda. El Muchacho Muy joven se erguía detrás del Psicólogo. Estábamos todos sobre aviso. Me parece increíble que cualquier clase de treta, aunque sutilmente ideada y realizada con destreza, nos hubiese engañado en esas condiciones.

El Viajero a través del Tiempo nos contempló, y luego a su máquina.

—Bien, ¿y qué? —dijo el Psicólogo.

—Este pequeño objeto —dijo el Viajero a través del Tiempo acodándose sobre la mesa y juntando sus manos por encima del aparato— es sólo un modelo. Es mi modelo de una máquina para viajar a través del tiempo. Advertirán ustedes que parece singularmente ambigua y que esta varilla rutilante presenta un extraño aspecto, como si fuese en cierto modo irreal.

Y la señaló con el dedo.

—He aquí, también, una pequeña palanca blanca, y ahí otra.

El Doctor se levantó de su asiento y escudriñó el interior de la cosa.

—Está esmeradamente hecho —dijo.

—He tardado dos años en construirlo —replicó el Viajero a través del Tiempo.

Luego, cuando todos hubimos imitado el acto del Doctor, aquél dijo:

—Ahora quiero que comprendan ustedes claramente que, al apretar esta palanca, envía la máquina a planear en el futuro y esta otra invierte el movimiento. Este soporte representa el asiento del Viajero a través del Tiempo. Dentro de poco voy a mover la palanca, y la máquina partirá. Se desvanecerá, Se adentrará en el tiempo futuro, y desaparecerá. Mírenla a gusto. Examinen también la mesa, y convénzanse ustedes de que no hay trampa. No quiero desperdiciar este modelo y que luego me digan que soy un charlatán.

Hubo, una pausa aproximada de un minuto. El Psicólogo pareció que iba a hablarme, pero cambió de idea. El Viajero a través del Tiempo adelantó su dedo hacia la palanca.

—No —dijo de repente—. Deme su mano.

Y volviéndose hacia el Psicólogo, le cogió la mano y le dijo que extendiese el índice. De modo que fue el propio Psicólogo quien envió el modelo de la Máquina del Tiempo hacia su interminable viaje. Vimos todos bajarse la palanca. Estoy completamente seguro de que no hubo engaño. Sopló una ráfaga de aire, y la llama de la lámpara se inclinó. Una de las bujías de la repisa de la chimenea se apagó y la maquinita giró en redondo de pronto, se hizo indistinta, la vimos como un fantasma durante un segundo quizá, como un remolino de cobre y marfil brillando débilmente; y partió... ¡se desvaneció! Sobre la mesa vacía no quedaba más que la lámpara.

Todos permanecemos silenciosos durante un minuto.

—¡Vaya con el chisme! —dijo Filby a continuación.

El Psicólogo salió de su estupor y miró repentinamente de la mesa. Ante lo cual el Viajero a través del Tiempo rió jovialmente.

—Bueno, ¿y qué? —dijo, rememorando al Psicólogo; después se levantó, fue hacia el bote de tabaco que estaba sobre la repisa de la

chimenea y, de espaldas a nosotros, empezó a llenar su pipa.

Nos mirábamos unos a otros con asombro.

—Dígame —preguntó el Doctor—: ¿ha hecho usted esto en serio? ¿Cree usted seriamente que esa máquina viajará a través del tiempo?

—Con toda certeza —contestó el Viajero a través del Tiempo, deteniéndose para prender una cerilla en el fuego, luego se volvió, encendiendo su pipa, para mirar al Psicólogo de frente; éste, para demostrar que no estaba trastornado, cogió un cigarro e intentó encenderlo sin cortarle la punta—. Es más, tengo ahí una gran máquina casi terminada —y señaló hacia el laboratorio—, y cuando esté montada por completo, pienso hacer un viaje por mi propia cuenta.

—¿Quiere usted decir que esa máquina viaja por el futuro? —dijo Filby.

—Por el futuro y por el pasado... no sé, con seguridad, por cuál. Después de una pausa el Psicólogo tuvo una inspiración.

—De haber ido a alguna parte, habrá sido al pasado —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el Viajero a través del Tiempo.

—Porque supongo que no se ha movido en el espacio; si viajase por el futuro aún estaría aquí en este momento, puesto que debería viajar por el momento presente.

—Pero —dijo yo—, si viajase por el pasado, hubiera sido visible cuando entramos antes en esta habitación; y el jueves último cuando estuvimos aquí; y el jueves anterior a ése, ¡y así sucesivamente!

—Serias objeciones —observó el Corregidor con aire de imparcialidad, volviéndose hacia el Viajero a través del Tiempo.

—Nada de eso —dijo éste, y luego, dirigiéndose al Psicólogo—: piénselo. *Usted* puede explicar esto. Ya sabe usted que hay una representación bajo el umbral, una representación diluida.

—En efecto —dijo el Psicólogo, y nos tranquilizó—, es un simple punto de psicología. Debería haber pensado en ello. Es bastante claro y sostiene la paradoja deliciosamente. No podemos ver, ni podemos apreciar esta máquina, como tampoco podemos ver el rayo de una rueda en plena rotación, o una bala volando por el aire. Si viaja a través del tiempo cincuenta o cien veces más de prisa que nosotros, si recorre un minuto mientras nosotros un segundo, la

impresión producida será, naturalmente, tan sólo una cincuentésima o una centésima de lo que sería si no viajase a través del tiempo. Está bastante claro.

Pasó su mano por el sitio donde había estado la máquina.

—¿Comprenden ustedes? —dijo riendo.

Seguimos sentados mirando fijamente la mesa vacía casi un minuto. Luego el Viajero a través del Tiempo nos preguntó qué pensábamos de todo aquello.

—Me parece bastante plausible esta noche —dijo—; pero hay que esperar hasta mañana. De día se ven las cosas de distinto modo.

—¿Quieren ustedes ver la auténtica Máquina del Tiempo? —preguntó el Viajero a través del Tiempo.

Y, dicho esto, cogió una lámpara y mostró el camino por el largo y oscuro corredor hacia su laboratorio. Recuerdo vivamente la luz vacilante, la silueta de su extraña y gruesa cabeza, la danza de las sombras, cómo le seguíamos todos, perplejos pero incrédulos, y cómo allí, en el laboratorio, contemplamos una reproducción en gran tamaño de la maquinita que habíamos visto desvanecerse ante nuestros ojos. Tenía partes de níquel, de marfil, otras que habían sido indudablemente limadas o aserradas de un cristal de roca. La máquina estaba casi completa, pero unas barras de cristal retorcido sin terminar estaban colocadas sobre un banco de carpintero, junto a algunos planos; cogí una de aquéllas para examinarla mejor. Parecía ser de cuarzo.

—¡Vamos! —dijo el Doctor—. ¿Habla usted completamente en serio? ¿O es esto una burla... como ese fantasma que nos enseñó usted la pasada Navidad?

—Montado en esta máquina —dijo el Viajero a través del Tiempo, levantando la lámpara— me propongo explorar el tiempo. ¿Está claro? No he estado nunca en mi vida más serio.

Ninguno sabíamos en absoluto cómo tomar aquello.

Capté la mirada de Filby por encima del hombro del Doctor, y me guiñó solemnemente un ojo.

3 - El Viajero a través del Tiempo vuelve

Creo que ninguno de nosotros creyó en absoluto ni por un momento en la Máquina del Tiempo. El hecho es que el Viajero a través del Tiempo era uno de esos hombres demasiado inteligentes para ser creídos; con él se tenía la sensación de que nunca se le percibía por entero; sospechaba uno siempre en él alguna sutil reserva, alguna genialidad emboscada, detrás de su lúcida franqueza. De haber sido Filby quien nos hubiese enseñado el modelo y explicado la cuestión con las palabras del Viajero a través del Tiempo, le habríamos mostrado mucho menos escepticismo. Porque hubiésemos comprendido sus motivos: un carnicero entendería a Filby. Pero el Viajero a través del Tiempo tenía más de un rasgo de fantasía entre sus elementos, y desconfiábamos de él. Cosas que hubieran hecho la fama de un hombre menos inteligente parecían supercherías en sus manos. Es un error hacer las cosas con demasiada facilidad. Las gentes serias que le tomaban en serio no se sentían nunca seguras de su proceder; sabían en cierto modo que confiar sus reputaciones al juicio de él era como amueblar un cuarto para niños con loza muy fina. Por eso no creo que ninguno de nosotros haya hablado mucho del viaje a través del tiempo en el intervalo entre aquel jueves y el siguiente, aunque sus extrañas capacidades cruzasen indudablemente por muchas de nuestras mentes: su plausibilidad, es decir, su incredibilidad práctica, las curiosas posibilidades de anacronismo y de completa confusión que sugería. Por mi parte, me preocupaba especialmente la treta del modelo. Recuerdo que lo discutí con el Doctor, a quien encontré el viernes en el Linnaean. Dijo que había visto una cosa parecida en Tübingen, e insistía mucho en el apagón de la bujía. Pero no podía explicar cómo se efectuaba el engaño.

El jueves siguiente fui a Richmond —supongo que era yo uno de los más asiduos invitados del Viajero a través del Tiempo—, y como llegué tarde, encontré a cuatro o cinco hombres reunidos ya en su sala. El Doctor estaba colocado delante del fuego con una hoja de papel en una mano y su reloj en la otra. Busqué con la mirada al Viajero a través del Tiempo, y...

—Son ahora las siete y media —dijo el Doctor—. Creo que haríamos mejor en cenar.

—¿Dónde está...? —dije yo, nombrando a nuestro anfitrión.

—¿Acaba usted de llegar? Es más bien extraño. Ha sufrido un retraso inevitable. Me pide en esta nota que empecemos a cenar a las siete si él no ha vuelto. Dice que lo explicará cuando llegue.

—Es realmente una lástima dejar que se estropee la comida —dijo el Director de un diario muy conocido; y, al punto, el Doctor tocó el timbre.

El Psicólogo, el Doctor y yo éramos los únicos que habíamos asistido a la comida anterior. Los otros concurrentes eran Blank, el mencionado Director, cierto periodista, y otro —un hombre tranquilo, tímido, con barba— a quien yo no conocía y que, por lo que pude observar, no despegó los labios en toda la noche. Se hicieron algunas conjeturas en la mesa sobre la ausencia del Viajero a través del Tiempo, y yo sugerí con humor semijocoso que estaría viajando a través del tiempo. El Director del diario quiso que le explicasen aquello, y el Psicólogo le hizo gustoso un relato de «la ingeniosa paradoja y del engaño» de que habíamos sido testigos días antes. Estaba en la mitad de su exposición cuando la puerta del corredor se abrió lentamente y sin ruido. Estaba yo sentado frente a dicha puerta y fui el primero en verlo.

—¡Hola! —dije—. ¡Por fin!

La puerta se abrió del todo y el Viajero a través del Tiempo se presentó ante nosotros. Lancé un grito de sorpresa.

—¡Cielo santo! ¿Qué pasa amigo? —exclamó el Doctor, que lo vio después. Y todos los presentes se volvieron hacia la puerta.

Aparecía nuestro anfitrión en un estado asombroso. Su chaqueta estaba polvorienta y sucia, manchada de verde en las mangas, y su pelo enmarañado me pareció más gris, ya fuera por el polvo y la suciedad o porque estuviese ahora descolorido. Tenía la cara atrozmente pálida y en su mentón un corte obscuro, a medio

cicatrizar; su expresión era ansiosa y descompuesta como por un intenso sufrimiento. Durante un instante vaciló en el umbral, como si le cegase la luz. Luego entró en la habitación. Vi que andaba exactamente como un cojo que tiene los pies doloridos de vagabundear. Le mirábamos en silencio, esperando a que hablase.

No dijo una palabra, pero se acercó penosamente a la mesa e hizo un ademán hacia el vino. El Director del diario llenó una copa de champaña y la empujó hacia él. La vació, pareciendo sentirse mejor. Miró a su alrededor, y la sombra de su antigua sonrisa fluctuó sobre su rostro.

—¿Qué ha estado usted haciendo bajo tierra, amigo mío? —dijo el Doctor.

El Viajero a través del Tiempo no pareció oír.

—Permítame que le interrumpa —dijo, con vacilante pronunciación—. Estoy muy bien.

Se detuvo, tendió su copa para que la llenasen de nuevo, y cogiéndola la volvió a vaciar.

—Esto sienta bien —dijo; sus ojos grises brillaron, y un ligero color afloró a sus mejillas; su mirada revoloteó sobre nuestros rostros con cierta apagada aprobación, luego recorrió el cuarto caliente y confortable, y después habló de nuevo, como buscando su camino entre sus palabras—: Voy a lavarme y a vestirme, y luego bajaré y explicaré las cosas. Guárdenme un poco de ese carnero. Me muero de hambre y quisiera comer algo.

Vio al Director del diario, que rara vez iba a visitarlo, y le preguntó cómo estaba. El Director inició una pregunta.

—Le contestaré en seguida —dijo el Viajero a través del Tiempo—. ¡Estoy... raro! Todo marchará bien dentro de un minuto.

Dejó su copa, y fue hacia la puerta de la escalera. Noté de nuevo su cojera y el pesado ruido de sus pisadas y, levantándome en mi sitio, vi sus pies al salir. No llevaba en ellos más que unos calcetines harapientos y manchados de sangre. Luego la puerta se cerró tras él. Tuve intención de seguirle, pero recordé cuánto le disgustaba que se preocupasen de él. Durante un minuto, quizá, estuve ensimismado. Luego oí decir al Director del diario:

—«Notable conducta de un eminente sabio» —pensando (según solía) en epígrafes de periódicos; y esto volvió mi atención hacia la brillante mesa.

—¿Qué broma es ésta? —dijo el Periodista—. ¿Es que ha estado haciendo de pordiosero aficionado? No lo entiendo.

Tropecé con los ojos del Psicólogo, y leí mi propia interpretación en su cara. Pensé en el Viajero a través del Tiempo cojeando penosamente al subir la escalera. No creo que ningún otro hubiera notado su cojera.

El primero en recobrarse por completo de su asombro fue el Doctor, que tocó el timbre —el Viajero a través del Tiempo detestaba tener a los criados esperando durante la comida— para que sirviesen un plato caliente. En ese momento el Director cogió su cuchillo y su tenedor con un gruñido, y el hombre silencioso siguió su ejemplo. La cena se reanudó. Durante un breve rato la conversación fue una serie de exclamaciones, con pausas de asombro; y luego el Director mostró una vehemente curiosidad.

—¿Aumenta nuestro amigo su modesta renta pasando a gente por un vado? ¿O tiene fases de Nabucodonosor? —preguntó.

—Estoy seguro de que se trata de la Máquina del Tiempo —dije; y reanudé el relato del Psicólogo de nuestra reunión anterior.

Los nuevos invitados se mostraron francamente incrédulos. El Director del diario planteaba objeciones.

—¿Qué era *aquello* del viaje por el tiempo? ¿No puede un hombre cubrirse él mismo de polvo revolcándose en una paradoja? —Y luego, como la idea tocaba su cuerda sensible, recurrió a la caricatura—: ¿No había ningún cepillo de ropa en el Futuro?

El Periodista tampoco quería creer a ningún precio, y se unió al Director en la fácil tarea de colmar de ridículo la cuestión entera. Ambos eran de esa nueva clase de periodistas jóvenes muy alegres e irrespetuosos.

—Nuestro corresponsal especial para los artículos de pasado mañana... —estaba diciendo el Periodista (o más bien gritando) cuando el Viajero a través del Tiempo volvió; se había vestido de etiqueta y nada, salvo su mirada ansiosa, quedaba del cambio que me había sobrecogido.

—Dígame —preguntó riendo el Director—, estos muchachos cuentan que ha estado usted viajando ¡por la mitad de la semana próxima! Díganos todo lo referente al pequeño Rosebery, ¿quiere? ¿Cuánto pide usted por la serie de artículos?

El Viajero a través del Tiempo fue a sentarse al sitio reservado

para él sin pronunciar una palabra. Sonrió tranquilamente a su antigua manera.

—¿Dónde está mi carnero? —dijo—. ¡Qué placer este de clavar de nuevo un tenedor en la carne!

—¡Eso es un cuento! —exclamó el Director.

—¡Maldito cuento! —dijo el Viajero a través del Tiempo—. Necesito comer algo. No quiero decir una palabra hasta que haya introducido un poco de peptona en mis arterias. Gracias. Y la sal.

—Una palabra —dije yo—. ¿Ha estado usted viajando a través del tiempo?

—Sí —dijo el Viajero a través del Tiempo, con la boca llena, asintiendo con la cabeza.

—Pago la línea a un chelín por una reseña al pie de la letra —dijo el Director del diario.

El Viajero a través del Tiempo empujó su copa hacia el Hombre Silencioso y la golpeó con la uña, a lo cual el Hombre Silencioso, que lo estaba mirando fijamente a la cara, se estremeció convulsivamente, y le sirvió vino. El resto de la cena transcurrió embarazosamente. Por mi parte, repentinas preguntas seguían subiendo a mis labios, y me atrevo a decir que a los demás les sucedía lo mismo. El Periodista intentó disminuir la tensión contando anécdotas de Hettie Potter. El Viajero dedicaba su atención a la comida, mostrando el apetito de un vagabundo. El Doctor fumaba un cigarrillo y contemplaba al Viajero a través del Tiempo con los ojos entornados. El Hombre Silencioso parecía más desmañado que de costumbre, y bebía champaña con una regularidad y una decisión evidentemente nerviosas. Al fin el Viajero a través del Tiempo apartó su plato, y nos miró a todos.

—Creo que debo disculparme —dijo—. Estaba simplemente muerto de hambre. He pasado una temporada asombrosa.

Alargó la mano para coger un cigarro, y le cortó la punta.

—Pero vengan al salón de fumar. Es un relato demasiado largo para contarlos entre platos grasientos.

Y tocando el timbre al pasar, nos condujo a la habitación contigua.

—¿Ha hablado usted a Blank, a Dash y a Chose de la máquina? —me preguntó, echándose hacia atrás en su sillón y nombrando a los tres nuevos invitados.

—Pero la máquina es una simple paradoja —dijo el Director del diario.

—No puedo discutir esta noche. No tengo inconveniente en contarles la aventura, pero no puedo discutirla. Quiero —continuó— relatarles lo que me ha sucedido, si les parece, pero deberán abstenerse de hacer interrupciones. Necesito contar esto. De mala manera. Gran parte de mi relato les sonará a falso. ¡Sea! Es cierto (palabra por palabra) a pesar de todo. Estaba yo en mi laboratorio a las cuatro, y desde entonces... He vivido ocho días..., ¡unos días tales como ningún ser humano los ha vivido nunca antes! Estoy casi agotado, pero no dormiré hasta que les haya contado esto a ustedes. Entonces me iré a acostar. Pero ¡nada de interrupciones! ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el Director, y los demás hicimos eco:

—«De acuerdo».

Y con esto el Viajero a través del Tiempo comenzó su relato tal como lo transcribo a continuación. Se echó hacia atrás en su sillón al principio, y habló como un hombre rendido. Después se mostró más animado. Al poner esto por escrito siento tan sólo con mucha agudeza la insuficiencia de la pluma y la tinta y, sobre todo, mi propia insuficiencia para expresarlo en su valor. Supongo que lo leerán ustedes con la suficiente atención; pero no pueden ver al pálido narrador ni su franco rostro en el brillante círculo de la lamparita, ni oír el tono de su voz. ¡No pueden ustedes conocer cómo su expresión seguía las fases de su relato! Muchos de sus oyentes estábamos en la sombra, pues las bujías del salón de fumar no habían sido encendidas, y únicamente estaban iluminadas la cara del Periodista y las piernas del Hombre Silencioso de las rodillas para abajo. Al principio nos mirábamos de vez en cuando unos a otros. Pasado un rato dejamos de hacerlo, y contemplamos tan sólo el rostro del Viajero a través del Tiempo.

4 - El viaje a través del tiempo

Ya he hablado a algunos de ustedes el jueves último de los principios de la Máquina del Tiempo, y mostrado el propio aparato tal como estaba entonces, sin terminar, en el taller. Allí está ahora, un poco fatigado por el viaje, realmente; una de las barras de marfil está agrietada y uno de los carriles de bronce, torcido; pero el resto sigue bastante firme. Esperaba haberlo terminado el viernes; pero ese día, cuando el montaje completo estaba casi hecho, me encontré con que una de las barras de níquel era exactamente una pulgada más corta y esto me obligó a rehacerla; por eso el aparato no estuvo acabado hasta esta mañana. Fue, pues, a las diez de hoy cuando la primera de todas las Máquinas del Tiempo comenzó su carrera. Le di un último toque, probé todos los tornillos de nuevo, eché una gota de aceite más en la varilla de cuarzo y me senté en el soporte. Supongo que el suicida que mantiene una pistola contra su cráneo debe de sentir la misma admiración por lo que va a suceder, que experimenté yo entonces. Cogí la palanca de arranque con una mano y la de freno con la otra, apreté con fuerza la primera, y casi inmediatamente la segunda. Me pareció tambalearme; tuve una sensación pesadillesca de caída; y mirando alrededor, vi el laboratorio exactamente como antes. ¿Había ocurrido algo? Por un momento sospeché que mi intelecto me había engañado. Observé el reloj. Un momento antes, eso me pareció, marcaba un minuto o así después de las diez, ¡y ahora eran casi las tres y media!

Respiré, apretando los dientes, así con las dos manos la palanca de arranque, y partí con un crujido. El laboratorio se volvió brumoso y luego oscuro. La señora Watchets, mi ama de llaves, apareció y fue, al parecer sin verme, hacia la puerta del jardín. Supongo que necesitó un minuto o así para cruzar ese espacio, pero me pareció que iba disparada a través de la habitación como un cohete. Empujé la palanca hasta su posición extrema. La noche llegó

como se apaga una lámpara, y en otro momento vino la mañana. El laboratorio se tornó desvaído y brumoso, y luego cada vez más desvaído. Llegó la noche de mañana, después el día de nuevo, otra vez la noche; luego, volvió el día, y así sucesivamente más y más de prisa. Un murmullo vertiginoso llenaba mis oídos, y una extraña, silenciosa confusión descendía sobre mi mente.

Temo no poder transmitir las peculiares sensaciones del viaje a través del tiempo. Son extremadamente desagradables. Se experimenta un sentimiento sumamente parecido al que se tiene en las montañas rusas zigzagueantes (¡un irresistible movimiento como si se precipitase uno de cabeza!). Sentí también la misma horrible anticipación de inminente aplastamiento. Cuando emprendí la marcha, la noche seguía al día como el aleteo de un ala negra. La oscura percepción del laboratorio pareció ahora debilitarse en mí, y vi el Sol saltar rápidamente por el cielo, brincando a cada minuto, y cada minuto marcando un día. Supuse que el laboratorio había quedado destruido y que estaba yo al aire libre. Tuve la oscura impresión de hallarme sobre un andamiaje, pero iba ya demasiado de prisa para tener conciencia de cualquier cosa movable. El caracol más lento que se haya nunca arrastrado se precipitaba con demasiada velocidad para mí. La centelleante sucesión de oscuridad y de luz era sumamente dolorosa para los ojos. Luego, en las tinieblas intermitentes vi la Luna girando rápidamente a través de sus fases desde la nueva hasta la llena, y tuve un débil atisbo de las órbitas de las estrellas. Pronto, mientras avanzaba con velocidad creciente aún, la palpación de la noche y del día se fundió en una continua grisura; el cielo tomó una maravillosa intensidad azul, un espléndido y luminoso color como el de un temprano amanecer; el Sol saltarín se convirtió en una raya de fuego, en un arco brillante en el espacio, la Luna en una débil faja oscilante; y no pude ver nada de estrellas, sino de vez en cuando un círculo brillante fluctuando en el azul.

La vista era brumosa e incierta. Seguía yo situado en la ladera de la colina sobre la cual está ahora construida esta casa y el saliente se elevaba por encima de mí, gris y confuso. Vi unos árboles crecer y cambiar como bocanadas de vapor, tan pronto pardos como verdes: crecían, se desarrollaban, se quebraban y desaparecían. Vi alzarse edificios vagos y bellos y pasar como

sueños. La superficie de la tierra parecía cambiada, disipándose y fluyendo bajo mis ojos. Las manecillas sobre los cuadrantes que registraban mi velocidad giraban cada vez más de prisa. Pronto observé que el círculo solar oscilaba de arriba abajo, solsticio a solsticio, en un minuto o menos, y que, por consiguiente, mi marcha era de más de un año por minuto; y minuto por minuto la blanca nieve destellaba sobre el Mundo, y se disipaba, siendo seguida por el verdor brillante y corto de la primavera.

Las sensaciones desagradables de la salida eran menos punzantes ahora. Se fundieron al fin en una especie de hilaridad histérica. Noté, sin embargo, un pesado bamboleo de la máquina, que era yo incapaz de explicarme. Pero mi mente se hallaba demasiado confusa para fijarse en eso, de modo que, con una especie de locura que aumentaba en mí, me precipité en el futuro. Al principio no pensé apenas en detenerme, no pensé apenas sino en aquellas nuevas sensaciones. Pero pronto una nueva serie de impresiones me vino a la mente —cierta curiosidad y luego cierto temor—, hasta que por último se apoderaron de mí por completo. ¡Qué extraños desenvolvimientos de la Humanidad, qué maravillosos avances sobre nuestra rudimentaria civilización, pensé, se me iban a aparecer cuando llegase a contemplar de cerca el vago y fugaz Mundo que desfilaba rápido y que fluctuaba ante mis ojos! Vi una grande y espléndida arquitectura elevarse a mi alrededor, más sólida que cualquiera de los edificios de nuestro tiempo; y, sin embargo, parecía construida de trémula luz y de niebla. Vi un verdor más rico extenderse sobre la colina, y permanecer allí sin interrupción invernal. Aun a través del velo de mi confusión la tierra parecía muy bella. Y así vino a mi mente la cuestión de detener la máquina.

El riesgo especial estaba en la posibilidad de encontrarme alguna substancia en el espacio que yo o la máquina ocupábamos. Mientras viajaba a una gran velocidad a través del tiempo, esto importaba poco: el peligro estaba, por decirlo así, atenuado, ¡deslizándome como un vapor a través de los intersticios de las substancias intermedias! Pero llegar a detenerme entrañaba el aplastamiento de mí mismo, molécula por molécula, contra lo que se hallase en mi ruta; significaba poner a mis átomos en tan íntimo contacto con los del obstáculo, que una profunda reacción química

—tal vez una explosión de gran alcance— se produciría, lanzándonos a mí y a mi aparato fuera de todas las dimensiones posibles... en lo Desconocido. Esta posibilidad se me había ocurrido muchas veces mientras estaba construyendo la máquina; pero entonces la había yo aceptado alegremente, como un riesgo inevitable, ¡uno de esos riesgos que un hombre tiene que admitir! Ahora que el riesgo era inevitable, ya no lo consideraba bajo la misma alegre luz. El hecho es que, insensiblemente, la absoluta rareza de todo aquello, la débil sacudida y el bamboleo de la máquina, y sobre todo la sensación de caída prolongada, habían alterado por completo mis nervios. Me dije a mí mismo que no podría detenerme nunca, y en un acceso de enojo decidí pararme inmediatamente. Como un loco impaciente, tiré de la palanca y acto seguido el aparato se tambaleó y salí despedido de cabeza por el aire.

Hubo un ruido retumbante de trueno en mis oídos. Debí quedarme aturdido un momento. Un despiadado granizo silbaba a mi alrededor, y me encontré sentado sobre una blanda hierba, frente a la máquina volcada. Todo me pareció gris todavía, pero pronto observé que el confuso ruido en mis oídos había desaparecido. Miré en derredor. Estaba sobre lo que parecía ser un pequeño prado de un jardín, rodeado de macizos de rododendros; y observé que sus flores malva y púrpura caían como una lluvia bajo el golpeteo de las piedras de granizo. La rebotante y danzarina granizada caía en una nubecilla sobre la máquina, y se moría a lo largo de la tierra como una humareda. En un momento me encontré calado hasta los huesos.

—«*Bonita hospitalidad —dije— con un hombre que ha viajado innumerables años para veros*».

Pronto pensé que era estúpido dejarse empapar. Me levanté y miré a mi alrededor. Una figura colosal, esculpida al parecer en una piedra blanca, aparecía confusamente más allá de los rododendros, a través del aguacero brumoso. Pero todo el resto del Mundo era invisible.

Sería difícil describir mis sensaciones. Como las columnas de granizo disminuían, vi la figura blanca más claramente. Parecía muy voluminosa, pues un abedul plateado tocaba sus hombros. Era de mármol blanco, algo parecida en su forma a una esfinge alada;

pero las alas, en lugar de llevarlas verticalmente a los lados, estaban desplegadas de modo que parecían planear. El pedestal me pareció que era de bronce y estaba cubierto de un espeso verdín. Sucedió que la cara estaba de frente a mí; los ojos sin vista parecían mirarme; había la débil sombra de una sonrisa sobre sus labios. Estaba muy deteriorada por el tiempo, y ello le comunicaba una desagradable impresión de enfermedad. Permanecí contemplándola un breve momento, medio minuto quizá, o media hora. Parecía avanzar y retroceder según cayese delante de ella el granizo más denso o más espaciado. Por último aparté mis ojos de ella por un momento, y vi que la cortina de granizo aparecía más transparente, y que el cielo se iluminaba con la promesa del Sol.

Volví a mirar a la figura blanca, agachado, y la plena temeridad de mi viaje se me apareció de repente. ¿Qué iba a suceder cuando aquella cortina brumosa se hubiera retirado por entero? ¿Qué podría haberles sucedido a los hombres? ¿Qué hacer si la crueldad se había convertido en una pasión común? ¿Qué, si en ese intervalo la raza había perdido su virilidad, desarrollándose como algo inhumano, indiferente y abrumadoramente potente? Yo podría parecer algún animal salvaje del viejo Mundo, pero el más espantoso por nuestra común semejanza, un ser inmundo que habría que matar inmediatamente.

Ya veía yo otras amplias formas: enormes edificios con intrincados parapetos y altas columnas, entre una colina obscuramente arbolada que llegaba hasta mí a través de la tormenta encalmada. Me sentí presa de un terror pánico. Volví frenéticamente hacia la Máquina del Tiempo, y me esforcé penosamente en reajustarla. Mientras lo intentaba los rayos del Sol traspasaron la tronada. El gris aguacero había pasado y se desvaneció como las vestiduras arrastradas por un fantasma. Encima de mí, en el azul intenso del cielo estival, jirones oscuros y ligeros de nubes remolineaban en la nada. Los grandes edificios a mi alrededor se elevaban claros y nítidos, brillantes con la lluvia de la tormenta, y resultando blancos por las piedras de granizo sin derretir, amontonadas a lo largo de sus hiladas. Me sentía desnudo en un extraño Mundo. Experimenté lo que quizá experimenta un pájaro en el aire claro, cuando sabe que el gavilán vuela y quiere precipitarse sobre él. Mi pavor se tornaba frenético. Hice una larga

aspiración, apreté los dientes, y luché de nuevo furiosamente, empleando las muñecas y las rodillas, con la máquina. Cedió bajo mi desesperado esfuerzo y retrocedió. Golpeó violentamente mi barbilla. Con una mano sobre el asiento y la otra sobre la palanca permanecí jadeando penosamente en actitud de montarme de nuevo.

Pero con la esperanza de una pronta retirada recobré mi valor. Miré con más curiosidad y menos temor aquel Mundo del remoto futuro. Por una abertura circular, muy alta en el muro del edificio más cercano, divisé un grupo de figuras vestidas con ricos y suaves ropajes. Me habían visto, y sus caras estaban vueltas hacia mí.

Oí entonces voces que se acercaban. Viniendo a través de los macizos que crecían junto a la Esfinge Blanca, veía las cabezas y los hombros de unos seres corriendo. Uno de ellos surgió de una senda que conducía directamente al pequeño prado en el cual permanecía con mi máquina. Era una ligera criatura —de una estatura quizá de cuatro pies— vestida con una túnica púrpura, ceñida al talle por un cinturón de cuero. Unas sandalias o coturnos —no pude distinguir claramente lo que eran— calzaban sus pies; sus piernas estaban desnudas hasta las rodillas, y su cabeza al aire. Al observar esto, me di cuenta por primera vez de lo cálido que era el aire.

Me impresionaron la belleza y la gracia de aquel ser, aunque me chocó también su fragilidad indescriptible. Su cara sonrosada me recordó mucho la clase de belleza de los tísicos, esa belleza hética de la que tanto hemos oído hablar. Al verle recobré de pronto la confianza. Aparté mis manos de la máquina.

5 - En la Edad de Oro

En un momento estuvimos cara a cara, yo y aquel ser frágil, más allá del futuro. Vino directamente a mí y se echó a reír en mis narices. La ausencia en su expresión de todo signo de miedo me impresionó en seguida. Luego se volvió hacia los otros dos que le seguían y les habló en una lengua extraña muy dulce y armoniosa.

Acudieron otros más, y pronto tuve a mi alrededor un pequeño grupo de unos ocho o diez de aquellos exquisitos seres. Uno de ellos se dirigió a mí. Se me ocurrió, de un modo bastante singular, que mi voz era demasiado áspera y profunda para ellos. Por eso moví la cabeza y, señalando mis oídos, la volví a mover. Dio él un paso hacia delante, vaciló y luego tocó mi mano. Entonces sentí otros suaves tentáculos sobre mi espalda y mis hombros. Querían comprobar si era yo un ser real. No había en esto absolutamente nada de alarmante. En verdad tenían algo aquellas lindas gentes que inspiraba confianza: una graciosa dulzura, cierta desenvoltura infantil. Y, además, parecían tan frágiles que me imaginé a mí mismo derribando una docena entera de ellos como si fuesen bolos. Pero hice un movimiento repentino para cuando vi sus manitas rosadas palpando la Máquina del Tiempo. Afortunadamente, entonces, cuando no era todavía demasiado tarde, pensé en un peligro del que me había olvidado hasta aquel momento, y, tomando las barras de la máquina, desprendí las pequeñas palancas que la hubieran puesto en movimiento y las metí en mi bolsillo. Luego intenté hallar el medio de comunicarme con ellos.

Entonces, viendo más de cerca sus rasgos, percibí nuevas particularidades en su tipo de belleza, muy de porcelana de Dresden. Su pelo, que estaba rizado por igual, terminaba en punta sobre el cuello y las mejillas; no se veía el más leve indicio de vello en su cara, y sus orejas eran singularmente menudas. Las bocas, pequeñas, de un rojo brillante, de labios más bien delgados, y las barbillas reducidas, acababan en punta. Los ojos grandes y apacibles, y —esto puede parecer egoísmo por mi parte— me

imaginé entonces que les faltaba cierta parte del interés que había yo esperado encontrar en ellos.

Como no hacían esfuerzo alguno para comunicarse conmigo, sino que me rodeaban simplemente, sonriendo y hablando entre ellos en suave tono arrullado, inicié la conversación. Señalé hacia la Máquina del Tiempo y hacia mí mismo. Luego, vacilando un momento sobre cómo expresar la idea de tiempo, indiqué el Sol con el dedo. Inmediatamente una figura pequeña, lindamente arcaica, vestida con una estofa blanca y púrpura, siguió mi gesto y, después, me dejó atónito imitando el ruido del trueno.

Durante un instante me quedé tambaleante, aunque la importancia de su gesto era suficientemente clara. Una pregunta se me ocurrió bruscamente: ¿estaban locos aquellos seres? Les sería difícil a ustedes comprender cómo se me ocurrió aquello. Ya saben que he previsto siempre que las gentes del año 802 000 y tantos nos adelantarán increíblemente en conocimientos, arte, en todo. Y, en seguida, uno de ellos me hacía de repente una pregunta que probaba que su nivel intelectual era el de un niño de cinco años, que me preguntaba en realidad ¿si había yo llegado del Sol con la tronada! Lo cual alteró la opinión que me había formado de ellos por sus vestiduras, sus miembros frágiles y ligeros y sus delicadas facciones. Una oleada de desengaño cayó sobre mi mente. Durante un momento sentí que había construido la Máquina del Tiempo en vano.

Incliné la cabeza, señalando hacia el Sol, e interpreté tan gráficamente un trueno, que los hice estremecer. Se apartaron todos un paso o más y se inclinaron. Entonces uno de ellos avanzó riendo hacia mí, llevando una guirnalda de bellas flores, que me eran desconocidas por completo, y me la puso al cuello. La idea fue acogida con un melodioso aplauso; y pronto todos empezaron a correr de una parte a otra cogiendo flores; y, riendo, me las arrojaban hasta que estuve casi asfixiado bajo el amontonamiento. Ustedes que no han visto nunca nada parecido, apenas podrán figurarse qué flores delicadas y maravillosas han creado innumerables años de cultura. Después, uno de ellos sugirió que su juguete debía ser exhibido en el edificio más próximo y así me llevaron más allá de la esfinge de mármol blanco, que parecía haber estado mirándome entretanto con una sonrisa ante mi asombro,

hacia un amplio edificio gris de piedra desgastada. Mientras iba con ellos, volvió a mi mente con irresistible júbilo el recuerdo de mis confiadas anticipaciones de una posteridad hondamente seria e intelectual.

El edificio tenía una enorme entrada y era todo él de colosales dimensiones. Estaba yo naturalmente muy ocupado por la creciente multitud de gentes menudas y por las grandes puertas que se abrían ante mí sombrías y misteriosas. Mi impresión general del Mundo que veía sobre sus cabezas era la de un confuso derroche de hermosos arbustos y de flores, de un jardín largo tiempo descuidado y, sin embargo, sin malas hierbas. Divisé un gran número de extrañas flores blancas, de altos tallos, que medían quizá un pie en sus pétalos de cera extendidos. Crecían desperdigadas, silvestres, entre los diversos arbustos, pero, como ya he dicho, no pude examinarlas de cerca en aquel momento. La Máquina del Tiempo quedó abandonada sobre la hierba, entre los rododendros.

El arco de la entrada estaba ricamente esculpido, pero, naturalmente, no pude observar desde muy cerca las esculturas, aunque me pareció vislumbrar indicios de antiguos adornos fenicios al pasar y me sorprendió que estuvieran muy rotos y deteriorados por el tiempo. Vinieron a mi encuentro en la puerta varios seres brillantemente ataviados, entramos, yo vestido con deslucidas ropas del siglo XIX, de aspecto bastante grotesco, enguinaldado de flores, y rodeado de una remolineante masa de vestidos alegres y suavemente coloridos y de miembros tersos y blancos en un melodioso corro de risas y de alegres palabras.

La enorme puerta daba a un vestíbulo relativamente grande, tapizado de oscuro. El techo estaba en la sombra, y las ventanas, guarnecidas en parte de cristales de colores y en parte desprovistas de ellos, dejaban pasar una luz suave. El suelo estaba hecho de inmensos bloques de un metal muy duro, no de planchas ni de losas; pensé que debía estar tan desgastado por el ir y venir de pasadas generaciones, debido a los hondos surcos que había a lo largo de los caminos más frecuentados. Transversalmente a su longitud había innumerables mesas hechas de losas de piedra pulimentada, elevadas, quizá, un pie del suelo, y sobre ellas montones de frutas. Reconocí algunas como una especie de frambuesas y naranjas hipertrofiadas, pero la mayoría eran muy

raras.

Entre las mesas había esparcidos numerosos cojines. Mis guías se sentaron sobre ellos, indicándome que hiciese otro tanto. Con una grata ausencia de ceremonia comenzaron a comer las frutas con sus manos, arrojando las pieles, las pepitas y lo demás, dentro de unas aberturas redondas que había a los lados de las mesas. Estaba yo dispuesto a seguir su ejemplo, pues me sentía sediento y hambriento. Mientras lo hacía, observé el vestíbulo con todo sosiego.

Y quizá la cosa que me chocó más fue su aspecto ruinoso. Los cristales de color, que mostraban un solo modelo geométrico, estaban rotos en muchos sitios y las cortinas que colgaban sobre el extremo inferior aparecían cubiertas de polvo. Y mi mirada descubrió que la esquina de la mesa de mármol, cercana a mí, estaba rota. No obstante lo cual, el efecto general era de suma suntuosidad y muy pintoresco. Había allí, quizá, un par de centenares de personas comiendo en el vestíbulo; y muchas de ellas, sentadas tan cerca de mí como podían, me contemplaban con interés, brillándoles los ojillos sobre el fruto que comían. Todas estaban vestidas con la misma tela suave, sedeña y, sin embargo, fuerte.

La fruta, dicho sea de paso, constituía todo su régimen alimenticio. Aquella gente del remoto futuro era estrictamente vegetariana, y mientras estuve con ella, pese a algunos deseos carnívoros, tuve que ser frugívoro. Realmente, vi después que los caballos, el ganado, las ovejas, los perros, habían seguido al ictiosaurio en su extinción. Pero las frutas eran en verdad deliciosas; una en particular, que pareció estar en sazón durante todo el tiempo que permanecí allí —una fruta harinosa de envoltura triangular—, era especialmente sabrosa, e hice de ella mi alimento habitual. Al principio me desconcertaban todas aquellas extrañas frutas, y las flores raras que veía, pero después empecé a comprender su importancia.

Y ahora ya les he hablado a ustedes bastante de mi alimentación frugívora en el lejano futuro. Tan pronto como calmé un poco mi apetito, decidí hacer una enérgica tentativa para aprender el lenguaje de aquellos nuevos compañeros míos. Era, evidentemente, lo primero que debía hacer. Las frutas parecían una cosa adecuada

para iniciar aquel aprendizaje, y cogiendo una la levanté esbozando una serie de sonidos y de gestos interrogativos. Tuve una gran dificultad en dar a entender mi propósito. Al principio mis intentos tropezaron con unas miradas fijas de sorpresa o con risas inextinguibles, pero pronto una criatura de cabellos rubios pareció captar mi intención y repitió un nombre. Ellos charlaron y se explicaron largamente la cuestión unos a otros, y mis primeras tentativas de imitar los exquisitos y suaves sonidos de su lenguaje produjeron una enorme e ingenua, ya que no cortés, diversión. Sin embargo, me sentí un maestro de escuela rodeado de niños, insistí, y conté con una veintena de nombres substantivos, por lo menos, a mi disposición; luego llegué a los pronombres demostrativos e incluso al verbo «comer». Pero era una tarea lenta, y aquellos pequeños seres se cansaron pronto y quisieron huir de mis interrogaciones, por lo cual decidí, más bien por necesidad, dejar que impartiesen sus lecciones en pequeñas dosis cuando se sintieran inclinados a ello. Y en me di cuenta de que tenía que ser en dosis muy pequeñas, pues jamás he visto gente más indolente ni que se cansase con mayor facilidad.

6 - El ocaso de la humanidad

Pronto descubrí una cosa extraña en relación con mis pequeños huéspedes: su falta de interés. Venían a mí con gritos anhelantes de asombro, como niños; pero cesaban en seguida de examinarme, y se apartaban para ir en pos de algún otro juguete. Terminadas la comida y mis tentativas de conversación, observé por primera vez que casi todos los que me rodeaban al principio se habían ido. Y resulta también extraño cuán rápidamente llegué a no hacer caso de aquella gente menuda. Franqueé la puerta y me encontré de nuevo a la luz del Sol del Mundo, una vez satisfecha mi hambre. Encontré continuamente más grupos de aquellos hombres del futuro, que me seguían a corta distancia, parloteando y riendo a mi costa, y habiéndome sonreído y hecho gestos de una manera amistosa, me dejaban entregado a mis propios pensamientos.

La calma de la noche se extendía sobre el Mundo cuando salí del gran vestíbulo y la escena estaba iluminada por el cálido resplandor del Sol poniente. Al principio las cosas aparecían muy confusas. Todo era completamente distinto del Mundo que yo conocía; hasta las flores. El enorme edificio que acababa de abandonar estaba situado sobre la ladera de un valle por el que corría un ancho río; pero el Támesis había sido desviado, a una milla aproximadamente de su actual posición. Decidí subir a la cumbre de una colina, a una milla y media poco más o menos de allí, desde donde podría tener una amplia vista de este nuestro planeta en el año de gracia 802 701. Pues ésta era, como debería haberlo explicado, la fecha que los pequeños cuadrantes de mi máquina señalaban.

Mientras caminaba, estaba alerta a toda impresión que pudiera probablemente explicarme el estado de ruinoso esplendor en que encontré al Mundo, pues aparecía ruinoso. En un pequeño sendero que ascendía a la colina, por ejemplo, había un amontonamiento de granito, ligado por masas de aluminio, un amplio laberinto de

murallas escarpadas y de piedras desmoronadas, entre las cuales crecían espesos macizos de bellas plantas en forma de pagoda — ortigas probablemente—, pero de hojas maravillosamente coloridas de marrón y que no podían pinchar. Eran evidentemente los restos abandonados de alguna gran construcción, erigida con un fin que no podía yo determinar. Era allí donde estaba yo destinado, en una fecha posterior, a llevar a cabo una experiencia muy extraña — primer indicio de un descubrimiento más extraño aún—, pero de la cual hablaré en su adecuado lugar.

Miré alrededor con un repentino pensamiento, desde una terraza en la cual descansé un rato, y me di cuenta de que no había allí ninguna casa pequeña. Al parecer, la mansión corriente, y probablemente la casa de familia, habían desaparecido. Aquí y allá entre la verdura había edificios semejantes a palacios, pero la casa normal y la de campo, que prestan unos rasgos tan característicos a nuestro paisaje inglés, habían desaparecido.

—«*Es el comunismo*» —me dije.

Y pisándole los talones a este vino otro pensamiento. Miré la media docena de figuritas que me seguían. Entonces, en un relámpago, percibí que todas tenían la misma forma de vestido, la misma cara imberbe y suave, y la misma morbidez femenil de miembros. Podrá parecer extraño, quizá, que no hubiese yo notado aquello antes. Pero ¡era todo tan extraño! Ahora veo el hecho con plena claridad. En el vestido y en todas las diferencias de contextura y de porte que marcan hoy la distinción entre uno y otro sexo, aquella gente del futuro era idéntica. Y los hijos no parecían ser a mis ojos sino las miniaturas de sus padres. Pensé entonces que los niños de aquel tiempo eran sumamente precoces, al menos físicamente, y pude después comprobar ampliamente mi opinión.

Viendo la desenvoltura y la seguridad en que vivían aquellas gentes, comprendí que aquel estrecho parecido de los sexos era, después de todo, lo que podía esperarse; pues la fuerza de un hombre y la delicadeza de una mujer, la institución de la familia y la diferenciación de ocupaciones son simples necesidades militantes de una edad de fuerza física. Allí donde la población es equilibrada y abundante, muchos nacimientos llegan a ser un mal más que un beneficio para el Estado; allí donde la violencia es rara y la prole es segura, hay menos necesidad —realmente no existe la necesidad—

de una familia eficaz, y la especialización de los sexos con referencia a las necesidades de sus hijos desaparece. Vemos algunos indicios de esto hasta en nuestro propio tiempo, y en esa edad futura era un hecho consumado. Esto, debo recordárselo a ustedes, era una conjetura que hacía yo en aquel momento. Después, iba a poder apreciar cuán lejos estaba de la realidad.

Mientras meditaba sobre estas cosas, atrajo mi atención una linda y pequeña construcción, parecida a un pozo bajo una cúpula. Pensé de modo pasajero en la singularidad de que existiese aún un pozo, y luego reanudé el hilo de mis teorías. No había grandes edificios hasta la cumbre de la colina, Y como mis facultades motrices eran evidentemente milagrosas, pronto me encontré solo por primera vez. Con una extraña sensación de libertad y de aventura avancé hacia la cumbre.

Allí encontré un asiento hecho de un metal amarillo, que no reconocí, corroído a trechos por una especie de orín rosado y semicubierto de blando musgo; tenía los brazos vaciados y bruñidos en forma de cabezas de grifo. Me senté y contemplé la amplia visión de nuestro viejo Mundo bajo el Sol poniente de aquel largo día. Era uno de los más bellos y agradables espectáculos que he visto nunca. El Sol se había puesto ya por debajo del horizonte y el oeste era de oro llameante, tocado por algunas barras horizontales de púrpura y carmesí. Por debajo estaba el valle del Támesis en donde el río se extendía como una banda de acero pulido. He hablado ya de los grandes palacios que despuntaban entre el abigarrado verdor, algunos en ruinas y otros ocupados aún. Aquí y allá surgía una figura blanca o plateada en el devastado jardín de la Tierra, aquí y allá aparecía la afilada línea vertical de alguna cúpula u obelisco. No había setos, ni señales de derechos de propiedad, ni muestras de agricultura; la Tierra entera se había convertido en un jardín.

Contemplando esto, comencé a urdir mi interpretación acerca de las cosas que había visto, y dada la forma que tomó para mí aquella noche, mi interpretación fue algo por el siguiente estilo (después vi que había encontrado solamente una semiverdad, o vislumbreado únicamente una faceta de la verdad):

Me pareció encontrarme en la decadencia de la Humanidad. El ocaso rojizo me hizo pensar en el ocaso de la Humanidad. Por primera vez empecé a comprender una singular consecuencia del

esfuerzo social en que estamos ahora comprometidos. Y sin embargo, créanlo, ésta es una consecuencia bastante lógica. La fuerza es el resultado de la necesidad; la seguridad establece un premio a la debilidad. La obra de mejoramiento de las condiciones de vida —el verdadero proceso civilizador que hace la vida cada vez más segura— había avanzado constantemente hacia su culminación. Un triunfo de una Humanidad unida sobre la Naturaleza había seguido a otro. Cosas que ahora son tan sólo sueños habían llegado a ser proyectos deliberadamente emprendidos y llevados adelante. ¡Y lo que yo veía era el fruto de aquello!

Después de todo, la salubridad y la agricultura de hoy día se hallan aún en una etapa rudimentaria. La ciencia de nuestro tiempo no ha atacado más que una pequeña división del campo de las enfermedades humanas, pero, aun así, extiende sus operaciones de modo constante y persistente. Nuestra agricultura y nuestra horticultura destruyen una mala hierba sólo aquí y allá y cultivan quizá una veintena aproximadamente de plantas saludables, dejando que la mayoría luche por equilibrarse como pueda. Mejoramos nuestras plantas y nuestros animales favoritos —¡y qué pocos son!— gradualmente, por vía selectiva; ora un melocotón mejor, ora unas uvas sin pepita, ora una flor más grande y perfumada, ora una raza de ganado vacuno más conveniente. Los mejoramos gradualmente, porque nuestros ideales son vagos y tanteadores, y nuestro conocimiento muy limitado, pues la Naturaleza es también tímida y lenta en nuestras manos torpes. Algún día todo esto estará mejor organizado y será incluso mejor. Ésta es la dirección de la corriente a pesar de los remansos. El Mundo entero será inteligente, culto y servicial; las cosas se moverán más y más de prisa hacia la sumisión de la Naturaleza. Al final, sabia y cuidadosamente, reajustaremos el equilibrio de la vida animal y vegetal para adaptarlas a nuestras necesidades humanas.

Este reajuste, digo yo, debe haber sido hecho y bien hecho, realmente para siempre, en el espacio de tiempo a través del cual mi máquina había saltado. El aire estaba libre de mosquitos, la tierra de malas hierbas y de hongos; por todas partes había frutas y flores deliciosas; brillantes mariposas revoloteaban aquí y allá. El ideal de la medicina preventiva estaba alcanzado. Las

enfermedades, suprimidas. No vi ningún indicio de enfermedad contagiosa durante toda mi estancia allí. Y ya les contaré más adelante que hasta el proceso de la putrefacción y de la vejez había sido profundamente afectado por aquellos cambios.

Se habían conseguido también triunfos sociales. Veía yo la Humanidad alojada en espléndidas moradas, suntuosamente vestida; y, sin embargo, no había encontrado aquella gente ocupada en ninguna faena. Allí no había signo alguno de lucha, ni social ni económica. La tienda, el anuncio, el tráfico, todo ese comercio que constituye la realidad de nuestro Mundo había desaparecido. Era natural que en aquella noche preciosa me apresurase a aprovechar la idea de un Paraíso social. La dificultad del aumento de población había sido resuelta, supongo, y la población cesó de aumentar.

Pero con semejante cambio de condición vienen las inevitables adaptaciones a dicho cambio. A menos que la ciencia biológica sea un montón de errores, ¿cuál es la causa de la inteligencia y del vigor humanos? Las penalidades y la libertad: condiciones bajo las cuales el ser activo, fuerte y apto, sobrevive, y el débil sucumbe; condiciones que recompensan la alianza leal de los hombres capaces basadas en la autocontención, la paciencia y la decisión. Y la institución de la familia y las emociones que entraña, los celos feroces, la ternura por los hijos, la abnegación de los padres, todo ello encuentra su justificación y su apoyo en los peligros inminentes que amenazan a los jóvenes. Ahora, ¿dónde están esos peligros inminentes? Se origina aquí un sentimiento que crecerá contra los celos conyugales, contra la maternidad feroz, contra toda clase de pasiones; cosas inútiles ahora, cosas que nos hacen sentirnos molestos, supervivientes salvajes y discordantes en una vida refinada y grata.

Pensé en la pequeñez física de la gente, en su falta de inteligencia, en aquellas enormes y profundas ruinas; y esto fortaleció mi creencia en una conquista perfecta de la Naturaleza. Porque después de la batalla viene la calma. La Humanidad había sido fuerte, enérgica e inteligente, y había utilizado su abundante vitalidad para modificar las condiciones bajo las cuales vivía. Y ahora llegaba la reacción de aquellas condiciones cambiadas.

Bajo las nuevas condiciones de bienestar y de seguridad perfectos, esa bulliciosa energía, que es nuestra fuerza, llegaría a ser

debilidad. Hasta en nuestro tiempo ciertas inclinaciones y deseos, en otro tiempo necesarios para sobrevivir, son un constante origen de fracaso. La valentía física y el amor al combate, por ejemplo, no representan una gran ayuda —pueden incluso ser obstáculos— para el hombre civilizado. Y en un estado de equilibrio físico y de seguridad, la potencia, tanto intelectual como física, estaría fuera de lugar. Pensé que durante incontables años no había habido peligro alguno de guerra o de violencia aislada, ningún peligro de fieras, ninguna enfermedad agotadora que haya requerido una constitución vigorosa, ni necesitado un trabajo asiduo. Para una vida tal, los que llamaríamos débiles se hallan tan bien pertrechados como los fuertes, no son realmente débiles. Mejor pertrechados en realidad, pues los fuertes estarían gastados por una energía para la cual no hay salida. Era indudable que la exquisita belleza de los edificios que yo veía era el resultado de las últimas agitaciones de la energía ahora sin fin determinado de la Humanidad, antes de haberse asentado en la perfecta armonía con las condiciones bajo las cuales vivía: el florecimiento de ese triunfo que fue el comienzo de la última gran paz. Ésta ha sido siempre la suerte de la energía en seguridad; se consagra al arte y al erotismo, y luego vienen la languidez y la decadencia.

Hasta ese impulso artístico deberá desaparecer al final —había desaparecido casi en el Tiempo que yo veía—. Adornarse ellos mismos con flores, danzar, cantar al Sol; esto era lo que quedaba del espíritu artístico y nada más. Aun eso desaparecería al final, dando lugar a una satisfecha inactividad. Somos afilados sin cesar sobre la muela del dolor y de la necesidad, y, según me parecía, ¡he aquí que aquella odiosa muela se rompía al fin!

Permanecí allí en las condensadas tinieblas pensando que con aquella simple explicación había yo dominado el problema del Mundo, dominando el secreto entero de aquel delicioso pueblo. Tal vez los obstáculos por ellos ideados para detener el aumento de población habían tenido demasiado buen éxito, y su número, en lugar de permanecer estacionario, había más bien disminuido. Esto hubiese explicado aquellas ruinas abandonadas. Era muy sencilla mi explicación y bastante plausible, ¡como lo son la mayoría de las teorías equivocadas!

7 - Una conmoción repentina

Mientras permanecía meditando sobre este triunfo demasiado perfecto del hombre, la Luna llena, amarilla y jibosa, salió entre un desbordamiento de luz plateada, al nordeste. Las brillantes figuritas cesaron de moverse debajo de mí, un búho silencioso revoloteó, y me estremecí con el frío de la noche. Decidí descender y elegir un sitio donde poder dormir.

Busqué con los ojos el edificio que conocía. Luego mi mirada corrió a lo largo de la figura de la Esfinge Blanca sobre su pedestal de bronce, cada vez más visible a medida que la luz de la Luna ascendente se hacía más brillante. Podía yo ver el argentado abedul enfrente. Había allí, por un lado, el macizo de rododendros, negro en la pálida claridad, y por el otro la pequeña pradera, que volví a contemplar. Una extraña duda heló mi satisfacción.

—«No —me dije con resolución—, *ésa no es la pradera*».

Pero *era* la pradera. Pues la lívida faz leprosa de la esfinge estaba vuelta hacia allí. ¿Pueden ustedes imaginar lo que sentí cuando tuve la plena convicción de ello? No podrían. ¡La Máquina del Tiempo había desaparecido!

En seguida, como un latigazo en la cara, se me ocurrió la posibilidad de perder mi propia época, de quedar abandonado e impotente en aquel extraño Mundo nuevo. El simple pensamiento de esto representaba una verdadera sensación física. Sentía que me agarraba por la garganta, cortándome la respiración. Un momento después sufrí un ataque de miedo y corrí con largas zancadas ladera abajo. En seguida tropecé, caí de cabeza y me hice un corte en la cara; no perdí el tiempo en restañar la sangre, sino que salté de nuevo en pie y seguí corriendo, mientras me escurría la sangre caliente por la mejilla y el mentón. Y mientras corría me iba diciendo a mí mismo:

—«*La han movido un poco, la han empujado debajo del macizo,*

fuera del camino».

Sin embargo, corría todo cuanto me era posible. Todo el tiempo, con la certeza que algunas veces acompaña a un miedo excesivo, yo sabía que tal seguridad era una locura, sabía instintivamente que la máquina había sido transportada fuera de mi alcance. Respiraba penosamente. Supongo que recorrí la distancia entera desde la cumbre de la colina hasta la pradera, dos millas aproximadamente, en diez minutos. Y no soy ya un joven. Mientras iba corriendo maldecía en voz alta mi necia confianza, derrochando así mi aliento. Gritaba muy fuerte y nadie contestaba. Ningún ser parecía agitarse en aquel Mundo iluminado por la Luna.

Cuando llegué a la pradera mis peores temores se realizaron. No se veía el menor rastro de la máquina. Me sentí desfallecido y helado cuando estuve frente al espacio vacío, entre la negra maraña de los arbustos. Corrí furiosamente alrededor, como si la máquina pudiera estar oculta en algún rincón, y luego me detuve en seco, agarrándome el pelo con las manos. Por encima de mí descollaba la esfinge, sobre su pedestal de bronce, blanca, brillante, leprosa, bajo la luz de la Luna que ascendía. Parecía reírse burlonamente de mi congoja.

Pude haberme consolado a mí mismo imaginando que los pequeños seres habían llevado por mí el aparato a algún refugio, de no haber tenido la seguridad de su incapacidad física e intelectual. Esto era lo que me acongojaba: la sensación de algún poder insospechado hasta entonces, por cuya intervención mi invento había desaparecido. Sin embargo, estaba seguro de una cosa: salvo que alguna otra época hubiera construido un duplicado exacto, la máquina no podía haberse movido a través del tiempo. Las conexiones de las palancas —les mostraré después el sistema— impiden que, una vez quitadas, nadie pueda ponerla en movimiento de ninguna manera. Había sido transportada y escondida solamente en el espacio. Pero, entonces, ¿dónde podía estar?

Creo que debí ser presa de una especie de frenesí. Recuerdo haber recorrido violentamente por dentro y por fuera, a la luz de la Luna, todos los arbustos que rodeaban a la esfinge, y asustado en la incierta claridad a algún animal blanco al que tomé por un cervatillo.

Recuerdo también, ya muy avanzada la noche, haber aporreado

las matas con mis puños cerrados hasta que mis articulaciones quedaron heridas y sangrantes por las ramas partidas. Luego, sollozando y delirando en mi angustia de espíritu, descendí hasta el gran edificio de piedra. El enorme vestíbulo estaba oscuro, silencioso y desierto. Resbalé sobre un suelo desigual y caí encima de una de las mesas de malaquita, casi rompiéndome la espinilla. Encendí una cerilla y penetré al otro lado de las cortinas polvorientas de las que les he hablado.

Allí encontré un segundo gran vestíbulo cubierto de cojines, sobre los cuales dormían, quizá, una veintena de aquellos pequeños seres. Estoy seguro de que encontraron mi segunda aparición bastante extraña, surgiendo repentinamente de la tranquila obscuridad con ruidos inarticulados y el chasquido y la llama de una cerilla. Porque ellos habían olvidado lo que eran las cerillas.

—«¿Dónde está mi Máquina del Tiempo? —comencé, chillando como un niño furioso, asiéndolos y sacudiéndolos a un tiempo».

Debió parecerles muy raro aquello. Algunos rieron, la mayoría parecieron dolorosamente amedrentados. Cuando vi que formaban corro a mi alrededor, se me ocurrió que estaba haciendo una cosa tan necia como era posible hacerla en aquellas circunstancias, intentando revivir la sensación de miedo. Porque razonando conforme a su comportamiento a la luz del día: pensé que el miedo debía estar olvidado.

Bruscamente tiré la cerilla, y, chocando con algunos de aquellos seres en mi carrera, crucé otra vez, desatinado, el enorme comedor hasta llegar afuera bajo la luz de la Luna. Oí gritos de terror y sus piecitos corriendo y tropezando aquí y allá. No recuerdo todo lo que hice mientras la Luna ascendía por el cielo. Supongo que era la circunstancia inesperada de mi pérdida lo que me enloquecía. Me sentía desesperanzado, separado de mi propia especie, como un extraño animal en un mundo desconocido. Debí desvariar de un lado para otro, chillando y vociferando contra Dios y el Destino. Recuerdo que sentí una horrible fatiga, mientras la larga noche de desesperación transcurría; que remiré en tal o cual sitio imposible; que anduve a tientas entre las ruinas iluminadas por la Luna y que toqué extrañas criaturas en las negras sombras, y, por último, que me tendí sobre la tierra junto a la esfinge, llorando por mi absoluta desdicha, pues hasta la cólera por haber cometido la locura de

abandonar la máquina había desaparecido con mi fuerza. No me quedaba más que mi desgracia. Luego me dormí, y cuando desperté otra vez era ya muy de día, y una pareja de gorriones brincaba a mi alrededor sobre la hierba, al alcance de mi mano.

Me senté en el frescor de la mañana, intentando recordar cómo había llegado hasta allí, y por qué experimentaba una tan profunda sensación de abandono y desesperación. Entonces las cosas se aclararon en mi mente. Con la clara razonable luz del día, podía considerar de frente mis circunstancias. Me di cuenta de la grandísima locura cometida en mi frenesí de la noche anterior, pude razonar conmigo mismo.

—«¿Suponer lo peor? —me dije—. ¿Suponer que la máquina está enteramente perdida, destruida, quizá? Me importa estar tranquilo, ser paciente, aprender el modo de ser de esta gente, adquirir una idea clara de cómo se ha perdido mi aparato, y los medios de conseguir materiales y herramientas; a fin de poder, al final, construir tal vez otro».

Tenía que ser aquella mi única esperanza, una mísera esperanza tal vez, pero mejor que la desesperación. Y, después de todo, era aquél un Mundo bello y curioso.

Pero probablemente la máquina había sido tan sólo substraída. Aun así, debía yo mantenerme sereno, tener paciencia, buscar el sitio del escondite, y recuperarla por la fuerza o con astucia. Y con esto me puse en pie rápidamente y miré a mi alrededor, preguntándome dónde podría lavarme. Me sentía fatigado, entumecido y sucio a causa del viaje. El frescor de la mañana me hizo desear una frescura igual. Había agotado mi emoción. Realmente, buscando lo que necesitaba, me sentí asombrado de mi intensa excitación de la noche anterior. Examiné cuidadosamente el suelo de la praderita. Perdí un rato en fútiles preguntas dirigidas lo mejor que pude a aquellas gentecillas que se acercaban. Todos fueron incapaces de comprender mis gestos; algunos se mostraron simplemente estúpidos; otros creyeron que era una chanza, y se rieron en mis narices. Fue para mí la tarea más difícil del Mundo impedir que mis manos cayesen sobre sus lindas caras rientes. Era un loco impulso, pero el demonio engendrado por el miedo y la cólera ciega estaba mal refrenado y aún ansioso de aprovecharse de mi perplejidad. La hierba me trajo un mejor consejo. Encontré unos surcos marcados en ella, aproximadamente a mitad de camino entre

el pedestal de la esfinge y las huellas de pasos de mis pies, a mi llegada. Había alrededor otras señales de traslación, con extrañas y estrechas huellas de pasos tales que las pude creer hechas por un perezoso. Esto dirigió mi atención más cerca del pedestal.

Era éste, como creo haber dicho, de bronce. No se trataba de un simple bloque, sino que estaba ambiciosamente adornado con unos paneles hondos a cada lado.

Me acerqué a golpearlos. El pedestal era hueco. Examinando los paneles minuciosamente, observé que quedaba una abertura entre ellos y el marco. No había allí asas ni cerraduras, pero era posible que aquellos paneles, si eran puertas como yo suponía, se abriesen hacia dentro. Una cosa aparecía clara a mi inteligencia. No necesité un gran esfuerzo mental para inferir que mi Máquina del Tiempo estaba dentro de aquel pedestal. Pero cómo había llegado hasta allí era un problema diferente.

Vi las cabezas de dos seres vestidos color naranja, entre las matas y bajo unos manzanos cubiertos de flores, venir hacia mí. Me volví a ellos sonriendo y llamándoles por señas. Llegaron a mi lado, y entonces, señalando el pedestal de bronce, intenté darles a entender mi deseo de abrirlo. Pero a mi primer gesto hacia allí se comportaron de un modo muy extraño. No sé cómo describirles a ustedes su expresión. Supongan que hacen a una dama de fino temperamento unos gestos groseros e impropios; la actitud que esa dama adoptaría fue la de ellos. Se alejaron como si hubiesen recibido el último insulto. Intenté una amable mímica parecida ante un mocito vestido de blanco, con el mismo resultado exactamente. De un modo u otro su actitud me dejó avergonzado de mí mismo. Pero, como ustedes comprenderán, yo deseaba recuperar la Máquina del Tiempo, e hice una nueva tentativa. Cuando le vi a este dar la vuelta, como los otros, mi mal humor predominó. En tres zancadas le alcancé, le cogí por la parte suelta de su vestido alrededor del cuello, y le empecé a arrastrar hacia la esfinge. Entonces vi tal horror y tal repugnancia en su rostro que le solté de repente.

Pero no quería declararme vencido aún. Golpeé con los puños los paneles de bronce. Creí oír algún movimiento dentro —para ser más claro, creí percibir un ruido como de risas sofocadas—, pero debí equivocarme. Entonces fui a buscar una gruesa piedra al río, y

volví a martillar con ella los paneles hasta que hube aplastado una espiral de los adornos, y cayó el verdín en laminillas polvorientas. La delicada gentecilla debió de oírme golpear en violentas arremetidas hasta una milla, pero no se acercó. Vi una multitud de ellos por las laderas, mirándome furtivamente. Al final, sofocado y rendido, me senté para vigilar aquel sitio. Pero estaba demasiado inquieto para vigilar largo rato. Soy demasiado occidental para una larga vigilancia. Puedo trabajar durante años enteros en un problema, pero aguardar inactivo durante veinticuatro horas es otra cuestión.

Después de un rato me levanté, y empecé a caminar a la ventura entre la maleza, hacia la colina otra vez.

—«Paciencia —me dije—; si quieres recuperar tu máquina debes dejar sola a la esfinge. Si piensan quitártela, de poco sirve destrozar sus paneles de bronce, y si no piensan hacerlo, te la devolverán tan pronto como se la pidas. Velar entre todas esas cosas desconocidas ante un rompecabezas como éste es desesperante. Representa una línea de conducta que lleva a la demencia. Enfréntate con este mundo. Aprende sus usos, obsérvale, abstente de hacer conjeturas demasiado precipitadas en cuanto a sus intenciones; al final encontrarás la pista de todo esto».

Entonces, me di cuenta de repente de lo cómico de la situación: el recuerdo de los años que había gastado en estudios y trabajos para adentrarme en el tiempo futuro y, ahora, una ardiente ansiedad por salir de él. Me había creado la más complicada y desesperante trampa que haya podido inventar nunca un hombre. Aunque era a mi propia costa, no pude remediarlo. Me reí a carcajadas.

Cuando cruzaba el enorme palacio, me pareció que aquellas gentecillas me esquivaban. Podían ser figuraciones mías, o algo relacionado con mis golpes en las puertas de bronce. Estaba, sin embargo, casi seguro de que me rehuían. Pese a lo cual tuve buen cuidado de mostrar que no me importaba, y de abstenerme de perseguirles, y en el transcurso de uno o dos días las cosas volvieron a su antiguo estado. Hice todos los progresos que pude en su lengua, y, además, proseguí mis exploraciones aquí y allá. A menos que no haya tenido en cuenta algún punto sutil, su lengua parecía excesivamente simple, compuesta casi exclusivamente de substantivos concretos y verbos. En lo relativo a los substantivos

abstractos, parecía haber pocos (si los había). Empleaban escasamente el lenguaje figurado. Como sus frases eran por lo general simples y de dos palabras, no pude darles a entender ni comprender yo sino las cosas más sencillas. Decidí apartar la idea de mi Máquina del Tiempo y el misterio de las puertas de bronce de la esfinge hasta donde fuera posible, en un rincón de mi memoria, esperando que mi creciente conocimiento me llevase a ella por un camino natural. Sin embargo, cierto sentimiento, como podrán ustedes comprender, me retenía en un círculo de unas cuantas millas alrededor del sitio de mi llegada.

8 - Explicación

Hasta donde podía ver, el Mundo entero desplegaba la misma exuberante riqueza que el valle del Támesis. Desde cada colina a la que yo subía, vi la misma profusión de edificios espléndidos, infinitamente variados de materiales y de estilos; los mismos amontonamientos de árboles de hoja perenne, los mismos árboles cargados de flores, y los mismos altos helechos. Aquí y allá el agua brillaba como plata, y más lejos la tierra se elevaba en azules ondulaciones de colinas, y desaparecía así en la serenidad del cielo. Un rasgo peculiar que pronto atrajo mi atención fue la presencia de ciertos pozos circulares, varios de ellos, según me pareció, de una profundidad muy grande. Uno se hallaba situado cerca del sendero que subía a la colina, y que yo había seguido durante mi primera caminata. Como los otros, estaba bordeado de bronce, curiosamente forjado, y protegido de la lluvia por una pequeña cúpula. Sentado sobre el borde de aquellos pozos, y escrutando su oscuro fondo, no pude divisar ningún centelleo de agua, ni conseguir ningún reflejo con la llama de una cerilla. Pero en todos ellos oí cierto ruido: un toc-toc-toc, parecido a la pulsación de alguna enorme máquina; y descubrí, por la llama de mis cerillas, que una corriente continua de aire soplaba abajo, dentro del hueco de los pozos. Además, arrojé un pedazo de papel en el orificio de uno de ellos; y en vez de descender revoloteando lentamente, fue velozmente aspirado y se perdió de vista.

También, después de un rato, llegué a relacionar aquellos pozos con altas torres que se elevaban aquí y allá sobre las laderas; pues había con frecuencia por encima de ellas esa misma fluctuación que se percibe en un día caluroso sobre una playa abrasada por el Sol. Enlazando estas cosas, llegué a la firme presunción de un amplio sistema de ventilación subterránea, cuya verdadera significación me resultaba difícil imaginar. Me incliné al principio a asociarlo con la instalación sanitaria de aquellas gentes. Era una conclusión evidente, pero absolutamente equivocada.

Y aquí debo admitir que he aprendido muy poco de desagües, de campanas y de modos de transporte, y de comodidades parecidas, durante el tiempo de mi estancia en aquel futuro real. En algunas de aquellas visiones de *Utopía* y de los tiempos por venir que he leído, hay una gran cantidad de detalles sobre la construcción, las ordenaciones sociales, y demás cosas de ese género. Pero aunque tales detalles son bastante fáciles de obtener cuando el Mundo entero se halla contenido en la sola imaginación, son por completo inaccesibles para un auténtico viajero mezclado con la realidad, como me encontré allí.

¡Imagínense ustedes lo que contaría de Londres un negro recién llegado del África central al regresar a su tribu! ¿Qué podría él saber de las compañías de ferrocarriles, de los movimientos sociales, del teléfono y el telégrafo, de la compañía de envío de paquetes a domicilio, de los giros postales y de otras cosas parecidas? ¡Sin embargo, nosotros accederíamos, cuando menos, a explicarle esas cosas! E incluso de lo que él supiese, ¿qué le haría comprender o creer a su amigo que no hubiese viajado? ¡Piensen, además, qué escasa distancia hay entre un negro y un blanco de nuestro propio tiempo, y qué extenso espacio existía entre aquellos seres de la Edad de oro y yo! Me daba cuenta de muchas cosas invisibles que contribuían a mi bienestar; pero salvo por una impresión general de organización automática, temo no poder hacerles comprender a ustedes sino muy poco de esa diferencia.

En lo referente a la sepultura, por ejemplo, no podía yo ver signos de cremación, ni nada que sugiriese tumbas. Pero se me ocurrió que, posiblemente, habría cementerios (u hornos crematorios) en alguna parte, más allá de mi línea de exploración. Fue ésta, de nuevo, una pregunta que me planteé deliberadamente y mi curiosidad sufrió un completo fracaso al principio con respecto a ese punto. La cosa me desconcertaba, y acabé por hacer una observación ulterior que me desconcertó más aún: que no había entre aquella gente ningún ser anciano o achacoso.

Debo confesar que la satisfacción que sentí por mi primera teoría de una civilización automática y de una Humanidad en decadencia, no duró mucho tiempo. Sin embargo, no podía yo imaginar otra. Los diversos enormes palacios que había yo explorado eran simples viviendas, grandes salones comedores y

amplios dormitorios. No pude encontrar ni máquinas ni herramientas de ninguna clase. Sin embargo, aquella gente iba vestida con bellos tejidos, que deberían necesariamente renovar de vez en cuando, y sus sandalias, aunque sin adornos, eran muestras bastante complejas de labor metálica. De un modo o de otro tales cosas debían ser fabricadas. Y aquella gentecilla no revelaba indicio alguno de tendencia creadora. No había tiendas, ni talleres, ni señal ninguna de importaciones entre ellos. Gastaban todo su tiempo en retozar lindamente, en bañarse en el río, en hacerse el amor de una manera semijuguetona, en comer frutas, y en dormir. No pude ver cómo se conseguía que las cosas siguieran marchando.

Volvamos, entonces, a la Máquina del Tiempo: alguien, no sabía yo quién, la había encerrado en el pedestal hueco de la Esfinge Blanca. *¿Por qué?* A fe mía no pude imaginarlo. Había también aquellos pozos sin agua, aquellas columnas de aireación. Comprendí que me faltaba una pista. Comprendí..., ¿cómo les explicaría aquello? Supónganse que encuentran ustedes una inscripción, con frases aquí y allá en un excelente y claro inglés, e, interpoladas con esto, otras compuestas de palabras, incluso de letras, absolutamente desconocidas para ustedes. ¡Pues bien, al tercer día de mi visita, así era como se me presentaba el Mundo del año 802 701!

Ese día, también, hice una amiga... en cierto modo. Sucedió que, cuando estaba yo contemplando a algunos de aquellos seres bañándose en un bajío, uno de ellos sufrió un calambre, y empezó a ser arrastrado por el agua. La corriente principal era más bien rápida, aunque no demasiado fuerte para un nadador regular. Les daré a ustedes una idea, por tanto, de la extraña imperfección de aquellas criaturas, cuando les diga que ninguna hizo el más leve gesto para intentar salvar al pequeño ser que gritando débilmente se estaba ahogando ante sus ojos. Cuando me di cuenta de ello, me despojé rápidamente de la ropa, y vadeando el agua por un sitio más abajo, agarré aquella cosa menuda y la puse a salvo en la orilla. Unas ligeras fricciones en sus miembros la reanimaron pronto, y tuve la satisfacción de verla completamente bien antes de separarme de ella. Tenía tan poca estimación por los de su raza que no esperé ninguna gratitud de la muchachita. Sin embargo, en esto me equivocaba.

Lo relatado ocurrió por la mañana. Por la tarde encontré a mi

mujercilla —eso supuse que era— cuando regresaba yo hacia mi centro de una exploración. Me recibió con gritos de deleite, y me ofreció una gran guirnalda de flores, hecha evidentemente para mí. Aquello impresionó mi imaginación. Es muy posible que me sintiese solo. Sea como fuere, hice cuanto pude para mostrar mi reconocimiento por su regalo. Pronto estuvimos sentados juntos bajo un árbol sosteniendo una conversación compuesta principalmente de sonrisas. La amistad de aquella criatura me afectaba exactamente como puede afectar la de una niña. Nos dábamos flores uno a otro, y ella me besaba las manos. Le besé yo también las suyas. Luego intenté hablar y supe que se llamaba Weena, nombre que a pesar de no saber yo lo que significaba me pareció en cierto modo muy apropiado. Éste fue el comienzo de una extraña amistad que duró una semana, ¡y que terminó como les diré!

Era ella exactamente parecida a una niña. Quería estar siempre conmigo. Intentaba seguirme por todas partes, y en mi viaje siguiente sentí el corazón oprimido, teniendo que dejarla, al final, exhausta y llamándome quejumbrosamente. Pues me era preciso conocer a fondo los problemas de aquel Mundo. No había llegado, me dije a mí mismo, al futuro para mantener un flirteo en miniatura. Sin embargo, su angustia cuando la dejé era muy grande, sus reproches al separarnos eran a veces frenéticos, y creo plenamente que sentí tanta inquietud como consuelo con su afecto. Sin embargo, significaba ella, de todos modos, un gran alivio para mí. Creí que era un simple cariño infantil el que la hacía apegarse a mí. Hasta que fue demasiado tarde, no supe claramente qué pena le había infligido al abandonarla. Hasta entonces no supe tampoco claramente lo que era ella para mí. Pues, por estar simplemente en apariencia enamorada de mí, por su manera fútil de mostrar que yo le preocupaba, aquella humana muñequita pronto dio a mi regreso a las proximidades de la Esfinge Blanca casi el sentimiento de la vuelta al hogar; y acechaba la aparición de su delicada figurita, blanca y oro, no bien llegaba yo a la colina.

Por ella supe también que el temor no había desaparecido aún de la Tierra. Se mostraba ella bastante intrépida durante el día y tenía una extraña confianza en mí; pues una vez, en un momento estúpido, le hice muecas amenazadoras y, ella se echó a reír

simplemente. Pero le amedrentaban la obscuridad, las sombras, las cosas negras. Las tinieblas eran para ella la única cosa aterradora. Era una emoción singularmente viva, y esto me hizo meditar y observarla. Descubrí, entonces, entre otras cosas, que aquellos seres se congregaban dentro de las grandes casas, al anochecer, y dormían en grupos. Entrar donde ellos estaban sin una luz les llenaba de una inquietud tumultuosa. Nunca encontré a nadie de puertas afuera, o durmiendo sólo de puertas adentro, después de ponerse el Sol. Sin embargo, fui tan estúpido que no comprendí la lección de ese temor, y, pese a la angustia de Weena, me obstiné en acostarme apartado de aquellas multitudes adormecidas.

Esto le inquietó a ella mucho, pero al final su extraño afecto por mí triunfó, y durante las cinco noches de nuestro conocimiento, incluyendo la última de todas, durmió ella con la cabeza recostada sobre mi brazo. Pero mi relato se me escapa mientras les hablo a ustedes de ella. La noche anterior a su salvación debía despertarme al amanecer. Había estado inquieto, soñando muy desagradablemente que me ahogaba, y que unas anémonas de mar me palpaban la cara con sus blandos apéndices. Me desperté sobresaltado, con la extraña sensación de que un animal gris acababa de huir de la habitación. Intenté dormirme de nuevo, pero me sentía desasosegado y a disgusto. Era esa hora incierta y gris en que las cosas acaban de surgir de las tinieblas, cuando todo es incoloro y se recorta con fuerza, aun pareciendo irreal. Me levanté, fui al gran vestíbulo y llegué así hasta las losas de piedra delante del palacio. Tenía intención, haciendo virtud de la necesidad, de contemplar la salida del Sol.

La Luna se ponía, y su luz moribunda y las primeras palideces del alba se mezclaban en una semiclaridad fantasmal. Los arbustos eran de un negro tinta, la tierra de un gris oscuro, el cielo descolorido y triste. Y sobre la colina creía ver unos espectros. En tres ocasiones distintas, mientras escudriñaba la ladera, vi unas figuras blancas. Por dos veces me pareció divisar una criatura solitaria, blanca, con el aspecto de un mono, subiendo más bien rápidamente por la colina, y una vez cerca de las ruinas vi tres de aquellas figuras arrastrando un cuerpo oscuro. Se movían velozmente. Y no pude ver qué fue de ellas. Parecieron desvanecerse entre los arbustos. El alba era todavía incierta, como

ustedes comprenderán. Y tenía yo esa sensación helada, confusa, del despuntar del alba que ustedes conocen tal vez. Dudaba de mis ojos.

Cuando el cielo se tornó brillante al este, y la luz del Sol subió y esparció una vez más sus vivos colores sobre el Mundo, escruté profundamente el paisaje, pero no percibí ningún vestigio de mis figuras blancas. Eran simplemente seres de la media luz.

—*«Deben de haber sido fantasmas —me dije—. Me pregunto qué edad tendrán».*

Pues una singular teoría de Grant Allen vino a mi mente, y me divirtió. Si cada generación fenece y deja fantasmas, argumenta él, el Mundo al final estará atestado de ellos. Según esa teoría habrían crecido de modo innumerable dentro de unos ochocientos mil años a contar de esta fecha, y no sería muy sorprendente ver cuatro a la vez. Pero la broma no era convincente y me pasé toda la mañana pensando en aquellas figuras, hasta que gracias a Weena logré desechar ese pensamiento. Las asocié de una manera vaga con el animal blanco que había yo asustado en mi primera y ardorosa busca de la Máquina del Tiempo.

Pero Weena era una grata substituta. Sin embargo, todas ellas estaban destinadas pronto a tomar una mayor y más implacable posesión de mi espíritu.

Creo haberles dicho cuánto más calurosa que la nuestra era la temperatura de esa Edad de Oro. No puedo explicarme por qué. Quizá el Sol era más fuerte, o la Tierra estaba más cerca del Sol. Se admite, por lo general, que el Sol se irá enfriando constantemente en el futuro. Pero la gente, poco familiarizada con teorías tales como las de Darwin, olvida que los planetas deben finalmente volver a caer uno por uno dentro de la masa que los engendró. Cuando esas catástrofes ocurran, el Sol llameará con renovada energía; y puede que algún planeta interior haya sufrido esa suerte. Sea cual fuere la razón, persiste el hecho de que el Sol era mucho más fuerte que el que nosotros conocemos.

Bien, pues una mañana muy calurosa —la cuarta, creo, de mi estancia—, cuando intentaba resguardarme del calor y de la reverberación entre algunas ruinas colosales cerca del gran edificio donde dormía y comía, ocurrió una cosa extraña. Encaramándome sobre aquel montón de mampostería, encontré una estrecha galería, cuyo final y respiradero laterales estaban obstruidos por masas de

piedras caídas. En contraste con la luz deslumbrante del exterior, me pareció al principio de una oscuridad impenetrable. Entré a tientas, pues el cambio de la luz a las tinieblas hacía surgir manchas flotantes de color ante mí. De repente me detuve como hechizado. Un par de ojos, luminosos por el reflejo de la luz de afuera, me miraba fijamente en las tinieblas.

El viejo e instintivo terror a las fieras se apoderó nuevamente de mí. Apreté los puños y miré con decisión aquellos brillantes ojos. Luego, el pensamiento de la absoluta seguridad en que la Humanidad parecía vivir se apareció a mi mente. Y después recordé aquel extraño terror a las tinieblas. Dominando mi pavor hasta cierto punto, avancé un paso y hablé. Confesaré que mi voz era bronca e insegura. Extendí la mano y toqué algo suave. Inmediatamente los ojos se apartaron y algo blanco huyó rozándome. Me volví con el corazón en la garganta, y vi una extraña figurilla de aspecto simiesco, sujetándose la cabeza de una manera especial, cruzar corriendo el espacio iluminado por el Sol, a mi espalda. Chocó contra un bloque de granito, se tambaleó, y en un instante se ocultó en la negra sombra bajo otro montón de escombros de las ruinas.

La impresión que recogí de aquel ser fue, naturalmente, imperfecta; pero sé que era de un blanco desvaído, y, que tenía unos ojos grandes y extraños de un rojo grisáceo, y también unos cabellos muy rubios que le caían por la espalda. Pero, como digo, se movió con demasiada rapidez para que pudiese verle con claridad. No puedo siquiera decir si corría a cuatro pies, o tan sólo manteniendo sus antebrazos muy bajos. Después de unos instantes de detención le seguí hasta el segundo montón de ruinas. No pude encontrarle al principio; pero después de un rato entre la profunda oscuridad, llegué a una de aquellas aberturas redondas y parecidas a un pozo de que ya les he hablado a ustedes, semiobstruida por una columna derribada. Un pensamiento repentino vino a mi mente. ¿Podría aquella Cosa haber desaparecido por dicha abertura abajo? Encendí una cerilla y, mirando hasta el fondo, vi agitarse una pequeña y blanca criatura con unos ojos brillantes que me miraban fijamente. Esto me hizo estremecer. ¡Aquel ser se asemejaba a una araña humana! Descendía por la pared y divisé ahora por primera vez una serie de soportes y de asas de metal

formando una especie de escala, que se hundía en la abertura. Entonces la llama me quemó los dedos y la solté, apagándose al caer; y cuando encendí otra, el pequeño monstruo había desaparecido.

No sé cuánto tiempo permanecí mirando el interior de aquel pozo. Necesité un rato para conseguir convencerme a mí mismo de que aquella cosa entrevista era un ser humano. Pero, poco a poco, la verdad se abrió paso en mí: el Hombre no había seguido siendo una especie única, sino que se había diferenciado en dos animales distintos; las graciosas criaturas del Mundo Superior no eran los únicos descendientes de nuestra generación, sino que aquel ser, pálido, repugnante, nocturno, que había pasado fugazmente ante mí, era también el heredero de todas las edades.

Pensé en las columnas de aireación y en mi teoría de una ventilación subterránea. Empecé a sospechar su verdadera importancia. ¿Y qué viene a hacer, me pregunté, este Lémur en mi esquema de una organización perfectamente equilibrada? ¿Qué relación podía tener con la indolente serenidad de los habitantes del Mundo Superior? ¿Y qué se ocultaba debajo de aquello en el fondo de aquel pozo? Me senté sobre el borde diciéndome que, en cualquier caso, no había nada que temer, y que debía yo bajar allí para solucionar mis apuros. ¡Y al mismo tiempo me aterraba en absoluto bajar! Mientras vacilaba, dos de los bellos seres del Mundo Superior llegaron corriendo en su amoroso juego desde la luz del Sol hasta la sombra. El varón perseguía a la hembra, arrojándole flores en su huida.

Parecieron angustiados de encontrarme, con mi brazo apoyado contra la columna caída, y escrutando el pozo. Al parecer, estaba mal considerado el fijarse en aquellas aberturas; pues cuando señalé esta junto a la cual estaba yo e intenté dirigirles una pregunta sobre ello en su lengua, se mostraron más angustiados aún y se dieron la vuelta. Pero les interesaban mis cerillas, y encendí unas cuantas para divertirlos. Intenté de nuevo preguntarles sobre el pozo, Y fracasé otra vez. Por eso los dejé en seguida, a fin de ir en busca de Weena, y ver qué podía sonsacarle. Pero mi mente estaba ya trastornada; mis conjeturas e impresiones se deslizaban y enfocaban hacia una nueva interpretación. Tenía ahora una pista para averiguar la importancia de aquellos pozos, de aquellas torres de

ventilación, de aquel misterio de los fantasmas; ¡y esto sin mencionar la indicación relativa al significado de las puertas de bronce y de la suerte de la Máquina del Tiempo! Y muy vagamente hallé una sugerencia acerca de la solución del problema económico que me había desconcertado.

He aquí mi nuevo punto de vista. Evidentemente, aquella segunda especie humana era subterránea. Había en especial tres detalles que me hacían creer que sus raras apariciones sobre el suelo eran la consecuencia de una larga y continuada costumbre de vivir bajo tierra. En primer lugar, estaba el aspecto lívido común a la mayoría de los animales que viven prolongadamente en la obscuridad; el pez blanco de las grutas del Kentucky, por ejemplo. Luego, aquellos grandes ojos con su facultad de reflejar la luz son rasgos comunes en los seres nocturnos, según lo demuestran el búho y el gato. Y por último, aquel patente desconcierto a la luz del Sol, y aquella apresurada y, sin embargo, torpe huida hacia la obscura sombra, y aquella postura tan particular de la cabeza mientras estaba a la luz, todo esto reforzaba la teoría de una extremada sensibilidad de la retina.

Bajo mis pies, por tanto, la tierra debía estar inmensamente socavada y aquellos socavones eran la vivienda de la Nueva Raza. La presencia de tubos de ventilación y de los pozos a lo largo de las laderas de las colinas, por todas partes en realidad, excepto a lo largo del valle por donde corría el río, revelaba cuán universales eran sus ramificaciones. ¿No era muy natural, entonces, suponer que era en aquel Mundo Subterráneo donde se hacía el trabajo necesario para la comodidad de la raza que vivía a la luz del Sol? La explicación era tan plausible que la acepté inmediatamente y llegué hasta imaginar el *porqué* de aquella diferenciación de la especie humana. Me atrevo a creer que prevén ustedes la hechura de mi teoría, aunque pronto comprendí por mí mismo cuán alejada estaba de la verdad.

Al principio, procediendo conforme a los problemas de nuestra propia época, me parecía claro como la luz del día que la extensión gradual de las actuales diferencias meramente temporales y sociales entre el Capitalista y el Trabajador era la clave de la situación entera. Sin duda les parecerá a ustedes un tanto grotesco —¡y disparatadamente increíble!—, y, sin embargo, aún ahora existen

circunstancias que señalan ese camino. Hay una tendencia a utilizar el espacio subterráneo para los fines menos decorativos de la civilización; hay, por ejemplo, en Londres el Metro, hay los nuevos tranvías eléctricos, hay pasos subterráneos, talleres y restaurantes subterráneos, que aumentan y se multiplican.

—«Evidentemente —pensé— esta tendencia ha crecido hasta el punto que la industria ha perdido gradualmente su derecho de existencia al aire libre».

Quiero decir que se había extendido cada vez más profundamente y cada vez en más y más amplias fábricas subterráneas ¡consumiendo una cantidad de tiempo sin cesar creciente, hasta que al final...! Aún hoy día, ¿es que un obrero del *East End* no vive en condiciones de tal modo artificiales que, prácticamente, está separado de la superficie natural de la Tierra?

Además, la tendencia exclusiva de la gente rica —debida, sin duda, al creciente refinamiento de su educación y al amplio abismo en aumento entre ella y la ruda violencia de la gente pobre— la lleva ya a acotar, en su interés, considerables partes de la superficie del país. En los alrededores de Londres, por ejemplo, tal vez la mitad de los lugares más hermosos están cerrados a la intrusión. Y ese mismo abismo creciente que se debe a los procedimientos más largos y costosos de la educación superior y a las crecientes facilidades y tentaciones por parte de los ricos, hará que cada vez sea menos frecuente el intercambio entre las clases y el ascenso en la posición social por matrimonios entre ellas, que retrasa actualmente la división de nuestra especie a lo largo de líneas de estratificación social. De modo que, al final, sobre el suelo habremos de tener a los Poseedores, buscando el placer, el bienestar, y la belleza, y debajo del suelo a los No Poseedores; los obreros se adaptan continuamente a las condiciones de su trabajo. Una vez allí, tuvieron, sin duda, que pagar un canon nada reducido por la ventilación de sus cavernas; y si se negaban, los mataban de hambre o los asfixiaban para hacerles pagar los atrasos. Los que habían nacido para ser desdichados o rebeldes, murieron; y finalmente, al ser permanente el equilibrio, los supervivientes acabaron por estar adaptados a las condiciones de la vida subterránea y tan satisfechos en su medio como la gente del Mundo Superior en el suyo. Por lo que, me parecía, la refinada belleza y la

palidez marchita se seguían con bastante naturalidad.

El gran triunfo de la Humanidad que había yo soñado tomaba una forma distinta en mi mente. No había existido tal triunfo de la educación moral y de la cooperación general, como imaginé. En lugar de esto, veía yo una verdadera aristocracia, armada de una ciencia perfecta y preparando una lógica conclusión al sistema industrial de hoy día. Su triunfo no había sido simplemente un triunfo sobre la Naturaleza, sino un triunfo sobre la Naturaleza y sobre el prójimo. Esto, debo advertirlo a ustedes, era mi teoría de aquel momento. No tenía ningún guía adecuado como ocurre en los libros utópicos. Mi explicación puede ser errónea por completo. Aunque creo que es la más plausible. Pero, aun suponiendo esto, la civilización equilibrada que había sido finalmente alcanzada debía haber sobrepasado hacía largo tiempo su cenit, y haber caído en una profunda decadencia. La seguridad demasiado perfecta de los habitantes del Mundo Superior los había llevado, en un pausado movimiento de degeneración, a un aminoramiento general de estatura, de fuerza e inteligencia. Eso podía yo verlo ya con bastante claridad. Sin embargo, no sospechaba aún lo que había ocurrido a los habitantes del Mundo Subterráneo, pero por lo que había visto de los Morlocks —que era el nombre que daban a aquellos seres— podía imaginar que la modificación del tipo humano era aún más profunda que entre los Eloi, la raza que ya conocía.

Entonces tuve unas dudas fastidiosas respecto a los Morlocks. ¿Por qué habían cogido mi Máquina del Tiempo? Pues estaba seguro de que eran ellos quienes la habían cogido. ¿Y por qué, también, si los Eloi eran los amos, no podían devolvérmela? ¿Y por qué sentían un miedo tan terrible de la obscuridad? Empecé, como ya he dicho, por interrogar a Weena acerca de aquel Mundo Subterráneo, pero de nuevo quedé defraudado. Al principio no comprendió mis preguntas, y luego se negó a contestarlas. Se estremecía como si el tema le fuese insoportable. Y cuando la presioné, quizá un poco bruscamente, se deshizo en llanto. Fueron las únicas lágrimas, exceptuando las mías, que vi jamás en la Edad de Oro. Viéndolas cesé de molestarla sobre los Morlocks, y me dediqué a borrar de los ojos de Weena aquellas muestras de su herencia humana. Pronto sonrió, aplaudiendo con sus manitas,

mientras yo encendía solemnemente una cerilla.

9 - Los Morlocks

Podrá parecerles raro, pero dejé pasar dos días antes de seguir la reciente pista que llevaba evidentemente al camino apropiado. Sentía una aversión especial por aquellos cuerpos pálidos. Tenían exactamente ese tono semiblancuzco de los gusanos y de los animales conservados en alcohol en un museo zoológico. Y al tacto eran de una frialdad repugnante. Mi aversión se debía en gran parte a la influencia simpática de los Eloi, cuyo asco por los Morlocks empezaba yo a comprender.

La noche siguiente no dormí nada bien. Sin duda mi salud estaba alterada. Me sentía abrumado de perplejidad y de dudas. Tuve una o dos veces la sensación de un pavor intenso al cual no podía yo encontrar ninguna razón concreta. Recuerdo haberme deslizado sin ruido en el gran vestíbulo donde aquellos seres dormían a la luz de la Luna —aquella noche Weena se hallaba entre ellas— y me sentía tranquilizado con su presencia. Se me ocurrió, en aquel momento, que en el curso de pocos días la Luna debería entrar en su último cuarto, y las noches serían oscuras; entonces, las apariciones de aquellos desagradables seres subterráneos, de aquellos blancuzcos lémures, de aquella nueva gusanera que había substituido a la antigua, serían más numerosas. Y durante esos dos días tuve la inquieta sensación de quien elude una obligación inevitable. Estaba seguro de que solamente recuperaría la Máquina del Tiempo penetrando audazmente en aquellos misterios del subsuelo. Sin embargo, no podía enfrentarme con aquel enigma. De haber tenido un compañero la cosa sería muy diferente. Pero estaba horriblemente solo, y el simple hecho de descender por las tinieblas del pozo me hacía palidecer. No sé si ustedes comprenderán mi estado de ánimo, pero sentía sin cesar un peligro a mi espalda.

Esta inquietud, esta inseguridad, era quizá la que me arrastraba más y más lejos en mis excursiones exploradoras. Yendo al sudoeste, hacia la comarca escarpada que se llama ahora *Combe Wood*, observé a lo lejos, en la dirección del Banstead del siglo XIX,

una amplia construcción verde, de estilo diferente a las que había visto hasta entonces. Era más grande que el mayor de los palacios o ruinas que conocía, y la fachada tenía un aspecto oriental: mostraba ésta el brillo de un tono gris pálido, de cierta clase de porcelana china. Esta diferencia de aspecto sugería una diferencia de uso, y se me ocurrió llevar hasta allí mi exploración. Pero el día declinaba ya, y llegué a la vista de aquel lugar después de un largo y extenuante rodeo; por lo cual decidí aplazar la aventura para el día siguiente, y volví hacia la bienvenida y las caricias de la pequeña Weena. Pero a la mañana siguiente me di cuenta con suficiente claridad que mi curiosidad referente al Palacio de Porcelana Verde era un acto de autodecepción, capaz de evitarme, por un día más, la experiencia que yo temía. Decidí emprender el descenso sin más pérdida de tiempo, y salí al amanecer hacia un pozo cercano a las ruinas de granito y aluminio.

La pequeña Weena vino corriendo conmigo, Bailaba junto al pozo, pero, cuando vio que me inclinaba yo sobre el brocal mirando hacia abajo, pareció singularmente desconcertada.

—«Adiós, *pequeña Weena*, —dije, besándola, y luego, dejándola sobre el suelo, comencé a buscar sobre el brocal los escalones y los ganchos».

Más bien de prisa —debo confesarlo—, ¡pues temía que flaquease mi valor! Al principio ella me miró con asombro. Luego lanzó un grito quejumbroso y, corriendo hacia mí, quiso retenerme con sus manitas. Creo que su oposición me incitó más bien a continuar. La rechacé, acaso un poco bruscamente, y un momento después estaba adentrándome en el pozo. Vi su cara agonizante sobre el brocal y le sonreí para tranquilizarla. Luego me fue preciso mirar hacia abajo a los ganchos inestables a que me agarraba.

Tuve que bajar un trecho de doscientas yardas, quizá. El descenso lo efectuaba por medio de los barrotes metálicos que salían de las paredes del pozo, y como estaban adaptados a las necesidades de unos mucho más pequeños que yo, pronto me sentí entumecido y fatigado por la bajada. ¡Y no sólo fatigado! Uno de los barrotes cedió de repente bajo mi peso, y casi me balanceé en las tinieblas de debajo. Durante un momento quedé suspendido por una mano, y después de esa prueba no me atreví a descansar de nuevo. Aunque mis brazos y mi espalda me doliesen ahora agudamente,

seguía descendiendo de un tirón, tan de prisa como era posible. Al mirar hacia arriba, vi la abertura, un pequeño disco azul, en el cual era visible una estrella, mientras que la cabeza de la pequeña Weena aparecía como una proyección negra y redonda. El ruido acompasado de una máquina, desde el fondo, se hacía cada vez más fuerte y opresivo. Todo, salvo el pequeño disco de arriba, era profundamente oscuro, y cuando volví a mirar hacia allí, Weena había desaparecido. Me sentía en una agonía de inquietud. Pensé vagamente intentar remontar del pozo y dejar en su soledad al Mundo Subterráneo. Pero hasta cuando estaba dándole vueltas a esa idea, seguía descendiendo. Por último, con un profundo alivio, vi confusamente aparecer, a un pie a mi derecha, una estrecha abertura en la pared. Me introduje allí y descubrí que era el orificio de un reducido túnel horizontal en el cual pude tenderme y descansar. Y ya era hora. Mis brazos estaban doloridos, mi espalda entumecida, y temblaba con el prolongado terror de una caída. Además, la obscuridad ininterrumpida tuvo un efecto doloroso sobre mis ojos. El aire estaba lleno del palpitante zumbido de la maquinaria que ventilaba el pozo.

No sé cuánto tiempo permanecí tendido allí. Me despertó una mano suave que tocaba mi cara. Me levanté de un salto en la obscuridad y, sacando mis cerillas, encendí una rápidamente: vi tres seres encorvados y blancos semejantes a aquel que había visto sobre la tierra, en las ruinas, y que huyó velozmente de la luz. Viviendo, como vivían, en las que me parecían tinieblas impenetrables, sus ojos eran de un tamaño anormal y muy sensibles, como lo son las pupilas de los peces de los fondos abisales, y reflejaban la luz de idéntica manera. No me cabía duda de que podían verme en aquella absoluta obscuridad, y no parecieron tener miedo de mí, aparte de su temor a la luz. Pero, en cuanto encendí una cerilla con objeto de verlos, huyeron veloces, desapareciendo dentro de unos sombríos canales y túneles, desde los cuales me miraban sus ojos del modo más extraño.

Intenté llamarles, pero su lenguaje era al parecer diferente del de los habitantes del Mundo Superior; por lo cual me quedé entregado a mis propios esfuerzos, y la idea de huir antes de iniciar la exploración pasó por mi mente. Pero me dije a mí mismo: «Estás aquí ahora para eso», y avancé a lo largo del túnel, sintiendo que el

ruido de la maquinaria se hacía más fuerte.

Pronto dejé de notar las paredes a mis lados, llegué a un espacio amplio y abierto, y encendiendo otra cerilla, vi que había entrado en una vasta caverna arqueada que se extendía en las profundas tinieblas más allá de la claridad de mi cerilla. Vi lo que se puede ver mientras arde una cerilla.

Mi recuerdo es forzosamente vago. Grandes formas parecidas a enormes máquinas surgían de la obscuridad y proyectaban negras sombras entre las cuales los inciertos y espectrales Morlocks se guarecían de la luz. El sitio, dicho sea de paso, era muy sofocante y opresivo, y débiles emanaciones de sangre fresca flotaban en el aire. Un poco más abajo del centro había una mesita de un metal blanco, en la que parecía haberse servido una comida. ¡Los Morlocks eran, de todos modos, carnívoros! Aun en aquel momento, recuerdo haberme preguntado qué voluminoso animal podía haber sobrevivido para suministrar el rojo cuarto que yo veía. Estaba todo muy confuso: el denso olor, las enormes formas carentes de significado, la figura repulsiva espiando en las sombras, ¡y esperando tan sólo a que volviesen a reinar las tinieblas para acercarse a mí de nuevo! Entonces la cerilla se apagó, quemándome los dedos, y cayó, con una roja ondulación, en las tinieblas.

He pensado después lo mal equipado que estaba yo para semejante experiencia. Cuando la inicié con la Máquina del Tiempo, lo hice en la absurda suposición de que todos los hombres del futuro debían ser infinitamente superiores a nosotros mismos en todos los artefactos. Había llegado sin armas, sin medicinas, sin nada que fumar —¡a veces notaba atrozmente la falta del tabaco!—; hasta sin suficientes cerillas. ¡Si tan sólo hubiera pensado en una Kodak! Podría haber tomado aquella visión del Mundo Subterráneo en un segundo, y haberlo examinado a gusto. Pero, sea lo que fuere, estaba allí con las únicas armas y los únicos poderes con que la Naturaleza me ha dotado: manos, pies y dientes; esto y cuatro cerillas suecas que aún me quedaban.

Temía yo abrirme camino entre toda aquella maquinaria en la obscuridad, y solamente con la última llama descubrí que mi provisión de cerillas se había agotado. No se me había ocurrido nunca hasta entonces que hubiera necesidad de economizarlas, y gasté casi la mitad de la caja en asombrar a los habitantes del

Mundo Superior, para quienes el fuego era una novedad. Ahora, como digo, me quedaban cuatro, y mientras permanecía en la obscuridad, una mano tocó la mía, sentí unos dedos descarnados sobre mi cara, y percibí un olor especial muy desagradable. Me pareció oír a mi alrededor la respiración de una multitud de aquellos horrorosos pequeños seres. Sentí que intentaban quitarme suavemente la caja de cerillas que tenía en la mano, y que otras manos detrás de mí me tiraban de la ropa. La sensación de que aquellas criaturas invisibles me examinaban érame desagradable de un modo indescriptible. La repentina comprensión de mi desconocimiento de sus maneras de pensar y de obrar se me presentó de nuevo vivamente en las tinieblas. Grité lo más fuerte que pude. Se apartaron y luego los sentí acercarse otra vez. Sus tocamientos se hicieron más osados mientras se musitaban extraños sonidos unos a otros. Me estremecí con violencia, y volví a gritar, de un modo más bien discordante. Esta vez se mostraron menos seriamente alarmados, y se acercaron de nuevo a mí con una extraña y ruidosa risa. Debo confesar que estaba horriblemente asustado. Decidí encender otra cerilla y escapar amparado por la claridad. Así lo hice, y acreciendo un poco la llama con un pedazo de papel que saqué de mi bolsillo, llevé a cabo mi retirada hacia el estrecho túnel. Pero apenas hube entrado mi luz se apagó, y en tinieblas pude oír a los Morlocks susurrando como el viento entre las hojas, haciendo un ruido acompasado como la lluvia, mientras se precipitaban detrás de mí.

En un momento me sentí agarrado por varias manos, y no pude equivocarme sobre su propósito, que era arrastrarme hacia atrás. Encendí otra cerilla y la agité ante sus deslumbrantes caras. Difícilmente podrán ustedes imaginar lo nauseabundos e inhumanos que parecían —¡rostros lívidos y sin mentón, ojos grandes, sin párpados, de un gris rosado!— mientras que se paraban en su ceguera y aturdimiento. Pero no me detuve a mirarlos, se lo aseguro a ustedes: volví a retirarme, y cuando terminó mi segunda cerilla, encendí la tercera. Estaba casi consumida cuando alcancé la abertura que había en el pozo. Me tendí sobre el borde, pues la palpitación de la gran bomba del fondo me aturdía. Luego palpé los lados para buscar los asideros salientes, y al hacerlo, me agarraron de los pies Y fui tirado violentamente hacia atrás. Encendí mi

última cerilla... y se apagó en el acto. Pero había yo empuñado ahora uno de los barrotes, y dando fuertes puntapiés, me desprendí de las manos de los Morlocks, y ascendí rápidamente por el pozo, mientras ellos se quedaban abajo atisbando y guiñando los ojos hacia mí: todos menos un pequeño miserable que me siguió un momento, y casi se apoderó de una de mis botas como si hubiera sido un trofeo.

Aquella escalada me pareció interminable. En los últimos veinte o treinta pies sentí una náusea mortal. Me costó un gran trabajo mantenerme asido. En las últimas yardas sostuve una lucha espantosa contra aquel desfallecimiento. Me dieron varios vahídos y experimenté todas las sensaciones de la caída. Al final, sin embargo, pude, no sé cómo, llegar al brocal y escapar tambaleándome fuera de las ruinas bajo la cegadora luz del Sol. Caí de bruces. Hasta el suelo olía dulce y puramente. Luego recuerdo a Weena besando mis manos y mis orejas, y las voces de otros Eloi. Después estuve sin sentido durante un rato.

10 - Al llegar la noche

Ahora, realmente, parecía encontrarme en una situación peor que la de antes. Hasta aquí, excepto durante mi noche angustiosa después de la pérdida de la Máquina del Tiempo, había yo tenido la confortadora esperanza de una última escapatoria, pero esa esperanza se desvanecía con los nuevos descubrimientos. Hasta ahora me había creído simplemente obstaculizado por la pueril simplicidad de aquella pequeña raza, y por algunas fuerzas desconocidas que me era preciso comprender para superarlas; pero había un elemento nuevo por completo en la repugnante especie de los Morlocks, algo inhumano y maligno. Instintivamente los aborrecía. Antes había yo sentido lo que sentiría un hombre que cayese en un precipicio: mi preocupación era el precipicio y cómo salir de él. Ahora me sentía como una fiera en una trampa, cuyo enemigo va a caer pronto sobre ella.

El enemigo al que yo temía tal vez les sorprenda a ustedes. Era la obscuridad de la Luna nueva. Weena me había inculcado eso en la cabeza haciendo algunas observaciones, al principio incomprensibles, acerca de las Noches Oscuras. No era un problema muy difícil de adivinar lo que iba a significar la llegada de las Noches Oscuras. La Luna estaba en menguante: cada noche era más largo el período de obscuridad. Y ahora comprendí hasta cierto grado, cuando menos, la razón del miedo de los pequeños habitantes del Mundo Superior a las tinieblas. Me pregunté vagamente qué perversas infamias podían ser las que los Morlocks realizaban durante la Luna nueva.

Estaba casi seguro de que mi segunda hipótesis era totalmente falsa. La gente del Mundo Superior podía haber sido antaño la favorecida aristocracia y los Morlocks sus servidores mecánicos; pero aquello había acabado hacía largo tiempo. Las dos especies que habían resultado de la evolución humana declinaban o habían llegado ya a unas relaciones completamente nuevas. Los Eloi, como los reyes carlovingios, habían llegado a ser simplemente unas lindas

inutilidades. Poseían todavía la Tierra por consentimiento tácito, desde que los Morlocks, subterráneos hacía innumerables generaciones, habían llegado a encontrar intolerable la superficie iluminada por el Sol. Y los Morlocks confeccionaban sus vestidos, infería yo, y subvenían a sus necesidades habituales, quizá a causa de la supervivencia de un viejo hábito de servidumbre. Lo hacían como un caballo encabritado agita sus patas, o como un hombre se divierte en matar animales por deporte: porque unas antiguas y fenecidas necesidades lo habían inculcado en su organismo. Pero, evidentemente, el antiguo orden estaba ya en parte invertido. La Némesis de los delicados hombrecillos se acercaba deprisa. Hacía edades, hacía miles de generaciones, el hombre había privado a su hermano el hombre de la comodidad y de la luz del Sol. ¡Y ahora aquel hermano volvía cambiado! Ya los Eloi habían empezado a aprender una vieja lección otra vez. Trababan de nuevo conocimiento con el Miedo. Y de pronto me vino a la mente el recuerdo de la carne que había visto en el mundo subterráneo. Parece extraño cómo aquel recuerdo me obsesionó; no lo despertó, por decirlo así, el curso de mis meditaciones, sino que surgió casi como una interrogación desde fuera. Intenté recordar la forma de aquello. Tenía yo una vaga sensación de algo familiar, pero no pude decir lo que era en aquel momento.

Sin embargo, por impotentes que fuesen los pequeños seres en presencia de su misterioso Miedo, yo estaba constituido de un modo diferente. Venía de esta edad nuestra, de esta prístina y madura raza humana, en la que el Miedo no paraliza y el misterio ha perdido sus terrores. Yo, al menos, me defendería por mí mismo. Sin dilación, decidí fabricarme unas armas y un albergue fortificado donde poder dormir. Con aquel refugio como base, podría hacer frente a aquel extraño Mundo con algo de la confianza que había perdido al darme cuenta de la clase de seres a que iba a estar expuesto noche tras noche. Sentí que no podría dormir de nuevo hasta que mi lecho estuviese a salvo de ellos. Me estremecí de horror al pensar cómo me habían examinado ya.

Vagué durante la tarde a lo largo del valle del Támesis, pero no pude encontrar nada que se ofreciese a mi mente como inaccesible. Todos los edificios y todos los árboles parecían fácilmente practicables para unos trepadores tan hábiles como debían ser los

Morlocks, a juzgar por sus pozos. Entonces los altos pináculos del Palacio de Porcelana Verde y el bruñido fulgor de sus muros resurgieron en mi memoria; y al anochecer, llevando a Weena como una niña sobre mi hombro, subí a la colina, hacia el sudoeste. Había calculado la distancia en unas siete u ocho millas, pero debía estar cerca de las dieciocho. Había yo visto el palacio por primera vez en una tarde húmeda, en que las distancias disminuyen engañosamente. Además, perdí el tacón de una de mis botas, y un clavo penetraba a través de la suela —eran unas botas viejas, cómodas, que usaba en casa—, por lo que cojeaba. Y fue ya largo rato después de ponerse el Sol cuando llegué a la vista del palacio, que se recortaba en negro sobre el amarillo pálido del cielo.

Weena se mostró contentísima cuando empecé a llevarla, pero pasado un rato quiso que la dejase en el suelo, para correr a mi lado, precipitándose a veces a coger flores que introducía en mis bolsillos. Éstas habían extrañado siempre a Weena, pero al final pensó que debían ser una rara clase de búcaros para adornos florales. ¡Y esto me recuerda...! Al cambiar de chaqueta he encontrado...

El Viajero a través del Tiempo se interrumpió, metió la mano en el bolsillo y colocó silenciosamente sobre la mesita dos flores marchitas, que no dejaban de parecerse a grandes malvas blancas. Luego prosiguió su relato.

Cuando la quietud del anochecer se difundía sobre el Mundo y avanzábamos más allá de la cima de la colina hacia Wimbledon, Weena se sintió cansada y quiso volver a la casa de piedra gris. Pero le señalé los distantes pináculos del Palacio de Porcelana Verde, y me las ingení para hacerle comprender que íbamos a buscar allí un refugio contra su miedo. ¿Conocen ustedes esa gran inmovilidad que cae sobre las cosas antes de anochecer? La brisa misma se detiene en los árboles. Para mí hay siempre un aire de expectación en esa quietud del anochecer. El cielo era claro, remoto y despejado, salvo algunas fajas horizontales al fondo, hacia poniente. Bueno, aquella noche la expectación tomó el color de mis temores. En aquella oscura calma mis sentidos parecían agudizados de un modo sobrenatural. Imaginé que sentía incluso la tierra hueca bajo mis pies: y que podía, realmente, casi ver a través de ella a los

Morlocks en su hormiguero, yendo de aquí para allá en espera de la obscuridad. En mi excitación me figuré que recibieron mi invasión de sus madrigueras como una declaración de guerra. ¿Y por qué habían cogido mi Máquina del Tiempo?

Así pues, seguimos en aquella ciudad, y el crepúsculo se adensó en la noche. El azul claro de la distancia palideció, y una tras otra aparecieron las estrellas. La tierra se tornó gris oscura y los árboles negros. Los temores de Weena y su fatiga aumentaron. La cogí en mis brazos, le hablé y la acaricié. Luego, como la obscuridad aumentaba, me rodeó ella el cuello con sus brazos, y cerrando los ojos, apoyó apretadamente su cara contra mi hombro. Así descendimos una larga pendiente hasta el valle y allí, en la obscuridad, me metí casi en un pequeño río. Lo vadeé y ascendí al lado opuesto del valle, más allá de muchos edificios-dormitorios y de una estatua —un Fauno o una figura por el estilo— sin cabeza. Allí también había acacias. Hasta entonces no había visto nada de los Morlocks, pero la noche se hallaba en su comienzo y las horas de obscuridad anteriores a la salida de la Luna nueva no habían llegado aún.

Desde la cumbre de la cercana colina vi un bosque espeso que se extendía, amplio y negro, ante mí. Esto me hizo vacilar. No podía ver el final, ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Sintiéndome cansado —el pie en especial me dolía mucho— bajé cuidadosamente a Weena de mi hombro al detenerme, y me senté sobre la hierba. No podía ya ver el Palacio de Porcelana Verde, y dudaba sobre la dirección a seguir. Escudriñé la espesura del bosque y pensé en lo que podía ocultar. Bajo aquella densa maraña de ramas no debían verse las estrellas. Aunque no existiese allí ningún peligro emboscado —un peligro sobre el cual no quería yo dar rienda suelta a la imaginación—, habría, sin embargo, raíces en que tropezar y troncos contra los cuales chocar. Estaba rendido, además, después de las excitaciones del día; por eso decidí no afrontar aquello, y pasar en cambio la noche al aire libre en la colina.

Me alegró ver que Weena estaba profundamente dormida. La envolví con cuidado en mi chaqueta, y me senté junto a ella para esperar la salida de la Luna. La ladera estaba tranquila y desierta, pero de la negrura del bosque venía de vez en cuando una agitación de seres vivos. Sobre mí brillaban las estrellas, pues la noche era

muy clara. Experimentaba cierta sensación de amistoso bienestar con su centelleo. Sin embargo, todas las vetustas constelaciones habían desaparecido del cielo; su lento movimiento, que es imperceptible durante centenares de vidas humanas, las había, desde hacía largo tiempo, reordenado en grupos desconocidos. Pero la Vía Láctea, me parecía, era aún la misma banderola harapienta de polvo de estrellas de antaño. Por la parte sur (según pude apreciar) había una estrella roja muy brillante, nueva para mí; parecía aún más espléndida que nuestra propia y verde Sirio. Y entre todos aquellos puntos de luz centelleante, brillaba un planeta benévola y constantemente como la cara de un antiguo amigo.

Contemplando aquellas estrellas disminuyeron mis propias inquietudes y todas las seriedades de la vida terrenal. Pensé en su insondable distancia, y en el curso lento e inevitable de sus movimientos desde el desconocido pasado hacia el desconocido futuro. Pensé en el gran ciclo precesional que describe el eje de la Tierra. Sólo cuarenta veces se había realizado aquella silenciosa revolución durante todos los años que había yo atravesado. Y durante aquellas escasas revoluciones todas las actividades, todas las tradiciones las complejas organizaciones, las naciones, lenguas, literaturas, aspiraciones, hasta el simple recuerdo del Hombre tal como yo lo conocía, habían sido barridas de la existencia. En lugar de ello quedaban aquellas ágiles criaturas que habían olvidado a sus antepasados, y los seres blancuzcos que me aterraban... Pensé entonces en el Gran Miedo que separaba a las dos especies, y por primera vez, con un estremecimiento repentino, comprendí claramente de dónde procedía la carne que había yo visto. ¡Sin embargo, era demasiado horrible! Contemplé a la pequeña Weena durmiendo junto a mí, su cara blanca y radiante bajo las estrellas, e inmediatamente deseché aquel pensamiento.

Durante aquella larga noche aparté de mi mente lo mejor que pude a los Morlocks, y entretuve el tiempo intentando imaginar que podía encontrar las huellas de las viejas constelaciones en la nueva confusión. El cielo seguía muy claro, aparte de algunas nubes como brumosas. Sin duda me adormecí a ratos. Luego, al transcurrir mi velada, se difundió una débil claridad por el cielo, al este, como reflejo de un fuego incoloro, Y salió la Luna nueva, delgada, puntiaguda y blanca. E inmediatamente detrás, alcanzándola e

inundándola, llegó el alba, pálida al principio, y luego rosada y ardiente. Ningún Morlock se había acercado a nosotros. Realmente, no había yo visto ninguno en la colina aquella noche. Y con la confianza que aportaba el día renovado, me pareció casi que mi miedo había sido irrazonable. Me levanté, y vi que mi pie calzado con la bota sin tacón estaba hinchado por el tobillo y muy dolorido bajo el talón; de modo que me senté, me quité las botas, y las arrojé lejos.

Desperté a Weena y nos adentramos en el bosque, ahora verde y agradable, en lugar de negro y aborrecible. Encontramos algunas frutas con las cuales rompimos nuestro ayuno. Pronto encontramos a otros delicados Eloi, riendo y danzando al Sol como si no existiera en la Naturaleza esa cosa que es la noche. Y entonces pensé otra vez en la carne que había visto. Estaba ahora seguro de lo que era aquello, y desde el fondo de mi corazón me apiadé de aquel último y débil arroyuelo del gran río de la Humanidad. Evidentemente, en cierto momento del Largo Pasado de la decadencia humana, el alimento de los Morlocks había escaseado. Quizá habían subsistido con ratas y con inmundicias parecidas. Aún ahora el hombre es mucho menos delicado y exclusivo para su alimentación que lo era antes; mucho menos que cualquier mono. Su prejuicio contra la carne humana no es un instinto hondamente arraigado. ¡Así pues, aquellos inhumanos hijos de los hombres...! Intenté considerar la cosa con un espíritu científico. Después de todo, eran menos humanos y estaban más alejados que nuestros caníbales antepasados de hace tres o cuatro mil años. Y la inteligencia que hubiera hecho de ese estado de cosas un tormento había desaparecido. ¿Por qué inquietarme? Aquellos Eloi eran simplemente ganado para cebar, que, como las hormigas, los Morlocks preservaban y consumían, y a cuya cría tal vez atendían. ¡Y allí estaba Weena bailando a mi lado!

Intenté entonces protegerme a mí mismo del horror que me invadía, considerando aquello como un castigo riguroso del egoísmo humano. El hombre se había contentado con vivir fácil y placenteramente a expensas del trabajo de sus hermanos, había tomado la Necesidad como consigna y disculpa, y en la plenitud del tiempo la Necesidad se había vuelto contra él. Intenté incluso una especie de desprecio a lo Carlyle de esta mísera aristocracia en

decadencia. Pero esta actitud mental resultaba imposible. Por grande que hubiera sido su degeneración intelectual, los Eloi habían conservado en demasía la forma humana para no tener derecho a mi simpatía y hacerme compartir a la fuerza su degradación y su miedo.

Tenía yo en aquel momento ideas muy vagas sobre el camino que seguir. La primera de ellas era asegurarme algún sitio para refugio, y fabricarme yo mismo las armas de metal o de piedra que pudiera idear. Esta necesidad era inmediata. En segundo lugar, esperaba proporcionarme algún medio de hacer fuego, teniendo así el arma de una antorcha en la mano, porque yo sabía que nada sería más eficaz que eso contra aquellos Morlocks. Luego, tenía que idear algún artefacto para romper las puertas de bronce que había bajo la Esfinge Blanca. Se me ocurrió hacer una especie de ariete. Estaba persuadido de que si podía abrir aquellas puertas y tener delante una llama descubriría la Máquina del Tiempo y me escaparía. No podía imaginar que los Morlocks fuesen lo suficientemente fuertes para transportarla lejos. Estaba resuelto a llevar a Weena conmigo a nuestra propia época. Y dando vueltas a estos planes en mi cabeza proseguí mi camino hacia el edificio que mi fantasía había escogido para morada nuestra.

11 - El Palacio de Porcelana Verde

Encontré el Palacio de Porcelana Verde, al filo de mediodía, desierto y desmoronándose en ruinas. Sólo quedaban trozos de vidrio en sus ventanas, y extensas capas del verde revestimiento se habían desprendido de las armaduras metálicas corroídas. El palacio estaba situado en lo más alto de una pendiente herbosa; mirando, antes de entrar allí, hacia el nordeste, me sorprendió ver un ancho estuario, o incluso una ensenada, donde supuse que Wandsworth y Battersea debían haber estado en otro tiempo. Pensé entonces — aunque no seguí nunca más lejos este pensamiento—, qué debía haber sucedido, o qué sucedía, a los seres que vivían en el mar.

Los materiales del palacio resultaron ser, después de bien examinados, auténtica porcelana, y a lo largo de la fachada vi una inscripción en unos caracteres desconocidos. Pensé, más bien neciamente, que Weena podía ayudarme a interpretarla, pero me di cuenta luego de que la simple idea de la escritura no había nunca penetrado en su cabeza. Ella me pareció siempre, creo yo, más humana de lo que era, quizá por ser su afecto tan humano.

Pasadas las enormes hojas de la puerta —que estaban abiertas y rotas—, encontramos, en lugar del acostumbrado vestíbulo, una larga galería iluminada por numerosas ventanas laterales. A primera vista me recordó un museo. El enlosado estaba cubierto de polvo, y una notable exhibición de objetos diversos se ocultaba bajo aquella misma capa gris. Vi entonces, levantándose extraño y ahilado en el centro del vestíbulo, lo que era sin duda la parte inferior de un inmenso esqueleto. Reconocí por los pies oblicuos que se trataba de algún ser extinguido, de la especie del megaterio. El cráneo y los huesos superiores yacían al lado sobre la capa de polvo; y en un sitio en que el agua de la lluvia había caído por una gotera del

techo, aquella osamenta estaba deteriorada. Más adelante, en la galería, se hallaba el enorme esqueleto encajonado de un brontosaurio. Mi hipótesis de un museo se confirmaba. En los lados encontré los que me parecieron ser estantes inclinados, y quitando la capa de polvo, descubrí las antiguas y familiares cajas encristaladas de nuestro propio tiempo. Pero debían ser herméticas al aire a juzgar por la perfecta conservación de sus contenidos.

¡Evidentemente, estábamos en medio de las ruinas de algún South Kensington de nuestros días! Allí estaba, evidentemente, la Sección de Paleontología, que debía haber encerrado una espléndida serie de fósiles, aunque el inevitable proceso de descomposición, que había sido detenido por un tiempo, perdiendo gracias a la extinción de las bacterias y del moho las noventa y nueve centésimas de su fuerza, se había, sin embargo, puesto de nuevo a la obra con extrema seguridad, aunque con suma lentitud, para la destrucción de todos sus tesoros. Aquí y allá encontré vestigios de los pequeños seres en forma de raros fósiles rotos en pedazos o ensartados con fibra de cañas. Y las cajas, en algunos casos, habían sido removidas por los Morlocks, a mi juicio. Reinaba un gran silencio en aquel sitio. La capa de polvo amortiguaba nuestras pisadas. Weena, que hacía rodar un erizo de mar sobre el cristal inclinado de una caja, se acercó pronto a mí —mientras miraba yo fijamente alrededor—, me cogió muy tranquilamente la mano y permaneció a mi lado.

Al principio me dejó tan sorprendido aquel antiguo monumento de una época intelectual, que no me paré a pensar en las posibilidades que presentaba. Hasta la preocupación por la Máquina del Tiempo se alejó un tanto de mi mente.

A juzgar por el tamaño del lugar, aquel Palacio de Porcelana Verde contenía muchas más cosas que una Galería de Paleontología; posiblemente tenía galerías históricas; ¡e incluso podía haber allí una biblioteca! Para mí, al menos en aquellas circunstancias, hubiera sido mucho más interesante que aquel espectáculo de una vieja geología en decadencia. En mi exploración encontré otra corta galería, que se extendía transversalmente a la primera. Parecía estar dedicada a los minerales, y la vista de un bloque de azufre despertó en mi mente la idea de la potencia de la pólvora. Pero no pude encontrar salitre; ni, en realidad, nitrato de ninguna clase. Sin duda

se habían disuelto desde hacía muchas edades. Sin embargo, el azufre persistió en mi pensamiento e hizo surgir una serie de asociaciones de cosas. En cuanto al resto del contenido de aquella galería, aunque era, en conjunto, lo mejor conservado de todo cuanto vi, me interesaba poco. No soy especialista en mineralogía. Me dirigí hacia un ala muy ruinosa paralela al primer vestíbulo en que habíamos entrado. Evidentemente, aquella sección estaba dedicada a la Historia Natural, pero todo resultaba allí imposible de reconocer. Unos cuantos vestigios encogidos y ennegrecidos de lo que habían sido en otro tiempo animales disecados, momias disecadas en frascos que habían contenido antaño alcohol, un polvo marrón de plantas desaparecidas: ¡esto era todo! Lo deploré, porque me hubiese alegrado trazar los pacientes reajustes por medio de los cuales habían conseguido hacer la conquista de la Naturaleza animada.

Luego, llegamos a una galería de dimensiones sencillamente colosales, pero muy mal iluminada, y cuyo suelo en suave pendiente hacía un ligero ángulo con la última galería en que había entrado. Globos blancos pendían, a intervalos, del techo —muchos de ellos rajados y rotos— indicando que aquel sitio había estado al principio iluminado artificialmente. Allí me encontraba más en mi elemento, pues de cada lado se levantaban las enormes masas de unas gigantescas máquinas, todas muy corroídas y muchas rotas, pero algunas aún bastante completas. Como ustedes saben, siento cierta debilidad por la mecánica, y estaba dispuesto a detenerme entre ellas; tanto más cuanto que la mayoría ofrecían el interés de un rompecabezas, y yo no podía hacer más que vagas conjeturas respecto a su utilidad. Me imaginé que si podía resolver aquellos rompecabezas me encontraría en posesión de fuerzas que podían servirme contra los Morlocks.

De pronto, Weena se acercó mucho a mí. Tan repentinamente, que me estremecí. Si no hubiera sido por ella no creo que hubiese yo notado que el suelo de la galería era inclinado, en absoluto. El extremo a que había llegado se hallaba por completo encima del suelo, y estaba iluminado por escasas ventanas parecidas a troneras. Al descender en su longitud, el suelo se elevaba contra aquellas ventanas, con sólo una estrecha faja de luz en lo alto delante de cada una de ellas, hasta ser al final un foso, como el sótano de una

casa de Londres. Avancé despacio, intentando averiguar el uso de las máquinas, y prestándoles demasiada atención para advertir la disminución gradual de la luz del día, hasta que las crecientes inquietudes de Weena atrajeron mi atención hacia ello. Vi entonces que la galería quedaba sumida al final en densas tinieblas. Vacilé, y luego, al mirar a mi alrededor, vi que la capa de polvo era menos abundante y su superficie menos lisa. Más lejos, hacia la obscuridad, parecía marcada por varias pisadas, menudas y estrechas. Mi sensación de la inmediata presencia de los Morlocks se reanimó ante aquello. Comprendí que estaba perdiendo el tiempo en aquel examen académico de la maquinaria.

Recordé que la tarde se hallaba ya muy avanzada y que yo no tenía aún ni arma, ni refugio, ni medios de hacer fuego. Y luego, viniendo del fondo, en la remota obscuridad de la galería, oí el peculiar pateo, y los mismos raros ruidos que había percibido abajo en el pozo.

Cogí la mano de Weena. Luego, con una idea repentina, la solté y volví hacia una máquina de la cual sobresalía una palanca bastante parecida a las de las garitas de señales en las estaciones. Subiendo a la plataforma, así aquella palanca y la torcí hacia un lado con toda mi fuerza. De repente, Weena, abandonada en la nave central, empezó a gemir. Había yo calculado la resistencia de la palanca con bastante corrección, pues al minuto de esfuerzos se partió, y me uní a Weena con una maza en la mano, más que suficiente, creía yo, para romper el cráneo de cualquier Morlock que pudiese encontrar. Estaba impaciente por matar a un Morlock o a varios. ¡Les parecerá a ustedes muy inhumano aquel deseo de matar a mis propios descendientes! Pero era imposible, de un modo u otro, sentir ninguna piedad por aquellos seres. Tan sólo mi aversión a abandonar a Weena, y el convencimiento de que si comenzaba a apagar mi sed de matanza mi Máquina del Tiempo sufriría por ello, me contuvieron de bajar derechamente a la galería y de ir a matar a los Morlocks.

Así pues, con la maza en una mano y llevando de la otra a Weena, salí de aquella galería y entré en otra más amplia aún, que a primera vista me recordó una capilla militar con banderas desgarradas colgadas. Pronto reconocí en los harapos oscuros y carbonizados que pendían a los lados restos averiados de libros.

Desde hacía largo tiempo se habían caído a pedazos, desapareciendo en ellos toda apariencia de impresión. Pero aquí y allá, cubiertas acartonadas y cierres metálicos decían bastante sobre aquella historia. De haber sido yo un literato, hubiese podido quizá moralizar sobre la futilidad de toda ambición. Pero tal como era, la cosa que me impresionó con más honda fuerza fue el enorme derroche de trabajo que aquella sombría mezcla de papel podrido atestiguaba. Debo confesar que en aquel momento pensé principalmente en las *Philosophical Transactions* y en mis propios diecisiete trabajos sobre física óptica.

Luego, subiendo una ancha escalera llegamos a lo que debía haber sido en otro tiempo una galería de química técnica. Y allí tuve una gran esperanza de hacer descubrimientos útiles. Excepto en un extremo, donde el techo se había desplomado, aquella galería estaba bien conservada. Fui presuroso hacia las cajas que no estaban deshechas y que eran realmente herméticas. Y al fin, en una de ellas, encontré una caja de cerillas. Probé una a toda prisa. Estaban en perfecto estado. Ni siquiera parecían húmedas. Me volví hacia Weena. «¡Baila!», le grité en su propia lengua. Pues ahora poseía yo una verdadera arma contra los horribles seres a quienes temíamos. Y así, en aquel museo abandonado, sobre el espeso y suave tapiz de polvo, ante el inmenso deleite de Weena, ejecuté solemnemente una especie de danza compuesta, silbando unos compases de *El País del Hombre Leal*, tan alegremente como pude. Era en parte un modesto cancan, en parte un paso de baile, en parte una danza de faldón (hasta donde mi levita lo permitía), y en parte original. Porque, como ustedes saben, soy inventivo por naturaleza.

Aún ahora, pienso que el hecho de haber escapado aquella caja de cerillas al desgaste del tiempo durante años memoriales resultaba muy extraño, y para mí la cosa más afortunada. Además, de un modo bastante singular, encontré una sustancia más inverosímil, que fue alcanfor. Lo hallé en un frasco sellado que, por casualidad, supongo, había sido en verdad herméticamente cerrado. Creí al principio que sería cera de parafina, y, en consecuencia, rompí el cristal. Pero el olor del alcanfor era evidente. En la descomposición universal aquella sustancia volátil había sobrevivido casualmente, quizá a través de muchos miles de centurias. Esto me recordó una pintura en sepia que había visto

ejecutar una vez con la tinta de una belemnita fósil hacía millones de años. Estaba a punto de tirarlo, pero recordé que el alcanfor era inflamable y que ardía con una buena y brillante llama —fue, en efecto, una excelente bujía— y me lo metí en el bolsillo. No encontré, sin embargo, explosivos, ni medio alguno de derribar las puertas de bronce. Todavía mi palanca de hierro era la cosa más útil que poseía yo por casualidad. A pesar de lo cual salí de aquella galería altamente exaltado.

No puedo contarles a ustedes toda la historia de aquella larga tarde. Exigiría un gran esfuerzo de memoria recordar mis exploraciones en todo su adecuado orden. Recuerdo una larga galería con panoplias de armas enmohecidas, y cómo vacilé entre mi palanca y un hacha o una espada. No podía, sin embargo, llevarme las dos, y mi barra de hierro prometía un mejor resultado contra las puertas de bronce. Había allí innumerables fusiles, pistolas y rifles. La mayoría eran masas de herrumbre, pero muchas estaban hechas de algún nuevo metal y se hallaban aún en bastante buen estado. Pero todo lo que pudo haber sido en otro tiempo cartuchos estaba convertido en polvo. Vi que una de las esquinas de aquella galería estaba carbonizada y derruida; quizá —me figuro yo— por la explosión de alguna de las muestras. En otro sitio había una amplia exposición de ídolos —polinésicos, mexicanos, griegos, fenicios—, creo que de todos los países de la Tierra. Y allí, cediendo a un impulso irresistible, escribí mi nombre sobre la nariz de un monstruo de esteatita procedente de Sudamérica, que impresionó en especial mi imaginación.

A medida que caía la tarde, mi interés disminuía. Recorrí galería tras galería, polvorientas, silenciosas, con frecuencia ruinosas; los objetos allí expuestos eran a veces meros montones de herrumbre y de lignito, en algunos casos recientes. En un lugar me encontré de repente cerca del modelo de una mina de estaño, y entonces por el más simple azar descubrí dentro de una caja hermética dos cartuchos de dinamita. Lancé un «¡Eureka!» y rompí aquella caja con alegría. Entonces surgió en mi una duda. Vacilé. Luego, escogiendo una pequeña galería lateral, hice la prueba. No he experimentado nunca desengaño igual al que sentí esperando cinco, diez, quince minutos a que se produjese una explosión. Naturalmente, aquello era simulado, como debía haberlo supuesto

por su sola presencia allí. Creo, en realidad, que, de no haber sido así, me hubiese precipitado inmediatamente y hecho saltar la Esfinge, las puertas de bronce y (como quedó probado) mis probabilidades de encontrar la Máquina del Tiempo, acabando con todo.

Creo que fue después de aquello cuando llegué a un pequeño patio abierto del palacio. Estaba tapizado de césped y habían crecido tres árboles frutales en su centro. De modo que descansamos y nos refrescamos allí. Hacia el ocaso empecé a pensar en nuestra situación. La noche se arrastraba a nuestro alrededor y aún tenía que encontrar nuestro inaccesible escondite. Pero aquello me inquietaba ahora muy poco. Tenía en mi poder una cosa que era, quizá, la mejor de todas las defensas contra los Morlocks: ¡tenía cerillas!

Llevaba también el alcanfor en el bolsillo, por si era necesario una llamarada. Me parecía que lo mejor que podíamos hacer era pasar la noche al aire libre, protegidos por el fuego. Por la mañana recuperaría la Máquina del Tiempo. Para ello, hasta entonces, tenía yo solamente mi maza de hierro. Pero ahora, con mi creciente conocimiento, mis sentimientos respecto a aquellas puertas de bronce eran muy diferentes. Hasta aquel momento, me había abstenido de forzarlas, en gran parte a causa del misterio del otro lado. No me habían hecho nunca la impresión de ser muy resistentes, y esperaba que mi barra de hierro no sería del todo inadecuada para aquella obra.

12 - En las tinieblas

Salimos del palacio cuando el Sol estaba aún en parte sobre el horizonte. Había yo decidido llegar a la Esfinge Blanca a la mañana siguiente muy temprano y tenía el propósito de atravesar antes de anochecer el bosque que me había detenido en mi anterior trayecto. Mi plan era ir lo más lejos posible aquella noche, y, luego, hacer un fuego y dormir bajo la protección de su resplandor. De acuerdo con esto, mientras caminábamos recogí cuantas ramas y hierbas secas vi, y pronto tuve los brazos repletos de tales elementos. Así cargado, avanzábamos más lentamente de lo que había previsto —y además Weena estaba rendida y yo empezaba también a tener sueño— de modo que era noche cerrada cuando llegamos al bosque. Weena hubiera querido detenerse en un altozano con arbustos que había en su lindero, temiendo que la obscuridad se nos anticipase; pero una singular sensación de calamidad inminente, que hubiera debido realmente servirme de advertencia, me impulsó hacia adelante. Había estado sin dormir durante dos días y una noche y me sentía febril e irritable. Sentía que el sueño me invadía, y que con él vendrían los Morlocks.

Mientras vacilábamos, vi entre la negra maleza, a nuestra espalda, confusas en la obscuridad, tres figuras agachadas. Había matas y altas hierbas a nuestro alrededor, y yo no me sentía a salvo de su ataque insidioso. El bosque, según mi cálculo, debía tener menos de una milla de largo. Si podíamos atravesarla y llegar a la ladera pelada, me parecía que encontraríamos un sitio donde descansar con plena seguridad; pensé que con mis cerillas y mi alcanfor lograría iluminar mi camino por el bosque. Sin embargo, era evidente que si tenía que agitar las cerillas con mis manos debería abandonar mi leña; así pues, la dejé en el suelo, más bien de mala gana. Y entonces se me ocurrió la idea de prenderle fuego para asombrar a los seres ocultos a nuestra espalda. Pronto iba a descubrir la atroz locura de aquel acto; pero entonces se presentó a mi mente como un recurso ingenioso para cubrir nuestra retirada.

No sé si han pensado ustedes alguna vez qué extraña cosa es la llama en ausencia del hombre y en un clima templado. El calor del Sol es rara vez lo bastante fuerte para producir llama, aunque esté concentrado por gotas de rocío, como ocurre a veces en las comarcas más tropicales. El rayo puede destrozar y carbonizar, mas con poca frecuencia es causa de incendios extensos. La vegetación que se descompone puede casualmente arder con el calor de su fermentación, pero es raro que produzca llama. En aquella época de decadencia, además, el arte de hacer fuego había sido olvidado en la Tierra. Las rojas lenguas que subían lamiendo mi montón de leña eran para Weena algo nuevo y extraño por completo.

Quería cogerlas y jugar con ellas. Creo que se hubiese arrojado dentro de no haberla yo contenido. Pero la levanté y, pese a sus esfuerzos, me adentré osadamente en el bosque. Durante un breve rato, el resplandor de aquel fuego iluminó mi camino. Al mirar luego hacia atrás, pude ver, entre los apiñados troncos, que de mi montón de ramaje la llama se había extendido a algunas matas contiguas y que una línea curva de fuego se arrastraba por la hierba de la colina. Aquello me hizo reír y volví de nuevo a caminar avanzando entre los árboles oscuros. La obscuridad era completa, Y Weena se aferraba a mí convulsivamente; pero como mis ojos se iban acostumbrando a las tinieblas, había aún la suficiente luz para permitirme evitar los troncos. Sobre mi cabeza todo estaba negro, excepto algún resquicio de cielo azul que brillaba aquí y allá sobre nosotros. No encendí ninguna de mis cerillas, porque no tenía las manos libres. Con mi brazo izquierdo sostenía a mi amiga, y en la mano derecha llevaba mi barra de hierro.

Durante un rato no oí más que los crujidos de las ramitas bajo mis pies, el débil susurro de la brisa sobre mí, mi propia respiración y los latidos de los vasos sanguíneos en mis oídos. Luego me pareció percibir unos leves ruidos a mi alrededor. Apresuré el paso, ceñudo. Los ruidos se hicieron más claros, y capté los mismos extraños sonidos y las voces que había oído en el Mundo Subterráneo. Debían estar allí evidentemente varios Morlocks, y me iban rodeando. En efecto, un minuto después sentí un tirón de mi chaqueta, y luego de mi brazo. Y Weena se estremeció violentamente, quedando inmóvil en absoluto.

Era el momento de encender una cerilla. Pero para ello tuve que

dejar a Weena en el suelo. Así lo hice, y mientras registraba mi bolsillo, se inició una lucha en la oscuridad cerca de mis rodillas, completamente silenciosa por parte de ella y con los mismos peculiares sonidos arrulladores por parte de los Morlocks. Unas suaves manitas se deslizaban también sobre mi chaqueta y mi espalda, incluso mi cuello. Entonces rasqué y encendí la cerilla. La levanté flameante, y vi las blancas espaldas de los Morlocks que huían entre los árboles. Cogí presuroso un trozo de alcanfor de mi bolsillo, y me preparé a encenderlo tan pronto como la cerilla se apagase. Luego examiné a Weena. Yacía en tierra, agarrada a mis pies, completamente inanimada, de bruces sobre el suelo. Con un terror repentino me incliné hacia ella. Parecía respirar apenas. Encendí el trozo de alcanfor y, lo puse sobre el suelo; y mientras estallaba y llameaba, alejando los Morlocks y las sombras, me arrodillé y la incorporé. ¡El bosque, a mi espalda, parecía lleno de la agitación y del murmullo de una gran multitud!

Weena parecía estar desmayada. La coloqué con sumo cuidado sobre mi hombro y me levanté para caminar; y entonces se me apareció la horrible realidad. Al maniobrar con mis cerillas y con Weena, había yo dado varias vueltas sobre mí mismo, y ahora no tenía ni la más ligera idea de la dirección en que estaba mi camino. Todo lo que pude saber es que debía hallarme de cara al Palacio de Porcelana Verde. Sentí un sudor frío por mi cuerpo. Era preciso pensar rápidamente qué debía hacer. Decidí encender un fuego y acampar donde estábamos. Apoyé a Weena, todavía inanimada, sobre un tronco cubierto de musgo, y a toda prisa, cuando mi primer trozo de alcanfor iba a apagarse, empecé a amontonar ramas y hojas. Aquí y allá en las tinieblas, a mi alrededor, los ojos de los Morlocks brillaban como carbunclos.

El alcanfor vaciló y se extinguió. Encendí una cerilla, y mientras lo hacía, dos formas blancas que se habían acercado a Weena, huyeron apresuradamente. Una de ellas quedó tan cegada por la luz que vino en derechura hacia mí, y sentí sus huesos partirse bajo mi violento puñetazo. Lanzó un grito de espanto, se tambaleó un momento y se desplomó. Encendí otro trozo de alcanfor y seguí acumulando la leña de mi hoguera. Pronto noté lo seco que estaba el follaje encima de mí, pues desde mi llegada en la Máquina del Tiempo, una semana antes, no había llovido. Por eso, en lugar de

buscar entre los árboles caídos, empecé a alcanzar y a partir ramas. Conseguí en seguida un fuego sofocante de leña verde y de ramas secas, y pude economizar mi alcanfor. Entonces volví donde Weena yacía junto a mi maza de hierro. Intenté todo cuanto pude para reanimarla, pero estaba como muerta. No logré siquiera comprobar si respiraba o no.

Ahora el humo del fuego me envolvía y debió dejarme como embotado de pronto. Además, los vapores del alcanfor flotaban en el aire. Mi fuego podía durar aún una hora, aproximadamente. Me sentía muy débil después de aquellos esfuerzos, y me senté. El bosque también estaba lleno de un soñoliento murmullo que no podía yo comprender. Me pareció realmente que dormitaba y abrí los ojos. Pero todo estaba oscuro, y los Morlocks tenían sus manos sobre mí. Rechazando sus dedos que me asían, busqué apresuradamente la caja de cerillas de mi bolsillo, y... ¡había desaparecido! Entonces me agarraron y cayeron sobre mí de nuevo. En un instante supe lo sucedido. Me había dormido, y mi fuego se extinguió; la amargura de la muerte invadió mi alma. La selva parecía llena del olor a madera quemada. Fui cogido del cuello, del pelo, de los brazos y derribado. Era de un horror indecible sentir en las tinieblas todos aquellos seres amontonados sobre mí. Tuve la sensación de hallarme apresado en una monstruosa telaraña. Estaba vencido y me abandoné. Sentí que unos dientecillos me mordían en el cuello. Rodé hacia un lado y mi mano cayó por casualidad sobre mi palanca de hierro. Esto me dio nuevas fuerzas. Luché, apartando de mí aquellas ratas humanas, y sujetando la barra con fuerza, la hundí donde juzgué que debían estar sus caras. Sentía bajo mis golpes el magnífico aplastamiento de la carne y de los huesos y por un instante estuve libre.

La extraña exultación que con tanta frecuencia parece acompañar una lucha encarnizada me invadió. Sabía que Weena y yo estábamos perdidos, pero decidí hacerles pagar caro su alimento a los Morlocks. Me levanté, y apoyándome contra un árbol, blandí la barra de hierro ante mí. El bosque entero estaba lleno de la agitación y del griterío de aquellos seres. Pasó un minuto. Sus voces parecieron elevarse hasta un alto grado de excitación y sus movimientos se hicieron más rápidos. Sin embargo, ninguno se puso a mi alcance.

Permanecí mirando fijamente en las tinieblas. Luego tuve de repente una esperanza. ¿Qué era lo que podía espantar a los Morlocks? Y pisándole los talones a esta pregunta sucedió una extraña cosa. Las tinieblas parecieron tomarse luminosas. Muy confusamente comencé a ver a los Morlocks a mi alrededor —tres de ellos derribados a mis pies— y entonces reconocí con una sorpresa incrédula que los otros huían, en una oleada incesante, al parecer, por detrás de mí y que desaparecían en el bosque. Sus espaldas no eran ya blancas sino rojizas. Mientras permanecía con la boca abierta, vi una chispita roja revolotear y disiparse, en un retazo de cielo estrellado, a través de las ramas. Y por ello comprendí el olor a madera quemada, el murmullo monótono que se había convertido ahora en un borrascoso estruendo, el resplandor rojizo y la huida de los Morlocks.

Separándome del tronco de mi árbol y mirando hacia atrás, vi entre las negras columnas de los árboles más cercanos las llamas del bosque incendiado. Era mi primer fuego que me seguía. Por eso busqué a Weena, pero había desaparecido. Detrás de mí los silbidos y las crepitaciones, el ruido estallante de cada árbol que se prendía me dejaban poco tiempo para reflexionar. Con mi barra de hierro asida aún seguí la trayectoria de los Morlocks. Fue una carrera precipitada. En una ocasión las llamas avanzaron tan rápidamente a mi derecha, mientras corría, que fui adelantado y tuve que desviarme hacia la izquierda. Pero al fin salí a un pequeño claro, y en el mismo momento un Morlock vino equivocado hacia mí, me pasó, ¡y se precipitó derechamente en el fuego!

Ahora iba yo a contemplar la cosa más fantasmagórica y horripilante, creo, de todas las que había visto en aquella edad futura. Todo el espacio descubierto estaba tan iluminado como si fuese de día por el reflejo del incendio. En el centro había un montículo o túmulo, coronado por un espino abrasado. Detrás, otra parte del bosque incendiado, con lenguas amarillas que se retorcían, cercando por completo el espacio con una barrera de fuego. Sobre la ladera de la colina estaban treinta o cuarenta Morlocks, cegados por la luz y el calor, corriendo desatinadamente de un lado para otro, chocando entre ellos en su trastorno.

Al principio no pensé que estuvieran cegados, y cuando se acercaron los golpeé furiosamente con mi barra, en un frenesí de

pavor, matando a uno y lisiando a varios más. Pero cuando hube observado los gestos de uno de ellos, yendo a tientas entre el espino bajo el rojo cielo, y oí sus quejidos, me convencí de su absoluta y desdichada impotencia bajo aquel resplandor, y no los golpeé más.

Sin embargo, de vez en cuando uno de ellos venía directamente hacia mí, causándome un estremecimiento de horror que hacía que le rehuyese con toda premura. En un momento dado las llamas bajaron algo, y temí que aquellos inmundos seres consiguieran pronto verme. Pensé incluso entablar la lucha matando a algunos de ellos antes de que sucediese aquello; pero el fuego volvió a brillar voraz, y contuve mi mano. Me paseé alrededor de la colina entre ellos, rehuyéndolos, buscando alguna huella de Weena. Pero Weena había desaparecido.

Al final me senté en la cima del montículo y contemplé aquel increíble tropel de seres ciegos arrastrándose de aquí para allá, y lanzando pavorosos gritos mientras el resplandor del incendio los envolvía. Las densas volutas de humo ascendían hacia el cielo, y a través de los raros resquicios de aquel rojo dosel, lejanas como si perteneciesen a otro Universo, brillaban menudas las estrellas. Dos o tres Morlocks vinieron a tropezar conmigo; los rechacé a puñetazos, temblando al hacerlo.

Durante la mayor parte de aquella noche tuve el convencimiento de que sufría una pesadilla. Me mordí a mí mismo y grité con el ardiente deseo de despertarme. Golpeé la tierra con mis manos, me levanté y volví a sentarme, vagué de un lado a otro y me senté de nuevo. Luego llegué a frotarme los ojos y a pedir a Dios que me despertase. Por tres veces vi a unos Morlocks lanzarse dentro de las llamas en una especie de agonía. Pero al final, por encima de las encalmadas llamas del incendio, por encima de las flotantes masas de humo negro, el blancor y la negrura de los troncos, y el número decreciente de aquellos seres indistintos, se difundió la blanca luz del día.

Busqué de nuevo las huellas de Weena, pero allí no encontré ninguna. Era evidente que ellos habían abandonado su pobre cuerpecillo en el bosque. No puedo describir hasta qué punto alivió mi dolor el pensar que ella se había librado del horrible destino que parecía estarle reservado. Pensando en esto, sentí casi impulsos de comenzar la matanza de las impotentes abominaciones que estaban

a mi alrededor, pero me contuve. Aquel montículo, como ya he dicho, era una especie de isla en el bosque. Desde su cumbre, podía ahora descubrir a través de una niebla de humo el Palacio de Porcelana Verde, y desde allí orientarme hacia la Esfinge Blanca. Y así, abandonando el resto de aquellas almas malditas, que se movían aún de aquí para allá gimiendo, mientras el día iba clareando, até algunas hierbas alrededor de mis pies y avancé cojeando —entre las cenizas humeantes y los troncos negruzcos, agitados aún por el fuego en una conmoción interna—, hacia el escondite de la Máquina del Tiempo. Caminaba despacio, pues estaba casi agotado, y asimismo cojo, y me sentía hondamente desdichado con la horrible muerte de la pequeña Weena. Me parecía una calamidad abrumadora. Ahora, en esta vieja habitación familiar, aquello se me antoja más la pena de un sueño que una pérdida real. Pero aquella mañana su pérdida me dejó otra vez solo por completo, terriblemente solo. Empecé a pensar en esta casa mía, en este rincón junto al fuego, en algunos de ustedes, y con tales pensamientos se apoderó de mí un anhelo que era un sufrimiento.

Pero al caminar sobre las cenizas humeantes bajo el brillante cielo matinal, hice un descubrimiento. En el bolsillo del pantalón quedaban algunas cerillas. Debían haberse caído de la caja antes de perderse ésta.

13 - La trampa de la Esfinge Blanca

Alrededor de las ocho o las nueve de la mañana llegué al mismo asiento de metal amarillo desde el cual había contemplado el Mundo la noche de mi llegada. Pensé en las conclusiones precipitadas que hice aquella noche, y no pude dejar de reírme amargamente de mi presunción. Allí había aún el mismo bello paisaje, el mismo abundante follaje; los mismos espléndidos palacios y magníficas ruinas, el mismo río plateado corriendo entre sus fértiles orillas. Los alegres vestidos de aquellos delicados seres se movían de aquí para allí entre los árboles. Algunos se bañaban en el sitio preciso en que había yo salvado a Weena, y esto me asestó de repente una aguda puñalada de dolor. Como manchas sobre el paisaje se elevaban las cúpulas por encima de los caminos hacia el Mundo Subterráneo. Sabía ahora lo que ocultaba toda la belleza del Mundo Superior. Sus días eran muy agradables, como lo son los días que pasa el ganado en el campo. Como el ganado, ellos ignoraban que tuviesen enemigos, y no prevenían sus necesidades. Y su fin era el mismo.

Me afligió pensar cuán breve había sido el sueño de la Inteligencia humana. Se había suicidado. Se había puesto con firmeza en busca de la comodidad y el bienestar de una sociedad equilibrada con seguridad y estabilidad, como lema; había realizado sus esperanzas, para llegar a esto al final. Alguna vez, la vida y la propiedad debieron alcanzar una casi absoluta seguridad. Al rico le habían garantizado su riqueza y su bienestar, al trabajador su vida y su trabajo. Sin duda en aquel Mundo perfecto no había existido ningún problema de desempleo, ninguna cuestión social dejada sin resolver. Y esto había sido seguido de una gran calma.

Una ley natural que olvidamos es que la versatilidad intelectual

es la compensación por el cambio, el peligro y la inquietud. Un animal en perfecta armonía con su medio ambiente es un perfecto mecanismo. La Naturaleza no hace nunca un llamamiento a la inteligencia, como el hábito y el instinto no sean inútiles. No hay inteligencia allí donde no hay cambio ni necesidad de cambio. Sólo los animales que cuentan con inteligencia tienen que hacer frente a una enorme variedad de necesidades y de peligros.

Así pues, como podía ver, el hombre del Mundo Superior había derivado hacia su blanda belleza, y el del Mundo Subterráneo hacia la simple industria mecánica. Pero aquel perfecto estado carecía aún de una cosa para alcanzar la perfección mecánica: la estabilidad absoluta. Evidentemente, a medida que transcurría el tiempo, la subsistencia del Mundo Subterráneo, como quiera que se efectuase, se había alterado. La Madre Necesidad, que había sido rechazada durante algunos milenios, volvió otra vez y comenzó de nuevo su obra, abajo. El Mundo Subterráneo, al estar en contacto con una maquinaria que, aun siendo perfecta, necesitaba sin embargo un poco de pensamiento además del hábito, había probablemente conservado, por fuerza, bastante más iniciativa, pero menos carácter humano que el Superior. Y cuando les faltó un tipo de carne, acudieron a lo que una antigua costumbre les había prohibido hasta entonces. De esta manera vi en mi última mirada el Mundo del año 802 701. Ésta es tal vez la explicación más errónea que puede inventar un mortal. Ésta es, sin embargo, la forma que tomó para mí la cosa y así se la ofrezco a ustedes.

Después de las fatigas, las excitaciones y los terrores de los pasados días, y pese a mi dolor, aquel asiento, la tranquila vista y el calor del Sol eran muy agradables. Estaba muy cansado y soñoliento y pronto mis especulaciones se convirtieron en sopor. Comprendiéndolo así, acepté mi propia sugerencia y tendiéndome sobre el césped gocé de un sueño vivificador. Me desperté un poco antes de ponerse el Sol. Me sentía ahora a salvo de ser sorprendido por los Morlocks y, desperezándome, bajé por la colina hacia la Esfinge Blanca. Llevaba mi palanca en una mano, y la otra jugaba con las cerillas en mi bolsillo.

Y ahora viene lo más inesperado. Al acercarme al pedestal de la esfinge, encontré las hojas de bronce abiertas. Habían resbalado hacia abajo sobre unas ranuras.

Ante esto me detuve en seco vacilando en entrar.

Dentro había un pequeño aposento, y en un rincón elevado estaba la Máquina del Tiempo. Tenía las pequeñas palancas en mi bolsillo. Así pues, después de todos mis estudiados preparativos para el asedio de la Esfinge Blanca, me encontraba con una humilde rendición. Tiré mi barra de hierro, sintiendo casi no haberla usado.

Me vino a la mente un repentino pensamiento cuando me agachaba hacia la entrada. Por una vez al menos capté las operaciones mentales de los Morlocks. Conteniendo un enorme deseo de reír, pasé bajo el marco de bronce y avancé hacia la Máquina del Tiempo. Me sorprendió observar que había sido cuidadosamente engrasada y limpiada. Después he sospechado que los Morlocks la habían desmontado en parte, intentando a su insegura manera averiguar para qué servía.

Ahora, mientras la examinaba, encontrando un placer en el simple contacto con el aparato, sucedió lo que yo esperaba. Los paneles de bronce resbalaron de repente y cerraron el marco con un ruido metálico. Me hallé en la oscuridad, cogido en la trampa. Eso pensaban los Morlocks. Me reí entre dientes gozosamente.

Oía ya su risueño murmullo mientras avanzaban hacia mí. Con toda tranquilidad intenté encender una cerilla. No tenía más que tirar de las palancas y partiría como un fantasma. Pero había olvidado una cosa insignificante. Las cerillas eran de esa clase abominable que sólo se encienden rascándolas sobre la caja.

Pueden ustedes imaginar cómo desapareció toda mi calma. Los pequeños brutos estaban muy cerca de mí. Uno de ellos me tocó. Con la ayuda de las palancas barrí de un golpe la oscuridad y empecé a subir al sillín de la máquina. Entonces una mano se posó sobre mí y luego otra. Tenía, por tanto, simplemente que luchar contra sus dedos persistentes para defender mis palancas y al mismo tiempo encontrar a tientas los pernos sobre los cuales encajaban. Casi consiguieron apartar una de mí. Pero cuando sentí que se me escurría de la mano, no tuve más remedio que topar mi cabeza en la oscuridad —pude oír retumbar el cráneo del Morlock— para recuperarla. Creo que aquel último esfuerzo representaba algo más inmediato que la lucha en la selva.

Pero al fin la palanca quedó encajada en el movimiento de la puesta en marcha. Las manos que me asían se desprendieron de mí.

Las tinieblas se disiparon luego ante mis ojos. Y me encontré en la misma luz grisácea y entre el mismo tumulto que ya he descrito.

14 - La visión más distante

Ya les he narrado las náuseas y la confusión que produce el viajar a través del tiempo. Y ahora no estaba yo bien sentado en el sillín, sino puesto de lado y de un modo inestable. Durante un tiempo indefinido me agarré a la máquina que oscilaba y vibraba sin preocuparme en absoluto cómo iba, y cuando quise mirar los cuadrantes de nuevo, me dejó asombrado ver adónde había llegado. Uno de los cuadrantes señala los días; otro, los millares de días; otro, los millones de días, y otro, los miles de millones. Ahora, en lugar de poner las palancas en marcha atrás las había puesto en posición de marcha hacia delante, y cuando consulté aquellos indicadores vi que la aguja de los millares tan de prisa como la del segundero de un reloj giraba hacia el futuro.

Entretanto, un cambio peculiar se efectuaba en el aspecto de las cosas. La palpitación grisácea se tornó obscura; entonces —aunque estaba yo viajando todavía a una velocidad prodigiosa— la sucesión parpadeante del día y de la noche, que indicaba por lo general una marcha aminorada, volvió cada vez más acusada. Esto me desconcertó mucho al principio. Las alternativas de día y de noche se hicieron más y más lentas, así como también el paso del Sol por el cielo, aunque parecían extenderse a través de las centurias. Al final, un constante crepúsculo envolvió la Tierra, un crepúsculo interrumpido tan sólo de vez en cuando por el resplandor de un cometa en el cielo entenebrecido. La faja de luz que señalaba el Sol había desaparecido hacía largo rato, pues el Sol no se ponía; simplemente se levantaba y descendía por el oeste, mostrándose más grande y más rojo. Todo rastro de la Luna se había desvanecido. Las revoluciones de las estrellas, cada vez más lentas, fueron substituidas por puntos de luz que ascendían despacio. Al final, poco antes de hacer yo alto, el Sol rojo e inmenso se quedó inmóvil sobre el horizonte: una amplia cúpula que brillaba con un resplandor empañado, y que sufría de vez en cuando una extinción momentánea. Una vez se reanimó un poco mientras brillaba con

más fulgor nuevamente, pero recobró en seguida su rojo y sombrío resplandor. Comprendí que por aquel aminoramiento de su salida y de su puesta se realizaba la obra de las mareas. La Tierra reposaba con una de sus caras vuelta hacia el Sol, del mismo modo que en nuestra propia época la Luna presenta su cara a la Tierra. Muy cautelosamente, pues recordé mi anterior caída de bruces, empecé a invertir el movimiento. Giraron cada vez más despacio las agujas hasta que la de los millares pareció inmovilizarse y la de los días dejó de ser una simple nube sobre su cuadrante. Más despacio aún, hasta que los vagos contornos de una playa desolada se hicieron visibles.

Me detuve muy delicadamente y, sentado en la Máquina del Tiempo, miré alrededor. El cielo ya no era azul.

Hacia el nordeste era negro como tinta, y en aquellas tinieblas brillaban con gran fulgor, incesantemente, las pálidas estrellas. Sobre mí era de un almagre intenso y sin estrellas, y al sudeste se hacía brillante, llegando a un escarlata resplandeciente hasta donde, cortado por el horizonte, estaba el inmenso disco del Sol, rojo e inmóvil. Las rocas a mi alrededor eran de un áspero color rojizo, y el único vestigio de vida que pude ver al principio fue la vegetación intensamente verde que cubría cada punto saliente sobre su cara del sudeste. Era ese mismo verde opulento que se ve en el musgo de la selva o en el liquen de las cuevas: plantas que, como éstas, crecen en un perpetuo crepúsculo.

La máquina se había parado sobre una playa en pendiente. El mar se extendía hacia el sudeste, levantándose claro y brillante sobre el cielo pálido. No había allí ni rompientes ni olas, pues no soplaban ni una ráfaga de viento. Sólo una ligera y oleosa ondulación mostraba que el mar eterno aún se agitaba y vivía. Y a lo largo de la orilla, donde el agua rompía a veces, había una gruesa capa de sal rosada bajo el cielo espeluznante. Sentía una opresión en mi cabeza, y observé que tenía la respiración muy agitada. Aquella sensación me recordó mi único ensayo de montañismo, y por ello juzgué que el aire debía estar más enrarecido que ahora.

Muy lejos, en lo alto de la desolada pendiente, oí un áspero grito y vi una cosa parecida a una inmensa mariposa blanca inclinarse revoloteando por el cielo y, dando vueltas, desaparecer sobre unas lomas bajas. Su chillido era tan lúgubre, que me estremecí,

asentándome con más firmeza en la máquina. Mirando nuevamente a mi alrededor vi que, muy cerca, lo que había tomado por una rojiza masa de rocas se movía lentamente hacia mí. Percibí entonces que la cosa era en realidad un ser monstruoso parecido a un cangrejo. ¿Pueden ustedes imaginar un cangrejo tan grande como aquella masa, moviendo lentamente sus numerosas patas, bamboleándose, cimbreado sus enormes pinzas, sus largas antenas, como látigos de carretero, ondulantes tentáculos, con sus ojos acechándoles centelleantes a cada lado de su frente metálica? Su lomo era rugoso y adornado de protuberancias desiguales, y unas verdosas incrustaciones lo recubrían aquí y allá. Veía yo, mientras se movía, los numerosos palpos de su complicada boca agitarse y tantear.

Mientras miraba con asombro aquella siniestra aparición que se arrastraba hacia mí, sentí sobre mi mejilla un cosquilleo como si una mosca se posase en ella. Intenté apartarla con la mano, pero al momento volvió, y casi inmediatamente sentí otra sobre mi oreja. La apresé y cogí algo parecido a un hilo. Se me escapó rápidamente de la mano. Con una náusea atroz me volví y pude ver que había atrapado la antena de otro monstruoso cangrejo que estaba detrás de mí. Sus ojos malignos ondulaban sus pedúnculos, su boca estaba animada de voracidad, y sus recias pinzas torpes, untadas de un limo algáceo, iban a caer sobre mí. En un instante mi mano asió la palanca y puse un mes de intervalo entre aquellos monstruos y yo. Pero me encontré aún en la misma playa y los vi claramente en cuanto paré. Docenas de ellos parecían arrastrarse aquí y allá, en la sombría luz, entre las capas superpuestas de un verde intenso.

No puedo describir la sensación de abominable desolación que pesaba sobre el Mundo. El cielo rojo al oriente, el norte entenebrecido, el salobre Mar Muerto, la playa cubierta de guijarros donde se arrastraban aquellos inmundos, lentos y excitados monstruos; el verde uniforme de aspecto venenoso de las plantas de liquen, aquel aire enrarecido que desgarraba los pulmones: todo contribuía a crear aquel aspecto aterrador. Hice que la máquina me llevase cien años hacia delante; y había allí el mismo Sol rojo —un poco más grande, un poco más empañado—, el mismo mar moribundo, el mismo aire helado y el mismo amontonamiento de los bastos crustáceos entre la verde hierba y las rojas rocas. Y en el

cielo occidental vi una pálida línea curva como una enorme Luna nueva.

Viajé así, deteniéndome de vez en cuando, a grandes zancadas de mil años o más, arrastrado por el misterio del destino de la Tierra, viendo con una extraña fascinación cómo el Sol se tornaba más grande y más empañado en el cielo de occidente, y la vida de la vieja Tierra iba decayendo. Al final, a más de treinta millones de años de aquí, la inmensa e intensamente roja cúpula del Sol acabó por obscurecer cerca de una décima parte de los cielos sombríos. Entonces me detuve una vez más, pues la multitud de cangrejos había desaparecido, y la rojiza playa, salvo por sus plantas hepáticas y sus líquenes de un verde lívido, parecía sin vida. Y ahora estaba cubierta de una capa blanca. Un frío penetrante me asaltó. Escasos copos blancos caían de vez en cuando, remolineando. Hacia el nordeste, el relumbrar de la nieve se extendía bajo la luz de las estrellas de un cielo negro, y pude ver las cumbres ondulantes de unas lomas de un blanco rosado. Había allí flecos de hielo a lo largo de la orilla del mar, con masas flotantes más lejos; pero la mayor extensión de aquel océano salado, todo sangriento bajo el eterno Sol poniente, no estaba helada aún.

Miré a mi alrededor para ver si quedaban rastros de alguna vida animal. Cierta indefinible aprensión me mantenía en el sillín de la máquina. Pero no vi moverse nada, ni en la tierra, ni en el cielo, ni en el mar. Sólo el légamo verde sobre las rocas atestiguaba que la vida no se había extinguido. Un banco de arena apareció en el mar y el agua se había retirado de la costa. Creí ver algún objeto negro aleteando sobre aquel banco, pero cuando lo observé permaneció inmóvil. Juzgué que mis ojos se habían engañado y que el negro objeto era simplemente una roca. Las estrellas en el cielo brillaban con intensidad, y me pareció que centelleaban muy levemente.

De repente noté que el contorno occidental del Sol había cambiado; que una concavidad, una bahía, aparecía en la curva. Vi que se ensanchaba. Durante un minuto, quizá, contemplé horrorizado aquellas tinieblas que invadían lentamente el día, y entonces comprendí que comenzaba un eclipse. La luna o el planeta Mercurio pasaban ante el disco solar. Naturalmente, al principio me pareció que era la Luna, pero me inclino grandemente a creer que lo que vi en realidad era el tránsito de un planeta interior que

pasaba muy próximo a la Tierra.

La obscuridad aumentaba rápidamente; un viento frío comenzó a soplar en ráfagas refrescantes del este, y la caída de los copos blancos en el aire creció en número. De la orilla del mar vinieron una agitación y un murmullo. Fuera de estos ruidos inanimados el Mundo estaba silencioso. ¿Silencioso? Sería difícil describir aquella calma. Todos los ruidos humanos, el balido del rebaño, los gritos de los pájaros, el zumbido de los insectos, el bullicio que forma el fondo de nuestras vidas, todo eso había desaparecido. Cuando las tinieblas se adensaron, los copos remolineantes cayeron más abundantes, danzando ante mis ojos. Al final, rápidamente, uno tras otro, los blancos picachos de las lejanas colinas se desvanecieron en la obscuridad. La brisa se convirtió en un viento quejumbroso. Vi la negra sombra central del eclipse difundirse hacia mí. En otro momento sólo las pálidas estrellas fueron visibles. Todo lo demás estaba sumido en las tinieblas. El cielo era completamente negro.

Me invadió el horror de aquellas grandes tinieblas. El frío que me penetraba hasta los tuétanos y el dolor que sentía al respirar me vencieron. Me estremecí, y una náusea mortal se apoderó de mí. Entonces, como un arco candente en el cielo, apareció el borde del Sol. Bajé de la máquina para reanimarme. Me sentía aturdido e incapaz de afrontar el viaje de vuelta. Mientras permanecía así, angustiado y confuso, vi de nuevo aquella cosa movable sobre el banco —no había ahora equivocación posible de que la cosa se movía— resaltar contra el agua roja del mar. Era una cosa redonda, del tamaño de un balón de fútbol, quizá, o acaso mayor, con unos tentáculos que le arrastraban por detrás; parecía negra contra las agitadas aguas rojo sangre, y brincaba torpemente de aquí para allá. Entonces sentí que me iba a desmayar. Pero un terror espantoso a quedar tendido e impotente en aquel crepúsculo remoto y tremendo me sostuvo mientras trepaba sobre el sillín.

15 - El regreso del Viajero a través del Tiempo

Y así he vuelto. Debí permanecer largo tiempo insensible sobre la máquina. La sucesión intermitente de los días y las noches se reanudó, el Sol salió dorado de nuevo, el cielo volvió a ser azul. Respiré con mayor facilidad. Los contornos fluctuantes de la Tierra fluyeron y refluyeron. Las agujas giraron hacia atrás sobre los cuadrantes. Al final vi otra vez vagas sombras de casas, los testimonios de la Humanidad decadente. Éstas también cambiaron y pasaron; aparecieron otras. Luego, cuando el cuadrante del millón estuvo a cero, aminoré la velocidad. Empecé a reconocer nuestra mezquina y familiar arquitectura, la aguja de los millares volvió rápidamente a su punto de partida, la noche y el día alternaban cada vez más despacio. Luego los viejos muros del laboratorio me rodearon. Muy suavemente, ahora, fui parando el mecanismo.

Observé una cosa insignificante que me pareció rara. Creo haberles dicho a ustedes que, cuando partí, antes de que mi velocidad llegase a ser muy grande, la señora Watchets, mi ama de llaves, había cruzado la habitación, moviéndose, eso me pareció a mí, como un cohete. A mi regreso pasé de nuevo en el minuto en que ella cruzaba el laboratorio. Pero ahora cada movimiento suyo pareció ser exactamente la inversa de los que había ella hecho antes. La puerta del extremo inferior se abrió, y ella se deslizó tranquilamente en el laboratorio, de espaldas, y desapareció detrás de la puerta por donde había entrado antes. Exactamente en el minuto precedente me pareció ver un momento a Hilleter; pero él pasó como un relámpago. Entonces detuve la máquina, y vi otra vez a mi alrededor el viejo laboratorio familiar, mis instrumentos mis

aparatos exactamente tales como los dejé. Bajé de la máquina todo trémulo, y me senté en mi banco. Durante varios minutos estuve temblando violentamente. Luego me calmé. A mi alrededor estaba de nuevo mi antiguo taller exactamente como se hallaba antes. Debí haberme dormido allí, y todo esto había sido un sueño.

¡Y, sin embargo, no era así exactamente! La máquina había partido del rincón sudeste del laboratorio. Estaba arrimada de nuevo al noroeste, contra la pared donde la han visto ustedes. Esto les indicará la distancia exacta que había desde la praderita hasta el pedestal de la Esfinge Blanca, a cuyo interior habían trasladado mi máquina los Morlocks.

Durante un rato mi cerebro quedó paralizado. Luego me levanté y vine aquí por el pasadizo, cojeando, pues me sigue doliendo el talón, y sintiéndome desagradablemente desaseado. Vi la *Pall Mall Gazette* sobre la mesa junto a la puerta. Descubrí que la fecha era, en efecto, la de hoy, y mirando el reloj vi que marcaba casi las ocho. Oí las voces de ustedes y el ruido de los platos. Vacilé. ¡Me sentía tan extenuado y débil! Entonces oí una buena y sana comida, abrí la puerta y aparecí ante ustedes. Ya conocen el resto. Me lavé, comí, y ahora les he contado la aventura.

16 - Después del relato

—**S**é —dijo el Viajero a través del Tiempo después de una pausa — que todo esto les parecerá completamente increíble. Para mí la única cosa increíble es estar aquí esta noche, en esta vieja y familiar habitación, viendo sus caras amigas y contándoles estas extrañas aventuras.

Miró al Doctor.

—No. No puedo esperar que usted crea esto. Tome mi relato como una patraña o como una profecía. Diga usted que he soñado en mi taller. Piense que he meditado sobre los destinos de nuestra raza hasta haber tramado esta ficción. Considere mi afirmación de su autenticidad como una simple pincelada artística para aumentar su interés. Y tomando así el relato, ¿qué piensa usted de él?

Cogió su pipa y comenzó, de acuerdo con su antigua manera, a dar con ella nerviosamente sobre las barras de la parrilla. Hubo un silencio momentáneo. Luego las sillas empezaron a crujir y los pies a restregarse sobre la alfombra. Aparté los ojos de la cara del Viajero a través del Tiempo y miré a los oyentes a mi alrededor. Estaban en la obscuridad, y pequeñas manchas de color flotaban ante ellos. El Doctor parecía absorto en la contemplación de nuestro anfitrión. El Director del periódico miraba con obstinación la punta de su cigarro, el sexto. El Periodista sacó su reloj. Los otros, si mal no recuerdo, estaban inmóviles.

El Director se puso en pie con un suspiro y dijo:

—¡Lástima que no sea usted escritor de cuentos! —Y puso su mano en el hombro del Viajero a través del Tiempo.

—¿No cree usted esto?

—Pues yo...

—Me lo figuraba.

El Viajero a través del Tiempo se volvió hacia nosotros.

—¿Dónde están las cerillas? —dijo: encendió una y entre bocanadas de humo de su pipa habló—: Si he de decirles la verdad... apenas creo yo mismo en ello... Y sin embargo...

Sus ojos cayeron con una muda interrogación sobre las flores blancas marchitas que había sobre la mesita. Luego volvió la mano con que asía la pipa, y vi que examinaba unas cicatrices, a medio curar, sobre sus nudillos.

El Doctor se levantó, fue hacia la lámpara, y examinó las flores.

—El gineceo es raro —dijo.

El Psicólogo se inclinó para ver y tendió la mano para coger una de ellas.

—¡Que me cuelguen! ¡Es la una menos cuarto! —exclamó el Periodista—. ¿Cómo voy a volver a mi casa?

—Hay muchos taxis en la estación —dijo el Psicólogo.

—Es una cosa curiosísima —dijo el Doctor—, pero no sé realmente a qué género pertenecen estas flores. ¿Puedo llevármelas?

El Viajero a través del Tiempo titubeó. Y luego de pronto:

—¡De ningún modo! —contestó.

—¿Dónde las ha encontrado usted en realidad? —preguntó el Doctor.

El Viajero a través del Tiempo se llevó la mano a la cabeza. Habló como quien intenta mantener asida una idea que se le escapa.

—Me las metió en el bolsillo Weena, cuando viajé a través del tiempo.

Miró desconcertado a su alrededor.

—¡Desdichado de mí si todo esto no se borra! Esta habitación, ustedes y esta atmósfera de la vida diaria son demasiado para mi memoria. ¿He construido yo alguna vez una Máquina del Tiempo, o un modelo de ella? ¿O es esto solamente un sueño? Dicen que la vida es un sueño, un pobre sueño a veces precioso... pero no puedo hallar otro que encaje. Es una locura. ¿Y de dónde me ha venido este sueño...? Tengo que ir a ver esa máquina ¡Si es que la hay!

Cogió presuroso la lámpara, franqueó la puerta y la llevó, con su luz roja, a lo largo del corredor. Le seguimos. Allí, bajo la vacilante luz de la lámpara, estaba en toda su realidad la máquina, rechoncha, fea y sesgada; un artefacto de bronce, ébano, marfil y cuarzo translúcido y reluciente. Sólida al tacto pues alargué la mano y palpé sus barras con manchas y tiznes color marrón sobre el marfil, y briznas de hierba y mechones de musgo adheridos a su parte inferior, y una de las barras torcida oblicuamente.

El Viajero a través del Tiempo dejó la lámpara sobre el banco y recorrió con su mano la barra averiada.

—Ahora está muy bien —dijo—. El relato que les he hecho era cierto. Siento haberles traído aquí, al frío.

Cogió la lámpara y, en medio de un silencio absoluto, volvimos a la sala de fumar.

Nos acompañó al vestíbulo y ayudó al Director a ponerse el gabán. El Doctor le miraba a la cara, y, con cierta vacilación, le dijo que debía alterarle el trabajo excesivo, lo cual le hizo reír a carcajadas. Lo recuerdo de pie en el umbral, gritándonos buenas noches.

Tomé un taxi con el Director del periódico. Creía este que el relato era una «brillante mentira». Por mi parte, me sentía incapaz de llegar a una conclusión. ¡Aquel relato era tan fantástico e increíble, y la manera de narrarlo tan creíble y serena! Permanecí desvelado la mayor parte de la noche pensando en aquello. Decidí volver al día siguiente y ver de nuevo al Viajero a través del Tiempo. Me dijeron que se encontraba en el laboratorio, y como me consideraban de toda confianza en la casa, fui a buscarle. El laboratorio, sin embargo, estaba vacío. Fijé la mirada un momento en la Máquina del Tiempo, alargué la mano y moví la palanca. A lo cual la masa rechoncha y sólida de aspecto osciló como una rama sacudida por el viento. Su inestabilidad me sobrecogió grandemente, y tuve el extraño recuerdo de los días de mi infancia cuando me prohibían tocar las cosas. Volví por el corredor. Me encontré al Viajero a través del Tiempo en la sala de fumar. Venía de la casa. Llevaba un pequeño aparato fotográfico debajo de un brazo y un saco de viaje debajo del otro. Se echó a reír al verme y me ofreció su codo para que lo estrechase, ya que no podía tenderme su mano.

—Estoy atrozmente ocupado —dijo— con esa cosa de allí.

—Pero ¿no es broma? —dije—. ¿Viajó usted realmente a través del tiempo?

—Así es real y verdaderamente.

Clavó francamente sus ojos en los míos. Vaciló. Su mirada vagó por la habitación.

—Necesito sólo media hora —continuó—. Sé por qué ha venido usted y es sumamente amable por su parte. Aquí hay unas revistas.

Si quiere usted quedarse a comer, le probaré que viajé a través del tiempo a mi antojo, con muestras y todo. ¿Me perdona usted que le deje ahora?

Accedí, comprendiendo apenas entonces toda la importancia de sus palabras; y haciéndome unas señas con la cabeza se marchó por el corredor. Oí la puerta cerrarse de golpe, me senté en un sillón y cogí un diario. ¿Qué iba a hacer hasta la hora de comer? Luego, de pronto, recordé por un anuncio que estaba citado con Richardson, el editor, a las dos. Consulté mi reloj y vi que no podía eludir aquel compromiso. Me levanté y fui por el pasadizo a decírselo al Viajero a través del Tiempo.

Cuando así el picaporte oí una exclamación, extrañamente interrumpida al final, y un golpe seco, seguido de un choque. Una ráfaga de aire arremolinóse a mi alrededor cuando abría la puerta, y sonó dentro un ruido de cristales rotos cayendo sobre el suelo. El Viajero a través del Tiempo no estaba allí. Me pareció ver durante un momento una forma fantasmal, confusa, sentada en una masa remolineante —negra y cobriza—, una forma tan transparente que el banco de detrás con sus hojas de dibujos era absolutamente claro; pero aquel fantasma se desvaneció mientras me frotaba los ojos. La Máquina del Tiempo había partido. Salvo un rastro de polvo en movimiento, el extremo más alejado del laboratorio estaba vacío. Una de las hojas de la ventana acababa, al parecer, de ser arrancada.

Sentí un asombro irrazonable. Comprendí que algo extraño había ocurrido, y durante un momento no pude percibir de qué cosa rara se trataba. Mientras permanecía allí, mirando aturdido, se abrió la puerta del jardín, y apareció el criado.

Nos miramos. Después volvieron las ideas a mi mente.

—¿Ha salido su amo... por ahí? —dije.

—No, señor. Nadie ha salido por ahí. Esperaba encontrarle aquí.

Ante esto, comprendí. A riesgo de disgustar a Richardson, me quedé allí, esperando la vuelta del Viajero a través del Tiempo; esperando el segundo relato, quizá más extraño aún, y las muestras y las fotografías que traería él consigo. Pero empiezo ahora a temer que habré de esperar toda la vida. El Viajero a través del Tiempo desapareció hace tres años. Y, como todo el Mundo sabe, no ha regresado nunca.

Epílogo

No puede uno escoger, sino hacerse preguntas. ¿Regresará alguna vez? Puede que se haya deslizado en el pasado y caído entre los salvajes y cabelludos bebedores de sangre de la Edad de Piedra sin pulimentar; en los abismos del mar cretáceo; o entre los grotescos saurios, los inmensos animales reptadores de la época jurásica. Puede estar ahora —si se me permite emplear la frase— vagando sobre algún arrecife de coral Oolítico, frecuentado por los plesiosaurios, o cerca de los solitarios lagos salinos de la Edad Triásica. ¿O marchó hacia el futuro, hacia las edades próximas, en las cuales los hombres son hombres todavía, pero en las que los enigmas de nuestro tiempo están aclarados y sus problemas fastidiosos resueltos? Hacia la virilidad de la raza: pues yo, por mi parte, no puedo creer que estos días recientes de tímida experimentación de teorías incompletas y de discordias mutuas sean realmente la época culminante del hombre. Digo, por mi propia parte. Él, lo sé —porque la cuestión había sido discutida entre nosotros mucho antes de ser construida la Máquina del Tiempo—, no pensaba alegremente acerca del Progreso de la Humanidad, y veía tan sólo en el creciente acopio de civilización una necia acumulación que debía inevitablemente venirse abajo al final y destrozar a sus artífices. Si esto es así, no nos queda sino vivir como si no lo fuera. Pero, para mí, el porvenir aparece aún oscuro y vacío; es una gran ignorancia, iluminada en algunos sitios casuales por el recuerdo de su relato. Y tengo, para consuelo mío, dos extrañas flores blancas —encogidas ahora, ennegrecidas, aplastadas y frágiles— para atestiguar que aun cuando la inteligencia y la fuerza habían desaparecido, la gratitud y una mutua ternura aún se alojaban en el corazón del hombre.

La isla del doctor Moreau

Introducción

El 1 de febrero de 1887, el *Lady Vain* naufragó tras colisionar con un pecio cuando navegaba a 1° de latitud sur y 107° de longitud oeste.

El 5 de enero de 1888, es decir, once meses y cuatro días después, mi tío Edward Prendick, un caballero muy reservado que zarpó de Callao a bordo del *Lady Vain* y que había sido dado por muerto, fue rescatado a

5° 3' de latitud sur y 101° de longitud oeste en un pequeño bote cuyo nombre era ilegible, pero que al parecer perteneció a la desaparecida goleta *Ipecacuanha*. Su relato fue tan extraño que lo tomaron por loco. Posteriormente alegó que no recordaba nada de lo ocurrido desde el momento en que abandonó el *Lady Vain*. Los psicólogos de la época discutieron su caso como muestra curiosa de la pérdida de memoria resultante de un sobreesfuerzo físico o mental. El relato que aparece a continuación fue hallado entre sus papeles por el abajo firmante, su sobrino y heredero, sin ninguna nota que indicara expresamente el deseo de su publicación.

La única isla que se conoce en la zona en que mi tío fue rescatado es la isla de Noble, un pequeño islote volcánico completamente deshabitado. En 1891 fue visitado por el *Scorpion*. Un grupo de marineros bajó a tierra sin encontrar el menor indicio de vida, a excepción de unas curiosas mariposas blancas, algunos

conejos y cerdos y unas ratas bastante peculiares. Sin embargo, no capturaron ningún ejemplar, por lo que no es posible confirmar el relato en sus aspectos más esenciales. Una vez aclarado este extremo, no hay mal alguno en hacer pública esta curiosa historia, como supongo era deseo de mi tío. Hay al menos algo que dice mucho en su favor: mi tío perdió el conocimiento cuando se hallaba aproximadamente a

5°

de latitud sur y

105°

de longitud este y volvió a aparecer en el mismo lugar del océano once meses después. De una manera o de otra, tuvo que vivir durante ese intervalo de tiempo. Al parecer, una goleta llamada *Ipecacuanha*, al mando de un capitán alcohólico, John Davies, zarpó de África en 1887, con un puma y otros animales a bordo, fue vista en varios puertos del Pacífico sur y finalmente desapareció de estos mares (con un considerable cargamento de copra a bordo), tras partir de Banya hacia un destino desconocido, en diciembre de 1887, fecha que coincide plenamente con la historia de mi tío.

Charles Edward PRENDICK

1. En el chinchorro del *Lady Vain*

No es mi intención añadir nada más a lo ya escrito sobre la desaparición del *Lady Vain*. Como todo el mundo sabe, la nave colisionó con un pecio diez días después de abandonar Callao. El bote salvavidas, con siete tripulantes, fue encontrado ocho días más tarde por el cañonero *Mirtle*, y el relato de sus tremendas penurias se ha hecho tan famoso como el aún más terrible caso del *Medusa*. Sin embargo, me toca ahora añadir a la historia del *Lady Vain* otra igualmente terrible y aún más extraña. Hasta el momento se ha creído que los cuatro hombres que viajaban en el bote perecieron, pero no es cierto. Tengo la mejor de las pruebas para hacer esta afirmación: yo era uno de esos hombres.

En primer lugar, debo explicar que nunca hubo cuatro hombres en el bote; éramos tres. Constans, «a quien el capitán vio saltar a la lancha» (*Daily News*, 17 de marzo, 1887), afortunadamente para nosotros aunque desgraciadamente para él, no consiguió alcanzarnos. Descendía entre la maraña de cabos bajo los estayes del destrozado bauprés; una cuerda se le enredó en el tobillo en el momento de saltar y quedó por un instante colgando cabeza abajo; luego cayó y chocó contra un motón o un palo que flotaba en el agua. Remamos hacia él, pero no volvió a salir a la superficie.

Digo que afortunadamente para nosotros no nos alcanzó y casi podría añadir que afortunadamente también para él, pues no teníamos más que un pequeño barril de agua y unas cuantas galletas empapadas, tan repentina había sido la alarma y tan poco preparado estaba el buque para cualquier calamidad. Pensamos que la gente de la lancha iría mejor provista (aunque al parecer no era así) e intentamos llamarlos. No debieron de oírnos, y al día siguiente, cuando dejó de lloviznar, cosa que no ocurrió hasta después del mediodía, ya no vimos rastro de ellos. No podíamos ponernos en pie para mirar a nuestro alrededor, a causa del cabeceo

del bote. Las olas eran enormes y teníamos grandes dificultades para tomarlas de proa. Los otros dos hombres que habían logrado escapar conmigo eran un tal Helmar, pasajero como yo, y un marinero cuyo nombre desconozco, un hombre bajito, robusto y tartamudo.

Navegamos a la deriva, muertos de hambre y, desde que se acabó el agua, atormentados por una terrible sed, por espacio de ocho días y ocho noches. Transcurrido el segundo día, el mar fue apaciguándose lentamente hasta quedar como un espejo. El lector es incapaz de imaginar cómo fueron aquellos ocho días. Por fortuna, nada hay en su memoria que le permita imaginarlo. Pasado el primer día apenas hablamos entre nosotros; permanecíamos inmóviles en nuestro lugar, mirando al horizonte, u observando, con ojos cada vez más grandes y extraviados, cómo el desánimo y la debilidad se apoderaban de nuestros compañeros. El sol era implacable. El cuarto día se terminó el agua y empezamos a pensar cosas extrañas y a decirlas con la mirada, hasta que el sexto día —creo— Helmar se decidió a expresar de viva voz lo que todos teníamos en la cabeza. Recuerdo nuestras voces, débiles y roncadas: nos acercábamos mucho unos a otros y ahorrábamos palabras. Yo me opuse con todas mis fuerzas; prefería barrenar el bote y que pereciéramos todos entre los tiburones que nos seguían, pero cuando Helmar dijo que si aceptábamos su propuesta podríamos beber, el marinero se puso de su parte.

Pero yo no quise echarlo a suertes y, por la noche, el marinero no paraba de hablar con Helmar en voz baja, mientras yo permanecía sentado en la proa, con mi navaja en la mano, aunque dudo de que hubiera tenido valor para luchar. Por la mañana acepté la propuesta de Helmar y lanzamos al aire medio penique para decidir nuestra suerte.

Le tocó al marinero, pero era el más fuerte de los tres y no estaba dispuesto a acatarlo, de modo que se abalanzó sobre Helmar. Lucharon cuerpo a cuerpo hasta casi ponerse en pie. Yo me arrastré por el suelo del bote e intenté ayudar a Helmar agarrando al marinero por la pierna, pero con el balanceo del barco el marinero tropezó y los dos cayeron por la borda. Se hundieron como piedras. Recuerdo que me reí y me pregunté por qué me reía. La risa se apoderó de mí sin que pudiera evitarlo.

Me tumbé sobre una de las bancadas durante no sé cuánto tiempo, pensando en que, si tuviera valor, bebería agua del mar hasta enloquecer, para morir rápidamente. Y mientras estaba allí tumbado avisté, con tan poco interés como si fuera un cuadro, un barco que avanzaba hacia mí desde la línea del cielo. A buen seguro había estado divagando durante mucho tiempo, y sin embargo recuerdo claramente todo lo que sucedió. Recuerdo que mi cabeza se balanceaba con el mar, y que el horizonte, con el barco que lo surcaba, oscilaba arriba y abajo. Pero también recuerdo con idéntica claridad que tuve la impresión de estar muerto, y pensé en la ironía de que por muy poco no hubiesen llegado a tiempo de encontrarme con vida.

Durante un tiempo que se me antojó interminable, permanecí tumbado con la cabeza apoyada en la bancada, contemplando la goleta que bailaba sobre las olas. Era una pequeña embarcación, con aparejos en proa y en popa, que aparecía y desaparecía entre las aguas. Se balanceaba en creciente compás, pues navegaba a merced del viento. En ningún momento se me ocurrió llamar su atención y, desde que vi su costado hasta que desperté en un camarote, no recuerdo nada con claridad. Conservo la vaga noción de ser izado hasta la pasarela, y de un gran semblante cubierto de pecas y enmarcado por una mata de pelo rojo que me observaba desde la batayola. También me pareció entrever una cara oscura y unos ojos extraordinarios muy cerca de la mía, pero pensé que se trataba de una pesadilla hasta que volví a encontrarla. Creo recordar que me hicieron tragar cierto mejunje. Y eso es todo.

2. El hombre que no iba a ninguna parte

El camarote en el que desperté era pequeño y bastante desaliñado. Un hombre más bien joven y rubio, con erizado bigote de color pajizo y el labio inferior caído, estaba sentado junto a mí, sosteniéndome la muñeca. Nos miramos por espacio de un minuto sin decir una palabra. Tenía ojos grises y acuosos, extrañamente desprovistos de expresión.

Entonces se oyó un ruido arriba, como si arrastrasen una cama de hierro, y el gruñido furioso y apagado de un gran animal. En ese momento el hombre habló de nuevo.

Repitió su pregunta:

—¿Cómo se encuentra ahora?

Creo que dije encontrarme perfectamente. No conseguía recordar cómo había llegado hasta allí. Debió de interpretar la pregunta en mi rostro, pues no podía articular palabra.

—Lo encontramos en un bote; medio muerto de hambre. El bote se llamaba *Lady Vain* y había manchas de sangre en la borda.

En ese momento vi mi mano, flaca como una bolsa de piel sucia y llena de huesos, y entonces recordé todo lo ocurrido en el bote.

—¡Tome un poco de esto! —dijo; y me dio una sustancia helada de color carmesí.

Sabía a sangre y me devolvió las fuerzas.

—Tiene suerte de haber sido rescatado por un barco con médico a bordo —exclamó con cierto deje ceceante.

—¿Qué barco es éste? —pregunté despacio, la voz ronca luego de tan largo silencio.

—Es un pequeño mercante que viene de Arica y Callao. Nunca pregunté cuál fue su puerto de origen. El país de los tontos, supongo. Yo vengo de Arica. El estúpido a quien pertenece, que también es su capitán, un tal Davis, ha perdido su certificado o algo por el estilo. Ya sabe cómo es esa gente; le llama *Ipecacuanha* a este

casarón: ¡nombre endiablado donde los haya! Pero, cuando la mar está sin una gota de viento, se porta bien.

Se reanudaron los ruidos arriba: un gruñido y una voz humana. Luego se oyó otra voz que desistía diciendo:

—¡Maldito idiota!

—Estaba medio muerto —continuó mi interlocutor—. Lo cierto es que le faltaba muy poco. Pero le di un brebaje. ¿Siente los brazos doloridos? Inyecciones. Ha estado inconsciente durante casi treinta horas.

Me quedé pensativo. Entonces me distrajo el ladrido de unos perros.

—¿Podría tomar algo sólido? —pregunté.

—Gracias a mí —respondió él—. El cordero está cociendo.

—Sí —dije con convicción—. No me vendría mal un poco de cordero.

—Pero —dijo con momentánea vacilación—, yo me muero por saber qué hacía usted solo en ese bote.

Me pareció detectar cierto recelo en sus ojos.

—¡Malditos aullidos!

Salió bruscamente del camarote, y lo oí discutir acaloradamente con alguien que respondía en una especie de jerga. Parecía que aquello iba a terminar en una pelea, pero creo que mis oídos se equivocaban en esto. Luego gritó a los perros y regresó al camarote.

—Bien —dijo desde el pasillo—. Estaba empezando a contarme algo.

Le dije que me llamaba Edward Prendick y que había decidido dedicarme a las ciencias naturales para huir del aburrimiento de una holgada independencia. Aquello pareció interesarle.

—Yo también me he dedicado a las ciencias. Estudié biología en la universidad: extraía el ovario de la lombriz y la rádula de la serpiente, y cosas así. ¡Dios mío! Hace ya diez años. Pero continúe, continúe. Hábleme del bote.

Se mostraba abiertamente complacido por la franqueza de mi relato, que transmití en frases concisas, pues me sentía terriblemente débil, y cuando hube terminado retomó el tema de las ciencias naturales y sus estudios de biología. Luego empezó a preguntarme por Tottenham Court Road y Gower Street.

—¿Todavía existe Caplatzi? ¡Qué magnífico establecimiento!

Había sido, era evidente, un estudiante de medicina de lo más normal, y no pudo evitar hablar de los *cabarets*. Me contó algunas anécdotas.

—¡Lo dejé todo hace diez años! ¡Qué tiempos tan alegres! —exclamó—. Pero cometí una enorme tontería. Me marché antes de cumplir los veintiuno. Ahora todo es diferente... En fin, voy a ver qué está haciendo el inútil del cocinero con su cordero.

Los gruñidos de arriba se reanudaron tan de repente y con tal furia que me sobresaltaron.

—¿Qué es eso? —pregunté. Pero la puerta ya se había cerrado.

Regresó al cabo de un rato con el cordero guisado, y su apetitoso aroma me hizo olvidar de inmediato los rugidos de la fiera.

Tras un día en el que no hice otra cosa que dormir y alimentarme, me sentí con fuerzas para salir de la litera e ir hasta el portillo a contemplar el verde mar que se esforzaba por seguir nuestro ritmo. Me pareció que la goleta corría más que el viento. Montgomery, así se llamaba el joven rubio, volvió a entrar, y le pedí algo de ropa. Me prestó algunas cosas suyas, pues las que yo llevaba, dijo, las habían tirado por la borda. Me quedaban bastante grandes, pues él era alto y de piernas largas.

Como por casualidad comentó que el capitán estaba más que medio borracho en su camarote. Mientras aceptaba las ropas empecé a hacerle algunas preguntas sobre el destino del barco. Dijo que se dirigía a Hawai, pero que antes tenían que dejarle en tierra a él.

—¿Dónde? —pregunté.

—En una isla... Donde vivo. Que yo sepa, no tiene nombre.

Me miró con el labio inferior caído, y de pronto pareció tan deliberadamente bobo que comprendí que intentaba eludir mis preguntas. Tuve la discreción de no hacer ninguna más.

3. Un rostro extraño

Al salir del camarote encontramos en la toldilla a un hombre que nos impedía el paso. Estaba de pie en la escala, de espaldas a nosotros, mirando por encima de los cuarteles de la escotilla. Vi que se trataba de un hombre deforme, bajito, ancho, torpe y encorvado, con el cuello peludo y la cabeza hundida entre los hombros. Llevaba ropa de sarga azul marino y tenía una espesa mata de áspero pelo negro. Los perros invisibles gruñeron ferozmente y él retrocedió al instante, rozando la mano que yo había alargado para apartarlo de mí. Se volvió con la rapidez de un animal.

La súbita visión de aquel rostro negro me impresionó profundamente de un modo que no sabría definir. Era un rostro extrañamente deformado. La parte inferior sobresalía y recordaba vagamente a un hocico, mientras la enorme boca entreabierta mostraba los dientes más grandes que jamás había visto en un ser humano. Tenía los ojos inyectados en sangre, sin apenas blanco alrededor de las pupilas avellanadas. Un curioso destello de excitación le iluminaba el rostro.

—¡Maldito seas! —exclamó Montgomery—. ¿Por qué diablos no te quitas de en medio?

El hombre se apartó sin decir palabra.

Continué subiendo por la escala de toldilla, mirándolo instintivamente. Montgomery se detuvo un momento al pie de la escala.

—Sabes que no tienes nada que hacer aquí —dijo pausadamente—. Tu sitio está en proa.

El hombre se acobardó.

—No... me querrán allí —dijo muy despacio, con voz ronca y extraña.

—¡No te querrán! —exclamó Montgomery en tono amenazador—. Pero yo te digo que vayas.

Estaba a punto de añadir algo, pero de pronto me miró y me siguió escala arriba. Me había detenido a medio camino,

observando todavía atónito la grotesca fealdad de aquella criatura de rostro negro. Jamás había visto una cara tan repulsiva y poco común, y al mismo tiempo, valga la contradicción, tuve la impresión de haberme topado ya con esos rasgos y gestos que tanto me asombraban. Más tarde se me ocurrió que quizá lo hubiese visto cuando me subieron a bordo, si bien la idea apenas atenuó la sospecha de un encuentro previo. Pero la posibilidad de haber visto un rostro tan singular y haber olvidado el momento preciso era algo que escapaba a mi imaginación.

El movimiento que hizo Montgomery para seguirme me apartó de mis pensamientos y me volví para mirar a mi alrededor, hacia la cubierta corrida de la pequeña goleta. Los ruidos que había oído casi me habían preparado para lo que entonces vi. A decir verdad, en la vida había visto una cubierta tan sucia. Estaba alfombrada por peladuras de zanahoria y restos de verdura; la cantidad de mugre era indescriptible. Atados con cadenas al palo mayor había varios perros de caza, de aspecto espeluznante, que al verme comenzaron a saltar y a ladrar, y junto al palo de mesana se encontraba un enorme puma encerrado en una jaula de hierro, tan pequeña que el animal apenas tenía espacio para darse la vuelta. Un poco más allá, bajo la batayola de estribor, vi unas jaulas muy grandes llenas de conejos y, delante de ellas, una especie de cajón muy pequeño donde se apretujaba una llama solitaria. Los perros llevaban bozales de cuero. Un marinero demacrado y silencioso que manejaba el timón era el único ser humano en toda la cubierta.

Las sucias y parcheadas maricangallas se habían tensado antes de que comenzara a soplar el viento, y arriba, en la arboladura, la pequeña embarcación parecía llevar todas sus velas desplegadas. El cielo estaba despejado y el sol se hallaba en la mitad de su declive hacia poniente; largas olas que la brisa coronaba de espuma se deslizaban a nuestro ritmo. Pasamos junto al timonel, nos dirigimos al coronamiento de popa y contemplamos la espuma que formaba el agua y las burbujas que bailaban y se desvanecían en su estela. Me volví para comprobar la eslora del barco.

—¿Qué es esto, una casa de fieras flotante? —preguté.

—Eso parece —respondió Montgomery.

—¿Por qué llevan esos animales? ¿Como mercancía, o curiosidad? ¿O es que el capitán piensa venderlos en los Mares del

Sur?

—Eso parece, ¿verdad? —repitió Montgomery, volviéndose de nuevo hacia la estela.

De pronto oímos un grito y una sarta de blasfemias procedentes de la toldilla y vimos al hombre deforme de rostro negro trepar precipitadamente por la escala. Un hombre de abundante pelo rojo, tocado con una gorra blanca, le pisaba los talones. Al ver al primero, los perros, que ya se habían cansado de ladrarme, se pusieron muy nerviosos, y empezaron a aullar y a tirar de sus cadenas. El negro vaciló un instante, momento que el pelirrojo aprovechó para alcanzarlo y asestarle un terrible puñetazo entre los omóplatos. El pobre diablo cayó como un buey abatido, rodando sobre la suciedad entre los enfurecidos perros. Tuvo suerte de que llevaran bozales. El pelirrojo lanzó un grito de júbilo y se balanceó con grave riesgo de caer hacia atrás por la escala de toldilla o hacia adelante sobre su víctima.

Cuando apareció el segundo hombre, Montgomery reaccionó violentamente:

—¡Apóyese ahí! —le reconvino. Dos marineros aparecieron en el castillo de proa.

Aullando de un modo extraño, el negro rodó bajo las patas de los perros sin que nadie intentara ayudarle. Las bestias hicieron cuanto podían por atacarlo, embistiéndolo con los hocicos. Sus ágiles cuerpos grises interpretaron una rápida danza sobre la torpe figura postrada. Los marineros los animaban como si de un juego se tratase. Montgomery profirió una airada exclamación y se alejó por la cubierta a grandes zancadas. Yo fui tras él.

Un segundo después, el negro se incorporó y se alejó gateando, pero tropezó con los obenques de mayor y fue a parar contra la batayola, donde quedó jadeando y mirando a los perros por encima del hombro. El pelirrojo rió con satisfacción.

—¡Mire, capitán! —dijo Montgomery, agarrando al pelirrojo del brazo—. Esto no puede ser.

Yo estaba de pie detrás de Montgomery. El capitán dio media vuelta y lo miró con sus apagados y solemnes ojos de borracho.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó, y luego de mirar a Montgomery entre sueños por espacio de un minuto, añadió—: ¡Malditos matasanos!

Sacudió bruscamente los brazos para liberarse y, tras dos infructuosos intentos, hundió en los bolsillos los puños cubiertos de pecas.

—Ese hombre es un pasajero —dijo Montgomery—. Le aconsejo que no le ponga las manos encima.

—¡Al diablo! —exclamó el capitán, volviéndose bruscamente y tambaleándose en dirección a la banda—. Éste es mi barco, y hago lo que quiero —dijo.

Creo que Montgomery debería haberlo dejado en paz, habida cuenta que estaba borracho. Pero se limitó a ponerse un poco más pálido y siguió al capitán hasta la batayola.

—¡Escuche, capitán! No consentiré que uno de mis hombres sea maltratado. Desde que subió a bordo no han hecho más que agobiarlo —dijo.

Los vapores etílicos dejaron al capitán sin habla durante un minuto.

—¡Malditos matasanos! —Fue cuanto consideró necesario añadir.

Comprendí que Montgomery tenía un temperamento lento y obstinado, de los que se calientan día a día hasta ponerse al rojo vivo y nunca llegan a enfriarse lo suficiente para perdonar, y comprendí también que la disputa venía de antiguo.

—Está borracho —dije, quizá entrometiéndome—; no servirá de nada.

Montgomery frunció el labio inferior de un modo desagradable.

—Siempre está borracho. ¿Cree usted que eso le da derecho a atacar a sus pasajeros?

—Mi barco —comenzó el capitán, señalando a las jaulas con mano temblorosa— era un barco limpio. Y mire ahora.

Desde luego, era cualquier cosa menos limpio.

—Y la tripulación —continuó el capitán— limpia y respetable.

—Usted accedió a llevar los animales.

—¡Ojalá nunca hubiera conocido su isla infernal! ¿Para qué diablos quiere animales en una isla como ésta? Y ese amigo suyo... Suponiendo que sea un hombre. Es un lunático. ¿Qué se le había perdido en la popa? ¿O cree usted que este maldito barco le pertenece por completo?

—Sus marineros no han dejado de acosar al pobre diablo desde

que subió a bordo.

—Eso es exactamente lo que es: un diablo, un diablo feo. Mis hombres no lo soportan. Yo no lo soporto. Nadie lo soporta. Ni siquiera usted.

Montgomery se dio la vuelta.

—De todos modos, deje en paz a ese hombre —dijo, con un movimiento de cabeza.

Pero el capitán tenía ganas de pelea y, alzando la voz, añadió:

—Si vuelve a aparecer por aquí, lo haré pedazos. Se lo advierto. ¿Quién es usted para decirme lo que he de hacer? Ya le he dicho que soy el capitán de este barco: capitán y propietario. Aquí mando yo. Acordé llevar a un hombre y a su ayudante hasta Arica y a llevarlo de regreso con algunos animales. No a llevar a un diablo loco y a un estúpido matasanos, un...

El insulto que le espetó a Montgomery carece de importancia. Vi cómo este último daba un paso hacia adelante.

—Está borracho —dije. El capitán volvió a insultarlo en términos aún más groseros.

—¡Cállese! —dije, volviéndome hacia él bruscamente, pues la expresión de Montgomery me indicó que el asunto se ponía peligroso. Mi intervención hizo que el chaparrón cayera sobre mí.

Sin embargo, me complació poner fin a aquella discusión que estaba a punto de convertirse en pelea, aun a riesgo de granjearme la enemistad del capitán borracho. No creo haber oído jamás tal sarta de groserías en boca de un hombre, y eso que he frecuentado la amistad de personajes bastante excéntricos. Había en todo ello algo que se me hacía intolerable, aunque soy hombre de buen carácter. Pero, a decir verdad, en el momento de ordenar al capitán que se callase, olvidé que no era más que un insignificante ser humano, privado de recursos y sin haber pagado por mi pasaje, un mero accidente a merced de la generosidad (o el interés especulativo) del barco. El capitán me lo recordó enérgicamente. No obstante, había evitado una pelea.

4. En la regala de la goleta

Aquella noche, después de la puesta del sol, divisamos tierra y la goleta se puso al paio. Montgomery anunció que había llegado a su destino. Estábamos demasiado lejos para apreciar cualquier detalle. En ese momento me pareció una tenue mancha azul en el incierto gris azulado del mar. Una columna de humo casi vertical ascendía por el cielo.

El capitán no estaba en la cubierta en ese momento. Tras descargar su ira sobre mí, había bajado tambaleándose, y comprendí que se marchaba a dormir en el suelo de su camarote. El piloto asumió el mando. Era el hombre demacrado y taciturno que habíamos visto al timón. También él parecía enojado con Montgomery. No nos hizo el menor caso. Cenamos con él en medio de un pesado silencio, tras varios infructuosos intentos de conversación por mi parte. Me sorprendió que los hombres sintieran tan poca simpatía por mi compañero y sus animales. Montgomery se mostraba muy reservado al respecto de sus intenciones con aquellas criaturas y al respecto de su propio destino, y aunque una creciente curiosidad se apoderaba de mí, decidí no presionarlo.

Nos quedamos hablando en la toldilla hasta que el cielo se pobló de estrellas. Salvo algún ruido ocasional procedente del castillo de proa y algún movimiento de los animales, la noche estaba en calma. El puma, aovillado en un rincón de la jaula, nos miraba con ojos brillantes. Los perros parecían dormidos. Montgomery sacó unos cigarrros.

Me habló de Londres con nostalgia, haciendo todo tipo de preguntas sobre los cambios que habían tenido lugar en la ciudad. Hablaba como alguien que hubiese amado esa vida y hubiese sido brusca e irrevocablemente apartado de ella. Yo le conté todo tipo de chismes sobre esto y aquello. No paraba de pensar en lo extraño que era y, mientras hablaba, escudriñaba su pálido semblante en la

penumbra de la linterna de bitácora situada a mis espaldas. Luego miré hacia el mar oscuro, entre cuyas sombras se ocultaba su pequeña isla.

Se me antojaba que aquel hombre había salido de la inmensidad únicamente para salvarme la vida. Al día siguiente saltaría por la borda y desaparecería de mi existencia. Incluso en circunstancias ordinarias me habría dado qué pensar. Pero me desconcertaba que un hombre educado viviera en una isla desconocida y portara tan extraordinario equipaje. Me sorprendí repitiendo la pregunta del capitán. ¿Para qué querría a los animales? ¿Por qué, además, había fingido que no eran suyos cuando le hablé de ellos por vez primera? Y luego estaba su ayudante, ese ser tan raro que tanto me había impresionado. Todas estas circunstancias lo rodeaban de un halo de misterio. Se agolpaban en mi imaginación, dificultándome el habla.

A eso de medianoche nuestra conversación sobre Londres languideció y permanecimos el uno junto al otro acodados en la batayola, contemplando como en sueños el silencioso mar iluminado por las estrellas, sumidos cada uno en sus propios pensamientos. Era el ambiente propicio para el sentimentalismo y decidí expresarle mi gratitud.

—Si me permite que se lo diga —dije al cabo de un rato—, me ha salvado la vida.

—Casualidad —respondió—; pura casualidad.

—Prefiero dar las gracias a quien tengo a mano.

—No se las dé a nadie. Usted tenía la necesidad y yo el conocimiento; le puse una inyección y lo alimenté como a cualquiera de los especímenes que recojo. Estaba aburrido y con ganas de hacer algo. Si ese día hubiera estado cansado o no me hubiera gustado su cara, bueno... quién sabe dónde estaría usted ahora.

Esto me desanimó un poco.

—De todos modos... —comencé.

—Pura casualidad. Ya se lo he dicho —interrumpió—, como todo en esta vida. Sólo los tontos no se dan cuenta. ¿Por qué estoy aquí en este momento, marginado de la civilización, en lugar de vivir como un hombre feliz y disfrutando de todos los placeres de Londres? Sencillamente, porque hace once años perdí la cabeza durante diez minutos, una noche de niebla.

Se detuvo.

—¿Sí? —pregunté.

—Eso es todo.

Nos quedamos callados. Luego, él se rió.

—Hay algo en esta luz estrellada que suelta la lengua. Soy un estúpido y, sin embargo, por alguna razón me gustaría decirle...

—Diga lo que diga, puede tener la seguridad de que no saldrá de mí... Si es a eso a lo que se refiere.

Estaba a punto de decir algo cuando sacudió la cabeza dubitativamente.

—Déjelo —dije—. Me da igual. A fin de cuentas es mejor que cada cual guarde su secreto. Aunque yo estuviese a la altura de su confianza, la única ganancia será un poco de alivio. ¿Y en caso contrario...?

Masculló algo con indecisión. Sentí que se encontraba en desventaja, que lo había sorprendido en un momento de indiscreción y, a decir verdad, tampoco me intrigaba saber qué había alejado de Londres a un joven estudiante de medicina. Podía imaginarlo. Me encogí de hombros y me alejé. Una silueta oscura y silenciosa se inclinaba sobre el coronamiento de popa, contemplando las estrellas. Era el extraño ayudante de Montgomery. Lanzó una mirada rápida por encima del hombro al advertir mi movimiento y luego volvió a observar el cielo.

Tal vez pueda parecer insignificante, pero para mí fue como un golpe inesperado. La luz más cercana a nosotros era el farol del timón. El rostro de la criatura surgió por un instante de la penumbra de popa, quedando iluminado por el farol, y vi en los ojos que me miraban un pálido brillo verdoso.

Yo no sabía por aquel entonces que algunas personas tienen en los ojos un resplandor rojizo. En ese momento me pareció decididamente inhumano. Esa silueta negra de ojos incandescentes echó por tierra mis pensamientos y sentimientos adultos y, por un instante, los olvidados terrores de la infancia poblaron nuevamente mi memoria. La sensación se fue tal como había venido. La tosca y negra silueta de un hombre, una silueta sin particular importancia, se apoyaba en el coronamiento de popa, recortada sobre la luz de las estrellas. Y entonces oí que Montgomery me hablaba.

—Creo que voy a entrar —me dijo—; si le parece bien.

Le contesté algo incongruente. Bajamos y me dio las buenas noches ante la puerta de mi camarote.

Esa noche tuve sueños bastante desagradables. La luna menguante tardó en salir. Un débil rayo de luz blanca y fantasmagórica entraba en mi camarote, formando una siniestra forma en el entarimado, junto a mi litera. Luego los perros se despertaron y comenzaron los aullidos y los ladridos, de modo que, entre pesadilla y pesadilla, apenas pude dormir hasta el amanecer.

5. El hombre que no tenía adonde ir

Por la mañana temprano, la segunda tras mi recuperación y creo que la cuarta desde que fui rescatado, desperté en una confusión de sueños tumultuosos —sueños de armas y muchedumbres enfurecidas— y escuché un ronco griterío en cubierta. Me froté los ojos y presté atención, sin saber por un momento dónde me encontraba. A continuación se oyeron pisadas de pies descalzos, luego un ruido de objetos pesados que caían, un violento chirrido y un chasquido de cadenas. Percibí el siseo del agua al virar súbitamente el barco; una espumosa ola de color amarillo verdoso rompió contra el pequeño ojo de buey. Me vestí rápidamente y subí a cubierta.

Al subir por la escala pude ver la amplia espalda y el pelo rojo del capitán perfilándose contra el cielo rosado —estaba saliendo el sol— y la jaula del puma girando sobre el eje de un aparejo de fuerza instalado en la botavara de mesana. El pobre animal parecía muy asustado y se agazapaba en un rincón de la jaula.

—¡Tíradlos por la borda! —gritaba el capitán—. ¡Tíradlos por la borda! Pronto tendremos un barco limpio.

Me estaba cerrando el paso, por lo que me vi obligado a tocarle en el hombro para acceder a la cubierta. Se volvió sobresaltado y retrocedió un poco para mirarme. No hacía falta ser un experto para comprender que el hombre todavía estaba borracho.

—¡Hola! —dijo en tono estúpido.

Luego se le iluminaron los ojos y añadió:

—Vaya, si es el señor... el señor...

—Prendick —dije yo.

—¡Nada de Prendick! —espetó—. Cállese; ése es su nombre. El señor Cállese.

Era inútil contestarle. Pero lo cierto es que yo no esperaba el movimiento que hizo a continuación. Extendió una mano hacia la

pasarela, donde Montgomery conversaba con un hombre de abundante pelo blanco, vestido con unos sucios pantalones de franela azul, que al parecer acababa de subir a bordo.

—Por ahí, maldito señor Cállese. Por ahí —rugió el capitán. Montgomery y su acompañante se volvieron al oírlo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Por ahí, maldito señor Cállese. Eso es lo que quiero decir. Fuera de mi barco, señor Cállese. Estamos limpiando el barco. Estamos limpiando el maldito barco. Y usted se marcha.

Lo miré perplejo. Luego pensé que era exactamente lo que deseaba. La perspectiva de hacer la travesía como único pasajero de aquel borracho pendenciero no era como para alegrarse. Me volví hacia Montgomery.

—Aquí no puede quedarse —dijo secamente el acompañante de Montgomery.

—¡Que no puedo quedarme! —exclamé horrorizado. Tenía la expresión más rotunda y decidida que había visto en la vida.

—Mire —comencé, volviéndome hacia el capitán.

—¡Fuera! —dijo éste—. Este barco no es para bestias y caníbales; peor que bestias. Usted se larga de aquí, señor Cállese. Si no puede quedarse con ellos, vaya a la deriva. ¡Como quiera, pero váyase! Con sus amigos. He terminado con esta maldita isla para siempre. ¡Ya está bien!

—¡Pero Montgomery! —supliqué.

Montgomery frunció el labio inferior y negó con la cabeza mirando sin esperanza al hombre del pelo gris, como diciendo que no podía hacer nada por ayudarme.

—Luego me ocuparé de usted —dijo el capitán.

Entonces comenzó un curioso altercado a tres bandas. Yo suplicaba a los tres hombres alternativamente; primero al hombre del pelo gris para que me dejase permanecer en la isla, y luego al capitán borracho para que me permitiese seguir a bordo. Incluso les rogué a los marineros. Montgomery no dijo una palabra; se limitó a negar con la cabeza.

—¡Usted se marcha! Ya se lo he dicho —insistía el capitán—. ¡Al diablo con la ley! Aquí mando yo.

Debo confesar que, finalmente, en medio de una enérgica amenaza, se me quebró la voz. Preso de un histérico arrebató de

orgullo, me marché a popa y allí me quedé, con la mirada perdida en el infinito.

Mientras tanto, los marineros desembarcaban los paquetes y las jaulas. Una gran embarcación con dos velas al tercio aguardaba a sotavento de la goleta, y en ella se cargaba el extraño surtido de mercancías. En ese momento no vi las manos que recogían los paquetes, pues el casco del barco quedaba oculto tras el costado de la goleta.

Ni Montgomery ni su acompañante me prestaron la menor atención, ocupados como estaban en ayudar y dirigir a los cuatro o cinco marineros que descargaban las mercancías. Me sentía desesperado. En un par de ocasiones, mientras esperaba que las cosas se resolviesen por sí solas, no pude resistir la tentación de reírme de mi triste situación. Lo que más me molestaba era no poder desayunar. El hambre y la falta de glóbulos rojos le quitan la entereza a cualquiera. Era consciente de que carecía de fuerza tanto para oponerme a los designios del capitán como para imponerme sobre Montgomery y su compañero, de modo que opté por esperar pacientemente, mientras seguían trasladando las pertenencias de Montgomery a la lancha como si yo no existiera.

Concluido el trabajo comenzó la pelea; me arrastraron hacia la pasarela sin que apenas ofreciera resistencia, si bien pude fijarme en los extraños y oscuros rostros de los dos hombres que estaban con Montgomery en la lancha. Pero la lancha estaba ya completamente cargada y se alejaba rápidamente. Divisé debajo de mí un espacio de agua verde que se ensanchaba cada vez más y tiré hacia atrás con todas mis fuerzas para no caer de cabeza.

Los hombres de la lancha lanzaban exclamaciones de burla, y oí que Montgomery los insultaba. Luego, el capitán, el piloto y uno de los marineros que lo ayudaban me empujaron hacia popa. Habían remolcado el chinchorro del *Lady Vain*, que estaba medio lleno de agua, sin remos ni provisiones. Me negué a subir a bordo y me tumbé en cubierta. Finalmente, me bajaron por una cuerda, pues no tenían escala de popa; luego cortaron la cuerda y me dejaron a la deriva.

Me alejaba lentamente de la goleta. Vi con estupor que todas las manos se ocupaban del aparejo y, despacio pero con seguridad, la goleta viró en la dirección del viento, que hinchaba y ondeaba las

velas. Me quedé mirando el maltrecho costado de la goleta, que se escoraba abruptamente hacia mí. Finalmente desapareció de mi campo visual.

No me volví para mirarla. Al principio apenas daba crédito a lo ocurrido. Permanecí encogido en el suelo del chinchorro, atontado y con la mirada perdida en el mar tranquilo como una balsa de aceite. Entonces comprendí que volvía a mi pequeño infierno, esta vez medio empapado. Miré hacia atrás, por la borda, y vi alejarse a la goleta y al capitán pelirrojo burlándose de mí desde el coronamiento de popa; luego, volviéndome hacia la isla, vi la lancha, cada vez más pequeña, acercándose a la playa.

De pronto comprendí claramente la crueldad de mi abandono. No había manera de llegar a tierra, a menos que tuviera la suerte de ser arrastrado por la corriente. Además, seguía estando muy débil tras mi aventura en el bote; tenía el estómago vacío y me sentía mareado, de lo contrario habría mostrado más valor. Rompí a llorar como no lo hacía desde que era niño. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas. En un arrebato de desesperación, golpeé con los puños el agua que había en el suelo, y la emprendí a patadas con las paredes del bote. Le rogué a Dios en voz alta que me dejara morir.

6. Los siniestros hombres del bote

Pero al ver que iba completamente a la deriva, los de la isla se apiadaron de mí. Me deslizaba lentamente hacia el este, acercándome a la isla en diagonal, y con alivio casi histérico vi que la lancha viraba y acudía en mi ayuda. Iba muy cargada y, cuando estuvo más cerca, distinguí al acompañante de Montgomery, el hombre de pelo blanco y anchas espaldas, sentado entre los perros y las cajas en las escotas de popa. Me miraba fijamente sin hablar ni moverse. El tullido de la cara negra me observaba con igual intensidad desde la proa, donde se encontraba el puma. Había otros tres hombres, extraños y de aspecto brutal, a quienes los perros gruñían ferozmente. Montgomery, que llevaba el timón, acercó la lancha hasta el chinchorro, y agarró y aseguró mi amarra a la caña del timón para remolcarme, pues no había espacio a bordo.

Para entonces ya había superado mi ataque de histeria y respondí a su saludo mientras se acercaba valientemente. Le dije que el chinchorro estaba casi inundado y me pasó un cubo. Al tensarse la cuerda entre las dos embarcaciones di una sacudida hacia atrás. Durante un rato estuve muy ocupado achicando el agua.

Cuando hube terminado de sacar toda el agua —que habían cargado intencionadamente en el chinchorro, pues éste se hallaba en perfecto estado— pude al fin mirar a la gente de la lancha.

El hombre del pelo blanco seguía observándome con insistencia, pero con una expresión que ahora se me antoja de perplejidad. Cuando mi mirada se encontró con la suya, bajó la vista, concentrándose en el perro que tenía sentado sobre las rodillas. Era un hombre muy fornido, como ya he dicho, de frente estrecha y rasgos muy marcados; sus ojos mostraban esa extraña flaccidez

sobre los párpados que a veces sobreviene con los años, y las comisuras de los gruesos labios, caídas hacia abajo, le conferían una expresión de pugnaz determinación. Se dirigió a Montgomery en tono demasiado bajo para que pudiera oírlo. Desplacé la mirada hacia sus tres hombres. ¡Qué extraña tripulación formaban! Sólo vi sus caras, pero había algo en ellas —no supe decir qué— que me produjo un curioso escalofrío. Los miré fijamente, sin que esta impresión me abandonara y sin llegar a entender qué la producía.

En ese momento me parecieron mulatos, pero llevaban las piernas y los brazos vendados hasta los dedos con una tela fina y sucia de color blanco. Nunca había visto hombres tan cubiertos, y mujeres sólo en Oriente. También llevaban turbantes, bajo los cuales asomaban sus rostros menudos, con la mandíbula inferior prominente y los ojos brillantes. Tenían el pelo negro y lacio, casi como el de un caballo, y viéndolos sentados me pareció que superaban en estatura a cualquier raza de hombres conocida. Cualquiera de ellos le sacaba una cabeza al hombre del pelo blanco, que medía por lo menos 1,80 metros.

Más tarde descubrí que ninguno era más alto que yo, pero tenían el cuerpo anormalmente largo y el muslo muy corto y curiosamente retorcido. En cualquier caso formaban una banda de asombrosa fealdad, y sobre sus cabezas, bajo la vela de proa, asomaba el rostro negro del hombre al que le brillaban los ojos en la oscuridad.

Mientras los observaba, mi mirada se cruzó con la suya, y uno a uno fueron apartando sus ojos de los míos para mirarme de un modo extraño y furtivo. Pensé que tal vez estuviera incomodándolos y centré mi atención en la isla a la que nos acercábamos.

Era llana y estaba densamente cubierta de vegetación, entre la que abundaba una especie de palmera desconocida para mí. Desde algún lugar de la isla, una fina columna de vapor blanco ascendía sesgadamente por el aire hasta una altura inmensa, deshilachándose luego como una pluma. Nos encontrábamos en una amplia bahía flanqueada en ambos extremos por un pequeño promontorio. La playa era de arena gris y ascendía abruptamente formando una loma, que se alzaba unos 200 metros sobre el nivel del mar, salpicada aquí y allá de árboles y maleza. En mitad de la pendiente había un recinto de piedra cuadrado que, según supe después, estaba hecho en parte de coral y en parte de lava solidificada. Dos

techos de paja cubrían el recinto.

Un hombre nos esperaba en la orilla. Cuando aún estábamos lejos, me pareció vislumbrar otras criaturas de aspecto grotesco que se escondían entre los arbustos de la pendiente, pero al acercarnos no vi ni rastro de ellas. El hombre que aguardaba en la orilla era de estatura media y cara negroide. Tenía la boca grande, sin apenas labios, los brazos extraordinariamente largos, los pies delgados y grandes y las rodillas huesudas. Estaba allí de pie, inclinado hacia adelante, sin quitarnos la vista de encima. Vestía igual que Montgomery y el hombre de pelo blanco, con pantalón y chaqueta de sarga azul.

Cuando nos acercamos un poco más, empezó a correr por la playa de un lado a otro, con grotescos aspavientos. A una orden de Montgomery, los cuatro tripulantes de la lancha saltaron al agua con ademanes torpes y arriaron las velas. Montgomery nos condujo hasta una pequeña dársena excavada en la playa. Entonces, el hombre que aguardaba en la orilla se nos acercó apresuradamente. Esta dársena, como yo la llamo, no era en realidad más que una simple zanja lo suficientemente larga en esa fase de la marea para cobijar la embarcación.

Oí que la proa encallaba en la arena, alejé el chinchorro de la caña del timón de la lancha y desembarqué tras lanzar las amarras. Los tres hombres vendados gatearon torpemente por la arena y procedieron de inmediato a la descarga, ayudados por el hombre de la playa. Lo que más llamó mi atención fueron sus extraños movimientos y balanceos de piernas; no es que fueran rígidas, pero estaban curiosamente torcidas, como dislocadas en las articulaciones. Los perros seguían gruñendo, y cuando el hombre del pelo blanco desembarcó con ellos, tiraron de las cadenas intentando seguir a los otros tres.

Hablaban entre sí en tono gutural, y el que esperaba en la playa empezó a charlar con ellos agitadamente en lo que me pareció una lengua extranjera, mientras echaba mano a unos paquetes apilados en la popa. Creí haber oído antes aquella voz, aunque no sabía dónde. El hombre del pelo blanco seguía de pie entre el tumulto de los seis perros, dando órdenes a voz en cuello. Una vez desmontada la caña del timón, Montgomery desembarcó y todos se pusieron a descargar el barco. Yo estaba demasiado débil para ayudarlos, entre

el ayuno y la exposición al sol con la cabeza desprotegida.

El hombre del pelo blanco pareció entonces advertir mi presencia y se me acercó.

—Parece que aún no ha desayunado —dijo. Sus ojos pequeños y negros brillaron bajo unas cejas muy pobladas—. He de pedirle disculpas por ello. Ahora que es nuestro huésped debemos hacer que se sienta cómodo, aunque ya sabe que nadie lo ha invitado.

Me miró intensamente y continuó:

—Montgomery dice que es usted un hombre instruido, señor Prendick, y que sabe algo de ciencias. ¿Puedo preguntarle qué significa eso?

Le expliqué que había pasado algunos años en el Royal College of Science, y que había llevado a cabo ciertas investigaciones biológicas bajo la dirección de Huxley. Al oírlo, enarcó ligeramente las cejas.

—Esto cambia un poco las cosas, señor Prendick —dijo con un poquito más de respeto—. Da la casualidad de que todos los que estamos aquí somos biólogos. Esto es, en cierto modo, una estación biológica —dijo. Y posó su mirada sobre los hombres de blanco, muy ocupados en arrastrar al puma, instalado sobre unas ruedecillas, hacia el recinto de piedra—. Al menos, Montgomery y yo —añadió.

Y acto seguido dijo:

—No puedo decirle cuándo podrá irse de aquí. Estamos muy lejos de todo. Sólo vemos pasar un barco cada doce meses.

Me dejó bruscamente, subió por la loma, pasando por delante del grupo, y entró en el recinto. Los otros dos hombres estaban con Montgomery, apilando un montón de paquetes pequeños en una carretilla. La llama seguía en la lancha, con las conejeras, y los perros aún estaban atados a la bancada. Cuando terminaron de apilar los bultos, los tres hombres agarraron la carretilla y empezaron a arrastrar la tonelada de peso detrás del puma. Montgomery se alejó de ellos y, volviendo hacia mí, me tendió la mano.

—Me alegro, por lo que me toca. Ese capitán era un pobre burro. Debería haberle facilitado las cosas —dijo.

—Ha vuelto a salvarme —respondí.

—Eso depende. Pronto verá que esta isla es un lugar infernal, se

lo aseguro. Yo de usted me andaría con cuidado. *Él...* —vaciló, y pareció cambiar de opinión sobre lo que estaba a punto de decir—. Écheme una mano con los conejos —dijo.

Su modo de proceder con los conejos resultó muy curioso. Me metí en el agua con él y le ayudé a transportar una de las conejeras hasta la playa. Acto seguido abrió la puerta e, inclinando la caja por uno de los extremos, vertió sobre la arena su viviente contenido. Los conejos, unos veinte, cayeron unos encima de otros. Luego dio unas palmadas y todos se dispersaron corriendo a saltitos por la playa.

—¡Creced y multiplicaos, amigos míos! —exclamó Montgomery—. Poblad la isla. Hasta ahora andábamos algo escasos de carne.

Mientras los veía alejarse, el hombre del pelo blanco regresó con una petaca de coñac y unas galletas.

—Un tentempié, Prendick —dijo en tono algo más amistoso que antes.

Yo no hice ningún comentario. Me limité a dar buena cuenta de las galletas mientras el hombre del pelo blanco ayudaba a Montgomery a liberar a otra veintena de conejos. No obstante, tres conejeras grandes fueron llevadas hasta la casa con el puma. El coñac ni lo probé, pues siempre he sido abstemio.

7. La puerta cerrada

Tal vez el lector haya comprendido lo extraño que al principio era todo para mí; además, la situación era el resultado de aventuras tan inesperadas, que ya no tenía criterio para juzgar la extravagancia de las cosas. Seguí a la llama playa arriba hasta que Montgomery me alcanzó para decirme que no entrase en el recinto de piedra. Advertí que la jaula del puma y el montón de paquetes se encontraban a la entrada del recinto.

Me volví y comprobé que ya habían terminado de descargar la lancha, que reposaba ahora varada en la playa, y que el hombre del pelo blanco caminaba hacia nosotros. Se dirigió a Montgomery.

—Ahora empieza el problema con este invitado indeseado. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Sabe algo de ciencias —dijo Montgomery.

—Estoy impaciente por volver al trabajo con el nuevo material —dijo el hombre del pelo blanco, señalando con la cabeza hacia el recinto de piedra. Se le iluminaron los ojos.

—No me cabe duda —dijo Montgomery, en un tono que era cualquier cosa menos cordial.

—No podemos mandarlo allí ni perder el tiempo en construirle una nueva choza. Y tampoco podemos confiar en él por el momento.

—Estoy en sus manos —dije yo, que no tenía la menor idea de lo que quería decir con «allí».

—Yo también he pensado en ello —respondió Montgomery—. Queda mi habitación con puerta al exterior.

—¡Eso es! —se apresuró a decir el anciano, mirando a Montgomery.

Y los tres nos dirigimos hacia el recinto de piedra. Luego continuó:

—Siento ser tan misterioso, señor Prendick, pero recuerde que nadie lo ha invitado. Nuestro establecimiento encierra un par de secretos; en realidad es una especie de cámara de Barba Azul. Nada

terrible para un hombre en su sano juicio. Pero aún no sabemos quién es usted.

—Decididamente, sería estúpido si me sintiera ofendido por su desconfianza.

Esbozó una débil sonrisa —era una de esas personas taciturnas que sonríen con las comisuras de los labios hacia abajo— e inclinó la cabeza en reconocimiento a mi habilidad. Habíamos pasado la entrada principal del recinto: una pesada puerta de madera con marco de hierro, ante la cual se amontonaba la carga del barco. Al llegar a la esquina nos encontramos con una puerta pequeña en la que no había reparado hasta entonces. El hombre del pelo blanco sacó un manojo de llaves del bolsillo de su mugrienta chaqueta azul, abrió la puerta y entró. La expresión de sus ojos y las complicadas medidas de seguridad del lugar, llamaron mi atención.

Lo seguí hasta una pequeña habitación, sencilla, aunque confortablemente amueblada, con una puerta interior ligeramente entornada, que daba a un patio empedrado. Montgomery la cerró de inmediato. En el rincón más oscuro de la habitación había una hamaca y una ventana pequeña y sin cristal, protegida por unos barrotes de hierro, que miraba hacia el mar.

El hombre del pelo blanco me explicó que aquélla sería mi habitación y que la puerta interior se cerraría desde fuera, «para evitar accidentes», según dijo. Señaló una tumbona que había junto a la ventana y un montón de libros viejos, principalmente obras de cirugía y ediciones de los clásicos latinos y griegos —cuya lengua no podía leer con facilidad—, apilados en una estantería cerca de la hamaca. Salió de la habitación por la puerta exterior, como para no tener que abrir de nuevo la otra.

—Normalmente comemos aquí —dijo Montgomery; y luego, como si dudara, salió detrás del otro. Oí que lo llamaba Moreau, y en aquel momento no caí en la cuenta. Luego, mientras ojeaba los libros de la estantería, me vino a la mente: ¿dónde había oído yo el nombre de Moreau?

Me senté junto a la ventana, saqué las galletas que me quedaban y las comí con excelente apetito.

Por la ventana vi a uno de los numerosos hombres de blanco que arrastraba una caja por la playa. Luego el marco de la ventana lo ocultó de mi vista. Poco después oí que alguien introducía una llave

en la cerradura y cerraba la puerta. Al cabo de un rato, a través de la puerta cerrada, oí a los perros, que ya habían llegado de la playa. No ladraban, pero olfateaban y gruñían de un modo extraño. Oí sus rápidas pisadas y la voz de Montgomery apaciguándolos.

Estaba muy impresionado por la misteriosa discreción de los dos hombres con respecto al contenido de aquel lugar y durante algún tiempo no paré de pensar en ello y en lo familiar que me resultaba el nombre de Moreau. Pero así es la memoria humana, y en ese momento no fui capaz de relacionar debidamente aquel nombre famoso. Mis pensamientos pasaron a la indescriptible rareza del hombre deforme y envuelto con vendas blancas que nos esperaba en la playa.

Jamás había visto semejantes andares ni movimientos tan extraños como los que él hacía al arrastrar la caja. Luego recordé que ninguno de ellos me había dirigido la palabra, aunque a todos los había sorprendido mirándome furtivamente en algún momento. Me preguntaba qué idioma hablarían. Parecían muy taciturnos, y hablaban con voces misteriosas. ¿Qué les pasaba? Entonces recordé la mirada del torpe ayudante de Montgomery.

Justo cuando estaba pensando en él, entró en la habitación. Iba vestido de blanco y traía una bandeja con café y verdura hervida. Apenas pude evitar un estremecimiento de horror cuando entró, inclinándose amablemente, y dejó la bandeja sobre la mesa, delante de mí.

Me quedé paralizado de asombro. Bajo sus fibrosos mechones de pelo vislumbé una oreja. La vi de pronto, muy cerca de mí. ¡Tenía las orejas puntiagudas y cubiertas de un vello fino de color marrón!

—Su desayuno, señor —dijo.

Lo miré fijamente sin intentar responderle. Se volvió y se dirigió hacia la puerta mirándome por encima del hombro de un modo extraño.

Lo seguí con la mirada y, entonces, por alguna función cerebral inconsciente, me vino a la cabeza una frase: «¿Los dolores de Moreau?». ¿Cómo era? Mi memoria dio un salto de diez años. «¡Los horrores de Moreau!». La frase divagó a su antojo por mi cabeza durante un momento y luego la vi en un rótulo rojo impreso sobre un pequeño folleto amarillo, cuya lectura producía escalofríos. Lo recordé todo perfectamente. El folleto olvidado volvió a mi

memoria con asombrosa nitidez. Yo no era entonces más que un chaval, y Moreau debía de tener, creo, unos cincuenta años; era un eminente cirujano, conocido en los círculos científicos por su extraordinaria imaginación y su brutal franqueza en el debate.

¿Sería el mismo Moreau? Había publicado ciertos descubrimientos de lo más sorprendentes sobre la transfusión de sangre, y se sabía además que estaba realizando una valiosa labor de investigación sobre tumores malignos. Pero su carrera se vio súbitamente interrumpida. Tuvo que abandonar Inglaterra. Un periodista consiguió entrar en su laboratorio en calidad de ayudante, con la intención deliberada de hacer un reportaje sensacionalista y, merced a un increíble accidente —si es que realmente fue un accidente—, su truculento folleto alcanzó notoriedad. El mismo día de su publicación, un pobre perro, desollado y mutilado, escapó del laboratorio de Moreau.

Ocurrió durante el verano, cuando escasean las noticias, y un destacado editor, primo del supuesto ayudante de laboratorio, apeló al sentido común de la nación. No era la primera vez que el sentido común se oponía a los métodos de investigación. El doctor fue expulsado del país sin contemplaciones. Quizá lo mereciera, pero sigo creyendo que el tibio apoyo de sus colegas, y el abandono de que fue objeto por parte del cuerpo de investigadores científicos, fue algo vergonzoso. Sin embargo, algunos de sus experimentos, según el relato del periodista, eran de una crueldad desmesurada. Tal vez habría podido calmar a la opinión pública abandonando sus investigaciones, pero al parecer optó por estas últimas, como habría hecho la mayoría de las personas que han sucumbido al irresistible hechizo de la investigación. Era soltero, por lo que sólo debía pensar en sus propios intereses...

Estaba convencido de que se trataba del mismo hombre. Todo así lo indicaba. Entonces caí en la cuenta de cuál era el destino del puma y de los otros animales, que para entonces ya habían sido encerrados, junto con el resto de la carga, en el recinto situado detrás de la casa. Un leve y curioso olor, el hálito de algo familiar, un olor que había permanecido hasta ahora en el fondo de mi conciencia, ocupó de pronto el primer plano de mis pensamientos. Era el olor a antiséptico del quirófano. Oí el rugido del puma al otro lado de la pared, y uno de los perros gimió como si lo golpearan.

Sin embargo, y especialmente para otro hombre de ciencia, la vivisección no era tan horrible como para justificar tanto secreto. Y por un extraño salto mental, las orejas puntiagudas y los ojos brillantes del ayudante de Montgomery volvieron a mí con la más absoluta nitidez. Clavé la mirada en el mar azul, que la refrescante brisa cubría de espuma, y dejé que éstos y otros extraños recuerdos de los últimos días corretearan por mi mente.

¿Qué significaría todo aquello? Un recinto cerrado en una isla solitaria; un vivisector de mala fama y esos hombres tullidos y deformes...

8. Los alaridos del puma

A eso de la una, Montgomery interrumpió el mar de confusión y sospechas en que me habían sumido mis pensamientos, seguido de su grotesco ayudante, que traía una bandeja con pan, algunas hierbas y otros comestibles, una petaca de *whisky*, una jarra de agua, tres vasos y tres cuchillos. Miré con recelo a la extraña criatura y la sorprendí observándome con sus enigmáticos ojos. Montgomery dijo que comería conmigo, pero que Moreau estaba demasiado preocupado con cierto trabajo y no podía acompañarnos.

—¡Moreau! —exclamé yo—. Conozco ese nombre.

—¿Cómo diablos va a conocerlo? —respondió—. ¡Qué estúpido he sido! No debería haberle dicho nada. De todos modos, eso le permitirá intuir cuáles son nuestros misterios. ¿*Whisky*?

—No, gracias. Soy abstemio.

—¡Ojalá yo lo fuera! Pero de nada sirve cerrar la puerta cuando el caballo ya ha sido robado. Fue este brebaje infernal lo que me trajo aquí. Eso y una noche de niebla. Me consideré afortunado cuando Moreau me ofreció salir de allí. Es curioso...

—Montgomery —dije bruscamente cuando la puerta de fuera se cerró—, ¿por qué ese hombre tiene las orejas puntiagudas?

—¡Maldita sea! —exclamó con la boca llena de comida. Luego me miró un momento y repitió—: ¿Orejas puntiagudas?

—Sí, terminan en punta —insistí lo más tranquilamente posible, conteniendo el aliento—, y cubiertas de vello oscuro en los bordes.

Se sirvió *whisky* y agua con gran parsimonia.

—Creía... que el pelo le cubría las orejas.

—Se las vi cuando se acercó para servirme el café. Y le brillan los ojos en la oscuridad.

Para entonces Montgomery ya se había repuesto de la sorpresa que mi pregunta había causado en él.

—Siempre he pensado —dijo, acentuando ligeramente su ceceo

— que había algo raro en sus orejas, a juzgar por cómo las escondía... ¿Cómo eran?

Su actitud me inducía a pensar que su ignorancia era fingida. Sin embargo, no podía decirle que era un mentiroso.

—De punta; bastante pequeñas y peludas, claramente peludas. Pero no son sólo las orejas. Ese hombre es uno de los seres más extraños que he visto en mi vida.

Desde el recinto, a nuestras espaldas, llegó el brutal alarido de dolor de un animal. Su intensidad y su volumen apuntaban al puma. Observé que Montgomery ponía mala cara.

—¿Sí? —dijo.

—¿Dónde encontró a esa criatura?

—En... San Francisco... Reconozco que es muy feo. Y medio bobo. No recuerdo de dónde venía. Pero me he acostumbrado a él. Los dos nos hemos acostumbrado. ¿Le sorprende?

—Es antinatural —respondí—. Hay algo en él... No piense que soy fantasioso, pero cuando se acerca me produce una sensación desagradable, una especie de tensión muscular. Tiene un toque... diabólico.

Montgomery había dejado de comer mientras yo hablaba.

—¡Qué raro! A mí no me lo parece.

Continuó comiendo y luego añadió:

—No tenía la menor idea. La tripulación de la goleta debió de sentir lo mismo... Era evidente que todos estaban en contra del pobre diablo... Ya vio al capitán.

El puma aulló de nuevo, esta vez con más dolor. Montgomery maldijo entre dientes. Yo estaba casi decidido a interrogarle acerca de los hombres de la playa. Luego, el pobre animal lanzó una serie de alaridos breves y penetrantes.

—Esos hombres de la playa, ¿a qué raza pertenecen?

—Unos tipos excelentes, ¿verdad? —dijo con aire distraído, enarcando las cejas cuando el animal volvió a aullar.

No dije nada más. Volvió a oírse un grito peor que los anteriores. Montgomery me miró con sus apagados ojos grises y tomó un poco más de *whisky*. Intentaba llevar la conversación hacia el tema del alcohol, asegurando que gracias a eso me había salvado la vida. Parecía ansioso por señalar que le debía la vida. Le respondí distraídamente.

El almuerzo había concluido. El monstruo deforme de orejas puntiagudas desapareció y Montgomery volvió a dejarme a solas en la habitación.

En ningún momento había logrado ocultar la irritación que los gritos del puma le producían. Hizo un comentario sobre su falta de sangre fría y dejó que yo lo interpretara a mi manera.

Para mí los gritos eran particularmente molestos, y su intensidad aumentó a medida que avanzaba la tarde. Al principio me daban lástima, pero su persistencia acabó por sacarme de quicio. Arrojé la traducción de Horacio que había estado leyendo y empecé a apretar los puños, a mordirme los labios y a dar vueltas por la habitación.

Incluso tuve que taparme los oídos.

Los aullidos me resultaban cada vez más conmovedores, hasta que se convirtieron en tan exquisita expresión de sufrimiento que se me hizo insoportable seguir encerrado en aquella habitación. Salí al exterior, al soñoliento calor de la tarde que declinaba, pasé junto a la entrada principal —otra vez cerrada, según vi— y doblé la esquina del recinto.

Los alaridos sonaban con más fuerza en el exterior. Parecía como si todo el dolor del mundo se hubiera concentrado en una sola voz. Y aun a sabiendas de que el dolor estaba en la habitación contigua, creo que habría podido soportarlo —al menos eso he pensado desde entonces— de haber sido un dolor mudo. Pero cuando el sufrimiento halla una voz y nos pone los nervios de punta, la compasión llega a ser una molestia. Aunque lucía un sol radiante y los verdes abanicos de los árboles se mecían con la relajante brisa del mar, el mundo era una confusión de imprecisos fantasmas rojos y negros, hasta que quedé fuera del alcance de los ruidos de la casa.

9. La casa del bosque

Me alejé a grandes zancadas entre la maleza que cubría el promontorio por detrás de la casa, crucé la sombra de un denso grupo de árboles de troncos rectos, hasta que me encontré al otro lado del promontorio y descendiendo hacia un riachuelo que fluía por un angosto valle. Me detuve y escuché. La distancia recorrida, o la masa de vegetación, amortiguaban cualquier sonido procedente del recinto. El aire estaba en calma. De pronto se oyó un crujido, y un conejo pasó corriendo por delante de mí, colina arriba. No sabía qué hacer y me senté a la sombra.

Era un lugar agradable. El arroyo quedaba oculto por la exuberante vegetación de las orillas, salvo en un punto, donde vislumbré un triángulo de agua brillante. A través de una neblina azul, en la otra orilla, divisé una maraña de árboles y enredaderas, y más arriba el luminoso azul del cielo. Aquí y allá una mancha blanca o carmesí revelaba la presencia de una epifita rastrera. Dejé vagar la mirada sobre la escena durante un rato y luego volví a dar vueltas a las extrañas peculiaridades del ayudante de Montgomery. Pero hacía demasiado calor para pensar y no tardé en sumirme de nuevo en un placentero estado, a medio camino entre el sueño y la vigilia.

Después de no sé cuánto tiempo me despertó un crujido de la maleza en la otra orilla del arroyo. En un primer momento sólo vi las puntas de los helechos y de las cañas acunadas por el viento. Luego, de repente, algo apareció en la orilla. Al principio no pude distinguir lo que era. Incliné la cabeza sobre el agua y empezó a beber. Vi entonces que se trataba de un hombre que andaba a cuatro patas, ¡como un animal!

Iba vestido de azul; tenía la piel de color cobrizo y el pelo negro. Al parecer, una grotesca fealdad era la principal característica de los habitantes de aquella isla. Hacía ruido con los labios al beber.

Me incliné hacia adelante para verlo mejor, y un trozo de lava se desprendió junto a mi mano y cayó rodando pendiente abajo. El

hombre miró hacia arriba con expresión culpable y nuestras miradas se cruzaron. Luego se incorporó y se quedó allí, pasándose torpemente la mano por la boca, sin dejar de mirarme. Sus piernas apenas medían la mitad que el cuerpo. Permanecimos mirándonos desconcertados por espacio de más o menos un minuto. Luego, deteniéndose para mirar atrás una o dos veces, se escabulló entre las matas que había a mi derecha, y el rumor de las frondas se fue debilitando en la distancia hasta cesar por completo. De vez en cuando me miraba fijamente. Me quedé allí sentado, mirando en la dirección de su retirada mucho después de que hubiese desaparecido. Mi perezosa serenidad se había esfumado.

Me sobresaltó un ruido a mis espaldas y, volviéndome bruscamente, vi la cola blanca de un conejo que corría cuesta arriba. Me puse en pie de un salto.

La aparición de aquella criatura grotesca y medio animal había poblado de repente la calma de la tarde. Miré alrededor bastante nervioso y lamenté no llevar un arma. Entonces caí en la cuenta de que el hombre al que acababa de ver iba vestido de azul —no iba desnudo como un salvaje— e intenté convencerme a mí mismo de que seguramente sería un ser pacífico, aunque la ferocidad de su rostro no dejase traslucirlo.

No obstante, la aparición me había trastornado. Caminé hacia la izquierda por la pendiente, volviendo la cabeza a uno y otro lado y escrutando entre las ramas de los árboles. ¿Por qué razón un hombre se movía a cuatro patas y bebía directamente con la boca? Volví a oír el lamento de un animal y, suponiendo que se trataba del puma, di media vuelta y caminé en dirección diametralmente opuesta al lugar de donde procedía el sonido. Esto me condujo hasta el arroyo, lo crucé y continué ascendiendo entre la maleza.

Me sobresaltó una gran mancha de color carmesí en el suelo y, al acercarme, descubrí que se trataba de un curioso hongo, ramificado y estriado como un liquen foliáceo, que al tocarlo se convertía en limo. Un poco más allá, a la sombra de unos exuberantes helechos, me aguardaba un desagradable hallazgo: un conejo muerto y aún caliente, con la cabeza arrancada y cubierto de moscas. Me detuve horrorizado ante la visión de la sangre derramada. ¡Al menos aquí ya habían liquidado a uno de los visitantes de la isla!

No presentaba otros signos de violencia. Parecía como si lo hubiesen atrapado y matado de repente. Observé el cuerpo pequeño y peludo, preguntándome cómo lo habrían hecho. El vago temor que se había instalado en mi mente desde que viera el rostro inhumano del hombre en el arroyo se tornó más intenso. Empecé a comprender lo arriesgado de mi expedición entre aquellos seres desconocidos. Mi imaginación comenzaba a transformar la espesura a mi alrededor. Cada sombra se convertía en algo más que una sombra, en una emboscada y, cada rumor, en una amenaza. Sentí que una presencia invisible me acechaba.

Decidí regresar al recinto de la playa. Me volví bruscamente y me lancé con violencia, con desesperación incluso, entre los matorrales, deseoso de encontrarme de nuevo en un lugar despejado.

Me detuve justo a tiempo de evitar mi súbita aparición en el espacio abierto. Era una especie de claro en la selva, producido por la caída de un gran árbol; las plantas comenzaban ya su lucha por poblar el espacio vacío y, un poco más allá, la densa maraña de ramas, enredaderas serpenteantes y grupos de hongos y flores volvía a cerrarse. Ante mí, entre los enmohecidos restos de un enorme árbol caído, se ocultaban tres grotescas figuras humanas que aún no habían advertido mi presencia. Una de ellas era evidentemente hembra. Los otros dos eran hombres. Sólo llevaban un taparrabos rojo y tenían la piel de un color rosado oscuro, distinta a la de cualquier salvaje que hubiera visto hasta entonces. Los rostros eran anchos, sin mentón, la frente hundida, y el pelo escaso y erizado. En mi vida había visto criaturas de aspecto tan bestial.

Estaban hablando, o al menos uno de los hombres hablaba a los otros dos, y los tres prestaban gran atención a los crujidos que hacía al acercarme. Movían la cabeza y los hombros a uno y otro lado. Las palabras del que hablaba me llegaban gangosas y densas, y aunque las oía perfectamente no era capaz de distinguir lo que decía. Parecía recitar en una complicada jerigonza. Luego, su voz se tornó más aguda, extendió las manos y se puso en pie.

Los otros comenzaron a parlotear al unísono, poniéndose igualmente en pie, extendiendo las manos y balanceándose al ritmo de su cántico. Fue entonces cuando vi sus piernas, anormalmente

cortas, y los pies desgarbados y torpes. Comenzaron a girar lentamente, levantando alternativamente los pies y pateando el suelo, al tiempo que gesticulaban con los brazos; algo parecido a una melodía fue adentrándose en el ritmo de la recitación, con un estribillo que decía algo así como «Alula» o «Balula». Empezaron a brillarles los ojos y a iluminarse sus horribles rostros con una expresión de extraño placer. Soltaban saliva por las bocas sin labios.

De pronto, mientras observaba sus grotescos e indescriptibles gestos, comprendí por vez primera lo que me había ofendido, lo que me había producido la contradictoria impresión de profunda extrañeza y, no obstante, de rara familiaridad. Las tres criaturas que practicaban aquel misterioso ritual tenían forma humana, pero guardaban un extrañísimo parecido con algún animal. Pese a su forma humana, del trozo de tela con que se cubrían y de la tosca humanidad de su cuerpo, cada una de aquellas criaturas llevaba impreso en sus movimientos, en la expresión de sus rostros, en toda su presencia, un parecido irresistible con un cerdo, un algo porcino, la marca inconfundible de la bestia.

Permanecí allí, abrumado por tan sorprendente descubrimiento, mientras las más horribles preguntas asaltaban mi mente. Los monstruos empezaron a saltar por los aires, primero uno y luego el otro, gritando y gruñendo. Uno de ellos resbaló y quedó un momento a cuatro patas antes de volver de inmediato a su antigua posición. Pero ese destello transitorio de bestialidad había sido suficiente.

Me volví lo más sigilosamente que pude y, paralizándome por el miedo a ser descubierto cada vez que crujía una rama o crepitaba una hoja, me adentré de nuevo en la espesura. Pasó mucho tiempo hasta que perdí el miedo y me atreví a avanzar con libertad.

Sólo pensaba en alejarme de aquellos horribles seres, y casi no me di cuenta de que me encontraba en un sendero que discurría entre los árboles. Entonces, al cruzar un pequeño claro, descubrí con sobresalto dos torpes piernas entre los árboles, que caminaban con sigilo a unos treinta metros de mí, en paralelo. La cabeza y la parte superior del cuerpo quedaban ocultas tras una maraña de enredaderas. Me detuve bruscamente, confiando en que la criatura no me viera. Los pies se detuvieron al mismo tiempo. Estaba tan nervioso que me costó dominar el impulso de salir corriendo.

Luego, escudriñando la maleza, distinguí la cabeza y el cuerpo de la bestia que había visto bebiendo en el arroyo. Movi6 la cabeza. Había en sus ojos un resplandor esmeralda cuando me miró desde las sombras de los árboles, una especie de brillo que se desvaneció al girar nuevamente la cabeza. Permaneció un momento inmóvil y luego, con paso silencioso, echó a correr por la espesura. En seguida desapareció entre unos arbustos. Ya no lo veía, pero sentía que se había detenido y me observaba.

¿Qué diablos era aquello: un animal o un hombre? ¿Qué quería de mí? Yo iba desarmado; ni siquiera llevaba un palo. Huir habría sido una locura. En cualquier caso, aquella Cosa, fuera lo que fuese, no tuvo valor para atacarme. Caminé en línea recta hacia él apretando los dientes con fuerza. Hacía cuanto podía por contener el miedo, que parecía helarme la espalda. Me adentré por un auténtico laberinto de arbustos altos y flores blancas y lo vi a unos veinte metros, mirándome por encima del hombro y sin saber muy bien qué hacer. Avancé uno o dos pasos mirándole fijamente a los ojos.

—¿Quién eres? —pregunté.

Intentó aguantar la mirada.

—¡No! —exclamó de pronto y, dando media vuelta, se alejó saltando entre los matorrales. Luego se volvió y me miró de nuevo. Le brillaban los ojos bajo la penumbra de los árboles.

Tenía el corazón en la boca, pero sentí que mi única oportunidad era marcarme un farol y caminé hacia él con decisión. Pero dio media vuelta y se perdió en el crepúsculo. Una vez más, me pareció entrever el brillo de sus ojos, y eso fue todo.

Por primera vez comprendí hasta qué punto podía afectarme lo avanzado del día. El sol acababa de ponerse, y el breve crepúsculo tropical se desvanecía ya al este del cielo, mientras la primera polilla revoloteaba en silencio alrededor de mi cabeza. Debía apresurarme a volver al recinto, a menos que estuviese dispuesto a pasar la noche entre los desconocidos peligros de la misteriosa selva.

La idea de regresar a ese refugio de dolor me resultaba enormemente desagradable, pero peor era la idea de ser sorprendido en mitad de la selva por la oscuridad y cuanto ésta pudiese ocultar. Dirigí una última mirada hacia las sombras azules

que se habían tragado a la extraña criatura, y volví sobre mis pasos pendiente abajo en dirección al arroyo, por donde creía haber venido.

Caminaba con ansiedad, perplejo por lo sucedido, cuando llegué a una planicie que se extendía entre árboles dispersos. La incolora claridad que sucede al arrebol del ocaso se teñía de oscuro. El cielo azul se tornaba cada vez más profundo y, una a una, las estrellas horadaban la tenue luz; los huecos de los árboles y la vegetación, vagamente azules durante el día, se tornaban negros y misteriosos.

Seguí adelante. El color desapareció del mundo, las copas de los árboles se perfilaban contra el luminoso azul del cielo, como dibujadas a tinta y, más abajo, su silueta se fundía en una oscuridad informe. Los árboles parecían más finos y la maleza más abundante. Poco después encontré un espacio desolado cubierto de arena blanca, y más allá otra extensión de enmarañados arbustos.

Me atormentaba un débil crujido a mi derecha. Al principio pensé que era fruto de mi imaginación, pues en cuanto me detenía todo quedaba en silencio, salvo las copas de los árboles mecidas por la brisa vespertina. Pero cuando reanudaba la marcha oía un eco a mis pisadas.

Me alejé de los matorrales, procurando avanzar por terreno más abierto y volviéndome de improviso cada cierto tiempo para sorprender a ese «algo» (si es que existía), en el preciso instante de lanzarse sobre mí. No veía nada y, sin embargo, la sensación de una presencia cercana era cada vez mayor. Apreté el paso y, al cabo de un rato, llegué a una pequeña loma, la crucé y giré bruscamente sin apartar la mirada. Se recortaba negra y nítida contra el cielo oscurecido.

De pronto, un bulto informe se elevó por un instante en el horizonte y desapareció. Me convencí entonces de que el enemigo de cara rojiza me acechaba de nuevo. Y además llegué a otra desagradable conclusión: me había perdido.

Desesperado y atónito, seguí adelante más deprisa, seguido por aquella furtiva presencia. Fuera lo que fuese aquella Cosa, o no tenía valor para atacarme o esperaba a sorprenderme en desventaja. Decidí continuar en el claro. De vez en cuando me volvía para escuchar, hasta que llegué a convencerme de que mi perseguidor había abandonado la caza o de que todo había sido pura invención

de mi mente trastornada. Entonces oí el ruido del mar. Aceleré la marcha hasta casi echar a correr y oí un ruido a mis espaldas.

Me volví bruscamente y escruté entre los inciertos árboles. Una sombra negra parecía fundirse con otra. Escuché, con el cuerpo en tensión, sin oír nada más que el zumbido de la sangre en mis oídos. Pensé que tenía los nervios destrozados y que la imaginación me engañaba, y giré con decisión hacia el sonido del mar.

Al cabo de un minuto los árboles se dispersaron y me encontré en un promontorio desprovisto de vegetación que se adentraba en las aguas sombrías. La noche era serena y clara, y el reflejo de la creciente multitud de estrellas temblaba en el suave vaivén del mar. Mar adentro, el remolino que formaba el agua sobre la franja de un arrecife brillaba con luz pálida y propia. Divisé hacia poniente la luz zodiacal que se fundía con el resplandor amarillo de la estrella vespertina. La costa se perdía en la distancia hacia levante, y se ocultaba en poniente tras la punta del cabo. Recordé entonces que la playa de Moreau se encontraba al oeste.

Una rama se quebró a mis espaldas y luego se oyó un crujido. Me volví hacia los árboles oscuros. No veía nada —o veía demasiado—. Cada forma oscura cobraba bajo aquella luz un aspecto siniestro, con su peculiar insinuación de alerta. Me quedé inmóvil por espacio de un minuto y, acto seguido, sin apartar la vista de los árboles, me dirigí hacia poniente para cruzar el promontorio. Una de las sombras al acecho, se deslizó tras de mí.

El corazón me latía con fuerza. Divisé la amplia curva de una bahía al oeste y me detuve de nuevo. La sombra silenciosa se detuvo a doce metros de mí. Un pequeño punto luminoso brillaba en el recodo más alejado de la bahía y la curva gris de la playa se apreciaba débilmente bajo la tenue luz de las estrellas. El punto luminoso se hallaba a unos tres kilómetros. Para alcanzar la playa debía caminar entre los árboles, donde acechaban las misteriosas sombras, y entre los matorrales.

Ahora veía a la Cosa con más claridad. No era un animal, pues caminaba erguido. Abrí la boca con intención de hablar, pero una flema me ahogó la voz. Lo intenté de nuevo y grité:

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta. Avancé un paso. La Cosa no se movió; simplemente se agazapó. Tropecé con una piedra.

Y eso me dio una idea. Sin apartar los ojos de la forma negra que tenía delante, me agaché y cogí el trozo de roca. Pero, al moverme, la Cosa se volvió bruscamente, como un perro, y se escabulló en la oscuridad. Recordé un truco infantil contra los perros: envolví la piedra en mi pañuelo y me lo até a la muñeca. Percibí un movimiento entre las sombras, como si la Cosa se batiera en retirada. La tensión emocional cedió de repente; una vez puesto en fuga mi adversario y con un arma en la mano, empecé a sudar y a temblar.

Pasó algún tiempo hasta que me decidí a bajar a la playa, entre los árboles y arbustos, por la ladera del promontorio. Finalmente eché a correr, y al emerger de la espesura, oí que alguien me perseguía.

Me entró tanto miedo que perdí la cabeza y eché a correr por la arena. Oía ligeras pisadas que me seguían con sigilo. Lancé un grito salvaje y redoblé el paso. Varias formas negras, tres o cuatro veces más grandes que un conejo, se escabulleron entre los matorrales, corriendo o saltando. Jamás podré olvidar, mientras viva, el terror de esta persecución. Corría por la orilla del mar sin dejar de oír el chapoteo de los pies que se acercaban cada vez más. Lejos, desesperadamente lejos, brillaba la luz amarilla. La noche era oscura y tranquila. Los pies se acercaban cada vez más, chapoteando. Me faltaba el aliento, pues no estaba en buena forma, silbaba al soltar el aire y sentía una profunda punzada en el costado, como si me clavasen un cuchillo. Supe que la Cosa me alcanzaría mucho antes de llegar al recinto y, jadeante y sollozando, di media vuelta, esperé a que se acercara y la golpeé con todas mis fuerzas. Al hacerlo, la piedra salió disparada de la honda del pañuelo.

Al darme la vuelta, la Cosa, que iba corriendo a cuatro patas, se puso en pie, y el proyectil le alcanzó de lleno en la sien izquierda. Se oyó un fuerte chasquido craneal. El hombre-animal se me echó encima, me empujó con ambas manos y se alejó tambaleándose hasta caer de bruces en el agua, donde quedó tendido, sin moverse.

No me atreví a acercarme al bulto negro. Lo dejé allí, en el agua, bajo las apacibles estrellas, y dando un amplio rodeo para no pasar junto a él, continué mi camino hacia el resplandor amarillo de la casa. Entonces, con gran alivio, volví a oír el lastimoso quejido del

puma, el sonido que me había impulsado a explorar esa isla misteriosa. Aunque me sentía muy débil y terriblemente cansado, reuní todas mis fuerzas y eché a correr hacia la luz. Me pareció que una voz me llamaba.

10. La llamada del hombre

Al acercarme a la casa vi que la luz que brillaba salía por la puerta abierta de mi habitación; luego oí la voz de Montgomery que gritaba desde la oscuridad junto a la franja anaranjada:

—¡Prendick!

Seguí corriendo. Al rato volví a oírlo. Repliqué un débil «¡hola!» y poco después llegué hasta él, tambaleándome.

—¿Dónde estaba? —dijo, cogiéndome por el brazo de tal modo que la luz de la habitación me dio de lleno en la cara—. Hemos estado tan ocupados que nos olvidamos de usted hasta hace cosa de media hora.

Me hizo entrar en la habitación y me sentó en la mecedora. Estuve un rato cegado por la luz.

—No se nos ocurrió que se iría a explorar la isla sin avisarnos —y acto seguido añadió—: ¡Estaba asustado! Pero... ¿qué...? ¡Hola!

La poca fuerza que me quedaba terminó por abandonarme y la cabeza se me cayó sobre el pecho. Creo que experimentó cierta satisfacción al darme un poco de coñac.

—¡Por el amor de Dios, cierre la puerta! —exclamé.

—Se ha encontrado con algunas de nuestras curiosidades, ¿verdad?

Cerró la puerta y volvió junto a mí. No me hizo preguntas, pero me sirvió más coñac y agua y me obligó a comer. Yo estaba totalmente derrumbado. Dijo algo como que había olvidado prevenirme y me preguntó escuetamente a qué hora había salido de la casa y qué había visto. Le respondí igual de escuetamente, con frases entrecortadas.

—¡Dígame qué significa todo esto! —dije en un estado que casi rayaba en la histeria.

—No es tan terrible —respondió—. Pero creo que ya ha tenido suficiente por hoy.

En ese momento, el puma lanzó un fuerte alarido de dolor, y Montgomery masculló entre dientes:

—¡Que me ahorquen si esto no es peor que Gower Street... con todos sus gatos!

—Montgomery, ¿qué era lo que me persiguió? ¿Una bestia o un hombre?

—Si no duerme esta noche, mañana tendrá la cabeza fatal —respondió.

Me puse de pie frente a él.

—¿Qué era esa cosa que me ha estado siguiendo? —pregunté.

Me miró fijamente y torció la boca. Sus ojos, que un momento antes parecían animados, se apagaron de pronto.

—Por lo que cuenta —dijo—, creo que era un fantasma.

Sentí un acceso de cólera que pasó tan rápidamente como vino. Me dejé caer de nuevo sobre la hamaca y me apreté la frente con las manos. El puma empezó de nuevo.

Montgomery se me acercó por detrás y me puso una mano en el hombro.

—Mire, Prendick, yo no tuve el menor interés en que usted viniera a esta estúpida isla. Pero no es tan mala como cree. Tiene los nervios destrozados. Permita que le dé algo que le hará dormir. «Eso...» durará horas todavía. Lo que tiene que hacer ahora es dormir. Yo no respondo de nada.

No repliqué. Me incliné hacia adelante cubriéndome la cara con las manos. Al rato volvió con un vaso pequeño lleno de un líquido oscuro. Me lo dio a beber. Lo tomé sin ofrecer resistencia mientras me ayudaba a acomodarme en la hamaca.

Cuando desperté ya estaba bien entrado el día. Permanecí un rato tumbado, mirando al techo. Observé que las vigas estaban construidas con las cuadernas de un barco. Luego volví la cabeza y vi la mesa dispuesta para mí. Estaba hambriento y me disponía a bajar de la hamaca cuando ésta, anticipándose cortésmente a mi intención, se dio la vuelta, depositándose en el suelo a cuatro patas.

Me puse en pie y me senté a la mesa. Tenía la cabeza muy cargada y sólo recordaba vagamente lo ocurrido la noche anterior. La brisa matinal entraba gratamente por la ventana sin cristales, lo que unido a la comida despertó en mí una sensación de placer

animal. Entonces la puerta que había a mis espaldas —la que daba al patio interior— se abrió. Me volví y vi el rostro de Montgomery.

—¿Todo bien? —preguntó—. Estoy muy ocupado.

Y volvió a cerrar la puerta. Poco después descubrí que había olvidado cerrarla con llave.

Rememoré la expresión de su rostro la noche anterior, y eso hizo que el recuerdo de todo lo vivido se reconstruyera por sí solo. Cuando volvía a ser presa del temor, oí un grito procedente del interior. Pero esta vez no era el puma.

Aparté el bocado que me había llevado a los labios y presté atención. Salvo el rumor de la brisa matinal, todo era silencio. Empecé a creer que mis oídos me habían engañado.

Al cabo de un buen rato reanudé mi comida, pero sin dejar de aguzar el oído. Entonces percibí algo distinto, un sonido bastante débil. Estaba sentado, como paralizado, y aunque el ruido era casi imperceptible, me conmovió mucho más intensamente que cualquiera de los horrores procedentes del otro lado del muro que hasta el momento había oído. Esta vez no cabía duda de lo que significaban aquellos sonidos sordos y entrecortados, no cabía duda de su procedencia; era un quejido, interrumpido por sollozos y suspiros de angustia. Esta vez no se trataba de un animal. ¡Estaban torturando a un ser humano!

Me levanté y, tras cruzar la habitación de tres zancadas, agarré el tirador de la puerta interior y la abrí.

—¡Deténgase, Prendick! —gritó Montgomery.

Un aterrorizado galgo de caza gañía y se retorció de dolor. En el fregadero había sangre, sangre oscura, mezclada con sangre escarlata, y percibí el inconfundible olor del ácido fénico. Luego, a través de una puerta abierta, bajo la imprecisa claridad de la penumbra interior, vislumbré algo dolorosamente atado a una estructura, lleno de cicatrices, rojo y vendado. Y finalmente, borrando esta visión, apareció el rostro de Moreau, pálido y terrible.

En cuestión de segundos me agarró por el hombro con una mano ensangrentada, me hizo girar sobre mis pies y, levantándose como si fuera un niño, me arrojó de cabeza a mi habitación. Caí cuan largo era sobre el suelo, mientras la puerta se cerraba de golpe, ocultando su rostro alterado. Al instante oí una llave que giraba en

la cerradura y las protestas de Montgomery.

—¡El trabajo de toda una vida, arruinado! —dijo Moreau.

—Él no lo comprende —respondió Montgomery, y siguió diciendo algo inaudible para mí.

—Ahora no tengo tiempo que perder —replicó Moreau.

El resto no conseguí oírlo. Me levanté y me quedé allí, temblando, mientras los más terribles presentimientos en mi mente bullían. ¿Era posible hacerle la vivisección a un ser humano? Aquella pregunta brilló como un relámpago en mitad de la tormenta. Y de pronto, el vago horror de mi mente se condensó en la nítida comprensión del peligro en que me hallaba.

11. La caza del hombre

Con la irracional esperanza de escapar, me vino a la memoria el recuerdo de que la puerta exterior de la habitación todavía estaba abierta. Estaba convencido, absolutamente seguro, de que Moreau estaba practicando la vivisección con un ser humano. Desde que oí su nombre por primera vez había intentado establecer alguna relación entre el grotesco animalismo de los isleños y las aberraciones de Moreau; ahora lo comprendía todo. Recordé sus investigaciones sobre la transfusión de sangre. ¡Las criaturas que había visto eran víctimas de un atroz experimento!

La intención de esos repugnantes canallas no había sido otra que retenerme y despistarme con sus muestras de confianza para luego obsequiarme con un destino aún más terrible que la muerte, la tortura, y, tras la tortura la más terrible degradación que imaginarse pueda: abandonarme como a una bestia, como a un alma perdida, junto al resto de los Salvajes. Miré a mi alrededor buscando un arma. Nada. Luego, en un arrebató de inspiración, le di la vuelta a la hamaca y partí el brazo de una patada. Quiso el azar que un clavo quedara en la punta de la madera, transformando en peligrosa arma un objeto de otro modo inofensivo. Oí pasos y, sin poder evitarlo, abrí la puerta. Montgomery se encontraba a menos de un metro y se disponía a cerrar la puerta con llave.

Alcé la estaca con el clavo en la punta y le corté la cara, pero dio un salto atrás. Tras un instante de vacilación, me di la vuelta y huí a toda velocidad, doblando la esquina de la casa.

—¡Prendick! ¡No sea estúpido! —me gritó, lleno de asombro.

Un minuto más, pensé, y estaría condenado como una cobaya. Montgomery dobló la esquina, pues lo oí gritar:

—¡Prendick!

Luego se lanzó en mi persecución, sin dejar de gritar mientras corría.

Esta vez corrí desafortadamente hacia el noroeste, en ángulo recto con respecto al camino que había tomado en mi anterior

expedición. En una ocasión, mientras corría a toda velocidad playa arriba, volví la cabeza y vi que su ayudante lo acompañaba. Subí la cuesta a toda prisa y me desvié hacia el este por un valle rocoso flanqueado a ambos lados por la jungla. Recorrí más de un kilómetro sin parar, con una gran opresión en el pecho y el pulso latiéndome en los oídos, hasta que dejé de oír a Montgomery y a su ayudante, y, al borde del agotamiento, volví sobre mis pasos hacia la playa —al menos, eso creí entonces— y me tumbé al abrigo de unas cañas.

Me quedé allí bastante tiempo, demasiado asustado para moverme, demasiado aterrorizado siquiera para trazar un plan de acción. El agreste paisaje que me rodeaba dormía silenciosamente bajo el sol y no se oía nada salvo el débil zumbido de unos diminutos mosquitos que me habían descubierto. Poco después percibí un ruido sordo: el rumor del mar en la playa.

Al cabo de aproximadamente una hora oí la voz de Montgomery que me llamaba desde muy lejos, en dirección norte. Eso me hizo pensar en mi plan de acción. Según deduje entonces, la isla sólo estaba habitada por los dos vivisectores y sus víctimas, algunas de las cuales podían sin duda ser obligadas a atacarme, llegado el caso. Sabía que tanto Moreau como Montgomery llevaban revólveres, mientras que yo, a excepción de una endeble estaca con un clavo en la punta, una ridícula parodia de maza, estaba desarmado.

Así pues, me quedé donde estaba hasta que empecé a pensar en comida y agua. Comprendí que me encontraba en una situación desesperada. No sabía qué hacer para encontrar algo de comer; desconocía por completo la botánica, lo que me impedía aprovechar cualquiera de las raíces o los frutos que allí crecían. Tampoco tenía medios para cazar los escasos conejos que había en la isla. Cuantas más vueltas le daba al asunto, más negro me parecía.

Al fin, desesperado por mi situación, volví a pensar en los hombres animalizados con los que me había encontrado. Buscaba una esperanza en lo que recordaba de ellos. Fui analizando a todos, uno por uno, esforzándome por hallar en mi memoria cualquier indicio de ayuda.

De pronto oí el ladrido de un sabueso y descubrí que un nuevo peligro me acechaba. Apenas me detuve a pensarlo —de lo contrario me habrían atrapado— y, aferrando al instante la estaca,

salí precipitadamente de mi escondite en dirección al sonido del mar. Recuerdo un matorral de plantas espinosas que se clavaban como cuchillos. Salí de allí sangrando y con la ropa hecha jirones, y aparecí junto a un riachuelo que fluía hacia el norte.

Sin dudarlo un segundo, me metí directamente en el agua, remontando la corriente hundido hasta las rodillas. Luego salí con dificultad por la orilla oeste y, con un violento latido en las sienes, me escondí entre unos helechos para aguardar el desenlace. Oía que el perro —era uno solo— se acercaba y, al llegar a los espinos, se puso a ladrar. Después no oí nada más y empecé a pensar que estaba a salvo.

Pasaron los minutos; el silencio se prolongó, y al fin, tras una hora a salvo, comencé a recobrar el valor.

Ya no me sentía aterrorizado ni desgraciado. Era como si hubiese traspasado el límite del terror y la desesperación. Pensaba que mi vida estaba prácticamente perdida, y eso me hacía capaz de cualquier cosa. En cierto modo tenía ganas de encontrarme con Moreau cara a cara. Mientras iba vadeando el río pensé que si llegaba a sentirme realmente acorralado, me quedaba al menos una vía para escapar del tormento: no podrían evitar que me ahogase. Estuve a punto de hacerlo en ese momento, pero el extraño deseo de ver cómo terminaba la aventura, un incomprensible interés por mí mismo como protagonista, me lo impidió. Estiré las piernas, entumecidas y doloridas por los arañazos de las plantas, y observé los árboles que me rodeaban; y de pronto, como si saltase de la verde maraña vegetal, mis ojos se posaron en un rostro negro que me observaba atentamente.

Era la simiesca criatura que aguardaba a la lancha en la playa. Estaba subido al tronco oblicuo de una palmera. Empuñé la estaca y le hice frente. Empezó a balbucear. «Tú, tú, tú...» fue lo único que logré entender en un principio. De pronto, saltó del árbol, apartó el follaje y me miró con curiosidad.

Aquella criatura no me produjo la misma repugnancia que los otros Salvajes.

—Tú, en el bote —dijo.

Era un hombre —al menos, tan humano como el ayudante de Montgomery—, puesto que podía hablar.

—Sí. Yo vine en el bote. Desde el barco —respondí.

—¡Ah! —dijo él, y recorrió con la mirada brillante e inquieta mis manos, la estaca que llevaba, mis pies, mi ropa hecha jirones y los cortes y arañazos que me había hecho con los espinos. Parecía sorprendido por algo. Sus ojos volvieron a posarse en mis manos. Entonces sacó la mano y, muy despacio, contó los dedos:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, ¿eh?

En ese momento no entendí lo que quería decir. Más tarde supe que gran parte de los Salvajes tenía las manos malformadas, y a algunos les faltaban hasta tres dedos. No obstante, intuyendo que aquello era en cierto modo un saludo, hice lo mismo a modo de respuesta y él sonrió abiertamente con inmensa satisfacción. Luego, volvió a lanzar una inquietante mirada a su alrededor, efectuó un rápido movimiento y desapareció. Las frondas de los helechos, que había mantenido apartadas durante su aparición, volvieron a cerrarse con un rumor de hojas frescas.

Salí corriendo tras él y me quedé atónito al verlo columpiarse alegremente en una liana que colgaba de los árboles, sujetándose con un brazo delgado. Estaba de espaldas a mí.

—¡Hola! —dije.

Descendió de un salto, girando en el aire, y se quedó de pie frente a mí.

—¿Dónde puedo encontrar comida? —pregunté.

—¡Comida! —repitió—. Comida de hombre. —Y sus ojos volvieron a la liana—. En las cabañas.

—Pero ¿dónde están las cabañas?

—¡Ah!

—Soy nuevo aquí, ya sabes.

Entonces se dio la vuelta y empezó a andar a paso ligero. Sus movimientos eran extrañamente rápidos.

—¡Ven! —dijo.

Lo seguí para ver cómo terminaba la aventura. Supuse que las cabañas serían una especie de tosco refugio donde viviría con algunos de los Monstruos. Puede que incluso fueran pacíficos, y hubiese en sus mentes algún resorte que pudiera activar. Aún no sabía hasta qué punto habían olvidado la herencia humana que yo les atribuía.

—¿Cuánto tiempo lleva en esta isla? —pregunté.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

Y, tras repetir la pregunta, me mostró tres dedos. El pobre era poco menos que idiota. Intenté descifrar lo que había querido decir con eso, pero creo que lo aburrí. Tras un par de preguntas más, se apartó bruscamente de mi lado y dio un salto para coger un fruto que colgaba de un árbol. Se hizo con un manojo de vainas espinosas y comenzó a devorar su contenido. Lo observé con satisfacción. ¡Al menos había algo con que alimentarse! Seguí interrogándolo, pero sus respuestas eran casi siempre escuetas y nada tenían que ver con mis preguntas. Algunas tenían sentido, otras eran las respuestas de un loro.

Tan atento iba a todos estos detalles que apenas me fijé en qué camino seguíamos. Llegamos a un lugar donde había árboles carbonizados y negros, y luego a un espacio desprovisto de vegetación y cubierto por una costra blanca amarillenta, sobre la cual circulaba una humareda acre que irritaba los ojos y las fosas nasales. A nuestra derecha, por encima de un peñasco desnudo, divisé el mar azul. El camino descendía bruscamente, serpenteando por un angosto barranco entre dos intrincadas masas de escoria negruzca. Nos adentramos por él.

El pasaje resultaba muy oscuro, en contraste con el resplandor cegador del terreno sulfuroso. Las paredes ascendían en vertical, acercándose la una a la otra. Manchas de color granate y verde desfilaban ante mis ojos. Mi guía se detuvo de improviso:

—Mi casa —dijo.

Y me encontré al borde de un abismo que al principio me pareció absolutamente oscuro. Oí ruidos extraños y me froté los ojos con los nudillos de la mano izquierda. Entonces me llegó un olor desagradable, como el de la jaula de mono sucia. Un poco más lejos, la roca volvía a abrirse sobre una pendiente gradual de verdor iluminada por el sol, y a ambos lados la luz se filtraba por una estrecha abertura hasta la penumbra central.

12. Los Recitadores de la Ley

Algo frío me rozó la mano. Me sobresalté con violencia y, muy cerca de mí, vi una cosa de color rosado, lo más parecido a un niño desollado que quepa imaginar. Tenía exactamente los rasgos dulces, aunque repugnantes, del perezoso: la misma frente hundida y los mismos gestos lentos. A medida que me fui acostumbrando al cambio de luz, pude distinguir más cosas a mi alrededor. El perezoso me observaba atentamente y mi guía había desaparecido.

El lugar era un estrecho pasillo entre altas paredes de lava, con una abertura en su rugosa caída, y, a ambos lados, montones de palletes, hojas de palma en forma de abanico y cañas apoyadas contra la pared formaban un conjunto de impenetrables, toscas y oscuras madrigueras. El tortuoso sendero que ascendía por el barranco apenas superaba los tres metros de ancho y estaba cubierto de fruta podrida y otros desperdicios, lo que explicaba el desagradable hedor del lugar.

La criatura rosada seguía observándome entre parpadeos cuando mi Hombre Mono reapareció en la abertura de la guarida más próxima y me hizo señas invitándome a entrar. Entretanto un monstruo desgarbado salió con dificultad de uno de los agujeros del extraño callejón y se quedó allí, mirándome, con su silueta informe perfilada sobre el brillo del follaje. Yo no sabía qué hacer —tenía ganas de largarme por donde había venido—, mas luego, decidido a proseguir la aventura, empuñé la estaca y me deslicé por el interior del pequeño y maloliente cobertizo en pos de mi guía.

Llegamos a un espacio semicircular, en forma de media colmena. Contra la pared rocosa del interior se apilaba una gran variedad de frutas, cocos y otras especies. Rudimentarios recipientes de madera y lava rodaban por el suelo, y uno de ellos yacía sobre un toco taburete. No había lumbre. Un bulto negro e informe, sentado en el rincón más oscuro de la cabaña, me recibió con un gruñido de

«¡hola!», mientras mi Hombre Mono se detenía en la penumbra de la puerta y me tendía un coco partido por la mitad. Me acerqué hasta la otra esquina y me puse en cuclillas. Acepté el coco y comencé a mordisquearlo intentando parecer sereno, pese al terror que sentía y a la casi insoportable oscuridad del agujero. La criatura con aspecto de perezoso apareció en la entrada de la cabaña, seguido de otra cosa de rostro inexpresivo y ojos brillantes que me miraba de soslayo.

—¡Eh! —dijo el misterioso bulto que había enfrente.

—¡Es un hombre, un hombre, un hombre, un hombre vivo, como yo! —farfulló mi guía.

—¡Cállate! —gritó la otra voz desde la oscuridad, lanzando un gruñido. Yo seguí mordisqueando el coco en medio de un impresionante silencio. Me esforzaba por escrutar en la oscuridad, pero no lograba distinguir nada.

—¡Es un hombre! —repitió la voz—. ¿Viene a vivir con nosotros?

Era una voz grave, pero había en ella algo peculiar: una especie de silbido que llamó mi atención; sin embargo, su acento inglés era asombrosamente correcto.

El Hombre Mono me miró con expectación. Comprendí que su silencio era una interrogación.

—Viene a vivir con vosotros —dije.

—Es un hombre. Debe aprender la Ley.

Comencé a distinguir entonces una negrura más negra en la oscuridad: la silueta borrosa de un cuerpo sentado. Luego advertí que otras dos cabezas oscurecían la abertura del recinto. Agarré con fuerza mi estaca. El bulto de la oscuridad dijo en voz más alta y con una especie de sonsonete:

—Repite estas palabras. No caminarás a cuatro patas; ésa es la Ley.

Me quedé perplejo.

—Repite estas palabras —insistió el Hombre Mono, y las sombras de la puerta las repitieron en tono amenazador. Comprendí que debía repetir aquella estúpida fórmula. Y comenzó una ceremonia absolutamente demencial.

La voz que llegaba desde la oscuridad empezó a entonar, frase a frase, una especie de letanía que los demás repetíamos al pie de la

letra. Al hacerlo, se balanceaban hacia los lados, dándose con las manos en las rodillas, y decidí seguir su ejemplo. Podría haber creído que ya estaba muerto y en el otro mundo: esa oscura guarida, esas sombras grotescas, vagamente iluminadas aquí y allá por un débil destello de luz, y todos balanceándose al unísono y cantando:

—No caminarás a cuatro patas; *ésa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

—No sorberás la bebida; *ésa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

—No comerás carne ni pescado; *ésa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

—No cazarás a otros Hombres; *ésa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

Y así, de la prohibición de estos actos de locura, pasaron a la prohibición de lo que entonces me parecieron las cosas más demenciales, imposibles e indecentes que nadie pueda imaginar.

Una especie de fervor rítmico se apoderó de todos nosotros; bailábamos cada vez más deprisa, repitiendo la asombrosa Ley. Aparentemente, las bestias me habían transmitido su entusiasmo, mientras en mi interior la risa y el asco libraban su propia batalla.

Recitamos una larga lista de prohibiciones, hasta que el canto adoptó una nueva fórmula:

—*Suya* es la Casa del Dolor.

—*Suya* es la Mano que crea.

—*Suya* es la Mano que hiere.

—*Suya* es la Mano que cura.

Y así, toda otra larga sarta de palabras —en su mayoría incomprensibles para mí— sobre *Él*, quienquiera que fuese. Podría haber supuesto que se trataba de un sueño, pero jamás había oído cantar en sueños.

—*Suyo* es el rayo cegador —continuamos—. *Suyo* el profundo mar salado.

Se me ocurrió entonces la terrible idea de que Moreau, tras animalizar a aquellos hombres, había infectado sus cerebros enanos con una especie de deificación de sí mismo. Sin embargo, la conciencia de los dientes blancos y las poderosas garras que me rodeaban era demasiado intensa para dejar de cantar.

—*Suyas* son las estrellas del cielo.

Por fin concluyó el canto. La cara del Hombre Mono brillaba de sudor y, ahora que mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, aprecié más claramente el bulto del rincón, de donde venía la voz. Era del tamaño de un hombre, pero parecía cubierto de pelo gris, como un skye-terrier. ¿Qué era aquello? ¿Qué eran todos ellos? Imagínenme allí, rodeado por las criaturas más horribles, tullidas y fanáticas que quepa concebir, y comprenderán cómo me sentía entre aquellas grotescas caricaturas de seres humanos.

—¡Es un hombre de cinco dedos, de cinco dedos, de cinco dedos... como yo! —exclamó el Hombre Mono.

Extendí las manos. La criatura gris del rincón se inclinó hacia adelante.

—No caminarás a cuatro patas; ésa es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres? —dijo.

Y sacando una zarpa extrañamente deformada, me agarró los dedos. Era como la pezuña de un ciervo transformada en garra. Estuve a punto de gritar de sorpresa y dolor. Acercó la cabeza para escrutarme las uñas, bajo la luz que entraba por la abertura de la guarida. Entonces, con un escalofrío de asco, vi que su cara no se parecía a la de un hombre, ni a la de una bestia; no era más que una masa de pelo gris, con tres confusas marcas más oscuras que indicaban la posición de la boca y los ojos.

—Tiene uñas pequeñas —dijo la espantosa criatura—. Está bien.

Me soltó la mano y yo me aferré instintivamente a la estaca con más fuerza.

—Come raíces y hierbas. Es Su voluntad —dijo el Hombre Mono.

—Yo soy el Recitador de la Ley —replicó la figura gris—. Aquí vienen todos los nuevos para aprender la Ley. Me siento en la oscuridad y recito la Ley.

—Así es —añadió una de las bestias desde la puerta.

—Terrible es el castigo para quienes quebrantan la Ley. No hay escapatoria.

—No hay escapatoria —repitió la multitud de Salvajes, lanzándose miradas furtivas los unos a los otros.

—No hay escapatoria —repitió el Hombre Mono—. No la hay.

¡Mira! Una vez hice algo malo, algo sin importancia. Dejé de hablar y empecé a chapurrear. Nadie me entendía. Y me quemaron, me marcaron la mano con un hierro candente. ¡Él es grande; Él es bueno!

—No hay escapatoria —proclamó la criatura del rincón.

—No hay escapatoria —repitieron las bestias, mirándose de reojo.

—Porque todos deseamos el mal —continuó el recitador de la Ley—. No sabemos lo que tú deseas. Pero lo sabremos. Algunos quieren perseguir a las cosas que se mueven; acechar y atacar; matar y morder; morder profundamente y succionar la sangre... Eso está mal. No cazarás a otros Hombres; ésa es la Ley. *¿Acaso no somos Hombres?*

—No hay escapatoria —respondió una bestia moteada desde la puerta.

—Porque todos deseamos el mal —dijo el Recitador de la Ley—. Algunos arrancan las raíces con manos y dientes, husmean por el suelo... Eso está mal.

—No hay escapatoria —respondieron los Hombres desde la puerta.

—Algunos clavan las garras en los árboles; otros escarban en las tumbas de los muertos; algunos pelean con frentes o pies o con garras; algunos muerden de pronto sin que nadie les provoque; algunos aman la suciedad.

—No hay escapatoria —dijo el Hombre Mono, rascándose la pantorrilla.

—No hay escapatoria —repitió el Perezoso.

—Severo y cierto es el castigo; así pues, ¡aprende la Ley! Repite estas palabras —y, sin poderse contener inició de nuevo la extraña letanía, y todos comenzamos a cantar y a movernos al compás. La cabeza me daba vueltas a causa del parloteo y el hedor del lugar, pero seguí adelante, con la esperanza de encontrar una oportunidad.

—No caminarás a cuatro patas. Ésa es la Ley *¿Acaso no somos Hombres?*

Hacíamos tanto ruido que no advertí la agitación del exterior hasta que alguien —según creí uno de los Hombres Cerdos a los que había visto anteriormente— asomó la cabeza por encima del

Perezoso y gritó algo, con gran agitación; algo que no logré entender. Todos los que se encontraban a la entrada de la cabaña desaparecieron al instante. Mi Hombre Mono salió corriendo precipitadamente, seguido por la cosa que había estado sentada en la oscuridad —vi entonces que era grande y torpe y estaba cubierto de pelo plateado—, y me dejaron solo.

Antes de llegar a la salida oí el gáñido de un sabueso. Al instante me encontré fuera de la casucha, con la estaca en la mano y temblando hasta la última fibra de mi cuerpo. Tenía ante mí las torpes espaldas de casi una veintena de bestias, sus cabezas deformes medio hundidas entre los omóplatos. Todos gesticulaban con visible agitación. Otros rostros semianimales salían de las cabañas con expresión interrogante. Al mirar hacia donde ellos miraban divisé entre la neblina condensada bajo los árboles que se alzaban al final del pasadizo la figura oscura y el horrible rostro blanco de Moreau. Llevaba consigo a uno de los sabuesos, e inmediatamente detrás venía Montgomery, revólver en mano.

Quedé un instante paralizado por el miedo.

Di media vuelta y vi que otra bestia enorme, de cara gris y ojos pequeños y brillantes, avanzaba hacia mí. A mi derecha, a unos diez metros, descubrí un estrecho agujero en la pared de la roca por el que se filtraba un rayo de luz.

—¡Alto! —gritó Moreau mientras me acercaba hacia la grieta a grandes zancadas—. ¡Detenedlo!

Entonces, uno tras otro, todos los rostros se volvieron hacia mí. Por fortuna, sus mentes animales eran muy lentas.

Arremetí con el hombro contra un torpe monstruo que se volvía para comprender a qué se refería Moreau y lo lancé de un empujón contra otro de sus compañeros. Sentí que intentaba atraparme con las manos, sin conseguirlo. El Perezoso se abalanzó sobre mí, y le clavé la punta de la estaca en su horrible cara. Al instante empecé a trepar por un empinado camino: una especie de chimenea inclinada que salía del barranco. Oí un aullido a mis espaldas y gritos de «¡Cogedlo! ¡Detenedlo!». El monstruo de pelo gris surgió detrás de mí, luchando por introducir su voluminoso cuerpo en la grieta.

—¡Vamos, vamos! —gritaban.

Trepé por la estrecha hendidura de la roca y fui a dar a la zona cubierta de azufre, situada al oeste del poblado de las bestias.

Aquella brecha en la roca resultó de lo más oportuna, pues el angosto pasadizo que ascendía en pronunciada pendiente debió de obstaculizar el paso a mis perseguidores más próximos. Corrí por el terreno blanco y descendí por una pendiente, entre algunos árboles dispersos, hasta llegar a una explanada cubierta de altas cañas. Luego atravesé una zona de maleza oscura y densa, mullida bajo mis pies. Justo cuando me zambullía entre las cañas, mis primeros perseguidores salieron de la grieta. Me abrí camino entre la vegetación durante varios minutos. El aire no tardó en poblarse de gritos amenazadores a mi alrededor.

Oí el barullo que hacían mis perseguidores arriba, en la grieta; luego el crujido de las cañas y después el chasquido ocasional de una rama al quebrarse. Algunas de aquellas criaturas rugían como auténticos animales de presa. Hacia la izquierda se oían los aullidos del sabueso. Los gritos de Moreau y Montgomery procedían de la misma dirección. Giré bruscamente a la derecha. Entonces me pareció oír la voz de Montgomery gritándome que escapara.

La tierra legamosa cedía bajo mis pies, pero estaba desesperado y me metí de lleno en ella, abriéndome paso con enorme dificultad, aunque avanzaba entre las altas cañas hundido hasta las rodillas. El ruido de mis perseguidores se había desplazado hacia la izquierda. Tres extraños saltamontes de color rosa, grandes como gatos, aparecieron de repente ante mí. El sendero discurría colina arriba, por un nuevo espacio abierto cubierto por una costra blanca, y volvía a adentrarse en un cañaveral.

Más adelante cambiaba de dirección y discurría en paralelo con el borde de otra brecha de abruptas paredes, surgida de repente con inesperada brusquedad, como el foso de un parque inglés. Seguí corriendo con todas mis fuerzas y no vi el precipicio hasta que me encontré volando por los aires cabeza abajo.

Aterricé de bruces entre un montón de espinos y me incorporé con una oreja desgarrada y la cara llena de sangre. Había caído en un escarpado barranco —lleno de piedras y espinos y cubierto por una bruma que se deslizaba a mi alrededor en finas franjas— por el que serpenteaba un riachuelo desde cuyo centro salía la bruma. Me sorprendió que hubiese niebla a pleno sol, pero no tenía tiempo para pensar en nada. Torcí a la derecha, siguiendo el curso del riachuelo, con la esperanza de llegar al mar y tener la posibilidad

de ahogarme. Poco después descubrí que había perdido la estaca en la caída.

El barranco se estrechaba por momentos, y sin darme cuenta me metí en el arroyo. Tuve que salir de un salto porque el agua estaba casi hirviendo. Advertí entonces que una fina capa de espuma sulfurosa fluía sobre la superficie de la corriente. Casi inmediatamente, el barranco hacía un recodo que revelaba el confuso horizonte azul. El mar, ahora más próximo, reflejaba la luz del sol en un sinfín de destellos. Tenía calor y estaba jadeando. Veía la muerte cara a cara. La sangre tibia me resbalaba por la cara y corría agradablemente por mis venas. Sentí algo más que un arrebató de júbilo ante la idea de haber despistado a mis perseguidores. Ya no deseaba ahogarme. Miré hacia el camino por el que había llegado hasta allí.

Agucé el oído. A excepción del leve zumbido de los mosquitos y el canto de algunos insectos que saltaban entre los espinos, reinaba la más absoluta calma. Luego oí a lo lejos el aullido de un perro, el murmullo de una conversación, el chasquido de un látigo y voces que se tornaron más claras y se debilitaron nuevamente. El ruido se alejó corriente arriba y se desvaneció. La caza había concluido por el momento, pero ahora sabía hasta qué punto podía contar con la ayuda de los Salvajes.

13. Una conversación

Giré de nuevo y continué hacia el mar. El arroyo termal se ensanchaba hasta formar un arenal poco profundo y cubierto de algas, donde gran cantidad de cangrejos y otros bichos de largos cuerpos con múltiples patas saltaban a mi paso. Caminé hasta la orilla del mar, y allí me sentí a salvo. Me volví a contemplar la verde espesura que había dejado atrás, cortada como por un tajo de humo. Pero, como digo, estaba demasiado agitado y también —algo muy cierto que quizá quienes no conocen el peligro no entiendan— demasiado desesperado para morir.

Pensé que aún me quedaba una oportunidad. Mientras Moreau, Montgomery y su multitud de bestias me perseguían por la isla, ¿no podía ir por la costa hasta el recinto, avanzar en paralelo al tiempo que ellos y, una vez allí, arrancar una piedra de la pared, descerrajar la puerta pequeña y buscar un cuchillo o una pistola para hacerles frente a su regreso? En cualquier caso, era una oportunidad de poner precio a mi vida.

Así pues, regresé hacia poniente, caminando por la orilla del mar. El sol, ya en el ocaso, me lanzaba a los ojos sus rayos de calor cegador. La apacible marea del Pacífico entraba con suave ondulación.

En aquel lugar, la costa se perdía en dirección sur, de tal modo que el sol quedaba a mi derecha. De pronto, a lo lejos, vi frente a mí varias figuras que salían de los arbustos, una detrás de otra: Moreau con su sabueso gris, seguido por Montgomery y otros dos más. Me detuve.

Al verme, empezaron a gesticular y avanzaron hacia mí. Me quedé inmóvil, viendo cómo se acercaban. Los dos Salvajes corrían en cabeza para cerrarme el paso desde los matorrales que había tierra adentro. Montgomery también corría, pero directamente hacia mí. Moreau y los perros los seguían más despacio.

Por fin reaccioné y, volviéndome hacia el mar, caminé en dirección al agua. Al principio apenas cubría. Tuve que alejarme

más de veinte metros para que el agua me llegara a la cintura. Las criaturas marinas se apartaban a mi paso.

—¿Qué hace? —gritó Montgomery.

Con el agua por la cintura me di la vuelta y los miré.

Montgomery jadeaba en la orilla. Tenía el rostro congestionado por el esfuerzo y el largo pelo rubio alborotado. El labio inferior caído revelaba unos dientes muy desiguales. Después llegó Moreau, con el rostro blanco e impassible y el perro —que no cesaba de ladrarme— sujeto con una mano. Los dos llevaban sendos látigos. Un poco más lejos estaban los Monstruos.

—¿Qué hago? Voy a ahogarme —respondí.

Montgomery y Moreau se miraron.

—¿Por qué? —preguntó Moreau.

—Porque es mejor que ser torturado por ustedes.

—Ya se lo dije —intervino Montgomery, y Moreau contestó algo en voz baja.

—¿Qué le hace pensar que voy a torturarlo? —continuó Moreau.

—Lo que he visto —respondí—. Y esos de ahí.

—¡Cállese! —dijo Moreau, levantando la mano.

—No pienso callarme. Antes eran hombres. ¿Qué son ahora? Al menos yo no seré como ellos —dije.

Miré a mis interlocutores. Un poco más allá se encontraba *M'ling*,

el ayudante de Montgomery, con uno de los hombres que iban en el bote. Y más arriba, a la sombra de los árboles, vi a mi pequeño Hombre Mono junto a otras figuras borrosas.

—¿Quiénes son esas criaturas? —dije, señalando hacia ellas y alzando cada vez más el tono de voz para que todos me oyeran—. Antes eran hombres, hombres como nosotros; hombres en los que ha instilado una sustancia bestial, hombres a los que ha esclavizado y convertido en monstruos y a los que todavía teme. ¡Vosotros que me escucháis! —grité, señalando a Moreau, para que los Monstruos pudieran oírme—. ¡Vosotros que me escucháis! ¿No veis que estos hombres todavía os temen, sienten pavor de vosotros? ¿Por qué tenéis miedo de ellos? Vosotros sois muchos.

—¡Por Dios, Prendick, cálese! —exclamó Montgomery.

—¡Prendick! —gritó Moreau.

Se pusieron a gritar los dos al tiempo como si quisieran ahogar

mi voz. Detrás de ellos, los sombríos rostros de los Salvajes nos miraban fijamente, atónitos y maravillados, sus manos deformes colgando y los hombros encorvados. Parecía —al menos eso pensé— que intentaban comprenderme, recordar algo de su pasado humano.

Seguí gritando. Apenas recuerdo lo que decía. Que podían matar a Moreau y a Montgomery; que no debían temerlos. De estas y otras ideas, para mi perdición, llené la cabeza de las bestias. El hombre de ojos verdes y vestido con harapos oscuros al que había conocido la tarde de mi llegada salió de entre los árboles, seguido de otros, para oírme mejor.

Por fin me detuve para tomar aliento.

—Escúcheme un momento —dijo Moreau con voz firme— y luego diga todo lo que quiera.

—De acuerdo —respondí.

—¡Latín, Prendick! ¡Mal latín! ¡Latín de colegial! Pero intente comprenderlo. *Hi non sunt homines, sunt animalia qui nos habemus...* viviseccionado. Un proceso de transformación en seres humanos. Venga a la orilla y se lo explicaré.

—¡Bonita historia! —dije, riéndome—. Hablan, construyen casas y cocinan. Luego fueron hombres. Es probable que me acerque a la orilla.

—Un poco más lejos de donde se encuentra ahora, el agua es profunda y está llena de tiburones.

—Eso es lo que quiero —respondí—. Algo súbito y rápido.

—Espere un momento —dijo. Se sacó un objeto brillante del bolsillo y lo dejó caer a sus pies—. Es un revólver cargado. Montgomery hará lo mismo con el suyo. Ahora subiremos por la playa hasta donde usted diga. Cuando estemos lejos, venga y recoja los revólveres.

—¡No lo haré! Tiene otro revólver.

—Quiero que reflexione, Prendick. En primer lugar, nunca lo invité a venir a esta isla. En segundo lugar, de haber querido hacerle algo malo le habríamos drogado, y en tercer lugar, ahora que ya ha pasado el momento de pánico y puede pensar un poco, dígame: ¿cree sinceramente que Montgomery es tan malo como usted imagina? Lo hemos seguido por su bien. Porque la isla está llena de... fenómenos hostiles. ¿Por qué íbamos a dispararle si usted

mismo se ha ofrecido a ahogarse?

—¿Por qué envió... a su gente a por mí cuando estaba en la cabaña?

—Estábamos seguros de que lo alcanzaríamos y lo pondríamos a salvo. Luego, por su bien abandonamos la búsqueda.

Medité durante un rato. Parecía posible. Posteriormente recordé algo.

—Pero yo vi en el recinto...

—Era el puma.

—Mire, Prendick —comenzó Montgomery—. Es usted un perfecto idiota. Salga del agua, coja los revólveres y hable. No podríamos hacerle nada más de lo que le estamos haciendo en este momento.

Debo confesar que siempre desconfié de Moreau; le tenía miedo. Sin embargo, Montgomery era un hombre que me inspiraba confianza.

—Suban a la playa —dije, después de pensarlo un rato; y a continuación añadí—: Con las manos arriba.

—No podemos hacer eso —explicó Montgomery con un ilustrativo movimiento de hombros—. Sería poco digno.

—Entonces, súbanse a los árboles, si lo prefieren —respondí.

—¡Qué estúpida ceremonia! —continuó Montgomery.

Al darse la vuelta se encontraron con seis o siete grotescas criaturas que, a pesar de estar allí, bajo el sol, proyectando sus sombras y moviéndose, resultaban increíblemente irreales. Montgomery chasqueó el látigo ante ellas, y corrieron a refugiarse entre los árboles. Cuando Montgomery y Moreau se encontraban a una distancia que juzgué prudencial, salí del agua, cogí los revólveres y los examiné. Para convencerme de que no se trataba de un truco, disparé a un trozo de lava redondo y tuve la satisfacción de contemplar cómo la piedra se pulverizaba y la playa se llenaba de lascas.

Todavía vacilé un instante.

—Asumiré el riesgo —dije al fin, y con un revólver en cada mano subí por la playa hacia ellos.

—Eso está mejor —dijo Moreau, con total sinceridad—. Su alterada imaginación me ha hecho perder la mejor parte del día.

Y con un aire de desprecio que me resultó humillante, Moreau y

Montgomery se volvieron y echaron a andar delante de mí.

El grupo de bestias que aún merodeaba por allí volvió a esconderse entre los árboles. Pasé junto a ellos con la mayor serenidad posible. Uno de ellos comenzó a seguirme, pero retrocedió en seguida cuando Montgomery restalló el látigo. El resto permaneció en silencio, observándonos. Puede que antes fuesen animales, pero jamás había visto a un animal intentando pensar.

14. El doctor Moreau se explica

—**Y** ahora, Prendick, se lo explicaré todo —dijo el doctor Moreau en cuanto hubimos comido y bebido—. Debo confesar que es el invitado más dictatorial de cuantos he tenido. Le advierto que éste es el último favor que le hago. La próxima vez que amenace con suicidarse no haré nada por evitarlo, aunque salga perjudicado.

Se sentó en mi hamaca con un cigarro a medio consumir entre los hábiles y blancos dedos. La luz de la oscilante lámpara le caía de lleno sobre el pelo blanco, mientras miraba las estrellas por la ventana. Me senté lo más lejos posible, con la mesa por medio y los revólveres a mano. Montgomery no estaba presente. No me apetecía estar con los dos en una habitación tan pequeña.

—¿Admite que ese ser humano viviseccionado, como usted lo llama, no es más que el puma? —dijo Moreau. Me había llevado a visitar el horror del cuarto interior para que me asegurase de que no era un ser humano.

—Es el puma —asentí—, que aún está vivo, pero tan lleno de cortes y mutilado como espero no volver a ver jamás a ningún ser vivo. De todas las vilezas...

—Eso no tiene importancia —me interrumpió Moreau—. Ahórreme al menos esos terrores juveniles. Montgomery era igual. Usted admite que se trata del puma. Ahora, guarde silencio mientras pronuncio mi lección de fisiología.

Y entonces, en un tono soberanamente aburrido, que poco a poco se fue animando, comenzó a explicarme su trabajo. Fue claro y convincente. De vez en cuando ponía en su voz una nota sarcástica. Lo cierto es que sentí vergüenza de nuestra mutua situación.

Las criaturas que había visto no eran hombres; nunca lo habían sido. Eran animales, animales humanizados, fruto de la vivisección.

—Usted olvida lo que un buen vivisector puede hacer con los seres vivos —dijo Moreau—. Por mi parte, no acabo de entender

por qué nadie ha intentado lo que yo he hecho aquí. Claro que se han hecho algunos intentos: amputación, incisión de lengua, extirpaciones. Sin duda sabrá que el estrabismo puede mejorar o curarse con cirugía. También sabrá que, en el caso de las extirpaciones, se producen toda clase de cambios secundarios, alteraciones de las pasiones, alteraciones en la secreción de tejido adiposo... Seguro que ha oído hablar de estas cosas.

—Claro que sí —dije—. Pero esas horribles criaturas tuyas...

—Cada cosa a su tiempo —interrumpió, haciendo un movimiento con la mano—. Sólo estoy empezando. Lo que usted ha visto son casos de alteración sin importancia. La cirugía es capaz de obtener resultados mucho mejores. Puede crear, además de destruir y transformar. Quizá haya oído hablar de una intervención quirúrgica muy corriente a la que se recurre para reparar una nariz rota. Consiste en cortar tejido de la frente, añadirlo a la nariz y dejarlo cicatrizar en su nueva posición. Es como una especie de injerto de una parte del animal en otra. Injertar material recién obtenido de otro animal también es posible... Es el caso de los dientes, por ejemplo. El injerto de piel y hueso se realiza para facilitar la cicatrización. El cirujano coloca en el centro de la herida tiras de piel de otro animal, o fragmentos de hueso de una víctima recién sacrificada. El espolón del gallo de Hunter (puede que haya oído hablar de ello) es perfecto para el cuello del toro. Y también son dignas de mención las ratas rinocerontes de los zuavos argelinos. Son monstruos creados añadiéndole al hocico de una rata ordinaria un trozo de su propia cola y dejándolo cicatrizar en esa posición.

—Monstruos creados —repetí yo—. Entonces quiere decir que...

—Sí. Las criaturas que usted ha visto son animales viviseccionados y vueltos a esculpir para darles nuevas formas. A ello, al estudio de la plasticidad de las formas vivas, he dedicado mi vida. He estudiado durante años y mis conocimientos han aumentado poco a poco. Veo que está usted horrorizado y, sin embargo, no le estoy diciendo nada nuevo. Todo estaba ya en la anatomía práctica hace ya años, pero nadie se atrevió a intentarlo. No es sólo la forma exterior de un animal lo que puedo transformar. La fisiología, los procesos químicos de la criatura, también pueden ser susceptibles de una transformación duradera, muestra de lo cual

son las vacunas y otros métodos de inoculación con materia viva o muerta que sin duda le serán familiares.

»Otra operación similar es la transfusión de sangre, asunto con el que inicié mis investigaciones. Éstos son todos los casos conocidos. Otros no tan conocidos, y quizá mucho más abundantes, fueron las operaciones de aquellos médicos medievales que fabricaban enanos, mendigos tullidos y monstruos de circo, de cuya técnica aún se conservan ciertos vestigios en la manipulación preliminar del joven saltimbanqui o contorsionista. Victor Hugo habla de ello en *El hombre que ríe...* Pero quizá mi propósito es ahora más completo. ¿Se va dando cuenta de que es posible trasplantar el tejido de una parte del animal a otra, o de un animal a otro, alterar sus reacciones químicas y su crecimiento, modificar las articulaciones de sus extremidades e incluso transformar su estructura más íntima?

»Y sin embargo, esta extraordinaria rama del conocimiento nunca había sido tratada como un fin ni de manera sistemática por los investigadores modernos, hasta que yo me dediqué a ello. La cirugía ha llegado a cosas parecidas en última instancia; la mayoría de los hechos similares, que yo recuerde, han sido demostrados, digamos, por accidente; por tiranos, criminales, criadores de caballos y de perros y toda clase de hombres torpes e incompetentes que trabajaban para sus propios fines inmediatos. Yo fui el primer hombre que abordó la cuestión utilizando la cirugía antiséptica y con un conocimiento realmente científico de las leyes del crecimiento.

»No obstante, cabe imaginar que este tipo de cirugía se haya practicado antes clandestinamente. Criaturas como los hermanos siameses... Y en las criptas de la Inquisición. No cabe duda de que su objetivo no era sino el arte de la tortura, pero al menos algunos de los inquisidores debieron de tener un mínimo de curiosidad científica.

—Pero estas cosas —dije yo—, estos animales *hablan*.

Él dijo que así era y procedió a señalar que las posibilidades de la vivisección no terminan en la simple metamorfosis física. A un cerdo se le puede educar. La estructura mental es aún menos determinada que la corporal. La ciencia del hipnotismo, cada vez más cultivada, parece apuntar a la posibilidad de sustituir viejos

instintos inherentes por sensaciones nuevas. De hecho, gran parte de lo que llamamos educación moral es una transformación artificial y una perversión del instinto semejante a las obtenidas bajo hipnosis; la belicosidad se domestica y se convierte en valeroso instinto de sacrificio, mientras que la sexualidad reprimida se transforma en emoción religiosa. Y la gran diferencia entre el hombre y el mono reside en la laringe, según dijo, en la incapacidad para pronunciar con delicadeza diferentes símbolos sonoros que actúan como soporte del pensamiento. En esto no estuve de acuerdo con él, pero, no sin cierta descortesía, hizo caso omiso de mi objeción. Insistió en que era así y continuó con el relato de sus trabajos.

Le pregunté por qué había tomado como modelo al ser humano. Entonces me pareció, y aún hoy sigue pareciéndomelo, que aquella elección encerraba una extraña perversidad.

Confesó que todo había sido fruto de la casualidad.

—También habría podido dedicarme a convertir ovejas en llamas y llamas en ovejas. Supongo que la figura humana tiene algo que atrae al espíritu artístico más que cualquier otra forma animal. Pero no me he limitado a la creación humana. En un par de ocasiones... —Se quedó callado, casi durante un minuto—. ¡Estos años! ¡Cómo han pasado! Hoy he perdido todo un día para salvarle a usted la vida, y ahora estoy perdiendo una hora explicándole mi punto de vista.

—Pero —dije yo— sigo sin comprender. ¿Cómo puede justificar el dolor que causa? Lo único que a mi entender podría excusar la vivisección sería alguna aplicación...

—Precisamente —interrumpió—. Pero yo soy diferente. Partimos de bases diferentes. Usted es materialista.

—Yo no soy materialista —comencé a decir acaloradamente.

—Para mí, sí. Para mí, sí. Porque es precisamente la cuestión del dolor lo que nos divide. Desde el momento en que la visión o la audición del dolor le pone enfermo, desde el momento en que su propio dolor le arrastra, desde el momento en que el dolor es la razón fundamental de sus premisas sobre el pecado, desde ese momento, es usted un animal; un animal que piensa, con un poco más de claridad, lo que un animal simplemente siente. Ese dolor...

Ante aquel sofisma, me encogí de hombros con impaciencia.

—¡Pero eso es una nadería! Una mente realmente abierta a las enseñanzas de la ciencia debe comprender que es insignificante. Puede ser que, salvo en este pequeño planeta, en esta partícula de polvo cósmico que desaparecerá mucho antes que pudiéramos alcanzar la estrella más próxima, puede ser, digo, que en ningún otro lugar exista eso que llamamos dolor. Pero las leyes hacia las que caminamos a tientas... ¿Por qué existe el dolor, en esta tierra, entre los seres vivos?

Mientras hablaba, se sacó del bolsillo una pequeña navaja, la abrió y movió la silla para mostrarme el muslo. Luego, escogiendo deliberadamente un lugar adecuado, hundió la hoja en la pierna y la sacó inmediatamente.

—Sin duda, ya habrá visto esto antes. Duele menos que un pinchazo de alfiler. ¿Pero qué demuestra? La capacidad de sentir dolor no le es necesaria al músculo, y por lo tanto no existe; sólo se necesita hasta cierto punto en la piel, y sólo determinadas zonas del muslo son capaces de percibir el dolor. El dolor no es más que un consejero médico que nos informa y estimula. No toda la materia viva es capaz de sentir dolor, ni todo nervio, ni siquiera todos los nervios sensoriales. No hay el menor atisbo de dolor, de auténtico dolor, en las sensaciones del nervio óptico. Cuando el nervio óptico es herido, lo único que ve son destellos de luz, del mismo modo que una enfermedad del nervio auditivo no produce más que un ligero zumbido en los oídos. Las plantas no sienten dolor; los animales inferiores, animales como la estrella de mar o el cangrejo de río, es posible que no sientan dolor. Sin embargo, los hombres, cuanto más inteligentes son, más velan por su propio bienestar y tanto menos necesitan ese estímulo que los preserva del peligro. Jamás he oído hablar de algo inútil que, antes o después, la evolución no haya desterrado de la existencia. ¿Y usted? Y el dolor no es necesario.

»Además, soy un hombre muy religioso, Prendick, como ha de ser todo hombre en su sano juicio. Puede que yo crea haber visto más caminos del Hacedor que usted, porque he seguido Sus leyes, a “mi manera”, durante toda mi vida, mientras que usted, según tengo entendido, se ha dedicado a coleccionar mariposas. Y le aseguro que el placer y el dolor no tienen nada que ver con el cielo o el infierno. ¡Placer y dolor! ¿Qué son sus éxtasis teológicos sino las huríes de Mahoma, pero en la oscuridad? Esta reserva de

hombres y mujeres agredidos por el dolor y el placer, Prendick, llevan la marca de la bestia, la marca de la bestia de la cual proceden. ¡Dolor! El dolor y el placer serán para nosotros una característica sólo mientras nos movamos entre el polvo...

»Ya ve, Prendick, que he llevado a cabo esta investigación siguiendo el curso natural de las cosas. Es el único modo, que yo sepa, en que se puede realizar una investigación científica. Hice una pregunta, ideé un procedimiento para obtener una respuesta, y el resultado fue una nueva pregunta. ¿Será posible esto o será posible aquello? No se imagina lo que esto significa para un investigador, la pasión intelectual que crece en él. No se imagina el extraño deleite que estos deseos intelectuales producen. Lo que uno tiene ante sí deja de ser un animal, un semejante, para convertirse en un problema. ¡Dolor simpático! Todo cuanto sé de él lo recuerdo como algo que yo mismo sufría hace años. Yo deseaba, entonces no deseaba nada más, descubrir el límite de la plasticidad de una forma viviente.

—Pero —dije yo— eso es una aberración.

—Hasta ahora nunca me habían preocupado los aspectos éticos de la cuestión. El estudio de la Naturaleza vuelve al hombre tan cruel como la propia Naturaleza. Yo he seguido adelante sin tener en cuenta nada más que la cuestión que perseguía, y el material ha ido... acumulándose en el interior de esas cabañas... Hace casi once años que llegamos aquí, Montgomery, yo y seis canacas. Recuerdo como si fuera ayer la verde quietud de la isla y el océano vacío a nuestro alrededor. Parecía que el lugar me estaba esperando.

»Desembarcamos las provisiones y construimos la casa. Los canacas edificaron unas chozas cerca del barranco. Yo empecé a trabajar aquí con lo que había traído. Al principio me ocurrieron un par de cosas desagradables. Comencé con una oveja y la maté al cabo de un día por un desliz del escalpelo; cogí otra oveja y la dejé atada hasta que cicatrizó. En el momento de terminar el trabajo me pareció bastante humana, pero cuando volví a verla me sentí decepcionado; se me parecía mucho y estaba aterrorizada, y eso que sólo tenía la inteligencia de una oveja. Cuanto más la miraba más torpe me parecía, hasta que al final decidí liberar al monstruo de su dolor. Estos animales sin valor, estos bichos obsesionados por el miedo y movidos por el dolor, sin siquiera una chispa de espíritu de

lucha para hacer frente al tormento, no sirven para crear un ser humano.

»Luego lo intenté con un gorila y, trabajando con infinito cuidado y venciendo dificultad tras dificultad, obtuve mi primer hombre. Lo modelé durante toda una semana, trabajando día y noche. En su caso, lo principal era el cerebro: había mucho que añadir, mucho que cambiar. Una vez lo hube terminado y lo vi tendido ante mí, vendado e inmóvil, me pareció un ejemplar corriente del negroide corriente. Cuando tuve la completa seguridad de que viviría, lo dejé solo, y al volver a la habitación encontré a Montgomery en un estado parecido al suyo. Había oído algunos gritos de esos que tanto le molestaron a usted. Al principio no confiaba en él plenamente.

»Los canacas también se dieron cuenta de que algo raro estaba pasando. Mi presencia les producía pánico. Conseguí vencer la resistencia de Montgomery, pero lo más difícil para ambos fue lograr que los canacas no nos abandonaran. Finalmente lo hicieron, y por eso perdimos el yate. Pasé muchos días educando a la bestia (ya hacía tres o cuatro meses que la tenía). Le enseñé los rudimentos de la lengua inglesa, ciertas nociones de cálculo e incluso conseguí que leyese el alfabeto. Pero su aprendizaje fue muy lento, aunque me había topado con idiotas aún mayores. En un principio su mente era como una hoja en blanco; no recordaba lo que había sido en el pasado. Cuando se le curaron las cicatrices sólo le quedó algo de dolor y cierto envaramiento; era capaz de conversar un poco, y lo llevé a conocer a los canacas.

»Al principio le tenían un miedo espantoso, y eso me ofendía bastante, porque yo me sentía orgulloso de él, pero parecía tan manso y era tan humilde que acabaron aceptándolo y ocupándose de su educación. Aprendía deprisa; era mimético y adaptable, y se construyó un chamizo a mi juicio mejor que los demás del poblado. Había entre aquellos muchachos una especie de misionero que le enseñó a leer, o al menos a deletrear, y le inculcó ciertos conceptos morales básicos. Pero, al parecer, las costumbres de la bestia dejaban mucho que desear.

»Me tomé unos días de descanso y, aprovechando un estado de ánimo favorable, me dispuse a escribir un informe sobre el asunto para despertar a la fisiología inglesa. Luego me encontré a la

criatura agazapada en lo alto de un árbol y parloteando con dos canacas que habían estado molestándolo. Lo amenacé, le dije que su proceder era inhumano, desperté en él un sentimiento de vergüenza y volví aquí dispuesto a mejorar los resultados de mi trabajo antes de presentarlos en Inglaterra. Y los he mejorado, pero, en cierto sentido, se está produciendo un retroceso: las manifestaciones de rebeldía crecen día a día... Quiero hacer cosas mejores. Quiero conseguirlo. El puma...

»En fin, ésta es la historia. Todos los canacas han muerto. Uno cayó por la borda de la lancha y otro murió al pisar una planta venenosa con una herida que tenía en el talón. Tres huyeron en el yate y, supongo y así lo espero, se ahogaron. Al otro... lo mataron. Pero los he sustituido. Al principio, Montgomery no estaba dispuesto a hacer nada...

—¿Qué fue del último? —pregunté bruscamente—. ¿Cómo murió?

—Lo cierto es que, tras hacer varias criaturas humanas, creé algo...

—¿Sí? —dije.

—Lo mataron.

—No comprendo —dije—; quiere decir que...

—Lo mató, sí. Y mató también a otras criaturas que consiguió atrapar. Lo perseguimos durante dos días. Se nos escapó por accidente. Yo no tenía la menor intención de dejarlo en libertad. No estaba terminado. No era más que un experimento. Era una cosa sin brazos ni piernas, de rostro horrible, que se arrastraba por el suelo como una serpiente. Tenía muchísima fuerza y estaba enfurecido por el dolor. Se desplazaba girando sobre sí mismo, como una marsopa. Permaneció varios días escondido en la selva, haciendo daño a todo el que se cruzaba en su camino, hasta que lo encontramos. Entonces se dirigió hacia el norte de la isla y el grupo se dividió para cercarlo. Montgomery insistió en venir conmigo. Montgomery llevaba un rifle y, cuando lo encontramos, disparó contra él... Después de aquello me ceñí al ideal humano, salvo en asuntos de poca monta.

Se quedó en silencio. Yo lo miraba sin decir nada.

—Desde hace ya veinte años (contando los nueve que pasé en Inglaterra) he seguido adelante con mi trabajo, y todavía hay algo

en todo lo que hago que me decepciona, algo que me deja insatisfecho, que me desafía a seguir intentándolo. A veces me supero, otras no lo consigo, pero siempre me quedo muy lejos de alcanzar mi sueño. La forma humana que ahora obtengo con relativa facilidad es ágil y graciosa, o corpulenta y fuerte, pero suelo tener problemas con las manos y con las garras, partes muy dolorosas que no me atrevo a modelar con libertad. Sin embargo, es la sutil tarea de reorganización del cerebro donde reside mi preocupación principal. La inteligencia de mis criaturas es increíblemente escasa, presenta innumerables fallos y lagunas inesperadas. Pero lo más insatisfactorio de todo es algo que no logro descubrir, algo que reside en el control de las emociones, pero que no sé exactamente dónde se encuentra. Anhelos, instintos, deseos de hacer daño a la humanidad, una extraña reserva oculta que estalla de pronto y llena a la criatura de ira, de odio o de temor.

»Mis criaturas le parecieron a usted, desde el primer momento, extrañas y misteriosas. Sin embargo, a mí, justo después de hacerlas, me parecen seres indiscutiblemente humanos. Luego, cuando los observo, esa convicción se desvanece. Primero un rasgo animal, luego otro, afloran a la superficie y me observan atentamente... Pero lo conseguiré. Cada vez que sumerjo a un ser vivo en las ardientes aguas del dolor me digo: “Esta vez acabaré por completo con el animal, esta vez haré una criatura racional de mi propia invención”. Al fin y al cabo, ¿qué son diez años? El hombre lleva cien mil en la creación.

Se quedó pensativo.

—Pero me estoy acercando. Mi puma...

Y tras un silencio añadió:

—Vuelven a sus orígenes. En cuanto aparto mi mano de ellos, la bestia comienza a deslizarse sigilosamente, a afirmarse de nuevo...

Hubo otro largo silencio.

—Entonces, ¿los encierra en esas guaridas? —pregunté.

—Son ellos quienes se marchan. Los echo cuando empiezo a descubrir en ellos al animal, y lo cierto es que se van allí. Temen esta casa y me temen a mí. Lo que hay allí es una especie de parodia de la humanidad. Montgomery está al corriente de todo lo que ocurre. Ha educado a un par de ellas para que nos sirvan. Se avergüenza de ello, pero creo que ha llegado a tomar cierto cariño a

algunas de estas bestias. Es asunto suyo. A mí me producen una terrible sensación de fracaso. No me intereso por ellas. Supongo que siguen las directrices del misionero canaca y llevan un remedo de vida racional, ¡pobres bestias! Hay algo a lo que llaman la Ley. Cantan himnos, construyen sus propias guaridas, recogen fruta de los árboles y arrancan hierbas; incluso se casan. Pero yo veo más allá de todo esto, veo el interior de sus almas y sólo encuentro el alma de las bestias, bestias perecederas, su cólera y el deseo de vivir y satisfacerse a sí mismas... Y sin embargo, son extrañas, complejas, como todo ser vivo. Hay una especie de creciente rivalidad en ellas, parte vanidad, parte instinto sexual inútil, parte curiosidad inútil. El resultado para mí es vana burla. Tengo esperanzas en ese puma; he trabajado intensamente en su cabeza y en su cerebro...

»Y ahora —dijo, poniéndose en pie tras un largo silencio durante el cual cada uno se sumió en sus propios pensamientos—, ¿cuál es su opinión? ¿Todavía me tiene miedo?

Lo miré y sólo vi a un hombre de pelo blanco, de rostro pálido y de mirada tranquila. Si no fuera por su serenidad, por ese toque casi de belleza que emanaba de su calma, y por su majestuosa figura, podría haber pasado inadvertido entre un centenar de decentes y ancianos caballeros. Entonces me estremecí. A guisa de respuesta a su segunda pregunta le tendí un revólver con cada mano.

—Quédeselos —dijo con un bostezo. Se levantó, me miró un instante y sonrió—. Ha tenido usted dos días muy agitados. Le aconsejo que duerma un poco. Me alegro de haber aclarado las cosas. Buenas noches.

Me examinó un momento reflexivamente y se marchó por la puerta interior. Cerré con llave de inmediato la puerta de fuera.

Volví a sentarme y estuve un rato como paralizado, tan agotado emocional, física y mentalmente, que no podía pensar salvo en lo que habíamos hablado. La ventana negra me miraba fijamente como un ojo. Por fin, haciendo un esfuerzo, apagué la lámpara y me tumbé en la hamaca. En seguida me quedé dormido.

15. Los Monstruos

Me desperté temprano. Lo primero que me vino a la mente fueron las explicaciones de Moreau, claras y precisas. Me levanté de la hamaca y me acerqué a la puerta para asegurarme de que la llave estaba echada. Luego comprobé el barrote de la ventana y vi que estaba perfectamente asegurado. El hecho de que aquellas criaturas no fueran en realidad más que monstruos salvajes, simples parodias grotescas de la especie humana, me producía una vaga inquietud con respecto a lo que serían capaces de hacer, mucho peor que cualquier terror definido. Alguien llamó a la puerta, y oí el empalagoso acento de

M'ling.

Me metí en el bolsillo uno de los revólveres y, sin quitar la mano de él, abrí la puerta.

—Buenos días, señor —dijo. Además del acostumbrado desayuno a base de verduras, esta vez traía un conejo mal guisado. Montgomery apareció tras él. Captó de inmediato con su mirada la posición de mi brazo y esbozó una débil sonrisa.

El puma descansaba aquel día, en espera de que cicatrizasen sus heridas, pero Moreau, de costumbres singularmente solitarias, no se unió a nosotros. Hablé con Montgomery para aclarar mis ideas sobre el modo de vida de los Salvajes. Ante todo, me interesaba saber cómo impedían que los monstruos inhumanos atacasen a Moreau y a Montgomery, o se destrozaran los unos a los otros.

Me explicó que su relativa seguridad residía en la limitada capacidad intelectual de los Monstruos. A pesar de su relativa inteligencia y de la tendencia de sus instintos animales a reaparecer, Moreau había implantado en sus mentes ciertas ideas fijas que limitaban por completo su imaginación. En realidad, estaban hipnotizados, les habían inculcado que ciertas cosas son imposibles y otras están prohibidas, y estas prohibiciones se hallaban implícitas en sus mentes, anulando todo intento de desobediencia o litigio.

Pero la situación no era tan estable en lo relativo a ciertos

aspectos en los que el antiguo instinto amenazaba los intereses de Moreau. Una serie de normas a las que llamaban la Ley (y que yo les había oído recitar) luchaba en sus mentes contra el anhelo, siempre rebelde y profundamente arraigado, de su naturaleza animal. Tanto Montgomery como Moreau mostraban especial interés en impedirles que conocieran el sabor de la sangre. Temían las inevitables consecuencias que este sabor podía provocar.

Montgomery me explicó que la Ley, especialmente entre los Salvajes de origen felino, se debilitaba curiosamente al anochecer y que, en ese momento, el animal cobraba mayor fuerza. El crepúsculo despertaba en ellos el espíritu de aventura y se atrevían entonces a hacer cosas que durante el día ni siquiera habrían soñado. Eso explicaba por qué el Hombre Leopardo me había estado acechando la noche de mi llegada. Pero durante los primeros días de mi estancia en la isla sólo habían quebrantado la Ley a escondidas y después del anochecer; durante el día, el ambiente general era de obediencia a sus múltiples prohibiciones.

Y éste es quizá el momento de relatar algunos hechos generales sobre la isla y los Monstruos. La isla, de contorno irregular, se elevaba a poca altura sobre el ancho y vasto mar, y abarcaba una superficie total de unos veinte kilómetros cuadrados. Era de origen volcánico y estaba bordeada en tres de sus lados por arrecifes de coral. Algunas fumarolas hacia el norte y un manantial de agua caliente eran los únicos vestigios de las fuerzas que tiempo atrás la habían originado. De cuando en cuando se dejaba sentir un ligero temblor de tierra y, a veces, la línea ascendente de la espiral de humo se veía acrecentada por bocanadas de vapor. Pero eso era todo. La población de la isla, según me informó Montgomery, ascendía a poco más de sesenta de aquellas extrañas creaciones de Moreau, sin contar con las monstruosidades menores que vivían entre la maleza y carecían de forma humana.

En total había creado casi ciento veinte Monstruos, pero muchos habían muerto, y otros, como aquella cosa retorcida y sin piernas de la que me había hablado, habían encontrado una muerte violenta. En respuesta a mi pregunta, Montgomery dijo que efectivamente tenían descendencia, pero que, por lo general, los hijos morían. No había ninguna prueba de que heredasen las características humanas adquiridas por sus progenitores. Cuando vivían, Moreau se los

llevaba para imprimir en ellos la forma humana. Los machos eran más numerosos que las hembras y éstas se hallaban expuestas a una continua persecución furtiva, a pesar de que la Ley ordenaba la monogamia.

Me resulta imposible describir a los Salvajes con detalle —no estoy acostumbrado a fijarme en los detalles— y por desgracia no sé dibujar. Quizá lo que más me llamaba la atención en ellos era la desproporción entre las piernas y la longitud de sus troncos, y aun así —tan relativa es nuestra idea de la elegancia— acabé acostumbrándome a sus formas, e incluso llegué a pensar que mis largos muslos eran desgarrados. Otra característica era la posición de la cabeza, echada hacia adelante, y la torpe e inhumana curvatura de su espina dorsal. Ni siquiera el Hombre Mono tenía ese hundimiento en la parte inferior de la espalda que tanta gracia confiere a la figura humana. Casi todos eran muy cargados de hombros y los cortos antebrazos les colgaban lánguidamente a ambos lados del cuerpo. Algunos eran muy peludos, al menos hasta el final de mi estancia en la isla.

Otro rasgo evidente de su deformidad se encontraba en las caras, mayoritariamente prognatas, con malformaciones en las orejas, la nariz grande y prominente, el pelo muy abundante o erizado y los ojos de un color extraño o desplazados. Ninguno de ellos podía reír, aunque el Hombre Mono emitía una especie de chillido, como una risa ahogada. Aparte de estas características generales, sus cabezas poco tenían en común; cada cual conservaba las cualidades propias de su especie: el sello humano deformaba al leopardo, el buey, el cerdo o cualquier otro animal empleado para modelar a la criatura, pero no lograba disimularlo. También sus voces eran extremadamente variadas. Todos tenían las manos malformadas, y aunque algunas me sorprendieron por su inesperada apariencia humana, a casi todas les faltaba algún dedo, eran imperfectas en las uñas y carecían de cualquier sensibilidad táctil.

Las más formidables de estas criaturas eran el Hombre Leopardo y un monstruo híbrido de hiena y cerdo. De mayor tamaño eran los tres toros que arrastraron el bote hasta la playa. Les seguía el Hombre de Pelo Plateado, que era además el Recitador de la Ley, *M'ling*, y un cruce de mono y cabra, semejante a un sátiro. Había tres

Hombres Cerdo y una Mujer Cerdo, una Yegua-Rinoceronte y otras hembras cuyos orígenes no lograba descifrar. Había también algunos Lobos, un

Oso-Toro

y un Hombre San Bernardo. Ya he descrito al Hombre Mono. Y había además una vieja particularmente odiosa (y maloliente), mezcla de zorro y osa, que me repugnó desde el primer momento. Al parecer, era muy devota de la Ley. Había otras criaturas de menor tamaño: algunos cachorros moteados y mi pequeño Perezoso. ¡Pero ya está bien!

Al principio, las bestias me horrorizaban, su animalidad me resultaba demasiado intensa, pero inconscientemente me fui acostumbrando a su presencia. Además, la actitud de Montgomery también influyó en mí. Había pasado tanto tiempo con ellos que había llegado a considerarlos casi como a seres humanos normales. Sus días de Londres se le antojaban ya un pasado imposible y glorioso. Sólo una vez al año iba a África para negociar con el agente de Moreau, tratante de animales. Apenas se relacionaba con la gente en aquel pueblecito marinero de mulatos españoles. Según me dijo, los hombres del barco le resultaron en un primer momento tan extraños como a mí los Monstruos —de piernas anormalmente largas, de rostros chatos y frentes en exceso prominentes—, además de recelosos, peligrosos y de malos sentimientos. De hecho, los hombres no le gustaban. A mí me había tomado simpatía, pensaba, porque me había salvado la vida.

Llegué a pensar que Montgomery sentía un secreto afecto por algunas de aquellas bestias, cierta depravada atracción por algunas de sus costumbres, que inicialmente intentó disimular ante mí.

M'ling, el ayudante de Montgomery, el primero de los Salvajes al que había conocido, no vivía con los demás al otro lado de la isla, sino en una pequeña perrera detrás del recinto. No era tan inteligente como el Hombre Mono, pero sí mucho más dócil, y era, de todas las bestias, la que tenía un aspecto más humano; además, Montgomery le había enseñado a preparar la comida y a realizar las tareas domésticas habituales. Era un complejo trofeo de la terrible maestría de Moreau —un oso mezclado con perro y buey— y una de sus más logradas creaciones.

M'ling

profesaba una ternura y una devoción extrañas hacia Montgomery, quien a veces reparaba en él, lo acariciaba, lo llamaba medio en broma, y él se ponía a dar brincos, lleno de alegría; otras veces, en cambio, lo maltrataba —sobre todo cuando había bebido *whisky*—, le daba patadas y le tiraba piedras o tizones encendidos. Pero, ya lo tratara bien o mal, no había para él nada como estar cerca de su amo.

Ya he dicho que llegué a acostumbrarme a los Salvajes, y mil cosas que en un principio me parecieron antinaturales y repulsivas pronto me resultaron naturales y ordinarias. Supongo que todo en esta vida cobra el matiz del color predominante en su entorno: Montgomery y Moreau eran individuos demasiado peculiares para que yo pudiera mantener mis creencias generales sobre el género humano. Cuando veía a una de las torpes criaturas bovinas que arrastraban la lancha pisoteando la maleza, me preguntaba, haciendo grandes esfuerzos por recordar, en qué diferían de un patán cualquiera que volvía a casa tras su jornada de trabajo; o cuando me encontraba con la Osa-Zorra, de rostro astuto e ingenio curiosamente humano, tenía la sensación de haberla visto antes en algún callejón de la ciudad.

No obstante, la bestia se manifestaba de cuando en cuando con toda su crudeza. Un hombre muy feo, un jorobado a todas luces salvaje, agazapado en la abertura de una de las guaridas, estiraba los brazos al tiempo que bostezaba, revelando unos incisivos afilados como tijeras y unos caninos brillantes como espadas y acerados como puñales. A veces, cuando en un estrecho sendero me cruzaba con una figura femenina vestida de blanco y un súbito arranque de valor me permitía mirarla a los ojos, descubría, con tremenda repulsión, que sus pupilas eran achinadas y, al bajar la mirada, apreciaba la uña en forma de garra con que sujetaba su informe envoltura. Hay algo muy curioso, por cierto, que no soy capaz de explicar, y es que durante los primeros días de mi estancia, estas extrañas criaturas —me refiero a las hembras— parecían instintivamente conscientes de su repulsiva fealdad, y mostraban en consecuencia una preocupación más que humana por el decoro en el vestir.

16. De cómo los Salvajes probaron la sangre

Pero mi inexperiencia como escritor me delata, y estoy perdiendo el hilo de la narración. Después de desayunar con Montgomery, lo acompañé a dar un paseo por la isla para ver la fumarola y las fuentes termales, en cuyas aguas hirvientes había caído por sorpresa el día anterior. Los dos llevábamos látigos y revólveres cargados. Al cruzar una frondosa jungla camino de la fumarola, oímos el grito de un conejo. Nos detuvimos a escuchar, sin oír nada más, y proseguimos la marcha. Montgomery llamó mi atención sobre ciertos animalillos rosados de largas patas traseras que brincaban entre la maleza. Me explicó que habían sido creados a partir de la descendencia de los Monstruos de Moreau, con la intención de que sirvieran de alimento, pero el hábito conejil de devorar a sus crías desbarató los planes del doctor. Yo ya había tropezado con algunos: una vez cuando huía del Hombre Leopardo, a la luz de la luna, y otra vez el día anterior, mientras Moreau me perseguía. Casualmente, uno de ellos, al tratar de evitarnos, cayó por azar en un agujero de un árbol arrancado por el viento. Logramos atraparlo antes de que pudiera salir de allí. Escarbaba como un gato, arañando y pataleando furiosamente con las patas traseras, y hasta intentó mordernos, pero no tenía los dientes fuertes y su mordisco no dolía más que un simple pellizco. Me pareció un precioso animalillo, y como Montgomery me explicó que nunca destrozaba el césped excavando y era de costumbres muy limpias, pensé que podría resultar un buen sustituto del conejo común para los parques y jardines particulares.

Durante el camino vimos el tronco de un árbol, completamente astillado y cortado en tiras largas. Montgomery llamó mi atención al respecto.

—No arañarás la corteza de los árboles; ésa es la Ley —dijo—. Mire cómo la respetan algunos.

Creo que poco después nos encontramos con el Sátiro y el Hombre Mono. El Sátiro era un alarde de clasicismo por parte de Moreau. Tenía la expresión de una oveja, la voz como un balido ronco y las extremidades inferiores casi satánicas. Pasó junto a nosotros mordisqueando una cáscara de fruta. Los dos saludaron a Montgomery.

—¡Hola al Otro Hombre del látigo! —dijeron.

—Ahora somos tres con látigo, de modo que andaos con cuidado —respondió Montgomery.

—¿Él no es fabricado? —preguntó el Hombre Mono—. Él dijo que lo habían fabricado.

El Sátiro me miró con curiosidad.

—El Tercero con látigo, el que se mete llorando en el mar, tiene la cara pálida y delgada.

—También tiene un látigo largo y delgado —dijo Montgomery.

—Ayer lloraba y sangraba —insistió el Sátiro.

—Tú nunca sangras ni lloras. El Maestro no sangra ni llora.

—¡Maldito pordiosero! —exclamó Montgomery—. Tú también sangrarás y llorarás si no tienes cuidado.

—Tiene cinco dedos; es un hombre de cinco dedos, como yo —dijo el Hombre Mono.

—Vamos, Prendick —dijo Montgomery, cogiéndome del brazo.

El Sátiro y el Hombre Mono se quedaron observándonos y haciendo comentarios en voz baja.

—No dice nada —dijo el Sátiro—. Los hombres tienen voz.

—Ayer me preguntó dónde había comida —respondió el Hombre Mono—. No lo sabía.

Luego continuaron hablando en voz muy baja y oí que el Sátiro se reía. De regreso encontramos un conejo muerto. El cuerpo ensangrentado del pobre animal estaba hecho pedazos y no había duda de que alguien le había roído el espinazo. Montgomery se detuvo.

—¡Dios mío! —exclamó, recogiendo algunas de las trituradas vértebras para examinarlas más de cerca—. ¡Dios mío! ¿Qué significa esto?

—Que algunos de sus carnívoros han estado recordando viejas

costumbres —dije, tras una pausa—. Han roído el espinazo de cabo a rabo.

Lo miró con el rostro blanco como el papel y torció el gesto.

—¡Esto no me gusta! —dijo despacio.

—Yo ya vi algo parecido el día de mi llegada —dije.

—¿Qué demonios era?

—Un conejo con la cabeza arrancada de cuajo.

—¿El día de su llegada?

—El día de mi llegada. Entre los matorrales que hay detrás del recinto. Cuando vine hasta aquí al atardecer. Le habían arrancado la cabeza.

Montgomery lanzó un silbido largo y débil.

—Y es más, creo que sé quién lo hizo. Es sólo una sospecha, pero antes de encontrar al conejo vi a uno de los Monstruos bebiendo en el arroyo.

—¿Sorbiendo el agua con la boca?

—Sí.

—No sorberás el agua; *ésa* es la Ley. Ya se ve el respeto que los Monstruos muestran por la Ley cuando Moreau no anda por ahí, ¿eh?

—Fue el que me siguió.

—Por supuesto —asintió Montgomery—; eso es justo lo que hacen los carnívoros. Después de matar, beben. Es por el sabor de la sangre. Pero ¿cómo era? ¿Podría reconocerlo?

Eché un vistazo a nuestro alrededor, a horcajadas sobre los sangrientos despojos del conejo, recorriendo con la mirada las sombras del follaje y los escondites de la selva que nos rodeaba.

—El sabor de la sangre —repitió.

Sacó el revólver, examinó los cartuchos y lo cargó. Luego empezó a tirarse del labio inferior.

—Creo que podría reconocerlo. Lo dejé sin sentido. Seguro que tiene una buena herida en la frente.

—Pero tenemos que *demostrar* que fue él quien mató al conejo —dijo Montgomery—. ¡Ojalá no los hubiera traído nunca!

Yo habría continuado mi camino, pero Montgomery se quedó allí, rompiéndose la cabeza con aquel asunto del conejo mutilado. Me alejé para no ver los restos del conejo.

—¡Vamos! —dije.

Entonces pareció reaccionar y vino hacia mí.

—¿Sabe? Todos ellos parecen tener una especie de fijación y se niegan a comer nada que corree por la tierra.

—Si alguna de esas bestias ha llegado accidentalmente a probar la sangre... —dijo, casi en un susurro.

Seguimos caminando en silencio.

—Me pregunto qué puede haber pasado —murmuró para sí.

Y luego, tras una pausa, añadió:

—El otro día cometí una tontería. Le enseñé a mi criado a despellejar y a guisar un conejo. Es extraño... lo vi chupándose los dedos... En ningún momento se me ocurrió que... Debemos poner fin a esto. Tengo que decírselo a Moreau.

Durante el camino de vuelta no pensó en otra cosa. Moreau se tomó el asunto aún más en serio que Montgomery, y huelga decir que me contagiaron su preocupación.

—Tenemos que darles un castigo ejemplar —dijo Moreau—. Estoy seguro de que el culpable es el Hombre Leopardo. Pero ¿cómo podríamos probarlo? Ojalá hubiese sabido controlar su afición por la carne, Montgomery; de ser así no tendríamos estas alarmantes noticias. Nos podemos meter en un buen lío.

—He sido un estúpido —admitió Montgomery—. Pero ya está hecho. Y recuerde que usted me lo permitió.

—Hay que actuar de inmediato —dijo Moreau—. Supongo que, si algo ocurriera,

M'ling

sabrás cuidar de sí mismo.

—No estoy tan seguro de

M'ling

—dijo Montgomery—, aunque supongo que debería conocerlo.

Por la tarde, Moreau, Montgomery,

M'ling

y yo fuimos hasta las cabañas del barranco. Los tres hombres íbamos armados.

M'ling

llevaba la pequeña hacha con que cortaba la leña y unos rollos de alambre. Moreau cargaba al hombro una enorme asta de toro.

—Ahora verá usted una reunión de Monstruos —dijo Montgomery—. Es maravilloso.

Moreau no pronunció una sola palabra durante todo el camino, pero su rostro, de marcadas facciones, denotaba una profunda preocupación.

Cruzamos el barranco por el que humeaba el arroyo de agua caliente y seguimos el tortuoso sendero que discurría entre las cañas hasta un claro cubierto de un polvo amarillo que a mí me pareció azufre. Por encima de una loma poblada de maleza asomaba la reluciente superficie del mar. Llegamos a una especie de anfiteatro natural de poca hondura y allí nos detuvimos. Moreau sopló con el cuerno, quebrando la soporífera quietud de la tarde tropical. Debía de tener buenos pulmones, porque el sonido del cuerno creció y creció, ampliado por sus ecos, hasta alcanzar una intensidad casi insoportable.

—¡Ah! —dijo Moreau, dejando caer el curvado instrumento.

Al instante se oyó un crujido procedente de las cañas amarillentas y ruido de voces en la tupida jungla que marcaba el límite del pantano por el que yo había corrido el día anterior. Luego, en tres o cuatro puntos de la zona sulfurosa, aparecieron las grotescas siluetas de los Monstruos que corrían hacia nosotros. No pude evitar un estremecimiento al verlos salir de entre los árboles o las cañas, uno detrás de otro, y caminar sobre el polvo caliente arrastrando los pies. Pero Moreau y Montgomery parecían tranquilos y no tuve más remedio que quedarme con ellos. El primero en llegar fue el Sátiro. Su aspecto era totalmente irreal, a pesar de la sombra que proyectaba y del polvo que levantaba con las pezuñas; tras él salió de las cañas una bestia monstruosa, mezcla de caballo y rinoceronte, mordisqueando una paja; acto seguido apareció la Mujer Cerdo y dos Mujeres Lobo; luego la Osa-Zorra, con los ojos enrojecidos y el rostro afilado y rojizo, y después todos los demás, corriendo apresuradamente. Según llegaban, se inclinaban ante Moreau y cantaban fragmentos de la segunda mitad de la Ley, sin prestarse la menor atención los unos a los otros.

—*Suya* es la mano que hiere; *Suya* es la mano que sana —y así sucesivamente.

Se detuvieron a unos veinticinco metros y, postrados sobre rodillas y codos, comenzaron a esparcir el polvo blanco sobre sus cabezas. Imaginen la escena. Tres hombres vestidos de azul —con un criado deforme de rostro negro—, de pie en mitad de una

polvorienta explanada iluminada por el sol bajo el ardiente cielo azul, rodeados por un tropel de Monstruos acucillados que no paraban de gesticular. Algunos eran casi humanos, salvo por su expresión y sus gestos; otros parecían tullidos y los había terriblemente deformes, sólo comparables a los personajes de nuestros más absurdos sueños. Y más allá, las finas líneas del cañizal a un lado, una densa maraña de palmeras que nos separaba del barranco y las cabañas al otro, y el confuso horizonte del Pacífico al norte.

—Sesenta y dos, sesenta y tres —contó Moreau.

—Hay cuatro más.

—No veo al Hombre Leopardo —dijo.

Moreau volvió a soplar el cuerno y, al oírlo, los Salvajes se retorcieron y se revolcaron por el polvo. El Hombre Leopardo salió del cañizal, casi arrastrándose por el suelo, e intentó sumarse al círculo de Monstruos que se revolcaban en el polvo a espaldas de Moreau, y en ese momento vi que tenía una herida en la frente. El último en llegar fue el pequeño Hombre Mono. Los primeros, acalorados y cansados de revolcarse, lo miraron con recelo.

—¡Basta! —dijo Moreau con voz potente y firme, y los Monstruos se sentaron sobre sus traseros, poniendo fin al ritual.

—¿Dónde está el Recitador de la Ley? —preguntó Moreau, y el monstruo de pelo gris se inclinó hasta tocar el suelo con la cabeza.

—Pronuncia la Ley —ordenó Moreau, y, al instante, toda la asamblea de Monstruos arrodillados, balanceándose a uno y otro lado y esparciendo el azufre a puñados (un montón con la mano derecha y otro con la izquierda), comenzó a entonar su extraña letanía.

Cuando llegaron a la frase: «No comerás carne ni pescado; ésta es la Ley», Moreau levantó una mano blanca y delgada.

—¡Alto! —gritó, y todos quedaron en absoluto silencio.

Creo que todos sabían y temían lo que iba a ocurrir. Contemplé los extraños semblantes que me rodeaban y, al advertir sus muecas de dolor y el temor en sus ojos brillantes, me pregunté cómo había podido llegar a pensar que fuesen Hombres.

—Habéis quebrantado la Ley —sentenció Moreau.

—No hay escapatoria —respondió el hombre peludo y sin rostro.

—No hay escapatoria —repitió el círculo de Monstruos.

—¿Quién ha sido? —gritó Moreau, mirándolos a la cara y haciendo restallar el látigo.

Me pareció que el Cerdo Hiena estaba asustado, y lo mismo le ocurría al Hombre Leopardo. Moreau se detuvo frente a él, y el Monstruo se postró ante su creador, movido por el recuerdo y el temor del tormento infinito.

—¿Quién ha sido? —repitió Moreau con voz atronadora.

—Maligno es quien infringe la Ley —cantó el Recitador.

Moreau miró a los ojos al Hombre Leopardo como si quisiera arrancarle el alma.

—Quien infringe la Ley... —empezó Moreau, apartando los ojos de su víctima y volviéndose hacia nosotros. Me pareció advertir en su voz cierto regocijo.

—... Vuelve a la Casa del Dolor —aclamaron todos—, ¡vuelve a la Casa del Dolor, oh Maestro!

—Vuelve a la Casa del Dolor, vuelve a la Casa del Dolor —murmuró el Hombre Mono, como si la idea le resultase agradable.

—¿Oyes? —exclamó Moreau, volviéndose hacia el criminal.

El Hombre Leopardo, liberado de la mirada de Moreau, se incorporó y, con los ojos inflamados y los enormes colmillos felinos brillando bajo los labios fruncidos, se lanzó sobre su torturador. Estoy convencido de que sólo la locura producida por un terror insoportable pudo haber propiciado este ataque. El círculo de sesenta Monstruos pareció alzarse a nuestro alrededor. Saqué el revólver. Las dos figuras chocaron. Moreau retrocedió, tambaleándose por la embestida del Hombre Leopardo. Un griterío de furia estalló por todas partes. Todo el mundo corría de un lado para otro. Por un momento pensé que se trataba de una revuelta general.

El rostro enfurecido del Hombre Leopardo pasó un instante a mi lado, mirándome con ira; tras él apareció

M'ling.

Vi los ojos amarillos del Cerdo Hiena brillando de emoción. Parecía casi a punto de atacarme. También el Sático me observaba por encima de los encorvados hombros del Cerdo Hiena. Oí la detonación de la pistola de Moreau y vi el fogonazo rosa del disparo en medio del tumulto. La multitud pareció inclinarse en la dirección del destello del fuego, y también yo quedé atrapado por el

magnetismo del movimiento. Un segundo más tarde, corría entre la masa vociferante, en pos del huidizo Hombre Leopardo.

Esto es todo lo que puedo decir con precisión. Vi que el Hombre Leopardo golpeaba a Moreau; luego todo empezó a dar vueltas a mi alrededor y eché a correr sin saber cómo.

M'ling iba en cabeza, muy cerca del fugitivo. Tras él, con la lengua fuera, corría la Mujer Lobo a grandes zancadas, seguida de un grupo de Cerdos, que chillaban con gran alboroto, y los dos Hombres Toro con sus vendajes blancos. A continuación venía Moreau, revólver en mano y con el lacio pelo blanco ondeando al viento, rodeado por un grupo de Monstruos. El Cerdo Hiena corría a mi lado, al mismo ritmo, y me lanzaba miradas furtivas con sus ojos felinos. Los demás nos seguían, corriendo y gritando.

El Hombre Leopardo se abría camino por entre las largas cañas, que se cerraban a su paso, golpeando a

M'ling

en la cara. Una vez en el cañaveral, los de retaguardia nos encontramos con una senda hollada. La persecución discurrió a través de las cañas por espacio de casi trescientos metros y continuó por un espeso bosquecillo que dificultaba enormemente nuestros movimientos. Lo atravesamos juntos, arrollándolo todo; las frondas nos golpeaban en la cara, las enredaderas nos enganchaban por el cuello o por los tobillos y las plantas llenas de espinas se nos clavaban en el cuerpo y nos rasgaban la ropa.

—Por aquí ha pasado a cuatro patas —jadeó Moreau, adelantándose justo en ese instante.

—No hay escapatoria —dijo el Lobo Oso, riéndose en mi propia cara y exaltado por la cacería.

Continuamos corriendo, ahora entre las rocas, y divisamos a nuestra presa que avanzaba a cuatro patas, lanzando gruñidos por encima del hombro. Los Lobos lanzaban aullidos de entusiasmo. La criatura aún iba vestida y, en la distancia, su rostro seguía pareciendo humano, aunque sus movimientos eran felinos y el encorvamiento de sus hombros era claramente el de un animal acechado. Saltó sobre unos matorrales espinosos de flores amarillas y lo perdimos de vista.

M'ling

se encontraba ya a mitad de camino de aquel punto.

La mayoría habíamos perdido para entonces el ímpetu inicial y avanzábamos a un ritmo más sosegado. Al cruzar un claro vi que la columna de perseguidores se había convertido en una hilera. El Cerdo Hiena seguía corriendo muy cerca de mí, sin dejar de observarme y frunciendo de tanto en tanto el hocico con risa gruñona.

Al llegar al límite de las rocas y darse cuenta de que iba directamente hacia el promontorio por el que me había acechado durante la noche de mi llegada, el Hombre Leopardo dio media vuelta y se perdió entre la maleza. Pero Montgomery había visto la maniobra y se lanzó en la misma dirección.

Así, tropezando con las rocas, pinchándome con las zarzas, sorteando matorrales y cañas, fue como ayudé en la persecución del Hombre Leopardo, mientras el Cerdo Hiena reía a mi lado como un salvaje. Avanzaba haciendo eses, la cabeza me daba vueltas y el corazón me latía a toda velocidad. Estaba completamente agotado y, sin embargo, no me atrevía a perder de vista al grupo por temor a quedarme a solas con tan horrible compañero. Y seguí adelante, a pesar del bochorno de la tarde tropical y del tremendo cansancio que me invadía.

Finalmente, el furor de la caza decreció. Habíamos acorralado a la bestia en un rincón de la isla. Moreau, látigo en mano, nos hizo formar en fila. Esta vez avanzamos despacio, intercambiando gritos y cerrando el círculo en torno a nuestra víctima. El Hombre Leopardo nos acechaba, silencioso e invisible, entre los mismos matorrales por los que yo había huido durante la anterior persecución nocturna.

—¡Tranquilos! ¡Tranquilos! —gritaba Moreau, mientras los últimos de la hilera rodeaban los arbustos, cercando definitivamente a la bestia.

—¡Cuidado! —Llegó la voz de Montgomery desde detrás de un soto.

Yo estaba en la pendiente, por encima de los arbustos. Montgomery y Moreau batían la playa. Nos adentramos muy despacio en la red de ramas y hojas. Nuestra presa no hacía el menor ruido.

—¡Volverás a la Casa del Dolor, la Casa del Dolor, la Casa del Dolor! —gritó el Hombre Mono a unos veinte metros a mi derecha.

Al oírlo, perdoné al pobre miserable el miedo que me había inspirado.

A mi derecha, junto a las enormes huellas de los Caballos Rinocerontes, oí un crujir de ramas y el silbido de las hojas al ser apartadas. Luego, a través de un polígono verde, en la penumbra de la exuberante vegetación, divisé a la criatura que estábamos acechando. Me detuve. La bestia estaba agazapada en un espacio mínimo y me miró de reojo con sus brillantes ojos verdes.

Puede parecer contradictorio —de hecho, no soy capaz de explicarlo—, pero al verlo en esa actitud absolutamente animal, con ese brillo en los ojos y el imperfecto rostro humano deformado por el terror, volví a considerarlo como a un igual. Un instante después, alguno de sus perseguidores lo descubriría y capturaría para ser de nuevo sometido a las terribles torturas del recinto. Bruscamente, saqué el revólver, apunté entre sus ojos aterrorizados y disparé.

Al mismo tiempo, el Cerdo Hiena se abalanzó sobre él lanzando un tremendo alarido y, con gran avidez, le hincó los dientes en el cuello. La maleza silbaba y crujía a mi alrededor al paso precipitado de los Monstruos.

—¡No lo mate, Prendick! —gritó Moreau—. ¡No lo mate!

Vi su silueta encorvada abriéndose paso entre las frondas de los grandes helechos. Golpeó al Cerdo Hiena con la empuñadura del látigo mientras, con ayuda de Montgomery, luchaba por mantener a la multitud de exaltados carnívoros, y a

M'ling

en particular, lejos del cuerpo aún tembloroso de la bestia. El Monstruo de Pelo Gris se acercó para olfatear el cadáver. En su ardor animal, las demás criaturas se agolpaban para ver el espectáculo más de cerca.

—¡Maldito sea, Prendick! —exclamó Moreau—. Lo quería vivo.

—Lo siento —dije, aunque no lo sentía en absoluto—. Fue un impulso momentáneo.

Me sentía agotado por el esfuerzo y la emoción. Di media vuelta y me abrí camino entre la multitud de Salvajes pendiente arriba, hacia la parte más elevada del promontorio. Oí que Moreau ordenaba a los tres Hombres Toro que arrastrasen a la víctima hasta el mar.

Al fin podía quedarme a solas. Los Monstruos mostraban una

curiosidad completamente humana por el cadáver y lo seguían en tropel, husmeando y gruñendo, mientras los Hombres Toro lo arrastraban hacia la playa. Llegué hasta el promontorio y desde allí observé las siluetas de los Hombres Toro, que se perfilaban oscuras contra el cielo del atardecer, transportando el pesado cuerpo hasta el mar, y entonces, como si un relámpago cruzara mi mente, se me ocurrió pensar en la absoluta inutilidad de todo lo que sucedía en aquella isla.

En la playa, entre las rocas que había a mi lado, el Hombre Mono, el Cerdo Hiena y algunos otros Salvajes formaban un círculo en torno a Moreau y a Montgomery. Seguían estando muy nerviosos y manifestando a voces su lealtad a la Ley.

Yo tenía la certeza de que el Cerdo Hiena estaba implicado en la muerte del conejo, y llegué al extraño convencimiento de que, al margen de su torpe actitud y lo grotesco de sus formas, tenía ante mí, en aquel preciso instante, el perfecto equilibrio de la vida humana en miniatura, la perfecta interacción de instinto, razón y destino en su más simple expresión. Al Hombre Leopardo le había tocado perder. Ésa era la única diferencia.

¡Pobres bestias! Empezaba a comprender el aspecto más vil de la crueldad de Moreau. Hasta entonces no había pensado en el dolor y en las penalidades que aguardaban a estas pobres víctimas luego de pasar por las manos de Moreau. Me estremecía de sólo pensar en los días de tormento en el recinto. Y, sin embargo, eso me pareció entonces lo menos importante.

Anteriormente, aquellos Monstruos habían sido bestias, con sus instintos perfectamente adaptados al entorno, y eran felices como cualquier ser vivo. Ahora habían topado con los grilletes de la humanidad y vivían en constante temor, atormentados por una Ley que no acertaban a comprender. Su remedo de existencia humana comenzaba con una terrible agonía y continuaba con una larga lucha interior y el permanente miedo a Moreau. Y todo ¿para qué? Era la crueldad del conjunto lo que me sublevaba.

De haber tenido Moreau un fin comprensible, tal vez hubiera simpatizado con él, cuando menos un poco. No soy tan escrupuloso con respecto al dolor. Incluso podría haberlo perdonado. Pero Moreau parecía tan irresponsable, tan profundamente irreflexivo... Su curiosidad, sus insensatas e inútiles investigaciones lo

empujaban a continuar ni él mismo sabía adónde, a arrojar a la vida a esas pobres criaturas, por espacio de uno o dos años para luchar, equivocarse, sufrir y, en última instancia, morir con dolor. Aquellas criaturas eran intrínsecamente perversas; su odio animal los incitaba a incordiarse mutuamente, al tiempo que la Ley los refrenaba de librar una encarnizada batalla y del fin definitivo de su animosidad natural.

En aquellos días, mi miedo a los Monstruos se transformó en miedo a Moreau. Caí en un estado mórbido, intenso y duradero, distinto del temor, que ha dejado en mi mente una huella indeleble. Debo confesar que el dolor y el caos de la isla me hicieron perder la fe en la cordura del mundo.

Un destino ciego, un mecanismo inmenso y despiadado, parecían configurar la estructura de la existencia. Y yo mismo, Moreau (por su pasión científica), Montgomery (por su pasión ética) y los Monstruos, con sus instintos y sus limitaciones mentales, nos sentíamos abrumados y atormentados, implacablemente, inexorablemente envueltos en la infinita complejidad de sus incesantes ruedas. Sin embargo, esta situación no sobrevino de repente... De hecho, creo que me anticipo un poco al hablar de esto ahora.

17. Una catástrofe

Apenas habían pasado seis semanas, y había perdido todo sentimiento salvo el de aversión y odio hacia los infames experimentos de Moreau. No pensaba más que en alejarme de aquellas horribles caricaturas de la imagen de mi Hacedor y en regresar al sano y agradable trato con los hombres. Mis semejantes, de los que me encontraba apartado, comenzaron a cobrar en mi recuerdo una virtud y una belleza idílicas. Mi conato de amistad con Montgomery no prosperó. Su prolongado aislamiento, su alcoholismo y la evidente simpatía que sentía por los Salvajes lo echaron todo a perder. En varias ocasiones dejé que fuera solo con ellos. Hacía todo lo posible por evitar el contacto con las bestias.

Pasaba cada vez más tiempo en la playa, en espera de algún navío libertador que nunca aparecía, hasta que un día cayó sobre nosotros una terrible desgracia, que modificaría por completo mi extraño entorno.

Habían transcurrido siete u ocho semanas desde mi llegada — quizá más, pues no me había molestado en llevar la cuenta— cuando sobrevino la catástrofe. Ocurrió una mañana, muy temprano, creo que alrededor de las seis. Me había levantado y había desayunado pronto, despertado por el ruido de tres Monstruos que transportaban madera hasta el recinto.

Después del desayuno me acerqué hasta la entrada del recinto, que estaba abierta, y me detuve a fumar un cigarrillo y a disfrutar del frescor de la mañana. Al poco apareció Moreau, por una esquina, y me saludó.

Pasó a mi lado y le oí abrir la puerta a mis espaldas y entrar en su laboratorio. Tan acostumbrado estaba para entonces a los horrores del lugar que, sin el menor atisbo de emoción, escuché cómo el puma iniciaba un nuevo día de tortura. La víctima recibió a su verdugo con un furioso aullido.

Entonces sucedió algo inesperado. Todavía no sé muy bien qué fue. Oí un grito a mis espaldas, un derrumbamiento y, al volverme,

vi un rostro espantoso que se abalanzaba sobre mí: no era humano ni animal, sino diabólico y oscuro, surcado de cicatrices rojas, con los ojos desprovistos de párpados e inflamados. Levanté un brazo para detener el golpe, que me hizo caer de cabeza y romperme el brazo, mientras el Monstruo, cubierto con vendas ensangrentadas, saltaba por encima de mí y desaparecía.

Rodé y rodé por la playa, intenté incorporarme y caí sobre el brazo roto. Entonces apareció Moreau, con su enorme cara blanca aún más terrible a causa de la sangre que brotaba de su frente. Llevaba un revólver en la mano. Apenas me miró, y salió corriendo precipitadamente tras el puma.

Me apoyé sobre el otro brazo y me incorporé. La figura vendada corría a grandes saltos por la playa, seguida por Moreau.

El puma volvió la cabeza y, al ver a Moreau, giró bruscamente y se dirigió hacia los matorrales. Le ganaba terreno a cada paso. Se adentró en la maleza mientras Moreau, que corría en diagonal para interceptarlo, disparaba y erraba el tiro. La bestia desapareció. Luego, también Moreau se perdió entre el confuso verdor.

Empezó a dolerme el brazo y, lanzando un gemido, logré ponerme en pie. En ese momento, Montgomery salió por la puerta, vestido y revólver en mano.

—¡Dios mío, Prendick! —dijo, sin advertir que yo estaba herido—. ¡Esa bestia se ha escapado! Ha arrancado los grilletes de la pared. ¿Lo ha visto? —Y luego, al ver que me agarraba el dolorido brazo, preguntó bruscamente—: ¿Qué pasa?

—Estaba en la puerta —respondí.

Se acercó y me cogió el brazo.

—Tiene sangre en la manga —dijo, subiendo la franela. Se guardó el arma en el bolsillo, me palpó el brazo para cerciorarse de los puntos dolorosos y me llevó a la casa—. Tiene el brazo roto. Dígame qué ocurrió exactamente.

Con frases entrecortadas y jadeos de dolor, le conté lo que había visto, mientras con gran habilidad y rapidez, él me vendaba el brazo. Me lo puso en cabestrillo, se levantó y me miró.

—Se pondrá bien —dijo—. ¿Y ahora qué?

Se quedó pensativo. Luego salió y cerró las puertas del recinto. Estuvo un rato ausente.

A mí me preocupaba sobre todo mi brazo. El otro incidente me

parecía una de tantas cosas terribles. Me senté en la hamaca y, he de admitirlo, maldije la isla con todas mis fuerzas.

Cuando Montgomery regresó, la leve sensación de dolor que al principio tenía en el brazo se hizo insoportable.

Montgomery estaba pálido y mostraba el labio inferior más caído que nunca.

—No he visto ni oído rastro de él —dijo—. Puede que necesite ayuda.

Me miró con sus inexpresivos ojos y acto seguido añadió:

—Era un animal bastante fuerte. Arrancó los grilletes de la pared.

Se dirigió hacia la ventana, luego hacia la puerta, y por fin se volvió hacia mí.

—Volveré a buscarlo —dijo—. Puedo dejarle otro revólver. A decir verdad, estoy preocupado.

Fue a por el arma y la dejó sobre la mesa. Se marchó, dejando en el ambiente una contagiosa sensación de inquietud. Cuando hubo salido me levanté, cogí el revólver y abandoné la casa.

Reinaba una calma sepulcral. No corría ni gota de aire. El mar estaba como un espejo, el cielo completamente despejado y la playa desierta. En ese estado semiagitado y febril en que me hallaba, tanta calma me resultaba opresiva.

Intenté silbar, pero la melodía se desvaneció en mis labios. Volví a maldecir, por segunda vez en esa mañana. Después fui hasta la esquina del recinto y miré tierra adentro, hacia los matorrales que se habían tragado a Moreau y a Montgomery. ¿Cuándo volverían? ¿Y cómo?

En ese momento, muy lejos, al otro extremo de la playa surgió un pequeño Salvaje gris que corrió hasta la orilla y empezó a chapotear en el agua. Fui hasta la puerta, luego hasta la esquina, y así comencé a ir y venir como un centinela de guardia. En una ocasión me detuvo la voz de Montgomery, que gritaba en la distancia:

—¡Moreau!

El brazo me dolía menos, pero me ardía. Tenía fiebre y sed. Mi sombra se hacía cada vez más pequeña. Observé aquella figura distante hasta que desapareció de mi vista.

¿Regresarían Moreau y Montgomery?

Tres aves marinas se disputaban una presa encontrada en la playa.

De pronto oí un disparo muy lejano, por detrás del recinto. Luego, un largo silencio y después otro disparo. A continuación se oyó una especie de aullido más cercano y otro lúgubre silencio. Mi pobre imaginación comenzó a funcionar febrilmente para atormentarme. Sonó otro disparo muy cercano.

Sobresaltado, fui hasta la esquina y vi a Montgomery con el rostro congestionado, el pelo alborotado y el pantalón desgarrado a la altura de la rodilla. Su rostro denotaba una profunda consternación. Tras él venía su ayudante,

M'ling,

con unas inquietantes manchas oscuras alrededor de la boca.

—¿Ha vuelto? —preguntó Montgomery.

—¿Moreau? —dije yo—. No.

—¡Dios mío! —Estaba jadeando, casi sollozaba por la falta de aliento—. Entre en la casa. Se han vuelto locos. Andan todos corriendo por ahí como locos. ¿Qué habrá pasado? No lo sé. Se lo diré cuando recupere el aliento. ¿Dónde hay un poco de coñac?

Entró en la habitación cojeando y se sentó en la hamaca.

M'ling

se tiró al suelo en el umbral de la puerta y empezó a jaderar como un perro. Traje un poco de coñac con agua para Montgomery. Estaba sentado, con la mirada perdida en el infinito, intentando recobrar el aliento. Al cabo de un rato me contó lo que había ocurrido.

Les había seguido el rastro durante un rato. Al principio era bastante claro, porque la maleza estaba pisoteada y había jirones de las vendas del puma enganchadas en las ramas e incluso manchas de sangre en las hojas de los matorrales. Pero perdió el rastro en el pedregal, más allá del arroyo donde yo había visto al Monstruo bebiendo, y continuó hacia el oeste, llamando a gritos a Moreau.

Luego se había encontrado con

M'ling,

que llevaba un hacha.

M'ling

no había visto nada. Estaba cortando leña cuando oyó a Montgomery llamar a Moreau. Se pusieron a gritar al unísono. Dos

Salvajes se acercaron agazapados y los observaron desde la maleza, gesticulando y andando de un modo que a Montgomery le resultó alarmante. Montgomery los llamó, y huyeron como quien ha cometido una fechoría. Entonces dejó de gritar y, tras caminar durante un rato sin rumbo fijo, decidió finalmente visitar las cabañas.

El barranco estaba desierto. Cada vez más alarmado, volvió sobre sus pasos. Fue entonces cuando se encontró con los dos Hombres Cerdo a los que yo había visto bailar la noche de mi llegada; tenían la boca manchada de sangre y parecían excitadísimos. Venían pisoteando los helechos y, al ver a Montgomery, se detuvieron con fiera expresión.

Montgomery hizo restallar su látigo y, al instante, las bestias se abalanzaron sobre él. Jamás se habían atrevido a hacer nada igual. A uno le pegó un tiro en la cabeza, mientras

M'ling

se lanzaba sobre el otro y los dos rodaban por el suelo.

M'ling quedó atrapado debajo de la bestia, que estaba a punto de hincarle los dientes en el cuello, cuando Montgomery le pegó un tiro. Le costó convencer a su ayudante para que continuase con él.

Luego regresaron rápidamente al recinto, donde yo los aguardaba. Durante el camino,

M'ling

se había lanzado precipitadamente sobre un matorral y había sacado a un Hombre Ocelote muy pequeño, que también sangraba a causa de una herida que tenía en el talón y que le hacía cojear. La bestia intentó correr y se dirigió violentamente hacia la bahía. Entonces, Montgomery —creo que con cierta crueldad— lo mató.

—¿Qué significa todo esto? —preguté. Él sacudió la cabeza y volvió a su coñac.

18. La búsqueda de Moreau

Cuando vi que Montgomery tomaba un tercer trago de coñac, se lo quité para evitar que se emborrachara. Ya estaba más que medio ebrio. Le dije que algo grave debía de haberle sucedido a Moreau, pues de lo contrario ya habría regresado, y que era responsabilidad nuestra averiguarlo. Montgomery se opuso débilmente, pero terminó por aceptar. Comimos un poco y luego partimos los tres.

Tal vez fuera la tensión del momento, pero lo cierto es que aquella incursión en la tórrida calma de la tarde tropical ha dejado en mí una vivísima impresión.

M'ling

abría la marcha, moviendo inquietamente su extraña cabeza negra a uno y otro lado del camino. Iba desarmado. Había perdido el hacha en el encuentro con los Hombres Cerdo. Llegado el momento de luchar, los dientes serían sus armas. Montgomery lo seguía dando traspies, con las manos en los bolsillos y expresión abatida; estaba enfadado conmigo por el asunto del coñac. Yo llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo —afortunadamente era el izquierdo— y empuñaba el revólver con la mano derecha.

Nos adentramos por un frondoso sendero que discurría hacia el noroeste entre la exuberante vegetación de la isla.

M'ling

se detuvo de pronto y se puso rígido, en posición de alerta. Montgomery casi tropezó con él y también se detuvo. Entonces, aguzando el oído, nos llegó entre los árboles un ruido de voces y de pasos que se acercaban.

—Está muerto —dijo una voz profunda y vibrante.

—No está muerto, no está muerto —farfulló otra.

—Lo hemos visto, lo hemos visto —insistieron varias voces.

—¡Eh! —gritó bruscamente Montgomery—. ¡Los de ahí!

—¡Malditos sean! —dije yo, empuñando la pistola.

Hubo un silencio, luego un crujido aquí, otro allá, y seis rostros, seis extraños rostros, iluminados por una luz extraña, hicieron su aparición.

M'ling

emitió un profundo gruñido. Reconocí al Hombre Mono —de hecho ya había identificado su voz— y a dos de las criaturas de tez morena y cubiertas de vendas a las que había visto en el bote de Montgomery. Con ellos iban las dos bestias moteadas y la horrible y encorvada criatura que recitaba la Ley, con las mejillas cubiertas de pelo gris, enormes cejas grises y grandes mechones de pelo colgando de la frente. Era una cosa enorme y sin rostro, de siniestros ojos rojos que nos miraban desde la maleza llenos de curiosidad.

Al principio nadie habló. Al cabo de un rato, Montgomery dijo, entre hipidos:

—¿Quién... ha dicho que estaba muerto?

El Hombre Mono miró al Monstruo de pelo gris con ojos delatadores.

—Está muerto —afirmó el Monstruo—. Ellos lo vieron. No había ni rastro de amenaza en su voz. Todos parecían profundamente sorprendidos y atemorizados.

—¿Dónde está? —preguntó Montgomery.

—Allí —señaló la criatura gris.

—¿Hay alguna Ley ahora? —preguntó el Hombre Mono—. ¿Está muerto de verdad?

—¿Hay una Ley? —repitió el hombre de blanco.

—¿Hay una Ley, tú, Hombre del Látigo? Él está muerto —dijo el Monstruo de pelo gris.

Nos miraban fijamente.

—Prendick —dijo Montgomery, volviendo hacia mí sus inexpresivos ojos—. Está muerto. Es evidente.

Yo había permanecido detrás de él durante toda la conversación. Empezaba a comprender lo que ocurría. Entonces, di un paso al frente y, alzando la voz, exclamé:

—¡Hijos de la Ley! ¡Él «no» ha muerto!

M'ling volvió hacia mí su intensa mirada.

—Ha cambiado de forma. Ha cambiado de cuerpo —continuó—. Durante algún tiempo no lo veréis. Está... allí —y señalé hacia lo

alto—, y desde allí os vigila. Vosotros no lo veis, pero Él sí os ve a vosotros. ¡Respetad la Ley!

Los miré fijamente y retrocedieron.

—Él es grande. Él es bueno —dijo el Hombre Mono, mirando atentamente hacia el cielo entre los densos árboles.

—¿Y la otra cosa? —pregunté.

—La cosa que sangraba y corría aullando y sollozando también está muerta —dijo el Monstruo Gris, sin dejar de mirarme.

—Eso está bien —masculló Montgomery.

—El Hombre del látigo... —comenzó el Monstruo Gris.

—¿Y bien? —dije yo.

—... dijo que estaba muerto.

Pero Montgomery aún estaba lo suficientemente sobrio para comprender por qué yo negaba la muerte de Moreau.

—No está muerto —dijo, muy despacio—. No está muerto. Está tan vivo como yo.

—Algunos han quebrantado la Ley —dije—. Ésos morirán. Otros ya han muerto. Enseñadnos ahora dónde yace su cuerpo. El cuerpo que ha abandonado porque ya no lo necesita.

—Es por aquí, Hombre que camina por el mar —dijo el Monstruo Gris.

Y con aquellas seis criaturas por guías, nos adentramos en la maraña de helechos, enredaderas y ramas en dirección noroeste. Entonces vimos a un pequeño homúnculo rosado que corría hacia nosotros dando gritos y huyendo de un monstruo feroz y salpicado de sangre que no tardó en alcanzarnos.

El Monstruo Gris se apartó de un salto.

M'ling

corrió hacia él lanzando un gruñido, pero fue derribado de un golpe. Montgomery disparó y erró el tiro. Luego inclinó la cabeza, levantó el arma y salió corriendo. Entonces yo disparé, pero la fiera siguió avanzando como si tal cosa. Volví a disparar y esta vez hice blanco en su horrible cara. Sus rasgos se borraron en un santiamén. Sin embargo, pasó a mi lado, se agarró a Montgomery y, colgado de él, cayó de bruces, arrastrándolo en su caída.

Me encontré solo con

M'ling,

un animal muerto y un hombre postrado. Montgomery se incorporó

despacio y, aturdido, contempló a la bestia destrozada que yacía a su lado. El susto le había quitado la borrachera. Se puso en pie de un salto. Vi al Monstruo Gris que se acercaba sigilosamente entre los árboles.

—Mira —dije, señalando a la bestia muerta—. ¿No está viva la Ley? Esto le ha pasado por quebrantar la Ley.

Observó atentamente el cadáver y luego, con voz profunda y repitiendo parte del ritual, dijo:

—Él envía el fuego que mata.

Los demás también se acercaron a mirar.

Por fin nos dirigimos hacia el extremo oeste de la isla. Allí encontramos el cuerpo roído y mutilado del puma con el omóplato destrozado por una bala y, a unos veinte metros de distancia, hallamos por fin lo que buscábamos. Moreau yacía boca abajo en un cañaveral pisoteado.

Tenía una de las manos prácticamente colgando y el pelo plateado empapado en sangre. Sin duda, el puma le había golpeado en la cabeza con los grilletes, y todas las cañas a su alrededor estaban salpicadas de sangre. No encontramos su revólver.

Montgomery le dio la vuelta.

Descansando de vez en cuando y ayudados por los siete Salvajes —pues pesaba bastante— lo llevamos hasta el recinto. Empezaba a oscurecer. En dos ocasiones oímos a nuestro paso los aullidos de las criaturas invisibles de la selva. El Perezoso apareció un momento, nos miró y desapareció de nuevo. Pero no volvimos a ser atacados. A las puertas del recinto, la comitiva de Monstruos nos abandonó.

M'ling

también se fue con ellos. Nos encerramos, sacamos al patio interior el cuerpo mutilado de Moreau y lo depositamos sobre un montón de leña.

Luego entramos en el laboratorio y acabamos con todo bicho viviente.

19. Las vacaciones de Montgomery

Una vez terminamos la tarea, nos lavamos y comimos. Entramos en mi cuartito y, por primera vez, analizamos seriamente nuestra situación. Era casi medianoche. Montgomery estaba prácticamente sobrio, pero muy alterado. Moreau siempre había ejercido sobre él una extraña influencia. Creo que jamás se le había pasado por la cabeza que Moreau pudiera morir. El desastre había destruido en un momento los hábitos que durante los diez o más largos años de estancia en la isla habían llegado a formar parte de su carácter. Hablaba siempre en términos muy vagos, respondía a mis preguntas con evasivas y llevaba la conversación hacia temas generales.

—¡Este estúpido mundo! —dijo—. ¡Qué complicado es todo! No he vivido hasta ahora. Me pregunto cuándo empezaré. Dieciséis años tiranizado por niñeras y maestros de escuela, sometido a su santa voluntad; cinco años en Londres estudiando medicina con ahínco: mala comida, alojamientos miserables, ropas raídas, vicios lamentables. Jamás he conocido nada mejor. Luego, empujado a esta isla infernal... ¡Diez años aquí! ¿Y todo para qué, Prendick? ¿Somos como las pompas de jabón que soplan los niños?

Resultaba difícil comprender sus desvaríos.

—Lo que debemos hacer ahora es encontrar el modo de salir de esta isla —dije.

—¿Y qué tiene eso de bueno? Soy un proscrito. ¿Adónde voy a ir? Usted lo ve todo muy bien, Prendick. ¡Pobre Moreau! No podemos dejarlo en esta isla para que profanen sus huesos. Además, ¿qué va a ser de los Salvajes buenos?

—Está bien. Mañana nos ocuparemos de ello. He pensado que podríamos hacer una pira e incinerar su cuerpo. Y respecto a esas otras cosas... ¿Qué pasará con los Salvajes?

—No lo sé. Supongo que los que descienden de animales de presa acabarán como fieras tarde o temprano. Pero no podemos

matarlos a todos. ¿No? Imagino que es eso lo que «sus» sentimientos humanitarios le sugieren... Pero cambiarán. Estoy seguro.

Continuó así, sin decir nada en claro, hasta que perdí la paciencia.

—¡Maldición! —exclamó malhumorado—. ¿No se da cuenta de que mi situación es mucho más difícil? —Se levantó y fue a buscar el coñac. Luego volvió y dijo—: ¡Beba! ¡Especie de santo ateo, destructor de la lógica! ¡Beba!

—No quiero —respondí. Y continué sentado con solemnidad, observando su rostro bajo el fulgor amarillento de la parafina, mientras la embriaguez lo sumía en un estado de locuaz tristeza. Lo recuerdo como algo infinitamente aburrido. Luego pasó a hacer una sensiblera apología de

M'ling

y los Salvajes.

Dijo que *M'ling* era el único ser que se había preocupado por él. Entonces se le ocurrió una idea luminosa.

—¡Seré estúpido! —dijo, poniéndose en pie y agarrando la botella de coñac. Una súbita intuición me hizo adivinar cuál era su propósito.

—¡No se le ocurra dar alcohol a esa bestia! —exclamé, levantándome y haciéndole frente.

—¿Bestia? —dijo—. Usted es la bestia. Él bebe como todo hijo de vecino. ¡Quítese de en medio, Prendick!

—¡Por el amor de Dios! —exclamé.

—¡Quítese... de en medio! —rugió, sacando el revólver de repente.

—Muy bien —dije, y me aparté con la intención de lanzarme sobre él en cuanto pusiera la mano en el picaporte. Pero renuncié a ello al recordar que tenía un brazo roto—. Se ha convertido en un Salvaje. ¡Váyase con las bestias!

Abrió la puerta de par en par y se detuvo en el umbral, mirándome casi de frente, bajo el resplandor amarillo de la lámpara y la pálida luz de la luna; sus ojos eran dos manchas negras bajo sus pobladas cejas.

—¡Es usted un perfecto idiota, Prendick! Siempre asustado y fantaseando. Hemos llegado al límite. Es muy posible que mañana me corte el gaznate. Pero esta noche voy a permitirme una buena

fiesta.

Se dio la vuelta y salió al exterior.

—¡M'ling! ¡M'ling, querido amigo! —gritó.

Tres figuras borrosas se acercaban por la orilla de la pálida playa, bajo la plateada luz de la luna; una de ellas iba cubierta de vendas blancas, las otras la seguían como dos manchas negras.

Se detuvieron a observar algo. En ese momento,

M'ling

dobló la esquina de la casa.

—¡Bebed! —gritó Montgomery—. ¡Bebed, bestias! ¡Bebed como hombres! ¡Vaya, soy el más listo! ¡Moreau se olvidó de esto! Éste es el retoque final. ¡Bebed, os digo!

Y con la botella en la mano, salió corriendo en dirección oeste, mientras

M'ling

se colocaba entre él y las tres borrosas figuras que lo seguían.

Fui hasta la puerta. Hasta que Montgomery se detuvo casi no pude distinguirlos a la luz de la luna. Vi cómo le ofrecía coñac a

M'ling

y que sus figuras se fundieron en una forma confusa.

—¡Cantad! —oí gritar a Montgomery—. ¡Cantad todos! ¡Maldito sea Prendick!... ¡Prendick!

El oscuro grupo se desmembró en cinco figuras que poco a poco se alejaron de mí por la franja de la playa iluminada. Gritaban todos a pleno pulmón, insultándome o dando rienda suelta a esa nueva inspiración motivada por el coñac.

Después oí la voz de Montgomery a lo lejos que gritaba:

—¡A la derecha!

Y el grupo se perdió con sus aullidos en la negrura de los árboles. Poco a poco, muy poco a poco, se retiraron en silencio.

La noche recobró su apacible esplendor. La luna, que para entonces ya había alcanzado el cenit, cabalgaba por el desierto cielo azul, llena y resplandeciente.

La sombra de la pared, negra como la tinta, se extendía a mis pies sobre un espacio de un metro de anchura. Hacia el este, el mar tenía un misterioso tono oscuro, y entre el mar y la sombra, las arenas grises, de obsidiana, resplandecían como una playa de diamantes. La lámpara de parafina ardía a mis espaldas con rojiza y

cálida llama.

Cerré la puerta, eché la llave y entré en el recinto donde el cadáver de Moreau yacía junto a sus últimas víctimas (los podencos, la llama y otras infortunadas bestias) con expresión apacible, pese a su terrible muerte. Sus ojos abiertos contemplaban la blanca quietud de la luna en lo alto del cielo. Me senté en el borde del sumidero y, con la mirada fija en aquel haz fantasmagórico de luz plateada y sombras inquietantes, me dispuse a planear lo que iba a hacer.

Por la mañana metería algunas provisiones en el bote y, tras prender fuego a la pira que tenía ante mí, me adentraría de nuevo en la desolación del mar. Comprendía que no había manera de ayudar a Montgomery, pues era casi como un Salvaje, incapaz de relacionarse con las personas.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado, haciendo planes. Debíó de ser aproximadamente una hora. Luego, mis cavilaciones se vieron interrumpidas por el regreso de Montgomery. Oí un aullido procedente de muchas gargantas —una confusión de gritos de júbilo, jadeos y alaridos que descendía hasta la playa— y que parecía llegar desde algún punto cercano a la orilla. El alboroto creció y después se extinguió. Más tarde oí unos golpes fuertes y el crujir de la madera al partirse, pero entonces no me preocupó lo más mínimo.

Luego comenzó un canto disonante.

Mis pensamientos volvieron a centrarse en el modo de escapar. Me levanté, tomé la lámpara y entré en un cobertizo para coger unos barriles que había visto.

Encontré unas latas de galletas y, decidido a investigar su contenido, abrí una de ellas. Creí ver algo por el rabillo del ojo —una figura roja— y me volví bruscamente.

A mis espaldas se extendía el patio, de un blanco y negro intenso bajo la luz de la luna, donde se alzaba el montón de madera y los haces de leña sobre los que yacían Moreau y sus mutiladas víctimas, unos encima de otros. Parecían agarrarse mutuamente en una especie de cuerpo a cuerpo final. Sus heridas eran negras como la noche, y la sangre que de ellas había brotado formaba manchas negras sobre la arena. Entonces, sin comprender todavía bien, descubrí la causa de mi sobresalto: era un resplandor rojizo que

bailaba en la pared de enfrente. No supe interpretarlo y, pensando que se trataba del reflejo de mi propia lámpara, volví al cobertizo.

Seguí revolviendo con la torpeza de un manco todo cuanto allí había, escogiendo lo que me parecía útil y separándolo para cargarlo en la lancha al día siguiente. Mis movimientos eran lentos y el tiempo pasó deprisa. Cuando quise darme cuenta ya era de día.

El canto se fue apagando para dar paso a un clamor, luego se reanudó y, de repente, se transformó en tumulto. Oía gritos de «¡más, más!», un ruido como de lucha y un súbito alarido. El cambio de sonidos era tan evidente que llamó mi atención. Salí al patio y escuché. Luego, como un cuchillo que rasgase la confusión, se oyó el disparo de un revólver.

Crucé precipitadamente la habitación hacia la puerta. Algunos baúles resbalaron y se desplomaron en el suelo del cobertizo con estrépito de cristales rotos. Pero no les presté atención, sino que abrí la puerta de par en par y miré al exterior.

En la cabaña de la playa, cerca de la costa de las lanchas, ardía una hoguera cuyas chispas se desdibujaban en la imprecisión del amanecer. En torno a ella forcejeaba una masa de figuras negras. Oí que Montgomery me llamaba y eché a correr hacia la hoguera, revólver en mano. Vi la rosada lengua de fuego del revólver de Montgomery lamer el suelo y luego caer a tierra. Grité con todas mis fuerzas y disparé al aire.

Oí que alguien gritaba: «¡El Maestro!». La enmarañada lucha se dispersó en núcleos aislados y el fuego ascendió en gran llamarada y disminuyó casi hasta apagarse. Presa de un repentino pánico, la multitud de Monstruos pasó corriendo ante mí playa arriba. En mi estado de agitación, disparé contra ellos mientras desaparecían entre la maleza. Entonces me volví hacia los montones negros que había en el suelo.

Montgomery yacía boca arriba con la bestia de pelo gris encima de él. El Monstruo había muerto, pero seguía aferrado al cuello de Montgomery con sus garras en curva. Junto a ellos se encontraba *M'ling*,

tumbado boca abajo y completamente inmóvil, degollado y con el cuello de una botella de coñac rota en la mano. Otros dos cuerpos yacían junto al fuego. Uno de ellos estaba inmóvil; el otro se quejaba de vez en cuando, levantando lentamente la cabeza y

dejándola caer de nuevo.

Agarré al Monstruo Gris y lo aparté del cuerpo de Montgomery; las garras le destrozaron la ropa mientras yo lo arrastraba, como si no quisiera separarse de él.

Montgomery tenía el rostro amoratado y respiraba con dificultad. Le arrojé agua del mar a la cara y puse mi abrigo en el suelo a guisa de almohada para que apoyara la cabeza.

M'ling

había muerto. La criatura herida que estaba junto al fuego —un Hombre Lobo de barba gris— yacía con la parte superior del cuerpo sobre las brasas aún ardientes. Tan lastimoso era el estado de la pobre bestia que, por compasión, le salté la tapa de los sesos. El otro monstruo era uno de los Hombres Toro cubiertos de vendas blancas. También estaba muerto.

Los demás habían desaparecido de la playa. Regresé junto a Montgomery y me arrodillé a su lado, maldiciendo mi ignorancia en medicina.

El fuego se había extinguido y sólo quedaban ascuas en medio de las cenizas. Me pregunté dónde podía haber encontrado Montgomery toda aquella madera. Estaba amaneciendo y el cielo se aclaraba a medida que la luna, cerca ya de su ocaso, se tornaba más pálida y opaca en el luminoso azul del nuevo día. Hacia levante, el cielo se teñía de rojo.

Entonces oí un ruido sordo y un silbido igualmente apagado a mis espaldas, y, mirando alrededor, me puse en pie de un salto con un grito de horror. Grandes masas de humo negro ascendían contra el amanecer ardiente procedentes del recinto, y entre su turbulenta negrura parpadeaban las llamas rojas como la sangre. El techo de paja se incendió; las llamas ascendían por la pendiente y una lengua de fuego salía por la ventana de mi habitación.

De repente comprendí lo ocurrido. Recordé el ruido que oí al caerse las cajas. Cuando corrí en ayuda de Montgomery había volcado la lámpara, derramando el líquido sobre los baúles.

Al instante supe que era imposible salvar nada de lo que había en el recinto. Mi mente volvió a centrarse en el plan de huida y volví rápidamente la mirada buscando los dos botes varados en la playa. ¡Ya no estaban! Había dos hachas en la arena junto a mí; el suelo estaba cubierto de astillas, y las negras cenizas de la hoguera

llenaban de humo el amanecer. Montgomery había quemado los botes para vengarse de mí e impedir mi regreso a la civilización.

Un súbito ataque de ira se apoderó de mí. Estuve a punto de patearle la cabeza mientras yacía indefenso a mis pies. Entonces movió una mano tan débil y lastimosamente que mi rabia se esfumó. Lanzó un gemido y abrió los ojos un instante.

Me arrodillé a su lado y le ayudé a levantar la cabeza. Volvió a abrir los ojos, mirando en silencio el amanecer, y su mirada se cruzó con la mía. Sus párpados cayeron.

—Lo siento —dijo con gran esfuerzo. Parecía que intentaba pensar—. Es el fin —murmuró—, el fin de este estúpido mundo. ¡Qué desastre!

Yo escuchaba. Su cabeza cayó hacia un lado. Pensé que un trago podría reanimarlo, pero no tenía a mi alcance bebida alguna ni recipiente en que traerla. De pronto su cuerpo me pareció más pesado. Se me heló el corazón.

Me incliné sobre su rostro y metí la mano por la camisa desgarrada. Estaba muerto y, mientras moría, una línea al rojo vivo, el limbo del sol, ascendió por levante más allá de la bahía, esparciendo sus rayos por el cielo y transformando el oscuro mar en un torbellino de luz cegadora que glorificaba su rostro contraído por la muerte.

Le apoyé suavemente la cabeza sobre la tosca almohada que había improvisado, y me puse en pie. Ante mí se extendía la radiante desolación del mar, la horrible soledad que tanto me había hecho sufrir; y a mis espaldas, la isla en calma bajo la aurora, con sus Monstruos silenciosos e invisibles. El recinto, con todas las provisiones y la munición, ardía con gran estrépito, súbitas bocanadas de fuego, violentas crepitaciones y algún que otro estallido. La densa humareda ascendía por la playa alejándose de mí y rozando las lejanas copas de los árboles en dirección a las cabañas del barranco. A mi lado descansaban los restos carbonizados de los botes y aquellos cinco cadáveres.

Entonces, de entre la maleza surgieron tres Monstruos de hombros encorvados, cabezas salientes, manos deformes, torpes ademanes y mirada inquisitiva y hostil; avanzaron hacia mí con gestos vacilantes.

20. A solas con los Monstruos

Les hice frente, pues en ellos estaba mi destino. Estaba solo, tenía un brazo roto y, en el bolsillo, un revólver al que le faltaban dos balas. Entre las astillas esparcidas por la playa encontré las dos hachas con las que habían desguazado los botes. La marea subía a mis espaldas.

No me quedaba más remedio que echarle valor. Miré fijamente los rostros de los Monstruos que se acercaban. Ellos rehuyeron mi mirada y husmearon con los hocicos temblorosos los cadáveres que yacían en la playa a mis espaldas. Avancé unos pasos, recogí el látigo ensangrentado que reposaba junto al cadáver del Hombre Lobo y lo hice restallar.

Se detuvieron y me miraron con extrañeza.

—¡Saludad! —dije—. ¡Inclinaos ante mí!

Vacilaron un instante. Uno de ellos dobló las rodillas. Repetí la orden, con el corazón en un puño, y avancé hacia ellos. Primero se arrodilló uno, luego los otros dos.

Me di la vuelta y caminé hacia los cadáveres, sin apartar la vista de los tres Monstruos arrodillados, como un actor que hace mutis por el foro sin quitar la vista del público.

—Quebrantaron la Ley —dije, al tiempo que apoyaba un pie sobre el Recitador—. Por eso han muerto. Incluso el Recitador de la Ley. Y el Hombre del Látigo. ¡Grande es la Ley! Venid a ver.

—No hay escapatoria —dijo uno de ellos, mientras se acercaba a mirar.

—No hay escapatoria —dije yo—. Por lo tanto, escuchad y haced lo que os ordeno.

Se pusieron en pie, interrogándose con la mirada.

—Quedaos ahí —dije.

Recogí las dos hachas y las colgué del brazo en cabestrillo; luego, le di la vuelta a Montgomery, cogí su revólver, viendo que

aún le quedaban dos balas, y hurgando en su bolsillo encontré seis cartuchos más.

—Llévóslo —dije, poniéndome otra vez en pie y señalando con el látigo el cadáver de Montgomery—. Llévóslo de aquí y arrojadlo al mar.

Se acercaron, temerosos todavía de Montgomery, pero más temerosos aún del chasquido del látigo ensangrentado y, luego de algunos titubeos, restallidos de látigo y amenazas, lo levantaron con precaución, lo bajaron hasta la playa y se adentraron chapoteando en las relucientes olas.

—¡Venga! —dije—. ¡Adelante! ¡Llévóslo lejos! Avanzaron hasta que el agua les llegó a los hombros, se detuvieron y me miraron.

—Soltadlo —dije.

El cuerpo de Montgomery se hundió bruscamente en medio de un gran chapoteo, y yo sentí que se me encogía el corazón.

—¡Bien! —dije con un nudo en la garganta.

Corrieron asustados hacia la orilla, dejando largas estelas negras en el agua plateada. Al llegar a la arena se detuvieron y volvieron la cabeza hacia el mar, como si temiesen que Montgomery pudiese resurgir exigiendo venganza.

—Y ahora éstos —dije, señalando a los otros cadáveres.

Se cuidaron mucho de no acercarse al lugar donde habían arrojado a Montgomery y arrastraron los cadáveres unos cien metros por la playa antes de vadear para echarlos al agua.

Mientras observaba cómo se deshacían de los restos mutilados de

M'ling,

oí un ligero ruido de pasos a mis espaldas, y, volviéndome bruscamente, vi al enorme Cerdo Hiena a unos diez metros de mí. Tenía la cabeza gacha, los ojos brillantes clavados en mí y las gruesas manos deformes pegadas al cuerpo. Al volverme cambió la postura de acecho y desvió ligeramente la mirada.

Nos miramos fijamente a los ojos un momento. Solté el látigo y saqué la pistola del bolsillo. Estaba dispuesto a matar a aquella bestia, la más temida de cuantas quedaban en la isla, al menor pretexto. Podrá parecer una vileza, pero ésa era mi intención. Le tenía mucho más miedo a él que a cualesquiera otros dos Monstruos juntos. Su supervivencia, no me cabía duda, era una amenaza para

la mía.

Hice acopio de valor durante varios segundos. Luego grité:

—¡Saluda! ¡Arrodíllate!

Un gruñido dejó entrever sus colmillos.

—¿Quién eres tú para decirme...?

Quizá un poco precipitadamente, saqué el revólver, apunté y disparé. Le oí gritar, vi que corría y torcía en diagonal; supe que había fallado, y tiré del percutor con el pulgar dispuesto a disparar de nuevo. Pero huía a toda velocidad, saltando de un lado a otro, y no me atreví a errar de nuevo el tiro. De vez en cuando volvía la cabeza para mirarme por encima del hombro. Corrió por la pendiente de la playa y desapareció entre la densa masa de humo que aún salía del recinto en llamas. Me quedé un rato mirándolo. Luego me volví hacia mis tres obedientes Monstruos y les hice una seña para que soltasen el cadáver que transportaban. Regresé junto al fuego, al lugar donde habían caído los cuerpos, y removí la arena con el pie hasta que desaparecieron todas las manchas de sangre.

Despedí a mis tres esbirros con un movimiento de la mano y caminé playa arriba hasta adentrarme en la espesura. Llevaba la pistola en la mano y el látigo y las hachas colgadas del cabestrillo. Deseaba estar a solas para reflexionar sobre la situación en la que me encontraba.

Algo terrible, de lo que apenas empezaba a darme cuenta, era que no había un solo lugar seguro en toda la isla donde descansar y dormir. Había recuperado las fuerzas asombrosamente desde mi llegada a la isla, pero aún era proclive al nerviosismo y me venía abajo ante la adversidad. Pensé que lo mejor sería cruzar de nuevo la isla e instalarme entre los Monstruos, confiándoles mi propia seguridad personal. Pero me faltó el ánimo. Regresé a la playa, y, girando hacia el este por delante del recinto en llamas, me dirigí hacia un banco de arena y coral que avanzaba hasta el arrecife. Allí podría sentarme a reflexionar, de espaldas al mar y haciendo frente a cualquier posible sorpresa. Y allí estuve sentado un buen rato, la cara entre las rodillas y el sol abrasándome la cabeza. Un creciente temor se apoderaba de mí, pese a lo cual planeé el modo de sobrevivir hasta la hora de mi rescate, si es que esa hora llegaba. Intenté analizar la situación con la mayor ecuanimidad, pero no lograba desprenderme de mis sentimientos.

Me puse a darle vueltas en la cabeza a la desesperación de Montgomery. «Cambiarán —dijo—. Seguro que cambiarán». Y Moreau, ¿qué había dicho Moreau? «Su bestialidad es cada día mayor...». Luego volví a acordarme del Cerdo Hiena. Estaba seguro de que, si no mataba a aquella bestia, ella me mataría a mí... El Recitador de la Ley había muerto. ¡Qué desgracia!... Ahora sabían que los Hombres del látigo podían morir igual que ellos...

¿Me estarían espionando desde las masas verdes de helechos y palmeras, a la espera de tenerme a su alcance? ¿Qué estarían tramando contra mí? ¿Qué les estaría diciendo el Cerdo Hiena? Mi imaginación me sumía en un mar de temores infundados.

Mis pensamientos quedaron interrumpidos por los gritos de unas aves marinas que se precipitaban hacia un objeto negro que las olas habían depositado en la arena, cerca del recinto. Sabía muy bien de qué se trataba, pero me faltó valor para ir a ahuyentarlas. Comencé a caminar por la playa en dirección contraria, con la intención de bordear el extremo oriental de la isla y acercarme así al barranco de las cabañas, sin exponerme a las posibles emboscadas de la selva.

Después de recorrer aproximadamente un kilómetro, advertí la presencia de uno de mis tres Monstruos, que salía de los matorrales en dirección a mí. Las fantasías de mi imaginación me habían puesto tan nervioso que inmediatamente saqué el revólver. Ni siquiera sus gestos suplicantes consiguieron desarmarme.

Se me acercó con vacilación.

—¡Márchate! —le grité.

La actitud asustadiza y servil de aquella criatura era propia de un perro. Retrocedió un poco, como un perro ahuyentado, y se detuvo, mirándome con ojos suplicantes.

—¡Márchate! —repetí—. No te acerques.

—¿No puedo acercarme a ti? —preguntó.

—¡No! Márchate —insistí, haciendo sonar el látigo. Luego, sosteniendo el látigo con los dientes, me agaché para coger una piedra y, amenazándolo con ella, logré que se alejase.

Así, a solas, llegué hasta el barranco de los Monstruos y, escondido entre las hierbas y los juncos que lo separaban del mar, los observé a medida que iban apareciendo, intentando juzgar por su actitud y sus gestos en qué medida les había afectado la muerte de Moreau y de Montgomery y la destrucción de la Casa del Dolor.

Entonces comprendí el desatino de mi cobardía. Si hubiera tenido el mismo valor que al amanecer, si no hubiera permitido que se disipara en reflexiones solitarias, podría haberme adueñado del cetro vacante de Moreau y dominar a los Monstruos. Pero había perdido la oportunidad, y había descendido al rango de simple líder de mis iguales.

Hacia el mediodía, algunos se tumbaron al sol sobre la arena caliente. La imperiosa voz del hambre y de la sed prevalecía sobre mis temores. Salí de mi escondite entre los matorrales y, revólver en mano, descendí hacia donde estaban sentadas aquellas criaturas. Una de ellas, una Mujer Lobo, volvió la cabeza y me miró con asombro; los demás la imitaron. Ninguno hizo ademán de levantarse o saludar. Estaba demasiado débil y cansado para enfrentarme a tantos, y dejé pasar la ocasión.

—Quiero comer —dije, casi disculpándome, mientras me acercaba a ellos.

—Hay comida en las cabañas —dijo un Oso jabalí medio dormido, volviendo la cabeza hacia otro lado.

Pasé por delante de ellos y me adentré en la sombra y los olores del barranco casi desierto. En una cabaña vacía me di un festín de fruta y, tras tapar la puerta con unas ramas medio podridas, me coloqué frente a ella con la mano sobre el revólver. La fatiga de las últimas treinta horas empezaba a dejarse sentir, y caí en un ligero sopor, con la esperanza de que mi frágil barricada hiciera el ruido suficiente para evitarme cualquier sorpresa desagradable si alguien la derribaba.

21. La regresión de los Monstruos

Y fue así como me convertí en uno más de los Monstruos de la isla del doctor Moreau. Cuando desperté había anochecido. Me dolía el brazo, bajo el vendaje. Me incorporé, preguntándome al principio dónde estaba. Oí voces roncadas que hablaban en el exterior. Entonces vi que la barricada había desaparecido y que la entrada de la cabaña estaba abierta. Seguía teniendo el revólver en la mano.

Oí una respiración y vi un bulto agazapado a mi lado. Contuve la respiración, intentando averiguar de qué se trataba. «Aquello» comenzó a moverse lenta e interminablemente. Entonces sentí que algo cálido, húmedo y blando me rozaba la mano.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo. Aparté bruscamente la mano y estuve a punto de gritar. Pero me di cuenta de lo que había pasado y mis dedos siguieron acariciando el revólver.

—¿Quién está ahí? —susurré, apuntando con el revólver.

—Soy yo, Maestro.

—Y ¿quién eres tú?

—Dicen que ya no hay Maestro. Pero yo lo sé. Yo llevé los cuerpos al mar, ¡oh tú que caminas sobre las aguas!, los cuerpos de los que tú mataste. Soy tu esclavo, Maestro.

—¿Eres el que me encontré en la playa? —pregunté.

—El mismo, Maestro.

La criatura parecía de fiar, de lo contrario se habría abalanzado sobre mí mientras dormía.

—Está bien —dije, extendiendo la mano para que me la lamiera otra vez. Empecé a darme cuenta de lo que su presencia significaba para mí, y mi valor creció como la espuma—. ¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Se han vuelto locos, están chiflados —dijo el Hombre Perro—. Andan todos hablando al mismo tiempo por ahí. Dicen: «El Maestro

ha muerto; el del Látigo ha muerto. El que camina sobre las aguas es... como nosotros. Ya no hay Maestro, ni Látigos, ni Casa del Dolor. Se acabó. Amamos la Ley y la respetaremos, pero ya no habrá más dolor, ni Maestro, ni Látigo». Eso es lo que dicen. Pero yo sé la verdad, Maestro, yo la sé.

Tanteé en la oscuridad y acaricié la cabeza del Hombre Perro.

—Está bien —volví a decir.

—Y ahora los matarás a todos —dijo el Hombre Perro.

—Sí —contesté—, los mataré a todos; en cuanto pasen unos días y se produzcan ciertos hechos. Todos, menos los que tú perdones, morirán.

—Cuando el Maestro quiere matar, mata —dijo el Hombre Perro con cierta satisfacción.

—Y para que sus pecados puedan multiplicarse —añadí—, dejemos que vivan su locura hasta que les llegue la hora. Que no sepan aún que yo soy el Maestro.

—La voluntad del Maestro es buena —dijo el Hombre Perro con el instinto de su sangre canina.

—Pero hay uno que ha pecado —dije yo—. A ése lo mataré en cuanto lo encuentre. Cuando te diga «éste es», abalánzate sobre él. Y ahora iré junto a los hombres y mujeres que están reunidos.

Al marcharse el Hombre Perro, la entrada de la cabaña quedó momentáneamente oscurecida. En seguida me puse en pie, casi en el mismo sitio donde estaba cuando oí a Moreau y a su sabueso persiguiéndome. Pero esta vez era de noche, el miasmático barranco que me rodeaba estaba envuelto en la negrura y, más allá, en lugar de una verde ladera iluminada por el sol, vi la luz roja de una hoguera ante la que se movían unas figuras grotescas y encorvadas. A lo lejos se alzaban los densos árboles, una masa negra bordeada en su parte superior por el negro manto de las ramas más altas. La luna asomaba en ese instante por el borde del barranco, atravesada por las perpetuas columnas de vapor que brotaban sin cesar de las fumarolas de la isla.

—Ven conmigo —le dije, para darme ánimos, y juntos descendimos por el estrecho camino, sin prestar la menor atención a las imprecisas formas que nos espiaban desde las cabañas.

Ninguno de los que estaban junto a la hoguera hizo amago de saludarme. Casi todos fingieron con desdén no advertir mi

presencia. Busqué con la mirada al Cerdo Hiena, pero no estaba allí. Había en total unos veinte Salvajes acucillados mirando al fuego o charlando entre sí.

—Está muerto, está muerto, el Maestro está muerto —dijo la voz del Hombre Mono, a mi derecha—. Ya no hay Casa del Dolor.

—No está muerto —dije yo en voz alta—. Ahora mismo nos está observando.

Mis palabras los sobresaltaron. Veinte pares de ojos se fijaron en mí.

—La Casa del Dolor ha desaparecido —dije—, pero sólo momentáneamente. Aunque no podáis ver al Maestro, él os escucha desde allí arriba.

—¡Es cierto, es cierto! —dijo el Hombre Perro.

Mi seguridad les hizo titubear. Los animales pueden ser muy astutos y feroces, pero sólo un hombre es capaz de mentir.

—El Hombre del Brazo Vendado dice cosas extrañas —observó uno de los Salvajes.

—Te aseguro que es cierto —dije—. El Maestro y la Casa del Dolor volverán otra vez. ¡Ay de aquel que quebrante la Ley!

Se miraron con extrañeza. Fingiendo indiferencia, comencé a escarbar despreocupadamente el suelo con el hacha. Vi que observaban los profundos cortes que hacía en la hierba.

Entonces el Sátiro planteó una duda, y yo le respondí. Una de aquellas cosas moteadas puso otra objeción, y una animada discusión surgió en torno al fuego. A cada momento me sentía más seguro de mí mismo. Ya no me quedaba sin respiración al hablar, como me sucediera al principio, a causa de la excitación. Al cabo de media hora había convencido a varios Monstruos de la veracidad de mis afirmaciones y había sembrado la duda en los demás.

Estuve pendiente en todo momento de mi enemigo, el Cerdo Hiena, pero no apareció. De vez en cuando me sobresaltaba un movimiento sospechoso, pero mi confianza renacía rápidamente. Luego, a medida que la luna descendía desde el cenit, los que escuchaban comenzaron a bostezar, mostrando los dientes a la luz de las brasas y, uno a uno, se retiraron a las guaridas del barranco. Temeroso del silencio y de la oscuridad, me fui tras ellos, pues sabía que estaba más seguro con varios que con uno solo.

Así empezó el período más largo de mi estancia en la isla del

doctor Moreau. Pero desde esa noche y hasta el final sólo ocurrió un incidente digno de mención, amén de una interminable serie de pequeños detalles desagradables y de un desasosiego constante. De modo que prefiero no hacer una crónica de ese lapso de tiempo y ceñirme a un acontecimiento crucial en los diez meses que pasé en compañía de aquellas bestias semihumanas. Me dejaría cortar la mano derecha para olvidar muchas cosas que han quedado grabadas en mi memoria y que podría referir. Pero no añaden nada a la historia. Al volver la vista atrás, me sorprende al recordar lo pronto que me adapté a las costumbres de los Monstruos y me gané su confianza. Tuve algunas peleas, de cuyas mordeduras aún conservo las cicatrices, pero no tardaron en mostrar un sano respeto por mi habilidad como lanzador de piedras y por el filo de mi hacha. La ayuda del Hombre Perro —leal como un San Bernardo— fue inestimable para mí. Descubrí que su sencilla escala de valores se basaba ante todo en la capacidad para producir heridas sangrantes. De hecho, puedo afirmar —espero que sin vanidad— que llegué a ocupar una posición preeminente entre ellos. Más de uno al que había malherido en alguna pelea me guardaba rencor, pero generalmente se limitaba a hacerme muecas, casi siempre a mis espaldas y a prudencial distancia de mis misiles.

El Cerdo Hiena me evitaba, y yo me mantenía alerta a su presencia en todo momento. Mi inseparable Hombre Perro lo odiaba y lo temía intensamente. Estoy seguro de que ésa era la razón de su apego a mí. Pronto comprendí que el Cerdo Hiena había probado la sangre y seguía el mismo camino que el Hombre Leopardo. Construyó una guarida en algún lugar del bosque y se volvió solitario. En una ocasión intenté convencer a los Salvajes para que le diesen caza, pero me faltó autoridad para que actuaran todos a una. Una y otra vez intenté acercarme a su guarida y sorprenderlo desprevenido, pero siempre era más rápido que yo y, al verme o sentir mi olor en el viento, tenía tiempo de escapar. Con sus emboscadas repentinas, también él hacía que los senderos del bosque resultasen peligrosos para mí y para mis aliados. El Hombre Perro apenas se atrevía a alejarse de mi lado.

Al cabo de un mes, y en comparación con su situación anterior, los Monstruos eran pasablemente humanos, y con alguno de ellos —aparte de mi compañero canino— llegué a portarme de manera

tolerante y amistosa. El Perezoso me mostraba un raro afecto y me seguía a todas partes. El Hombre Mono, sin embargo, me fastidiaba sobremanera. Daba por hecho, fundándose en sus cinco dedos, que era mi igual, y se pasaba el día cotorreando y diciendo las mayores tonterías. Sólo había una cosa en él que me hacía gracia: tenía una fantástica habilidad para inventar palabras nuevas. Al parecer pensaba que el uso correcto del lenguaje consistía en farfullar palabras sin sentido. Llamaba a esto «grandes ideas», para distinguirlo de las «pequeñas ideas», es decir, de los detalles de la vida cotidiana. Cuando hacía un comentario que él no entendía, siempre lo alababa mucho y me pedía que lo repitiese para aprenderlo de memoria; luego iba repitiéndolo por todas partes para impresionar a los más ingenuos. No decía nada que fuese sencillo y comprensible. Inventé algunas «grandes ideas» para su uso particular. Ahora me parece que era la criatura más tonta que he conocido jamás: a la característica necedad del hombre sumaba prodigiosamente la estupidez natural del mono.

Esto, como digo, sucedió en las primeras semanas de soledad entre las bestias. Durante aquel tiempo respetaron las costumbres establecidas por la Ley y se comportaron con moderación. Volví a encontrar otro conejo descuartizado —por el Cerdo Hiena, con toda probabilidad—, pero eso fue todo. Fue hacia mayo cuando empecé a detectar cambios evidentes en su forma de hablar y de moverse, una mayor dificultad de articulación, un creciente desinterés por el lenguaje. El parloteo del Hombre Mono era más intenso que nunca, pero resultaba cada vez más incomprensible, más simiesco. Algunos parecían estar perdiendo la facultad del habla, aunque comprendían lo que les decía. ¿Puede alguien imaginar la pérdida y el embotamiento del lenguaje claro y conciso, su creciente ausencia de forma y significado, su transformación en mero sonido vacío? Además, empezaban a tener serias dificultades para caminar erguidos. Aunque era evidente que les producía mucha vergüenza, de vez en cuando sorprendía a alguno corriendo a cuatro patas, incapaz de recobrar la posición vertical. Sujetaban las cosas con mayor torpeza, bebían directamente con la boca, roían la comida y se mostraban cada día más zafios. Entendí mejor que nunca lo que Moreau me había dicho sobre la «obstinada carne de las bestias». Estaban regresando rápidamente a su estado primitivo.

Algunos —primero las hembras, según observé con cierta sorpresa— comenzaron a hacer caso omiso de las normas del decoro, casi siempre deliberadamente. Otros incluso se rebelaron en público contra la institución de la monogamia. Era evidente que la Ley se debilitaba a ojos vista. No puedo seguir con este desagradable asunto. Mi Hombre Perro se transformaba lentamente en perro a secas; poco a poco se fue volviendo más estúpido, más cuadrúpedo y más peludo. Apenas advertí la transición de compañero fiel a perro furtivo. A medida que crecían la negligencia y la desorganización, el camino de las cabañas, ya de por sí desagradable, se me hizo tan repugnante que tuve que abandonarlo y, atravesando otra vez la isla, me construí un cobertizo de ramas entre las negras ruinas del recinto de Moreau. El recuerdo del dolor que allí habían padecido hacía de aquél un lugar seguro para esconderse de los Monstruos.

Sería imposible detallar paso a paso la degeneración de los Monstruos: contar cómo perdían día a día los rasgos humanos, cómo se deshacían de sus trapos y sus vendas hasta prescindir por completo de la ropa, cómo empezaba a extenderse el pelo por sus extremidades desnudas, cómo se les hundía la frente y se les alargaba la cara. El solo recuerdo de la intimidad casi humana que había tenido con alguno de ellos durante el primer mes de mi soledad me espantaba.

La transformación se produjo de manera lenta e imparable. No fue una conmoción ni para ellos ni para mí. Aún podía sentirme seguro entre ellos, porque su regresión aún no había liberado la explosiva carga de animalidad que apagaba por momentos sus características humanas. Pero empecé a temer que la conmoción se produjese en cualquier momento. Mi San Bernardo me siguió hasta el recinto, y su vigilancia a veces me permitía dormir casi en paz. El Perezoso rosado se volvió asustadizo y regresó a su medio natural entre las ramas de los árboles. Nuestro estado de equilibrio era el mismo que el que quedaría en una de esas jaulas llenas de animales diversos que exhiben los domadores, si el domador las abandonara para siempre.

Pero estas criaturas no degeneraron en bestias como las que el lector habrá visto en los zoológicos, es decir, en vulgares osos, lobos, tigres, bueyes, cerdos o monos. Seguía habiendo algo extraño

en su naturaleza; en cada uno de ellos Moreau había mezclado un animal con otro: uno tenía rasgos principalmente osunos, otro felinos, el de más allá bovinos, pero cada cual estaba contaminado por otras criaturas, y una especie de animalismo generalizado surgía bajo sus caracteres específicos. Todavía me sorprendían de vez en cuando ciertos rasgos humanos, como la recuperación momentánea del lenguaje hablado, la inesperada habilidad de las patas delanteras o algún penoso intento de caminar erguidos.

También yo debí de experimentar extraños cambios. Mi ropa era un puñado de andrajos amarillentos, a través de los cuales se veía la piel bronceada. Tenía el pelo larguísimo y enmarañado. Dicen que incluso ahora mis ojos conservan un brillo y una viveza inusuales.

Al principio pasaba el día en la playa meridional, oteando el horizonte, esperando el paso de un barco y rogando por su aparición. Confiaba en el regreso anual del *Ipecacuanha*, pero nunca llegaba. En cinco ocasiones divisé velas, y vi tres columnas de humo, pero nadie se detuvo en la isla. Tenía siempre una hoguera encendida, pero sin duda se atribuía el humo a la naturaleza volcánica de la isla.

Era ya septiembre u octubre cuando empecé a pensar seriamente en construir una balsa. Por aquel entonces el brazo ya estaba curado y podía servirme de las dos manos. Al principio me sentí impotente. Jamás había hecho un trabajo de carpintería ni cosa parecida, y me pasaba el día en el bosque, cortando troncos e intentando ensamblarlos. No tenía cuerdas ni encontraba con qué fabricarlas; las lianas eran muy abundantes, pero ninguna parecía suficientemente flexible y resistente al mismo tiempo y, con toda mi carga de educación científica, era incapaz de conferirles la flexibilidad y resistencia necesarias. Pasé más de dos semanas rebuscando entre las ruinas del recinto y en el lugar de la playa donde habían quemado los botes, en busca de clavos y otras piezas de metal desperdigadas que pudieran serme de utilidad. De vez en cuando se acercaba a mirar algún Monstruo, pero se alejaba dando saltos en cuanto le gritaba. Luego sobrevino una temporada de tormentas y lluvias torrenciales que retrasaron considerablemente mi trabajo, pero al fin la balsa quedó terminada.

Estaba orgulloso de ella. Pero, con esa falta de sentido práctico que siempre ha sido mi perdición, había construido la balsa a más

de un kilómetro del mar, y antes de poder arrastrarla hasta la orilla se había hecho pedazos. Tal vez fuera una suerte para mí no poder botarla entonces, pero en ese momento, la desesperación por el fracaso fue tan grande que durante varios días no fui capaz de hacer nada más que vagar por la playa, contemplar el mar y pensar en la muerte.

Pero no tenía la menor intención de morir, y ocurrió un incidente que me hizo ver con claridad la insensatez de dejar pasar así los días, pues los Monstruos eran cada vez más peligrosos. Estaba tumbado a la sombra del muro del recinto, mirando al mar, cuando me sobresaltó el contacto de algo frío en el talón y, volviéndome bruscamente, vi al Perezoso que me miraba con asombro. Hacía tiempo que había perdido el habla y la capacidad de desplazarse con facilidad; el pelo lacio se había vuelto más espeso y sus gruesas garras más ganchudas. Al ver que había llamado mi atención, lanzó un débil gemido, regresó hacia la maleza y se volvió para mirarme.

Al principio no lo entendí, pero luego se me ocurrió que quizá quería que lo siguiera; entonces fui tras él, muy despacio, porque hacía mucho calor. Al llegar a los árboles comenzó a trepar por uno de ellos, pues se desplazaba mejor a través de las lianas que en tierra firme.

De repente, en un claro del bosque, me encontré con una escena espantosa: mi San Bernardo yacía muerto en el suelo, y junto a él, agazapado, estaba el Cerdo Hiena, desgarrando la carne palpitante con sus deformes garras; mordisqueándola y gruñendo con delectación. Al acercarme, el Monstruo levantó hacia mí unos ojos amenazadores, echó hacia atrás los labios, mostrando los dientes ensangrentados, y rugió con aire desafiante. No tenía miedo ni sentía vergüenza; había perdido el último vestigio de su procedencia humana. Avancé un paso, me detuve y saqué el revólver. Por fin estábamos frente a frente.

El animal no hizo amago de retroceder, sino que echó hacia atrás las orejas, se le erizó el pelo y encogió el cuerpo, dispuesto a saltar. Le apunté al entrecejo y disparé. En ese momento, la bestia se abalanzó sobre mí de un salto y me derribó como si fuera un bolo. Intentó agarrarme con la mano herida y me golpeó en la cara. Quedé atrapado bajo su cuerpo, mas, por fortuna, el disparo había

sido certero y la bestia murió en el momento de saltar. Me lo quité de encima y me puse en pie, temblando, mirando asustado su cuerpo convulso. Por fin había pasado el peligro. Pero sabía que eso no era sino el comienzo de una larga serie de incidentes.

Quemé los dos cadáveres en una pira hecha con ramas. Ahora veía con claridad que, si no abandonaba la isla, mi muerte sería sólo cuestión de tiempo. Por aquel entonces los Monstruos, con alguna que otra excepción, habían abandonado el barranco y habían construido guaridas, cada cual a su manera, entre la maleza. Casi todos pasaban el día durmiendo, y la isla le habría parecido desierta a cualquier recién llegado; pero de noche el aire se poblaba de gritos y aullidos. Se me pasó por la cabeza la idea de hacer una masacre, tendiendo trampas o atacándolos con un cuchillo. Si hubiera tenido cartuchos suficientes, no habría vacilado en comenzar la matanza. No debían de quedar más de veinte carnívoros, y los más feroces ya habían muerto. Tras la muerte del pobre perro, mi último amigo, también yo adopté la costumbre de dormir durante el día para permanecer alerta por la noche. Reconstruí mi guarida entre las ruinas del recinto, dejando una entrada muy estrecha, de tal modo que quien intentase traspasarla tuviera que hacer mucho ruido. Los Monstruos habían olvidado el arte del fuego y sentían hacia él un renovado temor. Me puse de nuevo, casi frenéticamente, a ensamblar ramas y estacas para construir una balsa en la que poder huir.

Topé con mil dificultades. Soy un hombre muy torpe —cuando terminé mis estudios aún no se había adoptado el método Slöjd—, pero de una u otra forma, y no sin complicaciones, logré satisfacer las exigencias de mi obra, y esta vez me preocupé ante todo de su solidez. El único obstáculo insalvable era que no tenía ningún recipiente donde almacenar el agua, tan necesaria para navegar por aquellos mares poco frecuentados. Habría intentado hacer uno de cerámica, pero en la isla no había arcilla. Me dediqué a rastrear el terreno, poniendo todo mi empeño en resolver esta última dificultad. A veces sufría violentos ataques de ira y, en esos momentos de intolerable agitación, derribaba a hachazos el tronco de un desdichado árbol, sin por ello hallar una solución.

Entonces llegó un día, un maravilloso día, que pasé en completo éxtasis. Hacia el sudeste divisé una vela, una vela minúscula como

la de una goleta pequeña, y al momento encendí una gran hoguera de ramas, y me quedé junto a ella, vigilando, pese al calor del fuego y al calor del sol de mediodía. Observé aquella vela durante el día entero, sin comer ni beber nada, hasta el punto de que la cabeza empezó a darme vueltas; los Monstruos se me acercaban, me miraban con asombro y se marchaban. El barco aún estaba lejos cuando desapareció en la oscuridad de la noche; trabajé con ahínco durante toda la noche para mantener vivo el fuego, y sus llamas se elevaban altas y resplandecientes mientras los maravillados ojos de los Monstruos brillaban en las tinieblas. Al alba, el barco estaba más cerca, y pude distinguir la vela sucia de una pequeña embarcación. Tenía la vista cansada tras las largas horas de observación y, aunque me esforzaba por ver con claridad, no podía creer lo que estaba viendo. Había dos hombres a bordo, uno en la proa y el otro al timón. Pero el barco navegaba de un modo extraño. La proa no se mantenía al viento, sino que avanzaba dando guiñadas.

Cuando clareó el día, me puse a hacerles señas agitando el último jirón de mi chaqueta; pero no me vieron y siguieron sentados uno frente a otro. Fui hasta la punta del promontorio, gesticulando y gritando sin obtener respuesta, mientras el barco continuaba sin rumbo fijo, acercándose lenta, muy lentamente, a la bahía. De repente, sin que ninguno de los dos hombres hiciera el menor movimiento, un enorme pájaro blanco alzó el vuelo desde la embarcación, describió un círculo y pasó volando por encima de mi cabeza con sus poderosas alas extendidas.

Entonces dejé de gritar, me senté en el promontorio y, apoyando la barbilla entre las manos, continué mirando la extraña embarcación. Despacio, muy despacio, el barco derivaba hacia el oeste. Podría haber nadado hasta alcanzarlo, pero una especie de temor impreciso me retuvo. Por la tarde, la corriente lo arrastró hasta la arena, a unos cien metros al oeste del recinto en ruinas.

Los hombres que la ocupaban estaban muertos, llevaban muertos tanto tiempo que se cayeron a pedazos cuando intenté desembarcarlos. Uno de ellos tenía una melena roja como la del capitán del *Ipecacuanha*, y en el fondo del barco había una gorra blanca, muy sucia. Mientras estaba junto al bote, tres de los Monstruos salieron sigilosamente de la maleza y se me acercaron olfateando. Al verlos sentí un arrebató de asco. Empujé la

embarcación con todas mis fuerzas para reflotarla y subí a bordo. Dos Hombres Lobo se acercaban con hocicos temblorosos y ojos relucientes; el tercero era ese indescriptible horror, mezcla de toro y oso.

Cuando vi que se acercaban a esos restos miserables, lanzándose gruñidos amenazadores y mostrando los blancos colmillos, un espantoso horror sucedió a mi repulsión. Les di la espalda, recogí la vela y me hice a la mar sin atreverme a mirar atrás.

Aquella noche me mantuve entre los arrecifes y la isla, y a la mañana siguiente volví al arroyo para llenar de agua el barril que había encontrado en la barca. Luego, con toda la paciencia de que fui capaz, recogí algunas frutas y cacé dos conejos con mis tres últimos cartuchos. Había dejado el bote amarrado a un saliente del arrecife por temor a los Monstruos.

22. El hombre solo

Zarpé al llegar la tarde, empujado lenta y constantemente por una suave brisa del sudoeste. La isla se hacía cada vez más pequeña, y la delgada espiral de humo se veía ya como una fina raya sobre la cálida puesta de sol. El océano se alzaba a mi alrededor, borrando de mi vista aquella mancha oscura. La luz, fugitiva gloria del sol, comenzó a desaparecer del cielo como una cortina luminosa, y al fin pude mirar el inmenso abismo azul que el sol ocultaba, y observar las flotantes huestes de estrellas. El mar estaba en calma, el cielo estaba en calma; yo estaba a solas con la noche.

Navegué a la deriva durante tres días, sin apenas comer ni beber, pensando en todo lo que me había sucedido, y sin demasiados deseos de volver a ver a nadie. Llevaba puestos unos harapos y mi pelo era una maraña sucia. Sin duda, mis rescatadores me tomaron por loco. Es extraño, pero no sentía ningún deseo de regresar a la civilización. Me alegraba únicamente de verme libre de la vileza de los Monstruos salvajes. Al tercer día fui rescatado por un bergantín que cubría la ruta entre Asia y San Francisco. Ni el capitán ni el piloto dieron crédito a mi relato, pues pensaron que la soledad y el peligro me habían trastornado. Ante el temor de que su opinión pudiese contagiar a otros, me abstuve de proseguir el relato de mi aventura, y fingí no recordar nada de lo ocurrido desde el naufragio del *Lady Vain* hasta el momento de mi rescate, es decir, durante un año.

Tuve que actuar con la mayor prudencia para alejar de mí la sospecha de la locura. Me atormentaban los recuerdos de la Ley, de los dos marinos muertos, de las emboscadas en la oscuridad, de aquel cuerpo en el cañaverol... Por extraño que parezca, mi regreso a la civilización, en lugar de proporcionarme la confianza y la tranquilidad que yo esperaba, acrecentó la inseguridad y el temor que había experimentado durante mi estancia en la isla. Resultaba casi tan insólito para los hombres como lo había sido para los Monstruos. Tal vez se me había pegado algo de la ferocidad de mis

compañeros.

Dicen que el terror es una enfermedad; sea como fuere, puedo dar fe de que, desde hace ya varios años, se ha apoderado de mí el desasosiego; un desasosiego comparable al de un cachorro de león a medio domesticar. Mi trastorno adquirió una forma muy extraña. No lograba quitarme de la cabeza la idea de que los hombres y mujeres que conocía eran otros monstruos pasablemente humanos, animales con forma de persona, y que en cualquier momento podían comenzar a transformarse, a mostrar este o aquel síntoma de su naturaleza bestial. Pero he confiado mi caso a un hombre extraordinariamente capaz, un hombre que había conocido a Moreau y parecía dar cierto crédito a mi historia, un psiquiatra que me ha ayudado mucho.

Aunque supongo que el terror de la isla no me abandonará nunca, a veces se oculta en lo más recóndito de mi mente: una nube lejana, un recuerdo, una leve desconfianza; pero hay momentos en que la nubecilla se extiende y oscurece el cielo por completo. Entonces miro a la gente que me rodea y el miedo se apodera de mí. Veo unos rostros resplandecientes y animados, otros sombríos o peligrosos, otros inseguros, insinceros; ninguno que tenga la reposada autoridad de un alma sensata. Siento que el animal se está apoderando de ellos, que en cualquier momento la degradación de los isleños va a reproducirse a gran escala. Sé que todo es una ilusión, que esos hombres y mujeres son seres perfectamente normales, llenos de sentimientos humanos y de ternura, libres del instinto, en lugar de esclavos de una fantástica Ley: seres diametralmente opuestos a los Monstruos. Sin embargo, me asusta su presencia, sus miradas curiosas, sus preguntas y su insistencia, y ansío estar a solas, lejos de ellos.

Por esta razón vivo cerca del campo, y puedo refugiarme en él cuando esa sombra se cierne sobre mi alma. Qué agradable resulta entonces el campo solitario, bajo las nubes llevadas por el viento. Cuando vivía en Londres, el terror era casi insoportable. No podía olvidarme de la gente: sus voces entraban por las ventanas, las puertas eran una endeble protección. Caminaba por las calles para combatir mi alucinación: mujeres entrometidas me acosaban con sus gritos, hombres furtivos y voraces me miraban con envidia, obreros pálidos y agotados —los ojos cansados y el paso ansioso

como ciervos heridos— pasaban tosiendo a mi lado, ancianos encorvados y taciturnos murmuraban para sus adentros, y un tropel de niños se burlaba descaradamente de mí. Entonces me refugiaba en una capilla, e incluso allí —tal era mi desasosiego— me parecía que el cura farfullaba las mismas incongruencias que el Hombre Mono; o en una biblioteca, donde aquellos rostros concentrados en los libros parecían fieras al acecho. Particularmente nauseabundos eran los rostros vacíos e inexpresivos de la gente que viajaba en los trenes y en el ómnibus; me recordaban tanto a los muertos que sólo me atrevía a viajar cuando estaba seguro de ser el único pasajero. Ni yo mismo parecía un ser normal, sino un animal atormentado que quisiera vagar para calmar algún trastorno del cerebro, como una oveja enferma.

Pero, gracias a Dios, este estado de ánimo es cada vez menos frecuente. Me he alejado del caos de las ciudades y de las multitudes, y me paso el día rodeado de libros doctos, de ventanas llenas de luz en esta vida iluminada por las resplandecientes almas de los hombres. Veo a pocos extraños, y mi servicio doméstico es muy reducido. Dedico los días a la lectura y a los experimentos de química, y paso muchas noches claras en el laboratorio de astronomía. El brillo de las estrellas me produce, aunque no sepa cómo ni por qué, una sensación de paz y seguridad infinitas. Creo que es allí, en las vastas y eternas leyes de la materia, y no en las preocupaciones, en los pecados y en los problemas cotidianos de los hombres, donde lo que en nosotros pueda haber de superior al animal debe buscar el sosiego y la esperanza. Sin esa ilusión no podría vivir. Y así, en la esperanza y la soledad, concluye mi historia.

Edward PRENDICK

El hombre invisible

Capítulo I

La llegada del hombre desconocido

El desconocido llegó un día huracanado de primeros de febrero, abriéndose paso a través de un viento cortante y de una densa nevada, la última del año. El desconocido llegó a pie desde la estación del ferrocarril de Bramblehurst. Llevaba en la mano bien enguantada una pequeña maleta negra. Iba envuelto de los pies a la cabeza, el ala de su sombrero de fieltro le tapaba todo el rostro y sólo dejaba al descubierto la punta de su nariz. La nieve se había ido acumulando sobre sus hombros y sobre la pechera de su atuendo y había formado una capa blanca en la parte superior de su carga. Más muerto que vivo, entró tambaleándose en la fonda Coach and Horses y, después de soltar su maleta, gritó: «¡Un fuego, por caridad! ¡Una habitación con un fuego!». Dio unos golpes en el suelo y se sacudió la nieve junto a la barra. Después siguió a la señora Hall hasta el salón para concertar el precio. Sin más presentaciones, una rápida conformidad y un par de soberanos sobre la mesa, se alojó en la posada.

La señora Hall encendió el fuego, le dejó solo y se fue a prepararle algo de comer. Que un cliente se quedara en invierno en Iping era mucha suerte y aún más si no era de éstos que regatean. Estaba dispuesta a no desaprovechar su buena fortuna. Tan pronto como el bacon estuvo casi preparado y cuando había convencido a Millie, la criada, con unas cuantas expresiones escogidas con destreza, llevó el mantel, los platos y los vasos al salón y se dispuso a poner la mesa con gran esmero. La señora Hall se sorprendió al ver que el visitante todavía seguía con el abrigo y el sombrero a pesar de que el fuego ardía con fuerza. El huésped estaba de pie, de espaldas a ella, y miraba fijamente cómo caía la nieve en el patio. Con las manos, enguantadas todavía, cogidas en la espalda, parecía estar sumido en sus propios pensamientos. La señora Hall se dio cuenta de que la nieve derretida estaba goteando en la alfombra y

le dijo:

—¿Me permite su sombrero y su abrigo para que se sequen en la cocina, señor?

—No —contestó éste sin volverse.

No estando segura de haberle oído, la señora Hall iba a repetirle la pregunta. Él se volvió y, mirando a la señora Hall de reojo, dijo con énfasis:

—Prefiero tenerlos puestos.

La señora Hall se dio cuenta de que llevaba puestas unas grandes gafas azules y de que por encima del cuello del abrigo le salían unas amplias patillas, que le ocultaban el rostro completamente.

—Como quiera el señor —contestó ella—. La habitación se calentará enseguida.

Sin contestar, apartó de nuevo la vista de ella, y la señora Hall, dándose cuenta de que sus intentos de entablar conversación no eran oportunos, dejó rápidamente el resto de las cosas sobre la mesa y salió de la habitación. Cuando volvió, él seguía allí todavía, como si fuese de piedra, encorvado, con el cuello del abrigo hacia arriba y el ala del sombrero goteando, ocultándole completamente el rostro y las orejas. La señora Hall dejó los huevos con bacon en la mesa con fuerza y le dijo:

—La cena está servida, señor.

—Gracias —contestó el forastero sin moverse hasta que ella hubo cerrado la puerta. Después se abalanzó sobre la comida en la mesa.

Cuando volvía a la cocina por detrás del mostrador, la señora Hall empezó a oír un ruido que se repetía a intervalos regulares. Era el batir de una cuchara en un cuenco.

—¡Esa chica!, —dijo—, se me había olvidado, ¡si no tardara tanto!

Y mientras acabó ella de batir la mostaza, reprendió a Millie por su lentitud excesiva. Ella había preparado los huevos con bacon, había puesto la mesa y había hecho todo mientras que Millie (¡vaya una ayuda!) sólo había logrado retrasar la mostaza. ¡Y había un huésped nuevo que quería quedarse! Llenó el tarro de mostaza y, después de colocarlo con cierta majestuosidad en una bandeja de té dorada y negra, la llevó al salón.

Llamó a la puerta y entró. Mientras lo hacía, se dio cuenta de

que el visitante se había movido tan deprisa que apenas pudo vislumbrar un objeto blanco que desaparecía debajo de la mesa. Parecía que estaba recogiendo algo del suelo. Dejó el tarro de mostaza sobre la mesa y advirtió que el visitante se había quitado el abrigo y el sombrero y los había dejado en una silla cerca del fuego. Un par de botas mojadas amenazaban con oxidar la pantalla de acero del fuego. La señora Hall se dirigió hacia todo ello con resolución, diciendo con una voz que no daba lugar a una posible negativa:

—Supongo que ahora podré llevármelos para secarlos.

—Deje el sombrero —contestó el visitante con voz apagada. Cuando la señora Hall se volvió, él había levantado la cabeza y la estaba mirando. Estaba demasiado sorprendida para poder hablar. Él sujetaba una servilleta blanca para taparse la parte inferior de la cara; la boca y las mandíbulas estaban completamente ocultas, de ahí el sonido apagado de su voz. Pero esto no sobresaltó tanto a la señora Hall como ver que tenía la cabeza tapada con las gafas y con una venda blanca, y otra le cubría las orejas. No se le veía nada excepto la punta, rosada, de la nariz. El pelo negro, abundante, que aparecía entre los vendajes le daba una apariencia muy extraña, pues parecía tener distintas coletas y cuernos. La cabeza era tan diferente a lo que la señora Hall se habría imaginado, que por un momento se quedó paralizada.

Él continuaba sosteniendo la servilleta con la mano enguantada, y la miraba a través de sus inescrutables gafas azules.

—Deje el sombrero —dijo hablando a través del trapo blanco.

Cuando sus nervios se recobraron del susto, la señora Hall volvió a colocar el sombrero en la silla, al lado del fuego.

—No sabía..., señor —empezó a decir, pero se paró, turbada.

—Gracias —contestó secamente, mirando primero a la puerta y volviendo la mirada a ella de nuevo.

—Haré que los sequen enseguida —dijo llevándose la ropa de la habitación.

Cuando iba hacia la puerta, se volvió para echar de nuevo un vistazo a la cabeza vendada y a las gafas azules; él todavía se tapaba con la servilleta. Al cerrar la puerta, tuvo un ligero estremecimiento, y en su cara se dibujaban sorpresa y perplejidad. «¡Vaya!, nunca...» iba susurrando mientras se acercaba a la cocina,

demasiado preocupada como para pensar en lo que Millie estaba haciendo en ese momento.

El visitante se sentó y escuchó cómo se alejaban los pasos de la señora Hall. Antes de quitarse la servilleta para seguir comiendo, miró hacia la ventana, entre bocado y bocado, y continuó mirando hasta que, sujetando la servilleta, se levantó y corrió las cortinas, dejando la habitación en penumbra. Después se sentó a la mesa para terminar de comer tranquilamente.

—Pobre hombre —decía la señora Hall—, habrá tenido un accidente o sufrido una operación, pero ¡qué susto me han dado todos esos vendajes!

Echó un poco de carbón en la chimenea y colgó el abrigo en un tendedero. «Y, ¡esas gafas!, ¡parecía más un buzo que un ser humano!». Tendió la bufanda del visitante. «Y hablando todo el tiempo a través de ese pañuelo blanco..., quizá tenga la boca destrozada», y se volvió de repente como alguien que acaba de recordar algo: «¡Dios mío, Millie! ¿Todavía no has terminado?».

Cuando la señora Hall volvió para recoger la mesa, su idea de que el visitante tenía la boca desfigurada por algún accidente se confirmó, pues, aunque estaba fumando en pipa, no se quitaba la bufanda que le ocultaba la parte inferior de la cara ni siquiera para llevarse la pipa a los labios. No se trataba de un despiste, pues ella veía cómo se iba consumiendo. Estaba sentado en un rincón de espaldas a la ventana. Después de haber comido y de haberse calentado un rato en la chimenea, habló a la señora Hall con menos agresividad que antes. El reflejo del fuego rindió a sus grandes gafas una animación que no habían tenido hasta ahora.

—El resto de mi equipaje está en la estación de Bramblehurst —comenzó, y preguntó a la señora Hall si cabía la posibilidad de que se lo trajeran a la posada.

Después de escuchar la explicación de la señora Hall, dijo:

—¡Mañana!, ¿no puede ser antes?

Y pareció disgustado, cuando le respondieron que no.

—¿Está segura? —continuó diciendo—. ¿No podría ir a recogerlo un hombre con una carreta?

La señora Hall aprovechó estas preguntas para entablar conversación.

—Es una carretera demasiado empinada —dijo, como respuesta

a la posibilidad de la carreta; después añadió—: Allí volcó un coche hace poco más de un año y murieron un caballero y el cochero. Pueden ocurrir accidentes en cualquier momento, señor.

Sin inmutarse, el visitante contestó: «Tiene razón» a través de la bufanda, sin dejar de mirarla con sus gafas impenetrables.

—Y, sin embargo, tardan mucho tiempo en curarse, ¿no cree usted, señor? Tom, el hijo de mi hermana, se cortó en el brazo con una guadaña al caerse en el campo y, ¡Dios mío!, estuvo tres meses en cama. Aunque no lo crea, cada vez que veo una guadaña me acuerdo de todo aquello, señor.

—Lo comprendo perfectamente —contestó el visitante.

—Estaba tan grave, que creía que iban a operarlo.

De pronto, el visitante se echó a reír. Fue una carcajada que pareció empezar y acabar en su boca.

—¿En serio? —dijo.

—Desde luego, señor. Y no es para tomárselo a broma, sobre todo los que nos tuvimos que ocupar de él, pues mi hermana tiene niños pequeños. Había que estar poniéndole y quitándole vendas. Y me atrevería a decirle, señor, que...

—¿Podría acercarme unas cerillas? —dijo de repente el visitante—. Se me ha apagado la pipa.

La señora Hall se sintió un poco molesta. Le parecía grosero por parte del visitante, después de todo lo que le había contado. Lo miró un instante, pero, recordando los dos soberanos, salió a buscar las cerillas.

—Gracias —contestó, cuando le estaba dando las cerillas, y se volvió hacia la ventana. Era evidente que al hombre no le interesaban ni las operaciones ni los vendajes. Después de todo, ella no había querido insinuar nada, pero aquel rechazo había conseguido irritarla, y Millie sufriría las consecuencias aquella tarde.

El forastero se quedó en el salón hasta las cuatro, sin permitir que nadie entrase en la habitación. Durante la mayor parte del tiempo estuvo quieto, fumando junto al fuego. Dormitando, quizá.

En un par de ocasiones pudo oírse cómo removía las brasas, y por espacio de cinco minutos se oyó cómo caminaba por la habitación. Parecía que hablaba solo. Después se oyó cómo crujía el sillón: se había vuelto a sentar.

Capítulo II

Las primeras impresiones del señor Teddy Henfrey

Eran las cuatro de la tarde. Estaba oscureciendo, y la señora Hall hacía acopio de valor para entrar en la habitación y preguntarle al visitante si le apetecía tomar una taza de té. En ese momento Teddy Henfrey, el relojero, entró en el bar.

—¡Menudo tiempesito, señora Hall! ¡No hace tiempo para andar por ahí con unas botas tan ligeras!

La nieve caía ahora con más fuerza.

La señora Hall asintió; se dio cuenta de que el relojero traía su caja de herramientas y se le ocurrió una idea.

—A propósito, señor Teddy —dijo—. Me gustaría que echara un vistazo al viejo reloj del salón. Funciona bien, pero la aguja siempre señala las seis.

Y, dirigiéndose al salón, entró después de haber llamado. Al abrir la puerta, vio al visitante sentado en el sillón delante de la chimenea. Parecía estar medio dormido y tenía la cabeza inclinada hacia un lado. La única luz que había en la habitación era la que daba la chimenea y la poca luz que entraba por la puerta. La señora Hall no podía ver con claridad, además estaba deslumbrada, ya que acababa de encender las luces del bar. Por un momento le pareció ver que el hombre al que ella estaba mirando tenía una enorme boca abierta, una boca increíble, que le ocupaba casi la mitad del rostro. Fue una sensación momentánea: la cabeza vendada, las gafas monstruosas y ese enorme agujero debajo. Enseguida el hombre se agitó en su sillón, se levantó y se llevó la mano al rostro. La señora Hall abrió la puerta de par en par para que entrara más luz y para poder ver al visitante con claridad. Al igual que antes la servilleta, una bufanda le cubría ahora el rostro. La señora Hall pensó que seguramente habían sido las sombras.

—¿Le importaría que entrara este señor a arreglar el reloj? —dijo, mientras se recobraba del susto.

—¿Arreglar el reloj? —dijo mirando a su alrededor torpemente y con la mano en la boca—. No faltaría más —continuó, esta vez haciendo un esfuerzo por despertarse.

La señora Hall salió para buscar una lámpara, y el visitante hizo ademán de querer estirarse. Al volver la señora Hall con la luz al salón, el señor Teddy Henfrey dio un respingo, al verse enfrente de aquel hombre recubierto de vendajes.

—Buenas tardes —dijo el visitante al señor Henfrey, que se sintió observado intensamente, como una langosta, a través de aquellas gafas oscuras.

—Espero —dijo el señor Henfrey— que no considere esto como una molestia.

—De ninguna manera —contestó el visitante—. Aunque creía que esta habitación era para mi uso personal —dijo volviéndose hacia la señora Hall.

—Perdón —dijo la señora Hall—, pero pensé que le gustaría que arreglasen el reloj.

—Sin lugar a dudas —siguió diciendo el visitante—, pero, normalmente, me gusta que se respete mi intimidad. Sin embargo, me agrada que hayan venido a arreglar el reloj —dijo, al observar cierta vacilación en el comportamiento del señor Henfrey—. Me agrada mucho.

El visitante se volvió y, dando la espalda a la chimenea, cruzó las manos en la espalda, y dijo:

—Ah, cuando el reloj esté arreglado, me gustaría tomar una taza de té, pero, repito, cuando terminen de arreglar el reloj.

La señora Hall se disponía a salir, no había hecho ningún intento de entablar conversación con el visitante, por miedo a quedar en ridículo ante el señor Henfrey, cuando oyó que el forastero le preguntaba si había averiguado algo más sobre su equipaje. Ella dijo que había hablado del asunto con el cartero y que un porteador se lo iba a traer por la mañana temprano.

—¿Está segura de que es lo más rápido, de que no puede ser antes? —preguntó él.

Con frialdad, la señora Hall le contestó que estaba segura.

—Debería explicar ahora —añadió el forastero— lo que antes no pude por el frío y el cansancio. Soy un científico.

—¿De verdad? —repuso la señora Hall, impresionada.

—Y en mi equipaje tengo distintos aparatos y accesorios muy importantes.

—No cabe duda de que lo serán, señor —dijo la señora Hall.

—Comprenderá ahora la prisa que tengo por reanudar mis investigaciones.

—Claro, señor.

—Las razones que me han traído a Iping —prosiguió con cierta intención— fueron el deseo de soledad. No me gusta que nadie me moleste mientras estoy trabajando. Además un accidente...

—Lo suponía —dijo la señora Hall.

—Necesito tranquilidad. Tengo los ojos tan débiles, que debo encerrarme a oscuras durante horas. En esos momentos, me gustaría que comprendiera que una mínima molestia, como por ejemplo el que alguien entre de pronto en la habitación, me produciría un gran disgusto.

—Claro, señor —dijo la señora Hall—, y si me permite preguntarle...

—Creo que eso es todo —acabó el forastero, indicando que en ese momento debía finalizar la conversación. La señora Hall entonces se guardó la pregunta y su simpatía para mejor ocasión.

Una vez que la señora Hall salió de la habitación, el forastero se quedó de pie, inmóvil, enfrente de la chimenea, mirando airadamente, según el señor Henfrey, cómo éste arreglaba el reloj. El señor Henfrey quitó las manecillas, la esfera y algunas piezas al reloj e intentaba hacerlo de la forma más lenta posible. Trabajaba manteniendo la lámpara cerca de él, de manera que la pantalla verde le arrojaba distintos reflejos sobre las manos, así como sobre el marco y las ruedecillas, dejando el resto de la habitación en penumbra. Cuando levantaba la vista, parecía ver pequeñas motas de colores. De naturaleza curiosa, se había extendido en su trabajo con la idea de retrasar su marcha, y así entablar conversación con el forastero. Pero el forastero se quedó allí de pie y quieto, tan quieto que estaba empezando a poner nervioso al señor Henfrey. Parecía estar solo en la habitación, pero, cada vez que levantaba la vista, se encontraba con aquella figura gris e imprecisa, con aquella cabeza vendada que lo miraba con unas enormes gafas azules, entre un amasijo de puntitos verdes.

A Henfrey le parecía todo muy misterioso. Durante unos

segundos se observaron mutuamente, hasta que Henfrey bajó la mirada. ¡Qué incómodo se encontraba! Le habría gustado decir algo. ¿Qué tal si le comentaba algo sobre el frío excesivo que estaba haciendo para esa época del año?

Levantó de nuevo la vista, como si quisiera lanzarle un primer disparo.

—Está haciendo un tiempo... —comenzó.

—¿Por qué no termina de una vez y se marcha? —le contestó aquella figura rígida sumida en una rabia, que apenas podía dominar—. Sólo tiene que colocar la manecilla de las horas en su eje, no crea que me está engañando.

—Desde luego, señor, enseguida termino.

Y, cuando el señor Henfrey acabó su trabajo, se marchó. Lo hizo muy indignado. «Maldita sea», se decía mientras atravesaba el pueblo torpemente, ya que la nieve se estaba derritiendo. «Uno necesita su tiempo para arreglar un reloj». Y seguía diciendo: «¿Acaso no se le puede mirar a la cara? Parece ser que no. Si la policía lo estuviera buscando, no podría estar más lleno de vendajes».

En la esquina con la calle Gleeson vio a Hall, que se había casado hacía poco con la posadera del Coach and Horses y que conducía la diligencia de Iping a Sidderbridge, siempre que hubiese algún pasajero ocasional. Hall venía de allí en ese momento, y parecía que se había quedado un poco más de lo normal en Sidderbridge, a juzgar por su forma de conducir.

—¡Hola, Teddy! —le dijo al pasar.

—¡Te espera una buena pieza en casa! —le contestó Teddy.

—¿Qué dices? —preguntó Hall, después de detenerse.

—Un tipo muy raro se ha hospedado esta noche en el Coach and Horses —explicó Teddy—. Ya lo verás.

Y Teddy continuó dándole una descripción detallada del extraño personaje.

—Parece que va disfrazado. A mí siempre me gusta ver la cara de la gente que tengo delante —le dijo, y continuó—, pero las mujeres son muy confiadas, cuando se trata de extraños. Se ha instalado en tu habitación y no ha dado ni siquiera un nombre.

—¡Qué me estás diciendo! —le contestó Hall, que era un hombre bastante aprehensivo.

—Sí —continuó Teddy—. Y ha pagado por una semana. Sea quien sea no te podrás librar de él antes de una semana. Y, además, ha traído un montón de equipaje, que le llegará mañana. Esperemos que no se trate de maletas llenas de piedras.

Entonces Teddy contó a Hall la historia de cómo un forastero había estafado a una tía suya que vivía en Hastings. Después de escuchar todo esto, el pobre Hall se sintió invadido por las peores sospechas.

—Vamos, levanta, vieja yegua —dijo—. Creo que tengo que enterarme de lo que ocurre.

Teddy siguió su camino mucho más tranquilo después de haberse quitado ese peso de encima.

Cuando Hall llegó a la posada, en lugar de «enterarse de lo que ocurría», lo que recibió fue una reprimenda de su mujer por haberse detenido tanto tiempo en Siddenbridge, y sus tímidas preguntas sobre el forastero fueron contestadas de forma rápida y cortante; sin embargo, la semilla de la sospecha había arraigado en su mente.

—Vosotras las mujeres no sabéis nada —dijo el señor Hall resuelto a averiguar algo más sobre la personalidad del huésped en la primera ocasión que se le presentara.

Y después de que el forastero, sobre las nueve y media, se hubiese ido a la cama, el señor Hall se dirigió al salón y estuvo mirando los muebles de su esposa uno por uno y se paró a observar una pequeña operación matemática que el forastero había dejado. Cuando se retiró a dormir, dio instrucciones a la señora Hall de inspeccionar el equipaje del forastero cuando llegase el día siguiente.

—Ocupate de tus asuntos —le contestó la señora Hall—, que yo me ocuparé de los míos.

Estaba dispuesta a contradecir a su marido, porque el forastero era decididamente un hombre muy extraño y ella tampoco estaba muy tranquila. A medianoche se despertó soñando con enormes cabezas blancas como nabos, con larguísimos cuellos e inmensos ojos azules. Pero, como era una mujer sensata, no sucumbió al miedo y se dio la vuelta para seguir durmiendo.

Capítulo III

Las mil y una botellas

Así fue cómo llegó a Iping, como caído del cielo, aquel extraño personaje, un nueve de febrero, cuando comenzaba el deshielo. Su equipaje llegó al día siguiente. Y era un equipaje que llamaba la atención. Había un par de baúles, como los de cualquier hombre corriente, pero, además, había una caja llena de libros, de grandes libros, algunos con una escritura ininteligible, y más de una docena de distintas cajas y cajones embalados en paja, que contenían botellas, como pudo comprobar el señor Hall, quien, por curiosidad, estuvo removiendo entre la paja. El forastero, envuelto en su sombrero, abrigo, guantes y en una especie de capa, salió impaciente al encuentro de la carreta del señor Fearenside, mientras el señor Hall estaba charlando con él y se disponía a ayudarle a descargar todo aquello. Al salir, no se dio cuenta de que el señor Fearenside tenía un perro, que en ese momento estaba olfateando las piernas al señor Hall.

—Dense prisa con las cajas —dijo—. He estado esperando demasiado tiempo.

Dicho esto, bajó los escalones y se dirigió a la parte trasera de la carreta con ademán de coger uno de los paquetes más pequeños.

Nada más verlo, el perro del señor Fearenside empezó a ladrar y a gruñir y, cuando el forastero terminó de bajar los escalones, el perro se abalanzó sobre él y le mordió una mano.

—Oh, no —gritó Hall, dando un salto hacia atrás, pues tenía mucho miedo a los perros.

—¡Quieto! —gritó a su vez Fearenside, sacando un látigo.

Los dos hombres vieron cómo los dientes del perro se hundían en la mano del forastero, y después de que éste le lanzara un puntapié, vieron cómo el perro daba un salto y le mordía la pierna, oyéndose claramente cómo se le desgarraba la tela del pantalón. Finalmente, el látigo de Fearenside alcanzó al perro, y éste se

escondió, quejándose, debajo de la carreta. Todo ocurrió en medio segundo y sólo se escuchaban gritos. El forastero se miró rápidamente el guante desgarrado y la pierna e hizo una inclinación en dirección a la última, pero se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos a la posada. Los dos hombres escucharon cómo se alejaba por el pasillo y las escaleras hacia su habitación.

—¡Bruto! —dijo Fearenside, agachándose con el látigo en la mano, mientras se dirigía al perro, que lo miraba desde abajo de la carreta—. ¡Es mejor que me obedezcas y vengas aquí!

Hall seguía de pie, mirando.

—Le ha mordido. Será mejor que vaya a ver cómo se encuentra.

Subió detrás del forastero. Por el pasillo se encontró con la señora Hall y le dijo:

—Le ha mordido el perro del carretero.

Subió directamente al piso de arriba y, al encontrar la puerta entreabierta, irrumpió en la habitación. Las persianas estaban echadas y la habitación a oscuras. El señor Hall creyó ver una cosa muy extraña, lo que parecía un brazo sin mano le hacía señas y lo mismo hacía una cara con tres enormes agujeros blancos. De pronto recibió un fuerte golpe en el pecho y cayó de espaldas; al mismo tiempo le cerraron la puerta en las narices y echaron la llave. Todo ocurrió con tanta rapidez, que el señor Hall apenas tuvo tiempo para ver nada. Una oleada de formas y figuras indescifrables, un golpe y, por último, la conmoción del mismo. El señor Hall se quedó tendido en la oscuridad, preguntándose qué podía ser aquello que había visto. Al cabo de unos cuantos minutos se unió a la gente que se había agrupado a la puerta del Coach and Horses. Allí estaba Fearenside, contándolo todo por segunda vez; la señora Hall le decía que su perro no tenía derecho alguno a morder a sus huéspedes; Huxter, el tendero de enfrente, no entendía nada de lo que ocurría, y Sandy Wadgers, el herrero, exponía sus propias opiniones sobre los hechos acaecidos; había también un grupo de mujeres y niños que no dejaban de decir tonterías:

—A mí no me hubiera mordido, seguro.

—No está bien tener ese tipo de perro.

—Y entonces, ¿por qué le mordió?

Al señor Hall, que escuchaba todo y miraba desde los escalones, le parecía increíble que algo tan extraordinario le hubiera ocurrido

en el piso de arriba. Además, tenía un vocabulario demasiado limitado como para poder relatar todas sus impresiones.

—Dice que no quiere ayuda de nadie —dijo, contestando a lo que su mujer le preguntaba—. Será mejor que acabemos de descargar el equipaje.

—Habría que desinfectarle la herida —dijo el señor Huxter—, antes de que se inflame.

—Lo mejor sería pegarle un tiro a ese perro —dijo una de las señoras que estaban en el grupo.

De repente, el perro comenzó a gruñir de nuevo.

—¡Vamos! —gritó una voz enfadada. Allí estaba el forastero embozado, con el cuello del abrigo subido y con la frente tapada por el ala del sombrero—. Cuanto antes suban el equipaje, mejor.

Una de las personas que estaba curioseando se dio cuenta de que el forastero se había cambiado de guantes y de pantalones.

—¿Le ha hecho mucho daño, señor? —preguntó Fearenside y añadió—: Siento mucho lo ocurrido con el perro.

—No ha sido nada —contestó el forastero—. Ni me ha rozado la piel. Dense prisa con el equipaje.

Según afirma el señor Hall, el extranjero maldecía entre dientes.

Una vez que el primer cajón se encontraba en el salón, según las propias indicaciones del forastero, éste se lanzó sobre él con extraordinaria avidez y comenzó a desempaquetarlo, según iba quitando la paja, sin tener en consideración la alfombra de la señora Hall. Empezó a sacar distintas botellas del cajón, frascos pequeños, que contenían polvos, botellas pequeñas y delgadas con líquidos blancos y de color, botellas alargadas de color azul con la etiqueta de «veneno», botellas de panza redonda y cuello largo, botellas grandes, unas blancas y otras verdes, botellas con tapones de cristal y etiquetas blanquecinas, botellas taponadas con corcho, con tapones de madera, botellas de vino, botellas de aceite, y las iba colocando en fila en cualquier sitio, sobre la cómoda, en la chimenea, en la mesa que había debajo de la ventana, en el suelo, en la librería. En la farmacia de Bramblehurst no había ni la mitad de las botellas que había allí. Era todo un espectáculo. Uno tras otro, todos los cajones estaban llenos de botellas, y, cuando los seis cajones estuvieron vacíos, la mesa quedó cubierta de paja. Además de botellas, lo único que contenían los cajones eran unos cuantos

tubos de ensayo y una balanza cuidadosamente empaquetada.

Después de desempaquetar los cajones, el forastero se dirigió hacia la ventana y se puso a trabajar sin preocuparse lo más mínimo de la paja esparcida, de la chimenea medio apagada o de los baúles y demás equipaje que habían dejado en el piso de arriba.

Cuando la señora Hall le subió la comida, estaba tan absorto en su trabajo, echando gotitas de las botellas en los tubos de ensayo, que no se dio cuenta de su presencia hasta que no había barrido los montones de paja y puesto la bandeja sobre la mesa, quizá con cierto enfado, debido al estado en que había quedado el suelo. Entonces volvió la cabeza y, al verla, la llevó inmediatamente a su posición anterior. Pero la señora Hall se había dado cuenta de que no llevaba las gafas puestas; las tenía encima de la mesa, a un lado, y le pareció que en lugar de las cuencas de los ojos tenía dos enormes agujeros. El forastero se volvió a poner las gafas y se dio media vuelta, mirándola de frente. Iba a quejarse de la paja que había quedado en el suelo, pero él se le anticipó:

—Me gustaría que no entrara en la habitación, sin llamar antes —le dijo en un tono de exasperación característico suyo.

—He llamado, pero al parecer...

—Quizá lo hiciera, pero en mis investigaciones que, como sabe, son muy importantes y me corren prisa, la más pequeña interrupción, el crujir de una puerta..., hay que tenerlo en cuenta.

—Desde luego, señor. Usted puede encerrarse con llave cuando quiera, si es lo que desea.

—Es una buena idea —contestó el forastero.

—Y toda esta paja, señor, me gustaría que se diera cuenta de...

—No se preocupe. Si la paja le molesta, anótemelo en la cuenta. —Y dirigió unas palabras que a la señora Hall le sonaron sospechosas.

Allí, de pie, el forastero tenía un aspecto tan extraño, tan agresivo, con una botella en una mano y un tubo de ensayo en la otra, que la señora Hall se asustó. Pero era una mujer decidida, y dijo:

—En ese caso, señor, ¿qué precio cree que sería conveniente?

—Un chelín. Supongo que un chelín sea suficiente, ¿no?

—Claro que es suficiente —contestó la señora Hall, mientras colocaba el mantel sobre la mesa—. Si a usted le satisface esa cifra,

por supuesto.

El forastero volvió a sentarse de espaldas, de manera que la señora Hall sólo podía ver el cuello del abrigo.

Según la señora Hall, el forastero estuvo trabajando toda la tarde, encerrado en su habitación, bajo llave y en silencio. Pero en una ocasión se oyó un golpe y el sonido de botellas que se entrecrocaban y se estrellaban en el suelo, y después se escucharon unos pasos a lo largo de la habitación. Temiendo que algo hubiese ocurrido, la señora Hall se acercó hasta la puerta para escuchar, no atreviéndose a llamar.

—¡No puedo más! —vociferaba el extranjero—. ¡No puedo seguir así! ¡Trescientos mil, cuatrocientos mil! ¡Una gran multitud! ¡Me han engañado! ¡Me va a costar la vida! ¡Paciencia, necesito mucha paciencia! ¡Soy un loco!

En ese momento, la señora Hall oyó cómo la llamaban desde el bar, y tuvo que dejar, de mala gana, el resto del soliloquio del visitante. Cuando volvió, no se oía nada en la habitación, a no ser el crujido de la silla, o el choque fortuito de las botellas. El soliloquio ya había terminado, y el forastero había vuelto a su trabajo.

Cuando, más tarde, le llevó el té, pudo ver algunos cristales rotos debajo del espejo cóncavo y una mancha dorada, que había sido restregada con descuido. La señora Hall decidió llamarle la atención.

—Cárguelo en mi cuenta —dijo el visitante con sequedad—. Y por el amor de Dios, no me moleste. Si hay algún desperfecto, cárguelo a mi cuenta. —Y siguió haciendo una lista en la libreta que tenía delante.

—Te diré algo —dijo Fearenside con aire de misterio. Era ya tarde y se encontraba con Teddy Henfrey en una cervecería de Iping.

—¿De qué se trata? —dijo Teddy Henfrey.

—El tipo del que hablas, al que mordió mi perro. Pues bien, creo que es negro. Por lo menos sus piernas lo son. Pude ver lo que había debajo del roto de sus pantalones y de su guante. Cualquiera habría esperado un trozo de piel rosada, ¿no? Bien, pues no lo había. Era negro. Te lo digo yo, era tan negro como mi sombrero.

—Sí, sí, bueno —contestó Henfrey, y añadió—: De todas formas es un caso muy raro. Su nariz es tan rosada, que parece que la han

pintado.

—Es verdad —dijo Fearenside—. Yo también me había dado cuenta. Y te diré lo que estoy pensando. Ese hombre es moteado, Teddy. Negro por un lado y blanco por otro, a lunares. Es un tipo de mestizos a los que el color no se les ha mezclado, sino que les ha aparecido a lunares. Ya había oído hablar de este tipo de casos con anterioridad. Y es lo que ocurre generalmente con los caballos, como todos sabemos.

Capítulo IV

El señor Cuss habla con el forastero

He relatado con detalle la llegada del forastero a Iping para que el lector pueda darse cuenta de la expectación que causó. Y, exceptuando un par de incidentes algo extraños, no ocurrió nada interesante durante su estancia hasta el día de la fiesta del Club. El visitante había tenido algunas escaramuzas con la señora Hall por problemas domésticos, pero, en estos casos, siempre se libraba de ella cargándolo a su cuenta, hasta que a finales de abril empezaron a notarse las primeras señales de su penuria económica. El forastero no le resultaba simpático al señor Hall y, siempre que podía, hablaba de la conveniencia de deshacerse de él; pero mostraba su descontento, ocultándose de él y evitándole, siempre que podía.

—Espera hasta que llegue el verano —decía la señora Hall prudentemente—. Hasta que lleguen los artistas. Entonces, ya veremos. Quizá sea un poco autoritario, pero las cuentas que se pagan puntualmente son cuentas que se pagan puntualmente, digas lo que digas.

El forastero no iba nunca a la iglesia y, además, no hacía distinción entre el domingo y los demás días, ni siquiera se cambiaba de ropa. Según la opinión de la señora Hall, trabajaba a rachas. Algunos días se levantaba temprano y estaba ocupado todo el tiempo. Otros, sin embargo, se despertaba muy tarde y se pasaba horas hablando en alto, paseando por la habitación mientras fumaba o se quedaba dormido en el sillón, delante del fuego. No mantenía contacto con nadie fuera del pueblo. Su temperamento era muy desigual; la mayor parte del tiempo su actitud era la de un hombre que se encuentra bajo una tensión insoportable, y en un par de ocasiones se dedicó a cortar, rasgar, arrojar o romper cosas en ataques espasmódicos de violencia. Parecía encontrarse bajo una irritación crónica muy intensa. Se acostumbró a hablar solo en voz baja con frecuencia y, aunque la señora Hall lo escuchaba

concienzudamente, no encontraba ni pies ni cabeza a aquello que oía.

Durante el día, raras veces salía de la posada, pero por las noches solía pasear, completamente embozado y sin importarle el frío que hiciese, y elegía para ello los lugares más solitarios y sumidos en sombras de árboles. Sus enormes gafas y la cara vendada debajo del sombrero se aparecía a veces de repente en la oscuridad para desagrado de los campesinos que volvían a sus casas. Teddy Henfrey, una noche que salía tambaleándose de la Scarlet Coat a las nueve y media, se asustó al ver la cabeza del forastero (pues llevaba el sombrero en la mano) alumbrada por un rayo que salía de la puerta de la taberna. Los niños que lo habían visto tenían pesadillas y soñaban con fantasmas, y parece difícil adivinar si él odiaba a los niños más que ellos a él o al revés. La realidad era que había mucho odio por ambas partes.

Era inevitable que una persona de apariencia tan singular y autoritaria fuese el tema de conversación más frecuente en Iping. La opinión sobre la ocupación del forastero estaba muy dividida. Cuando preguntaban a la señora Hall sobre este punto, respondía explicando con detalle que era un investigador experimental. Pronunciaba las sílabas con cautela, como el que teme que exista alguna trampa. Cuando le preguntaban qué quería decir ser investigador experimental, solía decir con un cierto tono de superioridad que las personas educadas sabían perfectamente lo que era, y luego añadía que «descubría cosas». Su huésped había sufrido un accidente, comentaba, y su cara y sus manos estaban dañadas; y, al tener un carácter tan sensible, era reacio al contacto con la gente del pueblo.

Además de ésta, otra versión de la gente del pueblo era la de que se trataba de un criminal que intentaba escapar de la policía embozándose, para que ésta no pudiera verlo, oculto como estaba. Esta idea partió de Teddy Henfrey. Sin embargo, no se había cometido ningún crimen en el mes de febrero. El señor Gould, el asistente que estaba a prueba en la escuela, imaginó que el forastero era un anarquista disfrazado, que se dedicaba a preparar explosivos, y resolvió hacer las veces de detective en el tiempo que tenía libre. Sus operaciones detectivescas consistían en la mayoría de los casos en mirar fijamente al visitante cuando se encontraba con él, o en

preguntar cosas sobre él a personas que nunca lo habían visto. No descubrió nada, a pesar de todo esto.

Otro grupo era de la opinión del señor Fearenside, aceptando la versión de que tenía el cuerpo moteado, u otra versión con algunas modificaciones; por ejemplo, a Silas Durgan le oyeron afirmar: «Si se dedicara a exhibirse en las ferias, no tardaría en hacer fortuna», y, pecando de teólogo, comparó al forastero con el hombre que tenía un solo talento. Otro grupo lo explicaba todo diciendo que era un loco inofensivo. Esta última teoría tenía la ventaja de que todo era muy simple.

Entre los grupos más importantes había indecisos y comprometidos con el tema. La gente de Sussex era poco supersticiosa, y fueron los acontecimientos ocurridos a principios de abril los que hicieron que se empezara a susurrar la palabra sobrenatural entre la gente del pueblo, e, incluso entonces, sólo por las mujeres del pueblo.

Pero, dejando a un lado las teorías, a la gente del pueblo, en general, le desagradaba el forastero. Su irritabilidad, aunque hubiese sido comprensible para un intelectual de la ciudad, resultaba extraña y desconcertante para aquella gente tranquila de Sussex. Las raras gesticulaciones con las que le sorprendían de vez en cuando, los largos paseos al anochecer con los que se aparecía ante ellos en cualquier esquina, el trato inhumano ante cualquier intento de curiosear, el gusto por la oscuridad, que le llevaba a cerrar las puertas, a bajar las persianas y a apagar los candelabros y las lámparas. ¿Quién podía estar de acuerdo con todo ese tipo de cosas? Todos se apartaban, cuando el forastero pasaba por el centro del pueblo, y, cuando se había alejado, había algunos chistosos que se subían el cuello del abrigo y bajaban el ala del sombrero y caminaban nerviosamente tras él, imitando aquella personalidad oculta. Por aquel tiempo había una canción popular titulada El Hombre Fantasma. La señorita Statchell la cantó en la sala de conciertos de la escuela (para ayudar a pagar las lámparas de la iglesia), y después de aquello, cada vez que se reunían dos o tres campesinos y aparecía el forastero, se podían escuchar los dos primeros compases de la canción. Y los niños pequeños iban detrás de él y le gritaban «¡Fantasma!», y luego salían corriendo.

La curiosidad devoraba a Cuss, el boticario. Los vendajes atraían

su interés profesional. Miraba con ojos recelosos las mil y una botellas. Durante los meses de abril y mayo había codiciado la oportunidad de hablar con el forastero. Y por fin, hacia Pentecostés, cuando ya no podía aguantar más, aprovechó la excusa de la elaboración de una lista de suscripción para pedir una enfermera para el pueblo y así hablar con el forastero. Se sorprendió cuando supo que la señora Hall no sabía el nombre del huésped.

—Dio su nombre —mintió la señora Hall—, pero apenas pude oírlo y no me acuerdo.

Pensó que era demasiado estúpido no saber el nombre de su huésped.

El señor Cuss llamó a la puerta del salón y entró. Desde dentro se oyó una imprecación.

—Perdone mi intromisión —dijo Cuss, y cerró la puerta, impidiendo que la señora Hall escuchase el resto de la conversación.

Ella pudo oír un murmullo de voces durante los siguientes diez minutos, después un grito de sorpresa, un movimiento de pies, el golpe de una silla, una sonora carcajada, unos pasos rápidos hacia la puerta, y apareció el señor Cuss con la cara pálida y mirando por encima de su hombro. Dejó la puerta abierta detrás de él y, sin mirar a la señora Hall, siguió por el pasillo y bajó las escaleras, y ella pudo oír cómo se alejaba corriendo por la carretera. Llevaba el sombrero en la mano. Ella se quedó de pie mirando a la puerta abierta del salón. Después oyó cómo se reía el forastero y cómo se movían sus pasos por la habitación. Desde donde estaba no podía ver la cara. Finalmente, la puerta del salón se cerró y el lugar se quedó de nuevo en silencio.

Cuss cruzó el pueblo hacia la casa de Bunting, el vicario.

—¿Cree que estoy loco? —preguntó Cuss con dureza nada más entrar en el pequeño estudio—. ¿Doy la impresión de estar enfermo?

—¿Qué ha pasado? —preguntó el vicario, que estaba estudiando las hojas gastadas de su próximo sermón.

—Ese tipo, el de la posada.

—¿Y bien?

—Deme algo de beber —dijo Cuss, y se sentó.

Cuando se hubo calmado con una copita de jerez barato —el único que el vicario tenía a su disposición—, le contó la

conversación que acababa de tener.

—Entré en la habitación, —dijo entrecortadamente—, y comencé pidiéndole que si quería poner su nombre en la lista para conseguir la enfermera para el pueblo. Cuando entré, se metió rápidamente las manos en los bolsillos, y se dejó caer en la silla. Respiró. Le comenté que había oído que se interesaba por los temas científicos. Me dijo que sí, y volvió a respirar de nuevo, con fuerza. Siguió respirando con dificultad todo el tiempo: se notaba que acababa de coger un resfriado tremendo. ¡No me extraña, si siempre va tan tapado! Seguí explicándole la historia de la enfermera, mirando, durante ese tiempo, a mi alrededor. Había botellas llenas de productos químicos por toda la habitación. Una balanza y tubos de ensayo colocados en sus soportes y un intenso olor a flor de primavera. Le pregunté que si quería poner su nombre en la lista y me dijo que lo pensaría. Entonces le pregunté si estaba realizando alguna investigación, y si le estaba costando demasiado tiempo. Se enfadó y me dijo que sí, que eran muy largas. «Ah, ¿sí?», le dije, y en ese momento se puso fuera de sí. El hombre iba a estallar y mi pregunta fue la gota que colmó el vaso. El forastero tenía en sus manos una receta que parecía ser muy valiosa para él. Le pregunté si se la había recetado el médico. «¡Maldita sea!», me contestó. «¿Qué es lo que, en realidad, anda buscando?». Yo me disculpé entonces y me contestó con un golpe de tos. La leyó. Cinco ingredientes. La colocó encima de la mesa y, al volverse, una corriente de aire que entró por la ventana se llevó el papel. Se oyó un crujir de papeles. El forastero trabajaba con la chimenea encendida. Vi un resplandor, y la receta se fue chimenea arriba.

—¿Y qué?

—¿Cómo? ¡Que no tenía mano! La manga estaba vacía. ¡Dios mío!, pensé que era una deformidad física. Imaginé que tenía una mano de corcho, y supuse que se la había quitado. Pero luego me dije que había algo raro en todo esto. ¿Qué demonios mantiene tesa la manga, si no hay nada dentro? De verdad te digo que no había nada dentro. Nada, y pude verle hasta el codo, además la manga tenía un agujero y la luz pasaba a través de él. «¡Dios mío!», me dije. En ese momento él se detuvo. Se quedó mirándome con sus gafas negras y después se miró la manga.

—Y, ¿qué pasó?

—Nada más. No dijo ni una sola palabra, sólo miraba y volvió a meterse la manga en el bolsillo. «Hablábamos de la receta, ¿no?», me dijo tosiendo, y yo le pregunté: «¿Cómo demonios puede mover una manga vacía?». «¿Una manga vacía?», me contestó. «Sí, sí, una manga vacía», volví a decirle. «Es una manga vacía, ¿verdad? Usted vio una manga vacía». Estábamos los dos de pie. Después de dar tres pasos, el forastero se me acercó. Respiró con fuerza. Yo no me moví, aunque desde luego aquella cabeza vendada y aquellas gafas son suficientes para poner nervioso a cualquiera, sobre todo si se te van acercando tan despacio. «¿Dijo que mi manga estaba vacía?», me preguntó. «Eso dije», le respondí yo. Entonces él, lentamente, sacó la manga del bolsillo, y la dirigió hacia mí, como si quisiera enseñármela de nuevo. Lo hacía con suma lentitud. Yo miraba. Me pareció que tardaba una eternidad. «¿Y bien?», me preguntó, y yo, aclarándome la garganta, le contesté: «No hay nada. Está vacía». Tenía que decir algo y estaba empezando a sentir miedo. Pude ver el interior. Extendió la manga hacia mí, lenta, muy lentamente, así, hasta que el puño casi rozaba mi cara. ¡Qué raro ver una manga vacía que se te acerca de esa manera!, y entonces...

—¿Entonces?

—Entonces algo parecido a un dedo me pellizcó la nariz.

Bunting se echó a reír.

—¡No había nada allí dentro! —dijo Cuss haciendo hincapié en la palabra «allí». Me parece muy bien que te rías, pero estaba tan asustado, que le golpeé con el puño, me di la vuelta y salí corriendo de la habitación.

Cuss se calló. Nadie podía dudar de su sinceridad por el pánico que manifestaba. Aturdido, miró a su alrededor y se tomó una segunda copa de jerez.

—Cuando le golpeé el puño, —siguió Cuss—, te prometo que noté exactamente igual que si golpeara un brazo, ¡pero no había brazo! ¡No había ni rastro del brazo!

El señor Bunting recapacitó sobre lo que acababa de oír. Miró al señor Cuss con algunas sospechas.

—Es una historia realmente extraordinaria —le dijo. Miró gravemente a Cuss y repitió—: Realmente, es una historia extraordinaria.

Capítulo V

El robo de la vicaría

Los hechos del robo de la vicaría nos llegaron a través del vicario y de su mujer. El robo tuvo lugar en la madrugada del día de Pentecostés, el día que Iping dedicaba a la fiesta del Club. Según parece, la señora Bunting se despertó de repente, en medio de la tranquilidad que reina antes del alba, porque tuvo la impresión de que la puerta de su dormitorio se había abierto y después se había vuelto a cerrar. En un principio no despertó a su marido y se sentó en la cama a escuchar. La señora Bunting oyó claramente el ruido de las pisadas de unos pies descalzos que salían de la habitación contigua a su dormitorio y se dirigían a la escalera por el pasillo. En cuanto estuvo segura, despertó al reverendo Bunting, intentando hacer el menor ruido posible. Éste, sin encender la luz, se puso las gafas, un batín y las zapatillas y salió al rellano de la escalera para ver si oía algo. Desde allí pudo oír claramente cómo alguien estaba hurgando en su despacho, en el piso de abajo, y, posteriormente, un fuerte estornudo.

En ese momento volvió a su habitación y, arenándose con lo que tenía más a mano, su bastón, empezó a bajar las escaleras con el mayor cuidado posible, para no hacer ruido. Mientras tanto, la señora Bunting salió al rellano de la escalera.

Eran alrededor de las cuatro, y la oscuridad de la noche estaba empezando a levantarse. La entrada estaba iluminada por un débil rayo de luz, pero la puerta del estudio estaba tan oscura que parecía impenetrable. Todo estaba en silencio, sólo se escuchaban, apenas perceptibles, los crujidos de los escalones bajo los pies del señor Bunting, y unos ligeros movimientos en el estudio. De pronto, se oyó un golpe, se abrió un cajón y se escucharon ruidos de papeles. Después también pudo oírse una imprecación, y alguien encendió una cerilla, llenando el estudio de una luz amarillenta. En ese momento, el señor Bunting se encontraba ya en la entrada y pudo

observar, por la rendija de la puerta, el cajón abierto y la vela que ardía encima de la mesa, pero no pudo ver a ningún ladrón. El señor Bunting se quedó allí sin saber qué hacer, y la señora Bunting, con la cara pálida y la mirada atenta, bajó las escaleras lentamente, detrás de él. Sin embargo había algo que mantenía el valor del señor Bunting: la convicción de que el ladrón vivía en el pueblo.

El matrimonio pudo escuchar claramente el sonido del dinero y comprendieron que el ladrón había encontrado sus ahorros, dos libras y diez peniques, y todo en monedas de medio soberano cada una. Cuando escuchó el sonido, el señor Bunting se decidió a entrar en acción y, batiendo con fuerza su bastón, se deslizó dentro de la habitación, seguido de cerca por su esposa.

—¡Ríndase! —gritó con fuerza, y, de pronto se paró, extrañado. La habitación aparentaba estar completamente vacía.

Sin embargo, ellos estaban convencidos de que, en algún momento, habían oído a alguien que se encontraba en la habitación.

Durante un momento se quedaron allí, de pie, sin saber qué decir. Luego, la señora Bunting atravesó la habitación para mirar detrás del biombo, mientras que el señor Bunting, con un impulso parecido, miró debajo de la mesa del despacho. Después, la señora Bunting descorrió las cortinas, y su marido miró en la chimenea, tanteando con su bastón. Seguidamente, la señora Bunting echó un vistazo en la papelera y el señor Bunting destapó el cubo del carbón. Finalmente se pararon y se quedaron de pie, mirándose el uno al otro, como si quisieran obtener una respuesta.

—Podría jurarlo —comentó la señora Bunting.

—Y, si no —dijo el señor Bunting—, ¿quién encendió la vela?

—¡Y el cajón! —dijo la señora Bunting—. ¡Se han llevado el dinero! —Y se apresuró hasta la puerta—. Es de las cosas más extraordinarias...

En ese momento se oyó un estornudo en el pasillo. El matrimonio salió entonces de la habitación y la puerta de la cocina se cerró de golpe.

—Trae la vela —ordenó el señor Bunting, caminando delante de su mujer, y los dos oyeron cómo alguien corría apresuradamente los cerrojos de la puerta.

Cuando abrió la puerta de la cocina, el señor Bunting vio desde

la cocina cómo se estaba abriendo la puerta trasera de la casa. La luz débil del amanecer se esparcía por los macizos oscuros del jardín. La puerta se abrió y se quedó así hasta que se cerró de un portazo. Como consecuencia de eso, la vela que llevaba el señor Bunting se apagó. Había pasado algo más de un minuto desde que ellos entraron en la cocina.

El lugar estaba completamente vacío. Cerraron la puerta trasera y miraron en la cocina, en la despensa y, por último, bajaron a la bodega. No encontraron ni un alma en la casa, y eso que buscaron cuanto pudieron.

Las primeras luces del día encontraron al vicario y a su esposa, singularmente vestidos, sentados en el primer piso de su casa a la luz, innecesaria ya, de una vela que se estaba extinguiendo, maravillados aún por lo ocurrido.

Capítulo VI

Los muebles se vuelven locos

Ocurrió que en la madrugada del día de Pentecostés, el señor y la señora Hall, antes de despertar a Millie para que empezase a trabajar, se levantaron y bajaron a la bodega sin hacer ruido. Querían ver cómo iba la fermentación de su cerveza. Nada más entrar, la señora Hall se dio cuenta de que había olvidado traer una botella de zarzaparrilla de la habitación. Como ella era la más experta en esta materia, el señor Hall subió a buscarla al piso de arriba.

Cuando llegó al rellano de la escalera, le sorprendió ver que la puerta de la habitación del forastero estuviera entreabierta. El señor Hall fue a su habitación y encontró la botella donde su mujer le había dicho.

Al volver con la botella, observó que los cerrojos de la puerta principal estaban descorridos y que ésta estaba cerrada sólo con el pestillo. En un momento de inspiración se le ocurrió relacionar este hecho con la puerta abierta del forastero y con las sugerencias del señor Teddy Henfrey. Recordó, además, claramente, cómo sostenía una lámpara mientras el señor Hall corría los cerrojos la noche anterior. Al ver todo esto, se detuvo algo asombrado y, con la botella todavía en la mano, volvió a subir al piso de arriba. Al llegar, llamó a la puerta del forastero y no obtuvo respuesta. Volvió a llamar, y, acto seguido, entró abriendo la puerta de par en par.

Como esperaba, la cama, e incluso la habitación, estaban vacías. Y lo que resultaba aún más extraño, incluso para su escasa inteligencia, era que, esparcidas por la silla y los pies de la cama, se encontraban las ropas, o, por lo menos, las únicas ropas que él le había visto, y las vendas del huésped. También su sombrero de ala ancha estaba colgado en uno de los barrotes de la cama.

En éstas se hallaba, cuando oyó la voz de su mujer, que surgía de lo más profundo de la bodega con ese tono característico de los

campesinos del oeste de Sussex que denota una gran impaciencia:

—¡George! ¿Es que no vas a venir nunca?

Al oírla, Hall bajó corriendo.

—Janny —le dijo—. Henfrey tenía razón en lo que decía. Él no está en su habitación. Se ha ido. Los cerrojos de la puerta están descorridos.

Al principio la señora Hall no entendió nada, pero, en cuanto se percató, decidió subir a ver por sí misma la habitación vacía. Hall, con la botella en la mano todavía, iba el primero.

—Él no está, pero sus ropas sí —dijo—. Entonces, ¿qué está haciendo sin sus ropas? Éste es un asunto muy raro.

Como quedó claro luego, mientras subían las escaleras de la bodega, les pareció oír cómo la puerta de la entrada se abría y se cerraba más tarde, pero, al no ver nada y estar cerrada la puerta, ninguno de los dos dijo ni una palabra sobre el hecho en ese momento. La señora Hall adelantó a su marido por el camino y fue la primera en llegar arriba. En ese momento alguien estornudó. Hall, que iba unos pasos detrás de su esposa, pensó que era ella la que había estornudado, pues iba delante, y ella tuvo la impresión de que había sido él el que lo había hecho. La señora Hall abrió la puerta de la habitación, y, al verla, comentó:

—¡Qué curioso es todo esto!

De pronto le pareció escuchar una respiración justo detrás de ella, y, al volverse, se quedó muy sorprendida, ya que su marido se encontraba a unos doce pasos de ella, en el último escalón de la escalera. Sólo al cabo de un minuto estuvo a su lado; ella se adelantó y tocó la almohada y debajo de la ropa.

—Están frías —dijo—. Ha debido levantarse hace más de una hora.

Cuando decía esto, tuvo lugar un hecho extremadamente raro: las sábanas empezaron a moverse ellas solas, formando una especie de pico, que cayó a los pies de la cama. Fue como si alguien las hubiera agarrado por el centro y las hubiese echado a un lado de la cama. Inmediatamente después, el sombrero se descolgó del barrote de la cama y, describiendo un semicírculo en el aire, fue a parar a la cara de la señora Hall. Después, y con la misma rapidez, saltó la esponja del lavabo, y luego una silla, tirando los pantalones y el abrigo del forastero a un lado y riéndose secamente con un tono

muy parecido al del forastero, dirigiendo sus cuatro patas hacia la señora Hall, y, como si, por un momento, quisiera afinar la puntería, se lanzó contra ella. La señora Hall gritó y se dio la vuelta, y entonces la silla apoyó sus patas suave pero firmemente en su espalda y les obligó a ella y a su marido a salir de la habitación. Acto seguido, la puerta se cerró con fuerza y alguien echó la llave. Durante un momento pareció que la silla y la cama estaban ejecutando la danza del triunfo, y, de repente, todo quedó en silencio.

La señora Hall, medio desmayada, cayó en brazos de su marido en el rellano de la escalera. El señor Hall y Millie, que se había despertado al escuchar los gritos, no sin dificultad, lograron finalmente llevarla abajo y aplicarle lo acostumbrado en estos casos.

—Son espíritus —decía la señora Hall—. Estoy segura de que son espíritus. Lo he leído en los periódicos. Mesas y sillas que dan brincos y bailan...

—Toma un poco más, Janny —dijo el señor Hall—. Te ayudará a calmarte.

—Echadle fuera —siguió diciendo la señora Hall—. No dejéis que vuelva. Debí haberlo sospechado. Debí haberlo sabido. ¡Con esos ojos fuera de las órbitas y esa cabeza! Y sin ir a misa los domingos. Y todas esas botellas, más de las que alguien pueda tener. Ha metido los espíritus en mis muebles. ¡Mis pobres muebles! En esa misma silla mi madre solía sentarse cuando yo era sólo una niña. ¡Y pensar que ahora se ha levantado contra mí!

—Sólo una gota más, Janny —le repetía el señor Hall—. Tienes los nervios destrozados.

Cuando lucían los primeros rayos de sol, enviaron a Millie al otro lado de la calle, para que despertara al señor Sandy Wadgers, el herrero. El señor Hall le enviaba sus saludos y le mandaba decir que los muebles del piso de arriba se estaban comportando de manera singular. ¿Se podría acercar el señor Wadgers por allí? Era un hombre muy sabio y lleno de recursos. Cuando llegó, examinó el suceso con seriedad.

—Apuesto lo que sea a que es asunto de brujería —dijo el señor Wadgers—. Vais a necesitar bastantes herraduras para tratar con gente de ese cariz.

Estaba muy preocupado. Los Hall querían que subiese al piso de

arriba, pero él no parecía tener demasiada prisa, prefería quedarse hablando en el pasillo. En ese momento el ayudante de Huxter se disponía a abrir las persianas del escaparate del establecimiento y lo llamaron para que se uniera al grupo. Naturalmente el señor Huxter también se unió al cabo de unos minutos. El genio anglosajón quedó patente en aquella reunión: todo el mundo hablaba, pero nadie se decidía a actuar.

—Vamos a considerar de nuevo los hechos —insistió el señor Sandy Wadgers—. Asegurémonos de que, antes de echar abajo la puerta, estaba abierta. Una puerta que no ha sido forzada siempre se puede forzar, pero no se puede rehacer una vez forzada.

Y, de repente, y de forma extraordinaria, la puerta de la habitación se abrió por sí sola y, ante el asombro de todos, apareció la figura embozada del forastero, quien comenzó a bajar las escaleras, mirándolos como nunca antes lo había hecho a través de sus gafas azules. Empezó a bajar rígida y lentamente, sin dejar de mirarlos en ningún momento; recorrió el pasillo y después se detuvo.

—¡Miren allí! —dijo.

Y sus miradas siguieron la dirección que les indicaba aquel dedo enguantado hasta fijarse en una botella de zarzaparrilla, que se encontraba en la puerta de la bodega. Después entró en el salón y les cerró la puerta en las narices airado.

No se escuchó ni una palabra hasta que se extinguieron los últimos ecos del portazo. Se miraron unos a otros.

—¡Que me cuelguen, si esto no es demasiado! —dijo el señor Wadgers, dejando la alternativa en el aire—. Yo iría y le pediría una explicación —le dijo al señor Hall.

Les llevó algún tiempo convencer al marido de la posadera para que se atreviese a hacerlo. Cuando lo lograron, éste llamó a la puerta, la abrió y sólo acertó a decir:

—Perdone...

—¡Váyase al diablo! —le dijo a voces el forastero—. Y cierre la puerta cuando salga —añadió, dando por terminada la conversación con estas últimas palabras.

Capítulo VII

El desconocido se descubre

El desconocido entró en el salón del Coach and Horses alrededor de las cinco y media de la mañana y permaneció allí, con las persianas bajadas y la puerta cerrada, hasta cerca de las doce del mediodía, sin que nadie se atreviera a acercarse después del comportamiento que tuvo con el señor Hall.

No debió comer nada durante ese tiempo. La campanilla sonó tres veces, la última vez con furia y de forma continuada, pero nadie contestó.

—Él y su ¡váyase al diablo! —decía la señora Hall.

En ese momento comenzaron a llegar los rumores del robo en la vicaría, y todo el mundo comenzó a atar cabos sueltos. Hall, acompañado de Wadgers, salió a buscar al señor Shuckleforth, el magistrado, para pedirle consejo. Como nadie se atrevió a subir arriba, no se sabe lo que estuvo haciendo el forastero. De vez en cuando recorría con celeridad la habitación de un lado a otro, y en un par de ocasiones pudo escucharse cómo maldecía, rasgaba papeles o rompía cristales con fuerza.

El pequeño grupo de gente asustada pero curiosa era cada vez más grande. La señora Huxter se unió al poco rato; algunos jóvenes que lucían chaquetas negras y corbatas de papel imitando piqué, pues era Pentecostés, también se acercaron preguntándose qué ocurría. El joven Archie Harker, incluso, cruzó el patio e intentó fisgar por debajo de las persianas. No pudo ver nada, pero los demás creyeron que había visto algo y se le unieron enseguida.

Era el día de Pentecostés más bonito que habían tenido hasta entonces; y a lo largo de la calle del pueblo podía verse una fila de unos doce puestos de feria y uno de tiro al blanco. En una pradera al lado de la herrería podían verse tres vagones pintados de amarillo y de marrón y un grupo muy pintoresco de extranjeros, hombres y mujeres, que estaban levantando un puesto de tiro de

cocos. Los caballeros llevaban jerseys azules y las señoras delantales blancos y sombreros a la moda con grandes plumas. Wodger, el de la Purple Fawn, y el señor Jagers, el zapatero, que, además, se dedicaban a vender bicicletas de segunda mano, estaban colgando una ristra de banderines (con los que, originalmente, se celebraba el jubileo) a lo largo de la calle.

Y, mientras tanto, dentro, en la oscuridad artificial del salón, en el que sólo penetraba un débil rayo de luz, el forastero, suponemos que hambriento y asustado, escondido en su incómoda envoltura, miraba sus papeles con las gafas oscuras o hacía sonar sus botellas, pequeñas y sucias y, de vez en cuando, gritaba enfadado contra los niños, a los que no podía ver, pero sí oír, al otro lado de las ventanas. En una esquina, al lado de la chimenea, yacían los cristales de media docena de botellas rotas, y el aire estaba cargado de un fuerte olor a cloro. Esto es lo que sabemos por lo que podía oírse en ese momento y por lo que, más tarde, pudo verse en la habitación. Hacia el mediodía, el forastero abrió de repente la puerta del salón y se quedó mirando fijamente a las tres o cuatro personas que se encontraban en ese momento en el bar.

—Señora Hall —llamó.

Y alguien se apresuró a avisarla.

La señora Hall apareció al cabo de un instante con la respiración un poco alterada, pero todavía furiosa. El señor Hall aún se encontraba fuera. Ella había reflexionado sobre lo ocurrido y acudió llevando una bandeja con la cuenta sin pagar.

—¿Desea la cuenta, señor? —le dijo.

—¿Por qué no ha mandado que me trajeran el desayuno? ¿Por qué no me ha preparado la comida y contestado a mis llamadas? ¿Cree que puedo vivir sin comer?

—¿Por qué no me ha pagado la cuenta? —le dijo la señora Hall —. Es lo único que quiero saber.

—Le dije hace tres días que estaba esperando un envío.

—Y yo le dije hace dos que no estaba dispuesta a esperar ningún envío. No puede quejarse si ha esperado un poco por su desayuno, pues yo he estado esperando cinco días a que me pagase la cuenta.

El forastero perjuró brevemente, pero con energía. Desde el bar se escucharon algunos comentarios.

—Le estaría muy agradecida, señor, si se guardara sus groserías

—le dijo la señora Hall.

El forastero, de pie, parecía ahora más que nunca un buzo. En el bar se convencieron de que, en ese momento, la señora Hall las tenía todas a favor. Y las palabras que el forastero pronunció después se lo confirmaron.

—Espere un momento, buena mujer —comenzó diciendo.

—A mí no me llame buena mujer —contestó la señora Hall.

—Le he dicho y le repito que aún no me ha llegado el envío.

—¡A mí no me venga ahora con envíos! —siguió la señora Hall.

—Espere, quizá todavía me quede en el bolsillo...

—Usted me dijo hace dos días que tan sólo llevaba un soberano de plata encima.

—De acuerdo, pero he encontrado algunas monedas...

—¿Es verdad eso? —Se oyó desde el bar.

—Me gustaría saber de dónde las ha sacado —le dijo la señora Hall.

Esto pareció enojar mucho al forastero, quien, dando una patada en el suelo, dijo:

—¿Qué quiere decir?

—Que me gustaría saber dónde las ha encontrado —le contestó la señora Hall—. Y, antes de aceptar un billete o de traerle el desayuno, o de hacer cualquier cosa, tiene que decirme una o dos cosas que yo no entiendo y que nadie entiende y que, además, todos estamos ansiosos por entender. Quiero saber qué le ha estado haciendo a la silla de arriba, y por qué su habitación estaba vacía y cómo pudo entrar de nuevo. Los que se quedan en mi casa tienen que entrar por las puertas, es una regla de la posada, y usted no la ha cumplido, y quiero saber cómo entró, y también quiero saber...

De repente el forastero levantó la mano enguantada, dio un pisotón en el suelo y gritó: «¡Basta!» con tanta fuerza, que la señora Hall enmudeció al instante.

—Usted no entiende —comenzó a decir el forastero— ni quién soy ni qué soy, ¿verdad? Pues voy a enseñárselo. ¡Vaya que si voy a enseñárselo!

En ese momento se tapó la cara con la palma de la mano y luego la apartó. El centro de su rostro se había convertido en un agujero negro.

—Tome —dijo, y dio un paso adelante extendiéndole algo a la

señora Hall, que lo aceptó automáticamente, impresionada como estaba por la metamorfosis que estaba sufriendo el rostro del huésped. Después, cuando vio de lo que se trataba, retrocedió unos pasos y, dando un grito, lo soltó. Se trataba de la nariz del forastero, tan rosada y brillante, que rodó por el suelo.

Después se quitó las gafas, mientras lo observaban todos los que estaban en el bar. Se quitó el sombrero y, con un gesto rápido, se desprendió del bigote y de los vendajes. Por un instante éstos se resistieron. Un escalofrío recorrió a todos los que se encontraban en el bar.

—¡Dios mío! —gritó alguien, a la vez que caían al suelo las vendas.

Aquello era lo peor de lo peor. La señora Hall, horrorizada y boquiabierta, después de dar un grito por lo que estaba viendo, salió corriendo hacia la puerta de la posada. Todo el mundo en el bar echó a correr. Habían estado esperando cicatrices, una cara horriblemente desfigurada, pero ¡no había nada! Las vendas y la peluca volaron hasta el bar, obligando a un muchacho a dar un salto para poder evitarlas. Unos tropezaban contra otros al intentar bajar las escaleras. Mientras tanto, el hombre, que estaba allí de pie intentando dar una serie de explicaciones incoherentes, no era más que una figura que gesticulaba y que no tenía absolutamente nada que pudiera verse a partir del cuello del abrigo.

La gente del pueblo que estaba fuera oyó los gritos y los chillidos y, cuando miraron calle arriba, vieron cómo la gente salía, a empujones, del Coach and Horses. Vieron cómo se caía la señora Hall y cómo el señor Teddy Henfrey saltaba por encima de ella para no pisarla. Después oyeron los terribles gritos de Millie, que había salido de la cocina al escuchar el ruido en el bar y se había encontrado con el forastero sin cabeza.

Al ver todo aquello, los que se encontraban en la calle, el vendedor de dulces, el propietario de la caseta del tiro de cocos y su ayudante, el señor de los columpios, varios niños y niñas, petimetres paletos, elegantes jovencitas, señores bien vestidos e incluso las gitanas con sus delantales se acercaron corriendo a la posada; y, milagrosamente, en un corto período de tiempo una multitud de casi cuarenta personas, que no dejaba de aumentar, se agitaba, silbaba, preguntaba, contestaba y sugería delante del

establecimiento del señor Hall. Todos hablaban a la vez y aquello no parecía otra cosa que la torre de Babel. Un pequeño grupo atendía a la señora Hall, que estaba al borde del desmayo. La confusión fue muy grande ante la evidencia de un testigo ocular, que seguía gritando:

—¡Un fantasma!

—¿Qué es lo que ha hecho?

—¿No la habrá herido?

—Creo que se le vino encima con un cuchillo en la mano.

—Te digo que no tiene cabeza, y no es una forma de hablar, me refiero a ¡un hombre sin cabeza!

—¡Tonterías! Eso es un truco de prestidigitador.

—¡Se ha quitado unos vendajes!

En su intento de atisbar algo a través de la puerta abierta, la multitud había formado un enorme muro, y la persona que estaba más cerca de la posada gritaba:

—Se estuvo quieto un momento, oí el grito de la mujer y se volvió. La chica echó a correr y él la persiguió. No duró más de diez segundos. Después él volvió con una navaja en la mano y con una barra de pan. No hace ni un minuto que ha entrado por aquella puerta. Les digo que ese hombre no tenía cabeza. Ustedes no han podido verlo...

Hubo un pequeño revuelo detrás de la multitud y el que hablaba se paró para dejar paso a una pequeña procesión que se dirigía con resolución hacia la casa. El primero era el señor Hall, completamente rojo y decidido, le seguía el señor Bobby Jaffers, el policía del pueblo, y, acto seguido, iba el astuto señor Wadgers. Iban provistos de una autorización judicial para arrestar al forastero.

La gente seguía dando distintas versiones de los acontecimientos.

—Con cabeza o sin ella —decía Jaffers—, tengo que arrestarlo y lo arrestaré.

El señor Hall subió las escaleras para dirigirse a la puerta del salón. La puerta estaba abierta.

—Agente —dijo—, cumpla usted con su deber.

Jaffers entró el primero, Hall después y, por último, Wadgers. En la penumbra vieron una figura sin cabeza delante de ellos. Tenía un

trozo de pan mordisqueado en una mano y un pedazo de queso en la otra.

—¡Es él! —dijo Hall.

—¿Qué demonios es todo esto? —dijo una voz, que surgía del cuello de la figura, en un tono de enfado evidente.

—Es usted un tipo bastante raro, señor —dijo el señor Jaffers—. Pero, con cabeza o sin ella, en la orden especifica cuerpo, y el deber es el deber...

—¡A mí no se me acerque! —dijo la figura, echándose hacia atrás.

De un golpe tiró el pan y el queso, y el señor Hall agarró la navaja justo a tiempo, para que no se clavara en la mesa. El forastero se quitó el guante de la mano izquierda y abofeteó a Jaffers. Un instante después, Jaffers, dejando a un lado todo lo que concernía a la orden de arresto, lo agarró por la muñeca sin mano y por la garganta invisible. El forastero le dio entonces una patada en la espinilla, que lo hizo gritar, pero Jaffers siguió sin soltar la presa. Hall deslizó la navaja por encima de la mesa, para que Wadgers la cogiera, y dio un paso hacia atrás, al ver que Jaffers y el forastero iban tambaleándose hacia donde él estaba, dándose puñetazos el uno al otro. Sin darse cuenta de que había una silla en medio, los dos hombres cayeron al suelo con gran estruendo.

—Agárrelo por los pies —dijo Jaffers entre dientes.

El señor Hall, al intentar seguir las instrucciones, recibió una buena patada en las costillas, que lo inutilizó un momento, y el señor Wadgers, al ver que el forastero sin cabeza rodaba y se colocaba encima de Jaffers, retrocedió hasta la puerta, cuchillo en mano, tropezando con el señor Huxter y el carretero de Sidderbridge, que acudían para prestar ayuda. En ese mismo instante se cayeron tres o cuatro botellas de la cómoda, y un fuerte olor acre se expandió por toda la habitación.

—¡Me rindo! —gritaba el forastero, a pesar de estar todavía encima de Jaffers.

Poco después se levantaba, apareciendo como una extraña figura sin cabeza y sin manos, pues se había quitado tanto el guante derecho como el izquierdo.

—No merece la pena —dijo, como si estuviese sollozando.

Era especialmente extraño oír aquella voz que surgía de la nada,

pero quizá sean los campesinos de Sussex la gente más práctica del mundo. Jaffers también se levantó y sacó un par de esposas.

—Pero... —dijo dándose cuenta de la incongruencia de todo aquel asunto—. ¡Maldita sea! No puedo utilizarlas. ¡No veo!

El forastero se pasó el brazo por el chaleco, y, como si se tratase de un milagro, los botones a los que su manga vacía señalaba se desabrochaban solos. Después comentó algo sobre su espinilla y se agachó: parecía estar toqueteándose los zapatos y los calcetines.

—¡Cómo! —dijo Huxter de repente—. Esto no es un hombre. Son sólo ropas vacías. ¡Miren! Se puede ver el vacío dentro del cuello del abrigo y del forro de la ropa. Podría incluso meter mi brazo...

Pero, al extender su brazo, topó con algo que estaba suspendido en el aire, y lo retiró a la vez que lanzaba una exclamación.

—Le agradecería que no me metiera los dedos en el ojo —dijo la voz de la figura invisible con tono enfadado—. La verdad es que tengo todo: cabeza, manos, piernas y el resto del cuerpo. Lo que ocurre es que soy invisible. Es un fastidio, pero no lo puedo remediar. Y, además, no es razón suficiente para que cualquier estúpido de Iping venga a ponerme las manos encima. ¿No creen?

La ropa, completamente desabrochada y colgando sobre un soporte invisible, se puso en pie, con los brazos en jarras.

Algunos otros hombres del pueblo habían ido entrando en la habitación, que ahora estaba bastante concurrida.

—Con que invisible, ¿eh? —dijo Huxter sin escuchar los insultos del forastero—. ¿Quién ha oído hablar antes de algo parecido?

—Quizá les parezca extraño, pero no es un crimen. No tengo por qué ser asaltado por un policía de esta manera.

—Ah, ¿no? Ése es otro tema —dijo Jaffers—. No hay duda de que es difícil verlo con la luz que hay aquí, pero yo he traído una orden de arresto, y está en regla. Yo no vengo a arrestarlo, porque usted sea invisible, sino por robo. Han robado en una casa y se han llevado el dinero.

—¿Y qué?

—Que las circunstancias señalan...

—¡Deje de decir tonterías! —dijo el hombre invisible.

—Eso espero, señor. Pero me han dado instrucciones.

—Está bien. Iré. Iré con usted, pero sin esposas.

—Es lo reglamentario —dijo Jaffers.

—Sin esposas —insistió el forastero.

—De acuerdo, como quiera —dijo Jaffers.

De repente, la figura se sentó, y, antes de que nadie pudiera darse cuenta, se había quitado las zapatillas, los calcetines y había tirado los pantalones debajo de la mesa. Después se volvió a levantar y dejó caer su abrigo.

—¡Eh, espere un momento! —dijo Jaffers, dándose cuenta de lo que, en realidad, ocurría. Le agarró por el chaleco, hasta que la camisa se deslizó por el mismo y se quedó con la prenda vacía entre las manos—. ¡Agárrenlo! —gritó Jaffers—. En el momento en que se quite todas las cosas...

—¡Que alguien lo coja! —gritaban todos a la vez, mientras intentaban apoderarse de la camisa, que se movía de un lado para otro, y que era la única prenda visible del forastero.

La manga de la camisa asestó un golpe en la cara a Hall, evitando que éste siguiera avanzando con los brazos abiertos, y lo empujó, cayendo de espaldas sobre Toothsome, el sacristán. Un momento después la camisa se elevó en el aire, como si alguien se quitara una prenda por la cabeza. Jaffers la agarró con fuerza, pero sólo consiguió ayudar a que el forastero se desprendiera de ella; le dieron un golpe en la boca y, blandiendo su porra con violencia, asestó un golpe a Teddy Henfrey en toda la coronilla.

«¡Cuidado!», gritaba todo el mundo, resguardándose donde podía y dando golpes por doquier. «¡Agárrenlo!». «¡Que alguien cierre la puerta!». «¡No lo dejéis escapar!». «¡Creo que he agarrado algo, aquí está!». Aquello se había convertido en un campo de batalla. Todo el mundo, al parecer, estaba recibiendo golpes, y Sandy Wadger, tan astuto como siempre y la inteligencia agudizada por un terrible puñetazo en la nariz, salió por la puerta, abriendo así el camino a los demás. Los demás, al intentar seguirlo, se iban amontonando en el umbral. Los golpes continuaban. Phipps, el Unitario, tenía un diente roto, y Henfrey estaba sangrando por una oreja. Jaffers recibió un golpe en la mandíbula y, al volverse, cogió algo que se interponía entre él y Huxter y que impidió que se diesen un encontronazo. Notó un pecho musculoso y, en cuestión de segundos, el grupo de hombres sobreexcitados logró salir al vestíbulo, que también estaba abarrotado.

—¡Ya lo tengo! —gritó Jaffers, que se debatía entre todos los demás y que luchaba, con la cara completamente roja, con un enemigo al que no podía ver.

Los hombres se apelotonaron a derecha e izquierda, mientras que los dos combatientes se dirigían hacia la puerta de entrada. Al llegar, bajaron rodando la media docena de escalones de la posada. Jaffers seguía gritando con voz rota, sin soltar su presa y pegándole rodillazos, hasta que cayó pesadamente, dando con su cabeza en el suelo. Sólo en ese momento sus dedos soltaron lo que tenía entre manos.

La gente seguía gritando excitada: «¡Agárrenlo! ¡Es invisible!». Y un joven, que no era conocido en el lugar y cuyo nombre no viene al caso, cogió algo, pero volvió a perderlo, y cayó sobre el cuerpo del policía. Algo más lejos, en medio de la calle, una mujer se puso a gritar al sentir cómo la empujaban, y un perro, al que, aparentemente, le habían dado una patada, corrió aullando hacia el patio de Huxter, y con esto se consumó la transformación del hombre invisible. Durante un rato, la gente siguió asombrada y haciendo gestos, hasta que cundió el pánico y todos echaron a correr en distintas direcciones por el pueblo.

El único que no se movió fue Jaffers, que se quedó allí, boca arriba y con las piernas dobladas.

Capítulo VIII

De paso

El octavo capítulo es extremadamente corto y cuenta cómo Gibbins, el naturalista de la comarca, mientras estaba tumbado en una pradera, sin que hubiese un alma a un par de millas de distancia, medio dormido, escuchó a su lado a alguien que tosía, estornudaba y maldecía; al mirar, no vio nada, pero era indiscutible que allí había alguien. Continuó perjurando con la variedad característica de un hombre culto. Las maldiciones llegaron a un punto culminante, disminuyeron de nuevo y se perdieron en la distancia, en dirección, al parecer, a Adderdean. Todo terminó con un espasmódico estornudo. Gibbins no había oído nada de lo que había sucedido aquella mañana, pero aquel fenómeno le resultó tan sumamente raro, que consiguió que desapareciera toda su filosófica tranquilidad; se levantó rápidamente y echó a correr por la colina hacia el pueblo tan deprisa como le fue posible.

Capítulo IX

El señor Thomas Marvel

Deberían imaginarse al señor Thomas Marvel como una persona de cara ancha y fofa, con una enorme nariz redonda, una boca grande, siempre oliendo a vino y aguardiente y una barba excéntrica y erizada. Estaba encorvado y sus piernas cortas acentuaban aún más esa inclinación de su figura. Solía llevar un sombrero de seda adornado con pieles y, con frecuencia, en lugar de botones, llevaba cordeles y cordones de zapatos, delatando así su estado de soltero.

El señor Thomas Marvel estaba sentado en la cuneta de la carretera de Adderdean, a una milla y media de Iping. Sus pies estaban únicamente cubiertos por unos calcetines mal puestos, que dejaban asomarse unos dedos anchos y tiesos, como las orejas de un perro que está al acecho. Estaba contemplando con tranquilidad un par de botas que tenía delante. Él hacía todo con tranquilidad. Eran las mejores botas que había tenido desde hacía mucho tiempo, pero le estaban demasiado grandes. Por el contrario, las que se había puesto eran muy buenas para tiempo seco, pero, como tenían una suela muy fina, no valían para caminar por el barro. El señor Thomas Marvel no sabía qué odiaba más, si unas botas demasiado grandes o caminar por terreno húmedo. Nunca se había parado a pensar qué odiaba más, pero hoy hacía un día muy bueno y no tenía otra cosa mejor que hacer. Por eso puso las cuatro botas juntas en el suelo y se quedó mirándolas. Y al verlas allí, entre la hierba, se le ocurrió, de repente, que los dos pares eran muy feos. Por eso no se inmutó al oír una voz detrás de él que decía:

—Son botas.

—Sí, de las que regalan —dijo el señor Thomas Marvel con la cabeza inclinada y mirándolas con desgana—. Y ¡maldita sea si sé cuál de los dos pares es más feo!

—Humm —dijo la voz.

—Las he tenido peores, incluso, a veces, ni he tenido botas. Pero nunca unas tan condenadamente feas, si me permite la expresión. He estado intentando buscar unas botas. Estoy harto de las que llevo. Son muy buenas, pero se ven mucho por ahí. Y, créame, no he encontrado en todo el condado otras botas que no sean iguales. ¡Mírelas bien! Y eso que, en general, es un condado en donde se fabrican buenas botas. Pero tengo mala suerte. He llevado estas botas por el condado durante más de diez años, y luego, me tratan como me tratan.

—Es un condado salvaje —dijo la voz— y sus habitantes son unos cerdos.

—¿Usted también opina así? —dijo el señor Thomas Marvel—. Pero, sin duda, ¡lo peor de todo son las botas!

Al decir esto, se volvió hacia la derecha, para comparar sus botas con las de su interlocutor, pero donde habrían tenido que estar no había ni botas ni piernas. Entonces se volvió hacia la izquierda, pero allí tampoco había ni botas ni piernas. Estaba completamente asombrado.

—¿Dónde está usted? —preguntó mientras se ponía a cuatro patas, y miraba para todos lados. Pero sólo encontró grandes praderas y, a lo lejos, verdes arbustos movidos por el viento.

—¿Estaré borracho? —se decía el señor Thomas Marvel—. ¿Habré tenido visiones? ¿Habré estado hablando conmigo mismo? ¿Qué...?

—No se asuste —dijo una voz.

—No me utilice para hacer de ventrílocuo —dijo el señor Marvel mientras se ponía en pie—. ¡Y encima me dice que no me asuste! ¿Dónde está usted?

—No se asuste —repitió la voz.

—¡Usted sí que se va a asustar dentro de un momento, está loco! —dijo el señor Thomas Marvel—. ¿Dónde está usted? Deje que le eche un vistazo... ¿No estará usted bajo tierra? —prosiguió el señor Thomas Marvel, después de un intervalo.

No hubo respuesta. El señor Thomas Marvel estaba de pie, sin botas y con la chaqueta a medio quitar. A lo lejos se escuchó un pájaro cantar.

—¡Sólo faltaba el trino de un pájaro! —añadió el señor Thomas Marvel—. No es precisamente un momento para bromas.

La pradera estaba completamente desierta. La carretera, con sus cunetas y sus mojones, también. Tan sólo el canto del pájaro turbaba la quietud del cielo.

—¡Que alguien me ayude! —dijo el señor Thomas Marvel volviéndose a echar el abrigo sobre los hombros—. ¡Es la bebida! Debería haberme dado cuenta antes.

—No es la bebida —señaló la voz—. Usted está completamente sobrio.

—¡Oh, no! —decía el señor Marvel mientras palidecía—. Es la bebida —repetían sus labios, y se puso a mirar a su alrededor, yéndose hacia atrás—. Habría jurado que oí una voz —concluyó en un susurro.

—Desde luego que la oyó.

—Ahí está otra vez —dijo el señor Marvel, cerrando los ojos y llevándose la mano a la frente con desesperación. En ese momento lo cogieron del cuello y lo zarandearon, dejándolo más aturdido que nunca.

—No sea tonto —señaló la voz.

—Me estoy volviendo loco —dijo el señor Thomas Marvel—. Debe haber sido por haberme quedado mirando durante tanto tiempo las botas. O me estoy volviendo loco o es cosa de espíritus.

—Ni una cosa ni la otra —añadió la voz—. ¡Escúcheme!

—Loco de remate —se decía el señor Marvel.

—Un minuto, por favor —dijo la voz, intentando controlarse.

—Está bien. ¿Qué quiere? —dijo el señor Marvel con la extraña impresión de que un dedo lo había tocado en el pecho.

—Usted cree que soy un producto de su imaginación y sólo eso, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa podría ser? —contestó Thomas Marvel, rascándose el cogote.

—Muy bien —contestó la voz, con tono de enfado—. Entonces voy a empezar a tirarle piedras hasta que cambie de opinión.

—Pero ¿dónde está usted?

La voz no contestó. Entonces, como surgida del aire, apareció una piedra que, por un pelo, no le dio al señor Marvel en un hombro. Al volverse, vio cómo una piedra se levantaba en el aire, trazaba un círculo muy complicado, se detenía un momento y caía a sus pies con invisible rapidez. Estaba tan asombrado que no pudo

evitarla. La piedra, con un zumbido, rebotó en un dedo del pie y fue a parar a la cuneta. El señor Marvel se puso a dar saltos sobre un solo pie, gritando. Acto seguido echó a correr, pero chocó contra un obstáculo invisible y cayó al suelo sentado.

—¿Y ahora? —dijo la voz, mientras una tercera piedra se elevaba en el aire y se paraba justo encima de la cabeza del señor Marvel—. ¿Soy un producto de su imaginación?

El señor Marvel, en lugar de responder, se puso de pie, e inmediatamente volvió a caer al suelo. Se quedó en esa posición por un momento.

—Si vuelve a intentar escapar —añadió la voz—, le tiraré la piedra en la cabeza.

—Es curioso —dijo el señor Thomas Marvel, que, sentado, se cogía el dedo dañado con la mano y tenía la vista fija en la tercera piedra—. No lo entiendo. Piedras que se mueven solas. Piedras que hablan. Me siento. Me rindo.

La tercera piedra cayó al suelo.

—Es muy sencillo —dijo la voz—. Soy un hombre invisible.

—Dígame otra cosa, por favor —dijo el señor Marvel, aún con cara de dolor—. ¿Dónde está escondido? ¿Cómo lo hace? No entiendo nada.

—No hay más que entender —dijo la voz—. Soy invisible. Es lo que quiero hacerle comprender.

—Eso, cualquiera puede verlo. No tiene por qué ponerse así. Y, ahora, deme una pista. ¿Cómo hace para esconderse?

—Soy invisible. Ésa es la cuestión y es lo que quiero que entienda.

—Pero ¿dónde está? —interrumpió el señor Marvel.

—¡Aquí! A unos pasos, enfrente de usted.

—¡Vamos, hombre, que no estoy ciego! Y ahora me dirá que no es más que un poco de aire. ¿Cree que soy tonto?

—Pues es lo que soy, un poco de aire. Usted puede ver a través de mí.

—¿Qué? ¿No tiene cuerpo? Vox et... ¿sólo un chapurreo, no es eso?

—No. Soy un ser humano, de materia sólida, que necesita comer y beber, que también necesita abrigarse... Pero, soy invisible, ¿lo ve?, invisible. Es una idea muy sencilla. Soy invisible.

—Entonces, ¿es usted un hombre de verdad?

—Sí, de verdad.

—Entonces deme la mano —dijo el señor Marvel—. Si es de verdad, no le debe resultar extraño. Así que... ¡Dios mío! —dijo—. ¡Me ha hecho dar un salto al agarrarme!

Sintió que la mano le agarraba la muñeca con todos sus dedos y, con timidez, siguió tocando el brazo, el pecho musculoso y una barba. La cara de Marvel expresó su estupefacción.

—¡Es increíble! —dijo Marvel—. Esto es mejor que una pelea de gallos. ¡Es extraordinario! ¡Y, a través de usted, puedo ver un conejo con toda claridad a una milla de distancia! Es invisible del todo, excepto...

Y miró atentamente el espacio que parecía vacío.

—¿No habrá comido pan con queso, verdad? —le preguntó, agarrando el brazo invisible.

—Está usted en lo cierto. Es que mi cuerpo todavía no lo ha digerido.

—Ya —dijo el señor Marvel—. Entonces, ¿es usted una especie de fantasma?

—No, desde luego, no es tan maravilloso como cree.

—Para mi modesta persona, es lo suficientemente maravilloso —respondió el señor Marvel—. ¿Cómo puede arreglárselas? ¿Cómo lo hace?

—Es una historia demasiado larga y además...

—Le digo de verdad que estoy muy impresionado —le interrumpió el señor Marvel.

—En estos momentos, quiero decirle que necesito ayuda. Por eso he venido. Tropecé con usted por casualidad cuando vagaba por ahí, loco de rabia, desnudo, impotente. Podría haber llegado incluso al asesinato, pero lo vi a usted y...

—¡Santo cielo! —dijo el señor Marvel.

—Me acerqué por detrás, luego dudé un poco y, por fin...

La expresión del señor Marvel era bastante elocuente.

—Después me paré y pensé: «Éste es». La sociedad también lo ha rechazado. Éste es mi hombre. Me volví y...

—¡Santo cielo! —repitió el señor Marvel—. Me voy a desmayar. ¿Podría preguntarle cómo lo hace, o qué tipo de ayuda quiere de mí? ¡Invisible!

—Quiero que me consiga ropa, y un sitio donde cobijarme, y, después, algunas otras cosas. He estado sin ellas demasiado tiempo. Si no quiere, me conformaré, pero ¡tiene que querer!

—Míreme, señor —le dijo el señor Marvel—. Estoy completamente pasmado. No me maree más y déjeme que me vaya. Tengo que tranquilizarme un poco. Casi me ha roto el dedo del pie. Nada tiene sentido. No hay nada en la pradera. El cielo no alberga a nadie. No hay nada que ver en varias millas, excepto la naturaleza. Y, de pronto, como surgida del cielo, ¡llega hasta mí una voz! ¡Y luego piedras! Y hasta un puñetazo. ¡Santo Dios!

—Mantenga la calma —dijo la voz—, pues tiene que ayudarme.

El señor Marvel resopló y sus ojos se abrieron como platos.

—Lo he elegido a usted —continuó la voz—. Es usted el único hombre, junto con otros del pueblo, que ha visto a un hombre invisible. Tiene que ayudarme. Si me ayuda, le recompensaré. Un hombre invisible es un hombre muy poderoso —y se paró durante un segundo para estornudar con fuerza—. Pero, si me traiciona, si no hace las cosas como le digo...

Entonces paró de hablar y tocó al señor Marvel ligeramente en el hombro. Éste dio un grito de terror, al notar el contacto.

—Yo no quiero traicionarle —dijo el señor Marvel apartándose de donde estaban aquellos dedos—. No vaya a pensar eso. Yo quiero ayudarle. Dígame, simplemente, lo que tengo que hacer. Haré todo lo que usted quiere que haga.

Capítulo X

El señor Thomas Marvel llega a Iping

Cuando pasó el pánico, la gente del pueblo empezó a sacar conclusiones. Apareció el escepticismo, un escepticismo nervioso y no muy convencido, pero al fin y al cabo escepticismo. Es mucho más fácil no creer en hombres invisibles; y los que realmente lo habían visto, o los que habían sentido la fuerza de su brazo, podían contarse con los dedos de las dos manos. Y, entre los testigos, el señor Wadgers, por ejemplo, se había refugiado tras los cerrojos de su casa, y Jaffers, todavía aturdido, estaba tumbado en el salón del Coach and Horses. En general, los grandes acontecimientos, así como los extraños, que superan la experiencia humana, con frecuencia afectan menos a los hombres y mujeres que detalles mucho más pequeños de la vida cotidiana. Iping estaba alegre, lleno de banderines, y todo el mundo se había vestido de gala. Todos esperaban ansiosos que llegara el día de Pentecostés desde hacía más de un mes. Por la tarde, incluso los que creían en lo sobrenatural, estaban empezando a disfrutar, al suponer que aquel hombre ya se había ido, y los escépticos se mofaban de su existencia. Todos, tanto los que creían como los que no, se mostraban amables ese día.

El jardín de Haysman estaba adornado con una lona, debajo de la cual el señor Bunting y otras señoras preparaban el té; y mientras tanto, los niños de la Escuela Dominical, que no tenían colegio, hacían carreras y jugaban bajo la vigilancia del párroco y de las señoras Cuss y Sackbut. Sin duda, cierta incomodidad flotaba en el ambiente, pero la mayoría tenía el suficiente sentido común para ocultar las preocupaciones sobre lo ocurrido aquella mañana. En la pradera del pueblo se había colocado una cuerda ligeramente inclinada por la cual, mediante una polea, uno podía lanzarse con mucha rapidez contra un saco puesto en el otro extremo y que tuvo mucha aceptación entre los jóvenes. También había columpios y

tenderetes en los que se vendían cocos. La gente paseaba, y, al lado de los columpios, se sentía un fuerte olor a aceite, y un organillo llenaba el aire con una música bastante alta. Los miembros del Club, que habían ido a la iglesia por la mañana, iban muy elegantes con sus bandas de color rosa y verde, y algunos, los más alegres, se habían adornado los bombines con cintas de colores. Al viejo Fletcher, con una concepción de la fiesta muy severa, se le podía ver por entre los jazmines que adornaban su ventana o por la puerta abierta (según por donde se mirara), de pie, encima de una tabla colocada entre dos sillas, encalando el techo del vestíbulo de su casa.

A eso de las cuatro de la tarde apareció en el pueblo un extraño personaje que venía de las colinas. Era una persona baja y gorda, que llevaba un sombrero muy usado, y que llegó casi sin respiración. Sus mejillas se hinchaban y deshinchaban alternativamente. Su pecoso rostro expresaba inquietud, y se movía con forzada diligencia.

Al llegar, torció en la esquina de la iglesia y fue directamente hacia Coach and Horses. Entre otros, el viejo Fletcher recuerda haberlo visto pasar y, además, se quedó tan ensimismado con ese paso agitado, que no advirtió cómo le caían unas cuantas gotas de pintura de la brocha en la manga del traje.

Según el propietario del tenderete de cocos, el extraño personaje parece que iba hablando solo, también el señor Huxter comentó este hecho. Nuestro personaje se paró ante la puerta de Coach and Horses y, de acuerdo con el señor Huxter, parece que dudó bastante antes de entrar. Por fin subió los escalones y el señor Huxter vio cómo giraba a la izquierda y abría la puerta del salón. El señor Huxter oyó unas voces que salían de la habitación y del bar y que informaban al personaje de su error.

—Esa habitación es privada —dijo Hall.

Y el personaje cerró la puerta con torpeza y se dirigió al bar.

Al cabo de unos minutos, reapareció pasándose la mano por los labios con un aire de satisfacción, que, de alguna forma, impresionó al señor Huxter. Se quedó parado un momento y, después, el señor Huxter vio cómo se dirigía furtivamente a la puerta del patio, adonde daban las ventanas del salón. El personaje, después de dudar unos instantes, se apoyó en la puerta y sacó una pipa, y se

puso a prepararla. Mientras lo hacía, los dedos le temblaban. La encendió con torpeza y, cruzando los brazos, empezó a fumar con una actitud lánguida, comportamiento al que traicionaban sus rápidas miradas al interior del patio.

El señor Huxter seguía la escena por encima de los botes del escaparate de su establecimiento, y la singularidad con la que aquel hombre se comportaba le indujeron a mantener su observación.

En ese momento, el forastero se puso de pie y se guardó la pipa en el bolsillo. Acto seguido, desapareció dentro del patio. Enseguida el señor Huxter, imaginando ser testigo de alguna ratería, dio la vuelta al mostrador y salió corriendo a la calle para interceptar al ladrón. Mientras tanto el señor Marvel salía, con el sombrero ladeado, con un bulto envuelto en un mantel azul en una mano y tres libros atados, con los tirantes del vicario, como pudo demostrarse más tarde, en la otra. Al ver a Huxter, dio un respingo, giró a la izquierda y echó a correr.

—¡Al ladrón! —gritó Huxter, y salió corriendo detrás de él.

Las sensaciones del señor Huxter fueron intensas pero breves. Vio cómo el hombre que iba delante de él torcía en la esquina de la iglesia y corría hacia la colina. Vio las banderas y la fiesta y las caras que se volvían para mirarlo.

—¡Al ladrón! —gritó de nuevo, pero, apenas había dado diez pasos, lo agarraron por una pierna de forma misteriosa y cayó de bruces al suelo. Le pareció que el mundo se convertía en millones de puntitos de luz y ya no le interesó lo que ocurrió después.

Capítulo XI

En la posada de la señora Hall

Para comprender lo que ocurrió en la posada, hay que volver al momento en el que el señor Huxter vio por vez primera a Marvel por el escaparate de su establecimiento. En ese momento se encontraban en el salón el señor Cuss y el señor Bunting. Hablaban con seriedad sobre los extraordinarios acontecimientos que habían tenido lugar aquella mañana y estaban, con el permiso del señor Hall, examinando las pertenencias del hombre invisible. Jaffers se había recuperado, en parte, de su caída y se había ido a casa por disposición de sus amigos. La señora Hall había recogido las ropas del forastero y había ordenado el cuarto. Y, sobre la mesa que había bajo la ventana, donde el forastero solía trabajar, Cuss había encontrado tres libros manuscritos en los que se leía «Diario».

—¡Un Diario! —dijo Cuss, colocando los tres libros sobre la mesa—. Ahora nos enteraremos de lo ocurrido.

El vicario, que estaba de pie, se apoyó con las dos manos en la mesa.

—Un Diario —repetía Cuss mientras se sentaba y colocaba dos volúmenes en la mesa y sostenía el tercero. Lo abrió—. ¡Humm! No hay ni un nombre en la portada. ¡Qué fastidio! Sólo hay códigos y símbolos.

El vicario se acercó mirando por encima del hombro.

Cuss empezó a pasar páginas, sufriendo un repentino desengaño.

—Estoy... ¡no puede ser! Todo está escrito en clave, Bunting.

—¿No hay ningún diagrama —preguntó Bunting—, ningún dibujo que nos pueda ayudar algo?

—Míralo tú mismo —dijo el señor Cuss—. Parte de lo que hay son números, y parte está escrito en ruso o en otra lengua parecida (a juzgar por el tipo de letra), y, el resto, en griego. A propósito, usted sabía griego...

—Claro —dijo el señor Bunting sacando las gafas y limpiándolas

a la vez que se sentía un poco incómodo (no se acordaba ni de una palabra en griego)—. Sí, claro, el griego puede darnos alguna pista.

—Le buscaré un párrafo.

—Prefiero echar un vistazo antes a los otros volúmenes —dijo el señor Bunting limpiando las gafas—. Primero hay que tener una impresión general, Cuss. Después, ya buscaremos las pistas.

Bunting tosió, se puso las gafas, se las ajustó, tosió de nuevo y, después, deseó que ocurriera algo que evitara la terrible humillación. Cuando cogió el volumen que Cuss le tendía, lo hizo con parsimonia y, acto seguido, ocurrió algo.

Se abrió la puerta de repente.

Los dos hombres dieron un salto, miraron a su alrededor y se tranquilizaron al ver una cara sonrosada debajo de un sombrero de seda adornado con pieles.

—Una cerveza —pidió aquella cara y se quedó mirando.

—No es aquí —dijeron los dos hombres al unísono.

—Es por el otro lado, señor —dijo el señor Bunting.

—Y, por favor, cierre la puerta —dijo el señor Cuss, irritado.

—De acuerdo —contestó el intruso con una voz mucho más baja y distinta, al parecer, de la voz ronca con la que había hecho la pregunta—. Tienen razón —volvió a decir el intruso con la misma voz que al principio—, pero ¡manténganse a distancia!

Y desapareció, cerrando la puerta.

—Yo diría que se trata de un marinero —dijo el señor Bunting—. Son tipos muy curiosos. ¡Manténganse a distancia! Imagino que será algún término especial para indicar que se marcha de la habitación.

—Supongo que debe ser eso —dijo Cuss—. Hoy tengo los nervios deshechos. Vaya susto que me he llevado, cuando se abrió la puerta.

El señor Bunting sonrió como si él no se hubiese asustado.

—Y ahora —dijo— volvamos a esos libros para ver qué podemos encontrar.

—Un momento —dijo Cuss, echando la llave a la puerta—. Así no nos interrumpirá nadie.

Alguien respiró mientras lo hacía.

—Una cosa es indiscutible —dijo Bunting mientras acercaba una silla a la de Cuss—. En Iping han ocurrido cosas muy extrañas estos

últimos días, muy extrañas. Y, por supuesto, no creo en esa absurda historia de la invisibilidad.

—Es increíble —dijo Cuss—. Increíble, pero el hecho es que yo lo he visto. Realmente vi el interior de su manga.

—Pero ¿está seguro de lo que ha visto? Suponga que fue el reflejo de un espejo. Con frecuencia se producen alucinaciones. No sé si ha visto alguna vez actuar a un buen prestidigitador...

—No quiero volver a discutir sobre eso —dijo Cuss—. Hemos descartado ya esa posibilidad, Bunting. Ahora, estábamos con estos libros. ¡Ah, aquí está lo que supuse que era griego! Sin duda, las letras son griegas.

Y señaló el centro de una página. El señor Bunting se sonrojó un poco y acercó la cara al libro, como si no pudiera ver bien con las gafas. De repente notó una sensación muy extraña en el cogote. Intentó levantar la cabeza, pero encontró una fuerte resistencia. Notó una presión, la de una mano pesada y firme, que lo empujaba hasta dar con la barbilla en la mesa.

—No se muevan, hombrecillos —susurró una voz—, o les salto los sesos.

Bunting miró la cara de Cuss, ahora muy cerca de la suya, y los dos vieron el horrible reflejo de su perplejidad.

—Siento tener que tratarlos así —continuó la voz—, pero no me queda otro remedio. ¿Desde cuándo se dedican a fisgonear en los papeles privados de un investigador? —dijo la voz, y, las dos barbillas golpearon contra la mesa y los dientes de ambos rechinaron—. ¿Desde cuándo se dedican a invadir las habitaciones de un hombre desgraciado? —Y se repitieron los golpes—. ¿Dónde se han llevado mi ropa? Escuchen —dijo la voz— las ventanas están cerradas y he quitado la llave de la cerradura. Soy un hombre bastante fuerte y tengo una mano dura; además, soy invisible. No cabe la menor duda de que podría matarlos a los dos y escapar con facilidad, si quisiera. ¿Están de acuerdo? Muy bien. Pero ¿si les dejo marchar, me prometerán no intentar cometer ninguna tontería y hacer lo que yo les diga?

El vicario y el doctor se miraron. El doctor hizo una mueca.

—Sí —dijo el señor Bunting y el doctor lo imitó. Entonces cesó la presión sobre sus cuellos y los dos se incorporaron, con las caras como pimientos y moviendo las cabezas.

—Por favor, quédense sentados donde están —dijo el hombre invisible—. Acuérdense de que puedo atizarles. Cuando entré en esa habitación —continuó diciendo el hombre invisible, después de tocar la punta de la nariz de cada uno de los intrusos—, no esperaba hallarla ocupada y, además, esperaba encontrar, aparte de mis libros y papeles, toda mi ropa. ¿Dónde está? No, no se levanten. Puedo ver que se la han llevado. Y, ahora, volviendo a nuestro asunto, aunque los días son bastante cálidos, incluso para un hombre invisible que se pasea por ahí, desnudo, las noches son frescas. Quiero mi ropa y varias otras cosas y también quiero esos tres libros.

Capítulo XII

El hombre invisible pierde la paciencia

Es inevitable que la narración se interrumpa en este momento de nuevo, debido a un lamentable motivo, como veremos más adelante. Mientras todo lo descrito ocurría en el salón y mientras el señor Huxter observaba cómo el señor Marvel fumaba su pipa apoyado en la puerta del patio, a poca distancia de allí, el señor Hall y Teddy Henfrey comentaban intrigados lo que se había convertido en el único tema de Iping.

De repente, se oyó un golpe en la puerta del salón, un grito y, luego, un silencio total.

—¿Qué ocurre? —dijo Teddy Henfrey.

—¿Qué ocurre? —Se oyó en el bar.

El señor Hall tardaba en entender las cosas, pero ahora se daba cuenta de que allí pasaba algo.

—Ahí dentro algo va mal —dijo, y salió de detrás de la barra para dirigirse a la puerta del salón.

Él y el señor Henfrey se acercaron a la puerta para escuchar, preguntándose con los ojos.

—Ahí dentro algo va mal —dijo Hall. Y Henfrey asintió con la cabeza. Y empezaron a notar un desagradable olor a productos químicos, y se oía una conversación apagada y muy rápida.

—¿Están ustedes bien? —preguntó Hall llamando a la puerta.

La conversación cesó repentinamente; hubo unos minutos de silencio y después siguió la conversación con susurros muy débiles. Luego, se oyó un grito agudo: «¡No, no lo haga!». Acto seguido se oyó el ruido de una silla que cayó al suelo. Parecía que estuviese teniendo lugar una pequeña lucha. Después, de nuevo el silencio.

—¿Qué está ocurriendo ahí? —exclamó Henfrey en voz baja.

—¿Están bien? —volvió a preguntar el señor Hall. Se oyó entonces la voz del vicario con un tono bastante extraño:

—Estamos bien. Por favor, no interrumpen.

—¡Qué raro! —dijo el señor Henfrey.

—Sí, es muy raro —dijo el señor Hall.

—Ha dicho que no interrumpiéramos —dijo el señor Henfrey.

—Sí, yo también lo he oído —añadió Hall.

—Y he oído un estornudo —dijo Henfrey.

Se quedaron escuchando la conversación, que siguió en voz muy baja y con bastante rapidez.

—No puedo —decía el señor Bunting alzando la voz—. Le digo que no puedo hacer eso, señor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Henfrey.

—Dice que no piensa hacerlo —respondió Hall—. ¿Crees que nos está hablando a nosotros?

—¡Es una vergüenza! —dijo el señor Bunting desde dentro.

—¡Es una vergüenza! —dijo el señor Henfrey—. Es lo que ha dicho, acabo de oírlo claramente.

—¿Quién está hablando? —preguntó Henfrey.

—Supongo que el señor Cuss —dijo Hall—. ¿Puedes oír algo?

Silencio. No se podía distinguir nada por los ruidos de dentro.

—Parece que estuvieran quitando el mantel —dijo Hall.

La señora Hall apareció en ese momento. Hall le hizo gestos para que se callara. La señora Hall se opuso.

—¿Por qué estás escuchando ahí, a la puerta, Hall? —le preguntó—. ¿No tienes nada mejor que hacer, y más en un día de tanto trabajo?

Hall intentaba hacerle todo tipo de gestos para que se callara, pero la señora Hall no se daba por vencida. Alzó la voz de manera que Hall y Henfrey, más bien cabizbajos, volvieron a la barra de puntillas, gesticulando en un intento de explicación.

En principio, la señora Hall no quería creer nada de lo que los dos hombres habían oído. Mandó callar a Hall, mientras Henfrey le contaba toda la historia. La señora Hall pensaba que todo aquello no eran más que tonterías, quizá sólo estaban corriendo los muebles.

—Sin embargo, estoy seguro de haberles oído decir ¡es una vergüenza! —dijo Hall.

—Sí, sí; yo también lo oí, señora Hall —dijo Henfrey.

—No puede ser... —comenzó la señora Hall.

—¡Sssh! —dijo Teddy Henfrey—. ¿No han oído la ventana?

—¿Qué ventana? —preguntó la señora Hall.

—La del salón —dijo Henfrey.

Todos se quedaron escuchando atentamente. La señora Hall estaba mirando, sin ver el marco de la puerta de la posada, la calle blanca y ruidosa, y el escaparate del establecimiento de Huxter, que estaba enfrente. De repente, Huxter apareció en la puerta, excitado y haciendo gestos con los brazos.

—¡Al ladrón, al ladrón! —decía, y salió corriendo hacia la puerta del patio, por donde desapareció.

Casi a la vez, se oyó un gran barullo en el salón y cómo cerraban las ventanas.

Hall, Henfrey y todos los que estaban en el bar de la posada salieron atropelladamente a la calle. Y vieron a alguien que daba la vuelta a la esquina hacia la calle que lleva a las colinas, y al señor Huxter, que daba una complicada cabriola en el aire y terminaba en el suelo de cabeza. La gente, en la calle, estaba boquiabierta y corría detrás de aquellos hombres.

El señor Huxter estaba aturdido. Henfrey se paró para ver qué le pasaba. Hall y los dos campesinos del bar siguieron corriendo hacia la esquina, gritando frases incoherentes, y vieron cómo el señor Marvel desaparecía, al doblar la esquina de la pared de la iglesia. Parecieron llegar a la conclusión, poco probable, de que era el hombre invisible que se había vuelto visible, y siguieron corriendo tras él. Apenas recorridos unos metros, Hall lanzó un grito de asombro y salió despedido hacia un lado, yendo a dar contra un campesino que cayó con él al suelo. Le habían empujado, como si estuviera jugando un partido de fútbol. El otro campesino se volvió, los miró, y, creyendo que el señor Hall se había caído, siguió con la persecución, pero le pusieron la zancadilla, como le ocurrió a Huxter, y cayó al suelo. Después, cuando el primer campesino intentaba ponerse de pie, volvió a recibir un golpe que habría derribado a un buey.

A la vez que caía al suelo, doblaron la esquina las personas que venían de la pradera del pueblo. El primero en aparecer fue el propietario del tenderete de cocos, un hombre fuerte que llevaba un jersey azul; se quedó asombrado al ver la calle vacía, y los tres cuerpos tirados en el suelo. Pero, en ese momento, algo le ocurrió a una de sus piernas y cayó rodando al suelo, llevándose consigo a su

hermano y socio, al que pudo agarrar por un brazo en el último momento. El resto de la gente que venía detrás tropezó con ellos, los pisotearon y cayeron encima.

Cuando Hall, Henfrey y los campesinos salieron corriendo de la posada, la señora Hall, que tenía muchos años de experiencia, se quedó en el bar, pegada a la caja. De repente, se abrió la puerta del salón y apareció el señor Cuss, quien, sin mirarla, echó a correr escaleras abajo hacia la esquina, gritando:

—¡Cogedlo! ¡No dejéis que suelte el paquete! ¡Sólo lo seguiréis viendo si no suelta el paquete!

No sabía nada de la existencia del señor Marvel, a quien el hombre invisible había entregado los libros y el paquete en el patio. En la cara del señor Cuss podía verse dibujado el enfado y la contrariedad, pero su indumentaria era escasa, llevaba sólo una especie de faldón blanco, que sólo habría quedado bien en Grecia.

—¡Cogedlo! —chillaba—. ¡Tiene mis pantalones y toda la ropa del vicario!

—¡Me ocuparé de él! —le gritó a Henfrey, mientras pasaba al lado de Huxter, en el suelo, y doblaba la esquina para unirse a la multitud. En ese momento le dieron un golpe que lo dejó tumbado de forma indecorosa. Alguien, con todo el peso del cuerpo, le estaba pisando los dedos de la mano. Lanzó un grito e intentó ponerse de pie, pero le volvieron a dar un golpe y cayó, encontrándose otra vez a cuatro patas. En ese momento tuvo la impresión de que no estaba envuelto en una persecución, sino en una huida. Todo el mundo corría de vuelta hacia el pueblo. El señor Cuss volvió a levantarse y le dieron un golpe detrás de la oreja. Echó a correr, y se dirigió al Coach and Horses, pasando por encima de Huxter, que se encontraba sentado en medio de la calle.

En las escaleras de la posada, escuchó, detrás de él, cómo alguien lanzaba un grito de rabia que se oyó por encima de los gritos del resto de la gente, y el ruido de una bofetada. Reconoció la voz del hombre invisible. El grito era el de un hombre furioso.

El señor Cuss entró corriendo al salón.

—¡Ha vuelto, Bunting! ¡Sálvate! ¡Se ha vuelto loco!

El señor Bunting estaba de pie, al lado de la ventana, intentando taparse con la alfombra de la chimenea y el West Surrey Gazette.

—¿Quién ha vuelto? —dijo, sobresaltándose de tal forma, que

casi dejó caer la alfombra.

—¡El hombre invisible! —respondió Cuss, mientras corría hacia la ventana—. ¡Marchémonos de aquí cuanto antes! ¡Se ha vuelto loco, completamente loco!

Al instante, ya había salido al patio.

—¡Cielo santo! —dijo el señor Bunting, quien dudaba sobre qué se podía hacer, pero, al oír una tremenda contienda en el pasillo de la posada, se decidió. Se descolgó por la ventana, se ajustó el improvisado traje como pudo, y echó a correr por el pueblo tan rápido como sus piernas, gordas y cortas, se lo permitieron.

Desde el momento en que el hombre invisible lanzó un grito de rabia y de la hazaña memorable del señor Bunting, corriendo por el pueblo, es imposible enumerar todos los acontecimientos que tuvieron lugar en Iping. Quizá la primera intención del hombre invisible fuera cubrir la huida de Marvel con la ropa y con los libros. Pero pareció perder la paciencia, nunca tuvo mucha, cuando recibió un golpe por casualidad y, a raíz de eso, se dedicó a dar tortazos a diestro y siniestro simplemente por hacer daño.

Ustedes pueden imaginarse las calles de Iping llenas de gente que corría de un lado para otro, puertas que se cerraban con violencia y gente que se peleaba por encontrar sitio donde esconderse. Pueden imaginar cómo perdió el equilibrio la tabla entre las dos sillas que sostenía al viejo Fletcher y sus terribles resultados. Una pareja aterrorizada se quedó en lo alto de un columpio. Una vez pasado todo, las calles de Iping se quedaron desiertas, si no tenemos en cuenta la presencia del enfadado hombre invisible, aunque había cocos, lonas y restos de tenderetes esparcidos por el suelo. En el pueblo sólo se oía cerrar puertas con llave y correr cerrojos, y, ocasionalmente, se podía ver a alguien que se asomaba tras los cristales de alguna ventana.

El hombre invisible, mientras tanto, se divertía, rompiendo todos los cristales de todas las ventanas del Coach and Horses y lanzando una lámpara de la calle por la ventana del salón de la señora Gribble. Y seguramente él cortó los hilos del telégrafo de Adderdean a la altura de la casa de Higgins, en la carretera de Adderdean. Y, después de todo eso, por sus peculiares facultades, quedó fuera del alcance de la percepción humana, y ya nunca se le volvió a oír, ver o sentir en Iping. Simplemente desapareció.

Durante más de dos horas ni un alma se aventuró a salir a aquella calle desierta.

Capítulo XIII

El señor Marvel presenta su dimisión

Al atardecer, cuando Iping volvía tímidamente a la normalidad, un hombre bajito rechoncho, que llevaba un gastado sombrero de seda, caminaba con esfuerzo por la orilla del hayedo de la carretera de Bramblehurst. Llevaba tres libros atados con una especie de cordón elástico y un bulto envuelto en un mantel azul. Su cara rubicunda mostraba preocupación y cansancio; parecía tener mucha prisa. Le acompañaba una voz que no era la suya, y, de vez en cuando, se estremecía empujado por unas manos a las que no veía.

—Si vuelves a intentar escaparte —dijo la voz—, si vuelves a intentar escapar...

—¡Dios santo! —dijo el señor Marvel—. ¡Pero si tengo el hombro completamente destrozado!

—... te doy mi palabra —dijo la voz—. Te mataré.

—No he intentado escaparme —dijo el señor Marvel, echándose casi a llorar—. Le juro que no. No sabía que hubiese una curva. ¡Eso fue todo! ¿Cómo demonios iba a saber que había una curva? Y me dieron un golpe.

—Y te darán muchos más, si no tienes más cuidado —dijo la voz, y el señor Marvel se calló. Dio un resoplido, y en sus ojos se veía la desesperación—. Ya he tenido bastante permitiendo a esos paletos sacar a la luz mi secreto, para dejarte escapar con mis libros. ¡Algunos tuvieron la suerte de poder salir corriendo! ¡Nadie sabía que era invisible! ¿Qué voy a hacer ahora?

—¿Y qué voy a hacer yo? —preguntó el señor Marvel en voz baja.

—Es de dominio público. ¡Saldrá en los periódicos! Todos me buscarán; cada uno por su cuenta...

La voz soltó algunas imprecaciones y se calló.

La desesperación del señor Marvel aumentó y aflojó el paso.

—¡Vamos! —dijo la voz.

La cara del señor Marvel cambió de color, poniéndose gris.

—¡No deje caer los libros, estúpido! —dijo secamente la voz, adelantándosele—. Y en realidad —prosiguió— lo necesito. Usted no es más que un instrumento, pero necesito utilizarlo.

—Soy un vulgar instrumento —dijo el señor Marvel.

—Así es —dijo la voz.

—Pero soy el peor instrumento que se puede tener, pues no soy muy fuerte —dijo después de unos tensos momentos de silencio—. No soy fuerte —repitió.

—¿No?

—No. Y tengo un corazón débil. Todo lo ocurrido pasado está, desde luego, pero ¡maldita sea!, podría haber muerto.

—¿Y qué?...

—Pues que no tengo ni fuerza ni el ánimo para hacer lo que quiere que haga.

—Yo te animaré.

—Mejor sería que no lo hiciera. Sabe que me gustaría echar sus planes a perder, pero tendré que hacerlo..., soy un pobre desgraciado. Desearía morirme —dijo Marvel—. No es justo —añadió más tarde—. Debe admitir... tengo derecho a...

—Venga, date prisa —gritó la voz.

El señor Marvel aceleró el paso y, durante un buen rato, los dos hombres caminaron en silencio.

—Esto se me hace muy duro —comenzó el señor Marvel, pero, al ver que no surtía efecto, intentó una nueva táctica—. Y, ¿qué saco yo de todo esto? —comenzó de nuevo, subiendo el tono.

—¡Cállate de una vez! —dijo la voz con un repentino y asombroso vigor—. Yo me ocuparé de ti. Harás todo lo que te diga, y lo harás bien. Ya sé que eres un loco, pero harás...

—Le repito, señor, no soy el hombre adecuado. Con todos mis respetos, creo que...

—Si no te callas, te volveré a retorcer la muñeca —dijo el hombre invisible—. Tengo que pensar.

En ese momento dos rayos de luz se divisaron entre los árboles, y la torre cuadrada de una iglesia se perfiló en el resplandor.

—Te pondré la mano en el hombro —dijo la voz—, mientras atravesamos el pueblo. Sigue recto y no intentes ninguna locura. Será peor para ti, si intentas algo.

—Ya lo sé —suspiró el señor Marvel—. Claro que lo sé.

La infeliz figura del sombrero de seda atravesó la calle principal de aquel pueblecito con su carga y desapareció en la oscuridad, una vez pasadas las luces de las casas.

Capítulo XIV

En Port Stowe

Eran las diez de la mañana del día siguiente, y el señor Marvel, sin afeitar y muy sucio por el viaje, estaba sentado con las manos en los bolsillos, y los libros, en un banco, a la puerta de una posada de las afueras de Port Stowe. Parecía estar nervioso e incómodo. Los libros estaban al lado, atados con un cordel. Habían abandonado el bulto en un pinar, cerca de Bramblehurst, de acuerdo con un cambio en los planes del hombre invisible. El señor Marvel estaba sentado en el banco y, aunque nadie le prestaba ninguna atención, estaba tan agitado que metía y sacaba las manos de sus bolsillos, con movimientos nerviosos, constantemente.

Cuando llevaba sentado casi una hora, salió de la posada un viejo marinero con un periódico, y se sentó a su lado.

—Hace un día espléndido —le dijo el marinero.

El señor Marvel lo miró con cierto recelo.

—Sí —contestó.

—Es el adecuado para esta época del año —siguió el marinero, sin darse por enterado.

—Ya lo creo —dijo el señor Marvel.

El marinero sacó un palillo de dientes, que lo mantuvo ocupado un rato. Mientras tanto, se dedicó a observar a aquella figura polvorienta y los libros que tenía al lado. Al acercarse al señor Marvel, había oído el tintineo de unas monedas al caer en un bolsillo. Le llamó la atención el contraste entre el aspecto del señor Marvel y esos signos de opulencia. Y, por este motivo, volvió inmediatamente al tema que le rondaba por la cabeza.

—¿Libros? —preguntó, rompiendo el palillo de dientes.

El señor Marvel, moviéndose, los miró.

—Sí, sí —dijo—. Son libros.

—En los libros hay cosas extraordinarias —continuó el marinero.

—Ya lo creo —dijo el señor Marvel.

—Y también hay cosas extraordinarias que no se encuentran en los libros —señaló el marinero.

—También es verdad —dijo el señor Marvel, mirando a su interlocutor de arriba abajo.

—También en los periódicos aparecen cosas extraordinarias, por ejemplo —dijo el marinero.

—Por supuesto.

—En este periódico... —añadió el marinero.

—¡Ah! —dijo el señor Marvel.

—En este periódico se cuenta una historia —continuó el marinero, mirando al señor Marvel—. Se cuenta la historia sobre un hombre invisible, por ejemplo.

El señor Marvel hizo una mueca con la boca, se rascó la mejilla y notó que se le ponían coloradas las orejas.

—¡Qué barbaridad! —exclamó intentando no darle importancia—. ¿Y dónde ha sido eso, en Austria o en América?

—En ninguno de los dos sitios —dijo el marinero—. Ha sido aquí.

—¡Dios mío! —dijo el señor Marvel, dando un respingo.

—Cuando digo aquí —prosiguió el marinero para tranquilizar al señor Marvel— no quiero decir en este lugar, sino en los alrededores.

—¡Un hombre invisible! —dijo el señor Marvel—. ¿Y qué ha hecho?

—De todo —añadió el marinero, sin dejar de mirar al señor Marvel—. Todo lo que uno pueda imaginar.

—En cuatro días no he leído ni un periódico —dijo Marvel.

—Dicen que en Iping comenzó todo —continuó el marinero.

—¡Qué me dice! —dijo el señor Marvel.

—Apareció allí, aunque nadie parece saber de dónde venía. Aquí lo dice: «Extraño suceso en Iping». Y dicen en el periódico que han ocurrido cosas fuera de lo común, extraordinarias.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Marvel.

—Es una historia increíble. Hay dos testigos, un clérigo y un médico. Ellos pudieron verlo o, a decir verdad, no lo vieron. Dice que estaba hospedado en el Coach and Horses, pero nadie se había enterado de su desgracia, hasta que hubo un altercado en la posada,

dice, y el personaje se arrancó los vendajes de la cabeza. Entonces pudieron ver que la cabeza era invisible. Intentaron cogerlo, pero, según el periódico, se quitó la ropa y consiguió escaparse, tras una desesperada lucha, en la que, según se cuenta, hirió gravemente a nuestro mejor policía, el señor Jaffers. Una historia interesante, ¿no cree usted?, con pelos y señales.

—Santo Dios —prorrumpió el señor Marvel, mirando nerviosamente a su alrededor y tratando de contar el dinero que tenía en el bolsillo, ayudándose únicamente del sentido del tacto. En ese momento se le ocurrió una nueva idea—. Parece una historia increíble.

—Desde luego. Incluso yo diría que extraordinaria. Nunca había oído hablar de hombres invisibles, pero se oyen tantas cosas que...

—¿Y eso fue todo lo que hizo? —preguntó el señor Marvel, intentando no darle mucha importancia.

—¿No le parece suficiente? —dijo el marinero.

—¿Y no volvió allí? —preguntó Marvel—. ¿Se escapó y no ocurrió nada más?

—¡Claro! —dijo el marinero—. ¿Por qué? ¿No le parece suficiente?

—Sí, sí, por supuesto —dijo Marvel.

—Yo creo que es más que suficiente —señaló el marinero.

—¿Tenía algún compinche? ¿Dice en el periódico, si tenía algún compinche? —preguntó, ansioso, el señor Marvel.

—¿Uno solo le parece poco? —contestó el marinero—. No, gracias a Dios, no tenía ningún compinche. —El marinero movió la cabeza lentamente—. Simplemente con pensar que ese tipo anda por aquí, en el condado, me hace estar intranquilo. Ahora parece que está en libertad y hay síntomas que indican que puede tomar, o ha tomado, la carretera de Port Stowe. ¡Estamos en el ajo! En estos momentos no nos sirven de nada las hipótesis de que si hubiese ocurrido en América. ¡Basta pensar en lo que puede llegar a hacer! ¿Qué haría usted, si le ataca? Suponga que quiere robar... ¿Quién podría impedirselo? Puede ir donde quiera, puede robar, podría traspasar un cordón de policías con tanta facilidad como usted o yo podríamos escapar de un ciego, incluso con más facilidad, ya que, según dicen, los ciegos pueden oír ruidos que generalmente nadie oye. Y, si se trata de tomar una copa...

—Sí, en realidad, tiene muchas ventajas —dijo el señor Marvel.

—Es verdad —asintió el marinero—. Tiene muchas ventajas.

Hasta ese momento el señor Marvel había estado mirando a su alrededor, intentando escuchar el menor ruido o detectando el movimiento más imperceptible. Parecía que iba a tomar una determinación. Se puso una mano en la boca y tosió.

Volvió a mirar y a escuchar a su alrededor; se acercó al marinero y le dijo en voz baja:

—El hecho es que... me he enterado de un par de cosas de ese hombre invisible. Las sé de buena tinta.

—¡Oh! —exclamó el marinero, interesado—. ¿Usted sabe...?

—Sí —dijo el señor Marvel—. Yo...

—¿En serio? —exclamó el marinero—. ¿Puedo preguntarle...?

—Se quedará asombrado —dijo el señor Marvel, sin quitarse la mano de la boca—. Es algo increíble.

—¡No me diga! —señaló el marinero.

—El hecho es que... —comenzó el señor Marvel en tono confidencial. Y de repente le cambió la expresión—. ¡Ay! —exclamó levantándose de su asiento. En su cara se podía ver reflejado el dolor físico—. ¡Ay! —repitió.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el marinero, preocupado.

—Un dolor de muelas —dijo el señor Marvel mientras se llevaba la mano al oído. Cogió los libros—. Será mejor que me vaya —añadió, levantándose de una manera muy curiosa del banco.

—Pero usted iba a contarme ahora algo sobre ese hombre invisible —protestó el marinero.

Entonces el señor Marvel pareció consultar algo consigo mismo.

—Era una broma —dijo una voz.

—Era una broma —dijo el señor Marvel.

—Pero lo dice el periódico —señaló el marinero.

—No deja de ser una broma —añadió el señor Marvel—. Conozco al tipo que inventó esa mentira. De todas formas, no hay ningún hombre invisible.

—Y, ¿entonces el periódico? ¿Quiere hacerme creer que...?

—Ni una palabra —dijo el señor Marvel.

El marinero le miró con el periódico en la mano. El señor Marvel escrutó a su alrededor con insistencia.

—Espere un momento —dijo el marinero levantándose y

hablando muy despacio—. ¿Entonces quiere decir que...?

—Eso quiero decir —señaló el señor Marvel.

—Entonces, ¿por qué me dejó que le contara todas esas tonterías? ¿Cómo permite que un hombre haga el ridículo así? ¿Quiere explicármelo?

El señor Marvel resopló. El marinero se puso rojo. Apretó los puños.

—He estado hablando diez minutos... —dijo—, y usted, viejo estúpido, no ha tenido la más mínima educación para...

—A ver si mide sus palabras —señaló el señor Marvel.

—¿Que mida mis palabras? Menos mal que...

—Vamos —dijo una voz, y, de repente, hizo dar media vuelta al señor Marvel, y éste empezó a alejarse dando saltos.

—Eso, será mejor que se vaya —añadió el marinero.

—¿Quién se va? —dijo el señor Marvel, y se fue alejando mientras daba unos extraños saltos hacia atrás y hacia adelante. Cuando ya llevaba un trecho recorrido, empezó un monólogo de protestas y recriminaciones.

—Imbécil —gritó el marinero, que estaba con las piernas separadas y los brazos en jarras, mirando cómo se alejaba aquella figura—. Ya te enseñaré yo, ¡burro! ¡Burlarse de mí! Está aquí, ¡en el periódico!

El señor Marvel le contestó con alguna incoherencia hasta que se perdió en una curva de la carretera. El marinero se quedó allí, en medio del camino, hasta que el carro del carnicero lo obligó a apartarse.

«Esta comarca está llena de cretinos —se dijo—. Sólo quería confundirme, en eso consistía su juego sucio; pero está en el periódico».

Y más tarde escucharía otro fenómeno extraño que tuvo lugar no lejos de donde él se encontraba. Parece ser que vieron el puño de una mano lleno de monedas —nada más y nada menos— que iba, sin dueño visible, siguiendo el muro que hace esquina con St. Michael Lane. Lo había visto otro marinero aquella mañana. Este marinero intentó atrapar el dinero, pero, cuando se abalanzó, recibió un golpe y, después, al levantarse, el dinero se había desvanecido en el aire. Nuestro marinero estaba dispuesto a creer todo, pero aquello era demasiado.

Sin embargo, después volvió a recapacitar sobre el asunto. La historia del dinero volador era cierta. En todo el vecindario, en el Banco de Londres, en las cajas de las tiendas y de las posadas, que tenían las puertas abiertas por el tiempo soleado que hacía, había desaparecido dinero. El dinero, a puñados, flotaba por la orilla de los muros y por los lugares menos iluminados, desapareciendo de la vista de los hombres. Y había terminado siempre, aunque nadie lo hubiese descubierto, en los bolsillos de ese hombre nervioso del sombrero de seda, que se sentó en la posada de las afueras de Port Stowe.

Capítulo XV

El hombre que corría

Al anochecer, el doctor Kemp estaba sentado en su estudio, en el mirador de la colina que da a Burdock. Era una habitación pequeña y acogedora. Tenía tres ventanas que daban al norte, al sur y al oeste, y estanterías llenas de libros y publicaciones científicas. Había también una amplia mesa de trabajo y, bajo la ventana que daba al norte, un microscopio, platinas, instrumentos de precisión, algunos cultivos y, esparcidos por todas partes, distintas botellas, que contenían reactivos. La lámpara del doctor estaba encendida, a pesar de que el cielo estaba todavía iluminado por los rayos del crepúsculo. Las persianas, levantadas, ya que no había peligro de que nadie se asomara desde el exterior y hubiese que bajarlas. El doctor Kemp era un joven alto y delgado, de cabellos rubios y un bigote casi blanco, y esperaba que el trabajo que estaba realizando le permitiese entrar en la *Royal Society*, a la que él daba mucha importancia.

En un momento en que estaba distraído de su trabajo, sus ojos se quedaron mirando la puesta de sol detrás de la colina que tenía enfrente. Estuvo sentado así, quizá durante un buen rato, con la pluma en la boca, admirando los colores dorados que surgían de la cima de la colina, hasta que se sintió atraído por la figura de un hombre, completamente negra, que corría por la colina hacia él. Era un hombrecillo bajo, que llevaba un sombrero enorme y que corría tan deprisa que apenas se le distinguían las piernas.

—Debe de ser uno de esos locos —dijo el doctor Kemp—. Como ese torpe que esta mañana al volver la esquina chocó conmigo, y gritaba: «¡El hombre invisible, señor!». No puedo imaginar quién los haya poseído. Parece que estemos en el siglo trece.

Se levantó se acercó a la ventana y miró a la colina y a la figura negra que subía corriendo.

—Parece tener mucha prisa —dijo el doctor Kemp—, pero no

adelanta demasiado. Se diría que lleva plomo en los bolsillos.

Se acercaba al final de la cuesta.

—¡Un poco más de esfuerzo, venga! —dijo el doctor Kemp.

Un instante después, aquella figura se ocultaba tras la casa que se encontraba en lo alto de la colina. El hombrecillo se hizo otra vez visible, y así tres veces más, según pasaba por delante de las tres casas que siguieron a la primera, hasta que una de las terrazas de la colina lo ocultó definitivamente.

—Son todos unos borregos —dijo el doctor Kemp, girando sobre sus talones y volviendo a la mesa de trabajo.

Sin embargo, los que vieron de cerca al fugitivo y percibieron el terror que reflejaba su rostro, empapado de sudor, no compartieron el desdén del doctor. En cuanto al hombrecillo, éste seguía corriendo y sonaba como una bolsa repleta de monedas que se balancea de un lado para otro. No miraba ni a izquierda ni a derecha, sus ojos dilatados miraban colina abajo, donde las luces se estaban empezando a encender y donde había mucha gente en la calle. Tenía la boca torcida por el agotamiento, los labios llenos de una saliva espesa y su respiración se hacía cada vez más ronca y ruidosa. A medida que pasaba, todos se le quedaban mirando, preguntándose incómodos cuál podría ser la razón de su huida.

En ese momento, un perro que jugaba en lo alto de la colina lanzó un aullido y corrió a esconderse debajo de una verja. Todos notaron algo, una especie de viento, unos pasos y el sonido de una respiración jadeante que pasaba a su lado.

La gente empezó a gritar y a correr. La noticia se difundió a voces y por instinto en toda la colina. La gente gritaba en la calle antes de que Marvel estuviera a medio camino de la misma. Todos se metieron rápidamente en sus casas y cerraron las puertas tras ellos. Marvel lo estaba oyendo e hizo un último y desesperado esfuerzo. El miedo se le había adelantado y, en un momento, se había apoderado de todo el pueblo.

—¡Que viene el hombre invisible! ¡El hombre invisible!

Capítulo XVI

En el Jolly Cricketers

El Jolly Cricketers estaba al final de la colina, donde empezaban las líneas del tranvía. El posadero estaba apoyado en el mostrador con sus brazos, enormes y rosados, mientras hablaba de caballos con un cochero escuchimizado. Al mismo tiempo, un hombre de negra barba vestido de gris se estaba comiendo un bocadillo de queso, bebía Burton y conversaba en americano con un policía que estaba fuera de servicio.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó el cochero, saliéndose de la conversación e intentando ver lo que ocurría en la colina, por encima de la cortina, sucia y amarillenta, de la ventana de la posada. Fuera, alguien pasó corriendo.

—Quizá sea un incendio —dijo el posadero.

Los pasos se aproximaron, corrían con esfuerzo. En ese momento la puerta de la posada se abrió con violencia. Y apareció Marvel, llorando y desaliñado. Había perdido el sombrero y el cuello de su chaqueta estaba medio arrancado. Entró en la posada y, dándose media vuelta, intentó cerrar la puerta, que estaba entreabierta y sujeta por una correa.

—¡Ya viene! —gritó desencajado—. ¡Ya llega! ¡El hombre invisible me persigue! ¡Por amor de Dios! ¡Ayúdenme! ¡Socorro! ¡Socorro!

—Cerrad las puertas —dijo el policía—. ¿Quién viene? ¿Por qué corre?

Se dirigió hacia la puerta, quitó la correa, y dio un portazo. El americano cerró la otra puerta.

—Déjenme entrar —dijo Marvel sin dejar de moverse y llorando, sin soltar los libros—. Déjenme entrar y enciérrenme en algún sitio. Me está persiguiendo. Me he escapado de él y dice que me va a matar, y lo hará.

—Tranquilícese, está usted a salvo —le dijo el hombre de la

barba negra—. La puerta está cerrada. Tranquilícese y cuéntenos de qué se trata.

—Déjenme entrar —dijo Marvel.

En ese momento se oyó un golpe que hizo temblar la puerta; fuera, alguien estaba llamando insistentemente y gritando. Marvel dio un grito de terror.

—¿Quién va? —preguntó el policía—. ¿Quién está ahí?

Marvel, entonces, se lanzó contra los paneles, creyendo que eran puertas.

—¡Me matará! Creo que tiene un cuchillo o algo parecido. ¡Por el amor de Dios!

—Por aquí —le dijo el posadero—. Venga por aquí.

Y levantó la tabla del mostrador.

El señor Marvel se escondió detrás del mostrador, mientras, fuera, las llamadas no cesaban.

—No abran la puerta —decía el señor Marvel—. Por favor, ¡no abran la puerta! ¿Dónde podría esconderme?

—¿Se trata del hombre invisible? —preguntó el hombre de la barba negra, que tenía una mano a la espalda—. Va siendo hora de que lo veamos.

De pronto, se abrió la ventana de la posada. La gente iba de un lado a otro de la calle corriendo y dando gritos. El policía, que había permanecido encima de un sillón intentando ver quién llamaba a la puerta, se bajó y, arqueando las cejas, dijo:

—Es cierto.

El posadero, de pie, delante de la puerta de la habitación en donde se había encerrado el señor Marvel, se quedó mirando a la ventana que había cedido; luego se acercó a los otros dos hombres.

Y, de repente, todo se quedó en silencio.

—¡Ojalá tuviera mi porra! —dijo el policía dirigiéndose a la puerta—. En el momento que abramos se meterá. No hay forma de pararlo.

—¿No cree que tiene demasiada prisa en abrir la puerta? —dijo el cochero.

—¡Corran los cerrojos! —dijo el hombre de la barba negra—. Y si se atreve a entrar... —Y enseñó una pistola que llevaba.

—¡Eso no! —dijo el policía—. ¡Sería un asesinato!

—Conozco las leyes de la comarca —dijo el hombre de la barba

—. Voy a apuntarle a las piernas. Descorran los cerrojos.

—No, y menos con un revólver a mis espaldas —dijo el posadero, mirando por encima de las cortinas.

—Está bien —dijo el hombre de la barba negra, y, agachándose con el revólver preparado, los descorrió él mismo. El posadero, el cochero y el policía se quedaron mirando.

—¡Vamos, entre! —dijo el hombre de la barba en voz baja, dando un paso atrás y quedándose de pie, de cara a la puerta, con la pistola en la espalda. Pero nadie entró y la puerta permaneció cerrada. Cinco minutos después, cuando un segundo cochero asomó la cabeza cuidadosamente, estaban todos todavía esperando. En ese momento apareció una cara ansiosa por detrás de la puerta de la trastienda y preguntó:

—¿Están cerradas todas las puertas de la posada?

—Era Marvel, —y continuó—: Seguro que está merodeando alrededor. Es un diablo.

—¡Dios mío! —exclamó el posadero—. ¡La puerta de atrás! ¡Óiganme! ¡Miren todas las puertas! —Y miró a su alrededor sin esperanza. Entonces, la puerta de la trastienda se cerró de golpe y oyeron cómo echaban la llave—. ¡También está la puerta del patio y la puerta que da a la casa! En la puerta del patio...

El posadero salió disparado del bar.

Y reapareció con un cuchillo de cocina en la mano.

—La puerta del patio estaba abierta —dijo con desolación.

—Entonces, puede que ya esté dentro —dijo el primer cochero.

—En la cocina no está —dijo el posadero—. La he registrado palmo a palmo con este juguetito en la mano y, además, hay dos mujeres que no creen que haya entrado. Por lo menos, no han notado nada extraño.

—¿Ha atrancado bien la puerta? —preguntó el primer cochero.

—No puedo estar en todo —dijo el posadero.

El hombre de la barba guardó la pistola y, no había acabado de hacerlo, cuando alguien bajó la tabla del mostrador y chirrió el cerrojo. Inmediatamente después se rompió el pestillo de la puerta con un tremendo ruido y la puerta de la trastienda se abrió de par en par. Todos oyeron chillar a Marvel como una liebre a la que han atrapado, y atravesaron corriendo el bar para acudir en su ayuda. El hombre de la barba disparó y el espejo de la trastienda cayó al

suelo hecho añicos.

Cuando el posadero entró en la habitación, vio a Marvel que se debatía, hecho un ovillo, contra la puerta que daba al patio y a la cocina. La puerta se abrió mientras el posadero dudaba qué hacer y arrastraron a Marvel hasta la cocina. Se oyó un grito y un ruido de cacerolas chocando unas con otras. Marvel, boca abajo y arrastrándose obstinadamente en dirección contraria, era conducido a la fuerza hacia la puerta de la cocina, y alguien descorrió el cerrojo.

En ese momento el policía, que había estado intentando sobrepasar al posadero, entró en la estancia seguido de uno de los cocheros y, al intentar sujetar la muñeca del hombre invisible, que tenía agarrado por el cuello a Marvel, recibió un golpe en la cara y se tambaleó, cayendo de espaldas. Se abrió la puerta y Marvel hizo un gran esfuerzo para impedir que lo sacaran fuera. Entonces el cochero, agarrando algo, dijo:

—¡Ya lo tengo!

Después, el posadero empezó a arañar al hombre invisible con sus manos coloradas.

—¡Aquí está! —gritó.

El señor Marvel, que se había liberado, se tiró al suelo, e intentó escabullirse entre las piernas de los hombres que se estaban peleando. La lucha continuaba al lado del quicio de la puerta, y, por primera vez, se pudo escuchar la voz del hombre invisible, que lanzó un grito cuando el policía le dio un pisotón. El hombre invisible siguió gritando, mientras repartía puñetazos a diestro y siniestro, dando vueltas. El cochero también gritó en ese momento y se dobló. Le acababan de dar un golpe debajo del diafragma. Mientras tanto se abrió la puerta de la cocina que daba a la trastienda y, por ella, escapó el señor Marvel. Después, los hombres que seguían luchando en la cocina se dieron cuenta de que estaban dando golpes al aire.

—¿Dónde se ha ido? —gritó el hombre de la barba—. ¿Se ha escapado?

—Se ha ido por aquí —dijo el policía, saliendo al patio y quedándose allí, parado.

Un trozo de teja le pasó rozando la cabeza y se estrelló contra los platos que había en la mesa.

—¡Ya le enseñaré yo! —gritó el hombre de la barba negra, y asomó un cañón de acero por encima del hombro del policía, y disparó cinco veces seguidas en dirección al lugar de donde había venido la teja. Mientras disparaba, el hombre de la barba describió un círculo con el brazo, de manera que los disparos llegaron a diferentes puntos del patio.

Acto seguido, se hizo el silencio.

—Cinco balas —dijo el hombre de la barba—. Es lo mejor. Cuatro ases y el comodín. Que alguien me traiga una linterna para buscar el cuerpo.

Capítulo XVII

El doctor Kemp recibe una visita

El doctor Kemp había continuado escribiendo en su estudio hasta que los disparos le hicieron levantarse de la silla. Se oyeron los disparos uno tras otro.

—¡Vaya! —dijo el doctor Kemp, volviéndose a colocar la pluma en la boca y prestando atención—. ¿Quién habrá permitido pistolas en Burdock? ¿Qué estarán haciendo esos idiotas ahora?

Se dirigió a la ventana que daba al sur, la abrió y se asomó. Al hacerlo, vio la hilera de ventanas con luz, las lámparas de gas encendidas y las luces de las casas con sus tejados y patios negros, que componían la ciudad de noche.

—Parece que hay gente en la parte de abajo de la colina —dijo —, en la posada.

Y se quedó allí, mirando. Entonces sus ojos se dirigieron mucho más allá, para fijarse en las luces de los barcos y en el resplandor del embarcadero, un pequeño pabellón iluminado, como una gema amarilla.

La luna, en cuarto creciente, parecía estar colgada encima de la colina situada en el oeste, y las estrellas, muy claras, tenían un brillo casi tropical.

Pasados cinco minutos, durante los cuales su mente había estado haciendo especulaciones remotas sobre las condiciones sociales en el futuro y había perdido la noción del tiempo, el doctor Kemp, con un suspiro, cerró la ventana y volvió a su escritorio.

Una hora más tarde, llamaron al timbre. Había estado escribiendo con torpeza y con intervalos de abstracción desde que sonaran los disparos. Se sentó a escuchar. Oyó cómo la muchacha contestaba a la llamada y esperó sus pasos en la escalera, pero la muchacha no vino.

—Me pregunto quién podría ser —dijo el doctor Kemp.

Intentó acabar el trabajo, pero no pudo. Se levantó y bajó al

descansillo de la escalera, tocó el timbre del servicio y se asomó a la barandilla para llamar a la muchacha en el momento en que ésta aparecía en el vestíbulo.

—¿Era una carta? —le preguntó.

—No. Alguien debió llamar y salió corriendo, señor —contestó ella.

«No sé qué me pasa esta noche, estoy intranquilo», se dijo. Volvió al estudio y, esta vez, se dedicó al trabajo con ahínco. Al cabo de un rato estaba absorto por completo en su trabajo. Los únicos ruidos que se oían en toda la habitación eran el

tic-tac

del reloj y el rascar de la pluma sobre el papel; la única luz era la de una lámpara, que daba directamente sobre su mesa de trabajo.

Eran las dos de la madrugada cuando el doctor Kemp terminó su trabajo. Se levantó, bostezó y bajó para irse a dormir. Se había quitado la chaqueta y el chaleco, y sintió que tenía sed. Cogió una vela y bajó al comedor para prepararse un güisqui con soda.

La profesión del doctor Kemp lo había convertido en un hombre muy observador y, cuando pasó de nuevo por el vestíbulo, de vuelta a su habitación, se dio cuenta de que había una mancha oscura en el linóleo, al lado del felpudo que había a los pies de la escalera. Siguió por las escaleras y, de repente, se le ocurrió pensar qué sería aquella mancha. Aparentemente, algo en su subconsciente se lo estaba preguntando. Sin pensarlo dos veces, dio media vuelta y volvió al vestíbulo con el vaso en la mano. Dejó el güisqui con soda en el suelo, se arrodilló y tocó la mancha. Sin sorprenderse, se percató de que tenía el tacto y el color de la sangre cuando se está secando.

El doctor Kemp cogió otra vez el vaso y subió a su habitación, mirando alrededor e intentando buscar una explicación a aquella mancha de sangre. Al llegar al descansillo de la escalera, se detuvo muy sorprendido. Había visto algo. El pomo de la puerta de su propia habitación estaba manchado de sangre. Se miró la mano y estaba limpia. Entonces recordó que había abierto la puerta de su habitación cuando bajó del estudio y, por consiguiente, no había tocado el pomo. Entró en la habitación con el rostro bastante sereno, quizá con un poco más de decisión de lo normal. Su mirada inquisitiva lo primero que vio fue la cama. La colcha estaba llena de

sangre y habían vuelto las sábanas. No se había dado cuenta antes, porque se había dirigido directamente al tocador. La ropa de la cama estaba hundida, como si alguien, recientemente, hubiese estado sentado allí.

Después tuvo la extraña impresión de oír a alguien que le decía en voz baja: «¡Cielo santo! ¡Es Kemp!». Pero el doctor Kemp no creía en las voces.

El doctor Kemp se quedó allí, de pie, mirando las sábanas revueltas. ¿Aquello había sido una voz? Miró de nuevo a su alrededor, pero no vio nada raro, excepto la cama desordenada y manchada de sangre. Entonces, oyó claramente que algo se movía en la habitación, cerca del lavabo. Sin embargo, todos los hombres, incluso los más educados, tienen algo de supersticiosos. Lo que generalmente se llama miedo se apoderó entonces del doctor Kemp. Cerró la puerta de la habitación, se dirigió al tocador y dejó allí el vaso. De pronto, sobresaltado, vio, entre él y el tocador, un trozo de venda de hilo, enrollada y manchada de sangre, suspendida en el aire.

Se quedó mirando el fenómeno, sorprendido. Era un vendaje vacío. Un vendaje bien hecho, pero vacío. Cuando iba a aventurarse a tocarlo, algo se lo impidió y una voz le dijo desde muy cerca:

—¡Kemp!

—¿Qué...? —dijo Kemp, con la boca abierta.

—No te pongas nervioso —dijo la voz—. Soy un hombre invisible.

Durante un rato, Kemp no contestó, simplemente miraba el vendaje.

—Un hombre invisible —repitió la voz.

La historia que aquella mañana él había ridiculizado, volvía ahora a la mente de Kemp. En ese momento, no parecía estar ni muy asustado ni demasiado asombrado. Kemp se terminó de dar cuenta mucho más tarde.

—Creí que todo era mentira —dijo. En lo único que pensaba era en lo que había dicho aquella mañana—. ¿Lleva usted puesta una venda? —preguntó.

—Sí —dijo el hombre invisible.

—¡Oh! —dijo Kemp, dándose cuenta de la situación—. ¿Qué estoy diciendo? —continuó—. Esto es una tontería. Debe tratarse de

algún truco.

Dio un paso atrás y, al extender la mano para tocar el vendaje, se topó con unos dedos invisibles. Retrocedió, al tocarlos, y su cara cambió de color.

—¡Tranquilízate, Kemp, por el amor de Dios! Necesito que me ayudes. Para, por favor.

Le sujetó el brazo con la mano y Kemp la golpeó.

—¡Kemp! —gritó la voz—. ¡Tranquilízate, Kemp! —repitió sujetándole con más fuerza.

A Kemp le entraron unas ganas frenéticas de liberarse de su opresor. La mano del brazo vendado le agarró el brazo y, de repente, sintió un fuerte empujón, que le tiró encima de la cama. Intentó gritar, pero le metieron una punta de la sábana en la boca. El hombre invisible le tenía inmovilizado con todas sus fuerzas, pero Kemp tenía los brazos libres e intentaba golpear con todas sus fuerzas.

—¿Me dejarás que te explique todo de una vez? —le dijo el hombre invisible, sin soltarle, a pesar del puñetazo que recibió en las costillas—. ¡Déjalo ya, por Dios, o acabarás haciéndome cometer una locura! ¿Todavía crees que es una mentira, eh, loco? —gritó el hombre invisible al oído de Kemp.

Kemp siguió debatiéndose un instante hasta que, finalmente, se estuvo quieto.

—Si gritas, te romperé la cara —dijo el hombre invisible, destapándole la boca—. Soy un hombre invisible. No es ninguna locura ni tampoco es cosa de magia. Soy realmente un hombre invisible. Necesito que me ayudes. No me gustaría hacerte daño, pero, si sigues comportándote como un palurdo, no me quedará más remedio. ¿No me recuerdas, Kemp? Soy Griffin, del colegio universitario.

—Deja que me levante —le pidió Kemp—. No intentaré hacerte nada. Deja que me tranquilice.

Kemp se sentó y se llevó la mano al cuello.

—Soy Griffin, del colegio universitario. Me he vuelto invisible. Sólo soy un hombre como otro cualquiera, un hombre al que tú has conocido, que se ha vuelto invisible.

—¿Griffin? —preguntó Kemp.

—Sí, Griffin —contestó la voz—. Un estudiante más joven que

tú, casi albino, de uno ochenta de estatura, bastante fuerte, con la cara rosácea y los ojos rojizos... Soy aquél que ganó la medalla en química.

—Estoy aturdido —dijo Kemp—. Me estoy haciendo un lío. ¿Qué tiene que ver todo esto con Griffin?

—¿No lo entiendes? ¡Yo soy Griffin!

—¡Es horrible! —dijo Kemp, y añadió—: Pero ¿qué demonios hay que hacer para que un hombre se vuelva invisible?

—No hay que hacer nada, es un proceso lógico y fácil de comprender.

—¡Pero es horrible! —dijo Kemp—. ¿Cómo...?

—¡Ya sé que es horrible! Pero ahora estoy herido, tengo muchos dolores y estoy cansado. ¡Por el amor de Dios, Kemp! Tú eres un hombre bueno. Dame algo de comer y algo de beber y déjame que me siente aquí.

Kemp miraba cómo se movía el vendaje por la habitación y después vio cómo arrastraba una silla hasta la cama. La silla crujió y por lo menos una cuarta parte del asiento se hundió. Kemp se restregó los ojos y se volvió a llevar la mano al cuello.

—Esto acaba con los fantasmas —dijo, y se rió estúpidamente.

—Así está mejor. Gracias a Dios, te vas haciendo a la idea.

—O me estoy volviendo loco —dijo Kemp, frotándose los ojos con los nudillos.

—¿Puedo beber un poco de güisqui? Me muero de sed.

—Pues a mí no me da esa impresión. ¿Dónde estás? Si me levanto, podría chocar contigo. ¡Ya está! Muy bien. ¿Un poco de güisqui? Aquí tienes. ¿Y, ahora, cómo te lo doy?

La silla crujió y Kemp sintió que le quitaban el vaso de la mano. Él soltó el vaso haciendo un esfuerzo, pues su instinto lo empujaba a no hacerlo. El vaso se quedó en el aire a unos centímetros por encima de la silla. Kemp se le quedó mirando con infinita perplejidad.

—Esto es... esto tiene que ser hipnotismo. Me has debido hacer creer que eres invisible.

—No digas tonterías —dijo la voz.

—Es una locura.

—Escúchame un momento.

—Yo —comenzó Kemp— concluía esta mañana demostrando

que la invisibilidad...

—¡No te preocupes de lo que demostraste!... Estoy muerto de hambre —dijo la voz—, y la noche es... fría para un hombre que no lleva nada encima.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó Kemp.

El vaso de güisqui se inclinó.

—Sí —dijo el hombre invisible bebiendo un poco—. ¿Tienes una bata?

Kemp comentó algo en voz baja. Se dirigió al armario y sacó una bata de color rojo oscuro.

—¿Te vale esto? —preguntó, y se lo arrebataron. La prenda permaneció un momento como colgada en el aire, luego se aireó misteriosamente, se abotonó y se sentó en la silla.

—Algo de ropa interior, calcetines y unas zapatillas me vendrían muy bien —dijo el hombre invisible—. Ah, y comida también.

—Lo que quieras, pero ¡es la situación más absurda que me ha ocurrido en mi vida!

Kemp abrió unos cajones para sacar las cosas que le habían pedido y después bajó a registrar la despensa. Volvió con unas chuletas frías y un poco de pan. Lo colocó en una mesa y lo puso ante su invitado.

—No te preocupes por los cubiertos —dijo el visitante, mientras una chuleta se quedó en el aire, y oía masticar.

—¡Invisible! —dijo Kemp, y se sentó en una silla.

—Siempre me gusta ponerme algo encima antes de comer —dijo el hombre invisible con la boca llena, comiendo con avidez—. ¡Es una manía!

—Imagino que lo de la muñeca no es nada serio —dijo Kemp.

—No —dijo el hombre invisible.

—Todo esto es tan raro y extraordinario...

—Cierto. Pero es más raro que me colara en tu casa para buscar una venda. Ha sido mi primer golpe de suerte. En cualquier caso, pienso quedarme a dormir esta noche. ¡Tendrás que soportarme! Es una molestia toda esa sangre por ahí, ¿no crees? Pero me he dado cuenta de que se hace visible cuando se coagula. Llevo en la casa tres horas.

—Pero ¿cómo ha ocurrido? —empezó Kemp con tono desesperado—. ¡Estoy confundido! Todo este asunto no tiene

sentido.

—Pues es bastante razonable —dijo el hombre invisible—. Perfectamente razonable.

El hombre invisible alcanzó la botella de güisqui. Kemp miró cómo la bata se la bebía. Un rayo de luz entraba por un roto que había en el hombro derecho, y formaba un triángulo de luz con las costillas de su costado izquierdo.

—Y ¿qué eran esos disparos? —preguntó—. ¿Cómo empezó todo?

—Empezó porque un tipo, completamente loco, una especie de cómplice mío, ¡maldita sea!, intentó robarme el dinero. Y es lo que ha hecho.

—¿Es también invisible?

—No.

—¿Y qué más?

—¿Podría comer algo más antes de contártelo todo? Estoy hambriento y me duele todo el cuerpo, y ¡encima quieres que te cuente mi historia!

Kemp se levantó.

—¿Fuiste tú el que disparó? —preguntó.

—No, no fui yo —dijo el visitante—. Un loco al que nunca había visto empezó a disparar al azar. Muchos tenían miedo, y todos me temían. ¡Malditos! ¿Podrías traerme algo más de comer, Kemp?

—Voy a bajar a ver si encuentro algo más de comer —dijo Kemp—. Pero me temo que no haya mucho.

Después de comer, y comió muchísimo, el hombre invisible pidió un puro. Antes de que Kemp encontrara un cuchillo, el hombre invisible había mordido el extremo del puro de manera salvaje, y lanzó una maldición al desprenderse, por el mordisco, la capa exterior del puro. Era extraño verlo fumar; la boca, la garganta, la faringe, los orificios de la nariz se hacían visibles con el humo.

—¡Fumar es un placer! —decía mientras chupaba el puro—. ¡Qué suerte he tenido cayendo en tu casa, Kemp! Tienes que ayudarme. ¡Qué coincidencia haber dado contigo! Estoy en un apuro. Creo que me he vuelto loco. ¡Si supieras en todo lo que he estado pensando! Pero todavía podemos hacer cosas juntos. Déjame que te cuente...

El hombre invisible se echó un poco más de güisqui con soda. Kemp se levanto, echó un vistazo alrededor y trajo un vaso para él de la habitación contigua.

—Es todo una locura, pero imagino que también puedo echar un trago contigo.

—No has cambiado mucho en estos doce años, Kemp. ¡Nada! Sigues tan frío y metódico... Como te decía, ¡tenemos que trabajar juntos!

—Pero ¿cómo ocurrió todo? —insistió Kemp—. ¿Cómo te volviste invisible?

—Por el amor de Dios, déjame fumar en paz un rato. Después te lo contaré todo.

Pero no se lo contó aquella noche. La muñeca del hombre invisible iba de mal en peor. Le subió la fiebre, estaba exhausto. En ese momento volvió a recordar la persecución por la colina y la pelea en la posada. A ratos hablaba de Marvel, luego se puso a fumar mucho más deprisa y en su voz se empezó a notar el enfado. Kemp intentó unirlo todo como pudo.

—Tenía miedo de mí, yo notaba que me temía —repetía una y otra vez el hombre invisible—. Quería librarse de mí, siempre le rondaba esa idea. ¡Qué tonto he sido!

—¡Qué canalla!

—Debí haberlo matado.

—¿De dónde sacaste el dinero? —interrumpió Kemp.

El hombre invisible guardó silencio antes de contestar.

—No te lo puedo contar esta noche —le dijo.

De repente se oyó un gemido. El hombre invisible se inclinó hacia adelante agarrándose con manos invisibles su cabeza invisible.

—Kemp —dijo—, hace casi tres días que no duermo, quitando un par de cabezadas de una hora más o menos. Necesito dormir.

—Está bien, quédate en mi habitación, en esta habitación.

—¿Pero cómo voy a dormir? Si me duermo, se escapará. Aunque, ¡qué más da!

—¿Es grave esa herida? —preguntó Kemp.

—No, no es nada, sólo un rasguño y sangre. ¡Oh, Dios! ¡Necesito dormir!

—¿Y por qué no lo haces?

El hombre invisible pareció quedarse mirando a Kemp.

—Porque no quiero dejarme atrapar por ningún hombre —dijo lentamente.

Kemp dio un respingo.

—¡Pero qué tonto soy! —dijo el hombre invisible dando un golpe en la mesa—. Te acabo de dar la idea.

Capítulo

XVIII

El hombre invisible duerme

Exhausto y herido como estaba, el hombre invisible rechazó la palabra que Kemp le daba, asegurándole que su libertad sería respetada en todo momento. Examinó las dos ventanas de la habitación, subió las persianas y abrió las hojas de las mismas para confirmar, como le había dicho Kemp, que podía escapar por ellas. Fuera, era una noche tranquila y la luna nueva se estaba poniendo en la colina. Después examinó las llaves del dormitorio y las dos puertas del armario para convencerse de la seguridad de su libertad. Y, por fin, se quedó satisfecho. Estuvo un rato de pie, al lado de la chimenea, y Kemp oyó como un bostezo.

—Siento mucho —empezó el hombre invisible— no poderte contar todo esta noche, pero estoy agotado. No cabe duda de lo grotesco del caso. ¡Es algo horrible! Pero, créeme, Kemp, es posible. Yo mismo he hecho el descubrimiento. En un principio quise guardar el secreto, pero me he dado cuenta de que no puedo. Necesito tener un socio. Y tú..., podemos hacer tantas cosas juntos... Pero mañana. Ahora Kemp, creo que, si no duermo un poco, me moriré.

Kemp, de pie en el centro de la habitación, se quedó mirando a toda aquella ropa sin cabeza.

—Imagino que ahora tendré que dejarte —dijo—. Es increíble. Otras tres cosas más como ésta, que cambien todo lo que yo creía, y me vuelvo completamente loco. Pero ¡esto es real! ¿Necesitas algo más de mí?

—Sólo que me des las buenas noches —le dijo Griffin.

—Buenas noches —dijo Kemp, mientras estrechaba una mano invisible. Después, se dirigió directamente a la puerta y la bata salió corriendo detrás de él.

—Escúchame bien —le dijo la bata—. No intentes poner ninguna traba y no intentes capturarme o, de lo contrario...

Kemp cambió de expresión.

—Creo que te he dado mi palabra —dijo.

Kemp cerró la puerta detrás de él con toda suavidad. Nada más hacerlo, echaron la llave. Después, mientras la expresión de asombro todavía podía leerse en el rostro de Kemp, se oyeron unos pasos rápidos, que se dirigieron al armario y también echó la llave. Kemp se dio una palmada en la frente: «¿Estaré soñando? ¿El mundo se ha vuelto loco o, por el contrario, yo me he vuelto loco?».

Acto seguido se echó a reír y puso una mano en la puerta cerrada: «¡Me han echado de mi dormitorio por algo completamente absurdo!», dijo.

Se acercó a la escalera y miró las puertas cerradas. «¡Es un hecho!», dijo, tocándose con los dedos el cuello dolorido. «Un hecho innegable, pero...». Sacudió la cabeza sin esperanza alguna, se dio la vuelta y bajó las escaleras.

Kemp encendió la lámpara del comedor, sacó un puro y se puso a andar de un lado para otro por la habitación, haciendo gestos. De vez en cuando se ponía a discutir consigo mismo.

«¡Es invisible!».

«¿Hay algo tan extraño como un animal invisible? En el mar, sí. ¡Hay miles, incluso millones! Todas las larvas, todos los seres microscópicos, las medusas. ¡En el mar hay muchas más cosas invisibles que visibles! Nunca se me había ocurrido. ¡Y también en las charcas! Todos esos pequeños seres que viven en ellas, todas las partículas transparentes, que no tienen color. ¿Pero en el aire? ¡Por supuesto que no!».

«No puede ser».

«Pero... después de todo... ¿Por qué no puede ser?».

«Si un hombre estuviera hecho de vidrio, también sería invisible».

A partir de ese momento, pasó a especulaciones mucho más profundas. Antes de que volviera a decir una palabra, la ceniza de tres puros se había extendido por toda la alfombra. Después, se levantó de su sitio, salió de la habitación y se dirigió a la sala de visitas, donde encendió una lámpara de gas. Era una habitación pequeña, porque el doctor Kemp no recibía visitas y allí era donde

tenía todos los periódicos del día. El periódico de la mañana estaba tirado y descuidadamente abierto. Lo cogió, le dio la vuelta y empezó a leer el relato sobre el «Extraño suceso en Iping», que el marinero de Port Stowe le había contado a Marvel. Kemp lo leyó rápidamente.

—¡Embozado! —dijo Kemp—. ¡Disfrazado! ¡Ocultándose! Nadie debía darse cuenta de su desgracia. ¿A qué diablos está jugando?

Soltó el periódico y sus ojos siguieron buscando otro.

—¡Ah! —dijo y cogió el *St. James Gazette*, que estaba intacto, como cuando llegó—. Ahora nos acercaremos a la verdad —dijo Kemp. Tenía el periódico abierto y a dos columnas. El título era: «Un pueblo entero de Sussex se vuelve loco».

—¡Cielo santo! —dijo Kemp, mientras leía el increíble artículo sobre los acontecimientos que habían tenido lugar en Iping la tarde anterior, que ya hemos descrito en su momento. El artículo del periódico de la mañana se reproducía íntegro en la página siguiente.

Kemp volvió a leerlo. «Bajó corriendo la calle dando golpes a diestro y siniestro. Jaffers quedó sin sentido. El señor Huxter, con un dolor impresionante, todavía no puede describir lo que vio. El vicario completamente humillado. Una mujer enferma por el miedo que pasó. Ventanas rotas. Pero esta historia debe ser una completa invención. Demasiado buena para no publicarla».

Soltó el periódico y se quedó mirando adelante, sin ver nada realmente.

—¡Tiene que ser una invención!

Volvió a coger el periódico y lo releyó todo.

—Pero ¿en ningún momento citan al vagabundo? ¿Por qué demonios iba persiguiendo a un vagabundo?

Después de hacerse estas preguntas, se dejó caer en su sillón de cirujano.

—No sólo es invisible —se dijo—, ¡también está loco! ¡Es un homicida!

Cuando aparecieron los primeros rayos de luz que se mezclaron con la luz de la lámpara de gas y el humo del comedor, Kemp seguía dando vueltas por la habitación, intentando comprender aquello que todavía le parecía increíble.

Estaba demasiado excitado para poder dormir. Por la mañana,

los sirvientes, todavía presa del sueño, lo encontraron allí y achacaron su estado a la excesiva dedicación al estudio. Entonces, les dio instrucciones explícitas de que prepararan un desayuno para dos personas y lo llevaran al estudio. Luego les dijo que se quedaran en la planta baja y en el primer piso. Todas estas instrucciones les parecieron raras. Acto seguido, siguió paseándose por la habitación hasta que llegó el periódico de la mañana. En él se comentaba mucho, pero se decían muy pocas cosas nuevas del asunto, aparte de la confirmación de los sucesos de la noche anterior, y un artículo, muy mal escrito, sobre un suceso extraordinario ocurrido en Port Burdock. Era el resumen que Kemp necesitaba sobre lo ocurrido en el Jolly Cricketers; ahora ya aparecía el nombre de Marvel. «Me obligó a estar a su lado durante veinticuatro horas», testificaba Marvel. Se añadían también algunos hechos de menor importancia en la historia de Iping, destacando el corte de los hilos del telégrafo del pueblo. Pero no había nada que arrojase nueva luz sobre la relación entre el hombre invisible y el vagabundo, ya que el señor Marvel no había dicho nada sobre los tres libros ni sobre el dinero que llevaba encima. La atmósfera de incredulidad se había disipado y muchos periodistas y curiosos se estaban ocupando del tema.

Kemp leyó todo el artículo y envió después a la muchacha a buscar todos los periódicos de la mañana que encontrara. Los devoró todos.

—¡Es invisible! —dijo—. Y está pasando de tener rabia a convertirse en un maniático. ¡Y la cantidad de cosas que puede hacer y que ha hecho! Y está arriba, tan libre como el aire. ¿Qué podría hacer yo? Por ejemplo, ¿sería faltar a mi palabra si...? ¡No, no puedo!

Se dirigió a un desordenado escritorio que había en una esquina de la habitación y anotó algo. Rompió lo que había empezado a escribir y escribió una nota nueva. Cuando terminó la leyó y consideró que estaba bien. Después la metió en un sobre y lo dirigió al «Coronel Adye, Port Burdock».

El hombre invisible se despertó, mientras Kemp escribía la nota. Se despertó de mal humor, y Kemp, que estaba alerta a cualquier ruido, oyó sus pisadas arriba y cómo éstas iban de un lado para otro por toda la habitación. Después oyó cómo se caía al suelo una silla

y, más tarde, el lavabo. Kemp, entonces, subió corriendo las escaleras y llamó a la puerta.

Capítulo XIX

Algunos principios fundamentales

—¿**Q**ué está pasando aquí? —preguntó Kemp, cuando el hombre invisible le abrió la puerta.

—Nada —fue la respuesta.

—Pero ¡maldita sea! ¿Y esos golpes?

—Un arrebato —dijo el hombre invisible—. Me olvidé de mi brazo y me duele mucho.

—¿Y estás siempre expuesto a que te ocurran esas cosas?

—Sí.

Kemp cruzó la habitación y recogió los cristales de un vaso roto.

—Se ha publicado todo lo que has hecho —dijo Kemp, de pie, con los cristales en la mano—. Todo lo que pasó en Iping y lo de la colina. El mundo ya conoce la existencia del hombre invisible. Pero nadie sabe que estás aquí.

El hombre invisible empezó a maldecir.

—Se ha publicado tu secreto. Imagino que un secreto es lo que había sido hasta ahora. No conozco tus planes, pero, desde luego, estoy ansioso por ayudarte.

El hombre invisible se sentó en la cama.

—Tomaremos el desayuno arriba —dijo Kemp con calma, y quedó encantado al ver cómo su extraño invitado se levantaba de la cama bien dispuesto. Kemp abrió camino por la estrecha escalera que conducía al mirador.

—Antes de que hagamos nada más —le dijo Kemp—, me tienes que explicar con detalle el hecho de tu invisibilidad.

Se había sentado, después de echar un vistazo, nervioso, por la ventana, con la intención de mantener una larga conversación. Pero las dudas sobre la buena marcha de todo aquel asunto volvieron a desvanecerse, cuando se fijó en el sitio donde estaba Griffin: una bata sin manos y sin cabeza, que, con una servilleta que se sostenía milagrosamente en el aire, se limpiaba unos labios invisibles.

—Es bastante simple y creíble —dijo Griffin, dejando a un lado la servilleta y dejando caer la cabeza invisible sobre una mano invisible también.

—Sin duda, sobre todo para ti, pero... —dijo Kemp, riéndose.

—Sí, claro; al principio, me pareció algo maravilloso. Pero ahora... ¡Dios mío! ¡Todavía podemos hacer grandes cosas! Empecé con estas cosas, cuando estuve en Chesilstowe.

—¿Cuándo estuviste en Chesilstowe?

—Me fui allí tras dejar Londres. ¿Sabes que dejé medicina para dedicarme a la física, no? Bien, eso fue lo que hice. La luz. La luz me fascinaba.

—Ya.

—¡La densidad óptica! Es un tema plagado de enigmas. Un tema cuyas soluciones se te escapan de las manos. Pero, como tenía veintidós años y estaba lleno de entusiasmo, me dije: a esto dedicaré mi vida. Merece la pena. Ya sabes lo locos que estamos a los veintidós años.

—Lo éramos entonces y lo somos ahora —dijo Kemp—. ¡Como si saber un poco más fuera una satisfacción para el hombre!

—Me puse a trabajar como un negro. No llevaba ni seis meses trabajando y pensando sobre el tema, cuando descubrí algo sobre una de las ramas de mi investigación. ¡Me quedé deslumbrado! Descubrí un principio fundamental sobre pigmentación y refracción, una fórmula, una expresión geométrica que incluía cuatro dimensiones. Los locos, los hombres vulgares, incluso algunos matemáticos vulgares, no saben nada de lo que algunas expresiones generales pueden llegar a significar para un estudiante de física molecular. En los libros, éstos que el vagabundo ha escondido, hay escritas maravillas, milagros. Pero esto no era un método, sino una idea que conduciría a un método, a través del cual sería posible, sin cambiar ninguna propiedad de la materia, excepto, a veces, los colores, disminuir el índice de refracción de una sustancia, sólida o líquida, hasta que fuese igual al del aire, todo esto, en lo que concierne a propósitos prácticos.

—¡Eso es muy raro! —dijo Kemp—. Todavía no lo tengo muy claro. Entiendo que de esa manera se puede echar a perder una piedra preciosa, pero tanto como llegar a conseguir la invisibilidad de las personas...

—Precisamente —dijo Griffin—. Recapacita. La visibilidad depende de la acción que los cuerpos visibles ejercen sobre la luz. Déjame que te exponga los hechos como si no los conocieras. Así me comprenderás mejor. Sabes que un cuerpo absorbe la luz, o la refleja, o la refracta, o hace las dos cosas al mismo tiempo. Pero, si ese cuerpo ni la refleja, ni la refracta, ni absorbe la luz, no puede ser visible. Imagínate, por ejemplo, una caja roja y opaca; tú la ves roja, porque el color absorbe parte de la luz y refleja todo el resto, toda la parte de la luz que es de color rojo, y eso es lo que tú ves. Si no absorbe ninguna porción de luz, pero la refleja toda, verás entonces una caja blanca brillante. ¡Una caja de plata! Una caja de diamantes no absorbería mucha luz ni tampoco reflejaría demasiado en la superficie general, sólo en determinados puntos, donde la superficie fuera favorable, se reflejaría y refractaría, de manera que tú tendrías ante ti una caja llena de reflejos y transparencias brillantes, una especie de esqueleto de la luz. Una caja de cristal no sería tan brillante ni podría verse con tanta nitidez como una caja de diamantes, porque habría menos refracción y menos reflexión. ¿Lo entiendes? Desde algunos puntos determinados tú podrías ver a través de ella con toda claridad. Algunos cristales son más visibles que otros. Una caja de cristal de roca siempre es más brillante que una caja de cristal normal, del que se usa para las ventanas. Una caja de cristal común muy fino sería difícil de ver, si hay poca luz, porque absorbería muy poca luz y, por tanto, no habría apenas refracción o reflexión. Si metes una lámina de cristal común blanco en agua o, lo que es mejor, en un líquido más denso que el agua, desaparece casi por completo, porque no hay apenas refracción o reflexión en la luz que pasa del agua al cristal; a veces, incluso, es nula. Es casi tan imposible de ver como un chorro de gas de hulla o de hidrógeno en el aire. ¡Y, precisamente, por esa misma razón...!

—Claro —dijo Kemp—, eso lo sabe todo el mundo.

—Existe otro hecho que también sabrás. Si se rompe una lámina de cristal y se convierte en polvo, se hace mucho más visible en el aire; se convierte en un polvo blanco opaco. Esto es así, porque, al ser polvo, se multiplican las superficies en las que tiene lugar la refracción y la reflexión. En la lámina de cristal hay solamente dos superficies; sin embargo, en el polvo, la luz se refracta o se refleja en la superficie de cada grano que atraviesa. Pero, si ese polvillo

blanco se introduce en el agua, desaparece al instante. El polvo de cristal y el agua tienen, más o menos, el mismo índice de refracción, la luz sufre muy poca refracción o reflexión al pasar de uno a otro elemento. El cristal se hace invisible, si lo introduces en un líquido o en algo que tenga, más o menos, el mismo índice de refracción; algo que sea transparente se hace invisible, si se lo introduce en un medio que tenga un índice de refracción similar al suyo. Y, si te paras a pensarlo un momento, verías que el polvo de cristal también se puede hacer invisible, si su índice de refracción pudiera hacerse igual al del aire; en ese caso, tampoco habría refracción o reflexión al pasar de un medio a otro.

—Sí, sí, claro —dijo Kemp—, pero ¡un hombre no está hecho de polvo de cristal!

—No —contestó Griffin—, ¡porque es todavía más transparente!

—¡Tonterías!

—¿Y eso lo dice un médico? ¡Qué pronto nos olvidamos de todo! ¿En tan sólo diez años has olvidado todo lo que aprendiste sobre física? Piensa en todas las cosas que son transparentes y que no lo parecen. El papel, por ejemplo, está hecho a base de fibras transparentes, y es blanco y opaco por la misma razón que lo es el polvo de cristal. Mételo en aceite, llena los intersticios que hay entre cada partícula con aceite, para que sólo haya refracción y reflexión en la superficie, y éste se volverá igual de transparente que el cristal. Y no solamente el papel, también la fibra de algodón, la fibra de hilo, la de lana, la de madera y la de los huesos, Kemp, y la de la carne, Kemp, y la del cabello, Kemp, y las de las uñas y los nervios, Kemp, todo lo que constituye el hombre, excepto el color rojo de su sangre y el pigmento oscuro del cabello, está hecho de materia transparente e incolora. Es muy poco lo que permite que nos podamos ver los unos a los otros. En su mayor parte, las fibras de cualquier ser vivo no son más opacas que el agua.

—¡Dios mío! —gritó Kemp—. ¡Claro que sí, desde luego! ¡Y yo esta noche no podía pensar más que en larvas y en medusas!

—¡Estás empezando a comprender! Yo había estado pensando en todo esto un año antes de dejar Londres, hace seis años. Pero no se lo dije a nadie. Tuve que realizar mi trabajo en condiciones pésimas. Oliver, mi profesor de Universidad, era un científico sin escrúpulos, un periodista por instinto, un ladrón de ideas. ¡Siempre

estaba figoneando! Ya conoces lo picaresco del mundo de los científicos. Simplemente decidí no publicarlo, para no dejar que compartiera mi honor. Seguí trabajando y cada vez estaba más cerca de conseguir que mi fórmula sobre aquel experimento fuese una realidad. No se lo dije a nadie, porque quería que mis investigaciones causasen un gran efecto, una vez que se conocieran, y, de esta forma, hacerme famoso de golpe. Me dediqué al problema de los pigmentos, porque quería llenar algunas lagunas. Y, de repente, por casualidad, hice un descubrimiento en fisiología.

—¿Y?

—El color rojo de la sangre se puede convertir en blanco, es decir, incoloro, ¡sin que ésta pierda ninguna de sus funciones!

Kemp, asombrado, lanzó un grito de incredulidad. El hombre invisible se levantó y empezó a dar vueltas por el estudio.

—Haces bien asombrándote. Recuerdo aquella noche. Era muy tarde. Durante el día me molestaba aquella panda de estudiantes imbéciles, y, a veces, me quedaba trabajando hasta el amanecer. La idea se me ocurrió de repente y con toda claridad. Estaba solo, en la paz del laboratorio, y con las luces, que brillaban en silencio. ¡Se puede hacer que un animal, una materia, sea transparente! «¡Puede ser invisible!», me dije, dándome cuenta, rápidamente, de lo que significaba ser un albino y poseer esos conocimientos. La idea era muy tentadora. Dejé lo que estaba haciendo y me acerqué a la ventana para mirar las estrellas. «¡Puedo ser invisible!», me repetí a mí mismo. Hacer eso significaba ir más allá de la magia. Entonces me imaginé, sin ninguna duda, claramente, lo que la invisibilidad podría significar para el hombre: el misterio, el poder, la libertad. En aquel momento, no vi ninguna desventaja. ¡Tan sólo había que pensar! Y yo, que no era más que un pobre profesor que enseñaba a unos locos en un colegio de provincias, podría, de pronto, convertirme en... eso. Y ahora te pregunto, Kemp, si tú o cualquiera no se habría lanzado a desarrollar aquella investigación. Trabajé durante tres años y cada dificultad con la que tropezaba traía consigo, como mínimo, otra. ¡Y había tantísimos detalles! Y debo añadir cómo me exasperaba mi profesor, un profesor de provincias, que siempre estaba figoneando. «¿Cuándo va a publicar su trabajo?», era la pregunta continua. ¡Y los estudiantes, y los medios tan escasos! Durante tres años trabajé en esas circunstancias... Y

después de tres años de trabajar en secreto y con desesperación, comprendí que era imposible terminar mis investigaciones... Imposible.

—¿Por qué? —preguntó Kemp.

—Por el dinero —dijo el hombre invisible, mirando de nuevo por la ventana. De pronto, se volvió—. Robé a mi padre. Pero el dinero no era suyo y se pegó un tiro.

Capítulo XX

En la casa de Great Portland Street

Durante un momento Kemp se quedó sentado en silencio, mirando a la figura sin cabeza, de espaldas a la ventana. Después, habiéndosele pasado algo por la cabeza, se levantó, agarró al hombre invisible por un brazo y lo apartó de la ventana.

—Estás cansado —le dijo—. Mientras yo sigo sentado, tú no paras de dar vueltas por la habitación. Siéntate en mi sitio.

Él se colocó entre Griffin y la ventana más cercana.

Griffin se quedó un rato en silencio y, luego, de repente, siguió contando su historia:

—Cuando ocurrió esto, yo ya había dejado mi casa de Chesilstowe. Esto fue el pasado diciembre. Alquilé una habitación en Londres; una habitación muy grande y sin amueblar en una casa de huéspedes, en un barrio pobre cerca de Great Portland Street. Llené la habitación con los aparatos que compré con el dinero de mi padre; mi investigación se iba desarrollando con regularidad, con éxito, incluso acercándose a su fin. Yo me sentía como el hombre que acaba de salir del bosque en el que estaba perdido y que, de repente, se encuentra con que ha ocurrido una tragedia.

»Fui a enterrar a mi padre. Mi mente se centraba en mis investigaciones, y no moví un solo dedo para salvar su reputación. Recuerdo el funeral, un coche fúnebre barato, una ceremonia muy corta, aquella ladera azotada por el viento y la escarcha y a un viejo compañero suyo, que leyó las oraciones por su alma: un viejo encorvado, vestido de negro, que lloraba. Recuerdo mi vuelta a la casa vacía, atravesando lo que antes había sido un pueblo y estaba ahora lleno de construcciones a medio hacer, convertido en una horrible ciudad. Todas las calles desembocaban en campos profanados, con montones de escombros y con una tupida maleza húmeda. Me recuerdo a mí mismo como una figura negra y lúgubre, caminando por la acera brillante y resbaladiza; y aquella extraña

sensación de despego que sentí por la poca respetabilidad y el mercantilismo sórdido de aquel lugar.

»No sentí pena por mi padre. Me pareció que había sido la víctima de su sentimentalismo alocado. La hipocresía social requería mi presencia en el funeral, pero, en realidad, no era asunto mío. Pero, mientras recorría High Street, toda mi vida anterior volvió a mí por un instante, al encontrarme con una chica a la que había conocido diez años antes. Nuestras miradas se cruzaron. Algo me obligó a volverme y hablarle. Era una persona bastante mediocre.

»Aquella visita a esos viejos lugares fue como un sueño. Entonces no me di cuenta de que estaba solo, de que me había alejado del mundo para sumergirme en la desolación. Advertí mi falta de compasión, pero lo achaqué a la estupidez de las cosas, en general.

»Al volver a mi habitación, volví también a la realidad. Allí estaban todas las cosas que conocía y a las que amaba. Allí estaban mis aparatos y mis experimentos preparados y esperándome. No me quedaba nada más que una dificultad: la planificación de los últimos detalles. Tarde o temprano acabaré explicándote todos aquellos complicados procesos, Kemp. No tenemos por qué tocar ese tema ahora. La mayoría de éstos, excepto algunas lagunas que ahora recuerdo, están escritos en clave en los libros que ha escondido el vagabundo. Tenemos que atraparlo. Tenemos que recuperar los libros.

»Pero la fase principal era la de colocar el objeto transparente, cuyo índice de refracción había que rebajar, entre dos centros que radiasen una especie de radiación etérea, algo que te explicaré con mayor profundidad en otro momento. No, no eran vibraciones del tipo Röntgen. No creo que las vibraciones a las que me refiero se hayan descrito nunca, aunque son bastante claras. Necesitaba dos dinamos pequeñas, que haría funcionar con un simple motor de gas.

»Hice mi primer experimento con un trozo de lana blanca. Fue una de las cosas más extrañas que he visto, el parpadeo de aquellos rayos suaves y blancos y después ver cómo se desvanecía su silueta como una columna de humo. Apenas podía creer que lo había conseguido. Cogí con la mano aquel vacío y allí me encontré el trozo tan sólido como siempre. Quise hacerlo más difícil y lo tiré al

suelo. Pues bien, tuve problemas para volver a encontrarlo.

»Entonces tuve una curiosa experiencia. Oí maullar detrás de mí y, al volverme, vi una gata blanca, flaca y muy sucia, que estaba en el alféizar de la ventana. Entonces se me ocurrió una idea. “Lo tengo todo preparado”, me dije acercándome a la ventana. La abrí y llamé a la gata con mimo. Ella se acercó ronroneando. El pobre animal estaba hambriento, y le di un poco de leche. Después se dedicó a oler por toda la habitación, evidentemente con la idea de establecerse allí. El trozo de lana invisible pareció asustarle un poco. ¡Tenías que haberla visto con el lomo completamente enarcado! La coloqué encima de la almohada de la cama y le di mantequilla para que se lavara por dentro.

—¿Y la utilizaste en tu experimento?

—Claro. ¡Pero no creas que es una broma drogar a un gato! El proceso falló.

—¿Falló?

—Sí, falló por una doble causa. Una, por las garras, y, la otra, ese pigmento, ¿cómo se llama?, que está detrás del ojo de un gato. ¿Te acuerdas tú?

—El tapetum.

—Eso es, el tapetum. No pude conseguir que desapareciera. Después de suministrarle una pócima decolorante para la sangre y hacer otros preparativos, le di opio y la coloqué, junto con la almohada sobre la que dormía, en el aparato. Y, después de obtener que el resto del cuerpo desapareciera, no lo conseguí con los ojos.

—¡Qué extraño!

—No puedo explicármelo. La gata estaba, desde luego, vendada y atada; la tenía inmovilizada. Pero se despertó cuando todavía estaba atontada, y empezó a maullar lastimosamente. En ese momento alguien se acercó y llamó a la puerta. Era una vieja que vivía en el piso de abajo y que sospechaba que yo hacía vivisecciones; una vieja alcohólica, que lo único que poseía en este mundo era un gato. Cogí un poco de cloroformo y se lo di a oler a la gata; después, abrí la puerta. «¿Ha oído maullar a un gato?», me preguntó. «¿Está aquí mi gata?». «No, señora, aquí no está», le respondí con toda amabilidad. Pero ella se quedó con la duda e intentó echar un vistazo por la habitación. Le debió parecer un tanto insólito: las paredes desnudas, las ventanas sin cortinas, una

cama con ruedas, con el motor de gas en marcha, los dos puntos resplandecientes y, por último, el intenso olor a cloroformo en el aire. Al final se debió dar por satisfecha y se marchó.

—¿Cuánto tiempo duró el proceso? —preguntó Kemp.

—El del gato unas tres o cuatro horas. Los huesos, los tendones y la grasa fueron los últimos en desaparecer, y también la punta de los pelos de color. Y, como te dije, la parte trasera del ojo, aunque de materia irisada, no terminó de desaparecer del todo. Ya había anochecido fuera mucho antes de que terminara el proceso, y, al final, no se veían más que los ojos oscuros y las garras. Paré el motor de gas, toqué al gato, que estaba todavía inconsciente, y lo desaté. Después, notándome cansado, lo dejé durmiendo en la almohada invisible y me fui a la cama. No podía quedarme dormido. Estaba tumbado, despierto, pensando una y otra vez en el experimento, o soñaba que todas las cosas a mi alrededor iban desapareciendo, hasta que todo, incluso el suelo, desaparecía, sumergiéndome en una horrible pesadilla. A eso de las dos, el gato empezó a maullar por la habitación. Intenté hacerlo callar con palabras, y, después, decidí soltarlo. Recuerdo el sobresalto que experimenté, cuando, al encender la luz, sólo vi unos ojos verdes y redondos y nada a su alrededor. Le habría dado un poco de leche, pero ya no me quedaba más. No se estaba quieta, se sentó en el suelo y se puso a maullar al lado de la puerta. Intenté cogerla con la idea de sacarla por la ventana, pero no se dejaba atrapar. Seguía maullando por la habitación. Luego le abrí la ventana, haciéndole señales para que se fuera. Al final creo que lo hizo. Nunca más la volví a ver. Después, Dios sabe cómo, me puse a pensar otra vez en el funeral de mi padre, en aquella ladera deprimente y azotada por el viento, hasta que amaneció. Por la mañana, como no podía dormir, cerré la puerta de mi habitación detrás de mí y salí a pasear por aquellas calles.

—¿Quieres decir que hay un gato invisible deambulando por ahí? —dijo Kemp.

—Si no lo han matado —contestó el hombre invisible.

—Claro, ¿por qué no? —dijo Kemp—. Perdona, no quería interrumpirte.

—Probablemente lo hayan matado —dijo el hombre invisible—. Sé que cuatro días más tarde aún estaba vivo, estaba en una verja

de Great Tichfield Street, porque vi a un numeroso grupo de gente, alrededor de aquel lugar, intentando adivinar de dónde provenían unos maullidos que estaban escuchando.

Se quedó en silencio durante un buen rato, y, de pronto, continuó con la historia.

—Recuerdo la última mañana antes de mi metamorfosis. Debí subir por Portland Street. Recuerdo los carteles de Albany Street, y los soldados que salían a caballo; y, al final, me vi sentado al sol en lo alto de Primrose Hill, sintiéndome enfermo y extraño. Era un día soleado de enero, uno de esos días soleados y helados que precedieron a la nieve este año. Mi mente agotada intentó hacerse una idea de la situación y establecer un plan de acción. Me sorprendí al darme cuenta, ahora que tenía la meta al alcance de la mano, de lo poco convincente que parecía mi intento. La verdad es que estaba agotado. El intenso cansancio, después de cuatro años de trabajo seguido, me había incapacitado para tener cualquier sentimiento. Me sentía apático, e intenté, en vano, recobrar aquel entusiasmo de mis primeras investigaciones, la pasión por el descubrimiento, que me había permitido, incluso, superar la muerte de mi padre. Nada parecía tener importancia para mí. En cualquier caso, vi claramente que aquello era un estado de ánimo pasajero, por el trabajo excesivo y por la necesidad que tenía de dormir; veía posible recuperar todas mis fuerzas ya fuera con drogas o con cualquier otro medio. Lo único que veía claro en mi mente era que tenía que terminar aquello. Todavía me ronda la obsesión. Aquello tenía que acabarlo pronto, porque me estaba quedando sin dinero. Mientras estaba en la colina, miré a mi alrededor; había niños jugando y niñas que los miraban. Me puse a pensar, entonces, en las increíbles ventajas que podría tener un hombre invisible en este mundo. Después de un rato, volví a casa, comí algo y me tomé una dosis bastante fuerte de estricnina; me metí en la cama, que estaba sin hacer, vestido como estaba. La estricnina es un tónico perfecto, Kemp, para acabar con la debilidad del hombre.

—Pero es diabólica —dijo Kemp—. Es la fuerza bruta en una botella.

—Me desperté con un vigor enorme y bastante irritable, ¿sabes?

—Sí, ya conozco esa faceta.

—Y, nada más despertarme, alguien estaba llamando a la puerta.

Era mi casero, un viejo judío polaco que llevaba puesto un abrigo largo y gris y unas zapatillas llenas de grasa; venía con aire amenazador y haciéndome preguntas. Estaba convencido de que yo había estado torturando a un gato aquella noche (la vieja no había perdido el tiempo). Insistía en que quería saberlo todo. Las leyes del país contra la vivisección son muy severas, y podía ponerme una denuncia. Yo negué la existencia del gato. Después dijo que las vibraciones del motor de gas se sentían en todo el edificio. Esto, desde luego, era verdad. Se coló en la habitación y empezó a fisgonearlo todo, mirando por encima de sus gafas de plata alemana; en ese momento me invadió cierto temor de que pudiese averiguar algo sobre mi secreto. Intenté quedarme entre él y el aparato de concentración que yo mismo había preparado, y esto no hizo más que aumentar su curiosidad. ¿Qué estaba tramando? ¿Por qué estaba siempre solo y me mostraba esquivo? ¿Era legal lo que hacía? ¿Era peligroso? Yo pagaba la renta normal. La suya había sido siempre una casa muy respetable, en un barrio de bastante mala reputación, pensé yo. A mí, de pronto, se me acabó la paciencia. Le dije que saliera de la habitación. Él empezó a protestar y chapurrear, explicándome que tenía derecho a entrar. Al oírle, lo agarré por el cuello; sentí que algo se desgarraba y lo eché al pasillo. Di un portazo, cerré la puerta con llave y me senté. Estaba temblando. Una vez fuera, el viejo empezó a armar escándalo. Yo me despreocupé, y, al cabo de un rato, se había marchado. Este hecho me llevaba a tomar una rápida decisión. Yo no sabía qué iba a hacer aquel viejo, ni siquiera a qué tenía derecho. Cambiarme a otra habitación sólo habría significado retrasar mis experimentos; además, sólo disponía de veinte libras, en su mayoría en el banco, y no podía permitirme aquel lujo de la mudanza. ¡Tenía que desaparecer! No podía hacer otra cosa. Después de lo ocurrido vendrían las preguntas y entrarían a registrar mi habitación. Sólo pensando en la posibilidad de que mi investigación pudiera interrumpirse en su punto culminante, me entró una especie de furia y me puse manos a la obra. Cogí mis tres libros de notas y mi libreta de cheques —el vagabundo lo tiene todo ahora— y me dirigí a la oficina de correos más cercana para que lo mandaran todo a una casa de recogida de paquetes en Great Portland Street. Intenté salir sin hacer ruido. Al volver, vi cómo el

casero subía lentamente las escaleras. Supongo que habría oído la puerta al cerrarse. Te habrías reído mucho, si le hubieras visto cómo se echó a un lado en el descansillo de la escalera, cuando se dio cuenta de que yo subía corriendo detrás de él. Me miró cuando pasé por su lado y yo di tal portazo, que tembló toda la casa. Después oí cómo arrastraba los pies hasta el piso donde yo estaba, dudaba un momento y optaba por seguir bajando. A partir de entonces, me puse a hacer todos los preparativos. Lo hice todo aquella tarde y aquella noche. Cuando todavía me encontraba bajo la influencia, empalagosa y soporífera, de las drogas que decoloraban la sangre, llamaron a la puerta con insistencia. Dejaron de llamar, y unos pasos se fueron para luego volver y empezar a llamar de nuevo. Intentaron, más tarde, meter algo por debajo de la puerta... un papel azul. En ese momento, rabioso, me levanté y abrí la puerta de par en par «¿Qué quiere ahora?», pregunté. Era mi casero, que traía una orden de desahucio o algo por el estilo. Al darme el papel, creo que debió ver algo raro en mis manos y, levantando los ojos, se me quedó mirando. Se quedó boquiabierto y dio un grito. A continuación soltó la vela y el papel y salió corriendo a oscuras, por el oscuro pasillo, escaleras abajo. Cerré la puerta, eché la llave y me acerqué al espejo. Entonces comprendí su miedo. Mi cara estaba blanca, blanca como el mármol. Fue todo horrible. Yo no esperaba aquel dolor tan fuerte. Fue una noche de atormentada angustia, de dolores y mareos. Apreté los dientes, a pesar de que mi piel estaba ardiendo. Todo el cuerpo me ardía. Y me quedé allí tumbado, como muerto. Ahora comprendo por qué el gato se puso a maullar de aquella manera hasta que le administré cloroformo. Por suerte, vivía solo y no tenía a nadie que me atendiera en la habitación. Hubo veces en que sollozaba y me quejaba. Otras, hablaba solo. Pero resistí. Perdí el conocimiento y me desperté, sin fuerzas, en la oscuridad. Los dolores habían cesado. Pensé que me estaba muriendo, pero no me importaba. Nunca olvidaré aquel amanecer, y el extraño horror que sentí, al ver que mis manos se habían vuelto de cristal, un cristal como manchado, y al ver cómo cada vez eran más claras y delgadas, a medida que el día avanzaba, hasta que al final logré ver el desorden en que estaba mi cuarto a través de ellas. Lo veía a pesar de que cerraba mis párpados, ya transparentes. Mis miembros se tornaron

de cristal, los huesos y las arterias desaparecieron, y los nervios, pequeños y blancos, también desaparecieron, aunque fueron los últimos en hacerlo. Apreté los dientes y seguí así hasta el final. Cuando todo terminó, sólo quedaban las puntas de las uñas, blanquecinas, y la mancha marrón de algún ácido en mis dedos. Traté de ponerme de pie. Al principio era incapaz de hacerlo, me sentía como un niño de pañales, caminando con unas piernas que no podía ver. Estaba muy débil y tenía hambre. Me acerqué al espejo y me miré sin verme, sólo quedaba un poco de pigmento detrás de la retina de mis ojos, pero era mucho más tenue que la niebla. Puse las manos en la mesa y tuve que tocar el espejo con la frente. Con una fuerza de voluntad enorme, me arrastré hasta los aparatos y completé el proceso. Dormí durante el resto de la mañana, tapándome los ojos con las sábanas, para no ver la luz; al mediodía, me desperté, al oír que alguien llamaba a la puerta. Había recuperado todas mis fuerzas. Me senté en la cama y creí oír unos susurros. Me levanté y, haciendo el menor ruido posible, empecé a dismantelar el aparato y a dejar sus distintas partes por toda la habitación, para no dar lugar a sospechas. En ese momento, se volvieron a escuchar los golpes en la puerta y unas voces, primero la de mi casero y, luego, otras dos. Para ganar tiempo, les contesté. Recogí el trozo de lana invisible y la almohada y abrí la ventana para tirarlos. Cuando estaba abriéndola, dieron un tremendo golpe en la puerta. Alguien se había lanzado contra ella con la idea de romper la cerradura, pero los cerrojos, que yo había colocado con anterioridad, impidieron que se viniera abajo. Aquello me puso furioso. Empecé a temblar y a actuar con la máxima rapidez. Recogí un poco de papel y algo de paja, y lo puse todo junto en medio de la habitación. Abrí el gas en el momento en que grandes golpes hacían retumbar la puerta. Yo no encontraba las cerillas y empecé a dar puñetazos a la pared, lleno de rabia. Volví a abrir las llaves del gas, salté por la ventana y me escondí en la cisterna del agua, a salvo e invisible y temblando de rabia, para ver qué iba a ocurrir. Rompieron un panel de la puerta y, acto seguido, corrieron los cerrojos y se quedaron allí de pie, con la puerta abierta. Era el casero, acompañado de sus dos hijastros, dos hombres jóvenes y robustos, de unos veintitrés o veinticuatro años. Detrás de ellos se encontraba la vieja de abajo. Puedes imaginarte

sus caras de asombro, al ver que la habitación estaba vacía. Uno de los jóvenes corrió hacia la ventana, la abrió y se asomó por ella. Sus ojos y su cara barbuda y de labios gruesos estaban a un palmo de mi cara. Estuve a punto de darle un golpe, pero me contuve a tiempo. Él estaba mirando a través de mí, y también lo hicieron los demás, cuando se acercaron a donde él estaba. El viejo se separó de ellos y echó un vistazo debajo de la cama y, después, todos se abalanzaron sobre el armario. Estuvieron discutiendo un rato en yiddisk y cockney. Terminaron diciendo que yo no les había contestado, que se lo habían imaginado todo. Mi rabia se tornó, entonces, en regocijo, mientras estaba sentado en la ventana, mirando a aquellas cuatro personas, cuatro, porque la vieja había entrado en la habitación buscando a su gata, que intentaban comprender mi comportamiento. El viejo, por lo que pude comprender de aquella jerga suya, estaba de acuerdo con la anciana en que yo practicaba vivisecciones. Los hijastros, por el contrario, explicaban y decían, en un inglés desvirtuado, que yo era electricista, y basaban su postura en aquellos dinamos y radiadores. Estaban todos nerviosos, temiendo que yo regresara, aunque, como comprobé más tarde, habían corrido los cerrojos de la puerta de abajo. La vieja se dedicó a fisgonear dentro del armario y debajo de la cama, mientras uno de los jóvenes miraba chimenea arriba. Uno de los inquilinos, un vendedor ambulante que había alquilado la habitación de enfrente, junto con un carnicero, apareció en el rellano; lo llamaron y empezaron a explicarle todo lo ocurrido con frases incoherentes. Entonces, al ver los radiadores, se me ocurrió que, si caían en manos de una persona con conocimiento del tema, podría llegar a delatarme; aproveché esa oportunidad para entrar en la habitación y lanzar la dinamo contra el aparato sobre el que descansaba ésta y, así, romperlos los dos a la vez. Cuando aquellas personas estaban tratando de explicarse este último hecho, me deslicé fuera de la habitación y bajé las escaleras con mucho cuidado. Me metí en una de las salas de estar y esperé a que bajasen, comentando y discutiendo los acontecimientos y, todos, un poco decepcionados al no haber encontrado ninguna «cosa terrible». Estaban un poco perplejos, pues no sabían en qué situación se encontraban respecto a mí. Después, volví a subir a mi habitación con una caja de cerillas, prendí fuego al montón de papeles y puse

las sillas y la cama encima, dejando que el gas se encargara del resto con un tubo de caucho. Eché un último vistazo a la habitación y me marché.

—¿Prendiste fuego a la casa? —exclamó Kemp.

—Sí, sí, la incendié. Era la única manera de borrar mis huellas, y, además, estoy seguro de que estaba asegurada. Después, descorrí los cerrojos de la puerta de abajo y salí a la calle. Era invisible y me estaba empezando a dar cuenta de las extraordinarias ventajas que me ofrecía serlo. Empezaban a rondarme por la cabeza todas las cosas maravillosas que podía realizar con absoluta impunidad.

Capítulo XXI

En Oxford Street

—**C**uando bajé las escaleras por primera vez, tuve grandes dificultades, porque no podía verme los pies; tropecé dos veces y notaba cierta torpeza al agarrarme a la barandilla. Sin embargo, pude caminar mejor evitando mirar hacia abajo. Estaba completamente exaltado, como el hombre que ve y que camina sin hacer ningún ruido, en una ciudad de ciegos. Me entraron ganas de bromear, de asustar a la gente, de darle una palmada en la espalda a algún tipo, de tirarle el sombrero a alguien, de aprovecharme de mi extraordinaria ventaja.

»Apenas acababa de salir a Great Portland Street (mi antigua casa estaba cerca de una tienda de telas), cuando recibí un golpe muy fuerte en la espalda; al volverme, vi a un hombre con una cesta con sifones, que miraba con asombro su carga. Aunque el golpe me hizo daño, no pude aguantar una carcajada, al ver la expresión de su rostro. “Lleva el diablo en la cesta”, le dije, y se la arrebaté de las manos.

»Él la soltó sin oponer resistencia, y yo alcé aquel peso en el aire. Pero, en la puerta de una taberna había un cochero y el idiota quiso coger la cesta y, para esto, me dio un manotazo en una oreja. Dejé la carga en el suelo y le di un puñetazo, y, me di cuenta de lo que había organizado cuando empecé a oír gritos y noté que me pisaban, y vi gente que salía de las tiendas y se dirigían hacia donde yo estaba, y vehículos que se paraban allí. Maldije mi locura, me apreté contra una ventana y me preparé para escapar de aquella confusión. En un momento, vi cómo me rodeaba la gente, que, inevitablemente, me descubriría. Di un empujón al hijo del carnicero que, por fortuna, no se volvió para ver el vacío con el que se habría encontrado y me escondí detrás del vehículo del cochero.

»No sé cómo acabó aquel lío. Crucé la calle, aprovechando que, en ese momento, no pasaba nadie y, sin tener en cuenta la

dirección, por el miedo a que me descubrieran por el incidente, me metí entre la multitud que suele haber a esas horas en Oxford Street. Intenté confundirme entre la multitud, pero había demasiada gente y enseguida empezaron a tropezar con mis talones.

»Entonces me bajé a la calzada, pero era demasiado dura y me hacían daño los pies; un cabriolé, que venía a poca velocidad, me clavó el varal en un hombro, recordándome la serie de contusiones que había sufrido. Me aparté de su camino, evité chocar contra un cochecito de niño con un movimiento rápido y me encontré justo detrás del cabriolé. En ese momento me vi salvado, pues, como el carruaje iba lentamente, me puse detrás, temblando de miedo y asombrado de ver cómo habían dado la vuelta las cosas.

»No sólo temblaba de miedo, sino que tiritaba de frío. Era un hermoso día de enero y yo andaba por ahí desnudo, pisando la capa de barro que cubría la calzada, que estaba completamente helada. Ahora me parece una locura, pero no se me había ocurrido que, invisible o no, estaba expuesto a las inclemencias del tiempo y a todas sus consecuencias.

»De pronto se me ocurrió una brillante idea. Di la vuelta al coche y me metí dentro. De esta manera, tiritando, asustado y estornudando (esto último era un síntoma claro de resfriado), me llevaron por Oxford Street hasta pasar Tottenham Court Road. Mi estado de ánimo era bien distinto a aquél con el que había salido diez minutos antes, como puedes imaginarte. Y, además, ¡aquella invisibilidad! En lo único que pensaba era en cómo iba a salir del lío en el que me había metido.

»Circulábamos lentamente hasta llegar cerca de la librería Mudie, en donde una mujer, que salía con cinco o seis libros con una etiqueta amarilla, hizo señas al carruaje para que se detuviera; yo salté justo a tiempo para no chocarme con ella, esquivando un vagón de un tranvía, que pasó rozándome. Me dirigí hacia Bloomsbury Square con la intención de dejar atrás el Museo y, así, llegar a un distrito más tranquilo. Estaba completamente helado, y aquella extraña situación me había desquiciado tanto, que eché a correr medio llorando.

»De la esquina norte de la plaza, de las oficinas de la Sociedad de Farmacéuticos, salió un perro pequeño y blanco que, olisqueando el suelo, se dirigía hacia mí. Hasta entonces no me

había dado cuenta, pero la nariz es para el perro lo que los ojos para el hombre. Igual que cualquier hombre puede ver a otro, los perros perciben su olor. El perro empezó a ladrar y a dar brincos, y me pareció que lo hacía sólo para hacerme ver que se había dado cuenta de mi presencia.

»Crucé Great Russell Street, mirando por encima del hombro, y ya había recorrido parte de Montague Street cuando me di cuenta de hacia dónde me dirigía. Oí música, y, al mirar para ver de dónde venía, vi a un grupo de gente que venía de Russell Square. Todos llevaban jerseys rojos y, en vanguardia, la bandera del Ejército de Salvación. Aquella multitud venía cantando por la calle, y me pareció imposible pasar por en medio. Temía retroceder de nuevo y alejarme de mi camino, así que, guiado por un impulso espontáneo, subí los escalones blancos de una casa que estaba enfrente de la valla del Museo, y me quedé allí esperando a que pasara la multitud. Felizmente para mí, el perro también se paró al oír la banda de música, dudó un momento y, finalmente, se volvió corriendo hacia Bloomsbury Square.

»La banda seguía avanzando, cantando, con inconsciente ironía, un himno que decía algo así como “¿Cuándo podremos verle el rostro?”, y me pareció que tardaron una eternidad en pasar. Pom, pom, pom, resonaban los tambores, haciendo vibrar todo a su paso, y, en ese momento, no me había dado cuenta de que dos muchachos se habían parado a mi lado. “Mira” dijo uno. “¿Que mire qué?”, contestó el otro. “Mira, son las huellas de un pie descalzo, como las que se hacen en el barro”. Miré hacia abajo y vi cómo dos muchachos que se habían parado, observaban las marcas de barro que yo había dejado en los escalones recién fregados.

»La gente que pasaba los empujaba y les daba codazos, pero su condenada imaginación hacía que siguieran allí parados. La banda seguía: Pom, pom, pom. “Cuándo, pom, volveremos, pom, a ver, pom, su rostro, pom, pom...”. “Apuesto lo que sea a que un hombre descalzo ha subido estos escalones”, dijo uno, “y no ha vuelto a bajarlos. Además un pie está sangrando”.

»La mayoría de aquella gente había pasado ya. “Mira, Ted”, dijo el más joven, señalando a mis pies y con cierta sorpresa en la voz. Yo miré y vi cómo se perfilaba su silueta, débilmente, con las salpicaduras del barro. Por un instante, me quedé paralizado. “Qué

raro”, dijo el mayor. “¡Esto es muy extraño! Parece el fantasma de un pie, ¿no te parece?”. Estuvo dudando y se decidió a alargar el brazo para tocar aquello. Un hombre se acercó para ver lo que quería coger y luego lo hizo una niña.

»Si hubiera tardado un minuto más en saber qué hacer, habría conseguido tocarme, pero di un paso y el niño se echó hacia atrás, soltando una exclamación. Después, con un rápido movimiento, salté al pórtico de la casa vecina. El niño más pequeño, que era muy avisado, se dio cuenta de mi movimiento, y, antes de que yo bajara los escalones y me encontrara en la acera, él ya se había recobrado de su asombro momentáneo y gritaba que los pies habían saltado el muro.

»Rápidamente dieron la vuelta y vieron mis huellas en el último escalón y en la acera. “¿Qué pasa?”, preguntó alguien. “Que hay unos pies, ¡mire! ¡Unos pies que corren solos!”. Todas las personas que había en la calle, excepto mis tres perseguidores, iban detrás del Ejército de Salvación, y ello me impedía, tanto a mí como a ellos, correr en esa dirección. Durante un momento, sorprendidos, todos se preguntaban unos a otros.

»Después de derribar a un muchacho, logré cruzar la calle y, un momento más tarde, eché a correr por Russell Square. Detrás de mí iban seis o siete personas siguiendo mis huellas, asombrados. No tenía tiempo para dar explicaciones, si no quería que aquel montón de gente se me echase encima. Di la vuelta a dos esquinas, y crucé tres veces la calle, volviendo sobre mis propias huellas y, al mismo tiempo que mis pies se iban calentando y secando, las huellas, húmedas, iban desapareciendo.

»Al final, tuve un momento de respiro, que aproveché para quitarme el barro de los pies con las manos y, así, me salvé. Lo último que vi de aquella persecución fue un grupo de gente, quizá una docena de personas, que estudiaban con infinita perplejidad una huella, que se secaba rápidamente, y que yo había dejado en un charco de Tavistock Square. Una huella tan aislada e incomprensible para ellos como el descubrimiento solitario de Robinson Crusoe.

»La carrera me había servido para entrar en calor y caminaba mucho mejor por las calles menos frecuentadas que había por aquella zona. La espalda se me había endurecido y me dolía

bastante y también la garganta, desde que el cochero me diera el manotazo. El mismo cochero me había hecho un araño en el cuello; los pies me dolían mucho y, además, cojeaba, porque tenía un corte en uno.

»Vi a un ciego y en ese momento me aparté. Tenía miedo de la sutileza de su intuición. En un par de ocasiones me choqué, dejando a la gente asombrada por las maldiciones que les decía. Después me cayó algo en la cara, y, mientras cruzaba la plaza, noté un velo muy fino de copos de nieve, que caían lentamente. Había cogido un resfriado y, a pesar de todo, no podía evitar estornudar de vez en cuando. Y cada perro que veía con la nariz levantada, olfateando, significaba para mí un verdadero terror.

»Después vi a un grupo de hombres y niños que corrían gritando. Había un incendio. Corrían en dirección a mi antiguo hospedaje, y, al volverme para mirar calle abajo, vi una masa de humo negro por encima de los tejados y de los cables de teléfono. Estaba ardiendo mi casa. Toda mi ropa, mis aparatos y mis posesiones, excepto la libreta de cheques y los tres libros que me esperaban en Great Portland Street, estaban allí. ¡Se estaba quemando todo! Había quemado mis cosas. Todo aquel lugar estaba en llamas.

El hombre invisible dejó de hablar y se quedó pensativo. Kemp miró nerviosamente por la ventana.

—¿Y qué más? —dijo—. Continúa.

Capítulo XXII

En los grandes almacenes

—**A**sí fue cómo el mes de enero pasado, cuando empezaba a caer la nieve, ¡y si me hubiera caído encima, me habría delatado!, agotado, helado, dolorido, tremendamente desgraciado, y todavía a medio convencer de mi propia invisibilidad, empecé esta nueva vida con la que me he comprometido. No tenía ningún sitio donde ir, ningún recurso, y nadie en el mundo en quien confiar. Revelar mi secreto significaba delatarme, convertirme en un espectáculo para la gente, en una rareza humana. Sin embargo, estuve tentado de acercarme a cualquier persona que pasara por la calle y ponerme a su merced, pero veía claramente el terror y la crueldad que despertaría cualquier explicación por parte mía.

»No tracé ningún plan mientras estuve en la calle. Sólo quería resguardarme de la nieve, abrigarme y calentarme. Entonces podría pensar en algo, aunque, incluso para mí, hombre invisible, todas las casas de Londres, en fila, estaban bien cerradas, atrancadas y con los cerrojos corridos. Sólo veía una cosa clara: tendría que pasar la noche bajo la fría nieve; pero se me ocurrió una idea brillante. Di la vuelta por una de las calles que van desde Gower Street a Tottenham Court Road, y me encontré con que estaba delante de Omnium, un establecimiento donde se puede comprar de todo. Imagino que conoces ese lugar. Venden carne, ultramarinos, ropa de cama, muebles, trajes, cuadros al óleo, de todo. Es más una serie de tiendas que una tienda.

»Pensé encontrar las puertas abiertas, pero estaban cerradas. Mientras estaba delante de aquella puerta, grande, se paró un carruaje, y salió un hombre de uniforme, que llevaba la palabra “Omnium” grabada en la gorra. El hombre abrió la puerta. Conseguí entrar y empecé a recorrer la tienda. Entré en una sección en la que vendían cintas, guantes, calcetines y cosas de ese estilo y de allí pasé a otra sala mucho más grande, que estaba dedicada a cestos de

pícnic y muebles de mimbre. Sin embargo, no me sentía seguro. Había mucha gente que iba de un lado para otro.

»Estuve merodeando inquieto hasta que llegué a una sección muy grande, que estaba en el piso superior. Había montones y montones de camas y un poco más allá un sitio con todos los colchones enrollados, unos encima de otros. Ya habían encendido las luces y se estaba muy caliente. Por tanto, decidí quedarme donde estaba, observando con precaución a dos o tres clientes y empleados, hasta que llegara el momento de cerrar.

»Después, pensé, podría robar algo de comida y ropas y, disfrazado, merodear un poco por allí para examinar todo lo que tenía a mi alcance y, quizá, dormir en alguna cama. Me pareció un plan aceptable. Mi idea era la de procurarme algo de ropa para tener una apariencia aceptable, aunque iba a tener que ir prácticamente embozado; conseguir dinero y después recobrar mis libros y mi paquete, alquilar una habitación en algún sitio y, una vez allí, pensar en algo que me permitiera disfrutar de las ventajas que, como hombre invisible, tenía sobre el resto de los hombres.

»Pronto llegó la hora de cerrar; no había pasado una hora desde que me subí a los colchones, cuando vi cómo bajaban las persianas de los escaparates y cómo todos los clientes se dirigían hacia la puerta. Acto seguido, un animado grupo de jóvenes empezó a ordenar, con una diligencia increíble, todos los objetos. A medida que el sitio se iba quedando vacío, dejé mi escondite y empecé a merodear, con precaución, por las secciones menos solitarias de la tienda.

»Me quedé sorprendido, al ver la rapidez con la que aquellos hombres y mujeres guardaban todos los objetos que se habían expuesto durante el día. Las cajas, las telas, las cintas, las cajas de dulces de la sección de alimentación, las muestras de esto y de aquello, absolutamente todo, se colocaba, se doblaba, se metía en cajas, y a lo que no se podía guardar, le echaban una sábana por encima. Por último, colocaron todas las sillas encima de los mostradores, despejando el suelo. Después de terminar su tarea, cada uno de aquellos jóvenes, se dirigía a la salida con una expresión de alegría en el rostro, como nunca antes había visto en ningún empleado de ninguna tienda.

»Después aparecieron varios muchachos echando serrín y

provistos de cubos y de escobas. Tuve que echarme a un lado para no interponerme en su camino, y, aun así, me echaron serrín en un tobillo. Durante un buen rato, mientras deambulaba por las distintas secciones, con las sábanas cubriéndolo todo y a oscuras, oía el ruido de las escobas. Y, finalmente, una hora después, o quizá un poco más, de que cerraran, pude oír cómo echaban la llave. El lugar se quedó en silencio. Yo me vi caminando entre la enorme complejidad de tiendas, galerías y escaparates. Estaba completamente solo.

»Todo estaba muy tranquilo. Recuerdo que, al pasar cerca de la entrada que daba a Tottenham Court Road, escuché las pisadas de los peatones. Me dirigí primero al lugar donde se vendían calcetines y guantes. Estaba a oscuras; tardé un poco en encontrar cerillas, pero finalmente las encontré en el cajón de la caja registradora. Después tenía que conseguir una vela. Tuve que desenvolver varios paquetes y abrir numerosas cajas y cajones, pero al final pude encontrar lo que buscaba. En la etiqueta de una caja decía: calzoncillos y camisetas de lana; después tenía que conseguir unos calcetines, gordos y cómodos; luego me dirigí a la sección de ropa y me puse unos pantalones, una chaqueta, un abrigo y un sombrero bastante flexible, una especie de sombrero de clérigo, con el ala inclinada hacia abajo. Entonces, empecé a sentirme de nuevo como un ser humano; y enseguida pensé en la comida.

»Arriba había una cafetería, donde pude comer un poco de carne fría. Todavía quedaba un poco de café en la cafetera, así que encendí el gas y lo volví a calentar. Con esto me quedé bastante bien. A continuación, mientras buscaba mantas (al final, tuve que conformarme con un montón de edredones), llegué a la sección de alimentación, donde encontré chocolate y fruta escarchada, más de lo que podía comer, y vino blanco de Borgoña.

»Al lado de ésta, estaba la sección de juguetes, y se me ocurrió una idea genial. Encontré unas narices artificiales, sabes, de ésas de mentira, y pensé también en unas gafas negras. Pero los grandes almacenes no tenían sección de óptica. Además tuve dificultades con la nariz; pensé, incluso, en pintármela. Al estar allí, me había hecho pensar en pelucas, máscaras y cosas por el estilo.

»Por último, me dormí entre un montón de edredones, donde estaba muy cómodo y caliente. Los últimos pensamientos que tuve,

antes de dormirme, fueron los más agradables que había tenido desde que sufrí la transformación. Estaba físicamente sereno, y eso se reflejaba en mi mente. Pensé que podría salir del establecimiento sin que nadie reparara en mí, con toda la ropa que llevaba, tapándome la cara con una bufanda blanca; pensaba en comprarme unas gafas, con el dinero que había robado, y así completar mi disfraz.

»Todas las cosas increíbles que me habían ocurrido durante los últimos días pasaron por mi mente en completo desorden. Vi al viejo judío, dando voces en su habitación, a sus dos hijastros asombrados, la cara angulosa de la vieja que preguntaba por su gata. Volví a experimentar la extraña sensación de ver cómo desaparecía el trozo de tela, y, volví a la ladera azotada por el viento, en donde aquel viejo cura mascullaba lloriqueando: “Lo que es de las cenizas, a las cenizas; lo que es de la tierra, a la tierra”, y la tumba abierta de mi padre. “Tú también”, dijo una voz y, de repente, noté cómo me empujaban hacia la tumba. Me debatí, grité, llamé a los acompañantes, pero continuaban escuchando el servicio religioso; lo mismo ocurría al viejo clérigo, que proseguía murmurando sus oraciones, sin vacilar un instante. Me di cuenta entonces de que era invisible y de que nadie me podía oír, que fuerzas sobrenaturales me tenían agarrado. Me debatía en vano, pues algo me llevaba hasta el borde de la fosa; el ataúd se hundió al caer yo encima de él; luego empezaron a tirarme encima paladas de tierra. Nadie me prestaba atención, nadie se daba cuenta de lo que me ocurría. Empecé a debatirme con todas mis fuerzas y, finalmente, me desperté.

»Estaba amaneciendo y el lugar estaba inundado por una luz grisácea y helada, que se filtraba por los bordes de las persianas de los escaparates. Me senté y me pregunté qué hacía yo en aquel espacioso lugar lleno de mostradores, rollos de tela apilados, montones de edredones y almohadas, y columnas de hierro. Después, cuando pude acordarme de todo, oí unas voces que conversaban. Al final de la sala, envueltos en la luz de otra sección, en la que ya habían subido las persianas, vi a dos hombres que se aproximaban.

»Me puse de pie, mirando a mi alrededor, buscando un sitio por donde escapar. El ruido que hice delató mi presencia. Imagino que

sólo vieron una figura que se alejaba rápidamente. “¿Quién anda ahí?”, gritó uno, y el otro: “¡Alto!”. Yo doblé una esquina y me choqué de frente, ¡imagínate, una figura sin rostro!, con un chico larguirucho de unos quince años. El muchacho dio un grito, lo eché a un lado, doblé otra esquina y, por una feliz inspiración, me tumbé detrás de un mostrador. Acto seguido, vi cómo pasaban unos pies corriendo y oí voces que gritaban: “¡Vigilad las puertas!”, y se preguntaban qué pasaba y daban una serie de consejos sobre cómo atraparme.

»Allí, en el suelo, estaba completamente aterrado. Y, por muy raro que parezca, no se me ocurrió quitarme la ropa de encima, cosa que debería haber hecho. Imagino que me había hecho a la idea de salir con ella puesta. Después, desde el otro extremo de los mostradores, oí cómo alguien gritaba: “¡Aquí está!”. Me puse en pie de un salto, cogí una de las sillas del mostrador y se la tiré al loco que había gritado. Luego me volví y, al doblar una esquina, me choqué con otro, lo tiré al suelo y me lancé escaleras arriba. El dependiente recobró el equilibrio, dio un grito, y se puso a seguirme. En la escalera había amontonadas vasijas de colores brillantes. ¿Qué son? ¿Cómo se llaman?

—Jarrones —dijo Kemp.

—Eso es, jarrones. Bien, cuando estaba en el último escalón, me volví, cogí uno de esos jarrones, y se lo estampé en la cabeza a aquel idiota cuando venía hacia mí. Todo el montón de jarrones se vino abajo y pude oír gritos y pasos que llegaban de todos lados. Me dirigí a la cafetería y un hombre vestido de blanco, que parecía un cocinero, y que estaba allí, se puso a perseguirme. En un último y desesperado intento, eché a correr y me encontré rodeado de lámparas y de objetos de ferretería. Me escondí detrás del mostrador y esperé al cocinero. Cuando pasó delante, le di un golpe con una lámpara. Se cayó, me agaché detrás del mostrador y empecé a quitarme la ropa tan rápido como pude.

»El abrigo, la chaqueta, los pantalones y los zapatos me los quité sin ningún problema, pero tuve algunos con la camiseta, pues las de lana se pegan al cuerpo como una segunda piel. Oí cómo llegaban otros hombres; el cocinero estaba inmóvil en el suelo al otro lado del mostrador, se había quedado sin habla, no sé si porque estaba aturdido o porque tenía miedo, y yo tenía que intentar escapar.

Luego oí una voz que gritaba: “¡Por aquí, policía!”. Yo me encontraba de nuevo en la planta dedicada a las camas, y vi que al fondo había un gran número de armarios. Me metí entre ellos, me tiré al suelo y logré, por fin, después de infinitos esfuerzos, liberarme de la camiseta.

»Me sentí un hombre libre otra vez, aunque jadeando y asustado, cuando el policía y tres de los dependientes aparecieron, doblando una esquina. Se acercaron corriendo al lugar en donde había dejado la camiseta y los calzoncillos, y cogieron los pantalones. “Se está deshaciendo de lo robado”, dijo uno. “Debe estar en algún sitio, por aquí”. Pero, en cualquier caso, no lograron encontrarme. Me los quedé mirando un rato mientras me buscaban, y maldije mi mala suerte por haber perdido mi ropa.

»Después subí a la cafetería, tomé un poco de leche que encontré y me senté junto al fuego a reconsiderar mi situación. Al poco tiempo, llegaron dos dependientes y empezaron a charlar, excitados, sobre el asunto, demostrando su imbecilidad. Pude escuchar el recuento, exagerado, de los estragos que había causado y algunas teorías sobre mi posible escondite. En aquel momento dejé de escuchar y me dediqué a pensar. La primera dificultad, y más ahora que se había dado la voz de alarma, era la de salir, fuese como fuese, de aquel lugar. Bajé al sótano para ver si tenía suerte y podía preparar un paquete y franquearlo, pero no entendía muy bien el sistema de comprobación.

»Sobre las once, viendo que la nieve se estaba derritiendo, y que el día era un poco más cálido que el anterior, decidí que ya no tenía nada que hacer en los grandes almacenes y me marché, desesperado por no haber conseguido lo que quería y sin ningún plan de acción a la vista.

Capítulo

XXIII

En Drury Lane

—**T**e habrás empezado a dar cuenta —dijo el hombre invisible— de las múltiples desventajas de mi situación. No tenía dónde ir, ni tampoco ropa y, además, vestirme era perder mis ventajas y hacer de mí un ser extraño y terrible. Estaba en ayunas, pero, si comía algo, me llenaba de materia sin digerir, y era hacerme visible de la forma más grotesca.

—No se me había ocurrido —dijo Kemp.

—Ni a mí tampoco. Y la nieve me había avisado de otros peligros. No podía salir cuando nevaba, porque me delataba, si me caía encima. La lluvia también me convertía en una silueta acuosa, en una superficie reluciente, en una burbuja. Y, en la niebla, sería una burbuja borrosa, un contorno, un destello, como grasiento, de humanidad. Además, al salir, por la atmósfera de Londres, se me ensuciaron los tobillos y la piel se me llenó de motitas de hollín y de polvo. No sabía cuánto tiempo tardaría en hacerme visible por esto, pero, era evidente, que no demasiado.

—Y menos en Londres, desde luego.

—Me dirigí a los suburbios cercanos a Great Portland Street y llegué al final de la calle en la que había vivido. Pero no seguí en esa dirección porque aún había gente frente a las ruinas, humeantes, de la casa que yo había incendiado. Mi primera preocupación era conseguir algo de ropa y todavía no sabía qué iba a hacer con mi cara. Entonces, en una de esas tiendas en las que venden de todo, periódicos, dulces, juguetes, papel de cartas, sobres, tonterías para Navidad y otras cosas por el estilo, vi una colección de máscaras y narices. Así que vi mi problema solucionado y supe qué camino debía tomar.

»Di la vuelta y, evitando las calles más concurridas, me

encaminé hacia las calles que pasan por detrás del norte del Strand, porque, aunque no sabía exactamente dónde, recordaba que algunos proveedores de teatro tenían sus tiendas en aquella zona. Hacía frío y un viento cortante soplaba por las calles de la parte norte. Caminaba deprisa para evitar que me adelantaran. Cada cruce era un peligro y tenía que estar atento a los peatones.

»En una ocasión, cuando iba a sobrepasar a un hombre, al final de Bedford Street, éste se volvió y chocó conmigo, echándome de la acera. Me caí al suelo y casi me atropella un cabriolé. El cochero dijo que, probablemente, aquel hombre había sufrido un ataque repentino. El encontronazo me puso tan nervioso, que me dirigí al mercado de Covent Garden, y me senté un rato al lado de un puesto de violetas, en un rincón tranquilo. Estaba jadeando y temblaba.

»Había cogido otro resfriado y, después de un rato, tuve que salir fuera para no atraer la atención con mis estornudos. Pero, por fin, encontré lo que buscaba: una tienda pequeña, sucia y cochambrosa, en una calleja apartada, cerca de Drury Lane. La tienda tenía un escaparate lleno de trajes de lentejuelas, bisutería, pelucas, zapatillas, dominós y fotografías de teatro. Era una tienda oscura y antigua. La casa que se alzaba encima tenía cuatro pisos, también oscuros y tenebrosos.

»Eché un vistazo por el escaparate y, al ver que no había nadie, me colé dentro. Al abrir la puerta, sonó una campanilla. La dejé abierta, pasé por el lado de un perchero vacío y me escondí en un rincón, detrás de un espejo de cuerpo entero. Estuve allí un rato sin que apareciera nadie, pero después oí pasos que atravesaban una habitación y un hombre entró en la tienda. Yo sabía perfectamente lo que quería.

»Me proponía entrar en la casa, esconderme arriba y, aprovechando la primera oportunidad, cuando todo estuviera en silencio, coger una peluca, una máscara, unas gafas y un traje y salir a la calle. Tendría un aspecto grotesco, pero por lo menos parecería una persona. Y, por supuesto, de forma accidental, podría robar todo el dinero disponible en la casa. El hombre que entró en la tienda era más bien bajo, algo encorvado, cejudo; tenía los brazos muy largos, las piernas muy cortas y arqueadas. Por lo que pude observar, había interrumpido su almuerzo.

»Empezó a mirar por la tienda, esperando encontrar a alguien,

pero se sorprendió al verla vacía, y su sorpresa se tornó en ira. «¡Malditos chicos!», comentó. Salió de la tienda y miró arriba y abajo de la calle. Volvió a entrar, cerró la puerta de una patada y se dirigió, murmurando, hacia la puerta de su vivienda. Yo salí de mi escondite para seguirlo y, al oír el ruido, se paró en seco. Yo también lo hice, asombrado por la agudeza de su oído. Pero, después, me cerró la puerta en las narices. Me quedé allí parado dudando qué hacer, pero oí sus pisadas que volvían rápidamente. Se abrió otra vez la puerta. Se quedó mirando dentro de la tienda, como si no se hubiese quedado conforme.

»Después, sin dejar de murmurar, miró detrás del mostrador y en algunas estanterías. Acto seguido, se quedó parado, como dudando. Como había dejado la puerta de su vivienda abierta, yo aproveché para deslizarme en la habitación contigua. Era una habitación pequeña y algo extraña. Estaba pobremente amueblada, y en un rincón había muchas máscaras de gran tamaño.

»En la mesa, estaba preparado el desayuno. Y no te puedes imaginar la desesperación, Kemp, de estar oliendo aquel café y tenerme que quedar de pie, mirando cómo el hombre volvía y se ponía a desayunar. Su comportamiento en la mesa, además, me irritaba. En la habitación había tres puertas; una daba al piso de arriba y otra, al piso de abajo, pero las tres estaban cerradas. Además, apenas me podía mover, porque el hombre seguía estando alerta.

»Donde yo estaba, había una corriente de aire que me daba directamente en la espalda, y, en dos ocasiones, pude aguantarme el estornudo a tiempo. Las sensaciones que estaba experimentando eran curiosas y nuevas para mí, pero, a pesar de esto, antes de que el hombre terminara de desayunar, yo estaba agotado y furioso. Por fin, terminó su desayuno. Colocó los miserables cacharros en la bandeja negra de metal, sobre la que había una tetera y, después de recoger todas las migajas de aquel mantel manchado de mostaza, se lo llevó todo.

»Su intención era cerrar la puerta tras él, pero no pudo, porque llevaba las dos manos ocupadas; nunca he visto a un hombre con tanta manía de cerrar las puertas. Lo seguí hasta una cocina muy sucia, que hacía las veces de office y que estaba en el sótano. Tuve el placer de ver cómo se ponía a fregar los platos y, después, viendo

que no merecía la pena quedarse allí y dado que el suelo de ladrillo estaba demasiado frío para mis pies, volví arriba y me senté en una silla, junto al fuego.

»El fuego estaba muy bajo y, casi sin pensarlo, eché un poco más de carbón. Al oír el ruido, se presentó en la habitación y se quedó mirando. Empezó a fisgonear y casi llega a tocarme. Incluso después de este último examen, no parecía del todo satisfecho. Se paró en el umbral de la puerta y echó un último vistazo antes de bajar. Esperé en aquel cuarto una eternidad, hasta que, finalmente, subió y abrió la puerta que conducía al piso de arriba. Esta vez me las arreglé para seguirlo. Sin embargo, en la escalera se volvió a parar de repente, de forma que casi me echo encima de él. Se quedó de pie, mirando hacia atrás, justo a la altura de mi cara, escuchando. “Hubiera jurado...”, dijo. Se tocó el labio inferior con aquella mano, larga y peluda y, con su mirada, recorrió las escaleras de arriba abajo. Luego gruñó y siguió subiendo.

»Cuando tenía la mano en el pomo de la puerta, se volvió a parar con la misma expresión de ira en su rostro. Se estaba dando cuenta de los ruidos que yo hacía, al moverme, detrás de él. Aquel hombre debía tener un oído endiabladamente agudo. De pronto, y llevado por la ira, gritó: “¡Si hay alguien en esta casa...!” y dejó ese juramento sin terminar. Se echó mano al bolsillo y, no encontrando lo que buscaba, pasó a mi lado corriendo y se lanzó escaleras abajo, haciendo ruido y con aire de querer pelear. Pero esta vez no lo seguí, sino que esperé sentado en la escalera a que volviera.

»Al momento estaba arriba de nuevo y seguía murmurando. Abrió la puerta de la habitación y, antes de que yo pudiera colarme, me dio con ella en las narices. Decidí, entonces, echar un vistazo por la casa, y a eso le dediqué un buen rato, cuidándome de hacer el menor ruido posible.

»La casa era muy vieja y tenía un aspecto ruinoso; había tanta humedad, que el papel del desván se caía a tiras, y estaba infestada de ratas. Algunos de los pomos de las puertas chirriaban y me daba un poco de miedo girarlos. Varias habitaciones estaban completamente vacías y otras estaban llenas de trastos de teatro, comprados de segunda mano, a juzgar por su apariencia. En la habitación contigua a la suya encontré mucha ropa vieja. Empecé a revolver entre aquella ropa, olvidándome de la agudeza de oído de

aquel hombre.

»Oí pasos cautelosos y miré justo en el momento de verle cómo fisgoneaba entre aquel montón de ropa y sacaba una vieja pistola. Me quedé quieto, mientras él miraba a su alrededor, boquiabierto y desconfiado. “Tiene que haber sido ella”, dijo. “¡Maldita sea!”. Cerró la puerta con cuidado e, inmediatamente, oí cómo echaba la llave. Sus pisadas se alejaron y me di cuenta de que me había dejado encerrado. Durante un minuto me quedé sin saber qué hacer. Me dirigí a la ventana y luego volví a la puerta. Me quedé allí de pie, perplejo.

»Me empezó a henchir la ira. Pero decidí seguir revolviendo la ropa antes de hacer nada más y, al primer intento, tiré uno de los montones que había en uno de los estantes superiores. El ruido hizo que volviera de nuevo, con un aspecto mucho más siniestro que nunca. Esta vez llegó a tocarme y dio un salto hacia atrás, sorprendido, y se quedó asombrado en medio de la habitación. En ese momento se calmó un poco. “¡Ratas!”, dijo en voz baja, tapándose los labios con sus dedos. Evidentemente, tenía un poco de miedo.

»Me dirigí silenciosamente hacia la puerta, fuera de la habitación, pero, mientras lo hacía, una madera del suelo crujió. Entonces aquel bruto infernal empezó a recorrer la casa, pistola en mano, cerrando puerta tras puerta y metiéndose las llaves en el bolsillo. Cuando me di cuenta de lo que intentaba hacer, sufrí un ataque de ira, que casi me impidió controlarme en el intento de aprovechar cualquier oportunidad. A esas alturas yo sabía que se encontraba solo en la casa y, no pudiendo esperar más, le di un golpe en la cabeza.

—¿Le diste un golpe en la cabeza? —exclamó Kemp.

—Sí, mientras bajaba las escaleras. Le golpeé por la espalda con un taburete que había en el descansillo. Cayó rodando como un saco de patatas.

—¡Pero...! Las normas de comportamiento de cualquier ser humano...

—Están muy bien para la gente normal. Pero la verdad era, Kemp, que yo tenía que salir de allí disfrazado y sin que aquel hombre me viera. No podía pensar en otra forma distinta de hacerlo. Le amordacé con un chaleco Luis XIV y le envolví en una

sábana.

—¿Que le envolviste en una sábana?

—Sí, hice una especie de hatillo. Era una idea excelente para asustar a aquel idiota y maniatarlo. Además, era difícil que se escapara, pues lo había atado con una cuerda. Querido Kemp, no deberías quedarte ahí sentado, mirándome como si fuera un asesino. Tenía que hacerlo. Aquel hombre tenía una pistola. Si me hubiera visto tan sólo una vez, habría podido describirme.

—Pero —dijo Kemp— en Inglaterra... actualmente. Y el hombre estaba en su casa, y tú estabas ro... bando.

—¡Robando! ¡Maldita sea! ¡Y, ahora, me llamas ladrón! De verdad, Kemp, pensaba que no estabas tan loco como para ser tan anticuado. ¿No te das cuenta de la situación en la que estaba?

—¿Y la suya? —dijo Kemp.

El hombre invisible se puso de pie bruscamente.

—¿Qué estás intentando decirme?

Kemp se puso serio. Iba a empezar a hablar, pero se detuvo.

—Bueno, supongo que, después de todo, tenías que hacerlo —dijo, cambiando rápidamente de actitud—. Estabas en un aprieto. Pero de todos modos...

—Claro que estaba en un aprieto, en un tremendo aprieto. Además, aquel hombre me puso furioso, persiguiéndome por toda la casa, jugueteando con la pistola, abriendo y cerrando puertas. Era desesperante. ¿No me irás a echar la culpa, verdad? ¿No me reprocharás nada?

—Nunca culpo a nadie —dijo Kemp—. Eso es anticuado. ¿Qué hiciste después?

—Tenía mucha hambre. Abajo encontré pan y un poco de queso rancio, lo que bastó para saciar mi apetito. Tomé un poco de coñac con agua y, después, pasando por encima del improvisado paquete, que yacía inmóvil, volví a la habitación donde estaba la ropa. La habitación daba a la calle. En la ventana había unas cortinas de encaje de color marrón muy sucias. Me acerqué a la ventana y miré la calle tras las cortinas. Fuera, el día era muy claro, en contraste con la penumbra de la ruinoso casa en la que me encontraba. Había bastante tráfico: carros de fruta, un cabriolé, un coche cargado con un montón de cajas, el carro de un pescadero. Cuando me volví hacia lo que tenía detrás, tan sombrío, había miles de motitas de

colores que me bailaban en los ojos. Mi estado de excitación me llevaba de nuevo a comprender, claramente, mi situación.

»En la habitación, había cierto olor a benzol, e imagino que lo usaría para limpiar la ropa. Empecé a rebuscar sistemáticamente por toda la habitación. Supuse que aquel jorobado vivía solo en aquella casa desde hacía algún tiempo. Era una persona curiosa. Todo lo que resultaba, a mi parecer, de utilidad, lo iba amontonando y, después, me dediqué a hacer una selección.

»Encontré una cartera que me pareció que se podía utilizar, un poco de maquillaje, colorete y esparadrapo. Había pensado pintarme y maquillarme la cara y todas las partes del cuerpo que quedaran a la vista, para hacerme visible, pero encontré la desventaja de que necesitaba agarrás, otros accesorios y mucho tiempo, si quería volver a desaparecer de nuevo. Al final, elegí una nariz de las que me parecían mejores, algo grotesca, pero no mucho más que la de algunos hombres, unas gafas oscuras, unos bigotes grisáceos y una peluca; no pude encontrar ropa interior, pero podría comprármela después; de momento, me envolví en un traje de percal y en algunas bufandas de cachemir blanco.

»Tampoco encontré calcetines, pero las botas del jorobado me venían bastante bien, y eso me resultaba suficiente. En un escritorio de la tienda encontré tres soberanos y unos treinta chelines de plata, y, en un armario de una habitación interior, encontré ocho monedas de oro. Equipado como estaba, podía salir, de nuevo, al mundo.

»En este momento me entró una duda curiosa: ¿mi aspecto era realmente... normal? Me miré en un espejo; lo hice con minuciosidad, mirando cada parte de mi cuerpo, para ver si había quedado alguna sin cubrir, pero todo parecía estar bien. Quedaba un poco grotesco, como si hiciera teatro; parecía representar la figura del avaro, pero, desde luego, nada se salía de lo posible.

»Tomando confianza, llevé el espejo a la tienda, bajé las persianas y, con la ayuda del espejo de cuerpo entero que había en un rincón, me volví a mirar desde distintos puntos de vista. Aún pasaron unos minutos, por fin me armé de valor, abrí la puerta y salí a la calle, dejando a aquel hombrecillo que escapara de la sábana cuando quisiera. Cinco minutos después estaba ya a diez o doce manzanas de la tienda. Nadie parecía fijarse en mí. Me pareció

que mi última dificultad se había resuelto.

El hombre invisible dejó de hablar otra vez.

—¿Y ya no te has vuelto a preocupar por el jorobado? —preguntó Kemp.

—No —dijo el hombre invisible—. Ni tampoco sé qué ha sido de él. Imagino que acabaría desatándose o saldría de algún otro modo, porque los nudos estaban muy apretados.

Se calló de nuevo y se acercó a la ventana.

—¿Qué ocurrió cuando saliste al Strand?

—Oh, una nueva decepción. Pensé que mis problemas se habían terminado. Pensé también que, prácticamente, podía hacer cualquier cosa impunemente, excepto revelar mi secreto. Es lo que pensaba. No me importaban las cosas que pudiera hacer ni sus consecuencias. Lo único que debía hacer era quitarme la ropa y desaparecer. Nadie podía pillarme. Podía coger dinero de allá donde lo viera. Decidí darme un banquete, después, alojarme en un buen hotel y comprarme cosas nuevas. Me sentía asombrosamente confiado, no es agradable reconocer que era un idiota. Entré en un sitio y pedí el menú, sin darme cuenta de que no podía comer sin mostrar mi cara invisible. Acabé pidiendo el menú y le dije al camarero que volvería en diez minutos. Me marché de allí furioso. No sé si tú has sufrido una decepción de ese tipo, cuando tienes hambre.

—No, nunca de ese tipo —dijo Kemp—, pero puedo imaginármelo.

—Tenía que haberme liado a golpes con aquellos tontos. Al final, con la idea fija de comer algo, me fui a otro sitio y pedí un reservado. «Tengo la cara muy desfigurada», le dije. Me miraron con curiosidad, pero, como no era asunto suyo, me sirvieron el menú como yo quería. No era demasiado bueno, pero era suficiente; cuando terminé, me fumé un puro y empecé a hacer planes. Fuera, empezaba a nevar. Cuanto más lo pensaba, Kemp, más me daba cuenta de lo absurdo que era un hombre invisible en un clima tan frío y sucio y en una ciudad con tanta gente. Antes de realizar aquel loco experimento, había imaginado mil ventajas; sin embargo, aquella tarde, todo era decepción. Empecé a repasar las cosas que el hombre considera deseables. Sin duda, la invisibilidad me iba a permitir conseguirlas, pero, una vez en mi poder, sería imposible

disfrutarlas. La ambición... ¿de qué vale estar orgulloso de un lugar cuando no se puede aparecer por allí? ¿De qué vale el amor de una mujer, cuando ésta tiene que llamarse necesariamente Dalila? No me gusta la política, ni la sinvergonzonería de la fama, ni el deporte, ni la filantropía. ¿A qué me iba a dedicar? ¡Y para eso me había convertido en un misterio embozado, en la caricatura vendada de un hombre!

Hizo una pausa y, por su postura, pareció estar echando un vistazo por la ventana.

—¿Pero cómo llegaste a Iping? —dijo Kemp, ansioso de que su invitado continuara su relato.

—Fui a trabajar. Todavía me quedaba una esperanza. ¡Era una idea que aún no estaba del todo definida! Todavía la tengo en mente y, actualmente, está muy clara. ¡Es el camino inverso! El camino de restituir todo lo que he hecho, cuando quiera, cuando haya realizado todo lo que deseé siendo invisible. Y de esto quiero hablar contigo.

—¿Fuiste directamente a Iping?

—Sí. Simplemente tenía que recuperar mis tres libros y mi talón de cheques, mi equipaje y algo de ropa interior. Además, tenía que encargar una serie de productos químicos para poder llevar a cabo mi idea (te enseñaré todos mis cálculos en cuanto recupere mis libros), y me puse en marcha. Ahora recuerdo la nevada y el trabajo que me costó que la nieve no me estropeará la nariz de cartón.

—Y luego —dijo Kemp—; anteayer, cuando te descubrieron, tú a juzgar por los periódicos...

—Sí, todo eso es cierto. ¿Maté a aquel policía?

—No —dijo Kemp—. Se espera una recuperación en poco tiempo.

—Entonces, tuvo suerte. Perdí el control. ¡Esos tontos! ¿Por qué no me dejaban solo? ¿Y el bruto del tendero?

—Se espera que no haya ningún muerto —dijo Kemp.

—Del que no sé nada es del vagabundo —dijo el hombre invisible, con una sonrisa desagradable—. ¡Por el amor de Dios, Kemp, tú no sabes lo que es la rabia! ¡Haber trabajado durante años, haberlo planeado todo, para que después un idiota se interponga en tu camino! Todas y cada una de esas criaturas estúpidas que hay en el mundo se han topado conmigo. Si esto

continúa así, me volveré loco y empezaré a cortar cabezas. Ellos han hecho que todo me resulte mil veces más difícil.

—No hay duda de que son suficientes motivos para que uno se ponga furioso —dijo Kemp, secamente.

Capítulo XXIV

El plan que fracasó

—¿**Y** qué vamos a hacer nosotros ahora? —dijo Kemp, mirando por la ventana.

Se acercó a su huésped mientras le hablaba, para evitar que éste pudiera ver a los tres hombres que subían a la colina, con una intolerable lentitud, según le pareció.

—¿Qué estabas planeando cuando te dirigías a Port Burdock? ¿Tenías alguna idea?

—Me disponía a salir del país, pero he cambiado de idea, después de hablar contigo. Pensé que sería sensato, ahora que el tiempo es cálido y la invisibilidad posible, ir hacia el sur. Ahora, mi secreto ya se conoce y todo el mundo anda buscando a una persona enmascarada y embozada. Desde aquí, hay una línea de barcos que va a Francia. Mi idea era embarcar y correr el riesgo del viaje. Desde allí, cogería un tren para España, o bien para Argelia. Eso no sería difícil. Allí podría ser invisible y podría vivir. Allí podría, incluso, hacer cosas. Estaba utilizando a aquel vagabundo para que me llevara el dinero y el equipaje, hasta que decidiera cómo enviar mis libros y mis cosas y hacerlos llegar hasta mí.

—Eso queda claro.

—¡Pero entonces el animal decide robarme! Ha escondido mis libros, Kemp, ¡los ha escondido! ¡Si le pongo las manos encima...!

—Lo mejor sería, en primer lugar, recuperar los libros.

—¿Pero dónde está? ¿Lo sabes tú?

—Está encerrado en la comisaría de policía por voluntad propia. En la celda más segura.

—¡Canalla! —dijo el hombre invisible.

—Eso retrasará tus planes.

—Tenemos que recuperar los libros. Son vitales.

—Desde luego —dijo Kemp un poco nervioso, preguntándose si lo que oía fuera eran pasos—. Desde luego que tenemos que

recuperarlos. Pero eso no será muy difícil, si él no sabe lo que significan para ti.

—No —dijo el hombre invisible, pensativo.

Kemp estaba intentando pensar en algo que mantuviera la conversación, pero el hombre invisible siguió hablando.

—El haber dado con tu casa, Kemp —dijo—, cambia todos mis planes. Tú eres un hombre capaz de entender ciertas cosas. A pesar de lo ocurrido, a pesar de toda esa publicidad, de la pérdida de mis libros, de todo lo que he sufrido, todavía tenemos grandes posibilidades, enormes posibilidades... ¿No le habrás dicho a nadie que estoy aquí? —preguntó de repente.

Kemp dudó un momento.

—Claro que no —dijo.

—¿A nadie? —insistió Griffin.

—Ni a un alma.

—Bien.

El hombre invisible se puso de pie y, con los brazos en jarras, comenzó a dar vueltas por el estudio.

—Cometí un error, Kemp, un grave error al intentar llevar este asunto yo solo. He malgastado mis fuerzas, tiempo y oportunidades. Yo solo, ¡es increíble lo poco que puede hacer un hombre solo!, robar un poco, hacer un poco de daño, y ahí se acaba todo. Kemp necesito a alguien que me ayude y un lugar donde esconderme, un sitio donde poder dormir, comer y estar tranquilo sin que nadie sospeche de mí. Tengo que tener un cómplice. Con un cómplice, comida y alojamiento se pueden hacer mil cosas. Hasta ahora, he seguido unos planes demasiado vagos. Tenemos que considerar lo que significa ser libre y, también, lo que no significa. Tiene una ventaja mínima para espiar y para cosas de ese tipo, pues no se hace ruido. Quizá sea de más ayuda para entrar en las casas, pero, si alguien me coge, me pueden meter en la cárcel. Por otro lado, es muy difícil cogerme. De hecho, la invisibilidad es útil en dos casos: para escapar y para acercarse a los sitios. Por eso resulta muy útil para cometer asesinatos. Puedo acercarme a cualquiera, independientemente del arma que lleve, y elegir el sitio, pegar como quiera, esquivarlo como quiera y escapar como quiera.

Kemp se llevó la mano al bigote. ¿Se había movido alguien abajo?

—Y lo que tenemos que hacer, Kemp, es matar.

—Lo que tenemos que hacer es matar —repitió Kemp—. Estoy escuchando lo que dices, Griffin, pero no estoy de acuerdo contigo. ¿Por qué matar?

—No quiero decir matar sin control, sino asesinar de forma sensata. Ellos saben que hay un hombre invisible, lo mismo que nosotros sabemos que existe un hombre invisible. Y ese hombre invisible, Kemp, tiene que establecer ahora su Reinado del Terror. Sí, no cabe duda de que la idea es sobrecogedora, pero es lo que quiero decir: el Reinado del Terror. Tiene que tomar una ciudad como Burdock, por ejemplo, aterrorizar a sus habitantes y dominarla. Tiene que publicar órdenes. Puede realizar esta tarea de mil formas; podría valer, por ejemplo, echar unos cuantos papeles por debajo de las puertas. Y hay que matar a todo el que desobedezca sus órdenes, y también a todo el que lo defienda.

—¡Bah! —dijo Kemp, que ya no escuchaba a Griffin, sino el sonido de la puerta principal de la casa, que se abría y se cerraba—. Me parece, Griffin —comentó para disimular—, que tu cómplice se encontraría en una situación difícil.

—Nadie sabría que era cómplice —dijo el hombre invisible con ansiedad, y luego—: ¡Sssh! ¿Qué ocurre abajo?

—Nada —dijo Kemp, quien, de repente, empezó a hablar más deprisa y subiendo el tono de voz—. No estoy de acuerdo, Griffin —dijo—. Entiéndeme. No estoy de acuerdo. ¿Por qué sueñas jugar en contra de la humanidad? ¿Cómo puedes esperar alcanzar la felicidad? No te conviertas en un lobo solitario. Haz que todo el país sea tu cómplice, publicando tus resultados. Imagina lo que podrías hacer, si te ayudasen un millón de personas.

El hombre invisible interrumpió a Kemp.

—Oigo pasos que se acercan por la escalera —le dijo en voz baja.

—Tonterías —dijo Kemp.

—Déjame comprobarlo —dijo el hombre invisible, y se acercó a la puerta con el brazo extendido. Kemp lo dudó un momento e intentó impedir que lo hiciera. El hombre invisible, sorprendido, se quedó parado.

—¡Eres un traidor! —gritó la voz, abriéndose de repente la bata.

El hombre invisible se sentó y empezó a quitarse la ropa. Kemp

dio tres pasos rápidos hacia la puerta, y el hombre invisible, cuyas piernas habían desaparecido, se puso de pie dando un grito. Kemp abrió la puerta.

Cuando lo hizo, se oyeron pasos que corrían por el piso de abajo y voces.

Con un rápido movimiento, Kemp empujó al hombre invisible hacia atrás, dio un salto fuera de la habitación y cerró la puerta. La llave estaba preparada. Segundos después, Griffin habría podido quedar atrapado, solo, en el estudio, pero hubo un fallo: Kemp había metido la llave apresuradamente en la cerradura, y, al dar un portazo, ésta había caído en la alfombra.

Kemp quedó pálido. Intentó sujetar el pomo de la puerta con las dos manos, y estuvo así, agarrándolo, durante unos segundos, pero la puerta cedió y se abrió unos centímetros. Luego, volvió a cerrarse. La segunda vez, se abrió un poco más y la bata se metió por la abertura. A Kemp lo cogieron por el cuello unos dedos invisibles, y soltó el pomo de la puerta para defenderse; lo empujaron, tropezó y cayó en un rincón del rellano. Luego, le echaron la bata vacía encima.

El coronel Adye, al que Kemp había mandado la carta, estaba subiendo la escalera. El coronel era el Jefe de policía de Burdock. Éste se quedó mirando espantado la repentina aparición de Kemp, seguida de los aspavientos de aquella bata vacía en el aire. Vio cómo Kemp se caía y se volvía a poner de pie. Lo vio arremeter contra algo hacia adelante y caer de nuevo, como si fuera un buey.

Acto seguido, le dieron, de repente, un golpe muy fuerte, que llegó de la nada. Le pareció que un enorme peso se le echó encima y rodó por las escaleras, con una mano apretándole la garganta y una rodilla presionándole en la ingle. Un pie invisible le pisoteó la espalda y unos pasos ligeros y fantasmales bajaron las escaleras. Oyó cómo, en el vestíbulo, los dos oficiales de policía daban un grito y salían corriendo; después, la puerta de la calle dio un gran portazo.

Se dio la vuelta y se quedó sentado, mirando. Vio a Kemp, que se tambaleaba, bajando las escaleras, lleno de polvo y despeinado. Tenía un golpe en la cara, le sangraba el labio y llevaba en las manos una bata roja y algo de ropa interior.

—¡Dios mío! —gritó Kemp—. ¡Se acabó el juego! ¡Se ha

escapado!

Capítulo XXV

A la caza del hombre invisible

Durante un rato, Kemp fue incapaz de hacer comprender a Adye todo lo que había ocurrido. Los dos hombres se quedaron en el rellano, mientras Kemp hablaba deprisa, todavía con las absurdas ropas de Griffin en la mano. El coronel Adye empezaba a entender el asunto.

—¡Está loco! —dijo Kemp—. No es un ser humano. Es puro egoísmo. Tan sólo piensa en su propio interés, en su salvación. ¡Esta mañana he podido escuchar la historia de su egoísmo! Ha herido a varios hombres y empezará a matar, a no ser que podamos evitarlo. Cundirá el pánico. Nada puede pararlo y ahora se ha escapado... ¡completamente furioso!

—Tenemos que cogerlo —dijo Adye—, de eso estoy seguro.

—¿Pero cómo? —gritó Kemp y, de pronto, se le ocurrieron varias ideas—. Hay que empezar ahora mismo. Tiene que emplear a todos los hombres que tenga disponibles. Hay que evitar que salga de esta zona. Una vez que lo consiga, irá por todo el país a su antojo, matando y haciendo daño. ¡Sueña con establecer un Reinado del Terror! Oiga lo que le digo: un Reinado del Terror. Tiene que vigilar los trenes, las carreteras, los barcos. Pida ayuda al ejército. Telegráfíe para pedir ayuda. Lo único que lo puede retener aquí es la idea de recuperar unos libros que le son de gran valor. ¡Ya se lo explicaré luego! Usted tiene encerrado en la comisaría a un hombre que se llama Marvel...

—Sí, sí, ya lo sé —dijo Adye—. Y también lo de esos libros.

—Hay que evitar que coma o duerma; todo el pueblo debe ponerse en movimiento contra él, día y noche. Hay que guardar toda la comida bajo llave, para obligarle a ponerse en evidencia, si quiere conseguirla. Habrá que cerrarle todas las puertas de las casas. ¡Y que el cielo nos envíe noches frías y lluvia! Todo el pueblo tiene que intentar cogerlo. De verdad, Adye, es un peligro, una

catástrofe; si no lo capturamos, me da miedo pensar en las cosas que pueden ocurrir.

—¿Y qué más podemos hacer? —dijo Adye—. Tengo que bajar ahora mismo y empezar a organizarlo todo. Pero ¿por qué no viene conmigo? Sí, venga usted también. Venga y preparemos una especie de consejo de guerra. Pidamos ayuda a Hopps y a los gestores del ferrocarril. ¡Venga, es muy urgente! Cuénteme más cosas, mientras vamos para allá. ¿Qué más hay que podamos hacer? Y deje eso en el suelo.

Minutos después, Adye se abrió camino escaleras abajo. Encontraron la puerta de la calle abierta y, fuera, a los dos policías, de pie, mirando al vacío.

—Se ha escapado, señor —dijo uno.

—Tenemos que ir a la comisaría central. Que uno de vosotros baje, busque un coche y suba a recogerlos. Rápido. Y ahora, Kemp, ¿qué más podemos hacer? —dijo Adye.

—Perros —dijo Kemp—. Hay que conseguir perros. No pueden verlo, pero sí olerlo. Consiga perros.

—De acuerdo —dijo Adye—. Casi nadie lo sabe, pero los oficiales de la prisión de Halstead conocen a un hombre que tiene perros policía. Los perros ya están, ¿qué más?

—Hay que tener en cuenta —dijo Kemp— que lo que come es visible. Después de comer, se ve la comida hasta que la asimila; por eso tiene que esconderse siempre que come. Habrá que registrar cada arbusto, cada rincón, por tranquilo que parezca. Y habrá que guardar todas las armas o lo que pueda utilizarse como un arma. No puede llevar esas cosas durante mucho tiempo. Hay que esconder todo lo que él pueda coger para golpear a la gente.

—De acuerdo —dijo Adye—. ¡Lo atraparemos!

—Y en las carreteras... —dijo Kemp, y se quedó dudando un momento.

—¿Sí? —dijo Adye.

—Hay que echar cristal en polvo —dijo Kemp—. Ya sé que es muy cruel. Pero piense en lo que puede llegar a hacer.

Adye tomó un poco de aire.

—No es juego limpio, no estoy seguro. Pero tendré preparado cristal en polvo, por si llega demasiado lejos.

—Le prometo que ya no es un ser humano —dijo Kemp—. Estoy

tan seguro de que implantará el Reinado del Terror, una vez que se haya recuperado de las emociones de la huida, como lo estoy de estar hablando con usted. Nuestra única posibilidad de éxito es adelantarnos. Él mismo se ha apartado de la humanidad. Su propia sangre caerá sobre su cabeza.

Capítulo XXVI

El asesinato de Wicksteed

El hombre invisible pareció salir de casa de Kemp ciego de ira. Agarró y tiró a un lado a un niño que jugaba cerca de la casa de Kemp, y lo hizo de manera tan violenta, que le rompió un tobillo. Después, el hombre invisible desapareció durante algunas horas. Nadie sabe dónde fue, ni qué hizo. Pero podemos imaginárnoslo, corriendo colina arriba bajo el sol de aquella mañana de junio, hacia los campos que había detrás de Port Burdock, rabioso y desesperado por su mala suerte y, refugiándose finalmente, sudoroso y agotado, entre la vegetación de Hintondean, preparando de nuevo algún plan de destrucción hacia los de su misma especie. Parece que allí se escondió, porque allí reapareció, de una forma terriblemente trágica, hacia las dos de la tarde.

Uno se pregunta cuál debió de ser su estado de ánimo durante ese tiempo y qué planes tramó. Sin duda, estaría furioso por la traición de Kemp y, aunque podemos entender los motivos que le condujeron al engaño, también podemos imaginar e, incluso, justificar, en cierta medida, la furia que la sorpresa le ocasionó. Quizá recordara la perplejidad que le produjeron sus experiencias de Oxford Street, pues había contado con la cooperación de Kemp para llevar a cabo su sueño brutal de aterrorizar al mundo. En cualquier caso se perdió de vista alrededor del mediodía, y nadie puede decir lo que hizo hasta las dos y media, más o menos. Quizá, esto fuese afortunado para la humanidad, pero, esa inactividad, fue fatal para él.

En aquel momento, ya se había lanzado en su búsqueda un grupo de personas, cada vez mayor, que se repartieron por la comarca. Por la mañana no era más que una leyenda, un cuento de miedo; por la tarde, y debido, sobre todo, a la escueta exposición de los hechos por parte de Kemp, se había convertido en un enemigo tangible al que había que herir, capturar o vencer, y, para ello, toda

la comarca empezó a organizarse por su cuenta con una rapidez nunca vista. Hasta las dos de la tarde podía haberse marchado de la zona cogiendo un tren, pero, después de esa hora, ya no era posible. Todos los trenes de pasajeros de las líneas entre Southampton, Brighton, Manchester y Horsham viajaban con las puertas cerradas y el transporte de mercancías había sido prácticamente suspendido. En un círculo de veinte kilómetros alrededor de Port Burdock, hombres armados con escopetas y porras se estaban organizando en grupos de tres o cuatro, que, con perros, batían las carreteras y los campos.

Policías a caballo iban por toda la comarca, deteniéndose en todas las casas para avisar a la gente que cerrara sus puertas y se quedaran dentro, a menos que estuvieran armados; todos los colegios cerraron a las tres, y los niños, asustados y manteniéndose en grupos, corrían a sus casas. La nota de Kemp, que también Adye había firmado, se colocó por toda la comarca entre las cuatro y las cinco de la tarde. En ella se podían leer, breve y claramente, las condiciones en las que se estaba llevando a cabo la lucha, la necesidad de mantener al hombre invisible alejado de la comida y del sueño, la necesidad de observar continuamente con toda atención cualquier movimiento. Tan rápida y decidida fue la acción de las autoridades y tan rápida y general la creencia en aquel extraño ser, que, antes de la caída de la noche, un área de varios cientos de kilómetros cuadrados estaba en estricto estado de alerta. Y también, antes del anochecer, una sensación de horror recorría toda aquella comarca, que seguía nerviosa. La historia del asesinato del señor Wicksteed se susurraba de boca en boca, rápidamente y con detalle, a lo largo y ancho de la comarca.

Si hacíamos bien en suponer que el refugio del hombre invisible eran los matorrales de Hintondean, tenemos que suponer también que, a primera hora de la tarde, salió de nuevo para realizar algún proyecto que llevara consigo el uso de un arma. No sabemos de qué se trataba, pero la evidencia de que llevaba una barra de hierro en la mano, antes de encontrarse con el señor Wicksteed, es aplastante, al menos para mí.

No sabemos nada sobre los detalles de aquel encuentro. Ocurrió al final de un foso que había a unos doscientos metros de la casa de *Lord Burdock*. La evidencia muestra una lucha desesperada: el suelo

pisoteado, las numerosas heridas que sufrió el señor Wicksteed, su garrote hecho pedazos; pero es imposible imaginar por qué le atacó, a no ser que pensemos en un deseo homicida. Además, la teoría de la locura es inevitable. El señor Wicksteed era un hombre de unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años; era el mayordomo de *Lord Burdock* y de costumbres en apariencia inofensivas, la última persona en el mundo que habría provocado a tan terrible enemigo. Parece ser que el hombre invisible utilizó un trozo de valla roto. Detuvo a este hombre tranquilo que iba a comer a casa, lo atacó, venció su débil resistencia, le rompió un brazo, lo tiró al suelo y le golpeó la cabeza hasta hacérsela papilla.

Debió de haber arrancado la barra de la valla antes de encontrarse con su víctima; la debía llevar preparada en la mano. Hay un par de detalles, además de los ya expuestos, que merecen ser mencionados. Uno, el hecho de que el foso no estaba en el camino de la casa del señor Wicksteed, sino a unos doscientos metros. El otro, que, según afirma una niña que se dirigía a la escuela vespertina, vio a la víctima dando unos saltitos de manera peculiar por el campo, en dirección al foso. Según la descripción de la niña, parecía tratarse de un hombre que iba persiguiendo algo que iba por el suelo y le iba dando unos golpecitos con su bastón. Fue la última persona que lo vio vivo. Pasó por delante de los ojos de aquella niña camino de su muerte, y la lucha quedó oculta a los ojos de aquélla por un grupo de hayas y por una ligera depresión del terreno.

Esto, al menos para el autor, hace que el asesinato escape a la absoluta inmotivación. Podemos creer que Griffin había arrancado la barra para que le sirviera, desde luego, como arma, pero sin que tuviera la deliberada intención de utilizarla para matar. Wicksteed pudo cruzarse en su camino y ver aquella barra, que, inexplicablemente, se movía sola, suspendida en el aire. Sin pensar en el hombre invisible, pues Port Burdock quedaba a diez kilómetros de allí, pudo haberla perseguido. Puede ser, incluso, que no hubiera oído hablar del hombre invisible. Uno podría imaginarse, entonces, al hombre invisible alejándose sin hacer ruido, para evitar que se descubriese su presencia en el vecindario, y a Wicksteed, excitado por la curiosidad, persiguiendo al objeto móvil y, por último, atacándolo.

Sin lugar a dudas, el hombre invisible se pudo haber alejado fácilmente de aquel hombre de mediana edad que lo perseguía, bajo circunstancias normales, pero la posición en que se encontró el cuerpo de Wicksteed hace pensar que tuvo la mala suerte de conducir a su presa a un rincón situado entre un montón de ortigas y el foso. Para los que conocen la extraordinaria irascibilidad del hombre invisible, el resto del relato ya se lo pueden imaginar.

Pero todo esto es sólo una hipótesis. Los únicos hechos reales, ya que las historias de los niños con frecuencia no ofrecen mucha seguridad, son el descubrimiento del cuerpo de Wicksteed, muerto, y el de la barra de hierro manchada de sangre, tirada entre las ortigas. El abandono de la barra por parte de Griffin sugiere que, en el estado de excitación emocional en el que se encontraba después de lo ocurrido, abandonó el propósito por el que arrancó la barra, si es que tenía alguno. Desde luego, era un hombre egoísta y sin sentimientos, pero, al ver a su víctima, a su primera víctima, ensangrentada y de aspecto penoso, a sus pies, podría haber dejado fluir el remordimiento, cualquiera que fuese el plan de acción que había ideado.

Después del asesinato del señor Wicksteed, parece ser que atravesó la región hacia las colinas. Se dice que un par de hombres que estaban en el campo, cerca de Fern Bottom, oyeron una voz, cuando el sol se estaba poniendo. Estaba quejándose y riendo, sollozando y gruñendo y, de vez en cuando, gritaba. Les debió resultar extraño oírla. Se oyó mejor cuando pasaba por el centro de un campo de árboles y se extinguió en dirección a las colinas.

Aquella tarde el hombre invisible debió aprender algo sobre la rapidez con la que Kemp utilizó sus confianzas. Debió encontrar las casas cerradas con llave y atrancadas; debió merodear por las estaciones de tren y rondar cerca de las posadas, y, sin duda, pudo leer la nota y darse cuenta de la campaña que se estaba desarrollando en contra de él. Según avanzaba la tarde, los campos se llenaban, por distintas partes, de grupos de tres o cuatro hombres, y se escuchaba el ladrido de los perros. Aquellos cazadores de hombres tenían instrucciones especiales para ayudarse mutuamente, en caso de que se encontraran con el hombre invisible. Él los evitó a todos. Nosotros podemos entender, en parte, su furia, no era para menos, porque él mismo había dado la

información que se estaba utilizando, inexorablemente, en contra suya. Al menos aquel día se desanimó; durante unas veinticuatro horas, excepto cuando tuvo el encuentro con Wicksteed, había sido un hombre perseguido. Por la noche debió comer y dormir algo, porque, a la mañana siguiente, se encontraba de nuevo activo, con fuerzas, enfadado y malvado, preparado para su última gran batalla contra el mundo.

Capítulo

XXVII

El sitio de la casa de Kemp

Kemp leyó una extraña carta escrita a lápiz en una hoja de papel que estaba muy sucia.

«Has sido muy enérgico e inteligente —decía la carta—, aunque no puedo imaginar lo que pretendes conseguir. Estás en contra mía. Me has estado persiguiendo durante todo el día; has intentado robarme la tranquilidad de la noche. Pero he comido, a pesar tuyo, y, a pesar tuyo, he dormido. El juego está empezando. El juego no ha hecho más que empezar. Sólo queda iniciar el Terror. Esta carta anuncia el primer día de Terror. Dile a tu coronel de policía y al resto de la gente que Port Burdock ya no está bajo el mandato de la Reina. Ahora está bajo mi mandato, ¡el del Terror! Éste es el primer día del primer año de una nueva época: el Período del Hombre Invisible. Yo soy El Hombre Invisible I. Empezar será muy fácil. El primer día habrá una ejecución, que sirva de ejemplo, la de un hombre llamado Kemp. La muerte le llegará hoy. Puede encerrarse con llave, puede esconderse, puede rodearse de guardaespaldas o ponerse una armadura, si así lo desea; la Muerte, la Muerte invisible está cerca. Dejémosle que tome precauciones; impresionará a mi pueblo. La muerte saldrá del buzón al mediodía. La carta caerá, cuando el cartero se acerque. El juego va a empezar. La Muerte llega. No le ayudéis, pueblo mío, si no queréis que la Muerte caiga también sobre vosotros. Kemp va a morir hoy».

Kemp leyó la carta dos veces.

—¡No es ninguna broma! —dijo—. Son sus palabras y habla en serio.

Dobló la hoja por la mitad y vio al lado de la dirección el sello de correos de Hintondean, y el detalle de mal gusto: «dos peniques a pagar».

Se levantó sin haber terminado de comer (la carta había llegado en el correo de la una) y subió al estudio. Llamó al ama de llaves y le dijo que se diese una vuelta por toda la casa para asegurarse de que todas las ventanas estaban cerradas y para que cerrase las contraventanas. Él mismo cerró las contraventanas del estudio. De un cajón del dormitorio, sacó un pequeño revólver, lo examinó cuidadosamente, y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Escribió una serie de notas muy breves: una, dirigida al coronel Adye, se la dio a la muchacha para que se la llevara, con instrucciones específicas sobre cómo salir de la casa.

—No hay ningún peligro —le dijo, y añadió mentalmente: «Para ti».

Después de hacer esto, se quedó pensativo un momento y, luego, volvió a la comida, que se le estaba quedando fría.

Mientras comía, se paraba a pensar. Luego, dio un golpe muy fuerte en la mesa.

—¡Lo atraparemos! —dijo—; y yo seré el cebo. Ha llegado demasiado lejos.

Subió al mirador, cuidándose de cerrar todas las puertas tras de sí.

—Es un juego —dijo—, un juego muy extraño, pero tengo todos los ases a mi favor, Griffin, a pesar de tu invisibilidad. Griffin contra el mundo... ¡con una venganza! —Se paró en la ventana, mirando a la colina calentada por el sol—. Todos los días tiene que comer, no lo envidio. ¿Habrás dormido esta noche? Habrá sido en algún sitio, por ahí fuera, a salvo de cualquier emergencia. Me gustaría que hiciese frío y que lloviese, en lugar de hacer este calor. Quizá me esté observando en este mismo instante.

Se acercó a la ventana. Algo golpeó secamente los ladrillos afuera, y dio un respingo.

—Me estoy poniendo nervioso —dijo Kemp, y pasaron cinco minutos antes de que se volviera a acercar a la ventana—. Debe de haber sido algún gorrión —dijo.

En ese momento oyó cómo llamaban a la puerta de entrada y bajó corriendo las escaleras. Descorrió el cerrojo, abrió, miró con la cadena puesta, la soltó y abrió con precaución, sin exponerse. Una voz familiar le dijo algo. Era Adye.

—¡Ha asaltado a la muchacha, Kemp! —dijo, desde el otro lado.

—¿Qué? —exclamó Kemp.

—Le ha quitado la nota que usted le dio. Tiene que estar por aquí cerca. Déjeme entrar.

Kemp quitó la cadena, y Kemp entró, abriendo la puerta lo menos posible. Se quedó de pie en el vestíbulo, mirando con un alivio infinito cómo Kemp aseguraba la puerta de nuevo.

—Le quitó la nota de la mano y ella se asustó terriblemente. Está en la comisaría de policía, completamente histérica. Debe de estar cerca de aquí. ¿Qué quería decirme?

Kemp empezó a perjurar.

—Qué tonto he sido —dijo Kemp—. Debí suponerlo. Hintondean está a menos de una hora de camino de este lugar.

—¿Qué ocurre? —dijo Adye.

—¡Venga y mire! —dijo Kemp, y condujo al coronel Adye a su estudio. Le enseñó al coronel la carta del hombre invisible. Adye la leyó y emitió un silbido.

—¿Y usted...? —dijo Adye.

—Le proponía tenderle una trampa... soy un tonto —dijo Kemp—, y envié mi propuesta con una criada, pero a él, en lugar de a usted.

Adye, como lo había hecho antes Kemp, empezó a perjurar.

—Quizá se marche —dijo Adye.

—No lo hará —dijo Kemp.

Se oyó el ruido de cristales rotos, que venía de arriba. Adye vio el destello plateado del pequeño revólver, que asomaba por el bolsillo de Kemp.

—¡Es la ventana de arriba! —dijo Kemp, y subió corriendo. Mientras se encontraba en las escaleras, se oyó un segundo ruido. Cuando entraron en el estudio, se encontraron con que dos de las tres ventanas estaban rotas y los cristales esparcidos por casi toda la habitación. Encima de la mesa, había una piedra enorme. Los dos se quedaron parados en el umbral de la puerta, contemplando el destrozo. Kemp empezó a lanzar maldiciones y, mientras lo hacía, la tercera ventana se rompió con un ruido como el de un pistoletazo. Se mantuvo un momento así, y cayó, haciéndose mil pedazos, dentro de la habitación.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Adye.

—Es el comienzo —dijo Kemp.

—¿No hay forma de subir aquí?

—Ni siquiera para un gato —dijo Kemp.

—¿No hay contraventanas?

—Aquí no, pero sí las hay en todas las ventanas del piso de abajo. ¿Qué ha sido eso?

En el piso de abajo se oyó el ruido de un golpe, y después, cómo crujían las maderas.

—¡Maldito sea! —dijo Kemp—. Eso tiene que haber sido... sí, en uno de los dormitorios. Lo va a hacer con toda la casa. Está loco. Las contraventanas están cerradas y los cristales caerán hacia fuera. Se va a cortar los pies.

Se oyó cómo se rompía otra ventana. Los dos hombres se quedaron en el rellano de la escalera, perplejos.

—¡Ya lo tengo! —dijo Adye—. Déjeme un palo o algo por el estilo, e iré a la comisaría para traer los perros. ¡Eso tiene que detenerle! No me llevará más de diez minutos.

Otra ventana se rompió como había sucedido a sus compañeras.

—¿No tiene un revólver? —preguntó Adye.

Kemp se metió la mano en el bolsillo, dudó un momento y dijo:

—No, no tengo ninguno... por lo menos que me sobre.

—Se lo devolveré más tarde —dijo Adye—. Usted está a salvo aquí dentro.

Kemp le dio el arma.

—Bueno, vayamos hacia la puerta —dijo Adye. Mientras se quedaron dudando un momento en el vestíbulo, oyeron el ruido de una ventana de un dormitorio del primer piso, que se hacía pedazos. Kemp se dirigió a la puerta y empezó a descorrer los cerrojos, haciendo el menor ruido posible. Estaba un poco más pálido de lo normal. Un momento después, Adye se encontraba ya fuera y los cerrojos volvían a su sitio. Dudó qué hacer durante un momento, sintiéndose mucho más seguro apoyado de espaldas contra la puerta. Después empezó a caminar, erguido y recto, y bajó los escalones. Atravesó el jardín en dirección a la verja. Le pareció que algo se movía a su lado.

—Espere un momento —dijo una voz, y Adye se paró en seco y agarró el revólver mucho más fuerte.

—¿Y bien? —dijo Adye, pálido y solemne, con todos los nervios en tensión.

—Hágame el favor de volver a la casa —dijo la voz, con la misma solemnidad con que le había hablado Adye.

—Lo siento —dijo Adye con la voz un poco ronca, y se humedeció los labios con la lengua. Pensó que la voz venía del lado izquierdo y supuso que podría probar suerte, disparando hacia allí.

—¿A dónde va? —dijo la voz, y los dos hombres hicieron un rápido movimiento, mientras un rayo de sol se reflejó en el bolsillo de Adye.

Adye desistió de su intento, y añadió:

—Donde vaya —dijo lentamente— es cosa mía.

No había terminado aquellas palabras, cuando un brazo lo agarró del cuello, notó una rodilla en la espalda y cayó hacia atrás. Se incorporó torpemente y malgastó un disparo. Unos segundos después recibía un puñetazo en la boca y le arrebataban el revólver de las manos. En vano intentó agarrar un brazo que se le escurría, trató de levantarse y volvió a caer al suelo.

—¡Maldito sea! —dijo Adye.

La voz soltó una carcajada.

—Le mataría ahora mismo, si no tuviera que malgastar una bala —dijo.

Adye vio el revólver suspendido en el aire, a unos seis pasos de él, apuntándole.

—Está bien —dijo Adye, sentándose en el suelo.

—Levántese —exclamó la voz.

Adye se levantó.

—Escúcheme con atención —ordenó la voz, y continuó con furia —: No intente hacerme una jugarreta. Recuerde que yo puedo ver su cara y usted, sin embargo, no puede ver la mía. Tiene que volver a la casa.

—Él no me dejaría entrar —señaló Adye.

—Es una pena —dijo el hombre invisible—. No tengo nada contra usted.

Adye se humedeció los labios otra vez. Apartó la vista del cañón del revólver y, a lo lejos, vio el mar, azul oscuro, bajo los rayos del sol del mediodía, el campo verde, el blanco acantilado y la ciudad populosa; de pronto, comprendió lo dulce que era la vida. Sus ojos volvieron a aquella cosita de metal que se sostenía entre el aire y la tierra, a unos pasos de él.

—¿Qué podría yo hacer? —dijo, taciturno.

—¿Y qué podría hacer yo? —preguntó el hombre invisible—. Usted iba a buscar ayuda. Lo único que tiene que hacer ahora es volver atrás.

—Lo intentaré. Pero, si Kemp me deja entrar, ¿me promete que no se abalanzará contra la puerta?

—No tengo nada contra usted —dijo la voz.

Kemp, después de dejar fuera a Adye, había subido arriba a toda prisa; ahora se encontraba agachado entre los cristales rotos y miraba cautelosamente hacia el jardín, desde el alféizar de una ventana del estudio. Desde allí, vio cómo Adye parlamentaba con el hombre invisible. «¿Por qué no dispara?», se preguntó Kemp. Entonces, el revólver se movió un poco, y el reflejo del sol le dio a Kemp en los ojos, que se los cubrió mientras trataba de ver de dónde provenía aquel rayo cegador.

«Está claro, —se dijo—, que Adye le ha entregado el revólver».

—Prométame que no se abalanzará sobre la puerta —le estaba diciendo Adye al hombre invisible—. No lleve el juego demasiado lejos, usted lleva las de ganar. Dele una oportunidad.

—Usted vuelva a la casa. Le digo por última vez que no puedo prometerle nada.

Adye pareció tomar una rápida decisión. Se volvió hacia la casa, caminando lentamente con las manos en la espalda. Kemp lo observaba, asombrado. El revólver desapareció, volvió a aparecer y desapareció de nuevo. Al final, después de mirarlo fijamente, se hizo evidente como un pequeño objeto oscuro que seguía a Adye. Después, todo ocurrió rápidamente. Adye dio un salto atrás, se volvió y se abalanzó sobre aquel objeto, perdiéndolo; luego levantó las manos y cayó de bruces al suelo, levantando una especie de humareda azul en el aire. Kemp no oyó el disparo. Adye se retorció en el suelo, se apoyó en un brazo para incorporarse y volvió a caer, inmóvil.

Durante unos minutos, Kemp se quedó mirando el cuerpo inmóvil de Adye. La tarde era calurosa y estaba tranquila; nada parecía moverse en el mundo, excepto una pareja de mariposas amarillas, persiguiéndose la una a la otra por los matorrales que había entre la casa y la carretera. Adye yacía en el suelo, cerca de la verja. Las persianas de todas las casas de la colina estaban bajadas.

En una glorieta, se veía una pequeña figura blanca. Aparentemente, era un viejo que dormía. Kemp miró los alrededores de la casa para ver si localizaba el revólver, pero había desaparecido. Sus ojos se volvieron a fijar en Adye. El juego ya había comenzado.

En ese momento, llamaron a la puerta principal, llamaron a la vez al timbre y con los nudillos. Las llamadas cada vez eran más fuertes, pero, siguiendo las instrucciones de Kemp, todos los criados se habían encerrado en sus habitaciones. A esto siguió un silencio total. Kemp se sentó a escuchar y, después, empezó a mirar cuidadosamente por las tres ventanas del estudio, una tras otra. Se dirigió a la escalera y se quedó allí escuchando, inquieto. Se armó con el atizador de la chimenea de su habitación y bajó a cerciorarse de que las ventanas del primer piso estaban bien cerradas. Todo estaba tranquilo y en silencio. Volvió al mirador. Adye yacía inmóvil, tal y como había caído. Subiendo por entre las casas de la colina venía el ama de llaves, acompañada de dos policías.

Todo estaba envuelto en un silencio de muerte. Daba la impresión de que aquellas tres personas se estaban acercando demasiado lentamente. Se preguntó qué estaría haciendo su enemigo.

De pronto, se oyó un golpe que venía de abajo, y se sobresaltó. Dudó un instante y decidió volver a bajar. De repente, la casa empezó a hacer eco de fuertes golpes y de maderas que se astillaban. Luego oyó otro golpe, y el caer de los cierres de hierro de las contraventanas. Hizo girar la llave y abrió la puerta de la cocina. Cuando lo hacía, volaron hacia él las astillas de las contraventanas. Se quedó horrorizado. El marco de la ventana estaba todavía intacto, pero sólo quedaban en él pequeños restos de cristales. Las contraventanas habían sido destrozadas con un hacha, y ahora ésta se dejaba caer con violentos golpes sobre el marco de la ventana y las barras de hierro que la defendían. De repente, cayó a un lado y desapareció. Kemp pudo ver el revólver fuera, y cómo éste ascendía en el aire. Él se echó hacia atrás. El revólver disparó demasiado tarde, y una astilla de la puerta, que se estaba cerrando, le cayó en la cabeza. Acabó de cerrar con un portazo y echó la llave, y, mientras estaba fuera, oyó a Griffin gritar y reírse. Después se reanudaron los golpes del hacha con aquel acompañamiento de astillas y estrépitos.

Kemp se quedó en el pasillo intentando pensar en algo. Dentro de un instante, el hombre invisible entraría en la cocina. Aquella puerta no lo retendría mucho tiempo y entonces...

Volvieron a llamar a la puerta principal otra vez. Quizá fuesen los policías. Kemp corrió al vestíbulo, quitó la cadena y descorrió los cerrojos. Hizo que la chica dijese algo antes de soltar la cadena, y las tres personas entraron en la casa de golpe, dando un portazo.

—¡El hombre invisible! —dijo Kemp—. Tiene un revólver y le quedan dos balas. Ha matado a Adye o, por lo menos, le ha disparado. ¿No lo han visto tumbado en el césped?

—¿A quién? —dijo uno de los policías.

—A Adye —contestó Kemp.

—Nosotros hemos venido por la parte de atrás —añadió la muchacha.

—¿Qué son esos golpes? —preguntó un policía.

—Está en la cocina o lo estará dentro de un momento. Ha encontrado un hacha.

De repente, la casa entera se llenó del eco de los hachazos que daba el hombre invisible en la puerta de la cocina. La muchacha se quedó mirando a la puerta, se asustó y volvió al comedor. Kemp intentó explicarse con frases encontradas. Luego oyeron cómo cedía la puerta de la cocina.

—¡Por aquí! —gritó Kemp, y se puso en acción, empujando a los policías hacia la puerta del comedor.

—¡El atizador! —dijo y corrió hacia la chimenea. Le dio un atizador a cada policía. De pronto, se echó hacia atrás.

—¡Oh! —exclamó un policía y, agachándose, dio un golpe al hacha con el atizador. El revólver disparó una penúltima bala y destrozó un valioso Sidney Cooper. El otro policía dejó caer el atizador sobre el arma, como quien intenta matar a una avispa, y lo lanzó, rebotando, al suelo.

Al primer golpe, la muchacha lanzó un grito y se quedó chillando al lado de la chimenea; después, corrió a abrir las contraventanas, quizá con la idea de escapar por allí.

El hacha retrocedió y se quedó a unos dos pies del suelo. Todos podían escuchar la respiración del hombre invisible.

—Vosotros dos, marchaos —dijo—, sólo quiero a Kemp.

—Nosotros te queremos a ti —dijo un policía, dando un paso

rápido hacia adelante, y empezando a dar golpes con el atizador hacia el lugar de donde él creía que salía la voz. El hombre invisible debió retroceder y tropezar con el paragüero. Después, mientras el policía se tambaleaba, debido al impulso del golpe que le había dado, el hombre invisible le atacó con el hacha, le dio un golpe en el casco, que se rasgó como el papel, y el hombre se cayó al suelo, dándose con la cabeza en las escaleras de la cocina. Pero el segundo policía, que iba detrás del hacha con el atizador en la mano, pinchó algo blando. Se escuchó un agudo grito de dolor, y el hacha cayó al suelo. El policía arremetió de nuevo al vacío, pero esta vez no golpeó nada; pisó el hacha y golpeó de nuevo. Después se quedó parado, blandiendo el atizador, intentando apreciar el más mínimo movimiento.

Oyó cómo se abría la ventana del comedor y unos pasos que se alejaban. Su compañero se dio la vuelta y se sentó en el suelo. Le corría la sangre por la cara.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No lo sé. Lo he herido. Estará en algún sitio del vestíbulo, a menos que pasase por encima de ti. ¡Doctor Kemp..., señor!

Hubo un silencio.

—¡Doctor Kemp! —gritó de nuevo el policía.

El otro policía intentó recuperar el equilibrio. Se puso de pie. De repente, se pudieron oír los débiles pasos de unos pies descalzos en los escalones de la cocina.

—¡Ahí está! —gritó la policía, quien no pudo contener dar un golpe con el atizador, pero rompió un brazo de una lámpara de gas.

Hizo ademán de perseguir al hombre invisible, bajando las escaleras, pero lo pensó mejor y volvió al comedor.

—¡Doctor Kemp! —empezó y se paró de repente—. El doctor Kemp es un héroe —dijo, mientras que su compañero lo miraba por encima del hombro. La ventana del comedor estaba abierta de par en par, y no se veía ni a la muchacha ni a Kemp.

La opinión del otro policía sobre Kemp era concisa y bastante imaginativa.

Capítulo

XXVIII

El cazador cazado

El señor Heelas, el vecino más próximo del señor Kemp, estaba durmiendo en el cenador de su jardín, mientras tenía lugar el sitio de la casa de Kemp. El señor Heelas era uno de los componentes de esa gran minoría que no creían en «todas esas tonterías» sobre un hombre invisible. Su esposa, sin embargo, como más tarde le recordaría a menudo, sí creía. Insistió en dar un paseo por su jardín, como si no ocurriera nada, y fue a echarse una siesta, tal y como venía haciendo desde hacía años. Durmió sin enterarse del ruido de las ventanas, pero se despertó repentinamente con la extraña intuición de que algo malo estaba ocurriendo. Miró a la casa de Kemp, se frotó los ojos y volvió a mirar. Después, bajó los pies al suelo y se quedó sentado, escuchando. Pensó que estaba condenado mientras todavía veía aquella cosa tan extraña. La casa parecía estar vacía desde hacía semanas, como si hubiese tenido lugar un ataque violento. Todas las ventanas estaban destrozadas, y todas, excepto las del mirador, tenían cerradas las contraventanas.

—Habría jurado que todo estaba en orden hace veinte minutos. —Y miró su reloj.

Entonces empezó a oír una especie de conmoción y ruidos de cristales, que llegaban de lejos. Y después, mientras estaba sentado con la boca abierta, tuvo lugar un hecho todavía más extraño. Las contraventanas de la ventana del comedor se abrieron de par en par, violentamente, y el ama de llaves, con sombrero y ropa de calle, apareció, luchando con todas sus fuerzas para levantar la hoja de la ventana. De pronto, un hombre apareció detrás de ella, ayudándola. ¡Era el doctor Kemp! Un momento después se abrió la ventana, y la criada saltaba fuera de la casa, se echaba a correr y desaparecía entre los arbustos. El señor Heelas se puso de pie y

lanzó una vaga exclamación con toda vehemencia, al contemplar aquellos extraños acontecimientos. Vio cómo Kemp se ponía de pie en el alféizar, saltaba afuera y reaparecía, casi instantáneamente, corriendo por el jardín entre los matorrales. Mientras corría, se paró, como si no quisiera que le vieran. Desapareció detrás de un arbusto, y apareció más tarde, trepando por una valla que daba al campo. No tardó ni dos segundos en saltarla; y luego echó a correr todo lo deprisa que pudo por el camino que bajaba a la casa del señor Heelas.

—¡Dios mío! —gritó el señor Heelas, mientras le asaltaba una idea—. ¡Debe de ser el hombre invisible! Después de todo, quizá sea verdad.

Cuando el señor Heelas pensaba en cosas de este tipo, actuaba inmediatamente, y su cocinera, que lo estaba viendo desde la ventana, se quedó asombrada, al verlo venir hacia la casa, corriendo tan rápido como lo hacía.

—Y eso que no tenía miedo —dijo la cocinera.

—Mary, ven aquí.

Se oyó un portazo, el sonido de la campanilla y el señor Heelas, que bramaba como un toro:

—¡Cerrad las puertas, cerrad las ventanas, cerradlo todo! ¡Viene el hombre invisible!

Inmediatamente, en la casa, se oyeron gritos y pasos que iban en todas direcciones. Él mismo cerró las ventanas que daban a la terraza. Mientras lo hacía, aparecieron la cabeza, los hombros y una rodilla de Kemp por el borde de la valla del jardín. Un momento después, Kemp se había echado encima de la esparraguera del jardín y corría por la cancha de tenis en dirección a la casa.

—No puede entrar aquí —le dijo el señor Heelas corriendo los cerrojos—. ¡Siento mucho que lo esté persiguiendo, pero aquí no puede entrar!

Kemp pegó su rostro aterrorizado al cristal, llamó y después empezó a sacudir frenéticamente el ventanal. Entonces, al ver que sus esfuerzos eran inútiles, atravesó la terraza, dio la vuelta por uno de sus lados y empezó a golpear con el puño la puerta lateral. Después, giró por la parte delantera de la casa y salió corriendo por la colina. El señor Heelas, que estaba viendo todo por la ventana, completamente aterrorizado, apenas pudo observar cómo Kemp

desaparecía, antes de que viera cómo estaban pisando sus espárragos unos pies invisibles. El señor Heelas subió disparado al piso de arriba y ya no pudo ver el resto de la persecución, pero oyó cómo la verja del jardín se cerraba de un portazo.

Al llegar a la carretera, el doctor Kemp, naturalmente, tomó la dirección del pueblo y, de esta forma, él mismo protagonizó la carrera que sólo cuatro días antes había observado con ojos tan críticos. Corría bastante bien, para no ser un hombre acostumbrado a ello, y, aunque estaba pálido y sudoroso, no perdía la serenidad. Daba grandes zancadas y, cada vez que se encontraba con algún trozo en mal estado o con piedras o un trozo de cristal que brillaba con el reflejo del sol, saltaba por encima y dejaba que los pies invisibles y desnudos que lo estaban persiguiendo los salvaran como pudieran.

Por primera vez en su vida, Kemp se dio cuenta de lo larga y solitaria que era la carretera de la colina, y que las primeras casas de la ciudad, que quedaban a los pies de la colina, estaban increíblemente lejos. Pensó que nunca había existido una forma más lenta y dolorosa de desplazarse que corriendo. Todas aquellas casas lúgubres, que dormían bajo el sol de la tarde, parecían cerradas y aseguradas; sin duda lo habían hecho siguiendo sus propias órdenes. Pero, en cualquier caso, ¿deberían haber echado un vistazo de vez en cuando ante una eventualidad de este tipo! Ahora, la ciudad se iba acercando y el mar había desaparecido de su vista detrás de ella. Empezaba a ver gente que se movía allí abajo. Un tranvía llegaba en ese momento al pie de la colina. Un poco más allá, estaba la comisaría de policía. ¿Seguía escuchando pasos detrás de él? Había que hacer un último esfuerzo.

La gente del pueblo se le quedaba mirando; una o dos personas salieron corriendo y empezó a notar que le faltaba la respiración. Tenía el tranvía bastante cerca, y la posada estaba cerrando sus puertas. Detrás del tranvía había unos postes y unos montones de grava. Debía tratarse de las obras del alcantarillado. A Kemp se le pasó por la cabeza subir al tranvía en marcha y cerrar las puertas, pero decidió dirigirse a la comisaría. Un momento después pasaba por delante de la puerta del Jolly Cricketers y llegaba al final de la calle. Había varias personas a su alrededor. El conductor del tranvía y su ayudante, asombrados por la prisa que llevaba, se quedaron

mirándolo, sin atender a los caballos del tranvía. Un poco más allá aparecieron los rostros sorprendidos de los peones camineros, encima de los montones de grava.

Aflojó un poco el paso y, entonces, pudo oír las rápidas pisadas de su perseguidor, y volvió a forzarlo de nuevo.

—¡El hombre invisible! —gritó a los peones camineros con un débil gesto indicativo, y, por una repentina inspiración, saltó por encima de la zanja, dejando, de esta manera, a un grupo de hombres, entre él y su perseguidor. Después, abandonando la idea de dirigirse a la comisaría, se metió por una calleja lateral, empujó la carreta de un vendedor de verduras y dudó durante unas décimas de segundo, en la puerta de una pastelería, hasta que decidió entrar por una bocacalle que daba a la calle principal. Dos o tres niños estaban jugando y, cuando lo vieron aparecer, salieron corriendo y gritando. Acto seguido, las madres, nerviosas, salieron a las puertas y ventanas. Volvió a salir de nuevo a la calle principal, a unos trescientos metros del final del tranvía, e inmediatamente se dio cuenta de que la gente había echado a correr gritando.

Miró colina arriba. Apenas a unos doce pasos de él, corría un peón caminero enorme, soltando maldiciones y dando golpes con una pala. Detrás de él, venía el conductor del tranvía con los puños cerrados. Más arriba, otras personas seguían a estas dos, dando golpes en el aire y gritando. Hombres y mujeres corrían cuesta abajo, en dirección a la ciudad, y pudo ver claramente a un hombre que salía de su establecimiento con un bastón en la mano.

—¡Repartíos, repartíos! —gritó alguien.

Entonces, de repente, Kemp se dio cuenta de que se habían cambiado los términos de la persecución. Se paró, miró a su alrededor y gritó:

—¡Está por aquí cerca! ¡Formad una línea...!

En ese momento le dieron un golpe detrás del oído y, tambaleándose, intentó darse la vuelta para mirar a su enemigo invisible. Apenas pudo conseguir mantenerse en pie y dio un manotazo, en vano, al aire. Después le dieron un golpe en la mandíbula y cayó al suelo. Un momento después, una rodilla le oprimía el diafragma y un par de hábiles manos (una era más débil que la otra) le agarraban por la garganta; él las cogió por las muñecas, oyó el grito de dolor que daba su asaltante, y, poco

después, la pala del peón caminero cortaba el aire por encima de él, para ir a dar sobre algo, con todo su peso. Sintió que una gota húmeda le caía en la cara. La presión de su garganta cedió repentinamente y, con gran esfuerzo, se liberó, agarró un hombro desnudo, y se quedó mirando hacia arriba. Sujetó, luego, los codos invisibles muy cerca del suelo.

—¡Lo tengo! —gritó Kemp—. ¡Socorro! ¡Ayúdenme! ¡Lo tengo aquí abajo! ¡Agárrenlo por los pies!

Al instante, todo el mundo se dirigió al lugar donde se estaba desarrollando la lucha; un extranjero que hubiese llegado a aquella calle, habría pensado que se trataba de una forma excepcionalmente salvaje de jugar al *rugby*. No se oyó ningún grito después del que diera Kemp, sólo se oían puñetazos, patadas y el ruido de una pesada respiración.

Después, con un enorme esfuerzo, el hombre invisible se liberó de un par de personas que lo estaban atacando y se puso de rodillas. Kemp se agarró a él como un perro a su presa, y una docena de manos empezaron a coger, golpear y arañar al hombre invisible. El conductor del tranvía lo agarró por el cuello y los hombros y lo forzó hacia atrás.

El grupo de hombres se volvió a echar al suelo y le pisotearon. Algunos, me temo, que le golpearon salvajemente. De repente, se oyó un grito salvaje:

—¡Piedad! ¡Piedad! —chilló Kemp, con voz apagada, y todas aquellas figuras se echaron atrás—. ¡Os digo que está herido, apartaos!

Tuvo lugar una breve lucha por dejar espacio libre, y aquel círculo de ojos ansiosos vieron al doctor Kemp arrodillado, en el aire, al parecer, agarrando unos brazos invisibles. Detrás de él, un policía sujetaba unos tobillos invisibles también.

—No lo dejen escapar —gritó el peón caminero, cogiendo la pala manchada de sangre—. Está fingiendo.

—No está fingiendo —dijo el doctor, levantando un poco la rodilla—; yo lo sujetaré. —Tenía la cara magullada y se le estaba poniendo roja; hablaba pesadamente, porque tenía un labio partido. Le soltó un brazo y pareció que le tocaba la cara—. Tiene la boca completamente mojada —dijo, y prosiguió—: ¡Dios mío!

De pronto se puso de pie y volvió a arrodillarse al lado del

hombre invisible. Todo el mundo se empujaba y llegaban nuevos espectadores, que aumentaban la presión de todo el grupo. Ahora, la gente estaba empezando a salir fuera de sus casas. Las puertas del Jolly Cricketers se abrieron de par en par. Nadie se atrevía a hablar.

Kemp empezó a palpar aquello y parecía que estaba tocando el aire.

—No respira —dijo, y siguió—: No le late el corazón y en su costado..., ¡oh!

De repente, una vieja que miraba la escena por debajo del brazo del peón caminero, gritó:

—¡Mirad allí! —Y señaló con el dedo.

Y, mirando hacia donde ella señalaba, todos vieron, débil y transparente, como si fuera de cristal, que se distinguían perfectamente las venas, las arterias, los huesos y los nervios, la silueta de una mano flácida e inerte. A medida que la miraban, parecía adquirir un color más oscuro y parecía volverse opaca.

—¡Mirad! —dijo el policía—. Los pies también están empezando a distinguírsele.

Y así, lentamente, empezando por las manos y los pies, y siguiendo por otros miembros, hasta los puntos vitales del cuerpo, aquel cambio tan extraño continuaba su proceso. Era como la lenta propagación del veneno. Primero se empezaron a distinguir los nervios, blancos y delgados, dibujando el entorno confuso y grisáceo de un miembro, después, los huesos, que parecían de cristal, y las arterias; luego, la carne y la piel; todo ello como una bruma, al principio, pero después, rápidamente, denso y opaco. En ese momento se podía ver el pecho aplastado y los hombros y las facciones de la cara, completamente destrozadas. Cuando, finalmente, aquella multitud hizo sitio a Kemp para que pudiera ponerse de pie, allí yacía, desnudo y digno de compasión, en el suelo, el cuerpo magullado de un joven de unos treinta años. Tenía el cabello y la barba blancos, pero no blancos por la edad, sino del color blanco de los albinos; sus ojos parecían granates. Tenía las manos apretadas y en su expresión se confundía la ira con el desaliento.

—¡Tapadle el rostro! —dijo un hombre—. ¡Por el amor de Dios, tapad ese rostro! —Y tres niños que habían logrado abrirse paso entre la multitud fueron obligados a volver sobre sus pasos y salir

del grupo.

Alguien trajo una sábana del Jolly Cricketers, y, una vez cubierto, lo metieron en esa misma casa.

Epílogo

Así termina la historia del extraño y diabólico experimento del hombre invisible. Si quieres saber algo más de él, tienes que ir a una pequeña posada cerca de Port Stowe y hablar con el dueño. El emblema de la posada es un letrero que sólo tiene dibujados un sombrero y unas botas, y cuyo nombre es el título de este libro. El posadero es un hombre bajito y corpulento, con una nariz grande y redonda, el pelo pincho y una cara que se pone colorada alguna que otra vez. Bebe mucho y él te contará muchas cosas de las que le ocurrieron después de aquello, y de cómo los jueces intentaron despojarlo del tesoro que tenía en su poder.

—Cuando se dieron cuenta de que no podían probar el dinero que tenía —decía— ¡que me aspen si no intentaron acusarme de buscador de tesoros! ¿Tengo yo aspecto de buscador de tesoros? Luego un caballero me dijo que me daría una guinea por noche si contaba la historia en el Empire Music Hall, sólo por contarla con mis propias palabras.

Y, si quieres interrumpir la ola de recuerdos de repente, puedes hacerlo preguntándole si, en el relato, no aparecían tres manuscritos. Él reconocerá que los había y te dirá que todo el mundo cree que él los tiene, pero no es así.

—El hombre invisible se los llevó para esconderlos, mientras yo corría hacia Port Stowe. Ese señor Kemp metió a la gente en la cabeza la idea de que yo los tenía.

Luego se quedará pensativo, te mirará de reojo, secará los vasos, nervioso, y saldrá del bar.

Es soltero, siempre lo fue, y en la casa no hay mujeres. Por fuera lleva botones, como se espera de él, pero, si hablamos de objetos privados, como los tirantes, por ejemplo, aún se pone unas cuerdas. Lleva la posada sin el menor espíritu de empresa, pero con el mayor decoro. Es lento de reflejos y un gran pensador. En el pueblo tiene fama de sensato y de tener una respetable parsimonia, y sus conocimientos sobre las carreteras del sur de Inglaterra sobrepasan a los de Cobbett.

Los domingos por la mañana, todos los domingos del año por la mañana, cuando se encierra en su mundo, y todas las noches después de las diez, se encierra en un salón de la posada con un vaso de ginebra con un poco de agua; entonces, deja el vaso en una mesa, echa la llave y examina las persianas e, incluso, mira debajo de la mesa. Después, cuando se cerciora de que está solo, abre el armario, saca una caja que también abre, y de ésta, otra y, de la última, saca tres libros, encuadernados en cuero marrón, y los coloca con toda solemnidad en la mesa. Las cubiertas están desgastadas y teñidas de un verde parduzco, pues una vez estuvieron metidas en una zanja, y algunas páginas no se pueden leer, porque lo borró todo el agua sucia. El posadero, entonces, se sienta en un sillón, llena una pipa, larga y de barro, contemplando mientras tanto los libros. Después, acerca uno y empieza a estudiarlo, pasando las páginas una y otra vez. Frunce el ceño y mueve los labios.

—Equis, un dos pequeño en el aire, una cruz y más tonterías. ¡Dios mío! ¡Qué cabeza tenía!

Luego se relaja y se echa hacia atrás y mira, entre el humo, las cosas que son invisibles para otros ojos.

—Están llenos de secretos —dice—, ¡de maravillosos secretos! El día que sepa lo que quieren decir... ¡Dios mío! Desde luego, no haré lo que él hizo; yo sólo... ¡bien! —Y chupa su pipa.

Así se queda dormido, pensando en el sueño constante y maravilloso de su vida. Y, aunque Kemp los ha buscado sin cesar y Adye ha preguntado por ellos a todo el mundo, ningún ser humano, excepto el posadero, sabe dónde están los libros. Esos libros que contienen el secreto de la invisibilidad y una docena más de otros raros secretos. Y nadie sabrá nada de ellos hasta que él se muera.

La guerra de los mundos

Libro primero

LA LLEGADA DE LOS MARCIANOS

1 - La víspera de la guerra

En los últimos años del siglo diecinueve nadie habría creído que los asuntos humanos eran observados aguda y atentamente por inteligencias más desarrolladas que la del hombre y, sin embargo, tan mortales como él; que mientras los hombres se ocupaban de sus cosas eran estudiados quizá tan a fondo como el sabio estudia a través del microscopio las pasajeras criaturas que se agitan y multiplican en una gota de agua. Con infinita complacencia, la raza humana continuaba sus ocupaciones sobre este globo, abrigando la ilusión de su superioridad sobre la materia. Es muy posible que los infusorios que se hallan bajo el microscopio hagan lo mismo. Nadie supuso que los mundos más viejos del espacio fueran fuente de peligro para nosotros, o si pensó en ellos, fue sólo para desechar como imposible o improbable la idea de que pudieran estar habitados. Resulta curioso recordar algunos de los hábitos mentales de aquellos días pasados. En caso de tener en cuenta algo así, lo más que suponíamos era que tal vez hubiera en Marte seres quizá inferiores a nosotros y que estarían dispuestos a recibir de buen grado una expedición enviada desde aquí. Empero, desde otro punto del espacio, intelectos fríos y calculadores y mentes que son en relación con las nuestras lo que éstas son para las de las bestias, observaban la Tierra con ojos envidiosos mientras formaban con lentitud sus planes contra nuestra raza. Y a comienzos del siglo veinte tuvimos la gran desilusión.

Casi no necesito recordar al lector que el planeta Marte gira alrededor del Sol a una distancia de ciento cuarenta millones de millas y que recibe del astro rey apenas la mitad de la luz y el calor que llegan a la Tierra. Si es que hay algo de verdad en la hipótesis corriente sobre la formación del sistema planetario, debe ser mucho más antiguo que nuestro mundo, y la vida nació en él mucho antes que nuestro planeta se solidificara. El hecho de que tiene apenas una séptima parte del volumen de la Tierra debe haber acelerado su enfriamiento, dándole una temperatura que permitiera la aparición

de la vida sobre su superficie. Tiene aire y agua, así como también todo lo necesario para sostener la existencia de seres animados.

Pero tan vano es el hombre y tanto lo ciega su vanidad, que hasta fines del siglo diecinueve ningún escritor expresó la idea de que allí se pudiera haber desarrollado una raza de seres dotados de inteligencia que pudiese compararse con la nuestra. Tampoco se concibió la verdad de que siendo Marte más antiguo que nuestra Tierra y dotado sólo de una cuarta parte de la superficie de nuestro planeta, además de hallarse situado más lejos del Sol, era lógico admitir que no sólo está más distante de los comienzos de la vida, sino también mucho más cerca de su fin.

El enfriamiento que algún día ha de sufrir nuestro mundo ha llegado ya a un punto muy avanzado en nuestro vecino. Su estado material es todavía en su mayor parte un misterio; pero ahora sabemos que aun en su región ecuatorial la temperatura del mediodía no llega a ser la que tenemos nosotros en nuestros inviernos más crudos. Su atmósfera es mucho más tenue que la nuestra, sus océanos se han reducido hasta cubrir sólo una tercera parte de su superficie, y al sucederse sus lentas estaciones se funde la nieve de los polos para inundar periódicamente las zonas templadas. Esa última etapa de agotamiento, que todavía es para nosotros increíblemente remota, se ha convertido ya en un problema actual para los marcianos. La presión constante de la necesidad les agudizó el intelecto, aumentando sus poderes perceptivos y endureciendo sus corazones. Y al mirar a través del espacio con instrumentos e inteligencias con los que apenas si hemos soñado, ven a sólo treinta y cinco millones de millas de ellos una estrella matutina de la esperanza: nuestro propio planeta, mucho más templado, lleno del verdor de la vegetación y del azul del agua, con una atmósfera nebulosa que indica fertilidad y con amplias extensiones de tierra capaz de sostener la vida en gran número.

Y nosotros, los hombres que habitamos esta Tierra, debemos ser para ellos tan extraños y poco importantes como lo son los monos y los lémures para el hombre. El intelecto del hombre admite ya que la vida es una lucha incesante, y parece que ésta es también la creencia que impera en Marte. Su mundo se halla en el período del enfriamiento, y el nuestro está todavía lleno de vida, pero de una

vida que ellos consideran como perteneciente a animales inferiores. Así, pues, su única esperanza de sobrevivir al destino fatal que les amenaza desde varias generaciones atrás reside en llevar la guerra hacia su vecino más próximo.

Y antes de juzgarlos con demasiada dureza debemos recordar la destrucción cruel y total que nuestra especie ha causado no sólo entre los animales, como el bisonte y el dodo, sino también entre las razas inferiores. A pesar de su apariencia humana, los tasmanios fueron exterminados por completo en una guerra de extinción llevada a cabo por los inmigrantes europeos durante un lapso que duró escasamente cincuenta años. ¿Es que somos acaso tan misericordiosos como para quejarnos si los marcianos guerrearán con las mismas intenciones con respecto a nosotros?

Los marcianos deben haber calculado su llegada con extraordinaria exactitud —sus conocimientos matemáticos exceden en mucho a los nuestros— y llevado a cabo sus preparativos de una manera perfecta. De haberlo permitido nuestros instrumentos podríamos haber visto los síntomas del mal ya en el siglo dieciocho. Hombres como Schiaparelli observaron el planeta rojo —que durante siglos ha sido la estrella de la guerra—, pero no llegaron a interpretar las fluctuaciones en las marcas que tan bien asentaron sobre sus mapas. Durante ese tiempo los marcianos deben haber estado preparándose.

Durante la oposición de mil ochocientos noventa y cuatro se vio una gran luz en la parte iluminada del disco, primero desde el Observatorio Lick. Luego la notó Perrotin, en Niza, y después otros astrónomos. Los lectores ingleses se enteraron de la noticia en el ejemplar de *Nature* que apareció el dos de agosto. Me inclino a creer que la luz debe haber sido el disparo del cañón gigantesco, un vasto túnel excavado en su planeta, y desde el cual hicieron fuego sobre nosotros. Durante las dos oposiciones siguientes se avistaron marcas muy raras cerca del lugar en que hubo el primer estallido luminoso.

Hace ya seis años que se descargó la tempestad en nuestro planeta. Al aproximarse Marte a la oposición, Lavelle, de Java, hizo cundir entre sus colegas del mundo la noticia de que había una enorme nube de gas incandescente sobre el planeta vecino. Esta nube se hizo visible a medianoche del día doce, y el espectroscopio, al que apeló de inmediato, indicaba una masa de gas ardiente, casi

todo hidrógeno, que se movía a enorme velocidad en dirección a la Tierra. Este chorro de fuego se tornó invisible alrededor de las doce y cuarto. Lavelle lo comparó a una llamarada colosal lanzada desde el planeta con la violencia súbita con que escapa el gas de pólvora de la boca de un cañón.

Esta frase resultó singularmente apropiada. Sin embargo, al día siguiente no apareció nada de esto en los diarios, excepción hecha de una breve nota publicada en el *Daily Telegraph*, y el mundo continuó ignorando uno de los peligros más graves que amenazó a la raza humana. Es posible que yo no me hubiera enterado de lo que antecede si no me hubiese encontrado en Ottershaw con el famoso astrónomo Ogilvy. Éste se hallaba muy entusiasmado ante la noticia, y debido a la exuberancia de su reacción, me invitó a que le acompañara aquella noche a observar el planeta rojo.

A pesar de todo lo que sucedió desde entonces, todavía recuerdo con toda claridad la vigilia de aquella noche: el observatorio oscuro y silencioso, la lámpara cubierta que arrojaba sus débiles rayos de luz sobre un rincón del piso, la delgada abertura del techo por la que se divisaba un rectángulo negro tachonado de estrellas.

Ogilvy andaba de un lado a otro; le oía sin verle. Por el telescopio se veía un círculo azul oscuro y el pequeño planeta que entraba en el campo visual. Parecía algo muy pequeño, brillante e inmóvil, marcado con rayas transversales y algo achatado en los polos. ¡Pero qué pequeño era! Apenas si parecía un puntito de luz. Daba la impresión de que temblara un poco. Mas esto se debía a que el telescopio vibraba a causa de la maquinaria de relojería que seguía el movimiento del astro.

Mientras lo observaba, Marte pareció agrandarse y empequeñecerse, avanzar y retroceder, pero comprendí que la impresión la motivaba el cansancio de mi vista. Se hallaba a cuarenta millones de millas, al otro lado del espacio. Pocas personas comprenden la inmensidad del vacío en el cual se mueve el polvo del universo material.

En el mismo campo visual recuerdo que vi tres puntitos de luz, estrellitas infinitamente remotas, alrededor de las cuales predominaba la negrura insondable del espacio. Ya sabe el lector qué aspecto tiene esa negrura durante las noches estrelladas. Vista por el telescopio parece aún más profunda. E invisible para mí,

porque era tan pequeño y se hallaba tan lejos, volando con velocidad constante a través de aquella distancia increíble, acercándose minuto a minuto, llegaba el objeto que nos mandaban, ese objeto que habría de causar tantas luchas, calamidades y muertes en nuestro mundo. No soñé siquiera en él mientras miraba; nadie en la Tierra podía imaginar la presencia del certero proyectil.

También aquella noche hubo otro estallido de gas en el distante planeta. Yo lo vi. Fue un resplandor rojizo en los bordes según se agrandó levemente al dar el cronómetro las doce. Al verlo se lo dije a Ogilvy y él ocupó mi lugar. Hacía calor y sintiéndome sediento avancé a tientas por la oscuridad en dirección a la mesita sobre la que se hallaba el sifón, mientras que Ogilvy lanzaba exclamaciones de entusiasmo al estudiar el chorro de gas que venía hacia nosotros.

Aquella noche partió otro proyectil invisible en su viaje desde Marte. Iniciaba su trayectoria veinticuatro horas después del primero. Recuerdo que me quedé sentado a la mesa, deseoso de tener una luz para poder fumar y ver el humo de mi pipa, y sin sospechar el significado del resplandor que había descubierto y de todo el cambio que traería a mi vida. Ogilvy estuvo observando hasta la una, hora en que abandonó el telescopio. Encendimos entonces el farol y fuimos a la casa. Abajo, en la oscuridad, se hallaban Ottershaw y Chertsey, donde centenares de personas dormían plácidamente.

Ogilvy hizo numerosos comentarios acerca del planeta Marte y se burló de la idea de que tuviese habitantes y de que éstos nos estuvieran haciendo señas. Su opinión era que estaba cayendo sobre el planeta una profusa lluvia de meteoritos o que se había iniciado en su superficie alguna gigantesca explosión volcánica. Me manifestó lo difícil que era que la evolución orgánica hubiera seguido el mismo camino en los dos planetas vecinos.

—La posibilidad de que existan en Marte seres parecidos a los humanos es muy remota —me dijo.

Centenares de observadores vieron la llamarada de aquella noche y de las diez siguientes. Por qué cesaron los disparos después del décimo nadie ha intentado explicarlo. Quizá sea que los gases producidos por las explosiones causaron inconvenientes a los marcianos. Densas nubes de humo o polvo, visibles como pequeños manchones grises en el telescopio, se diseminaron por la atmósfera

del planeta y oscurecieron sus detalles más familiares.

Al fin se ocuparon los diarios de esas anormalidades, y en uno y otro aparecieron algunas notas referentes a los volcanes de Marte. Recuerdo que la revista *Punch* aprovechó el tema para presentar una de sus acostumbradas caricaturas políticas. Y sin que nadie lo sospechara, aquellos proyectiles disparados por los marcianos aproximábanse hacia la Tierra a muchas millas por segundo, avanzando constantemente, hora tras hora y día tras día, cada vez más próximos. Paréceme ahora casi increíblemente maravilloso que con ese peligro pendiente sobre nuestras cabezas pudiéramos ocuparnos de nuestras mezquinas cosillas como lo hacíamos. Recuerdo el júbilo de Markham cuando consiguió una nueva fotografía del planeta para el diario ilustrado que editaba en aquellos días. La gente de ahora no alcanza a darse cuenta de la abundancia y el empuje de nuestros diarios del siglo diecinueve. Por mi parte, yo estaba muy entretenido en aprender a andar en bicicleta y ocupado en una serie de escritos sobre el probable desarrollo de las ideas morales a medida que progresara la civilización.

Una noche, cuando el primer proyectil debía hallarse apenas a diez millones de millas, salía a pasear con mi esposa. Brillaban las estrellas en el cielo y le describí los signos del Zodiaco, indicándole a Marte, que era un puntito de luz brillante en el cénit y hacia el cual apuntaban entonces tantos telescopios. Era una noche cálida, y cuando regresábamos a casa se cruzaron con nosotros varios excursionistas de Chertsey e Isleworth, que cantaban y hacían sonar sus instrumentos musicales. Veíanse luces en las ventanas de las casas. Desde la estación nos llegó el sonido de los trenes y el rugir de sus locomotoras convertíase en melodía debido a la magia de la distancia. Mi esposa me señaló el resplandor de las señales rojas, verdes y amarillas, que se destacaban en el cielo como sobre un fondo de terciopelo. Parecían reinar por doquier la calma y la seguridad.

2 - La estrella fugaz

Luego llegó la noche en que cayó la primera estrella. Se la vio por la mañana temprano volando sobre Winchester en dirección al este. Pasó a gran altura, dejando a su paso una estela llameante. Centenares de personas deben haberla divisado, tomándola por una estrella fugaz. Albin comentó que dejaba tras de sí una estela verdosa que resplandecía durante unos segundos. Denning, que era nuestra autoridad máxima en la materia, afirmó que, al parecer, se hallaba a una altura de noventa o cien millas, y agregó que cayó a la Tierra a unas cien millas al este de donde él se hallaba.

Yo me encontraba en casa a esa hora. Estaba escribiendo en mi estudio, y aunque mis ventanas dan hacia Ottershaw y tenía corridas las cortinas, no vi nada fuera de lugar. Empero, ese objeto extraño que llegó a nuestra Tierra desde el espacio debe haber caído mientras me encontraba yo allí sentado, y es seguro que lo habría visto si hubiera levantado la vista en el momento oportuno. Algunos de los que la vieron pasar afirman que viajaba produciendo un zumbido especial. Por mi parte, yo no oí nada. Muchos de los habitantes de Berkshire, Surrey y Middlesex deben haberla observado caer y en su mayoría la confundieron con un meteorito común.

Nadie parece haberse molestado en ir a verla esa noche.

Pero a la mañana siguiente, muy temprano, el pobre Ogilvy, que había visto la estrella fugaz y que estaba convencido de que el meteorito se hallaba en campo abierto, entre Horsell, Ottershaw y Woking, se levantó de la cama con la idea de hallarlo. Y lo encontró, en efecto, poco después del amanecer y no muy lejos de los arenales. El impacto del proyectil había hecho un agujero enorme y la arena y la tierra fueron arrojadas en todas direcciones sobre los brezos, formando montones que eran visibles desde una milla y media de distancia. Hacia el este habíase incendiado la hierba y el humo azul elevábase al cielo.

El objeto estaba casi enteramente sepultado en la arena, entre

los restos astillados de un abeto que había destrozado en su caída. La parte descubierta tenía el aspecto de un enorme cilindro cubierto de barro y sus líneas exteriores estaban suavizadas por unas incrustaciones como escamas de color parduzco. Su diámetro era de unos treinta metros.

Ogilvy acercóse al objeto, sorprendiéndose ante su tamaño y más aún de su forma, ya que la mayoría de los meteoritos son casi completamente esféricos. Pero estaba todavía tan recalentado por su paso a través de la atmósfera, que era imposible aproximarse. Un ruido raro que le llegó desde el interior del cilindro lo atribuyó al enfriamiento desigual de su superficie, pues en aquel entonces no se le había ocurrido que pudiera ser hueco.

Permaneció de pie al borde del pozo que el objeto cavara para sí, estudiando con gran atención su extraño aspecto, y muy asombrado debido a su forma y color desusados. Al mismo tiempo sospechó que había cierta evidencia de que su llegada no era casual. Reinaba el silencio a esa hora y el sol, que se elevaba ya sobre los pinos de Weybridge, comenzaba a calentar la Tierra. No recordó haber oído pájaros aquella mañana y es seguro que no corría el menor soplo de brisa, de modo que los únicos sonidos que percibió fueron los muy leves que llegaban desde el interior del cilindro. Se encontraba solo en el campo.

Súbitamente notó con sorpresa que parte de las cenizas solidificadas que cubrían el meteorito estaban desprendiéndose del extremo circular. Caían en escamas y llovían sobre la arena. De pronto cayó un pedazo muy grande, produciendo un ruido que le paralizó el corazón.

Por un momento no comprendió lo que significaba esto, y aunque el calor era excesivo, bajó al pozo y acercóse todo lo posible al objeto para ver las cosas con más claridad. Le pareció entonces que el enfriamiento del cuerpo debía explicar aquello; mas lo que dio el mentís a esa idea fue el hecho de que la ceniza caía sólo de un extremo del cilindro.

Entonces percibió que el extremo circular del cilindro rotaba con gran lentitud. Era tan gradual este movimiento, que lo descubrió sólo al fijarse que una marca negra que había estado cerca de él unos cinco minutos antes se hallaba ahora al otro lado de la circunferencia. Aun entonces no interpretó lo que esto significaba

hasta que oyó un rechinamiento raro y vio que la marca negra daba otro empujón. Entonces comprendió la verdad. ¡El cilindro era artificial, estaba hueco y su extremo se abría! Algo que estaba dentro del objeto hacía girar su tapa.

—¡Dios mío! —exclamó Ogilvy—. Allí dentro hay hombres. Y estarán semiquemados. Quieren escapar.

Instantáneamente relacionó el cilindro con las explosiones de Marte.

La idea de las criaturas allí confinadas resultó tan espantosa, que olvidó el calor y adelantóse para ayudar a los que se esforzaban por desenroscar la tapa. Pero afortunadamente, las radiaciones calóricas le contuvieron antes que pudiera quemarse las manos sobre el metal, todavía candente. Aun así, quedóse irresoluto por un momento; luego giró sobre sus talones, trepó fuera del pozo y partió a toda carrera en dirección a Woking. Debían ser entonces las seis de la mañana. Encontróse con un carretero y trató de hacerle comprender lo que sucedía; mas su relato era tan increíble y su aspecto tan poco recomendable, que el otro siguió viaje sin prestarle atención. Lo mismo le ocurrió con el tabernero que estaba abriendo las puertas de su negocio en Horsell Bridge. El individuo creyó que era un loco escapado del manicomio y trató vanamente de encerrarlo en su taberna. Esto calmó un tanto a Ogilvy, y cuando vio a Henderson, el periodista londinense, que acababa de salir a su jardín, le llamó desde la acera y logró hacerse entender.

—Henderson —dijo—, ¿vio usted la estrella fugaz de anoche?

—Sí.

—Pues ahora está en el campo de Horsell.

—¡Cielos! —exclamó el periodista—. Un meteorito, ¿eh? ¡Magnífico!

—Pero es algo más que un meteorito. ¡Es un cilindro artificial!... Y hay algo dentro.

Henderson se irguió con su pala en la mano.

—¿Cómo? —inquirió, pues era sordo de un oído.

Ogilvy le contó entonces todo lo que había visto y Henderson tardó unos minutos en asimilar el significado de su relato. Soltó luego la pala, tomó su chaqueta y salió al camino. Los dos hombres corrieron enseguida al campo comunal y encontraron el cilindro todavía en la misma posición. Pero ahora habían cesado los ruidos

interiores y un delgado círculo de metal brillante se mostraba entre el extremo y el cuerpo del objeto. Con un ruido sibilante entraba o salía el aire por el borde de la tapa.

Escucharon un rato, golpearon el metal con un palo, y al no obtener respuesta sacaron en conclusión que el ser o los seres que se hallaban en el interior debían estar desmayados o muertos.

Naturalmente, no pudieron hacer nada. Gritaron expresiones de consuelo y promesas y regresaron a la villa en busca de auxilio. Es fácil imaginarlos cubiertos de arena, con los cabellos desordenados y presas de la excitación corriendo por la calle a la hora en que los comerciantes abrían sus negocios y la gente asomaba a las ventanas de sus dormitorios. Henderson fue de inmediato a la estación ferroviaria, a fin de telegrafiar la noticia a Londres. Los artículos periodísticos habían preparado a los hombres para recibir la idea sin demasiado escepticismo.

Alrededor de las ocho había partido ya hacia el campo comunal un número de muchachos y hombres desocupados, que deseaban ver a «los hombres muertos de Marte». Tal fue la interpretación que se dio al relato. A mí me lo contó el repartidor de diarios a eso de las nueve menos cuarto, cuando salí para buscar mi *Daily Chronicle*. Por supuesto, me sobresalté, y no perdí tiempo en salir y cruzar el puente de Ottershaw para dirigirme a los arenales.

3 - En el campo comunal de Horsell

Encontré un grupo de unas veinte personas que rodeaba el enorme pozo en el cual reposaba el cilindro. Ya he descrito el aspecto de aquel cuerpo colosal sepultado en el suelo. El césped y la tierra que lo rodeaban parecían chamuscados como por una explosión súbita. Sin duda alguna habíase producido una llamarada por la fuerza del impacto. Henderson y Ogilvy no estaban allí. Creo que se dieron cuenta de que no se podía hacer nada por el momento y fueron a desayunar a casa del primero.

Había cuatro o cinco muchachos sentados sobre el borde del pozo y todos ellos se divertían arrojando piedras a la gigantesca masa. Puse punto final a esa diversión, y después de explicarles de qué se trataba, se pusieron a jugar a la mancha corriendo entre los curiosos.

En el grupo de personas mayores había un par de ciclistas, un jardinero que solía trabajar en casa, una niña con un bebé en brazos, el carnicero Gregg y su hijito y dos o tres holgazanes que tenían la costumbre de vagabundear por la estación. Se hablaba poco. En aquellos días el pueblo inglés poseía conocimientos muy vagos sobre astronomía. Casi todos ellos miraban en silencio el extremo chato del cilindro, el cual estaba aún tal como lo dejaron Ogilvy y Henderson. Me figuro que se sentían desengañados al no ver una pila de cadáveres chamuscados.

Algunos se fueron mientras me hallaba yo allí y también llegaron otros. Entré en el pozo y me pareció oír vagos movimientos a mis pies. Era evidente que la tapa había dejado de rotar.

Sólo entonces, cuando me acerqué tanto al objeto, me di cuenta de lo extraño que era. A primera vista, no resultaba más interesante que un carro tumbado o un árbol derribado a través del camino. Ni

quiera eso. Más que nada parecía un tambor de gas oxidado y semienterrado. Era necesario poseer cierta medida de educación científica para percibir que las escamas grises que cubrían el objeto no eran de óxido común, y que el metal amarillo blancuzco que relucía en la abertura de la tapa tenía un matiz poco familiar. El término «extraterrestre» no tenía significado alguno para la mayoría de los mirones.

Al mismo tiempo me hice cargo perfectamente de que el objeto había llegado desde el planeta Marte, pero creí improbable que contuviera seres vivos. Pensé que la tapa se desenroscaba automáticamente. A pesar de las afirmaciones de Ogilvy, era partidario de la teoría de que había habitantes en Marte. Comencé a pensar en la posibilidad de que el cilindro contuviera algún manuscrito, y enseguida imaginé lo difícil que resultaría su traducción, para preguntarme luego si no habría dentro monedas y modelos u otras cosas por el estilo. No obstante, me dije que era demasiado grande para tales propósitos y sentí impaciencia por verlo abierto.

Alrededor de las nueve, al ver que no ocurría nada, regresé a mi casa de Maybury, pero me fue muy difícil ponerme a trabajar en mis investigaciones abstractas.

En la tarde había cambiado mucho el aspecto del campo comunal. Las primeras ediciones de los diarios vespertinos habían sorprendido a Londres con enormes titulares, como el que sigue:

«SE RECIBE UN MENSAJE DE MARTE».
Extraordinaria noticia de Woking

Además, el telegrama enviado por Ogilvy a la Sociedad Astronómica había despertado la atención de todos los observatorios del reino.

Había más de media docena de coches de la estación de Woking parados en el camino cerca de los arenales, un sulky procedente de Chobham y un carruaje de aspecto majestuoso. Además, vi un gran número de bicicletas. Y a pesar del calor reinante, gran cantidad de personas debía haberse trasladado a pie desde Woking y Chettsey, de modo que encontré allí una multitud considerable.

Hacía mucho calor, no se veía una sola nube en el cielo, no

soplaba la más leve brisa y la única sombra proyectada en el suelo era la de los escasos pinos. Habíase extinguido el fuego en los brezos, pero el terreno llano que se extendía hacia Ottershaw estaba ennegrecido en todo lo que alcanzaba a divisar la vista, y del mismo elevábase todavía el humo en pequeñas volutas.

Un comerciante emprendedor había enviado a su hijo con una carretilla llena de manzanas y botellas de gaseosas.

Acercándome al borde del pozo, lo vi ocupado por un grupo constituido por media docena de hombres. Estaban allí Henderson, Ogilvy y un individuo alto y rubio que —según supe después— era Stent, astrónomo del Observatorio Real, con varios obreros que blandían palas y picos. Stent daba órdenes con voz clara y aguda. Se hallaba de pie sobre el cilindro, el cual parecía estar ya mucho más frío; su rostro mostrábase enrojecido y lleno de transpiración, y algo parecía irritarle.

Una gran parte del cilindro estaba ya al descubierto, aunque su extremo inferior se encontraba todavía sepultado. Tan pronto como me vio Ogilvy entre los curiosos, me invitó a bajar y me preguntó si tendría inconveniente en ir a ver a *lord* Hilton, el señor del castillo.

Agregó que la multitud, y en especial los muchachos, dificultaban los trabajos de excavación. Deseaban colocar una barandilla para que la gente se mantuviera a distancia. Me dijo que de cuando en cuando se oía un ruido procedente del interior del casco, pero que los obreros no habían podido destornillar la tapa, ya que ésta no presentaba protuberancia ni asidero alguno. Las paredes del cilindro parecían ser extraordinariamente gruesas y era posible que los leves sonidos que oían fueran en realidad gritos y golpes muy fuertes procedentes del interior.

Me alegré de hacerle el favor que me pedía, ganando así el derecho de ser uno de los espectadores privilegiados que serían admitidos dentro del recinto proyectado. No hallé a *lord* Hilton en su casa; pero me informaron que lo esperaban en el tren que llegaría de Londres a las seis. Como aún eran las cinco y cuarto me fui a casa a tomar el té y eché luego a andar hacia la estación para recibirlo.

4 - Se abre el cilindro

Se ponía ya el sol cuando volví al campo comunal. Varios grupos diseminados llegaban apresuradamente desde Woking, y una o dos personas regresaban a sus hogares. La multitud que rodeaba el pozo habíase acrecentado y se recortaba contra el cielo amarillento. Eran quizá unas doscientas personas. Oí voces y me pareció notar movimientos como de lucha alrededor de la excavación. Esto hizo que imaginara cosas raras.

Al acercarme más oí la voz de Stent:

—¡Atrás! ¡Atrás!

Un muchacho adelantóse corriendo hacia mí.

—Se está moviendo —me dijo al pasar—. Se desenrosca. No me gusta y me voy a casa.

Seguí avanzando hacia la multitud. Tuve la impresión de que había doscientas o trescientas personas dándose codazos y empujándose unas a otras, y entre ellas no eran las mujeres las menos activas.

—¡Se ha caído al pozo! —gritó alguien.

—¡Atrás! —exclamaron varios.

La muchedumbre se apartó un tanto y aproveché la oportunidad para abrirme paso a codazos. Todos parecían muy excitados y oí un zumbido procedente del pozo.

—¡Oiga! —exclamó Ogilvy en ese momento—. Ayúdenos a mantener a raya a estos idiotas. Todavía no sabemos lo que hay dentro de este condenado casco.

Vi a un joven dependiente de una tienda de Woking que se hallaba parado sobre el cilindro y trataba de salir del pozo. El gentío le había hecho caer con sus empujones.

Desde el interior del casco estaban desenroscando la tapa y ya se veían unos cincuenta centímetros de la reluciente rosca. Alguien se tropezó conmigo y estuve a punto de caer sobre la tapa. Me volví, y al hacerlo debió haberse terminado de efectuar la abertura y la tapa cayó a tierra con un sonoro golpe. Di un codazo a la persona que

estaba detrás de mí y volví de nuevo la cabeza hacia el objeto. Por un momento me pareció que la cavidad circular era completamente negra. Tenía entonces el sol frente a los ojos.

Creo que todos esperaban ver salir a un hombre, quizá algo diferente de los terrestres, pero, en esencia, un ser como los humanos. Estoy seguro de que tal fue mi idea, pero mientras miraba vi algo que se movía entre las sombras. Era de color gris y se movía sinuosamente, y después percibí dos discos luminosos parecidos a ojos. Un momento más tarde se proyectó en el aire y hacia mí algo que se asemejaba a una serpiente gris no más gruesa que un bastón. A ese primer tentáculo siguió inmediatamente otro.

Me estremecí súbitamente. Una de las mujeres que estaban más atrás lanzó un grito agudo. Me volví a medias, sin apartar los ojos del cilindro, del cual se proyectaban otros tentáculos más, y comencé a empujar a la gente para alejarme del borde del pozo. Vi que el terror reemplazaba al asombro en los rostros de los que me rodeaban. Oí exclamaciones inarticuladas procedentes de todas las gargantas y hubo un movimiento general hacia atrás. El dependiente seguía esforzándose por salir del agujero. Me encontré solo y noté que la gente del lado opuesto del pozo echaba a correr. Entre ellos iba Stent. Miré de nuevo hacia el cilindro y me dominó un temor incontrollable, que me obligó a quedarme inmóvil y con los ojos fijos en el proyectil que llegara de Marte.

Un bulto redondeado, grisáceo y del tamaño aproximado al de un oso se levantaba con lentitud y gran dificultad saliendo del cilindro.

Al salir y ser iluminado por la luz relució como el cuero mojado. Dos grandes ojos oscuros me miraban con tremenda fijeza. Era redondo y podría decirse que tenía cara. Había una boca bajo los ojos: la abertura temblaba, abriéndose y cerrándose convulsivamente mientras babeaba. El cuerpo palpitaba de manera violenta. Un delgado apéndice tentacular se aferró al borde del cilindro; otro se agitó en el aire.

Los que nunca han visto un marciano vivo no pueden imaginar lo horroroso de su aspecto. La extraña boca en forma de uve, con su labio superior en punta; la ausencia de frente; la carencia de barbilla debajo del labio inferior, parecido a una cuña; el incesante palpitante de esa boca; los tentáculos, que le dan el aspecto de una

gorgona; el laborioso funcionamiento de sus pulmones en nuestra atmósfera; la evidente pesadez de sus movimientos, debido a la mayor fuerza de gravedad de nuestro planeta, y en especial la extraordinaria intensidad con que miran sus ojos inmensos... Todo ello produce un efecto muy parecido al de la náusea.

Hay algo profundamente desagradable en su piel olivácea, y algo terrible en la torpe lentitud de sus tediosos movimientos. Aun en aquel primer encuentro, y a la primera mirada, me sentí dominado por la repugnancia y el terror.

Súbitamente desapareció el monstruo. Había rebasado el borde del cilindro cayendo a tierra con un golpe sordo, como el que podría producir una gran masa de cuero al dar con fuerza en el suelo. Le oí lanzar un grito ronco, y de inmediato apareció otra de las criaturas en la sombra profunda de la boca del cilindro.

Ante eso me sentí liberado de mi inmovilidad, giré sobre mis talones y eché a correr desesperadamente hacia el primer grupo de árboles, que se hallaba a unos cien metros de distancia; pero corrí a tropezones y medio de costado, pues me fue imposible dejar de mirar a los monstruos.

Una vez entre los pinos y matorrales me detuve jadeante y aguardé el desarrollo de los acontecimientos. El campo comunal alrededor de los arenales estaba salpicado de gente que, como yo, miraba con terror y fascinación a esas criaturas, o mejor dicho, al montón de tierra levantado al borde del pozo en el cual se hallaban, Y luego, con renovado terror, vi un objeto redondo y negro que sobresalía del pozo. Era la cabeza del dependiente, que cayera en él. De pronto logró levantarse y apoyar una rodilla en el borde, pero volvió a deslizarse hacia abajo hasta que sólo quedó visible su cabeza. Súbitamente desapareció y me pareció oír un grito lejano. Tuve el impulso momentáneo de correr a prestarle ayuda, pero fue más fuerte mi pánico que mi voluntad.

Luego no se vio nada más que los montones de arena proyectados hacia afuera por la caída del cilindro. Cualquiera que llegara desde Chobham o Woking se habría asombrado ante el espectáculo: una multitud de unas cien o más personas paradas en un amplio círculo irregular, en zanjas, detrás de matorrales, portones y setos, hablando poco y mirando con fijeza hacia unos cuantos montones de arena. La carretilla de gaseosas destacábase

contra el cielo carmesí y en los arenales había una hilera de vehículos cuyos caballos pateaban el suelo o comían tranquilamente el grano de los morrales pendientes de sus cabezas.

5 - El rayo calórico

Después que hube visto a los marcianos salir del cilindro en el que llegaron a la Tierra, una especie de fascinación paralizó por completo mi cuerpo. Me quedé parado entre los brezos con la vista fija en el montículo que los ocultaba. En mi alma librábase una batalla entre el miedo y la curiosidad.

No me atrevía a volver hacia el pozo, pero sentía un extraordinario deseo de observar su interior. Por esta causa comencé a caminar describiendo una amplia curva en busca de algún punto ventajoso y mirando continuamente hacia los montones de arena tras los cuales se ocultaban los recién llegados. En cierta oportunidad vi el movimiento de una serie de apéndices delgados y negros, parecidos a los tentáculos de un pulpo, que de inmediato desaparecieron. Después se elevó una delgada vara articulada que tenía en su parte superior un disco, el cual giraba con un movimiento bamboleante. ¿Qué estarían haciendo?

La mayoría de los espectadores había formado dos grupos: uno de ellos se hallaba en dirección a Woking y el otro hacia Chobham. Evidentemente, estaban pasando por el mismo conflicto mental que yo. Había algunos cerca de mí y me acerqué a un vecino mío cuyo nombre ignoro.

—¡Qué bestias horribles! —me dijo—. ¡Dios mío! ¡Qué bestias horribles!

Y volvió a repetir esto una y otra vez.

—¿Vio al hombre que cayó al pozo? —le pregunté.

Mas no me respondió. Nos quedamos en silencio observando los arenales y me figuro que ambos encontrábamos cierto consuelo en la compañía mutua.

Después me desvié hacia una pequeña elevación de tierra, que tendría un metro o más de altura, y cuando le busqué con la vista vi que se iba camino de Woking.

Comenzó a oscurecer antes que ocurriera nada más. El grupo situado a la izquierda, en dirección a Woking, parecía haber crecido

en número y oí murmullos procedentes de ese lugar. El que se encontraba hacia Chobham se dispersó. En el pozo no había movimiento alguno.

Fue esto lo que dio coraje a la gente. También supongo que los que acababan de llegar desde Woking ayudaron a todos a recobrar su confianza. Sea como fuere, al comenzar a oscurecer se inició un movimiento lento e intermitente en los arenales. Este movimiento pareció cobrar fuerza a medida que continuaba el silencio y la calma en los alrededores del cilindro. Avanzaban grupitos de dos o tres, se detenían, observaban y volvían a avanzar, dispersándose al mismo tiempo en un semicírculo irregular que prometía encerrar el pozo entre sus dos extremos. Por mi parte, yo también comencé a marchar hacia el cilindro.

Vi entonces algunos cocheros y otras personas que habían entrado sin miedo en los arenales y oí ruido de cascos y ruedas. Avisté de pronto a un muchacho que se iba con la carretilla de manzanas y gaseosas. Y luego descubrí un grupito de hombres que avanzaban desde la dirección en que se hallaba Horsell. Se encontraban ya a unos treinta metros del pozo y el primero de ellos agitaba una bandera blanca.

Era la delegación. Habíase efectuado una apresurada consulta, y como los marcianos eran, sin duda alguna, inteligentes, a pesar de su aspecto repulsivo, se resolvió tratar de comunicarse con ellos y demostrarles así que también nosotros poseíamos facultades razonadoras.

La bandera se agitaba de derecha a izquierda. Yo me encontraba demasiado lejos para reconocer a ninguno de los componentes del grupo; pero después supe que Ogilvy, Stent y Henderson estaban entre ellos. La delegación había arrastrado tras de sí en su avance a la circunferencia del que era ahora un círculo casi completo de curiosos, y un número de figuras negras la seguían a distancia prudente.

Súbitamente se vio un resplandor de luz y del pozo salió una cantidad de humo verde y luminoso en tres bocanadas claramente visibles. Estas bocanadas se elevaron una tras otra hacia lo alto de la atmósfera.

El humo (llama sería quizá la palabra correcta) era tan brillante que el cielo y los alrededores parecieron oscurecerse

momentáneamente y quedar luego más negros al desaparecer la luz. Al mismo tiempo se oyó un sonido sibilante.

Más allá del pozo estaba el grupito de personas con la bandera blanca a la cabeza. Ante el extraño fenómeno todos se detuvieron. Al elevarse el humo verde, sus rostros mostráronse fugazmente a mi vista con un matiz pálido verdoso y volvieron a desaparecer al apagarse el resplandor.

El sonido sibilante se fue convirtiendo en un zumbido agudo y luego en un ruido prolongado y quejumbroso. Lentamente se levantó del pozo una forma extraña y de ella pareció emerger un rayo de luz.

De inmediato saltaron del grupo de hombres grandes llamaradas, que fueron de uno a otro. Era como si un chorro de fuego invisible los tocara y estallase en una blanca llama. Era como si cada hombre se hubiera convertido súbitamente en una tea.

Luego, a la luz misma que los destruía, los vi tambalearse y caer, mientras que los que estaban cerca se volvían para huir.

Me quedé mirando la escena sin comprender aún que era la muerte lo que saltaba de un hombre a otro en aquel gentío lejano. Todo lo que sentí entonces era que se trataba de algo raro. Un silencioso rayo de luz cegadora y los hombres caían para quedarse inmóviles, y al pasar sobre los pinos la invisible ola de calor, éstos estallaban en llamas y cada seto y matorral convertíase en una hoguera. Y hacia la dirección de Knaphill vi el resplandor de los árboles y edificios de madera que ardían violentamente.

Esa muerte ardiente, esa inevitable ola de calor, se extendía en los alrededores con rapidez. La noté acercarse hacia mí por los matorrales que tocaba y encendía y me quedé demasiado aturdido para moverme. Oí el crujir del fuego en los arenales y el súbito chillido de un caballo, que murió instantáneamente. Después fue como si un dedo invisible y ardiente pasara por los brezos entre el lugar en que me encontraba y el sitio ocupado por los marcianos, y a lo largo de la curva trazada más allá de los arenales comenzó a humear y resquebrajarse el terreno. Algo cayó con un ruido estrepitoso en el lugar en que el camino de la estación de Woking llega al campo comunal. Luego cesó el zumbido, y el objeto negro, parecido a una cúpula, se hundió dentro del pozo perdiéndose de vista.

Todo esto había ocurrido con tal rapidez, que estuve allí inmóvil y atontado por los relámpagos de luz sin saber qué hacer. De haber descrito el rayo un círculo completo es seguro que me hubiera alcanzado por sorpresa. Pero pasó sin tocarme y dejó los terrenos de mi alrededor ennegrecidos y casi irreconocibles.

El campo parecía ahora completamente negro, excepto donde sus caminos se destacaban como franjas grises bajo la luz débil reflejada desde el cielo por los últimos resplandores del sol. En lo alto comenzaban a brillar las estrellas y hacia el oeste veíanse aún los destellos del día moribundo.

Las copas de los pinos y los techos de Horsell destacáronse claramente contra esos últimos resplandores en occidente. Los marcianos y sus aparatos eran ya completamente invisibles, excepción hecha del delgado mástil, en cuyo extremo continuaba girando el espejo.

Aquí y allá se veían setos y árboles que humeaban todavía, y desde las casas de Woking se elevaban grandes llamaradas hacia lo alto del cielo.

Con excepción de esto y el tremendo asombro que me embargaba, nada había cambiado. El grupito de puntos negros con su bandera blanca había sido exterminado sin que se turbara mucho la paz del anochecer.

Hasta entonces no comprendí que me encontraba allí indefenso y solo. Súbitamente, como algo que me cayera de encima, me asaltó el miedo.

Con un gran esfuerzo me volví y comencé a correr a tropezones por entre los brezos.

El miedo que me dominaba no era un miedo racional, sino un terror pánico, no sólo a causa de los marcianos, sino también debido a la tranquilidad y el silencio que me rodeaban. Tal fue su efecto, que corrí llorando como un niño. Cuando hube emprendido la carrera ni una sola vez me atreví a volver la cabeza.

Recuerdo que tuve la impresión de que estaban jugando conmigo y que en pocos minutos, cuando estuviera a punto de salvarme, esa muerte misteriosa, tan rápida como el paso de la luz, saltaría tras de mí para matarme.

6 - El rayo calórico en el camino de Chobham

Todavía no se ha podido aclarar cómo lograban los marcianos matar hombres con tanta rapidez y tal silencio. Muchos opinan que en cierto modo pueden generar un calor intensísimo en una cámara completamente aislada. Este calor intenso lo proyectan en un rayo paralelo por medio de un espejo parabólico de composición desconocida, tal como funcionaba el espejo parabólico de los faros.

Pero nadie ha podido comprobar estos detalles. Sea como fuere, es seguro que lo esencial en el aparato es el rayo calórico. Calor y luz invisible. Todo lo que sea combustible se convierte en llamas al ser tocado por el rayo: el plomo corre como agua, el hierro se ablanda, el vidrio se rompe y se funde, y cuando toca el agua, ésta estalla en una nube de vapor.

Aquella noche unas cuarenta personas quedaron tendidas alrededor del pozo, quemadas y desfiguradas por completo, y durante las horas de la oscuridad el campo comunal que se extiende entre Horsell y Maybury quedó desierto e iluminado por las llamas.

Es probable que la noticia de la hecatombe llegara a Chobham, Woking y Ottershaw, más o menos, al mismo tiempo. En Woking se habían cerrado ya los negocios cuando ocurrió la tragedia, y un número de empleados, atraídos por los relatos que oyeran, cruzaban el puente de Horsell y marchaban por el camino flanqueado de setos que va hacia el campo comunal. Ya podrá imaginar el lector a los más jóvenes, acicalados después de su trabajo y aprovechando la novedad como excusa para pasear juntos y flirtear durante el paseo.

Naturalmente, hasta ese momento eran pocas las personas que sabían que el cilindro se había abierto, aunque el pobre Henderson había enviado un mensajero al correo con un telegrama especial para un diario vespertino.

Cuando estas personas salieron de a dos y de a tres al campo abierto, vieron varios grupitos que hablaban con vehemencia y miraban al espejo giratorio que sobresalía del pozo. Sin duda alguna, los recién llegados se contagiaron de la excitación reinante.

Alrededor de las ocho y media, cuando fue destruida la delegación, debe haber habido una muchedumbre de unas trescientas personas o más en el lugar, aparte de los que salieron del camino para acercarse más a los marcianos. También había tres agentes de policía, uno de ellos a caballo, que, en obediencia a las órdenes de Stent, hacían todo lo posible por alejar a la gente e impedirles que se aproximaran al cilindro. Algunos de los menos sensatos protestaron a voz en grito y se burlaron de los representantes de la ley.

Stent y Ogilvy, que temían la posibilidad de un desorden, habían telegrafiado al cuartel para pedir una compañía de soldados que protegiera a los marcianos de cualquier acto de violencia por parte de la multitud. Después regresaron para guiar al grupo que se adelantó para parlamentar con los visitantes.

La descripción de su muerte, tal como la presencié la multitud, concuerda con mis propias impresiones: las tres nubéculas de humo verde, el zumbido penetrante y las llamaradas.

Ese grupo de personas escapó de la muerte por puro milagro. Sólo les salvó el hecho de que una loma arenosa interceptó la parte inferior del rayo calórico. De haber estado algo más alto el espejo parabólico, ninguno de ellos hubiera vivido para contar lo que pasó.

Vieron los destellos y los hombres que caían y luego les pareció que una mano invisible encendía los matorrales mientras se dirigía hacia ellos. Luego, con un zumbido que ahogó al procedente del pozo, el rayo pasó por encima de sus cabezas, encendiendo las copas de las hayas que flanquean el camino, quebrando los ladrillos, destrozando vidrios, incendiando marcos de ventanas y haciendo desmoronar una parte del altillo de una casa próxima a la esquina.

Al ocurrir todo esto, el grupo, dominado por el pánico, parece haber vacilado unos momentos.

Chispas y ramillas ardientes comenzaron a caer al camino. Sombreros y vestidos se incendiaron. Luego oyeron los gritos del campo comunal.

Resonaban alaridos y gritos, y de pronto llegó hasta ellos el

policía montado, que se tomaba la cabeza con ambas manos y aullaba como un endemoniado.

—¡Ya viene! —chilló una mujer.

Acto seguido se volvieron todos y empezaron a empujarse unos a otros desesperados por escapar hacia Woking. Deben haber huido tan ciegamente como un rebaño de ovejas. Donde el camino se angosta y pasa por entre dos barrancos de cierta altura se apiñó la multitud y se libró una lucha desesperada. No todos escaparon; dos mujeres y un niño fueron aplastados y pisoteados, quedando allí abandonados para morir en medio del terror y la oscuridad.

7 - Cómo llegué a casa

Por mi parte, no recuerdo nada de mi huida, excepto las sacudidas que me llevé al chocar contra los árboles y tropezar entre los brezos. A mi alrededor parecían cernirse los terrores traídos por los marcianos. Aquella cruel ola de calor parecía andar de un lado para otro, volando sobre mi cabeza, para descender de pronto y quitarme la vida. Llegué al camino entre la encrucijada y Horsell y corrí por allí en loca carrera.

Al fin no pude seguir adelante, estaba agotado por la violencia de mis emociones y por mi fuga, y fui a caer a un costado del camino, muy cerca donde el puente cruza el canal a escasa distancia de los gasómetros. Caí y allí me quedé.

Debo haber estado en ese sitio durante largo rato.

De pronto me senté sintiéndome perplejo. Por un momento no pude comprender cómo había llegado allí. Mi terror habíase desvanecido súbitamente. No tenía sombrero y noté que mi cuello estaba desprendido. Unos minutos había tenido frente a mí sólo tres cosas: la inmensidad de la noche, del espacio y de la Naturaleza; mi propia debilidad y angustia, y la cercanía de la muerte. Ahora era como si algo se hubiese dado vuelta y mi punto de vista se alteró por completo. No tuve conciencia de la transición de un estado mental al otro. Volví a ser de pronto la persona de todos los días, el ciudadano común y decente. El campo silencioso, el impulso de huir y las llamaradas me parecieron cosa de pesadilla. Me pregunté entonces si habrían ocurrido en realidad, mas no pude creerlo.

Me puse de pie y ascendí con paso inseguro la empinada curva del puente. Mi mente estaba en blanco, mis músculos y nervios parecían carentes de energía y creo que mis pasos eran tambaleantes. Una cabeza apareció sobre la parte superior de la curva, y al rato vi subir un obrero que llevaba un canasto. A su lado corría un niño. El hombre me saludó al pasar a mi lado. Estuve tentado de dirigirle la palabra, mas no lo hice y respondí a su saludo con una inclinación de cabeza.

Sobre el puente ferroviario de Maybury pasó un tren echando humo y pitando constantemente. Un grupo de personas conversaban a la entrada de una de las casas que constituyen el grupo llamado Oriental Terrace. Todo esto era real y conocido. ¡Y lo que dejaba atrás! Aquello era fantástico. Me dije que no podía ser.

Tal vez mis estados de ánimo sean excepcionales. A veces experimento una extraña sensación de desapego y me separo de mi cuerpo y del mundo que me rodea, observándolo todo desde afuera, desde un punto inconcebiblemente remoto, fuera del tiempo y del espacio. Esta impresión era muy fuerte en mí aquella noche. Allí tenía ahora otro aspecto de mi sueño.

Pero lo malo era la incongruencia entre esta serenidad y la muerte cierta que se hallaba a menos de dos millas de distancia. Oí el ruido de la gente que trabajaba en los gasómetros y vi encendidas todas las luces eléctricas. Me detuve junto al grupito.

—¿Qué novedades hay del campo comunal? —pregunté.

Había allí dos hombres y una mujer.

—¿Eh? —dijo uno de los hombres.

—¿Qué novedades hay del campo comunal? —repetí.

—¿No viene usted de allí? —inquirieron ambos hombres.

—La gente que ha ido al campo comunal se ha vuelto tonta —declaró la mujer—. ¿De qué se trata?

—¿No ha oído hablar de los hombres de Marte? —exclamé.

—Más de lo necesario —dijo ella, y los tres rompieron a reír.

Me sentí aturdido y furioso. Hice un esfuerzo, pero me fue imposible contarles lo ocurrido. De nuevo se rieron ante mis frases inconexas.

—Ya oirán más al respecto —dije, y seguí mi camino.

Mi esposa me esperaba a la puerta y se sobresaltó al verme tan pálido. Entré en el comedor, tomé asiento, bebí un poco de vino, y tan pronto me hube recobrado lo suficiente le conté lo que había visto. La cena, fría ya, estaba servida y quedó olvidada sobre la mesa mientras relataba yo los acontecimientos.

—Hay algo importante —expresé para calmar los temores de mi esposa—. Son las criaturas más torpes que he visto en mi vida. Quizá retengan la posesión del pozo y maten a los que se acerquen, pero de allí no pueden salir... ¡Pero qué horribles son!

—Cálmate, querido —me dijo mi esposa tomándome de la

mano.

—¡Pobre Ogilvy! ¡Pensar que debe estar allí sin vida!

Por lo menos, a mi esposa no le resultó increíble el relato. Cuando vi lo pálida que estaba, callé de pronto.

—Podrían venir aquí —dijo ella una y otra vez.

La obligué a tomar un poco de vino y traté de tranquilizarla.

—Apenas si pueden moverse —le dije.

Comencé a calmarla repitiendo todo lo que me dijera Ogilvy acerca de la imposibilidad de que los marcianos se establecieran en la Tierra. Mencioné especialmente la dificultad presentada por nuestra fuerza de gravedad. Sobre la superficie de la Tierra la atracción es tres veces mayor que sobre Marte. Por tanto, los marcianos debían pesar aquí tres veces más que en su planeta, aunque su fuerza muscular fuera la misma. En verdad, ésta era la opinión general. Tanto el *Times* como el *Daily Telegraph*, por ejemplo, insistieron sobre el punto la mañana siguiente, y ambos diarios pasaron por alto, como lo hice yo, dos influencias que evidentemente habrían de modificar esta situación para los visitantes.

Ahora sabemos que la atmósfera de la Tierra contiene mucho más oxígeno o mucho menos argón que la de Marte. La influencia vigorizadora de este exceso de oxígeno debe, sin duda, haber contrarrestado el efecto del aumento de peso en sus cuerpos. Además, todos olvidamos el hecho de que los marcianos poseían suficiente habilidad mecánica como para no verse obligados a hacer más esfuerzos musculares que los necesarios.

Mas yo no tuve en cuenta esos puntos en aquel momento, y, por tanto, mi razonamiento resultó fallido. Una vez que me hube alimentado y me vi ante la necesidad de tranquilizar a mi esposa, fui cobrando más valor.

—Han cometido un error —comenté—. Son peligrosos porque seguramente están aterrorizados. Tal vez no esperaban encontrar aquí seres vivientes y mucho menos dotados de inteligencia. Una granada en el pozo terminará con todos ellos si es necesario.

La intensa excitación producida por los acontecimientos presenciados puso a mis poderes perceptivos en un estado de eretismo. Aun ahora recuerdo con toda claridad todos los detalles de la mesa a la que estuve sentado. El rostro ansioso de mi esposa,

que me contemplaba a la luz de la lámpara; el mantel blanco y el servicio de platería y cristal —pues en aquel entonces hasta los escritores de temas filosóficos teníamos ciertos lujos—; el vino en mi copa... Todo ello está claramente grabado en mi cerebro.

Al terminar la cena me puse a fumar un cigarrillo, mientras lamentaba el arrojo de Ogilvy y hacía comentarios sobre la exterminación de los marcianos.

Lo mismo habrá hecho algún respetable dodo de la isla de Mauricio cuando comentó en su nido la llegada de aquel barco lleno de marineros que necesitaban alimentos. «Mañana los mataremos a picotazos, querida».

Yo lo ignoraba, pero aquélla fue mi última cena civilizada en un período de muchos días extraños y terribles.

8 - La noche del viernes

En mi opinión, lo más extraordinario de todo lo extraño y maravilloso que ocurrió aquel viernes fue el encadenamiento de los hábitos comunes de nuestro orden social con los primeros comienzos de la serie de acontecimientos que habrían de echar por tierra aquel orden.

Si el viernes por la noche se hubiera tomado un par de compases y trazado un círculo con un radio de cinco millas alrededor de los arenales de Woking, dudo que se hubiera encontrado fuera de ese círculo ningún ser humano —a menos que fuera algún pariente de Stent o de los tres o cuatro ciclistas y londinenses que yacían muertos en el campo comunal— cuyas emociones o costumbres fueran afectadas en lo mínimo por los visitantes del espacio.

Muchas personas habían oído hablar del cilindro y lo comentaban en sus momentos de ocio; pero es seguro que el extraño objeto no produjo la sensación que habría causado un ultimátum dado a Alemania.

El telegrama que mandó Henderson a Londres describiendo la abertura del proyectil fue considerado como una invención, y después de telegrafiar pidiendo que lo ratificara sin obtener respuesta, su diario decidió no imprimir una edición especial.

Dentro del círculo de cinco millas la mayoría de la gente no hizo nada. Yo he descrito la conducta de los hombres y mujeres con quienes hablé. En todo el distrito la gente cenaba tranquilamente; los trabajadores atendían sus jardines después de la labor del día; los niños eran llevados a la cama; los jóvenes paseaban por los senderos haciéndose el amor; los estudiantes leían sus textos.

Quizá hubiera ciertos murmullos en las calles de la villa y un tópico dominante en las tabernas. Aquí y allá aparecía un mensajero o algún testigo ocular, causando gran entusiasmo y muchos corros. Pero en su mayor parte continuó como siempre la rutina de trabajar, comer, beber y dormir... Parecía que el planeta Marte no existiera en el universo. Aun en la estación de Woking y en Horsell

y Chobham ocurría esto.

En el empalme Woking, hasta horas muy avanzadas, los trenes paraban y seguían viaje; los pasajeros descendían y subían a los vagones y todo marchaba como de costumbre. Un muchacho de la ciudad vendía diarios con las noticias de la tarde. El ruido seco de los parachoques al chocar y el agudo silbato de las locomotoras se mezclaban con sus gritos de «Hombres de Marte».

Hombres muy nerviosos entraron a las nueve en la estación con noticias increíbles y no causaron más turbación que la que podrían haber provocado algunos ebrios. La gente que viajaba hacia Londres asomábase a las ventanillas y sólo veían algunas chispas que danzaban en el aire en dirección a Horsell, un resplandor rojizo y una nube de humo en lo alto, y pensaban que no ocurría nada más serio que un incendio entre los brezos. Sólo alrededor del campo comunal se notaba algo fuera de lugar. Había media docena de aldeas que ardían en los límites de Woking. Veíanse luces en todas las casas que daban al campo y la gente estuvo despierta hasta el amanecer.

Una multitud de curiosos se hallaba en los puentes de Chobham y de Horsell. Más tarde se supo que dos o tres arrojados individuos partieron en la oscuridad y se acercaron, arrastrándose, hasta el pozo; pero no volvieron más, pues de cuando en cuando un rayo de luz como el de un faro recorría el campo comunal, y tras de él seguía el rayo calórico. Salvo estos dos o tres infortunados, el campo estaba silencioso y desierto, y los cadáveres quemados estuvieron tendidos allí toda la noche y todo el día siguiente. Muchos oyeron el resonar de martillos procedentes del pozo.

Así estaban las cosas el viernes por la noche. En el centro, y clavado en nuestro viejo planeta como un dardo envenenado, se hallaba el cilindro. Mas el veneno no había comenzado a surtir efecto todavía. A su alrededor había una extensión de terreno que ardía en partes y en el que se veían algunos objetos oscuros que yacían en diversas posiciones. Aquí y allá había un seto o un árbol en llamas. Más allá se extendía una línea ocupada por personas dominadas por el terror, y al otro lado de esa línea no se había extendido aún el pánico. En el resto del mundo continuaba fluyendo la vida como lo hiciera durante años sin cuento. La fiebre de la guerra, que poco después habría de endurecer venas y arterias,

matar nervios y destruir cerebros, no se había desarrollado aún.

Durante toda la noche estuvieron los marcianos martillando y moviéndose, infatigables en su trabajo, con máquinas que preparaban. A veces levantábase hacia el cielo estrellado una nubécula de humo verdoso.

Alrededor de las once pasó por Horsell una compañía de soldados, que se desplegó por los bordes del campo comunal para formar un cordón. Algo más tarde pasó otra compañía por Chobham para ocupar el límite norte del campo. Más temprano habían llegado allí varios oficiales del cuartel de Inkerman y se lamentaba la desaparición del mayor Eden. El coronel del regimiento llegó hasta el puente de Chobham y estuvo interrogando a la multitud hasta la medianoche. Las autoridades militares comprendían la seriedad de la situación. Según anunciaron los diarios de la mañana siguiente, a eso de las once de la noche partieron de Aldershot un escuadrón de húsares, dos ametralladoras Maxim y unos cuatrocientos hombres del Regimiento de Cardigan.

Pocos segundos después de medianoche, el gentío que se hallaba en el camino de Chertsey vio caer otra estrella, que fue a dar entre los pinos del bosquecillo que hay hacia el noroeste. Cayó con una luz verdosa y produjo un destello similar al de los relámpagos de verano. Era el segundo cilindro.

9 - Comienza la lucha

El sábado ha quedado grabado en mi memoria como un día de incertidumbre. Fue también una jornada calurosa y pesada y el termómetro fluctuó constantemente.

Yo había dormido poco, aunque mi esposa logró descansar bien. Por la mañana me levanté muy temprano. Salí al jardín antes de desayunar y me quedé escuchando, pero del lado del campo comunal no se oía nada más que el canto de una alondra.

El lechero llegó como de costumbre. Oí el estrépito de su carro y fui hacia la puerta lateral para pedirle las últimas noticias. Me informó que durante la noche los marcianos habían sido rodeados por las tropas y que se esperaban cañones.

En ese momento oí algo que me tranquilizó. Era el tren que iba hacia Woking.

—No los van a matar si pueden evitarlo —dijo el lechero.

Vi a mi vecino que estaba trabajando en su jardín y charlé con él durante un rato. Después fui a desayunar. Aquella mañana no ocurrió nada excepcional. Mi vecino opinaba que las tropas podrían capturar o destruir a los marcianos durante el transcurso del día.

—Es una pena que no quieran tratos con nosotros —observó—. Sería interesante saber cómo viven en otro planeta. Quizá aprenderíamos algunas cosas.

Acercóse a la cerca y me dio un puñado de fresas. Al mismo tiempo me contó que se había incendiado el bosque de pinos próximo al campo de golf de Byfleet.

—Dicen que ha caído allí otro de los condenados proyectiles. Es el número dos. Pero con uno basta y sobra. Esto le costará mucho dinero a las compañías de seguros.

Rió jovialmente al decir esto y agregó que el bosque estaba todavía en llamas.

—El terreno estará muy caliente durante varios días debido a las agujas de pino —agregó. Se puso serio, y luego dijo—: ¡Pobre Ogilvy!

Después del desayuno decidí ir hasta el campo comunal. Bajo el puente ferroviario encontré a un grupo de soldados del Cuerpo de Zapadores, que lucían gorros pequeños, sucias chaquetillas rojas, camisas azules, pantalones oscuros y botas de media caña.

Me dijeron que no se permitía pasar al otro lado del canal, y al mirar hacia el puente vi a uno de los soldados del Regimiento de Cardigan que montaba allí la guardia. Durante un rato estuve conversando con estos hombres y les conté que la noche anterior había visto a los marcianos. Ellos tenían ideas muy vagas acerca de los visitantes, de modo que me interrogaron con vivo interés. Dijeron que ignoraban quién había autorizado la movilización de las tropas; opinaban que se había producido una disputa al respecto en los Guardias Montados. El zapador ordinario es mucho más culto que el soldado común y comentaron las posibilidades de la lucha en perspectiva con bastante justeza. Les describí el rayo calórico y comenzaron a discutir entre ellos.

—Lo mejor sería arrastrarnos hasta encontrar refugio y tirotearlos —expresó uno.

—¡Bah! —dijo otro—. ¿Cómo se puede encontrar refugio contra ese calor? ¡Si te cocinan! Lo que hay que hacer es llegar lo más cerca posible y cavar una trinchera.

—¡Tú y tus trincheras! Siempre las quieres. Ni que fueras un conejo.

—¿Es verdad que no tienen cuello? —dijo de pronto un tercero.

Repetí la descripción que hiciera un momento antes.

—Octopus —dijo él—. Así que esta vez tendremos que pelear con peces.

—No es un crimen matar bestias así —manifestó el que hablara primero.

—¿Por qué no los cañonean de una vez y terminan con ellos? —preguntó otro—. No se sabe lo que son capaces de hacer.

—¿Y dónde están las balas? No hay tiempo. Creo que deberíamos atacarlos ahora sin perder ni un minuto.

Así continuaron discutiendo. Al cabo de un rato me alejé de ellos y fui a la estación para buscar tantos diarios matutinos como hubiera.

Mas no fatigaré al lector con una descripción de aquella mañana tan larga y de la tarde, más larga aún. No logré ver el campo

comunal, pues incluso las torres de las iglesias de Horsell y Chobham estaban ocupadas por las autoridades militares. Los soldados con quienes hablé no sabían nada: los oficiales estaban muy ocupados y no quisieron darme informes. La gente del pueblo se sentía nuevamente segura ante la presencia del ejército, y por primera vez me enteré de que el hijo del cigarrero Marshall era uno de los muertos en el campo. Los soldados habían obligado a los que vivían en las afueras de Horsell a cerrar sus casas y salir de ellas.

Volví a casa alrededor de las dos. Estaba muy cansado, pues, como ya he dicho, el día era muy caluroso y pesado, y por la tarde me refresqué con un baño frío. Alrededor de las cuatro y media fui a la estación para adquirir un diario vespertino, pues los de la mañana habían publicado una descripción muy poco detallada de la muerte de Stent, Henderson, Ogilvy y los otros. Pero no encontré en ellos nada que no supiera.

Los marcianos no se mostraron para nada. Parecían muy ocupados en su pozo y se oía el resonar de los martillazos, mientras que las columnas de humo eran constantes. Aparentemente, estaban preparándose para una lucha.

«Se han hecho nuevas tentativas de comunicarse con ellos, mas no se obtuvo el menor éxito», era la fórmula empleada por los diarios.

Un zapador me dijo que las señales las hacía un soldado ubicado en una zanja con una bandera atada a una vara muy larga. Los marcianos le prestaron tanta atención como la que prestaríamos nosotros a los mugidos de una vaca.

Debo confesar que la vista de todo este armamento y de los preparativos me excitó en extremo. Me torné beligerante y en mi indignación derroté a los invasores de diversas maneras. Volvieron a mí parte de los sueños de batalla y heroísmo que tuviera durante mi niñez. En esos momentos me pareció una batalla desigual. Los marcianos daban la impresión de encontrarse totalmente indefensos en su pozo.

Alrededor de las tres comenzaron a oírse las detonaciones de un cañón que estaba en Chertsey o Addlestone. Me enteré de que estaban cañoneando el bosque de pinos donde había caído el segundo cilindro, pues deseaban destruirlo antes que se abriera. Mas eran ya las cinco cuando llegó a Chobham el cañón que habría

de usarse contra el primer grupo de marcianos.

A eso de las seis, cuando estaba tomando el té con mi esposa en la glorieta y hablaba con entusiasmo acerca de la batalla que se libraba a nuestro alrededor, oí una detonación ahogada procedente del campo comunal. A esto siguió una descarga cerrada. Luego se oyó un estruendo violentísimo muy cerca de nosotros y tembló la tierra a nuestros pies. Vi entonces que las copas de los árboles que rodeaban el colegio «Oriental» estallaban en llamas rojas, mientras que el campanario de la iglesia se desmoronaba hecho una ruina.

La parte superior de la torre había desaparecido y los techos del colegio daban la impresión de haber sido víctimas de una bomba de cien toneladas. Se resquebrajó una de nuestras chimeneas como si le hubieran dado un cañonazo, y un trozo de la misma cayó abajo arruinando un macizo de flores que había junto a la ventana de mi estudio.

Mi esposa y yo nos quedamos anonadados. Después me hice cargo de que la cumbre de Maybury Hill debía estar al alcance del rayo calórico ahora que no estaba el edificio del colegio en su camino.

Al comprender esto tomé a mi esposa del brazo y sin la menor ceremonia la llevé al camino. Después llamé a la criada, diciéndole que yo mismo iría arriba a buscar el cofre que tanto pedía.

—No podemos quedarnos aquí —exclamé, y en ese mismo momento se reanudaron los disparos en el campo comunal.

—¿Pero dónde podemos ir? —preguntó mi esposa llena de terror.

Por un instante estuve perplejo. Luego recordé a nuestros primos de Leatherhead.

—¡Leatherhead! —grité por sobre el tronar lejano del cañón.

Ella miró hacia la parte inferior de la cuesta. La gente salía de sus casas para ver qué pasaba.

—¿Y cómo vamos a llegar a Leatherhead? —preguntó.

Colina abajo vi a un grupo de húsares que pasaba por debajo del puente ferroviario. Tres galoparon por los portales abiertos del colegio «Oriente»; otros dos desmontaron para correr de casa en casa.

El sol que brillaba a través de las columnas de humo que se alzaban sobre los árboles parecía de color rojo sangre e iluminaba

todo con una luz extraña.

—Quédate aquí —dije a mi esposa—. Por ahora estarás a salvo.

Partí enseguida hacia el «Perro Manchado», pues sabía que el posadero tenía un coche y un caballo. Eché a correr al darme cuenta de que en un momento comenzarían a trasladarse todos los que se hallaran en ese lado de la colina.

Hallé al hombre en su granero y vi que no se había hecho cargo de lo que pasaba detrás de su casa. Con él estaba otro hombre, que me daba la espalda.

—Tendrá que darme una libra —decía el posadero—. Y yo no tengo a nadie que lo lleve.

—Yo le daré dos —dije por encima del hombro del desconocido.

—¿A cambio de qué?

—Y lo traeré de vuelta para medianoche —agregué.

—¡Caramba! —exclamó el posadero—. ¿Qué apuro tiene? Estoy vendiendo mi cerdo. ¿Dos libras y me lo trae de vuelta? ¿Qué pasa aquí?

Le expliqué apresuradamente que debía irme de mi casa y así obtuve el vehículo en alquiler. En ese momento no me pareció tan importante que el posadero se fuera de la suya. Me aseguré de que me diera el coche sin más demora, y dejándolo a cargo de mi esposa y de la criada, corrí al interior de la casa para empacar algunos objetos de valor que teníamos.

Las hayas de la zona comenzaron a arder mientras me ocupaba yo de esto y las cercanas del camino quedaron iluminadas por una luz rojiza. Uno de los húsares llegó entonces a la casa para advertirnos que nos fuéramos. Estaba por seguir su camino cuando salí yo con mis tesoros envueltos en un mantel.

—¿Qué novedades hay? —le grité.

Se volvió entonces para contestarme algo respecto a que «salen de una cosa que parece la tapa de una fuente», y continuó su camino hacia la puerta de la casa situada en la cima. Una nube de humo negro que cruzó el camino lo ocultó por un instante. Yo corrí hasta la puerta de mi vecino y llamé para convencerme de lo que ya sabía. Él y su esposa habían partido para Londres, cerrando la casa hasta su vuelta.

Volví a entrar para buscar el cofre de la criada, lo cargué en la parte trasera del coche y salté luego al pescante. Un momento más

tarde dejábamos atrás el humo y el desorden y descendíamos por la ladera opuesta de Maybury Hill en dirección a Old Wolding.

Frente a nosotros se veía el paisaje tranquilo e iluminado por el sol; a ambos lados estaba la campiña sembrada de trigo y la hostería Maybury con su cartel sobre la puerta. En la parte inferior de la cuesta me volví para mirar lo que dejábamos atrás. Espesas columnas de humo y llamas se alzaban en el aire tranquilo proyectando sombras oscuras sobre los árboles del este. El humo se extendía ya hacia el este y el oeste. El camino estaba salpicado de gente que corría hacia nosotros. Y muy levemente oímos el repiqueteo de las ametralladoras, que al final callaron. También nos llegaron las detonaciones intermitentes de los fusiles. Al parecer, los marcianos incendiaban todo lo que había dentro del alcance del rayo calórico.

No soy muy experto en guiar caballos y tuve que prestar atención al camino. Cuando volví a mirar hacia atrás, la segunda colina había ocultado ya el humo negro. Castigué al equino con el látigo y aflojé las riendas hasta que Woking y Send quedaron entre nosotros y el campo de batalla. Entre ambas poblaciones alcancé y pasé al doctor.

10 - Durante la tormenta

Leatherhead está a unas doce millas de Maybury Hill. El aroma del heno predominaba en el aire cuando llegamos a las praderas de más allá de Pyrford, y en los setos de ambos lados del camino veíanse multitudes de rosas silvestres. Los disparos, que empezaban mientras salíamos de Maybury Hill, cesaron tan bruscamente como se iniciaron y la noche estaba ahora tranquila y silenciosa. Llegamos a Leatherhead alrededor de las nueve y el caballo descansó una hora mientras cenaba yo con mis primos y les recomendaba el cuidado de mi esposa.

Ella guardó silencio durante el viaje y la vi preocupada y llena de aprensión. Traté de tranquilizarla diciéndole que los marcianos estaban condenados a quedarse en el pozo a causa de su pesadez y que lo más que podían hacer era arrastrarse apenas unos metros fuera del agujero. Pero ella me contestó con monosílabos. De no haber sido por la promesa que hiciera al posadero, creo que me habría obligado a quedarme aquella noche con ella. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Recuerdo que estaba muy pálida cuando nos separamos.

Por mi parte, todo ese día había estado bajo los efectos de una gran excitación. Me dominaba algo muy semejante a la fiebre de la guerra, que ocasionalmente hace presa de algunas comunidades civilizadas, y en mi fuero interno no lamentaba mucho tener que volver a Maybury aquella noche. Hasta temí que los últimos disparos significaran la exterminación de los invasores. Sólo puedo expresar mi estado de ánimo diciendo que deseaba participar del momento triunfal.

Eran casi las once cuando inicié el regreso. La noche se tornó muy oscura para mí, que salía de una casa iluminada, y el calor reinante era opresivo. En lo alto pasaban raudas las nubes, aunque ni un soplo de brisa agitaba los setos a nuestro alrededor. El criado de mis primos encendió las lámparas del coche. Por suerte conocía yo muy bien el camino.

Mi esposa quedóse a la luz de la puerta y me observó hasta que subí al carruaje. Después giró sobre sus talones y entró, dejando allí a mis primos, que me desearon buen viaje.

Al principio me sentí algo deprimido al pensar en los temores de mi esposa; pero muy pronto me puse a pensar en los marcianos. En aquel entonces ignoraba yo la marcha de la contienda de aquella noche. Ni siquiera conocía las circunstancias que habían precipitado el conflicto.

Al cruzar por Ockham vi en el horizonte occidental un resplandor rojo sangre, que al acercarme más se fue extendiendo por el cielo. Las nubes de la tormenta que se avecinaba se mezclaron entonces con las masas de humo negro y rojo.

Ripley Street estaba desierto, y salvo una que otra ventana iluminada, la aldea no daba señales de vida; no obstante, a duras penas evité un accidente en la esquina del camino de Pyrford, donde se hallaba reunido un grupo de personas que me daba la espalda.

No me dijeron nada al pasar yo. No sé lo que sabían respecto a los acontecimientos del momento e ignoro si en esas casas silenciosas frente a las que pasé se hallaban los ocupantes durmiendo tranquilamente o se habían ido todos para presenciar los terrores de la noche.

Desde Ripley hasta que pasé por Pyrford estuve en el valle del Wey y desde allí no pude ver el resplandor rojizo. Al ascender la colina que hay más allá de la iglesia de Pyrford, el resplandor estuvo de nuevo a mi vista y los árboles de mi alrededor temblaban con los primeros soplos de viento que traía la tormenta. Después oí dar las doce en el campanario del templo, que dejaba atrás, y luego avisté los contornos de Maybury Hill, con sus árboles y techos recortándose claramente contra el fondo rojo del cielo.

En el momento mismo en que veía esto, un resplandor verdoso iluminó el camino, poniendo de relieve el bosque que se extendía hacia Addlestone. Sentí un tirón de las riendas y vi entonces que las nubes se habían apartado para dejar paso a un destello de fuego verdoso, que iluminó vivamente el cielo y los campos a mi izquierda. ¡Era la tercera estrella que caía!

Inmediatamente después se iniciaron los primeros relámpagos de la tormenta y el trueno comenzó a hacerse oír desde lo alto. El

caballo mordió el freno y echó a correr como enloquecido.

Una cuesta suave corre hacia el pie de Maybury Hill, y por allí descendimos. Una vez que se iniciaron los relámpagos, éstos se sucedieron unos tras otros con su correspondiente acompañamiento de truenos. Los destellos eran cegadores y dificultó más mi situación el hecho de que empezó a caer un granizo que me golpeó la cara con fuerza.

De momento no vi más que el camino que tenía delante; pero de pronto me llamó la atención algo que se movía rápidamente por la otra cuesta de Maybury Hill. Al principio lo tomé por el techo mojado de una casa, pero uno de los relámpagos lo iluminó y pude ver que se movía bamboleándose. Fue una visión fugaz, un movimiento confuso en la oscuridad, y luego otro relámpago volvió a brillar y pude ver el objeto con perfecta claridad.

¿Cómo podría describirlo? Era un trípode monstruoso, más alto que muchas casas, y que pasaba sobre los pinos y los aplastaba en su carrera; una máquina andante de metal reluciente, que avanzaba ahora por entre los brezos; de la misma colgaban cuerdas de acero articuladas y el ruido tumultuoso de su andar se mezclaba con el rugido de los truenos.

Un relámpago, y se destacó vívidamente, con dos pies en el aire, para desvanecerse y reaparecer casi instantáneamente cien metros más adelante cuando brilló el siguiente relámpago. ¿Puede el lector imaginar un gigantesco banco de ordeñar que marche rápidamente por el campo? Tal fue la impresión que tuve en esos momentos.

Súbitamente se apartaron los árboles del bosque que tenía delante. Fueron arrancados y arrojados a cierta distancia y después apareció otro enorme trípode, que corría directamente hacia mí.

Al ver al segundo monstruo perdí por completo el valor. Sin lanzar otra mirada desvié el caballo hacia la derecha y un momento después volcaba el coche. Las varas se rompieron ruidosamente y yo me vi arrojado hacia un charco lleno de agua.

Salí del charco casi inmediatamente y me quedé agazapado detrás de un matorral. El caballo yacía muerto y a la luz de los relámpagos vi el coche volcado y la silueta de una rueda que giraba con lentitud. Un momento después pasó por mi lado el mecanismo colosal y siguió cuesta arriba en dirección a Pyrford.

Visto de más cerca, el artefacto resultaba increíblemente

extraño, pues noté entonces que no era un simple aparato que marchara a ciegas. Era, sí, una máquina y resonaba metálicamente al avanzar, mientras que sus largos tentáculos flexibles (uno de los cuales asía el tronco de un pino) se mecían a sus costados.

Iba eligiendo su camino al avanzar y el capuchón color de bronce que la remataba se movía de un lado a otro como si fuera una cabeza que se volviera para mirar a su alrededor. Detrás del cuerpo principal había un objeto enorme de metal blanco, como un gigantesco canasto de pescador, y un humo verdoso salía de las uniones de los miembros al andar el monstruo. Un momento después desapareció de mi vista.

Esto es lo que vi entonces y fue todo muy vago e impreciso.

Al pasar lanzó un aullido ensordecedor, que ahogó el retumbar de los truenos. Sonaba como: «¡Alú! ¡Alú!». Un momento más tarde estaba con su compañero, a media milla de distancia, y agachándose sobre algo que había en el campo. Estoy seguro de que ese objeto al que prestaron su atención era el tercero de los diez cilindros que dispararon contra nosotros desde Marte.

Durante varios minutos estuve allí agazapado, observando a la luz intermitente de los relámpagos a aquellos seres monstruosos que se movían a distancia. Comenzaba a caer una llovizna fina y debido a esto noté que sus figuras desaparecían por momentos para reaparecer luego. De cuando en cuando cesaban los destellos en el cielo y la noche volvía a tragarlos.

Estaba yo completamente empapado y pasó largo rato antes que mi asombro me permitiera reaccionar lo suficiente como para subir a terreno más alto y seco.

No muy lejos de mí vi una choza rodeada por un huerto de patatas. Corrí hacia ella en busca de refugio y llamé a la puerta, mas no obtuve respuesta alguna. Desistí entonces, y aprovechando la zanja al costado del camino logré alejarme sin que me vieran los monstruos y llegar al bosque de pinos.

Protegido ya entre los árboles continué andando en dirección a mi casa. Reinaba allí una oscuridad completa, pues los relámpagos eran ahora mucho menos frecuentes, y la lluvia, que caía a torrentes, formaba una cortina a mi alrededor.

Si hubiera comprendido el significado de todo lo que acababa de ver, de inmediato me hubiese vuelto por Byfleet hasta Street

Cobham y de allí a Leatherhead a unirme con mi esposa.

Tenía la vaga idea de ir a mi casa y eso fue todo lo que me interesó. Anduve a tropezones por entre los árboles, caí en una zanja y me golpeé contra las tablas para llegar, finalmente, al caminito del College Arms.

En medio de la oscuridad se tropezó conmigo un hombre y me hizo retroceder. El pobre individuo profirió un grito de terror, saltó hacia un costado y echó a correr antes que me recobrara yo lo suficiente como para dirigirle la palabra. Tan fuerte era la tormenta, que me costó muchísimo ascender la cuesta. Me acerqué a la cerca de la izquierda y fui agarrándome a los postes para poder subir.

Cerca de la cima tropecé con algo blando y a la luz de un relámpago vi entre mis pies un trozo de género y un par de zapatos. Antes que pudiera percibir bien cómo estaba tendido el hombre, volvió a reinar la oscuridad.

Me quedé parado sobre él esperando el relámpago siguiente. Cuando brilló la luz vi que era un hombre fornido que vestía pobremente; tenía la cabeza doblada bajo el cuerpo y estaba tendido al lado de la cerca, como si hubiera sido arrojado hacia ella con tremenda violencia.

Venciendo la repugnancia natural de quien no ha tocado nunca un cadáver, me agaché y le volví para tocarle el pecho. Estaba muerto. Aparentemente, se había desnucado.

Volvió a brillar el relámpago y al verle la cara me levanté de un salto. Era el posadero del «Perro Manchado», a quien alquilara el coche.

Pasé sobre él y continué cuesta arriba, pasando por la comisaría y el College Arms para ir a mi casa. No ardía nada en la ladera, aunque sobre el campo comunal se veía aún el resplandor rojizo y las espesas nubes de humo. Según vi a la luz de los relámpagos, la mayoría de las casas de los alrededores estaban intactas. Cerca del College Arms descubrí un bulto negro que yacía en medio del camino.

Camino abajo, en dirección al puente de Maybury, resonaban voces y pasos, mas no tuve el coraje de gritar para atraer la atención de los que fueran. Entré en mi casa, eché llave a la puerta y avancé tambaleante hasta el pie de la escalera, sentándome en el último escalón. No hacía más que pensar en los monstruos

metálicos y en el cadáver aplastado contra la cerca.

Me acurruqué allí con la espalda contra la pared y me estremecí violentamente.

11 - Desde la ventana

Ya he aclarado que mis emociones suelen agotarse por sí solas. Al cabo de un tiempo descubrí que estaba mojado y sentía frío, mientras que a mis pies se habían formado charcos de agua. Me levanté casi mecánicamente, entré en el comedor para beber un poco de güisqui y después fui a cambiarme de ropa.

Hecho esto subí a mi estudio, aunque no sé por qué fui allí. Desde la ventana de esa estancia se divisa el campo comunal de Horsell sobre los árboles y el ferrocarril. En el apresuramiento de nuestra partida la habíamos dejado abierta. Al llegar a la puerta me detuve y miré con atención la escena enmarcada en la abertura de la ventana.

Había pasado la tormenta. No existían ya las torres del colegio «Oriental» ni los pinos de su alrededor, y muy lejos, iluminado por un vívido resplandor rojizo, se veía perfectamente el campo que rodeaba los arenales. Sobre el fondo luminoso se veían moverse enormes formas negras extrañas y grotescas.

Parecía, en verdad, como si toda la región de aquel lado estuviera quemándose y las llamas se agitaban con las ráfagas de viento y proyectaban sus luces sobre las nubes. De cuando en cuando pasaba frente a la ventana una columna de humo, que ocultaba a los marcianos. No pude ver lo que hacían ni divisarlos a ellos con claridad, como tampoco me fue posible reconocer los objetos negros con que trabajaban.

Cerré la puerta con suavidad y avancé hacia la ventana. Al hacer esto se amplió mi campo visual hasta que por un lado pude percibir las casas de Woking, y del otro, los bosques ennegrecidos de Byfleet. Había una luz cerca del arco del ferrocarril y varias de las casas del camino de Maybury y de las calles próximas a la estación estaban en ruinas. Al principio me intrigó lo que vi en los rieles, pues era un rectángulo negro y un resplandor muy vívido, así como también una hilera de rectángulos amarillentos. Después noté que era un tren volcado, cuya parte anterior estaba destrozada y era

presa de las llamas, mientras que los vagones posteriores continuaban aún sobre las vías.

Entre estos tres centros principales de luz, la casa, el tren y el campo incendiado en dirección a Chobham, se extendían trechos irregulares de lugares oscuros, interrumpidos aquí y allá por los rescoldos de los brezos aún humeantes.

Al principio no puede ver a ningún ser humano, aunque agucé la vista en todo momento. Más tarde vi contra la luz de la estación de Woking un número de figuras negras que corrían una tras otra.

¡Y éste era el pequeño mundo en el que había vivido tranquilamente durante años! ¡Este caos de muerte y fuego! Aún ignoraba lo ocurrido en las últimas siete horas y no conocía, aunque ya comenzaba a sospecharlo, qué relación había entre esos colosos mecánicos y los torpes seres que viera salir del cilindro.

Con una extraña impresión de interés objetivo volví mi sillón hacia la ventana, tomé asiento y me puse a mirar hacia el exterior, fijándome especialmente en los tres gigantes negros que iban de un lado a otro entre el resplandor que iluminaba los arenales.

Parecían estar notablemente ocupados y me pregunté qué serían. ¿Mecanismos inteligentes? Me dije que tal cosa era imposible. ¿O habría un marciano dentro de cada uno, dirigiendo al gigante tal como el cerebro de un hombre dirige el cuerpo? Comencé a comparar los colosos con las máquinas construidas por los hombres, y me pregunté, por primera vez en mi vida, qué parecerían a un animal nuestros acorazados o nuestras locomotoras.

Ya se había aclarado el cielo al descargarse la tormenta y sobre el humo que se elevaba de la tierra ardiente podía verse el punto luminoso de Marte que declinaba hacia occidente. En ese momento entró un soldado en mi jardín. Oí un ruido en la cerca y, saliendo de mi abstracción, miré hacia abajo y le vi trepar sobre las tablas. Al ver a otro ser humano salí de mi letargo y me incliné sobre el alféizar.

—¡Oiga! —llamé en voz baja.

El otro se detuvo sobre la cerca. Luego pasó al jardín y cruzó hacia la casa.

—¿Quién es? —dijo en tono quedo, y miró hacia la ventana.

—¿Dónde va usted? —le pregunté.

—Sólo Dios lo sabe.

—¿Quiere esconderse?

—Así es.

—Entre entonces —le dije.

Bajé, abrí la puerta, le hice pasar y volví a echar la llave. No pude verle la cara. No llevaba gorra y tenía la chaqueta abierta.

—¡Dios mío! —exclamó al entrar.

—¿Qué pasó?

—Pregúnteme qué es lo que no pasó —dijo, y vi en la penumbra que hacía un gesto de desesperación—. Nos barrieron por completo.

Repitió esta última frase una y otra vez.

Me siguió luego hacia el comedor.

—Tome un poco de güisqui —le dije sirviéndole una copa llena.

La bebió de un sorbo y se sentó a la mesa. Poniendo la cabeza sobre los brazos rompió a llorar como un niño, mientras que yo, olvidando mi desesperación reciente, le miraba sorprendido.

Pasó largo rato antes que pudiera calmar sus nervios y responder a mis preguntas, y entonces me contestó de manera entrecortada y en tono perplejo. Era artillero y había entrado en acción a eso de las siete. A esa hora ya se efectuaban disparos en el campo comunal y decíase que el primer grupo de marcianos se arrastraba lentamente hacia el segundo cilindro protegiéndose bajo un caparazón de metal.

Algo más tarde, el caparazón se paró sobre sus patas a manera de trípode y convirtiéndose en la primera de las máquinas que viera yo. El cañón que servía el soldado quedó ubicado cerca de Horsell, a fin de dominar con él los arenales, y su llegada había precipitado los acontecimientos. Cuando los artilleros se disponían a entrar en funciones, su caballo metió una pata en una conejera y lo arrojó a una depresión del terreno. Al mismo tiempo estalló el cañón a sus espaldas, volaron las municiones y le rodeó el fuego, mientras que él se encontró tendido bajo un montón de hombres y caballos muertos.

—Me quedé quieto —manifestó—. El miedo me había atontado y tenía encima el cuarto delantero de un caballo. Nos habían barrido por completo. El olor... ¡Dios mío! Era como de carne asada. La caída me lastimó la espalda y tuve que quedarme tendido hasta que se me pasó el dolor. Un momento antes habíamos estado como en un desfile y de pronto se fue todo al demonio.

Habíase escondido debajo del caballo muerto durante largo tiempo, espiando de cuando en cuando. Los soldados del cuerpo de Cardigan habían intentado efectuar una avanzada en formación de escaramuza, pero fueron exterminados todos desde el pozo. Luego se levantó el monstruo y comenzó a caminar lentamente de un lado a otro del campo comunal, entre los pocos supervivientes, dando vuelta el capuchón tal como si fuera la cabeza de un ser humano. En uno de sus tentáculos metálicos llevaba un complicado aparato del que salían destellos verdosos y por cuyo tubo proyectaba el rayo calórico.

Según me contó el soldado, en pocos minutos no quedó un alma viviente en el campo y todos los matorrales y árboles que no estaban ya quemados se convirtieron en una pira ardiente. Los húsares se hallaban tras una curva del camino y no los vio. Oyó durante un rato el tableteo de las ametralladoras, pero luego cesaron los disparos. El gigante dejó para el final la estación Woking y las casas que la rodeaban. Entonces proyectó su rayo calórico y la aldea se convirtió en un montón de ruinas llameantes. Después dio la espalda al artillero y se fue hacia el bosque de pinos, en que se hallaba el segundo cilindro. Un segundo gigante salió entonces del pozo y siguió al primero.

El artillero se arrastró por los brezos calientes en dirección a Horsell, logró llegar con vida hasta la zanja que bordea el camino y así consiguió escapar de Woking. Me explicó que allí quedaban algunos hombres con vida, muchos de ellos con quemaduras y todos aterrorizados. El fuego le obligó a dar un rodeo y tuvo que esconderse entre los restos recalentados de una pared al volver uno de los marcianos. Vio que el monstruo perseguía a un hombre, lo tomaba con uno de sus tentáculos metálicos y le destrozaba la cabeza contra un árbol. Al fin, después que cayó la noche, el artillero echó a correr y pudo cruzar el terraplén ferroviario.

Desde entonces estuvo caminando hacia Maybury con la esperanza de escapar del peligro y dirigirse a Londres. La gente se ocultaba en zanjas y sótanos y muchos de los sobrevivientes habíanse ido a Woking y Send. La sed le hizo sufrir mucho hasta que halló un caño de agua corriente que estaba roto y del cual salía el líquido como de un manantial.

Esto fue lo que me contó de manera fragmentaria. El artillero se

calmó gradualmente mientras me relataba sus aventuras. No había comido nada desde mediodía, de modo que fui a buscar un poco de carne y pan a la alacena y puse todo sobre la mesa.

No encendimos luz por temor de atraer a los marcianos, de modo que tuvimos que comer a oscuras. Mientras hablaba él comenzaron a disiparse las sombras y poco a poco pudimos distinguir los setos pisoteados y los rosales en ruinas del jardín. Parecía que un número de hombres o animales había cruzado el lugar a la carrera. Me fue posible ver el rostro ennegrecido y macilento de mi compañero.

Cuando terminamos de comer subimos a mi estudio y de nuevo miré yo por la ventana. En una noche se había convertido el valle en un campo de cenizas. Ya no ardían tanto los fuegos. Donde antes había llamas ahora se veían columnas de humo; pero las innumerables ruinas de casas derruidas y árboles arrancados y consumidos por las llamas, que antes estuvieran ocultos por las sombras de la noche, ahora mostrábanse con aspecto terrible a la luz cruel del amanecer. No obstante, aquí y allá veíase algo que había escapado de la destrucción: una señal ferroviaria por aquí, el extremo de un invernadero por allá y algunas otras cosas. Jamás en la historia de la guerra habíase efectuado destrucción semejante. Y brillando a la luz creciente del oriente vi a tres de los gigantes metálicos parados cerca del pozo, con sus capuchones rotando como si inspeccionaran la desolación de que fueran causa.

Me pareció que el pozo se había agrandado y a cada momento salía del interior una nube de vapor verdoso que se elevaba hacia el cielo.

Más allá se destacaban las llamaradas procedentes de Chobham, que con las primeras luces del alba se convirtieron en grandes nubes de humo teñidas de rojo.

12 - La destrucción de Weybridge y Shepperton

Al acrecentarse la luz del día nos alejamos de la ventana, desde la que habíamos observado a los marcianos, y descendimos a la planta baja.

El artillero concordó conmigo que no era conveniente permanecer en la casa. Tenía pensado seguir viaje hacia Londres y unirse de nuevo a su batería, que era la número doce de la Artillería Montada. Por mi parte, yo me proponía regresar de inmediato a Leatherhead, y tanto me había impresionado el poder destructivo de los marcianos, que decidí llevar a mi esposa a Newhaven y salir con ella del país. Ya me daba cuenta de que la región cercana a Londres debía ser por fuerza el escenario de una guerra desastrosa antes que se pudiera terminar con los monstruos.

Pero entre nosotros y Leatherhead se hallaba el tercer cilindro con los gigantes que lo guardaban. De haber estado solo creo que hubiera corrido el riesgo de cruzar por allí. Pero el artillero me disuadió.

—No estaría bien que dejara viuda a su esposa —me dijo.

Al fin accedí a ir con él por entre los bosques hasta Street Chobham, donde nos separaríamos. Desde allí trataría yo de dar un rodeo por Epsom hasta llegar a Leatherhead.

Debí haber partido enseguida; pero mi compañero era hombre ducho en esas cosas y me hizo buscar un frasco, que llenó de güisqui. Después nos llenamos los bolsillos con bizcochos y trozos de carne.

Salimos al fin de la casa y corrimos lo más rápidamente posible por el camino por el que viniera yo durante la noche. Las casas parecían abandonadas. En el camino vimos un grupo de tres cadáveres carbonizados por el rayo calórico y aquí y allá

encontramos cosas que había dejado caer la gente en su huida: un reloj, una chinela, una cuchara de plata y otros objetos por el estilo. En la esquina del correo había un carrito con una rueda rota y cargado de cajas y muebles. Entre los restos descubrimos una caja para guardar dinero que había sido forzada.

Excepción hecha del orfanato, que todavía estaba quemándose, ninguna de las casas había sufrido mucho en esa parte. El rayo calórico había tocado la parte superior de las chimeneas y pasado de largo. Pero, salvo nosotros, no parecía haber un alma viviente en Maybury Hill. La mayoría de los habitantes habían huido o estaban ocultos.

Descendimos por el sendero, pasando junto al cuerpo del hombre vestido de negro y empapado ahora a causa de la lluvia de la noche. Al fin entramos en el bosque al pie de la cuesta. Por allí avanzamos hasta el ferrocarril sin encontrar a nadie. El bosque del otro lado de los rieles estaba en ruinas: la mayoría de los árboles habían caído, aunque aún quedaban algunos que elevaban hacia el cielo sus troncos desnudos y ennegrecidos.

Por nuestro lado, el fuego no había hecho más que chamuscar los árboles más próximos sin extenderse mucho. En un sitio vimos que los leñadores habían estado trabajando el sábado; en un claro había troncos aserrados formando pilas, así como también una sierra con su máquina de vapor. No muy lejos se veía una choza improvisada.

No soplaba viento aquella mañana y reinaba un silencio extraordinario. Hasta los pájaros callaban, y nosotros, al avanzar, hablábamos en voz muy baja, mirando a cada momento sobre nuestros hombros. Una o dos veces nos detuvimos para escuchar.

Al cabo de un tiempo nos acercamos al camino y oímos ruido de cascos. Vimos entonces por entre los árboles a tres soldados de caballería que cabalgaban lentamente hacia Woking. Los llamamos y se detuvieron para esperarnos. Eran un teniente y dos reclutas del octavo de húsares, que llevaban un heliógrafo.

—Son ustedes los primeros hombres que vemos por aquí esta mañana —expresó el teniente—. ¿Qué pasa?

Su voz y su expresión denotaban entusiasmo. Los dos soldados miraban con curiosidad. El artillero saltó al camino y se cuadró militarmente.

—Anoche quedó destruido nuestro cañón, señor. Yo me estuve ocultando y ahora iba en busca de mi batería. Creo que avistará a los marcianos a media milla de aquí.

—¿Qué aspecto tienen? —inquirió el teniente.

—Son gigantes con armaduras, señor. Miden treinta metros; tienen tres patas y un cuerpo como de aluminio, con una gran cabeza cubierta por una especie de capuchón.

—¡Vamos, vamos! —exclamó el oficial—. ¡Qué tontería!

—Ya verá usted, señor. Llevan una caja que dispara fuego y mata a todo el mundo.

—¿Un arma de fuego?

—No, señor —repuso el artillero, y describió vívidamente el rayo calórico.

El teniente le interrumpió en mitad de su explicación y me dirigió una mirada. Yo me hallaba todavía a un costado del camino.

—¿Lo vio usted? —me preguntó el oficial.

—Es la verdad —contesté.

—Bien, supongo que también tendré que verlo yo —volvióse hacia el artillero—: Nosotros tenemos orden de hacer salir a la gente de sus casas. Siga usted su camino y preséntese al brigadier general Marvin. Dígale a él todo lo que sabe. Está en Weybridge. ¿Conoce el camino?

—Lo conozco yo —intervine. Él volvió de nuevo su caballo hacia el sur.

—¿Media milla dijo? —preguntó.

—Más o menos —le indiqué hacia el sur con la mano.

Él me dio las gracias, partió con sus soldados y no volvimos a verlos más.

Algo más adelante nos encontramos en el camino con un grupo de tres mujeres y dos niños, que estaban desocupando una casucha. Habíanse provisto de un carrito de mano y lo cargaban con toda clase de atados y muebles viejos. Estaban demasiado atareados para dirigirnos la palabra cuando pasamos.

Cerca de la estación Byfleet salimos de entre los pinos y vimos que reinaba la calma en la campiña. Estábamos muy lejos del alcance del rayo calórico, y de no haber sido por las casas abandonadas y el grupo de soldados de pie en el puente ferroviario, el día nos habría parecido como cualquier otro domingo.

Varios carros avanzaban rechinantes por el camino de Addlestone, y de pronto vimos por un portón que daba a un campo seis cañones de doce libras situados a igual distancia uno de otro y apuntando hacia Woking. Los artilleros estaban esperando junto a los cañones y los carros de municiones se hallaban a poca distancia de ellos.

—Así me gusta —dije—. Por lo menos, harán blanco una vez.

El artillero se paró un momento junto al portón.

—Seguiré mi viaje —dijo.

Más adelante, en camino hacia Weybridge y al otro lado del puente, había un número de reclutas que estaban haciendo un largo terraplén, tras del cual vimos más cañones.

—Arcos y flechas contra el rayo —comentó el artillero—. Todavía no han visto ese rayo de fuego.

Los oficiales que no estaban ocupados miraban hacia el sur con atención y los soldados interrumpían a veces su labor para mirar en la misma dirección.

En Byfleet reinaba el mayor desorden. La gente empacaba sus efectos, y una veintena de húsares, algunos desmontados y otros a caballo, llamaban a las puertas para advertir a todos que desocuparan sus casas. En la calle de la villa estaban cargando tres o cuatro carretones del gobierno y un viejo ómnibus, así como también otros vehículos. Había mucha gente y la mayor parte vestía sus ropas domingueras. A los soldados les costaba mucho hacerles comprender la gravedad de la situación. Vimos a un anciano con una enorme caja y una veintena o más de tiestos de orquídeas. El viejo reñía al cabo que se negaba a cargar sus tesoros. Yo me detuve y le tomé del brazo.

—¿Sabe lo que hay allá? —le dije indicando hacia los pinos que ocultaban a los marcianos.

—¿Eh? —exclamó volviéndose—. Estaba explicando al cabo que estas flores son valiosas.

—¡La muerte! —le grité—. ¡Llega la muerte! ¡La muerte!

Y dejándole que lo entendiera, si le era posible, seguí tras del artillero. Al llegar a la esquina volví la cabeza. El soldado habíase apartado y el anciano seguía junto a sus orquídeas, mientras que miraba perplejo hacia los árboles.

En Weybridge nadie pudo decirnos dónde estaba el cuartel

general. En el pueblo reinaba la mayor confusión. Por todas partes se veían vehículos de lo más variados. Los habitantes del lugar empacaban sus cosas con la ayuda de la gente del río. Mientras tanto, el vicario celebraba una misa temprana y su campana se hacía oír a cada momento.

El artillero y yo nos sentamos junto a la fuente y comimos lo que llevábamos encima. Patrullas de granaderos vestidos de blanco advertían al pueblo que se fueran o se refugiaran en sus sótanos tan pronto como comenzaran los disparos.

Al cruzar el puente ferroviario vimos que se había reunido gran cantidad de personas en la estación y sus alrededores y el andén estaba atestado de cajas y paquetes. Creo que se había detenido el tránsito ordinario de trenes para dar paso a las tropas y cañones de Chertsey. Después me enteré de que se libró una verdadera batalla para conseguir entrar en los trenes especiales que salieron algo más tarde.

Nos quedamos en Weybridge hasta el mediodía y a esa hora nos encontramos en el lugar próximo a Shepperton Lock, donde se unen el Wey y el Támesis. Parte del tiempo lo pasamos ayudando a dos ancianas a cargar un carro de mano.

La desembocadura del Wey es triple y en ese punto se pueden alquilar embarcaciones. Además, había un transbordador al otro lado del río. Sobre la margen que da a Shepperton había una posada, y algo más allá se elevaba la torre de la iglesia de Shepperton.

Allí encontramos una ruidosa multitud de fugitivos. La huida no se había convertido todavía en pánico; pero vimos ya mucha más gente de la que podía cruzar en las embarcaciones. Muchos llegaban cargados con pesados fardos; hasta vimos a un matrimonio llevando entre ambos la puerta de un excusado en la que habían apilado sus posesiones. Un hombre nos dijo que pensaba irse desde la estación Shepperton.

Oíanse muchos gritos y algunos hasta bromeaban. Todos parecían tener la idea de que los marcianos eran simplemente seres humanos formidables que podrían atacar y saquear la población, pero que al fin serían exterminados. A cada momento miraban algunos hacia la campiña de Chertsey, pero por ese lado reinaba la calma.

Al otro lado del Támesis, excepto en los lugares donde llegaban las embarcaciones, todo estaba tranquilo, lo cual contrastaba con la margen de Surrey. Los que desembarcaban allí se iban andando por el camino. El transbordador acababa de hacer uno de sus viajes. Tres soldados se hallaban en el prado bromeando con los fugitivos sin ofrecerles la menor ayuda. La hostería estaba cerrada debido a la hora.

—¿Qué es eso? —gritó de pronto un botero.

En ese momento se repitió el sonido procedente de Chertsey. Era el estampido lejano de un cañonazo.

Comenzaba la lucha. Casi inmediatamente empezaron a disparar una tras otra las baterías ocultas detrás de los árboles. Una mujer lanzó un grito y todos se inmovilizaron ante la iniciación de las hostilidades. No se veía nada, salvo la campiña y las vacas que pastaban en las cercanías.

—Los soldados los detendrán —expresó en tono dubitativo una mujer que se hallaba próxima a mí.

Sobre los árboles se elevaba una especie de neblina.

De pronto vimos una gran columna de humo hacia la parte superior del río, e inmediatamente tembló el suelo a nuestros pies y se oyó una terrible explosión, cuyas vibraciones hicieron añicos dos o tres ventanas de las casas vecinas.

—¡Allí están! —gritó un hombre de azul—. ¡Allá! ¿No los ven?

Aparecieron uno tras otro cuatro marcianos con sus armaduras, al otro lado de los árboles que bordeaban el prado de Chertsey. Iban caminando rápidamente hacia el río. Al principio parecían figuras pequeñas que avanzaban con paso bamboleante y tan raudo como el vuelo de un pájaro.

Luego apareció el quinto, que avanzaba en línea oblicua hacia nosotros. Sus gigantescos cuerpos relucían a la luz del sol al avanzar hacia los cañones, tornándose cada vez más grandes a medida que se aproximaban. El más lejano blandía una enorme caja, y el espantoso rayo calórico, que ya viera yo en acción el viernes por la noche, partió hacia Chertsey y dio de lleno en la villa.

Al ver aquellas criaturas extrañas y terribles, la multitud que se encontraba a orillas del agua quedóse paralizada de horror. Por un momento reinó el silencio. Después se oyó un ronco murmullo y un movimiento de pies, así como un chapoteo en el agua. Un hombre,

demasiado asustado para soltar el bulto que llevaba, se volvió y me hizo temblar al golpearme con su carga. Una mujer me dio un empujón y pasó corriendo por mi lado. Yo también me volví con todos, mas no era tan grande mi terror como para impedirme pensar. Tenía en cuenta el mortífero rayo calórico. La solución era meterse bajo el agua.

—¡Al agua! —grité sin que me prestaran atención. Me volví de nuevo y eché a correr hacia el marciano que se aproximaba y me arrojé al agua. Otros hicieron lo mismo. Todo el pasaje de una embarcación que volvía saltó hacia nosotros cuando pasé yo corriendo. Las piedras a mis pies eran muy resbaladizas y el río estaba tan bajo que corrí por espacio de seis metros sin hundirme más que hasta la cintura.

Luego, cuando el marciano se hallaba apenas a doscientos metros de distancia, me introduje bajo la superficie. En mis oídos resonaron como truenos los chapoteos de los otros que se lanzaron al río desde ambas orillas.

Pero el monstruo marciano nos prestó entonces tanta atención como la que hubiera otorgado un hombre a las hormigas del hormiguero cuyo pie ha destrozado. Cuando volví a sacar la cabeza del agua, el capuchón del gigante mecánico apuntaba hacia las baterías, que continuaban haciendo fuego desde el otro lado del río, y al avanzar puso en funcionamiento lo que debe haber sido el generador del rayo calórico.

Un momento después estaba en la orilla y de un paso salvó la mitad de la anchura del río. Las rodillas de sus dos patas delanteras se doblaron en la otra margen y después se volvió a erguir en toda su estatura, cerca ya de la villa de Shepperton. Entonces dispararon simultáneamente los seis cañones que estaban ocultos tras los últimos edificios de la aldea.

Las súbitas detonaciones casi paralizaron mi corazón. El monstruo levantaba ya la caja del rayo calórico cuando la primera granada estalló seis metros más arriba del capuchón.

Lancé un grito de asombro. Vi a los otros marcianos, mas no les presté atención. Lo que me interesaba era el incidente más próximo. Simultáneamente estallaron otras dos granadas cerca del cuerpo en el momento en que el capuchón se volvía para ver la cuarta granada, que no pudo esquivar.

El proyectil hizo explosión en la misma cara del monstruo. El capuchón pareció hincharse y voló en numerosos fragmentos de carne roja y metal reluciente.

—¡Hizo blanco! —grité yo con entusiasmo.

Oí los gritos de júbilo de los que me rodeaban y en ese momento hubiera saltado del agua a causa de la alegría.

El coloso decapitado se tambaleó como un gigante ebrio, mas no cayó. Por milagro recobró el equilibrio y, sin saber ya por dónde iba, avanzó rápidamente hacia Shepperton con la caja del rayo calórico sostenida en alto.

La inteligencia viviente, el marciano que ocupaba el capuchón, estaba muerto y hecho trizas, y el monstruo no era ahora más que un complicado aparato de metal que iba hacia su destrucción. Adelantóse en línea recta, incapaz de guiarse; tropezó con la torre de la iglesia, derribándola con la fuerza de su impulso; se desvió a un costado, siguió andando y cayó, al fin, con tremendo estrépito, en las aguas del río.

Una violenta explosión hizo temblar la tierra, y un manantial de agua, vapor, barro y metal destrozado voló hacia el cielo. Al caer en el río la caja del rayo calórico, el agua habíase convertido enseguida en vapor. Un momento después avanzó río arriba una tremenda ola de agua casi hirviente. Vi a la gente que trataba de alcanzar la costa y oí sus gritos por el tremendo ruido causado por la caída del marciano.

Por un instante no presté atención al agua caliente y olvidé que debía tratar de salvarme. Avancé a saltos por el río, apartando de mi paso a un hombre, y llegué hasta la curva. Desde allí vi una docena de botes abandonados que se mecían violentamente sobre las olas. El marciano yacía de través en el río y estaba sumergido casi por entero. Espesas nubes de vapor se levantaban de los restos, y por entre ellas pude ver vagamente las piernas gigantescas que golpeaban el agua y hacían volar el barro por el aire. Los tentáculos se movían y golpeaban como brazos de un ser viviente y, salvo por lo incierto de estos movimientos, era como si un ser herido se debatiera entre las olas esforzándose por salvar la vida. Enormes cantidades de un fluido color castaño salían a chorros de la máquina.

Desvió entonces mi atención un sonido agudo semejante al de

una sirena. Un hombre que se hallaba cerca me gritó algo y señaló con la mano. Al mirar hacia atrás vi a los otros marcianos que avanzaban con trancos gigantescos por la orilla del río desde la dirección de Chertsey. Los cañones de Shepperton volvieron a funcionar, pero esta vez sin hacer ningún blanco.

Al ver esto volví a meterme de nuevo en el agua y, conteniendo la respiración lo más que pude, avancé por debajo de la superficie hasta que ya no pude más. El agua se agitaba a mi alrededor y cada vez se tornaba más caliente.

Cuando levanté la cabeza para poder respirar y me quité el agua y los cabellos de los ojos, el vapor se elevaba como una niebla blanca, que ocultó al principio a los marcianos. El ruido era ensordecedor. Después los vi vagamente. Eran colosales figuras grises, magnificadas por la neblina. Habían pasado junto a mí y dos de ellos se estaban agachando junto a los restos de su compañero.

El tercero y el cuarto se hallaban parados junto a ellos en el agua, uno a doscientos metros de donde estaba yo, y el otro, hacia Laleham. Levantaban los generadores del rayo calórico y barrían con él los alrededores.

Todo a mi alrededor reinaba un desorden de ruidos ensordecedores: el metálico son de los marcianos, el estrépito de casas que caían, el golpe sordo de los árboles al dar en tierra y el crujir y bramar de las llamas. Un humo negro muy denso se mezclaba ahora con el vapor procedente del río, y al moverse el rayo calórico sobre Neybridge, su paso era marcado por relámpagos de luz blanca que dejaba una estela de llamaradas. Las casas más próximas seguían aún intactas, aguardando su fin, mientras que el fuego se paseaba tras ellas de un lado a otro.

Por unos minutos me quedé allí, con el agua casi hirviendo hasta la altura del pecho, aturdido por mi situación y sin esperanzas de poder salvarme. Vi a la gente que salía del agua por entre los cañaverales, como ranas que escaparan ante el avance del hombre.

Y de pronto saltó hacia mí el resplandor del rayo calórico. Las casas se desplomaban al disolverse bajo sus efectos; los árboles se incendiaban instantáneamente. Corrió de un lado a otro por el caminito, tocando a los fugitivos y llegando al borde del agua, a menos de cincuenta metros de donde me hallaba yo. Cruzó el río hacia Shepperton y el agua se elevó en una columna de vapor ante

su paso. Yo me volví hacia la costa.

Un momento más y una ola enorme de agua en ebullición corrió hacia mí. Lancé un grito de dolor, y escaldado, medio ciego y aturdido avancé tambaleándome por el hirviente líquido para ir a la orilla. De haber tropezado hubiera muerto allí mismo. Casi indefenso, a la vista de los marcianos, sobre el cabo desnudo que indica la unión del Wey y el Támesis. Sólo esperaba la muerte.

Tengo el recuerdo vago de que el pie de un marciano se asentó a una veintena de metros de mi cabeza, clavándose en la arena, girando hacia uno y otro lado, y levantándose de nuevo. Hubo un lapso de suspenso; después cargaron los cuatro los restos de su camarada y se alejaron, al fin, por entre el humo para perderse en la distancia.

Entonces, poco a poco, me fui dando cuenta de que había escapado por milagro.

13 - Mi encuentro con el cura

Después de esta súbita lección sobre el poder de las armas terrestres, los marcianos se retiraron a su posición original del campo comunal de Horsell, y en su apresuramiento, y cargados como iban con los restos de su compañero, dejaron de ver a muchos hombres que se encontraban en la misma situación que yo.

Si hubieran dejado al gigante destruido y continuado su marcha hacia adelante, no habrían encontrado entonces nada que les impidiera llegar hasta Londres y es seguro que hubiesen llegado a la capital mucho antes que se enteraran de su proximidad. Su ataque habría sido tan súbito y destructivo como lo fue el terremoto que asoló Lisboa hace ya un siglo.

Mas no tenían prisa. Un cilindro seguía a otro en su viaje interplanetario; cada veinticuatro horas recibían refuerzos. Y mientras tanto, las autoridades militares y navales, conocedoras ya del terrible poder de sus enemigos, trabajaban con furiosa energía. Cada minuto se instalaba un nuevo cañón, hasta que antes del anochecer había uno detrás de cada seto, de cada fila de casas, de cada loma entre Kingston y Richmond. Y en toda la extensión de la desolada área de veinte millas cuadradas que rodeaba el campamento marciano de Horsell se arrastraban los exploradores con los heliógrafos, que habrían de advertir a los artilleros la llegada del enemigo.

Pero los marcianos comprendían ahora que teníamos un arma potente y que era peligroso acercarse a los humanos, y ni un solo hombre se aventuró a menos de una milla de los cilindros sin pagar su osadía con la vida.

Parece que los gigantes pasaron la primera parte de la tarde yendo y viniendo de un lado a otro para trasladar toda la carga del segundo y el tercer cilindro —que estaban en Addlestone y en Pymford— a su pozo original de Horsell. Allí, sobre los brezos

ennegrecidos y los edificios en ruinas, se hallaba un centinela de guardia, mientras que los demás abandonaron sus enormes máquinas guerreras para descender al pozo. Allí estuvieron trabajando hasta muy entrada la noche, y la densa columna de humo verde que se levantaba del lugar pudo ser vista desde las colinas de Merrow y aun desde Banstead y Epson Downs.

Y mientras los marcianos, a mi espalda, se preparaban así para su próximo ataque, y frente a mí se aprestaba la humanidad para la defensa, fui avanzando con gran trabajo en dirección a Londres.

Vi un botecillo abandonado que iba sin rumbo corriente abajo. Me quité casi todas mis ropas, alcancé la embarcación y logré alejarme de esa manera. No tenía remos, pero logré hacer avanzar el bote con las manos, poniendo rumbo a Halliford y Walton. Este trabajo me resultaba muy tedioso y constantemente miraba hacia atrás. Seguí río abajo porque consideré que el agua me brindaría la única oportunidad de salvarme si volvían los gigantes.

El agua caliente corrió conmigo río abajo, de modo que por espacio de una milla apenas si pude ver la costa. A pesar de todo, una vez alcancé a divisar una fila de figuras negras que cruzaban corriendo la campiña desde Weybridge.

Al parecer, Halliford estaba desierto y varias de las casas que daban al río eran presa de las llamas. Poco más adelante, los cañaverales de la costa humeaban y ardían y una línea de fuego avanzaba por un campo de heno.

Durante largo tiempo me dejé llevar por la corriente, pues no me fue posible hacer esfuerzo alguno a causa del agotamiento que me dominaba. Luego me embargó de nuevo el temor y renové la tarea de impulsar el bote con las manos. El sol me quemaba la espalda desnuda. Al fin, cuando avisté el puente de Walton al otro lado de la curva, quedé completamente exhausto y desembarqué en la orilla de Middlesex, tendiéndome entre las altas hierbas. Creo que serían las cuatro o las cinco de la tarde. Me levanté al fin, y caminé por espacio de media milla sin encontrar a nadie, y me tendí de nuevo a la sombra de un seto.

Creo recordar que durante esa caminata estuve hablando conmigo mismo sin saber qué decía. También sentía mucha sed y lamenté no haber bebido más agua. Lo curioso es que me sentí furioso contra mi esposa; no sé por qué causa, pero mi impotente

deseo de llegar a Leatherhead me preocupaba en exceso.

No recuerdo claramente la llegada del cura. Quizá me quedé dormido. Lo que sé es que le vi allí sentado con la vista fija en los resplandores que iluminaban el cielo.

Me senté y mi movimiento atrajo su atención.

—¿Tiene agua? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Hace una hora que pide usted agua —me dijo.

Por un momento guardamos silencio mientras nos contemplábamos. Me figuro que habrá visto en mí a un ser muy extraño. No tenía otra ropa que los pantalones y calcetines; mi espalda estaba enrojecida por el sol, y mi cara ennegrecida por el humo.

Él, por su parte, parecía hombre de carácter muy débil a juzgar por su barbilla hundida y sus ojos de un azul pálido incapaces de mirar de frente. Habló de pronto, volviendo la vista hacia otro lado.

—¿Qué significa esto? —dijo—. ¿Qué significa?

Le miré sin responderle.

Él extendió una mano blanca y delgada y dijo en tono quejoso:

—¿Por qué se permiten estas cosas? ¿Qué pecados hemos cometido? Había terminado el servicio de la mañana, iba yo caminando por el camino para aclararme las ideas, cuando ocurrió todo esto. ¡Fuego, terremoto, muerte! Como si estuviéramos en Sodoma y Gomorra. Deshechas todas nuestras obras... ¿Qué son estos marcianos?

—¿Qué somos nosotros? —repliqué aclarándome la garganta.

Él se tomó las rodillas con las manos y volvióse para mirarme de nuevo. Durante medio minuto nos contemplamos en silencio.

—Iba caminando para aclarar mis ideas —dijo—. De pronto..., ¡fuego, terremoto, muerte!

Volvió a callar, bajando la cabeza casi hasta las rodillas.

Poco después agitó una mano.

—Todas las obras..., las escuelas dominicales. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hizo Weybridge? Todo destruido. ¡La iglesia! La reconstruimos hace apenas tres años. ¡Desaparecida! ¡Aplastada! ¿Por qué?

Otra pausa y volvió a hablar como si hubiera enloquecido.

—¡El humo de su fuego se eleva por siempre jamás! —gritó.

Refulgieron sus ojos y señaló hacia Weybridge con el dedo.

Para ese entonces ya me había dado cuenta de lo que le ocurría. Evidentemente, era un fugitivo de Weybridge, y la tremenda tragedia en la que se viera envuelto habíale privado, en parte, de la razón.

—¿Estamos lejos de Sunbury? —le pregunté en el tono más natural posible.

—¿Qué podemos hacer? —dijo él—. ¿Están en todas partes esos monstruos? ¿Es que la Tierra les pertenece ahora?

—¿Estamos lejos de Sunbury?

—Esta misma mañana celebré una misa...

—Las cosas han cambiado —le dije en tono sereno—. No debemos perder la cabeza. Todavía quedan esperanzas.

—¡Esperanzas!

—Sí, y muchas..., a pesar de toda esta destrucción.

Comencé a explicarle mi punto de vista respecto a nuestra situación. Al principio me escuchó; mas a medida que yo continuaba, sus ojos volvieron a tornarse opacos y apartó la vista.

—Esto debe ser el principio del fin —dijo interrumpiéndome—. ¡El fin! ¡El día terrible del Señor! Cuando los hombres pidan a las montañas y las rocas que les caigan encima y les oculten para no ver el rostro de Él, que estará sentado sobre su trono.

Cesé entonces en mis laboriosos razonamientos, me puse de pie y, parado junto a él, le apoyé una mano sobre el hombro.

—Sea hombre —le dije—. El miedo le hace desvariar. ¿De qué sirve la religión si deja de existir ante las calamidades? Piense en lo que ya hicieron a los hombres los terremotos, inundaciones, guerras y volcanes. ¿Creía usted que Dios había exceptuado a Weybridge?... ¡Vamos, hombre, Dios no es un agente de seguros!

Por un rato estuvimos callados.

—¿Pero cómo podemos escapar? —me preguntó él de pronto—. Son invulnerables, no conocen la piedad...

—Ni lo uno ni quizá lo otro —repuse—. Y cuanto más poderosos sean, más sensatos y precavidos debemos ser nosotros. Hace menos de tres horas lograron matar a uno de ellos no muy lejos de aquí.

—¿Lo mataron? —exclamó mirando a su alrededor—. ¿Cómo es posible que se pueda matar a un enviado del Señor?

—Yo mismo lo vi —manifesté, y le narré el incidente—.

Nosotros nos encontramos en lo peor de la batalla, eso es todo.

—¿Qué son esos destellos en el cielo? —me preguntó de pronto.
Le expliqué que era un heliógrafo, que hacía señales.

—Estamos en el centro de las actividades bélicas, aunque esté todo tan tranquilo —manifesté—. Ese destello en el cielo indica que se aproxima una batalla. De aquella parte están los marcianos y hacia el lado de Londres, donde se levantan las colinas alrededor de Richmond y Kinston, están cavando trincheras y formando terraplenes que sirvan de parapeto a los cañones y las tropas. Dentro de poco volverán por aquí los marcianos...

Mientras hablaba yo así, el cura se levantó de un salto y me interrumpió con un ademán.

—¡Escuche! —dijo.

Desde el otro lado de las colinas, más allá del agua, nos llegó el estampido apagado de los cañones distantes y gritos apenas audibles.

Luego reinó el silencio. Un escarabajo pasó zumbando sobre el seto y siguió su vuelo.

En el oeste veíase la luna, que brillaba débilmente sobre el humo procedente de Weybridge y Shepperton.

—Será mejor que sigamos este sendero hacia el norte —dije.

14 - En Londres

Mi hermano menor estaba en Londres cuando los marcianos atacaron Woking. Era estudiante de medicina y se estaba preparando para un examen, motivo por el cual no se enteró de la llegada de los visitantes del espacio hasta el sábado por la mañana.

Los diarios de ese día publicaban, además de varios artículos especiales sobre el planeta Marte, un telegrama conciso y vago, que resultó aún más intrigante por su brevedad.

Alarmados por la proximidad de una multitud, los marcianos habían matado a cierto número de personas con un arma muy rápida, según explicaba el telegrama. El mensaje concluía con estas palabras: «Aunque son formidables, los marcianos no han salido del pozo en que cayeron y parecen incapaces de hacerlo. Probablemente se debe esto a la mayor atracción de la gravedad terrestre». Sobre este punto basaron los editorialistas sus artículos.

Naturalmente, todos los estudiantes de la clase de biología a la que asistía mi hermano estaban muy interesados, pero en la calle no hubo señales de más excitación que la de costumbre.

Los diarios de la tarde aprovecharon en todo lo posible las pocas noticias que tenían. No podían contar nada que no fueran los movimientos de las tropas en los alrededores del campo comunal y el incendio de los bosques entre Woking y Weybridge.

Luego, a las ocho, la *Gazette*
St. James's

lanzó una edición especial, en la cual anunció la interrupción de las comunicaciones telegráficas. Se atribuyó este inconveniente a la caída de los pinos ardientes sobre la línea. Aquella noche no se supo nada más respecto a la lucha.

Mi hermano no sintió la menor ansiedad con respecto a nosotros, pues sabía por las noticias periodísticas que el cilindro se hallaba a dos millas de mi casa. Decidió ir aquella noche a visitarme, a fin de ver a los marcianos antes que los mataran. Despachó un telegrama —que no llegó a su destino— alrededor de

las cuatro y pasó la velada en un salón de conciertos.

Aquel sábado por la noche también hubo una tormenta en Londres y mi hermano llegó a la estación de Waterloo en un coche de plaza. En la plataforma de la que suele partir el tren de medianoche se enteró al cabo de un rato de que un accidente impedía la llegada de trenes hasta Woking. No pudo averiguar qué clase de accidente había ocurrido, pues ni las autoridades ferroviarias lo sabían.

No hubo ningún revuelo en la estación, ya que los funcionarios de la empresa hacían correr los trenes de esa hora por Virginia Water o Guildford, en lugar de hacerlos pasar, como siempre, por Woking. También estaban ocupados en hacer los arreglos necesarios para alterar la ruta de Southampton y Portsmouth, que sirven los trenes de excursión dominical. Exceptuando a los altos jefes del ferrocarril, pocas personas relacionaron con los marcianos la interrupción de las comunicaciones.

En otro relato de estos acontecimientos he leído que el domingo por la mañana «se sobresaltó todo Londres ante las noticias de Woking». A decir verdad, no había nada que justificara frase tan extravagante. Muchos de los habitantes de Londres no oyeron hablar de los marcianos hasta el pánico del lunes por la mañana. Los que se enteraron tardaron un tiempo en comprender plenamente el significado de los telegramas que publicaban los diarios del domingo. La mayoría de los habitantes de Londres no lee los diarios de ese día.

Además, la convicción de la seguridad personal está tan grabada en la mente del londinense y es tan común que los diarios exageren las cosas, que pudieron leer sin el menor temor la siguiente noticia:

«Alrededor de las siete de anoche los marcianos salieron del cilindro, y avanzando bajo el amparo de una armadura de escudos metálicos, han destruido por completo la estación Woking con sus casas adyacentes y a todo un batallón del Regimiento de Cardigan. No se conocen detalles. Las ametralladoras Maxim resultan completamente inútiles contra sus armaduras y los cañones fueron inutilizados por ellos. Los húsares van hacia Chertsey. Los marcianos parecen avanzar lentamente hacia Chertsey y Windsor. Hay gran ansiedad en West Surrey y se están cavando trincheras y levantando terraplenes para contener su avance hacia Londres».

Así fue como publicó el *Sunday Sun* la noticia, y un artículo muy bien redactado que apareció en el *Referee* comparó los acontecimientos con lo que ocurriría si se soltaran todas las fieras de un zoológico en una aldea.

En Londres nadie sabía nada respecto a la naturaleza de los marcianos y todavía persistía la idea de que los monstruos debían ser muy torpes: «Se arrastran trabajosamente» era la expresión empleada en todas las primeras noticias respecto a ellos. Ninguno de los telegramas pudo haber sido escrito por un testigo presencial.

Los diarios dominicales lanzaron a la calle diversas ediciones a medida que llegaban las noticias. Algunos lo hicieron aun sin tenerlas. Mas no hubo nada nuevo que decir al pueblo hasta la caída de la tarde, cuando las autoridades dieron a las agencias de prensa las noticias que tenían. Se afirmaba que los habitantes de Walton y Weybridge, así como también de todo el distrito circundante, marchaban por los caminos en dirección a la capital. Eso era todo.

Por la mañana, mi hermano fue a la iglesia del Hospital de Huérfanos sin saber todavía lo que había pasado la noche anterior. En el templo oyó alusiones sobre la invasión y el cura dijo una misa por la paz.

Al salir compró el *Referee*. Se alarmó al leer las noticias y de nuevo fue a la estación Waterloo para ver si se habían restablecido las comunicaciones. La gente que andaba por la calle no parecía afectada por las extrañas novedades que proclamaban los vendedores de diarios. Se interesaban, sí, y si se sentían alarmados era sólo por los residentes de las poblaciones que se mencionaban.

En la estación se enteró por primera vez de que estaban interrumpidas las líneas de Windsor y Chertsey. Los empleados le dijeron que se habían recibido varios telegramas extraños desde las estaciones de Byfleet y Chertsey, pero que ya no llegaba ninguna noticia más. Mi hermano no pudo obtener informes precisos al respecto. Todo lo que le dijeron fue que se estaba librando una batalla en los alrededores de Weybridge.

El servicio de trenes estaba muy desorganizado. En la estación había muchas personas que esperaban amigos procedentes del sudoeste. No eran pocos los que protestaban contra la falta de seriedad de la empresa.

Llegaron dos trenes procedentes de Richmond, Putney y Kingston con la gente que había ido a pasar el día a orillas del río. Los viajeros encontraron cerrados los muelles y se volvieron. Uno de ellos dio a mi hermano noticias muy extrañas.

—Hay muchísima gente que llega a Kingston en carros y coches cargados de todos sus efectos personales —dijo—. Vienen de Molesey, Weybridge y Walton, y dicen que en Chertsey se han oído muchos cañonazos y que los soldados de caballería les han dicho que se vayan enseguida porque llegan los marcianos. Nosotros oímos cañonazos en la estación de Hampton Court, pero creíamos que eran truenos. ¿Qué diablos significa todo esto? Los marcianos no pueden salir de su pozo, ¿verdad?

Mi hermano no pudo decirle nada.

Después descubrió que la alarma había cundido a los clientes de los trenes subterráneos y que los excursionistas de los domingos comenzaban a volver de todas las estaciones del sudoeste a hora demasiado temprana; pero nadie sabía nada concreto. Todos los que llegaban a las estaciones parecían estar de mal humor.

Alrededor de las cinco se produjo gran revuelo en la estación al habilitarse la línea entre las estaciones sudeste y sudoeste para permitir el paso de grandes cañones y gran número de soldados. Éstas eran las armas que llevaron a Woolwich y Chatham para proteger a Kingston. Los curiosos hicieron comentarios festivos, que fueron contestados de igual guisa por los reclutas.

—¡Los comerán!

—Somos los domadores de fieras.

Y otras frases por el estilo.

Poco después llegó un pelotón de policías, que hizo retirar a la gente de los andenes. Mi hermano salió entonces a la calle.

Las campanas de las iglesias llamaban para el servicio vespertino y un grupo de jóvenes del Ejército de Salvación llegó cantando por el camino de Waterloo. Sobre el puente había cierto número de holgazanes que observaban una escoria rara de color castaño que llegaba por el río. Poníase el sol y contra un cielo espléndido se recortaban las siluetas de la Torre del Reloj y de la Casa del Parlamento. Alguien comentó algo acerca de un cuerpo que flotaba en el agua. Uno de los mirones, que afirmaba ser reservista, dijo a mi hermano que había visto hacia el oeste los destellos de un

heliógrafo.

En la calle Wellington mi hermano se encontró con dos individuos mal entrazados que salían de la calle Fleet con diarios recién impresos y llevaban grandes cartelones.

—¡Horrible catástrofe! —gritaban ambos mientras corrían por Wellington—. ¡Una batalla en Weybridge! ¡Descripción completa! ¡Se rechaza a los marcianos! ¡Londres, en peligro!

Tuvo que pagar tres peniques por un ejemplar de ese diario.

Sólo entonces comprendió, en parte, la amenaza que representaban los monstruos. Supo que no eran un simple puñado de criaturas pequeñas y torpes, sino que poseían mentes inteligentes que gobernaban enormes cuerpos mecánicos y que podían trasladarse con rapidez y atacar con tal efectividad, que aun los cañones más poderosos no eran capaces de detenerlos.

Se los describía como «gigantescas máquinas similares a arañas de casi treinta metros de altura, capaces de desarrollar la velocidad de un tren expreso y dueñas de un arma que despedía un rayo de calor potentísimo». Habíanse instalado baterías en la región de los alrededores de Horsell y especialmente entre los distritos de Woking y Londres. Cinco de las máquinas fueron avistadas cuando avanzaban hacia el Támesis y una de ellas, por gran casualidad, fue destruida. En los otros casos erraron las balas y las baterías fueron aniquiladas de inmediato por el rayo calórico. Se mencionaban grandes bajas de soldados, pero el tono general del despacho era optimista.

Los marcianos habían sido rechazados; por tanto, no eran invulnerables. Se retiraron de nuevo a su triángulo de cilindros, en el círculo que rodeaba a Woking. Los soldados del Cuerpo de Señales avanzaban hacia ellos desde todas direcciones. Desde Windsor, Portsmouth, Aldershot y Woolwich llegaban cañones de largo alcance, y del norte se esperaba uno de noventa y cinco toneladas. Un total de ciento dieciséis estaban ya en posición, casi todos protegiendo la capital. Era la primera vez que se efectuaba una concentración tan rápida e importante de material de guerra.

Se esperaba que cualquier otro cilindro que cayera fuese destruido de inmediato por explosivos de alta potencia, los cuales se estaban ya fabricando y distribuyendo. Sin duda alguna, continuaba el despacho, la situación era grave, pero se recomendaba al público

que no se dejara dominar por el pánico. Se admitía que los marcianos eran criaturas extrañas y extremadamente peligrosas, mas no podía haber más que veinte de ellos contra nuestros millones.

A juzgar por el tamaño de los cilindros, las autoridades suponían que no había más de cinco tripulantes en cada uno de ellos, o sea, un total de quince. Por lo menos, se había dado muerte a uno y quizá a más. El público sería advertido con tiempo de la proximidad del peligro y se estaban tomando grandes precauciones para proteger a los habitantes de los suburbios del sudoeste, que estaban ahora amenazados. Y así, con reiteradas manifestaciones acerca de que Londres estaba a salvo y la seguridad de que las autoridades podían hacer frente a las dificultades, se cerraba esta quasi proclamación.

Todo esto estaba impreso en letras grandes, y tan fresca era la tinta que el diario estaba húmedo. No hubo tiempo para agregar ningún comentario. Según mi hermano, resultaba curioso ver cómo se había sacrificado el resto de las noticias para ceder espacio a lo que antecede.

Por toda la calle Wellington veíase a la gente que compraba los diarios para leerlos, y de pronto se oyeron en el Strand las voces de los otros vendedores, que seguían a los primeros. La gente descendía de los vehículos colectivos para comprar ejemplares. No hay duda que, fuera cual fuese su apatía primera, la gente sintióse muy excitada ante estas novedades. El dueño de una casa de mapas del Strand quitó los postigos a su escaparate y se puso a exhibir en él varios mapas de Surrey.

Mientras marchaba por el Strand en dirección a Trafalgar Square con el diario bajo el brazo, mi hermano vio a varios de los fugitivos que llegaban a West Surrey.

Había un hombre que guiaba un carro como el de los verduleros. En el vehículo viajaban su esposa y sus dos hijos junto con algunos muebles. Llegó desde el puente de Westminster, y tras él se vio un carretón de cargar heno con cinco o seis personas de aspecto muy respetable, que llevaban consigo numerosas cajas y paquetes. Estaban todos muy pálidos y su apariencia contrastaba notablemente con la de los bien ataviados pasajeros que los miraban desde los ómnibus.

Se detuvieron en la plaza como si no supieran qué camino seguir y, al fin, tomaron hacia el este por el Strand. Poco más atrás llegó un hombre con ropas de trabajo, que montaba una de esas bicicletas antiguas con una rueda más pequeña que la otra. Estaba muy sucio y tenía el rostro blanco como la tiza.

Mi hermano tomó entonces hacia Victoria y se cruzó con otros refugiados. Se le ocurrió la vaga idea de que quizá me viera a mí. Notó que había un gran número de policías regulando el tránsito. Algunos de los fugitivos cambiaban noticias con la gente de los vehículos colectivos. Uno afirmaba haber visto a los marcianos.

—Son calderas sobre trípodes y caminan como hombres —declaró.

Casi todos mostrábanse muy animados por su extraña aventura.

Más allá de Victoria, las tabernas hacían gran negocio con los recién llegados. En todas las esquinas veíanse grupos de personas leyendo diarios, conversando animadamente o mirando con gran curiosidad a los extraordinarios visitantes. Éstos parecieron aumentar de número al avanzar la noche, hasta que, al fin, las calles estuvieron tan atestadas como la de Epsom el día del Derby. Mi hermano dirigió la palabra a varios de los fugitivos, mas no pudo averiguar nada concreto.

Ninguno de ellos le dio noticias de Woking, hasta que encontró a uno que le dijo que Woking había sido enteramente destruido la noche anterior.

—Vengo de Byfleet —manifestó el individuo—. Esta mañana temprano pasó por la aldea un hombre, que llamó en todas las puertas para avisarnos que nos fuéramos. Después llegaron los soldados. Salimos a mirar y vimos grandes nubes de humo hacia el sur. Nada más que humo, y desde ese lado no llegó nadie. Después oímos los cañones de Chertsey y vimos a la gente que venía de Weybridge. Por eso cerré mi casa y me vine a la capital.

En esos momentos predominaba en la calle la idea de que las autoridades tenían la culpa por no haber podido terminar con los invasores sin tanto inconveniente para la población.

Alrededor de las ocho, en todo el sur de Londres se oyeron claramente numerosos cañonazos. Mi hermano no pudo oírlos a causa del ruido del tránsito en las calles principales, pero al tomar por las callejas menos concurridas para ir hacia el río le fue posible

captar con toda claridad los estampidos.

Regresó de Westminster a su apartamento de Regent Park cerca de las dos. Ya se sentía muy preocupado por mí y le inquietaba la evidente magnitud del peligro. Como lo hiciera yo el sábado, pensó mucho en los detalles militares del asunto y en todos los cañones que esperaban en la campiña, así como también en los fugitivos. Con un esfuerzo mental trató de imaginar cómo serían las «calderas sobre trípodes» de treinta metros de altura.

Dos o tres carros cargados de refugiados pasaron por la calle Oxford y varios iban por el camino de Marylebone; pero con tanta lentitud cundían las noticias, que la calle Regent y el camino de Portland estaban atestados de sus paseantes dominicales de costumbre, aunque notábase ahora que muchos formaban grupos para cambiar ideas, y por Regent Park había tantas parejas conversando bajo los faroles de gas como en otras oportunidades. La noche estaba cálida y tranquila, así como también algo opresiva, y el estampido de los cañonazos continuó de manera intermitente. A medianoche pareció que hubiera relámpagos en dirección al sur.

Mi hermano leyó el diario temiendo que me hubiera ocurrido lo peor. Estaba inquieto, y después de la cena salió de nuevo a pasear sin rumbo. Regresó y en vano quiso distraer su atención dedicándose al estudio. Acostóse poco después de medianoche, y en la madrugada del lunes le despertó el ruido distante de las llamadas a las puertas, de pies que corrían, de tambores lejanos y de campanadas. Sobre el cielo raso vio reflejos rojos. Por un momento quedóse asombrado, preguntándose si había llegado el día o si el mundo estaba loco. Después saltó del lecho para correr hacia la ventana.

Su habitación era un ático, y al asomar la cabeza se repitió en toda la manzana el ruido que produjera su ventana al abrirse y en otras aberturas aparecieron otras cabezas como la suya. Alguien comenzó a formular preguntas.

—¡Ya llegan! —gritó un policía llamando a una puerta—. ¡Llegan los marcianos!

Acto seguido corrió hacia la puerta contigua. El batir de tambores y las notas de un clarín acercábanse desde el cuartel de la calle Albany y todas las iglesias de los alrededores mataban el sueño con el repiqueteo de sus campanas. Oíanse puertas que se abrían y

todas las ventanas de la manzana se iluminaron.

Calle arriba llegó velozmente un carruaje cerrado, que pasó haciendo gran ruido sobre las piedras de la calle y se perdió en la distancia. Poco después llegaron dos coches de plaza, los precursores de una larga procesión de vehículos, que iban en su mayor parte hacia la estación Chalk Farm, donde cargaban entonces los trenes especiales del noroeste en lugar de hacerlo desde Euston.

Durante largo rato estuvo mi hermano asomado a la ventana, lleno de asombro, mirando a los policías, que llamaban a todas las puertas y comunicaban su incomprensible mensaje. Luego se abrió la puerta de su habitación y entró el vecino que ocupaba el cuarto del otro lado del corredor. El hombre vestía pantalones, camisa y zapatillas; llevaba colgando los tirantes y tenía el cabello en desorden.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó—. ¿Es un incendio? ¡Qué bochinche endiablado!

Ambos se asomaron por la ventana, esforzándose por oír lo que gritaban los agentes de policía. La gente salía de las calles laterales y formaba grupos en las esquinas.

—¿Qué demonios pasa? —volvió a preguntar el vecino. Mi hermano le respondió algo vago y empezó a vestirse, yendo entre prenda y prenda hasta la ventana para no perder nada de lo que sucedía en las calles. Al poco rato llegaron hombres que vendían diarios.

—¡Londres en peligro de sofocación! —gritaban—. ¡Han caído las defensas de Kingston y Richmond! ¡Horribles desastres en el valle del Támesis!

Y todo a su alrededor: en los cuartos de abajo, en las casas de ambos lados y de la acera opuesta, y detrás, en Park Terrace y en un centenar de otras calles de aquella parte de Marylebone y del distrito de Westbourne Park y St. Paneras; hacia el oeste y noroeste, en Kilburn, en

St. John's

Wood y en Hampstead; hacia el este, en Shoreditch, Highbury, Haggerston y Hoxton, y, en suma, en toda la vasta ciudad de Londres, desde Ealing hasta East Ham, la gente se restregaba los ojos y abría las ventanas para mirar hacia fuera y formular preguntas, y se vestía apresuradamente cuando los primeros soplos

de la tormenta del temor empezaban a recorrer las calles. Aquello fue el alba del gran pánico. Londres, que el domingo por la noche se había acostado estúpido e inerte, despertó en la madrugada del lunes para hacerse cargo de la inminencia del peligro. Como desde su ventana no podía enterarse de lo que pasaba, mi hermano bajó a la calle en el momento en que el cielo se teñía de rosa con la llegada del alba. La gente, que huía a pie y en toda clase de vehículos, tornábase cada vez más numerosa.

—¡Humo negro! —gritaban unos y otros. Fue inevitable que cundiera el terror y se contagiaran todos de la misma enfermedad. Mientras mi hermano vacilaba sobre el escalón de la puerta, vio que se acercaba otro vendedor de diarios y adquirió uno. El hombre corría con todos los demás y al mismo tiempo iba vendiendo sus diarios a un chelín el ejemplar... Grotesca combinación de pánico y ansia lucrativa.

Y en ese diario leyó mi hermano el catastrófico despacho del comandante en jefe:

«Los marcianos están descargando enormes nubes de vapor negro y ponzoñoso por medio de cohetes. Han destrozado nuestras baterías, destruido Richmond, Kingston y Wimbledon, y avanzan lentamente hacia Londres, arrasando todo lo que hay a su paso. Es imposible detenerlos. La única manera de salvarse del humo negro es la fuga inmediata».

Eso era todo, pero bastaba. Toda la población de la gran ciudad, de seis millones de habitantes, se ponía en movimiento y echaba a correr; no tardaría mucho en huir en masa hacia el norte.

—¡Humo negro! —gritaban las voces—. ¡Fuego!

Las campanas de las iglesias doblaban sin cesar. Un carro guiado con poca habilidad se volcó en medio de los gritos de sus ocupantes y fue a dar contra una fuente. Las luces se encendían en todas las casas y algunos de los coches que pasaban tenían todavía sus faroles encendidos. Y en lo alto del cielo acrecentábase la luz del nuevo día.

Mi hermano oyó que corrían todos en las habitaciones y subían y bajaban las escaleras. La casera llegó a la puerta envuelta en un salto de cama y seguida por su esposo.

Cuando se dio cuenta de todas estas cosas volvió apresuradamente a su cuarto, puso en sus bolsillos las diez libras

que constituían todo su capital y volvió a salir a la calle.

15 - Lo que sucedió en Surrey

Los marcianos habían renovado su ofensiva cuando el cura y yo nos hallábamos hablando cerca de Halliford y mientras mi hermano observaba a los grupos de fugitivos que llegaban por el puente de Westminster.

Según puede conjeturarse por los relatos diversos que se hicieron de sus actividades, la mayoría de ellos estuvieron haciendo sus preparativos en el pozo de Horsell hasta las nueve de aquella noche, apresurando un trabajo que provocó grandes cantidades de humo verde.

Tres de ellos salieron alrededor de las ocho, y avanzando lenta y cautelosamente pasaron por Byfleet y Pyrford en dirección a Ripley y Weybridge, llegando así a la vista de las baterías, que esperaban el momento de entrar en acción.

Estos marcianos no avanzaron unidos, sino a una distancia de milla y media uno de otro, y se comunicaron por medio de aullidos, como el ulular de una sirena.

Fueron estos aullidos y los cañonazos procedentes de St. George Hill los que oímos nosotros en Upper Halliford. Los artilleros de Ripley, voluntarios de poca experiencia, que nunca debieron haber ocupado aquella posición, dispararon una andanada prematura e inútil y escaparon a pie y a caballo por la aldea desierta. El marciano al que atacaron marchó tranquilamente hasta sus cañones, sin usar siquiera su rayo calórico, avanzó por entre las piezas de artillería y cayó inesperadamente sobre los cañones de Painshill Park, los cuales destruyó por completo.

Pero los soldados de St. George Hill estaban mejor dirigidos o eran más valientes. Ocultos en un bosquecillo como estaban, parecen haber tomado por sorpresa al marciano que se hallaba más próximo a ellos. Apuntaron sus armas tan deliberadamente como si hicieran prácticas de tiro e hicieron fuego desde una distancia de

mil metros.

Las granadas estallaron todas alrededor del monstruo y le vieron avanzar unos pasos más, tambalearse y caer. Todos gritaron jubilosos e inmediatamente volvieron a cargar los cañones. El marciano derribado lanzó un prolongado grito ululante y de inmediato le respondió uno de sus compañeros apareciendo por entre los árboles del sur.

Una de las granadas había destruido una pata del trípode que sostenía al marciano caído. La segunda descarga no hizo blanco, y los otros dos marcianos hicieron funcionar simultáneamente sus rayos calóricos apuntando a la batería. Estalló la munición, se incendiaron los pinos de los alrededores y sólo escaparon uno o dos de los artilleros, que ya corrían sobre la cima de la colina.

Después de esto parece que los tres gigantes sostuvieron una conferencia y se detuvieron, y los exploradores que los observaban afirman que permanecieron allí parados durante la siguiente media hora.

El marciano que fuera derribado salió muy despacio de su capuchón y se puso a reparar el daño sufrido por uno de los soportes de su máquina. Alrededor de las nueve ya había terminado, y se volvió a ver su capuchón por encima de los árboles.

Eran las nueve y algunos minutos cuando llegaron hasta los tres centinelas otros cuatro marcianos, que llevaban gruesos tubos negros. Uno de estos tubos fue entregado a cada cual de los tres y los siete se distribuyeron entonces a igual distancia entre sí, formando una línea curva entre St. George Hill, Weybridge y la aldea de Send, al sudoeste de Ripley.

Tan pronto comenzaron a moverse volaron de las colinas una docena de cohetes, que advirtieron del peligro a las baterías de Ditton y Esher. Al mismo tiempo, cuatro de los gigantes, similarmente armados con tubos, cruzaron el río, y a dos de ellos vimos el cura y yo cuando avanzábamos trabajosamente por el camino que se extiende al norte de Halliford. Nos pareció que se movían sobre una nube, pues una neblina blanca cubría los campos y se elevaba hasta una tercera parte de su altura.

Al ver el espectáculo, el cura lanzó un grito ahogado y echó a correr; pero yo sabía que era inútil escapar de esa manera y me volví hacia un costado para internarme por entre los matorrales y

bajar a la ancha zanja que bordea el camino. Él volvió la cabeza, vio lo que hacía yo y fue a unirse conmigo.

Los dos marcianos se detuvieron, el más próximo mirando hacia Sunbury, y el otro, en dirección a Staines, a bastante distancia.

Habían cesado sus aullidos y ocuparon sus posiciones en la extensa línea curva en el silencio más absoluto. Esta línea era una especie de media luna de doce millas de largo. Jamás se ha iniciado una batalla con tanto silencio. Para nosotros y para algún observador situado en Ripley, el efecto hubiera sido el mismo: los marcianos parecían estar en plena posesión de todo lo que cubría la noche, iluminada sólo por la luna, las estrellas y los últimos resplandores ya débiles del día fenecido.

Pero enfrentando a esa media luna desde todas partes, en Staines, Hounslow, Ditton, Esher, Ockham, detrás de las colinas y bosques del sur del río y al otro lado de las campiñas del norte, se hallaban los cañones.

Estallaron los cohetes de señales y llovieron sus chispas fugazmente en lo alto del cielo, y los que servían a los cañones se dispusieron a la lucha. Los marcianos no tenían más que avanzar hacia la línea de fuego e inmediatamente estallaría la batalla.

Sin duda alguna, la idea que predominaba en la mente de todos, tal como ocurría conmigo, era la referente al enigma de lo que los marcianos pensaban de nosotros. ¿Se darían cuenta de que estábamos organizados, teníamos disciplina y trabajábamos en conjunto? ¿O interpretaban nuestros cohetes, el estallido de nuestras granadas y nuestra constante vigilancia de su campamento como interpretaríamos nosotros la furiosa unanimidad de ataque en un enjambre de abejas cuya colmena hubiéramos destruido? ¿Soñaban que podrían exterminarnos?

Un centenar de preguntas similares presentábanse a mi mente mientras vigilaba al centinela. Además, tenía yo presente las fuerzas ocultas que se hallaban en dirección a Londres. ¿Habrían preparado trampas? ¿Estaban listas las fábricas de Hounslow? ¿Tendrían los londinenses el coraje de defender su ciudad hasta el fin?

Luego, al cabo de una espera que nos resultó interminable, oímos el estampido distante de un cañonazo. Siguió otro y luego otro más cercano. Y entonces el marciano que se hallaba próximo a nosotros levantó su tubo y lo descargó como una pistola,

produciendo un estampido estruendoso que hizo temblar el suelo. Lo mismo hizo el gigante que estaba hacia el lado de Staines. No hubo fogonazo ni humo, sólo se produjo la detonación. Me llamaron tanto la atención esas armas y las detonaciones continuadas, que olvidé el riesgo y trepé hasta el matorral para mirar hacia Sunbury. Cuando hice esto, una segunda detonación y un proyectil de buen tamaño pasó por el aire en dirección a Hounslow.

Esperé, por lo menos, ver humo o fuego u otra evidencia de efectividad. Mas todo lo que vi fue el cielo azul profundo, con una estrella solitaria, y la neblina blanca que se extendía sobre la tierra. Y no hubo otro golpe ni una explosión que hiciera eco a la primera. Volvió a reinar el silencio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el cura acercándoseme.

—¡Sólo el cielo lo sabe! —repuse.

Pasó un murciélago, que se perdió en la distancia. Comenzó luego un distante tumulto de gritos, que cesó de pronto. Miré de nuevo al marciano y vi que iba ahora hacia el este con paso rápido y bamboleante.

A cada momento esperaba yo que disparara contra él alguna de las baterías ocultas, pero el silencio de la noche no fue interrumpido por nada. La figura del marciano fue tornándose más pequeña a medida que se alejaba y, al fin, se lo tragaron la neblina y las sombras de la noche. Siguiendo un mismo impulso, ambos trepamos más arriba. En dirección a Sunbury se veía algo oscuro, como si hubiera crecido súbitamente por allí una colina cónica que nos impidiera ver más allá, y luego, algo más lejos, por el lado de Walton, vimos otro bulto similar. Esas formas elevadas se fueron tornando más bajas y anchas mientras las mirábamos.

Impulsado por una idea súbita, miré hacia el norte y percibí por allí la tercera de aquellas lomas negras.

Reinaba un silencio de muerte. Hacia el sudeste oímos entonces a los marcianos, que aullaban para comunicarse unos con otros, y luego volvió a temblar el aire con el distante detonar de sus armas. Pero la artillería terrestre no respondió al ataque.

En ese momento no comprendimos de qué se trataba; pero después me enteraría yo del significado de aquellas lomas que formaran sobre la tierra. Cada uno de los marcianos que integraban la línea de avanzada que he descrito había descargado por medio

del tubo un enorme recipiente sobre las colinas, arboladas, grupos de casas u otro refugio posible para los cañones. Algunos dispararon sólo uno de los recipientes; otros, dos, como el que viéramos nosotros; se dice que el de Ripley descargó no menos de cinco.

Los recipientes se rompían al dar en tierra —no estallaban—, y al instante dejaban en libertad un enorme volumen de un vapor pesado que se levantaba en una especie de nube: una loma gaseosa que se hundía y se extendía lentamente sobre la región circundante. Y el contacto de aquel vapor significaba la muerte para todo ser que respira.

Este vapor era pesado, mucho más que el humo más denso, de modo que después de haberse elevado al romperse el recipiente, volvía a hundirse por el aire y corría sobre el suelo más bien como un líquido, abandonando las colinas y extendiéndose por los valles, zanjas y corrientes de agua, tal como lo hace el gas de ácido carbónico que emerge de las fisuras volcánicas. Y al entrar en contacto con el agua se operaba una transformación química y la superficie del líquido quedaba cubierta instantáneamente por una escoria, que se hundía con lentitud para dejar sitio al resto de la sustancia. Esta escoria era insoluble y resulta extraño que —a pesar del efecto mortal del gas— se pudiera beber el agua así contaminada sin sufrir daño alguno.

El vapor no se disipaba como lo hace el verdadero gas. Quedaba unido en montones, corriendo lentamente por la tierra y cediendo muy poco a poco al empuje del viento para hundirse, al fin, en la tierra en forma de polvo. Con excepción de que un elemento desconocido da un grupo de cuatro líneas en el azul del espectro, nada sabemos sobre la naturaleza de esta sustancia.

Una vez terminada su dispersión, el humo negro se adhería tanto al suelo, aun antes de su precipitación, que a quince metros de altura, en los techos y en los pisos superiores de las casas altas, así como también en los árboles, existía la posibilidad de escapar a sus efectos ponzoñosos, como quedó demostrado aquella noche en Street Chobham y Ditton.

El hombre que se salvó en el primero de estos lugares hace un relato notable de lo extraño de aquella corriente negra y de cómo la vio desde el campanario de la iglesia, así como también del aspecto que tenían las casas de la aldea al elevarse como fantasmas sobre

ese mar de tinta. Durante un día y medio permaneció allí, fatigado, medio muerto de hambre y quemado por el sol, viendo el cielo azul en lo alto y abajo la tierra como una extensión de terciopelo negro de la que sobresalían tejados rojos, las copas de los árboles y más tarde setos velados, portones y paredes.

Pero aquello fue en Street Chobham, donde el vapor negro quedó hasta hundirse por sí solo en la tierra. Por lo general, cuando ya había servido a sus fines, los marcianos lo eliminaban por medio de una corriente de vapor.

Esto hicieron con las lomas de vapor próximas a nosotros, mientras los observábamos desde la ventana de una casa abandonada de Upper Halliford, donde nos habíamos refugiado. Desde allí vimos moverse los reflectores sobre Richmond Hill y Kingston Hill, y alrededor de las once tembló la ventana y oímos el estampido de los grandes cañones de sitio que instalaran en aquellos lugares. Las detonaciones continuaron intermitentemente por espacio de un cuarto de hora, disparando granadas al azar contra los marcianos invisibles que se encontraban en Hampton y Ditton. Después se apagaron los pálidos rayos de la luz eléctrica y fueron reemplazados por un resplandor rojizo.

Luego cayó el cuarto cilindro, un brillante meteoro verde. Supe más tarde que había ido a dar en Bushey Park. Antes que entraran en acción los cañones de Richmond y Kingston hubo una andanada breve en dirección al sudoeste, y creo que fueron los artilleros, que dispararon sus armas antes que el vapor negro los envolviera.

De esta manera, y obrando tan metódicamente como lo harían los hombres para exterminar una colonia de avispa, los marcianos extendieron su vapor por todo el campo en dirección a Londres.

Los extremos de su fila se fueron separando lentamente hasta que, al fin, se hallaron extendidos desde Hanwell a Coombe y Malden. Durante toda la noche avanzaron con sus mortíferos tubos. Después que fue derribado el marciano en St. George Hill, ni una sola vez dieron a la artillería la oportunidad de hacer otro blanco. Donde hubiera la posibilidad de que se encontrase un arma oculta descargaban otro recipiente de vapor negro, y donde los cañones estaban a la vista, empleaban el rayo calórico.

Alrededor de medianoche, los árboles que ardían en las laderas de Richmond Park y el resplandor de Kingston Hill proyectaban su

luz sobre una capa de humo negro que cubría todo el valle del Támesis y se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Por este mar de tinta avanzaban dos gigantes, que lanzaban hacia todos lados sus chorros de vapor para limpiar el terreno.

Aquella noche los marcianos no emplearon mucho su rayo calórico, ya sea porque disponían de una cantidad limitada del material con que lo producían o porque no deseaban destruir el país, sino sólo terminar con la oposición que les presentaran. En esto último tuvieron el mayor éxito. El domingo por la noche terminó la oposición organizada contra sus movimientos. Después no hubo ya ningún grupo de hombres que pudiera enfrentárseles; tan inútil era la empresa. Aun las tripulaciones de los torpederos y destructores que subieron por el Támesis con sus embarcaciones se negaron a parar, se amotinaron y volvieron de nuevo la proa hacia el mar. La única operación ofensiva que se aventuraron a llevar a cabo los hombres después de aquella noche fue la preparación de minas y pozos, y aun en eso no se trabajó con mucho entusiasmo.

Sólo podemos suponer el destino corrido por las baterías de Esher, las cuales aguardaban con tanta expectación la llegada del enemigo. Sobrevivientes no hubo. Nos podemos imaginar el orden reinante; los oficiales de guardia; los artilleros listos; las balas al alcance de la mano; los servidores de las piezas con sus caballos y carros; los grupos de civiles, que esperaban tan cerca como les era permitido; la quietud de la noche; las ambulancias y las tiendas de los enfermeros con los heridos de Weybridge. Luego, el estampido apagado de los disparos que efectuaron los marcianos; el proyectil que volaba sobre árboles y casas para romperse en los campos cercanos.

También podemos imaginar el cambio de actitud de todos; el humo negro, que avanzaba rápidamente y se elevaba ennegreciéndolo todo para caer luego sobre sus víctimas; los hombres y caballos, velados por el gas, corriendo desesperados para ir a caer al fin; los cañones abandonados; los soldados debatiéndose en el suelo, y la expansión rápida del cono de humo opaco. Y luego, la noche y la muerte; nada más que una masa silenciosa de vapor que oculta a sus muertos.

Antes del amanecer, el vapor negro corría por las calles de Richmond, y el ya casi desintegrado organismo del gobierno hacía

un último esfuerzo, a fin de preparar a la población de Londres para la huida.

16 - El éxodo de Londres

Ya habrá imaginado el lector la rugiente ola de miedo que azotó la ciudad más grande del mundo al amanecer del lunes: la corriente de fuga, que se fue convirtiendo con rapidez en un torrente enfurecido en los alrededores de las estaciones ferroviarias, se convirtió en una lucha a muerte en los muelles del Támesis y buscó salida por todos los canales disponibles del norte y del este. A las diez de la mañana perdía coherencia la organización policial, y a mediodía se desplomaba por completo la de los ferrocarriles.

Todas las líneas ferroviarias del norte del Támesis y los habitantes del sudeste habían sido advertidos del peligro a la medianoche del domingo, y los trenes se llenaban con rapidez, mientras que la gente luchaba con salvajismo por conseguir espacio en los vagones.

A las tres de la tarde muchos eran aplastados y pisoteados, aun en la calle Bishopsgate; a doscientos metros de la estación de la calle Liverpool se disparaban revólveres, se apuñalaba a muchos y los agentes de policía que fueron enviados a dirigir el tránsito dejábanse llevar por la cólera y rompían las cabezas de las personas a las que debían proteger.

Y al avanzar el día y negarse los maquinistas y fogoneros a regresar a Londres, la presión del éxodo obligó a la multitud a alejarse de las estaciones y volcarse por los caminos que iban hacia el norte.

A mediodía habíase visto un marciano en Barnes y una nube de vapor negro, que se hundía lentamente, avanzaba por el Támesis y los llanos de Lamberth, impidiendo la huida por los puentes. Otra nube negra presentóse sobre Ealing y rodeó a un grupito de sobrevivientes que se hallaba en Castle Hill y que de allí no pudo descender.

Después de una inútil tentativa por subir a un tren del noroeste en Chalk Farm, mi hermano salió a ese camino, cruzó por entre un enjambre de vehículos y tuvo la suerte de ser uno de los primeros

que saquearon un negocio de venta de bicicletas. El neumático delantero de la máquina que obtuvo se abrió al sacarlo por el escaparate; pero sin darle importancia, montó en ella y partió sin otra herida que un golpe recibido en la muñeca.

La parte inferior de la empinada Haverstook Hill era impasable, debido a los cadáveres de numerosos caballos allí caídos, y mi hermano tomó entonces por el camino Belsize.

Así logró salvarse de lo peor del pánico, soslayando el camino Edgware y llegar a esta población alrededor de las siete, fatigado y con mucho apetito, pero muchísimo antes que la multitud.

A lo largo del camino se hallaba la gente apiñada, observando con gran curiosidad a los fugitivos. Allí le pasó un grupo de ciclistas, varios jinetes y dos automóviles. A una milla de Edgware se rompió la llanta delantera de su bicicleta y tuvo que abandonar la máquina y seguir camino a pie.

En la calle principal de la aldea había algunos comercios abiertos y los pobladores se agrupaban en las aceras, los portales y ventanas, mirando asombrados a la extraordinaria procesión de fugitivos que llegaba allí. Mi hermano consiguió obtener algo de alimento en una hostería.

Por un tiempo quedóse en Edgware, sin saber qué rumbo tomar. Los refugiados aumentaban en número. Muchos de ellos, como mi hermano, parecían dispuestos a quedarse en la aldea. No había nuevas noticias de los invasores de Marte.

A esa hora el camino estaba atestado, pero la congestión no era grave. La mayoría de los fugitivos montaban bicicletas, pero pronto se vieron algunos automóviles, coches de plaza y carruajes cerrados, que levantaban el polvo en grandes nubes por el camino hacia St. Albans.

La idea de ir hasta Chelmsford, donde tenía unos amigos, impulsó, al fin, a mi hermano a partir por un camino tranquilo que se extendía hacia el este. Poco después llegó a un portillo de molinete, y luego de transponerlo siguió un sendero que iba hacia el noroeste. Pasó cerca de varias granjas y algunas aldeas cuyos nombres ignoraba. Vio a pocos fugitivos, hasta que se encontró en el sendero de High Barnet con dos damas, que fueron luego sus compañeras de viaje. Llegó al lugar a tiempo para salvarlas.

Oyó sus gritos, y al correr para dar vuelta a la curva vio a un par

de individuos que se esforzaban por arrancarlas del cochecillo en el que viajaban, mientras que un tercero trataba de contener al nervioso caballo.

Una de las damas, mujer baja y vestida de blanco, no hacía más que gritar; pero la otra, una joven morena y esbelta, golpeaba con su látigo al hombre que la tenía sujeta por una muñeca.

Mi hermano se hizo cargo de la situación al instante, lanzó un grito y corrió hacia el lugar en que se desarrollaba la lucha. Uno de los hombres desistió de sus intenciones y volvióse hacia él. Al ver la expresión del otro, mi hermano comprendió que era inevitable una pelea, y como era un pugilista experto, lo atacó inmediatamente, derribándolo contra la rueda del vehículo.

No era ése el momento apropiado para mostrarse caballeresco, y acto seguido lo desmayó de un puntapié. Tomó luego por el cuello al que aprisionaba la muñeca de la dama. Oyó entonces ruido de cascos, sintió que el látigo le golpeaba entre los ojos, y el hombre al que asía se liberó y echó a correr por el camino.

Medio atontado, se encontró frente al que había contenido al caballo, y vio entonces que el coche se alejaba camino abajo meciéndose de un lado a otro y con ambas mujeres vueltas hacia él.

Su antagonista, que era un sujeto fornido, trató de abrazarlo, y él le contuvo con un golpe a la cara. El otro se dio cuenta entonces de que estaba solo y dio un salto para esquivarlo y correr tras del coche.

Mi hermano le siguió y cayó al suelo. Otro de los sujetos, que había echado a correr tras él, cayó también. Un momento después se acercó el tercero de los individuos y entre los dos lo ataron. Mi hermano se habría visto en un grave apuro si la dama delgada no hubiera vuelto en su ayuda con gran audacia. Parece que tenía un revólver, pero el arma estaba debajo del asiento cuando las atacaron. Disparó desde seis metros de distancia y la bala pasó a escasos centímetros de la cabeza de mi hermano. El menos valeroso de los ladrones echó a correr seguido por su compañero, que le reprochaba su cobardía. Ambos se detuvieron junto al que yacía tendido en el camino.

—¡Tome esto! —dijo la joven a mi hermano dándole el revólver.

—Vuelva al coche —le ordenó él mientras se enjugaba la sangre que manaba de sus labios.

Ella se volvió sin decir palabra y ambos marcharon hacia donde la mujer de blanco se esforzaba por contener al atemorizado caballo. Los ladrones parecían haberse dado por vencidos y se alejaron.

—Me sentaré aquí, si me permiten —dijo entonces, y subió al pescante.

La dama miró sobre su hombro.

—Deme las riendas —dijo, y azuzó al caballo de un latigazo.

Un momento más tarde, una curva del camino ocultó a los tres ladrones, que se iban.

De esta manera completamente inesperada, mi hermano se encontró, jadeante, con un corte en un labio, la barbilla magullada y los nudillos lastimados, viajando por un camino desconocido con estas dos mujeres.

Se enteró de que eran la esposa y la hermana menor de un cirujano que vivía en Stanmore y que había vuelto en la madrugada de atender un caso urgente en Pinner. Al enterarse en una estación del camino de que avanzaban los marcianos fue apresuradamente a su casa, despertó a las mujeres, empaquetó algunas provisiones, puso su revólver debajo del asiento —por suerte para mi hermano— y les dijo que fueran a Edgware, donde podrían tomar un tren. Quedóse atrás para avisar a los vecinos y dijo que las alcanzaría a las cuatro y media de la mañana. Pero eran ya cerca de las nueve y no habían vuelto a verle. En Edgware no pudieron detenerse debido al intenso tránsito que pasaba por la aldea y por eso fueron hasta ese camino lateral.

Esto fue lo que contaron a mi hermano poco a poco, cuando volvieron a detenerse cerca de New Barnet. Él les prometió hacerles compañía, por lo menos, hasta que decidieran lo que iban a hacer o hasta que llegara el médico. Manifestó ser experto en el manejo del revólver —arma desconocida para él—, a fin de infundirles confianza.

Hicieron una especie de campamento al lado del camino y el caballo se puso a mordisquear un seto. Él les contó su huida de Londres y todo lo que sabía de los marcianos. El sol fue ascendiendo en el cielo y al cabo de un tiempo dejaron de hablar y quedáronse esperando.

Varios caminantes pasaron por allí, y por ellos supo mi hermano

algunas noticias. Cada respuesta que recibía acrecentaba su impresión del gran desastre sufrido por la humanidad y aumentaba su convicción de que era necesario proseguir la huida inmediatamente. Por este motivo lo sugirió a sus acompañantes.

—Tenemos dinero —dijo la más delgada, y vaciló un poco. Miró a mi hermano a los ojos y desapareció su incertidumbre.

—Yo también lo tengo —dijo él.

Ella le explicó que llevaban treinta libras en oro, además de un billete de cinco, y sugirió que con eso podrían tomar un tren en St. Albans o en New Barnet. Mi hermano creyó imposible hacerlo, ya que había visto lo ocurrido en Londres con los trenes, y expresó su idea de cruzar Essex hacia Harwich y así escapar del país.

La señora Elphinstone, que era la dama de blanco, no quiso escuchar razones y siguió llamando a «George»; pero su cuñada era muy decidida y, finalmente, accedió a la sugestión de mi hermano.

Así, pues, siguieron hacia Barnet con la intención de cruzar el Gran Camino del Norte. Mi hermano iba caminando junto al coche para cansar al caballo lo menos posible.

A medida que avanzaba el día acrecentábase el calor y la arena blancuzca sobre la que pisaban se tornó cegadora y ardiente, de modo que sólo pudieron viajar con mucha lentitud. Los setos estaban cubiertos de polvo, y mientras avanzaban hacia Barnet oyeron cada vez más claramente un tumulto extraordinario.

Comenzaron a encontrarse con más gente. En su mayoría miraban todos hacia adelante con la vista fija; iban murmurando por lo bajo; estaban fatigados, pálidos y sucios. Un hombre vestido de etiqueta se cruzó con ellos. Iba caminando y con los ojos fijos en el suelo. Oyeron su voz y, al volverse para mirarle, le vieron llevarse una mano a los cabellos y golpear con la otra algo invisible. Pasado su paroxismo de ira continuó camino sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

Quando siguieron hacia la encrucijada al sur de Barnet vieron a una mujer que se aproximaba al camino por un campo de la izquierda llevando un niño en brazos y seguida por otros dos. Luego apareció un hombre vestido de negro, con un grueso bastón en una mano y una maleta en la otra. Después vieron llegar por la curva un carrito arrastrado por un sudoroso caballo negro y guiado por un joven de sombrero hongo cubierto de polvo. Viajaban con él tres

muchachas y un par de niños.

—¿Por aquí podremos dar la vuelta por Edgware? —preguntó el conductor, que estaba muy pálido.

Cuando mi hermano le hubo contestado afirmativamente tomó hacia la izquierda, azotó al caballo y se fue sin darle las gracias.

Mi hermano notó un humo gris pálido que se levantaba entre las casas que tenía frente a sí y que velaba la fachada blanca de un edificio que se hallaba detrás de las villas. La señora Elphinstone lanzó un grito al ver una masa de llamas rojas que saltaban de las viviendas hacia el cielo. El ruido tumultuoso resultó ser ahora una cacofonía de voces, el rechinar de muchas ruedas, el crujir de vehículos y el golpear de cascos sobre el suelo. El camino describía allí una curva cerrada, a menos de cincuenta metros de la encrucijada.

—¡Dios mío! —gritó la señora Elphinstone—. ¿Adónde nos lleva usted?

Mi hermano se detuvo.

El camino principal estaba lleno de gente, era un torrente de seres humanos que avanzaban apresuradamente hacia el norte, mientras unos empujaban a otros. Una gran nube de polvo blanco y luminoso por el resplandor del sol tornaba indistinto el espectáculo y era constantemente renovado por las patas de gran cantidad de caballos, los pies de hombres y mujeres y las ruedas de vehículos de toda clase.

—¡Paso! —gritaban las voces—. ¡Abran paso!

Tratar de llegar al cruce del sendero por el camino principal era como querer avanzar hacia las llamas y el humo de un incendio; la multitud rugía como las llamas, y el polvo era tan cálido y penetrante como el humo. Y, en verdad, algo más adelante ardía una villa, cuyo humo aumentaba la confusión reinante.

Dos hombres se cruzaron con ellos. Después pasó una mujer muy sucia, que llevaba un atado de ropas y lloraba sin cesar.

Todo lo que pudieron ver del camino de Londres entre las casas de la derecha era una tumultuosa corriente de personas sucias, que avanzaban apretujadas entre las casas de ambos lados; las cabezas negras, las formas indefinibles, tornábanse claras al llegar a la esquina; pasar y perder de nuevo su individualidad en la confusa multitud, que desaparecía entre una nube de polvo.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritaban las voces—. ¡Paso! ¡Paso!

Las manos de uno presionaban sobre las espaldas de otro. Mi hermano quedóse parado junto al caballo. Luego, irresistiblemente atraído, avanzó paso a paso por el sendero.

Edgware había sido una escena de confusión; Chalk Farm, un tumulto indescriptible; pero esto era toda una población en movimiento. Resulta difícil imaginar a aquella multitud. No tenía carácter propio. Las figuras salían de la esquina y se perdían dando la espalda al grupo parado en el sendero. Por los costados iban los que marchaban a pie, amenazados por las ruedas, cayendo a cada momento a las zanjas y tropezando unos con otros.

Los vehículos iban unos tras otros, dejando poco espacio para los otros coches más veloces, que de cuando en cuando se adelantaban al presentárseles una abertura propicia, obligando así a los caminantes a diseminarse contra las cercas y portales de las casas.

—¡Adelante! —Era el grito—. ¡Adelante! ¡Ya vienen!

Sobre un carro viajaba un ciego, que vestía el uniforme del Ejército de Salvación. Iba haciendo ademanes vagos y gritaba:

—¡Eternidad! ¡Eternidad!

Su voz era ronca y muy potente, de modo que mi hermano le oyó hasta mucho después que el ciego se hubo perdido en el polvo del sur. Algunos de los que iban en los carros castigaban a sus caballos y reñían con los demás conductores; otros estaban inmóviles, con la vista fija en el vacío; otros se mordían las uñas o yacían postrados en el fondo de sus vehículos. Los caballos tenían los hocicos cubiertos de espuma y los ojos enrojecidos.

Había coches de plaza, carruajes cerrados, carros y carretas en número infinito. El carretón de un cervecero pasó rechinando con sus dos ruedas de ese lado salpicadas de sangre fresca.

—¡Abran paso! —gritaban todos—. ¡Abran paso!

—¡Eternidad! —continuaba exclamando el ciego.

Veíanse mujeres bien vestidas con niños que lloraban y avanzaban a tropezones, con las ropas elegantes cubiertas de polvo y los rostros bañados en lágrimas. Con muchas de ellas avanzaban hombres: algunos, atentos; otros, salvajes y desconfiados. Al lado de ellos iban algunas mujeres de la calle, que vestían deslucidos trajes negros hechos jirones y proferían gruesas palabrotas. Había también obreros fornidos, hombres desaliñados vistiendo como

dependientes, un soldado herido, individuos vestidos con el uniforme de empleados del ferrocarril y uno que sólo tenía puesto un camisón con un abrigo encima.

Pero a pesar de lo variado de su composición, aquella hueste tenía algo en común. Notábase el miedo y el dolor en todos los rostros y el terror los impulsaba. Un tumulto en el camino, una pelea por un poco de espacio, hacía que todos apresuraran el paso. El calor y el polvo habían hecho ya su efecto en la multitud. Tenían el cutis reseco y los labios ennegrecidos y resquebrajados. Todos estaban sedientos, cansados y doloridos. Y entre los gritos diversos se oían disputas, reproches, gemidos de fatiga; las voces de casi todos eran roncacas y débiles. Y continuamente se repetían estas palabras:

—¡Paso! ¡Paso! ¡Llegan los marcianos!

Pocos se detenían o se apartaban de la corriente. El sendero tocaba el camino carretero de manera oblicua y daba la impresión de llegar desde Londres. No obstante, muchos entraron en él; los más débiles salieron del montón para descansar un rato e introducirse nuevamente. A cierta distancia de la entrada yacía un hombre con una pierna al descubierto y envuelto en trapos ensangrentados. Lo acompañaban dos amigos.

Un viejo de menguada estatura, que lucía un bigote de corte militar y un sucio levitón negro, salió para sentarse junto al seto; se quitó un zapato —tenía el calcetín ensangrentado—, lo sacudió para sacarle un guijarro y volvió a reanudar la marcha. Poco después se arrojó bajo el seto una niñita de ocho o nueve años y rompió a llorar:

—¡No puedo seguir! ¡No puedo seguir!

Mi hermano salió de su estupefacción y la alzó en brazos para llevársela a la señorita Elphinstone. Tan pronto como la tocó él, la niña quedóse completamente inmóvil, como si la dominara el miedo.

—¡Ellen! —chilló una mujer de la multitud—. ¡Ellen!

La niña apartóse entonces del coche para ir hacia el camino carretero gritando:

—¡Mamá!

—Ya vienen —dijo un jinete que cruzó frente a la entrada del sendero.

—¡Apártese del paso! —gritó un cochero desde lo alto de su vehículo, y mi hermano vio un carruaje cerrado que entraba en el caminillo.

La gente se apretujó para no ser aplastada por el caballo. Mi hermano retiró su coche hacia el seto y el cochero pasó para detenerse junto a la curva. El vehículo tenía una lanza para dos caballos, pero sólo uno iba atado a las riendas.

Mi hermano vio por entre el polvo que dos hombres bajaban del coche una camilla y la ponían sobre el césped.

Uno de ellos se le acercó a todo correr.

—¿Dónde hay agua? —preguntó—. Está moribundo y tiene sed. Es *lord* Garrick.

—¿*Lord* Garrick? —exclamó mi hermano—. ¿El juez supremo?

—¿Dónde hay agua?

—Quizá haya algún grifo en una de las casas. Nosotros no llevamos y no me atrevo a dejar a mi gente.

El otro se abrió paso por entre la multitud hasta la puerta de la casa de la esquina.

—¡Adelante! —le gritaban todos dándole empujones—. ¡Ya vienen! ¡Adelante!

Luego llamó la atención de mi hermano un hombre barbudo y de rostro afilado que llevaba un maletín de mano. El maletín se abrió en ese momento y de su interior cayó una masa de soberanos de oro, que se diseminó al dar en tierra. Las monedas rodaron por entre los pies de los hombres y las patas de los caballos. El hombre se detuvo y miró estúpidamente las monedas. En ese momento le golpeó la vara de un coche y le hizo trastabillar. Lanzó un aullido, volvió hacia atrás y la rueda de un carro le pasó rozando el cuerpo.

—¡Paso! —gritaron los que marchaban a su alrededor—. ¡Abran paso!

Tan pronto como hubo pasado el coche, el individuo se arrojó sobre la pila de monedas y comenzó a llevarlas a puñados a sus bolsillos. Un caballo llegó hasta él y un momento después el hombre se levantaba a medias para ser aplastado luego por los cascos.

—¡Cuidado! —gritó mi hermano, y apartando del paso a una mujer esforzose por asir las riendas del animal.

Antes que pudiera lograrlo oyó un grito bajo las ruedas y vio por

entre el polvo que la llanta pasaba sobre la espalda del pobre desgraciado. El conductor del carro asestó un latigazo a mi hermano. Éste corrió enseguida hacia la parte posterior del vehículo. Los gritos le aturdieron un tanto. El hombre se debatía en el polvo, entre su dinero, e incapaz de levantarlo, porque la rueda habíale quebrado la columna vertebral y sus piernas no tenían movimiento. Mi hermano se irguió entonces, gritándole al conductor del coche siguiente, y un hombre que montaba en un caballo negro adelantóse para prestarle ayuda.

—Sáquelo del camino —dijo el jinete.

Tomándolo por el cuello de la levita, mi hermano comenzó a arrastrar al pobre hombre. Pero el otro seguía empeñado en recoger su dinero y miró a su benefactor con expresión colérica, mientras que lo golpeaba con el puño lleno de monedas.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritaban las voces de todos—. ¡Paso! ¡Paso!

Oyóse un ruido estrepitoso al golpear la vara de un carruaje contra la parte posterior del carro que detuviera el jinete.

Mi hermano levantó la vista y el hombre del oro volvió la cabeza para morderle la mano con que le tenía sujeto del cuello. Hubo un choque y el caballo negro se desvió de costado, mientras que avanzaba rápidamente. Uno de los cascos rozó el pie de mi hermano. Éste soltó al caído y dio un salto atrás. Vio entonces que la cólera era reemplazada por el terror en la cara del caído, y un momento después el pobre desgraciado quedaba oculto a su vista; mi hermano se vio arrastrado más allá de la entrada del sendero y debió hacer grandes esfuerzos para volver allí.

Vio que la señorita Elphinstone se cubría los ojos y que un niño miraba fijamente algo oscuro e inmóvil que había en el suelo y era aplastado cada vez más por las ruedas que pasaban.

—¡Volvamos atrás! —gritó entonces, e hizo volver al caballo—. No podemos cruzar este infierno.

Se alejaron por el sendero por espacio de unos cien metros, hasta que quedó oculta a su vista la vociferante multitud. Al pasar por la curva del camino vio mi hermano la cara del moribundo tendido en la zanja. Las dos mujeres se estremecieron al verlo.

Más allá de la curva se detuvo de nuevo mi hermano. La señorita Elphinstone estaba muy pálida y su cuñada lloraba

desconsoladamente y habíase olvidado ya de llamar a «George». Mi hermano sintióse horrorizado y perplejo a la vez. Tan pronto como hubieron retrocedido comprendió lo inevitable y urgente que era intentar el cruce. Volvióse entonces hacia la joven.

—Debemos ir por allí —declaró, y de nuevo hizo volver al caballo.

Por segunda vez en ese día demostró la joven su fortaleza de carácter. Para abrirse paso por el torrente humano, mi hermano se internó en él y detuvo a un coche, mientras guiaba a su caballo hacia el otro lado. Un carro enganchó sus ruedas con las de ellos y siguió después de arrancar una larga astilla del cochecillo. Un momento después quedaban prisioneros del torrente y eran arrastrados hacia adelante. Con las marcas de los latigazos que le asestara el cochero, mi hermano saltó al cochecillo y tomó las riendas de mano de la joven.

—Apunte al hombre que está detrás si nos empuja mucho —ordenó dándole el revólver—. No..., apúntele al caballo.

Después comenzó a buscar la oportunidad de desviarse hacia la derecha del camino. Pero una vez en la corriente pareció perder el control y formar parte de la caravana interminable. Cruzaron Chipping Barnet con los demás, y estaban casi una milla más allá del pueblo antes que pudieran abrirse paso hacia el otro lado del camino. El ruido y la confusión eran indescriptibles; pero en el pueblo y más allá había varios caminos secundarios que, en cierto modo, aliviaron la presión de la marcha.

Tomaron hacia el este por Hadley, y allí y algo más adelante se encontraron con una gran multitud que bebía en el arroyo y muchos de cuyos componentes luchaban por llegar hasta el agua.

Luego, desde una colina próxima a Sast Barnet, vieron dos trenes que avanzaban lentamente, uno tras otro, sin señales ni orden, llenos de pasajeros, muchos de los cuales iban hasta sobre los carbones del tender. Ambos convoyes viajaban hacia el norte por las vías del Gran Norteño.

Mi hermano supone que deben haberse llenado fuera de Londres, pues en aquel entonces el terror incontrolable de la población había imposibilitado la entrada en las terminales.

Cerca de ese lugar se detuvieron para descansar por el resto de la tarde, pues la violencia del día habíalos agotado por completo.

Comenzaban ya a sufrir los rigores del hambre: la noche estaba fría y ninguno de ellos se atrevió a dormir. Y al caer la noche vieron pasar por el camino a muchas personas, que huían de peligros desconocidos e iban en la dirección de la que llegara mi hermano.

17 - El Thunder Child

De haber sido la destrucción el único objetivo de los marcianos, el lunes habrían podido aniquilar a toda la población de Londres, que se hallaba extendiéndose lentamente por los condados vecinos. La desesperada fuga se realizaba no sólo por Barnet, sino también por Edgware y Waltham Abbey, así como también a lo largo de los caminos al este de Southend y Shoeburyness y por el sur del Támesis hacia Deal y Broadstairs.

Si aquella mañana de junio hubiera podido uno ascender sobre Londres en un globo, todos los caminos del norte y el este que salían del dédalo de calles le hubieran parecido salpicados de negro con los fugitivos, y cada puntito habría sido un ser humano dominado por el terror y la incomodidad física.

En el capítulo anterior he relatado en detalle la descripción que me hizo mi hermano, a fin de que el lector pueda darse cuenta de las reacciones experimentadas por uno de los fugitivos. Jamás en la historia del mundo se ha trasladado y sufrido tanto una masa humana tan extraordinariamente grande. Las legendarias huestes de los godos y los hunos, los ejércitos más numerosos que vio Asia en toda su historia, habrían sido apenas una gota en aquel torrente. Y no era ésta una marcha disciplinada, sino una estampida gigantesca y terrible, sin orden y sin rumbo: seis millones de personas, desarmadas y sin provisiones, avanzando sin pausa. Aquello fue el comienzo del derrumbe de la civilización, de la hecatombe de la humanidad.

Allí abajo el ocupante del globo habría visto el trazado de las calles en toda su extensión, las casas, iglesias, plazas, jardines — todo abandonado—, que se extendían como un enorme mapa..., y hacia el sur completamente borrado el dibujo. Sobre Ealing, Richmond, Wimbledon, le hubiera parecido que una pluma monstruosa había arrojado tinta sobre el mapa. Lenta e

incesantemente se iba extendiendo cada manchón negro, lanzando ramificaciones por aquí y por allá, amontonándose a veces contra una elevación del terreno y derramándose luego rápidamente sobre un valle recién hallado, tal como una gota de tinta se extiende sobre un papel secante.

Y más allá, del otro lado de las colinas azules que se elevan al sur del río, los relucientes marcianos marchaban de un lado a otro, derramando calmosa y metódicamente su nube ponzoñosa sobre la región y disipándola luego con chorros de vapor cuando había servido a sus fines. Después tomaban posesión del terreno así ganado. No parecen haber tenido la idea de exterminar, sino más bien la de desmoralizar por completo al pueblo y acabar con la oposición. Hicieron estallar todos los depósitos de pólvora que hallaron, cortaron los cables telegráficos y arruinaron las vías ferroviarias. Estaban cortando los tendones de la humanidad. Parecían no tener apuro en extender el campo de sus operaciones, y aquel día no pasaron de la parte central de Londres.

Es posible que un número considerable de gente se haya quedado en sus casas durante el lunes por la mañana. Es seguro que muchos murieron en sus hogares, sofocados por el humo negro.

Hasta el mediodía el charco de Londres presentó un aspecto asombroso. Vapores y embarcaciones de toda clase se hallaban allí anclados, y se dice que muchos que nadaron hasta esas embarcaciones fueron rechazados a viva fuerza y se ahogaron. Alrededor de la una de la tarde apareció entre los arcos del puente de Blackfriars el resto de una nube de vapor negro. Al ocurrir esto, el charco se convirtió en la escena de confusión enloquecedora, de luchas y choques, y por un tiempo las barcas y lanchas se apretujaron en el arco norte del puente de la Torre y los marineros tuvieron que luchar salvajemente contra las personas que se les echaron encima desde el muelle. Muchos descendían por las columnas del puente...

Una hora más tarde, cuando apareció un marciano por detrás de la Torre del Reloj y se acercó por el río, no quedaban más que restos de embarcaciones cerca de Limehouse. Ya hablaré de la caída del quinto cilindro. El sexto cayó en Wimbledon. Mi hermano, que montaba la guardia mientras dormían las mujeres en el cochecillo, vio un destello verdoso sobre las colinas.

El martes habían seguido su marcha por la campiña en dirección a Colchester y el mar. Se confirmó entonces que los marcianos ocupaban ya todo Londres. Habían sido vistos en Haighgate y aun en Neasden. Pero mi hermano no los avistó hasta el día siguiente.

Aquel día, las multitudes diseminadas por la región comenzaron a comprender que necesitaban alimentos con urgencia. A medida que aumentaba el hambre comenzaron a dejarse de lado las consideraciones hacia los derechos ajenos. Los granjeros salieron a defender su ganado y sus graneros con armas en las manos. Como mi hermano, muchos se dirigían hacia el este, y hubo algunos desesperados que hasta regresaron a Londres en busca de alimentos. Éstos eran en su mayoría los pobladores de los suburbios del norte, que sólo conocían de oídas los efectos del humo negro. Mi hermano se enteró que la mitad de los componentes del gobierno habíanse reunido en Birmingham y que allí se estaban preparando grandes cantidades de explosivos para emplearlos en minas automáticas en los condados centrales.

Le dijeron también que la empresa ferroviaria Midland había reemplazado al personal que desertara en el primer día de pánico, acababa de reanudar sus servicios y hacía correr trenes desde St. Albans hacia el norte a fin de aliviar la congestión en los condados próximos a Londres. En Chipping Ongar había un gran cartel que anunciaba que en las poblaciones del norte se disponía de grandes reservas de harina y que antes de transcurrir veinticuatro horas se distribuiría pan entre las personas de los alrededores. Mas esto no le hizo renunciar al plan de huida que formulara, los trenes continuaron todo el día hacia el este y no vieron del pan más que la promesa. A decir verdad, lo mismo les ocurrió a todos los necesitados.

Aquella noche cayó la séptima estrella, ésta sobre Primrose Hill. Descendió mientras estaba de guardia la señorita Elphinstone, quien insistía en alternar los turnos con mi hermano.

Los tres fugitivos, que habían pasado la noche en un campo de trigo, llegaron el miércoles a Chelmsford y allí se incautó del caballo un grupo de ciudadanos que se hacía llamar Comité de Abastecimientos Públicos. Afirmaron que el animal se podía comer y no les dieron a cambio otra cosa que las promesas de que al día siguiente recibirían su parte del alimento. Por allí corría el rumor

de que los marcianos se hallaban en Epping y se tuvo la noticia de que se había hecho volar la fábrica de pólvora de Waltham Abbey en una vana tentativa de destruir a uno de los invasores.

Desde las torres de las iglesias, la gente observaba el campo por si llegaban los marcianos. Mi hermano —por suerte para él, según resultó luego— prefirió seguir viaje de inmediato hacia la costa antes que esperar alimentos, aunque los tres estaban desfallecidos de hambre. Al mediodía pasaron por Tillingham, aldea en la que reinaba el silencio y que parecía desierta, excepción hecha de algunos furtivos saqueadores que andaban a la caza de alimentos. Cerca de Tillingham avistaron de pronto el mar y vieron la multitud más extraordinaria de embarcaciones que sea posible imaginar.

Después que los marineros no pudieron seguir subiendo por el Támesis, se dirigieron a la costa de Essex, a Harwich y Walton. Las embarcaciones formaban una línea curva, que se perdía a lo lejos en dirección a Naze. Cerca de la costa había una multitud de barcas pesqueras inglesas, escocesas, francesas, holandesas y suecas; lanchas de vapor del Támesis, yates, botes eléctricos, y más allá se veían barcos de mayor tonelaje: una multitud de carboneros, fletadores, barcos de ganado, de pasajeros, tanques de petróleo, un viejo transporte de tropas y los de servicio de Southampton y Hamburgo, y a lo largo de la costa azul, al otro lado de Blackwater, mi hermano pudo distinguir vagamente un enjambre de botes, cuyos tripulantes regateaban con la gente de la playa.

A unas dos millas mar afuera se hallaba un barco de guerra de líneas muy bajas. Era el destructor *Thunder Child*. Éste era el único barco de guerra que había a la vista; pero muy lejos, hacia la derecha, divisábase una nube de humo negro, que indicaba la presencia de los otros barcos de la flota del Canal, que formaban una hilera muy extendida y estaban listos para entrar en acción. Se hallaban de guardia al otro lado del estuario del Támesis y allí estuvieron, durante el curso de la conquista marciana, vigilantes, pero incapaces de evitar la derrota.

Al ver el mar, la señora Elphinstone fue presa del terror. Jamás había salido de Inglaterra; hubiera preferido morir antes que encontrarse sin amigos en una tierra extraña. La pobre mujer parecía imaginar que los franceses y marcianos debían ser muy similares. Durante los dos días de viaje habíase tornado cada vez

más histérica y deprimida. Su idea predominante era la de volver a Stanmore. Allí siempre había estado a salvo. Allí encontrarían a «George»...

Con gran dificultad consiguieron llevarla hasta la playa, donde poco después logró mi hermano llamar la atención de algunos que estaban a bordo de un vapor de ruedas procedente del Támesis. Les mandaron un bote y les cobraron treinta y seis libras por los tres. El barco iba rumbo a Ostende, según les dijeron.

Eran más o menos las dos cuando, después de pagar el pasaje a la entrada, mi hermano se encontró a bordo del barco con sus dos compañeras. A bordo había alimentos, aunque a precios exorbitantes, y los tres comieron sentados en uno de los bancos de proa.

Había ya unos cuarenta pasajeros, algunos de los cuales gastaron hasta el último penique para pagar el pasaje; pero el capitán se detuvo en Blackwater hasta las cinco de la tarde, cargando más gente hasta que la cubierta estuvo completamente atestada. Probablemente se habría quedado más tiempo de no haber sido por los cañonazos que comenzaron a resonar a esa hora en el sur. Como en respuesta a las detonaciones, el barco de guerra disparó un cañón pequeño e izó una serie de banderines. De sus chimeneas salió una espesa nube de humo negro.

Algunos de los pasajeros opinaban que los disparos provenían de Shoeburyness, hasta que se notó que las detonaciones resonaban cada vez más cerca. Al mismo tiempo, en dirección al sudeste, aparecieron en el mar los mástiles y puentes de tres acorazados que se aproximaban a toda marcha. Pero la atención de mi hermano se desvió hacia el sur y le pareció ver una columna de humo que se elevaba en la lejanía.

El vapor de ruedas avanzaba ya hacia el este de la larga hilera de embarcaciones y la costa baja de Essex se dibujaba en la distancia cuando apareció un marciano muy a lo lejos, avanzando por la barrosa orilla desde la dirección de Foulness.

Al ver esto el capitán comenzó a maldecir enfurecido por haberse demorado tanto y las ruedas parecieron contagiarse de su temor.

Todos los pasajeros se pararon sobre las amuras o los bancos para mirar a aquel gigante, más alto que los árboles o las torres de

tierra, y que avanzaba con paso semejante al de los seres humanos.

Era el primer marciano que veía mi hermano y se quedó más asombrado que temeroso observando al titán, que avanzaba deliberadamente hacia las embarcaciones, introduciéndose cada vez más en el agua a medida que se alejaba de la costa.

Luego, mucho más allá del Crouch, apareció otro, que pasaba sobre los árboles, y después otro, más lejano aún, avanzando por un reluciente llano barroso que parecía cernirse a mitad de camino entre el mar y el cielo.

Todos iban hacia el mar, como si quisieran impedir la huida de las numerosas embarcaciones que se hallaban entre Foulness y el Naze.

A pesar de que la maquinaria del barco funcionaba a todo vapor, y de la espuma que levantaban las ruedas a su paso, no logró alejarse con suficiente velocidad.

Al mirar hacia el sudoeste, mi hermano vio que las otras embarcaciones emprendían ya la huida; un barco pasaba a otro; una lancha se cruzó delante de un remolcador; salía humo de todas las chimeneas y se oía el zumbar de las sirenas. Le fascinó tanto esto y el peligro que se aproximaba por la izquierda, que no se fijó en lo que ocurría mar adentro. Y entonces le arrojó del banco en que estaba sentado una súbita maniobra del vapor, que se desviaba del paso de otra embarcación para no ser hundido. A su alrededor se oyeron gritos, ruido de pasos y un hurra que pareció ser contestado desde lejos. Se inclinó el vapor y le hizo rodar por la cubierta.

Al fin se puso de pie y vio a estribor, a menos de cien metros de distancia, una enorme mole de acero con la forma de la hoja de un arado que cortaba el agua y la arrojaba hacia ambos lados en olas enormes que agitaron al vapor, inclinándolo de tal modo que sus ruedas quedaron por momentos en el aire.

Una lluvia de espuma le cegó por unos segundos. Cuando volvió a aclarársele la vista vio que el monstruo había pasado y avanzaba velozmente hacia la costa. De la larga estructura se alzaban grandes puentes y en lo alto veíanse dos chimeneas que lanzaban al aire grandes columnas de humo negro salpicado de rojo. Era el destructor *Thunder Child*, que iba a defender a las embarcaciones en peligro.

Mi hermano logró mantener el equilibrio tomándose de la amura

y miró de nuevo hacia los marcianos, viendo que los tres se hallaban ahora muy cerca uno del otro y que habían avanzado tanto mar adentro que sus trípodes estaban sumergidos casi por entero. Así hundidos y vistos tan de lejos no parecían más formidables que la enorme mole de acero del destructor.

Al parecer, los marcianos observaban a su nuevo antagonista con cierto asombro. Es posible que lo consideraran como uno de ellos. El *Thunder Child* no disparó sus cañones, sino que siguió avanzando a todo vapor en dirección a los monstruos. Probablemente fue este detalle el que le permitió acercarse tanto al enemigo. Los marcianos no sabían qué era. Un solo disparo y lo habrían hundido de inmediato con su rayo calórico.

El destructor avanzaba a tal velocidad, que en un minuto pareció hallarse a mitad de camino entre el vapor de ruedas y los marcianos.

De pronto, el marciano que se encontraba más adelante bajó su tubo y descargó un recipiente del gas negro contra el barco de guerra. El proyectil golpeó contra el costado del casco y derramó un chorro de la negra sustancia, que se desvió hacia estribor, levantándose luego en una nube de la que escapó el destructor. Para los que miraban desde el vapor de ruedas, a tan poca altura sobre el agua y con el sol en los ojos, pareció que se hallaban ya entre los marcianos.

Vio que los monstruos se separaban y se levantaban sobre el agua al retroceder hacia la tierra, y uno de ellos levantó el generador del rayo calórico. Apuntó con él hacia abajo y una nube de vapor levantóse del agua al tocarla el rayo. Seguramente atravesó el casco del destructor como un hierro candente atraviesa un papel.

Una llamarada súbita apareció por entre el vapor, que se elevaba, y el marciano se tambaleó entonces. Un momento más y se desplomaba, elevándose hacia lo alto gran cantidad de agua y de vapor. Resonaron los cañones del *Thunder Child*, disparando uno tras otro, y una bala golpeó en el agua muy cerca del vapor de ruedas, rebotando sobre otros barcos que huían hacia el norte y haciendo añicos una lancha.

Pero nadie se fijó mucho en eso. Al ver la caída del marciano, el capitán lanzó gritos inarticulados, que fueron repetidos por los

pasajeros, apiñados a popa. Y luego volvieron a gritar, pues de las nubes blancas de vapor salió algo negro y largo que, aun siendo presa de las llamas, continuaba el ataque.

El destructor seguía con vida. Según parece, el mecanismo de la dirección estaba intacto y sus máquinas continuaban en funcionamiento. Dirigióse con derechura hacia el segundo marciano, y estaba a menos de cien metros del gigante cuando volvió a entrar en acción el rayo calórico. Entonces hubo una explosión violenta, un destello cegador, y sus cubiertas y chimeneas saltaron hacia el cielo. El marciano se tambaleó debido a la violencia de la explosión y un momento después la ruina humeante, que continuaba avanzando con el ímpetu de su paso, le había golpeado, destrozándole como si fuera un muñeco de cartón. Mi hermano lanzó un grito involuntario y enseguida se levantó una nube de humo y vapor que ocultó la escena.

—¡Dos! —aulló el capitán.

Todos gritaban, y los gritos fueron repetidos por los ocupantes de las otras embarcaciones, que se alejaban mar adentro.

La nube de vapor continuó cerniéndose sobre el agua durante largo rato, ocultando así a los marcianos y a la costa. Y durante todo este tiempo el vapor se alejaba constantemente del lugar. Cuando, al fin, se aclaró la confusión, se interpuso la nube negra del gas ponzoñoso y ya no se pudo ver ni al tercer marciano ni a los restos del *Thunder Child*. Pero los otros barcos de guerra estaban ahora muy cerca y avanzaban lentamente hacia tierra.

El pequeño barco siguió internándose en el mar y los acorazados se alejaron en dirección a la costa, la cual se hallaba ahora oculta por una nube de vapor y gas negro, que se combinaba de la manera más extraña.

La flota fugitiva se diseminaba hacia el noreste y varios veleros navegaban entre los buques de guerra y el vapor de ruedas. Al cabo de un tiempo, y antes de llegar a la nube de vapor, los acorazados se desviaron hacia el norte, hicieron otro viraje y se alejaron de nuevo en dirección al sur. La costa se perdió entonces de vista.

En ese momento llegó hasta los viajeros el tronar lejano de los cañones. Todos se apiñaron en la borda para mirar hacia el oeste, pero no pudieron ver nada con claridad. Una masa de humo se levantaba para ocultar el sol. El barco siguió avanzando a toda

máquina.

El sol se hundió entre nubes grises, el cielo fue oscureciéndose y en lo alto comenzó a titilar una estrella solitaria. Reinaba casi por completo la noche cuando el capitán lanzó un grito e indicó hacia lo alto.

Mi hermano forzó la vista. De aquella masa gris oscura se alzó algo hacia lo alto y avanzó de manera oblicua y con gran rapidez por entre las nubes de occidente. Era algo chato y muy grande que describía una vasta curva, tornóse cada vez más pequeño, se hundió con lentitud y volvió a perderse en el misterio de la noche. Y al volar dejó caer una lluvia de tinieblas sobre la Tierra.

Libro segundo

LA TIERRA DOMINADA POR LOS MARCIANOS

1 - Aplastados

En el primer libro me he apartado un tanto de mis aventuras para relatar las experiencias de mi hermano, y durante el transcurso de los acontecimientos narrados en los dos últimos capítulos, el cura y yo hemos estado ocultos en la casa abandonada de Halliford, donde huimos para escapar del humo negro.

Allí reanudo mi narración.

Estuvimos en esa casa el domingo por la noche y todo el día siguiente —que fue el del pánico—, en una isleta de luz separada del resto del mundo por el humo negro. No podíamos hacer otra cosa que esperar en la mayor inactividad durante esas cuarenta y ocho horas.

Yo estaba terriblemente ansioso por mi esposa. Me la figuré en Leatherhead, aterrorizada, en peligro, llorándome ya por muerto. Me paseé por las habitaciones y lancé exclamaciones al pensar en cómo me hallaba apartado de ella y en todo lo que podría ocurrirle durante nuestra separación. Sabía que mi primo era hombre capaz de hacer frente a cualquier emergencia; pero no era la clase de individuo que se diera cuenta del peligro con prontitud y que obrara sin pérdida de tiempo. Lo que se necesitaba en esos momentos no era bravura, sino circunspección.

Me consolaba, no obstante, la creencia de que los marcianos iban hacia Londres, alejándose de ella. Esos vagos temores me tornaron demasiado sensitivo. Pronto me sentí irritado ante las constantes exclamaciones del cura. Me harté de ver su egoísta desesperación. Después de reñirle inútilmente me aparté de él, quedándome en un cuarto en que había globos, juegos y cuadernos, y cuando él me siguió hasta allí, me fui al desván y me encerré, al fin me siguió hasta allí, me fui al altillo y me encerré, a fin de estar a solas con mis preocupaciones.

Todo ese día y la mañana del siguiente estuvimos completamente cercados por el humo negro. El domingo por la noche vimos señales de que había gente en la casa vecina; una cara en una ventana y algunas luces que se movían, así como también el

ruido de una puerta al cerrarse. Mas no sé quiénes eran ni qué fue de ellos. Al día siguiente no los vimos más. El humo negro se deslizó lentamente hacia el río durante toda la mañana del lunes, acercándose cada vez más a nosotros y pasando, al fin, por el camino próximo a la casa que nos servía de escondite.

Alrededor del mediodía se presentó un marciano para dispersar el humo con un chorro de vapor, que silbó al tocar las paredes, destrozó todas las ventanas y quemó la mano del cura cuando éste huyó de la sala.

Cuando nos adelantamos, al fin, por las habitaciones empapadas y volvimos a mirar hacia afuera, el terreno exterior parecía haber sido cubierto por una abundante nieve negra. Al mirar hacia el río nos asombró ver algo rojo que se mezclaba con la negrura de la campiña quemada.

Por un tiempo no comprendí en qué sentido afectaba esto nuestra situación, salvo que nos veíamos libres, al fin, del terrible humo negro. Pero después caí en la cuenta de que ya no estábamos prisioneros, de que podíamos escapar. Tan pronto como me di cuenta de esto volví a formular mis planes de acción. Pero el cura se mostró poco razonable y nada dispuesto a seguirme.

—Aquí estamos a salvo —expresó varias veces.

Decidí dejarlo. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Mejor preparado ahora por las enseñanzas del artillero, busqué alimento y bebida. Había hallado aceite y algunos trapos para tratar mis quemaduras y tomé también un sombrero y una camisa de franela que estaban en uno de los dormitorios.

Cuando mi compañero se dio cuenta de que me iría solo se decidió, al fin, a acompañarme. Y como reinó la calma durante toda la tarde partimos a eso de las cinco por el camino ennegrecido que se extendía hacia Sunbury.

En esta población, así como también a lo largo del camino, había cadáveres tendidos en diversas actitudes —tanto de hombres como de caballos—, carros volcados y maletas diseminadas, todo ello cubierto por un polvo negro.

Aquel manto de polvo negro me hizo pensar en lo que había leído sobre la destrucción de Pompeya.

Llegamos a Hampton Court sin dificultades y allí nos alivió un tanto ver un trozo de terreno herboso que asomaba por entre la

negrura circundante.

Cruzamos Bushey Park, por donde avistamos a algunos hombres y mujeres que se alejaban en dirección a Hampton, y así llegamos a Twickenham. Aquéllas eran las primeras personas que veíamos.

Del otro lado del camino, más allá de Ham y Petersham, los bosques seguían ardiendo. Twickenham no había sufrido los efectos del rayo calórico ni del humo negro y allí encontramos algunas personas, aunque nadie pudo darme ninguna noticia. En su mayoría eran como nosotros y aprovechaban la calma momentánea para cambiar de refugio.

Tengo la impresión de que muchas de las casas seguían ocupadas por sus atemorizados dueños, los cuales no se atrevían a huir. Allí también veíase la evidencia de una fuga apresurada por el camino. Recuerdo vívidamente tres bicicletas destrozadas y aplastadas por las ruedas de los vehículos que les pasaran por encima.

Alrededor de las ocho y media cruzamos el puente de Richmond, y al hacerlo noté que flotaba por el río una gran masa roja de varios metros de anchura. No sé lo que era —no tuve tiempo para estudiarla— y la consideré como algo más horrible de lo que resultó ser en realidad. También allí, en el lado de Surrey, estaba el polvo negro que fuera humo y muchos cadáveres cerca de la estación. No vimos a los marcianos hasta que nos encontramos a cierta distancia de Barnes.

A lo lejos avistamos a un grupo de tres personas, que corrían por una calle transversal en dirección al río. Colina arriba, el pueblo de Richmond estaba ardiendo; en las afueras de la población no había rastros del humo negro.

De pronto, cuando nos acercábamos a Kew, llegó corriendo un grupo de gente y sobre los tejados vimos la parte superior de una de las máquinas guerreras de los marcianos, a menos de cien metros de nosotros.

Nos quedamos anonadados ante el peligro, y si el marciano hubiera mirado hacia abajo habríamos perecido de inmediato. Estábamos tan aterrorizados que no nos atrevimos a seguir adelante, sino que nos desviamos para escondernos en el cobertizo de un jardín. Allí se acurrucó el cura, llorando silenciosamente y negándose a moverse.

Pero mi idea de llegar a Leatherhead no me daba descanso; al oscurecer volví a salir. Avancé por entre los setos y a lo largo de un pasaje paralelo a una casa que se elevaba en medio de un amplio terreno, saliendo así al camino que iba a Kew. El cura salió entonces del cobertizo para seguirme.

Aquella segunda salida fue la locura más grande que cometí, pues era evidente que los marcianos se hallaban en los alrededores. No acababa de alcanzarme mi compañero cuando vimos otro de los gigantes en dirección a Kew Lodge. Cuatro o cinco figuras negras corrían frente a él por un campo, y enseguida nos dimos cuenta de que el marciano los perseguía. En tres zancadas estuvo junto a ellos y los fugitivos se alejaron de entre sus piernas en todas direcciones. No empleó su rayo calórico para matarlos, sino que los fue apresando uno por uno. Aparentemente, los arrojaba al interior de un gran cajón metálico que llevaba colgado atrás, tal como los canastos que llevan pendientes del hombro los pescadores.

Fue la primera vez que comprendí que los marcianos podrían tener otras intenciones que no fueran la de destruir a la humanidad vencida. Por un momento nos quedamos petrificados; luego giramos sobre nuestros talones y transpusimos la puerta que teníamos a nuestra espalda para entrar en un jardín cerrado. Caímos luego en una zanja y allí nos quedamos, sin atrevernos a susurrar siquiera hasta que brillaron las estrellas en el cielo.

Creo que eran ya las once de la noche cuando cobramos suficiente valor para salir de nuevo. Esta vez no nos aventuramos por el camino, sino que avanzamos sigilosamente por entre los setos y plantaciones, mientras que estudiábamos la oscuridad circundante en busca de los marcianos, que parecían hallarse por todas partes. En un punto pasamos sobre un área quemada y ennegrecida, que ahora se estaba enfriando. Vimos también un número de cadáveres horriblemente quemados en la cabeza y los hombros, pero con las piernas intactas. A unos quince metros de una hilera de cañones destrozados había numerosos caballos muertos.

Sheen había escapado de la destrucción, pero la aldea estaba silenciosa y desierta. Allí no encontramos muertos, aunque la noche era demasiado oscura para que pudiéramos ver las calles laterales. En Sheen se quejó de pronto mi compañero de que sufría hambre y sed y decidimos probar suerte en una de las casas.

La primera en la que entramos, después de forzar una ventana, era una villa apartada de las demás. Allí no encontramos otro comestible que un trozo de queso viejo. Mas había agua para beber, y me apoderé de un hacha pequeña, que me serviría para entrar en alguna otra vivienda.

Cruzamos el camino hasta un lugar donde el mismo describe una curva en dirección a Mortlake. Allí se elevaba una casa blanca en el centro de un jardín cerrado, y en la despensa encontramos cierta cantidad de alimentos. Había dos panes grandes, un bistec crudo y medio jamón. Doy estos detalles tan precisos porque ocurrió que estábamos destinados a subsistir con esas provisiones durante los quince días siguientes. Bajo un anaquel encontramos varias botellas de cerveza y había dos bolsas de alubias y un poco de lechuga. La alacena daba a una cocina, en la que había leña. En un armario descubrimos cerca de una docena de botellas de vino, latas de sopa y salmón y dos latas de bizcochos.

Nos sentamos en la cocina, sin atrevernos a encender la luz, y comimos pan y jamón, bebiendo también el contenido de una botella de cerveza. El cura, que seguía mostrándose atemorizado e inquieto, sugirió que siguiéramos el viaje, y yo le estaba recomendando que repusiera sus fuerzas con el alimento cuando sucedió lo que habría de aprisionarnos.

—Todavía no puede ser medianoche —dije.

En ese momento hubo un destello cegador de luz verdosa. Toda la cocina quedó iluminada fugazmente para oscurecer casi enseguida.

Siguió luego una conmoción tal como jamás he vuelto a oír. Casi instantáneamente resonó detrás de mí un tremendo golpe, el estrépito de muchos vidrios, un estruendo y el ruido de las paredes que se desplomaban a nuestro alrededor. Acto seguido se nos vino encima el revoque del cielo raso, haciéndose añicos sobre nuestras cabezas.

Yo caí contra la manija del horno y quedé atontado. Estuve sin sentido durante largo rato, según me dijo luego el cura, y cuando me recobré estábamos de nuevo en la oscuridad y él tenía la cara empapada en sangre, que le manaba de una herida en la frente.

Por un tiempo no pude recordar lo que había pasado. Luego me fui haciendo cargo poco a poco de lo sucedido.

—¿Está mejor? —me preguntó el cura en voz muy baja.

Me senté entonces para responderle.

—No se mueva —me dijo—. El piso está cubierto de fragmentos de loza y vasos del armario. No se puede mover sin hacer ruido y creo que ellos están fuera.

Nos quedamos tan en silencio, que pudimos oír mutuamente el sonido leve de nuestra respiración. Todo parecía en calma, aunque en cierta oportunidad cayó un poco de revoque de la pared y dio en el suelo con un golpe sordo. En el exterior, y muy cerca de nosotros, resonaba un ruido metálico intermitente.

—¡Eso! —dijo el cura cuando se repitió el sonido.

—Sí —repuse—. ¿Pero qué es?

—Un marciano.

Volví a prestar atención.

—No se parece al rayo calórico —expresé, y por un momento tuve la idea de que una de las máquinas guerreras de los marcianos había tropezado con la casa, tal como aquella otra que viera derribar la torre de la iglesia de Shepperton.

Nuestra situación era tan extraña e incomprensible, que durante tres o cuatro horas, hasta que llegó el alba, no nos movimos casi nada. Y entonces se filtró la luz al interior de la casa, aunque no por la ventana, que siguió oscura, sino por una abertura triangular entre un tirante y un montón de ladrillos rotos en la pared a nuestra espalda. Por primera vez vimos vagamente la cocina en que nos hallábamos.

La ventana había sido destrozada por una masa de tierra negra, que llegaba hasta la mesa a la que habíamos estado sentados. Fuera, la tierra se apilaba hasta gran altura contra el costado de la casa. En la parte superior del marco de la ventana pude ver un caño arrancado del suelo.

El piso estaba cubierto de loza destrozada; el extremo de la cocina que daba al cuerpo principal del edificio estaba derribado, y como por allí brillaba la luz del día, era evidente que la mayor parte de la casa se había desplomado.

Contrastando vívidamente con toda esta ruina vimos que el armario estaba intacto con gran parte de su contenido.

Al aclararse la luz observamos por la abertura de la pared el cuerpo de un marciano, que, según supongo, montaba la guardia

junto al cilindro, todavía candente.

Ante tal espectáculo nos alejamos todo lo posible de la luz y fuimos hacia la oscuridad del lavadero.

Bruscamente me hice cargo de lo ocurrido.

—El quinto cilindro —susurré—. El quinto disparo de Marte ha dado en esta casa y nos ha atrapado entre las ruinas.

Durante un momento estuvo el cura en silencio; luego murmuró:

—¡Que Dios se apiade de nosotros!

Poco después le oí sollozar por lo bajo.

Con excepción de ese sonido, guardamos el más absoluto silencio. Por mi parte, apenas si me atrevía a respirar, y me quedé con los ojos clavados en la luz débil que llegaba por la puerta de la cocina. Alcanzaba a ver apenas la cara pálida del cura, su cuello y sus puños. En el exterior comenzó a resonar un martilleo metálico, al que siguió un ulular violento. Un momento más tarde, tras un intervalo de silencio, oímos un silbido como el escape de una máquina de vapor.

Estos ruidos, en su mayor parte misteriosos, continuaron de manera intermitente y parecieron acrecentar en número a medida que transcurría el tiempo. Después oímos golpes medidos y una vibración violenta, que hizo temblar todo lo que nos rodeaba y saltar los recipientes que había en el armario. En cierta oportunidad se eclipsó la luz y la entrada de la cocina quedó completamente a oscuras. Durante muchas horas nos quedamos allí acurrucados en silencio y temblorosos, hasta que, al fin, se agotaron nuestras fuerzas...

Pasado un lapso me desperté hambriento. Creo que debe haber transcurrido la mayor parte de un día antes que despertara. Mi hambre era tan insistente que me obligó a entrar en acción. Le dije a mi compañero que iba a buscar alimentos y avancé a tientas hacia la despensa. Él no me respondió, pero tan pronto como empecé a comer le oí acercarse arrastrándose.

2 - Lo que vimos desde las ruinas

Después de comer volvimos al lavadero, y allí debo haberme dormido otra vez, pues cuando levanté de nuevo la cabeza me encontré solo. La vibración y los golpes continuaban con persistencia cansadora. Varias veces llamé al cura en voz baja, y al fin avancé a tientas hasta la puerta de la cocina.

Todavía era de día y le vi al otro lado del cuarto apoyado contra la abertura triangular que daba al lugar donde se hallaban los marcianos. Tenía los hombros levantados y no pude verle la cabeza.

Oí una serie de ruidos, casi como los que predominan en un taller mecánico, y las paredes temblaban con la vibración continua de los golpes. A través de la abertura pude ver la copa de un árbol teñida de oro y el azul del cielo tranquilo de la tarde.

Por un momento me quedé mirando al cura, y al fin avancé con gran cuidado por entre los fragmentos de loza que cubrían el piso.

Toqué la pierna de mi compañero y él dio un respingo tan violento, que derribó un trozo de revoque, haciéndolo caer al suelo con fuerte ruido. Le así del brazo temiendo que gritara y durante largo rato nos quedamos completamente inmóviles.

Después me volví para ver lo que quedaba de la pared. La caída del revoque había dejado una raja vertical, y levantándome con cuidado sobre el tirante pude mirar por allí hacia lo que el día anterior fuera un tranquilo camino suburbano. Vasto fue el cambio que observé.

El quinto cilindro debe haber caído exactamente sobre la casa que visitáramos primero. El edificio había desaparecido, completamente pulverizado y lanzado a los cuatro vientos por el golpe.

El cilindro yacía ahora mucho más abajo de los cimientos originales, en un profundo agujero, ya mucho más amplio que el pozo que viera yo en Woking. Toda la tierra de alrededor había

saltado ante el tremendo impacto y formaba montones que tapaban las casas adyacentes. Había salpicado igual que el barro al recibir el golpe violento de un martillo.

Nuestra casa habíase desplomado hacia atrás; la parte delantera, incluso el piso bajo, estaba completamente destruida; por casualidad se salvaron la cocina y el lavadero, los cuales estaban ahora sepultados bajo la tierra y las ruinas por todas partes menos por el lado que daba al cilindro.

Estábamos, pues, al borde mismo del gran foso circular que los marcianos se ocupaban en abrir. Los golpes que oíamos procedían de atrás, y a cada momento se levantaba una nube de vapor verdoso que nos obstruía la visión.

El proyectil habíase abierto ya en el centro del pozo, y sobre el borde más lejano del agujero, entre los restos de los setos, vimos una de las grandes máquinas de guerra, abandonada ahora por su ocupante, y destacándose en toda su altura contra el cielo.

Al principio no me fijé mucho en el pozo o en el cilindro, aunque me ha resultado más conveniente describirlos primero. Lo que más me llamó la atención en aquellos momentos fue el extraordinario mecanismo reluciente que realizaba trabajos en la excavación, y también las extrañas criaturas que se arrastraban lenta y penosamente sobre un montón de tierra próximo.

El mecanismo me interesó más que nada. Era uno de esos complicados aparatos que después dimos en llamar máquinas de trabajo y cuyo estudio ha dado ya un tremendo impulso a los inventos terrestres.

A primera vista parecía ser una especie de araña metálica dotada de cinco patas articuladas y muy ágiles y con un número extraordinario de palancas, barras y tentáculos. La mayoría de sus brazos estaban metidos en el cuerpo; pero con tres largos tentáculos retiraba un número de varas, chapas y barras que fortificaban las paredes del cilindro. Al irlas extrayendo las levantaba para depositarlas sobre un espacio llano que tenía detrás.

Sus movimientos eran tan rápidos, complejos y perfectos, que al principio no la tomé por una máquina, a pesar de su brillo metálico. Las máquinas de guerra estaban extraordinariamente bien coordinadas en todos sus movimientos, pero no podían compararse a la que miraba ahora. La gente que nunca ha visto estas estructuras

y sólo puede guiarse por los vanos esfuerzos de los dibujantes y las descripciones imperfectas de testigos oculares, como yo, no se da cuenta de la cualidad de vida que poseían.

Recuerdo particularmente la ilustración incluida en uno de los primeros folletos que se publicaron para dar al público un relato consecutivo de la guerra. Es evidente que el artista hizo un estudio apresurado de una de las máquinas guerreras, y allí terminaba su conocimiento de la materia. Las presentó como trípodes fijos, sin flexibilidad ninguna y con una monotonía de efecto muy engañadora. El folleto que contenía estos dibujos estuvo muy en boga y lo menciono aquí simplemente para advertir al lector contra la impresión que puedan haber creado. Se parecían tanto a los marcianos que yo vi en acción como puede parecerse un muñeco holandés a un ser humano. En mi opinión, el folleto habría resultado mucho más útil sin ellos.

Al principio, como dije, la máquina de trabajo no me dio la impresión de que fuera tal, sino más bien una criatura parecida a un cangrejo con un tegumento reluciente, mientras que el marciano que la controlaba y que con sus delicados tentáculos provocaba sus movimientos me pareció simplemente el equivalente a la porción cerebral del cangrejo. Pero luego percibí la semejanza de su pie gris castaño y reluciente con la de los otros cuerpos que se hallaban tendidos en el sucio, y entonces me hice cargo de la verdadera naturaleza del habilísimo obrero. Al darme cuenta de esto mi interés se desvió entonces hacia los verdaderos marcianos. Ya había tenido una impresión pasajera de ellos y no oscurecía ahora mi razón el primer momento de repugnancia. Además, me hallaba oculto e inmóvil y no me veía obligado a huir.

Vi entonces que eran las criaturas más extraterrestres que imaginarse pueda. Eran enormes cuerpos redondeados —más bien debería decir cabezas—, de un metro veinte de diámetro, y cada uno tenía delante una cara. Esta cara no tenía nariz —los marcianos parecen no haber tenido el sentido del olfato—, sino sólo un par de ojos muy grandes y de color oscuro, y debajo de ellos una especie de pico carnosos. En la parte posterior de la cabeza o cuerpo —no sé cómo llamarlo— había una superficie tirante que oficiaba de tímpano y a la que después se ha considerado como la oreja, aunque debe haber sido casi inútil en nuestra atmósfera, más densa

que la de Marte.

En un grupo alrededor de la boca había dieciséis tentáculos delgados y semejantes a látigos, dispuestos en dos montones de ocho cada uno. Estos montones han sido llamados manos por el profesor Howes, el distinguido anatomista.

Cuando vi a esos marcianos parecían todos esforzarse por alzarse sobre esas manos; pero, naturalmente, con el peso aumentado debido a la mayor gravedad de la Tierra, esto les resultaba imposible. Hay razones para suponer que en su planeta materno deben haber avanzado sobre ellos con relativa facilidad.

Diré de paso que el estudio de estos seres ha demostrado después que su anatomía interna era muy sencilla. La mayor parte de la estructura era el cerebro, que enviaba enormes nervios a los ojos, oreja y tentáculos táctiles. Además de esto estaban los complicados pulmones, a los que daba la boca directamente, y luego el corazón y sus arterias. La laboriosa función pulmonar causada por nuestra atmósfera, más densa, y por la mayor atracción gravitacional era claramente evidente en los convulsivos movimientos de sus cuerpos.

Y esto es el total de los órganos marcianos. Por extraño que el detalle pueda parecer a un ser humano, todo el complejo aparato de la digestión, que forma la mayor parte de nuestros cuerpos, no existe en los marcianos. Eran cabezas, solamente cabezas. Entrañas no tenían. No comían y, naturalmente, no tenían nada que digerir. En cambio, se apoderaban de la sangre fresca de otros seres vivientes y la inyectaban en sus venas. Yo mismo los he visto hacer esto, como lo mencionaré a su debido tiempo. Pero aunque se me tache de demasiado escrupuloso, no puedo decidirme a describir lo que no me fue posible estar mirando mucho tiempo. Baste decir que la sangre obtenida de un animal todavía vivo, en la mayoría de los casos de un ser humano, era introducida directamente en el canal receptor por medio de una pipeta pequeña...

Sin duda alguna, la sola idea de este procedimiento nos resulta horriblemente repulsiva, mas al mismo tiempo opino que deberíamos recordar lo repulsivos que habrían de parecer nuestros hábitos carnívoros a un conejo dotado de facultades razonadoras.

Son innegables las ventajas fisiológicas de la práctica de la inyección de sangre. Para aceptarlas basta pensar en el tremendo

derroche de tiempo y energía que es para los humanos la función de comer y el proceso digestivo. Nuestros cuerpos están constituidos casi por completo por glándulas, conductos y órganos cuya función es la de convertir en sangre los alimentos más heterogéneos. Los procesos digestivos y sus reacciones sobre el sistema nervioso consumen nuestras fuerzas y afectan nuestras mentes. Los hombres suelen ser felices o desdichados según tengan el hígado sano o enfermo o de acuerdo con el funcionamiento de sus glándulas gástricas. Pero los marcianos se encuentran elevados en un plano superior a todas estas fluctuaciones orgánicas de estados de ánimo y emoción.

Su innegable preferencia por los hombres para que les sirvieran de alimento se explica, en parte, por los restos de las víctimas que trajeron con ellos desde Marte como provisión. Estas criaturas, según podemos juzgar por los despojos que cayeron en manos humanas, eran bípedos, con frágiles esqueletos silíceos (casi como el de las esponjas silíceas) y débil musculatura, de un metro ochenta de estatura, cabeza redonda y grandes ojos. Al parecer, trajeron dos o tres en cada cilindro y todos murieron antes que llegaran a tierra. Es mejor que así fuera, pues el esfuerzo de querer erguirse en nuestro planeta habría destrozado todos los huesos de sus cuerpos.

Y ya que estoy ocupado en esta descripción agregaré algunos detalles, que aunque no fueron evidentes para nosotros en aquel entonces, permitirán al lector que no los conoce formarse una idea más clara de lo que eran estas criaturas tan belicosas.

En otros tres puntos diferían fisiológicamente de nosotros. Estos seres no dormían nunca, como no lo hace el corazón del hombre. Como no tenían un gran sistema muscular que debiera recuperarse de sus fatigas, la extinción periódica que es el sueño era desconocida para ellos. No parecen haber conocido lo que es el cansancio. En nuestra Tierra jamás pudieron moverse sin hacer grandes esfuerzos; sin embargo, estuvieron en movimiento hasta el último minuto. Cumplían veinticuatro horas de labor durante el día, como quizá lo hagan en la Tierra las hormigas.

Además, por extraño que parezca en un mundo sexual, los marcianos carecían de sexo y, por tanto, se veían libres de las tumultuosas emociones causadas en los seres humanos por esa diferencia. Ya no cabe la menor duda de que un marciano joven

nació aquí, en la Tierra, durante la contienda, y se le halló adherido a su padre, como un pimpollo, tal como aparecen los bulbos de los lirios o los animales jóvenes en el pólipo de agua dulce.

En el hombre y en todas las formas más adelantadas de vida terrestre ese sistema de crecimiento ha desaparecido; pero aun en la Tierra fue, sin duda, el que primó al principio. Entre los animales más bajos de la escala, y aun hasta en los tunicados, aquellos primeros primos de los animales vertebrados, los dos procesos ocurren por igual; pero, finalmente, el método sexual terminó por sobrepasar a su competidor. En Marte, empero, ha ocurrido lo contrario.

Vale la pena comentar que cierto escritor de reputación quasi científica, que escribió mucho antes de la invasión marciana, profetizó para el hombre una estructura final no muy diferente de la predominante entre los marcianos. Según recuerdo, su profecía fue publicada en noviembre o diciembre de 1893, en una publicación extinta ya hace tiempo, el *Pall Mall Budget*, y no he olvidado una parodia de la misma que apareció en un periódico premarciano llamado *Punch*. Declaró —escribiendo en son de chanza— que la perfección de los adelantos mecánicos terminaría por reemplazar a los órganos, y la perfección de las sustancias químicas, a la digestión; que detalles externos, tales como el pelo, la nariz, los dientes, las orejas, la barbilla, no eran partes esenciales del ser humano, y que la tendencia de la selección natural llegaría a suprimirlos en los siglos venideros. Sólo el cerebro quedaría como necesidad cardinal. Sólo una parte del cuerpo tenía un motivo verdadero para subsistir, y con ello se refería a la mano, «maestra y agente del cerebro». Mientras que el resto del cerebro se empequeñeciera, las manos se agrandarían.

Muchas palabras acertadas se escriben en broma, y en los marcianos tenemos la prueba innegable de la supresión del aspecto animal del organismo por la inteligencia.

Por mi parte, no me cuesta creer que los marcianos pueden ser descendientes de seres no muy diferentes de nosotros. Con el correr de las edades se fueron desarrollando el cerebro y las manos (estas últimas se convirtieron, al fin, en dos grupos de delicados tentáculos) a expensas del resto del cuerpo. Sin el cuerpo es natural que el cerebro se convirtiera en una inteligencia más egoísta y

carente del sustrato emocional de los seres humanos.

El último punto importante en el cual diferían de nosotros estos seres era algo que cualquiera habría considerado como un detalle trivial. Los microorganismos que causan tantas enfermedades en la Tierra no han aparecido en Marte o la ciencia de los marcianos los ha eliminado hace ya siglos. Todos los males, las fiebres y los contagios de la vida humana, la tuberculosis, el cáncer, los tumores y otros flagelos similares no existen para ellos. Y ya que hablo de las diferencias entre la vida marciana y la terrestre aludiré aquí a la curiosa hierba roja.

Al parecer, el reino vegetal de Marte, en lugar de ser verde en su color predominante, es de un matiz vívidamente rojo. Sea como fuere, las semillas que (intencionada o accidentalmente) trajeron consigo los marcianos se desarrollaron en todos los casos como plantas de ese color. No obstante, sólo aquella que se conoce popularmente con el nombre de hierba roja logró competir con las plantas terrestres. La enredadera roja es un vegetal de crecimiento muy transitorio y pocas personas alcanzaron a verla. Pero la hierba roja medró por un tiempo con un vigor y una exuberancia asombrosos. Se extendió por los costados del pozo el tercer o cuarto día de nuestro encierro, y sus ramas, semejantes a las del cacto, formaron un reborde carmesí en nuestra ventana triangular. Después la vi crecer en todo el país y especialmente donde había corrientes de agua.

Los marcianos tenían lo que parece haber sido un órgano auditorio, un simple parche vibratorio en la parte posterior de la cabeza-cuerpo, y ojos con un alcance visual no muy diferente del nuestro, salvo que, según Philips, los colores azul y violeta los veían como negros. Es creencia corriente que se comunicaban por medio de sonidos y movimientos tentaculares; esto se asegura, por ejemplo, en el folleto, bien urdido, pero apresuradamente compilado (escrito, evidentemente, por alguien que no presencié las acciones de los marcianos), al cual he aludido ya, y que ha sido hasta ahora la fuente principal de información referente a nuestros visitantes.

Ahora bien, ningún ser humano viviente vio tan bien a los marcianos en sus ocupaciones como yo. No me ufano de lo que fue un accidente, pero tampoco puedo negar lo que es verdad. Y yo

afirmo que los observé desde muy cerca una y otra vez y que he visto cuatro, cinco y hasta seis de ellos llevando a cabo con gran trabajo las tareas más complicadas sin cambiar un solo sonido o comunicarse por medio del movimiento de sus tentáculos. Sus peculiares gritos ululantes solían preceder, por lo general, al trabajo de alimentarse; no tenían modulación alguna y, según creo, no eran una señal, sino simplemente la expiración de aire preparatoria para la operación de succionar.

Creo poseer, por lo menos, un conocimiento elemental de fisiología, y en esto estoy convencido de que los marcianos cambiaban ideas sin necesidad de medios físicos. Y me convencí de esto a pesar de mis ideas preconcebidas de lo contrario. Antes de la invasión marciana, como quizá lo recuerde algún lector ocasional, había escrito con no poca vehemencia de expresión algunos ensayos que negaban la posibilidad de la comunicación telepática.

Los marcianos no llevaban ropa alguna. Su concepción de ornamentos y decoro debía por fuerza ser diferente de la nuestra, y no sólo eran mucho menos sensibles que nosotros a los cambios de temperatura, sino que también parece que los cambios de presión no afectaban seriamente su salud. Mas si no usaban ropas era precisamente en sus otras adiciones a sus capacidades corporales donde residía su gran superioridad sobre el hombre. Nosotros, con nuestras bicicletas y patines, nuestras máquinas Lilienthal de planear por el aire, nuestras armas y bastones, así como también con otras cosas, nos hallamos en los comienzos de la evolución, que para los marcianos ya ha completado su círculo.

Ellos se han convertido prácticamente en puro cerebro y usan sus diversos cuerpos según sus necesidades, tal como los hombres usamos trajes y tomamos una bicicleta en un momento de apuro o un paraguas cuando llueve.

Y con respecto a sus aparatos, quizá no haya para el hombre nada más maravilloso que el hecho curioso de que el detalle predominante en todos los mecanismos ideados por el hombre, o sea, la rueda, no existe para ellos. Entre todas las cosas que trajeron a la Tierra no hay nada que sugiera el uso de la rueda. Sería lógico esperar que la usaran, por lo menos, en la locomoción. Y con respecto a esto podría comentar de paso lo curioso que resulta pensar que en la Tierra la naturaleza nunca ha creado la rueda y ha

preferido otros medios para su desarrollo. Y no sólo no conocían los marcianos (cosa que parece increíble) la rueda, o se abstenían de emplearla, sino que también hacían muy poco uso del pivote fijo o semifijo en sus aparatos, lo cual hubiera limitado los movimientos circulares a un solo plano. Casi todas las articulaciones de sus maquinarias presentan un complicado sistema de partes deslizantes que se mueven sobre pequeños cojinetes de fricción perfectamente curvados. Y ya que estoy en estos detalles agregaré que las palancas largas de sus aparatos son movidas en casi todos los casos por una especie de musculatura formada por discos dentro de una funda elástica; estos discos quedan polarizados y se atraen con gran fuerza al ser tocados por una corriente eléctrica. De esta manera se lograba el curioso paralelismo con los movimientos animales, el cual resultó tan extraordinario y turbador para los observadores humanos.

Estos quasi músculos abundan en la máquina de trabajo que se parecía a un cangrejo y a la cual vi ocupada en descargar el cilindro la primera vez que me asomé a la ranura. Daba la impresión de ser mucho más viva que los marcianos, que yacían en el suelo, jadeantes y moviéndose con gran dificultad después del vasto viaje a través del espacio.

Mientras estaba mirando sus débiles movimientos y notando cada uno de los extraños detalles de sus formas, el cura me recordó su presencia tirándome violentamente del brazo. Al volverme vi su rostro desfigurado por una mueca y la silenciosa elocuencia de sus labios. Quería la ranura, la que sólo permitía espiar a uno por vez. Así, pues, tuve que dejar de observarlos por un tiempo, mientras él gozaba de tal privilegio.

Cuando volví a mirar, la máquina de trabajo ya había unido varias de las piezas del aparato que sacara del cilindro dándole una forma que era igual a la suya. Hacia la izquierda apareció a la vista un pequeño mecanismo excavador, que emitía chorros de vapor verde y avanzaba por los bordes del pozo, excavando y amontonando la tierra de manera metódica y eficiente. Este aparato era el que había causado el golpeteo regular y los rítmicos temblores que hacían vibrar nuestro ruinoso refugio. Resoplaba y silbaba al trabajar. Según me fue posible ver, ningún marciano lo dirigía.

3 - Los días de encierro

La llegada de la segunda máquina guerrera nos alejó de nuestro mirador obligándonos a ocultarnos en el lavadero, pues temíamos que desde su elevación el marciano pudiera vernos por encima de nuestra barrera. Más adelante comenzamos a no temer tanto el peligro de que nos vieran, ya que ellos se hallaban a plena luz del sol, y por fuerza nuestro refugio debería parecerles completamente oscuro. Pero al principio, la menor sugestión de proximidad de su parte nos hacía correr al lavadero con el corazón en la boca.

Sin embargo, a pesar del riesgo terrible que corríamos, la atracción de la ranura era irresistible para ambos. Y ahora recuerdo con no poca admiración que a pesar del peligro infinito en que nos hallábamos entre la muerte por hambre y la muerte más terrible en manos del enemigo luchábamos, no obstante, por el horrible privilegio de espiar a los marcianos. Corríamos por la cocina con paso grotesco, en el que se notaba el apuro y el sigilo, y nos golpeábamos con los puños y los pies a escasos centímetros de la ranura.

El caso es que éramos incompatibles, tanto en carácter como en manera de pensar y obrar, y nuestro peligro y aislamiento sólo servían para acentuar aquella incompatibilidad. En Halliford ya había notado su costumbre de lanzar exclamaciones y su estúpida rigidez mental. Sus interminables monólogos, proferidos entre dientes, impedían todos los esfuerzos que hacía yo por hallar un plan de acción y, a veces, me llevaba hasta el borde de la locura. En lo concerniente a la falta de control, se parecía a una mujer tonta. Solía llorar horas enteras y creo que hasta el fin pensó ese niño mimado de la vida que sus débiles lágrimas tenían cierta eficacia. Y yo me quedaba sentado en la oscuridad, incapaz de no pensar en él, debido a lo importuno que era. Comía más que yo y en vano fue que le señalara que nuestra única posibilidad de salvación residía en permanecer en la casa hasta que los marcianos hubieran terminado en el pozo, que durante esa larga espera llegaría el

momento en que nos harían falta los alimentos. Comía y bebía impulsivamente, atiborrándose a cada minuto. Dormía muy poco.

A medida que pasaban los días, su completa falta de cuidado y de consideraciones para conmigo acrecentó tanto nuestro malestar y peligro que, a pesar de no agradarme el método, tuve que apelar a las amenazas y, al fin, a los golpes. Esto le hizo recobrar la cordura por un tiempo. Pero era una de esas personas débiles y llenas de astucia furtiva, que no hacen frente ni a Dios ni al hombre y ni siquiera a sí mismos, carentes de orgullo, timoratas y con almas anémicas y odiosas.

Me resulta desagradable recordar y escribir estas cosas; pero las menciono a fin de que no falte nada a mi relato. Los que han escapado a los momentos malos de la vida no vacilarán en condenar mi brutalidad y mi estallido de cólera de nuestra tragedia final, pues conocen tan bien como yo la diferencia entre el bien y el mal, mas no saben hasta qué límites puede llegar una persona torturada. Pero aquellos que han sufrido y han llegado hasta las cosas elementales serán más comprensivos conmigo.

Y mientras que adentro librábamos nuestras luchas en silencio, nos arrebatábamos la comida y la bebida y cambiábamos golpes, en el exterior se sucedía la maravilla extraordinaria, la rutina desconocida para nosotros de los marcianos del pozo. Pero volvamos a aquellas primeras impresiones mías.

Después de largo rato volví a la ranura para descubrir que los recién llegados habían recibido el refuerzo de los ocupantes de tres máquinas guerreras. Estos últimos habían llevado consigo nuevos aparatos, que se hallaban alineados en orden alrededor del cilindro. La segunda máquina de trabajo estaba ya completa y se ocupaba en servir a uno de los nuevos aparatos. Era éste un cuerpo parecido a un recipiente de leche en sus formas generales, y sobre el mismo oscilaba un receptáculo en forma de pera, del cual fluía una corriente de polvo blanco que iba a caer a un hoyo circular de más abajo.

El movimiento oscilatorio era impartido al aparato por la máquina de trabajo. Con dos manos espatuladas, la máquina de trabajo extraía masas de arcilla y las arrojaba al interior del receptáculo superior, mientras que con su otro brazo abría periódicamente una portezuela y sacaba de la parte media de la

máquina la escoria ennegrecida. Otro tentáculo metálico dirigía el polvo del hoyo circular a lo largo de un canal en dirección a un receptáculo que estaba oculto a mi vista por un montón de polvo azulino. De ese receptáculo invisible se levantaba hacia el cielo una delgada columna de humo verdoso.

Mientras me hallaba mirando, la máquina de trabajo extendió, a manera de un telescopio y con un sonido musical, un tentáculo, que un momento antes era sólo una especie de muñón. El tentáculo se alargó hasta que su extremo quedó oculto detrás del montón de arcilla. Un segundo después sacaba a la vista una barra de aluminio blanco y reluciente y la depositaba entre otras barras, que formaban una pila a un costado del pozo. Entre el amanecer y la noche aquella máquina maravillosa debe haber hecho más de cien barras similares sin otra materia prima que la arcilla, y el montón de polvo azulino se fue levantando paulatinamente hasta que sobrepasó el borde del foso.

El contraste entre los movimientos rápidos y complejos de estos aparatos y la torpeza de sus amos era notable, y durante muchos días tuve que hacer un esfuerzo mental para convencerme de que estos últimos eran en realidad los seres dotados de vida.

El cura tenía posesión de la ranura cuando los primeros hombres fueron llevados al pozo. Yo me hallaba sentado abajo escuchando con la mayor atención. De pronto hizo un brusco movimiento hacia atrás, y yo, temeroso de que nos hubieran visto, me acurruqué transido de terror. Él se deslizó hacia abajo sobre los escombros y acurrucóse a mi lado gesticulando aterrorizado, y por un momento compartí sus temores.

Sus ademanes indicaban que me dejaba la ranura, y al cabo de un rato, mientras mi curiosidad me daba coraje, me puse de pie, pasé sobre él y trepé hasta aquélla.

Al principio no vi razón alguna para su terror. Habíase iniciado el anochecer y brillaban débilmente las estrellas, pero el foso estaba iluminado por el fuego verde. Toda la escena era una combinación de resplandores verdes y sombras negras que se movían y fatigaban la vista. Por todo ello pasaban los murciélagos sin detenerse. Ya no se veía a los marcianos, el montón de polvo azulino habíase elevado y los ocultaba a mi vista, y una máquina guerrera, con las piernas contraídas, se hallaba al otro lado del pozo. Luego, entre el clamor

de las maquinarias, llegó a mis oídos algo semejante a voces humanas.

Me quedé acurrucado observando a la máquina guerrera con gran atención y convenciéndome por primera vez de que el capuchón contenía realmente a un marciano. Al elevarse las llamas verdes pude ver el brillo aceitoso de su tegumento y el refulgir de sus ojos. De pronto oí un grito y vi un largo tentáculo que pasaba sobre el hombro de la máquina para introducirse en la jaula que colgaba de su espalda. Levantó luego algo que se agitaba violentamente y que se recortó oscuro contra el cielo estrellado. Al bajar el tentáculo vi a la luz del fuego que era un hombre. Por un instante estuvo claramente a la vista. Era un hombre robusto, rubicundo y de edad madura. Vestía muy bien, y tres días antes debía haber sido un individuo de importancia en el mundo. Vi sus ojos muy abiertos y el reflejo de sus gemelos y cadena de oro.

Desapareció detrás del montón de polvo y por un momento reinó el silencio. Después se elevó un grito terrible en la noche y el gozoso ulular de los marcianos...

Me deslicé sobre los escombros, me puse de pie, me tapé las orejas con las manos y corrí hacia el lavadero. El cura, que había estado acurrucado con los brazos sobre la cabeza, levantó la vista al pasar yo, lanzando un grito agudo al ver que le abandonaba, y me siguió corriendo...

Aquella noche, mientras nos hallábamos en el lavadero dominados por nuestro terror y por la fascinación que ofrecía la visión del pozo, me esforcé en vano por concebir algún plan de fuga. Después, durante el segundo día, ya pude considerar nuestra situación con más claridad.

Vi que el cura no estaba en condiciones de ayudarme en nada; extraños terrores habíanle convertido ya en una criatura de impulsos violentos, robándole la razón. Prácticamente se había hundido hasta el nivel de un animal.

Por mi parte, hice un esfuerzo y aclaré mis ideas. Una vez que pude hacer frente a los hechos con frialdad se me ocurrió que, por terrible que fuera nuestra situación, no había aún motivo para desesperar del todo. Nuestra salvación dependía de la posibilidad de que los marcianos tuvieran ese pozo como campamento temporario. Y aunque lo mantuvieran de manera permanente podrían

considerar innecesario vigilarlo siempre y era posible que se nos presentara una oportunidad de escapar. También tuve en cuenta la posibilidad de abrirnos paso cavando en dirección opuesta al foso; pero al principio me pareció que corríamos el riesgo de salir a la vista de alguna máquina guerrera que estuviese en guardia. Además, tendría que haber cavado yo solo. El cura no me hubiera ayudado en nada.

Si es que no me falla la memoria, fue el tercer día cuando vi morir al muchacho. Fue la única vez que observé realmente cómo se alimentaban los marcianos. Después de esta experiencia estuve apartado de la ranura durante casi todo un día.

Me fui al lavadero, quité la puerta y pasé varias horas cavando con mi hacha lo más silenciosamente posible; pero cuando hube abierto un agujero de más de medio metro de profundidad, la tierra suelta cayó con gran ruido y no me atreví a continuar. Perdí el ánimo y estuve echado largo tiempo en el suelo, sin valor para levantarme ni moverme. Y después de aquello abandoné por completo la idea de abrirme paso cavando.

Tal era la impresión que me habían causado los invasores, que al principio no abrigué la menor esperanza de que nos liberara su derrota por los humanos. Pero la cuarta o quinta noche oí explosiones como los cañonazos.

Era muy tarde y la luna brillaba en el cielo. Los marcianos habían sacado la máquina excavadora, y salvo la máquina guerrera, que se hallaba en el lado opuesto del pozo, y una máquina de trabajo, que laboraba en un rincón fuera de mi campo visual, el lugar estaba desierto. Excepción hecha del resplandor pálido de la máquina de trabajo y de los listones de luz lunar, el foso se hallaba en la oscuridad y reinaba allí el silencio, que interrumpía sólo el tintineo musical de la máquina de trabajo.

Oí aullar a un perro y ese sonido familiar me hizo aguzar el oído. Llegó entonces hasta mí el detonar de potentes estampidos. Seis detonaciones llegué a contar, y después de un largo intervalo resonaron otras seis. Eso fue todo.

4 - La muerte del cura

Fue el sexto día de nuestro encierro cuando espí por última vez y a poco me encontré solo. En lugar de mantenerse cerca de mí y tratar de ganar la ranura, el cura había vuelto al lavadero.

Se me ocurrió una idea súbita y regresé con rapidez y en silencio. En la oscuridad le oí beber. Tendí las manos y alcancé a asir una botella de vino.

Luchamos durante unos minutos. La botella cayó al suelo y se hizo añicos; yo desistí de mis esfuerzos y me puse en pie. Nos quedamos jadeantes, amenazándonos mutuamente. Al fin, me planté entre él y los alimentos y le expresé mi determinación de iniciar una disciplina rígida. Dividí los alimentos de la alacena en raciones que nos durasen diez días. Esa mañana no le permití comer nada más. Por la tarde hizo un esfuerzo por apoderarse de las provisiones. Yo había estado durmiendo, pero desperté de inmediato.

Durante todo el día y toda la noche estuvimos sentados el uno frente al otro: yo, agotado, pero resuelto, y él, sollozante y quejándose de que tenía hambre. Sé que fue un día y una noche, pero a mí me pareció una eternidad.

Y así terminó al fin, en lucha abierta, nuestra creciente incompatibilidad. Durante dos días luchamos en silencio. Hubo momentos en que le golpeé furiosamente, y otros en que traté de persuadirle, y en cierta oportunidad quise sobornarle con la última botella de vino, ya que había un caño de desagüe del que podía yo obtener agua de lluvia.

Pero ni la fuerza ni la bondad me sirvieron de nada; el hombre había rebasado ya los límites de la razón. No desistía ni de los ataques contra los alimentos ni de sus ruidosos monólogos. Las precauciones más rudimentarias para hacer habitable nuestra prisión no quiso observarlas. Lentamente comencé a notar el derrumbe total de su inteligencia y me hice cargo de que mi compañero de encierro era un enfermo.

Por ciertos recuerdos vagos que conservo, me inclino a pensar que también mi mente fallaba a veces. Solía tener pesadillas horribles cada vez que me dormía. Parece extraño, pero creo que la debilidad y la locura del cura me advirtieron del peligro y me obligaron a mantenerme cuerdo.

El octavo día comenzó a hablar en alta voz en lugar de susurrar y nada pude hacer para que moderase el tono.

—¡Es justo, oh Dios! —decía una y otra vez—. Es muy justo. Seamos castigados todos. Hemos pecado y te fallamos. Había pobreza y desdicha; los pobres eran aplastados en el polvo y yo no dije nada. Prediqué locuras aceptables cuando debí haberme impuesto, aunque muriera por ello, y pedido que se arrepintieran... Opresores del pobre y necesitado... ¡El vino del Señor!

Luego volvía de pronto a recordar el alimento de que yo le privaba y se ponía a llorar, pedir y, al fin, a amenazar. Comenzó a elevar la voz. Le rogué que no lo hiciera. Notó que tenía entonces una ventaja sobre mí y amenazó con gritar y atraer así a los marcianos.

Por un tiempo me asustó eso; pero cualquier concesión habría limitado nuestras posibilidades de salvación. Le desafié, aunque no estaba muy seguro de que no era capaz de cumplir su amenaza. Pero aquel día no lo hizo. Habló cada vez más alto durante la mayor parte de los días octavo y noveno. Sus amenazas y ruegos se mezclaban con un torrente en el que expresaba su arrepentimiento por no haber cumplido con su deber para con Dios. Todo esto hizo que le compadeciera. Luego durmió un rato, y al despertar empezó de nuevo con mayores energías y en voz tan alta, que por fuerza debí hacerle desistir.

—¡Calle! —le imploré.

Se levantó sobre sus rodillas, pues había estado sentado cerca del fregadero.

—He callado demasiado tiempo —manifestó en tono que debió haber llegado hasta el pozo—. Ahora debo hacer mi declaración. ¡Pobre de esta ciudad infiel! ¡Calamidad! ¡Ay de nosotros! ¡Ay de los habitantes de la Tierra, que no oyen la voz de la trompeta!...

—¡Calle! —dije poniéndome en pie, temeroso de que nos oyeran los marcianos—. ¡Por amor de Dios!...

—¡No! —exclamó el cura a voz en grito, parándose también y

levantando los brazos—. ¡Hablaré! La palabra del Señor sale por mi boca.

En tres saltos llegó hasta la puerta que daba a la cocina.

—Debo hablar. Me voy. Ya me he demorado demasiado.

Extendí la mano y toqué la cuchilla colgada de la pared. Casi enseguida salí detrás de él. Me enloquecía el temor. Antes que hubiera cruzado la cocina le había alcanzado. Obedeciendo a un último rasgo humanitario volví la pesada cuchilla y le golpeé con el mango. Cayó boca abajo y quedóse tendido en el suelo. Yo tropecé con él y me quedé jadeante.

De pronto oí un ruido proveniente de afuera. Era el golpe del revoque al deslizarse y caer, y la abertura triangular se oscureció de inmediato. Al levantar la vista vi la parte inferior de la máquina de trabajo. Uno de sus tentáculos se abrió paso sobre los escombros, otro tentó entre los tirantes caídos.

Me quedé petrificado. Luego vi a través de una plancha de vidrio cerca del borde del cuerpo la cara y los grandes ojos oscuros de un marciano que miraba. Después se extendió un largo tentáculo hacia el interior.

Me volví con un esfuerzo, tropecé con el cura y salté para llegar hasta la puerta del lavadero. El tentáculo habíase introducido ya dos metros en el recinto y se movía de un lado a otro con movimientos algo bruscos.

Por un momento me quedé fascinado ante su avance. Luego, lanzando un débil grito ahogado, entré en el lavadero. Temblaba violentamente y a duras penas pude mantenerme en pie. Abrí la puerta del depósito de carbón y me quedé allí, en las tinieblas, mirando hacia la puerta de la cocina. ¿Me habría visto el marciano? ¿Qué haría ahora?

Algo se movía allí de un lado a otro con gran cuidado; a ratos golpeaba contra la pared o hacía un movimiento repentino acompañado de un leve tintinear metálico, como los movimientos de una llave en un llavero.

Luego un pesado cuerpo —supe muy bien lo que era— fue arrastrado por el piso de la cocina hacia la ranura.

Sin poder resistir, me deslicé hasta la puerta y espí desde allí. En el triángulo de luz exterior estaba el marciano dentro de la máquina de trabajo observando la cabeza del cura. De inmediato

pensé que deduciría mi presencia por la marca del golpe que le aplicara.

Volví al depósito de carbón, cerré la puerta y comencé a cubrirme lo más posible con la leña y los trozos de carbón que había allí. A cada instante interrumpía esta tarea para escuchar si el marciano había vuelto a introducir su tentáculo por la abertura.

Oí entonces el leve sonido metálico. Lo sentí palpar por toda la cocina. Luego llegó más cerca y calculé que se hallaba en el lavadero. Me dije que su longitud no sería suficiente para alcanzarme y me puse a orar. El tentáculo pasó rascando la puerta del depósito.

Transcurrió entonces un tiempo de suspenso intolerable y lo oí luego tocando el cierre. Había encontrado la puerta y los marcianos sabían abrirlas.

Estuvo tentando un minuto el cierre y, al fin, la abrió.

Pude ver el tentáculo, que se parecía a la trompa de un elefante. Serpenteó hacia mí y tocó las paredes, los carbones, la leña y el techo. Era como un gusano negro que meciera su ciega cabeza de un lado a otro.

Una vez tocó el tacón de mi zapato. Estuve a punto de gritar y me contuve mordiéndome la mano. Por un momento reinó el silencio. Casi me pareció que se había retirado. Después oí un ruido seco y el tentáculo apresó algo. ¡Creí que era a mí! Luego salió del depósito. Por un momento no estuve seguro de esto último. Al parecer, se había llevado un trozo de carbón para examinarlo.

Aproveché la oportunidad para cambiar de posición, pues me estaba acalambrando, y me puse a escuchar.

Poco después oí el sonido lento y deliberado del tentáculo, que se aproximaba de nuevo. Poco a poco se fue acercando, rascando las paredes y golpeando los muebles.

Mientras me hallaba así pendiente de sus movimientos, golpeó la puerta del depósito y la cerró. Le oí entrar en la alacena; rompió una botella y golpeó la lata de los bizcochos. Después resonó un fuerte golpe contra la puerta del depósito y luego el silencio.

¿Se habría ido?

Al fin, me dije que sí.

No volvió a entrar en el lavadero; pero estuve todo el décimo día allí metido, tapado casi enteramente por el carbón y la leña, sin

atreverme a salir ni para calmar la sed, que me torturaba. Fue el undécimo día cuando me aventuré a salir de mi refugio.

5 - El silencio

Lo primero que hice antes de ir a la despensa fue asegurar la puerta de comunicación entre la cocina y el lavadero. Pero la despensa estaba vacía; no quedaba en ella nada de alimento. Al parecer, se lo había llevado todo el marciano. Ante este descubrimiento me desesperé realmente por primera vez. Ni el undécimo ni el duodécimo día tomé alimentos ni agua.

Al principio sentí la garganta seca y se agotaron mis fuerzas con rapidez. Estuve sentado en la oscuridad del lavadero, en un estado de completa postración. No hacía más que pensar en comer. Pensé que estaba sordo, pues habían cesado por completo los ruidos que acostumbraba a oír procedentes del pozo. No tenía fuerzas suficientes para arrastrarme en silencio hasta la ranura, pues de haberlas tenido hubiese ido a mirar.

El duodécimo día me dolía tanto la garganta, que corrí el riesgo de llamar la atención de los marcianos y atacué la bomba de agua de lluvia que había junto al fregadero, obteniendo así buena cantidad de agua ennegrecida y de mal gusto. Me mortificó esto y me animó mucho el hecho de que el ruido no hubiera atraído a ningún tentáculo investigador.

Durante ese tiempo pensé mucho en el cura y en la forma como murió.

El decimotercer día bebí más agua, dormité a ratos, pensé en comer y formulé planes de fuga imposibles. Cuando me dormía soñaba con horribles fantasmas, con la muerte de mi compañero o con deliciosas comidas; pero dormido o despierto sentía un agudo dolor, que me obligaba a beber agua una y otra vez.

La luz que entraba en el lavadero no era ya gris, sino roja. Para mi mente desordenada, éste era el color de la sangre.

El decimocuarto día salí a la cocina y me sorprendí al ver que la hierba roja había cubierto toda la ranura de la pared, filtrando así la luz exterior y tornándola rojiza.

Fue en la mañana del decimoquinto día cuando oí una serie de sonidos familiares en la cocina. Al escuchar los identifiqué como los

resoplidos y el rascar de las patas de un perro. Salí entonces y vi la nariz del can, que asomaba por entre la roja vegetación. Esto me sorprendió en extremo. Al sentir mi olor, el perro lanzó un ladrido.

Pensé que si podía inducirle a entrar sin hacer mucho ruido quizá me sería posible matarlo y comerlo; de todos modos, me pareció aconsejable matarlo para que sus movimientos no llamaran la atención de los marcianos.

Avancé entonces llamándolo en voz baja, pero el animal retiró de pronto la cabeza y desapareció.

Agucé el oído —no estaba sordo—, pero era evidente que reinaba el silencio en el pozo. Oí algo así como el aletear de pájaros y unos chillidos ronc, pero eso fue todo.

Durante largo rato estuve cerca del agujero, mas no me atreví a apartar las plantas que lo tapaban. Una o dos veces oí los pasos del perro, que iba de un lado a otro por el exterior, y se repitieron los aleteos. Al fin, animado por el silencio, me decidí a asomarme.

Salvo en el rincón, donde una multitud de cuervos se peleaban sobre los esqueletos de los muertos que sirvieran de alimento a los marcianos, no había otro ser viviente en el pozo.

Miré hacia todos lados casi sin creer en el testimonio de mis sentidos. Toda la maquinaria había desaparecido. Excepción hecha de un montón de polvo azulino en un rincón, algunas barras de aluminio en otro, los cuervos y los esqueletos, el lugar no era otra cosa que un pozo desierto.

Lentamente salí por entre la hierba roja y me detuve sobre una pila de escombros. Podía ver en todas direcciones, menos hacia el norte, y no había por allí marcianos. Había llegado mi oportunidad de escapar. Al hacerme cargo de esto comencé a temblar.

Vacilé un rato y luego, en un impulso desesperado y con el corazón laténdome violentamente, subí a lo alto de las ruinas bajo las cuales me encontrara sepultado tanto tiempo.

De nuevo miré a mi alrededor. Tampoco hacia el norte se veía ningún marciano.

La última vez que viera a Sheen a la luz del día, la población había sido una bien cuidada calle flanqueada de casas blancas de tejados rojos y numerosos árboles de sombra. Ahora me encontré con un montón de escombros, sobre el cual se extendía una multitud de plantas rojas que parecían cactus y llegaban hasta la

altura de la rodilla. La vegetación terrestre no le disputaba la posesión del terreno. Los árboles próximos estaban muertos; en los más lejanos vi que una serie de tallos rojos cubrían los troncos y ramas.

Las casas vecinas habíanse desplomado todas, pero ninguna de ellas estaba quemada; algunas de las paredes manteníanse en pie hasta la altura del primer piso, con sus ventanas rotas y puertas destrozadas. La hierba roja crecía exuberante en sus habitaciones sin techo. Debajo de mí se hallaba el enorme pozo donde los cuervos se disputaban los restos. A lo lejos vi a un gato flaco que se deslizaba a lo largo de una pared, pero no descubrí señal alguna de seres humanos.

En contraste con mi reciente encierro, el día me parecía extraordinariamente brillante, el cielo de un azul intenso. Una suave brisa mecía constantemente a la hierba roja, que cubría todo el terreno libre. Y, ¡ah!, la dulzura del aire libre.

6 - Después de quince días

Durante un tiempo me quedé parado sobre la pila de escombros sin pensar en el peligro. Dentro de la cueva de la que acababa de salir sólo había pensado en nuestra seguridad inmediata. No me hice cargo de lo que sucedía en el mundo, no imaginé el sorprendente espectáculo que me esperaba a la salida. Había esperado ver a Sheen en ruinas... y ahora tenía ante mí el paisaje fantástico de otro planeta.

En ese momento experimenté una emoción que está más allá del alcance de los hombres, pero que las pobres bestias a las que dominamos conocen muy bien. Me sentí como podría sentirse el conejo al volver a su cueva y verse de pronto ante una docena de peones que cavan allí los cimientos para una casa. Tuve el primer atisbo de algo que poco después se tornó bien claro a mi mente, que me oprimió durante muchos días: me sentí destronado, comprendí que no era ya uno de los amos, sino un animal más entre los animales sojuzgados por los marcianos. Nosotros tendríamos que hacer lo mismo que aquéllos: vivir en constante peligro, vigilar, correr y ocultarnos; el imperio del hombre acababa de fenecer.

Pero esta idea extraña se borró de mi mente tan pronto se hubo presentado y no pensé ya en otra cosa que no fuera satisfacer mi hambre de tantos días. A cierta distancia, al otro lado de una pared cubierta de rojo, vi un trozo de terreno al descubierto. Esto me dio una idea y avancé por entre la hierba roja, que en partes me llegaba hasta el cuello. La densidad de las extrañas plantas me brindaba un escondite seguro. La pared tenía un metro ochenta de alto, y cuando la intenté trepar descubrí que mis fuerzas no me lo permitían. Por eso avancé un trecho por su lado, llegué a una esquina y vi allí un montón de escombros, que me permitió subir a ella y bajar a la huerta del otro lado. Allí encontré algunas cebollas, un par de bulbos de gladiolos y una cantidad de zanahorias no del todo

maduras. Me apoderé de todo ello y, salvando de nuevo la pared en ruinas, seguí mi camino por entre los árboles escarlatas en dirección a Kew. Aquello era como marchar por una avenida flanqueada por gigantescas gotas de sangre.

Mi idea principal era obtener más alimentos y alejarme de los alrededores del pozo todo lo que me permitieran mis piernas.

A cierta distancia, en un lugar cubierto de hierba, había un grupo de hongos, que devoré, y después llegué a un lago de poca profundidad sobre lo que antes fuera un campo sembrado. Estos escasos alimentos sólo sirvieron para avivar mi hambre. Al principio me sorprendió ver allí agua a esa altura del año, pero después descubrí que esto se debía a la exuberancia tropical de la hierba roja. Al encontrar agua, esta extraordinaria vegetación se tornaba gigantesca y adquiría una fecundidad notable. Sus semillas llegaron hasta el Wey y el Támesis, y la titánica planta, que crecía con tanta rapidez, ahogó de inmediato a ambos ríos.

En Putney, como lo comprobé después, el puente estaba cubierto por completo por esa hierba, y también en Richmond se vertían las aguas del Támesis en un amplio lago, que cubría las campiñas de Hampton y Twickenham. Al extenderse las aguas, la hierba las seguía, hasta que las villas en ruinas del valle del Támesis estuvieron por un tiempo perdidas en medio de un pantano rojo —cuyas márgenes exploré—, y gran parte de la desolación causada por los marcianos quedó así oculta.

Al fin, sucumbió la hierba roja con tanta rapidez como se extendió. Fue presa de una enfermedad debida a la acción de ciertas bacterias. Ahora bien, por obra de la selección natural, todas las plantas terrestres han adquirido una resistencia especial contra las enfermedades de ese tipo; jamás mueren sin defenderse. Pero la hierba roja se pudrió como algo ya muerto. Perdió el color y fue encogiéndose y tornándose quebradiza. Se rompía al tocarla, y las aguas, que estimularon su crecimiento, se llevaron sus últimos vestigios hacia el mar...

Naturalmente, lo primero que hice al llegar al agua fue satisfacer mi sed. Bebí mucho, y movido por un impulso, me llevé a la boca un puñado de la hierba; pero era muy acuosa y de un desagradable sabor metálico.

Descubrí que el lago tenía poca profundidad y que me era

posible caminar por allí, aunque la hierba roja dificultaba bastante el paso; pero como el pantano se tornaba más profundo a medida que me acercaba al río, me volví hacia Mortlake.

Logré seguir el camino fijándome en las ruinas de las villas y en las cercas y columnas de alumbrado, consiguiendo salir, al fin, de ese lugar, subir por una cuesta que iba hacia Rochampton e ir a parar al campo comunal de Putney.

Allí cambiaba la escena. Lo extraño y poco familiar convertíase en la ruina de lo conocido. En algunos lugares parecía haber pasado un ciclón, y al avanzar un centenar de metros encontré espacios en perfectas condiciones; casas con sus persianas y puertas cerradas, como si sus dueños se hubieran ido por un día o estuvieran durmiendo en el interior. La hierba roja era menos abundante; los árboles del camino estaban libres de la enredadera marciana. Busqué alimentos entre los árboles, pero no hallé nada. Entré en un par de casas silenciosas, sólo para descubrir que ya habían estado antes otros saqueadores.

Como estaba demasiado agotado para continuar andando, descansé el resto del día entre los setos.

Durante todo este tiempo no vi seres humanos ni descubrí rastros de los marcianos. Encontré un par de perros hambrientos, pero los dos se alejaron apresuradamente cuando intenté atraerlos. Cerca de Rochampton había visto dos esqueletos humanos, y en el bosquecillo junto al que me hallaba descubrí los huesos aplastados de varios gatos y conejos, como así también el de una oveja. Aunque quise roer estos huesos, no pude saciar mi hambre.

Después de la caída del sol seguí andando por el camino en dirección a Putney, donde creo que por alguna razón usaron los marcianos su rayo calórico. En un jardín del otro lado de la población obtuve una cantidad de patatas apenas maduras, que engullí con gran gusto. Desde esa huerta se podía ver Putney y el río. Reinaba allí la desolación: árboles ennegrecidos, ruinas abandonadas, y al pie de la colina veíase el río teñido de rojo. Y, sobre todo, se cernía el silencio como un pesado manto. Al pensar en la rapidez con que se había operado un cambio tan aterrador, me sentí lleno de desesperación.

Por un tiempo creí que la humanidad había dejado de existir y que era yo el único hombre que quedaba con vida. Cerca de la cima

de Putney Hill encontré otro esqueleto humano, con los brazos arrancados. Al seguir avanzando me convencí cada vez más de que ya se había cumplido la exterminación de la raza humana. Pensé que los marcianos habrían seguido su marcha para ir a otra parte en busca de alimento. Tal vez en ese momento estaban destruyendo París o Berlín o quizá se habían ido hacia el norte...

7 - El hombre de Putney Hill

Aquella noche la pasé en la hostería que se halla en lo alto de Putney Hill y por primera vez desde mi huida a Leatherhead dormí en una cama. No relataré el trabajo inútil que me costó forzar la entrada en la hostería —después descubrí que la puerta principal estaba sin llave— ni cómo registré todas las habitaciones en busca de alimento hasta que, ya a punto de renunciar, encontré, al fin, un pan roído por las ratas y dos latas de ananás en conserva. La casa ya había sido saqueada. Después descubrí en el bar algunos bizcochos y sándwiches, que habían pasado por alto los que estuvieron allí antes que yo. Los sándwiches no pude comerlos, pero los bizcochos estaban buenos e hice una abundante provisión de ellos.

No encendí lámparas por temor de que algún marciano se aproximara a aquella parte de Londres durante la noche. Antes de acostarme sufrí un intervalo de inquietud y anduve de ventana en ventana espiondo hacia el exterior por si veía a los monstruos. Dormí poco. Mientras me hallaba en la cama pude pensar como no lo hiciera desde mi última riña con el cura. Desde entonces hasta ese momento mi condición mental había sido una rápida sucesión de vagos estados emocionales o una especie de estúpida negación de la inteligencia. Pero aquella noche, fortificado ya por los alimentos ingeridos, pude reflexionar con claridad.

Tres detalles se esforzaban por lograr el predominio absoluto en mi cerebro: la muerte del cura, el paradero de los marcianos y el posible destino corrido por mi esposa. Lo primero no me causaba horror ni remordimiento; lo consideraba simplemente como algo terminado y como un recuerdo desagradable, pero nada más. Me veía entonces como me veo ahora, llevado paso a paso hacia aquel acto de violencia, víctima de una sucesión de accidentes que me condujo a la tragedia final. No sentía remordimientos; sin embargo, me molestaba el recuerdo. En el silencio de la noche, presa de esa

sensación de la proximidad de Dios que solemos experimentar mientras reinan el silencio y la oscuridad, me formé el único juicio por aquel momento de ira y temor.

Revisé mentalmente cada aspecto de nuestras relaciones desde el momento en que le hallé junto a mí, sin prestar atención a mi sed y señalando hacia el humo y las llamas que se alzaban de las ruinas de Weybridge. En ningún momento nos comprendimos. De haber previsto lo que iba a ocurrir le hubiera dejado en Halliford. Mas no preví nada, y el crimen es prever y obrar. Dejo constancia de esto tal como fue. No hubo testigos: bien podría haber ocultado estas cosas. Pero lo incluyo en mi relato, como he incluido todo, y que el lector se forme el juicio que le dicte su criterio.

Y cuando hube dejado de lado el recuerdo de su cuerpo inerte hice frente al problema de los marcianos y al posible destino de mi esposa. Con respecto a lo primero no tenía informe alguno; podía imaginar mil cosas, lo mismo que con lo segundo. Y de pronto, la noche me pareció terrible. Me senté en el lecho, con la vista clavada en la oscuridad. Pedí al cielo que el rayo calórico la hubiera matado súbitamente y sin causarle sufrimientos. Desde la noche de mi regreso de Leatherhead no había orado. Había murmurado plegarias falsas, había orado como los paganos profieren encantamientos en casos de apuro; pero ahora oré en realidad, con cordura y fe, cara a cara con las tinieblas de Dios. ¡Extraña noche! Y más extraña aún en esto: tan pronto como llegó el alba, yo, que había hablado con Dios, salí de la casa furtivamente, como la rata abandona su cueva. Era entonces un animal inferior, tan perseguido como el roedor al que he mencionado. Es seguro que si esta guerra no nos enseñó otra cosa, nos hizo, por lo menos, ser comprensivos con las bestias a las que dominamos.

Era un día magnífico y el cielo se teñía de rosa en el oriente. En el camino que se extiende desde Putney Hill hasta Wimbledon había una serie de dolorosos vestigios del aterrorizado torrente, que debe haber llegado a Londres el domingo por la noche, después que se iniciaron las hostilidades.

Vi un carro de dos ruedas con una inscripción que decía: «Thomas Lobb, verdulero, New Malden». Tenía una rueda destrozada y junto al mismo había un sombrero de paja incrustado en el barro ahora seco. En la parte superior de West Hill descubrí

muchos vidrios manchados de sangre cerca de un abrevadero derribado.

Mis movimientos eran lánguidos, mis planes muy vagos. Tenía la idea de ir hasta Leatherhead, aunque no ignoraba que eran muy escasas las posibilidades de que hallara allí a mi esposa. A menos que la muerte les hubiera sorprendido súbitamente, era lógico suponer que mis primos habían huido; pero me pareció que podría enterarme allí de la dirección en que habían marchado los habitantes de Surrey. Deseaba encontrar a mi esposa, pero no sabía cómo hacerlo. En esos momentos caí en la cuenta de mi terrible soledad.

Desde la esquina avancé por entre los setos y árboles hacia los límites del amplio campo comunal de Wimbledon.

Aquella extensión oscura estaba salpicada en parte por flores de retama y árgomas amarillas; no vi la hierba roja, y cuando andaba de un lado a otro, sin decidirme a salir a campo abierto, se levantó el sol, inundándolo todo con su luz y vitalidad.

Descubrí entonces un grupo de ranas muy ocupadas en alimentarse en un charquito entre los árboles. Me detuve para mirarlas y ellas me dieron una lección en su firme voluntad de continuar viviendo.

Poco después me volví con la extraña impresión de que alguien me observaba y descubrí algo acurrucado entre un matorral cercano. Me quedé mirándolo. Después di un paso en esa dirección y del matorral se levantó un hombre armado con un machete. Me acerqué con lentitud mientras él me observaba en silencio y sin moverse.

Al avanzar me di cuenta de que vestía ropas tan sucias como las mías. En verdad, daba la impresión de haberse arrastrado por las zanjales del camino. Sus negros cabellos le caían sobre los ojos y sus facciones mostrábanse oscuras, sucias y enflaquecidas, razón por la cual no le reconocí al principio. Tenía un tajo enrojecido en la parte inferior de la cara.

—¡Deténgase! —me gritó cuando me hallaba a diez metros de él. Me detuve de inmediato.

—¿De dónde viene? —me preguntó con voz ronca.

Me quedé pensando mientras lo examinaba con atención.

—Vengo de Mortlake —dije al fin—. Estuve sepultado cerca del

pozo que hicieron los marcianos alrededor de su cilindro. Logré salir y he escapado.

—Por aquí no hay alimentos —manifestó—. Esta región es mía. Toda esta colina hasta el río, y por atrás, hasta Clapham y el borde del campo comunal. Hay comida para uno solo. ¿Hacia dónde va?

—No sé —le respondí con lentitud—. Estuve sepultado en las ruinas de una casa durante trece o catorce días. No sé qué ha pasado.

Me miró con expresión dubitativa y luego dio un respingo fijándose en mí con más atención.

—No deseo quedarme por aquí —agregué—. Creo que seguiré hacia Leatherhead, pues allí estaba mi esposa.

Él me señaló con el dedo.

—Es usted —dijo—. El hombre de Woking. ¿Y no lo mataron en Weybridge?

Lo reconocí en el mismo momento.

—Usted es el artillero que entró en mi jardín.

—¡Qué buena suerte! —exclamó—. Somos afortunados.

—¡Usted! —Me tendió la diestra y se la estreché—. Yo me metí en un desagüe. Y después que se fueron escapé por los campos hacia Walton. Pero... todavía no hace dieciséis días y está usted lleno de canas.

Miró de pronto por encima del hombro.

—No es más que una corneja —agregó—. Estos días se entera uno de que hasta los pájaros hacen sombra. Estamos muy al descubierto. Metámonos entre esos matorrales y conversaremos.

—¿Ha visto a los marcianos? —inquirí—. Desde que salí...

—Se han ido al otro lado de Londres. Creo que allí tienen un campamento más grande. Por allá, por el lado de Hampstead, el cielo se llena de luces durante la noche. Es como una gran ciudad, y en el resplandor se los ve moverse. De día no se ve nada. Pero más cerca..., no los he visto... —contó con los dedos— en cinco días. Vi a dos de ellos al otro lado de Hammersmith. Llevaban algo grande. Y anteanoche... —hizo una pausa y agregó en voz más baja—: Fue cuestión de luces, pero había algo en el aire. Creo que han construido una máquina de volar y están experimentando con ella.

Me detuve sobre manos y rodillas. Ya habíamos llegado a los matorrales.

—¿Vuelan?

—Sí; vuelan —repuso.

Me introduje por debajo de las ramas y me senté.

—La humanidad está perdida —expresé—. Si pueden hacer eso darán la vuelta al mundo...

Él asintió.

—Sí. Pero eso aliviará un poco las cosas por aquí. Además... — Me miró a los ojos—. ¿No está usted convencido de que la humanidad está liquidada? Yo, sí. Estamos vencidos.

Me quedé mirándole. Por extraño que parezca, no había llegado yo a esta conclusión. El hecho me resultó perfectamente obvio al oírsele afirmar. Aún abrigaba una esperanza vaga o, más bien, conservaba una manera de pensar desarrollada durante la costumbre de toda una vida. Él repitió con absoluta convicción:

—Estamos vencidos.

Guardó silencio un momento.

—Ha terminado todo —dijo luego—. Ellos perdieron uno. Sólo uno. Se han afianzado en la Tierra y destrozaron a la potencia más grande del mundo. Nos aplastaron. La muerte de aquel de Weybridge fue un accidente. Y éstos no son más que los primeros. Siguen viniendo. Esas estrellas verdes... No he visto ninguna en los últimos cinco o seis días, pero estoy seguro de que caen todas las noches en alguna parte. No se puede hacer nada. ¡Estamos aplastados! ¡Vencidos!

No le respondí. Me quedé con la vista clavada en el vacío esforzándome en vano por pensar algo que desvirtuara sus afirmaciones.

—Esto no es una guerra —continuó el artillero—. Nunca lo fue. Tampoco las hormigas pudieron hacernos la guerra a nosotros.

Súbitamente recordé aquella noche del observatorio.

—Después del tercer disparo no hubo más... Por lo menos, hasta que llegó el primer cilindro.

—¿Cómo lo sabe usted? —me preguntó.

Se lo expliqué.

—Se habrá descompuesto el cañón —dijo entonces—. ¿Pero qué importa eso? Ya lo arreglarán. Y aunque haya una demora, el final será el mismo. Hombres contra hormigas. Las hormigas construyen sus ciudades, viven en ellas y tienen sus guerras y sus revoluciones,

hasta que los hombres quieren quitarlas de en medio, y entonces desaparecen. Eso es lo que somos... Hormigas. Sólo que...

—¿Sí? —le urgí.

—Somos hormigas comestibles.

Nos quedamos mirándonos.

—¿Y qué harán con nosotros? —dije al fin.

—En eso he estado pensando. Después de Weybridge me fui al sur, pensando siempre. Vi lo que pasaba. La mayor parte de la gente gritaba y se excitaba. Pero yo no soy de los que gritan. He visto la muerte de cerca una o dos veces; no soy un soldado ornamental y la muerte no me asusta. Pues bien, el que se salva es el que piensa. Vi que todos se iban al sur y me dije: «Por aquel lado no durarán los alimentos». Y me volví. Fui en busca de los marcianos, como el gorrión busca a los hombres —con un amplio ademán indicó los alrededores—. Por todas partes se mueren de hambre a montones y se pisotean unos a otros...

Vio mi expresión y se interrumpió un instante.

—Sin duda alguna, los que tenían dinero escaparon a Francia —continuó al poco—. Aquí hay comida. Latas de conservas en las tiendas de comestibles; vinos, licores, aguas minerales, y los caños principales de desagüe y las cloacas grandes están vacíos. Ahora bien, le estaba diciendo lo que pensaba yo. «Aquí hay seres inteligentes», me dije. «Y parece que nos quieren como alimento». Primero destruirán nuestros barcos, máquinas, armas, ciudades, y terminarán con el orden y la organización. Todo eso desaparecerá. Si fuéramos del tamaño de las hormigas podríamos salvarnos. Pero no lo somos. Ésa es la primera seguridad que tenemos, ¿eh?

Asentí.

—Así es. Ya lo he pensado. Pues bien, vamos ahora. Por el momento nos capturan cuando quieren. Un marciano no tiene más que caminar unas millas para encontrar una multitud en fuga. Y un día vi a uno en Wandsworth que hacía pedazos las casas y rebuscaba entre las ruinas. Pero no seguirán haciendo eso. Tan pronto como hayan terminado con nuestras armas y barcos, destruido nuestros ferrocarriles y finalizado las cosas que están haciendo aquí comenzarán a cazarnos de manera sistemática, eligiendo a los mejores y guardándonos en jaulas. Eso es lo que harán después de un tiempo. ¡Dios! Todavía no han empezado con

nosotros. ¿No se da cuenta?

—¿No han empezado? —exclamé.

—No. Lo que ha pasado hasta ahora se debe a que no hemos tenido la prudencia de quedarnos quietos y los hemos molestado con nuestros cañones y tonterías. Además, perdimos la cabeza y huimos en grandes multitudes hacia donde no había más seguridad que en los sitios en que estábamos.

Todavía no quieren molestarnos. Están fabricando sus cosas, todas las que no pudieron traer consigo, y preparando lo necesario para el resto de su raza. Posiblemente se deba a eso que hayan dejado de caer otros cilindros, pues, sin duda, temen aplastar a los que ya están aquí. Y en lugar de correr a ciegas o de juntar dinamita con la esperanza de hacerlos volar tenemos que prepararnos para un nuevo estado de cosas. Así es como lo pienso yo. No está eso de acuerdo con lo que el hombre desea para su especie, pero es lo que nos aconsejan las circunstancias. Sobre ese principio me basé para obrar. Las ciudades, las naciones, la civilización, el progreso..., todo eso ha terminado. Finalizó la partida. Estamos vencidos.

—Pero si es así, ¿para qué hemos de seguir viviendo?

El artillero me miró con fijeza durante un momento.

—No habrá más conciertos hasta dentro de un millón o más de años; no habrá una academia real de artes ni restaurantes de lujo. Si son diversiones lo que le interesan puede olvidarse de ellas. Si tiene modales delicados o le desagrada comer las arvejas con el cuchillo o pronunciar malas palabras, le conviene dejar de lado esos reparos. Ya no servirán de nada.

—¿Quiere decir...?

—Quiero decir que los hombres como yo son los que seguirán viviendo..., para que no se pierda la raza. Le digo que estoy firmemente dispuesto a vivir. Y si no me equivoco, usted también demostrará lo que vale y será como yo. No vamos a permitir que nos exterminen. Y tampoco pienso dejar que me capturen, me domestiquen y me engorden como a un cerdo o a una vaca. ¡Uf! ¡Esos malditos bichos que se arrastran!

—No querrá decir que...

—Sí. Yo viviré bajo sus pies. Ya lo tengo proyectado a la perfección. Estamos vencidos; no sabemos lo suficiente. Debemos

aprender para lograr otra oportunidad de triunfar. Y tenemos que vivir y mantenernos independientes mientras aprendemos. ¿Comprende? Eso es lo que ha de hacerse.

Lo miré con fijeza, lleno de asombro y profundamente conmovido por su resolución.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Es usted todo un hombre!

Acto seguido le estreché la mano.

—¿Eh? —dijo él con los ojos relucientes—. Lo pensé bien, ¿eh?

—Prosiga usted.

—Pues bien, los que no quieran ser atrapados deben prepararse. Yo ya lo he hecho. Eso sí, no todos nosotros tenemos lo que se necesita para ser bestias salvajes, y eso es lo que hemos de ser. Por eso le estuve observando. Tuve mis dudas al verle tan delgado. Claro que no sabía que era usted ni que había estado sepultado. Todos éstos, los que vivían en estas casas, y todos los condenados dependientes de comercio, que vivían por allá, no sirven. No tienen coraje, no sueñan ni ansían nada, y el que no tiene esas cosas, no vale un ardite.

»Todos ellos solían salir corriendo para el trabajo. He visto centenares de ellos, con el desayuno en la mano, correr para tomar su tren por temor de llegar tarde al trabajo y perder el empleo. Se dedicaban a negocios que nunca quisieron entender. Volvían corriendo a sus casas por temor de no llegar a tiempo para la cena. Se quedaban en sus hogares después de comer por temor a la oscuridad de las calles. Y dormían con sus esposas no porque las quisieran, sino porque ellas tenían un poco de dinero, que les brindaba algo de seguridad en sus miserables vidas. Vidas aseguradas por temor a la muerte y a los accidentes.

»Y los domingos..., el miedo al Más Allá. ¡Como si el infierno quisiera conejos! Pues bien, los marcianos serán una bendición para ellos. Bonitas jaulas, bien aireadas; alimentos de primera; nada de preocupaciones... Después de una semana de andar corriendo por los campos sin nada que comer irán por su propia voluntad para que los capturen. Al cabo de un tiempo estarán contentos y se preguntarán qué hacía la gente antes que los marcianos se hicieran cargo de las cosas.

»Y los borrachos y los holgazanes..., ya me los imagino. Todos se volverán religiosos. Hay centenares de cosas que he visto y que sólo

en estos últimos días comencé a ver con claridad. Muchos aceptarán las cosas como se presenten y otros se afligirán porque algo anda mal y pensarán que es necesario hacer algo.

»Ahora bien, cuando las cosas se ponen de tal manera que muchas personas opinan que deberían hacer algo, los débiles de carácter y los que se debilitan con mucho pensar siempre inventan una especie de religión de brazos cruzados, muy pía y superior, y se someten a la persecución y a la voluntad del Señor. Posiblemente lo haya visto usted. En esas jaulas resonarán los himnos y los salmos. Y los menos simples contribuirán con un poco de..., ¿cómo se llama?... Erotismo.

Hizo una pausa.

—Es muy posible que los marcianos tengan preferidos entre ellos; que les enseñen a hacer pruebas. ¿Quién sabe? Puede que se pongan sentimentales con algún muchachito que se crió entre ellos y deba ser sacrificado. Y es posible que enseñen a algunos a perseguirnos.

—No —exclamé—. ¡Eso es imposible! Ningún ser humano...

—¿De qué sirven esas mentiras? —me interrumpió el artillero—. Muchos hombres lo harían con gusto. ¿De qué vale fingir que no es así?

Y yo sucumbí a su convicción.

—Si vienen a buscarme... ¡Dios! Si vienen a buscarme...

Calló para meditar con el ceño fruncido.

Me puse a pensar en lo que había dicho. No encontré argumentos para oponer a sus afirmaciones. En los días anteriores a la invasión nadie habría puesto en duda mi superioridad intelectual en comparación con la suya —yo, un conocido escritor de temas filosóficos, y él, un soldado común— y, sin embargo, él ya había delineado una situación que yo no alcanzaba a comprender del todo.

—¿Qué hace usted? —pregunté al poco—. ¿Qué planes tiene?

Vaciló un momento antes de contestarme.

—Verá usted —dijo al fin—. ¿Qué tenemos que hacer? Tenemos que inventar una clase de vida en la que los hombres puedan medrar y multiplicarse y estén seguros de poder criar a sus hijos. Sí... Espere un momento y le aclararé lo que pienso que puede hacerse. Los mansos desaparecerán como las bestias mansas; en

pocas generaciones serán gordos, estarán bien cuidados... y servirán de alimento a los marcianos. El riesgo está en que los que sigamos sueltos nos volvamos salvajes y degeneremos para convertirnos en una especie de raza feroz... Verá usted, pienso vivir bajo tierra. He elegido las cloacas y los desagües. Claro que los que no los conocen creen que son algo terrible; pero debajo de Londres hay miles y miles de conductos, y en unos cuantos días de lluvia, estando la ciudad desocupada, quedarán perfectamente limpios. Los caños principales son lo bastante grandes y aireados para vivir. Además, están los sótanos, las bóvedas de los bancos y de las tiendas, y desde ellos se pueden abrir pasajes hasta los caños. Y los túneles del ferrocarril y los del tren subterráneo. ¿Eh? ¿Comprende? Formaremos una banda de hombres fuertes e inteligentes. No aceptaremos a cualquiera que quiera unírseles. A los débiles, los rechazaremos.

—¿Como pensaba hacer conmigo?

—Bueno..., por lo menos, parlamenté con usted, ¿no?

—No discutiremos el punto. Prosiga.

—Los que estén con nosotros deberán obedecer órdenes. También tendremos mujeres sanas y fuertes; madres y maestras. Nada de damas delicadas y estúpidas. No queremos débiles y tontos. La vida vuelve a ser vida verdadera y los inútiles y torpes deben desaparecer. Deberían estar dispuestos a morir. Al fin y al cabo, sería desleal que siguieran viviendo para contaminar la raza. Por otra parte, no podrían ser felices.

»Nos reuniremos en todos esos lugares. Nuestro distrito será Londres. Y hasta podremos mantener una guardia y andar al descubierto cuando se alejen los marcianos. Es posible que hasta podamos jugar al *cricket*. Así salvaremos la raza. ¿Eh? ¿No es posible? Pero eso de salvar la raza no es nada. Como le dije, así seremos ratas solamente. Lo importante es que salvemos nuestros conocimientos y los aumentemos. En eso intervendrán los hombres como usted. Hay libros, modelos. Debemos hacer depósitos bien profundos y obtener todos los libros que podamos; nada de novelas y estúpidas poesías, sino libros de ideas y de ciencia. Iremos al Museo Británico a recoger esos volúmenes. En especial tendremos que conservar nuestra ciencia y aprender más. Debemos observar a los marcianos. Algunos de nosotros iremos como espías. Cuando

esté todo en marcha es posible que vaya yo mismo y me deje capturar. Y lo importante es que dejaremos en paz a los marcianos. Ni siquiera robaremos. Si vemos que los molestamos en algo, nos iremos. Hay que demostrarles que no pensamos hacerles daño. Sí, ya lo sé. Pero son inteligentes y nos cazarán si tienen todo lo que quieren y nos consideran alimañas inofensivas.

El artillero hizo una pausa y puso una mano sobre mi brazo.

—Al fin y al cabo, quizá no sea tanto lo que tengamos que aprender antes de... Imagínese esto: cuatro o cinco de sus máquinas de guerra se apartan de pronto; rayos calóricos a derecha e izquierda y ni un marciano que los maneje. Ni un marciano, sino hombres; hombres que han aprendido a hacerlo. Quizá sea en mi tiempo. ¡Qué agradable sería tener una de esas máquinas y su rayo calórico! ¡Qué magnífico controlar eso! ¿Qué importaría que nos hicieran pedazos, al fin, si se pudiera liquidar a unos cuantos así? Entonces sí que abrirían los ojos esos marcianos. ¿No se lo imagina usted? ¿No los ve ya arrastrándose trabajosamente hacia sus otros aparatos? En todos ellos encontrarían algo descompuesto. Y mientras estuvieran arreglando los desperfectos, ¡paf!, llega el rayo calórico y el hombre vuelve a recobrar lo suyo.

Durante un rato dominó por completo mi mente la audacia imaginativa del individuo y el tono de coraje y seguridad con que hablaba. Creí sin ninguna vacilación en su profecía del destino humano y en la posibilidad de llevar a cabo su asombroso plan, y el lector que me considere susceptible y tonto debe contrastar su posición, pensar en el tema poniéndose en mi lugar e imaginarse a sí mismo, como me hallaba yo en aquellos momentos, acurrucado entre los matorrales y lleno de aprensión.

De esta manera hablamos durante parte de la mañana, y algo más tarde, una vez que hubimos comprobado que no había marcianos en los alrededores, corrimos precipitadamente hacia la casa de Putney Hill, donde mi nuevo compañero había instalado su cubil. Era el sótano del carbón, y cuando vi el trabajo que llevara a cabo en una semana —un túnel de sólo diez metros de largo, con el que pensaba llegar hasta la cloaca principal de Putney Hill— tuve mi primera sospecha sobre el abismo que había entre sus sueños y su capacidad para llevarlos a cabo. Un pozo así podía yo haberlo cavado en un día. Pero creí en él lo suficiente como para ayudarle a

trabajar aquella mañana hasta pasado el mediodía.

Teníamos una carretilla y arrojábamos a la cocina la tierra extraída. Nos refrescamos con una lata de sopa de tortuga y vino de la despensa vecina. En esta labor encontré el curioso alivio de la impresión que me embargaba al encontrarme en un mundo tan extraño. Mientras trabajábamos reflexioné largamente sobre sus proyectos y, al fin, comenzaron a presentarse objeciones y dudas; pero seguí cavando allí toda la mañana, pues me alegraba tener de nuevo algo definido que hacer.

Al cabo de una hora comencé a pensar en la distancia que debíamos cavar antes de llegar a la cloaca y en la posibilidad que teníamos de no dar con ella. Mi objeción primera fue que tuviéramos que cavar un túnel tan largo cuando era posible entrar en la cloaca de inmediato por una de las tomas de la calle y excavar desde ella hacia la casa. También me pareció que mi amigo había elegido mal la casa y que requería un túnel demasiado largo. Y cuando empezaba a hacerme cargo de estos detalles, el artillero dejó la pala y me miró.

—Estamos trabajando bien —dijo—. Dejémoslo por un rato. Creo que ya es hora de ir a explorar los alrededores desde el techo.

Yo era partidario de continuar, y tras ligera vacilación, él tomó de nuevo la pala. De pronto se me ocurrió una idea e interrumpí mi labor. Él me imitó de inmediato.

—¿Por qué andaba caminando por el campo comunal en vez de estar aquí? —le pregunté.

—Estaba tomando aire —repuso—. Ya volvía. Es menos peligroso de noche.

—Pero ¿y el trabajo?

—Uno no puede trabajar siempre —dijo.

De inmediato lo vi tal cual era. Él titubeó un instante, con la pala en la mano.

—Ahora deberíamos hacer un reconocimiento desde arriba, pues si se acerca alguno de ellos podría oír el ruido y tomarnos de sorpresa —manifestó.

Ya no me sentí dispuesto a objetar. Juntos fuimos al techo y nos paramos sobre una escalera para espiar desde la puerta de la azotea. No se veía marciano alguno y nos aventuramos a salir.

Desde el parapeto no podíamos ver casi nada de Putney debido a

los matorrales; pero dominábamos el río, que era una masa de hierba roja, y las partes más bajas de Lamberth, completamente inundadas. La enredadera marciana subía por los árboles cercanos al viejo palacio y las ramas muertas sobresalían por entre los rojos racimos. Resultaba extraño ver cuán por entero dependían del agua aquellas plantas para propagarse. A nuestro alrededor ninguna de las dos había logrado medrar. Miramos hacia el norte, y al otro lado de Kensington vimos que se elevaban grandes nubes de humo denso.

El artillero comenzó a hablarme de la clase de gente que aún quedaba en Londres.

—Una noche de la semana pasada algunos locos pusieron en funcionamiento las centrales eléctricas. Toda la calle Regent y el Circus se iluminaron de repente y allí se juntaron mujeres pintadas y hombres borrachos, que estuvieron bailando y gritando hasta el amanecer.

»Me lo contó un hombre que estuvo allí y parece que al llegar el día vieron una máquina guerrera parada cerca de Langham mirándolos. Dios sabe cuánto tiempo había estado allí. Bajó por el camino hacia ellos y se apoderó de cerca de cien, que estaban demasiado borrachos y asustados para huir.

¡Grotesco vislumbre de una época que ninguna historia llegará a describir completamente!

Después de esto, y en respuesta a mis preguntas, volvió a mencionar sus grandiosos planes. Enseguida se entusiasmó y habló con tanta elocuencia de la posibilidad de capturar una máquina guerrera, que casi estuve a punto de volverle a creer. Pero ahora, que ya comenzaba a entender su carácter, comprendí por qué insistía en que no se hiciera nada precipitadamente. Y noté que ahora no era cuestión de que fuera él en persona quien capturase o hiciera frente a la máquina.

Al cabo de un rato bajamos al sótano. Ninguno de los dos estaba dispuesto a continuar el trabajo, y cuando él sugirió que comiéramos, acepté de buen grado. Mi compañero se tornó de pronto muy generoso, y cuando hubimos comido se fue y volvió poco después trayendo unos cigarros excelentes. Los encendimos, y su optimismo llegó al punto culminante. Sentíase inclinado a considerar mi llegada como algo extraordinario.

—Hay champaña en el sótano —dijo.

—Podremos cavar mejor si seguimos tomando este vino —repuse.

—No. Hoy soy yo el anfitrión. Tomaremos champaña. ¡Dios santo! Bastante grande es la tarea que nos espera. Descansemos y cobremos fuerzas mientras podamos. Mire las ampollas que tengo en las manos.

Y continuando la idea de tomarnos un día de descanso, jugamos a las cartas después de la comida. Me enseñó a jugar al euchre, y después de dividir a Londres entre ambos, quedándome yo con la parte del norte y él con la del sur, nos disputamos las distintas parroquias. Por grotesco y alocado que parezca esto al sobrio lector, es la pura verdad, y lo más extraordinario es que el juego me resultó en extremo interesante.

¡Cuán extraña es la mente del hombre! Estando nuestra especie al borde de la muerte o de la peor de las degradaciones, sin perspectiva clara ante nosotros, salvo la de una muerte espantosa, pudimos estar allí sentados, siguiendo los caprichos de los cartones pintados y jugando con gran entusiasmo.

Después me enseñó a jugar al póquer y le gané luego tres partidas de ajedrez. Al llegar la noche estábamos tan interesados, que decidimos correr el riesgo de encender una lámpara.

Cenamos al cabo de una serie interminable de partidas y el artillero terminó con el champaña. Continuamos fumando los cigarros. Él no era ya el enérgico regenerador de su especie que encontrara yo en la mañana. Seguía mostrándose optimista; mas era el suyo un optimismo más reflexivo y menos dinámico. Recuerdo que terminó con un brindis a mi salud, expresado en un discurso de poca variedad y muchos balbuceos. Tomé entonces un cigarro y subí para ver las luces de que me había hablado, las que según él brillaban con matices verdosos a lo largo de las colinas Highgate.

Al principio miré hacia el Valle de Londres con cierta sorpresa. Las colinas del norte estaban envueltas en la mayor oscuridad; los fuegos próximos a Kensington relucían con reflejos rojizos, y de cuando en cuando se elevaba una llamarada de color naranja, que terminaba por perderse en el azul oscuro del cielo. Todo el resto de Londres estaba en tinieblas. Luego, algo más cerca, percibí una luz extraña, un resplandor fosforescente de color violeta pálido, que

titilaba ante los impulsos de la brisa. Por un momento no pude identificarlo y después comprendí que debía ser la hierba roja la que lo causaba.

Al darme cuenta de esto despertóse en mí de nuevo el sentido de la proporción. Miré entonces hacia Marte, que brillaba en Occidente, y me volví luego para contemplar largamente las tinieblas donde se hallaban Hampstead y Highgate.

Mucho tiempo estuve sobre la azotea pensando en los grotescos cambios que viera en ese día. Recordé mis estados mentales, desde la plegaria de la medianoche hasta las estúpidas partidas de naipes. Experimenté entonces una repugnancia súbita y recuerdo que arrojé el cigarro con cierto simbolismo derrochador.

Comprendí enseguida la exageración de mi locura. Era un traidor para mi esposa y para mi raza; me sentí lleno de remordimientos.

Tomé entonces la resolución de dejar al extraño e indisciplinado soñador de grandes cosas a solas con su bebida y alimentos y entrar en Londres. Me pareció que allí tendría más posibilidades de enterarme de lo que hacían los marcianos y mis semejantes. Todavía me hallaba en la azotea cuando se elevó la luna en el cielo.

8 - La ciudad muerta

Después que me hube separado del artillero, descendí la colina y tomé por la calle High cruzando el puente hasta Fulham. La hierba roja crecía profusamente en aquel entonces y cubría casi todo el puente, pero sus hojas presentábanse ya descoloridas en muchas partes, víctimas, sin duda, de la enfermedad que poco después las habría exterminado.

En la esquina del camino que dobla hacia la estación de Putney Bridge encontré a un hombre tendido en el suelo. Le cubría por completo el polvo negro y estaba vivo, pero se encontraba completamente borracho. No pude sacarle más que maldiciones, y cuando me aproximé quiso atacarme. Creo que me habría quedado con él de no haber sido por el aspecto brutal de sus facciones.

Había polvo negro en todo el camino desde el puente en adelante, y en Fulham abundaba aún más. En las calles reinaba un silencio impresionante. Conseguí algo de comer en una panadería del barrio. Ya en dirección a Walham Green, las calles estaban libres del polvo, y pasé frente a un grupo de casas que ardían; el ruido del incendio me resultó agradable en medio de tanto silencio. Al seguir hacia Brompton volvió a deprimirme la quietud reinante.

Allí encontré, una vez más, el polvo negro en las calles y sobre los cadáveres, de los cuales vi una docena en toda la extensión del Fulham Road. Hacía días que estaban muertos, razón por la cual me apresuré a alejarme. El polvo negro los cubría a todos, suavizando sus contornos. Los perros habían atacado a varios.

Donde no se veía polvo negro la ciudad presentaba el aspecto normal de los domingos, con sus tiendas cerradas, las casas desocupadas y el silencio general. En algunos sitios habían andado los saqueadores, pero sólo en los comercios de comestibles y licores. Vi el cristal destrozado del escaparate de una joyería, pero alguien debía haber interrumpido al ladrón, pues había numerosas cadenas de oro y algunos relojes diseminados por la acera. No me molesté en tocarlos. Más adelante encontré una mujer hecha un ovillo en un

portal; la mano que apoyaba sobre una rodilla tenía una herida, que había sangrado sobre su vestido, y junto a ella vi los restos de una botella de champaña. Parecía dormida, pero estaba muerta.

Cuanto más me adentraba en Londres, tanto más profundo se hacía el silencio. Pero no era tanto el silencio de la muerte, sino más bien el del suspenso y la expectativa. En cualquier momento podía llegar allí la mano destructora que hiciera su obra nefasta en los límites de la metrópoli, aniquilando Ealing y Kilburn.

En South Kensington no había cadáveres ni polvo negro. Fue allí donde oí por primera vez los aullidos. Eran éstos como un largo sollozo compuesto de dos notas que se repetían alternativamente. «Ula, ula, ula», era el sonido escalofriante que llegó a mis oídos. Cuando pasaba por las calles que corrían de norte a sur se acrecentaba su volumen, perdiéndose luego por entre las casas. Se tornó extraordinariamente voluminoso en el Exhibition Road. Allí me detuve, mirando hacia Kensington Gardens, asombrado ante el extraño gemido, que parecía llegar desde muy lejos. Era como si el tremendo desierto de edificios hubiera hallado una voz que expresara su terror y soledad.

«Ula, ula, ula», se repetía la nota sobrehumana en grandes ondas sonoras que barrían la ancha calle.

Me volví hacia el norte, mirando los portales de hierro de Hyde Park. Estuve tentado de entrar en el Museo de Historia Natural y subir a las torres, a fin de ver el otro lado del parque. Pero decidí seguir por las calles, donde era posible ocultarse con más rapidez en caso de peligro, y por ello continué avanzando por el Exhibition Road.

Todas las mansiones de ambos lados de la avenida estaban desiertas y silenciosas y mis pasos despertaban los ecos dormidos de la arteria. En el otro extremo, cerca de la entrada del parque, vi un extraño espectáculo: un ómnibus volcado y el esqueleto completamente limpio de un caballo. Durante un tiempo me quedé mirando esto con gran asombro y después continué hacia el puente que salva el Serpentine. La voz se tornó más sonora, aunque no veía yo nada sobre los techos de las casas del lado norte del parque.

«Ula, ula, ula», gritaba la voz, procedente, según me pareció, del distrito próximo a Regent Park. El tremendo gemido hizo su efecto en mi mente. Apabullóse mi ánimo y el temor hizo presa en mí.

Descubrí que me sentía fatigado, dolorido y nuevamente hambriento.

Ya era más de mediodía. ¿Por qué vagaba solo en esa ciudad de muerte? ¿Por qué estaba yo solo en pie, cuando todo Londres yacía cubierto por su mortaja negra? Me sentí intolerablemente solitario. Recordé viejos amigos que olvidara años atrás. Pensé en los venenos de las farmacias, en los licores de las tiendas de vino; recordé a los otros dos seres: uno, borracho, y el otro, muerto, que parecían ser los únicos que compartían la ciudad conmigo...

Entré en la calle Oxford por Marble Arch y allí vi de nuevo el polvo negro y los cadáveres, mientras que de las rejillas de ventilación de los sótanos salía un olor horrible. El calor de la larga caminata avivó mi sed. Con gran trabajo logré entrar en un restaurante y obtener alimento y bebida. Después de comer me sentí agotado y fui a una salita interior para acostarme en un sofá que encontré allí.

Desperté con el tremendo gemido resonando en mis oídos: «Ula, ula, ula». Caía ya la noche, y después de haberme apoderado de algunos bizcochos y un poco de queso —el depósito de carne no contenía más que gusanos— seguí camino hacia las plazuelas residenciales de la calle Baker, hasta que salí, al fin, a Regent Park.

Al salir por el extremo de la calle Baker vi sobre los árboles y muy a lo lejos el capuchón del gigante marciano del cual provenía el incesante aullido. No me sentí aterrorizado. Aquello fue como algo muy natural. Lo estuve observando un tiempo, pero el monstruo no se movió. Parecía estar parado y gritar y no pude adivinar la razón de que hiciera tal cosa.

Traté de formular un plan de acción, pero el perpetuo aullido me aturdió. Tal vez estaba demasiado cansado para ser cauteloso. Lo cierto es que sentí curiosidad por saber a qué se debía el monótono gemido.

Me alejé del parque y tomé por Park Road con la intención de dar la vuelta en torno del espacio abierto. Avancé bien a cubierto y logré ver al marciano desde la dirección de

St. John's

Wood. Al hallarme a doscientos metros de la calle Baker oí un coro de ladridos y vi primero a un perro que llevaba entre los dientes un trozo de carne putrefacta. El animal iba en dirección hacia mí y le

seguía un grupo de otros canes. El primero describió un amplio rodeo para alejarse de mí, como si temiera que le disputase la carne. Al perderse los ladridos a lo lejos volví a oír claramente el ulular del marciano.

Me encontré con la máquina de trabajo destrozada en camino hacia la estación de

St. John's

Wood. Al principio creí que una de las casas habíase desplomado sobre la calle. Cuando trepé sobre los escombros vi con sorpresa el Sansón mecánico en el suelo, con sus tentáculos doblados y rotos entre las ruinas que él mismo había causado. La parte delantera estaba aplastada. Parece que había avanzado ciegamente hacia la casa y quedó destrozada al caerle encima los escombros. Tuve la impresión de que esto podría haber ocurrido si la máquina de trabajo había escapado al control del marciano que la guiaba. No pude meterme entre los escombros para observarla mejor y estaba ya demasiado oscuro para que pudiera ver la sangre de que estaba manchado su asiento y los restos del marciano que dejaron los perros.

Más maravillado aún por lo que acababa de ver, seguí hacia Primrose Hill. Muy a lo lejos, por un claro entre los árboles, vi a un segundo marciano, tan inmóvil como el primero, parado en el parque del Jardín Zoológico.

Poco más allá de los restos de la máquina de trabajo volví a encontrar la hierba roja y vi que el Canal Regent era una masa esponjosa de vegetación carmesí.

Cuando cruzaba el puente cesó de pronto el prolongado gemido. El silencio subsiguiente me produjo la misma impresión de un trueno repentino.

Las casas de mi alrededor se elevaban entre las sombras; los árboles del parque se tornaban negros. La hierba roja trepaba por entre las ruinas hasta bastante altura. La noche, madre del terror y del misterio, se cernía ya sobre mí. Pero mientras sonaba aquella voz, la soledad había sido soportable; en virtud de ella, Londres había parecido vivo, y este detalle me sostuvo. Luego ocurrió el cambio, feneció algo —no sé qué— y el silencio se tornó aplastante.

Londres parecía mirarme. Las ventanas de las casas blancas eran como las cuencas vacías de cráneos blanqueados por el tiempo. Mi

imaginación descubrió a mil enemigos que se movían silenciosos a mi alrededor. El terror hizo presa en mí. Más adelante, la calle habíase tornado tan negra como la tinta y vi una forma retorcida en medio del camino. No pude seguir. Me volví por

St. John's

Wood Road y eché a correr para alejarme de aquella quietud insoportable e ir hacia Kilburn.

Me oculté de la noche y el silencio, hasta mucho después de las doce, en un refugio para cocheros que hay en Harrow Road. Pero antes del amanecer volví a recobrar el valor, y mientras brillaban todavía las estrellas salí de nuevo en dirección a Regent Park.

Me extravié por el camino y al poco vi, a la media luz del alba, la curva de Primrose Hill, al otro extremo de la larga avenida. En su cima se hallaba un tercer marciano, erguido e inmóvil como los otros.

Una idea insana se posesionó de mí. Terminaría de una vez con todo. Era mejor morir y me ahorraría la molestia de suicidarme. Marché decididamente hacia el titán, y luego, al acercarme más y acrecentarse la luz, vi que una multitud de pájaros negros volaba en círculos y se apiñaba alrededor del capuchón. Ante ese espectáculo dio un vuelco mi corazón y acto seguido eché a correr por el camino.

Pasé rápidamente por entre la frondosa hierba roja que cubría St. Edmond's

Terrace, crucé con gran esfuerzo un torrente que nacía en los caños principales del servicio del agua y desembocaba en Albert Road y salí al prado antes que se elevara el sol.

Grandes montones de tierra habíanse apilado alrededor de la cima de la colina formando un enorme reducto —aquella era la más grande y la última de las fortalezas hechas por los marcianos—, y desde detrás de los montones de tierra se elevaba una delgada columna de humo. Contra el fondo del cielo vi la silueta de un perro que echaba a correr y se perdía de vista.

La idea que se presentara a mi mente se tornó más real y aceptable. No sentí temor, sino un júbilo extraordinario, al correr colina arriba hacia el monstruo inmóvil. Del capuchón pendían jirones de carne parda, que los pájaros picoteaban.

Un momento más y había trepado a la muralla de tierra. Ya

tenía a mi vista el enorme reducto. Era un espacio muy grande y había en él máquinas gigantescas, altas pilas de materiales y extraños refugios. Y diseminados por todas partes: algunos en sus máquinas de guerra derribadas; otros en las máquinas de trabajo, ahora inmóviles, y una docena de ellos tendidos en una hilera silenciosa, se hallaban los marcianos..., ¡todos muertos! Destruídos por las bacterias de la corrupción y de la enfermedad, contra las cuales no tenían defensas; destruidos, como le estaba ocurriendo a la hierba roja; derrotados —después que fallaron todos los inventos del hombre— por los seres más humildes que Dios, en su sabiduría, ha puesto sobre la Tierra.

Había sucedido lo que yo y muchos otros podríamos haber previsto si no nos hubiera cegado el terror. Los gérmenes de las enfermedades han atacado a la humanidad desde el comienzo del mundo, exterminaron a muchos de nuestros antecesores prehumanos desde que se inició la vida en la Tierra. Pero en virtud de la selección natural de nuestra especie, la raza humana desarrolló las defensas necesarias para resistirlos. No sucumbimos sin lucha ante el ataque de los microbios, y muchas de las bacterias —las que causan la putrefacción en la materia muerta, por ejemplo— no logran arraigo alguno en nuestros cuerpos vivientes.

Pero no existen las bacterias en Marte, y no bien llegaron los invasores, no bien bebieron y se alimentaron, nuestros aliados microscópicos iniciaron su obra destructora. Ya cuando los observé yo estaban irrevocablemente condenados, muriendo y pudriéndose mientras andaban de un lado para otro. Era inevitable. Con un billón de muertes ha adquirido el hombre su derecho a vivir en la Tierra y nadie puede disputárselo; no lo habría perdido aunque los marcianos hubieran sido diez veces más poderosos de lo que eran, pues no en vano viven y mueren los hombres.

Aquí y allá se encontraban diseminados cerca de cincuenta, en total, en aquel último reducto, sorprendidos por una muerte que debe haberles parecido incomprensible.

Para mí también resultó incomprensible su muerte. Todo lo que supe fue que esos seres, que habían sido tan terribles para el hombre, estaban ahora muertos. Por un momento creí que la destrucción de Senaquerib se había repetido, que Dios habíase arrepentido, que el Ángel de la Muerte los había matado durante la

noche.

Me quedé mirando hacia el interior del pozo y mi corazón latió jubilosamente. En ese momento me iluminó con sus rayos el sol naciente. El pozo estaba todavía en la penumbra; las tremendas máquinas, tan maravillosas en su poder y complejidad, tan extraterrestres en su forma, mostrábanse fantásticas, vagas y extrañas entre las sombras.

Oí que una multitud de perros reñía entre los cadáveres que yacían en el pozo. Del otro lado del reducto yacía la gran máquina de volar con la que habían estado experimentando en nuestra atmósfera, más densa, cuando les sorprendió la corrupción y la muerte.

Al oír graznidos en lo alto miré hacia la enorme máquina guerrera, que no volvería a luchar más, y vi los restos de carne roja que pendían de los asientos, volcados en su capuchón.

Me volví para mirar cuesta abajo hacia donde se hallaban los otros dos marcianos, rodeados por los pájaros negros. Uno de ellos había muerto mientras llamaba a sus compañeros; quizá fue el último en fenecer y su voz continuó resonando hasta que se agotó la fuerza motriz de su máquina. Ahora relucían ambos como inofensivos trípodes de brillante metal a la luz clara del sol que nacía...

Alrededor del pozo, y salvada como por milagro de una destrucción total, se extendía la madre de las ciudades. Los que han visto Londres sólo velado por sus sombríos mantos de humo no pueden imaginar la desnuda claridad y la belleza del silencioso dédalo de casas.

Hacia el este, sobre las ruinas ennegrecidas de Albert Terrace y la aguja quebrada de la iglesia, el sol brillaba deslumbrante en el cielo límpido, y aquí y allá captaba la luz alguna faceta de una claraboya de cristales. Los rayos tocaban ya el depósito de vinos próximo a la estación Chalk Farm, y los vastos terrenos del ferrocarril, marcados antes con los relucientes rieles, que ahora estaban teñidos de herrumbre debido al desuso.

Hacia el norte se hallaban Kilburn y Hampstead; hacia el oeste se perdía la visión de la gran ciudad debido a la distancia, y hacia el sur, al otro lado del pozo, vi claramente la extensión verde de Regent Park, el hotel Langham, la cúpula del Albert Hall, el

Instituto Imperial y las gigantescas mansiones de Brompton Road. A lo lejos se elevaban las azuladas colinas de Surrey y las torres del Crystal Palace relucían como dos varas de plata. La cúpula de St. Paul's

mostrábase oscura contra el resplandor del sol, y por primera vez vi que tenía un enorme agujero en su costado occidental.

Y mientras contemplaba aquella vasta extensión de casas, fábricas e iglesias, silenciosas y abandonadas; mientras pensaba en las esperanzas y esfuerzos, en las vidas que contribuyeron a la construcción de aquel refugio humano y en la terrible amenaza que se cernió sobre todo ello; cuando comprendí que la sombra habíase disipado, que los hombres recorrerían sus calles y que esta vasta ciudad muerta volvería una vez más a la vida, experimenté una emoción que estuvo a punto de arrancar lágrimas de mis ojos.

Había pasado la tempestad. Ese mismo día comenzaría la cura. Los sobrevivientes diseminados por el país —sin líderes, sin ley, sin alimentos, como ovejas sin su pastor—, los miles que huyeran por el mar, emprenderían el regreso; la pulsación de la vida, cada vez más fuerte, volvería a latir en las calles desiertas y a verterse por las plazuelas abandonadas.

Fuera cual fuese la destrucción, habíase ya detenido la mano destructora. Todas las ruinas, los ennegrecidos esqueletos de los edificios, que parecían mirar con desesperación hacia el verdor de la colina, resonarían ahora con los martillazos de los constructores. Al pensar esto tendí las manos hacia el cielo y di las gracias a Dios. En un año, me dije; en un año...

Y luego, con fuerzas aplastadoras, volvió a mi mente la idea de mi situación, el recuerdo de mi esposa y el de la vida de esperanza y ternura que había cesado para siempre.

9 - Los restos

Y ahora llega la parte más extraña de mi relato. Y, sin embargo, quizá no sea del todo extraña. Recuerdo clara, fría y vívidamente todo lo que hice aquel día hasta el momento en que me hallé parado, llorando y alabando a Dios, sobre la cima de Primrose Hill. Lo demás no lo recuerdo...

De los tres días siguientes no sé nada. Después me enteré de que no fui yo el primer descubridor de la derrota marciana. Hubo otros vagabundos que lo descubrieron la noche anterior. Un hombre —el primero— había ido a

St. Martin's-le-Grand,

y mientras me hallaba yo en el refugio para cocheros, logró telegrafiar a París. De allí se retransmitió la noticia a todo el mundo. Mil ciudades, aprisionadas por la más terrible aprensión, se iluminaron de pronto; lo sabían ya en Dublín, en Edimburgo, en Manchester, en Birmingham, cuando me encontraba yo parado al borde del pozo.

Ya los hombres, que lloraban de gozo, interrumpían su trabajo para felicitarse y darse la mano. Otros trepaban a los trenes para dirigirse a Londres. Las campanas de las iglesias, que enmudecieron quince días antes, empezaron a tocar a vuelo y resonaron en toda Inglaterra. Hombres en bicicletas, flacos y desaliñados, corrían por todos los caminos comunicando a gritos la noticia. ¡Y los alimentos! Desde el otro lado del canal, del mar del Norte y del Atlántico llegaban ya cargamentos de trigo, pan y carne. Todos los barcos del mundo parecían dirigirse a Londres en aquellos días.

Pero de esto nada recuerdo. Yo vagué demente por las calles. Me encontré, al fin, en la casa de ciertas personas bondadosas, que me encontraron al tercer día andando sin rumbo, gritando y llorando por

St. John's

Wood. Después me dijeron que iba cantando una canción improvisada sobre «el último hombre en la Tierra». Preocupadas como estaban por sus propios asuntos, esas personas, a quienes

tanto debo y cuyas bondades quisiera agradecer, pero que ignoro sus nombres, me tomaron a su cargo y me cuidaron. Al parecer, se enteraron de fragmentos de mi historia durante los días en que estuve delirante.

Cuando se hubo recobrado mi mente, me dieron con gran suavidad la noticia del destino corrido por Leatherhead. Dos días después de quedar yo aprisionado en la casa derruida, un marciano destruyó aquella población por completo y exterminó a todos sus habitantes. Al parecer, la barrió por completo sin la menor provocación, como podría un muchacho aplastar un hormiguero sólo por capricho.

Era yo un hombre completamente abatido y fueron muy buenos conmigo. Con ellos estuve durante cuatro días después de recuperarme. Todo ese tiempo sentí un anhelo inmenso de ir a ver lo que quedaba de aquella vida tan feliz de mi pasado. Era un deseo desesperado de contemplar mi propia desdicha. Ellos me disuadieron e hicieron todo lo posible por convencerme de que no lo hiciera. Pero, al fin, no pude resistir ya el impulso y, prometiéndoles que volvería, me separé de ellos con lágrimas en los ojos y salí de nuevo a las calles, que viera por última vez oscuras y abandonadas.

Ya estaban llenas de gente que volvía, en ciertos lugares vi abiertos los comercios y descubrí una fuente de beber ya en funcionamiento.

Recuerdo lo hermoso que parecía el día cuando inicié mi melancólica marcha hacia la casita de Woking y el numeroso público que andaba por las calles, ahora llenas de vida.

Había tanta gente en todas partes, que me pareció increíble que una gran parte de la población hubiera sido sacrificada. Pero luego noté la palidez de todos, el desaliño de la mayoría, la fijeza de las miradas y los harapos de muchos. Los rostros se mostraban con dos expresiones: un júbilo extraordinario y una resolución sañuda. Salvo por este detalle, Londres parecía una ciudad de vagabundos. En las iglesias distribuían el pan que nos enviara el Gobierno francés. Los pocos caballos que vi estaban terriblemente flacos. Delgados agentes especiales, con un brazalete blanco sobre la manga, ocupaban casi todas las esquinas. Vi poco de los daños causados por los marcianos hasta que llegué a la calle Wellington, donde descubrí

la hierba roja que trepaba por los paramentos del puente de Waterloo.

Y en la esquina del puente vi uno de los contrastes comunes de aquella época grotesca: una hoja de papel que se mecía sobre un matorral de hierba roja. Era un aviso del primer diario que reiniciaba sus actividades, el *Daily Mail*.

Adquirí un ejemplar con un penique ennegrecido que hallé en mi bolsillo. La mayor parte del diario estaba en blanco, pero el solitario editor que compuso el ejemplar habíase divertido distribuyendo espacios recuadrados para avisos en la página final. Lo impreso era pura emoción; las agencias de noticias no estaban todavía en funcionamiento. No me enteré de nada nuevo, salvo que en el transcurso de una semana ya se habían conseguido resultados asombrosos con el examen de los mecanismos marcianos. Entre otras cosas, el artículo aseguraba lo que no creí entonces: que se había descubierto «el secreto del vuelo».

En Waterloo encontré los trenes gratis, que llevaban a la gente a sus hogares. Había pocos viajeros en el tren, pues el primer contingente había pasado ya. Como no estaba de humor para conversar, me metí en un compartimiento y me puse a mirar la devastación que se deslizaba por la ventanilla al paso del tren. Precisamente al salir de la estación se sacudió el convoy al pasar sobre los rieles provisionales, y a ambos lados de las vías, las casas eran ruinas ennegrecidas. Hasta llegar a Clapham Junction, la cara de Londres estaba sucia con los restos del humo negro, a pesar de la lluvia, que había caído durante cuarenta y ocho horas seguidas, y en el empalme estaban reparando las vías, de modo que tuvimos que tomar por un desvío.

En todo el recorrido desde allí en adelante el país mostrábase cambiado y desconocido. Wimbledon había sufrido grandes destrozos. Debido a que sus bosques no estaban quemados, Walton parecía la menos dañada de las poblaciones de la línea. El Wandle, el Mole y todos los otros arroyos eran una masa de hierba roja; pero los bosques de Surrey eran demasiado secos para que la extraña vegetación se hubiera arraigado.

Más allá de Wimbledon, en ciertos terrenos plantados, se veían los montones de tierra desalojada por el sexto cilindro. Gran cantidad de personas rodeaba el pozo, y en su interior trabajaba un

número de zapadores. En lo alto flameaba nuestra bandera, mostrando al sol sus alegres colores. Los alrededores estaban cubiertos de la vegetación carmesí y sus reflejos molestaban la vista. Para aliviarme volví los ojos hacia el gris de las cenizas más cercanas y el azul de las colinas que se elevaban más al este.

Antes de llegar a la estación de Woking nos detuvimos porque estaban reparando las vías, de modo que descendí en Byfleet y eché a andar por el camino de Maybury, pasando por el lugar donde el artillero y yo habíamos conversado con los húsares. Después vi el sitio donde se me apareciera el marciano durante la tormenta. Movido por la curiosidad, salí del camino para buscar entre los rojos matorrales el cochecillo destrozado y el esqueleto del caballo. Durante largo rato estuve contemplando estos vestigios...

Después regresé por el bosque de pinos, abriéndome paso por entre la hierba roja, que en algunas partes me llegaba hasta el cuello. Supe que el dueño de la hostería había sido sepultado. Seguí luego y pasé por el College Arms, llegando así a mi aldea. Un hombre, que se hallaba parado a la puerta de un chalet, me saludó al pasar, llamándome por mi nombre.

Miré hacia mi casa con un rayo de esperanza, que se desvaneció de inmediato. La puerta había sido forzada y se abría lentamente al acercarme yo.

Volvió a cerrarse con fuerza. Las cortinas de mi estudio se agitaron, saliendo por la ventana abierta desde la que el artillero y yo viéramos llegar el alba. Nadie la había vuelto a cerrar. Los setos, aplastados, estaban tal como los dejara yo hacía un mes. Entré en el vestíbulo y comprobé que la casa estaba desierta. La alfombra de la escalera se hallaba arrugada y descolorida en el sitio donde me había acurrucado yo al entrar empapado después de la tormenta la noche de la catástrofe. La huella barrosa de nuestros pasos seguía marcada en los escalones.

Subí a mi estudio y vi sobre la mesa la hoja de papel que dejara la tarde en que se abrió el cilindro. Durante un momento me quedé mirando mis abandonadas teorías. Era un ensayo sobre el probable desarrollo de las ideas morales en relación con el adelanto del proceso civilizador, y la última frase era el comienzo de una profecía. Había escrito: «Dentro de doscientos años podemos esperar...».

La frase se cortaba allí. Recordé entonces mi incapacidad de fijar la mente aquella mañana de un mes atrás y cómo me había interrumpido para ir a comprar el *Daily Chronicle*. Recordé cómo había avanzado por el jardín al ver llegar al vendedor y lo que me había dicho respecto a los «hombres de Marte».

Bajé y fui al comedor. Vi allí la carne y el pan, completamente corrompidos, y una botella de cerveza caída, tal como la dejáramos el artillero y yo. Mi hogar estaba desierto. Comprendí lo inadecuado de la esperanza que abrigara tanto tiempo. Y entonces ocurrió una cosa extraña.

—Es inútil —dijo una voz—. La casa está desierta. No ha habido aquí nadie desde hace mucho. No te quedes aquí para sufrir. Sólo tú te salvaste.

Me sobresalté. ¿Es que había expresado en voz alta mis pensamientos? Me volví, viendo que la puerta vidriera estaba abierta. Di un paso hacia ella y miré al exterior.

Y allí, asombrados y temerosos, tal como me sentía yo, se encontraban mi primo y mi esposa. Ella lanzó un grito ahogado.

—Vine —dijo—. Sabía... Sabía...

Se llevó una mano a la garganta y la vi tambalearse. De un salto estuve a su lado tomándola en mis brazos.

Epílogo

Ahora, que estoy concluyendo mi relato, no puedo menos que lamentar lo poco que puedo agregar a los muchos puntos que quedan todavía sin aclarar. En un sentido es seguro que se me criticará. Mi especialidad es la filosofía especulativa. Mis conocimientos de la fisiología comparada se limitan a la lectura de uno o dos libros; pero me parece que las sugerencias de Carver con respecto a la razón de la rápida muerte de los marcianos es tan probable como para ser considerada como una conclusión demostrada. Así lo he dado por supuesto en mi narración.

Sea como fuere, en todos los cadáveres de los marcianos que se examinaron después de la guerra no se encontró ninguna bacteria que no perteneciera a las especies terrestres conocidas. El hecho de que no enterraran a sus muertos y las matanzas que perpetraron indican también que ignoraban por completo la existencia del proceso putrefactivo. No obstante, aunque esto parece muy probable, no se ha llegado a demostrar concluyentemente.

Tampoco se conoce la composición del humo negro, que emplearon los marcianos con efectos tan fatales, y el generador del rayo calórico sigue siendo un enigma. Los terribles desastres de los laboratorios de Ealing y South Kensington han quitado a los expertos el deseo de seguir investigando el aparato. Los análisis del espectro del polvo negro indican, sin lugar a dudas, la presencia de un grupo de tres líneas brillantes en el verde, y es posible que se combine con el argón para formar una sustancia que obra con efecto inmediato y fatal sobre algunos de los constituyentes de la sangre. Pero tales especulaciones vagas interesarán muy poco al lector general, para quien he escrito esta historia. En el momento oportuno no se analizó la escoria de color pardo que flotó por el Támesis, después de la destrucción de Shepperton, y ahora ya ha desaparecido por completo.

Ya he incluido el resultado del examen anatómico que se efectuó con los restos de los marcianos que dejaron intactos los perros. Pero todos conocen el magnífico ejemplar, casi completo, que se

conserva en alcohol en el Museo de Historia Natural, así como también los incontables dibujos que se hicieron del mismo, y aparte de eso, el interés sobre su fisiología y estructura es puramente científico.

Una cuestión de más grave interés universal es la posibilidad de otro ataque por parte de los marcianos. No creo que se haya prestado la suficiente atención a ese aspecto del asunto. Por ahora, el planeta Marte se halla en su punto más alejado de la Tierra; pero cada vez que se acerque temeré que se renueve su aventura. Sea como fuere, deberíamos prepararnos. Me parece que sería posible ubicar la situación del cañón que efectúa los disparos, mantener una vigilancia constante sobre esa parte del planeta y prever la llegada del próximo ataque.

En tal caso podría destruirse el cilindro con dinamita o a cañonazos antes que se enfriara lo suficiente como para que salieran sus ocupantes o matar a éstos a balazos tan pronto se abriera la tapa del proyectil. Es mi opinión que han perdido una gran ventaja al fracasar en su primer ataque por sorpresa. Posiblemente lo vean ellos de igual manera.

Lessing ha expresado excelentes razones para suponer que los marcianos han logrado llegar hasta el planeta Venus. Hace ya siete meses que Venus y Marte estaban alineados con el sol, es decir, que Marte se hallaba en oposición, desde el punto de vista de un observador, de Venus. Después apareció una marca sinuosa y de gran luminosidad en la parte oscura del planeta interior, y casi al mismo tiempo se descubrió una marca oscura, similarmente sinuosa, en una fotografía del disco marciano. Sólo es necesario ver los dibujos que las representan para comprender perfectamente su extraordinaria semejanza.

Sea como fuere, esperemos o no una invasión, estos acontecimientos han de cambiar nuestros puntos de vista con respecto al porvenir de los humanos. Ahora sabemos que no podemos considerar a este planeta como completamente seguro para el hombre; jamás podremos prever el mal o el bien invisibles que pueden llegarnos súbitamente desde el espacio. Es posible que la invasión de los marcianos resulte, al fin, beneficiosa para nosotros; por lo menos, nos ha robado aquella serena confianza en el futuro, que es la más segura fuente de decadencia. Los regalos

que ha hecho a la ciencia humana son extraordinarios, y otro de sus dones fue una nueva concepción del bien común.

Puede ser que a través de la inmensidad del espacio los marcianos hayan observado el destino corrido por sus primeros colonizadores y hayan aprendido la lección. También es posible que en el planeta Venus encontraran un terreno más acogedor para ellos. Fuera lo que fuese, durante muchos años seguiremos observando con ansiedad el disco marciano, y esos dardos del cielo que llamamos estrellas fugaces provocarán siempre un estremecimiento a todos los habitantes de este planeta.

No sería una exageración afirmar que los puntos de vista de los hombres se han ampliado considerablemente. Antes que cayera el cilindro existía la creencia general de que en toda la inmensidad del espacio no había otra vida que la de nuestra diminuta esfera. Ahora vemos las cosas con más claridad. Si los marcianos pueden llegar a Venus, no hay razón para suponer que la hazaña sea imposible para el hombre, y cuando el lento enfriamiento del sol torne inhabitable esta Tierra, como ha de suceder, sin duda alguna, es posible que el hilo de vida que nació aquí pueda extenderse y apresar dentro de sus lazos a nuestros hermanos del sistema solar. ¿Llegaremos a efectuar la conquista?

Vaga y maravillosa es la visión que he conjurado en mi mente sobre la vida que se extienda desde esta sementera del sistema planetario para llegar a todos los rincones del infinito espacio sideral. Pero es un sueño muy remoto. Podría ser, por otra parte, que la destrucción de los marcianos sea sólo un intervalo de respiro. Quizá el futuro les pertenezca a ellos y no a nosotros.

Debo confesar que el peligro y las penurias sufridas han dejado en mi mente la duda y el temor a la inseguridad. Sentado en mi estudio, escribiendo a la luz de la lámpara, veo de pronto que el valle de abajo está envuelto en llamas y siento como si la casa a mi alrededor estuviera desierta. Salgo a Byfleet Road, por donde pasan los vehículos de los visitantes, un carnicero con su carro, un obrero en su bicicleta, niños que van a la escuela, y súbitamente se tornan todos vagos e irreales ante mis ojos, y de nuevo corro con el artillero por el campo envuelto en el silencio.

De noche veo el polvo negro, que oscurece las calles silenciosas, y descubro los cadáveres que cubre aquella negra mortaja; se

levantan ante mí hechos jirones y mordidos por los perros. Charlan con voces fantasmales y se tornan fieros, más pálidos, más desagradables, llegando, al fin, a ser fantásticas parodias de seres humanos. Despierto entonces, frío y amedrentado, en la oscuridad de mi cuarto.

Voy a Londres, veo las multitudes que llenan la calle Fleet y el Strand, y se me ocurre que son espectros del pasado que pululan por las arterias que he visto yo silenciosas y abandonadas; fantasmas en una ciudad muerta, imitación de vida en un cuerpo galvanizado.

Y también me resulta extraño pararme en Primrose Hill, como lo hice el día antes de escribir este último capítulo, y ver el gran conjunto de edificios apenas dibujados tras el humo y la niebla, descubrir a la gente que camina de un lado a otro entre los macizos de flores de la cuesta, contemplar a los curiosos que rodean la máquina marciana que todavía se encuentra allí, oír las voces de los niños que juegan y recordar la vez que lo vi todo con claridad y en detalle, desnudo y silencioso, al amanecer de aquel último día de gloria...

Y lo más extraño es tener de nuevo entre las mías la mano de mi esposa y pensar que la supuse muerta, como ella me contó también entre las víctimas.

Cuando el durmiente despierta

Capítulo primero

INSOMNIO

Cierto día, al caer la tarde, *Mr. Isbister*, joven pintor que vivía en Boscastle, iba dando un paseo hasta la pintoresca ensenada de Pentargen, con objeto de ver las cuevas que allí había. A mitad del empinado camino que descendía hacia la caleta de Pentargen, tropezó con un hombre sentado, en actitud de profundo desconsuelo, a la sombra de una gran masa de rocas. Las manos le caían inertes encima de las rodillas, tenía los ojos enrojecidos y el rostro húmedo de lágrimas.

Al oír los pasos de Isbister miró a su alrededor.

Los dos hombres quedaron desconcertados, sobre todo Isbister, y para disimular su involuntaria para, da, comentó, con un tono de profundo convencimiento, que hacía mucho calor para la época del año en que se hallaban.

—Mucho —aprobó el desconocido lacónicamente.

Titubeó un segundo, y añadió después con acento monótono:

—No puedo dormir.

Isbister se detuvo bruscamente.

—¿No? —preguntó.

—Seguramente le parecerá increíble —repuso el desconocido fijando en el rostro de Isbister sus ojos cansados y recalcando sus palabras con un lánguido ademán—, pero no he dormido ni un minuto desde hace seis noches.

—¿No se ha hecho visitar?

—Sí. Pero sólo me han recomendado drogas. Mi sistema nervioso... Las drogas están muy bien para otra clase de gente. Es difícil de explicar... No me atrevo a tomar drogas que sean lo bastante fuertes para hacerme dormir.

—Eso dificulta las cosas —dijo Isbister.

Permaneció indeciso en medio del camino, preguntándose con perplejidad qué debía hacer. Era evidente que aquel hombre deseaba hablar. Es una reacción natural. Isbister reanudó la conversación.

—Yo nunca he sufrido de insomnio —dijo amablemente—. Pero sé que en esos casos generalmente se encuentra algún remedio...

—No me atrevo a hacer experimentos.

Aquel hombre hablaba con infinito cansancio. Hizo un gesto de impotencia y durante unos instantes los dos guardaron silencio.

—¿Ejercicio? —preguntó Isbister trasladando su mirada de la cara desesperada de su interlocutor al traje de turista que llevaba.

—Lo he intentado, quizá con alguna precipitación. He seguido la costa día tras día desde New Quay, pero esto no ha hecho más que añadir la fatiga muscular a la mental. La causa de esta inquietud ha sido el exceso de trabajo. Había una cosa...

Se detuvo como vencido por la fatiga y se llevó la mano a la frente. En seguida siguió hablando como si lo hiciera consigo mismo.

—Soy un hombre solitario que vaga por un mundo del que no forma parte. No tengo esposa ni hijos. ¿Quién dijo que el hombre que no tiene hijos es como una rama muerta en el árbol de la vida...? No tengo esposa ni hijos... No tenía obligaciones ni deseos; pero un día me propuse hacer una cosa. Me dije: «Voy a hacer esto», y para hacerlo, para vencer la inercia de mi cuerpo, recurrí a las drogas. ¡Santo Dios, nunca más volveré a hacerlo! No sé si usted sentirá la molestia que constituye nuestro cuerpo y su exasperante demanda de tiempo, que hay que robar a la mente, a la vida... ¡Vivir! No vivimos más que a trozos. Tenemos que comer y después someternos al proceso de la digestión. Tenemos que tomar el aire, o de lo contrario nuestros pensamientos se desarrollan con lentitud, estúpidamente, y acaban en un callejón sin salida. Por fuera y por dentro nos atacan mil distracciones, y después sentimos pesadez y sueño. Parece que los hombres viven para dormir. ¿Qué parte del día de un hombre le pertenece? Y esos falsos amigos, los alcaloides, que ahogan la fatiga natural y matan el descanso... el café, la cocaína...

—Comprendo —dijo Isbister.

—Pero acabé mi trabajo —añadió con voz lastimera el hombre

que no podía dormir.

—¿Y éste es el precio que está pagando por ello? —preguntó interesado.

—Sí.

Durante breves instantes los dos hombres permanecieron en silencio.

—No puede usted imaginarse la necesidad que siento de dormir. Es como si fuera verdadera hambre y verdadera sed. Desde hace seis días, desde que terminé mi trabajo, mi mente ha sido como un torbellino incesante que no lleva a ningún sitio, un torrente de pensamientos sin objetivo, que giran y giran sin cesar...

Hizo una pausa y luego concluyó:

—Hacia el abismo.

—Es necesario que duerma —dijo Isbister con decisión, como quien ha encontrado el remedio apropiado—. Es absolutamente necesario.

—Mis ideas están perfectamente claras, como no lo estuvieron nunca, pero sé que estoy a punto de ser víctima de una explosión. Muy pronto...

—¿Sí?

—¿Ha visto usted alguna vez como algo se hunde en un remolino? Desaparece de pronto de la luz del día y de nuestro mundo... para hundirse...

—Pero éste no es su caso —protestó Isbister.

El desconocido tendió una mano hacia él y lo miró con ojos desesperados. Al hablar lo hizo con voz más alta.

—Me mataré. Si no puedo hacerlo de otro modo, me arrojaré al fondo de aquel oscuro acantilado, donde las olas son verdes y la espuma blanca se eleva y cae, y aquel pequeño hilillo de agua tiembla sin cesar. Allí, al menos... dormiré.

—Esto es absurdo —replicó Isbister, asustado por el histerismo de aquel hombre—. Las drogas son preferibles a esto.

—Allí, al menos, dormiré —repitió el desconocido, sin hacerle caso.

Isbister lo miró, y se preguntó si no sería la Providencia quien los había reunido aquella tarde.

—La muerte no es segura —afirmó—. Hay una roca como ésa en la caleta de Lulworth, igual de alta. Una niña se cayó desde allí, y

vive todavía. No le pasó nada.

—¿Y esas rocas?

—Se encontraría usted en una de ellas, toda la noche, temblando de frío, oyendo el ruido de sus huesos rotos al chocar, mientras el agua helada le caía encima. Bonita perspectiva, ¿eh?

El desconocido lo miró fijamente.

—Siento desilusionarlo —prosiguió Isbister hablando con fingida ligereza—, pero un suicidio arrojándose desde aquella roca, u otra cualquiera verdaderamente, como artista... resultaría un suicidio de aficionado.

—Pero ¿y la otra alternativa? —replicó el hombre que no podía dormir, irritado—. No se puede pasar noche tras noche en vela, sin perder del todo la razón.

—¿Ha estado usted recorriendo la costa, solo?

—Sí.

—Pues no debía haberlo hecho, y perdone que me meta en sus asuntos. ¡Solo! Como ha dicho usted muy bien, el cansancio corporal no es remedio para el cansancio mental. ¿Quién le aconsejó que se cansara? Además, ha estado usted sufriendo los rayos del sol sobre la cabeza y cansancio y soledad durante todo el día. Supongo que después se irá a la cama y se esforzará en dormir, ¿no?

Isbister se interrumpió y contempló a su interlocutor con una mirada de duda.

—¡Mire aquellas rocas! —exclamó el hombre, con un ademán violento—. ¡Contemple ese mar que ha brillado y se ha estremecido allí siempre! Contemple la blanca espuma que se hunde en las tinieblas bajo aquella gran roca. Y aquella azul que recibe los cegadores rayos de sol. Es su mundo. Usted lo acepta y se regocija en él. Le da calor, le ayuda y le encanta. En cambio, para mí...

Volvió la cabeza y mostró a Isbister un rostro espectral, con los ojos inyectados en sangre y los labios lívidos. Hablaba casi con un susurro.

—Este mismo mundo constituye mi desdicha. El mundo entero es una desdicha.

Isbister contempló la belleza de las rocas que los rodeaban, iluminadas por el sol, y volvió después la mirada a aquellos ojos desesperados. Durante unos instantes guardó silencio. Después hizo

un ademán de impaciencia.

—Cuando haya dormido una noche entera —dijo—, no verá las cosas así. Créame.

Estaba ya seguro de que aquél había sido un encuentro providencial. Media hora antes se había sentido terriblemente aburrido, y, de pronto, se le presentaba una ocupación que le haría sentirse satisfecho de sí mismo. Inmediatamente se dispuso a tomar el mando de la situación. Convencido de que lo primero que aquel hombre necesitaba era compañía, se sentó en la empinada ladera junto a la inmóvil figura y se dispuso a darle conversación.

Su interlocutor parecía haber caído en la apatía. Había fijado los ojos en el mar y hablaba sólo para contestar las preguntas directas de Isbister, y no todas. Pero no opuso la menor protesta ante esta bien intencionada intrusión en sus asuntos privados.

En cierto modo parecía estar incluso agradecido, y cuando Isbister, pensando que su monólogo estaba perdiendo vigor, propuso que subieran la cuesta y volvieran a Boscastle contemplando el paisaje, se prestó a ello en silencio. A mitad de la subida se puso a hablar solo. De pronto, volvió su rostro lívido hacia su nuevo amigo.

—¿Qué es lo que me sucede? —preguntó trazando círculos con la mano—. ¿Qué puede ser? Gira, gira, gira, gira. Da vueltas y vueltas sin parar.

—¡Vamos, vamos! —dijo Isbister como si se tratara de un antiguo amigo—. No se preocupe. Confíe en mí.

El hombre dejó caer la mano y reanudó la ascensión. Subieron por la cresta, en fila india, y llegaron, por fin, a la llanura, sin que el hombre que no podía dormir dejara de gesticular y de decir frases incoherentes acerca de lo que se le estaba ocurriendo. En la cima permanecieron inmóviles unos momentos contemplando los oscuros misterios de Blackpit, y después se sentaron. Isbister había seguido hablando cada vez que el camino se ensanchaba lo suficiente para permitirles caminar al lado uno de otro. Se estaba extendiendo en un amplio comentario sobre las dificultades de hacer el muelle de Boscastle en invierno, cuando, de repente y sin venir a cuento, su compañero lo interrumpió de nuevo.

—Mi cabeza no es lo que era —dijo, supliendo con gestos las frases que no acudían a su cerebro—. No es lo que era. Siento una

especie de opresión, un pesó... No, no es modorra. ¡Ojalá lo fuera! Es como una sombra, una sombra profunda que cayera de pronto y por sorpresa sobre algo. Gira, gira en la oscuridad. Un tumulto de pensamientos, una confusión, un torbellino. No puedo explicárselo. Apenas puedo pensar en ello y hallar las palabras oportunas...

Se detuvo indeciso.

—No se preocupe —repuso Isbister—. Le comprendo perfectamente. Y, además no debe esforzarse ahora en explicarme lo que le ocurre. No es necesario.

Él hombre que no podía dormir se restregó los ojos, con los nudillos. Isbister siguió hablando mientras tanto, y de pronto se le ocurrió una idea.

—Venga conmigo a mi casa —dijo—, y fúmesa una pipa. Le enseñaré unos cuantos bocetos que he hecho de esta zona. ¿Qué le parece?

Su compañero se levantó obedientemente y lo siguió. Isbister vio que tropezaba varias veces y que sus movimientos eran lentos e indecisos.

—Entre conmigo —propuso—, fume unos cigarrillos y acójase al bendito don del alcohol. ¿Toma usted alcohol?

El desconocido titubeó ante la puerta de hierro. No parecía ya consciente de sus actos.

—No bebo —dijo lentamente, mientras recorría el camino del jardín.

Después de una breve pausa, repitió, distraído:

—No, no bebo. Todo da vueltas. Gira, gira...

Tropezó en el umbral y entró en la habitación como si estuviera ciego.

Después se dejó caer pesadamente en la butaca, se inclinó hacia delante para sostenerse la cabeza con las manos y permaneció inmóvil.

Poco después emitió un débil sonido con la garganta. Isbister dio unos pasos por la habitación con el nerviosismo de un anfitrión inexperto e hizo unos breves comentarios que no necesitaban respuesta. Atravesó la estancia y se dirigió hacia donde estaba su carpeta, la puso encima de la mesa y echó una mirada al reloj de la chimenea.

—¿Quiere usted cenar conmigo? —preguntó, con un cigarrillo

apagado en la mano, mientras tomaba la determinación de echar furtivamente una drogaren la cena—. Creo que no hay más que fiambres. ¡Ah, y una tarta...!

Al ver que no obtenía respuesta, repitió su invitación.

El desconocido no contestó. Isbister se detuvo con la cerilla en la mano y lo miró.

El hombre siguió inmóvil, la cerilla se extinguió y el cigarro permaneció sin encender. El desconocido siguió sin hacer ningún movimiento. Isbister cogió su carpeta, la abrió, la dejó encima de la mesa y se dispuso a hablar.

—Tal vez... —murmuró con aire de duda.

Contempló la puerta y volvió la vista a la figura sentada. Luego salió de puntillas de la habitación mirando a su invitado cada vez que daba un paso.

Cerró la puerta sin hacer ningún ruido. La de entrada estaba abierta. Salió al jardín y permaneció junto al macizo donde crecían los napelos. Desde allí, a través de la abierta ventana, veía perfectamente al desconocido, que se sostenía la cabeza con las manos. No se había movido.

Unos cuantos niños que aparecieron en la carretera, se detuvieron y contemplaron al artista con curiosidad. Un pescador le saludó. Isbister pensó que su circumspecta actitud y su posición debían parecer extrañas. Tal vez si se pusiera a fumar resultaría más natural.

Sacó el tabaco del bolsillo y llenó la pipa con lentitud.

—¡Qué extraño! —murmuró con un imperceptible dejo de satisfacción—. Hay que darle una oportunidad.

Encendió una cerilla y se puso a encender la pipa.

Poco después oyó los pasos de su ama de llaves, que había salido de la cocina con una bujía encendida. Se volvió, le hizo un gesto con la pipa y le indicó que no entrara en el despacho. Tuvo alguna dificultad para exponer la situación en voz baja, porque ella ignoraba que tuviera visitas, pero por fin la mujer se retiró de nuevo con la bujía, aun asombrada a juzgar por su expresión, y él reanudó su ronda por el jardín, con menos tranquilidad.

Mucho después de haber terminado la pipa y cuando comenzaban a revolotear los primeros murciélagos, su curiosidad venció a sus complejas vacilaciones y se decidió a entrar en el

estudio invadido por las sombras. Al ver que el desconocido estaba en la misma postura, recortándose el contorno de su cuerpo sobre el fondo de la ventana, se detuvo en el umbral. A no ser por las voces de irnos marineros que cantaban a bordo de uno de los barcos del puerto, el silencio hubiera sido absoluto. Fuera, los napelos y las gramíneas permanecían inmóviles en la sombra proyectada por la colina. Una idea cruzó por la imaginación de Isbister. Se sobresaltó y, apoyándose en la mesa, se puso a escuchar. La desagradable sorpresa que había invadido su mente se hizo más fuerte y acabó por convertirse en certeza. Dejó de sentir asombro y le invadió el pánico.

El hombre sentado no emitía ningún sonido.

Lentamente y sin hacer ruido, Isbister rodeó la mesa y se detuvo dos veces para escuchar. Por último puso la mano sobre el respaldo de la butaca e inclinó la cabeza hasta ponerla al nivel de la de su visitante.

Después se inclinó más para contemplarle la cara y profirió una exclamación. ¡Los ojos de aquel hombre eran dos espacios en blanco!

Los contempló de nuevo y vio que estaban abiertos, con las pupilas escondidas bajo los párpados. Tuvo una sensación de miedo. Asustado por la extraña actitud de su huésped, lo agarró por un hombro y lo sacudió.

—¿Está dormido? —preguntó sin poder contenerse—. ¿Está dormido?

La convicción de que aquel hombre estaba muerto se posesionó de él. Inmediatamente se puso en acción. Atravesó la habitación tropezando con la mesa, y oprimió el timbre.

—Por favor, traiga una luz inmediatamente —dijo desde el pasillo—. Mi amigo no se encuentra bien.

Se acercó después al hombre inmóvil, lo cogió otra vez por el hombro y lo sacudió sin dejar de gritar. La estancia se llenó de un resplandor amarillo. El ama de llaves entró con la luz. Isbister estaba lívido cuando se volvió hacia ella cegado por aquella viva claridad.

—Tengo que ir a buscar un médico en seguida —dijo—. Ha muerto o ha sufrido un ataque. ¿Hay médico en el pueblo? ¿Dónde vive?

Capítulo II

EL LETARGO

El estado de rigidez cataléptica en que aquel hombre había caído duró bastante tiempo, y después pasó lentamente a un estado de flacidez, a una actitud de flojedad que hacía suponer que aquel cuerpo se hallaba sumido en un profundo reposo. Entonces pudieron cerrarle los ojos.

Del hotel fue traslado al hospital de Boscastle, y después de unas semanas, a Londres. Pero siguió resistiendo a todos los esfuerzos que se hicieron para despertarle. Después de algún tiempo, por razones que más tarde se mencionarán, se abandonaron estos intentos. El desconocido permaneció en aquella extraña postura, inmóvil e inerte, ni muerto ni vivo, suspendido entre la nada y la existencia. Era una oscuridad no interrumpida por ningún destello de inteligencia ni ninguna sensación, una inanición sin sueño, un vasto espacio de paz. El tumulto en que se había sumido su cerebro había aumentado y había llegado a un punto culminante de silencio. ¿Dónde estaba? ¿Dónde están los hombres cuando la insensibilidad los vence?

—Parece que fue ayer —dijo Isbister—. Lo recuerdo todo como si hubiera ocurrido ayer, es decir, casi con más claridad.

Era el mismo Isbister del capítulo anterior, pero ya no era un hombre joven. Su cabello, que había sido castaño y cuya longitud excedía algo la que estaba en uso en aquella época, era ahora gris y estaba cortado muy corto, y la cara, que había sido tersa y blanca, era ahora curtida y rojiza. Llevaba una barba puntiaguda con tintes grises. Estaba hablando con un hombre de edad, vestido con un traje de verano. (El verano de aquel año fue excepcionalmente caluroso). Se trataba de Warming, abogado de Londres y pariente próximo de Graham, el hombre que estaba en aquel estado. Los dos hombres permanecían de pie, en una habitación de una casa londinense, contemplando el cuerpo tendido.

Era un cuerpo amarillento que descansaba sobre una cama, vestido con un amplio camisón, un cuerpo de rostro hundido y barba puntiaguda, miembros delgados y uñas largas. Estaba dentro de una especie de caja de fino cristal, que parecía separar al durmiente de la realidad de la vida que lo rodeaba. Era un objeto aparte, una anormalidad extraña y aislada. Los dos hombres se acercaron al cristal y miraron al durmiente.

—Recuerdo el sobresalto que experimenté —dijo Isbister—. Aún ahora, cuando pienso en sus ojos blancos, me siento tan sorprendido como entonces. Al volver a verlo, lo recuerdo todo con más claridad.

—¿No lo había visto desde entonces? —preguntó Warming.

—He querido venir muchas veces —repuso Isbister—. Pero ahora los negocios son una cosa demasiado seria para permitirse vacaciones. La mayor parte del tiempo he estado en América.

—Si no recuerdo mal —dijo Warming—, usted era pintor.

—Sí, lo era, y después me casé... Comprendí que no tenía nada que hacer y cambié de ocupación. Entré en una casa de publicidad. Los postes que se hallan a lo largo de las rocas de Dover los hemos hecho nosotros.

—Están muy bien —admitió el abogado—. Pero lamento que estén allí.

—Si es necesario, durarán tanto como las rocas —exclamó Isbister con satisfacción—. El mundo va cambiando. Cuando ese hombre se durmió, hace veinte años, yo estaba en Boscastle armado de una caja de pinturas y de una noble y anticuada ambición. No suponía que algún día mis pigmentos se hallarían en toda la costa de Inglaterra, desde

Land's

End hasta el Lizard. A veces, la suerte sale al paso del hombre cuando menos lo espera.

Warming no pareció muy seguro de la calidad de aquella clase de suerte.

—En aquella ocasión no logré verlo, por muy poco.

—Usted volvió con el coche que me llevó a mí a la estación de Camelford. Era durante el Jubileo de la Reina Victoria. Recuerdo las banderas que adornaban Westminster y que tuve un poco de jaleo con el cochero, en Chelsea.

—Sí —dijo Warming—. Ése fue el segundo.

—¡Ah, sí! En el verdadero Jubileo, el de los cincuenta años, yo era un niño, y estaba en Wookey. Me lo perdí... ¡Qué dificultades tuvieron para vencer con Graham! Mi ama de llaves no quería que se quedara en la casa porque cuando estaba rígido resultaba muy extraño. Tuvimos que llevarlo en una silla hasta el hotel y el médico de Boscastle, que no era éste de ahora, sino el anterior, se quedó mirando hasta cerca de las dos, acercándole la luz a los ojos para intentar despertarle.

—Al principio fue un ataque de catalepsia, ¿verdad?

—Estaba completamente rígido y se quedaba tal como lo doblábamos. Si le hubiéramos golpeado en la cabeza con un martillo, no hubiera pasado nada. Nunca vi rigidez semejante. Desde luego esto... esto es muy distinto. Además, aquel médico..., ¿cómo se llamaba?

—¿Smithers?

—Sí. Smithers hizo mal al intentar que se despertara demasiado pronto. ¡Las cosas que hizo! Aún ahora al recordarlo, me estremezco. Utilizó mostaza, amoníaco, agujas. Y una de esas cosas..., ¿cómo se llaman? Dínamos, no...

—Bobinas de inducción.

—Eso es. Sus músculos se estremecieron y todo él se retorció. Sólo nos alumbrábamos con dos velas amarillentas y las sombras temblaban. El médico estaba nervioso, y él, completamente desnudo, se retorció de la manera más espantosa. Durante mucho tiempo aquello atormentó mi sueño.

Hubo una pausa.

—Se halla en un estado extraño —afirmó Warming.

—Es una ausencia completa —repuso Isbister—. Aquí tenemos su cuerpo vacío. No está muerto y, sin embargo, no está vivo. Es como un asiento vacío que tuviera el letrero: «Reservado». No siente, no digiere, no le late el corazón. Al mirarlo, no pienso que hay un hombre presente. En cierto sentido está más muerto que la muerte, porque los médicos me han dicho que hasta el pelo ha dejado de crecer. Cuando uno muere, el pelo sigue creciendo...

—Sí —asintió Warming con expresión dolorida.

De nuevo miraron a través del cristal. Graham se hallaba verdaderamente en un estado extraño, en la fase flácida de un

síncope, de un síncope sin precedentes en la historia médica. Estos ataques solían durar cerca de un año, pero al final de aquel espacio de tiempo, el paciente moría o se despertaba. A veces se despertaba y moría en seguida. Isbister observó las señales que los médicos habían dejado en su cuerpo para inyectarle alimento, porque se había recurrido a ese medio para evitar el colapso. Se las hizo observar a Warming, que había estado procurando no verlas.

—Y mientras él ha estado aquí —dijo Isbister—, yo he cambiado mi plan de vida. Me he casado, he fundado una familia, mi hijo mayor (entonces no pensaba aún en tener hijos) es un ciudadano americano que pronto saldrá de la Universidad de Harvard. Mi cabello está ya canoso y este hombre sigue igual de joven y sigue ignorando lo que yo no sabía en los días de mi juventud. Es curioso pensarlo.

Warming se volvió hacia él.

—Yo me he hecho viejo. Jugaba con él al *cricket* cuando los dos éramos unos muchachos, y, sin embargo, él parece todavía un hombre joven. Un poco amarillo quizá, pero joven, de todos modos.

—Y hemos pasado la guerra —dijo Isbister.

—Sí, desde el principio hasta el fin.

—Y los marcianos...

—Tengo encendido —dijo Isbister después de una pausa— que era hombre de cierta posición.

—Efectivamente —repuso Warming con una tosecita seca—. Y yo me encargo de sus asuntos.

Isbister, después de un ligero titubeo, habló de nuevo:

—Como no creo que su manutención cueste mucho, sin duda su fortuna habrá aumentado, se habrá acumulado.

—Así es. Se despertará mucho más rico, si se despierta, que cuando se durmió.

—Como hombre de negocios —dijo Isbister—, he pensado a menudo en ello. Y hablando de un modo comercial, por supuesto, en cierto modo este sueño le viene muy bien. He pensado muchas veces que sabe lo que se hace al permanecer tanto tiempo insensible. Si hubiera seguido viviendo normalmente...

—No creo que hubiera previsto tanto —dijo Warming—. No era hombre que contemplara el porvenir con un sentido de realismo. En verdad...

—¿Qué?

—En muchas ocasiones no estábamos de acuerdo. Yo era para él algo así como un pintor. Probablemente conoce usted sus asuntos financieros y habrá observado que en algunas ocasiones se presenta una anomalía... Pero, en fin, aunque lo que usted dice fuera cierto, dudo que llegue a despertar. Este sueño fatiga. Creo que se está deslizado muy despacio por una larga pendiente inclinada. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Será una lástima perderse su despertar. Ha habido muchos cambios durante los últimos veinte años. Es Rip Van Winkle, hecho carne.

—Sí —dijo Warming—. Efectivamente, ha habido muchos cambios. Y entre tantas cosas cambiadas, yo he cambiado también. Soy un hombre viejo.

Isbister titubeó y después fingió sorpresa.

—No lo parece.

—Tenía cuarenta y tres años cuando sus banqueros..., ¿recuerda usted que cablegrafió a sus banqueros...?, me llamaron.

—Conseguí su dirección por el libro de cheques que tenía en el bolsillo —dijo Isbister.

—Pues hacer la suma es fácil —añadió Warming.

Hubo otra pausa, y por fin Isbister cedió a una invencible curiosidad.

—Puede seguir así durante muchos años... —Se interrumpió y titubeó antes de seguir hablando—. Hemos de tener eso en cuenta. Sus asuntos tendrán que caer algún día en manos de... alguna otra persona.

—Puede creerme, *Mr.* Isbister, si le digo que ése es uno de los problemas que tengo constantemente en el pensamiento. No tenemos ya ningún pariente cercano. Ésta es una situación grotesca y sin precedentes.

—Lo es —convino Isbister—. Es un caso para un depositario público, si ese personaje existiera.

—A mi juicio, es un caso para alguna organización pública, algún tutor que no pudiera morir. Algunos médicos piensan que va a seguir viviendo. Ya he hablado con una o dos personas del asunto. Pero hasta ahora no se ha hecho nada.

—No sería mala idea ponerlo en manos de una organización

pública como los depositarios del Museo Británico o del Real Colegio de Médicos. La idea resulta bastante extraña, naturalmente, pero toda la situación es extraña.

—La dificultad está en inducirles a aceptar.

—Cuestión de trámite, supongo.

—En parte.

Hubo una pausa.

—No cabe duda de que es un asunto extraordinario —dijo Isbister—. Y el interés compuesto hace que las cantidades se multipliquen.

—Sí —asintió Warming—. Ahora que están bajando las reservas de oro, existe una tendencia hacia la apreciación.

—Yo he sufrido los efectos de ella —repuso Isbister haciendo una mueca. Pero a él le va muy bien.

—Si se despierta.

—Si se despierta —repitió Isbister—. ¿Ha observado usted que su nariz se ha afilado y que tiene los párpados hundidos?

Warming contempló al hombre dormido y se puso a meditar.

—Dudo que llegue a despertar —dijo al fin.

—Nunca he comprendido del todo cuál fue la causa del ataque. Él me dijo que había tenido un exceso de trabajo. Me he preguntado muy a menudo si se debería a ello.

—Era un hombre de condiciones excepcionales, pero demasiado impresionable y emocional. Tuvo grandes dificultades domésticas y se divorció de su mujer. Creo que para huir de todo ello se dedicó a la política. Era un radical fanático, un socialista o liberal típico, como les gustaba llamarse, de la escuela avanzada. Enérgico, indisciplinado. El haber trabajado demasiado en una controversia, le produjo esto. Recuerdo el folleto que escribió, un librito muy curioso en el que incluía una o dos profecías, algunas de las cuales son ahora hechos establecidos. Pero, en su mayor parte, leer aquella tesis es comprender hasta qué punto está lleno el mundo de cosas imprevistas. Tendrá mucho que aprender y mucho que olvidar cuando despierte, si es que llega a despertar.

—Daría cualquier cosa por estar presente cuando ocurra —dijo Isbister—. Para escuchar sus comentarios, sobre todo.

—Yo también —dijo Warming—. ¡Yo también! Pero nunca lo veré despierto —añadió con la autocompasión de un hombre viejo.

Permaneció unos instantes contemplando pensativo la figura inmóvil.

—Nunca despertará —dijo por fin—. Nunca volverá a despertar.
Y exhaló un profundo suspiro.

Capítulo III

EL DESPERTAR

Pero Warming estaba equivocado. Graham despertó. ¡Qué cosa más compleja y maravillosa es esta aparente unidad, el ser! Nadie puede seguir el curso de su reintegración cuando mañana tras mañana despertamos, ni el flujo y la confluencia de los innumerables factores que se entrelazan y dan forma: los primeros movimientos nebulosos del alma, el desarrollo y la síntesis de lo inconsciente a lo subconsciente, la transformación de lo subconsciente en lo consciente, hasta que por fin nos reconocemos a nosotros mismos una vez más. Y lo mismo que nos ocurre a todos nosotros después de una noche de sueño, le ocurrió a Graham después de los años que permaneció dormido. Una vaga sensación que iba tomando forma, una somnolencia sumida en sombras... De pronto se encontró en el mundo, postrado, agotado, pero vivo.

Su peregrinaje hasta volver a convertirse en un ser viviente, debió de atravesar enormes distancias y llenar épocas. Sueños gigantescos que eran terribles realidades, le dejaron vagos recuerdos, extrañas criaturas, extrañas escenas, como si se desarrollaran en otro planeta. Retenía también la impresión clara de una conversación, de un hombre, no sabía cuál, que más tarde se repetía, de una sensación experimentada hacía mucho tiempo en sus venas y músculos, de un esfuerzo inútil, el esfuerzo de un hombre que está a punto de ahogarse en la oscuridad. Después se le representaron varias escenas confluentes e inestables.

Graham se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y que estaba contemplando algo que no le resultaba familiar.

Era algo blanco, el borde de algo, un marco de madera. Movié la cabeza ligeramente siguiendo con la vista el contorno del objeto, que se extendía por encima de sus ojos. Intentó averiguar dónde se hallaba. Pero ¿tenía importancia aquel detalle sintiéndose tan mal como se encontraba? Sus pensamientos estaban oscurecidos por una

negra depresión, y sintió el malestar del hombre que despierta al amanecer. Le pareció oír cuchicheos y pasos de personas que se retiraban.

Al volver la cabeza comprobó que se hallaba en un estado de extrema debilidad física. Supuso que se había acostado en el hotel de aquel pueblo junto al mar, pero no consiguió reconocer el objeto blanco. Por lo visto, se había dormido. Recordó que había deseado dormir. Recordó las rocas y la cascada y haber hablado con un desconocido...

¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Qué significaba aquel rumor de pasos? ¿Y aquel otro ruido como de guijarros que rodaran por una pendiente? Alargó lánguidamente un brazo para coger su reloj de la silla donde tenía por costumbre colocarlo y tocó una superficie dura y pulida como el cristal. Esto le resultó tan inesperado que se sobresaltó. Hizo girar todo su cuerpo, y con un gran esfuerzo consiguió sentarse. El hacerlo le resultó muy difícil, y después se sintió mareado, débil y atónito.

Se restregó los ojos. El enigma de cuanto le rodeaba resultaba impenetrable, pero sus ideas estaban claras. No cabía duda de que el sueño le había sentado bien. No estaba en una cama, tal como él recordaba las camas, sino que estaba desnudo sobre un colchón muy suave y blando, en una especie de artesa de cristal oscuro. El colchón era en parte transparente, lo que observó con una extraña sensación de inseguridad, y debajo de él había un espejo que reflejaba su imagen. Alrededor de su brazo —y advirtió sobresaltado que tenía la piel curiosamente reseca y amarilla—, distinguió un curioso aparato de goma, colocado con tanta maestría, que, sin molestarle, parecía atravesarle la piel. Y aquel extraño lecho estaba colocado dentro de una gran caja de cristal de un color verdoso, enmarcado por el objeto blanco que había llamado primero su atención. En un rincón de aquella caja había una estantería con varios aparatos delicados y brillantes, que en su mayoría le resultaban completamente desconocidos, aunque le pareció reconocer un termómetro.

El leve tinte verdoso de la sustancia parecida al cristal que le rodeaba por todas partes, le impedía obtener una visión clara de lo que había al otro lado, pero comprendió que se hallaba en una vasta estancia de espléndida apariencias, y que frente a él había un

gran arco. Junto a las paredes había piezas de mobiliario, una mesa cubierta con un mantel plateado, como los costados de los peces, un par de sillas, y sobre la mesa, varias fuentes que contenían ciertas sustancias, una botella y dos vasos. Entonces advirtió que tenía hambre.

No vio a nadie, y después de un breve titubeo, saltó del transparente colchón e intentó ponerse de pie sobre el suelo blanco de la estancia. No había calculado bien sus fuerzas, se tambaleó y tuvo que apoyar la mano contra la pared de vidrio para recobrar el equilibrio. Por un momento aquello resistió la presión de su mano, aunque vencíendose hacia atrás como una vejiga distendida se rompió y se desvaneció, igual que si se tratara de una burbuja a la que se hubiera pinchado con un alfiler. Haciendo eses y completamente aturdido, salió de su jaula. Se agarró a la mesa para no caer, tiró al suelo, al hacerlo, uno de los vasos, que hizo ruido, pero no se rompió, y se sentó en una butaca.

Cuando se hubo repuesto un poco, llenó el vaso que había sobre la mesa con el contenido de la botella y se lo bebió de un trago. Se trataba de un líquido incoloro que no era agua, con un aroma muy agradable, que le reanimó. Lo dejó sobre la mesa y miró a su alrededor.

El departamento no había perdido nada de su tamaño ni de su magnificencia ahora que la transparencia verdosa que se interponía había desaparecido.

Vio que el arco daba a unas escaleras que descendían, sin que hubiera una puerta intermedia, hasta un pasillo transversal. Este pasillo se hallaba adornado con columnas de una sustancia de color azul marino, con vetas blancas, y de allí llegaban hasta él ecos de voces y movimientos humanos, como una especie de zumbido de una profunda monotonía. Completamente despierto ya, se sentó y se puso a escuchar, olvidándose de la comida.

Pero, de pronto, recordó que estaba desnudo, y mirando a su alrededor para ver si encontraba algo con que cubrirse, descubrió una vestidura negra sobre una de las sillas. Se la echó sobre los hombros y se sentó de nuevo, temblando.

Seguía sumido en la más absoluta perplejidad. Era evidente que se había dormido y que durante su sueño lo habían trasladado a otro sitio. Pero ¿dónde? ¿Quiénes eran las personas que hablaban

en voz baja bajo los pilares azules? ¿Boscastle? Se sirvió otro vaso de aquel líquido incoloro y empezó a beber, pensativo.

¿Qué lugar era aquél, que parecía temblar como si tuviera vida? Miró a su alrededor y contempló el limpio y bello departamento, sin ningún adorno, dándose cuenta de que en el techo había un respiradero circular lleno de luz. Mientras lo miraba, una sombra movable lo hizo desaparecer de su vista, se retiró en seguida y volvió a aparecer. Aquella sombra producía una especie de sonido propio, en medio del tumulto amortiguado que llenaba el espacio.

Graham hubiera querido gritar, pero su garganta sólo consiguió emitir un sonido apenas perceptible. Al fin se puso de pie, y con indecisas pisadas de borracho, se dirigió hacia el arco. Bajó, tambaleándose, la escalera, tropezó con el manto negro en que se había envuelto, y para evitar la caída tuvo que agarrarse a una de las columnas.

El pasillo se alargaba, azul y púrpura, para terminar en una especie de balcón brillantemente iluminado, que se proyectaba en un espacio de niebla, un espacio como el interior de un edificio gigantesco.

A lo lejos, remotas, se veían vagas formas arquitectónicas. El rumor de voces llegó hasta él con más fuerza y claridad y vio que en el balcón, de espaldas a él, gesticulando y, por lo visto, en animada conversación, había tres figuras vestidas con lujo, con prendas sueltas de brillantes colores. Por encima del balcón llegaba el ruido de una gran multitud de gente. En un momento dado, le pareció que pasaba una bandera, y después, que un objeto, una gorra de color azul pálido u otra prenda arrojada al aire, revoloteaba en el espacio y caía. Le pareció que los gritos eran proferidos en inglés y que repetían la palabra: «¡Despierta!». Oyó claramente un grito agudo entre las demás voces y de pronto aquellos tres hombres se echaron a reír.

—¡Ja, ja, ja! —Hizo uno de ellos, de pelo rojo, vestido con una túnica púrpura—. ¡Cuando el Durmiente despierte...! ¡Cuando despierte...!

Volvió los ojos regocijados al pasillo y de pronto su expresión cambió. Todo él cambió y se puso rígido. Los otros dos se volvieron también al oír su exclamación, y permanecieron quietos, incapaces de hacer ningún movimiento. A sus ojos asomó la más profunda

consternación, que se transformó en terror.

En aquel momento Graham sintió que se le doblaban las rodillas y que el brazo que se apoyaba en la columna cedía. Dio un traspiés y cayó con la cara contra el suelo.

Capítulo IV

EL ECO DEL TUMULTO

La última impresión que Graham retuvo antes de desmayarse fue la de haber oído un eco de campanas. Más tarde supo que durante una hora estuvo insensible, entre la vida y la muerte. Cuando recobró el sentido se hallaba de nuevo sobre su lecho transparente y sentía calor en el corazón y en la garganta. Advirtió que le habían quitado el aparato que tenía en el brazo y que éste estaba vendado. El gran marco blanco seguía rodeándolo, pero la transparente sustancia verdosa había desaparecido por completo. Un hombre vestido con una túnica color violeta, uno de los que habían estado en el balcón, lo contemplaba atentamente. Remoto, pero insistente, seguía oyendo el clamor de campanas y los confusos sonidos que le hicieron suponer que un gran número de personas gritaba sin cesar. Pero algo interrumpió por un momento el tumulto: una puerta que se cerró de pronto.

Graham movió la cabeza.

—¿Qué significa todo esto? —murmuró lentamente—. ¿Dónde estoy?

Entonces distinguió al hombre pelirrojo que había sido el primero en descubrirle. Una voz preguntó qué había dicho y calló bruscamente.

El individuo vestido de color violeta contestó en voz baja, hablando en inglés, con un ligero acento extranjero, o al menos esto le pareció al hasta entonces Durmiente.

—Está usted a salvo. Fue trasladado aquí desde el lugar donde se durmió. Éste es un sitio seguro. Ha estado usted durante algún tiempo..., durmiendo..., estado comatoso.

Dijo algo más, que Graham no logró oír, y después le tendió un frasquito. Graham sintió que algo refrescante le acariciaba la frente y, satisfecho, cerró los ojos.

—¿Se siente mejor? —preguntó el individuo vestido de morado.

Era un hombre de unos treinta años, con una barba puntiaguda, que llevaba sujetos los pliegues de su vestidura con un broche de oro.

—Sí —dijo Graham.

—Ha estado dormido durante algún tiempo, en estado cataléptico. ¿Comprende? ¡Catalepsia! Es posible que al principio le resulte extraño, pero le aseguro que ahora está perfectamente.

Graham no contestó, pero estas palabras consiguieron tranquilizarlo. Su mirada se posó sucesivamente sobre los tres hombres que le rodeaban mirándose con curiosidad. Sabía que debía de estar en algún lugar de Cornualles, pero todo lo que había visto desde que despertara, le resultaba enigmático.

De pronto le volvió a la imaginación la idea que tuvo durante los últimos minutos que estuvo despierto en Boscastle. Se aclaró la garganta.

—¿Han mandado un cable a mi primo? —preguntó—. E. Warming, 27, Chancery Lane.

Los tres hombres se esforzaron por entenderlo, pero se vio obligado a repetir su pregunta.

—¡Qué acento más extraño! —murmuró el hombre pelirrojo.

—¿Ha dicho usted cable, señor? —preguntó el joven de la barba puntiaguda, intrigado.

—Eso significa un telegrama eléctrico —explicó el tercero, un muchacho de rostro agradable, de unos diecinueve o veinte años.

El de la barba profirió una exclamación.

—Puede usted estar seguro que se hará cuanto desee, señor —dijo a Graham—. Temo que resultará muy difícil mandar un... cable a su primo, porque no está en Londres ahora. Pero no se preocupe. Ha estado dormido mucho tiempo y lo importante es que tiene que reponerse, señor...

Graham dedujo que la palabra era «señor», aunque aquel individuo la pronunciara de un modo irreconocible.

—¡Oh! —exclamó.

Después guardó silencio.

Todo resultaba misterioso, aunque por lo visto aquellos hombres vestidos de modo excéntrico sabían lo que se traían entre manos. Pero eran muy raros y la habitación también. Pensó que se hallaba en un lugar moderno, y empezó a sentir desconfianza. ¡Esperaba

que no estuviera sirviendo de objeto de exhibición! Si esto era así, Warming tendría que verse con él. Pero no creía que fuera así. En un sitio de exhibición no se hubiera hallado completamente desnudo.

Mientras reflexionaba, comprendió de pronto lo que había ocurrido. No hubo en su imaginación ningún amago perceptible de duda o sospecha. Su certeza no tuvo amanecer. De pronto comprendió que su síncope había durado un período de tiempo muy largo, y como si tuviera el don de leer los pensamientos, interpretó en todo su valor el temor reverente de los rostros que le contemplaban. Les devolvió la mirada con intensa emoción y le pareció que ellos leían claramente en sus ojos. Intentó obligar a sus labios a que hablaran, pero no lo consiguió. El impulso de ocultar su certidumbre invadió su mente casi en el momento en que hizo el descubrimiento. Contempló sus pies desnudos en silencio. Su impulso de hablar pasó y se dio cuenta de que estaba temblando.

Le dieron un líquido rosado con reflejos verdes y notó que sus fuerzas aumentaban.

—Ya me siento mejor —dijo con voz ronca.

Hasta él llegaron murmullos de respetuosa aprobación. Ahora sabía perfectamente qué era lo que le había ocurrido. Intentó hablar de nuevo, y de nuevo le resultó imposible.

Se llevó la mano a la garganta e hizo un esfuerzo por tercera vez.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con voz monótona—. ¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—Un tiempo considerable —contestó el hombre de barba puntiaguda, dirigiendo una rápida mirada a los otros dos.

—¿Cuánto tiempo?

—Mucho tiempo.

—Sí, sí, pero yo quiero saberlo concretamente —repuso Graham, irritado de pronto—. ¿Han sido..., han sido... algunos años? ¿Muchos años? Había algo... Lo he olvidado. Estoy aturdido. Pero ustedes..., ustedes no tienen por qué ocultármelo. ¿Cuánto tiempo?

Se interrumpió, con la respiración alterada. Se frotó los ojos con los nudillos y permaneció sentado esperando la respuesta.

Sus interlocutores hablaron entre sí en voz baja.

—¿Cinco años? —insistió Graham con voz débil—. ¿Más?

—Mucho más.

—¿Más?

—¡Más!

Graham miró a aquellos individuos y le pareció que unas manos invisibles le estiraban los músculos de la cara.

—Muchos años —repitió el hombre de la barba roja.

Graham se esforzó de nuevo por sentarse, mientras se limpiaba una lágrima con mano temblorosa y vacilante.

—¡Muchos años! —repitió.

Cerró los ojos, los abrió y contempló todos los objetos que le rodeaban.

—¿Cuántos años? —preguntó.

—Debe prepararse para recibir una sorpresa.

—¿Eh?

—Más de una gruesa de años.

Al oír aquella palabra desconocida sintió una profunda irritación.

—¿Más de una qué?

Dos de aquellos hombres hablaron entre sí, y Graham escuchó un comentario incomprensible en el que se mencionaba la palabra «decimal».

—¿Cuánto tiempo ha dicho? —preguntó Graham—. ¿Cuánto tiempo? No me miren así... Díganmelo...

Entre las frases que los tres hombres pronunciaban en voz baja, su oído captó seis palabras:

—Más de un par de siglos.

—¿Qué? —gritó volviéndose hacia el joven que había hablado—. ¿Qué ha dicho? ¿Un par de siglos?

—Sí —repuso el hombre de la barba roja—. Doscientos años.

Graham repitió estas palabras. Había esperado oír que su sueño había durado mucho tiempo, pero un par de siglos era algo abrumador.

—Doscientos años —dijo de nuevo, mientras en su cerebro se hacía el vacío—. ¿Es posible?

Los tres hombres guardaron silencio.

—¿Cuánto ha dicho usted? —volvió a preguntar Graham.

—Doscientos años. Dos centenares de años —repitió el hombre de la barba roja.

Hubo una pausa. Graham miró a aquellos individuos y comprendió que lo que acababa de oír era cierto.

—Pero no es posible —dijo—. Estoy soñando. Los trances catalépticos no duran mucho tiempo. No es cierto. ¡Es una broma que ustedes me quieren gastar! Díganme, ¿no estuve hace unos días paseando por el puerto de Cornualles?

La voz le falló.

El hombre de la barba puntiaguda titubeó.

—La historia no es mi especialidad, señor —dijo débilmente, mirando a sus compañeros.

—Efectivamente, señor —repuso el muchacho—. En Boscastle, en el antiguo Ducado de Cornualles. Está al Sudoeste, más allá de las praderas. Todavía hay una casa allí. Yo la he visto.

—¡Boscastle...!

Graham volvió la vista hacia el que había hablado.

—Eso es, Boscastle. El pequeño Boscastle. Al fin conseguí dormirme allí. No recuerdo exactamente dónde, no puedo recordarlo. —Se llevó la mano a la frente y exclamó—: ¡Más de doscientos años!

Entonces empezó a hablar con rapidez, sintiendo como si una mano de hierro le oprimiera el corazón.

—Si es cierto que han pasado doscientos años, todos los seres humanos a quienes vi o hablé antes de dormirme, deben de haber muerto.

No recibió respuesta.

—La reina y la familia real, sus ministros, la Iglesia y el Estado. Altos y bajos, ricos y pobres uno tras otro...

De pronto, como asaltado por una duda, se atrevió a preguntar.

—¿Existe Inglaterra todavía?

—Sí.

—¡Menos mal! ¿Existe Londres?

—Estamos en Londres.

—¿Conque esto es Londres? ¿Y usted es mi guardián? ¿Y estos señores? ¿Son guardianes también?

Permaneció un rato mirando fijamente al vacío.

—Pero ¿por qué estoy aquí...? ¡No! No digan nada. No hablen. Déjenme...

Siguió sentado en silencio cubriéndose los ojos con las manos, y

al mirar de nuevo, vio que le ofrecían un segundo vaso de aquel líquido rosado. Se lo bebió sin protestar y sintió que su vigor iba en aumento. Apenas acabó de beber se puso a llorar y las lágrimas le aliviaron.

Miró a sus interlocutores y sonrió tontamente.

—¡Dos... cientos... años! —repetía.

Hizo una mueca y se cubrió los ojos otra vez.

Pero en seguida se calmó. Estaba con las manos sobre las rodillas, casi en la misma postura en que Isbister lo encontró en el camino de Pentargen. De repente le distrajo una voz dominante y el ruido de los pasos de un individuo que se acercaba presuroso.

—¿Qué están haciendo? ¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué no me han avisado? Alguien va a arrepentirse de esto. Hay que hacerle callar. ¿Están cerradas las puertas? ¿Todas las puertas? Que nadie se entere. No hay que decírselo. ¿Le han dicho algo?

El hombre de la barba roja pronunció unas palabras incomprensibles y mirando por encima de su hombro, Graham vio que se aproximaba un individuo muy bajo y grueso, de nariz aquilina y cuello macizo. Unas pobladas cejas negras que casi se juntaban encima de su nariz y unos ojos profundos y grises prestaban a su rostro una expresión sobrecogedora. Contempló a Graham con el ceño fruncido y después su mirada se volvió hacia el hombre de la barba puntiaguda.

—Estos otros... —dijo con extremada irritación—. Más vale que se marchen.

—¿Marchamos? —exclamó el hombre de la barba roja.

—En efecto. Y tengan la precaución de cerrar todas las puertas.

Los dos hombres se volvieron después de dirigir a Graham una mirada, y en vez de salir por el arco, como el Durmiente suponía que harían, se dirigieron en línea recta a la pared del departamento que se hallaba en el extremo opuesto. Entonces ocurrió algo extraño. Una larga tira de aquella pared que parecía sólida, se enrolló, quedó suspendida por encima de los dos hombres y cayó otra vez. Graham se encontró solo con el recién llegado y el hombre de la barba puntiaguda vestido de púrpura.

Durante unos momentos el hombre bajo y grueso no se ocupó en absoluto de Graham, sino que procedió a interrogar al otro, evidentemente subordinado suyo, sobre el tratamiento que habían

dado al Durmiente. Hablaba con claridad, pero sus frases sólo resultaban en parte comprensibles para Graham. Por lo visto, el despertar de Graham no sólo constituyó para el recién llegado una sorpresa, sino un motivo de consternación y de irritación.

Era evidente que estaba terriblemente excitado.

—No hay que confundirle diciéndole muchas cosas —repitió una y otra vez—. ¡No hay que confundirle!

Cuando hubo recibido respuesta a todas sus preguntas, el individuo se volvió con rapidez y contempló atentamente al Durmiente despierto con una expresión ambigua.

—¿Se siente raro? —preguntó.

—Mucho —contestó Graham.

—¿Le parece extraño el mundo, lo que ha visto de él?

—Supongo que aunque me lo parezca, tendré que vivir en él.

—Me figuro que sí.

—En primer lugar, ¿no podría proporcionarme un poco de ropa?

—Ellos... —dijo el recién llegado, pero se interrumpió en seguida.

El individuo de la barba puntiaguda le miró y salió de la estancia.

—En seguida tendrá ropa —dijo el hombre grueso.

—¿Es cierto que he estado dormido doscientos años? —preguntó Graham.

—¿Conque se lo han dicho? Doscientos tres, para ser exacto.

Graham aceptó lo innegable, con las cejas arqueadas y los labios apretados. Permaneció en silencio durante un momento y después hizo otra pregunta.

—¿Hay una fábrica o una gran maquinaria cerca de aquí?

No esperaba recibir respuesta, pero insistió:

—Supongo que las cosas han cambiado de un modo terrible. ¿Qué son esos gritos?

—Nada —repuso el hombre grueso con impaciencia—. Es la muchedumbre. Más adelante lo comprenderá todo. Como dice usted, las cosas han cambiado.

Hablaba con un tono cortante y con el ceño fruncido y miraba a su alrededor como si estuviera tomando una decisión.

—Sea como sea, tenemos que conseguirle ropa. Mejor será que espere aquí hasta que la tenga. No vendrá nadie. Tiene usted que

afeitarse.

Graham se llevó la mano a la barbilla.

El hombre de la barba puntiaguda se presentó de nuevo, giró sobre sus talones en actitud de escucha, elevó las cejas haciendo una indicación a su superior y salió precipitadamente por el arco en dirección al balcón. El tumulto de la muchedumbre se hizo más fuerte y el hombre grueso se volvió y escuchó también. Profirió un juramento en voz baja y volvió la mirada hacia Graham con una expresión nada amistosa. Hasta él llegó eco de muchas voces, que se elevaban y cesaban para volver a elevarse. Entre las voces y los gritos se produjo de repente un ruido como si estuvieran golpeando algo, irnos chillidos agudos y después un chasquido parecido al chocar de ramas secas. Graham aguzó el oído para distinguir algún ruido aislado en aquel tumulto enmarañado.

Entonces percibió, repetida una y otra vez, una frase. Durante unos instantes se preguntó si habría oído bien. Las palabras eran éstas:

—¡Queremos ver al Durmiente! ¡Queremos ver al Durmiente!

El hombre grueso echó a correr hacia el arco.

—¡Están locos! —gritó—. ¿Cómo lo saben? ¿Lo saben o lo han adivinado?

Alguien debió de responderle.

—No puedo ir —dijo entonces—. Tengo que atenderle. Pero grite desde el balcón.

De nuevo llegó una respuesta incomprensible.

—Diga que no está despierto. ¡Cualquier cosa! Lo dejo en sus manos.

Volvió corriendo al lado de Graham.

—En seguida le daremos ropa —le dije—. No puede quedarse aquí... Y será imposible...

De nuevo se alejó precipitadamente, mientras Graham le hacía unas preguntas a gritos. Un momento después estaba de vuelta.

—No puedo decirle lo que está ocurriendo porque es demasiado complicado para explicárselo ahora. Dentro de un momento tendrá usted ropa hecha a medida. Sí, dentro de un momento. Y entonces le podré sacar de aquí. En seguida comprenderá la situación en que se encuentra.

—Pero esas voces... Estaban gritando...

—Sí, mencionaban al Durmiente, que es usted. No sé qué idea se les ha ocurrido. No sé nada.

Una aguda campana resonó por entre la mezcla de sonidos, y aquel hombre se acercó de un salto al grupo de instrumentos que había en un rincón de la estancia. Durante un momento escuchó examinando una bola de cristal, afirmó con la cabeza y pronunció una serie de frases confusas. A continuación se dirigió andando hacia la pared a través de la cual los dos hombres habían desaparecido. Se envolvió de nuevo con una cortina y permaneció a la espera.

Graham levantó un brazo y se asombró de la fuerza que le había dado aquel líquido estimulante. Echó una pierna a un lado de la cama y después la otra. Ya no se le iba la cabeza. Apenas podía creer en la rapidez con que se había recobrado. Se sentó y se tocó las piernas.

El individuo de la barba puntiaguda volvió a entrar por el arco, y en aquel momento la caja de un ascensor apareció frente al hombre grueso. En el interior iba un hombre delgado de barba gris que llevaba un cilindro en una mano y vestía una túnica verde oscura.

—Ése es el sastre —dijo el hombre grueso haciendo ademán de presentárselo—. No debe usted ir vestido con esa túnica negra, que no comprendo quién la ha traído. El sastre le hará ropa con la mayor rapidez posible.

El hombre vestido de gris se inclinó y, acercándose, se sentó al lado de Graham sobre la cama. Se movía con lentitud, pero sus ojos estaban llenos de curiosidad.

—Habrás advertido que las modas han cambiado, señor —dijo dirigiendo una mirada furtiva al hombre grueso.

Abrió el rodillo con un rápido movimiento y sobre sus piernas cayó una confusión de telas de colores brillantes.

—Usted vivió, señor, en una época esencialmente cilíndrica, la época victoriana. En lo referente a sombreros había una tendencia a lo esférico. Siempre curvas circulares. Ahora...

Sacó un pequeño aparato del tamaño y la apariencia de un reloj, hizo girar un botón e inmediatamente apareció en la esfera, como si se tratara de un kinetoscopio, una figura diminuta vestida de blanco, que se movía y daba vueltas. El sastre cogió una tela de

satén blanco con reflejos azulados.

—Creo que esto es lo más adecuado.

El hombre grueso se acercó a ellos y miró por encima del hombro de Graham.

—Tenemos muy poco tiempo —advirtió.

—No se preocupe, señor —dijo el sastre—. Mi máquina es de fiar. ¿Qué opina de esto?

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre que había nacido en el siglo XIX.

—En sus tiempos los sastres solían enseñar un figurín —dijo el hombre vestido de gris—. Éste es un invento reciente. Mire...

La figurilla repitió sus evoluciones, pero con un traje distinto.

—Mire ahora esto.

Apretando de nuevo el botón, apareció otra figura vestida con una túnica de otro estilo. Los movimientos del sastre eran muy rápidos, y mientras hacía estas cosas, dirigía continuas miradas al ascensor.

Éste se detuvo de nuevo y de él salió un muchacho anémico y rubio con facciones chinas, vestido con un traje ordinario, de color azul pálido, junto a una complicada máquina que empujó silenciosamente sobre unas ruedecillas, hasta el interior de la habitación. Inmediatamente el sastre abandonó el kinetoscopio, invitó a Graham a que se pusiera de pie delante de la máquina y dio unas instrucciones al muchacho rubio, que contestó en tonos guturales y con palabras que Graham no logró comprender. Después, el chico se sumió en un monólogo incomprensible en un rincón, y el sastre sacó de la máquina una serie de brazos metálicos terminados en pequeños discos que colocó sobre el cuerpo de Graham, uno sobre cada hombro, otro en los codos, otro en el cuello, y así sucesivamente hasta sumar un total de una docena o más. Mientras tanto, otra persona entró en la habitación por el ascensor que quedaba a la espalda de Graham. El sastre accionó un mecanismo que produjo un movimiento rítmico en ciertas piezas de la máquina. En seguida hizo recobrar a los brazos metálicos su posición primitiva y devolvió a Graham su libertad de acción. El sastre volvió a ponerle la túnica negra y el hombre de la barba puntiaguda le ofreció un vaso que contenía un líquido refrescante. Por encima del borde del vaso, Graham vio que un joven muy

pálido lo estaba contemplando con una fijeza singular.

El Hombre grueso había estado recorriendo la habitación, malhumorado, y entonces se volvió y, atravesando el arco, se dirigió al balcón por el que se oían aún los ecos de los ruidos producidos por la distante muchedumbre. El muchacho de pelo rubio entregó al sastre una pieza de satén azulado y los dos comenzaron a colocarla en la máquina de un modo semejante a como se colocaba el papel en una máquina impresora del siglo XIX. A continuación empujaron todo el mecanismo sobre sus ruedas silenciosas, atravesando la estancia hasta un rincón donde un cable retorcido se elevaba por la pared hasta el techo. Establecieron un contacto y la máquina se puso en movimiento con energía y rapidez.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Graham señalando los hombres sumidos en la actividad, mientras intentaba no darse por enterado de la inspección a que le sometía el recién llegado—. ¿Está movido por energía ese aparato?

—Sí —contestó el hombre de la barba puntiaguda.

—¿Quién es ése? —inquirió señalando el arco que quedaba a su espalda.

El hombre vestido de morado se acarició la barba, titubeó y repuso en voz baja:

—Ése es Howard, el jefe de sus guardianes. Resulta muy difícil de explicar, señor. El Consejo nombró un guardián y varios ayudantes. Con ciertas restricciones, este local ha estado abierto al público a fin de mantener al pueblo tranquilo. Ahora hemos cerrado las puertas por primera vez. Pero si no le importa, preferiría que lo demás se lo explicara él.

—Todo esto es muy extraño —dijo Graham—. ¿Guardián? ¿Consejo...?

Después, dando la espalda al recién llegado, preguntó:

—¿Por qué me mira ese hombre de este modo? ¿Es hipnotizador?

—¿Hipnotizador? No, es un capilotador.

—¿Capilotador?

—Sí, uno de los principales. Su sueldo anual es de sesdoz leones.

A Graham le pareció que hablaban en lenguaje cifrado y repitió la última frase medio aturdido.

—¿Sesdoz leones? —preguntó.

—¿No tenían ustedes leones? Supongo que no. En sus tiempos debían tener aún la anticuada libra. El león es nuestra unidad monetaria.

—Pero ¿qué es eso de sesdoz?

—Seis docenas, señor. Todo ha cambiado, incluso estas cosas pequeñas. Usted vivió en la época del sistema decimal, del sistema árabe... Decenas, centenas y millares. Nosotros tenemos ahora once numerales. Tenemos una sola figura para el diez y el once, dos figuras para una docena, doce docenas hacen una gruesa, una gran centena, una docena de gruesas, una dozana y una dozana de dozanas, una miríada. Es muy sencillo.

—Sí, supongo que sí —murmuró Graham—. Y ahora volvamos a ese capi... ¿cómo dijo usted?

El hombre de la barba puntiaguda miró por encima de su hombro.

—¡Aquí tiene su ropa! —dijo.

Graham se volvió y descubrió al sastre que sonreía junto a él, sosteniendo en la mano ciertas prendas que, evidentemente, eran nuevas. El muchacho rubio estaba empujando la máquina con un dedo hacia el ascensor por el que llegara un momento antes. Graham contempló estupefacto el traje recién hecho.

—No me irá usted a decir...

—Lo acabamos de hacer —dijo el sastre.

Dejó caer las ropas a los pies de Graham, se acercó a la cama donde éste había estado tendido, echó a un lado el colchón transparente y puso el espejo en posición vertical. En aquel momento el sonido de una campana llevó al hombre grueso al rincón. El de la barba puntiaguda corrió a reunirse con él y después salió corriendo por el arco.

El sastre estaba ayudando a Graham a ponerse una prenda de color oscuro que era a la vez calcetines, camiseta y pantalones, cuando el hombre grueso volvió del rincón para reunirse con el de la barba puntiaguda que salía del balcón. Se pusieron a hablar en voz baja y Graham comprendió que les consumía una gran ansiedad. Encima de aquella pieza de color oscuro le pusieron una túnica complicada, pero elegante, de color blanco azulado. Graham estaba vestido a la moda. Se acercó al espejo y se contempló. Tenía

la piel amarillenta y estaba aún sin afeitarse, pero al menos ya no estaba desnudo y en cierto modo la túnica le sentaba bien.

—Tengo que afeitarme —dijo sin apartar la vista del espejo.

—En seguida —repuso Howard.

El joven pálido dejó de mirarle fijamente. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y con la mano extendida avanzó hacia Graham. En seguida se detuvo, gesticulando, y miró a su alrededor.

—Un asiento —pidió Howard, irritado.

El hombre de la barba puntiaguda puso una silla detrás de Graham.

—Siéntese, por favor —indicó Howard.

Graham titubeó. En la otra mano del hombre que lo miraba fijamente con expresión de loco vio brillar una hoja de acero.

—¿No comprende, señor? —dijo el de la barba puntiaguda con apresurada cortesía—. Le va a cortar el pelo.

—¡Oh! —exclamó Graham—. Pero usted me ha dicho que era un...

—Un capilotador. Es uno de los mejores artistas de todo el mundo.

Graham se sentó bruscamente y el hombre de la barba puntiaguda desapareció. El capilotador avanzó hacia Graham, le examinó las orejas, le tocó la parte posterior de la cabeza y se hubiera puesto de nuevo a mirarlo de no ser por la impaciencia de Howard. Inmediatamente, con rápidos movimientos, afeitó la barbilla de Graham, le recortó el bigote y le arregló el cabello. Hizo todo esto sin pronunciar una sola palabra, como si fuera un poeta inspirado. En cuanto hubo terminado, entregaron a Graham un par de zapatos.

De pronto llegó hasta ellos un grito que parecía haber salido de una máquina que había en un rincón.

—¡En seguida...! ¡En seguida...! ¡Toda la ciudad lo sabe ya! ¡Ha cesado todo el trabajo! ¡Ha cesado todo el trabajo! ¡Todos quieren venir!

Estas voces parecieron turbar a Howard, y a juzgar por sus ademanes, a Graham le pareció que titubeaba entre dos direcciones. Por fin, se dirigió al rincón donde se hallaba el aparato junto a la bola de cristal. Mientras tanto, el rumor de voces se había convertido en un ruido potente, ensordecedor, como si estuviera

muy cerca, y luego se apagó otra vez. Graham sintió que una fuerza irresistible le arrastraba hacia allá. Miró al hombre grueso y obedeció su impulso. En dos zancadas bajó la escalera y llegó al pasillo. Con unos pasos más, salió al balcón donde habían estado los tres hombres que lo descubrieron.

Capítulo V

LAS PLATAFORMAS EN MOVIMIENTO

Graham avanzó hasta la baranda del balcón y miró hacia arriba. Hasta él llegó una unánime exclamación de sorpresa y vio que la multitud se ponía en movimiento.

Su primera impresión fue que se hallaba delante de una arquitectura abrumadora. El lugar que estaba contemplando era una nave de edificios titánicos que se curvaban espaciosamente en todas direcciones. Por encima, poderosas vigas se reunían en el centro a través de una inmensa anchura y una cubierta de materia transparente se interponía entre la gente y el cielo. Gigantescos globos de fría luz blanca hacían palidecer los rayos de sol que se filtraban a través de las vigas y de los cables. Un edificio como una roca se hallaba suspendido encima de él, y la fachada opuesta era oscura y gris y se veía interrumpida por grandes curvaturas, perforaciones circulares, balcones, contrafuertes, torrecillas, miles de ventanas y un intrincado dibujo de adornos arquitectónicos. En sentido contrario, horizontales y oblicuas, descubrió inscripciones con caracteres que le resultaban desconocidos. Aquí y allí, había columnas de gran grosor y las vigas del techo caían formando curvas y aberturas circulares hacia el lado opuesto.

Mientras Graham estaba observando todo esto, la silueta de un hombrecillo vestido de azul pálido atrajo su atención. Aquel individuo se hallaba al otro lado de la nave, al lado de unos festones que pendían de las cornisas, y sostenían unas cuerdas casi invisibles que caían de lo alto. De pronto, dando un salto que hizo que a Graham se le subiera el corazón a la boca, aquel hombre se lanzó siguiendo la curva hacia delante y desapareció por una abertura redonda que había a la izquierda. Graham había mirado hacia arriba al salir al balcón, y lo que vio por encima y frente a él le llamó al principio la atención, excluyendo todo lo demás. Pero de pronto descubrió la calzada de la calle. No era una calzada tal como

Graham las recordaba, porque en el siglo XIX las calles eran caminos de tierra en los que las huellas de los vehículos enmarcaban las de los pies humanos. Esta calzada tenía unos sesenta metros de ancho y se movía, se movía toda excepto la parte central, que se hallaba a un nivel inferior. Durante irnos instantes contempló aquello completamente aturdido. Después comprendió.

Por debajo del balcón, aquella increíble calle se prolongaba a la derecha de Graham, y como una corriente sin fin una plataforma interminable formada de tablillas transversales muy estrechas y superpuestas unas a otras, que le permitían seguir las curvas, avanzaba tan de prisa como un tren expreso del siglo XIX. Sobre aquella plataforma había algunos asientos, y aquí y allá aparecían pequeños quioscos que se movían demasiado de prisa para que él pudiera advertir lo que contenían. De la plataforma más cercana, que corría con más velocidad, descendían otras varias hacia el centro de la nave. Cada una de ellas se movía hacia la derecha y un poco más despacio que la que tenía encima, pero la diferencia de movimiento era lo suficientemente pequeña para permitir que la gente pasara de una a otra y de este modo se trasladara desde la que iba con más rapidez a la zona inmóvil del centro. Más allá de aquella parte central había otra serie de interminables plataformas que avanzaban con diferentes velocidades. A la izquierda de Graham, y sentados formando grupo en las dos plataformas más veloces, o pasando de una a otra, o reunidos en la parte central, había una infinidad de seres humanos.

—¡No debe permanecer aquí! —gritó Howard apareciendo de repente a su lado—. ¡Tiene que retirarse en seguida!

Graham no contestó. Había escuchado aquellas palabras sin entenderlas. Las plataformas avanzaban produciendo un fuerte ruido y la gente seguía gritando. Veíanse mujeres y muchachas jóvenes con el cabello suelto, maravillosamente vestidas, con bandas de tela atravesadas por el pecho. Eso fue lo primero que distinguió en la confusión. Después vio que el color dominante entre aquella multitud de colores que se veían como a través de un calidoscopio, era el azul pálido que había vestido el ayudante del sastre. Entonces logró descifrar lo que aquella gente gritaba:

—¡El Durmiente! ¿Qué le ha pasado al Durmiente?

Le pareció que las plataformas se cubrían de rostros humanos

que miraban hacia arriba y seguían gritando con más fuerza. Vio que le señalaban con el dedo y que la zona central de aquella inmensa arcada situada frente al balcón estaba llena de hombres y mujeres vestidos de azul que se apiñaban y agitaban sin cesar. Vio que se producía una lucha y que aquellos seres eran conducidos de una plataforma a otra contra su voluntad. Pero apenas se les dejaba sueltos fuera del centro de la confusión, volvían de nuevo hacia él.

—¡Es el Durmiente! ¡Seguro que es el Durmiente! —gritaron algunas voces.

—¡Ése no es el Durmiente! —replicaron otras.

Más y más voces se volvieron hacia él. En aquella zona central, Graham distinguió aberturas, pozos y tramos de escalera por los que continuamente aparecían nuevas personas. Por lo visto la lucha se desarrollaba en la escalera más próxima a él. La gente corría por las plataformas en movimiento, en aquella dirección, saltando agitadamente de una a otra. Los hombres y las mujeres que se hallaban en las plataformas superiores parecían dividir su interés entre aquel punto y el balcón. Algunos individuos vestidos con un uniforme de un rojo brillante, que actuaban juntos de un modo metódico, estaban dedicados a impedir el acceso a aquella escalera. El grupo de personas que le rodeaba iba aumentando con rapidez. El color brillante de sus uniformes contrastaba con el blanco azulado de sus contrarios, ya que ahora estaba claro que se trataba de una lucha.

Contempló aquel espectáculo mientras Howard le gritaba al oído y lo sacudía por un brazo. Pero poco después desapareció, y él quedó solo.

Oyó que los gritos de «¡El Durmiente!» aumentaban de volumen y vio que las personas que se hallaban en la plataforma más cercana se ponían de pie. La plataforma que se movía con mayor rapidez a su derecha estaba desierta, y al otro lado de la nave, la que iba en dirección opuesta, venía atestada y volvía vacía. Con increíble rapidez se había congregado una multitud en el espacio central que se hallaba junto a él, una densa masa de gente que se agitaba. De un monótono rumor los gritos se transformaron en clamor incesante y atronador: «¡El Durmiente! ¡El Durmiente!». Todos gritaban y lanzaban aclamaciones, saludaban con sus sombreros y algunos gritaban: «¡Que paren las plataformas!». También repetían otro

nombre desconocido para Graham y que le pareció algo como «Ostrog». Las plataformas más lentas estaban llenas de gente que corría en sentido contrario al de ellas para mantenerse frente a él.

—¡Que paren las plataformas! —repitieron.

Ágiles figuras se trasladaron velozmente desde el centro hasta la plataforma que se hallaba más cerca de él y fueron arrastradas con rapidez mientras gritaban frases extrañas e incomprensibles, y en seguida volvieron a la zona central. Entre todas aquellas frases distinguió claramente una, repetida cien veces:

—¡Es verdad que es el Durmiente! ¡Es verdad que es el Durmiente!

Durante un breve espacio de tiempo Graham permaneció inmóvil, y después comprendió que toda aquella agitación era motivada por él. Satisfecho de aquella popularidad, saludó a la multitud inclinándose, y después hizo un ademán con el brazo derecho, quedando atónito ante el violento rugido que aquel sencillo gesto provocó. El tumulto que reinaba en la escalera descendente alcanzó su punto culminante. Graham distinguió por todas partes balcones abarrotados, individuos que se deslizaban por cuerdas y hombres sentados en una especie de trapecio, que atravesaban el espacio. Oyó voces a su espalda y vio que un gran número de personas descendía por la escalera que partía del arco. De pronto se dio cuenta de que su guardián Howard había vuelto y le cogía por el brazo gritándole algo que él no lograba entender.

Se volvió y vio que el rostro de Howard estaba lívido.

—¡No se quede ahí! —Oyó que decía—. ¡Detendrán las plataformas y sumirán a la ciudad entera en la confusión!

Graham vio que por el pasillo de las columnas azules, detrás de Howard, avanzaban unos hombres, el del pelo rojo, el de la barba puntiaguda, otro muy alto vestido de rojo brillante y muchos más que corrían con expresión de ansiedad.

—¡Sáquenle de aquí! —gritó Howard.

—Pero ¿por qué? —preguntó Graham—. No veo...

—¡Tiene que venir! —dijo el hombre vestido de rojo con acento decidido.

También su rostro y sus ojos expresaban decisión y firmeza. Graham paseó la vista de uno a otro, y de pronto se dio cuenta de que habían puesto en práctica contra él lo más desagradable con

que puede uno enfrentarse en la vida: la coacción. Alguien le cogió por un brazo y le obligó a retirarse. Era como si el tumulto se hubiera dividido en dos, como si la mitad de los gritos que se elevaban desde aquella fantástica calle se hubieran trasladado a los pasillos del gran edificio en el que él se hallaba. Maravillado y confuso, sintiendo un impotente deseo de resistirse, Graham fue conducido y medio empujado por el pasillo de las columnas azules, y de repente se encontró solo con Howard dentro de un ascensor que ascendía con rapidez.

Capítulo VI

LA SALA DEL ATLAS

Desde el momento en que el sastre se despidió hasta el momento en que Graham se encontró en el ascensor, solamente transcurrieron cinco minutos. Aún le duraba el aturdimiento producido por su vasto intervalo de sueño, y la extrañeza inicial de hallarse vivo en aquélla era remota daba a todo un tinte asombroso, irracional y le hacía pensar que se hallaba sumido en un sueño real. Se sentía un poco apartado de todo, como si fuera un atónito espectador, pero mezclado, a pesar de ello, con la vida que le rodeaba. Todo cuanto había visto, y de un modo especial aquella apiñada muchedumbre enmarcada por el balcón, tenía mucho de espectacular, como una función vista desde el palco de un teatro.

—No lo comprendo —dijo—. ¿Qué ha ocurrido? El cerebro me da vueltas. ¿Por qué gritaban? ¿En qué consiste el peligro?

—Tenemos muchas preocupaciones —dijo Howard, cuyos ojos evitaron los de Graham—. Vivimos una época de intranquilidad y su despertar en este momento se halla en cierto modo ligado...

Hablaba atropelladamente, como si le faltara el aliento.

—No comprendo —dijo Graham.

—Lo comprenderá más adelante —repuso entonces Howard.

Miró hacia arriba con nerviosismo como si le pareciera que la ascensión era demasiado lenta.

—No cabe duda que lo comprenderé mejor cuando haya visto algo más —dijo Graham, intrigado—. Todo esto, naturalmente, me resulta un poco extraño. Cualquier cosa es posible. Cualquier cosa, hasta los detalles más pequeños, me resultan asombrosos. Tengo entendido que su sistema numeral es muy distinto.

El ascensor se detuvo, y salieron a un pasillo muy largo y estrecho, entre dos muros altísimos, junto a los cuales había una cantidad extraordinaria de tuberías y gruesos cables.

—Este lugar es inmenso —dijo Graham—. ¿Se trata de un solo

edificio? ¿Qué es?

—Éste es uno de los edificios que tenemos para algunos servicios públicos, como la luz, etcétera.

—¿Qué ocurría ahí fuera? ¿Era una revolución social? ¿Qué clase de Gobierno tienen? ¿Tienen todavía policía?

—Varias —contestó Howard.

—¿Varias?

—Unas catorce.

—No lo entiendo.

—Es natural. Nuestro orden social debe parecerle muy complejo. A decir verdad, yo tampoco lo comprendo con mucha claridad. Nadie lo comprende. Es posible que usted consiga descifrarlo algún día. Ahora tenemos que ir al Consejo.

La atención de Graham se dividía entre la urgente necesidad de hacer preguntas y la presencia de las personas con quienes tropezaban en los pasillos y las estancias que iban atravesando. De vez en cuando, mientras su mente estaba concentrada en Howard y sus respuestas vacilantes, perdía el hilo debido a una impresión momentánea producida por algo que se presentaba ante él. Por los pasillos y en los vestíbulos, la mayoría de los hombres iban vestidos con el uniforme rojo que él ya conocía. El color azul pálido que había visto repetido tantas veces en la calle, no se veía por ninguna parte. Aquellos hombres le miraban y les saludaban a él y a Howard cuando pasaban por su lado.

Entraron en un corredor de techo bajo, donde había un gran número de muchachas jóvenes, sentadas como si estuvieran en una clase. No vio a ningún maestro, pero distinguió un aparato del que supuso salía la voz que llegó a sus oídos. Le pareció que aquellas jóvenes lo miraban a él y a su guía con estupefacción. Pero le hicieron seguir adelante sin darle tiempo a formarse una idea clara de lo que aquello significaba. Supuso que conocerían a Howard y se preguntarían quién era él. Por lo visto aquel Howard era un personaje importante, aunque, por otro lado, no era más que su guardián. Aquello resultaba un tanto extraño.

Llegaron después a un pasillo sumido en una suave penumbra, que tenía a ambos lados unas aceras a gran altura, por las que Graham vio los pies y los tobillos de unas personas que avanzaban. A continuación tuvo la vaga impresión de que cruzaban galerías y

más galerías y de que las personas con quienes tropezaban se volvían atónitas a mirarlos cuando ellos avanzaban, seguidos por dos guardias vestidos de rojo.

El efecto de los estimulantes fue sólo temporal, y pronto sintió una gran fatiga debida a aquella excesiva prisa, por lo que rogó a Howard que redujera un poco el paso. Después se halló en un ascensor que tenía una ventana que daba a la calle que ya conocía, pero era de cristal y no se podía abrir. Por otra parte, estaban demasiado altos para que pudieran ver lo que ocurría en las plataformas en movimiento, sin sacar la cabeza. Pero sí pudo ver a varias personas trasladándose de un lado a otro por medio de cables y puentes muy curiosos y de frágil aspecto.

A continuación cruzaron la calle a una gran altura por un puente muy estrecho con paredes de cristal, un cristal tan fino que todavía sintió vértigo después cuando se acordó de él. El suelo era también de cristal. A juzgar por sus recuerdos de las rocas que se elevaban entre New Quay y Boscastle, tan remotas en el tiempo y tan recientes en sus recuerdos, calculó que debían hallarse a unos cuatrocientos pies por encima de las movibles calles. Se detuvo y contempló por entre sus piernas la apiñada multitud azul y roja, diminuta y escorzada, luchando y gesticulando todavía a los pies del pequeño balcón que se veía allá abajo, como un balcón de juguete donde él había estado hacía tan poco tiempo. Una ligera bruma y el resplandor de los poderosos globos de luz le impedían una visión clara. Un hombre sentado en una plataforma colgante, impelida desde algún punto más alto aún que el estrecho puente que él atravesaba, pasó por su lado por un cable con tanta velocidad como si se tratara de una caída. Graham se detuvo instintivamente para contemplar aquel pasajero mientras desaparecía por una gran abertura circular. Después, sus ojos volvieron a fijarse una vez más en la tumultuosa lucha que tenía lugar en la calle.

Por una de las plataformas más rápidas se acercaron muchísimos puntos rojos que se separaron al acercarse él al balcón y fueron trasladándose por las plataformas más lentas hacia la parte central, que era el núcleo de la lucha. Aquellos individuos vestidos de rojo iban armados con palos y porras, y a Graham le pareció que golpeaban en todas direcciones. Hasta él, débiles y lejanos, llegaron

gritos de dolor y de cólera.

—¡Siga! —ordenó Howard poniéndole la mano en el brazo.

Otro individuo bajó por un cable. Graham levanto la vista para ver de dónde procedía, y a través del techo de cristal y de la red de cables y vigas descubrió algo que se movía rítmicamente como las aspas de un molino de viento. Entre cada una de aquellas aspas tuvo una visión fugaz de un firmamento pálido y remoto. Howard le obligó a seguir avanzando por el puente y de pronto se encontró en un estrecho pasillo decorado con dibujos geométricos.

—Quiero ver eso otra vez —exclamó Graham resistiéndose.

—No, no —contestó Howard agarrándole todavía por el brazo—. ¡Por aquí! Tiene que venir por aquí.

Los hombres vestidos de rojo que les seguían, parecían dispuestos a obligarle a obedecer.

Unos negros vestidos con un uniforme a rayas negro y amarillo, que les hacía parecer avispas, aparecieron por el pasillo y uno se apresuró a levantar una especie de persiana que a Graham le había parecido una puerta, y abrió la marcha. Graham se encontró en una galería que pendía del extremo de una gran estancia. El servidor, vestido de negro y amarillo, la atravesó, levantó una segunda persiana y permaneció de pie esperando.

Aquello debía ser una antesala. Graham vio un gran número de personas en el espacio central, y en el extremo opuesto una puerta enorme e imponente en lo alto de una escalera, que, aunque estaba medio cubierta por una cortina, permitía la visión de un vestíbulo aún más grande. Por todas partes distinguió hombres blancos vestidos de rojo y hombres negros que llevaban el uniforme negro y amarillo.

Mientras cruzaba la galería oyó un cuchicheo: «¡El Durmiente!». Vio que todo el mundo lo miraba y lo seguía con la vista. Entraron por otro pasillo contiguo a aquella antesala y después Graham se encontró en una galería de metal que rodeaba el gran vestíbulo que había visto por entre las cortinas. Entraron en aquel lugar por una esquina y, por lo tanto, pudo comprobar perfectamente sus enormes proporciones. El negro vestido con uniforme de avispa permaneció a un lado como un criado deferente y cerró la válvula tras sí.

Comparado con cuanto Graham había visto hasta entonces, este segundo vestíbulo estaba decorado con extrema riqueza. Sobre un

pedestal, en el extremo más remoto, y más brillantemente iluminada que ningún otro objeto, había una gigantesca estatua blanca de Atlas, fuerte y musculoso, sosteniendo el globo terráqueo sobre sus hombros inclinados. Como era tan grande, tan paciente y tan dolorosamente real, tan blanca y sencilla, aquella estatua fue lo primero que le llamó la atención. Aparte de esta figura y de un estrado que había en el centro, aquel lugar constituía un vacío brillante. El estrado se veía alejado por la grandeza de la estancia, y hubiera parecido un simple trozo de metal a no ser por un grupo de siete hombres que se hallaban sentados alrededor de una mesa que había en él y que daban idea de sus proporciones. Todos estaban vestidos con túnicas blancas, parecían haberse levantado en aquel momento de sus asientos y contemplaban fijamente a Graham.

Éste advirtió que sobre la mesa brillaban unos aparatos mecánicos.

Howard lo condujo a través de la galería hasta que se hallaron frente a la figura de Atlas. Entonces se detuvo. Los dos individuos vestidos de rojo que les habían seguido se situaron inmediatamente a ambos lados de Graham.

—Tiene usted que quedarse aquí... —murmuró Howard—. Será sólo un momento.

Y sin esperar respuesta se alejó por la galería.

—Pero ¿por qué? —comenzó a decir Graham.

Hizo un movimiento como para seguirle, pero uno de los guardias le cerró el paso.

—Tiene que esperar aquí, señor —dijo.

—¿Por qué?

—Órdenes son órdenes, señor.

—¿Órdenes de quién?

—Son nuestras órdenes, señor.

Graham expresó con los ojos toda la exasperación que sentía.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó—. ¿Quiénes son esos hombres?

—Son los miembros del Consejo, señor.

—¿De qué Consejo?

—Del único Consejo.

—¡Ah! —exclamó Graham.

Después de intentar, también sin resultado, hacer hablar al otro

individuo, Graham se acercó a la barandilla y contempló los lejanos hombres vestidos de blanco que no cesaban de mirarlo mientras cuchicheaban entre sí.

¿El Consejo? Notó que ahora los consejeros eran ocho, aunque no había visto llegar el último. No hicieron ningún gesto de saludo, sino que se pusieron a mirarlo como en el siglo XIX un grupo de hombres hubiera contemplado desde la calle un globo distante que de pronto hubiese aparecido ante su vista. ¿Qué Consejo podía ser aquel que se reunía allí, aquel pequeño grupo de hombres bajo el significativo Atlas, reunidos en secreto en medio de aquella impresionante grandeza? ¿Y por qué había sido él conducido a su presencia? ¿Por qué le miraban de aquel modo tan extraño y hablaban de él en voz baja? Howard apareció debajo de él y atravesó rápidamente el suelo brillante hasta reunirse con ellos. Al acercarse se inclinó e hizo una serie de movimientos ceremoniosos. Después subió los escalones del estrado y permaneció entonces de pie junto a los aparatos que había sobre la mesa.

Graham contempló aquella visible pero ininteligible conversación. De vez en cuando uno de los hombres vestidos de blanco lo miraba a él. Aguzó el oído en vano. Los ademanes de dos de aquellos hombres fueron animándose gradualmente. Contempló después los rostros impasibles de los dos guardias que le escoltaban. Cuando volvió de nuevo la vista al Consejo advirtió que Howard estaba extendiendo las manos y moviendo la cabeza en un gesto de protesta. Pero uno de los hombres vestidos de blanco le interrumpió golpeando la mesa con los nudillos.

A Graham le pareció que la conversación duraba un espacio de tiempo interminable. Levantó los ojos hacia el gigante inmóvil a cuyos pies se hallaba reunido el Consejo y desde allí paseó su mirada por las paredes del vestíbulo. Aquellas paredes estaban decoradas con grandes paneles cubiertos por pinturas de estilo parecido al japonés, muchos de ellos de gran belleza. Aquellos paneles se hallaban enmarcados por bastidores de metal oscuro y se extendían hasta las cariátides metálicas de las galerías y las grandes líneas de construcción del interior. La belleza de aquellos paneles realzaba el gesto poderoso de la figura blanca que dominaba la escena. Los ojos de Graham volvieron a fijarse en el Consejo y vio que Howard bajaba las gradas del estrado. A medida que iba

acercándose pudo distinguir sus facciones y Graham vio que había enrojecido y que jadeaba. No había conseguido dominarse del todo cuando apareció en la galería.

—Por aquí —fue todo lo que dijo.

En silencio se acercaron a una puerta que se abrió por sí sola. Los dos hombres vestidos de rojo se detuvieron a ambos lados, y Howard y Graham salieron por ella.

Echando una mirada hacia atrás, Graham vio que los consejeros vestidos de blanco seguían de pie formando grupo sin dejar de contemplarle. Después la puerta se cerró pesadamente tras él y por primera vez desde su despertar le rodeó el silencio. Ni siquiera sus pisadas hacían ruido.

Howard abrió otra puerta y los dos se encontraron en la primera de dos cámaras contiguas, decoradas de blanco y verde.

—¿Qué Consejo era ése? —preguntó Graham—. ¿De qué estaban hablando? ¿Tiene todo eso que ver conmigo?

Howard cerró la puerta con grandes precauciones, exhaló un profundo suspiro y dijo algo en voz baja. Atravesó la habitación diagonalmente y volvió jadeando de nuevo hacia donde estaba Graham.

—¡Uf! —gruñó como si le hubieran quitado un peso de encima.

Graham lo miró en silencio.

—Debe usted comprender —comenzó Howard bruscamente evitando la mirada de su interlocutor— que nuestro orden social es muy complejo. Una explicación incompleta, una frase imprudente le haría formarse una impresión falsa. Lo cierto es que, en virtud del interés compuesto, su pequeña fortuna y la fortuna que le dejó su primo Warming, junto con otras pequeñas cantidades que se han ido sumando, se han hecho bastante considerables. Y por otras circunstancias que le será difícil comprender, se ha convertido usted en un personaje de importancia, de gran importancia, en los asuntos mundiales.

Se interrumpió.

—¿Y bien? —preguntó Graham.

—Tenemos graves perturbaciones sociales.

—¿Y bien?

—Las cosas han llegado a tal estado, que es conveniente que usted sea recluido en este lugar.

—¡Quieren hacerme prisionero! —exclamó Graham.

—¡Ejem...! Le ruegan que permanezca recluido.

Graham se volvió hacia su interlocutor.

—¡Es muy extraño todo esto! —murmuró.

—No se le hará ningún daño.

—¡Ningún daño!

—Pero debe permanecer aquí...

—Supongo que hasta que conozca mi situación...

—Exactamente.

—Muy bien. Empiece, pues. ¿Por qué habla de daño?

—No hablemos de eso ahora.

—¿Por qué no?

—Porque es una historia demasiado larga, señor.

—Razón de más para que la conozca cuanto antes. Dice usted que soy un personaje de importancia. ¿Qué eran aquellos gritos? ¿Por qué aquella muchedumbre gritaba y se arremolinaba al enterarse de mi despertar y quiénes son esos individuos vestidos de blanco que se hallaban en esa enorme estancia?

—Cada cosa a su tiempo, señor —repuso Howard—. No hay que precipitarse. Vivimos en una época de intranquilidad. Su despertar... Nadie esperaba su despertar, y el Consejo se ha reunido...

—¿Qué Consejo?

—El que usted ha visto.

Graham hizo un gesto de irritación.

—Esto no es posible —protestó—. Debe decirme lo qué está ocurriendo.

—Tiene que esperar. Es necesario que espere.

Graham se sentó bruscamente.

—Por lo visto, puesto que he esperado tanto para volver a la vida —dijo—, tendré que esperar un poco más.

—Esta actitud es más razonable —dijo Howard—. Sí, mucho más razonable. Y ahora debo dejarle solo unos instantes mientras vuelvo a reunirme con el Consejo... Lo siento.

Se dirigió a la puerta silenciosa, titubeó y desapareció.

Graham se acercó también a la puerta, intentó abrirla, descubrió que estaba asegurada por algún misterioso mecanismo que no logró comprender, giró sobre sus talones, recorrió la estancia con

nerviosismo y volvió a sentarse. Permaneció sentado un buen rato con los brazos cruzados y el ceño fruncido, mordiéndose las uñas e intentando poner en orden las calidoscópicas impresiones de aquella primera hora de su reanudada vida: los vastos espacios mecánicos, la interminable serie de cámaras y pasillos, la gran lucha que tenía lugar en aquellas extrañas plataformas, el reducido grupo de hombres que hablaban debajo del Atlas gigantesco, el misterioso comportamiento de Howard. Por su imaginación cruzó la sospecha de que tenía que hacer algo, algo de importancia, sin precedentes. ¿Qué tenía que hacer? Mientras tanto, el silencio de aquella habitación le daba a entender claramente que estaba prisionero.

Sintió la irresistible convicción de que aquella serie de impresiones formaban parte de un sueño. Cerró los ojos, pero no logró despertar a otra realidad.

A continuación comenzó a examinar y a tocar todo cuanto contenían las dos pequeñas habitaciones en que se encontraba.

Se contempló en un largo espejo ovalado y se detuvo estupefacto. Estaba vestido con una airosa túnica de tonos rojo y blanco azulado, tenía una barba canosa cortada en punta y su cabello, con innumerables hilos blancos, estaba arreglado sobre su frente de un modo extraño, pero de cierta belleza. Parecía un hombre de cuarenta y cinco años. Por un momento pensó que la imagen que contemplaba no era la suya.

Al reconocerse se echó a reír.

—¡Me gustaría hacer una visita a Warming vestido así! — exclamó—. Y hacer que me invitara a almorzar.

Después pensó en otros conocidos de su juventud, y en medio de su alegría comprendió que todos los seres humanos con quienes podría bromear debían de haber muerto hacía muchas decenas de años. Aquella idea lo dejó aplanado. Cesó bruscamente de reír y sus ojos expresaron la más profunda consternación.

Recordó una vez más las movibles plataformas y la enorme fachada que había contemplado desde el balcón. Volvió a ver claramente la vociferante muchedumbre y sus antagónicos consejeros vestidos de blanco, alejados e impenetrables, y se sintió muy pequeño e impotente y lastimosamente desorientado. A su alrededor, el mundo resultaba realmente extraño.

Capítulo VII

EN LAS HABITACIONES SILENCIOSAS

Transcurridos unos instantes, Graham reanudó el examen de sus habitaciones, porque la curiosidad le impelía a moverse a pesar de su fatiga. Observó que la habitación interior era muy alta y que tenía el techo en forma de cúpula con una abertura ovalada en el centro, que daba a una especie de gigantesco embudo en el que parecía dar vueltas una rueda de anchos radios que, por lo visto, removía el aire por aquel tubo. El ligero rumor causado por aquel movimiento continuo era el único sonido que percibían sus oídos en aquel tranquilo lugar. Por entre aquellas aspas que iban sucediéndose rápidamente unas tras otras, Graham podía ver el cielo, y le sorprendió ver una estrella.

Esto condujo su atención al hecho de que la brillante iluminación de aquellas habitaciones se debía a una gran cantidad de lámparas que despedían una luz viva, desde las comisas. No había ventanas. Entonces recordó que en todas las cámaras y pasillos que había atravesado con Howard, no había visto ninguna ventana. ¿Se le habrían pasado inadvertidas? Había visto unas ventanas en la calle, pero ¿servirían para dejar entrar la luz? ¿O acaso estaba la ciudad encendida permanentemente, de modo que en ella no existía la noche?

En aquel momento se dio cuenta de otra cosa. En ninguna de las dos habitaciones había chimenea. ¿Acaso era verano, o sería que toda la ciudad se calentaba y se enfriaba mecánicamente? Comenzó a dar vueltas a todo esto en su imaginación y examinó la suave textura de las paredes, la sencilla cama y los ingeniosos artilugios mediante los cuales se hacían innecesarios otros muebles. Lo que más le llamaba la atención era la ausencia de todo adorno, una desnuda elegancia de forma y color que resultaba muy agradable a la vista. Había varias sillas muy cómodas, una mesa muy esbelta con ruedas silenciosas sobre la que había botellas y

vasos y dos platos con una sustancia parecida a la jalea. Después notó que no había libros, ni periódicos, ni materiales de escritorio.

—Efectivamente, el mundo ha cambiado —murmuró.

Observó que un lado entero de la habitación exterior estaba cubierto de doubles cilindros en fila, con inscripciones verdes sobre fondo blanco, que armonizaban con la decoración de la estancia. En el centro de aquella pared se veía un pequeño aparato que mediría aproximadamente un metro cuadrado y que parecía corresponder a una pantalla que había en la habitación. Frente a él había una silla. Graham pensó que aquellos cilindros debían de ser libros o modernos sustitutos de libros, pero aquella idea no le pareció posible.

Las inscripciones que exhibían aquellos tubos le intrigaron. A primera vista parecían escritos en ruso, pero fijándose más, le pareció distinguir en algunas palabras una mutilación del idioma inglés.

«Di Man huwdbi Kin».

Aquello debía querer decir: «The Man who Would Be King».

—Escritura fonética —dijo en voz alta.

Recordó haber leído una novela con aquel título, y, poniéndose a pensar, el argumento le vino a la memoria. Se trataba de una de las mejores novelas del mundo. Pero lo que él tenía delante no era un libro, según la idea que él tenía de los libros. Logró descifrar los títulos de otros dos cilindros, El corazón de las tinieblas, que nunca había oído nombrar, lo mismo que La Madona del futuro. No cabía duda de que se trataba de novelas de autores postvictorianos.

Durante un buen rato estuvo contemplando el curioso cilindro que tenía en la mano y después volvió a colocarlo en su sitio. Después se acercó al aparato cuadrado y lo examinó. Abrió una especie de tapa y descubrió dentro uno de los doubles cilindros, que tenía en un extremo una especie de tornillo semejante a un timbre eléctrico. Hizo presión sobre él e inmediatamente oyó unos cuantos golpes secos seguidos de voces y música y vio que sobre la pantalla aparecía una masa de color. Comprendió de pronto lo que aquello era y dio un paso atrás para contemplarlo.

Sobre la superficie plana se veía claramente una escena con

colores vivos, y en aquella escena había figuras que se movían. No sólo se movían, sino que hablaban con perfecta claridad. Era exactamente una escena real vista a través de unos prismáticos puestos al revés y escuchada por un tubo. Se sintió profundamente interesado y contempló las fotografías que representaban un hombre andando de un lado a otro y vociferando furioso a una mujer muy bonita, que parecía terriblemente enojada. Los dos vestían la pintoresca túnica que a Graham le resultaba tan extraña.

—Yo he trabajado —decía el hombre—. Pero ¿qué has hecho tú?

Graham se olvidó de todo y se sentó en la silla. Cinco minutos después oyó que le mencionaban. Escuchó las palabras: «Cuando el Durmiente despierte», pronunciadas en broma como una frase hecha, como indicando algo que nunca ocurriría, algo remoto e increíble. Pero poco después tuvo la sensación de que aquellos dos seres eran íntimos amigos suyos.

Al fin, el pequeño drama llegó a su término y la pantalla cuadrada del aparato quedó vacía.

Era un extraño mundo el que se le había permitido contemplar, un mundo sin escrúpulos, ansioso de placeres, enérgico, sutil, un mundo de luchas económicas. Había alusiones que le resultaban incomprensibles, indicios de que los ideales de moralidad habían cambiado, relámpagos que ocasionalmente arrojaban un poco de luz sobre su cerebro aturdido. El color azul que le llamó de tal modo la atención en la primera y fugaz visión que tuvo de la ciudad, reapareció de nuevo, como el color del pueblo. No le cupo ya duda alguna de que la historia era contemporánea y su intenso realismo le resultó innegable. El final fue una tragedia que le oprimió el corazón y permaneció sentado mirando sin ver la pantalla vacía.

De pronto experimentó un vivo sobresalto y se frotó los ojos. Había estado tan absorto en aquel moderno sustitutivo de una novela, que contempló la pequeña habitación verde y blanca con una sorpresa parecida a la que había experimentado al despertar de su largo sueño.

Se puso en pie y sintió que volvía a rodearle el mundo irreal al que acababa de nacer. Olvidó el drama que había contemplado y a su imaginación volvió el recuerdo de la lucha en la calle, del ambiguo Consejo y de las diferentes fases de su despertar. Las

personas que le rodeaban habían mencionado al Consejo, habían hablado de su poderío universal. Y habían hablado también del Durmiente. Al escucharles, no había relacionado aquello con él, y ahora tenía que esforzarse por recordar lo que habían dicho.

Dirigióse al dormitorio y escudriñó el espacio por los intervalos del abanico giratorio. A medida que iba dando vueltas, el eco vago de un ruido sordo parecido al producido por una máquina, llegó hasta él con un ritmo monótono. Por lo demás, todo estaba en silencio. Aunque sus habitaciones se hallaban sumidas también en el día perpetuo, notó que la pequeña faja de firmamento que veía se había oscurecido. Era casi negra y estaba espolvoreada de estrellas.

Reanudó su examen de las habitaciones, pero no logró encontrar el medio de que la puerta se abriera, ni ningún timbre para llamar en caso de necesidad. Había dejado ya de asombrarse, pero seguía lleno de curiosidad y ansioso de información. Deseaba conocer exactamente su situación con relación a todas aquellas cosas nuevas. Se esforzó por tranquilizarse hasta que acudiera alguien, pero le resultó imposible y volvió a sentir con más fuerza que nunca un ansia de distracción, de sensaciones inéditas.

Volvió a acercarse al aparato que había en la otra estancia y pronto descubrió el sistema de remplazar el cilindro por otro. Al hacerlo pensó que se debía a aquellos aparatos que el idioma fuera aún comprensible después de doscientos años. Los cilindros que utilizó al azar le hicieron oír una fantasía musical. Al principio le pareció hermosa y después sensual, y pronto reconoció en ella una alterada versión de Tannhäuser. La música no le resultaba familiar, pero el argumento era real y sólo había sido retocado ligeramente. Tannhäuser no iba a Venusberg, sino a una Ciudad de Placer. ¿Qué era una Ciudad de Placer? Seguramente un sueño, la creación de un escritor fantástico y voluptuoso.

Aquello le interesó y le hizo sentir curiosidad. La historia se desarrollaba con un fondo de sentimentalismo enfocado de un modo extraño. Desde luego, le desagradó, y a medida que iba avanzando, fue gustándole menos.

No se trataba de cuadros ni de fantasías, sino de realidades fotografiadas. No deseaba saber nada más del Venusberg del siglo XXII. Se olvidó del papel desempeñado por el protagonista en el siglo XIX y se libró a una indignación arcaica. Se puso en pie, indignado.

Y medio avergonzado de sí mismo por haber admitido aquella mixtificación aun en la soledad, acercó el aparato y buscó con violencia el medio de detener su funcionamiento. Se oyó un chasquido, sintió un ramalazo de corriente eléctrica y el aparato quedó en silencio. Cuando intentó remplazar aquellos cilindros de Tannhäuser por otros dos, descubrió que el aparato no funcionaba.

Atravesó la habitación diagonalmente y se puso a recorrerla en todas direcciones, luchando con sensaciones contrarias. Lo que había escuchado y había visto en los cilindros le confundía y afligía. Consideró asombroso que en sus treinta años de vida no hubiera intentado nunca imaginarse cómo serían los tiempos venideros.

—Estábamos haciendo el futuro —dijo—. Y casi ninguno de nosotros pensaba en el futuro que preparábamos. ¡Y es éste! ¿Qué han conseguido? ¿Qué han hecho? ¿Qué papel me toca desempeñar en estas circunstancias?

Le había parecido natural la extensión de las calles y el tamaño de los edificios y la multiplicación de sus habitantes. Pero el cambio absoluto de costumbres y la sensualidad sistematizada de los hombres ricos...

Pensó en Bellamy y en el protagonista de su Utopía Socialista, que había previsto con tanta anticipación estos sucesos. Pero esto no era ninguna utopía, no era ningún Estado socialista. Graham había visto lo suficiente para comprender que seguía existiendo el antiguo contraste entre el lujo, el derroche y la sensualidad por un lado, y la pobreza abyecta por el otro. Conocía lo bastante los factores esenciales de la vida para comprender esta correlación. No solamente eran gigantescos los edificios de la ciudad y era gigantesca la muchedumbre que él había visto, sino que las voces que habían llegado a sus oídos, la intranquilidad de Howard y la atmósfera misma hablaban de un descontento gigantesco. ¿En qué país se encontraba? Debía de ser Inglaterra, y, sin embargo, nada de lo que había visto parecía inglés. Contempló con la imaginación el resto del mundo y no logró representarse más que un enigmático velo.

Siguió recorriendo la estancia y examinándolo todo como un animal enjaulado. Estaba muy cansado y sentíase febril. Se detuvo muchas veces debajo del ventilador esforzándose por escuchar el eco distante del tumulto que seguramente seguía desarrollándose en

la ciudad.

De pronto se puso a hablar solo.

—¡Doscientos tres años! —se repitió una y otra vez echándose a reír—. ¡Esto quiere decir que tengo doscientos treinta y tres años! Soy el habitante más viejo del mundo. No creo que hayan invertido las tendencias de mis tiempos y hayan vuelto al Gobierno del más viejo. Mis derechos son indiscutibles en este caso. Recuerdo las atrocidades de los búlgaros como si hubieran ocurrido ayer.

Le sorprendió oír el sonido de su risa y después se echó a reír más alto, deliberadamente, hasta que comprendió que se estaba comportando como un necio.

«Calma —se dijo—. ¡Calma!».

Sus paseos se hicieron más regulares, y prosiguió.

—Este nuevo mundo... no lo comprendo. ¿Por qué...? Todo es un inmenso por qué... Supongo que pueden volar y hacer toda clase de cosas. Vamos a ver si puedo recordar cómo empezó esto.

Al principio le sorprendió descubrir hasta qué punto eran vagos los recuerdos, momentos en su mayor parte triviales, cosas sin importancia que había observado. Su infancia fue lo que le vino a la memoria con más rapidez, y recordó los libros de texto y ciertas lecciones de geometría. Después revivió las circunstancias más salientes de su vida, pensó en su mujer muerta hacía muchísimo tiempo y en su mágica influencia desaparecida para siempre; pensó en sus rivales, en sus amigos y en sus enemigos, en algunas rápidas decisiones y, por fin, en sus últimos años desgraciados entre ideas fluctuantes y estudios agotadores. En seguida lo recordó todo, un poco oscuramente tal vez, enmohecido como un metal arrinconado durante mucho tiempo, pero de ningún modo alterado o defectuoso. Y el matiz principal de todo era el gris del dolor. ¿Valía la pena cambiarlo? Por milagro había sido sacado de una vida que se le había hecho intolerable...

Sus ideas volvieron a fijarse en su situación actual y luchó en vano con los hechos, que se habían convertido en una inextricable maraña. A través del ventilador vio que el firmamento había adquirido el tinte rosado del amanecer, y de los rincones recónditos de su mente surgió una idea que se fue repitiendo al transcurrir el tiempo.

—Tengo que dormir —dijo.

El sueño se le representó como un maravilloso alivio de su angustia mental y del dolor y de la pesadez de sus miembros. Se dirigió al extraño lecho que le estaba destinado, se tendió sobre él y pronto se quedó dormido...

Acabó por conocer perfectamente aquellas dos habitaciones antes de abandonarlas, porque permaneció allí encerrado durante tres días. En todo aquel tiempo nadie, excepto Howard, entró en su prisión. El asombro que le producía este encarcelamiento se mezclaba, y en cierto modo lo disminuía, con el que le produjo haber sobrevivido a su largo sueño. Al despertar se había enfrentado con la humanidad, pero inmediatamente había sido reducido a aquella soledad inesperada. Howard acudía con regularidad llevándole líquidos nutritivos y vigorizantes y alimentos ligeros y agradables que Graham no conocía. Siempre cerraba la puerta con precaución al entrar. En las cuestiones de poca importancia se mostraba muy complaciente, pero se negaba en redondo a contestar a las preguntas de Graham relacionadas con los acontecimientos que evidentemente se desarrollaban al otro lado de los muros a prueba de ruidos que le rodeaban. Evitaba con toda la cortesía posible cualquier pregunta sobre la situación del mundo exterior.

Durante aquellos tres días los pensamientos incesantes de Graham giraron en todas direcciones. Todo cuanto había visto, todas aquellas precauciones para evitar que sus ojos se abrieran del todo a la realidad, daban vueltas continuamente en su imaginación. Dio todas las interpretaciones posibles a la situación en que se encontraba, y probablemente una de ellas coincidió con la realidad. Todo cuanto le había ocurrido acabó por parecerle lógico, contemplado desde su reclusión, y cuando, por fin, llegó el momento de su liberación, se hallaba preparado...

La conducta de Howard sirvió para confirmar la impresión que tenía Graham de la extraordinaria importancia de aquel personaje. Cada vez que abría y cerraba la puerta, parecía llevar consigo una parte de los sucesos exteriores. Sus preguntas se hicieron más concretas, y Howard se retiraba entre protestas y exclamaciones. Repetía que no habían contado con su despertar y que éste se había producido en un momento de desorden social.

—Para explicárselo necesito contarle la historia de una gruesa y

media de años —afirmó Howard en una ocasión.

—Lo cierto es —dijo Graham— que tiene usted miedo de algo que yo puedo hacer. En cierto modo soy poderoso.

—No es eso. Pero tiene usted... Lo cierto es que el aumento automático de su fortuna pone en sus manos grandes posibilidades de interferencia. Además, con sus conocimientos del siglo XVIII tiene usted influencias en otros sentidos.

—Del siglo XIX —corrigió Graham.

—Sea como sea, con sus conocimientos de otros tiempos, ignorante como está de las características de nuestro Estado...

—¿Me considera usted estúpido?

—Desde luego, no.

—¿Le parezco capaz de comportarme de un modo insensato?

—Nunca se contó con la posibilidad de que actuara de ningún modo. Nadie esperaba que despertara. Nadie pensó que pudiera despertar algún día. El Consejo lo había rodeado de precauciones antisépticas. La verdad es que creíamos que estaba muerto y... Pero la cosa es demasiado compleja. No nos atrevemos... de repente..., mientras no haya despertado del todo...

—Eso no puede ser —dijo Graham—. Supongamos que es como usted dice. ¿Por qué no se me exponen los hechos y se me inculcan conocimientos que me hagan capaz de aceptar mis responsabilidades? No sé más ahora que hace dos días, si es que hace dos días que me desperté.

Howard se mordió el labio inferior.

—Empiezo a experimentar cada vez con mayor claridad la sensación de que se me oculta algo y que usted desempeña el papel principal en todo esto. ¿Acaso este Consejo o Comité, o lo que sea, está poniendo en claro la contabilidad de mi fortuna? ¿Es de esto de lo que se trata?

—Esa desconfianza... —protestó Howard.

—Escuche —interrumpió Graham—. Los que me han encerrado aquí van a pasarlo mal, muy mal. Estoy vivo, no le quepa duda, estoy vivo. Cada día mi pulso está más fuerte y mis ideas más claras y vigorosas. ¡Se acabó mi sumisión! Soy un hombre que ha vuelto a la vida y quiero vivir. ¡Vivir!

Los ojos de Howard se iluminaron con una idea repentina. Se acercó a Graham y le habló en tono confidencial.

—El Consejo lo tiene recluido aquí por su propio bien. Pero usted está intranquilo e inquieto. Es natural, porque es un hombre de gran energía y se aburre aquí dentro. Nosotros deseamos proporcionarle cualquier cosa que desee... cualquier capricho, ¿comprende? Quizá haya algo... ¿Es compañía lo que quiere?

Hizo un guiño significativo.

—Sí —repuso Graham, pensativo—. Esto es.

—¡Ah! ¡Me lo había figurado! Le hemos tratado con negligencia.

—Deseo la compañía de la multitud que he visto en la calle.

—Me temo que eso...

Graham se puso de nuevo a recorrer la habitación, mientras Howard, de pie al lado de la puerta, le contemplaba. Graham comprendió claramente lo que significaban las vagas palabras de Howard. ¿Compañía? ¿Aceptaría la propuesta? ¿Pediría que viniera alguien? ¿Habría alguna posibilidad de obtener por la conversación con otra persona una vaga idea de los motivos de la lucha que se había iniciado en el momento de su despertar? Reflexionó un rato y aquella posibilidad adquirió mayores proporciones. Bruscamente se volvió hacia Howard.

—¿A qué compañía se refiere?

Howard levantó la vista y se encogió de hombros.

—Seres humanos —dijo con una extraña sonrisa.

Nuestras ideas sociales han adquirido una liberalidad que no existía en su época. Si un hombre desea aliviar su tedio con la compañía femenina, por ejemplo, no nos escandalizamos. Nosotros no tenemos ideas preconcebidas. En nuestra ciudad existe una clase, una clase necesaria, discreta, que no es objeto de desprecio...

Graham cesó bruscamente en sus paseos.

—Le ayudaría a pasar el tiempo... —prosiguió Howard—. Debía haber pensado en ello antes, pero con tantas cosas como han ocurrido...

Indicó con un gesto el mundo exterior.

Graham vaciló. Durante unos momentos la figura de una mujer que su imaginación había creado de pronto, prevaleció en su mente con inmensa atracción. Pero después sintió que la cólera le dominaba.

—¡No! —gritó.

Se puso a andar otra vez con pasos rápidos de un extremo a otro

de la habitación.

—Cada cosa que usted dice y cada cosa que usted hace me va convenciendo más y más de que están ocurriendo sucesos muy importantes que me conciernen. Yo no deseo pasar el rato, como usted cree. Sí, ya lo sé. El deseo y el placer, en cierto sentido, son la vida... pero son también la muerte, la extinción. En mi vida, antes de dormirme, me hice esta misma pregunta, y no quiero empezar de nuevo. Hay una ciudad, en ella viven millares de seres humanos... Y, mientras tanto, aquí estoy yo como un conejo acorralado.

Sintió que la cólera lo ahogaba y apretó con fuerza los puños. Se dejó llevar por un ataque de ira y profirió una serie de maldiciones anticuadas y arcaicas. Sus ademanes expresaron vagas amenazas.

—Ignoro para quién trabaja usted y por qué me mantiene deliberadamente en esta ignorancia. Pero lo que sí sé es que no estoy aquí en virtud de un plan que haya de resultarme beneficioso. Y le advierto que deben atenerse a las consecuencias. Una vez tenga en mis manos el poder...

Comprendió entonces que amenazar de este modo podría poner en peligro su vida, y se interrumpió, mientras Howard le miraba con una curiosa expresión.

—Supongo que sus palabras han sido un mensaje para el Consejo —dijo por fin.

Graham sintió el impulso momentáneo de echarse sobre aquel hombre, de arrojarlo al suelo y golpearlo. Su intención debió retratarse en su rostro, pues Howard se alejó rápidamente. Un segundo después la puerta silenciosa había vuelto a cerrarse y el hombre del siglo XIX se hallaba otra vez solo.

Durante un momento permaneció erguido, con los puños apretados y medio levantados, y por fin los dejó caer a lo largo del cuerpo.

—¡Qué idiota he sido! —exclamó dejándose llevar de nuevo por la cólera, dando grandes zancadas y profiriendo juramentos a gritos.

Durante un buen rato permaneció dominado por una especie de frenesí, lanzando invectivas contra su insensatez y contra los hombres que le habían encerrado. Procedió de aquel modo porque no quería contemplar con calma su situación. Se aferraba a su ira porque le asustaba el miedo.

Por fin empezó a razonar. Aquel encarcelamiento era

inexplicable, pero, sin duda, las formas legales —las nuevas formas legales— de la época, lo permitían. Debía de ser legal. Aquella gente tenía doscientos años de adelanto en la marcha de la civilización que la generación victoriana. No era probable que fueran menos humanos. Sin embargo, habían dejado a un lado todas las fórmulas. ¿Sería la humanidad una fórmula, del mismo modo que lo era la castidad?

Su imaginación se puso en movimiento para imaginarse lo que los miembros del Consejo harían con él, y todos los intentos de su razón para ridiculizar estas ideas, a pesar de que estaban basados en una perfecta lógica, resultaron completamente inútiles.

—¿Por qué habrían de hacerme daño? Si sucede lo peor, puedo cederles lo que quieren. Pero ¿qué es lo que quieren? ¿Y por qué no me lo piden, en vez de encerrarme?

Volvió entonces a sus primeras preocupaciones sobre las posibles intenciones del Consejo y comenzó a considerar los detalles del comportamiento de Howard, sus miradas siniestras y sus titubeos inexplicables. Después se puso a dar vueltas a la idea de huir de aquellas habitaciones, pero ¿adónde iría en aquel mundo vasto y abarrotado de gente? Encontraría aún más dificultades que aquel campesino sajón que se halló de pronto en el Londres del siglo XIX. Y, además, ¿cómo iba a conseguir encontrar luego un lugar donde esconderse?

—¿De qué modo puede beneficiar a alguien que me ocurra algún daño?

Recordó el tumulto y los desórdenes de los cuales, sin duda alguna, él era la causa. Una frase, fuera de lugar, y no obstante insistente, surgió de la profundidad de sus recuerdos. Un consejero había dicho:

—Nosotros necesitamos que un hombre muera por el pueblo.

Capítulo VIII

LOS TEJADOS

Mientras los ventiladores de la abertura circular de la habitación interior seguían funcionando y le permitían fugaces visiones del cielo nocturno, a través de ellos iban penetrando ruidos sordos desde el exterior. Y Graham, debatiéndose inútilmente contra las fuerzas desconocidas que le tenían prisionero y a las que había desafiado osadamente, se sobresaltó al oír una voz.

Levantó la vista y en uno de los intervalos de la rotación vio el rostro oscuro y borroso y los hombros de un individuo que le miraba. El desconocido extendió una mano, pero el aspa giratoria la golpeó y algo comenzó a caer al suelo silenciosamente.

Graham vio unas manchas de sangre a sus pies y miró otra vez hacia arriba lleno de excitación. Pero el hombre había desaparecido.

Permaneció inmóvil con todos sus sentidos despiertos mientras contemplaba aquel espacio oscuro, porque en el exterior era noche cerrada, y pronto notó que en el exterior flotaban unos pequeños copos remotos, débiles y oscuros. Llegaron hasta él oblicuamente y cayeron a un lado, lejos del remolino producido por el ventilador. Un rayo de luz apareció de pronto, las motas se hicieron blancas y en seguida volvió la oscuridad. Aunque él estaba caliente y rodeado de luz, comprendió que, a unos cuantos metros del lugar donde se hallaba, estaba nevando.

Graham atravesó la habitación y se acercó otra vez al ventilador. Vio pasar la cabeza de un hombre, y oyó un murmullo de palabras pronunciadas en voz baja. Después se produjo un golpe que sonó metálicamente y se oyeron jadeos y voces, y las aspas cesaron en su movimiento. Una oleada de copos de nieve cayó en la habitación y se desvaneció antes de llegar al suelo.

—No tenga miedo —dijo una voz.

Graham permaneció donde se hallaba, debajo del ventilador.

Durante un minuto Graham no vio más que el balanceo de las aspas y después distinguió la cabeza de un hombre que apareció cautelosamente por la abertura. La cabeza se veía casi invertida y el cabello negro estaba cubierto de copos de nieve que empezaban a disolverse. El brazo de aquel hombre se elevaba hacia la oscuridad sosteniendo un objeto invisible. Se trataba de un joven de ojos brillantes, que tenía hinchadas las venas de la frente. Parecía hacer un gran esfuerzo para mantenerse en aquella postura.

Durante unos segundos ni él ni Graham hablaron.

—¿Es usted el Durmiente? —preguntó el desconocido por fin.

—Sí —repuso Graham—. ¿Qué quiere de mí?

—Ostrog me envía, señor.

—¿Ostrog?

El hombre del ventilador volvió la cabeza de modo que su perfil fue perfectamente visible para Graham. Parecía estar escuchando algo. De pronto, Graham oyó una exclamación y el intruso se echó hacia atrás con el tiempo justo para evitar las aspas nuevamente en movimiento. Y cuando Graham levantó la vista no vio otra cosa que los copos de nieve que seguían cayendo en silencio.

Transcurrió casi un cuarto de hora antes de que ocurriera algo de particular. Después Graham oyó la misma interferencia metálica de antes. Las aspas se detuvieron y la cabeza reapareció. Graham había permanecido todo aquel tiempo alerta en el mismo sitio, terriblemente nervioso.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Queremos hablar con usted —contestó el intruso—. Queremos... No podré sujetar esto mucho tiempo... Llevamos tres días intentando llegar hasta usted sin conseguirlo.

—¿Se trata de mi rescate? —susurró Graham—. ¿Podré escapar?

—Sí, señor... Si usted lo desea...

—¿Son ustedes mis hombres? ¿Los hombres del Durmiente?

—Sí, señor.

—¿Qué he de hacer? —preguntó Graham.

Se oyó un forcejeo. El brazo del desconocido reapareció, y Graham vio que su mano estaba sangrando. En seguida surgieron sus rodillas al borde de la abertura.

—Por favor, ¿quiere apartarse? —dijo.

Se dejó caer pesadamente a los pies de Graham y el ventilador

comenzó a girar con fuerza. El desconocido se levantó con agilidad y permaneció en pie mirando a Graham, jadeante y con una mano sobre un hombro que se había golpeado al caer.

—Usted es, efectivamente, el Durmiente —dijo—. Yo lo vi dormido cuando, según la Ley, todos los hombres teníamos derecho a verle.

—Yo soy el hombre que sufrió un ataque —dijo Graham—. Me han encerrado aquí. He estado aquí desde que desperté... Al menos hace tres días.

El intruso pareció dispuesto a hablar, pero oyó algo, lanzó una rápida mirada a la puerta y de pronto abandonó a Graham y echó a correr hacia allí, gritando palabras incoherentes. Una brillante hoja de acero refulgió en su mano y comenzó a dar repetidos golpes sobre las bisagras.

—¡Cuidado! —gritó una voz desde arriba.

Graham levantó la cabeza, vio las suelas de dos zapatos, sintió que una de ellas le golpeaba en un hombro y un bulto pesado le hizo caer a tierra. Cayó de rodillas y sintió que el bulto saltaba por encima de su cabeza. Se irguió y vio un segundo desconocido sentado delante de él.

—No le había visto, señor —jadeó.

Se puso en pie y ayudó a Graham a hacer lo mismo.

—¿Está herido, señor?

Graham oyó que comenzaba una sucesión de golpes sobre el ventilador y algo cayó rozándole la cara. Un minúsculo pedazo de metal revoloteó por el aire y cayó por fin al suelo.

—¿Qué es esto? —exclamó Graham mirando confuso al ventilador—. ¿Quién es usted? ¿Qué va a hacer? No comprendo nada.

—Apártese —dijo el desconocido, ayudándole a salir de debajo del ventilador mientras un pedazo de metal más grande que el anterior caía pesadamente al suelo.

—Deseamos que venga con nosotros, señor —jadeó el recién llegado.

Graham, mirándole de nuevo a la cara, vio que tenía un corte en la frente del que salían unas gotas de sangre.

—Su pueblo le reclama.

—¿Adónde quieren que vaya?

—A la plaza que rodea los mercados. Aquí su vida peligra. Tenemos espías que nos han puesto al corriente con el tiempo justo. El Consejo ha decidido hoy mismo que debe morir. Todo está preparado. El pueblo le espera. La policía, los ingenieros y la mitad de los mecánicos están de nuestra parte. Todas las plazas están abarrotadas de gente que grita contra el Consejo. Tenemos armas... Su vida aquí...

—Pero ¿por qué armas?

—El pueblo se ha levantado para protegerle, señor... ¿Eh...? ¿Qué es eso...?

Se volvió rápidamente al oír que el hombre que había bajado con él emitía un silbido. Graham lo vio echarse para atrás, indicarle con un ademán que se ocultara y correr a esconderse detrás de la puerta que se abría.

En aquel momento Howard apareció llevando una bandeja en una mano y sin levantar la vista. De pronto se sobresaltó, miró a su alrededor, la puerta se cerró de golpe a su espalda, la bandeja cayó al suelo y la hoja de acero le golpeó detrás de la oreja. Cayó como un árbol cortado por un leñador y quedó tendido en el suelo de la primera habitación. El hombre que lo había agredido se inclinó, observó su rostro un instante, se levantó y prosiguió su obra de golpear la puerta.

—¡Su veneno! —dijo una voz al oído de Graham.

De pronto se hallaron en la oscuridad. Las innumerables luces ocultas en las comisas habían sido apagadas. Graham vio la abertura del ventilador, mientras fantasmales copos de nieve danzaban en el espacio, y vislumbró unas siluetas oscuras que se movían con rapidez. Tres de ellas se arrodillaron en el borde e hicieron pasar por la abertura algo que él no logró ver con claridad, pero que cuando apareció una mano sosteniendo una vacilante luz amarilla, descubrió que era una escalera.

Durante unos segundos titubeó. Pero el comportamiento de aquellos hombres, su rapidez de movimientos y sus palabras estaban de acuerdo con sus propios temores y con su esperanza de un rescate, por lo que su titubeo no llegó a durar un minuto. ¡Su pueblo le esperaba!

—No comprendo —dijo—, pero confío en ustedes. Díganme lo que quieren que haga.

El hombre de la herida en la frente le cogió por el brazo.

—Suba por la escalera —susurró—. De prisa. Habrán oído...

Graham tanteó en el espacio con las manos extendidas para descubrir la escalera, puso el pie en el peldaño inferior y, volviendo la cabeza, vio por encima del hombro del que tenía más cerca, y a la débil luz amarilla, que el primer llegado, sentado a horcajadas sobre Howard, seguía intentando abrir la puerta. Graham volvió de nuevo a la escalera y sintió que el hombre más próximo le empujaba y que los que estaban encima tiraban de él. En seguida se encontró de pie sobre algo duro, frío y resbaladizo, en la parte exterior del ventilador.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. La diferencia de temperatura era muy grande. Le rodeaban media docena de hombres y unos leves copos de nieve le caían en la cara y las manos. En un instante se halló sumido en la oscuridad y después relampagueó una luz color violeta, que desapareció en seguida, dejándolo todo de nuevo en tinieblas.

Vio que había salido al tejado de la vasta estructura que remplazaba las casas, las calles y los espacios abiertos del Londres Victoriano. El lugar en que se hallaba estaba poblado de cables enormes que iban en todas direcciones. Las ruedas circulares de gran número de aparatos, que parecían molinos de viento, se perfilaban borrosamente, gigantescas, a través de la cortina de oscuridad y de nieve que lo cubría todo y rugían con un rumor que se elevaba alternativamente, según el caprichoso viento iba o venía. En la lejanía, una intermitente luz blanca surgía desde abajo, rozaba los copos de nieve dándoles un brillo fugaz y desaparecía como un espectro en la oscuridad, y aquí y allá desconocidos mecanismos movidos por el viento se perfilaban vagamente y refulgían con chispas lívidas.

Graham apreció todo esto de un modo fragmentario mientras sus salvadores le rodeaban. Uno de ellos le echó sobre los hombros una capa de una especie de piel y se la aseguró en la cintura y en los hombros con unas correas con grandes hebillas. Hablaban con rapidez y alguien le indicó que siguiera andando.

Sin darle tiempo a poner en orden sus ideas, un tipo sombrío le agarró por el brazo.

—Por aquí —dijo, señalando a través del tejado en dirección a

un haz de luz que se distinguía difuso y semicircular.

Graham obedeció.

—¡Cuidado! —exclamó una voz cuando Graham tropezó con un cable—. Hay que andar entre ellos y no atravesarlos. Tenemos que damos prisa.

—¿Dónde está el pueblo? —preguntó Graham—. ¿Dónde está el pueblo que me esperaba?

El desconocido no contestó. Soltó el brazo de Graham, pues el camino iba haciéndose más estrecho, y marchó delante, avanzando con pasos rápidos. Graham lo siguió sin ver nada, y poco después comenzaron a correr.

—¿Vienen los otros también? —jadeó.

Pero tampoco esta vez recibió ninguna respuesta.

Su compañero miró hacia atrás y siguió corriendo. Llegaron a un camino de metal, que corría transversalmente hacia la dirección en que venían, y dieron media vuelta para seguirlo. Graham volvió la cabeza, pero la tormenta de nieve había ocultado a los demás.

—¡Vamos! —exclamó el guía.

Corriendo tanto como sus piernas se lo permitían, se acercaron a un pequeño molino que giraba sin cesar.

—¡Agáchese!

Graham obedeció y así se evitaron ser golpeados por las aspas que se movían de un modo incesante.

—¡Por aquí!

Graham se encontró en una especie de zanja cubierta por la nieve, que le llegaba hasta los tobillos. Los muros eran de metal y la nieve pronto alcanzó medio metro de altura.

—Yo iré primero —dijo el guía.

Graham se envolvió bien en la capa y siguió a su acompañante. De pronto llegaron a un abismo a través del cual aquella especie de cuneta pasaba a la oscuridad nevada del otro lado. Graham miró hacia abajo y vio que todo estaba sumido en la más espantosa negrura. Durante unos segundos lamentó haberse escapado. No se atrevió a mirar de nuevo y sintió que la cabeza le daba vueltas mientras chapoteaba por la nieve medio líquida.

Por fin llegaron al otro lado, a un espacio abierto y plano cubierto de nieve, que iba deritiéndose, y transparente hasta la mitad, permitiendo ver, por debajo, una serie de luces que se

apagaban y se encendían. Graham vaciló antes de seguir avanzando por encima de aquellas sustancias de aspecto tan poco seguro, pero su guía seguía corriendo sin cesar, y de este modo llegaron a unos escalones resbaladizos por los que subieron hasta el borde de una gran cúpula de cristal. Graham siguió a su guía, que la rodeó. Debajo de ellos, una gran masa de gente parecía bailar, y a través de la cúpula se filtraban unas notas de música...

Graham creyó oír gritos a través de la nevada, y su guía le hizo apresurar el paso de nuevo. Treparon jadeando a un lugar lleno de enormes molinos de viento, uno de los cuales era tan grande que sólo se veía la parte inferior de sus aspas, que se elevaban perdiéndose en la noche. Corrieron a través de la colosal tracería metálica de sus soportes, y al fin llegaron a un lugar que les permitía ver debajo de ellos una plaza de plataformas movibles como la que Graham había visto desde el balcón. Avanzaron por la enlodada «transparencia que cubría aquella calle de plataformas, avanzando de rodillas por temor a resbalar».

El cristal estaba en su mayor parte empañado, y Graham vio solamente formas borrosas, pero cerca del extremo del tejado el cristal estaba claro y pudo contemplar perfectamente la escena. Unos instantes, a pesar de la prisa del guía, sintió vértigo y permaneció con los brazos y las piernas abiertos sobre el cristal, completamente paralizado. Allá abajo, como puntos diminutos, se movían los habitantes de la ciudad eternamente despierta, sumida en su perpetua luz, y las plataformas proseguían su movimiento incesante. Mensajeros y hombres de oficios ignorados descendían por cables verticales, y los frágiles puentes estaban abarrotados. Era como contemplar una gigantesca colmena de cristal, que se hallaba a sus pies, y lo único que le impedía caer sobre ella era un cristal de resistencia desconocida. La calle estaba caliente e iluminada y Graham sentía frío hasta la médula de los huesos y apenas podía mover los pies. Durante unos minutos permaneció sin poder moverse.

—¡Vamos! —gritó su guía con acento de terror—. ¡Vamos!

Graham llegó al extremo del tejado haciendo un gran esfuerzo.

Dio la vuelta por encima del caballete del tejado, siguiendo el ejemplo de su guía, y echó a andar por la vertiente opuesta, con mucha rapidez, en medio de una avalancha de nieve. Mientras

avanzaba pensó en lo que ocurriría si apareciera una brecha en su camino. Al llegar al final tropezó y cayó, cubriéndose de nieve medio derretida y rogando a Dios que llegara a pisar terreno firme alguna vez. Su guía había comenzado a trepar por un tabique de metal hasta alcanzar una extensión horizontal.

A través de los leves copos, pudo ver otra línea de enormes molinos, y de pronto el tumulto amorfo de las ruedas rotativas fue taladrado por un ruido ensordecedor. Se trataba de un ruido mecánico de extraordinaria intensidad, que parecía surgir simultáneamente de los cuatro puntos cardinales.

—Ya nos han echado de menos —gritó el guía con acento de terror.

Y de pronto, con un brillo cegador, la noche se hizo día.

Por encima de la nieve, desde lo alto de las ruedas de los molinos, surgieron grandes mástiles que conducían globos de luz. En un minuto se esparcieron en todas direcciones. Y toda la extensión que nudo abarcar su vista quedó iluminada.

—Suba encima de esto —exclamó el guía, empujándole hacia una barra de metal que no tenía nieve y que se prolongaba entre dos grandes extensiones blancas.

Estaba muy caliente, y Graham apoyó contra ella sus pies helados, notando que despedía un ligero vapor.

—¡Vamos! —gritó su guía, a diez metros de distancia.

Y sin esperar respuesta echó a correr a través del resplandor incandescente hacia los soportes de hierro de la siguiente fila de ruedas de molino. Graham, recobrándose de su asombro, le siguió, corriendo también, convencido de la inminencia de su captura.

Segundos después se encontraba dentro de una tracería de sombras negras atravesadas por barras que giraban debajo de las monstruosas ruedas. El guía siguió corriendo durante algún tiempo, y de pronto cambió de dirección y se perdió en una negra sombra que se extendía al pie de un inmenso soporte. Un instante después, Graham estaba a su lado.

Se agacharon jadeando y miraron a su alrededor.

La escena que se ofreció a los ojos de Graham era muy extraña. La nieve había dejado de caer y sólo alguno que otro copo flotaba de vez en cuando delante de ellos. Pero la extensión que tenían delante estaba completamente blanca, y únicamente se veía

interrumpida por masas gigantescas, formas en movimiento y franjas de impenetrable negrura, como desgarrados titanes de las sombras. A su alrededor, enormes estructuras metálicas, vigas de hierro que a Graham le parecieron de colosal tamaño, formaban una maraña, y los bordes de las ruedas de molino, que apenas se movían en aquel momento de calma, pasaban trazando grandes curvas brillantes y haces luminosos. Allí donde la luz se fijaba, corrían vigas y cables y bandas incesantes con indomable resolución, y pasaban hacia arriba y hacia abajo en la oscuridad. Pero, a pesar de aquella enorme actividad, a pesar de una sensación siempre presente de motivos y de fines, aquella nevada desolación de mecanismos parecía desierta de toda humana presencia, excepto la de ellos dos. Parecía tan vacía y abandonada de los hombres como cualquier inaccesible meseta alpina.

—¡Deben de venir detrás de nosotros! —exclamó el guía—. Estamos aún a medio camino. A pesar del frío, tendremos que escondernos aquí durante un rato..., por lo menos hasta que nieve con más intensidad otra vez.

Graham oyó que los dientes de su compañero castañeteaban.

—¿Dónde están los mercados? —preguntó—. ¿Dónde está la gente?

Su compañero no contestó.

—¡Mire! —susurró Graham, que se inclinó más aún y permaneció inmóvil.

La nevada se había hecho más intensa de nuevo, y por la bóveda negra del espacio apareció una forma vaga de gran tamaño. Dibujó rápidamente una curva cerrada con dos alas extendidas, y dejando detrás un reguero de vapor, se elevó con rapidez, ascendió por entre los copos de nieve. A través del cuerpo de aquel aparato, Graham vio dos hombrecillos que escudriñaban las zonas nevadas valiéndose de un objeto que le parecieron unos gemelos de campo. Durante unos segundos los vio con toda claridad, después borrosos a través de la nieve incesante, más tarde empequeñecidos por la distancia y por último desaparecieron.

—¡Ahora! —exclamó su compañero—. ¡Vamos!

Tiró a Graham de la manga e inmediatamente los dos echaron a correr por la arcada de hierro que se hallaba debajo de las ruedas del molino. Graham, que corría sin ver nada, tropezó con su guía

que se había vuelto de pronto, y mirando a su alrededor vio que a una docena de metros se abría un negro abismo, extendiéndose a derecha e izquierda. Aquello iba a entorpecer su avance definitivamente.

—Haga lo mismo que yo —aconsejó el guía.

Se tiró al suelo y se acercó al borde, volvió la cabeza e hizo girar el cuerpo hasta que una pierna quedó colgando.

Le pareció tocar algo con el pie, lo encontró y se dejó deslizar por el borde hasta desaparecer. Pero en seguida su cabeza surgió de nuevo.

—Puede bajar —susurró—. Todo está oscuro. Haga lo mismo que yo.

Graham titubeó, se inclinó por fin, se acercó al borde y contempló la negrura más absoluta. Durante un momento angustioso no tuvo valor ni para avanzar ni para volver atrás. Por fin se sentó y dejó caer la pierna, sintió las manos de su guía que tiraban de él, tuvo la horrible sensación de deslizarse hasta lo desconocido, pataleó y se encontró en un túnel sumido en una impenetrable oscuridad.

—Por aquí —murmuró la voz.

Obedeciéndola, Graham comenzó a avanzar por el túnel, lo más cerca posible del muro. Siguieron andando unos minutos y a Graham le pareció que atravesaba todos los grados de la desesperación, que iba pasando por cien etapas de frío, humedad y agotamiento. Poco después dejó de sentir sus manos y sus pies.

La cuneta estaba inclinada, y Graham observó que se hallaban a muchos pies por debajo del borde de los edificios. Por encima de ellos se elevaban filas de espectrales siluetas blancas, como fantasmas. Llegaron al extremo de un cable sujeto a una ventana, que se distinguía confusamente y que caía en medio de las sombras impenetrables. De pronto su mano tropezó con la del guía.

—¡Quieto! —susurró éste con voz apenas perceptible.

Graham levantó la vista sobresaltado y vio las enormes alas de la máquina volante que avanzaba lenta y silenciosamente por encima de ellos, atravesando la ancha banda del firmamento gris azulado cubierto de copos de nieve. Un momento después se había ocultado otra vez.

—No se mueva. Están dando la vuelta.

Durante unos minutos permanecieron inmóviles, y después el compañero de Graham se puso en pie y, acercándose a los nudos del cable, comenzó a maniobrar con varios instrumentos que se veían borrosamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Graham.

Por toda respuesta oyó un débil grito. Su compañero seguía sin moverse y Graham distinguió su rostro con dificultad. Estaba mirando la delgada franja de cielo, y siguiendo la dirección de su vista, Graham vio a lo lejos la máquina volante y pudo observar que las alas se abrían por ambos lados, que se dirigía hacia ellos, que a cada momento se hacía mayor. Estaba siguiendo el borde del abismo, en dirección hacia el lugar donde ellos se encontraban.

Los movimientos de su guía se hicieron convulsos. Puso dos barras de hierro en las manos de Graham. Éste no podía verlas, y comprendió por el tacto lo que eran. Estaban sujetas al cable por unas cuerdas muy finas, y en ellas había dos anillas de una sustancia suave y elástica.

—Ponga el travesado entre sus piernas —indicó el guía con nerviosismo—. Y agárrese a las anillas. ¡Agárrese fuerte!

Graham hizo lo que le ordenaban.

—¡Salte...! ¡Por el amor de Dios, salte...!

Durante unos segundos a Graham le fue imposible articular palabra, y al recordarlo más tarde, se alegró de que la oscuridad le ocultara el semblante. No dijo nada, y se puso a temblar violentamente mientras contemplaba la sombra veloz que iba tragándose el firmamento al echarse encima de él.

—¡Salte! ¡Salte, por el amor de Dios! ¡De lo contrario estamos perdidos! —gritó el guía, que impulsivamente, y por la violencia de su terror, le empujó.

Graham se tambaleó, profirió un grito lastimero, un grito contra su voluntad, y mientras la máquina volante pasaba por encima de ellos, cayó hacia el abismo de las tinieblas, sentado sobre la barra y agarrándose a las cuerdas desesperadamente. Oyó un chasquido y algo golpeó contra un muro. Oyó el crujido de la polea. Oyó los gritos de los aeronautas. Sintió unas rodillas que se incrustaban en su espalda. Caía velozmente a través del espacio..., caía sin cesar. Toda su fuerza estaba en sus manos. Hubiera querido gritar, pero no le quedaban fuerzas.

De pronto se encontró rodeado de luz y se agarró con más fuerza a las cuerdas. Reconoció el gran local de las plataformas móviles, las luces suspendidas y las vigas enmarañadas que surgían hacia arriba, causándole la momentánea impresión de que aquella gigantesca abertura circular bostezaba para tragárselo en sus inmensas fauces.

Segundos después se hallaba de nuevo en la oscuridad, cayendo sin cesar, agarrándose con manos doloridas a las cuerdas. Y de pronto oyó un rumor sordo, un nuevo resplandor le envolvió y se encontró en la plaza brillantemente iluminada, con una gran muchedumbre a sus pies. ¡El pueblo! ¡Su pueblo! Un proscenio, un escenario, apareció ante su vista y su cable bajó hasta una abertura que quedaba a la derecha. Notó que bajaba despacio, después mucho más despacio, y al fin percibió gritos que repetían:

—¡Salvado! ¡Nuestro señor está a salvo!

El proscenio siguió avanzando hacia él con velocidad que iba disminuyendo rápidamente. Entonces... Oyó gritar al hombre que bajaba detrás de él, como si de pronto le invadiera el terror, y aquel grito fue seguido por el eco de un grito unánime que surgía de mil gargantas. Advirtió que ya no se deslizaba por el cable, sino que caía con él, y oyó un estrépito ensordecedor. Algo suave tropezó con su mano extendida y después rebotó en su brazo...

Cerró los ojos, y de pronto sintió que la gente le levantaba en vilo. Más tarde pensó que debió de ser conducido al escenario donde le dieron de beber, pero no podía asegurarlo. Nunca supo lo que fue de su guía. Cuando logró poner en orden sus ideas estaba en pie y mil manos ansiosas lo ayudaban a no caer. Se hallaba en una gran estancia, en el lugar que antes le había parecido que ocupaban los palcos inferiores si es que se trataba, en realidad, de un teatro.

Hasta sus oídos llegó el eco de un gran tumulto, un rumor unánime, los gritos de una incontable multitud.

—¡Es el Durmiente! ¡El Durmiente está con nosotros!

—¡El Durmiente está con nosotros...! ¡El Amo...! ¡El Señor...! ¡Nuestro Dueño está con nosotros...! ¡Se ha salvado!

Graham contempló aquel lugar abarrotado de gente. No distinguió a nadie por separado y vio sólo una espuma de caras rosadas, de brazos y prendas que le saludaban. Sintió la oculta influencia de las masas que le envolvía, que le sostenía. Había

balcones, galerías, grandes arcos que ofrecían a su vista perspectivas remotas y por todas partes gente, una infinita cantidad de gente apiñada que le aclamaba jubilosamente. Cerca de él se hallaba el cable roto, retorcido como una inmensa serpiente. Había sido cortado por la parte superior por los hombres de la máquina volante y había caído sobre la muchedumbre. Le pareció que se lo llevaban, pero no logró comprender nada con claridad, porque hasta los edificios latían al unísono con la muchedumbre.

Sintió que sus piernas temblaban y miró a las personas que tenía al lado.

Alguien le sostuvo por el brazo.

—Llévenme a un sitio pequeño —dijo sollozando—. A un sitio pequeño.

No pudo seguir hablando. Un hombre vestido de blanco le cogió por el otro brazo. Dos individuos abrieron solícitamente una puerta que se hallaba a poca distancia. Alguien le acercó una silla y él se sentó pesadamente, cubriéndose la cara con las manos. Estaba temblando intensamente y había perdido el control de sus nervios. Le habían quitado la capa y vio que su túnica estaba empapada. La gente le rodeaba por todas partes. Estaban ocurriendo muchas cosas, pero durante algún tiempo Graham no pudo pensar en nada.

Había huido. Millares de voces se lo decían así. Estaba a salvo. Toda aquella multitud estaba de su parte. Durante unos minutos sollozó, con la cara entre las manos. En el aire resonaban los gritos de la población en masa.

Capítulo IX

EL PUEBLO EN MARCHA

Alguien le ofreció un vaso que contenía un líquido transparente, y, levantando la mirada, Graham vio delante de él un hombre joven, vestido de amarillo. Apuró el contenido del vaso y un momento después se sintió reanimado. Un individuo alto, vestido de negro, se hallaba de pie a su lado y señalaba la puerta medio abierta que daba al inmenso vestíbulo. Le decía algo a gritos, pero Graham no podía comprenderlo a causa del terrible vocerío que surgía del otro lado de la puerta. Detrás de aquel hombre había una joven vestida con una túnica gris plateada, que a Graham, a pesar de hallarse sumido en una terrible confusión, le pareció maravillosa. Sus ojos, oscuros, llenos de asombro y curiosidad, estaban fijos en él, y sus labios, entreabiertos, temblaban. A través de la abertura de la puerta pudo ver el vestíbulo lleno de gente y oír el sonido ensordecedor que subía en oleadas, se extinguía y volvía a crecer. Miró los labios del individuo vestido de negro y supuso que estaba intentando explicarle algo.

Durante unos momentos permaneció mirando estúpidamente a su alrededor, y de pronto se puso en pie y agarró a aquel hombre por el brazo.

—¡Dígame! —gritó—. ¿Quién soy? ¿Quién soy?

Los otros se acercaron más para oír sus palabras. Los ojos de Graham se fijaron en aquellas personas una por una.

—¡No le han dicho nada! —exclamó el joven.

—¡Contesten! —gritó Graham.

—Usted es el Dueño de la Tierra. Usted es el Señor de medio mundo.

Graham pensó que sus oídos le engañaban y se negó a dejarse convencer.

Fingió no haber oído lo que le decían y levantó de nuevo la voz:

—Llevo tres días despierto, y me han tenido prisionero. ¿Es que

ocurre algo grave? ¿Estamos en Londres?

—Sí —contestó el hombre que le había ofrecido el vaso.

—Y ¿qué tengo yo que ver con la reunión de aquellos hombres en la sala del Atlas? ¿Quiénes son? En cierto modo sé que se ocupan de mí, aunque no comprendo la razón. Me parece que durante el tiempo que he estado dormido, el mundo se ha vuelto loco. O me he vuelto loco yo. ¿Quiénes son los consejeros que se reúnen en la sala del Atlas? ¿Por qué intentaron darme una droga?

—Para mantenerle insensible —respondió el hombre vestido de amarillo—. Para evitar que pueda entrometerse en los asuntos del país.

—Pero ¿por qué?

—Porque usted es Atlas, señor —dijo el hombre vestido de amarillo—. El mundo está sobre sus hombros. Ellos le gobiernan en nombre suyo.

Los sonidos que llegaban del vestíbulo se habían desvanecido y todo estaba sumido en un silencio sólo truncado por aquella voz monótona. Pero, de pronto, interrumpiendo aquellas últimas palabras, llegó hasta ellos un tumulto ensordecedor, como un enorme trueno acompañado de gritos, voces enronquecidas, golpes y risas, que mientras duraron impidieron que los que se hallaban en la pequeña habitación percibieran las palabras pronunciadas por la persona que tenían al lado.

Graham permaneció en pie mientras su imaginación se repetía incesantemente una y otra vez cuanto acababa de oír.

—¡El Consejo! —murmuró débilmente.

Después repitió un nombre que se le había quedado grabado:

—Pero ¿quién es Ostrog?

—Es el organizador de la revuelta. Es nuestro Jefe..., el que nos dirige en nombre de usted.

—¿En mi nombre? ¿Y ustedes, quiénes son? ¿Por qué no está aquí él?

—Ha delegado su representación en nosotros. Yo soy su hermano, su hermanastro, Lincoln. Desea que se deje usted ver por la gente y vaya después donde está él. Por eso nos ha enviado a nosotros. Él está en las oficinas, dirigiéndolo todo. El pueblo va a desfilar.

—¡En su nombre! —gritó el joven vestido de amarillo—. En su

nombre han gobernado, dominado y tiranizado. Y hasta...

—¡En mi nombre! ¡En mi nombre! ¿Soy el dueño del mundo?

Las palabras del joven se oyeron perfectamente de pronto, en medio de una pausa en el griterío exterior. Hablaba indignado, con una voz penetrante que surgía por debajo de una nariz aquilina y un poblado bigote.

—Nadie esperaba que despertara. ¡Nadie! Eran muy astutos. ¡Malditos tiranos! Pero su despertar les cogió de sorpresa y no supieron si darle una droga, hipnotizarle o matarle.

De nuevo el ruido del vestíbulo volvió a dominarlo todo.

—Ostrog está preparado. Ya se oye el rumor de la lucha que empieza.

El hombre que había dicho llamarse Lincoln se acercó más a Graham.

—Ostrog lo tiene todo planeado. Confíe en él. Tenemos nuestras organizaciones dispuestas. Cogemos las máquinas volantes... Es posible que lo esté haciendo en este momento. Después...

—Todo ese gentío —gritó el hombre vestido de amarillo— no es más que una parte de nuestros contingentes. Tenemos cinco millones de hombres aleccionados...

—Tenemos armas —gritó Lincoln—. Tenemos planes y tenemos un jefe. Su policía ha huido de las calles y está reunida en el... —Esto no se oyó bien—. Ha de ser ahora o nunca. El Consejo se tambalea y ya no puede confiar ni en sus propios hombres.

—¡Escuche los gritos del pueblo!

El cerebro de Graham era como una noche de luna y nubes, tan pronto oscura y sin esperanza como invadida de claridad. Tan pronto era el Dueño de la Tierra como un hombre calado hasta los huesos con nieve derretida.

De todas sus fluctuantes impresiones, las principales resultaban antagónicas. Por un lado estaba el Consejo Blanco, poderoso, disciplinado y reducido, el Consejo Blanco de cuyas garras acababa de escapar, y por el otro, muchedumbres monstruosas, masas de personas que repetían su nombre proclamándole su Señor. Los primeros le habían encarcelado y habían decretado su muerte. Esta multitud vociferante le había rescatado. No comprendía la razón de ninguna de estas cosas.

La puerta se abrió, se ahogó la voz de Lincoln y aparecieron

algunas personas que se dirigieron gesticulando hacia donde estaban Lincoln y él. Las voces que se oían en el exterior explicaban lo que querían decir los movimientos de sus labios:

—¡Queremos ver al Durmiente! ¡Queremos ver al Durmiente!

Esta frase se repetía constantemente, y de vez en cuando se oían gritos de:

—¡Orden! ¡Silencio!

Graham dirigió una mirada a la puerta abierta y tuvo una visión rectangular del vestíbulo que había al otro lado, una incesante confusión de rostros congestionados, de hombres y mujeres mezclados, de prendas ondeantes de color azul pálido y de manos extendidas. Muchos estaban de pie, y un hombre desgarbado, vestido con parduscos harapos, agitaba una tela negra. Graham volvió a contemplar la expectación reflejada en los ojos de la joven que se hallaba a su lado. ¿Qué esperaba aquella gente de él? Advirtió que el tumulto exterior había cambiado en cierto modo y que parecía marcar un compás. También sus ideas habían cambiado, y durante un momento no logró reconocer la influencia que le estaba transformando. Pero la sensación que experimentó, casi de pánico, pasó en seguida, y preguntó gritando qué esperaban de él.

Lincoln le gritó al oído, pero Graham no oyó sus palabras. Todos los demás, menos la joven, le indicaban con gestos el vestíbulo. Entonces se dio cuenta del cambio que había sufrido el griterío. Toda aquella masa de gente estaba cantando al unísono. No era un canto sencillo, sino que las voces estaban reunidas por un torrente de música instrumental, de música parecida a la música de un órgano, una trama de sonidos, de trompetas, de banderas y del entusiasmo que señalan los comienzos de las guerras. Y los pies de todos marcaban el compás.

Graham sintió que le empujaban hacia la puerta y obedeció mecánicamente. La fuerza de aquel canto le envolvió, hizo nacer algo en su interior y le inspiró valor. El vestíbulo se abrió al llegar y distinguió un oleaje de color que se movía al compás de la música.

—¡Salúdeles con el brazo! —dijo Lincoln—. ¡Salúdeles con el brazo!

—¡Esto! —gritó una voz al otro lado—. Tiene que ponerse esto.

Sintió que le detenían en la puerta y le colocaban sobre los

hombros un manto hecho con una materia muy ligera. Graham levantó un brazo y siguió a Lincoln. Notó que la joven estaba a su lado, con el rostro iluminado. En aquel instante la muchacha se convirtió para él en la canción hecha carne. Apareció de nuevo en la plataforma e inmediatamente las oleadas de la canción cesaron y se convirtieron en una mezcla de toda clase de gritos. Conducido de la mano por Lincoln, atravesó la plataforma y se enfrentó con el pueblo.

El vestíbulo era un espacio enorme e intrincado, lleno de galerías, palcos, anfiteatros y grandes arcos. Allá lejos, en las alturas, distinguió lo que le pareció la boca de un enorme túnel, llena de una humanidad en continuo movimiento. Toda la multitud se movía como una masa. De vez en cuando una figura aislada surgía del tumulto, le impresionaba momentáneamente y se perdía de nuevo en el anonimato. Cerca de la plataforma había una mujer rubia muy hermosa, conducida por tres hombres. El cabello le enmarcaba la cara, y agitaba con la mano una tela de color verde. Junto a este grupo había un hombre muy viejo vestido de azul, que se mantenía de pie con dificultad, y detrás de él gritaba una cabeza sin pelo, una gran cavidad de boca desdentada. Una voz repitió la enigmática palabra «Ostrog». Todas las impresiones de Graham eran vagas, excepto la emoción producida por aquella canción. La multitud marcaba el compás con los pies: Trap, trap, trap, trap... Las banderas se agitaban y brillaban. Después Graham vio que los que estaban más cerca de él se dirigían a una gran arcada sin dejar de gritar: «¡Al Consejo!»... Trap, trap, trap... Levantó el brazo, y el tumulto se multiplicó en intensidad. Recordó que tenía que gritar: «¡Marchen!», y pronunció unas palabras que no se oyeron. Saludó con el brazo otra vez y señaló el arco gritando:

—¡Adelante...!

Los manifestantes no marcaban ya el compás, sino que desfilaban, trap, trap, trap, trap... En aquella multitud había hombres con barba, viejos, jóvenes, mujeres con los brazos desnudos y túnicas ondulantes, muchachas, niños... ¡Hombres y mujeres de la nueva era! Ricas vestiduras y pobres harapos se removían juntos entre el dominante color azul. Una monstruosa bandera negra ondulaba a la derecha. Graham vio un negro vestido de azul, una vieja llena de arrugas con un traje amarillo, y después

muchos hombres altos, rubios y pálidos pasaron junto a él. Distinguió también los rostros de dos chinos. Un joven de gran estatura, cabello negro y ojos brillantes, vestido de blanco desde la cabeza hasta los pies, se dirigió gritando hacia la plataforma, saltó de nuevo y retrocedió mirando para atrás. Cabezas, hombros, manos que empuñaban toda clase de armas. Y todo esto marcando sin cesar el compás de aquella marcha triunfal.

Mientras permanecía de pie en la plataforma, de entre toda aquella confusión surgieron millares de rostros con claridad, millares de ojos se cruzaron con los suyos, pasaron y se desvanecieron. Millares de hombres le saludaban con ademanes expresivos y le gritaban cosas que él no entendía. La mayoría de las caras estaban congestionadas, pero muchas parecían lívidas. Había también enfermos, y muchas manos de las que le saludaban se veían descarnadas y esqueléticas. ¡Hombres y mujeres de la nueva era! Aquella aglomeración era verdaderamente extraña e increíble. Mientras la corriente humana pasaba por su lado hacia la derecha, de la parte superior de la inmensa nave descendían incesantes refuerzos. Trap, trap, trap, trap... La canción cantada al unísono se veía enriquecida y complicada por los ecos que llegaban de arcadas y galerías que la multiplicaban en todas direcciones. Hombres y mujeres se mezclaban en todas direcciones. Hombres y mujeres se mezclaban en indescriptible confusión. Trap, trap, trap, trap... El mundo entero parecía seguir el compás de la marcha. Trap, trap, trap, trap... También el cerebro de Graham marcaba el compás. Las prendas de ropa siguieron agitándose y los rostros desconocidos continuaron desfilando por delante de él.

Trap, trap, trap, trap... Por indicación de Lincoln, se dirigió a la arcada de mayores proporciones, y mientras andaba, marcó inconscientemente el compás de la música, sin darse cuenta, como hechizado por la melodía. La multitud, sus andanzas y sus canciones, todo se movía en aquella dirección. La corriente se dirigía hacia abajo hasta que las caras vueltas hacia él se hallaron más abajo del nivel de sus pies. Entonces Graham vio un camino ante él, una estancia a su alrededor, guardias y dignidades, y a Lincoln a su derecha. De vez en cuando se le acercaban servidores que le impedían ver claramente la multitud que quedaba a su izquierda. Ante él avanzaban los guardias vestidos de negro, de tres

en tres. Fue conducido por un camino con raíles y cruzó por encima del arco mientras el torrente humano avanzaba debajo de él y elevaba sus voces hacia arriba. No sabía a dónde iba ni deseaba saberlo. Miró hacia atrás a través del espacio llameante del inmenso vestíbulo. Trap, trap, trap, trap...

Capítulo X

EL COMBATE EN LAS TINIEBLAS

Graham ya no estaba en el vestíbulo. Hallábase avanzando por una galería situada encima de una de las grandes calles de plataformas movibles que atravesaban la ciudad. Delante y detrás de él iba su escolta. Toda la concavidad que quedaba a sus pies era una congestionada masa de gente que avanzaba hacia la izquierda gritando, agitando los brazos y las manos, gritando al surgir ante él, gritando al pasar, gritando al perderse de vista hasta que los globos de luz eléctrica que había en la lejanía parecían caer y ocultar aquella confusión de cabezas. Trap, trap, trap...

La canción llegaba hasta Graham sin acompañamiento de música, desagradable y estridente, y el ritmo acompasado de todos aquellos millares de pies se mezclaba con la atronadora irregularidad de las pisadas que llegaban hasta él desde las plataformas más elevadas.

De pronto, notó que algo había ocurrido. Los edificios del lado opuesto parecían desiertos. Los cables y los puentes que cruzaban la nave de un lado a otro estaban desiertos y sumidos en la sombra. Graham pensó que aquello era muy extraño.

Experimentó entonces una curiosa sensación como de un latido muy fuerte y se detuvo de nuevo. Los guardias que iban delante de él siguieron avanzando, pero los que le rodeaban se detuvieron también. Vio entonces que sus rostros estaban vueltos en una dirección. Aquel espantoso latir no estaba en algún modo relacionado con la iluminación. También él levantó la vista.

Al principio le pareció que aquello afectaba únicamente a las luces, como un fenómeno aislado que no tuviera nada que ver con los sucesos que se desarrollaban a ras del suelo. Cada uno de los inmensos globos de cegadora blancura parecía haber sido cogido por unas manos invisibles, impulsado a un sístole seguido de un diástole transitorio, y de nuevo un sístole como un puño; oscuridad,

luz, oscuridad, luz, en rápidas alternativas.

Graham comprendió que aquel extraño movimiento de las luces estaban relacionado en cierto modo con la muchedumbre que se apiñaba a sus pies. La apariencia de las cosas y calles, la apariencia de las masas, cambiaron y se convirtieron en una confusión de luces brillantes y de sombras que se agitaban. Vio que una infinidad de sombras habían surgido agresivas por todos lados y que parecían hacerse cada vez más grandes, ensancharse y crecer con seguridad y rapidez... para dar de pronto un salto atrás y retornar con más fuerza. La canción y el ruido acompasado de pies habían cesado. Vio que la marcha unánime se había detenido, que por todas partes la gente se arremolinaba, corriendo desconcertada de un lado a otro, y hasta él llegaron voces que gritaban:

—¡Las luces!

Millares de voces gritaron al mismo tiempo:

—¡Las luces! ¡Las luces!

Graham miró hacia abajo. En medio de aquella muerte danzante de las luces, toda la calle se había convertido de pronto en un monstruoso campo de batalla. Los enormes globos blancos se hicieron rosados, después púrpura, parpadearon cada vez más de prisa, entre la luz y la extinción, y cesaron por fin en sus parpadeos convirtiéndose en simples puntos rojos que se desvanecían para sumirse en vastas tinieblas. Diez segundos después se habían extinguido por completo y Graham no tuvo delante de él más que las densas tinieblas, una especie de negro monstruo que sin previo aviso se había tragado a todos aquellos millares de hombres.

Sintió que a su derecha y a su izquierda se movían unas figuras invisibles y que le agarraban por los brazos. Alguien le golpeó con fuerza la barbilla y una voz le dijo al oído:

—No se preocupe. Todo va bien.

Graham se sacudió la parálisis de estupefacción que le había dominado, su cabeza chocó con la de Lincoln y preguntó a gritos:

—¿Qué significa esta oscuridad?

—El Consejo ha cortado las corrientes que alumbran la ciudad. Tenemos que esperar, que detenernos. El pueblo seguirá adelante. Ellos...

Graham no logró entender nada más porque el resto de la frase se perdió entre otras muchas voces que gritaban:

—¡Hay que salvar al Durmiente! ¡Hay que salvar al Durmiente!

Un guardia tropezó con Graham y le hirió en la mano al golpearle involuntariamente con su arma. Un tumulto atronador lo rodeaba por todas partes y le pareció que a cada momento se hacía más fuerte, más denso y más furioso. Hasta él llegaron ruidos que le parecía reconocer, pero se alejaban antes de que su mente tuviera tiempo de analizarlos. Algunas voces daban órdenes contradictorias y otras contestaban. De pronto, oyó muy cerca de él una sucesión de gritos penetrantes.

Una voz vociferó a su oído:

—¡La Policía roja!

Antes de que Graham tuviera tiempo de pedirle una explicación, se alejó convirtiéndose en una sombra más.

Entonces oyó claramente por encima de los demás ruidos un fuerte chasquido seguido de un leve resplandor al borde de las plataformas más lejanas. Gracias a aquello, Graham logró distinguir las cabezas y los cuerpos de un gran número de hombres con armas parecidas a las que llevaban sus guardias. Toda la inmensa nave crujió y se iluminó con repentinos rayos de luz y la oscuridad se levantó como una cortina.

Un vivo reflejo le deslumbró y una vasta e hirviente extensión de hombres que luchaban, se ofreció ante su vista. Hasta él llegó un grito por encima de las plataformas. Levantó la vista para descubrir el origen de la luz y vio que un hombre estaba colgado de la parte superior de un cable y sostenía, valiéndose de una cuerda, la resplandeciente estrella que había puesto fin a la oscuridad. Aquel hombre llevaba un uniforme rojo.

Los ojos de Graham se posaron de nuevo en la calle y una franja de color rojo le llamó la atención. Advirtió entonces que se trataba de una densa masa de hombres vestidos de rojo en la plataforma más elevada y lejana, que daban la espalda a los edificios y se veían rodeados por un cerco de enemigos. Estaban luchando. Las armas brillaban, se elevaban y caían. Centenares de cabezas se desvanecían y otras aparecían en su lugar y los leves reflejos despedidos por las armas de color verde parecían pequeñas sombras grises mientras duró la luz.

De pronto, el resplandor se extinguió y las plataformas se sumieron una vez más en una oscuridad completa, en un

tumultuoso misterio.

Graham sintió que alguien tropezaba con él y que le empujaban por la galería. Un hombre gritaba a su lado, pero él estaba demasiado aturdido para distinguir sus palabras. Le arrojaron contra una pared y sintió que una masa de gente pasaba por su lado. Dedujo que los guardias debían estar luchando entre sí.

De repente el sostenedor de la estrella apareció de nuevo colgado del cable y toda la escena se sumió en la blancura y la luz. La franja de chaquetas rojas le pareció a Graham más ancha y más cercana y vio que el punto donde se hacía más intensa se hallaba cerca de la nave central. Levantando los ojos, Graham notó que un gran número de estos hombres habían aparecido también en las galerías interiores sumidas en la sombra del edificio que se hallaba frente a él y disparaban por encima de las cabezas de sus compañeros que estaban debajo, sobre la hirviente confusión de gente apiñada en la calle. De pronto, comprendió el significado de todos aquellos acontecimientos. El pueblo había caído en una emboscada al intentar salir, y sumido en la confusión por la extinción de las luces, era atacada por sorpresa por la policía roja. Entonces advirtió que estaba solo y que sus guardias y Lincoln se hallaban en la galería y avanzaban por la dirección que él había seguido antes de que se apagaran las luces. Vio que le hacían señas frenéticas y que corrían hacia donde él se hallaba. De las plataformas llegaban gritos estridentes y le pareció que toda la fachada del edificio que se elevaba delante de él estaba moteada de uniformes rojos que le señalaban. Mientras tanto, de una multitud de gargantas salía un solo grito:

—¡El Durmiente! ¡Hay que salvar al Durmiente!

Un objeto pequeño golpeó la pared por encima de su cabeza. Levantó la vista y distinguió un trozo de metal plateado con forma de estrella. Vio a Lincoln a su lado y sintió que le agarraba por el brazo. Después oyó un nuevo disparo. Por dos veces sus enemigos habían fallado el blanco.

No comprendió cómo podían disparar. La calle estaba oculta, todo estaba oculto. La luz se había extinguido una vez más.

Lincoln le había cogido por el brazo y le conducía por la galería.

—¡Antes de que enciendan otra luz! —gritó.

Su prisa era contagiosa y el instinto de conservación de Graham

triunfó sobre la torpeza en que le había sumido su incrédulo asombro. Durante unos instantes fue únicamente una criatura dominada por el miedo a la muerte. Corrió todo lo que sus fuerzas le permitieron, tropezando a causa de la oscuridad contra sus guardias cuando éstos dieron la vuelta para correr con él. Su único deseo era apresurarse y escapar de la peligrosa galería en la que se hallaba expuesto al ataque de sus enemigos. Una tercera estrella luminosa apareció inmediatamente y con ella surgió un poderoso grito unánime desde abajo a que respondió un tumulto desde las plataformas. Graham vio que las chaquetas rojas habían llegado ya casi hasta el pasaje central. Las caras de aquellos individuos estaban vueltas hacia él y no cesaban de gritar. La blanca fachada de enfrente se había convertido ya en una mancha roja. Todos estos sucesos tenían lugar por causa suya; él era el eje central que los hacía girar.

Aquellos hombres eran los guardias del Consejo que intentaban capturarle de nuevo.

Tuvo suerte de que aquellos disparos fueran los primeros hechos en ciento cincuenta años. Oyó cómo silbaban las balas por encima de su cabeza, sintió un agudo dolor en el oído al alcanzarle un impacto de metal derretido y advirtió, sin mirar, que toda la fachada opuesta estaba llena de individuos de la policía roja que sin ningún disimulo disparaban sobre él sin cesar de lanzar gritos furiosos.

Uno de los guardias que avanzaban delante de él, cayó al suelo al alcanzarle un proyectil, y Graham, incapaz de detenerse, saltó por encima del cuerpo que se retorció.

Un segundo después se encontraba ileso, en un pasillo sumido en la oscuridad más profunda, y una persona que venía en dirección opuesta tropezó violentamente con él. Bajó a toda velocidad por una escalera, sin lograr distinguir absolutamente nada. Se tambaleó al ser golpeado de nuevo y fue a dar con las manos extendidas contra una pared. Un grupo de individuos que luchaban entre sí, cayó sobre él, pero en seguida se alejó hacia la derecha. No consiguió librarse, sin embargo, porque de nuevo un inmenso ahogo dificultó su respiración y le pareció que sus costillas se rompían. Pero segundos después la avalancha humana le condujo nuevamente hacia el gran teatro del que había conseguido salir, y

hubo momentos en que sus pies ni siquiera tocaban el suelo. No logró recuperar el equilibrio y oyó gritos que se repetían sin cesar, siempre con las mismas palabras:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!...

Oyó un gemido a su lado y su pie tropezó con algo blando. Oyó que la multitud repetía:

—¡El Durmiente!

Graham estaba demasiado confuso para poder hablar. Escuchó los chasquidos de las armas y durante irnos instantes perdió su individualidad y se convirtió en un ser presa de un gran pánico ciego, impersonal, mecánico. También él golpeó, y empujó, y se retorció. Tropezó con un escalón y ascendió con la multitud. Y, de pronto, todas las caras que le rodeaban surgieron visibles, espectrales y atónitas, de la oscuridad, llenas de miedo y sudor, iluminadas por un lívido resplandor. Una cara, la de un hombre joven, estaba muy cerca de la suya, inmóvil, a menos de medio metro de distancia. Aquello le pareció un incidente más, sin valor emocional, pero más tarde lo recordó en sus sueños, porque aquel joven que avanzaba comprimido por la muchedumbre estaba muerto.

El hombre colgado del cable debió de encender una cuarta estrella blanca, porque su luz llegó a través de grandes ventanales y arcos, y Graham comprobó que formaba parte de una densa masa de figuras negras situada al fondo de la zona más baja del gran teatro. Aquella vez la visión se le presentó lívida y fragmentaria, atravesada por sombras oscuras. Vio que muy cerca de él, los guardias rojos se abrían paso por entre la multitud, pero no supo si le habían visto. Buscó con la mirada a Lincoln y a sus guardias y distinguió al primero junto al escenario del teatro, rodeado por un grupo de revolucionarios vestidos de negro que le levantaban en vilo mientras el jefe paseaba la vista de un lado a otro, como si le estuviera buscando. Graham vio que se hallaba cerca del extremo opuesto de la masa humana y que detrás de él, separados por una barrera, se hallaban los asientos del teatro, vacíos ahora. Se le ocurrió una idea repentina y comenzó a abrirse camino hacia ellos. Pero entonces la luz volvió a extinguirse.

Graham se despojó de la túnica que no sólo le impedía una completa libertad de movimientos, sino que le hacía demasiado

visible, y la dejó caer al suelo. Oyó que alguien tropezaba con sus pliegues, pero, sin detenerse, saltó el obstáculo que le separaba de los asientos y cayó en las sombras que había al otro lado. Después, tanteando en la oscuridad, llegó al extremo inferior de un portalón ascendente. En las tinieblas cesó de pronto el eco de los disparos y se apagó el rumor de pisadas y voces.

De repente, Graham tropezó con un escalón inesperado y cayó al suelo. En aquel momento unos puntos que él distinguía confusamente en las tinieblas que le rodeaban se iluminaron de nuevo, el rumor se hizo más fuerte y el resplandor de una quinta estrella brilló a través de las ventanas del teatro.

Graham rodó por entre los asientos, oyó gritos y chocar de armas, intentó ponerse en pie y fue golpeado de nuevo y cayó una vez más. Vio que numerosos hombres vestidos de negro le rodeaban disparando sin cesar contra los de rojo que se distinguían al fondo y que saltaban de asiento en asiento y se escondían detrás de los respaldos para volver a cargar sus armas de fuego. Instintivamente, Graham se escondió entre la fila de asientos, mientras algunos disparos perdidos atravesaban los cojines de caucho y alcanzaban la armazón de metal. Sin razón alguna aparente, pensó que el portalón era el mejor medio de escape para él tan pronto como se hiciera de nuevo la oscuridad.

Un joven vestido de azul llegó hasta él saltando por encima de los asientos.

—¡Hola! —exclamó dejando caer los pies a unos veinte centímetros de la cara inclinada del Durmiente.

Lo miró sin reconocerle, disparó contra los de rojo y gritando: «¡Al demonio el Consejo!», se dispuso a disparar de nuevo. Pero entonces le pareció a Graham que aquel hombre se desvanecía y sintió que una gota de algo líquido caía en su mejilla. El arma de color verde se detuvo sin ser levantada del todo. Durante unos momentos el individuo permaneció inmóvil mientras su cara quedaba convertida en una máscara sin expresión, pero en seguida comenzó a inclinarse hacia delante. Sus rodillas se doblaron. El hombre y la oscuridad cayeron al mismo tiempo. Al oír el ruido de su caída, Graham se puso en pie y echó a correr con todas sus fuerzas hasta que tropezó con un escalón invisible. Se levantó inmediatamente con un gran esfuerzo, alcanzó el portalón y siguió

corriendo.

Cuando brilló la sexta estrella, Graham se hallaba ya cerca de la boca de un pasaje abierta en un eterno bostezo. Aumentó la velocidad de su carrera, penetró en aquel pasaje y dobló una esquina para encontrarse de nuevo sumido en las más densas tinieblas. Sintió que le golpeaban, cayó al suelo y logró ponerse otra vez en pie inmediatamente. Habíase convertido en una diminuta parte integrante de una multitud de figuras que avanzaban en una dirección. Su único pensamiento era el mismo que dominaba a todos cuantos le rodeaban: escapar de aquel combate. Golpeó y dio empujones a derecha y a izquierda, se tambaleó, corrió, fue empujando a su vez, perdió terreno y avanzó de nuevo.

Durante unos minutos siguió corriendo, a través de la oscuridad, por un pasillo tortuoso, atravesó después un espacio abierto, descendió por una pendiente muy inclinada y, al fin, bajando unos cuantos escalones, se encontró en un lugar llano. Mucha gente gritaba:

—¡Ya vienen! ¡Viene la policía! ¡Están disparando! ¡Hay que salir de aquí! ¡Los guardias están disparando! ¡Estaremos a salvo en la calle Siete! ¡Vamos a la calle Siete!

Entre la muchedumbre había también mujeres y niños. Mucha gente le dirigió la palabra, pero él no contestó a nadie. La riada humana convergió en un arco, atravesó un estrecho pasadizo y salió a un espacio más amplio, débilmente iluminado. Las negras figuras que le rodeaban se desparramaron y ascendieron por lo que en aquella media luz le pareció a Graham una gigantesca escalera. Sin titubear las siguió. La muchedumbre se dispersó a la derecha y a la izquierda y Graham notó que él ya no formaba parte de aquella masa de gente. Se detuvo en el peldaño más elevado. Ante él, al mismo nivel, había grupos de sillas y un pequeño kiosco. Se acercó al kiosco y, deteniéndose a su sombra, miró jadeante a su alrededor.

Todo le pareció vago y gris, pero notó que los escalones en que se encontraba eran las plataformas, que habían sido inmovilizadas. Los edificios se elevaban en la lejanía como grandes espectros oscuros que dejaban ver sus anuncios y sus inscripciones, y a través de la maraña de vigas y cables, se veía una cinta interrumpida de pálido cielo. Un gran número de personas pasó precipitadamente por su lado y de sus gritos y voces dedujo que se disponían a tomar

parte en la lucha. Otros tipos menos escandalosos se movían tímidamente entre las sombras. Desde el otro extremo de la calle llegó hasta él el rumor de la lucha, pero comprendió claramente que no era aquélla la calle en la que estaba situado el teatro. El combate principal no se oía ya. Graham sonrió ante el grotesco pensamiento de que toda aquella lucha tenía lugar a causa de él.

Durante unos minutos fue como el hombre que se detiene en la lectura de un libro fascinador y de pronto pone en duda lo que hasta entonces ha considerado como absolutamente real. Mientras se desarrollaban aquellos acontecimientos, Graham no se daba cuenta de los detalles, no sentía más que una inmensa estupefacción. ¡Cosa extraña! La huida de su encierro, la gran muchedumbre que llenaba el vestíbulo, el ataque de la policía roja contra la apiñada multitud, se hallaban representados con absoluta claridad en su cerebro, pero le costaba un gran esfuerzo revivir su despertar y el intervalo de meditación de los tres días que había pasado en las habitaciones silenciosas. Al principio, su memoria dio un salto por encima de estos sucesos y le condujo a la cascada de Pentargen, que temblaba bajo la caricia del viento, y al esplendor de la soleada costa de Cornualles. El contraste daba a todo un tinte de irrealidad. Después se llenó el vacío y comenzó a darse cuenta de su situación.

Desde luego, no era un completo enigma, como le había parecido en las habitaciones silenciosas. Por lo menos, le habían sido explicados los detalles principales. De algún modo se había convertido en el dueño de medio mundo y dos poderosos partidos políticos se hallaban en guerra por su causa. Por un lado estaba el Consejo Blanco, con su policía roja, absolutamente decidido a usurpar sus propiedades y a darle muerte, y por el otro, la revolución que le había liberado y cuyo jefe era el invisible «Ostrog». La gigantesca ciudad vibraba a causa de la gran batalla que tenía lugar en ella. ¡El mundo se había vuelto loco!

—No lo comprendo —exclamó—. ¡No lo comprendo!

Había conseguido escapar de los dos bandos contendientes y se consideraba en libertad provisional. ¿Qué sucedería después? ¿Qué estaba ocurriendo? Se imaginó a los hombres vestidos de rojo buscándole por todas partes, acorralando a los revolucionarios uniformados de negro.

Sea como fuere, la casualidad le brindó un momento de respiro. Podía mezclarse sin miedo con la gente y observar el curso que seguían los acontecimientos. Siguió con la vista la intrincada inmensidad de los edificios envueltos en sombras y le pareció infinitamente asombroso que por encima de todo aquello brillara el sol y el mundo estuviera iluminado y brillara con la luz del día que tan familiar le era.

Poco después había recuperado completamente el aliento. Su ropa estaba completamente seca, sin huella alguna de la nieve que había caído sobre ella.

Recorrió millas y millas de calles desconocidas, vagando sin rumbo, sin hablar con nadie, sin que nadie le dirigiera la palabra... Era el hombre que todos buscaban, salido del pasado, el inestimable e involuntario dueño del mundo. Donde había luces o grupos de gente temía ser reconocido, observaba lo que ocurría sin acercarse demasiado, retrocedía o recorría de arriba a abajo los escalones hasta encontrar un sistema transversal de plataformas en un nivel superior o inferior. Y aunque no volvió a presenciar ninguna lucha, en toda la ciudad había ambiente de batalla. En una ocasión tuvo que echar a correr para evitar ser pisoteado por una muchedumbre que avanzaba por la calle. En su mayoría eran hombres que llevaban en las manos unos objetos que él supuso que eran armas de fuego. Por lo visto, la lucha se concentraba principalmente en la parte de la ciudad de donde él procedía. De vez en cuando, un rugido distante, el eco remoto del conflicto, llegaba a sus oídos. Entonces su cautela luchaba con su curiosidad, pero la primera prevalecía siempre y seguía alejándose del campo de batalla... o al menos suponía que se apartaba. Sin inspirar sospechas ni ser molestado, avanzó sin rumbo por la oscuridad. Un rato después dejó de oír hasta el eco remoto del combate y tropezó con menos gente hasta que al fin se vio en unas calles desiertas. Las fachadas de los edificios se elevaban impasibles y grises. Por lo visto se hallaba en un barrio en el que sólo había grandes almacenes. Su soledad le hizo sentirse agobiado y aminoró el paso.

Sintióse invadido por una creciente fatiga. Algunas veces se echó a un lado y se sentó en uno de los numerosos asientos de las plataformas superiores. Pero una inquietud febril, la consciencia de la importancia de su personalidad en aquella lucha, no le permitía

descansar en un mismo sitio mucho tiempo. ¿Se debía únicamente a él aquel cruel derramamiento de sangre?

En un momento dado, hallándose en un lugar completamente solitario, llegó hasta él un gran estruendo como un terremoto, sintió que un viento huracanado y frío barría la ciudad, oyó un chasquido de cristales rotos y el derrumbamiento de muros enteros..., toda una serie de golpes gigantescos. Una gran masa de cristales y de trozos de metal cayeron desde los tejados remotos sobre la galería central a unos cien metros de donde él se hallaba, y oyó en la lejanía gritos y carreras. También él se sintió impulsado a una actividad sin objeto ni fin y echó a correr en una dirección para avanzar después en la contraria. Un hombre jadeante pasó por su lado y Graham recuperó el dominio de sus nervios.

—¿Qué es lo que han volado? —preguntó el hombre, sin aliento—. Eso ha sido una explosión.

Antes de que Graham pudiera contestar, había desaparecido de su lado.

Los grandes edificios se elevaban medio borrosos, velados por un extraño crepúsculo, aunque el arroyo del firmamento que se veía a través de los cables brillaba con el resplandor del sol. Graham notó muchas cosas que no logró comprender. Descifró algunos letreros escritos fonéticamente. Pero ¿qué ganaba con descifrar una confusión de letras de extraña forma que no decían otra cosa que: «Eadhamite», u «Oficina Laboral», o «Calle Lateral»? Le pareció grotesca la idea de que probablemente algunas de aquellas casas o tal vez todas le pertenecían.

Pensó en lo irracional de todo cuanto le estaba ocurriendo. Había dado un salto de siglos, tal como los novelistas se lo han imaginado desde el principio de los tiempos. Cuando se dio cuenta por primera vez de este hecho se había sentado, como quien dice, para contemplar un espectáculo entretenido. Pero en lugar de aquello, se cernía sobre él un vago peligro, toda clase de sombras enemigas y velos de negrura. En algún lugar de aquella laberíntica oscuridad, la muerte le estaba buscando. ¿Sería posible que muriera antes de comprenderlo todo? ¿Era posible que en la siguiente esquina estuviera solapadamente oculta su destrucción? Un ansia imperiosa de ver, de saber, se apoderó de él.

Empezó a temer las esquinas y pensó que su salvación estaba en

permanecer escondido. ¿Dónde podría esconderse cuando volviera la luz? Por fin se sentó en un asiento que encontró en una de las vueltas de la plataforma superior y supuso que allí se encontraba solo.

Con los nudillos se frotó los ojos cansados. ¿Y si al levantar la vista de nuevo descubriera que el oscuro pasaje de plataformas paralelas y los edificios intolerablemente altos habían desaparecido? ¿Y si descubriera que todo cuanto había ocurrido durante los últimos días, desde su despertar, la rugiente multitud, la oscuridad y la lucha, no había sido más que una ilusión, un sueño nuevo y vivido? Tenía que ser un sueño. Era demasiado inconsecuente, demasiado irrazonable. ¿Por qué se había desencadenado una guerra por su causa? ¿Por qué le consideraba el mundo como su Dueño y Señor?

Así siguió reflexionando mientras permanecía sentado con los ojos cerrados y después elevó la vista de nuevo con la esperanza, a pesar de los ruidos que llegaban hasta él, de ver algún aspecto familiar de la vida del siglo XIX, de ver quizá frente a él el pequeño puerto de Boscastle, los acantilados de Pentargen o el dormitorio de su casa. Pero la realidad suele hacer caso omiso de las esperanzas humanas. Un grupo de individuos que llevaban una bandera negra avanzó atravesando las sombras más cercanas y profiriendo gritos apasionados. Más allá seguían elevándose las fachadas gigantescas y oscuras, que lucían letreros incomprensibles para él.

—No se trata de un sueño —dijo—. No es ningún sueño.
Cerró los ojos y volvió a ocultar la cara entre las manos.

Capítulo XI

EL VIEJO QUE LO SABÍA TODO

Graham se sobresaltó al oír una tos seca junto a él.

Volvió bruscamente la cabeza y escudriñando la oscuridad distinguió una figura pequeña y encogida a unos dos metros de distancia de donde él se hallaba, sentada a la sombra de una tapia.

—¿Tiene usted noticia? —preguntó la voz atiplada y temblorosa de un hombre muy viejo.

—Ninguna —repuso Graham.

—Yo me quedo aquí hasta que vuelvan a encenderse las luces —dijo el viejo—. Esos canallas azules están por todas partes..., por todas partes.

La respuesta de Graham fue un murmullo de asentimiento. Intentó ver a su interlocutor, pero las tinieblas le ocultaban la cara. Deseaba intensamente responder, hablar, pero no sabía cómo empezar.

—Todo está oscuro —dijo el viejo de pronto—. Está condenadamente oscuro. Me he visto obligado a salir de mi casa, y ahora me encuentro en medio de todos estos peligros.

—Es una pena —se aventuró a decir Graham—. Es lamentable para usted.

—¡Tinieblas! Un hombre viejo perdido en las tinieblas. Y el mundo entero que se ha vuelto loco. Guerra y batallas. La policía derrotada y los bandidos en libertad. ¿Por qué no traen negros para protegernos...? No pienso volver a entrar en una calle oscura. He tropezado con un muerto y he caído encima de él. Se está mejor en compañía... Desde luego, si se trata de una compañía adecuada.

Observó a Graham sin ningún disimulo y de pronto se levantó acercándose a él.

Por lo visto, el examen dio un resultado satisfactorio, y el viejo volvió a sentarse, contento de no estar ya solo.

—Estos tiempos son terribles —dijo—. Guerras y batallas,

mueritos por todas partes, hombres fuertes caídos en la oscuridad... Yo tengo tres hijos. ¡Sabe Dios dónde estarán esta noche!

Aquel hombre se interrumpió y después repitió, tembloroso:

—¡Sabe Dios dónde estarán esta noche!

Graham se esforzó por hallar en su imaginación una pregunta adecuada que no delatara su extrema ignorancia y otra vez la voz del viejo puso fin al silencio que reinaba.

—Ostrog ganará —dijo—. Es seguro que ganará. Y no sé lo que será del mundo si está gobernado por él. Mis tres hijos trabajan en las oficinas de los ventiladores. Una de mis nueras fue su amante durante algún tiempo. ¡Su amante! No somos gente vulgar. Aunque me han aconsejado que vague esta noche por ahí, yo sé lo que está ocurriendo y lo sabía antes que otros muchos. ¡Pero esta oscuridad! ¡Y tropezar así con un cadáver!

Dejó de hablar y durante unos instantes no se oyó más que su asmática respiración.

—¡Ostrog! —dijo Graham.

—El jefe más grande que el mundo ha visto —repuso la voz.

Graham se devanó los sesos para buscar una frase adecuada.

—El Consejo tiene pocos amigos entre el pueblo —se aventuró a decir.

—Muy pocos. Y lo que es peor, malos. Sus días de esplendor han pasado. Debían de haber mantenido a los más inteligentes en el poder, pero tuvieron elecciones dos veces. Y Ostrog... Ahora ha estallado la protesta y no se puede calmar, no se puede calmar. Dos veces rechazaron a Ostrog, a Ostrog, el jefe. Yo he oído hablar de su cólera en aquellas ocasiones. ¡Qué el cielo los ampare! Porque ningún poder de la tierra puede ayudarles ahora que ha levantado a la Compañía Laboral contra ellos. Ningún otro hombre se hubiera atrevido a hacerlo. ¡Todos los uniformes azules en marcha! Ostrog seguirá adelante con ellos, seguirá adelante.

Se detuvo y guardó silencio irnos minutos.

—En cuanto al Durmiente... —comenzó a decir, y se interrumpió.

—¿Qué? —dijo Graham—. Continúe...

La voz senil se convirtió en un murmullo confidencial y la cara del viejo, pálida y confusa, se acercó más a Graham.

—El verdadero Durmiente...

—¿Qué?

—Murió hace años.

—¿Cómo? —exclamó Graham bruscamente.

—Hace años. Murió hace años.

—¡No me diga!

—Sí, lo digo. Murió. Ese Durmiente que se ha despertado es uno que pusieron en su puesto, una pobre criatura insensible a la que narcotizaron. Pero no debo decir todo lo que sé. No debo decir todo lo que sé.

Durante un rato estuvo gruñendo frases incomprensibles, pero su secreto pesaba demasiado en su mente y de nuevo empezó a hablar de él.

—No conozco a los que lo durmieron, porque eso ocurrió antes de mis tiempos, pero conozco al hombre que le inyectó los estimulantes para hacerle despertar. Las probabilidades eran diez contra una. Despertarlo o matarlo. ¡Despertarlo o matarlo! ¡Ordenes de Ostrog!

Graham se sintió tan sorprendido ante estas revelaciones que tuvo que interrumpir a aquel hombre y obligarle a repetir sus palabras. Tuvo que hacerle algunas preguntas antes de estar seguro de lo que había oído. ¡Su despertar no había sido natural! ¿Sería aquello la senil superstición de un viejo o había en ello algo de verdad? Rebuscando en los oscuros rincones de su memoria, tropezó de pronto con algo que podría ser el vago recuerdo de un efecto estimulante. Pensó entonces que había tenido un encuentro afortunado y que al fin podría obtener información sobre la nueva época. El viejo siguió resoplando, escupió y en seguida, con su atiplada voz reminiscente, prosiguió:

—La primera vez lo rechazaron. Yo he seguido el curso de todo...

—¿A quién rechazaron? ¿Al Durmiente?

—¿Al Durmiente? No, a Ostrog. ¡Su cólera fue terrible! Le prometieron que le darían el poder más adelante, se lo aseguraron para la próxima elección. Fueron unos necios al no tener más miedo de él. Ahora toda la ciudad se ha convertido en su rueda de molino, y nosotros en meros instrumentos suyos. Hasta que él se puso en acción, los trabajadores se asesinaban unos a otros, y, a veces, mataban a un chino o a un policía, pero a los demás nos dejaban en

paz. ¡Cadáveres! ¡Robos! ¡Oscuridad! No he visto estas cosas desde hace una gruesa de años. Los hombres de abajo sufren cuando los de arriba pierden el control.

—¿Qué es lo que ha dicho que no ha ocurrido durante una gruesa de años?

—¿Eh? —murmuró el viejo.

No entendía bien las palabras de Graham y le hizo repetir la pregunta dos veces más.

—Batallas y muertes, hombres armados e idiotas que vociferan cosas acerca de la libertad —explicó al fin—. No he visto nada semejante en todos los años que llevo de vida. Esto es como antiguamente, cuando el pueblo de París se sublevó hace tres gruesas de años. Eso es lo que yo no había visto antes. Pero el mundo es así. Todo se repite. Yo lo sé, yo lo sé. Durante estos cinco años, Ostrog no ha estado inactivo y ha habido descontento, hambre, amenazas y repartos de armas. Uniformes azules y murmuraciones. Nadie estaba libre de peligro. Todo era resbaladizo. ¡Y por fin hemos llegado al punto culminante de todo! La sublevación, la guerra y el Consejo desposeído de su poder.

—Está usted muy bien informado de estas cosas —comentó Graham.

—Yo sé lo que sé. A mí no me engañan las máquinas parlantes.

—No —dijo Graham preguntándose interiormente qué podría ser una máquina parlante—. ¿Está usted seguro de que ese Ostrog..., está usted seguro de que Ostrog organizó esta rebelión y consiguió despertar al Durmiente? ¿Sabe de cierto que lo hizo porque no había sido elegido por el Consejo?

—Todo el mundo debe saberlo —dijo el viejo—, excepto los ingenuos y los inocentes. Él quería lograr el mando como fuera, dentro del Consejo o fuera de él. Todo el mundo lo sabe. ¡Y aquí estamos, en una oscuridad sembrada de cadáveres! ¿Dónde ha estado usted si no ha oído hablar de las diferencias entre Ostrog y Vemeys? ¿Por qué cree que luchan? ¿Por el Durmiente? ¡Bah...! ¿Cree usted que el Durmiente existe de verdad y que se despertó por sí mismo?

—Soy un hombre torpe, más viejo de lo que parezco y distraído —repuso Graham—. Muchas de las cosas que han ocurrido, especialmente en los últimos años... A decir verdad, si yo fuera el

Durmiente no sabría menos de lo que sé.

—¿Eh? —replicó el hombre—. ¿Dice usted que es viejo? Pues no lo parece. Pero, en fin, no todo el mundo conserva la memoria como la conservo yo para la edad que tengo. Sin embargo, no comprendo cómo ha olvidado cosas tan importantes. No es usted tan viejo como yo. Pero supongo que no debo juzgar a los demás por mí. Yo soy joven para ser tan viejo. ¿Es posible que usted sea viejo siendo tan joven?

—Así es —dijo Graham—. Y mi historia es muy extraña. Tengo muy pocos conocimientos. El Durmiente y Julio César son lo mismo para mí. Resulta interesante oírle hablar de estas cosas.

—Sí, yo sé una cosa o dos —aprobó el viejo, satisfecho—. Pero..., ¿qué es eso?

Los dos hombres guardaron silencio y escucharon. Se oyó un ruido atronador y de pronto sus asientos temblaron. Los que pasaban por la calle se detuvieron llamándose unos a otro. El viejo se puso a hacer preguntas a gritos a un hombre que pasó muy cerca y Graham, siguiendo su ejemplo, interrogó a varias personas. Nadie sabía lo que había ocurrido.

Graham volvió a su asiento y descubrió al viejo murmurando vagas preguntas en voz baja. Durante un buen rato permanecieron los dos en silencio.

Aquella lucha gigantesca, tan cercana y, sin embargo, tan remota, torturaba la imaginación de Graham. ¿Tendría razón aquel viejo? ¿Serían ciertos los informes de la gente que aseguraba que los revolucionarios estaban venciendo a las fuerzas del Consejo? ¿O estaban todos en un error y los guardias rojos eran los dueños de la situación? En cualquier momento la batalla podría extenderse a aquella zona de la ciudad y aprisionarle de nuevo. Tenía que enterarse de cuantas cosas pudiera antes de que fuera demasiado tarde. Se volvió de pronto hacia el viejo con intención de hacerle una pregunta, pero no tuvo necesidad de formularla, porque al oírle el otro empezó a hablar otra vez.

—¡Qué bien han logrado engañar al pueblo! —exclamó—. Me refiero a ese Durmiente en quien todos confían. Yo conozco la historia desde el principio... Siempre me gustaron las historias. Cuando yo era niño solía leer libros impresos, aunque tal vez no me crea, porque probablemente usted no habrá visto ninguno. Se

estropean y se llenan de polvo y la Compañía Sanitaria los quema para hacer aslarita. Pero, en cierto modo, eran bastante útiles, porque gracias a ellos se aprendían muchas cosas. Estas modernas máquinas parlantes seguramente a usted no le parecerán modernas, pues se oyen con facilidad y se olvidan con facilidad. Pero yo conozco bien la historia del Durmiente desde el principio.

—Probablemente le costará trabajo creerme —dijo Graham lentamente—. Pero yo he estado tan preocupado con mis asuntos, las circunstancias de mi vida han sido tan extrañas, que no sé nada acerca del Durmiente. ¿Quién era?

—¿Eh? —dijo el viejo—. Era un pobre hombre insignificante, engañado por una mala mujer. ¡Pobrecillo! Sufrió un ataque. Todavía existen algunas de esas cosas que llamaban retratos en los que aparece tal como estaba hace una gruesa y media de años... ¡Una gruesa y media de años!

—Engañado por una mala mujer. ¡Pobre hombre! —repitió Graham en voz baja, sin que el otro pudiera oírle—. Siga, siga...

—Debe usted saber que tenía un primo llamado Warming, un hombre solitario, sin hijos, que hizo una gran fortuna especulando con las carreteras, las primeras carreteras de Eadhamite. Pero seguramente habrá oído hablar de él. ¿No? ¡Qué extraño! Compró todos los derechos de patentes y formó una gran Compañía. En aquellos tiempos había gruesas y gruesas de negocios distintos y de Compañías particulares. ¡Gruesas y gruesas! Sus carreteras acabaron con los ferrocarriles en dos docenas de años. Los compró todos y puso Eadhamite en los raíles. Y como no quería dividir sus propiedades ni dejarlas al Estado, se lo dejó todo al Durmiente y se lo confió a unos albaceas que él había nombrado. Estaba convencido de que el Durmiente no se despertaría nunca, que seguiría durmiendo hasta su muerte. Lo sabía perfectamente.

Después, un individuo que vivía en los Estados Unidos y que había perdido a sus hijos en un accidente de barco, le dejó otro gran legado. Los albaceas se encontraron con una docena de miríadas de leones, o más, para empezar.

—¿Cómo se llamaba?

—Graham.

—No, me refiero al americano.

—Isbister.

—¡Isbister! —exclamó Graham—. Ni siquiera conozco su nombre.

—Claro que no —dijo el viejo—. ¡Claro que no! Hoy en los colegios no se aprende nada. Pero yo le diré todo lo que desee saber. Era un americano muy rico procedente de Inglaterra, que dejó al Durmiente en el testamento una suma mayor aún que la que le había dejado Warming. ¿Que cómo había amasado Isbister esa fortuna? Esto no lo sé. Creo que inventó una especie de máquina para pintar. El caso es que hizo una fortuna, se la dejó al Durmiente y el Consejo se la encontró entre las manos. Al principio no era más que un consejo de albaceas.

—¿Y cómo adquirió tanta importancia?

—Verdaderamente está usted atrasado de noticias. El dinero atrae al dinero y doce cerebros valen más que uno. Manejaron el dinero con inteligencia. Hicieron el juego de la política con dinero y siguieron aumentando el capital valiéndose de toda clase de medios. El capital aumentó sin cesar y durante muchos años los doce albaceas pusieron la fortuna del Durmiente bajo nombres falsos y títulos de compañías. El Consejo se hacía más poderoso por cada acción, cada hipoteca, cada empresa, cada partido político y cada periódico que compraba. Si algún día escucha las historias antiguas, verá cómo el Consejo fue aumentado sin cesar. Al fin llegaron a poseer billones y billones de leones, toda propiedad del Durmiente y resultado de un capricho, del testamento de Warming y del accidente ocurrido a los hijos de Isbister. Los hombres son muy extraños. No consigo comprender cómo el Consejo se ha mantenido unido durante tanto tiempo. Son doce, pero siempre han trabajado juntos y se han sostenido unos a otros. En mis tiempos hablábamos del Consejo como hablábamos de Dios. No sabíamos que los consejeros podían equivocarse, ignorábamos todo lo relacionado con sus mujeres y lo demás. De haberlo sabido, hubiéramos opinado de forma muy distinta. Los hombres son extraños. Por ejemplo, usted es joven pero ignorante, y yo que tengo setenta años y debía haber olvidado casi todas estas cosas, se lo estoy explicando todo con claridad. ¡Setenta años! Y oigo y veo sin dificultad..., es decir, oigo mejor que veo. Razono claramente y estoy al corriente de cuanto ocurre. ¡Setenta años! La vida está llena de contrastes. Yo tenía veinte cuando Ostrog era un niño. Le recuerdo mucho antes

de que se hubiera abierto camino hasta lograr la dirección del Control de los Ventiladores. He visto muchos cambios y he vestido el uniforme azul. Por último, he visto esa oscuridad y ese tumulto y he visto muchos hombres muertos, amontonados en las calles. ¡Todo por culpa de él! ¡Todo por él!

Su voz adquirió un tono más dulce musitando alabanzas a Ostrog.

Graham reflexionó.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dijo.

Extendió una mano y afirmó con los dedos:

—El Durmiente ha estado dormido...

—Ha sido sustituido —dijo el viejo.

—Quizá... Y mientras tanto, la fortuna del Durmiente aumentó en manos de los doce albaceas hasta que llegó a poseer casi medio mundo. Los doce depositarios, en virtud de esa fortuna, se han convertido en los dueños virtuales del mundo. Porque son el poder efectivo, como lo era el antiguo Parlamento británico...

—¡Vaya! —exclamó el viejo—. ¡Exacto! Es una buena comparación. No es usted tan...

—Y ahora ese Ostrog ha revolucionado de pronto al mundo despertando al Durmiente, que nadie, excepto el pueblo supersticioso, había pensado que volvería a despertar. Ha despertado al Durmiente para que reclame lo que es suyo y despoje al Consejo de su poder después de todos estos años.

El viejo reforzó su afirmación con una ligera tosecilla.

—¡Es extraño encontrar un hombre que se entera de estas cosas ahora! —murmuró.

—Sí —asintió Graham—. Es extraño.

—¿Ha estado usted en una Ciudad de Placer? —preguntó el viejo—. Toda mi vida he deseado estar en una de esas ciudades... Aún ahora podría disfrutar... Podría ver cómo disfrutaban los otros al menos.

Murmuró una frase que Graham no logró comprender.

—¿Cuándo despertó el Durmiente? —preguntó Graham de pronto.

—Hace tres días.

—¿Dónde está?

—Está con Ostrog. Se escapó del Consejo no hace aún cuatro

horas. Mi querido amigo, ¿dónde estaba usted que no se ha enterado? El Durmiente estaba en el vestíbulo de los mercados, donde ha tenido lugar la batalla. La ciudad entera hablaba de él a gritos. Lo mismo hacían las máquinas parlantes. Incluso los partidarios del Consejo lo admitían. Todos corrían para verlo, todo el mundo se proveyó de armas. ¿Estaba usted dormido o borracho? Y aun así... Pero bromea usted. Debe de estar fingiendo. Fue para cortar los discursos de las máquinas parlantes y evitar la concentración de la muchedumbre por lo que nos despojaron de la luz y nos dejaron envueltos en esta maldita oscuridad. ¿Va usted a decirme que no se ha enterado de nada?

—Oí decir que habían rescatado al Durmiente —dijo Graham—. Pero, volviendo a lo de antes, ¿está usted seguro de que está con Ostrog...?

—Ostrog no lo dejará marchar —dijo el viejo.

—¿Y está usted seguro de que el Durmiente no es el auténtico? Yo nunca había oído decir...

—Eso piensan los ingenuos. Como si no hubiera mil cosas de las que uno nunca ha oído hablar. Yo conozco a Ostrog demasiado bien. Creo que ya le he dicho antes que en cierto modo somos casi familia, pues él está emparentado con mi nuera.

—Supongo que...

—¿Qué?

—Supongo que no hay ninguna probabilidad de que el Durmiente haga valer sus derechos. Seguramente será un muñeco en manos de Ostrog o de los consejeros cuando la lucha haya terminado.

—En manos de Ostrog, ciertamente. ¿Por qué no habría de serlo? Piense en su situación. Le concederán todo cuanto desee, pondrán a su alcance los mayores placeres. ¿Por qué habría de rebelarse?

—¿Qué son en realidad las Ciudades del Placer? —preguntó Graham.

El viejo le hizo repetir la pregunta, y cuando al fin se convenció del sentido de las palabras de Graham, lo sacudió con violencia por el codo.

—Eso es demasiado —dijo—. Está usted burlándose de un pobre viejo. Sospecho que sabe más de lo que aparenta.

—Es posible —dijo Graham—. Pero ¿por qué había de fingir? No, no sé lo que es una Ciudad de Placer.

El viejo se echó a reír con picardía.

—Y lo que es más, no sé descifrar sus letreros, no conozco el dinero que usan, ignoro qué países existen en el extranjero, no sé dónde estoy. No sé contar. No sé dónde obtener alimentos y bebidas y asilo.

—Vamos, vamos —contestó el viejo—. Si ahora le dieran un vaso de agua, ¿se lo llevaría usted a una oreja o a un ojo?

—Deseo que usted me hable de todas estas cosas.

—¡Ja, ja, ja! Bien. Hay que complacer a los caballeros que visten de seda.

Una mano arrugada acarició durante unos instantes el brazo de Graham.

—¡Seda! ¡Vaya, vaya! Pero, de todas maneras, me gustaría ser el hombre a quien eligieron para sustituir al Durmiente. Su vida será muy agradable y lo rodearán de lujo y de placeres. Tiene una cara poco vulgar. Cuando dejaban entrar a todo el mundo a verlo, yo fui y pude contemplarlo a mi sabor. El sustituto es la viva imagen del auténtico, a juzgar por las fotografías. Está un poco lívido, pero ya cambiará de color. ¡Qué extraño mundo es éste! ¡Qué suerte tiene ese hombre! Supongo que lo mandarán a Capri, que es el sitio mejor para vivir.

Un golpe de tos le impidió proseguir y después se puso a murmurar mencionando toda clase de placeres y extrañas delicias.

—¡Qué suerte ha tenido! En cambio, yo me he pasado la vida en Londres esperando que se me presentara una oportunidad.

—Pero usted no puede saber que el Durmiente ha muerto —dijo Graham de pronto.

El viejo le hizo repetir sus palabras.

—Ningún hombre vive más de diez docenas de años. No está en el orden de las cosas —dijo el viejo—. Yo no soy tonto. Quizá los tontos lo crean, pero yo no.

Graham sintió que la seguridad del viejo comenzaba a enfurecerle.

—Sea usted tonto o no lo sea —dijo—, se equivoca con respecto al Durmiente.

—¿Eh?

—Se equivoca con respecto al Durmiente. No se lo he dicho antes, pero se lo digo ahora. Está usted equivocado.

—¿Cómo lo sabe usted? Me ha dicho que lo ignoraba todo..., hasta lo que son Ciudades de Placer.

Graham tardó unos momentos en contestar.

—No lo sabe —dijo el viejo—. ¿Cómo va a saberlo? Muy pocos hombres lo saben.

—Yo soy el Durmiente.

Tuvo que repetir sus palabras y a continuación hubo una breve pausa.

—Debo decirle, señor, que es tonto hacer una afirmación de esa clase. Especialmente en momentos como éste, puede usted verse metido en un lío si se le ocurre repetir tal cosa.

Graham repitió su afirmación.

—Le digo que yo era el Durmiente. Hace muchos muchos años, me dormí en un pueblecito hecho de piedra, en los días en que existían pueblos, posadas, setos vivos y la campiña estaba dividida en pedacitos de campo, como una sábana zurcida. ¿No ha oído nunca hablar de aquellos años? Y soy yo, el que está hablando con usted, quien despertó de nuevo hace cuatro días.

—¡Hace cuatro días! ¡El Durmiente! ¡No es posible! El Durmiente está con ellos. No lo dejarán marchar. ¡Tonterías! Ha estado usted hablando con sensatez hasta ahora. Veo la escena como si me hallara presente. Allí estará Lincoln, como un guardián, junto a él y no lo dejarán moverse en ningún momento. Es usted un hombre muy extraño. Un bromista. Comprendo ahora por qué une las palabras de un modo tan poco corriente, pero...

Se detuvo bruscamente y Graham vio que hacía un ademán.

—¡Como si Ostrog fuera a permitir que el Durmiente vagara solo por la ciudad! No, a mí no podrá usted hacerme creer sus palabras. ¿Qué juegos se trae entre manos? Y, además, hemos estado hablando del Durmiente.

Graham se puso en pie.

—Escúcheme —dijo—. Yo soy el Durmiente.

—Es usted un hombre muy extraño —repuso el viejo—. Se sienta a mi lado en la oscuridad, habla de un modo difícil de entender y acaba por decirme una mentira. Pero...

La exasperación de Graham le impulsó a reír amargamente.

—¡Es absurdo! —exclamó—. ¡Absurdo! El sueño tiene que terminar. Se hace cada vez más incomprensible. Aquí estoy sumido en una semipenumbra. Nunca tuve ningún sueño que ocurriera en una semipenumbra. Soy un anacronismo de doscientos años y me esfuerzo por persuadir a un viejo estúpido de que yo soy yo. Y mientras tanto... ¡Uf...!

Hizo un gesto de irritación y se alejó de aquel lugar. Pero el viejo echó a correr detrás de él.

—¡Eh...! ¡No se vaya! Reconozco que soy un viejo estúpido. No se vaya. No me deje en esta oscuridad.

Graham titubeó, se detuvo y de pronto comprendió la insensatez que había cometido al descubrir su secreto.

—No deseaba ofenderle —dijo el viejo acercándose a él—. No hace usted daño a nadie. Llámese Durmiente, si eso le agrada. Es un juego un poco tonto.

Graham vaciló, dio media vuelta bruscamente y siguió su camino.

Durante algún tiempo oyó los pasos del viejo que le seguía y sus gritos penetrantes. Pero, por fin, la oscuridad se lo tragó y Graham no volvió a verlo.

Capítulo XII

OSTROG

Graham tenía ya una idea más clara de su situación.

Durante mucho tiempo vagó de un lado para otro, pero después de haber oído las palabras del viejo decidió que la única solución era encontrarse con Ostrog. Una cosa resultaba evidente: que los dirigentes de la revolución habían logrado guardar en el secreto el hecho de su desaparición. Pero a cada momento esperaba escuchar el informe de su muerte o de su captura por el Consejo.

Poco después un individuo se detuvo a su lado y le dirigió la palabra.

—¿Se ha enterado? —le preguntó.

—No —repuso Graham sobresaltándose.

—Cerca de una docena —dijo el desconocido—. ¡Una docena de hombres!

Sin esperar respuesta, prosiguió su carrera.

Un grupo de individuos y una joven pasaron corriendo junto a él gesticulando y gritando:

—¡Han capitulado! ¡Se han entregado! ¡Una docena de hombres! ¡Dos docenas de hombres! ¡Ostrog! ¡Viva Ostrog! ¡Ostrog!

Al fin, los gritos se desvanecieron y acabaron por hacerse ininteligibles.

Un nuevo grupo de hombres que gritaban siguió a los primeros y durante un rato la atención de Graham quedó absorbida por los fragmentos de conversación que llegaban hasta él. Dudaba de que todos hablaran en inglés. Hasta él llegaban frases sueltas, frases de inglés de los barrios bajos, como dialecto «negro», borroso y desfigurado. No se atrevió a acercarse a nadie para hacer preguntas. La impresión que aquellos hombres le causaban se hallaba en oposición con sus ideas preconcebidas acerca de la lucha y confirmaban la fe que el viejo tenía en Ostrog. Con gran trabajo intentó convencerse a sí mismo de que aquella gente se regocijaba

por la derrota sufrida por el Consejo y que el Consejo, que le había perseguido con tanta fuerza y vigor, era al fin y al cabo el más débil de los dos bandos contendientes. Y si aquello era así, ¿de qué modo le afectaba a él? Más de una vez titubeó al plantearse estas preguntas fundamentales. En una ocasión dio media vuelta y anduvo bastante tiempo detrás de un hombrecillo de atrayente apariencia, pero no logró acumular la suficiente decisión para dirigirle la palabra.

Por fin se le ocurrió que podía preguntar por las Oficinas de los Ventiladores, aunque no tenía idea de lo que aquello pudiera significar. A su primera pregunta le contestaron que se dirigiera a Westminster. La segunda le llevó a una callejuela en la que no tardó en encontrarse perdido. Le indicaron que abandonara las plataformas por las que había vagado hasta entonces y descendiera por una de las escaleras que surgían en la oscuridad de un pasadizo. Entonces le ocurrieron varias aventuras triviales. La principal fue un encuentro con una invisible criatura de voz ronca que hablaba en un extraño dialecto que al principio le pareció un idioma desconocido, una forma de lenguaje en la que se reconocían fantasmas de palabras inglesas, el idioma de la clase baja del futuro. Después otra voz llegó hasta él, la voz de una mujer que cantaba «tra la la, tra la la». Dirigió la palabra a Graham en un inglés semejante al del individuo con quien había tropezado primero. Le dijo que había perdido a su hermana, presionó con el cuerpo sin necesidad contra él, le agarró por el brazo y se echó a reír. Pero una palabra indiferente la obligó a desaparecer de nuevo en la oscuridad.

Los ruidos que le rodeaban aumentaron otra vez de volumen y una muchedumbre pasó por su lado hablando con excitación.

—¡Se han rendido!

—¿El Consejo? ¡No es posible que se haya rendido el Consejo!

—Eso dicen en las plataformas.

La calle le pareció más ancha, y, de pronto, uno de los muros desapareció. Se hallaba en un gran espacio abierto y la gente no cesaba de moverse. Preguntó el camino a una figura borrosa.

—Atraviése la plaza por el centro —contestó una voz de mujer.

Abandonó el otro muro y un momento después había tropezado contra una mesita encima de la cual había varios utensilios de

cristal. Los ojos de Graham, acostumbrados ya a la oscuridad, descubrieron un espacio alargado con mesas a ambos lados. Lo recorrió de un extremo a otro y en una o dos de las mesas oyó resonar el cristal y le pareció ver que la gente comía. Había, pues, personas con suficiente serenidad para comer o con suficiente osadía para robar una comida aprovechándose de la revolución social y de las tinieblas.

En la lejanía y a gran altura, vio Graham una pálida luz de forma semicircular, y, al acercarse, una sombra negra apareció y la ocultó de su vista. Tropezó con un escalón y se encontró en una galería. Oyó un eco de sollozos y descubrió a dos niñas asustadas, encogidas junto a la barandilla. Las dos guardaron silencio al oír ruido de pasos. Graham intentó consolarlas, pero no logró que pronunciaran una sola palabra y, al alejarse, las oyó llorar de nuevo.

Poco después, se encontró al pie de una escalera y junto a una amplia abertura. Distinguió en lo alto una luz débil y ascendió de la oscuridad hasta una calle compuesta de plataformas movibles, por la que marchaba gritando una avalancha de gente. Cantaban fragmentos de la canción de los rebeldes y la mayoría de los cantores desentonaban horriblemente. Aquí y allá brillaban las antorchas creando breves sombras histéricas. Graham preguntó a algunas personas qué camino le convenía y volvió a escuchar aquella extraña mezcla de dialectos. Su tercera pregunta recibió una respuesta que logró comprender. Se hallaba a dos millas de distancia de las Oficinas de los Ventiladores, que estaban en Westminster, pero el camino era muy fácil de seguir.

Cuando, al fin, se aproximó al distrito de las Oficinas de los Ventiladores supuso, a juzgar por las alegres procesiones que avanzaban por las calles, por el tumulto de regocijos y festejos y, finalmente, por la restauración de la luz en la ciudad, que el Consejo debía de estar derrotado definitivamente. Y siguió sin oír rumor alguno relativo a su desaparición.

Volvieron a encenderse las luces de la ciudad. Graham se detuvo y cerró los ojos. A su alrededor todos hicieron lo mismo, cegados por el resplandor. La ciudad parecía incandescente. La luz sorprendió a Graham ya fuera de la avalancha humana que se apiñaba en las calles cercanas a las Oficinas de los Ventiladores, y la

sensación de visibilidad y de peligro que le dominó, convirtió su vaga intención de reunirse con Ostrog en una gran ansiedad.

Durante algún tiempo fue empujado y golpeado y vio su vida en peligro por irnos individuos cuyas voces habían enronquecido por gritar su nombre y por otros que estaban heridos y ensangrentados por su causa. La fachada de las Oficinas de los Ventiladores estaba iluminada por una escena en movimiento, pero Graham no logró saber de qué se trataba, porque a pesar de sus esfuerzos, la densidad de la multitud dificultaba sus intentos de aproximación. De los fragmentos de conversación que llegaron a sus oídos dedujo que aquellas personas daban noticias de la lucha que tenía lugar junto al edificio del Consejo. La ignorancia y la indecisión convirtieron sus movimientos en lentos e ineficaces. Durante algún tiempo no pudo concebir de qué modo se las arreglaría para entrar en las Oficinas. Se abrió camino con lentitud por entre aquella masa de gente, hasta que comprendió que la escalera descendente de la plataforma central conducía al interior de los edificios. Ya tenía un objetivo definido, pero el grupo apiñado en la plataforma central era tan denso que tardó mucho tiempo en alcanzarla. Y aun cuando la hubo alcanzado encontró gran resistencia para avanzar y durante una hora estuvo discutiendo primero en una habitación y después en otra, sin conseguir que enviaran una nota al hombre que mayor ansiedad debía de sentir por verle. Al contar su historia, se rieron de él y con esta experiencia, cuando al fin alcanzó la segunda escalera, dijo simplemente que era portador de noticias de importancia extraordinaria para Ostrog. Se negó a decir de qué se trataba y enviaron su recado al Jefe de mala gana. Durante un buen rato esperó en una pequeña estancia al pie del ascensor y al fin vio llegar a Lincoln corriendo, ansioso, asombrado y pronunciando unas palabras de excusa. Se detuvo en el umbral mirando a Graham y después se aproximó a él con efusión.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Es usted! ¡Y está vivo!

Graham le dio una breve explicación.

—Mi hermano le está esperando —explicó Lincoln—. Está solo en la Oficina de los Ventiladores. Teníamos miedo de que hubiera usted muerto en el teatro. Cuando nos trajeron la noticia, dudó que se tratara en realidad de usted, y no ha venido conmigo porque la situación es muy seria, a pesar de lo que decimos al pueblo.

Ascendieron juntos en un ascensor, atravesaron un estrecho pasillo, cruzaron una gran estancia vacía en la que sólo había dos mensajeros y entraron en una habitación relativamente pequeña, cuyo único mobiliario consistía en un largo canapé y un disco ovalado de color gris que pendía de unos cables, de la pared. Allí dejó Lincoln a Graham durante unos segundos, y él permaneció solo sin comprender las sombras nebulosas y humeantes que cruzaban lentamente por el disco.

De pronto, le llamó la atención un ruido que se inició bruscamente. Se trataba de gritos de regocijo y de júbilo, de una grande pero remota muchedumbre que profería vítores y aclamaciones. Aquello terminó tan bruscamente como había empezado, como un trueno escuchado en un intervalo, entre el abrir y cerrar de una puerta. En la habitación exterior se oyó un rumor de pasos apresurados y un tañido melodioso de metales como si una cadena suelta fuera arrastrada por encima de los dientes de una rueda.

Entonces oyó la voz de una mujer y un roce de ropas invisibles.

—¡Ostrog! —oyó decir.

Sonó una campana y todo quedó otra vez en silencio.

Pero en seguida volvieron a llegar hasta él ecos de voces, pisadas y movimiento. Los pasos de una persona se oyeron después por encima de todos los demás ruidos, y se acercaron con firmeza. La cortina se levantó lentamente y un hombre alto, de cabello blanco, vestido con una túnica de seda, apareció mirando a Graham por debajo de su brazo extendido. Durante unos momentos, la figura blanca permaneció inmóvil sosteniendo la cortina. Después la dejó caer detrás de él. La primera impresión de Graham fue que aquel individuo tenía una frente muy ancha, unos ojos de un azul muy pálido hundidos bajo unas pobladas cejas blancas, una nariz aquilina y una boca que expresaba firmeza y decisión. Los párpados, y las arrugas que enmarcaban su boca, contradecían su figura erguida y decían a las claras que aquel hombre era viejo.

Graham se puso en pie instintivamente, y los dos se miraron unos segundos en silencio.

—¿Es usted Ostrog? —preguntó Graham.

—Yo soy Ostrog.

—¿El Jefe?

—Así me llaman.

Graham sintió que el silencio pesaba sobre él como si fuera una sustancia sólida.

—Tengo entendido que debo agradecerle a usted, principalmente, el hallarme en libertad —dijo al cabo de unos instantes.

—Temíamos que hubiera muerto —repuso Ostrog—. O que le hubieran dormido de nuevo... esta vez para siempre. Hemos hecho todo lo posible por guardar el secreto, el secreto de su desaparición. ¿Dónde ha estado usted? ¿Cómo ha llegado aquí?

Graham se lo explicó con brevedad.

Ostrog le escuchó en silencio y después sonrió:

—¿Sabe lo que estaba haciendo cuando vinieron a decirme que había llegado usted?

—¿Cómo puedo adivinarlo?

—Preparando un doble suyo.

—¿Mi doble?

—El hombre más parecido a usted que me fue posible encontrar íbamos a hipnotizarlo para evitarle la molestia de tener que fingir. Era imperativo. Toda esta revolución gira alrededor de la idea de que usted está despierto, vivo y a nuestro lado. En este mismo momento una gran multitud se ha reunido en el teatro y desea verle. No confían... Supongo que conocerá usted su situación.

—Muy vagamente —dijo Graham.

—Yo se la expondré en dos palabras.

Ostrog recorrió la habitación de un lado para otro y se puso a hablar.

—Usted es dueño absoluto de más de medio mundo y por lo tanto es, en realidad, rey. Sus poderes son limitados por causas que más adelante le explicaré, pero es usted la figura central, el símbolo popular del Gobierno. El Consejo Blanco, el Consejo de Depositarios...

—Me han explicado ya todo esto.

—¿Quién?

—Tropecé con un hombre muy viejo y charlatán.

—Comprendo. Nuestras masas... (esta palabra nos llega de sus tiempos) lo consideran como un gobernante del mismo modo que en sus tiempos la gente consideraba al rey como su gobernante. Las

masas del mundo entero están descontentas con el Gobierno de sus Depositarios. En su mayoría se trata del descontento de siempre, de la lucha del hombre vulgar con su vulgaridad, de la rebelión contra el trabajo, la disciplina y la eficiencia. Pero los depositarios han gobernado mal. En algunos asuntos, en la administración de la Compañía Laboral por ejemplo, han sido imprudentes, les han concedido libertades sin fin. Nosotros, los del Partido Popular, estábamos planeando la reforma cuando despertó usted. ¡Usted despertó! Si su despertar hubiera sido provocado, no habría resultado más oportuno. El pueblo, sin tener en cuenta los años que había usted pasado sumido en el sueño, había decidido despertarle y plantearle sus problemas...

Hizo un gesto significativo y Graham movió la cabeza para indicarle que comprendía.

—El Consejo discutió sin lograr ponerse de acuerdo. Siempre lo hacen. No pudieron decidir qué debían hacer con usted. Por esto lo tuvieron prisionero.

—Comprendo, comprendo. Y ahora, dígame, ¿ganamos nosotros?

—Ganamos. Sí, ganamos. Esta noche, en un combate de cinco horas. De pronto, atacamos por todas partes. Los oficiales de los Ventiladores, la Compañía Laboral y sus millones, rompieron sus ligaduras. Conseguimos el dominio de los aeropilos.

—Sí —dijo Graham, suponiendo que aeropilo debía significar máquina volante.

—Eso era, por supuesto, esencial, o de lo contrario hubieran conseguido huir. Toda la ciudad se alzó en rebelión. De cada tres hombres, uno estuvo luchando. Todas las fuerzas azules, todos los servicios públicos, excepto unos cuantos aeronautas y la mitad de la policía roja. Usted fue rescatado y la policía de las plataformas, porque dentro del edificio del Consejo no cabía más que la mitad, ha sido desarmada o liquidada. Todo Londres es nuestro ahora. Sólo queda el edificio del Consejo. La mitad de los oficiales de la policía roja que quedaron se perdieron en aquel valeroso intento de volver a capturarlo. Cuando lo perdieron a usted, perdieron la cabeza y enviaron todas sus fuerzas al teatro. Allí los dejamos incomunicados con el edificio del Consejo. Esta noche ha sido en verdad una noche de victoria y por todas partes ha brillado su estrella. Ayer el Consejo

Blanco gobernaba como ha gobernado durante una gruesa de años, durante siglo y medio, y de pronto, debido a unas cuantas frases murmuradas en voz baja y a varias armas repartidas a escondidas...

—Soy muy ignorante —dijo Graham—. Supongo... No comprendo claramente las condiciones de la lucha y le agradecería que me las explicara. ¿Dónde está el Consejo? ¿Dónde tiene lugar la batalla?

Ostrog atravesó la habitación, se oyó un chasquido y de pronto se hallaron sumidos en la oscuridad interrumpida únicamente por un disco ovalado de luz. Graham lo miró intrigado.

Entonces vio que el disco grisáceo había adquirido profundidad y color. Parecía una ventana ovalada que dejara ver una escena extraña.

A la primera mirada no logró comprender de lo que se trataba. Era una escena que tenía lugar a la luz del día, a la luz de un día brillante y claro. En medio de la escena y entre él y lo que se veía al fondo, un grueso cable de blanco alambre retorcido se elevaba verticalmente. Entonces advirtió que las filas de grandes ruedas de molino que veía, los espacios desiertos, los ocasionales abismos de tinieblas, eran iguales a aquéllos por los que había huido del edificio del Consejo. Distinguió una fila de figuras rojas que atravesaban un espacio abierto escoltadas por hombres vestidos de negro y comprendió, antes de que Ostrog hablara, que estaba contemplando la superficie superior del Londres moderno. La nieve había desaparecido. Supuso que el espejo era un moderno sustituto de la cámara oscura, pero Ostrog no se lo explicó. Vio que aunque la fila de figuras rojas avanzaban de izquierda a derecha, salían de la pantalla por la izquierda... Quedó momentáneamente asombrado y después vio que la escena pasaba lentamente por el disco.

—Dentro de un momento contemplará la batalla —dijo Ostrog a su lado—. Esos hombres vestidos de rojo son prisioneros. Éste es el tejado de Londres, porque ahora los edificios son continuos. Las calles y las plazas están cubiertas y las irregularidades y los vacíos de la época victoriana han desaparecido.

Un objeto desenfocado ocultó la mitad de la escena. Y por su forma, Graham supuso que se trataba de un hombre. Se vio el brillo del metal, algo barrió el disco con mucha ligereza y la escena volvió a verse una vez más con claridad. Entonces Graham vio muchos

hombres que corrían entre las ruedas de molino, apuntando con armas de las que salían pequeñas nubes de humo. Estas nubes fueron haciéndose más y más espesas hacia la derecha y los hombres gesticulaban y parecían gritar, aunque del disco no salió ningún sonido. Los hombres y las ruedas de molino pasaron lenta y firmemente por el espejo.

—Ahora veremos el edificio del Consejo —dijo Ostrog.

Muy despacio apareció una sombra negra que atrajo la atención de Graham. Pronto dejó de ser una sombra para convertirse en una cavidad, en un inmenso espacio negro que interrumpía los edificios y del que salían leves columnas de humo en dirección al pálido cielo invernal. Masas ruinosas del edificio, columnas y vigas truncadas, se veían confusamente en aquella cavernosa oscuridad. Y sobre aquellos vestigios de un local grandioso, se esparcían unos individuos diminutos que trepaban por entre los montones de ruinas.

—Éste es el edificio del Consejo —dijo Ostrog—, su último baluarte. Los muy locos gastaron municiones que les hubieran permitido resistir durante un mes, en volar los edificios que les rodeaban para detener nuestro ataque. ¿No oyó la explosión? Rompió casi todos los cristales de la ciudad.

Mientras hablaba, Graham vio que más allá de aquella zona de ruinas, elevándose a gran altura, había una masa blanca. Aquella masa había quedado aislada por la despiadada destrucción de todo lo que había a su alrededor. Negras manchas señalaban las partes que el desastre había deshecho. Enormes locales habían sido abiertos y la decoración de sus interiores se veía tristemente a la luz del amanecer invernal. Junto a los muros dentados caían cables rotos y retorcidos y cilindros metálicos. Y entre todos aquellos detalles se movían pequeños puntos rojos: los defensores del Consejo. De vez en cuando un débil resplandor iluminaba las desiertas sombras. A primera vista le pareció a Graham que se producía un ataque sobre aquel aislado edificio blanco, pero después descubrió que los rebeldes no avanzaban, sino que se hallaban refugiados entre las colosales ruinas que rodeaban aquel último baluarte de los luchadores vestidos de rojo. No cesaban de disparar.

¡Pensar que no hacía aún diez horas que él estaba debajo del

ventilador de una pequeña habitación en el interior de aquel lejano edificio preguntándose lo que estaría ocurriendo en el mundo!

Contemplando la escena con más atención, mientras aquel episodio seguía desarrollándose en el centro del espejo, Graham vio que el edificio blanco estaba rodeado por todos lados de montones de ruinas, y Ostrog procedió a describirle con frases concisas de qué modo sus defensores habían querido, valiéndose de aquella destrucción, aislarse de los atacantes. Habló con tono indiferente de la pérdida de hombres que la rebelión había ocasionado. Señaló un depósito de cadáveres improvisado entre las minas y le mostró unas cuantas ambulancias que avanzaban rápidamente por la miñosa ranura que había sido una calle de plataformas móviles. Pero demostraba más interés en señalar el edificio del Consejo y la situación de los sitiadores. A los pocos minutos, la batalla civil que había hecho temblar a Londres, dejaba de ser un misterio para Graham. Aquella noche no había tenido lugar una tumultuosa revuelta, sino un golpe de Estado espléndidamente organizado. Los conocimientos de Ostrog eran asombrosos. Parecía saber con plena certeza el fin de los movimientos del más diminuto de los uniformes rojos o negros que se movían en la escena.

Alargó un brazo hacia la pantalla luminosa y señaló la estancia de la que Graham había huido, y a través de las ruinas el curso que había seguido. Graham reconoció la cuneta y las ruedas de molino junto a las que se había ocultado para pasar inadvertido a la máquina volante. El resto del camino que entonces siguiera se había derrumbado en la explosión. Contempló de nuevo el edificio del Consejo que ya estaba medio escondido y vio que aparecía por la derecha una colina con un grupo de cúpulas y pináculos, brumosa, confusa y distante.

—¿Ha sido, pues, completamente derribado el Consejo? —preguntó.

—Completamente.

—¿Y yo... es verdad que yo...?

—Usted es el dueño del mundo.

—Pero esa bandera blanca...

—Ésa es la bandera del Consejo, la bandera del Gobierno del mundo, que caerá de un momento a otro. La lucha ha terminado. Su ataque al teatro fue su última oportunidad. Sólo tienen unos mil

hombres y algunos de ellos les traicionarán. Tienen pocas municiones. Y nosotros estamos reviviendo las artes antiguas. Hemos vuelto a las fundiciones.

—Pero... ¿acaso es esta ciudad el mundo?

—Es casi lo único que les queda de su Imperio. En el extranjero las ciudades o se han alzado con nosotros o esperan el desarrollo de los acontecimientos. El despertar de usted los ha paralizado.

—¿No tienen los hombres del Consejo máquinas volantes? ¿Por qué no luchan con ellas?

—Tenían. Pero la mayor parte de los aeronautas estaban a nuestro lado en la revuelta. No quisieron correr el riesgo de luchar con nosotros, pero se negaron a hacerlo en contra. Tuvimos que ganamos a los aeronautas. La mitad de ellos estaban con nosotros y los demás lo sabían. En cuanto supieron que usted había conseguido escapar, los que le perseguían aterrizaron. Hace una hora matamos al que disparó contra usted. Hemos ocupado las pistas de vuelo en todas las ciudades que nos han sido posible y de este modo hemos logrado detener y capturar a los aeroplanos, y en cuanto a las pocas máquinas volantes que salieron, las mantuvimos bajo un tiroteo demasiado constante para que pudieran acercarse al edificio del Consejo. Además, si descendían no podrían volver a volar, por falta de espacio para despegar. Hemos destrozado algunas, otras se han rendido y el resto ha huido al continente en busca de una ciudad donde cobijarse, si es que consiguen llegar antes de que se les acabe el combustible. La mayoría de estos hombres se alegraron de ser hechos prisioneros, porque de este modo se hallaban fuera de peligro. Ser derribado en una máquina volante no es una perspectiva muy agradable. El Consejo no recibirá ninguna ayuda por esa parte. Sus días de gloria han terminado.

Se echó a reír y se volvió de nuevo hacia el reflejo ovalado para aclarar a Graham lo que significaba pista de vuelo. Hasta las cuatro más próximas se veían lejanas y oscurecidas por una ligera niebla mañanera. Pero Graham pudo notar que eran espacios muy grandes, a juzgar por cuanto les rodeaba.

Y después, cuando aquellas vagas sombras pasaron a la izquierda, apareció de nuevo la extensión por la cual los hombres desarmados y vestidos de rojo habían avanzado. Después surgieron las ruinas negras y después la blancura bloqueada del Consejo. No

parecía ya una sombra fantasmal, sino que brillaba a la luz del sol, porque la sombra de las nubes había pasado. A su alrededor, la lucha de pigmeos seguía en suspenso, pero los defensores rojos habían dejado de disparar.

De este modo, el hombre del siglo XIX contempló la escena final de la gran revolución, la forzada implantación de su Gobierno. De pronto pensó sobresaltado que aquél era su mundo y no el otro que había dejado atrás, que éste no era un espectáculo para contemplar, que en este mundo estaba ya lo que la vida le tenía preparado, que en este mundo estaban todos sus deberes, sus peligros y sus responsabilidades.

Hizo nuevas preguntas a Ostrog que éste comenzó a contestar. Pero en seguida se interrumpió bruscamente.

—Más adelante le explicaré todas estas cosas con detalles. De momento tenemos deberes que cumplir. La gente viene hacia aquí por las plataformas movibles desde todos los rincones de la ciudad. Los mercados y los teatros están abarrotados. Ha llegado usted en el momento oportuno. Todos reclaman su presencia y en el extranjero también quieren verle. París, Nueva York, Chicago, Denver, Capri, miles de ciudades se han levantado en armas, están indecisas y reclaman su presencia. Han deseado su despertar durante muchos años y ahora que se ha producido apenas pueden creerlo...

—Pero... Yo no puedo ir...

Ostrog contestó desde el otro lado de la habitación y la escena del disco ovalado palideció y se desvaneció cuando la luz invadió de nuevo la estancia.

—Hay fotografías cinetotéticas —dijo—. Cuando usted salude desde aquí al pueblo, miríadas y miríadas de personas de todo el mundo le verán también. En blanco y negro, naturalmente, no así. Y usted oirá sus gritos como fondo a los gritos de las gentes que le vean en realidad. También haremos uso de un instrumento óptico utilizado por algunas bailarinas y recitadoras. Es posible que usted no lo conozca. Se colocará debajo de una luz muy brillante, y por todo el mundo se verá una imagen aumentada de usted en una pantalla, de modo que el hombre que se halle en el rincón más alejado de la zona más remota podrá, si quiere, contar sus pestañas.

Graham se agarró desesperadamente a una de las preguntas que le bailaban en el cerebro.

—¿Cuál es la población de Londres?

—Veintiocho miríadas.

—¿Veintiocho qué?

—Más de treinta y tres millones.

Estas cifras eran tan enormes que a Graham le resultó imposible creer que fueran ciertas.

—Tendrá usted que decir algo —dijo Ostrog—. No lo que ustedes llamaban un discurso, sino lo que llamamos nosotros una «palabra». Una frase de seis o siete palabras, algo así como: «He despertado y mi corazón está con vosotros». Esto es lo que les gusta oír.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Graham.

—«He despertado y mi corazón está con vosotros». Acompañe esta frase de una inclinación de cabeza. Pero antes tenemos que conseguirle una túnica negra, porque el negro es su color. ¿Tiene algún inconveniente en hacerlo? Después se dispersarán a sus hogares.

—Estoy en sus manos —dijo Graham, titubeando.

Evidentemente Ostrog era de la misma opinión. Reflexionó un momento, se dirigió a la cortina y dio unas breves instrucciones a algunos criados invisibles. Casi inmediatamente trajeron una túnica negra, copia exacta de la que Graham había usado en el teatro. Mientras se la colocaba sobre los hombros, desde la habitación llegó hasta ellos el sonido de una campana. Ostrog se volvió hacia los criados con mirada interrogante, después pareció cambiar de opinión, echó una cortina a un lado y desapareció.

Por un momento Graham permaneció junto al deferente criado escuchando las pisadas de Ostrog. Se oyó una rápida pregunta que era contestada y rumor de hombres que corrían. La cortina volvió a abrirse y Ostrog reapareció visiblemente agitado. Cruzó la habitación a grandes pasos, apagó la luz, agarró a Graham por el brazo y señaló al espejo.

—Mire usted lo que ha ocurrido desde que dejamos de mirar —dijo.

Graham vio su dedo índice, negro y enorme, por encima del edificio del Consejo. Por un momento permaneció mirando sin comprender y al fin se dio cuenta de que el asta que había sostenido la bandera blanca estaba vacía.

—¿Eso quiere decir...? —comenzó.

—El Consejo se ha rendido. Su gobierno ha terminado para siempre. ¡Mire! —Ostrog señaló un objeto negro que subía a pequeños saltos por el palo, desplegándose según iba ascendiendo.

La escena ovalada palideció cuando Lincoln apartó las cortinas y entró en la habitación.

—La multitud está impaciente —dijo.

Ostrog siguió agarrando el brazo de Graham.

—Hemos alzado al pueblo —dijo—. Les hemos dado armas. Hoy, al menos, tenemos que cumplir sus deseos.

Lincoln mantuvo abierta la cortina para que Ostrog y Graham salieran...

Camino de los mercados Graham tuvo la transitoria visión de una larga y estrecha habitación pintada de blanco en la que unos individuos vestidos de azul pálido trasladaban de un lado a otro objetos que parecían ataúdes y parihuelas y que a su alrededor se movían otros que debían ser médicos. De aquella habitación salían sonidos y gritos. Vio una camilla vacía manchada de sangre y otras con unos individuos vendados y pálidos. Aquello no duró más que unos segundos mientras avanzaban y después desapareció esta escena, y siguieron avanzando hacia los mercados.

El rumor de la muchedumbre estaba ya muy cerca y se convirtió en un ruido atronador. Prendiendo su atención, apareció ante él un revoloteo de banderas negras, una masa vestida de azul oscuro, todo dentro de la enorme extensión del teatro que se hallaba junto a los mercados públicos. Comprobó que entraba en el teatro donde hizo su primera aparición, en el teatro del que había huido y que había estado sumido en la oscuridad y en el desorden, cuando escapó de la policía roja. Esta vez entró en él por una galería que se hallaba por encima del escenario. El local estaba brillantemente iluminado. Buscó con la vista el portalón por el que había huido, pero no logró distinguirlo entre tantos como había iguales. Tampoco pudo ver los asientos destrozados, los almohadones deshechos ni otros restos de la batalla, a causa de la densidad de la muchedumbre. El escenario, todo el local, estaba abarrotado. Mirando para abajo aquello parecía una enorme extensión de puntos rosados, cada uno de los cuales era una cara vuelta hacia él. Cuando hizo su aparición con Ostrog, el rumor de gritos cesó.

Cesaron las canciones y un interés común unificó el desorden.

Capítulo XIII

EL FINAL DEL VIEJO ORDEN

Según los cálculos de Graham, debía de ser casi mediodía cuando se arrió la bandera del Consejo. Pero tenían que pasar algunas horas antes de que se efectuara la rendición oficial y, por lo tanto, después de haber pronunciado la «palabra» se retiró a sus habitaciones en las Oficinas de los Ventiladores. La continua tensión de las últimas doce horas le habían dejado horriblemente fatigado y hasta su curiosidad se había extinguido. Durante un rato permaneció sentado, inerte y pasivo, con los ojos abiertos y después se durmió. Le despertaron dos médicos que traían estimulantes para que le sostuvieran durante las ceremonias siguientes.

Cuando hubo tomado aquellos líquidos y, siguiendo su consejo, se hubo bañado con agua fría, sintió que había recuperado la energía y el interés, y pronto estuvo en condiciones de acompañar a Ostrog a través de lo que a él le parecían millas de pasillos, ascensores y rampas hasta llegar a la escena final del gobierno del Consejo Blanco.

El camino zigzagueaba a través de una maraña de edificios. Al fin llegaron a un pasaje que mostraba al final una abertura rectangular, nubes iluminadas por los rayos del sol y los irregulares contornos del edificio del Consejo. Un tumulto de gritos llegó hasta sus oídos. Un momento después llegaron al borde de un alto edificio que dominaba toda la escena. El enorme lugar se presentó a los ojos de Graham no menos extraño y grandioso por haberlo visto ya desde el disco ovalado.

Aquel espacio del anfiteatro tenía la extensión de una milla. Estaba iluminado por el sol a la izquierda, y por abajo y la derecha sumido en sombras. Por encima del oscuro edificio del Consejo, que se alzaba en el centro de aquella nave, la gran bandera negra de la rendición seguía ondeando y se recortaba contra el horizonte. Estancias austeras, vestíbulos y pasillos estaban a la intemperie, se

veían cristales rotos por todas partes, centenares de cables retorcidos caían entremezclándose como algas marinas, y desde la base de todo aquello llegaba hasta donde él se encontraba el tumulto de innumerables voces, golpes violentos y sonido de trompetas. Alrededor de aquella blanca pila, todo estaba desolado. Veíanse moles ennegrecidas y destrozadas, los cimientos y la armazón de la fábrica que había sido destruida por orden del Consejo, millares de vigas, muros enormes, bosques de columnas. Por entre las ruinas relucía el agua corriente y allá lejos, al otro lado del espacio, fuera de aquella masa de edificios, surgía el extremo de una boca de agua a una altura de doscientos metros formando una cascada que se desplomaba con un ruido ensordecedor. Y por todas partes una inmensa multitud de gente.

Allá donde hubiera espacio y lugar para poner los pies hormigueaba la gente, diminuta pero perfectamente clara, excepto en las zonas donde los rayos del sol le prestaban un tono dorado. Todos aquellos seres trepaban por los muros tambaleantes, se reunían formando corros y grupos a los pies de las colinas, movíanse por entre el círculo de ruinas. El aire estaba lleno de sus gritos y todos se esforzaban por alcanzar el espacio central.

Los pisos superiores del edificio del Consejo aparecían desiertos. No se veía un solo ser humano. Solamente la bandera de la rendición ondeaba recortándose contra la luz. Los muertos debían de estar dentro del edificio, o escondidos por la multitud. Tal vez hubieran sido trasladados a otro lugar. Graham vio solamente unos cuerpos abandonados en los rincones de las ruinas o dentro del agua.

—Permita que le vean, señor —dijo Ostrog—. El pueblo desea verle.

Graham titubeó. Después se acercó al punto donde el borde de la pared caía vertical y permaneció allí mirando para abajo, como una solitaria figura negra que se recortaba contra el firmamento.

Poco a poco, entre las ruinas, se empezó a advertir su presencia. Entonces aparecieron grupos de hombres uniformados de negro, que empujaban a la multitud hacia el edificio del Consejo. Graham vio como las cabezas negras se convertían en puntos de color rosa al volver la cara hacia él y aquello le hizo comprender que había sido reconocido. Supuso que debía hacer alguna señal de que también él

los reconocía. Levantó el brazo, señaló el edificio del Consejo y se inmovilizó de nuevo. Los gritos entonces se hicieron unánimes, aumentaron de volumen y llegaron hasta él en oleadas de clamor.

El firmamento tenía un color verde azulado muy pálido y Júpiter brillaba al Sur cuando se efectuó la rendición. En lo alto del edificio se produjo un lento cambio y avanzó la noche, serena y maravillosa. Abajo, en la ciudad, todo era excitación, prisas, órdenes contradictorias, organizaciones espasmódicas y un clamor y una confusión ascendentes. Antes de que apareciera el Consejo, unos hombres jadeantes, dirigidos a gritos por la muchedumbre, transportaban a cuestras centenares de cadáveres de ciudadanos que habían perecido en la lucha cuerpo a cuerpo que había tenido lugar en aquellos pasillos y estancias.

Guardias vestidos de negro enmarcaban el camino que tenían que seguir los consejeros y hasta donde abarcaba la mirada por el azul crepúsculo de ruinas, en todos los rincones del ya capturado edificio del Consejo y en los edificios que lo rodeaban había una innumerable cantidad de gente, y sus voces recordaban el murmullo del mar sobre una playa de guijarros. Ostrog había elegido una enorme pila de ladrillos, y sobre ella se construía precipitadamente un estrado hecho de maderas y vigas metálicas. Sus partes esenciales estaban completas, pero aún se oían martillazos y golpes en las sombras que quedaban debajo de aquel edificio provisional.

Aquel estrado tenía una especie de tribuna pequeña en un nivel más elevado y en ella se hallaba Graham, entre Ostrog y Lincoln, delante de un grupo de oficiales de menos categoría. La tribuna estaba rodeada por una galería inferior mucho más ancha, en la que se hallaban alineados los guardias uniformados de negro de la revolución, con las pequeñas armas verdes cuyo nombre Graham ignoraba aún. Los que se hallaban junto a él advirtieron que sus ojos se movían continuamente desde la hirviente multitud que se agitaba en las ruinas, hasta la masa oscura del edificio del Consejo Blanco, de donde iban a salir los depositarios, para volver después a fijarse de nuevo en el pueblo. Las voces de la muchedumbre habían aumentado de volumen hasta convertirse en un tumulto ensordecedor.

Graham vio a los consejeros primero en la lejanía, iluminados por una de las luces que señalaban el camino que debían seguir. Era

un reducido grupo de figuras blancas que entornaban los ojos deslumbrados por el resplandor. En el edificio del Consejo habían estado sumidos en las tinieblas. Graham contempló cómo se aproximaban, cómo se iban acercando, dejando atrás primero una estrella eléctrica y después otra. El amenazador rugido del pueblo sobre el que habían ejercido su poder durante ciento cincuenta años se cernía sobre ellos. Cuando ya estaban cerca vio sus rostros cansados, pálidos y llenos de ansiedad y les vio parpadear a causa del resplandor que rodeaba a él y a Ostrog. Comparó entonces aquel parpadeo con las miradas llenas de frialdad que le habían dirigido en el vestíbulo del Atlas... Poco después pudo reconocer algunos de ellos: el hombre que había golpeado la mesa cuando habló Howard, un individuo corpulento de barba roja, y otro muy bajo, de facciones delicadas, con el cráneo de una forma curiosamente alargada. Se fijó en que dos estaban hablando en voz baja mientras contemplaban a Ostrog. Les seguía un hombre alto, moreno y atractivo, que avanzaba con la mirada fija en el suelo. Bruscamente levantó los ojos y miró a Graham un instante y luego a Ostrog. El camino que había sido trazado para ellos era tan irregular que tuvieron que dar una serie de vueltas antes de llegar a la improvisada escalera de madera que ascendía al estrado, donde habían de rendirse de un modo oficial.

—¡Nuestro Dueño y Señor! ¡Nuestro Dueño! ¡Dios y nuestro Dueño! —gritaba el pueblo—. ¡Al demonio el Consejo!

Graham contempló la multitud que se extendía por todas partes y volvió después la vista a Ostrog que permanecía a su lado, pálido, impasible e inmóvil. Su mirada se fijó después en el reducido grupo de los consejeros. A continuación contempló las estrellas del firmamento y su maravilloso destino se le representó con una claridad meridiana. ¿Era posible que aquella pequeña vida que había vivido doscientos años atrás fuera la suya y lo fuera ésta también?

Capítulo XIV

DESDE UN NIDO DE CUERVOS

De este modo, después de grandes retrasos y por una avenida de luchas y de dudas, un hombre del siglo XIX ocupó su puesto a la cabeza de aquel complejo mundo.

Cuando despertó del profundo y largo sueño que siguió a su rescate y a la rendición del Consejo, no reconoció nada de cuanto le rodeaba, pero haciendo un esfuerzo recordó todo lo que había ocurrido, al principio como si se tratara de una historia que había leído, como si fuera el tema de una novela. Y aun antes de que sus ideas se hicieran del todo claras, volvió a invadirle el gozo y el asombro por haber podido escapar y por lo que el destino le ofrecía. Era dueño de medio mundo, Señor de la Tierra. Esta nueva y grandiosa época le pertenecía. No deseaba ya que todas sus experiencias fueran un sueño. Por el contrario, quería convencerse a sí mismo de que eran completamente reales.

Un criado obsequioso le ayudó a vestirse, instruido por un servidor lleno de dignidad, un hombrecillo cuyas facciones delataban su origen japonés, aunque habla el inglés como si hubiera nacido en Londres. Este individuo le habló de la situación en que se hallaban los asuntos. La revolución era ya un hecho aceptado. En la ciudad había vuelto a reinar el orden. En el extranjero, la caída del Consejo había sido recibida con alegría. En ninguna parte el Consejo era visto con agrado, y las mil ciudades de la América occidental, que después de doscientos años seguían celosas de Nueva York, Londres y el Oriente, se habían alzado unánimemente dos días antes al conocer la noticia del encarcelamiento de Graham. En París proseguía la lucha. El resto del mundo se hallaba a la expectativa.

Mientras Graham desayunaba, el timbre de un teléfono sonó en un rincón de la estancia y su servidor le comunicó que la voz de Ostrog preguntaba cortésmente por su salud. Graham interrumpió

su colación para contestar. Poco después llegó Lincoln, y Graham expresó inmediatamente su deseo de hablar con todos y conocer la vida que le esperaba. Lincoln le informó de que tres horas después se celebraría una reunión de oficiales y sus esposas en los departamentos del Jefe de las Oficinas de Ventiladores. El deseo de Graham de atravesar las calles de la ciudad era imposible de realizar por el momento a causa del estado de excitación en que se hallaba el pueblo. Sin embargo, era posible que contemplara la ciudad a vista de pájaro desde el nido de cuervo del guardián de los Ventiladores. Por lo tanto, Graham fue conducido allí por su criado. Lincoln se excusó de acompañarle con frases corteses, por tener que atender asuntos administrativos de interés inmediato.

Sobre las ruedas de molino más gigantescas, se elevaba aquel nido de cuervo, a unos mil pies por encima de los tejados. Era un puntito redondo que se hallaba sobre una filigrana metálica sostenida por cables. Graham fue llevado hasta allí en una plataforma colgante, conducida asimismo por cables. En medio del tronco de frágil apariencia, había una pequeña galería de la que pendía un racimo de tubos, que vistos desde arriba parecían diminutos, rodando lentamente por el círculo de su raíl exterior. Se trataba de los espéculos que hacían funcionar los espejos de los ventiladores, en uno de los cuales Ostrog le había mostrado las primeras escenas de su Gobierno. Su servidor japonés subió delante de él y transcurrió para ellos casi una hora entre preguntas y respuestas.

Era un día primaveral lleno de promesas y el viento era muy cálido. El cielo tenía un color azul intenso y la enorme extensión de Londres refulgía bajo los rayos del sol. La atmósfera estaba libre de humo y de niebla y el aire era dulce como una caricia.

Exceptuando el óvalo irregular de ruinas que rodeaba el edificio del Consejo y la bandera negra de la revolución que allí ondeaba, la poderosa ciudad, vista desde arriba, mostraba pocos vestigios de la revuelta que había cambiado en una noche y un día los destinos del mundo. Una multitud de gente seguía burbujeando por encima de aquellas ruinas, y las inmensas pistas de vuelo de las que en tiempo de paz salía el servicio de aeroplanos hacia las grandes ciudades de Europa y América, estaban paralizadas y ocupadas por los vencedores. En un andamiaje sujeto por armaduras de hierro que

atravesaba las ruinas, un grupo de obreros se ocupaban en restaurar las conexiones de los cables que unían el edificio del Consejo con el resto de la ciudad a fin de transferir allí la residencia de Ostrog desde la Oficina de los Ventiladores.

Por lo demás, el espacio luminoso permanecía ininterrumpido. Tan grande era su serenidad en comparación con las zonas de los disturbios, que Graham, contemplándolo, pudo llegar a olvidarse de los millares de hombres que permanecían sumidos en aquel resplandor artificial entre el laberinto casi subterráneo, muertos, o moribundos por las heridas sufridas; pudo olvidar los hospitales improvisados, llenos de cirujanos, enfermeras y sanitarios; pudo olvidar todo el dolor y la consternación que tenían lugar a tantos pies de distancia. Allá abajo, en los ocultos pasillos del hormiguero humano, la revolución había triunfado y el color negro estaba a la orden del día, uniformes negros, banderas negras, guirnaldas negras por las calles. Y aquí, bajo la luz del sol, más allá del cráter de la lucha, como si nada hubiera ocurrido en la tierra, el bosque de ventiladores que se había multiplicado durante el gobierno del Consejo crujía pacíficamente mientras cumplía su incesante deber.

Allá lejos, claveteadas, melladas y dentadas por los ventiladores, las colinas de Surrey se elevaban azules y brumosas; hacia el Norte, más cerca, los duros contornos de Highgate y Muswell Hill estaban dentados igualmente. Y por toda la campiña, así lo comprendió Graham, en todos los montes y colinas, donde antes había habido cercados, casitas, iglesias, posadas y granjas entre sus árboles, ruedas de molino parecidas a las que ahora veía y que como ellas exhibían anuncios y símbolos distintos de la nueva era, arrojaban sus sombras giratorias y almacenaban incesantemente la energía que corría por las arterias de la ciudad. Por debajo, se movían los incontables rebaños del Trust de Alimentación Británico, con sus solitarios guardianes.

Ningún perfil conocido rompía la masa de edificios gigantescos que se extendía a sus pies. Graham sabía que la Catedral de San Pablo había sobrevivido y que muchos de los antiguos edificios de Westminster se hallaban cubiertos por los brotes gigantescos de la nueva era. Tampoco el Támesis emitía ningún reflejo plateado para romper la aridez de la ciudad. Los sedientos canales absorbían sus aguas antes de que llegaran a los muros de la ciudad. Su cauce y su

estuario, dragado y hundido, era ahora un canal de agua de mar, y millares de barqueros transportaban las mercancías hasta los mismos pies de los obreros. Vagos y brumosos hacia el Este, entre la tierra y el cielo, se elevaban los centenares de mástiles de las colosales naves que poblaban el Pool. Porque todo el tráfico pesado que no había prisa en recibir, llegaba allí en enormes barcos desde todos los rincones de la tierra, y las mercancías cuya llegada se esperaba con urgencia, eran traídas en naves mecánicas más rápidas y ágiles.

Y hacia el Sur, sobre las colinas, había grandes acueductos que conducían el agua de las alcantarillas. En tres direcciones distintas corrían líneas paralelas: las carreteras, punteadas de motas grises. Graham decidió salir a ver aquellas carreteras en la primera ocasión que se le presentara. Esto sería después de haber visitado el barco volante en el que iba a subir. El criado les describió las carreteras como un par de superficies ligeramente curvadas de cien metros de ancho, cada una para el tráfico que iba en una dirección y le dijo que estaban hechas de una sustancia llamada eadhamite, una sustancia artificial parecida a un cristal muy fuerte. Por ellas avanzaba un curioso tráfico de vehículos muy estrechos forrados de caucho con grandes ruedas individuales, vehículos de dos o cuatro ruedas, a una velocidad de una a seis millas por minuto. Los ferrocarriles habían desaparecido. Algunas presas veíanse aquí y allá en el centro de las carreteras de eadhamite.

Una de las primeras cosas que le llamaron la atención fueron los globos y las cometas de publicidad que se movían hacia el Norte y hacia el Sur por las rutas aéreas. No se veía ningún aeroplano. Su servicio había cesado, y solamente un pequeño aeropilo se elevaba sobre las colinas de Surrey, como un puntito insignificante.

Graham sabía ya, aunque le resultaba difícil de imaginar, que todas las aldeas y pueblos habían desaparecido. Solamente aquí y allá algún edificio semejante a un hotel se elevaba aislado y conservaba el nombre de una pequeña ciudad, como Bournemouth, Wareham o Swanage. El japonés le convenció rápidamente de que aquel cambio había sido inevitable. El viejo orden había llenado el campo de granjas. A cada dos o tres millas se alzaban las propiedades del terrateniente y el lugar donde habían estado la posada, la zapatería, la tienda de ultramarinos, la iglesia, el pueblo,

en una palabra. A cada ocho millas había una pequeña ciudad donde vivían el abogado, el mercader, el clasificador de lanas, el sillero, el cirujano, el veterinario, el médico, el pañero, el sombrerero, etcétera. A cada ocho millas simplemente porque un viaje de ocho millas, cuatro de ida y cuatro de vuelta, eran lo más que podía hacer el granjero. Pero cuando aparecieron los ferrocarriles, cuando aparecieron después los vehículos eléctricos y los rápidos automóviles que remplazaron a los coches y caballos, cuando las carreteras comenzaron a hacerse de madera, de caucho, de eadhamite y de toda clase de sustancias elásticas y duraderas, desapareció la necesidad de aquellos pequeños pueblos y crecieron las grandes ciudades. Éstas atrajeron al obrero con la fuerza de gravitación de un trabajo sin fin y al patrono con la promesa de un infinito océano laboral.

Y según fue haciéndose más elevado el nivel de vida y aumentando la complejidad del mecanismo del vivir, la existencia en el campo fue haciéndose más y más costosa, reducida e imposible. La desaparición del vicario y del juez de paz, la inutilidad del médico de pueblo debida a la aparición del especialista en la ciudad, robaron a los pueblos su último vestigio de cultura. Cuando el teléfono, el cinematógrafo y el gramófono remplazaron al periódico, al libro, al maestro de escuela y a la correspondencia, vivir fuera del alcance de los cables eléctricos era vivir como un salvaje aislado. En el campo no había medios de vestir ni de comer de acuerdo con las refinadas ideas de los tiempos, no había médicos para un caso de necesidad, no había empresas de negocios, ni objetivos en ningún campo social o comercial.

Además, los aparatos mecánicos en la agricultura hacían de un ingeniero el equivalente de treinta labradores. Por lo tanto, invirtiendo la situación del oficinista de ciudad en los días en que Londres era apenas habitable debido a lo malsano de su atmósfera, los granjeros y los labradores se precipitaban por carretera o por el aire a la ciudad, a su vida y a sus delicias nocturnas, para abandonarla de nuevo por la mañana. La ciudad se había tragado a la humanidad. El hombre había entrado en una nueva fase de su desarrollo. Primero apareció el nómada, el cazador, que fue seguido por el trabajador de las zonas agrícolas, cuyos pueblos, ciudades y

puertos no eran más que la residencia y mercado de la campiña. Como consecuencia lógica de una época de inventos, se produjo esta acumulación de hombres. Además de Londres, no había más que cuatro ciudades en Inglaterra: Edimburgo, Portsmouth, Manchester y Shrewsbury. Estas cosas, simples hechos normales para los hombres contemporáneos, convirtieron el cerebro de Graham en un torbellino. Y cuando intentó abarcar lo que ocurría en el continente, descubrió que aquello estaba más allá de sus fuerzas.

Tuvo una visión de ciudad tras ciudad, ciudades en grandes llanuras, ciudades junto a grandes ríos, ciudades a la orilla del mar, ciudades enmarcadas por montañas, entre nieve. En una gran parte del mundo se hablaba inglés, que, mezclado con los dialectos hispanoamericanos, hindú y africano, era el idioma de dos terceras partes de la tierra. En el continente, exceptuando en algunos lugares remotos, sólo se hablaban otros tres idiomas: el alemán, que llegaba hasta Antioquía y Génova y se unía con el español-inglés en Cádiz, un ruso afrancesado que se unía en Persia y Kurdistán con el inglés-indio y el inglés chapurreado que se hablaba en Pekín. El tercer idioma era el francés, todavía claro y brillante, el idioma de la lucidez, que compartía el Mediterráneo con el inglés-indio y el alemán y que llegaba al Congo por medio de un dialecto africano.

Y por todas partes, a través del mundo poblado de ciudades, excepto en los territorios administrados del «Cinturón Negro» en los trópicos, prevalecía la misma organización social cosmopolita, y en todas partes, desde el Polo al Ecuador, se extendían sus propiedades y responsabilidades. El mundo entero estaba civilizado y vivía en ciudades, el mundo entero era suyo.

En el Imperio Británico y a través de América apenas se disimulaba su poderío. El Congreso y el Parlamento se consideraban organizaciones arcaicas y anticuadas. Incluso en los dos Imperios de Rusia y Alemania, la influencia de su poderío era enorme. Había, por supuesto, problemas y posibilidades, pero en la posición que ocupaban Rusia y Alemania, le parecían suficientemente remotas. En cuanto a la administración del «Cinturón Negro» y lo que aquello podía significar para él, no le concedió ni un pensamiento, como solía hacer en su vida del siglo XIX siempre que algo no era de su agrado. Ni siquiera se le ocurrió pensar que podían alzarse como

una gran amenaza para su porvenir. Su imaginación saltó del espectáculo que contemplaba hasta el recuerdo de un temor desvanecido.

—¿Dónde quedó el peligro amarillo? —preguntó.

Asano le rogó que se explicara. El espectro chino había desaparecido. Chinos y europeos estaban en paz. El siglo xx había descubierto con certeza que el chino medio era tan civilizado, más moral y mucho más inteligente que el siervo europeo medio y había repetido, a una escala infinitamente mayor, la fraternización de ingleses y escoceses que tuvo efecto en el siglo xviii.

—Lo pensaron mejor —explicó Asano—. Descubrieron que, al fin y al cabo, éramos hombres blancos.

Graham se volvió de nuevo a contemplar el paisaje y sus pensamientos tomaron una nueva dirección.

Al Sudoeste, envueltas en brumas, voluptuosas y horribles en cierto sentido, se alzaban las Ciudades de Placer, de las que tenía algunas referencias por el cinematógrafo-gramófono y por el viejo con quien se había tropezado en la calle y que le había hablado de ellas. Extraños lugares reminiscentes de la legendaria Síbaris, ciudades de arte y belleza, arte mercenario y belleza mercenaria, ciudades estériles y maravillosas, de ritmo y de música, a las que acudían todos cuantos se beneficiaban de la fiera e ignominiosa guerra económica que tenía lugar en el refulgente laberinto que se hallaba a sus pies.

Graham deducía que la lucha era fiera porque los hombres modernos pensaban en la Inglaterra del siglo xix como el mejor símbolo de una vida fácil e idílica. Volvió de nuevo la vista a la escena que tenía ante él intentando distinguir en aquella intrincada maraña algunas de aquellas grandes fábricas...

Sabía que al Norte estaban los alfareros, que no solamente hacían loza y porcelana, sino varias pastas y compuestos inventados por la química mineralógica más sutil. Fabricaban estatuillas y adornos y complicados mobiliarios. Allí estaban también los edificios donde unos autores, en febril competencia, hacían sus discursos y sus publicidades gramofónicas y trazaban los argumentos de sus siempre modernas y dramáticas obras cinematográficas. De allí salían también mensajes para todos los rincones del mundo, de allí salían las falsedades de los noticiarios,

las noticias de las máquinas telefónicas que habían remplazado a los periódicos del pasado.

Hacia el Oeste, más allá del destrozado edificio del Consejo se elevaban las vastas oficinas del Gobierno y Control Municipal, y hacia el Este, hacia el puerto, se hallaban las zonas comerciales, los inmensos mercados públicos, los teatros, los lugares de reunión, palacios de apuestas, los billares y los campos de pelota-base y de fútbol, los parques zoológicos e innumerables templos de las sectas cristianas y semicristianas, los mahometanos, los budistas, los gnósticos, los adoradores de fantasmas, los adoradores de íncubos, los adoradores de muebles y así sucesivamente. Hacía el Sur se alzaba una vasta manufactura de textiles, picantes, vinos y condimentos. De extremo a extremo se movía la incontable multitud por las rugientes plataformas metálicas. Una gigantesca columna de la cual los vientos eran siervos incansables, y las incesantes ruedas de molino, símbolo apropiado.

Pensó en la población sin precedentes que había sido absorbida por aquella esponja de estancias y galerías, en los treinta y tres millones de seres, cada uno de los cuales representaba su propio drama, y la satisfacción que la belleza del día y el esplendor del paisaje, y, sobre todo, la consciencia de su propia importancia, habían creado, acabó por desaparecer. Al mirar hacia abajo desde aquella altura, le resultó posible al fin imaginarse aquella abrumadora multitud de treinta y tres millones, la realidad de la responsabilidad que había caído sobre sus hombros, la profundidad del remolino humano sobre el que pendía su sutil soberanía.

Intentó entonces imaginarse la vida individual de aquellos seres y le asombró comprobar lo poco que había cambiado el hombre a pesar del visible cambio de las condiciones que le rodeaban. La vida y la propiedad estaban aseguradas contra la violencia en casi todo el mundo, las enfermedades cimóticas y bacteriales de todas clases habían desaparecido por completo, todo el mundo tenía suficiente comida y vestidos, la temperatura estaba graduada en las calles... Todo esto había sido conseguido mediante el progreso mecánico de la ciencia y la organización física de la sociedad. Pero Graham empezaba a descubrir que las masas seguían siendo masas, indefensas en las manos del demagogo y el organizador, individualmente cobardes y dominadas por sus apetitos

colectivamente incalculables. Recordó entonces las infinitas figuras vestidas de color azul pálido. Millones de aquellos hombres y mujeres no había salido nunca de la ciudad, no habían visto nada más allá del pequeño grupo que los rodeaba, nada de lo que constituía los negocios del mundo y no tomaban más que una parte ininteligente e insatisfecha en sus placeres más vulgares. Recordó las esperanzas de sus desaparecidos contemporáneos y por un momento se le representó el Londres que Morris había soñado en su libro *News from Nowhere* y la tierra perfecta descrita en la magnífica obra de Hudson, *Crystal Age*, apareció ante él en un ambiente de pérdida infinita. Recordó también sus propias esperanzas.

Porque en los últimos días de aquella apasionada vida que ya se hallaba tan lejos, la concepción de una humanidad libre e igual había estado grabada en su mente. Graham había esperado, como había esperado su época, dándolo temerariamente por hecho, que el sacrificio de muchos por unos pocos cesaría algún día, que estaba cercano el día en que todo hombre nacido de mujer tendría derecho a ser feliz. Y aquí, después de doscientos años, la misma esperanza, todavía incumplida, latía apasionadamente en la ciudad. Graham comprendió que después de doscientos años la pobreza y todos los dolores de sus tiempos se habían hecho más grandes que nunca y habían aumentado con la ciudad hasta adquirir sus mismas proporciones gigantescas.

Sabía ya algo de la historia de los años intermedios. Se había enterado de la decadencia moral que había seguido al colapso de la religión sobrenatural en las mentes de hombres innobles, de la decadencia del honor público y la creciente preponderancia de la riqueza. Porque los hombres que habían perdido su fe en Dios, habían conservado la fe en la propiedad, y la riqueza gobernaba un mundo banal.

Su criado japonés, Asano, comparó la historia política de los dos siglos intermedios con una semilla devorada por insectos parásitos. Al principio, la semilla madura con fuerza, pero después un insecto pone un huevo bajo su piel y al poco tiempo la simiente no es más que una forma exterior hueca cuya sustancia ha sido devorada por una larva activa. Después acude un parásito secundario, alguna mosca icneumon que pone un huevo dentro de la larva, hasta que

también ella se convierte en un cuerpo vacío y el nuevo ser viviente vive dentro de la piel de su predecesor y al fin ocupa todo el interior de la semilla. Pero la piel de ésta sigue conservando su forma, la mayoría de la gente cree que se trata de una semilla y ella misma es posible que esté convencida de que es una simiente, vigorosa y llena de vida.

—El reinado de la época victoriana —dijo Asano— era como esta semilla... Una monarquía con el corazón devorado.

Los terratenientes, los ricos y los aristócratas, empezaron a devorarlo con el rey Juan. Hubo intervalos, pero decapitaron al rey Carlos y acabaron prácticamente con el rey Jorge, que no era más que la sombra de un rey... ya que el verdadero poder estaba en manos del Parlamento. Pero el Parlamento, el órgano de los poderosos, no mantuvo su fuerza durante mucho tiempo. El cambio se produjo en el siglo XIX. Los privilegios se habían desarrollado hasta incluir masas de hombres ignorantes, «miríadas urbanas», que votaban juntos a millares, sin fisonomía ni facciones características. Y la consecuencia natural de un grupo demasiado numeroso es el gobierno de los organismos de partidos. Ya en la época victoriana el poder había pasado a la maquinaria de partidos, secreta, compleja y corrompida. Rápidamente el poder pasó a manos de los hombres de negocios que manejaban las máquinas y hubo un tiempo en que el verdadero poder y los intereses del Imperio se hallaban en los Consejos del partido, que gobernaban por medio de la Prensa y los organismos electorales. Eran dos pequeños grupos de hombres ricos y poderosos que al principio se oponían el uno al otro y que acabaron actuando al unísono.

Hubo en una ocasión una reacción de carácter completamente ineficaz. Existían aún innumerables libros, según el relato de Asano, que así lo demostraban. La publicación de algunos de ellos había tenido efecto durante los primeros años del sueño de Graham. Tratábase de una literatura completamente reaccionaria. El partido de la reacción se había encerrado en sus estudios y se había revelado con firme decisión... sobre el papel. La urgente necesidad de capturar a los Consejos del partido o privarles de su poderío es la idea común que predomina en todos los libros serios escritos en los primeros años del siglo XX, tanto en América como en Inglaterra. En algunos de estos aspectos, América estaba más adelantada que

Inglaterra, aunque los dos países tenían el mismo objetivo.

Pero la contrarrevolución no llegó a efectuarse. Nunca logró mantenerse pura. A los hombres les quedaba muy poco del antiguo sentimentalismo y de la antigua fe en la rectitud. Cualquier organización que se hacía suficientemente importante para tener influencia en las elecciones era tan compleja, que podía ser socavada, dividida o comprada por los poseedores de grandes riquezas. Los partidos socialista y popular, reaccionario y puro, demostraron que no eran otra cosa que lonjas de acciones que vendían sus principios al mejor postor. La preocupación de los ricos era, naturalmente, mantener intactas las propiedades para poder hacer el juego del comercio, del mismo modo que la preocupación feudal había sido la caza y la guerra. El mundo entero fue explotado y convertido en el campo de batalla de los negocios y las convulsiones financieras. El azote de las divisas y las guerras de tarifas hicieron más daño durante el siglo xx (porque la desdicha consiste en una vida triste y árida más que en una muerte rápida) que la guerra, las pestes y el hambre habían hecho en las horas más negras de los siglos anteriores.

Graham sabía ya el papel que había desempeñado en el desarrollo de ésta era. Mientras tenían efecto las fases sucesivas del surgir de esta civilización mecánica, había nacido una nueva fuerza: el Consejo y los depositarios, que apoyaron el desarrollo de esta civilización, para acabar dirigiéndolo. Al principio se había tratado únicamente de la unión casual de los millones de Isbister y de Warming, de una simple empresa legataria de una propiedad, de la formalización de los caprichos de dos testadores sin hijos, pero el talento colectivo de su primera constitución le había hecho adquirir rápidamente una gran influencia, hasta que por medio de emisiones y préstamos, bajo cien disfraces y seudónimos, se había ramificado por los estados inglés y americano.

Esgrimiendo su enorme influencia y poderío, el Consejo adquirió rápidamente una fisonomía política y durante su desarrollo había hecho continuo uso de su riqueza para dirigir el timón de las decisiones políticas y de sus ventajas políticas para adquirir más riquezas. Por último, las organizaciones de partidos de los dos hemisferios se hallaron en sus manos y se convirtió en un Consejo interno de control político. Libró su última lucha contra la tácita

alianza de las grandes familias judías. Pero aquellas familias estaban unidas únicamente por un débil sentimiento. En cualquier momento su patrimonio podía poner una gran parte de los recursos en manos de un niño, de una mujer o de un retrasado mental. Matrimonios y legados hacían desaparecer centenares de millares en un instante. El Consejo estaba libre de estas alteraciones de continuidad.

El Consejo original no se componía únicamente de doce individuos de habilidad excepcional. Aquellos hombres se fundieron, formando un Consejo de genios. Sus objetivos eran la riqueza y la influencia política y estas dos cosas se ayudaban mutuamente. Con asombrosa previsión, el Consejo gastó enormes sumas de dinero en el arte de volar, reservándose aquel invento para el momento indicado. Utilizaba las leyes patentadas y mil métodos semilegales para poner impedimentos a todos los investigadores que rehusaban trabajar con él. En los primeros años de su existencia se sirvió de cuantos hombres inteligentes existían porque pagaba el precio que le era exigido. En aquellos días su política era vigorosa, infalible y no tenía en contra, mientras crecía de un modo incesante y firme, más que el Gobierno caótico y egoísta. Al cabo de cien años, Graham, el Durmiente, era dueño casi absoluto de África, América del Sur, Francia, Londres e Inglaterra y la influencia del Consejo se utilizaba en fines prácticos. Era una fuerza en América del Norte, que era entonces la potencia más importante del Nuevo Continente. El Consejo compró y organizó en China, se filtró en Asia, mutiló los imperios del Viejo Mundo, los socavó financieramente, luchó contra ellos y los derrotó.

Y esta creciente usurpación del mundo se llevó a cabo de un modo tan hábil, a modo de un pulpo —centenares de blancos, compañías y sindicatos eran las pantallas tras las cuales se ocultaban las operaciones del Consejo—, que ya estaba muy avanzada antes de que el hombre de la calle se diera cuenta de la tiranía que se le había impuesto. El Consejo nunca dudaba, nunca vacilaba. Los medios de comunicación, la tierra, los edificios, los gobiernos, los municipios, las compañías territoriales de los trópicos, toda empresa humana fueron absorbidos golosamente por el Consejo. Al mismo tiempo, instruía y ejercitaba a sus hombres, a su policía ferroviaria, a su policía de carreteras, a sus guardas

urbanos y de edificios, a sus guardas de alcantarillas y cables y a sus legiones de trabajadores de la tierra. El Consejo no combatió a los sindicatos, sino que los minó, engañó y acabó por comprarlos. Finalmente, compró el mundo; y el broche de oro con que cerró su obra fue la introducción del vuelo humano.

Cuando el Consejo chocaba con sus obreros en alguno de sus inmensos monopolios y hacía algo que era abiertamente ilegal, sin recurrir siquiera a la cortesía del soborno, el antiguo orden, alarmado por los beneficios que obtenía el Consejo, trataba de buscar sus armas. Pero ya no existían ejércitos ni marinas de combate. Había llegado la era de la paz. Los únicos buques capaces de ser utilizados como buques de guerra eran las grandes naves del Trust de Navegación del Consejo. Éste controlaba las fuerzas de policía, la policía de los ferrocarriles, de los buques, de sus inmensas explotaciones agrícolas, etcétera. En resumen, los encargados del Consejo, de cuidar del tiempo y de cuidar del orden, estaban en proporción de diez a uno con las abandonadas fuerzas de los organismos municipales de las naciones. Y vinieron las máquinas volantes. Todavía vivían hombres que recordaban el último gran debate que hubo en la Cámara de los Comunes de Londres. El partido de la legalidad, contra el cual estaba en minoría el Consejo, sostuvo una encarnizada lucha. Se recordaba también que los diputados subieron a la terraza del Parlamento para contemplar aquellas grandes aeronaves que desconocían, en su vuelo sereno y majestuoso por encima del Parlamento. El Consejo había llegado a la cima de su poder. El último rastro de democracia que había permitido la propiedad privada, ilimitada e irresponsable, había sido borrado.

A los ciento cincuenta años de dormirse Graham, los componentes del Consejo habían arrojado sus caretas y gobernaban abiertamente en su nombre. Las elecciones se habían convertido en una alegre formalidad más, en una costumbre antigua y sin significado, en una locura senil. Existía un Parlamento social, totalmente ineficaz, que se reunía de vez en cuando, y existía un rey legítimo de Inglaterra que, desheredado, alcoholizado e idiota, trabajaba en un *cabaret* de segunda categoría. De este modo, el maravilloso sueño del siglo XIX, el noble proyecto de la libertad individual y de la felicidad universal, desacreditado por la

superstición de la propiedad absoluta y por los feudos religiosos que habían arrebatado a los hombres normales la posibilidad de la educación, robándoles las normas de conducta y haciéndoles despreciar las leyes morales, se había convertido poco a poco en una plutocracia combatiente y por último en el Gobierno de un plutócrata supremo. Finalmente, el Consejo había renunciado incluso a molestarse en hacer que sus decretos fueran promulgados por las autoridades constitucionales, y Graham, una figura inmóvil, hundida y amarillenta, que no estaba ni muerta ni viva, se había convertido en una gran figura corpórea, en la personificación del Dueño de la Tierra. Y así fue que al despertar se encontró dueño de aquella herencia. Abrió los ojos y pudo verse de pie bajo un cielo claro y sin nubes, contemplando la grandeza de su dominio.

¿Para qué había despertado? ¿Era aquella ciudad, aquella colmena de trabajadores sin esperanza, la refutación definitiva de sus antiguas ilusiones? ¿O acaso todavía estaban vivos los rescoldos del fuego de la libertad, aquel fuego que tanto calor y llamas diera en su vida pasada? Pensó en la emoción y en el impulso vivo que contenía el himno de la revolución. ¿Era acaso aquel himno una mera añagaza de la demagogia, que había que olvidar una vez cumplido su cometido? ¿Era la esperanza que todavía sobrevivía en él, sólo el recuerdo de cosas ya abandonadas, o el vestigio de un credo ya gastado? ¿O, por el contrario, tenía un significado más amplio, un destino entrelazado con el de la humanidad? ¿Con qué objeto había despertado? ¿Cuál era su misión? El mundo se hallaba desplegado bajo sus pies como en un mapa. Pensó en los millones y millones de seres humanos que, unos tras otros, y siguiéndose de un modo incesante, habían salido de las tinieblas del no ser para entrar en las tinieblas de la muerte. Y todo esto, ¿con qué objetivo? Evidentemente, este objetivo debía de existir, pero sobrepasaba los límites de su imaginación. Por primera vez comprendió con claridad su infinita pequeñez, vio crudamente el trágico contraste entre la fuerza humana y los deseos del humano corazón. En aquellos breves instantes se vio como un accidente insignificante de la vida y comprendió la grandeza de sus deseos. De pronto, su insignificancia le resultó intolerable, le resultaron intolerables sus aspiraciones y sintió el irresistible impulso de rezar. Y rezó. Rezó oraciones vagas, incoherentes, contradictorias. Su alma se ensanchó y atravesó el

tiempo y el espacio por entre una múltiple confusión de cosas y seres, buscando algo, alguien que pudiera comprender sus anhelos y apoyarle.

Allá abajo, hacia el Sur, un hombre y una mujer, en una terraza, estaban respirando el aire de la mañana. El hombre elevaba una especie de anteojó para poder espiar el edificio del Consejo y estaba enseñando a la mujer cómo debía utilizarlo. Al poco rato su curiosidad quedó satisfecha. Desde donde estaban no podían ver señales de derramamiento de sangre y empezaron a mirar por el anteojó, escudriñando el cielo. En su campo de visión entró el nido de cuervo y allí vieron dos diminutas figuras negras, tan minúsculas, que se hacía difícil creer que fueran seres humanos. De las dos figuras, una estaba mirando en todas direcciones y la otra parecía gesticular con las manos extendidas hacia la silenciosa vaciedad del cielo. Ella pasó al hombre el anteojó, y él miró y exclamó:

—¡Es el Señor! —exclamó—. ¡Creo que es el Señor...! ¡Sí, estoy seguro, es el Señor!

Dejó de mirar por el anteojó y dijo a la mujer:

—Está agitando las manos como si rezara. Me gustaría saber qué es lo que intenta. ¿Estará adorando al sol? En su época no había aquí parsis, ¿verdad?

Volvió a mirar.

—Ahora está quieto... Supongo que aquella actitud se debía a la casualidad.

Bajó el anteojó y permaneció pensativo.

—No tendrá otra cosa que hacer más que divertirse. ¡Sólo divertirse...! Ostrog será el que llevará la batuta. No le quedará otro remedio, si quiere mantener sujetos a esos necios trabajadores. ¡Y pensar que lo consiguió sólo con dormir! ¡Qué mundo más maravilloso!

Capítulo XV

GENTE PROMINENTE

Los lujosos departamentos del Guardián de los Ventiladores le hubieran parecido asombrosamente complicados a Graham de haber entrado en ellos directamente después de su vida en el siglo XIX, pero ya iba acostumbrándose a las cosas de la nueva era. Aquellos departamentos no pueden describirse utilizando las palabras vestíbulo y habitación, ya que un complicado sistema de arcos, puentes, pasajes y galerías dividía y unía cada una de las partes del gran espacio principal. Graham llegó a ellos atravesando uno de los paneles corredizos que ya le iban resultando familiares y que había en el descansillo de un tramo de escalera muy ancha y de escalones de poca altura. En esta escalera había visto hombres y mujeres vestidos con mucha más riqueza de lo que hasta entonces había observado. Desde aquel punto podía ver todo un intrincado sistema de ornamentación en blanco mate, morado y púrpura, atravesado por puentes que parecían hechos de porcelana y filigrana y que iban a perderse en un misterio brumoso de papeles corredizos. Mirando hacia arriba vio los pisos de galerías ascendentes llenos de personas que le contemplaban. El aire estaba lleno del murmullo de innumerables voces y de una música alegre que provenía de lo alto y cuyo origen nunca logró descubrir.

La nave central estaba llena de gente, pero no puede decirse que estuviera abarrotada. El número de personas presentes debía ascender a muchos millares. Estaban brillantemente, o por mejor decir, fantásticamente vestidas. Los hombres iban vestidos de un modo tan caprichoso como las mujeres, ya que hacía mucho tiempo que había desaparecido la sobria influencia del concepto puritano sobre el traje masculino. Aunque algunos llevaban el cabello largo, la mayoría lo llevaba ondulado de una manera que indicaba la mano del peluquero. La calvicie había desaparecido de la tierra. Abundaban los peinados compuestos de masas de pelo rizadas que

hubieran fascinado a Rossetti, y un caballero que fue señalado a Graham con el misterioso título de un «amador», llevaba el pelo arreglado en dos bandas «a la Marguerite». Había muchas coletas, lo que daba la impresión de que los ciudadanos de origen chino no se sentían avergonzados de su raza. No existía uniformidad en la moda del vestido. Los hombres mejor formados exhibían sus simétricas líneas bajo una especie de traje de baño. Por un lado se veían trajes abullonados y llenos de cortes, mientras por otro aparecían mantos y túnicas. Quizá la influencia que prevalecía fuera la moda de la época de León X, pero también se hacía observar el concepto estético del lejano Oriente. La obesidad masculina, que en la época victoriana se hubiera visto sujeta a las torturas de unos botones muy apretados y a la despiadada exageración de unos trajes de etiqueta demasiado estrechos, ahora constituía la base de la dignidad y de los pliegues colgantes. También abundaba la airosa esbeltez. A Graham, que era un hombre típicamente rígido, procedente de un período austero, estos hombres no sólo le parecieron excesivamente garbosos, sino también demasiado expresivos en sus gestos y modales. Gesticulaban, expresaban sorpresa, interés, diversión y sobre todo, con asombrosa franqueza, las emociones que en sus mentes producían las mujeres que había a su alrededor. A primera vista, era evidente que había una gran mayoría femenina.

Las damas que andaban en compañía de estos caballeros desplegaban menos énfasis y más picardía en sus vestidos, en su comportamiento y en su actitud. Algunas adoptaban en su modo de vestir una sencillez clásica y una hábil sutileza en los pliegues, siguiendo la moda del primer Imperio francés y mostrando unos brazos y unos hombros seductores al paso de Graham. Otras llevaban trajes muy ajustados, sin costuras ni nada que los sujetara por el talle, o con grandes pliegues que caían desde los hombros. Las deliciosas confidencias de los vestidos de noche no se habían visto disminuidas por el paso de dos siglos.

Los movimientos de todos eran graciosos. Graham dijo a Lincoln que los hombres le parecían dibujos de Rafael, y Lincoln le contestó que el saber hacer una serie de gestos apropiados era una parte de la educación de toda persona rica. La entrada del Señor fue recibida con sonrisas y aplausos, pero aquella gente demostró la distinción

de sus modales al no precipitarse sobre él ni molestarle con una persistente curiosidad a medida que descendía la escalera en dirección al salón.

Graham sabía ya por conducto de Lincoln que aquéllos eran los dirigentes de la sociedad londinense. Casi todas las personas que estaban allí reunidas aquella noche eran o altos funcionarios o parientes inmediatos de altos funcionarios. Muchos habían vuelto de las Ciudades de Placer europeas, expresamente para darle la bienvenida. Las autoridades aeronáuticas, cuya desertión había jugado un papel tan importante en la derrota del Consejo que podía decirse que era sólo inferior al desempeñado por Graham, destacaban entre los demás, como también destacaban las personalidades del Control de los Ventiladores. Entre otros, había allí algunos de los funcionarios más preeminentes del Trust de la Alimentación. El jefe de las Tocinerías Europeas tenía una apariencia melancólica, un aire interesante y unos modales delicadamente cínicos. Un obispo vestido con todo su traje talar pasó por delante de Graham charlando con un caballero vestido exactamente igual que el tradicional Chaucer, sin olvidar la corona de laurel.

—¿Quién es ése? —preguntó Graham.

—El obispo de Londres —dijo Lincoln.

—No me refiero a ése, sino al otro.

—Un poeta laureado.

—¿Todavía...?

—Claro está que no hace poseía. Es un primo de Wotton uno de los consejeros, pero es uno de los monárquicos de la Rosa Roja, un club delicioso que sigue manteniendo estas tradiciones.

—Asano me dijo que existe un rey.

—El rey no pertenece al club. Tuvieron que expulsarlo. Supongo que se debe a la sangre de los Estuardo, pero...

—¿Acaso era excesivo?

—Más que excesivo.

Graham no lograba darse cuenta perfecta de la situación, pero le pareció que aquello era una parte de la inversión general producida por la nueva época. Inclínó la cabeza con condescendencia a la primera persona que le presentaron. Era evidente que aún en esta reunión prevalecían las sutiles diferencias de clase y que sólo había

una pequeña parte de los reunidos a quienes Lincoln consideraba de categoría suficiente para presentárselos a Graham. El primero a quien presentó fue al Jefe de la Aeronáutica, un individuo cuyo rostro quemado por el sol contrastaba de forma extraña con los delicados cutis de todos los que le rodeaban. De momento, el hecho de haber desertado del Consejo en un instante crítico, le convertía en una persona muy importante.

A juicio de Graham, sus modales eran mucho más finos que los de los demás. Hizo unas cuantas observaciones corrientes, afirmó su lealtad y preguntó abiertamente por la salud del Señor. Sus ademanes eran vivaces y en su modo de hablar no se notaba el acento que tanto llamaba la atención a Graham. Dijo de una manera clara que él era un hombre rudo, un viejo «lobo del aire» —utilizó estas palabras—, que no se andaba con tonterías, que era un hombre viril, cortado a la moda antigua y que no presumía de saber mucho, pero que lo que él no supiera no valía la pena de ser conocido. Hizo una inclinación varonil ostentosamente libre de servilismo y se retiró.

—Me alegro de que esta clase de tipos se conserve —dijo Graham.

—Fonógrafos y cinematógrafos —dijo Lincoln, con cierto despecho—. Ha aprendido de la vida.

Graham volvió a contemplar la maciza figura que le resultaba vagamente reminiscente de tiempos pasados.

—La verdad es que lo compramos —añadió Lincoln—. En parte... Y en parte temía a Ostrog. Pero todo dependía de él.

Se volvió entonces bruscamente y le presentó al Inspector General del Trust de Educación Pública. Era un individuo apuesto vestido con el manto azulgris de los académicos. A través de sus lentes de tipo Victoriano, dirigió a Graham una mirada rebosante de cordialidad e ilustró sus palabras con gestos de sus manos cuidadosamente manicuradas. Graham se interesó inmediatamente por las funciones de aquel hombre y le preguntó una serie de cosas muy interesantes. El Inspector General pareció divertido ante la brusquedad de aquellas preguntas. Fue algo vago refiriéndose al monopolio de la educación que su compañía poseía. Se hacía mediante un contrato con el Sindicato que regía los numerosos municipios londinenses, pero se expresó entusiásticamente sobre los

progresos pedagógicos llevados a cabo desde la época victoriana.

—Hemos conquistado la memoria —dijo—. La hemos conquistado completamente. Ya no se celebra en el mundo un solo examen. ¿No le alegra?

—¿Cómo consiguen hacer aprender a la gente? —preguntó Graham.

—Hacemos atractivo el estudio, todo lo atractivo posible. Al que no le atrae, lo dejamos... Abarcamos un campo inmenso.

Pasó entonces a explicar detalles y ambos sostuvieron una extensa conversación. El inspector General mencionó a Pestalozzi y a Froebel con profundo respeto, aunque demostró no tener un conocimiento íntimo de sus obras que marcaron un hito en la pedagogía. Graham supo que todavía subsistían los estudios universitarios, pero de otra manera.

—Tenemos un cierto tipo de joven, por ejemplo —dijo el Inspector General, pavoneándose ante la idea de su utilidad—, que siente una verdadera pasión por los estudios superiores, siempre que no sean demasiado difíciles. Jóvenes así los tenemos a millares. En este momento, casi quinientos gramófonos están dando conferencias en distintas partes de Londres sobre la influencia ejercida por Platón y Swift en los conflictos amorosos de Shelley, Hazlitt y Burns. Después, los alumnos escriben ensayos sobre las conferencias escuchadas, y sus nombres, por orden de mérito, son expuestos en lugares visibles. ¿Se da usted cuenta de cómo ha crecido la semilla de la cultura? Hoy ha desaparecido por completo la inculta clase media de sus tiempos.

—¿Y cómo funcionan los colegios de enseñanza media? —preguntó Graham—. ¿Están también bajo su control?

—Por completo —repuso el Inspector General.

En sus primeros y democráticos días, Graham había sentido un gran interés en los Institutos y sus preguntas se hicieron más frecuentes. Se acordó de ciertas frases casuales que había oído al viejo con quien habló en la oscuridad y el Inspector General se las aclaró.

«Hemos suprimido la memoria», era una frase que Graham estaba empezando a interpretar en el sentido de que se había suprimido todo trabajo continuo. El Inspector General empezó a ponerse sentimental.

—Hemos tratado de hacer que las escuelas elementales sean agradables para los niños. ¡Tendrán que ponerse a trabajar tan jóvenes! Les inculcamos unos cuantos principios muy sencillos a base de obediencia y actividad.

—¡Ustedes les enseñan muy poco!

—¿Para qué más? El saber proporciona dificultades y disgustos. Los entretenemos y aun así surgen molestias y agitaciones. De dónde sacan los trabajadores sus ideas, es una cosa que no me explico. Se las transmiten de uno a otro. Hay sueños socialistas y hasta anarquistas. Los agitadores siempre se meten entre ellos, y creo, y siempre he creído, que mi principal obligación consiste en luchar contra el descontento popular. ¿Por qué hacer a la gente desgraciada?

—No lo sé —repuso Graham, pensativo—. Hay muchas cosas que me gustaría saber.

Lincoln, que no había apartado la vista de Graham durante esta conversación, intervino.

—Quedan otros —dijo en voz baja.

El Inspector General de Educación se alejó gesticulando.

—Quizá —prosiguió Lincoln— le guste conocer alguna de estas damas.

Había observado que Graham las miraba casualmente.

La hija del gerente de las tocinerías del Trust Europeo de la Alimentación era una personilla especialmente encantadora, con pelo rojo y ojos azules muy vivos. Lincoln le dejó un rato para que hablara con ella, que se mostró una entusiasta de los «buenos tiempos pasados», como los llamaba. Mientras hablaba, no dejaba de sonreír y sus ojos brillaban de una manera que exigía la sonrisa recíproca.

—He intentado muchas veces —dijo— imaginarme los tiempos románticos. ¡Y pensar que para usted son recuerdos! ¡Qué extraño debe parecerle ahora el mundo! He visto fotografías y cuadros de los viejos tiempos, con aquellas casas aisladas, pequeñas, de ladrillos, construidas con barro quemado y todas negras por el hollín de sus hogares, los puentes de ferrocarril, los sencillos anuncios, aquellos hombres solemnes, puritanos, vestidos con curiosas chaquetas lar gas y negras y aquellos sombreros altos, los trenes de hierro sobre puentes elevados, caballos, ganado y hasta

perros corriendo medio salvajes por las calles... Y, de repente, se ve usted en medio de esto...

—¿Esto? —repitió Graham.

—Fuera de su vida, de todo lo que le era familiar.

—Mi vida antigua no era una vida feliz —dijo Graham—. No la echo de menos.

Ella le miró rápidamente. Hubo una breve pausa.

—¿No? —murmuró con un suspiro.

—No. Era una vida sin significado. Pero esto... Creíamos que el mundo ya era bastante complejo y civilizado y, sin embargo, me doy cuenta, aunque no llevo en este mundo más que cuatro días, de que mi época anterior era una época curiosa y bárbara, el mero principio de este nuevo orden. Usted no puede darse cuenta de lo poco que yo sé.

—Puede preguntarnos lo que desee —ofreció ella.

—Dígame entonces quiénes son aquellos señores. Todavía no sé nada de ellos y me intrigan. ¿Son generales?

—¿Los que llevan esos sombreros y esas plumas?

—No, ya supongo que no lo son. Deben de ser los que controlan los grandes negocios públicos. ¿Quién es aquél de aspecto distinguido?

—¿Aquél? Es un funcionario muy importante. Se llama Morden. Es el Director General de la Compañía de Píldoras Antibiliosas. Tengo entendido que sus obreros llegan a fabricar en las veinticuatro horas del día una miríada de miríadas de píldoras. ¡Imagínese! ¡Una miríada de miríadas!

—¡Una miríada de miríadas! No me extraña que parezca tan orgulloso —dijo Graham—. ¡Píldoras! ¡Qué época más prodigiosa! ¿Y aquel individuo vestido de morado?

—No es exactamente miembro del círculo más selecto, pero nos resulta agradable... Es listo y muy divertido. Es uno de los jefes de la Facultad de Medicina de la Universidad de Londres. Todos los médicos son accionistas de la Compañía de la Facultad de Medicina y visten ese morado especial. Hay que estar doctorado, pero son señores a los que se paga unos honorarios por hacer algo.

Graham sonrió ante las pretensiones sociales de aquella gente.

—¿Hay aquí alguno de vuestros grandes artistas o escritores?

—Escritores, ninguno. Generalmente, se trata de gente muy rara.

¡Se preocupan tanto de sí mismos! Discuten y riñen de una forma insoportable. Algunos de ellos hasta se pelean por quien debe tener la preferencia en una escalera. ¿No es horroroso? Pero creo que está aquí Wraysbury, el capilotomista de moda. Viene de Capri.

—¿Capilotomista? —repitió Graham—. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. ¡Un artista!

—Tenemos que cultivarlo —explicó ella con aire de excusa—. Nuestras cabezas están en sus manos.

Graham vaciló antes de expresar las frases galantes que se esperaban de él, pero su mirada fue suficientemente expresiva.

—¿Han aumentado las artes al ritmo de las demás cosas? —preguntó—. ¿Quiénes son vuestros grandes pintores?

Ella lo miró con un gesto de duda y luego se echó a reír.

—Por un momento —dijo riendo— creí que se refería a... Usted se refiere, claro está, a aquellos buenos hombres a quienes tanto consideraban porque eran capaces de cubrir grandes superficies de tela con pintura al óleo, que luego otra gente metía en marcos dorados y colgaba en hilera en sus habitaciones. Ya no tenemos nada de eso. La gente se cansó de aquello.

—Pero ¿qué creía usted que yo quería decir?

La joven se puso un dedo significativo sobre la mejilla, cuyo color estaba por encima de toda sospecha, sonrió y le miró de forma incitante y atractiva.

—Y aquí —murmuró señalando uno de sus párpados.

Graham tuvo un pensamiento audaz, pero el grotesco recuerdo de un cuadro que había visto en alguna parte, de un viejo y una viuda, le vino repentinamente a la memoria. Le sobrevino una vergüenza arcaica y se dio cuenta de que le contemplaban muchas personas que se interesaban por él.

—Ya veo —dijo sintiéndose molesto.

Miró a su alrededor y su mirada tropezó con innumerables ojos que inmediatamente fijaron la vista en otra parte. Hasta llegó a ruborizarse.

—¿Quién es aquel hombre que está hablando con una señora vestida de color azafrán? —preguntó evitando la mirada de ella.

Supo que el individuo en cuestión era uno de los grandes organizadores de espectáculos teatrales americanos, que acababa de llegar de una gigantesca representación en México. Su rostro

recordó a Graham un busto de Calígula. Otro sujeto de extraña apariencia era el jefe de los Trabajadores Negros. Por el momento el título no le impresionó, pero más tarde le volvió a la memoria. La damita con quien se hallaba le señaló, sin embarazo ninguno, una de las esposas subsidiarias del obispo anglicano de Londres e hizo un elogio del valor del prelado. Hasta entonces había existido la norma de la monogamia en el clero, lo que, según ella, era una situación antinatural y artificiosa.

—¿Por qué restringir el desarrollo natural de los sentimientos solamente porque el hombre sea un sacerdote...? Y a propósito, ¿es usted anglicano?

Graham iba a preguntar algo acerca de la situación legal de la «esposa subsidiaria», que al parecer era un eufemismo, pero el regreso de Lincoln cortó esta conversación tan interesante y llena de sugerencias. Cruzaron la nave hacia un lugar donde un individuo de alta estatura vestido de carmín y dos encantadoras jóvenes con trajes birmanos, o al menos se lo pareció a Graham, le estaban esperando respetuosamente. Después de cambiar unas cuantas frases de cortesía, fue presentado a otras personas.

Al cabo de un rato, sus múltiples impresiones empezaron a organizarse y a formar un cuadro general. Al principio, la brillantez de la reunión había irritado los sentimientos democráticos de Graham, y le había hecho sentirse hostil y satírico. Pero no está en la humana naturaleza resistir una atmósfera de deferente admiración, y pronto la música, la luz, el juego de colores y los desnudos brazos y hombros que le rodeaban, los apretones de manos, el interés pasajero en los rostros sonrientes y el murmullo de voces bien moduladas, junto con la atmósfera de cortesía, interés y respeto se habían entrelazado hasta lograr un tejido de indudable placer. Graham olvidó por un momento sus antiguas decisiones. Cedió insensiblemente ante la intoxicación de su posición, sus modales se hicieron más naturales y adoptó un aire de superioridad más convincente. Andaba ya con firmeza, su manto negro caía con atrevidos pliegues y el orgullo ennoblecía su voz. «Después de todo —pensó— es un mundo interesante».

Su mirada vagó aprobatoria por el móvil colorido de la gente, descansando aquí y allá en una amable crítica de las caras. Al cabo de un rato se le ocurrió que debía una especie de excusa a aquella

encantadora jovencita de cabello rojo y ojos azules y se sintió culpable de haberle hecho un desaire. No era correcto ignorar sus avances, a pesar de que su política le obligara a rechazarlos. Se preguntó si la volvería a ver y de pronto hubo algo que transformó el brillo de la reunión y que cambió su significado.

Levantó la vista y vio, pasando por un puente de porcelana y mirándolo a él, una cara que se ocultó inmediatamente. La cara de la joven que había visto la noche anterior en la pequeña estancia detrás del teatro, después de escapar del Consejo. Le estaba mirando con la misma expresión de curiosidad con que le había mirado cuando lo viera por primera vez. De momento, Graham no recordó dónde había sido y luego, al recordarlo, volvió a sentir algunas de las emociones que experimentó en su primer encuentro. Pero la música de baile que lo rodeaba, alejó de su memoria las notas de aquel himno que escuchara en la revolución.

La señora con quien estaba hablando volvió a repetir su observación anterior y Graham se enfrascó de nuevo en la conversación en que estaba sumido.

Pero desde aquel momento, una vaga intranquilidad, un sentimiento que creció hasta convertirse en descontento, invadió su mente. Sintió cierto remordimiento por un deber medio olvidado, por una sensación de que, entre todas aquellas luces y brillantez, algo muy importante se le estaba escapando. Cesó la atracción que hacia él ejercían las mujeres fascinadoras que le rodeaban. Dejó de dar respuestas vagas y torpes a los sutiles avances amorosos que estaba seguro de que le hacían y sus ojos vagaron de cara en cara buscando nuevamente aquella que de tal modo había satisfecho su sentido de la belleza. Pero no volvió a verla hasta un momento en que estaba esperando el regreso de Lincoln para abandonar la reunión. En contestación a una pregunta, Lincoln le prometió que se haría un intento para volar aquella misma tarde si el tiempo lo permitía, y se marchó para arreglar unos detalles.

Graham se hallaba en una de las galerías superiores conversando con la dama de ojos brillantes sobre el tema de la eadhamite. El tema había sido elegido por ella. Había interrumpido sus cálidas afirmaciones de devoción personal con una pregunta concreta, y descubrió como ya le había ocurrido con otras damas aquella noche, que era más encantadora que culta. De repente, y luchando

por imponerse a la fácil melodía que resonaba en el local, el himno de la revolución, aquella canción, áspera y de masas que había oído en el teatro, llegó hasta él desde arriba.

Miró hacia allí sobresaltado y percibió encima de él un ojo de buey a través del cual había llegado la canción. Por él vio los cables superiores, el resplandor azul y la red de la que pendían las luces de las vías públicas. Oyó cómo la canción era repetida por un tumulto de voces y cómo cesaba. Después escuchó con mucha claridad el rumor de las plataformas móviles y el de la muchedumbre. Tuvo la vaga sensación, cuyos orígenes no logró explicarse, de que, fuera, en las calles, debía de haber una enorme multitud mirando el local en donde su Señor se estaba divirtiendo e intentó imaginarse sus pensamientos.

Aunque la canción había cesado bruscamente y a pesar de que la música del salón volvió a imponerse, el tema del himno quedó en su mente.

La dama de ojos brillantes todavía seguía luchando con los misterios de la eadhamite, cuando Graham se dio cuenta de la presencia de la joven que viera en el teatro. Venía a lo largo de la galería y se dirigía hacia él. Fue Graham quien la vio primero. Iba vestida con un traje gris ligeramente luminoso. Su cabello oscuro, encima de las cejas, era como una nube, y cuando él la vio, la fría luz procedente de la abertura circular caía sobre sus ojos llenos de tristeza.

La mujer que continuaba aún debatiéndose con la eadhamite, observó el cambio en su expresión y aprovechó la ocasión.

—¿Le gustaría conocer a aquella joven, señor? —preguntó osadamente—. Es Helen Wotton, sobrina de Ostrog. Sabe muchas cosas y es una de las personas más serias del mundo. Estoy seguro de que le gustará.

Instantes después, Graham estaba hablando con ella y la dama de ojos brillantes se había alejado.

—La recuerdo a usted muy bien —dijo Graham—. Estaba en aquel cuarto pequeño cuando todo el mundo cantaba y llevaba el compás con los pies, antes de que yo atravesara el teatro.

La turbación momentánea que había poseído a la joven desapareció. Fijó gravemente la mirada en él.

—Fue maravilloso —dijo. Titubeó y volvió a hablar con un

súbito esfuerzo.

—Toda aquella gente hubiera muerto por usted; señor. Aquella noche fueron incontables los que murieron.

Su rostro brillaba a causa de la excitación. Miró rápidamente hacia todos lados para comprobar que nadie podía escuchar sus palabras.

Lincoln apareció a lo lejos en la galería abriéndose paso hacia ellos a través de la multitud. Ella lo vio y se volvió hacia Graham con ansiedad e hizo un cambio brusco hacia la confidencia y la intimidad.

—Señor —dijo rápidamente—, ahora no puedo hablar, pero el pueblo es muy desgraciado. Está oprimido y mal gobernado. No se olvide del pueblo que se enfrentó con la muerte para que usted pudiera vivir.

—Yo no sé... —comenzó Graham.

—No puedo hablar ahora.

La cara de Lincoln apareció ya muy cerca de ella. Hizo una inclinación hacia la joven, como excusándose.

—¿Le agrada el nuevo mundo, señor? —preguntó con sonrisa deferente e indicando el espacio y esplendor de la reunión con un gesto amplio—. Por lo menos lo encontrará cambiado.

—Sí —repuso Graham—, cambiado... Y, sin embargo, no tan cambiado.

—Espere a encontrarse en el aire —dijo Lincoln—. Ya ha cesado el viento. Tiene un aeropilo esperándole.

La actitud de la joven indicó que esperaba ser despedida. Graham la miró, estuvo a punto de hacerle una pregunta, advirtió cierta expresión en sus ojos, y haciendo una inclinación se volvió para acompañar a Lincoln.

Capítulo XVI

EL AEROPILO

Durante algún tiempo, Graham se sintió preocupado mientras recorría los pasajes de la Oficina de los Ventiladores en compañía de Lincoln, pero haciendo un gran esfuerzo se dispuso a escuchar lo que le decía su guía. Pronto sus preocupaciones se desvanecieron. Lincoln estaba hablando del vuelo. Graham sentía un gran deseo de adquirir un conocimiento más profundo de aquella invención humana y comenzó a acosar a Lincoln con preguntas. Había seguido con gran interés los comienzos de la navegación aérea durante su vida anterior, y le alegró descubrir que los nombres de Maxim y Pilcher, Langley y Chanute y, sobre todo, del protomártir aéreo Lilienthal, eran aún honrados por los hombres.

Ya en los años que había vivido en su existencia previa, la investigación había señalado dos tipos de aparatos completamente distintos. Y ambos habían sido conseguidos.

Por un lado estaba el gran aeroplano movido por un motor, una fila doble de planos horizontales con una hélice en la parte posterior. Y por otro, existía el aeropilo, mucho más rápido. Los aeroplanos solamente volaban seguros con una atmósfera en calma o con un viento moderado, y las tormentas repentinas, que ahora podían ser localizadas con toda precisión, los inutilizaban para todo fin práctico. Eran de un tamaño enorme. La longitud de las alas solía ser de seiscientos pies o más, y la del cuerpo central, de mil pies. Se hacía uso de ellos únicamente para el tráfico de pasajeros. El ligero vagón que transportaban, tenía de cien a ciento cincuenta pies de longitud. Estaba colgado de un modo especial, a fin de reducir en todo lo posible la compleja vibración que producía incluso el viento más moderado, y por la misma razón los pequeños asientos del interior (cada pasajero debía permanecer sentado durante el viaje) se balanceaban con gran libertad de movimientos. La puesta en marcha del mecanismo solamente era posible desde

una cabina gigantesca, en los raíles de una plataforma especialmente construida para ello. Graham había visto con toda claridad estas pistas, de vuelo, desde el nido de cuervo. Eran seis inmensas plataformas, cada una de las cuales contenía un vagón gigantesco.

La elección del punto de descenso era igualmente circunscrito, ya que era necesaria una superficie plana para tomar tierra con seguridad. Aparte de la destrucción que se causaría por el descenso de este inmenso aparato de madera y metal y de la imposibilidad de elevarse de nuevo, el choque con una superficie irregular, una ladera cubierta de árboles, por ejemplo, o un terraplén, bastaría para destrozar o causar sensibles daños a la armadura de la nave, para quebrar la armazón y quizá producir la muerte de todos los pasajeros.

Al principio, Graham sintió una gran decepción ante aquellos incómodos artefactos, pero pronto comprendió que las máquinas de menor tamaño serían menos remunerativas por la sencilla razón de que su capacidad de transporte quedaría disminuida proporcionalmente a la disminución del tamaño. Además, las gigantescas proporciones de aquellos aparatos les permitía, y esto era de la mayor importancia, atravesar el aire a enormes velocidades y de este modo no corrían el riesgo de tropezar con unas condiciones atmosféricas desfavorables, ya previstas. El viaje más corto, de Londres a París, duraba unos tres cuartos de hora, el salto a Nueva York se hacía en dos horas y, regulando el tiempo en las estaciones intermedias, era posible, en días buenos, dar la vuelta al mundo en veinticuatro horas.

Los pequeños aeropilos, como eran llamados sin que Graham supiera la razón, eran de un tipo completamente distinto. Varios de ellos iban de un lado para otro por el aire. Estaban hechos para llevar solamente uno o dos pasajeros y su mantenimiento era tan costoso que solamente podían ser utilizados por la gente rica. Eran de colores brillantes y consistían en dos pares de planchas laterales en el mismo plano, con una hélice detrás. Su pequeño tamaño hacía que el descenso en cualquier espacio abierto no fuera difícil ni desagradable y además era posible añadirles ruedas de caucho o incluso los motores corrientes de tráfico terrestre, para conducirlos al lugar más conveniente. Requerían un vagón especial muy ligero

para ascender, pero éste podía funcionar en cualquier espacio abierto desprovisto de edificios o árboles. Graham advirtió que la aeronáutica humana estaba todavía muy por debajo del don instintivo del albatros o el muscícapa. Los progresos se habían visto detenidos por la falta de algo que podría haber dado al aeropilo una mayor perfección. Estos aparatos no se habían utilizado nunca para la guerra. La última guerra internacional se había producido antes de la usurpación del Consejo.

Las pistas de vuelo londinense estaban juntas en una zona irregular de la ribera sur del río. Formaban tres grupos de dos y retenían los nombres de antiguas colinas suburbanas o pueblos. Se llamaban respectivamente Roehampton, Wimbledon Park, Streatham, Norwood, Blackheath y Shooter's

Hill. Eran estructuras uniformes que se elevaban por encima de los tejados generales de la ciudad. Cada una de ellas tenía unos cinco mil metros de longitud por unos mil de anchura y estaban construidas de un compuesto de aluminio y de hierro, que había sustituido al hierro en la arquitectura. Sus planchas superiores formaban un calado de vigas por el que ascendían escaleras y ascensores. La superficie más alta era una extensión plana con porciones, los vagones de puesta en marcha, que podían ser elevados y avanzar sobre unos raíles ligeramente inclinados hasta el borde de la superficie. Con la excepción de cualquier aeropilo o aeroplano que estuvieran en la base, estas superficies abiertas se mantenían desiertas para recibir a los aparatos que tomaban tierra.

Mientras tenía lugar el ajuste de los aeroplanos, los pasajeros tenían por costumbre esperar en los teatros, restaurantes, salas de proyección y lugares de placer y de deportes que se entremezclaban con las prósperas tiendas de la zona inferior. Esta porción de Londres era, por lo tanto, la más alegre de todas, con algo de la alegría meretriz de los puertos de mar o de las ciudades de hoteles. Para aquellos que tenían una concepción más elevada de la aeronáutica existía una atractiva colonia de capillas devocionales, mientras una serie de brillantes establecimientos médicos competían para suministrar toda clase de remedios para el viaje. A diferentes niveles por entre la red de cámaras y pasajes corría, además de las principales vías movibles de la ciudad que se

mezclaban y juntaban allí, un complejo sistema de pasillos especiales, ascensores y declives para el paso de pasajeros y equipajes, de una plataforma a otra. La principal característica de la arquitectura de esta sección era la ostentosa solidez de los pilares y de las vigas de metal que por todas partes rompían el paisaje y llenaban las naves y pasillos, entrelazándose para sostener el peso de las pistas y el impacto de los aeroplanos.

Graham se dirigió a las pistas de vuelo por las vías públicas. Le acompañaba Asano, su criado japonés, pues Lincoln había sido reclamado por Ostrog para tratar de asuntos administrativos. La guardia de la policía de los Ventiladores esperaba al Señor a la salida, para abrirle paso en la plataforma movable superior. Su visita a las pistas de vuelo había sido improvisada, pero, a pesar de todo, una multitud considerable se reunió a su alrededor y lo siguió hasta su punto de destino. A medida que avanzaba oyó que la gente repetía su nombre a gritos y vio innumerables hombres, mujeres y niños vestidos de azul, bajar por las escaleras del pasillo central gesticulando y gritando. No logró distinguir lo que gritaban y de nuevo le asombró la existencia evidente de un dialecto vulgar entre la clase inferior. Cuando al fin descendió, los guardias se vieron rodeados por una muchedumbre en el colmo de la excitación. Más tarde Graham pensó que algunos debieron intentar acercársele para hacerle peticiones. Su guardia logró al fin abrirle paso con grandes dificultades.

Un aeropilo con un aeronauta le estaba esperando en la pista occidental. Visto de cerca, el aparato no resultaba tan pequeño. Inmóvil sobre el vagón de impulso en la gran extensión de la pista de vuelo, su esqueleto de aluminio era tan grande como el casco de un yate de veinte toneladas. Sus alas laterales, atravesadas por unos nervios de metal semejantes a los nervios de las alas de las abejas y hechas de una membrana artificial transparente, proyectaban su sombra por encima de muchos metros cuadrados. Los asientos del ingeniero y de su pasajero colgaban en libertad por medio de un complejo sistema de ganchos entre los costados protectores de la armadura del aparato, en la parte central. El asiento del pasajero estaba protegido por un parabrisas y contenía varios cilindros metálicos en cuyo interior había almohadones de aire. Si se deseaba, podía cerrarse por completo, pero Graham, ansioso de

sensaciones nuevas, ordenó que lo dejaran abierto. El pasajero podía asegurarse firmemente al asiento, esto era casi inevitable al aterrizar, o podía trasladarse por medio de un pequeño raíl y un cilindro hasta un cajón colocado en el vástago de la máquina donde se hallaba su equipaje, y que con los asientos servía de contrapeso para las piezas del motor central que proyectaban la hélice de popa.

El motor era de apariencia muy sencilla. Asano, señalándole las diferentes piezas del aparato, le dijo que a semejanza del motor de gas de la época victoriana, era de tipo explosivo y consumía a cada giro una gota de una sustancia llamada «fomila». Consistía únicamente en una cubeta y un pistón que rodeaban la alargada y acanalada manivela del eje de la hélice. Esto fue todo lo que Graham vio de la máquina voladora.

En la pista de vuelo no había nadie más que Asano y su cuerpo de servidores. Siguiendo las instrucciones del aeronauta, Graham se colocó en el asiento y bebió a continuación un líquido que contenía extracto de centeno, bebida que, según le explicaron, era administrada invariablemente a los que se disponían a volar para contrarrestar el posible efecto de la disminución de la presión del aire sobre el cuerpo humano. Una vez así preparado, se mostró dispuesto a emprender el viaje. Asano le quitó de la mano el vaso vacío, saltó al suelo y permaneció en pie sobre la pista saludándole con la mano. De pronto, pareció deslizarse rápidamente por la pista y desaparecer.

El motor rugía, la hélice giraba y durante unos segundos la pista y los edificios que se elevaban en la lejanía se movieron horizontalmente ante la mirada de Graham y después parecieron inclinarse con brusquedad. Graham se agarró instintivamente a los pequeños rodillos que tenía a ambos lados. Sintió que se elevaba y oyó el silbido del viento por encima del parabrisas. La hélice giraba con poderosos movimientos rítmicos: uno, dos, tres, pausa; uno, dos, tres, pausa; que el ingeniero controlaba con maestría. El motor empezó a producir una vibración que duró todo el viaje y los tejados de la ciudad se movieron con rapidez hacia estribor haciéndose cada vez más pequeños. Graham separó la vista de la cara del ingeniero y miró hacia delante. No había nada extraordinario en lo que vio. Un funicular muy rápido le hubiera producido una sensación semejante. Reconoció el Edificio del

Consejo y el Highgate Ridge. Y entonces miró por entre sus pies.

Unos instantes se apoderó de él un profundo terror y una pavorosa sensación de inseguridad. Se agarró convulsivamente a los cilindros y permaneció un segundo con los ojos cerrados. A unos cien pies por debajo de él se hallaba uno de los grandes ventiladores del sudoeste de Londres, y más allá se distinguía la más alejada de las pistas de vuelo, cubierta de pequeños puntos negros. Todas estas cosas se alejaban de él a gran velocidad y sintió el impulso momentáneo de perseguir la tierra. Apretó los dientes, levantó los ojos haciendo un esfuerzo muscular, y el momento de pánico pasó.

Conservó los dientes apretados durante un minuto y los ojos fijos en el cielo. Top, top, top, hacía el motor; top, top, top... Asíó con fuerza los cilindros, miró al aeronauta y sorprendió una sonrisa en su rostro curtido por el sol. Sonrió a su vez, de un modo un poco forzado, y gritó, prescindiendo de su dignidad:

—¡Resulta un poco extraño al principio!

Pero no se atrevió a mirar abajo por segunda vez, y mantuvo la vista fija, por encima de la cabeza del aeronauta, en el punto donde una vaga línea del horizonte se juntaba con el cielo. No lograba arrojar de su mente la idea de los accidentes que podían producirse. Top, top, top... ¿Qué ocurriría si fallaba uno de los tornillos de la máquina? ¿Qué ocurriría si...? Hizo un esfuerzo para echar a un lado aquellas preocupaciones, y por fin logró despejar su imaginación. Mientras tanto, seguía subiendo siempre, elevándose más y más en el espacio...

Cuando la sacudida mental de moverse sin soporte por el espacio hubo pasado, sus sensaciones dejaron de ser desagradables y se convirtieron en placenteras. Le habían prevenido contra el mareo, pero pensó que el movimiento pulsativo del aeropilo, mientras avanzaba por entre la suave brisa del sudoeste, era semejante al de un bote mecido por las olas y balanceado por un viento suave. Él había sido siempre buen marino. La sutileza del aire más rarificado en que se hallaban suspendidos, le producía una sensación de alborozo y de agilidad mental. Levantó la vista y distinguió el cielo lleno de nubecillas blancas. Miró con grandes precauciones hacia abajo, y vio una nube de pájaros blancos que volaban a gran altura y, durante unos instantes, permaneció con la vista fija en ellos. Después, con menos aprensión, prosiguió su

examen y vio el nido de cuervo del guardián de los Ventiladores, que iba haciéndose más pequeño a cada momento. A medida que fue recobrando su confianza, distinguió una hilera de colinas azules, y después, la ciudad de Londres, ya muy lejana. Sólo se veía un intrincado espacio de tejados. Su límite barrió todas sus aprensiones al producirle una profunda sorpresa. Porque lo que separaba a Londres del campo era como un muro, como una roca, una pared de trescientos o cuatrocientos pies, una fachada compleja y decorativa, interrumpida aquí y allá por una especie de terraza.

El paso gradual de la ciudad al campo por una extensa esponja de suburbios, característica en las grandes ciudades del siglo XIX, había desaparecido. No quedaba de ello más que unas cuantas ruinas veteadas con las malezas de las plantas heterogéneas, que en un tiempo habían adornado los jardines del cinturón, esparcidas por manchas parduzcas de terreno sembrado y fajas verdosas de vegetación invernal, que se internaban incluso por entre los vestigios de casas. Pero en su mayoría, los escollos y arrecifes de ruinas y los restos de villas suburbanas se alzaban entre sus calles y caminos, como unas extrañas islas en medio de extensiones de color verde y pardo, abandonadas muchos años antes por sus habitantes, pero por lo visto demasiado sustanciales para ser barridas por completo de los mecanismos agrícolas al por mayor de los nuevos tiempos.

Esta vegetación se ondulaba entre las innumerables células de muros ruinosos y se esparcía al pie del borde de la ciudad, en una marejada de zarzas, acebo, hiedra, cardencha y toda clase de hierbas de gran tamaño. Aquí y allá, algún palacio de placer se alzaba entre los mezquinos restos de los tiempos Victorianos y vías cubiertas de cables lo unían con la ciudad. Aquel día de invierno parecían desiertos, y desiertos también se veían los jardines artificiales situados entre las ruinas. Los límites de la ciudad estaban tan agudamente definidos como en los tiempos antiguos, cuando se cerraban las puertas al anochecer y los ladrones y criminales se acercaban inútilmente a las murallas. Una gigantesca garganta semicircular escupía un vigoroso tráfico sobre la Carretera de Eadhamite. De este modo, la primera perspectiva del mundo se presentó a los ojos de Graham. Cuando miró de nuevo hacia abajo en vertical, contempló la verde campiña del valle del Támesis e

innumerables y diminutas extensiones de tierra parda intercaladas de hilos brillantes, que constituían el sistema de alcantarillado de la ciudad.

Su júbilo aumentó rápidamente hasta convertirse en una especie de borrachera, y se sorprendió aspirando con fuerza, riendo y deseando prorrumpir en gritos. Poco después este deseo se hizo tan intenso, que cedió en él y comenzó a gritar.

El aparato se había elevado ya hasta la altura que los aeropilos tenían por costumbre alcanzar, y comenzó a trazar una curva en dirección sur. Graham notó que el manejo de la máquina se efectuaba abriendo o cerrando una o dos delgadas tiras de membrana en una de las alas, que eran completamente rígidas, y por el movimiento hacia delante y hacia atrás de todo el aparato, encima de sus soportes. El aeronauta puso el motor lentamente en movimiento hacia adelante y abrió la válvula del ala izquierda hasta que la popa del aeropilo estuvo horizontal y señaló al sur. En aquella dirección avanzaron con una leve alternación de movimientos; primero, una rápida y corta ascensión, y después, un deslizamiento hacia abajo, que resultaba muy agradable. Durante estos leves descensos, la hélice permanecía totalmente inmóvil. Las subidas daban a Graham una maravillosa sensación de haber coronado con éxito un esfuerzo, y las bajadas por entre el aire rarificado constituían una experiencia magnífica. Deseó no abandonar nunca más el espacio.

Durante algún tiempo contempló con interés los minúsculos detalles del paisaje que corría hacia el norte, debajo de él. Aquello le produjo un gran placer y quedó impresionado por las ruinas de las casas que en un tiempo poblaron los campos y por los vastos espacios de los que habían desaparecido también granjas y pueblos. Sabía ya que esto era así, pero verlo por sus propios ojos era algo muy distinto. Intentó descubrir lugares familiares para él en la desierta superficie que se extendía a sus pies, pero desde que habían dejado atrás el valle del Támesis, no logró encontrar un punto de partida. Sin embargo, pronto volaban por encima de una altura que Graham reconoció como Guildford

Hog's

Back, por el familiar perfil de la cañada de su borde oriental y por las ruinas de la ciudad que se elevaban a ambos lados de aquella

cañada. A partir de entonces le fue fácil distinguir Leith Hill, las zonas arenosas de Aldershot y así sucesivamente. La escarpa de los Downs estaba cubierta de gigantescas ruedas de molino, que se movían majestuosamente, y excepto donde la Carretera de Eadhamite de Portsmouth, punteada de bultos que se movían a gran velocidad, seguía la dirección del antiguo ferrocarril, todo estaba cubierto de matorrales.

Las ruedas de molino que se multiplicaban por toda la región en lo que su vista pudo alcanzar y la niebla lo permitió, eran tan grandes, que la mayor de cuantas había visto en la ciudad resultaba enana en comparación. Se movían con un ritmo majestuoso, empujadas por el viento del sudoeste. Aquí y allá se veían los rebaños del Trust Británico de Alimentación y un pastor se distinguía como un lejano punto negro. Después se vieron, bajo la armazón del aeropilo, los Wealden Heights, la línea de Hindhead, Pitch Hill y Leith Hill, con una segunda serie de ruedas de molino que parecían intentar robar a las de más abajo la parte de brisa que les correspondía. Los brezos purpúreos estaban moteados de argomón amarillo, y por la zona más alejada, un rebaño de bueyes negros corría delante de dos hombres a caballo. Rápidamente todo esto quedó atrás, perdió color y quedó reducido a unos cuantos puntos que acabaron por desaparecer.

Cuando éstos se hubieron desvanecido a lo lejos, Graham escuchó el canto de un pájaro muy cerca de él. Vio que se hallaba sobre los South Downs, y mirando por encima de su hombro, vio las murallas de la Pista de Aterrizaje de Portsmouth que se elevaban sobre la colina de Portsdown. Un momento después vio una serie de embarcaciones como si fueran ciudades flotantes, los pequeños puntos blancos de los Needles, empequeñecidos por la distancia e iluminados por el sol, y las aguas grises y brillantes del estrecho mar. A Graham le pareció que lo saltaban en un momento, pues unos segundos después surgió la isla de Wight, Debajo de él se extendía el mar, en algunos puntos oscurecido por la sombra de alguna nube, en otros manchado de color gris, en otros brillante como un espejo bruñido y en otros de color esmeralda. La isla de Wight fue haciéndose cada vez más pequeña, y pocos minutos después una franja de niebla gris se separó de las nubes, descendió del cielo y se convirtió en la línea de la costa soleada y clara del

norte de Francia. Se elevó, adquirió color, se hizo detallada y precisa y los límites de Inglaterra fueron alejándose velozmente.

Después de unos minutos, París surgió en el horizonte, permaneció allí algún tiempo y desapareció de pronto cuando el aeropilo enfiló la dirección norte. Graham tuvo tiempo de ver que la torre Eiffel seguía en pie y que junto a ella se elevaba una inmensa cúpula en cuya punta se hallaba la estatua de un Coloso, y notó también, aunque entonces no logró comprender de dónde procedía, una columna de humo. Él aeronauta dijo algo que sonó como «disturbios en las vías subterráneas», pero Graham no le hizo caso. Contempló los minaretes, las torres y los esbeltos edificios que surgían por encima de los ventiladores, y pensó que París, en cuestión de encanto y belleza, seguía aún por encima de su mayor rival, Londres. Mientras lo estaba mirando, un cuerpo azul pálido ascendió velozmente por encima de la ciudad, como una hoja muerta arrastrada por el huracán. Dibujó una curva y avanzó en dirección a ellos aumentando rápidamente de tamaño. El aeronauta le estaba gritando algo que Graham no logró comprender:

—¿Qué? —preguntó Graham sin decidirse a apartar la vista de aquel objeto.

—Aeroplano, señor —gritó el aeronauta señalando el aparato con el dedo.

Se elevaron y dibujaron una curva hacia el norte mientras el inmenso artefacto seguía acercándose y haciéndose más y más grande. El ruido producido por el motor del aeropilo, que le había parecido tan potente y rápido, se convirtió de pronto en un sonido lento y monótono comparado con la prisa vertiginosa del monstruo que se acercaba. ¡Qué grande parecía, qué veloz y seguro! Pasó muy cerca de ellos exhibiendo unas grandes alas transparentes cubiertas de cables que parecían tener vida propia. Graham tuvo una momentánea visión de filas y filas de pasajeros bien abrigados, acomodados en sus cabinas protegidas del viento por parabrisas, de un ingeniero vestido de blanco que avanzaba luchando contra el viento por la vía que unía aquellas cabinas, de varios motores poderosos que latían al unísono, de una enorme hélice y un gran trozo de ala. La visión de aquello le produjo una gran emoción, pero un instante después había pasado.

Se elevó ligeramente y las alas del aeropilo temblaron por el aire

que removía a su paso. Descendió después y comenzó a disminuir de tamaño. Ellos apenas se habían movido, cuando el otro aparato se convirtió de nuevo en un pequeño objeto azul que avanzaba en el espacio. Aquél era el aeroplano que hacía el viaje de Londres a París. Con buena temperatura y en tiempos de paz, iba y venía cuatro veces al día.

Atravesaron el canal, muy despacio a juicio de Graham, cuyas ideas se habían ampliado, y Beachy Head surgió tímidamente a su izquierda.

—Tierra —dijo el aeronauta con una voz que apenas se podía oír a causa del silbido del viento por encima del parabrisas.

—Todavía no —gritó Graham riendo—. Todavía no. Quiero aprender más cosas referentes a esta máquina.

—Quise decir... —dijo el aeronauta.

—Quiero conocer mejor esta máquina —repitió Graham—. Voy con usted.

Saltó de su silla y avanzó por el protegido raíl que le separaba. Se detuvo un segundo y cambió de color, mientras sus manos se agarraban con fuerza a los soportes. Un paso más y se halló al lado del aeronauta. Sintió la presión del aire sobre sus hombros como un peso y su sombrero salió volando por el aire. El viento huracanado le removió el pelo en todas direcciones. El aeronauta manipuló entonces precipitadamente para reajustar los centros de gravedad y presión.

—Deseo que me explique estas cosas... —dijo Graham—. ¿Cómo mueve el motor hacia delante?

El aeronauta titubeó antes de contestar.

—Es muy complejo, señor.

—No importa —gritó Graham—. No importa.

—Hubo una breve pausa.

—La aeronáutica es el secreto... el privilegio...

—Ya lo sé. Pero yo soy el Señor y deseo que conteste a mis preguntas.

Se echó a reír al comprender que en este punto podía servirse de su poderío.

El aeropilo dibujó una curva, el aire frío cortó la cara de Graham y su túnica se ciñó a su cuerpo cuando el aparato se dirigió al Oeste. Los dos hombres se miraron.

—Señor, hay ciertas leyes...

—No existen leyes en lo que a mí se refiere —dijo Graham—. No lo olvide.

El aeronauta lo miró fijamente.

—No lo olvido, Señor. Pero en toda la tierra ningún hombre que no sea un aeronauta conoce nuestros misterios. Vuelan como pasajeros...

—Sí, ya me han explicado todo eso y no voy a discutirlo con usted. ¿Sabe por qué he dormido durante doscientos años? ¡Para volar!

—¡Señor! —insistió el aeronauta—. Las leyes... Si desobedezco las leyes...

Graham hizo un ademán de indiferencia con la mano.

—En ese caso, si desea contemplar lo que hago...

—No —dijo Graham balanceándose y agarrándose con fuerza mientras la máquina se elevaba de nuevo—. No es ése mi propósito. Quiero hacerlo yo. Quiero hacerlo yo, aunque para ello tenga que estrellarme. ¡No! Lo haré. Voy a subir aquí para compartir el asiento con usted. ¡Quieto! Voy a volar por mi propia cuenta, aunque, como ya le he dicho, me estrelle al final. Éste es el premio a mi sueño. Todas las otras cosas... En mi vida pasada no tenía más ilusión que volar, y ahora... ¡Conserve el equilibrio!

—¡Una docena de espías me están observando, Señor!

Graham sintió que se le terminaba la paciencia y no hizo nada por reprimir la cólera. Profirió un juramento, avanzó con decisión por la masa de cables y cilindros que se interponían entre ellos, y el aeropilo se balanceó.

—¿Quién es el Dueño de la Tierra? —preguntó—. ¿Yo o, por el contrario la sociedad a que usted pertenece? Vamos, quite las manos de esas palancas y sujéteme las muñecas. Sí... así. Y ahora, ¿qué le parece? ¿Planeamos?

—Señor... —balbució el aeronauta.

—¿Qué le ocurre?

—¿Me protegerá?

—¡Santo cielo! ¡Sí...! ¡Le protegeré, aunque para ello tenga que quemar Londres...! ¡Ahora, vamos!

Y, con esta promesa, Graham compró su primera lección de navegación aérea.

—Este viaje es una gran ventaja para usted —dijo riendo alegremente, porque el aire le causaba los mismos efectos que un vino muy fuerte—. Y le conviene enseñarme de prisa y bien. ¿Tengo que tirar de aquí? ¡Ah! ¡Así! ¡Ya está!

—¡Atrás, Señor! ¡Atrás!

—Atrás, está bien. Uno, dos, tres... ¡Ah! ¡Arriba! ¡Esto es maravilloso!

La máquina comenzó entonces a danzar en el aire de la manera más extraña. De repente trazaba una espiral de cien metros de diámetro, después se elevaba sin previo aviso y descendía de nuevo con rapidez para dar un gran salto que la hacía ascender una vez más. En uno de estos descensos parecía que se iba a arrojar temerariamente sobre el bosque de globos que se divisaba al sudoeste, pero se limitó a trazar una curva casi rozándolos y a recuperar en seguida el equilibrio. La extraordinaria ligereza y suavidad de sus movimientos, el vivificante efecto del aire en su organismo, sumieron a Graham en una especie de frenesí, en una especie de borrachera.

Un incidente le devolvió la razón para enviarlo hacia abajo una vez más, hacia la vida que se desarrollaba en aquella ciudad familiar y desconocida, hacia aquella vida llena de misterios insolubles. Oyó un ruido seco, luego pasó junto a él y cayó una gota de una sustancia líquida. Siguió bajando y observó algo como un lienzo blanco agitado por el viento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. No he podido verlo bien.

El aeronauta miró a su vez, y después se asió con fuerza a la palanca porque descendían a gran velocidad. Cuando el aeropilo se elevó una vez más, aspiró profundamente y replicó:

—Eso era un cisne —dijo indicando el objeto blanco que se veía ya más lejano y diminuto.

—No lo vi —repuso Graham.

El aeronauta no contestó y Graham vio que tenía la frente perlada de sudor.

Avanzaron horizontalmente mientras Graham volvía al asiento del pasajero, protegido contra el azote del viento. Comenzó entonces el descenso final. La hélice seguía girando sin cesar y la pista de vuelo fue haciéndose más ancha y oscura a sus pies. El sol, ocultándose detrás de las montañas hacia el occidente, descendió

con ellos y el cielo se tiñó de oro.

Pronto comenzaron a divisar hombres como puntos diminutos. Graham oyó un rumor parecido al causado por las olas al acariciar una playa de guijarros, y vio que los tejados de la pista de vuelo estaban abarrotados de gente que se regocijaba por su vuelta. Una masa oscura se hallaba apiñada bajo la pista, una masa punteada de innumerables caras que se movía con una oscilación de pañuelos blancos y de brazos alzados en un saludo de bienvenida.

Capítulo XVII

TRES DÍAS

Lincoln estaba esperando a Graham en un pequeño departamento debajo de las pistas de vuelo, ansioso de saber qué había ocurrido, y se mostró muy satisfecho al oír de labios de Graham el extraordinario interés que sentía por la Aeronáutica. Graham estaba entusiasmado.

—¡Tengo que aprender a volar! —exclamó—. Tengo que dominar la ciencia del vuelo. Compadezco a la pobre gente que ha muerto sin tener esta oportunidad. El aire de allá arriba es maravilloso, y creo que volar es lo mejor del mundo.

—Poco a poco descubrirá usted que en nuestros tiempos hay muchas cosas maravillosas —repuso Lincoln—. No sé qué le agradaría hacer ahora. Tenemos música que le resultará muy agradable.

—De momento —dijo Graham—, volar es lo único que me atrae. Quiero seguir aprendiendo. El aeronauta me dijo que había ciertas leves opuestas a que sean conocidos los misterios de la navegación aérea.

—Creo que así es, en efecto —afirmó Lincoln—. Pero para usted... Si desea ocuparse de eso, podrá convertirse inmediatamente en el primero de los aeronautas.

Graham insistió en la expresión de su deseo y habló durante algún tiempo de sus sensaciones.

—Y en cuanto a nuestros asuntos —preguntó de pronto—, ¿cómo van las cosas?

Lincoln hizo un gesto tranquilizador.

—Ostrog hablará mañana con usted —dijo—. Todo va normalizándose. La revolución se ha llevado a cabo con éxito en todas partes del mundo, aunque, desde luego, es inevitable que haya algún rozamiento, como siempre que se produce un motín. Mientras las cosas estén en manos de Ostrog, puede usted estar

tranquilo. Su gobierno está asegurado.

—¿Sería posible que se me diera el título de aeronauta inmediatamente, antes de que llegue la noche? —preguntó Graham andando de un lado para otro—. Entonces podría volver a volar mañana por la mañana.

—¡Claro que es posible! —repuso Lincoln, pensativo—. Perfectamente, así se hará... Yo venía preparado para sugerirle varios métodos de diversión, pero usted ya ha encontrado uno. Telefonaré a la Oficina de Aeronáutica y volveremos a sus departamentos en el Edificio de Control de los Ventiladores. Cuando haya cenado, los aeronautas irán a verle. ¿No cree que después de cenar debía...?

—¿Qué? —preguntó Graham.

—Habíamos preparado unas bailarinas que vienen directamente del teatro de Capri.

—Odio el *ballet* —dijo Graham bruscamente—. Siempre lo he odiado. Y lo otro... No es eso lo que quiero ver. En los tiempos pasados también teníamos bailarinas e incluso existían en los gloriosos días de Egipto... Pero volar...

—Es cierto —asintió Lincoln—. Pero, de todos modos, nuestras bailarinas...

—Que esperen —dijo Graham—. Tendrán que esperar. Yo sé que esperarán. Tengo que hacer algunas preguntas a los expertos en aeronáutica y no deseo que se me distraiga.

—Tendrá cuanto desee —repuso Lincoln—. El mundo entero está a sus pies.

En aquel momento apareció Asano, y, escoltados por una guardia muy numerosa, volvieron por las calles de la ciudad hasta las habitaciones de Graham. Para ser testigos de su retorno se había reunido una multitud mucho más densa que la que presenció su partida. Las aclamaciones de aquella masa humana ahogaban a veces las respuestas de Lincoln a las innumerables preguntas de Graham sobre asuntos aéreos.

Al principio, Graham había agradecido las aclamaciones y el griterío inclinándose y haciendo ademanes de salutación, pero Lincoln le advirtió que aquella actitud sería considerada poco digna, y Graham, un poco cansado ya de tantas atenciones, no volvió a prestar atención a sus súbditos durante el resto de su camino.

Una vez llegados a los departamentos, Asano partió en busca de unas películas cinematográficas en las que pudiera apreciarse la maquinaria en movimiento, y Lincoln mandó a buscar modelos de máquinas, según deseo expreso de Graham, para ilustrar los varios adelantos mecánicos llevados a cabo en los dos últimos siglos. Los aparatos para comunicación telegráfica atrajeron con tal fuerza la atención del Señor, que la comida, deliciosamente preparada y servida por un número de muchachas encantadoras, tuvo que esperar durante largo rato. La costumbre de fumar había desaparecido casi de la tierra, pero cuando él manifestó su deseo de hacerlo, se descubrieron algunos excelentes cigarros en Florida que le fueron enviados por correo neumático mientras cenaba. Después llegaron los aeronautas y tuvo muchas ocasiones de maravillarse ante las palabras del ingeniero más antiguo. De momento, al menos, la inmensa variedad de máquinas contables, de máquinas creadoras, de motores de rotación, de motores explosivos, de elevadores de grano y de agua, de máquinas y de instrumentos agrícolas, resultaban a Graham más fascinadores que ninguna bayadera.

—Nosotros éramos salvajes... —repetía una y otra vez—. Éramos salvajes. Comparado con esto, estábamos en la Edad de Piedra... ¿Qué más pueden enseñarme?

Acudieron también a sus habitaciones los más famosos psicólogos, que le enseñaron los adelantos llevados a cabo en el arte del hipnotismo. Graham descubrió que los nombres de Milne Bramwell, Fechner, Liebault, William James, Myers y Gurney, tenían ahora un significado que hubiera llenado de asombro a sus contemporáneos. Estaban en uso varias aplicaciones prácticas de la psicología, se servían de toda clase de drogas, antisépticos y anestésicos, empleados por casi todos aquellos que tenían necesidad de una concentración mental. En esta dirección, parecía haber tenido lugar un gran desarrollo de las capacidades humanas. Las hazañas de los hipnotizadores de antaño, las maravillas, como Graham las consideraba, de los magnetizadores, estaban ahora al alcance de cualquiera que pudiera pagarse los servicios de un hipnotizador experto. Años atrás, los métodos de examen en la educación habían sido destruidos por estos expedientes. En vez de años de estudio, los candidatos permanecían unas cuantas semanas en estado hipnótico, y durante aquel tiempo los preceptores no

tenían más que repetir los puntos necesarios para dar una respuesta adecuada añadiendo una indicación para el recuerdo posthipnótico de estos puntos. Especialmente en las matemáticas, este sistema había prestado servicios incalculables y era utilizado por jugadores de ajedrez y por todos aquéllos cuya ocupación requería una extrema agilidad mental. En resumen, todas las operaciones llevadas a cabo bajo leyes definidas de aspecto casi mecánico, eran ahora sistemáticamente desprovistas de todas las distracciones de la imaginación o las emociones personales, y habían alcanzado un grado de precisión nunca soñado. De este modo, los niños de las clases trabajadoras, cuando llegaban a la edad necesaria para ser hipnotizados, se convertían por este sistema en cerebros maquinales, perfectamente puntuales y precisos, y eran liberados de todas las ideas de la juventud. Los alumnos de aeronáutica que sufrían de vértigo, se veían libres de sus errores imaginarios. En todas las calles había hipnotizadores dispuestos a imprimir en la mente ideas eternas. Si alguien deseaba recordar un nombre, una serie de números, una canción o un discurso, se le grababa en la memoria por este método, y los recuerdos desagradables podían ser borrados, las costumbres perniciosas curadas y los deseos arrancados. En una palabra, se llevaba a cabo una especie de cirugía psíquica como la cosa más corriente. De este modo se olvidaban indignidades y escenas humillantes, las viudas perdían el recuerdo de sus esposos y los amantes burlados se veían libres de su esclavitud. Sin embargo, injertar deseos en otra persona resultaba todavía imposible, y lo relativo a la transmisión del pensamiento quedaba aún en el misterio. Los psicólogos ilustraron sus explicaciones con algunos asombrosos experimentos mnemotécnicos sirviéndose de unos cuantos chiquillos pálidos vestidos de azul.

Graham, como la mayoría de la gente de su época, desconfiaba del hipnotismo, o de lo contrario hubiera liberado en aquel momento su mente de gran número de preocupaciones. Pero a pesar de las afirmaciones de Lincoln, se aferró a la anticuada teoría de que ser hipnotizado era en cierto modo hacer entrega de la propia personalidad, una abdicación de la voluntad. Y en el banquete de maravillosas experiencias que acababa de comenzar, deseaba intensamente ser dueño de sí mismo.

El día siguiente y otro día y un tercer día pasaron, ocupado

Graham en estos temas. Cada día Graham pasó muchas horas entregado al vuelo y el tercer día voló por el sur de Francia y alcanzó los Alpes cubiertos de nieve. Estos vigorosos ejercicios le procuraban un sueño tranquilo y cada día su salud ganaba un punto a la terrible anemia en que se había visto sumido al ocurrir su despertar. Cuando no estaba en el aire, Lincoln se mostraba asiduo para entretenerle, y le fueron mostradas todas las invenciones contemporáneas, todas las novedades y todo cuanto pudiera interesarle, hasta que al fin su apetito de saber quedó satisfecho. Se podrían llenar doce volúmenes con la enumeración de cuanto le fue expuesto. Cada tarde recibía en audiencia durante una hora o más, y pronto el interés que sentía por sus contemporáneos se hizo más íntimo y personal. Al principio había observado principalmente los detalles que le resultaban desconocidos y peculiares. Cualquier afectación en el vestido, cualquier discrepancia con sus ideas preconcebidas de elegancia y distinción en su comportamiento y modales, le había irritado.

Le asombró comprobar cuán pronto la débil hostilidad que sentía hacia ellos desaparecía y con qué rapidez comenzaba a apreciar la verdadera perspectiva de su situación y a ver los días de su vida victoriana, lejanos y empequeñecidos. Se sintió interesado de un modo especial por la hija pelirroja del Encargado de las Tocinerías Europeas. El segundo día, después de la cena, conoció a una bailarina y comprobó que era una gran artista. Después le fueron enseñadas nuevas maravillas del hipnotismo.

El tercer día, Lincoln sugirió que el Señor fuera conducido a una Ciudad de Placer, pero Graham se negó a ello y tampoco quiso aceptar los servicios de los hipnotizadores en sus experimentos aeronáuticos. Un lazo con el pasado le retenía en Londres. Era para él una experiencia asombrosa e interesante que no hubiera podido disfrutar en el extranjero, hacer evocaciones de tiempos pasados.

—Aquí, a cien pies por debajo —decía—, yo solía comer una chuleta en mis tiempos de Universidad. En este punto estaba Waterloo donde había siempre una gran confusión para coger el tren. Muchas veces he estado esperando aquí con mi maletín en la mano y he mirado al cielo. ¡Qué lejos estaba de pensar entonces que algún día avanzaría por el aire a cien metros de altura! Y ahora, en esta misma atmósfera que era entonces un dosel de humo gris,

vuelo conduciendo un aeropilo.

Durante aquellos tres días, Graham estuvo tan ocupado con estas distracciones, que los movimientos políticos que tenían lugar en el exterior atrajeron poco sus pensamientos y los hombres que le rodeaban no hablaban de ellos. Todos los días acudía Ostrog, el Jefe, su Gran Visir, su Mayordomo de Palacio, para informarle en términos vagos de la firme estabilización de su Gobierno, y de que habían sido sofocados «ligeros disturbios» aquí y allá. La canción de la Revolución social no volvió a llegar a sus oídos y no se enteró de que había sido prohibido por las leyes municipales. Todas las grandes emociones dormían aletargadas en un rincón de su imaginación.

Pero en el segundo y en el tercero de los tres días, y a pesar de su interés por la hija del Encargado de las Tocinerías, se sorprendió acordándose de la joven Helen Wotton, que le había hablado de una manera tan extraña en la fiesta del Guardián de los Ventiladores. La impresión que le había producido era muy profunda, aunque las incesantes sorpresas producidas por cuanto le rodeaba habían impedido que sus pensamientos se concentraran a menudo en ella. Ahora su recuerdo volvía a imponerse. Se preguntó lo que habría querido decir con aquellas frases medio olvidadas, y la pasión que retrataba a su cara se hizo más viva a medida que su interés por las cosas mecánicas se iba desvaneciendo. Su belleza se interpuso entre él y ciertas tentaciones inmediatas de innoble pasión. Pero no volvió a verla hasta que hubieron pasado tres días completos.

Capítulo

XVIII

GRAHAM RECUERDA

Tropezó con ella al fin en una pequeña galería que unía las Oficinas de los Ventiladores con sus departamentos. La galería era larga y estrecha, con una serie de recodos, cada uno de los cuales tenía una ventana en arco que daba a un jardín de palmeras, y, de pronto, en uno de aquellos recodos, la encontró. La joven estaba sentada. Volvió la cabeza al oír sus pisadas y se sobresaltó al verle. De su rostro desapareció toda sombra de color. Se puso en pie instantáneamente, dio un paso hacia él como si se dispusiera a hablarle, y titubeó. Graham se detuvo y permaneció inmóvil, expectante. Entonces advirtió que una agitación nerviosa impedía hablar a la joven, y comprendió que, puesto que estaba esperando en aquél, lugar, debía desear hablar con él. Sintió el impulso de acudir en su ayuda.

—Deseaba verla —dijo—. Hace unos días usted quiso decirme algo, quiso hablarme de mi pueblo. ¿Qué era lo que tenía que decirme?

Ella lo contempló en silencio, llena de turbación.

—Me dijo que el pueblo era desgraciado.

Durante unos segundos la joven permaneció muda, y al fin dijo bruscamente:

—Mis palabras debieron de parecerle extrañas.

—Sí... Y sin embargo...

—Hablé siguiendo un impulso.

—¿Y qué?

—Eso es todo.

Lo miró titubeando, y, haciendo un visible esfuerzo, prosiguió:

—Se ha olvidado usted —dijo exhalando un profundo suspiro.

—¿De qué?

—Del pueblo.

—¿Qué quiere decir?

—Se ha olvidado usted del pueblo.

Graham la miró interrogante.

—Sí. Ya sé que mis palabras le sorprenden, porque usted no comprende su situación... Usted ignora lo que está ocurriendo.

—¿Qué?

—Usted no lo comprende.

—Es posible que no lo comprenda. Pero... explíquemelo usted.

La joven se volvió a él con repentina decisión.

—Es muy difícil de explicar. Tenía la intención de hacerlo, y ahora me resulta imposible. No sé explicarlo. Una aureola de irrealidad rodeaba la figura de usted. Su sueño y su despertar son milagros, al menos para mí y para la gente del pueblo. Usted, que vivió, sufrió y murió; usted, que era un simple ciudadano como los demás, despertó de nuevo, vivió de nuevo y se encontró con que se había convertido en el Dueño de la Tierra.

—¡Dueño de la Tierra! —repitió Graham—. Eso me dicen. Y, sin embargo, no puede usted imaginarse lo poco que sé.

—Ciudades... Trusts... la Compañía Laboral...

—Soberanías, potencias, dominios... poder y gloria. Sí, les he oído gritar. Lo sé. Soy el Señor, el Rey. Y Ostrog es el Jefe...

Hizo una pausa y ella se volvió hacia él con una mirada escudriñadora.

—¿Ostrog...?

Graham sonrió.

—Ostrog asume la responsabilidad.

—Eso es lo que hemos comenzado a temer...

Durante unos instantes guardó silencio y después prosiguió lentamente:

—No. Usted se enfrentará con la responsabilidad. Usted lo hará. El pueblo tiene confianza en usted... ¡Escúcheme! Durante la mitad del tiempo que duró su sueño, multitud de gente, en cada generación una multitud más numerosa, ha pedido en sus oraciones que usted despertara. Todos han rezado con fervor para que así sucediera.

Graham se dispuso a hablar, pero guardó silencio.

La joven vaciló y sus mejillas se tiñeron con un leve rubor.

—¿Sabe que miríadas de personas le han considerado como su héroe, como el Rey Arturo, como Barba Roja, como el Rey que aparecería en el momento preciso y pondría el mundo en orden?

—Supongo que la imaginación del pueblo...

—¿Acaso no ha escuchado usted nuestro proverbio: «Cuando el Durmiente despierte»? Mientras usted permanecía insensible e inmóvil, la gente acudía a verle en peregrinación. El primer día de cada mes le cubrían a usted con una túnica blanca y el pueblo desfilaba por delante de usted. Cuando yo era una niña, le vi así, con una expresión de gran calma y de dignidad en el semblante.

Apartó la mirada y la fijó en el pintado muro que se alzaba ante ella. Cuando volvió a hablar lo hizo con voz entrecortada.

—Cuando yo era niña solía contemplar su cara, que me parecía serena, como la paciencia de Dios. De este modo pensábamos en usted. Esta impresión nos producía. Volvió hacia él sus ojos brillantes y su voz recuperó una vez más su claridad.

—En la ciudad y en el campo una miríada de miríadas de hombres y mujeres están a la expectativa de sus movimientos y en sus corazones han nacido toda clase de emociones.

—Continúe, por favor.

—Ni Ostrog ni nadie puede asumir esa responsabilidad.

Graham la miró sorprendido y contempló su rostro iluminado por la emoción. Al principio, la joven parecía haber hablado haciendo un gran esfuerzo, pero sus palabras habían conseguido encender el fuego en su interior.

—¿Cree usted que ha vivido aquella vida mezquina y limitada en el pasado; que ha caído y salido en ese milagro del sueño, que la reverencia, el respeto y la esperanza de medio mundo ha rodeado su persona solamente para que pueda vivir otra vida mezquina? ¿Cree usted que puede hacer recaer la responsabilidad sobre los hombros de otra persona?

—Conozco la grandeza de mi soberanía —contestó Graham con vacilación—. Sé lo grande que parece. Pero ¿es, acaso, real? Es increíble, es parte de un sueño. ¿Es real, o es solamente un gran engaño?

—Sería real —dijo ella— si usted se atreviera.

—Después de todo, como todos los reinados, mi reinado no es sino Fe. Es una ilusión creada por la imaginación de los hombres.

—¡Si usted se atreviera...!

—Pero...

—Muchos hombres, mientras la ilusión viva en ellos, le obedecerán.

—Pero yo lo ignoro todo. Eso es lo que deseaba decirle. Lo ignoro todo, mientras que los demás, los consejeros y el propio Ostrog, son mucho más prudentes, más razonables y conocen esta vida. Y en realidad, ¿qué miserias son las que usted menciona? ¿Qué debo saber? ¿Qué es lo que quiere decir?

—Soy poco más que una niña —repuso ella—. Pero para mí el mundo está lleno de desdichas. El mundo ha cambiado desde sus tiempos, ha cambiado de un modo muy extraño. Yo he rogado a Dios muy a menudo que me concediera la oportunidad de verle para poder hablarle de estas cosas. El mundo ha cambiado. Como si la gangrena hubiera tomado posesión de él y hubiera robado a la vida todo lo que vale la pena de poseerse.

Bruscamente volvió hacia él su rostro encendido y lo miró antes de proseguir.

—Sus tiempos eran tiempos de libertad. He pensado en ello a menudo. He tenido que pensar, porque mi vida no ha sido feliz. Los hombres ya no son libres; no son más grandes ni mejores que los hombres de sus tiempos. Y eso no es todo. Esta ciudad es una prisión. Cada una de las ciudades es una prisión y el espíritu de la codicia es quien tiene la llave en la mano. Miríadas, incontables miríadas de hombres, trabajan desde que nacen hasta que mueren. ¿Es eso justo? ¿Ha de seguir así para siempre? Sí, peor aún que en sus tiempos, alrededor de nosotros, por debajo y por encima, no hay más que dolor y desgracias. Todas las delicias superficiales de que usted disfruta están separadas por un hilo muy delgado de una vida de sufrimientos que no puedo describir con palabras. Sí, los pobres lo saben. Ellos saben que sufren. Lo saben las incontables multitudes que por usted se enfrentaron con la muerte hace unas noches. Usted les debe la vida.

—Sí —aprobó Graham lentamente—. Sí, les debo la vida.

—Usted proviene —prosiguió la joven— de los días en que la nueva tiranía de las ciudades estaba naciendo. Es una tiranía. En sus tiempos, los señores feudales habían desaparecido y el nuevo dominio de las riquezas estaba aún por venir. La mitad de los

hombres del mundo vivían aún en el campo. Las ciudades no habían comenzado a devorarlos. He leído historias en los libros y sé que existía la nobleza. Entonces los hombres podían vivir vidas de amor y fidelidad y llevar a cabo mil hazañas. Y usted... usted proviene de esos tiempos.

—Entonces, no... Pero eso no importa. ¿Cómo es la vida de ahora?

—Riquezas y las Ciudades de Placeres por un lado, y la esclavitud por otro... Esclavitud sin agradecimiento y sin honor.

—¿Esclavitud?

—Esclavitud.

—¿No irá a decirme que los seres humanos son considerados como objetos?

—Peor aún. Esto es lo que quiero que sepa, lo que quiero que vea. Sé que lo ignora. Ellos procurarán que siga en la ignorancia y pronto le llevarán a una Ciudad de Placer. Pero ¿ha observado usted hombres, mujeres y niños vestidos de color azul pálido, con caras famélicas y ojos sin brillo?

—Sí, por todas partes.

—¿Ha oído usted un horrible dialecto, basto y vulgar?

—Sí, lo he oído.

—Son los esclavos, sus esclavos. Los esclavos de la Compañía Laboral, que le pertenece.

—¡La Compañía Laboral! Eso me resulta en cierto modo familiar. ¡Ah! Ya recuerdo, lo vi cuando vagaba por la ciudad una vez que hubieron vuelto a encenderse las luces. Filas de edificios pintados de azul pálido. ¿Quiere usted decir realmente...?

—Sí. ¿Cómo podría explicárselo? Naturalmente, el uniforme azul le llamó la atención. Casi la tercera parte de nuestra población lo usa y cada día su número va aumentando. Esta Compañía Laboral ha crecido con firmeza y se ha ido extendiendo.

—¿Qué es la Compañía Laboral? —preguntó Graham.

—¿Cómo se las arreglaban en sus tiempos para solucionar el problema del hambre?

—Había instituciones de caridad a cargo de las Parroquias.

—¡Instituciones de caridad! Sí, recuerdo haber estudiado algo sobre ello en nuestras lecciones de Historia. La Compañía Laboral las sustituyó. Esta Compañía surgió de algo que es posible que usted

recuerde, una organización religiosa y emocional llamada Ejército de Salvación, que se convirtió en una compañía de negocios. En sus primeros tiempos se dedicaba a la caridad y a salvar al pueblo de las instituciones benéficas, hospicios, etcétera. Ahora que lo pienso, fue una de las propiedades que primero adquirieron sus administradores. Compraron el Ejército de Salvación y lo reconstruyeron tal como es ahora. En un principio la idea era dar trabajo a los ciudadanos sin hogar y hambrientos...

—Continúe.

—Hoy no existen instituciones de caridad, no hay refugios ni casas de misericordia. No hay más que la Compañía Laboral. Sus oficinas están por todas partes y el azul es su color. Todo hombre, mujer o niño que esté hambriento y cansado, sin hogar, amigos o recursos, se ve forzado a recurrir a la Compañía o a la muerte. La eutanasia está por encima de sus medios. Para los pobres no hay muerte fácil. A cualquier hora del día o de la noche hay comida, techo y un uniforme azul para todos los que llegan, pues ésta es la primera condición impuesta por la Compañía, y a cambio del asilo por un día, la Compañía exige un día de trabajo y después devuelve al visitante su ropa y le pone en la calle de nuevo.

—¿Y bien?

—Es posible que esto MÍO le parezca a usted muy terrible. En sus tiempos los hombres se morían de hambre en las calles. Desde luego, era horrible, pero morían como hombres. Esta pobre gente vestida de azul... Ya dice el proverbio: «Azul una vez, azul siempre». La Compañía comercia con su trabajo y se ha cuidado de asegurarse que no le falte el suministro. La gente llega hambrienta e indefensa, come y duerme durante una noche y un día, trabaja durante un día y al final es libre de nuevo. Si han trabajado bien, cada uno recibe un penique para poder ir a un teatro, a un baile barato, a un cine o a una casa de comidas o de apuestas. Cuando lo han gastado, vagan por la calle de un lado a otro. La policía cuida de que nadie mendigue, y además, aunque pudieran hacerlo, nadie les daría nada. Por lo tanto, el día siguiente o al otro tienen que volver, empujados por la misma incapacidad que les llevó allí la primera vez. Por fin su ropa acaba por gastarse o sus harapos les avergüenzan. Entonces tienen que trabajar durante meses y meses para comprar un traje nuevo, si es que lo desean. Un gran número

de niños nacen al cuidado de la Compañía, y por la ayuda prestada la madre debe trabajar durante un mes. Los niños son cuidados y educados hasta que cumplen catorce años, y entonces deben hacer dos años de servicio. Estos niños son educados para llevar el uniforme azul. De este modo trabaja la Compañía.

—¿Y no hay parados en la ciudad?

—Ninguno. O llevan el uniforme azul o están en la cárcel.

—¿Y si no quieren trabajar?

—La mayoría de ellos se avienen a trabajar en estos términos, y, por otra parte, la Compañía tiene medios para obligarles. A veces se les reduce el alimento o se les quita del todo, y a un hombre o una mujer que se ha negado a trabajar una vez, se le conoce siempre por una señal en el pulgar marcada por las sucursales de la Compañía en todo el mundo. Además, ¿quién puede abandonar la ciudad sin dinero? Ir a París cuesta dos leones. Para castigar la insubordinación hay, además, cárceles oscuras y miserables en los subterráneos de las ciudades. Hay cárceles ahora para castigar muchas cosas.

—¿Y una tercera parte de la humanidad lleva el uniforme azul?

—Más de la tercera parte. Miríadas de trabajadores que viven sin orgullo ni esperanza mientras resuenan en sus oídos las descripciones de las Ciudades de Placer, en las que se hace mofa de sus vidas vergonzantes, de sus privaciones y de sus penalidades. Demasiado pobres para poner en práctica la eutanasia, el refugio del hombre rico contra la vida. Miríadas idiotizadas y tullidas, miríadas incontables en todo el mundo, ignorantes de todo, excepto de limitaciones y deseos insatisfechos. Nacen, viven una vida frustrada y mueren. Éste es el estado a que ha llegado el mundo.

Graham permaneció unos instantes con la mirada fija en el suelo.

—Pero ha habido una revolución —dijo—. Todas estas cosas cambiarán, Ostrog...

—Esto es lo que todos esperábamos. Ésta era la esperanza del mundo. Pero Ostrog no lo hará. Ostrog es un político y para él las cosas deben permanecer como están. No le importa y considera este estado de cosas como lo más natural. Todos los que tienen riquezas e influencias, y todos los que gozan de alguna felicidad acaban por considerarlo como la cosa más natural del mundo. El pueblo es su

instrumento, y mediante su degradación viven para el placer. Pero usted que viene de una época mejor... usted es la esperanza del pueblo. Sólo usted...

Graham fijó los ojos en los de la joven y vio que brillaban con silenciosas lágrimas. Sintió una profunda emoción y por un momento olvidó la ciudad, la raza y las voces remotas, en la inmediata realidad de su belleza.

—¿Qué debo hacer? —preguntó sin apartar de ella la vista.

—Gobernar —respondió la joven inclinándose hacia él y hablando en voz baja—. Gobernar el mundo como nunca ha sido gobernado, para el bien y la felicidad del pueblo. Porque usted puede gobernarlo. El pueblo está inquieto en todos los confines del mundo y bastará una palabra suya para que todos reaccionen como un solo hombre. Incluso la clase media es desgraciada. Los que le rodean no le dicen lo que está sucediendo. El pueblo se niega a volver a sus trabajos penosos y a ser desarmado una vez más. Ostrog ha despertado en ellos algo mayor de lo que nunca pudo soñar: ha despertado la esperanza.

El corazón de Graham latía tumultuosamente, pero se esforzó para parecer juicioso y por aquilatar el valor de aquellos argumentos.

—No esperan más que una palabra de usted.

—¿Y después?

—Después podría usted hacer lo que quisiera... El mundo le pertenece.

Graham permaneció sentado y dejó de mirarla. Unos instantes después habló de nuevo:

—¿Son acaso sueño las palabras que me persiguen, las palabras «libertad» y «felicidad»? ¿Acaso podría un hombre, un solo hombre...?

Su voz tembló y se interrumpió bruscamente.

—No sólo un hombre, sino todos los hombres, si tuvieran un Jefe a quien expresar los deseos de su corazón.

Graham movió la cabeza y durante unos minutos ambos guardaron silencio. Después él levantó la vista y su mirada tropezó con la de ella.

—Yo no tengo tanta fe —dijo—. Tampoco tengo su juventud. Estoy en manos de fuerzas poderosas que se burlan de mí. No,

déjeme hablar. Quiero hacer el bien, y si no tengo fuerza para ello, para hacer el bien total, quiero hacer más bien que mal. No lograré llevar a cabo ningún milagro, pero he decidido gobernar. Sus palabras me han hecho despertar al fin. Tiene razón. Ostrog debe ocupar el lugar que le corresponde y yo aprenderé... Una cosa voy a prometerle, y es que la esclavitud de la Compañía Laboral no volverá a existir.

—¿Y usted gobernará?

—Sí. Siempre que... Con una condición.

—¿Cuál?

—Que usted me ayude.

—¿Yo? Soy casi una niña...

—Sí. ¿No se le ha ocurrido pensar que estoy completamente solo?

La joven se sobresaltó y durante unos segundos sus ojos expresaron una profunda compasión.

—¿Es necesario que me pregunte si estoy dispuesta a ayudarle?

Permaneció en pie delante de él, hermosa como una reina, y su entusiasmo y la grandeza de sus pensamientos los unió como un lazo tangible. Al mismo tiempo, tocarla, coger su mano, era algo que Graham no podía esperar.

—En ese caso, gobernaré —dijo lentamente—. Gobernaré... con usted.

Se hizo un silencio entre ambos cargado de tensión, y después se oyeron las campanadas del reloj al dar la hora. La joven no contestó y Graham se puso en pie.

—Ostrog me está esperando —dijo sin apartar la vista de la joven—. Cuando le haya hecho ciertas preguntas... Existen muchas cosas que ignoro. Es posible que vaya a comprobar con mis propios ojos todo cuanto usted me ha dicho, y cuando vuelva...

—Yo estaré al corriente de sus idas y venidas, y le esperaré en este mismo lugar.

Graham permaneció en pie sin dejar de mirarla.

—No me había equivocado —murmuró ella.

Graham esperó sus siguientes palabras, pero la muchacha no añadió nada más. Ambos se miraron interrogantes y al fin él giró sobre sus talones y se dirigió con paso firme hacia las Oficinas de los Ventiladores.

Capítulo XIX

EL PUNTO DE VISTA DE OSTROG

Graham encontró a Ostrog esperándole para informarle sobre los asuntos de aquel día. En ocasiones anteriores había dado su visto bueno a aquellos informes con la mayor rapidez posible, a fin de poder volar de nuevo cuanto antes, pero aquel día empezó a hacer preguntas, porque estaba dispuesto a coger las riendas del Gobierno inmediatamente. Ostrog le informó de un modo halagador y vago del desarrollo de los acontecimientos en el extranjero. En Berlín y París había habido disturbios que en ningún modo podían considerarse como una resistencia organizada, pero sí como conatos de insubordinación.

—Después de todos estos años —dijo Ostrog cuando Graham le sometió a un interrogatorio—, el populacho ha levantado de nuevo la cabeza. Para ser franco, ésa es la verdadera naturaleza de los disturbios.

Añadió, sin embargo, que el orden había sido restablecido en aquellas ciudades. Graham, actuando deliberadamente de juez a causa de las emociones que sentía, quiso saber si había habido lucha.

—Sí —repuso Ostrog—. Un poco y en ciertas zonas. Pero la división senegalesa de nuestra policía agrícola africana estaba preparada para cualquier eventualidad y también lo estaban los aeroplanos. Las Compañías Africanas Consolidadas tienen una policía perfectamente entrenada. Suponíamos que habría disturbios en las ciudades continentales y en América. Pero las cosas están tranquilas al otro lado del Océano, y por el momento han quedado satisfechos con la caída del Consejo.

—¿Por qué suponían que habría disturbios? —preguntó Graham bruscamente.

—Existe un gran descontento, un descontento social. —¿La Compañía Laboral?

—Está usted aprendiendo mucho —contestó Ostrog, sorprendido—. Sí, el descontento se debe principalmente a la Compañía Laboral, y a ella y al despertar de usted se debió principalmente la caída del Consejo. —Continúe.

Ostrog sonrió y se hizo más explícito.

—Teníamos que avivar ese descontento y hacer revivir las antiguas ideas acerca de una felicidad universal, de que todos los hombres podían ser iguales y felices, y compartir todas las comodidades que la vida puede ofrecer. Todas estas ideas han estado dormidas durante doscientos años. Teníamos que hacerlas revivir, aunque son imposibles, a fin de derrotar al Consejo. Y ahora...

—¿Y ahora?

—Nuestra revolución es un hecho, el Consejo ha caído y el pueblo a quien despertamos de su apatía se niega a calmarse. Apenas ha habido lucha, porque hicimos toda clase de promesas. Es extraordinario lo rápidamente que estas vagas ideas humanitarias han revivido y se han extendido por el mundo. Nosotros, los que plantamos la semilla, no salimos de nuestro asombro. En París, como ya le he dicho, nos hemos visto obligados a recurrir a la ayuda del exterior.

—¿Y aquí?

—Aquí también hay crisis. Las multitudes no quieren volver al trabajo y hay una huelga general. La mitad de las fábricas están vacías y el pueblo se aglomera en las vías públicas. Hablan de un Gobierno popular, y muchos hombres vestidos de seda y de satén han sido insultados por la calle. Los que visten el uniforme azul, esperan muchas cosas de usted, pero, naturalmente, usted no debe preocuparse por nada. Hemos puesto en movimiento las máquinas parlantes para hacer propuestas a favor de la causa de la ley y el orden. Debemos mantenernos firmes. Eso es todo.

Graham reflexionó y buscó un medio de imponerse, pero cuando habló lo hizo con dificultad.

—¡Hasta el punto de traer a la ciudad a la policía negra! —exclamó.

—Son hombres muy útiles —dijo Ostrog—. Muy leales y desprovistos de ideas propias. Si el Consejo los hubiera utilizado como policía de la calle, los acontecimientos hubieran sido

distintos. Por supuesto, no hay nada que temer; sólo motines y ligeros daños. Usted ya sabe volar y puede marchar a Capri si las cosas se ponen feas. Tenemos todas las fuerzas de nuestra parte. Los aeronautas constituyen una clase privilegiada y rica, y su sindicato es el más poderoso del mundo. La misma influencia tienen los ingenieros de los ventiladores. Somos dueños del aire, y el que es dueño del aire posee el dominio de la tierra. No tendremos que enfrentarnos con ninguna fuerza organizada. Carecen de jefe y no tienen más que los jefes ocasionales de la sociedad secreta que nosotros organizamos antes de su oportuno despertar. No son más que unos sentimentales y parlanchines amargamente celosos unos de otros. Ninguno de ellos es lo suficientemente hombre para ser la figura central. Naturalmente, pueden llevar a cabo un levantamiento desorganizado, y, para serle franco, es posible que ocurra. Pero eso no interrumpirá sus prácticas de aeronáutica. Los tiempos en que el pueblo podía alzarse en rebelión pertenecen al pasado.

—Sí, supongo que sí —dijo Graham pensativo—. Supongo que sí. Este mundo está lleno de sorpresas para mí. Antigualmente solíamos soñar con una maravillosa vida democrática, con una era en que todos los hombres serían iguales y felices.

Ostrog le miró con firmeza.

—El día de la democracia ha pasado —dijo—. Ha pasado para siempre. Ese día comenzó con los arqueros de Grecia y terminó cuando la infantería, cuando los hombres en masa dejaron de ganar las batallas del mundo, cuando costosos cañones, los grandes acorazados y los ferrocarriles estratégicos fueron los medios para conseguir el poder. La época actual es la época de la riqueza. La riqueza es el poder como nunca lo fue anteriormente, y domina la tierra, el mar y el cielo. Sólo los que consiguen el dominio de las riquezas pueden tener poder... Usted debe aceptar los hechos, y los hechos son éstos. En cuanto a las ideas de que el mundo pertenece al pueblo y de que el pueblo puede gobernar... Ya en sus tiempos ese credo fue condenado. Hoy no tiene más que un creyente, un creyente múltiple y necio, el hombre del pueblo.

Graham no contestó inmediatamente y permaneció sumido en sombríos pensamientos.

—No —dijo Ostrog—. El día del hombre del pueblo ha pasado.

En el campo abierto un hombre vale tanto como cualquier otro, o casi tanto. La primera aristocracia poseía una fuerza y una audacia muy precarias, y tenía que estar siempre en guardia. Había insurrecciones, duelos y motines. La primera aristocracia real, la primera aristocracia permanente, nació con castillos y armaduras, y desapareció con la aparición de los mosquetes y los arcos. Pero la nuestra es la segunda aristocracia, la verdadera. Los días de la pólvora y de la democracia no fueron más que un remolino en una corriente. El hombre individual no es hoy más que una unidad indefensa. Actualmente poseemos la gran maquinaria de la ciudad y una organización demasiado compleja para sus entendimientos.

—Sin embargo —dijo Graham—, hay algo que se resiste, algo que hay que mantener sujeto, algo que late y hace presión.

—Verá usted aún muchas cosas —repuso Ostrog con una forzada sonrisa con la que quería barrer estas preguntas difíciles—. Yo no he creado estas fuerzas para que lleven a cabo mi destrucción. Confíe en mí.

—Quisiera saber... —dijo Graham.

Ostrog lo contempló en silencio.

—¿Es acaso necesario que el mundo sea de este modo? —preguntó Graham sintiendo que ya no podía contener por un momento más las emociones que rebosaban de su corazón—. ¿Es necesario que sea así? ¿Han sido vanas todas nuestras esperanzas?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ostrog—. ¿A qué esperanza se refiere?

—Yo procedo de una época democrática, y de repente me he encontrado en medio de una tiranía de aristócratas de la cual usted es el tirano principal.

Graham movió la cabeza y Ostrog objetó:

—Contemple la cuestión con ecuanimidad. La vida siempre ha sido igual. Aristocracia, el predominio de los mejores, el sufrimiento y la extinción de los inútiles para la mejora del sistema.

—Pero la aristocracia... La gente que he conocido...

—¡Oh, no ésos! —dijo Ostrog—. Ésos, en su mayoría, van a la muerte, al vicio y al placer. No tienen hijos y su clase pronto acabará por extinguirse. Es decir, si el mundo sigue su camino sin vacilaciones y sin volverse atrás. El método más conveniente para mejorar la raza, es seguir un camino fácil y poner en práctica una

eutanasia conveniente para los buscadores del placer.

—Sí, una extinción muy agradable —respondió Graham.

Reflexionó durante unos instantes y prosiguió:

—Sin embargo... existe por otro lado el pueblo, la gran masa de gente pobre. ¿Se extinguirá también?

Esa masa no podrá extinguirse. Sufre y su sufrimiento es una fuerza que ni siquiera usted...

Ostrog se removió impaciente, y cuando habló lo hizo con menos serenidad que antes.

—No se preocupe por estas cosas —dijo—. Dentro de unos días todo estará resuelto. El pueblo es una inmensa bestia. ¿Qué importancia tiene que no llegue a extinguirse? Aunque así sea, puede ser domado y guiado a voluntad. No siento ninguna simpatía por el pueblo ni por la humanidad servil. ¿Oyó cómo cantaban y gritaban hace dos noches? Esa canción les fue enseñada, y si hubiera usted interpelado a cualquier hombre para preguntarle la razón de sus gritos, no hubiera sabido responderle. Ellos creen que le aclaman a usted y que son siervos suyos fieles y devotos. Entonces estaban dispuestos a terminar con el Consejo. Hoy están ya murmurando contra los que derrotaron al Consejo.

—No, no —replicó Graham—. Gritaban porque eran desgraciados, porque en su vida no había alegría ni dignidad y porque, tenían puesta en mí su esperanza.

—¿Y en qué consistía su esperanza? ¿En qué consiste su esperanza? ¿Qué derecho tienen a esperar? Trabajan mal y exigen la misma recompensa que aquellos que trabajan bien. ¿Cuál es la esperanza de la humanidad? Que algún día aparezca el Superhombre, que algún día el hombre inferior, el débil y el bruto, sea subyugado y eliminado. Si su eliminación total no es posible, que al menos sea subyugado. En el mundo para los inútiles, los estúpidos y los retrasados. Su deber es morir. La muerte es el único fin del fracaso. Ése es el camino por el cual la bestia se convirtió en hombre y por el que el hombre llega a cosas más altas.

Ostrog dio unos pasos por la habitación. Pareció reflexionar y se volvió hacia Graham.

—Puedo imaginarme perfectamente el efecto que nuestro mundo debe causar a un inglés de la época victoriana. Usted echa de menos todas las viejas formas del gobierno representativo. Sus espectros

todavía persiguen al mundo con el recuerdo de sus elecciones, sus Parlamentos y demás infantilismos del siglo XVIII. Usted siente una instintiva repulsión hacia nuestras Ciudades de Placer. Debía haberseme ocurrido antes, pero he estado demasiado ocupado y esta idea no ha tenido cabida en mi cerebro. Pero ya aprenderá. El pueblo está corroído por la envidia y espera que usted cambie las cosas. En estos mismos momentos la muchedumbre clama en las calles exigiendo la destrucción de las Ciudades de Placer. Pero las Ciudades de Placer son los órganos excretorios del Estado, lugares atractivos que año tras año reúnen todo cuanto es débil y vicioso, todo cuanto está dominado por la lascivia y la pereza, todo cuanto de criminal hay en el mundo y acelera su destrucción. Acuden allí, allí pasan el tiempo y mueren sin haber tenido hijos. Todas las mujeres lascivas mueren sin haber tenido hijos, y de este modo la humanidad sale ganando. Si el pueblo no estuviera loco, no envidiaría a los ricos su modo de morir. ¡Y usted quiere emancipar a los trabajadores sin cerebro y sin imaginación que hemos esclavizado para intentar que sus vidas vuelvan a ser felices y agradables! Ignora que han caído en la situación que les corresponde.

Sonrió con una sonrisa que irritó a Graham de un modo extraño y durante unos segundos guardó silencio.

—Ya cambiaré de opinión. Comprendo sus ideas porque durante mi niñez leí a Shelley y soñé con la libertad. No existe libertad que no sea la sabiduría y el dominio de uno mismo. La libertad está en nuestro interior, no fuera, y la libertad de cada hombre es algo que sólo a él le incumbe. Supongamos, lo que es imposible, que esta muchedumbre de necios vestidos de azul logren ponerse encima de nosotros. ¿Qué ocurriría? Que poco después caerían en las manos de otros dueños. Mientras haya borregos, la naturaleza seguirá creando bestias de presa. Significaría únicamente un retraso de unos cien años. El dominio del aristócrata es fatal y lógico. El fin será el Superhombre, a pesar de todas las locas protestas de la humanidad. Aunque se rebelen contra mí, aunque consigan darme muerte y dársela a mis semejantes, surgirán otros. Surgirán nuevos tiranos y el fin será el mismo.

—No estoy seguro —repuso Graham con testarudez.

Durante unos minutos mantuvo los ojos fijos en el suelo, y al fin

habló:

—Deseo ver estas cosas por mí mismo —dijo asumiendo de pronto un tono dominante—. Solamente viéndolo podré comprender. ¡Debo comprender! Esto es lo que deseaba decirle, Ostrog. No deseo ser rey de una Ciudad de Placer. No es ése el reinado a que yo aspiro. Ya he concedido bastante tiempo a la aeronáutica y a todas las otras cosas. Ahora deseo saber cómo vive el pueblo, en qué consiste la vida del pobre. Entonces comprenderé mejor todo esto. Deseo conocer la existencia de la clase trabajadora, deseo saber cómo trabajan, cómo se casan, cómo tienen hijos, cómo mueren...

—Todo eso puede conocerlo por nuestras novelas realistas —sugirió Ostrog, repentinamente preocupado.

—Yo busco la realidad —dijo Graham—. No el realismo.

—Habrá dificultades... —repuso Ostrog reflexionando—. Quizás, al fin y al cabo...

—¿Qué?

—Yo no esperaba... Había pensado... Y sin embargo, quizá... ¿Dice usted que desea recorrer las vías de la ciudad y ver cómo vive la gente? Será necesario que vaya disfrazado. La ciudad está muy intranquila y los ánimos excitados. El descubrimiento de su presencia entre la gente podría producir un terrible tumulto. Sin embargo, este deseo suyo de entrar en la ciudad, esta idea... puede llevarse a cabo, si es que verdaderamente le interesa. Sus deseos, naturalmente, son órdenes. Usted es el Señor. Puede ir cuando lo desee. Asano le facilitará un disfraz adecuado para esta excursión y él le acompañará. Al fin y al cabo, no es mala idea.

—¿No desea consultarme sobre ningún punto? —preguntó Graham con repentina desconfianza.

—¡Oh, no! ¡No! Creo que puede confiarme sus asuntos, al menos por el momento —dijo Ostrog sonriendo—, aunque no estemos de acuerdo.

Graham le lanzó una mirada penetrante.

—¿No habrá derramamiento de sangre? —preguntó.

—Por supuesto, no.

—He estado pensando en esos negros. No creo que el pueblo tenga sentimientos hostiles hacia mí, y, después de todo, yo soy el Señor. No quiero que esos negros vengan a Londres. Quizá sean

prejuicios arcaicos, pero mis ideas son muy fijas en lo que se refiere a las distinciones de raza. Ni siquiera en París...

Ostrog le contempló pensativo por debajo de sus pobladas cejas.

—No pensaba traer a los negros a Londres —dijo lentamente—. Pero si...

—No traerá usted negros armados a Londres, ocurra lo que ocurra —replicó Graham—. Por lo que a eso se refiere, estoy completamente decidido.

Después de un leve titubeo, Ostrog decidió no insistir y se inclinó respetuosamente ante él.

Capítulo XX

EN LAS CALLES DE LA CIUDAD

Aquella noche, Graham, disfrazado para pasar desapercibido con el uniforme de un oficial de los Ventiladores de categoría inferior, y acompañado por Asano, con el uniforme azul de la Compañía Laboral, visitó la ciudad por la que había vagado cuando estaba sumida en el torbellino de la vida. A pesar de las crecientes fuerzas de la revolución, a pesar del descontento existente, los rumores de que la primera revuelta no había sido más que el preludio, el comercio seguía floreciendo con ímpetu y fuerza. Graham conocía ya en parte las dimensiones y las bases de la nueva era, pero no estaba preparado para las infinitas sorpresas que le proporcionaría una visión detallada ni para el torrente de colores e impresiones que corría junto a él.

Aquél era su primer contacto real con la humanidad de los últimos tiempos. Comprendió que todo lo que había ocurrido anteriormente, salvo las cosas sueltas que había podido ver en los teatros públicos y en los mercados, había tenido un importante factor de secreto, que había sido un movimiento llevado a cabo dentro de un marco político relativamente pequeño, y que todas sus experiencias previas habían girado inmediatamente alrededor de su propia situación. Pero aquí había una ciudad animada en las horas más vivas de la noche. En gran parte, ya el pueblo volvía a dedicarse a sus intereses propios, a reanudar su vida real y a seguir con las costumbres de la nueva época.

Graham y su acompañante salieron a una calle cuyos pavimentos móviles estaban abarrotados de uniformes azules. Toda aquella densidad de población no era más que una parte de una procesión. ¡Y qué extraño resultaba una procesión recorriendo sentada la ciudad! Los concurrentes llevaban carteles de una tela basta y colorada con grandes letras rojas. «No queremos el desarme», decían las pancartas, generalmente con letras escritas a

brochazos y ortografía muy variable. «¿Por qué tenemos que entregar las armas?». «No queremos el desarme». «Nos negamos a entregar las armas». Bandera tras bandera pasaban ante él. Era toda una corriente de banderas, carteles y pancartas. Al final de la manifestación, se oía el himno de la revolución y una ruidosa banda tocaba extraños instrumentos.

—Deberían estar todos trabajando —dijo Asano—. No comen desde hace dos días, a no ser que hayan robado algo para llevarse a la boca.

Al poco rato. Asano dio un rodeo para evitar la masa de gente apretujada que contemplaba asombrada el paso de cadáveres trasladados del hospital al depósito. Era la cosecha de muertos, producto de la primera revolución.

Aquella noche, muy poca gente dormía y todo el mundo estaba en la calle. Graham se veía rodeado por una atmósfera excitada de masas humanas continuamente cambiantes. Su mente se hallaba confusa y en tinieblas, debido al incesante tumulto y a los gritos y enigmáticos fragmentos de la lucha social que estaba comenzando a producirse. Por todas partes había pancartas y banderas con extraños y negros decorados. En ellas se exaltaba e intensificaba su popularidad. Por todos lados pudo oír retazos de aquel dialecto basto y crudo que utilizaban las clases iletradas. Esto es, aquella clase que en su intercambio corriente no utilizaba la cultura que daban los gramófonos. En todos lados se respiraba la misma atmósfera de negativa a entregar las armas, con un aroma de urgencia inmediata de la que no se había dado cuenta cuando estaba en el barrio de los ventiladores. Decidió que tan pronto como volviera tendría que discutir este asunto con Ostrog, pero no sólo este asunto, sino todos los que traía consigo y de una forma mucho más categórica de lo que lo había hecho hasta ahora. Durante toda aquella noche, en las horas del amanecer y a través de todo su recorrido por la ciudad, su atención se vio atraída por el espíritu reinante de inquietud y revolución. Tanto absorbió su atención, que dejó de advertir una infinidad de cosas extrañas que si no hubiera sido por ello no le hubieran pasado desapercibidas.

Aquella preocupación hizo que sus impresiones fueran fragmentarias, pero, sin embargo, entre tantas cosas que le eran extrañas y que le atraían, ningún tema, aunque le pudiera afectar

personalmente, consiguió distraer su atención de lo que le preocupaba. A pesar de todo, hubo momentos en que se olvidó del tema del movimiento revolucionario, y como una cortina éste se corrió a un lado para dejarle ver algún nuevo aspecto de la época en que vivía.

Helen había logrado que su mente fuera como una máquina de hacer preguntas y que entre las muchas preguntas que se hacía hubiese un predominio de interrogantes sobre ella. Pero hubo momentos en que Helen quedó borrada de sus pensamientos conscientes. Hubo un momento, por ejemplo, en que se encontró con que estaban cruzando por el barrio religioso, ya que el fácil desplazamiento de uno a otro punto de la ciudad hacía que la existencia, en distintos sectores, de iglesias y lugares de oración, no fuese ya necesaria, pudiendo estar todas reunidas en un barrio. Iban atravesando este distrito, cuando hubo algo en la fachada de la iglesia de una de las sectas cristianas que le llamó profundamente la atención.

Estaban sentados en una de las vías superiores rápidas, y fue entonces cuando, al torcer una esquina, vio avanzar rápidamente hacia él lo que le llamara tanto la atención. Se trataba de un edificio cubierto de abajo arriba con una serie de inscripciones muy brillantes en blanco y azul. Los únicos espacios en donde no había inscripciones eran aquéllos en donde una pantalla transparente de cinematógrafo exhibía escenas realistas del Nuevo Testamento. Rodeando el edificio había un ancho festón negro para demostrar que aquella religión seguía la política del momento. Graham ya se había familiarizado con la escritura fonética, y fue lo que decían las inscripciones lo que le impresionó tanto que las consideró como una increíble blasfemia. Entre las menos ofensivas podía leerse: «La Salvación en el primer piso torciendo a la derecha», «Apueste por el Hacedor», «Las conversiones más rápidas del hombre», «Expertos oradores», «Adelántese a los demás», «Lo que Cristo diría al Durmiente», «Únase a los santos modernos», «Sea un cristiano sin que esto dificulte sus actuales ocupaciones», «Esta noche los obispos más brillantes en el escaño, a precios corrientes» y «Bendiciones rápidas para hombres de negocios».

—Pero esto es desolador —dijo Graham a medida que pasaban por debajo de la inmensa mole que aullaba gritos de piedad

mercantilizada.

—¿Qué es desolador? —preguntó su acompañante buscando en vano algo que se saliera de lo corriente en las inmensas superficies pintadas.

—Eso. No cabe duda de que la esencia de la religión es el respeto.

—¡Ah, eso! ¿Le extraña? —dijo Asano con el tono de alguien que hace un descubrimiento—. Bueno, sí, claro, supongo que sí le extrañará, pero en nuestros tiempos la competencia para llamar la atención es tan grande, que hay que hacerlo así, y además la gente no dispone de tiempo libre para atender a sus almas, como disponían antes. En los viejos tiempos tenían ustedes los días de fiesta muy tranquilos y los solían pasar en el campo aunque no sé dónde recuerdo haber leído algo sobre los domingos por la tarde, que...

—Pero eso —repuso Graham volviendo la vista hacia los anuncios en azul y blanco que se alejaban—, pero eso no es lo único...

—Hay muchos medios diferentes. Pero claro está que si una secta no se anuncia, no gana dinero. Actualmente la adoración ha cambiado. Hay sectas para clases privilegiadas que no tienen que hacer una propaganda tan llamativa. Usan un incienso caro, prestan una atención personal a sus feligreses, etcétera. Pero ésta que acabamos de pasar es muy popular y próspera. Paga al Consejo varias docenas de leones por ese edificio, es decir, se lo pagaba a usted.

Graham todavía tenía dificultades con el sistema monetario, y aquella mención de una docena de leones hizo que su atención se volviera a este tema. Un momento después los templos abarrotados de gente que no cesaba de gritar quedaron olvidados. Una frase captada le confirmó en su idea de que tanto el oro como la plata habían dejado de servir para acuñar o valorizar monedas, que el oro bruñado que había comenzado su reino entre los mercaderes de Fenicia, había sido al fin destronado. El cambio se había llevado a cabo gradualmente, pero con rapidez, y se debía a la extensión del sistema de cheques que ya en su vida anterior comenzaban a sustituir al oro en todas las grandes transacciones financieras. El tráfico de la ciudad, el sistema monetario utilizado en el mundo, se

llevaba a cabo por medio de pequeños cheques de color marrón, verde o rosado para pequeñas cantidades, impresos con caracteres negros. Asano tenía varios, y en la primera oportunidad que se le ofreció adquirió los que le faltaban de la serie. No estaban impresos en papel frágil, sino en una materia semitransparente de flexibilidad sedosa. Cada uno de ellos reproducía un facsímil de la firma de Graham y aquél fue su primer contacto con las curvas de aquel autógrafo que tan familiar le resultara doscientos tres años antes.

Algunos incidentes intermedios no lograron causarle una impresión lo suficientemente viva para apartar de sus pensamientos la cuestión del desarme. Tuvo una visión borrosa de un templo teosofista que prometía MILAGROS con enormes letras de fuego, y después contempló el gran comedor de la avenida de Northumberland. Esto le interesó profundamente.

Gracias a la energía y a la previsión de Asano pudo contemplar aquel lugar desde una galería apartada, reservada para los servidores de las mesas. En todo el edificio se oía un rumor distante y confuso cuyo significado no logró comprender al principio, pero que le recordó cierta voz misteriosa y lejana que había escuchado cuando volvieron las luces en la noche de sus vagabundeos solitarios.

Ya estaba acostumbrado a los grandes espacios y las grandes muchedumbres, pero sin embargo este espectáculo le llamó la atención largo tiempo. Mientras contemplaba lo que ocurría inmediatamente debajo de él, y mientras hacía cien preguntas relativas a los detalles, comprendió el verdadero significado de aquella fiesta, a la que asistían millares de personas.

Constituyó una verdadera sorpresa para él descubrir que los pensamientos que debían de habersele ocurrido mucho antes no se habían albergado en su imaginación, hasta que algún detalle trivial que anteriormente le había parecido un misterio le daba de pronto la explicación de algo que se le había pasado por alto. Por ejemplo, no se le había ocurrido que la continuidad de la ciudad, la exclusión de los fenómenos meteorológicos y las enormes estancias y calles implicaban la desaparición de la vida privada, y que el típico hogar Victoriano, la pequeña celda de ladrillos que contenía una cocina y un fregadero, un salón y unos dormitorios, había desaparecido para siempre y no quedaba de él más que las ruinas que de vez en

cuando había visto en el campo.

Entonces comprendió con claridad lo que desde el principio había sido evidente: que el hogar considerado como el centro de la vida no era ya una serie de habitaciones, sino un gigantesco hotel, un hotel con mil clases distintas de habitaciones, con millares de comedores, iglesias, teatros, mercados y lugares de reunión, una síntesis de empresas de la que él era dueño absoluto. La gente tenía sus habitaciones de dormir en lo que podría denominarse antecámaras, habitaciones que siempre eran higiénicas, aunque no fuesen muy confortables ni muy privadas. Por lo demás, vivían como había vivido mucha gente en los modernos grandes hoteles de los días Victorianos, comiendo, leyendo, pensando, jugando o conversando en los lugares públicos, yendo a trabajar en los barrios industriales de la ciudad o haciendo negocios en las oficinas de la zona comercial.

Se dio cuenta inmediatamente de la manera inevitable cómo este estado de cosas había surgido de la ciudad victoriana. La razón de ser fundamental de la Edad Moderna había sido siempre la economía de la cooperación. Lo que evitó principalmente la fusión de los diferentes hogares en su generación fue sencillamente la imperfecta civilización del pueblo, el orgullo, las pasiones y los prejuicios, las envidias, las rivalidades y la violencia de las clases media y baja, que había hecho necesaria la completa separación de los hogares contiguos. Pero el cambio, el aplastamiento del pueblo, había hecho rápidos progresos desde entonces. En sus breves treinta años de vida anterior, Graham había conocido ya la costumbre de comer fuera de casa, y el café y el restaurante habían dado lugar a la abarrotada Tienda Aérea de Pan. Los clubs femeninos habían tenido su principio también entonces, y el inmenso desarrollo de salones de lecturas, lugares de reunión y bibliotecas había dado lugar a un aumento en la confianza social. Todas aquellas promesas habían logrado su completa realización. El hogar de puertas adentro y cerrado a los extraños, pertenecía ya al pasado.

Supo Graham que la gente que estaba contemplando pertenecía a la clase media baja, a la clase social inmediatamente superior a los trabajadores de uniforme azul, una clase tan acostumbrada en la época victoriana a comer con todas las precauciones del aislamiento, que sus miembros, cuando se veían obligados a hacer

una comida en público, solían ocultar su turbación tras unos modales enormemente afectados. Sin embargo, los comensales alegres y vestidos de claro que se hallaban a sus pies, a pesar de su prisa y de su precipitación, obraban con una absoluta naturalidad y se hallaban perfectamente a sus anchas.

Advirtió un detalle significativo. La mesa, hasta donde abarcaba su vista, estaba absolutamente limpia y no había nada que recordara en lo más mínimo las migas que hubieran cubierto el mantel, las manchas de grasa, el vino derramado y los adornos fuera de lugar que hubiesen caracterizado una comida similar de la clase media de la época victoriana. También la mesa estaba puesta de un modo muy distinto. No había adornos, ni flores, ni mantel, y Graham supo que estaba hecha de una sustancia sólida con la contextura y la apariencia del damasco. Desde donde se hallaba él, notó que aquella sustancia adamascada estaba estampada con toda clase de anuncios comerciales.

En una especie de bandeja delante de cada comensal, había un complejo aparato de porcelana y metal. Había también un plato de porcelana blanca, y por medio de grifos para fluidos calientes y fríos, el comensal lo lavaba por sí mismo. Asimismo podía lavar su elegante cuchillo de metal blanco y el tenedor y la cuchara cada vez que lo consideraba necesario.

La sopa y el vino tinto, que era la bebida usual, manaban de unos grifos semejantes, y los demás platos avanzaban automáticamente en unas fuentes, adornadas con primor, por encima de la mesa, por unos raíles de plata. El comensal detenía los platos y se servía a discreción. Aparecían por una pequeña trampilla a un extremo de la mesa y desaparecían por el otro. Descubrió que los sentimientos democráticos en decadencia, el feo orgullo de almas mezquinas por el cual las personas de una misma categoría aborrecen servirse mutuamente, era muy fuerte entre aquella gente. Estaba tan absorto con este detalle, que hasta que se volvió para marcharse no se dio cuenta del enorme diorama cubierto de anuncios que se movía majestuosamente por los muros superiores y proclamaba las excelencias del material que anunciaba.

Al salir de allí, Graham y sus acompañantes entraron en una nave gigantesca, y aquél logró al fin descubrir la causa del ruido que tanto le había intrigado. Se detuvieron en una taquilla en la que

se hacían los pagos, y la atención de Graham fue atraída inmediatamente por un violento griterío, seguido de una voz pastosa: «El Señor duerme pacíficamente —vociferó aquella voz—. Goza de excelente salud y va a dedicar el resto de su vida a la aeronáutica. Dice que las mujeres son más bellas que nunca y nuestra asombrosa civilización le ha dejado atónito. Tiene completa confianza en el Jefe Ostrog. Ostrog va a ser su Primer Ministro, y está autorizado para destituir y nombrar funcionarios públicos. Todos los asuntos de importancia estarán en sus manos. ¡Todo estará en manos del Jefe Ostrog! Los consejeros estarán en la cárcel en lo alto del Edificio del Consejo».

Graham se detuvo al escuchar la primera frase y, levantando la vista, vio un altavoz del que surgían aquellas palabras. No cabía duda de que se trataba de la Máquina de la Inteligencia Central. Durante unos instantes pareció hacer acopio de oxígeno y se oyó claramente un latido rítmico que surgía de su cuerpo cilíndrico. Después produjo un sonido ronco, y comenzó de nuevo:

«En París reina la calma. La resistencia ha sido sofocada. La policía negra ha ocupado todos los puestos de importancia. Ha luchado con bravura cantando canciones escritas sobre sus antecesores por el poeta Kipling. Algunas veces los policías se desmandaron, torturaron y mutilaron a los heridos y capturaron a los insurrectos, tanto hombres como mujeres. Moraleja: ¡No rebelarse! ¡Ja, ja! Son buenos muchachos, y muy valientes. Que esto sirva de lección a los descontentos de esta ciudad, a todos los descontentos».

La voz cesó y entre la multitud se oyó un murmullo de desaprobación.

—¡Malditos negros!

Un hombre comenzó a pronunciar un discurso muy cerca de donde Graham se hallaba.

—¿Será el Señor el responsable de esto? ¿Será el Señor el responsable?

—¡La policía negra! —exclamó Graham—. ¿Qué es eso? No será...

Asano le cogió por el brazo y le advirtió con la mirada que no siguiera hablando. Inmediatamente un nuevo mecanismo comenzó a gritar de un modo ensordecedor.

«¡París está lleno de gritos! Los parisienses, exasperados por la policía negra, cometen algunos asesinatos, que dan lugar a terribles represalias. Los tiempos de los bárbaros han vuelto una vez más. ¡Sangre! ¡Sangre!».

La Máquina Parlante gritaba sin cesar, hacía descender el tono de voz al final de las frases y comenzaba de nuevo a describir escenas de horror y desorden haciendo toda clase de comentarios.

«¡Hay que mantener la ley y el orden!».

—Pero... —comenzó Graham.

—No haga preguntas aquí —recomendó Asano—. De lo contrario, se verá envuelto en una disputa.

—En ese caso, vámonos —repuso Graham—. Quiero ver con mis propios ojos lo que ocurre.

Mientras él y su acompañante se abrían paso por entre la apiñada muchedumbre, Graham se dio cuenta claramente de las proporciones de la estancia en que se hallaban. Entre grandes y pequeñas, debía de haber por allí cerca de un millar de máquinas parlantes, todas gritando y vociferando, y cada una de ellas rodeada de un grupo de personas, la mayoría de las cuales iban vestidas de azul. Había máquinas de todos los tamaños, desde pequeños mecanismos que emitían mecánicamente frases sarcásticas en los rincones, hasta los gigantescos aparatos de casi dos metros que primero llamaron la atención a Graham, pasando por toda una serie de medidas diversas.

El local estaba abarrotado de público a causa del vivo interés que la gente sentía por los acontecimientos que se desarrollaban en París. Resultaba evidente que la lucha había sido mucho más cruenta de lo que Ostrog le había dicho. Todas las máquinas hablaban de lo mismo, y las repeticiones de sus frases por el pueblo hacían que todo el lugar pareciera una inmensa colmena, en la que se murmuraban las mismas palabras: «Policías linchados», «Mujeres quemadas vivas», «¿Cómo permite el Señor que ocurran tales cosas...?».

—¿Es así cómo comienza el Señor su gobierno? —preguntó un individuo que se hallaba cerca de Graham.

¿Acaso era así cómo empezaba su gobierno? Durante mucho tiempo después de haber abandonado el local, los gritos, los silbidos y las voces de las máquinas le persiguieron: «¡Ja, ja...!».

cómo comienza el Señor su gobierno...?».

Cuando salieron a la calle se puso a interrogar a Asano sobre la naturaleza de la lucha que se había registrado en París.

—¿Qué significa el desarme? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué implican esas voces?

Asano se esforzó por asegurarle que todo marchaba bien.

—Pero ¿y la sangre que está corriendo en París?

—No se puede hacer una tortilla sin romper huevos —dijo Asano—. Se trata únicamente de la gente basta y ordinaria, y los desórdenes sólo se han producido en una parte de la ciudad. En el resto reina tranquilidad. Los trabajadores parisienses son los más indómitos del mundo, después de los nuestros.

—¿De cuáles? ¿De los londinenses?

—No, de los japoneses. Hay que tratarlos con mano dura.

—¿Pero qué es eso de que están quemando a las mujeres vivas?

—Son unos salvajes que querrían despojar a todo el mundo de sus bienes. Querrían entregar el mundo a las masas para que éstas gobernaran. Pero aquí no permitiremos esos desórdenes. Aquí no es necesaria la policía negra. Además, hemos tenido con ellos toda clase de consideraciones. Se trata de sus propios negros, negros de habla francesa. Hay regimientos senegaleses, de Nigeria y de Tombuctú.

—¿Regimientos? —preguntó Graham—. Yo creí que no había más que uno...

—No —dijo Asano, dirigiéndole una rápida mirada—. Hay más de uno.

Graham experimentó una desagradable sensación de impotencia.

—Yo no creí... —comenzó a decir.

De pronto se detuvo.

Después de unos instantes se dedicó a pedir información sobre las máquinas parlantes. En su mayor parte, los que estaban en la sala iban vestidos pobremente, incluso con harapos, y Graham supo que en lo que se refería a las clases más prósperas, en todas las confortables mansiones de la ciudad había instaladas máquinas parlantes, que hablaban cuando se empujaba una palanca. El poseedor de la casa podía conectarla con los cables de los Sindicatos de Noticias que prefiriera. Cuando Graham se enteró de esto, preguntó la razón de que aquellas máquinas no hubieran sido

colocadas en sus propias habitaciones, y Asano se le quedó mirando en silencio, pensando en la respuesta más adecuada que convendría darle:

—No se me había ocurrido —dijo—. Ostrog ha debido ordenar que se retiraran.

—¿De qué modo iba yo a enterarme de lo que está ocurriendo? —exclamó Graham.

—Es posible que pensara que serían una molestia para usted —dijo Asano.

—Deberán ser instaladas inmediatamente, a nuestra vuelta —repuso Graham con decisión.

Le resultó difícil hacerse a la idea de que aquel comedor y la sala de noticias no eran grandes locales centrales, sino que aquellos establecimientos se repetían innumerables veces en la ciudad. Una y otra vez, durante su expedición nocturna, sus oídos captaron por encima del tumulto de las calles el característico vocerío de los órganos publicitarios del Jefe Ostrog.

También por todas partes se encontraron Casas Cuna como aquélla en la que entró con Asano. Se llegaba a ella por un ascensor y a través de un puente de cristal que cruzaba el comedor y las calles, formando un ángulo ligeramente inclinado hacia arriba. Para entrar en la primera sección de aquel lugar tuvo que estampar su firma para garantizar que era persona solvente, e inmediatamente fueron atendidos por un hombre vestido con una túnica de color violeta y un broche de oro, que era la insignia de los médicos practicantes. Dedujo, por sus atenciones con él, que aquel hombre conocía su identidad, y procedió a hacerle preguntas sobre el lugar sin la menor reserva.

A ambos lados del pasillo, que estaba silencioso, alfombrado como para ahogar las pisadas, había unas puertas muy estrechas, y su tamaño y colocación recordaron a Graham las celdas de una prisión victoriana. Pero la parte superior de cada puerta estaba hecha de la misma sustancia transparente y verdosa que lo había rodeado en su despertar, y en el interior se veía, a media luz, un niño recién nacido, colocado en una especie de nido de algodón. Unos aparatos muy complicados regulaban la atmósfera, y cuando se registraba la menor alteración en la temperatura o la humedad, hacían sonar un timbre que llegaba a la oficina central. Este sistema

había sustituido casi por completo el aventurado método de criar a los niños del mundo antiguo. El médico llamó la atención de Graham hacia las amas encargadas de criar los pequeñuelos. Se trataba de figuras mecánicas provistas de brazos, hombros y pechos de forma asombrosamente realista, con articulaciones y tejidos parecidos a los humanos, pero debajo no tenían sino trípodes de latón, y en lugar de rostro llevaban un disco plano, en el que se anunciaban artículos de interés para las madres.

De todas las cosas extrañas con que Graham tropezó aquella noche, nada le chocó tanto como aquel lugar. El espectáculo de aquellas pequeñas criaturas rosadas, cuyos frágiles miembros se movían inciertos, abandonados, sin los brazos y el cariño de la madre, le resultó repugnante. Pero el doctor era de diferente opinión. Las estadísticas revelaban, sin el menor género de dudas, que en la época victoriana los meses más peligrosos de la vida eran los que transcurrían en los brazos de la madre y que entonces era cuando la mortalidad resultaba más elevada. Por otro lado, esta compañía, el Sindicato Internacional de Casas Cunas, no perdía ni siquiera el medio por ciento entre un millón de recién nacidos que se hallaban a su cargo. No obstante, los prejuicios de Graham eran demasiado fuertes y todas las cifras no bastaban para hacerle cambiar de criterio.

En uno de los muchos pasillos de la institución se tropezaron de pronto con un hombre y una mujer, con el inevitable uniforme azul, que miraban a través de la sustancia transparente y se reían histéricamente al contemplar la cabeza calva de su primogénito. Los ojos de Graham debieron de expresar con claridad lo que opinaba de ellos, ya que su alegría cesó de pronto y bajaron la vista. Este incidente acentuó su estimación del abismo que existía entre sus ideas y las costumbres de la nueva época. Pasó a las habitaciones de los mayorcitos y al jardín de infancia, sintiéndose perplejo y descorazonado. Descubrió que los espaciosos cuartos de jugar estaban vacíos. Al menos, los niños modernos todavía se pasaban las noches durmiendo. Mientras lo recorrían, el médico le señaló los juguetes, moderna concepción de los inventados por aquel sentimentalista inspirado, llamado Froebel. Había allí algunas enfermeras, pero abundaban más las máquinas que cantaban, bailaban y se mecían.

Graham no comprendía del todo ciertos puntos.

—¿Cómo es que hay tantos huérfanos? —preguntó asombrado. Le explicaron que no se trataba de huérfanos.

Cuando abandonaron la institución, comenzó a hablar de lo horrible que le había parecido ver a los bebés metidos en incubadoras.

—¿Ha desaparecido la maternidad? —preguntó—. ¿Se trata acaso de una hipocresía...? Pero no, crea que era un instinto y esto me parece antinatural y abominable.

—Desde aquí iremos a las salas de baile —dijo Asano por toda respuesta—. Seguramente estarán llenas de gente, a pesar de la agitación política. Con la excepción de una pequeña minoría, a las mujeres no les interesa la política. Allí encontrará usted a las madres, porque casi todas las mujeres jóvenes de Londres son madres. Está muy bien considerado tener un hijo, ya que eso constituye una prueba de animación. Pocos miembros de la clase media tienen más de uno, aunque entre los trabajadores de la Compañía Laboral ocurre todo lo contrario. En cuanto a la maternidad..., las mujeres todavía sienten un gran orgullo por sus hijos y vienen a verlos bastante a menudo.

—¿Entonces la población del mundo...?

—Está disminuyendo..., excepto entre las clases que pertenecen a la Compañía Laboral. Éstos son muy imprudentes...

De pronto el ambiente se llenó de ruidos y de música, y por un pasaje al que llegaron trazando un ángulo oblicuo, que se hallaba adornado por innumerables pilares cubiertos de amatistas, circulaba una alegre multitud, que reía y gritaba. Graham distinguió cabezas rizadas, frentes adornadas con coronas de flores y alegres semblantes que pasaban triunfales por la escena.

—Comprobaré —dijo Asano con una débil sonrisa— que el mundo ha cambiado. Dentro de un momento podrá ver a las madres de la nueva era. Venga por aquí. Muy pronto lo veremos todo con detalles.

Ascendieron a cierta altura en un ascensor muy ligero y después se trasladaron a otro más lento. A medida que avanzaban, la música iba aumentando hasta que llegó a su cénit, y por entre el sonido de las notas, Graham pudo distinguir el rítmico rumor de innumerables pies que bailaban. Tuvieron que pagar una cantidad en una casilla y

penetraron en una amplia galería que dominaba el salón de baile. Ante ellos tenían todo el encanto espectacular y melodioso de la estancia.

—Aquí están los padres y las madres de los niños que ha visto usted antes —dijo Asano.

La sala no estaba decorada con tanta riqueza como la del Atlas, pero era la más espléndida de tamaño que Graham había visto hasta entonces. Las maravillosas figuras de miembros muy blancos que sostenían las galerías le recordaron una vez más la magnificencia de la escultura. Parecían retorcerse en posturas encantadoras y sus rostros aparecían animados por la risa. El lugar de donde procedía la música que llenaba el local hallábase oculto y todo el suelo brillante se hallaba por completo cubierto de parejas que bailaban.

—Mírelas —dijo su pequeño servidor—. Aquí podrá ver cómo exhiben su maternidad.

La galería en que se encontraban se hallaba situada sobre la parte superior de un enorme biombo que separaba la sala de baile de una especie de vestíbulo exterior, que dejaba ver a través de grandes arcadas el incesante avance de la gente por las vías de la ciudad. En aquel vestíbulo exterior se hallaban apiñadas millares de personas vestidas con menos riqueza, en número casi tan grande como los que bailaban en el interior. En su mayoría iban vestidos con el uniforme azul de la Compañía Laboral, que tan familiar le resultaba ya a Graham. Demasiado pobres para pagar lo exigido para poder entrar en el festival, eran, sin embargo, incapaces de alejarse de los sonos musicales de aquel lugar de seducción. Algunos de ellos se habían abierto incluso espacio y bailaban también agitando sus harapos al aire. Muchos gritaban mientras bailaban, haciendo bromas y extrañas alusiones que Graham no logró comprender. En un momento dado alguien comenzó a silbar la tonada del himno revolucionario, pero al parecer los demás le obligaron a callar inmediatamente. Aquel rincón estaba oscuro, y Graham no logró distinguir bien los objetos, por lo que volvió de nuevo al punto donde estaba al principio. Por encima de las cariátides, había bustos de mármol de personajes a quienes la nueva época consideraba grandes libertadores morales y pioneros, y cuyos nombres resultaban en su mayor parte extraños para Graham, aunque reconoció los de Grant Allen, Le Gallienne, Nietzsche,

Shelley y Goodwin. Grandes guirnaldas negras rodeaban las inscripciones que cubrían la parte superior de la sala de baile, dando a entender elocuentemente que «El Festival del Despertar» seguía celebrándose.

—Miríadas de individuos se han tomado unas vacaciones o han dejado de trabajar a causa de ello, aparte de los obreros que se niegan a volver a su trabajo —dijo Asano—. Esta gente está siempre dispuesta a guardar las fiestas.

Graham se acercó a la barandilla y se inclinó sobre ella para contemplar mejor a los bailarines. Exceptuando dos o tres parejas remotas que hablaban en voz baja, él y su guía se hallaban solos en la galería. Una atmósfera de perfume y vitalidad ascendió hasta ellos. Tanto los hombres como las mujeres que bailaban, estaban vestidos con túnicas ligeras, con los brazos desnudos y el escote abierto, pues así lo permitía el calor acondicionado de la ciudad. El cabello de los hombres era una masa de rizos afeminados, llevaban la barbilla afeitada y las mejillas de muchos ostentaban un tono rosado. La mayoría de las mujeres eran muy bellas y todas estaban vestidas con estudiada coquetería. Al fijarse más cuidadosamente, Graham pudo ver caras estáticas, con los ojos medio cerrados por el placer.

—¿Qué clase de gente es ésta? —preguntó bruscamente.

—Trabajadores. Trabajadores distinguidos. Lo que ustedes denominarían burguesía. Los comerciantes independientes con negocios individuales han desaparecido hace muchos años, pero hay almacenistas, gerentes e ingenieros de mil clases. Esta noche es fiesta, y todos los salones de baile de la ciudad, así como los templos de adoración, están abarrotados.

—Pero..., ¿y las mujeres?

—Las mujeres lo mismo. Actualmente hay mil formas de trabajo para las mujeres; Usted debió conocer en sus tiempos los principios de la independencia financiera de las mujeres. Hoy son independientes en su mayoría. Casi todas las que usted ve, están casadas, más o menos casadas, porque hay innumerables formas de contrato entre hombres y mujeres. Esto les produce más dinero y les permite divertirse.

—Comprendo —repuso Graham contemplando los millares de rostros arrebolados y los movimientos melodiosos y pensando aún

en aquella pesadilla de miembros indefensos de color de rosa—. ¡Y estas mujeres son madres!

—En su mayor parte.

—Cuántas más cosas veo, más complejos me parecen los problemas. Esto, por ejemplo, es una sorpresa para mí. Y los sucesos de París han sido otra muy grande...

Guardó un breve silencio, y luego prosiguió:

—¡Estas mujeres son madres! Supongo que muy pronto me acostumbraré al modo moderno de contemplar las cosas. Yo estoy lleno de ideas anticuadas que ya no existen. En nuestros tiempos, la mujer debía no solamente concebir hijos, sino quererlos, consagrarse a ellos y educarlos. El niño debía a su madre todo cuanto hay de básico y esencial en la educación, tanto moral como intelectual. Algunos, naturalmente, vivían sin esta educación. Confieso que muchos se hallaban en este caso. Hoy es evidente que no necesitan estos cuidados, como no los necesitan las mariposas. Lo comprendo. Pero entonces teníamos un ideal: la figura de una mujer grave y paciente, silenciosa y serena, ama de casa, madre y engendradora de hombres, y amarla era una especie de culto...

Se detuvo bruscamente y repitió:

—Una especie de culto.

—Los ideales cambian —dijo el japonés—, lo mismo que cambian las necesidades.

Graham volvió sobresaltado a la realidad, y Asano repitió sus palabras.

—Naturalmente... Comprendo la razón de todo esto —dijo Graham—. Las restricciones, la sobriedad, los pensamientos serios, los actos generosos son necesidades de un estado bárbaro, de una vida de peligros. La seriedad es el tributo humano a la naturaleza indómita. Pero ahora el hombre ha conquistado la naturaleza, sus asuntos políticos están manejados por jefes que se ayudan, y la vida es alegre.

Contempló de nuevo a los bailarines y repitió:

—La vida es alegre.

—Hay también momentos tristes —replicó el pequeño servidor, pensativo.

—Toda esta gente parece muy joven. Si yo bajara parecería el más viejo. Sin embargo, en mis tiempos sería considerado de

mediana edad.

—Son muy jóvenes. Hay muy pocos viejos en esta clase social en las ciudades.

—¿Cómo es eso?

—La vida de los viejos no es tan agradable como solía serlo, a no ser que sean ricos para poder permitirse el lujo de pagarse amantes y servidores. Además, existe una cosa llamada eutanasia.

—¡Ah! ¡La eutanasia! —dijo Graham—. ¿La muerte fácil?

—La muerte fácil. Ése es el último placer. La Compañía de la Eutanasia marcha muy bien. Los inscritos pagan la cantidad exigida, que es muy elevada, con mucha antelación, se van después a una ciudad de placer y vuelven empobrecidos y cansados. Muy cansados.

—Tengo que esforzarme por comprender muchas cosas —dijo Graham, después de una pausa—, aunque comprendo que todo esto tiene su lógica. Nuestro despliegue de virtudes y de restricciones morales era la consecuencia del peligro y de la inseguridad. Ya en mis tiempos, los estoicos iban desapareciendo. Antiguamente el hombre se defendía contra el dolor. Ahora está ávido de placer. Ahí está la diferencia. La civilización ha privado a la gente de dolores y peligros... Es decir, a la gente rica, que es la única que ahora importa. He dormido doscientos años...

Permanecieron un minuto apoyados en la balaustrada siguiendo con la vista las complicadas evoluciones de la danza. La escena era, en realidad, vistosa.

—Juro ante Dios —dijo Graham de pronto— que preferiría ser un soldado herido y helado en la nieve antes que uno de esos necios pintados.

—Es posible que en la nieve —respondió Asano— pensara de modo distinto.

—Yo no estoy civilizado —dijo Graham, sin hacer caso de las palabras de su servidor—. Esto es lo malo. Yo soy primitivo, casi paleolítico. En el interior de esos seres se han cerrado y sellado las fuentes del miedo, la cólera y el dolor, y sus costumbres les convierten en alegres, confiados y encantadores. Debe usted tener paciencia con mis sorpresas y arcaicos malos humores. Dice usted que estos individuos son trabajadores. Y mientras ellos bailan, otros hombres luchan y mueren en París para conservar el mundo a fin de

que éstos puedan bailar.

—También están muriendo hombres en Londres —dijo Asano, sonriendo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Dónde duerme toda esa gente? —preguntó Graham.

—Por todas partes, en departamentos superiores e inferiores. Toda la ciudad es una intrincada conejera.

—¿Y dónde trabajan? Éste es un aspecto de su... vida doméstica.

—Esta noche verá poco trabajo. La mitad de los trabajadores está luchando y la otra mitad está de vacaciones. Pero iremos a los lugares de trabajo, si así lo desea usted...

Graham siguió contemplando a los trabajadores durante algún tiempo, y de pronto se volvió hacia su servidor.

—Quiero ver a los trabajadores —dijo—. Aquí ya he visto bastante.

Asano lo condujo por la galería que atravesaba el salón de baile y pronto llegaron a un pasillo transversal, en el que se sentía una brisa más fresca y vivificante.

Asano miró a su alrededor mientras pasaban y se detuvo al final. Luego volvió al pasillo y se dirigió a Graham con una sonrisa.

—Aquí, Señor —murmuró—, hay algo que le resultará familiar, y, sin embargo..., pero no se lo diré. Venga y lo verá por sí mismo.

Lo condujo por un pasadizo cerrado en el que pronto la temperatura se hizo muy fría. La vibración de los sonidos hizo suponer acertadamente a Graham que se trataba de un puente. Llegaron después a una galería circular, protegida con cristales, y por allí llegaron a una cámara circular que a Graham le resultó vagamente conocida, aunque no logró recordar cuándo había entrado en ella anteriormente. Allí distinguió una escalera, la primera escalera de mano que viera desde su despertar. Subieron por ella y llegaron a un lugar muy frío y oscuro, en el que descubrieron otra escalera casi vertical. Ascendieron sus escalones mientras Graham se sentía cada vez más perplejo.

Pero al llegar a lo alto comprendió de lo que se trataba y reconoció las barras metálicas a las que se asía. Se hallaba bajo la cúpula de la Catedral de San Pablo. La cúpula se elevaba ligeramente por encima del contorno general de la ciudad y brillaba bajo el resplandor de unas luces brillantes que la hacían resaltar en

la oscuridad.

Miró por entre las barras y contempló el firmamento, comprobando que las constelaciones estelares no habían cambiado. Capela se alzaba al Oeste; Vega, ascendía, y los siete puntos brillantes de la Osa Mayor avanzaban lenta y majestuosamente hacia el Polo.

Contempló estas estrellas en trozos vacíos del firmamento. Por el Este y por el Sur los grandes cuerpos circulares de las ruedas de molino impedían la visión del cielo, de modo que el resplandor que rodeaba el edificio del Consejo quedaba oculto. Hacia el Sudoeste distinguió a Orión, como un pálido fantasma, por en medio de una tracería de hierros y armazones entrecruzados. Un poderoso rugido y el grito de una sirena que llegó hasta él desde las pistas de vuelo, advirtió al mundo que uno de los aeroplanos se disponía a volar. Graham contempló durante unos instantes la pista iluminada y fijó después la mirada en las constelaciones.

Durante un buen rato, absorto en su contemplación, permaneció en silencio.

—Esto —dijo al fin sonriendo en la oscuridad— es lo más extraño de todo... Estar en la cúpula de San Pablo y contemplar desde aquí una vez más las estrellas silenciosas y amigas.

Desde allí, Graham fue conducido por Asano a través de un laberinto de vías hasta las zonas de negocios y especulaciones, donde se amasaban y se perdían las grandes fortunas de la ciudad. Le produjo la impresión de que se trataba de una serie interminable de estancias abovedadas, rodeadas de palcos y galerías a las que se abrían miles de balcones. Todas las naves estaban atravesadas por una complicada multitud de puentes, raíles de motores aéreos, trapecios y cables. Y allí, más que en ninguna otra parte, se advertía una nota de vehemente vitalidad, de actividad incontrolada y presurosa. En todas partes se veían anuncios de toda clase de productos. El cerebro de Graham comenzó a girar a causa de aquel tumulto de luces y colores. Abundaban las máquinas parlantes que dejaban oír su voz sin cesar, llenando el aire de gritos y de palabras pronunciadas en una incomprensible jerga: «Cierra los ojos y resbala», «Arriba, Bonanza», «Los Galipas vienen y triunfan...».

A Graham le pareció que aquel local se hallaba lleno de gente sumida en la más profunda agitación, pero Asano le hizo saber que

el lugar estaba relativamente vacío. La gran revolución política de los últimos días había reducido las transacciones a un mínimo sin precedentes. En una inmensa estancia había largas hileras de mesas de ruleta, cada una de las cuales estaba rodeada por un grupo de personas excitadas y nerviosas; en otra, una gran confusión de mujeres pálidas y hombres congestionados compraban y vendían las acciones de una transacción completamente ficticia, que cada cinco minutos pagaba un dividendo del diez por ciento, y cancelaban cierta proporción de las acciones por medio de una rueda de lotería.

Estas actividades comerciales se llevaban a cabo con una energía que pronto se convirtió en violencia, y Graham, acercándose a un compacto grupo, descubrió en el centro a dos mercaderes sumidos en una violenta controversia sobre un punto delicado de la etiqueta de los negocios. Aún quedaba en la vida algo por que luchar. Más allá quedó profundamente sorprendido al enfrentarse con unos letreros brillantes, cuyas letras eran mucho mayores de tamaño que un hombre, y que repetían varias veces: «ASEGURAMOS AL PROPIETARIO. ASEGURAMOS AL PROPIETARIO».

—¿Quién es el propietario? —preguntó.

—Usted —contestó Asano.

—¿Pero qué es lo que me aseguran?

—¿No había seguros en sus tiempos?

Graham reflexionó.

—¿Seguros?

—Sí, seguros. Lo que aseguran es su vida. Docenas de personas están sacando pólizas y miríadas de leones se gastan en su nombre. Mucha gente compra también anualidades. Esto se hace con todas las personas de importancia.

Una gran muchedumbre se agitaba y hablaba sin cesar, y Graham vio una pantalla negra iluminada de pronto con letras más grandes aún, de brillante púrpura. «Anualidades sobre el Propietario: X

5 Pr. G.»

La gente se puso a silbar y a gritar al leer esto, y un gran número de individuos, con la respiración agitada y los ojos desorbitados, acudieron corriendo, gesticulando sin cesar. Junto a la puerta de salida se formó una terrible confusión.

Asano se sumió en rápidos cálculos.

—El diecisiete por ciento al año es la anualidad. No pagarían un porcentaje tan elevado si le vieran en este momento, Señor. Pero ellos lo ignoran. Las anualidades que se pagaban antes por usted eran una inversión segura, pero ahora se han convertido, naturalmente, en pura especulación. Ésta es, probablemente, una inversión a la desesperada y dudo que recuperen su dinero.

Los numerosos especuladores formaron un corro tan apretado, que durante algún tiempo Asano y Graham se vieron imposibilitados de moverse hacia delante o hacia atrás. Graham notó una elevada proporción de mujeres entre los especuladores y recordó una vez más la independencia económica del sexo débil. Parecían capaces de cuidarse de sí mismas y se movían abriéndose paso con los codos con destreza inigualable, como Graham pudo pronto comprobar a sus expensas. Una muchacha de cabello rizado, inmovilizada de momento por la presión, le miró con fijeza unos instantes haciéndole pensar que le había reconocido. Después, dirigiéndose deliberadamente hacia él, le tocó el brazo con la mano como por accidente y le dio a entender, con una mirada tan antigua como los pueblos de Asiria y Caldea, que le había gustado. Pero en aquel momento un individuo de edad, con una poblada barba gris, que sudaba copiosamente, cegado a todas las cosas excepto a aquel letrado deslumbrador, se interpuso entre ellos para dirigirse anhelante hacia el seductor «X 5 Pr. G.».

—Quiero salir de aquí —dijo Graham a Asano—. No es esto lo que he venido a ver. Enséñeme a los trabajadores. Quiero ver a los que llevan uniforme azul. Estos necios parásitos...

De pronto se sintió solo entre aquella muchedumbre vociferadora, y su frase quedó sin terminar.

Capítulo XXI

EL SUBSUELO

Cuando lograron salir de aquel torbellino y se hallaron fuera de la zona comercial, se dirigieron, por las plataformas móviles, hacia una parte remota de la ciudad, donde había instaladas manufacturas de todos los artículos. Las plataformas cruzaron el Támesis dos veces y pasaron por un ancho viaducto a través de una de las grandes carreteras que salían de la ciudad hacia el Norte. En ambas ocasiones las impresiones de Graham fueron muy profundas. El río era como un resplandor arrugado y ancho, de profundas aguas negras, rodeado de edificios, que se desvanecía hasta sumirse en una negrura interrumpida por minúsculas luces. Una serie de negras barcas avanzaban por el agua, conducidas por hombres vestidos de azul. El camino era un túnel muy alto, ancho y largo, y por él discurrían máquinas de una sola rueda, silenciosa y rápidamente. También estas máquinas eran conducidas por obreros vestidos de azul. La suavidad con que se movían, el tamaño y la ligereza de las grandes ruedas neumáticas en proporción con el cuerpo de los vehículos, llamaron poderosamente la atención de Graham. Un carruaje muy estrecho y alto, con cilindros metálicos longitudinales y adornado con los esqueletos de muchos centenares de animales, le hizo detenerse asombrado, pero de pronto una curva se interpuso entre él y aquella extraña visión, impidiéndole seguir contemplándola.

Poco después abandonaron aquel camino, descendieron utilizando un ascensor y atravesaron un pasaje en declive entrando después en otro ascensor. Allí, el aspecto exterior de las cosas sufrió un gran cambio, y hasta los ornamentos arquitectónicos desaparecieron. Las luces disminuyeron en número y tamaño y los edificios se hicieron más macizos en proporción con los espacios vacíos, a medida que Graham y Asano fueron acercándose a la zona de las fábricas. Y en las fábricas de porcelana, en las fábricas de

feldespatos, en los hornos de los centros metalúrgicos, entre los lagos incandescentes de la eadhamite, hombres, mujeres y niños no llevaban otra cosa que el uniforme azul. Muchas de estas galerías extensas y polvorientas eran silenciosas avenidas de maquinaria. Filas interminables de hornos parados testificaban los desórdenes revolucionarios, pero dondequiera que se trabajara los obreros vestían siempre de azul y se movían con lentitud. Los únicos que no iban de azul eran los vigilantes de los lugares de trabajo y los agentes de la Policía Laboral, que iban vestidos de color naranja. En contraste con los rostros arrebolados de los bailarines que acababa de ver y con la agitación voluntaria en que se hallaba sumida la parte comercial de la ciudad, Graham se dio cuenta de las caras hoscas y contraídas, los músculos debilitados y los ojos cansados de la mayor parte de los trabajadores. Los que veía trabajando eran muy inferiores en fuerza física a los pocos vigilantes vestidos con alegres coloridos que dirigían sus trabajos. Los fornidos labradores de los tiempos Victorianos habían seguido el camino del caballo de tiro y de todas las fuerzas vivientes. Habían sido extinguidos. La máquina había sustituido a los músculos del hombre. El trabajador moderno, hombre o mujer, era principalmente un cuidador y alimentador de la máquina, un criado o servidor, o un artista dirigido mecánicamente.

Las mujeres, en contraste con las que Graham había visto hacía poco, eran, en general, bastas y de pecho plano. Doscientos años de emancipación de las restricciones morales de la religión puritana, doscientos años de vida ciudadana, habían llevado a cabo su obra de eliminación de toda belleza femenina en las miríadas de mujeres que llevaban el uniforme azul. Ser física o mentalmente brillante, ser en algún modo atractiva o excepcional, había sido y era todavía una emancipación, un modo de escapar a las Ciudades de Placer con sus maravillas y delicias y, por fin, un modo de conseguir la eutanasia y la paz. Apenas podía pedirse que almas nutridas con un alimento espiritual tan mezquino se mantuvieran firmes contra todas estas cosas. En las ciudades recién nacidas de la vida anterior de Graham, la masa laboral había sido una diversa multitud que se conmovía con facilidad, por la tradición del honor personal y de una moral elevada. Ahora se trataba de una clase aparte, con una moral y unos atributos físicos propios, incluso con un dialecto

propio.

Graham y su acompañante siguieron descendiendo cada vez más hacia los centros de trabajo, y por fin pasaron por debajo de una de las calles de vías móviles, vieron sus plataformas por encima de sus cabezas y a través de las rendijas llegaron hasta ellos algunos rayos de luz. Las fábricas que estaban paradas, carecían de iluminación, y a Graham le parecieron, con sus grandes naves pobladas de máquinas gigantescas, lugares tenebrosos. Incluso donde se trabajaba, la luz era mucho menos brillante que en las calles públicas.

Dejando atrás los lagos refulgentes de eadhamite, Graham llegó al lugar donde trabajaban los joyeros, y con grandes dificultades obtuvo permiso para entrar en aquellas galerías. Para lograrlo tuvo que estampar su firma.

Eran irnos locales inmensos, oscuros y muy fríos. En el primero de ellos, unos individuos hacían adornos de filigranas de oro. Cada hombre tenía un banquillo con una luz que daba sobre su cabeza. A Graham le produjo un efecto extraño contemplar una larga hilera de manchas luminosas, los ágiles dedos brillantemente iluminados moviéndose incesantemente y las numerosas caras, como rostros de fantasmas, sumidas en las sombras.

Cada uno de aquellos individuos hacía verdaderas obras maestras, pero sin ninguna fuerza en el modelado o en el dibujo, pues en su mayor parte eran variantes de un motivo geométrico. Aquellos trabajadores llevaban un uniforme blanco sin bolsillos ni mangas, se lo ponían al llegar al trabajo, pero por las noches se les desnudaba y eran registrados antes de abandonar los locales de la Compañía. No obstante, el agente de la Policía Laboral que estaba allí de guardia le dijo que, a pesar de estas precauciones, se cometían robos con relativa frecuencia.

Llegaron después a una galería de mujeres ocupadas en cortar y preparar planchas de rubíes artificiales, y a continuación vieron hombres y mujeres trabajando con planchas de malla de cobre, que formaban la base de azulejos esmaltados. Muchos de estos trabajadores tenían los labios de una lívida blancura, efecto de una enfermedad producida por un esmalte púrpura especial que estaba de moda. Asano se excusó ante Graham por no haberle evitado este espectáculo, pero explicó la conveniencia de seguir este camino.

—Esto es lo que deseaba ver —dijo Graham esforzándose por reprimir un estremecimiento al contemplar un rostro horriblemente desfigurado que surgió de pronto de las sombras.

—Seguramente se debe a alguna imprudencia suya —dijo Asano. Graham, visiblemente indignado, hizo unos comentarios.

—Pero, Señor, nosotros no podemos soportarlo sin ese esmalte púrpura —explicó Asano—. En sus tiempos no daban a estos detalles mucha importancia, pero hay que considerar que estaban dos siglos más cerca que nosotros de la barbarie.

Siguieron avanzando por una de las galerías inferiores de la fábrica y llegaron, por fin, a un puentecillo que pasaba por encima de un subterráneo. Mirando por encima del parapeto, Graham descubrió por debajo un descargadero rodeado de los arcos más grandes que viera hasta entonces. Tres barcazas cubiertas de polvo eran descargadas en aquel momento de grandes sacos de feldespato en polvo por un gran número de hombres que tosían sin cesar y cada uno de los cuales llevaba un carretón. El polvillo llenaba el local y prestaba un tono amarillo al resplandor de la luz eléctrica. Las sombras vagas de aquellos trabajadores se movían sin cesar y retrocedían al lado a los muros encalados. De vez en cuando, uno se detenía para toser.

Una gran pila de materiales de albañilería que surgía por entre las sombras, recordó a Graham la multitud de plataformas, galerías y ascensores que se elevaban piso sobre piso, entre él y el cielo. Los hombres trabajaban en silencio, vigilados por dos miembros de la Policía Laboral y sus pisadas producían un «ruido seco sobre el tablado» que recorrían sin parar en un sentido y en otro. Mientras contemplaba la escena, una voz oculta en la oscuridad se puso a cantar.

—¡Cállese! —gritó uno de los policías.

Pero la orden fue desobedecida, y primero uno y después todos los hombres manchados de blanco que trabajaban allí, se pusieron a cantar, retadores, el himno de la revolución. Las pisadas sobre las planchas de madera marcaban el compás de la canción. El policía que había ordenado silencio miró a su compañero y Graham vio que se encogía de hombros. No volvió a hacer ningún esfuerzo por obligar a aquellos hombres a callar.

De este modo avanzaron Graham y su servidor por entre las

fábricas y lugares de trabajo contemplando muchas escenas de dolor. Pero ¿por qué llenar de depresión el ánimo del lector? Para las naturalezas refinadas nuestro mundo actual es ya bastante deprimente y no hay necesidad de preocuparnos por las miserias futuras. De todos modos, nosotros no las sufriremos, aunque es posible que las conozcan nuestros hijos. En definitiva, ¿qué nos importa eso a nosotros?

Aquel paseo dejó a Graham una serie de impresiones desagradables y el recuerdo de grandes locales abarrotados y subterráneos sumidos en nubes de polvo, de máquinas desconocidas, de hilos que se elevaban hacia los telares, de maquinaria en movimiento continuo, de un sordo zumbido de tubos y correas, de unas naves subterráneas mal iluminadas y de panoramas ilimitados con unas luces tan diminutas como puntas de alfiler. Y aquí y allá, olor de curtidos, el vaho de una fábrica de cerveza y vapores nauseabundos sin precedentes. Por todas partes había columnas y arcadas más pesadas y macizas que las que Graham había visto hasta entonces y grandes titanes de enladrillado aplastados bajo el inmenso peso de aquel complejo mundo ciudadano, del mismo modo que aquellos millones de seres anémicos eran aplastados por su complejidad. Por todas partes, facciones pálidas, miembros esqueléticos, desfiguramientos y degradación.

Durante su largo y desagradable recorrido por aquellos lugares, Graham escuchó una y otra vez el himno de la revolución y en una ocasión vio una confusa lucha en un pasillo y supo que unos cuantos de aquellos esclavos habían cogido el pan que les pertenecía antes de terminar su trabajo. Graham ascendía de nuevo a la calle, cuando vio unos niños vestidos de azul que corrían por un pasillo transversal y pronto comprendió la razón de su pánico al advertir un grupo de miembros de la Policía Laboral, armados con porras, que se dirigían precipitadamente hacia un ignorado lugar de desorden. Después llegó hasta él el eco de un tumulto remoto. Pero, generalmente, aquellos trabajadores vivían un día y otro día sin esperanza. Toda la fuerza y el impulso que quedaba en la humanidad degradada, estaba aquella noche en las calles, llamando al Señor y reteniendo sus armas.

Graham y su servidor salieron de la ciudad subterránea y

permanecieron unos instantes parpadeando, cegados por el resplandor de la luz que brillaba en las plataformas. En seguida llegó hasta sus oídos el eco remoto de los discursos de las máquinas de una de las Oficinas de la Inteligencia General, y de pronto aparecieron numerosos individuos corriendo desenfrenadamente y por las plataformas y las calles no se oyó más que gritos y llantos. Después apareció una mujer con la cara pálida de terror, seguida de otra que jadeaba y chillaba mientras corría.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —preguntó Graham, intrigado, porque no lograba entender bien el dialecto.

Después lo oyó en inglés y logró comprender lo que todo el mundo gritaba, lo que los hombres se repetían unos a otros, lo que las mujeres decían entre llantos, lo que pasaba como la primera brisa de una tormenta, lo que había envuelto a la ciudad en una ola de pánico.

—¡Ostrog ha traído a Londres a la Policía Negra! ¡La Policía Negra viene de Sudáfrica! ¡La Policía Negra! ¡La Policía Negra! ¡La Policía Negra!

Asano se detuvo, pálido y asombrado. Titubeó, miró a Graham a los ojos y le dijo lo que ya sabía.

—Pero ¿cómo se han enterado? —añadió el japonés.

Graham oyó que alguien gritaba:

—¡Que pare el trabajo! ¡Que pare el trabajo!

Un jorobado ridículamente vestido de verde y oro, descendió saltando de plataforma en plataforma hacia él, gritando una y otra vez en inglés perfectamente inteligible:

—¡Esto es obra de Ostrog! ¡Es obra de Ostrog, el canalla! ¡Ha traicionado al Señor!

Su voz se había hecho ronca a fuerza de gritar y un hilo de baba caía sin cesar de su boca abierta y desfigurada. Relató a gritos los horrores que la Policía Negra había cometido en París y echó a correr otra vez vociferando:

—¡Ostrog, el canalla...!

Graham se detuvo unos instantes, con la ilusión vana de que todo aquello fuera un sueño. Levantó la vista, contempló los grandes edificios que se levantaban a ambos lados de la calle y que desaparecían por encima de las luces y la fijó después en las rugientes plataformas y en la multitud que corría y gritaba sin dejar

de gesticular.

—¡El Señor ha sido traicionado! —repetían todos—. ¡El Señor ha sido traicionado...!

De pronto, la situación comenzó a tomar forma en su cerebro y comprendió la importancia de aquello. Su corazón empezó a latir atropelladamente.

—Ha llegado la hora —dijo—. Debía de haberlo supuesto. La hora ha llegado.

Se detuvo y reflexionó unos instantes.

—¿Qué debo hacer?

—Volver al edificio del Consejo —aconsejó Asano.

—¿Por qué no hablar al pueblo...? El pueblo está aquí.

—Perderá usted el tiempo. No creerán que el Durmiente es usted... En cambio se congregarán alrededor del edificio del Consejo, donde están sus jefes. Su fuerza está allí, con ellos.

—¿Y si esto no es más que un rumor?

—Desgraciadamente, parece cierto —dijo Asano.

—Conozcamos primero los hechos.

Asano se encogió de hombros.

—Debemos dirigirnos al edificio del Consejo —exclamó—. Allí es adonde irán ellos. Incluso ahora, es posible que sea demasiado tarde.

Graham contempló, vacilante, a Asano, y al fin se decidió a seguirle.

Subieron por las plataformas hasta alcanzar la más rápida y allí Asano interpeló a un trabajador. Las respuestas a sus preguntas le fueron dadas en aquel dialecto vulgar, que Graham había oído ya tantas veces.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—No sabe mucho, pero me ha dicho que la Policía Negra hubiera llegado aquí antes que el pueblo se enterara, a no ser por una persona que trabajaba en las Oficinas de los Ventiladores. Parece que se trata de una mujer.

—¿De una mujer? ¿No sería...?

—Me dijo que había sido una mujer, pero que no sabía quién era. Por lo visto, salió del edificio del Consejo y comunicó la noticia a los hombres que trabajaban en las ruinas.

Y entonces llegó hasta Graham un nuevo grito, algo que

convirtió aquella masa tumultuosa y desordenada en un ejército perfectamente disciplinado y que se repetía sin cesar, una y otra vez, a lo largo de la calle:

—¡A vuestras posiciones! ¡A vuestras posiciones! ¡Cada uno que saque sus armas! ¡Que cada hombre vaya a su posición...!

Capítulo XXII

EL COMBATE EN EL EDIFICIO DEL CONSEJO

Mientras Asano y Graham se precipitaban hacia las ruinas que rodeaban el edificio del Consejo vieron que por todas partes el griterío del pueblo había llegado a hacerse ensordecedor.

—¡A vuestras posiciones! ¡A vuestras posiciones...! Por todas partes, hombres y mujeres vestidos de azul surgían de sus ignorados trabajos subterráneos por las escalinatas que se abrían a la plataforma central. En cierto lugar, Graham vio un arsenal del Comité Revolucionario rodeado de un grupo de hombres que gritaban, y en otro, un par de hombres vestidos con el odiado uniforme amarillo de la Policía Laboral, que eran perseguidos por las masas y huían precipitadamente por la plataforma más veloz que avanzaba en dirección opuesta.

Las voces se convirtieron en un sonido continuo cuando se acercaron a la sede del Gobierno. Muchos de los gritos eran ininteligibles.

—¡Ostrog nos ha traicionado! —vociferó un individuo con voz ronca, una y otra vez.

Aquella frase no tardó en convertirse en una pesadilla para Graham. Aquel hombre permaneció al lado de Graham y Asano en la plataforma más rápida, sin dejar de gritar a la gente que avanzaba por las plataformas inferiores acercándose a ellos. Sus palabras sobre Ostrog se mezclaban con órdenes incomprensibles, hasta que al fin descendió dando saltos y desapareció.

Graham estaba aturdido por el estrépito. Sus planes eran vagos y sin ninguna precisión. Tuvo la visión de un lugar destacado desde el que podía arengar a la multitud, y otra de una entrevista cara a cara con Ostrog. La cólera lo consumía, sus músculos estaban en tensión, sus puños contraídos y sus labios apretados con fuerza.

Era imposible llegar al edificio del Consejo a través de las ruinas, pero Asano resolvió aquella dificultad conduciendo a

Graham a la oficina central de Correos. Esta Oficina trabajaba oficialmente, pero los porteros vestidos de azul se movían de mala gana o se habían detenido para contemplar a través de los arcos de su galería, a los hombres que, profiriendo gritos, avanzaban en el exterior.

—¡Cada hombre a su posición! ¡Cada hombre a su posición!

Allí, por consejo de Asano, Graham reveló su identidad.

Llegaron al edificio del Consejo por un cable. En el breve intervalo desde la rendición de los consejeros hasta aquel momento, el aspecto de las ruinas había sufrido un cambio notable. Las cascadas de agua que brotaban de las fuentes reventadas se habían dominado y unos grandes tubos provisionales se entremezclaban por todo el sistema de vigas y cables. Éstos cubrían el firmamento por encima del edificio del Consejo, y una serie de grúas y otras máquinas en continuo movimiento se alzaban a la izquierda de aquella mole blanca.

Las plataformas móviles de aquella zona habían sido restauradas y por una vez se movían bajo el cielo abierto. Éstas eran las plataformas que Graham había contemplado desde el balcón cuando despertó nueve días antes. La estancia donde había estado dormido se hallaba al otro lado, y en ella se amontonaban pilas uniformes de materiales de albañilería, destrozados o inservibles.

Era ya pleno día y el sol brillaba con fuerza. Las grandes cavernas de luz eléctrica alumbraban las plataformas abarrotadas de personas que saltaban de ellas y se reunían por encima de los destrozos y la confusión de las ruinas. El aire estaba lleno de sus gritos y la muchedumbre se dirigía en masa hacia el edificio central. Por lo general, aquella masa vociferante consistía en hormigueros informes, pero Graham notó que una burda disciplina se esforzaba por imponerse. Todas las voces pedían que se hiciera orden en aquel caos.

—¡A vuestras posiciones! ¡Cada hombre a su posición!

El cable los condujo a una estancia que Graham reconoció como la antecámara del vestíbulo del Atlas y cuya galería había recorrido unos días antes, acompañado de Howard, para comparecer ante el Consejo, una hora después de su despertar. Ahora todo aquello estaba desierto. No había más que dos funcionarios de los cables. Aquellos hombres quedaron atónitos al reconocer al Durmiente en

el hombre que descendió del asiento de la vagoneta.

—¿Dónde está Helen Wotton?

Nadie lo sabía.

—¿Dónde está Ostrog? Tengo que ver a Ostrog inmediatamente. Me ha desobedecido. Vengo a quitarle el poder de las manos...

Sin esperar a Asano, atravesó la estancia, ascendió los escalones que había en el extremo más alejado, y recorriendo la cortina se encontró frente a la estatua del Atlas.

El vestíbulo estaba vacío. En él se habían operado grandes cambios desde que Graham lo había visto por primera vez, ya que sufrió violentos destrozos en los primeros combates de la revolución. Al lado derecho de la gigantesca figura, la mitad superior del muro había sido derribado y una plancha de la misma sustancia transparente que había rodeado a Graham al despertar, cubría el hueco. Aquello ahogaba, pero no lograba suprimir del todo, el rumor de los gritos de la multitud.

—¡Posiciones! ¡Posiciones! ¡Posiciones! —Parecían repetir los gritos.

Por aquel hueco, Graham distinguió las vigas y soportes de los andamiajes metálicos que subían y bajaban según la conveniencia de un gran número de trabajadores. Una máquina constructora, con largos brazos de metal pintado de rojo que cogían los bloques todavía blandos de pasta mineral y los colocaban hábilmente en su posición, prestaba una nota de color a aquel cuadro en el que predominaba el tono verde. Subidos sobre la máquina, había todavía un gran número de obreros que estaban contemplando la multitud a sus pies. Permaneció unos instantes con la vista fija en todas aquellas cosas, y un momento después Asano lo alcanzó.

—Ostrog debe de estar en las oficinas de la parte de allá —le dijo.

El hombrecillo estaba lívido y sus ojos buscaron los de Graham.

No habían avanzado diez pasos cuando un pequeño panel que había a la izquierda del Atlas se enrolló como una persiana y Ostrog, acompañado de Lincoln y seguido de dos negros vestidos con uniformes amarillos y negros, apareció dispuesto a cruzar el rincón más remoto del vestíbulo hasta un segundo panel que también se había enrollado.

—¡Ostrog! —gritó Graham.

Al oír la voz del Señor, los componentes del grupo se volvieron asombrados.

Ostrog dijo algo a Lincoln y, separándose de él, avanzó unos pasos.

Graham fue el primero en hablar y lo hizo con voz firme y dictatorial.

—¿Qué es lo que dice la gente? —preguntó—. ¿Es cierto que ha hecho venir a los negros para dominar al pueblo?

—No es demasiado pronto —repuso Ostrog—. Me ha sido difícil dominarlos después del alzamiento. No les concedí importancia...

—¿De modo que esos negros infernales están en camino?

—Sí, están en camino. ¿Ha visto usted cómo está el pueblo?

—¡Y no me extraña! ¡No me extraña! Es lógico que esté así después de saber la noticia. Se ha tomado usted demasiadas libertades, Ostrog.

Ostrog guardó silencio. De pronto dio un paso hacia Graham.

—Los negros no deben venir a Londres —dijo Graham—. Yo mando aquí, y ordeno que no vengan.

Ostrog dirigió una mirada a Lincoln, que se acercó inmediatamente seguido de los dos servidores negros.

—¿Y por qué no? —preguntó Ostrog.

—Los hombres blancos deben ser regidos por hombres blancos. Además...

—Los negros no son más que un instrumento.

—Ésa no es la cuestión. Yo soy quien manda aquí, y quiero ser obedecido. Le repito que los negros no deben venir.

—El pueblo...

—Yo tengo fe en el pueblo.

—Porque usted es un anacronismo. Usted es un hombre surgido del pasado, un accidente. Es posible que sea el Dueño de medio mundo, pero no logrará asumir el mando. Es usted demasiado ignorante para ello.

Se detuvo y miró de nuevo a Lincoln.

—Sé perfectamente lo que usted piensa —prosiguió luego— y adivino lo que quiere hacer. No es demasiado tarde para hacerle una advertencia. Usted sueña con una igualdad humana, con un sistema socialista. Mantiene aún las ilusiones ya gastadas del siglo XIX y no quiere gobernar en esta época que está por encima de su

comprensión.

—¡Escuche! —replicó Graham—. ¿No lo oye? Es un sonido como el rumor del mar. No son muchas voces, sino una sola voz. ¿No comprende lo que significa?

—Nosotros les hemos enseñado todo lo que saben —dijo Ostrog.

—Es posible, pero ¿quieren enseñarles a olvidar? ¡Y basta ya! ¡Los negros no deben venir!

Hubo una pausa y Ostrog miró fijamente a Graham.

—Los negros vendrán —repuso.

—¡Lo prohíbo! —repitió Graham.

—Han salido ya para aquí.

—No permitiré que vengan...

—¿No? —gritó Ostrog—. Lamento seguir los métodos del Consejo... Por su bien no debe usted hacerse partidario del desorden. Y ahora que está aquí... Ha sido muy amable al venir...

Lincoln puso una mano sobre el hombro de Graham y éste comprendió bruscamente la enormidad de su error al acudir al edificio del Consejo. Se dirigió a las cortinas que separaban el vestíbulo de la antecámara, pero Asano le impidió avanzar. Segundos después, Lincoln había agarrado su túnica.

Se volvió violentamente y abofeteó a Lincoln, pero uno de los negros le sujetó por el cuello y por un brazo. Consiguió liberarse, aunque se le rompió la manga, pero resbaló hacia atrás en las manos del segundo negro. Entonces cayó pesadamente al suelo y pudo ver el distante techo del vestíbulo.

Gritó, se revolvió luchando furiosamente, agarró a uno de los negros por una pierna, le hizo caer de cabeza al suelo y se puso en pie.

Lincoln apareció entonces delante de él, y cayó de nuevo al suelo donde permaneció inmóvil al recibir un puñetazo en la mandíbula. Graham dio dos pasos y tropezó. El brazo de Ostrog le rodeó el cuello, se sintió empujado hacia atrás, cayó pesadamente y sus brazos golpearon el suelo. Después de unos cuantos esfuerzos violentos, cesó de debatirse y fijó la vista en la garganta palpitante de Ostrog.

—Es usted mi prisionero —jadeó éste con acento triunfal—. Ha sido usted un necio al volver.

Graham volvió la cabeza y distinguió, a través de la

transparencia verde que cubría el hueco del muro, a los hombres que habían estado trabajando en las grúas, que hacían señas a la gente. ¡Habían contemplado toda la escena!

Ostrog siguió la dirección de su mirada y se sobresaltó. Gritó algo a Lincoln, pero éste permaneció inmóvil. Una bala se incrustó en las molduras pasando por encima del Atlas. Las dos láminas de sustancia transparente que habían sido colocadas para tapar el trozo desmoronado del muro se desgarraron, los bordes se tiñeron de oscuro, se curvaron, fueron enrollándose rápidamente y en unos segundos la Cámara del Consejo quedó a la intemperie. Una ráfaga de viento frío penetró entonces bruscamente en la estancia, trayendo consigo un sinnúmero de voces que llegaban de las ruinas exteriores.

—¡Hay que salvar al Señor!

—¿Qué le están haciendo al Señor?

—¡Han traicionado al Señor!

Graham notó entonces que Ostrog había distraído de él su atención, que su puño no le oprimía ya con tanta fuerza y soltándose de un tirón logró ponerse de rodillas. En unos segundos había logrado quitárselo de encima y estaba apoyado sobre un pie agarrando con una mano la garganta de Ostrog, mientras éste le tiraba de la túnica de seda.

Pero entonces, desde el tablado, avanzaron hacia ellos varios hombres cuyas intenciones le engañaron. Creyó ver a alguien que avanzaba corriendo hacia las cortinas de la antecámara, y entonces Ostrog se apartó y los recién llegados se arrojaron sobre Graham. Completamente atónito, éste sintió que le apresaban. Aquellos individuos obedecían las órdenes de Ostrog.

Hasta que hubo sido arrastrado unos doce metros, no acabó de comprender que no se trataba de amigos, sino que aquellos hombres lo conducían al panel derribado de la pared.

Al darse cuenta del peligro se echó atrás, forcejeó por soltarse y pidió auxilio con toda la fuerza de sus pulmones. Esta vez, sus gritos recibieron respuesta.

Sintió que la presión que le hacían sobre el cuello se aflojaba y vio que por la esquina inferior del hueco aparecían primero una y después muchas figuras negras, dando gritos y gesticulando. A grandes saltos cayeron sobre la galería que había conducido a las

habitaciones silenciosas y corrieron a lo largo de ella, tan cerca, que Graham pudo distinguir las armas que tenían en la mano. Después, oyó de nuevo los gritos de Ostrog y una vez más comenzó a debatirse con todas sus fuerzas esforzándose por contrarrestar la presión que ejercían sobre él para arrojarle por el agujero que se abría como un inmenso bostezo para recibirle.

—¡No pueden llegar! —jadeó Ostrog—. No osarán disparar... Todo va bien... Evitaremos que le salven.

A Graham le pareció que los forcejeos proseguían durante minutos interminables. Sus ropas estaban desgarradas por mil sitios, estaba cubierto de polvo y le habían pisoteado una mano. Logró distinguir perfectamente los gritos de sus partidarios y oyó unos disparos. Comprendió que había llegado al límite de sus fuerzas y que su salvaje resistencia era inútil. No llegaba ninguna ayuda, y poco a poco, irresistiblemente, aquella negra abertura se iba acercando más y más.

De pronto, sintió que sus esfuerzos no encontraban resistencia y logró ponerse en pie. Vio la cabeza gris de Ostrog en retirada y comprendió que nadie le sujetaba ya. Dio media vuelta y tropezó con un hombre vestido de negro. Una de las armas chasqueó junto a él, una oleada de humo le dio en plena cara y una hoja de acero relampagueó. La inmensa estancia vacía giró a su alrededor.

Instantes después vio como un hombre de uniforme azul apuñalaba a uno de los servidores vestidos de negro y amarillo, a tres metros del lugar donde él se hallaba, y en seguida sintió que de nuevo le ponían las manos encima.

Tiraban de él en dos direcciones y le pareció que la muchedumbre gritaba con más fuerza que nunca. Se esforzó por comprender lo que decían, pero no lo logró. Alguien le tenía agarrado por una pierna y a pesar de sus esfuerzos sintió que le levantaban en vilo. Pero, de pronto, dándose cuenta de lo que ocurría, cesó en su resistencia. Se dejó llevar en hombros y vio cómo se alejaban del panel abierto. Diez mil gargantas lo aclamaban.

Vio un gran número de hombres vestidos de azul y negro que perseguían a los partidarios de Ostrog en retirada, sin dejar de disparar. Desde su altura, se dio cuenta de que atravesaba la inmensa estancia del Atlas y que era conducido a la plataforma más

elevada que se hallaba en el centro del vestíbulo. El extremo más alejado estaba ya lleno de personas que corrían hacia él, mirándole y aclamándole.

Notó que estaba rodeado de una especie de guardia y que algunos hombres gritaban dando unas órdenes vagas. Muy cerca de él distinguió al hombre de bigote negro vestido de amarillo que había estado entre los que lo aclamaban en el teatro público y que ahora daba instrucciones a gritos. El vestíbulo estaba ya abarrotado de gente, la galería de metal estaba también totalmente cubierta por una muchedumbre que no cesaba de gritar, las cortinas del extremo habían sido desgarradas y la antecámara se veía asimismo llena de gente. Apenas pudo hacerse oír el hombre que tenía más cerca, porque las voces y el griterío ahogaban su voz.

—¿Dónde ha ido Ostrog? —preguntó.

El individuo a quien hizo la pregunta señaló por encima de las innumerables cabezas los paneles inferiores del muro opuesto a aquél donde estaba la abertura. Estaban abiertos y unos hombres armados, vestidos de azul con fajas negras, entraban por ellos y se perdían en las cámaras y pasajes del otro lado. Graham creyó oír disparos por encima del estrépito, pero antes de que pudiera aclarar sus ideas se vio conducido, trazando una curva por el enorme local, hasta una puerta que había debajo de la abertura.

Distinguió a varios hombres que se valían de una especie de látigos para evitar que la multitud lo ahogara, para abrirle camino entre los millares de personas que se apiñaban con el único objeto de verlo. Salió del vestíbulo y vio una pared blanca y desnuda que se elevaba ante él, coronada por el cielo azul. Le ayudaron a descender al suelo y alguien le guió sosteniéndole por un brazo. El hombre vestido de amarillo estaba aún a su lado. Le condujeron por una estrecha escalera de ladrillos y vio muy cerca los grandes edificios pintados de rojo, las grúas, las vigas y las máquinas de toda aquella masa constructora.

Al fin, llegó a lo alto de la escalera. Fue llevado por un camino cruzado por vías de metal y, de pronto, un vasto anfiteatro de ruinas apareció ante su vista.

—¡El Señor está de nuevo con nosotros...!

—¡El Señor...!

—¡El Señor...!

Estas exclamaciones se elevaron como una serie de olas por encima del lago de rostros, se rompieron contra las ruinas más distantes y volvieron hacia atrás en un tumulto de gritos.

—¡El Señor está de nuestra parte!

Graham notó que no estaba ya rodeado de gente, sino que se hallaba sobre una pequeña plataforma provisional hecha de un metal blanco, parte sin duda de la andamiada que rodeaba la mole del edificio del Consejo. Por encima de toda aquella extensión de ruinas se movía el pueblo sin dejar de gritar, y aquí y allá las banderas negras de las sociedades revolucionarias ondeaban formando algunos núcleos de organización, en medio de aquel caos. Por las empinadas escaleras de andamios que habían utilizado sus salvadores para alcanzar la abertura del muro de la Cámara del Atlas, subían pequeñas figuras negras agarrándose a columnas y salientes, esforzándose por obligar a la muchedumbre congestionada a ponerse en movimiento. Detrás de Graham, en un punto más elevado de los andamios, algunos hombres luchaban con los pliegues de una enorme bandera negra y, a través de la abertura del muro que se hallaba frente a él, distinguió a una muchedumbre apiñada y atenida a cuanto sucedía dentro del vestíbulo del Atlas. Las distantes pistas de vuelo que había al sur, se veían brillantes y claras, sin duda a causa de la excepcional transparencia del aire. Un aeropilo solitario se elevó desde la pista central, como para recibir a los aeroplanos que habían de llegar.

—¿Qué ha sido de Ostrog? —preguntó Graham.

Mientras hablaba, vio que todas las miradas se habían apartado de él y se habían vuelto hacia la cima del edificio del Consejo. También él volvió la vista hacia aquel punto, centro de la atención general, pero durante unos momentos no vio más que el extremo mellado y desigual de un muro, que se recortaba claramente contra el cielo. Después distinguió, en la sombra, el interior de una habitación y con un cierto sobresalto reconoció las decoraciones verdes y blancas de lo que había sido su prisión. Atravesando con precipitación aquella estancia hasta llegar al mismo borde del precipicio, vio una pequeña figura vestida de blanco seguida por otras dos, aún más diminutas, con uniformes amarillos y negros. Oyó que el hombre que estaba a su lado exclamaba: «¡Ostrog!», y se volvió para hacerle una pregunta. Pero no llegó a hacerla, porque se

vio interrumpido por una exclamación sobresaltada lanzada por otro de sus acompañantes y por un dedo que apuntaba en una dirección. Fijó la mirada en el punto así indicado y distinguió al aeropilo que se estaba elevando en la pista de vuelo la última vez que había mirado hacia allá y que ahora avanzaba rápidamente hacia la escena del tumulto. Sus movimientos constituían todavía una novedad para él y concentró toda su atención en el aparato.

El aeropilo se fue acercando cada vez más, haciéndose mayor, hasta que por fin alcanzó el extremo de las ruinas y quedó ante la vista de la densa multitud que se hallaba dentro del recinto. Descendió en el espacio, se elevó de nuevo y pasó por encima de las cabezas esquivando la mole del edificio del Consejo. Graham contempló aquel objeto transparente y el solitario aeronauta que miraba hacia abajo desde uno de sus costados, hasta que el aparato se perdió al otro lado de las ruinas.

Graham se puso a mirar después a Ostrog, que hacía señales con las manos mientras sus servidores se ocupaban en derribar uno de los muros laterales. Instantes después el aeropilo hizo de nuevo su aparición trazando una amplia curva y avanzando esta vez más despacio.

De pronto, el hombre vestido de amarillo gritó:

—¿Qué están haciendo? ¿Qué hace el pueblo? ¿Por qué permiten que Ostrog esté allí? ¿Por qué no le capturan? ¡Lo rescatarán...! ¡El aeropilo lo rescatará! ¡Ah!

Esta exclamación fue seguida de un gran griterío que surgió de las ruinas. El chasquido de las armas llegó a Graham a través de la distancia, y mirando hacia abajo distinguió un gran número de individuos con unos uniformes a rayas negras y amarillas corriendo por una de las galerías descubiertas que había debajo del promontorio en que se hallaba Ostrog. Mientras corrían dispararon a unos enemigos desconocidos y en seguida surgieron en su persecución varios grupos de individuos uniformados de azul. Aquellas minúsculas figuras que luchaban producían un extraño efecto. Parecían soldados de juguete que se movían mecánicamente. La casa abierta daba a la lucha entre muebles y pasillos un aspecto de irrealidad. Graham hallábase a unos doscientos cincuenta metros de distancia, y las ruinas inferiores a unos cincuenta. Los hombres de negro y amarillo llegaron a un arco abierto, volvieron sobre sus

pasos e hicieron una descarga de disparos. Uno de sus perseguidores vestidos de azul, que había avanzado más que sus compañeros, abrió los brazos, se tambaleó hacia un lado, quedó suspendido al borde de las ruinas lo que a Graham le pareció unos segundos y cayó de cabeza al vacío. Graham vio cómo chocaba contra un saliente y salía despedido hecho un ovillo desapareciendo detrás de una grúa.

En aquel momento, una sombra se interpuso entre Graham y el sol. El Señor levantó la mirada y vio el cielo despejado, pero comprendió que el aeropilo había pasado. Ostrog había desaparecido. El hombre de amarillo, sudoroso y jadeante, gesticulaba haciendo muecas.

—¡Están aterrizando! —gritó—. ¡Están aterrizando! ¡Ordene al pueblo que disparen contra él! ¡Ordene que disparen contra él...!

Graham no logró comprenderlo. De todas partes se elevaron voces repitiendo estas enigmáticas palabras.

De pronto vio, por encima de las ruinas, la proa del aeropilo que se detuvo con una sacudida. Graham comprendió entonces con claridad que el aparato había aterrizado para que Ostrog pudiera escapar en él. Distinguió una bruma azul que se elevaba a sus pies y vio que el pueblo disparaba contra el motor.

Un individuo que se hallaba muy cerca de él prorrumpió en exclamaciones roncadas, y Graham vio que los rebeldes uniformados de azul habían llegado al arco que los del uniforme amarillo y negro dominaban minutos antes y que corrían en avalancha por el pasaje abierto.

Y, de pronto, el aeropilo resbaló por el borde del edificio del Consejo y cayó. Cayó trazando un ángulo de cuarenta y cinco grados y Graham dio por hecho, como debieron darlo la mayoría de cuantos lo presenciaron, que era imposible que volviera a elevarse.

Cayó tan cerca de donde él se hallaba que Graham pudo distinguir a Ostrog agarrándose frenéticamente al asiento y vio con claridad al aeronauta que, con el semblante lívido, manipulaba con las palancas que servían para dominar al aparato. Hasta los oídos de Graham llegó el grito aterrado de innumerables gargantas.

Se asió a la barandilla y contuvo la respiración. Aquel segundo le pareció un siglo. La parte inferior del aeropilo pasó casi rozando los circunstantes que atronaron el espacio con sus gritos y se

pisotearon unos a otros.

Y entonces el aparato se elevó.

Por un momento pareció como si le resultara imposible remontar el obstáculo del muro que se alzaba frente a Graham y después pareció como si no fuera capaz de rebasar la rueda de molino que giraba al otro lado.

Pero poco después rugía libre una vez más y seguía ascendiendo poco a poco por el cielo limpio de nubes.

El asombro que experimentó la muchedumbre en aquellos momentos dio paso a la cólera y a la exasperación cuando los partidarios del Señor comprendieron por fin que Ostrog se les había escapado de las manos. Emprendiendo rápidamente la acción, reanudaron el tiroteo hasta que el continuo chasquido de los disparos se convirtió en un verdadero rugido, hasta que todo el recinto quedó sumido en una bruma azul muy espesa y el aire adquirió un olor intenso producido por el humo de las armas.

¡Demasiado tarde! El aeroplano fue haciéndose cada vez más pequeño, trazó algunas curvas y se dirigió hacia la pista de vuelo de la que se había elevado poco antes. Ostrog había huido.

Durante unos instantes de las ruinas brotaron gritos de desconcierto, pero pronto la atención general quedó fija en Graham, que se hallaba encima de sus cabezas, en su tarima improvisada. Vio cómo las caras de aquellos miles de seres humanos se volvían hacia él y escuchó sus aclamaciones y gritos de triunfo. De la garganta de la calle surgió el himno de la revolución esparciéndose como una brisa por entre aquel océano de hombres.

El grupo que le rodeaba le felicitó calurosamente por haber logrado escapar y notó que el hombre vestido de amarillo estaba muy cerca de él, con los labios apretados y los ojos brillantes. Mientras tanto, la canción se elevaba, aumentando cada vez más de volumen...

Lentamente, Graham comenzó a darse cuenta de lo que todo aquello significaba para él y comprendió con toda claridad el cambio que se había operado en su situación. Ostrog, que había estado a su lado siempre que hubo necesidad de enfrentarse con la multitud, estaba muy lejos y era su enemigo. Nadie gobernaba ya en su nombre. Todo el mundo, incluso los que estaban rodeándole, los jefes y organizadores, le miraban pendientes de sus primeras

palabras, de sus primeros movimientos. Esperaban sus órdenes. Ahora era, en verdad, rey. Su papel de muñeco había terminado.

Se esforzó por adivinar qué era lo que el pueblo esperaba de él. Sus nervios y sus músculos estaban contraídos y su cerebro algo confuso, pero no sentía ni miedo ni cólera. La mano que le habían pisado le ardía y se sentía algo nervioso. No tenía miedo, y quería evitar que la gente pensara que lo tenía. En su vida anterior, muy a menudo se había sentido nervioso tomando parte en juegos de habilidad. Deseaba entrar en acción inmediatamente y sabía que no debía pensar demasiado en los detalles de la lucha, porque de lo contrario le paralizaría su complejidad. Allá lejos, aquellas formas azules y las pistas de vuelo significaban Ostrog. Contra Ostrog estaba luchando para ganar el mundo.

Capítulo

XXIII

MIENTRAS LLEGABAN LOS AEROPLANOS

Durante unos momentos, el Dueño del Mundo no fue siquiera dueño de sus pensamientos. Hasta su voluntad parecía no pertenecerle, sus propios movimientos le sorprendieron y no fueron más que una parte de la confusión en que se hallaba sumido todo su ser. Aquello era concreto. Los aeroplanos llegarían pronto. Helen Wotton había prevenido al pueblo de su llegada y él era el Dueño del Mundo. Todos estos hechos luchaban por posesionarse de sus pensamientos. Surgían por encima de los locales abarrotados de gente, de los pasajes aéreos, de las habitaciones llenas de jefes que estudiaban la situación, de los salones cinematográficos, de las cabinas telefónicas y de las ventanas que daban a una legión de hombres en marcha. El individuo uniformado de amarillo y otros varios le estaban empujando o siguiendo con sumisión. Era difícil saberlo. Tal vez hicieran las dos cosas. Tal vez una fuerza ignorada les impulsaba a todos. Supo entonces que iba a hacer una proclama a los habitantes de la tierra y formuló en su mente frases grandilocuentes para expresar sus ideas. Muchas cosas ocurrieron y después se encontró solo con el hombre vestido de amarillo en la estancia donde había de pronunciar su discurso.

Aquella estancia estaba ocupada por los aparatos más modernos. En el centro había un óvalo brillante, iluminado por varias luces eléctricas que refulgían sobre él. El resto estaba sumido en sombras y las dobles puertas perfectamente ajustadas, por las que hizo su entrada desde el vestíbulo del Atlas, lo sumían todo en el silencio más absoluto. El golpe sordo de estas puertas al cerrarse, el brusco cesar del tumulto en el que había estado sumido durante muchas horas, el tremolante círculo de luz, los cuchicheos y los rápidos y silenciosos movimientos de unos individuos que se perfilaban

vagamente en las sombras, produjeron un extraño efecto sobre el ánimo de Graham. Los gigantescos oídos de un mecanismo gramofónico esperaban recibir sus palabras, los ojos negros de grandes cámaras fotográficas esperaban sus primeros movimientos; más allá, varios cilindros y rodillos mecánicos brillaban y algo giraba produciendo un zumbido constante. Se dirigió al centro de la luz.

Lo que pensaba decir había adquirido forma en su mente, pero aquel silencio, aquella soledad, aquel brusco apartamiento de la muchedumbre que lo aclamaba, aquel silencioso auditorio de máquinas brillantes, le paralizaron de momento. No había contado con ello. Todas sus ideas se amontonaron. Le pareció que había caído de pronto en aquella habitación y que de pronto se sorprendía a sí mismo. Sintió que un brusco cambio se operaba en su interior y descubrió que tenía miedo de no estar a la altura de las circunstancias, que tenía miedo de aparecer demasiado teatral, que tenía miedo del sonido de su voz, que tenía miedo de su propio ingenio. Asombrado, se volvió al hombre vestido de amarillo haciendo un ademán.

—He de esperar irnos momentos —dijo—. He de esperar. No creía que esto fuera así. Tengo que pensar lo que voy a decir.

Mientras titubeaba aún, llegó un mensajero profundamente agitado trayendo la noticia de que los primeros aeroplanos habían pasado sobre Arawan.

—¿Arawan? —murmuró Graham—. ¿Dónde está eso? Pero, en fin, sea como sea, el caso es que pronto estarán aquí. ¿Cuándo llegarán?

—Al anochecer.

—¡Santo Dios! Sólo nos quedan unas horas. ¿Qué noticias hay de las pistas de vuelo? —preguntó.

—Las fuerzas de las posiciones del sudoeste están preparadas.

—¡Preparadas!

Con un gesto de impaciencia, se volvió de nuevo hacia el círculo de lentes y murmuró para sus adentros:

—Supongo que tendré que hacer un discurso muy breve. Daría algo por saber lo que debo decir... ¡Aeroplanos en Arawan...! Deben de haber salido antes que los demás. Creo que... ¡Oh! ¿Qué importancia tiene que hable bien o que hable mal?

Había formulado algunas frases vagas dando forma a sus ideas democráticas cuando sintió que una duda le asaltaba. Sus creencias habían perdido toda su consistencia y ya no tenía ninguna fe en el valor de la democracia. La visión de una futilidad sumida en una oleada de destinos incomprensibles sustituyó aquella fe, y de pronto comprendió con perfecta claridad que aquella rebelión contra Ostrog era prematura y que estaba destinado al fracaso, que no había sido más que el impulso de una insuficiencia apasionada contra cosas inevitables. Pensó en los aeroplanos que se aproximaban como en el destino que venía a buscarlo y le asombró haber podido ver las cosas de otra manera. Se debatió interiormente en aquella emergencia final, pero por último arrojó a un lado sus dudas y resolvió seguir adelante a toda costa con el discurso comenzado. Pero a pesar de esta decisión no encontró las palabras necesarias. Mientras permanecía allí de pie, encogido, vacilante, sintiendo el impulso de excusarse públicamente por su ineptitud, llegó hasta él el eco de muchas voces acompañadas de pisadas que iban y venían.

—¡Espere! —gritó alguien.

La puerta se abrió y las voces prosiguieron.

—¡Ella viene!

Graham se volvió y las luces perdieron fuerza a sus ojos. Por la puerta entreabierta, Graham vio una esbelta figura que avanzaba a través de una espaciosa estancia. Su corazón se puso a latir desenfrenadamente. Era Helen Wotton. A su alrededor y a su espalda, la muchedumbre la aplaudía y el hombre vestido de amarillo apareció en el círculo de luz.

—Ésta es la mujer que nos informó de la acción de Ostrog —dijo.

La joven tenía el rostro arrebolado y su cabello negro caía abundantemente sobre los hombros. Los pliegues de la suave túnica de seda que vestía se movían rítmicamente a medida que avanzaba.

Fue acercándose con lentitud, mientras el corazón de Graham latía atropelladamente. Todas sus dudas habían desaparecido. La sombra de la puerta cayó sobre ella y segundos después estuvo a su lado.

—¡No nos ha traicionado! —exclamó—. ¡Está con nosotros!

—¿Dónde ha estado? —preguntó Graham.

—En la oficina de las posiciones del sudoeste. Hasta hace diez minutos ignoraba que usted había vuelto. Fui allí en busca de los jefes para que ellos hablaran al pueblo.

—Volví apenas me enteré de lo que ocurría.

—Lo sé. ¡Sabía que no nos abandonaría! Y todo ha ocurrido como yo dije. Se han alzado... Todo el mundo se ha alzado en rebelión. El pueblo ha despertado de su letargo. ¡Gracias a Dios que no obré en vano! ¡Usted es el Señor todavía!

—Usted fue quien los avisó —murmuró Graham lentamente.

Entonces vio que, a pesar de la firmeza de sus ojos y de su porte, los labios de la joven temblaban y su respiración era agitada.

—Sí, yo los previne. Tuve noticia de la orden de Ostrog. Estaba aquí. Supe que los negros venían a Londres para apoderarse de usted y para dominar al pueblo. Usted sería su prisionero para siempre. Pero yo lo he evitado. Salí y advertí al pueblo y ahora usted es rey.

Graham fijó la vista en las lentes de las cámaras y en los altavoces y luego volvió a mirarla a ella.

—¡Ahora soy rey! —repitió pronunciando las palabras con lentitud, mientras el recuerdo de los aeroplanos que avanzaban hacia ellos cruzó por su mente.

Después preguntó:

—¿Y usted hizo eso? ¿Usted, la sobrina de Ostrog?

—Por usted —exclamó la joven—. ¡Por usted! Para que usted, a quien el mundo ha esperado durante tanto tiempo, no fuera despojado de lo que le pertenece.

Graham permaneció unos instantes en silencio, con los ojos fijos en la joven. Sus dudas se habían desvanecido por completo y recordó todo lo que había pensado decir. Se enfrentó de nuevo con las cámaras y la luz se intensificó. Pero antes de hablar, se volvió una vez más hacia la joven.

—Usted me ha salvado —dijo—. Usted me ha devuelto la fuerza. La batalla está empezando. Sólo Dios sabe lo que esta noche ocurrirá, pero sé que mi honor quedará a salvo.

Hizo una pausa y después se dirigió a las invisibles multitudes que le miraban a través de aquellos ojos grotescos. Al principio habló con lentitud:

—¡Hombres y mujeres de la nueva era, os habéis alzado para

pelear por la raza...! La victoria no será fácil.

Se detuvo para buscar las palabras necesarias. Las ideas que habían llenado su cerebro antes de la llegada de Helen Wotton, volvieron a su mente, pero transfiguradas sin sombras ya de ninguna clase.

—Esta noche es el principio —prosiguió—. La batalla que se aproxima, la batalla que se cierne sobre nosotros esta noche, no es más que el principio. Durante toda vuestra vida tendréis que luchar... No os preocupéis aunque yo caiga, aunque sea totalmente derribado.

Sus ideas eran demasiado vagas para traducirlas en palabras, se sumió en una serie de exhortaciones y de pronto le invadió una oleada de inspiración. Mucho de lo que dijo no era más que las frases humanitarias más conocidas y repetidas de una era muy remota, pero la convicción que las inspiraba las revistió de vitalidad. Habló de su vida anterior a las gentes de la nueva era, a la mujer que tenía a su lado.

—Vengo a vosotros del pasado —dijo— con el recuerdo de una época que esperaba. Mi época era una época de sueños, de comienzos, de nobles ilusiones. En todo el mundo habíamos suprimido la esclavitud, en todo el mundo habíamos predicado el deseo de que las guerras cesaran, de que todos los hombres y mujeres vivieran noblemente en libertad y en paz... Éstas eran nuestras esperanzas en los días del pasado. ¿Y qué ha sido de estas esperanzas? ¿Cómo es la humanidad después de doscientos años? Grandes ciudades, fuerzas poderosas, una grandeza colectiva muy por encima de nuestros sueños. No trabajábamos por conseguir esto, y esto es lo que conseguimos. ¿Pero cómo son las vidas pequeñas que forman esta vida inmensa y poderosa? ¿Cómo son las vidas de los humildes? Como han sido siempre. Dolor y trabajo, vidas destrozadas o incompletas, vidas tentadas por el poder, tentadas por la riqueza, vidas que se consumen en el derroche y la insensatez. Las viejas creencias se han marchitado y han cambiado. La nueva fe... ¿Existe una nueva fe?

Graham descubrió mientras hablaba que creía en cosas en las que siempre había deseado creer. Se agarró a la fe y habló sintiendo que su corazón rebosaba. Habló entrecortadamente y con frases truncadas, pero lo hizo poniendo en ello toda su alma y ayudado

por la fe recién nacida que sentía en su interior. Habló de la grandeza de la abnegación, de su fe en una vida inmortal, de la humanidad en que vivimos, nos movemos y tenemos un lugar. Su voz se elevó y descendió, los aparatos dejaron oír grandes aplausos y sus amigos le contemplaron desde las sombras de la habitación. Durante aquellos momentos el recuerdo de sus invisibles oyentes sostuvo su sinceridad. Sintió que la inspiración le invadía y ya no dudó de sí mismo, no dudó de sus palabras. Todo estaba claro para él. Su elocuencia no volvió a debilitarse. Y por fin pronunció las frases con las que cerró su discurso.

—En este instante hago mi testamento —exclamó—. Todo cuanto es mío, lo lego al pueblo. Todo cuanto es mío, lo ofrezco en este instante al pueblo. Os lo doy todo a vosotros y yo mismo me doy por entero. Y sea cual sea la voluntad de Dios, viviré para vosotros o moriré.

Terminó con un ademán y se volvió hacia los presentes. Entonces sorprendió la luz de su exaltación reflejada en los ojos de la joven. Sus miradas se encontraron. Helen Wotton estaba anegada en lágrimas de entusiasmo. Una fuerza interior pareció impulsarlos el uno hacia el otro. Se estrecharon las manos y permanecieron sumidos en un elocuente silencio.

—¡Lo sabía! —murmuró ella—. ¡Lo sabía!

Graham no pudo hablar, pero oprimió con fuerza la mano que tenía entre las suyas. En su cerebro bullían las más gigantescas pasiones.

El hombre vestido de amarillo estaba junto a ellos, pero ninguno de los dos había notado hasta entonces su presencia. Estaba diciendo que los hombres de las posiciones del sudoeste avanzaban.

—No creí que lo consiguieran tan pronto —exclamó—. Han hecho maravillas. Debe usted decirles unas palabras para animarlos.

Graham dejó caer la mano de Helen y lo miró distraído. Después, volviendo a la realidad, pensó en las pistas de vuelo.

—Sí —dijo—. Muy bien, muy bien.

Reflexionó sobre el mensaje que debía dirigir a aquellos valientes.

—Dígales: «¡Bravo, los del sudoeste!».

Volvió de nuevo los ojos a Helen Wotton mientras su semblante expresaba ideas contradictorias.

—Tenemos que apoderarnos de las pistas de vuelo —expuso—. Si no lo hacemos, traerán a los negros. A toda costa debemos impedirlo.

Mientras hablaba pensó que no era esto lo que pensaba decir antes de ser interrumpido. Vio en los ojos de ella reflejada la sorpresa. Pareció dispuesta a hablar, pero un timbre agudo ahogó su voz.

Graham pensó entonces que la joven esperaba que él condujera a aquellos hombres, que eso era lo que debía hacer. Bruscamente se ofreció a hacerlo, dirigiéndose al hombre vestido de amarillo, aunque sus palabras iban dirigidas a ella. Inmediatamente vio cómo sus ojos se animaban.

—Aquí no hago nada —dijo.

—¡Es imposible! —protestó el hombre de amarillo—. Será una lucha terrible... Su puesto está aquí.

Se puso a dar toda clase de explicaciones e indicó a Graham el lugar donde debía esperar. Varias veces insistió en que no había otra alternativa.

—Tenemos que saber dónde está —dijo—. En cualquier momento podemos necesitarle y conocer sus decisiones.

La habitación era un lujoso departamento con máquinas modernas y un espejo roto, que antes tenía comunicación con el nido de cuervo. A Graham le pareció natural que Helen le acompañara en la espera.

En su imaginación se había trazado la imagen de una dramática lucha, a juzgar por las multitudes que poblaban las ruinas. Pero delante de él no se alzaba el espectacular campo de batalla que se había imaginado y en vez de ello se hallaba recluido y en suspenso. Mientras avanzaba la tarde pudo por fin hacerse una idea del combate que tenía lugar, inaudible e invisible, a cuatro millas de donde él se hallaba, más allá de la pista de Roehampton. Era una batalla extraña y sin precedentes, una batalla que era cien mil pequeñas batallas, una batalla en una esponja de calles y canales, llevada a cabo fuera del alcance de la luz del cielo, oculta del cielo, llevada a cabo bajo resplandores eléctricos, en una inmensa confusión y por una muchedumbre sin conocimientos de las armas, conducida principalmente por aclamaciones y gritos sin orden, multitudes embrutecidas por el trabajo manual y enervadas por la

tradición de doscientos años de una seguridad servil, contra multitudes desmoralizadas por vidas de privilegio y de indulgencia sensual. Carecían de artillería y no conocían la diferencia entre esta fuerza y otras fuerzas. La única arma que poseían los dos bandos contendientes era la pequeña carabina verde, cuya secreta fabricación y repentina distribución en inmensas cantidades había sido uno de los puntos fuertes de Ostrog en su lucha contra el Consejo. Pocos tenían experiencia en su manejo, muchos no la habían descargado nunca y muchos otros llegaban al lugar del combate desprovistos de municiones. Nunca se conoció una lucha semejante en la historia de las guerras. Era una batalla de aficionados, una espantosa batalla experimental, rebeldes armados contra rebeldes armados, rebeldes armados impulsados a avanzar por las palabras y la música de una canción, por la fuerza de su número, rebeldes que surgían en minadas incontables y que se dirigían a las calles más estrechas, a los ascensores vacíos a las galerías resbaladizas por la sangre derramada a las naves y pasadizos llenos de humo bajo las pistas de vuelo, para aprender allí cuando la retirada fuera imposible, los antiguos misterios de la guerra. Y arriba, exceptuando la presencia de unos cuantos tiradores apostados en los tejados y de unos cuantos hilos de vapor que se multiplicaron y oscurecieron al hacerse de noche, el día era de una serenidad purísima. Por lo visto, Ostrog no tenía bombas, y en las primeras fases de la lucha no tomaron parte los aeroplanos. Ni la nube más pequeña rompía la desierta transparencia del firmamento. Parecía como si se mantuviera vacío hasta que llegaran los aeroplanos.

Una y otra vez llegaban noticias del avance de estos aparatos, que iban acercándose más y más, primero de un puerto del Mediterráneo y luego de otro, hasta llegar al sur de Francia. Pero, a pesar de las urgentes preguntas de Graham, no pudieron decirle nada de las nuevas armas que Ostrog había fabricado y cuya existencia se conocía, ni tampoco llegaba ninguna información sobre el desarrollo de la lucha que tenía lugar en los alrededores de las pistas de vuelo. Sección tras sección de las Compañías Laborales se declaraban dispuestas ya a la lucha, se declaraban en marcha y desaparecían después en el laberinto de aquel combate. ¿Qué estaba ocurriendo? Ni siquiera los jefes de las posiciones lo sabían. A pesar

de las puertas que se abrían y cerraban, a pesar de los presurosos mensajeros, de los timbres y del perpetuo chasquido de los aparatos de recepción, Graham se sentía aislado, extrañamente inactivo, inútil.

Su aislamiento le pareció a veces lo más extraño, lo más inesperado de cuanto había ocurrido desde su despertar. Tenía un concepto de la actividad que sólo se conoce en los sueños. Un tumulto, una lucha sin cuartel entre él y Ostrog... ¡Y después esta apartada y diminuta habitación con sus altavoces, sus timbres, sus aparatos y su espejo roto!

Cuando la puerta se cerraba, se encontraban solos. Entonces les parecía que estaban aislados para siempre de la gigantesca tormenta en que el mundo exterior se hallaba envuelto, no pensaban más que en ellos dos, no recordaban otra cosa que no fueran sus dos vidas reunidas. Pero la puerta se abría de pronto y entraban unos mensajeros o un timbre agudo interrumpía su soledad. Entonces sentían como si es tuvieran en una casa bien edificada y brillantemente iluminada, y de súbito se abriera una ventana dejando entrar al huracán. La prisa y el tumulto, la fuerza y la vehemencia de la lucha se introducían en la habitación y les dejaba abrumados. Dejaban de ser personas para convertirse en meros espectadores, en meras impresiones de una tremenda convulsión. Hasta para ellos mismos se convertían en seres irreales, en miniaturas de personalidades, indescriptiblemente minúsculas. Las dos realidades antagónicas, las dos únicas realidades que el mundo contenía eran, en primer lugar, la ciudad que latía y rugía allá lejos en un espasmódico frenesí de autodefensa, y, en segundo lugar, los aeroplanos que avanzaban inexorablemente hacia ellos.

Al principio habían sentido una exaltada confianza y un gran orgullo los había poseído, un orgullo mutuo, por la grandeza de lo que tenían entre manos. Graham había entrado en la habitación lleno de elocuencia, saturado de la íntima convicción de su maravilloso destino. Pero, poco a poco, muy lentamente, su espíritu fue llenándose de inquietos presentimientos sobre la inminencia de la derrota. En una ocasión estuvieron solos durante un rato y entonces Graham cambió de tema, se hizo egoísta y habló del milagro de su sueño, de la otra vida, remota, pero detallada y precisa aún en su mente, como algo contemplado a través de unos

gemelos de ópera invertidos. Habló de todos los deseos y de todos los errores que habían constituido su vida anterior. Helen habló poco, pero la emoción retratada en su semblante cambiaba según el tono de la voz de Graham, y éste sintió que, al fin, alguien le había comprendido. Había logrado una perfecta comprensión, y, satisfecho, se puso a hablar del sentido de la grandeza que ella le había hecho experimentar.

—Y a través de todo ello, por encima de todo ello, éste era mi destino —dijo—. Esta magnífica herencia, esta responsabilidad con la que nunca soñé.

Insensiblemente, su preocupación por el combate pasó a segundo término, y los dos se sumieron en ellos mismos. Graham empezó a interrogarla y ella le habló de los días anteriores a su despertar. Habló con brevedad, pero con gran emoción, de los sueños juveniles que habían dado una razón de ser a su vida, de las incrédulas sensaciones que en ella había producido el despertar tan esperado. Le explicó también una trágica circunstancia de su niñez que había entenebrecido su vida, que la había hecho sensible a la injusticia y que había abierto prematuramente su corazón a los dolores más grandes del mundo. Durante un buen rato, la guerra que les rodeaba no fue para Graham más que un gran telón de fondo en el que resaltaban estas emociones personales.

Pero inmediatamente todo aquello quedó en segundo término. Llegaron unos mensajeros con la noticia de que una gran flota de aeroplanos avanzaba a gran velocidad sobre Avignon. Graham se dirigió a la lente de cristal que había a un rincón y comprobó por sí mismo que aquello era exacto. Penetró en la habitación contigua y consultó un mapa para medir las distancias entre Avignon, Arawan y Londres. Hizo unos cálculos rápidos y salió en seguida hacia el lugar donde estaban reunidos los jefes de las posiciones, para pedir noticias del combate que tenía lugar en las pistas de vuelo. Pero no encontró a nadie en la estancia, y después de unos minutos de indecisión volvió a la estancia donde Helen le estaba esperando.

Graham había cambiado de expresión. Pensó en aquellos momentos que posiblemente la lucha estaba ya más que mediada, que Ostrog era el más fuerte y que la llegada de los aeroplanos produciría en la ciudad un pánico tan grande que le dejaría indefenso. Una frase casual contenida en uno de los mensajes, le dio

una idea de la realidad con que tendría que enfrentarse muy pronto. Cada uno de aquellos rugientes aparatos conducía mil negros, medio salvajes, para combatir en la lucha a muerte que tenía lugar en la ciudad. De pronto, su humanitario entusiasmo le abandonó. Sólo dos de los jefes estaban en su puesto cuando él hizo su reaparición. El vestíbulo del Atlas se hallaba vacío. A Graham le pareció advertir un cambio en la expresión de los servidores que aguardaban los pasillos y una sombría desilusión se adueñó de su corazón. Helen le miró con ansiedad cuando volvió a reunirse con ella.

—No hay noticias —dijo Graham con fingida indiferencia, en contestación a la pregunta reflejada en los ojos de la joven.

Pero después pensó que la franqueza era necesaria.

—Es decir, las noticias son malas. Estamos perdiendo. No ganamos terreno y los aeroplanos siguen acercándose.

Recorrió la habitación de parte a parte y volvió de nuevo al lado de Helen.

—A no ser que consigamos apoderarnos de esas pistas de vuelo en el plazo de una hora, ocurrirían cosas horribles. Seremos vencidos.

—¡No! —exclamó ella—. Tenemos la justicia... Tenemos al pueblo. ¡Dios está de nuestro lado!

—Ostrog tiene hombres disciplinados. Tiene planes ordenados. Allí fuera, ¿sabes?, he sentido que... Cuando me enteré de que los aeroplanos estaban ya mucho más cerca, sentí como si me hubiera enfrentado contra los designios del destino.

Helen no contestó durante algún tiempo.

—Hemos obrado bien —dijo al fin.

Graham la miró con la duda retratada en el semblante.

—Hemos hecho lo que estaba en nuestras manos. ¿Pero acaso esto nos incumbe? ¿No habremos cometido un pecado antiguo, un pecado muy grande?

—¿Qué quieres decir?

—Estos negros son unos salvajes gobernados por la fuerza, utilizados por la fuerza. Llevan doscientos años dominados por los blancos. ¿No será acaso una lucha de razas? La raza pecó... la raza debe expiar.

—Pero los trabajadores, la pobre gente de Londres...

—Tendrán que expiar también el pecado... Contemplar ese castigo sin hacer nada es compartirlo.

Helen lo miró asombrada ante ese nuevo aspecto de la cuestión que a ella no se le había ocurrido.

Desde el exterior llegó hasta ellos el sonido de un timbre, ecos de pisadas y las palabras de un mensaje gramofónico. El hombre vestido de amarillo apareció en el umbral.

—¿Qué pasa? —preguntó Graham.

—Están ya en Vichy.

—¿Dónde están los hombres que debían hallarse en el vestíbulo del Atlas? —interrogó Graham bruscamente.

En aquel momento la máquina parlante habló de nuevo.

—Podemos ganar todavía —dijo el hombre de amarillo saliendo de la habitación—. Si conseguimos averiguar dónde ha ocultado Ostrog las armas. Todo depende de eso. Quizá...

Graham le siguió. Pero sólo había noticias del avance de los aeroplanos. Habían llegado ya a Orleans.

Graham volvió al lado de Helen.

—No hay noticias —dijo—. No hay noticias.

—¿Y no podemos hacer nada?

—¡Nada!

Recorrió la habitación, lleno de impaciencia, y de pronto su naturaleza colérica se impuso.

—¡Maldito sea este complejo mundo! —exclamó—. ¡Malditas sean todas las invenciones de los hombres! ¡Que un hombre pueda morir como un ratón en una trampa sin ver siquiera a su enemigo...! ¡Oh, si pudiera dar un solo golpe...!

Guardó silencio y en seguida se volvió hacia ella en un tono distinto.

—Estoy diciendo tonterías... Soy un salvaje.

Recorrió la habitación y se detuvo bruscamente.

—Después de todo, Londres y París no son más que dos ciudades. ¿Qué importa que Londres esté condenado y París destruido...? No se trata más que de dos accidentes.

Una vez más la necesidad de saber noticias le reclamó y salió a preguntar detalles. Volvió con expresión más grave y se sentó junto a ella.

—El fin debe de estar cerca —murmuró—. Parece que el pueblo

ha luchado y han muerto decenas de miles de hombres. Las calles que rodean Roehampton deben de parecer colmenas llenas de cadáveres. Y han muerto en vano. No llegaron a las pistas y los aeroplanos están cerca de París. Aunque ahora obtuviéramos una victoria, no podríamos hacer nada, no tendríamos tiempo de hacer nada antes de que cayeran sobre nosotros. Las armas que podrían habernos salvado se han perdido. ¡Perdido! ¡Piensa en el desorden que eso significa! ¡Piensa en la inutilidad de este tumulto en el que los promotores ni siquiera son capaces de encontrar las armas que hacen falta! ¡Oh, si pudiera tener un aeropilo... sólo uno! No tener un aeropilo es lo que me ha vencido. ¡La humanidad está vencida y nuestra causa perdida! ¡Mi reinado, mi estúpido reinado, no durará ni una sola noche! ¡Y yo habré sido el causante de la muerte de millares de ciudadanos...!

—Hubieran luchado de todas maneras.

—Lo dudo... He estado en medio de ellos...

—¡No! —exclamó Helen—. ¡Eso no...! Si somos derrotados... si tú mueres... Pero eso no puede suceder, es imposible que suceda, después de todos estos años.

—¡Ah! Nuestras intenciones eran buenas, pero ¿crees realmente que...?

—Aunque seas derrotado —prosiguió la joven—, habrás hablado... Tu palabra ha volado como el viento por todos los rincones del mundo, haciendo que la idea de libertad se convierta en una llama. ¿Qué importa que la llama tiemble? Nada puede cambiar las palabras pronunciadas. Tu mensaje habrá ido a donde debía ir...

—¿Con qué fin...? Es posible que sea como tú dices. ¿Recuerdas que cuando me dijiste esas cosas, ¡santo Dios, no hace más que unas horas!, te dije que no compartía tu fe? En fin, sea como sea, ahora ya no queda nada que hacer.

—¿Qué no compartes mi fe? ¿Qué quieres decir? ¿Te arrepientes?

—¡No! —dijo Graham atropelladamente—. Ante Dios, te aseguro que no...

Su voz se alteró.

—Pero... me parece que he sido indiscreto... Sabía muy poco. No comprendí bien la importancia...

Hizo una pausa, arrepentido de esta confesión.

—Pero hay algo que lo compensa todo. Te he conocido a ti. A través de este abismo de tiempo he venido a ti. Lo demás está hecho. Contigo, esto ha sido algo más... o algo menos...

Se interrumpió fijando los ojos en los de ella, y desde el exterior llegó la nueva de que los aeroplanos volaban por encima de Amiens.

Helen se llevó una mano a la garganta y sus labios palidieron. Miró fijamente el vacío como si contemplara una horrible posibilidad. De pronto, su expresión cambió.

—¡Yo he sido sincera! —exclamó—. ¿O acaso no lo he sido? Yo amaba al mundo y amaba la libertad. Detestaba la crueldad y la opresión... Sí, sólo eso es lo que me impulsó a obrar.

—Sí —murmuró Graham—. Hemos hecho lo que teníamos que hacer. Hemos enviado nuestro mensaje. Hemos señalado el principio... Pero ahora... Ahora que estamos en lo que seguramente será nuestra última hora, la última hora que pasaremos juntos, ahora que hemos hecho estas grandes cosas...

Se detuvo. Ella permaneció en silencio, con enigmática expresión.

Durante unos segundos no oyeron el repentino clamor que llegaba desde el exterior, las pisadas que resonaban en todas direcciones ni los gritos. Pero en seguida Helen prestó atención.

—Es... —exclamó.

Se puso en pie de pronto, sin habla, incrédula, triunfante.

También Graham lo oyó. Unas voces metálicas gritaron:

—¡Victoria...! ¡Victoria...!

Sí. Era la palabra «¡Victoria!» la que pronunciaban y repetían millares de voces. Graham se puso en pie mientras en sus ojos brillaba la luz de una desesperada esperanza.

El hombre vestido de amarillo abrió bruscamente las cortinas y apareció ante ellos agitado y despeinado.

—¡Victoria! —exclamó lleno de júbilo—. ¡Victoria!

¡El pueblo gana! ¡Los hombres de Ostrog se han hundido...!

—¿Victoria?

Helen se puso en pie. Su voz era ronca y débil.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Graham—. ¡Conteste! ¿Qué...?

—Les hemos arrojado de los subterráneos de Norwood.

Streatham está ardiendo y Roehampton es nuestro. Y hemos capturado el aeropilo que había allí.

Durante unos instantes Graham y Helen permanecieron en silencio, y mientras sus corazones latían aceleradamente, se contemplaron. En un segundo, pasaron por la imaginación de Graham sus sueños de imperio, de reinado, con Helen a su lado. La idea refulgió y se desvaneció apenas nacida.

Sonó un timbre y un hombre de cabello canoso apareció muy excitado. Venía de la Oficina de los Jefes.

—¡Todo ha terminado! —exclamó—. ¿Qué importa que Roehampton sea nuestro? ¡Los aeroplanos han sido vistos en Boulogne!

—¡El Canal! —gritó el hombre vestido de amarillo.

Dejó de hablar mientras hacía rápidos cálculos.

—¡Media hora!

—Todavía tienen tres de las pistas de vuelo.

—¿Y las armas? —preguntó Graham.

—No podemos distribuirlas en media hora.

—¿Quiere decir esto que las han encontrado?

—¡Demasiado tarde! —contestó el viejo.

—¡Si pudiéramos detenerlos durante otra hora! —exclamó el hombre vestido de amarillo.

—Nada puede detenerles ya. Tienen casi cien aeroplanos en la primera flota.

—¿Otra hora? —preguntó Graham.

—¡Estar tan cerca! —exclamó el jefe de las posiciones—. ¡Ahora que hemos encontrado las armas! ¡Si pudiéramos conseguir que llegaran a los tejados...!

—¿Cuánto tiempo haría falta? —preguntó Graham de pronto.

—Una hora... por lo menos.

—¡Demasiado tarde! —gritó el jefe—. ¡Demasiado tarde!

—¿Es demasiado tarde? —dijo Graham—. Yo creo que... ¡Una hora!

De pronto, había pensado en una posibilidad. Se esforzó para conservar la calma, pero su rostro estaba pálido.

—Existe aún una salida. Hablaron de un aeropilo...

—En la pista de Roehampton, Señor.

—¿Destrozado?

—No. Está atravesado en la pista. Puede ponerse fácilmente sobre los raíles, pero no tenemos ningún aeronauta...

Graham miró a los dos hombres y después a Helen. Al fin, después de una larga pausa, preguntó:

—¿No tenemos aeronautas?

—Ninguno.

—Los aeroplanos son muy pesados —dijo, pensativo— comparados con los aeropilos.

Se volvió hacia Helen. Su decisión estaba tomada.

—Tengo que hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Ir a la pista de vuelo... Al aeropilo.

—¿Qué quieres decir?

—Soy un aeronauta. Después de todo... los días que me reprochaste no se han perdido totalmente.

Se volvió hacia Helen. Su decisión estaba tomada.

—Que lo coloquen sobre los raíles.

El hombre titubeó.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Helen.

—Ese aeropilo es la única posibilidad que nos queda.

—¿Estás insinuando que...?

—¿Que voy a combatir en el aire? Sí, desde luego. Muchas veces he pensado que los aeroplanos son aparatos muy pesados. Un hombre decidido...

—Pero desde que el hombre comenzó a volar, nunca... —comenzó a decir el individuo del traje amarillo.

—No ha habido necesidad. Pero ahora ha llegado el momento. Dígales ahora que... haga llegar mi mensaje... que lo pongan sobre los raíles.

El viejo interrogó al otro individuo, afirmó con la cabeza y salió precipitadamente.

Helen dio un paso hacia Graham. Estaba muy pálida.

—Pero... ¿cómo es posible que luches tú solo? ¡Te matarán...!

—Es posible. Sin embargo, no luchar es perderlo todo...

Se interrumpió. No podía hablar más. Hizo un ademán como para rechazar la otra alternativa y los dos permanecieron contemplándose en silencio...

—Tienes razón —dijo ella al fin con voz baja—. Tienes razón. Si

puede hacerse... debes ir.

Graham dio un paso hacia ella, pero la joven retrocedió irnos pasos.

—¡No! —exclamó—. No puedo soportarlo... Ve ahora.

Él extendió hacia la joven inútilmente sus manos y Helen apretó los puños.

—¡Vete! —exclamó—. ¡Vete ya!

Graham titubeó, pero comprendió lo que pensaba ella. Levantó las manos con un extraño gesto teatral. No tenía nada que decir y se apartó de su lado.

El hombre vestido de amarillo se dirigió a la puerta para dejarlos solos, pero Graham lo alcanzó y salió antes que él. A grandes pasos atravesó la estancia donde el jefe de las posiciones hablaba a gritos por teléfono ordenando que colocaran el aeropilo sobre los raíles.

El hombre vestido de amarillo contempló la inmóvil figura de Helen. Titubeó unos segundos y al fin salió detrás de Graham. Éste no se volvió ni una sola vez ni habló hasta que la cortina de la antecámara del gran vestíbulo cayó a su espalda. Entonces volvió la cabeza y dio varias órdenes concretas sin mover apenas sus labios descoloridos.

Capítulo XXIV

LA LLEGADA DE LOS AEROPLANOS

Dos individuos vestidos con el uniforme azul pálido estaban apostados en el camino irregular que se extendía, de extremo a extremo, por el borde de la pista de Roehampton, sujetando firmemente sus carabinas y escudriñando las sombras de la pista llamada Wimbledon Park. De vez en cuando se hablaban en el inglés incompleto propio de su clase y condición. El fuego de los partidarios de Ostrog había ido cediendo poco a poco hasta cesar por completo, y desde hacía un buen rato se veían pocos enemigos. Pero los ecos de la lucha que se desarrollaba debajo de ellos en las galerías inferiores de la pista, llegaban a sus oídos ininterrumpidamente y podían oír perfectamente los disparos del bando popular. Uno de aquellos dos individuos explicaba al otro cómo había descubierto un enemigo debajo de dónde se hallaban, oculto detrás de una viga, cómo había disparado al azar y le había acertado.

—Todavía está allí —añadió—. ¿Ves aquel bulto? Sí, entre esas dos barras...

A unos cuantos metros detrás de ellos se hallaba el cadáver de un desconocido mirando al cielo, y su chaqueta azul estaba desgarrada por el centro del pecho, donde le había alcanzado la bala. Junto al cadáver, un hombre herido, con la pierna estirada, estaba sentado con rostro sin expresión y contemplaba los progresos de la lucha. A su espalda, atravesado en la pista, se alzaba, gigantesco, el acropilo capturado.

—No lo veo —dijo el otro individuo, provocador. El primero se puso a proferir juramentos y a hablar a gritos para dejar bien sentadas las cosas. De pronto, le interrumpió un gran alboroto que subía de las galerías inferiores.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó apoyándose en un brazo para poder ver bien lo que ocurría en la ranura central de la pista.

Numerosos individuos vestidos de azul subían por allí y se dirigían en línea hacia el aeropilo.

—¡No necesitamos a esos idiotas! —gruñó su amigo—. No hacen más que arremolinarse y dificultar la puntería. ¿Qué van a hacer?

—¡Calla! ¡Están diciendo algo a gritos!

Los dos se pusieron a escuchar. Los recién llegados se habían agrupado alrededor del aeropilo y tres jefes de posiciones, fácilmente identificables por sus túnicas negras, se encaramaron en el aparato y se pusieron de pie encima de él. Varios individuos se arrojaron sobre el furgón y comenzaron a manipular sus mandos. Uno de los que los observaban se puso de rodillas.

—Van a colocarlo en los raíles. Eso es lo que van a hacer.

Se puso en pie y su compañero le imitó.

—¿De qué sirve? —preguntó—. No tenemos aeronautas.

—De todas maneras, esto es lo que están haciendo.

Contempló su rifle, miró después el grupo que forcejeaba y de pronto dijo dirigiéndose al herido:

—Vigila esto, amigo.

Le entregó el arma y las municiones y echó a correr hacia el aeropilo. Durante un cuarto de hora, sudoroso y jadeante, no hizo otra cosa que empujar, gritar y tirar hasta que al fin consiguieron su objetivo y se mezcló con los demás profiriendo exclamaciones de triunfo. Ya sabía que el Señor, aunque no era más que un principiante en el arte de la aeronáutica, tenía intención de volar él solo en el aparato, que de un momento a otro llegaría para posesionarse de él y que no permitía que nadie más lo intentara.

—El que ha de correr el riesgo mayor, el que ha de llevar el peso más grande, es el rey —había dicho el Señor.

Y mientras aquel individuo lo aclamaba mezclado con los demás y mientras las gotas de sudor se deslizaban por su cara, oyó un estrépito atronador y hasta él llegaron las notas del himno de la revolución. A través de un claro entre la multitud, vio que por la ranura central seguía subiendo gente a la pista.

—¡Viene el Señor! —gritaban millares de voces—. ¡Viene el Señor!

El grupo fue haciéndose cada vez más denso, y él comenzó a acercarse a codazos hacia la ranura.

—¡Viene el Señor! ¡El Durmiente, el Señor! ¡Dios y el Señor! —

repetían las voces.

De pronto, muy cerca de él aparecieron los uniformes negros de la guardia revolucionaria y por primera y última vez en su vida vio a Graham con toda claridad. Era un hombre muy alto, vestido con una túnica negra, un hombre de facciones decididas, con los ojos fijos ante él, un hombre que no tenía oídos, ni ojos, ni pensamientos para las cosas que le rodeaban... Hasta el fin de sus días, aquel hombre recordó la cara lívida de Graham cuando pasó por su lado. Unos instantes después había desaparecido y él intentaba abrirse paso por entre la densa multitud apiñada. Un muchacho que parecía muy excitado lo empujó mientras corría diciendo a gritos:

—¡Hagan sitio para el aeropilo...!

Los timbres comenzaron a funcionar a la vez y por todas partes resonó su clamor.

Con este ruido en los oídos, Graham se acercó al aeropilo y se adentró en la sombra producida por una de sus alas. Algunos de los individuos que lo rodeaban se ofrecieron para acompañarle, pero Graham rechazó sus ofertas con un ademán. Deseaba poder recordar cómo se ponía en marcha el motor. El timbre seguía sonando cada vez más alto y las pisadas de la gente en retirada resonaban sobre el suelo de la pista. El hombre del traje amarillo le ayudó a subir al aparato y se instaló en el puesto del aeronauta con movimientos lentos y deliberados. ¿Qué ocurría? Aquel individuo le señalaba dos acopilos que se elevaban en el firmamento. Más tarde se ocuparía de ellos. Lo principal ahora era recordar lo que había que hacer para arrancar. Todo el mundo le gritaba haciéndole preguntas y advertencias. Le aturdían. Deseaba pensar en el aeropilo, recordar cada una de sus experiencias anteriores. Saludó a la gente que le aclamaba, vio descender al hombre vestido de amarillo y vio como todos se disponían a bajar por la derecha siguiendo sus indicaciones.

Permaneció inmóvil unos instantes contemplando las palancas, el volante que servía para dirigir el motor y todos los delicados instrumentos que tan poco conocía. Vio cerca un nivel que tenía la burbuja desnivelada hacia él. Perdió unos segundos en inclinar el motor hacia delante hasta que la burbuja quedó centrada en el tubo. Observó que la gente ya no gritaba, sino que todos contemplaban sus movimientos pausados. Una bala se estrelló

contra un larguero metálico que había sobre su cabeza. ¿Quién había disparado? ¿Tenía el paso libre? Se puso de pie para averiguarlo y se sentó de nuevo.

Un segundo después la hélice estaba girando y el aparato avanzaba por los raíles. Asió el volante y lanzó el motor hacia atrás para levantar la proa. Fue entonces cuando oyó que la gente gritaba. Inmediatamente Graham se sintió agitado por las vibraciones del motor y las aclamaciones de la muchedumbre quedaron rápidamente atrás. Se precipitó hacia el silencio mientras el viento silbaba al pasar por el borde del parabrisas y el mundo se hundía rápidamente, alejándose.

Trop, trop, trop, trop, trop... Siguió ascendiendo. Intentó imaginarse a sí mismo libre de toda excitación, y se sintió sereno y tranquilo. Levantó aún más la parte delantera del aparato, abrió una válvula del ala izquierda e inició un giro ascendente. Miró hacia abajo y luego hacia arriba. Uno de los aeropilos de Ostrog iba a cruzarse con su trayectoria y maniobró para acercarse oblicuamente a él y pasar por debajo en un ángulo agudo. Los pequeños aeronautas que iban a bordo miraron hacia abajo para verle. ¿Qué iban a hacer? Su mente empezó a trabajar y vio que uno mantenía un arma apuntada y parecía dispuesto a disparar. ¿Qué creerían ellos que haría él? En un instante comprendió su táctica y adoptó una decisión. Se le había pasado ya su momentáneo letargo. Abrió dos válvulas más a la izquierda, dio una vuelta rápida y apuntando hacia el aparato enemigo se lanzó directamente contra él. El morro y el parabrisas le protegían de los disparos. Sus contrarios se inclinaron levemente como para evitarle. Graham elevó la proa aún más.

Trop, trop, trop... trop, trop... Apretó los dientes, su cara adoptó involuntariamente una mueca y golpeó el aeropilo. El impacto se produjo en la parte inferior del ala que tenía más próxima.

Muy lentamente el ala de su antagonista pareció ensancharse a medida que el ímpetu del golpe la hacía elevarse. La vio a todo lo ancho y luego se deslizó hacia abajo ocultándose de su vista.

Notó que la proa de su aparato se inclinaba hacia el suelo. Sus manos asieron con fuerza los mandos y de un golpe elevó el motor. Notó que el aeropilo se enderezaba y por un momento le pareció estar boca abajo. El aparato se bamboleó, vibró e inició una caída

en barrena. Hizo un esfuerzo gigantesco, se colgó de los mandos y poco a poco el aeropilo comenzó a enderezarse. Después de nivelado el aparato, empezó a ascender de nuevo, pero ya no a tanta velocidad. Contuvo la respiración unos segundos y lanzó una vez más todo el peso de su cuerpo sobre los mandos. El viento rugía en torno suyo. Un esfuerzo más y logró hacerse por completo con el aparato. Ya podía respirar. Por primera vez volvió la cabeza hacia atrás para ver lo que les había sucedido a sus enemigos. Se ocupó otra vez de los mandos y nuevamente trató de ver lo que ocurría a su espalda. Por un momento pensó que sus contrarios habían desaparecido totalmente, pero poco después vio que entre las dos pistas que se elevaban al este, había una especie de brecha profunda por la cual caía rápidamente y desaparecía uno de los aparatos.

Daba la sensación de una moneda cayendo por una ranura.

Al principio, no logró comprender lo que sucedía, pero pronto le invadió un júbilo feroz. Gritó con todas sus fuerzas, emitió un sonido inarticulado y prosiguió su ascensión, elevándose cada vez más.

Trop, trop, trop, trop... trop, trop, trop... ¿Dónde estaría el otro aeropilo? Tenía que destruirlo también. Escudriñando el cielo desierto, temió momentáneamente que el aparato se hubiera elevado por encima de él, hasta que lo vio aterrizar en la pista de Norwood. Su idea había sido disparar contra Graham, pero el riesgo de verse abordado a dos mil metros de altura en el aire rebasaba los índices de valor de aquella época. Se negaron a combatir.

Durante unos instantes Graham trazó círculos en el espacio y luego inició un picado rápido hacia la pista occidental. Trop, trop, trop, trop, trop, trop... El crepúsculo avanzaba rápidamente y el humo procedente de la pista de Streatham, antes tan denso y oscuro, se había convertido en una columna llameante y todas las curvas entrelazadas de las calles móviles, los tejados transparentes, las cúpulas y los abismos que se abrían entre los edificios, habían adquirido un suave tono blancuzco que les prestaba la luz eléctrica, todavía muy amortiguada por la luz natural. Las tres pistas útiles que tenían los partidarios de Ostrog, ya que la de Wimbledon Park estaba inutilizada debido al fuego de la de Roehampton, y la de Streatham se había convertido en un horno, estaban brillantemente iluminadas con luces de aterrizaje para guiar a los aeroplanos cuya

llegada esperaban. Cuando pasó rápidamente por encima de la pista de Roehampton, pudo ver las oscuras masas de la gente que estaba sobre ella. Oyó aplausos y frenéticas aclamaciones y entre ellas el silbido de un proyectil que atravesaba el espacio procedente de la pista de Wimbledon Park. Voló por encima de las llanuras de Surrey hasta que sintió una ráfaga de viento procedente del Sudoeste. Levantó el ala tal como había aprendido a hacerlo y comenzó a ascender hacia el aire más fino de las alturas. Trop, trop, trop, trop, trop, trop...

Siguió elevándose al ritmo de aquella pulsación hasta que todo el panorama bajo sus pies adquirió un color azulado y los detalles se hicieron borrosos. Londres se extendió como un mapa lleno de luces, como si fuera la maqueta de una ciudad situada en el borde del horizonte. El cielo, hacia el sudoeste, tenía un color zafiro por encima del límite de la tierra, y a medida que ascendía, Graham iba viendo cómo las estrellas se multiplicaban.

Y de pronto, hacia el sur, volando muy bajos y refulgiendo, se acercaban con rapidez dos pequeñas manchas de luz nebulosa, y luego otras dos más y detrás toda una pléyade de formas que se movían a gran velocidad. Poco después pudo contarlas y vio que en total eran veinticuatro. Había llegado la primera flota de aeroplanos. Más allá apareció un resplandor aún más intenso.

Dio media vuelta mirando fijamente a la flota que avanzaba volando en cuña. Parecía un gigantesco triángulo de inmensos aparatos fosforescentes, que se acercaban rápidamente. Calculó con rapidez su velocidad e hizo girar un volante pequeño que situó el motor delante de él. Oprimió una palanca y el esfuerzo latente cesó. Empezó a caer y cayó cada vez más de prisa. Apuntó hacia el vértice del triángulo y su velocidad de descenso aumentó hasta llegar un momento en que caía como una piedra. Le pareció que no había transcurrido un segundo antes de golpear el aeroplano que iba en cabeza de la formación.

Ningún hombre de aquella multitud negra vio cómo se les acercaba el aeropilo en forma de destino fatal. Ninguno entre todos ellos pensó en el halcón que descendía desde lo alto de los cielos. Los que no estaban inutilizados por el mareo se hallaban ocupados en contemplar la película de la ciudad que surgía de la bruma. Aquella rica y espléndida ciudad hacia la que el Señor había traído

sus obedientes músculos. Habían oído hablar de París y sabían que iban a pasar un rato espléndido entre la pobre masa de los blancos. Y repentinamente, Graham cayó sobre ellos.

Había apuntado hacia el fuselaje del aeroplano, pero en el último momento lo pensó mejor y revolviendo rápidamente el aparato, dio un golpe en el borde del ala de estribor, con todo el peso del aeropilo. El impacto le echó para atrás. Su proa se deslizó a lo ancho de toda la extensión del ala, hacia el borde, y sintió cómo se precipitaba hacia él y le golpeaba la tela del ala. Hubo un momento en que fue incapaz de comprender lo que pasaba. Oyó como mil gargantas gritaban desesperadamente y se dio cuenta de que su aparato estaba balanceando en el borde de la gigantesca nave. Un momento después empezó a descender. Descendía, descendía... Miró por encima del hombro y vio como el fuselaje y la otra ala del aparato se tambaleaban. A través del costillar del aeroplano pudo distinguir rostros aterrorizados y manos que se agarraban frenéticas a barras y largueros. Pudo observar que se abrían ventanas en el costado intacto, a medida que el piloto trataba de enderezar el aparato. Más atrás, Graham vio como otro aparato se elevaba bruscamente para escapar de los extraños movimientos del que iba delante. La masa de aeroplanos pareció iniciar un movimiento ascendente y él sintió que su aeropilo había perforado limpiamente toda el ala y ahora estaba volando invertido y debajo del monstruoso ingenio.

No comprendió claramente que había chocado contra un ala lateral y que había logrado deslizarse por en medio de ella, pero sí comprendió que ahora estaba volando libremente y haciendo un gran planeo que le aproximaba con rapidez hacia la tierra. ¿Qué había hecho? Tenía el corazón en la garganta y durante un momento fue incapaz de mover los mandos debido a que se le habían paralizado las manos. Forcejeó con las palancas para lanzar el motor hacia atrás y luchó unos segundos contra el peso de éste. Notó como el vuelo se hacía horizontal y el ruido del motor comenzaba nuevamente.

Miró hacia arriba y vio que dos aeroplanos planeaban muy en lo alto. Volvió la vista atrás, advirtió que toda la formación se dispersaba ascendiendo y abriéndose y pudo contemplar cómo el aeroplano que había atacado caía verticalmente sobre las ruedas de

molino que giraban allá abajo.

Inclinó la popa y miró de nuevo, elevándose sin tener en cuenta la dirección, mientras contemplaba lo que ocurría. Vio cómo cedían los ventiladores, vio cómo el monstruo gigantesco chocaba contra el suelo, vio doblarse sus alas delanteras por el peso del descenso y, por fin, la mole entera dio varias vueltas y se estrelló quedando con las ruedas mirando al cielo. Trop, trop, trop... pausa... De pronto, del montón de chatarra surgió una delgada lengua de fuego. Graham se había distraído contemplando el resultado de su ataque, pero entonces distinguió otro de aquellos aparatos que se dirigía a través del espacio en línea recta hacia él y tuvo el tiempo justo para elevarse, evitando de este modo el ataque, si de ataque se trataba, de un segundo aeroplano. Éste rugía debajo de él. El aire que removía le hizo perder el equilibrio y durante unos segundos estuvo a punto de perder totalmente el control del aeropilo.

Una vez nivelado de nuevo, vio otros tres monstruos que avanzaban velozmente hacia él y comprendió la necesidad de volar por encima de ellos. Por todas partes estaba rodeado de aeroplanos, que giraban desordenadamente para escapar de él. Pasaban por encima de él, por debajo, por la derecha, por la izquierda... Desde el oeste llegó hasta él el ruido de un choque entre dos de ellos y vio cómo ambos caían envueltos en llamas. Mientras tanto, por el sur, avanzaba una nueva formación. Sin perder la serenidad, Graham siguió ascendiendo. Pronto tuvo a todos los aeroplanos debajo, pero no muy seguro de haber calculado bien la distancia que se hallaba de ellos, no intentó de momento una nueva arremetida. Minutos más tarde, sin embargo, cayó sobre su segunda víctima, y toda su carga de soldados negros lo vio avanzar. La enorme máquina se tambaleó cuando los hombres enloquecidos por el miedo se dirigieron a popa en busca de sus armas. El silbido de cien disparos atravesó el espacio, y en el grueso cristal del parabrisas que le protegía Graham vio dibujarse una estrella. El aeroplano disminuyó la velocidad y descendió para evitarlo, pero descendió demasiado. Graham advirtió en el momento preciso las aspas de molino de la colina de Bromley que se alzaban hacia él, hizo una maniobra y se elevó saliendo del peligro, mientras el aeroplano que había perseguido se estrelló contra ellas. Todas las voces que salían de su interior se fundieron en un solo grito. El gigante metálico pareció

haber quedado ileso unos segundos, porque se mantuvo vertical sobre la popa, pero inmediatamente estalló en mil pedazos. A través del espacio volaron astillas y trozos de metal y sus motores reventaron con estruendo. Una gran llamarada brotó entonces y se alzó hacia el cielo, cada vez más oscuro.

—¡Dos! —gritó Graham.

En aquel momento estalló en el suelo, debajo de él, una bomba lanzada desde arriba y una vez más volvió a ascender. Un intenso júbilo le poseía, junto con un gran deseo de acción. Sus dudas sobre lo que era justo, sobre lo que era humano y lo que la humanidad deseaba, se habían desvanecido para siempre. Era un hombre que combatía y a quien la comprobación de su fuerza hacía regocijarse. En todas direcciones huían los aeroplanos, ocupados únicamente en evitarlo, y los gritos de sus apretujados ocupantes llegaban a él de vez en cuando como ráfagas de viento. Eligió su tercera víctima, golpeó con demasiada precipitación y no logró más que hacerle perder el equilibrio. Pero aunque el aeroplano escapó de él, en su aturdimiento fue a estrellarse contra el muro de Londres. Huyendo del impacto, Graham voló tan bajo que pudo distinguir un agujero. Se elevó casi en vertical y pronto se encontró volando por encima del sur de Londres y descubrió que el espacio que lo rodeaba estaba desierto. A su derecha estallaban con gran estruendo una infinidad de cohetes de señales de los partidarios de Ostrog. Hacia el sur, se veían arder media docena de monstruos volantes, y por el este, el norte y el oeste, los aeroplanos huían de él velozmente. Se dirigían al este y al norte y avanzaban hacia el sur porque no podían detenerse en el aire, y en la confusión en que se hallaban sumidos, cualquier intento de cambiar de dirección hubiera dado por resultado desastrosas colisiones. Graham apenas logró comprender el alcance de lo que había hecho. Por todas partes retrocedían los aeroplanos. ¡Retrocedían! ¡Se hacían más y más pequeños! ¡Huían!

Pasó a unos doscientos pies por encima de la pista de Roehampton y vio que estaba llena de gente que le aclamaba con frenesí. Pero ¿por qué estaba también abarrotada la pista de Wimbledon Park y por qué también de allí surgían aclamaciones? El humo y las llamas que salían de la de Streatham, ocultaban las tres pistas más lejanas. Trazó una curva y se elevó para verlas y contemplar también la zona norte de la ciudad. En primer lugar,

tras la cortina de humo, surgió la pista de

Shooter's

Hill, iluminada y en orden, con el aeroplano que había aterrizado y los negros que estaban desembarcando. Después surgió Blackheath y por último distinguió la de Norwood. En la de Blackheath no había ningún aeroplano, pero un aeropilo se hallaba sobre los raíles. La de Norwood estaba cubierta de diminutas figuras que corrían en oleadas de un lado para otro en terrible confusión. ¿Por qué? Bruscamente comprendió la razón. La inquebrantable defensa de las pistas de vuelo había sido vencida, el pueblo invadía, por fin, estos últimos baluartes de la usurpación de Ostrog. Y entonces, desde el extremo norte de la ciudad, llenándole de júbilo, llegó hasta sus oídos un sonido, una señal, una nota de triunfo, el ronco estampido de un cañón. Sus labios se entreabrieron y su corazón latió de emoción. Exhaló un profundo suspiro.

—¡Están ganando! —gritó al cielo desierto—. ¡El pueblo gana!

El eco de un segundo cañonazo llegó a él como respuesta. Y entonces vio que el aeropilo que se hallaba sobre la pista de Blackheath se deslizaba por encima de los raíles. De pronto, elevó la proa y comenzó a ascender tomando la dirección del sur y alejándose de Graham.

Éste comprendió inmediatamente lo que aquello significaba. Tenía que ser necesariamente Ostrog, que huía. Profirió un grito y se precipitó en su persecución. Su enemigo había alcanzado ya la altura que deseaba y se movía con rapidez. Al oír aproximarse a Graham, se elevó ágilmente, y Graham se lanzó en línea recta sobre él.

De pronto, se convirtió para él en un mero objeto metálico, pasó por su lado como un meteoro y descendió bruscamente por la inercia de su inútil ataque.

Sintiendo que la ira le dominaba, hizo girar el motor y volvió atrás trazando círculos. Vio la máquina de Ostrog en picado delante de él y se lanzó directamente hacia ella, logró alcanzar una altura superior por el ímpetu de la subida y la ventaja de ser un solo pasajero y se dejó caer sobre su antagonista. ¡Se dejó caer y erró de nuevo el blanco! Al pasar junto al aparato, vio la cara del aeronauta, tranquila y en calma, y en la de Ostrog, reflejada una inmovible decisión. Miraba fijamente al sur y Graham

comprendió lo urgente que para él era conseguir huir. Vio debajo las colinas de Croydon y elevándose bruscamente se situó de nuevo sobre su enemigo.

Miró por encima del hombro y le llamó la atención una cosa extraña. La pista del este, la de Shooter's

Hill, pareció elevarse. Un resplandor que se convirtió inmediatamente en una forma gris de humo y polvo, se agitó por el aire.

De momento, aquel objeto permaneció inmóvil, pero inmediatamente comenzó a despedir trozos de metal en todas direcciones y del centro surgió una densa columna de humo. ¡El pueblo había volado la pista, con aeroplano y todo! Y entonces, tan repentinamente como había surgido el primero, surgió un segundo resplandor y una masa informe de la pista de Norwood. Mientras lo contemplaba, la onda de aire de la primera explosión le alcanzó, y se sintió zarandeado en todas direcciones.

Durante unos segundos el aeropilo descendió casi de canto, con el morro hacia abajo, y pareció titubear sobre si debía o no volcarse totalmente. Graham consiguió mantenerse sobre el parabrisas agarrado firmemente al volante que se balanceaba sobre su cabeza. Y entonces, en el intervalo de irnos segundos, la onda de aire de la segunda explosión golpeó su aparato por un costado.

Se sorprendió a sí mismo agarrado a una de las piezas del aeropilo y sintió que el aire silbaba a su alrededor y hacia arriba. Le pareció hallarse inmóvil en medio del espacio y que sólo el viento se movía a su lado. Pero entonces se le ocurrió pensar que estaba cayendo hacia abajo. Sí, caía... No le era posible mirar al suelo.

Con increíble rapidez recordó en aquel momento todo cuanto había ocurrido desde su despertar, los días de duda, los días de paz y, por último, el tumultuoso descubrimiento de la calculada traición de Ostrog. Él moría, pero Londres se había salvado. ¡Londres se había salvado!

Aquella idea le resultó absolutamente irreal. ¿Quién era él? ¿Por qué apretaba con tanta fuerza los puños? ¿Por qué no aflojaba los músculos? Innumerables sueños han terminado en una caída como ésta. En seguida despertaría...

Sus pensamientos se hicieron más veloces y se preguntó si

volvería a ver a Helen alguna vez. Era injusto no volver a verla. ¡Esto tenía que ser un sueño! Sí... volvería a verla. Ella, al menos, era real. ¡Ella era real! Despertaría, y se reuniría con ella.

Aunque no podía mirar, de pronto comprendió que la tierra estaba muy cerca...

Los primeros hombres en la Luna

El señor Bedford se encuentra con el señor Cavor en Lympne

Ahora que escribo aquí, sentado entre las sombras de los emparrados bajo el cielo azul de la Italia Meridional, me acuerdo, no sin alguna sorpresa, de que mi participación en las asombrosas aventuras del señor Cavor fue, al fin y al cabo, resultado de una mera casualidad. Lo mismo podía haberle sucedido a cualquier otro. Caí en esas cosas en un momento en que me consideraba libre de la más leve posibilidad de perturbaciones en mi vida. Había ido a Lympne porque me lo había figurado como el lugar del mundo en que sucedieran menos acontecimientos. «¡Aquí, de todos modos — me decía—, encontraré tranquilidad y podré trabajar en calma!».

Y de allí ha salido este libro, tan diametral es la diferencia entre el destino y los pequeños planes de los hombres.

Me parece que debo hacer mención, en estas líneas, de la suerte extremadamente mala que acababa de tener en algunos negocios. Rodeado como estoy ahora de todas las comodidades que da la fortuna, hay cierto lujo en esta confesión que hago de mi pobreza de entonces. Puedo hasta confesar que, en determinada proporción, mis desastres eran atribuibles a mis propios actos. Tal vez haya asuntos para los cuales tenga yo alguna capacidad, pero la dirección de operaciones mercantiles no figura entre ellos. En aquella época era aún joven: hoy lo soy todavía en años, pero las cosas que me han sucedido han desterrado de mi mente algo de la juventud: si en su reemplazo han dejado o no un poco de sabiduría, es cuestión más dudosa.

Casi no es necesario entrar en detalles sobre las especulaciones que me desterraron a Lympne, lugar del condado de Kent. Hoy en día, aun en los, negocios, hay una fuerte dosis de aventura. Me arriesgué, y como esas cosas terminan invariablemente por una buena cantidad de dar y tomar, a mí me tocó por último el tener

que dar... bastante contra mi voluntad. Aun después de haberme despojado de todo, un atrabiliario acreedor se esmeró en mostrármeme adverso; por último llegué a la conclusión de que no me quedaba otro recurso que escribir un drama, a no ser que me decidiera a vegetar penosamente con lo que ganara en algún miserable empleo. Se que nada de lo que el hombre pueda hacer, fuera de los negocios legítimos, encierra tantas promesas como las piezas de teatro; tan lo creía así, que desde tiempo atrás me acostumbré a considerar ese drama no escrito, como substancial reserva para los días tormentosos. Y la tormenta había llegado.

Pronto descubrí que el escribir un drama era un asunto más largo que lo que me figuraba (al principio había calculado hacerlo en diez días), y para buscar un *pied-à-terre* en qué elaborarlo, fui a Lympne.

Consideré como una fortuna el conseguir aquella casita. La alquilé con trato de conservarla tres años si quería; la proveí de unos pocos muebles, y al mismo tiempo que escribía, era mi propio cocinero. Mi manera de ejercer este ministerio habría arrancado severos reproches a un *cordón bleu* profesional: tenía una cafetera, una cacerola para huevos, otra para patatas y una sartén para salchichas y tocino. Con estos utensilios fabricaba la base de mi sustento. Para lo demás, contaba con un barril de dieciocho galones siempre lleno de cerveza, y con los servicios de un puntual panadero que me visitaba todos los días. Aquello no era, quizás, darse las comodidades de Sybaris, pero peores días he pasado en mi vida.

Lympne es, ciertamente, el lugar apropiado para quien desee la soledad. Está en la parte cenagosa de Kent, y mi casita se alzaba en la cumbre de un montículo que en otros tiempos había sido un peñasco rodeado por las aguas: desde ella se veía el mar, por sobre los pantanos de Romney. Cuando llueve mucho, el lugar es casi inaccesible, y he oído decir que el cartero tenía a veces que, hacer largos trechos de su camino con el agua a los tobillos. Yo no le vi nunca hacerlo, pero me imagino perfectamente su figura.

Los pocos *cottages* y casas que forman la aldea tienen delante de las puertas una especie de felpudo de mimbres, para que la persona que llegue de fuera se limpie el calzado, lo que da una idea de la calidad del suelo en ese distrito. Dudo de que hubiera allí la menor

traza de población, si el lugar no fuera un recuerdo ya borroso de cosas muertas para siempre. Aquél fue el gran puerto de Inglaterra en la época de los romanos. Portus Lemanus; y ahora el mar está a cuatro millas de distancia. Al pie de la empinada colina hay una cantidad de pedruscos y trozos de albañilería romana y de ese punto arranca la vieja calle Watling, como una flecha hacia el Norte. Yo solía pararme en la cumbre y pensar en todo aquello: galeras y legiones, cautivos y oficiales, mujeres y mercaderes, especuladores como yo, todo el hormigueo y tumulto que entraba y salía incesantemente de la bahía. Y ahora, apenas algunos trozos de piedra en una costa cubierta de césped, uno o dos carneros... ¡y yo! Y donde había estado el puerto, quedaban los terrenos pantanosos, que se extendían en una ancha curva hasta el distante Dungeness, interrumpidos aquí y allá por grupos de árboles y por las torres de las iglesias de las viejas poblaciones medievales que siguen a Lemanus por el camino de la extinción.

Esa vista de la ciénaga era, realmente, una de las más hermosas que yo había tenido ante los ojos. Supongo que Dungeness estaba a quince millas de distancia: aparecía como una balsa en el mar, y más lejos hacia el Oeste se elevaban los montes de Hastings bajo el sol poniente. A veces aparecían cercanos y claros, otras veces, se esfumaban y parecían bajos, y otras, la niebla los hacía perderse completamente de vista. Y la llanura de arena veíase por todas partes cruzada y cortada por zanjas y canales.

La ventana junto a la cual trabajaba yo, miraba por sobre el horizonte de dicha cresta, y por aquella ventana fue por donde mis ojos distinguieron la primera vez a Cavor. Sucedió esto en un momento en que luchaba con el escenario de mi drama, contrayendo mi mente a tan ímprobo trabajo, y lo más natural era que en tales condiciones un hombre de semejante figura atrajera mi atención.

El sol se había puesto, el cielo estaba límpido, de color verde amarillo, y sobre ese fondo apareció, negra, la singular figura.

Era un hombrecillo de baja estatura, redondo de cuerpo, flaco de piernas, con algo de inquieto en sus movimientos, y se le había ocurrido envolver su extraordinaria inteligencia con una gorra de *cricket*, un sobretodo, pantalón corto y medias de ciclista. Ignoro por qué lo haría, pues nunca iba en bicicleta ni jugaba *cricket*; tal

concurrancia fortuita de prendas de vestir se había presentado no sé cómo. Gesticulaba y movía las manos y los brazos, sacudía la cabeza y *soplaba*. Soplabas como algo eléctrico. Nunca ha oído usted soplar así. Y de rato en rato se limpiaba el pecho con un ruido el más extraordinario.

Había llovido ese día, y su espasmódico andar se acentuaba por lo muy resbaladizo que estaba el suelo. Exactamente al llegar al punto en que se interponía entre mis ojos y el sol, se detuvo, sacó el reloj, y vaciló. Después, con una especie de movimiento convulsivo, se dio vuelta y se retiró, dando muestras de estar de prisa, sin gesticular, sino a zancadas largas que mostraban el tamaño relativamente grande de sus pies: recuerdo que el barro adherido a su calzado lo aumentaba grotescamente.

Esto ocurrió el primer día, de mi residencia en Lympne, cuando mi energía de dramaturgo estaba en su apogeo, y consideré el incidente sólo como una distracción fastidiosa, como un desperdicio de cinco minutos. Volví a mi escenario; pero, cuando al día siguiente, la aparición se repitió con precisión notable, y otra vez al otro día, y, en una palabra, cada tarde que no llovía, la concentración de mi mente en el escenario llegó a ser un esfuerzo considerable. «¡Mal haya el hombre!», me decía. Se creería que estudia para marionette; y durante varias tardes lo maldije con todas mis ganas.

Después al fastidio sucedieron en mi el asombro y la curiosidad. ¿Por qué, al fin y al cabo, haría eso aquel hombre? A los catorce días ya no pude contenerme, y tan pronto como el sujeto apareció, abrí la puertaventana, crucé la terraza y me dirigí al punto en que invariablemente se detenía.

Cuando llegué había sacado ya el reloj. Tenía una cara ancha y rubicunda, con unos ojos pardos rojizos: hasta entonces no le había visto sino contra la luz.

—Un momento, señor —le dije, cuando se daba vuelta.

Él me miró.

—¿Un momento? —dijo—, con mucho gusto. O si desea usted hablarme más detenidamente, y no le pido a usted demasiado, el tiempo de usted ha de ser precioso, ¿le molestaría a usted acompañarme?

—Nada de eso —le contesté, colocándome al su lado.

—Mis costumbres son regulares; mi tiempo para la sociedad... limitado.

—¿Ésta es, supongo, la hora de usted para hacer ejercicio?

—Ésta es. Vengo aquí para gozar de la puesta de sol.

—Y no goza usted de ella.

—¿Señor?

—Nunca la mira usted.

—¿Nunca la miro?

—No. Le he observado a usted trece tardes, y ni una, vez ha mirado usted la puesta del sol... ni una.

El hombre arrugó el entrecejo, como alguien que tropieza con un problema.

—Pues... gozo de la luz del sol... de la atmósfera... camino por esta senda, entro por esa empalizada... —Sacudió la cabeza hacia un lado por sobre el hombro— y doy la vuelta.

—No hay tal cosa. Nunca ha estado usted allí; Todo eso es palabrería. No hay camino para entrar. Esta tarde, por ejemplo...

—¡Oh, esta tarde! Déjeme usted recordar. ¡Ah! Acababa de mirar el reloj, vi que había estado afuera exactamente tres minutos más que la precisa media hora, me dije que no tenía tiempo de dar el paseo, me volví...

—Siempre hace usted lo mismo.

Me miró, reflexionó.

—Quizás sea como usted dice... ahora pienso en ello... Pero ¿de qué quería usted hablarme?

—¡Cómo!... ¡De eso!

—¿De eso?

—Sí. ¿Por qué hace usted eso? Todas las tardes viene usted haciendo un ruido...

—¿Haciendo un ruido?

—Así.

E imité su soplido.

Me miró, y era evidente que el soplido despertaba desagrado en él.

—¿Yo hago eso? —preguntó.

—Todas las tardes de Dios.

—No tenía idea de ello.

Se detuvo de golpe, me miró.

—¿Será posible —dijo—, que, me haya criado una costumbre?

—Pues... así lo parece. ¿No cree usted?

Se tiró hacia abajo el labio inferior, con el dedo pulgar y el índice, y contempló un montón de barro a sus pies.

—Mi mente está muy ocupada —dijo—. ¿Y quiere usted saber *por qué*? Pues bien, señor, puedo asegurarle a usted que no solamente no sé por qué hago esas cosas, sino que ni siquiera sabía que las hiciera. Ahora que pienso, veo que, es cierto lo que usted decía: *nunca* he pasado de este sitio... ¿Y estas cosas le fastidian a usted?

Sin que me diera cuenta del por qué, algo comenzaba a inclinarme a aquel hombre.

—*Fastidiarme*, no —dije—: pero... ¡imagínese que estuviera usted escribiendo un drama!

—No lo podría.

—Bueno: cualquier cosa que exija concentración.

—¡Ah! Por supuesto...

Y siguió meditando. Su cara adquirió una expresión de desaliento tan grande, que me sentí aún más inclinado hacia él. Al fin y al cabo, hay algo de agresión en preguntar a un hombre a quien no se conoce, por qué sopla en un camino público.

—Vea usted —dijo—: es un hábito.

—¡Oh! Lo reconozco.

—Tengo que desprenderme de él.

—No lo haga usted si le contraría. De todos modos yo no tenía que hacer... me he tomado una libertad demasiado grande.

—De ninguna manera, señor: de, ninguna manera. Debo a usted un gran servicio. Tengo que precaverme contra esas cosas. En lo sucesivo lo haré. ¿Puedo molestar a usted... una vez más? ¿Ese ruido?...

—Una cosa así —le conteste—: Zuzuú, zuzuú. Pero realmente, no sé...

—Quedo muy agradecido. La verdad es que... lo sé... estoy volviéndome distraído hasta lo absurdo. Usted tiene, razón, señor, mucha razón. Ciertamente, le debo a usted un gran favor. Pero eso acabará. Y ahora, señor, le he hecho a usted venir mucho más lejos de lo que debería.

—Espero que mi impertinencia...

—No hay tal cosa, señor; no hay tal cosa.

Nos miramos un momento. Lo saludé con el sombrero y le di las buenas noches: él me contestó convulsivamente, y así nos separarnos.

Cuando llegué a la empalizada, me, volví, y le miré, alejarse. Su actitud había sufrido un notable cambio: parecía que cojeaba, iba todo encogido. Ese contraste con sus gesticulaciones y resoplidos de antes me parecieron patéticos, por absurdo que parezca. Le contemplé hasta que se hubo perdido de vista. Después, lamentando con toda sinceridad no haberme abstenido de mezclarme en lo que no me importaba, volví a mi casa y a mi drama.

Al día siguiente no le vi, ni al otro. Pero estaba muy presente en mi memoria, y se me había ocurrido la idea de que, como personaje cómico-sentimental, podría serme muy útil para el desarrollo de mi obra. Al tercer día se presentó a visitarme.

Durante largo rato me perdí en conjeturas sobre lo que podía haberle llevado a mi presencia. Inició conversaciones sin importancia de la manera más formal, hasta que, bruscamente, entró en materia: quería comprarme mi casita.

—Vea usted —me dijo—; no le hago el menor reproche, pero usted ha destruido un hábito mío, y eso me desorganiza mi plan de vida cotidiana. Hace años, años, que paso por aquí todos los días. Sin duda he tarareado o soplado diariamente... ¡Usted ha hecho imposible todo eso!

Le insinué que podía tomar otra dirección en sus paseos.

—No, no hay otra dirección: ésta es la única. Ya he averiguado. Y ahora, todas las tardes a las cuatro... me encuentro sin saber qué hacer.

—Pero, querido señor mío: si eso es para usted tan importante...

—Es de importancia vital. Vea usted, yo soy un investigador. Estoy empeñado en una averiguación científica. Vivo... —hizo una pausa y pareció reflexionar—, exactamente allí —añadió, y con el dedo señaló bruscamente, con gran peligro para uno de mis ojos—: en la casa de chimeneas blancas que ve usted por encima de los árboles. Y mis circunstancias son anormales... anormales. Estoy en vísperas de completar una de las más importantes demostraciones... puedo asegurarlo a usted, *una de las más importantes demostraciones* que se hayan hecho hasta ahora. Eso requiere constante meditación,

constante libertad mental, y actividad. ¡Y la tarde era mi hora de más brillo! En la tarde bullían en mi mente las ideas nuevas, nuevos puntos de vista.

—Pero ¿por qué no continua usted sus paseos por acá?

—La cuestión sería ahora diferente. Yo pensaría más en mí que en otra cosa, pensaría que usted, escribiendo su drama, me miraría irritado, en vez de pensar en mi obra... ¡No! Es necesario que me ceda usted su casa.

Yo medité. Naturalmente, necesitaba reflexionar a fondo sobre el asunto antes de adoptar una decisión definitiva. En aquella época por regla general, yo estaba siempre dispuesto para los negocios, y el de vender era uno que me atraía siempre; pero en primer lugar, la casita no era mía y aún en caso de que se la vendiera a un buen precio, tal vez tropezaría con inconvenientes para la entrega de la mercancía si su verdadero propietario olfateaba el negocio; y en segundo lugar, todavía..., todavía no me habían levantado la sentencia de quiebra... El asunto era visiblemente de los que requieren ser manejados con delicadeza. Por otra parte, la posibilidad de que mi visitante anduviera en busca de algún invento valioso, me interesaba. Se me ocurrió que me agradería conocer algo más de su investigación, no con intenciones aviesas, sino sencillamente porque el saberlo sería un alivio para un dramaturgo atareado. Y eché la sonda.

El hombre se mostró muy dispuesto a informarme, y tanto que la conversación, una vez empezada, se convirtió en un monólogo. Hablaba como quien se sabe las cosas de memoria porque las ha discutido consigo mismo muchas veces. Habló por cerca de una hora, y debo confesar que se me hizo algo pesado el escucharle. Pero, a través de toda la conferencia, aparecía el *tonito* de la satisfacción que uno siente cuando da a conocer su propia obra. En aquella primera conversación alcancé a vislumbrar muy poco de la substancia de sus trabajos. La mitad de sus palabras eran tecnicismos enteramente extraños para mí, e ilustró uno o dos puntos con lo que se complacía en llamar matemáticas elementales, trazando cifras en un sobre con un «lápiztinta», en una forma que hacía difícil hasta aparentar que se le entendía. «Sí —le decía yo—, ¡sí, continúe usted!». Sin embargo, comprendí lo suficiente para convencerme de que no tenía en mi presencia a un maniático que

jugara a los descubrimientos. No obstante su aspecto de loco, había en sus razonamientos una fuerza que desterraba luego esa idea. Fuera lo que fuera, su obra tenía posibilidades mecánicas. Me habló de un taller en que trabajaba, y de tres ayudantes, de diferentes oficios, pero adiestrados por él para sus trabajos. Y todos sabemos que del laboratorio de experimentos a la oficina de patentes no hay más que un paso. Me invitó a ver todas aquellas cosas.

Yo acepté inmediatamente, y tuve el cuidado de subrayar mi aceptación más adelante, con una o dos observaciones. La proposición de traspaso de la casa quedó, muy acertadamente, en suspenso.

Por último, se levantó para retirarse, pidiendo disculpa por lo largo de su visita: hablar sobre sus trabajos era, me dijo, un placer de que gozaba muy pocas veces; no encontraba a menudo un oyente tan inteligente como yo; sus relaciones con hombres profesionales en ciencias eran muy escasas.

—¡Hay tanta pequeñez! —explicó—, ¡tanta intriga! Y realmente, cuando uno tiene una idea... una idea nueva, fertilizadora... No deseo ser poco benévolo, pero...

Yo soy hombre que creo en los impulsos. En ese instante hice a mi interlocutor una proposición quizás atrevida; pero debe recordarse que hacía catorce días que me hallaba solo en Lympne, escribiendo un drama, y mi pesar por la pérdida que le había hecho sufrir en sus hábitos me mortificaba aún.

—¿Por qué —le dije—, no se haría usted de esto un nuevo hábito, en reemplazo del que yo le he echado a perder? Por lo menos... hasta que podamos arreglarnos sobre la casa. Lo que, desea usted es volver y revolver sus planes en la cabeza; lo ha hecho usted siempre durante su paseo de la tarde. Desgraciadamente, eso se acabó... ahora ya no le es posible a usted volver las cosas a su antiguo estado; pero ¿por qué no habría usted de venir, y hablarme de sus trabajos, emplearme como una especie de pared contra la cual podría arrojar usted sus ideas para recogerlas otra vez? Es un hecho que yo no sé lo suficiente de los proyectos de usted para robarle su idea... y no tengo relación con ningún hombre de ciencia.

Me detuve: él reflexionaba. Evidentemente, la proposición lo atraía.

—Pero temo que sea demasiada molestia para usted, dijo.

—¿Cree usted que no podré comprender?

—¡Oh, no! Pero tecnicismos...

—Sea, como sea, hoy me ha interesado usted inmensamente.

—Claro está que eso sería para mí una gran ayuda. Nada le aclara a uno tanto las ideas como, explicarlas. Hasta ahora...

—Mi estimado señor, no diga usted más.

—Pero ¿puede usted, realmente, disponer de tiempo?

—No hay descanso comparable al cambio de ocupación —dije, convencidísimo.

El asunto estaba arreglado. Ya en las gradas de mi terraza se dio vuelta.

—Le soy deudor, caballero, por un gran favor que me ha hecho —dijo.

Yo dejé escapar un sonido interrogador.

—Me ha curado usted de ese ridículo hábito de soplar —explicó.

Creo que le contesté que me, alegraba de haberle servido en algo, y se marchó.

El curso de ideas que nuestra conversación había reanudado, debió reasumir inmediatamente su ordinaria vía, pues los brazos de mi visitante empezaron a agitarse como antes, y la brisa me trajo el débil eco del zuzuú...

¡Qué diantre! Al fin y al cabo, aquél no era asunto mío.

Volvió al día siguiente, y al otro día, y me dio dos conferencias sobre física; con mutua satisfacción. Hablaba con una expresión que denotaba extrema lucidez, de «éter y tubos de fuerza», y «gravitación potencial», y cosas como ésas, y yo sentado en la otra silla de tijera, le decía «Sí, adelante, sigo lo que usted me explica», para hacerle continuar.

El tema era tremendamente difícil, pero no creo que llegara a sospechar hasta que extremo no le entendía. Había momentos en que dudaba de si estaba empleando bien mi tiempo, pero, de todos modos descansaba de mi engorroso drama. De vez en cuando, algo brillaba un momento con claridad ante mi mente, pero sólo para desvanecerse precisamente cuando creía tenerlo seguro. A veces, mi atención decaía totalmente, dejaba de escucharle, y me ponía a contemplarle y a preguntarme si, en resumen, no sería mejor utilizarle como figura central de un buen sainete, y dejar perder

todo lo hecho ya del drama. Y luego, al acaso, volvía a entender fragmentos de lo que me decía.

En la primera oportunidad fui a ver su casa. Era espaciosa y en la clase y disposición de los muebles se notaba negligencia; no había más personas para el servicio que sus tres ayudantes, y su alimentación y demás detalles de su vida estaban caracterizados por una filosófica sencillez. Bebía sólo agua, era vegetariano, y en todo aquello estaba sujeto a una disciplina lógica. Pero la vista a sus materiales de trabajo ponía fin a muchas dudas: aquello parecía en verdad un taller y un laboratorio, desde el sótano hasta las bohardillas; era asombroso encontrar un lugar como aquél en una aldea extraviada. Las habitaciones del piso de abajo contenían bancos y aparatos; el horno y todo el local de la panadería se habían convertido en respetables *hornallas*, el sótano estaba ocupado por unos dinamos, y en el jardín había un gasómetro. Me lo enseñó con toda la confiada verbosidad de un hombre que ha vivido solo durante mucho tiempo. Su anterior aislamiento le hacía desbordarse en un exceso de confianza, y yo tuve la buena suerte de ser el recipiente de ella.

Los tres ayudantes eran buenos ejemplares de la clase de «hombres útiles» de la cual procedían, conscientes aunque ininteligentes, vigorosos, atentos y de buena voluntad. Uno de ellos, Spargus, que tenía a su cargo la cocina y todo el trabajo en metales, había sido marinero; el segundo, Gibbs, era un carpintero ensamblador, y el tercero había sido jardinero a ratos y entonces ocupaba el puesto de ayudante general. Los tres no eran otra cosa que peones; todo el trabajo que requería inteligencia lo hacía Cavor. La ignorancia de los tres sobre lo que éste hacía era la más profunda, aun comparada con la confusa impresión que yo tenía de ello.

Ahora, hablemos de la naturaleza de esas investigaciones. Aquí, desgraciadamente, encuentro una grave dificultad. Yo no soy entendido en ciencias, y si fuera a exponer en el lenguaje altamente científico del señor Cavor el objetivo a que tendían sus experimentos, temo que no sólo confundiría al lector sino también que me confundiría yo, y es casi seguro que diría algún disparate, conquistándome las burlas de todos los estudiantes del país enterados de los progresos de las matemáticas físicas. Creo, por lo

tanto, que lo mejor que puedo hacer es presentar mis impresiones en mi propio lenguaje inexacto, sin tentativa alguna de vestirme con ropajes de conocimientos que no tengo por qué tener.

El objeto de la investigación del señor Cavor era una substancia que fuera «opaca»; —empleaba además otra palabra que he, olvidado, pero «opaca» expresa la idea— a «todas las formas de la energía radiante». «Energía radiante» me explicó era cualquier cosa como la luz y el calor, o como los rayos Röntgen de que se habló tanto hace un año o algo así, o como las ondas eléctricas de Marconi, o como la gravitación. Todas esas cosas, decía, *irradiar* de centros y obran sobre los cuerpos a la distancia, de donde viene el término «energía radiante». Pero casi todas las substancias son opacas a una forma u otra de la energía radiante. El vidrio, por ejemplo, es transparente a la luz, pero lo es mucho menos al calor, por lo cual se le emplea como pantalla; y el alumbre es transparente a la luz, pero detiene completamente el calor. Por otro lado, una solución de yodina en carbón bisulfido, detiene completamente la luz, pero es bastante transparente al calor: oculta una luz de la vista de usted, pero permitirá que llegue hasta usted todo su calor. Los metales son no solamente opacos a la luz y el calor, sino también a la energía eléctrica, la cual pasa tanto a través de la solución de yodina como del vidrio, casi como si no los encontrara en su camino. Y así sucesivamente.

Prosigo. Todas las substancias conocidas son «transparentes» a la gravitación. Puede usted emplear pantallas de varias clases para impedir que llegue a un punto la luz, o el calor, o la influencia eléctrica del sol, o el calor de la tierra; puede usted impedir, con hojas de metal, que los rayos Marconi lleguen a tal o cual cosa, pero nada puede cortar la atracción *gravitativa* del sol o la atracción *gravitativa* de la tierra. Pues bien, ¿por qué no ha de haber algo que sirva para eso? Cavor no se explicaba que no existiera tal substancia, y yo, ciertamente, no podía decírselo: nunca hasta entonces había pensado en semejante, asunto. Me demostró, mediante cálculos escritos en papel y que *lord* Kelvin, sin duda, o el profesor Lodge o el profesor Karl Pearson, o cualquiera de esos grandes hombres de ciencia habría entendido, pero que a mí me reducían sencillamente a una impotencia de gusano, que no sólo era posible la existencia de tal substancia, sino que, además, esta servía

para llenar ciertas condiciones de la vida. Aquello fue una sorprendente serie de razonamientos, que entonces me causó mucha admiración y me instruyó mucho, pero que ahora me sería imposible reproducir. «Sí» —decía yo a todo—; «¡sí, continúe usted!». Baste para nuestra historia saber que Cavor creía ser capaz de fabricar esa posible substancia opaca a la gravitación, con una complicada liga de metales y algo nuevo —un nuevo elemento, me imagino— llamado, según creo, *hélium*, que le habían enviado de Londres en tarros de hierro, herméticamente cerrados. Ha habido dudas sobre este punto, pero yo estoy casi cierto de que era *hélium* lo que le enviaban en tarros de hierro. Era. Algo muy gaseoso y tenue.

Si yo hubiera pensado en tomar apuntes...

Pero, dígame, ¿cómo había de prever entonces la necesidad de tomar apuntes?

Cualquier persona con un ápice de imaginación comprenderá los extraordinarios alcances de tal substancia, y participará un poco de la emoción que sentí cuando esa comprensión surgió para mí del laberinto de frases abstrusas con que Cavor se expresaba ¡Cómica escena para un teatro; cierto! Algún tiempo transcurrió antes de que me fuera dado creer que había interpretado correctamente lo que me decía, y tuve especial cuidado en no hacerle preguntas que le hubieran permitido medir la profundidad del pozo de ignorancia en que echaba, su cotidiana, explicación; pero nadie que lea esta historia comprenderá completamente mi estado de espíritu en aquellos días, porque, de mi narración insuficiente, será imposible extraer la fuerza de mi convicción de que aquella sorprendente substancia iba a ser fabricada.

No recuerdo haber dedicado a mi drama una hora de trabajo consecutivo a partir de mi primera visita a su casa. Mi imaginación tenía ya otras cosas en que ocuparse. Parecía no haber límites, para los alcances de la tal substancia: cualquiera que fuese el objeto a que me imaginara aplicarla, llegaba a milagros y revoluciones. Por ejemplo, si alguien necesitaba alzar un peso, por enorme que fuera, con sólo poner una hoja de esa substancia debajo, podría levantarlo como se levanta una paja. Mi primer impulso natural fue aplicar el principio a los cañones y acorazados, y a todos los materiales y métodos de guerra, y de eso pasé a la navegación mercante, a la

locomoción, a la construcción de casas, a todas las formas concebibles de la industria humana. La casualidad que me había conducido a la misma cuna de los nuevos tiempos —el descubrimiento marcaría una época seguramente—, era de esas casualidades que se presentan una vez en mil años. La cosa se desarrollaba, se extendía, se extendía...

Entre otras de sus consecuencias, conté mi redención de los negocios. Vi ya formada una compañía principal y compañías secundarias, patentes a la derecha, patentes a la izquierda, sindicatos y *trusts*, privilegios y concesiones, que brotaban y se esparcían, hasta que una vasta, estupenda compañía Cavorita manejaba y gobernaba el mundo.

¡Y yo pertenecía a ella!

Sin vacilar adopté mi línea de conducta. Sabía que mis pies no estaban habituados a ese terreno, pero cuando es necesario, sé saltar por encima de los obstáculos.

—Tenemos en nuestras manos la cosa decididamente más grande que haya sido inventada —dije y subrayé el *tenemos*— Si usted no quiere admitirme en el negocio, tendrá que rechazarme a tiros. Desde mañana vendré para servirle de cuarto peón.

Cavor pareció sorprendido de mi entusiasmo, pero sin muestras de sospechas ni hostilidad. Más bien manifestó que se consideraba demasiado favorecido.

Me miró con expresión de duda.

—¿Entonces usted piensa realmente?... —dijo—. ¡Y su drama! ¿En qué queda su drama?

—¡Se ha desvanecido! —exclamé—. ¿No ve usted, mi señor y amigo, lo que me ha caído en las manos? ¿No ve usted lo que va usted a hacer?

Aquélla era una nueva escaramuza retórica, pero, positivamente, ¡el hombre no había pensado en eso! Al principio no pude creerlo. ¡No había tenido ni el más remoto germen de tal idea! ¡El asombroso hombrecito había trabajado constantemente con fines puramente teóricos! Cuando decía que su investigación era «la más importante» que el mundo había visto, quería decir sencillamente que ponía en claro tales, y cuales teorías, que resolvía éste o el otro punto hasta entonces dudoso: no se había preocupado más de las aplicaciones de la materia que iba a hacer, que si se hubiera tratado

de una máquina para hacer cañones. ¡Era una substancia de existencia posible, y él iba a hacerla! *Voilà tout*, como dicen los franceses.

¡Lo que decía después... era infantil! Si hacía la substancia, ésta pasaría a la posteridad con el nombre de «Cavorina» o «Cavorita», y a él se le discerniría un título, y su retrato aparecería en *La Nature*, como el de un hombre de ciencia, y todo por ese estilo. ¡Y su vista no iba más allá! Si la casualidad no me hubiera llevado allí, el hombre habría dejado caer esa bomba en el mundo con la misma sencillez que si hubiera descubierto una nueva especie de mosquitos. Y la cosa habría quedado allí, desdeñada o sólo apreciada a medias, como otros descubrimientos de no pequeña importancia, que hombres de ciencia distraídos han regalado al universo. Cuando me di cuenta de esto, yo fui quien hizo el gasto de palabras y Cavor el que decía: «Continúe usted». Me paré de un salto, me puse a pasear por la habitación, gesticulando como un mozo de veinte años. Traté de hacerle comprender sus deberes y responsabilidades en el asunto, nuestros deberes y responsabilidades. Le aseguré que podíamos adquirir suficientes riquezas para poner en práctica cualquier clase de revolución social que imagináramos; que podíamos poseer y mandar al mundo entero. Le hablé de compañía y patentes, y de, las garantías para procedimientos secretos. Todo esto parecía tomarle, tan de sorpresa como sus matemáticas me habían tomado a mí. Una expresión de perplejidad apareció en su carita rubicunda, y de su boca, salió un balbuceo sobre su indiferencia por las riquezas; pero yo puse todo esto a un lado: tenía que ser rico, y sus balbuceos de nada servían. Le di a entender la clase de hombre que era yo, que había tenido tan considerable experiencia en los negocios. No le dije entonces que pesaba sobre mí una sentencia de quiebra, porque ésta era temporal; pero creo que concilié, mi evidente pobreza con mis pretensiones de conocimiento financiero. Y de la manera más insensible, en la forma en que esa clase de proyectos crecen, surgió entre nosotros un convenio para el monopolio de la Cavorita; él haría la mercancía y yo haría la *réclame*.

Yo me pegaba como una sanguijuela al «nosotros»: «usted» y «yo» no existían para mí.

Su idea era que las ganancias de que yo lo hablaba las

dedicáramos a nuevas investigaciones, pero eso, por supuesto, era asunto que tendríamos que arreglar más tarde.

—¡Está bien! ¡Está bien! —le gritaba yo.

La cuestión era, y yo insistía en ello, fabricar la cosa.

—¡Somos dueños de una substancia! —continué, siempre a gritos—, ¡de que ninguna casa, ni fabrica, ni fortaleza, ni buque, se atreverá a carecer; una substancia más universalmente aplicable aún, que una medicina patentada! ¡No hay uno solo de sus aspectos, uno de sus mil usos posibles, que no nos haga ricos, Cavor, hasta más allá de los sueños de la avaricia!

—¡Cierto! —dijo—. Ya empiezo a ver. Es extraño como adquiere uno nuevos puntos de vista al hablar de las cosas.

—¡Y la suerte ha querido que hable usted con el hombre más a propósito para el caso!

—Supongo —dijo—, que nadie es absolutamente adverso a las riquezas enormes. Pero convengamos en que hay un punto obscuro...

Se interrumpió. Yo lo miré atento.

—¡Es también posible, ¿sabe usted?, que después de todo, no seamos capaces de hacerla! Puede ser una de esas cosas teóricamente posibles, pero absurdas en la práctica, o cuando la hagamos puede presentarse algún pequeño obstáculo...

—Venceremos el obstáculo cuando se presente —fue mi respuesta.

(II)

La primera fabricación de Cavorita

Pero los temores de Cavor con respecto a la posibilidad de hacer la Cavorita eran infundados: ¡el 14 de octubre de 1899 aquel hombre hizo la increíble substancia!

Lo singular fue que resultó hecha por accidente cuando Cavor menos la esperaba. Había fundido juntos varios metales y otras cosas diversas —¡ojalá supiera yo ahora los detalles!—, y pensaba tener la mezcla en el fuego una semana, para dejarla después enfriarse lentamente. A menos que se hubiera equivocado en sus cálculos, el último periodo de la combinación sería cuando la mezcla cayera a una temperatura de 60 grados Fahrenheit. Pero sucedió que, sin que Cavor lo supiera, la disensión había nacido entre los hombres encargados de atender al horno. Gibbs, que había estado primero encargado de ello, trató repentinamente de descargarse sobre el hombre que había sido jardinero, alegando que el carbón era materia del suelo, pues de él se le extraía, y que por lo tanto, no podía entrar en la jurisdicción de un ensamblador; pero el hombre que había sido jardinero argüía que el carbón era una substancia metálica o de categoría mineral, con la que no tenía que hacer sino en sus funciones de cocinero. Y Spargus insistió en que Gibbs hiciera de «foguista», toda vez que era carpintero y el carbón era madera fósil. La consecuencia fue que Gibbs cesó de llenar la hornilla, y nadie lo hizo en lugar suyo, y Cavor estaba demasiado preocupado por ciertos problemas interesantes relativos a una máquina de volar sistema Cavorita (desdeñando la resistencia del aire y un punto o dos más) para notar que algo andaba mal. Y el prematuro nacimiento de su invención ocurrió precisamente cuando atravesaba el terreno que separaba su casa de la mía, para tomar té conmigo y conversar, como todas las tardes.

Recuerdo el momento con extremada precisión. El agua hervía y todo estaba preparado, y el son de su «zuzuú» me había hecho salir

a la terraza. Su siempre agitado cuerpecito se destacaba negro sobre la otoñal puesta de sol, y a la derecha, las chimeneas de su casa se elevaban sobre un grupo de árboles bañados por los rayos horizontales, dorados y tibios. Más lejos se alzaban los montes de Wealden, vagos y azules, y a la izquierda se extendía la nublada ciénaga, espaciosa y serena. ¡Y entonces...!

Las chimeneas se alargaron hacia el cielo, convertidas cada una, al estirarse, en un rosario de ladrillos, y el techo y una miscelánea de muebles la siguieron. Después, rápidamente, hasta alcanzarlos surgió una llama enorme y blanca. Los árboles situados en torno del edificio se cimbraron y crujieron y se rompieron en pedazos que saltaron hacia la llamarada. Un estampido de trueno me aturdió hasta el extremo de dejarme sordo de un oído por toda la vida, y en todo mi derredor los vidrios de las ventanas cayeron hechos añicos.

Di tres pasos, de la terraza a la casa de Cavor, y en eso estaba cuando me alcanzó el viento.

Instantáneamente, los faldones de mi *jaquette*, subieron hasta cubrirme la cabeza, y empecé a avanzar hacia Cavor a grandes saltos y rebotes, bastante contra mi voluntad. En el mismo momento, el descubridor se levantó del suelo, y voló, —es la palabra—, por el aire rugiente. Vi a uno de los jarrones de mi chimenea tocar el suelo a seis yardas de mí, dar un salto de unos veinte pies, y así precipitarse en grandes brincos hacia el foco del huracán. Cavor, blandiendo los brazos y las piernas, cayó otra vez, rodó por el suelo repetidamente, se esforzó en vano por pararse, y el viento lo levantó y lo llevó adelante con enorme velocidad, hasta hacerle desaparecer por fin entre los árboles deshechos, destrozados, que yacían en derredor de su casa.

Una masa de humo y cenizas, y un cuadro de una substancia azulada, brillante, se elevó hacia el cenit. Un ancho trozo de palizada pasó volando a mi lado, se inclinó de canto hacia abajo, tocó el suelo, y cayó de plano. En ese momento la crisis iba ya en descenso. La conmoción aérea disminuyó rápidamente hasta no ser más que un fuerte ventarrón, y pude darme ya cuenta de que respiraba y tenía pies. Inclinandome contra el viento conseguí detenerme, y pude reunir las fuerzas que aún me quedaban.

En tan pocos instantes, la faz entera del mundo había cambiado. La tranquila puesta de sol se había desvanecido; el cielo estaba

cubierto de gruesos nubarrones, y en la tierra todo se aplastaba, se cimbraba bajo el huracán. Volví los ojos para ver si mi casita estaba, en términos generales, todavía en pie, y luego eché a andar, tambaleándome hacia adelante, en dirección a los árboles entre los cuales había desaparecido Cavor y a través de cuyas altas y deshojadas copas brillaban las llamas de su incendiada casa. Penetré en las breñas, lanzándome de un árbol a otro y colgándome de ellos, y durante un rato le busqué en vano. Por fin, en medio de un montón de ramas rotas y pedazos de empalizada que se hablan aglomerado contra la tapia del jardín, distinguí algo que se movía. Corrí hacia ello, pero antes de que hubiera llegado, un objeto de color oscuro se separó del montón, se alzó sobre un par de piernas lodosas, y alargó dos manos lánguidas y ensangrentadas. Algunos fragmentos desgarrados de ropas colgaban del centro del bulto y el viento los agitaba violentamente.

Pasó un momento antes que yo pudiera reconocer lo que había en aquel paquete de barro: después vi que era Cavor, envuelto en el lodo sobre el cual había rodado. Echó el cuerpo hacia adelante, contra el viento, restregándose los ojos y la boca para limpiarlos de lodo.

Extendió un brazo que era puro barro, y dio un vacilante paso en mi dirección. Sus facciones se agitaban de emoción y hacían que el barro que las cubría se resquebrajara y cayera en motitas. Su aspecto era el de una persona tan deteriorada e inspiraba tanta compasión, que, por lo mismo, sus palabras me causaron profundo asombro.

—¡Felicíteme usted! —balbuceó—. ¡Felicíteme usted!

—¿Felicitarle? ¡Santo cielo! ¿Por qué?

—La he hecho.

—La ha *hecho* usted. ¿Qué diantres ha causado esta explosión?

Una ráfaga de viento se llevó lejos sus palabras. Comprendí que decía que no había habido explosión alguna. El viento me precipitó hacia él, nuestros cuerpos chocaron, y nos quedamos agarrados el uno al otro.

—Procuremos volver a mi casa —vociferé a su oído: él no me oyó, y gritó algo de «tres mártires... ciencia», y también algo de «no muy bueno». En ese momento hablaba bajo la impresión de que sus tres ayudantes habían perecido en el ciclón: por fortuna el temor

era injustificado: apenas salió Cavor para mi casa, los tres se habían encaminado hacia la taberna de Lympe, a discutir la cuestión de los hornos con la ayuda de algunos tragos.

Repetí mi invitación para que fuéramos a mi casa, y esta vez entendió. Nos aferramos el uno al brazo del otro, echamos a andar, y por fin conseguimos ponernos bajo el poco de techo que me había quedado. Durante un rato, permanecemos sentados cada uno en un sillón, silenciosos y jadeantes. Todos los vidrios de las ventanas estaban rotos, y los muebles pequeños y demás objetos de poco peso estaban en gran desorden, pero no se notaba ningún daño irremediable. Felizmente, la puerta de la cocina resistió a la presión, de modo que todas mis provisiones y utensilios habían sobrevivido. El fogón de petróleo ardía todavía, y puse en él agua otra vez para el té. Hechos esos preparativos, volví al lado de Cavor para oír sus explicaciones.

—Bastante exacto —insistió— muy exacto. La he hecho. Todo ha salido bien.

—¡Pero! —protestó—. ¡Salido bien! ¡Cómo! ¡En veinte millas a la redonda no debe haber un vidrio sano, ni una empalizada, ni un techo que no haya sufrido daños!

—¡Todo ha salido bien, realmente! Por supuesto que no prevé este pequeño contratiempo: mi mente estaba, preocupada con otro problema, y soy propenso a descuidarme de esas complicaciones secundarias. Pero todo ha salido bien.

—¡Mi querido señor! —exclamé—, ¿no ve usted que ha causado daños por valor de miles de libras?

—Por esa parte, me entrego a la discreción de usted. No soy hombre práctico, por supuesto; pero ¿no le parece a usted que la gente creerá que ha sido un ciclón?

—Pero la explosión...

—No ha habido explosión. La cosa es perfectamente sencilla, y lo único que hay es que, como ha dicho, soy propenso a descuidar esas pequeñeces... Ha sido el «zuzuú» que usted conoce, en mayor escala. Inadvertidamente hice la substancia, la Cavorita, en una hoja delgada, ancha...

Hizo una pausa.

—¿Usted está bien al corriente de que esa materia es opaca a la gravitación, que impide a las cosas gravitar unas hacia otras?

—Sí —contesté—. ¿Y?

—Bueno. Apenas llegó a una temperatura de 60 grados Fahrenheit y el procedimiento de su fabricación quedó completo, el aire de encima, las partes de techo, cielo raro y piso que había sobre ella, cesaron de tener peso. ¿Supongo que usted sabe, todo el mundo, sabe hoy esas cosas corrientemente, que el aire tiene *peso*, que ejerce presión sobre todo lo que está en la superficie de la tierra, que ejerce esa presión en todas direcciones, una presión de «14 y ½» libras por pulgada cuadrada?

—Conozco eso —le dije—. Siga usted.

—Yo también lo conozco —observó— pero eso le demostrará a usted lo inútil que es el conocimiento mientras no se le aplica. Como decía, el caso de cesación se ha presentado en nuestra Cavorita: el aire cesó de ejercer allí la menor presión, y el aire que estaba en derredor pero no encima de la Cavorita ejercía una presión de

14 ½

libras por pulgada cuadrada sobre ese aire repentinamente desprovisto de peso. ¡Ah!, ¡ya empieza usted a ver! El aire que rodeaba a la Cavorita empujó al que estaba encima de ella con irresistible fuerza, lo expelió hacia arriba violentamente; el aire que se precipitó a ocupar el lugar del que así había sido expulsado, perdió inmediatamente su peso, cesó de ejercer toda presión, siguió el mismo camino, todo ese aire se abrió paso rompiendo el cielo raso y el techo... Ya se forma usted una idea —prosiguió—: el aire sin peso formó una especie de surtidor atmosférico, algo como una chimenea en la atmósfera; y si la Cavorita misma no hubiera sido puesta así en libertad y chupada por esa chimenea ¿se le ocurre a usted lo que habría sucedido?

Yo reflexioné.

—Supongo —dije— que el aire estaría ahora mismo precipitándose y precipitándose hacia arriba por sobre esa infernal materia.

—Precisamente —contestó—. ¡Un enorme surtidor!

—¡Qué formaría un colosal tifón! ¡Santo Cielo! ¡Qué! ¡Habría usted expulsado toda la atmósfera de la tierra! ¡Habría usted dejado el mundo sin aire! ¡Y eso habría sido la muerte de todo el género humano! ¡Ese pequeño trozo de la mezcla!

—No habríamos desprovisto, exactamente, de aire respirable al espacio —dijo Cavor—; pero, en el hecho, la cosa habría sido... igualmente mala. Habríamos desnudado de aire al mundo, como uno pela una banana, y habríamos lanzado el aire a miles de millas. Después el aire habría vuelto a caer, por supuesto, ¡pero a un mundo asfixiado! ¡Desde nuestro punto de vista esto es, apenas, un poco mejor que si no hubiera vuelto nunca!

Yo lo miré, sorprendido; pero mi asombro era demasiado grande para darme cuenta de cómo habían quedado reducidas a la nada todas mis esperanzas.

—¿Qué piensa usted hacer ahora? —le pregunté.

—En primer lugar, si puedo conseguir que me presten una trulla de jardinero, voy a quitarme algo de este barro en que estoy empaquetado; y después, si puedo servirme de las comodidades domésticas de usted, tomaré un baño. Hecho esto, conversaremos más a nuestras anchas. Sería prudente, me parece —añadió poniéndome en el brazo una lodosa mano—, que el asunto no saliera de entre nosotros dos. Sé que he causado grandes daños; probablemente algunas casas, aquí y allá en la comarca, han quedado en ruinas. Es evidente que yo no podría pagar los perjuicios que he ocasionado, y si se hace pública la causa real de esos destrozos, lo único que resultará de tal publicidad, será que la gente se enfurezca y estorbe mi obra. Uno no lo puede prever todo ¿sabe usted?, y yo no puedo consentir un momento en agregar el peso de cálculos prácticos a mi teorización. Más tarde, estando ya usted conmigo, ayudado yo por su talento práctico, cuando la Cavorita haya sido lanzada... *lanzada* es la palabra, ¿no?... y haya dado todos los resultados que usted predice, podremos arreglar en forma las cosas con la gente perjudicada. Pero ahora... ahora no. Si nosotros no damos otra explicación, la gente, en el estado actual de la ciencia meteorológica, tan inseguro, lo atribuirá todo a un ciclón. Puede hasta haber una subscripción pública, y en ese caso, como mi casa se ha derrumbado y ardido, recibiría yo una considerable parte de la compensación, lo cual sería en extremo útil para la prosecución de nuestras investigaciones; pero si se sabe que yo he causado el mal, no habrá subscripción pública, y todos los perjudicados perderán con eso. El hecho, para mí, es que ya no volveré a tener la oportunidad de trabajar en paz. Mis tres

ayudantes pueden o no haber perecido: ése es un detalle. Si han muerto, la pérdida no es muy grande, pues eran más celosos que hábiles, y este prematuro acontecimiento debe tener por origen el descuido de los tres en su deber de cuidar la hornilla. Si no han perecido, dudo de que tengan inteligencia suficiente para explicar el asunto: ellos también aceptarán la historia del ciclón. Y si durante la temporal inhabitabilidad de mi casa puedo alojarme en uno de los cuartos que usted no ocupa aquí...

Hizo una pausa y me miró.

«Un hombre de tales alcances —pensé—, no es un huésped ordinario que uno puede alojar así como así».

—Quizás —dije en seguida, parándome—, lo mejor será que empecemos por buscar la trulla.

Y eché a andar hacia los desparramados restos de la cabaña del jardín.

Después, mientras tomaba su baño yo reflexioné a solas, y medí la cuestión por entero. Claro estaba que la compañía del señor Cavor tenía inconvenientes que yo no había previsto. Su distracción, que acababa de estar a pique de despoblar el globo terráqueo, podía en cualquier momento tener por resultado algún nuevo trastorno. Por otra parte, yo era joven, mis negocios estaban en miserable estado, y mi situación de ánimo era exactamente la más propicia para intentar atrevidas aventuras..., con tal de que al final de ellas hubiera algo bueno. Yo había resuelto ya para mí, que por lo menos la mitad de ese aspecto del negocio sería mía. Por fortuna, tenía mi casita, como he explicado ya, alquilada por tres años sin responsabilidad en cuanto a las reparaciones que hubiera que hacer, y mis muebles, o los objetos que con tal nombre existían dentro, habían sido comprados a prisa, no los había pagado aún, pero los había asegurado ya. Parientes, no tenía ninguno. Al cabo de mis reflexiones decidí continuar en compañía de Cavor hasta ver el fin del asunto.

A la verdad, el aspecto de las cosas había cambiado muchísimo. Yo no dudaba ya de los grandes alcances de la substancia, pero empecé a abrigar dudas en cuanto a su aplicación a las cureñas de cañón y a la fabricación de calzado.

Inmediatamente empezamos los trabajos de reconstrucción de su laboratorio, y procedimos a nuevos experimentos. Cavor hablaba

más de acuerdo que antes con mis ideas, cuando llegamos a la cuestión de cómo haríamos otra vez la substancia.

—¡Por supuesto que tenemos que hacerla, nuevamente —dijo, con una especie de alegría que no esperaba de él—; por supuesto que tenemos que hacerla. Hemos sufrido un grave contratiempo, pero ello nos ha servido para dejar a un lado la teoría, del todo y para siempre. Si podemos evitar de alguna manera el destrozo de este planetita en que vivimos, lo evitaremos; pero... ha de haber riesgos! Ha de haber: en los trabajos experimentales los hay siempre. Y en este punto, usted, como hombre práctico, *tiene* que entrar en acción. Por mi parte, me parece que podríamos quizá hacer la capa muy delgada y ponerla de canto hacia arriba. Sin embargo, no sé todavía, si será así: tengo una vaga percepción de otro método, que ahora me sería muy difícil de explicar. Lo curioso es que la solución se me ocurrió cuando, envuelto en lodo, iba rodando, empujado por el viento. La aventura era para mi más que dudosa. Y, sin embargo, tuve la convicción mental de que lo que pensaba en ese instante, y no otra cosa, era lo que debía haber ejecutado.

A pesar de mi ayuda, persistían las dificultades para encontrar la fórmula, y mientras tanto nos ocupamos de restablecer el laboratorio. Mucho hubo que hacer antes de que fuera indispensable decidir la exacta forma y método de nuestra segunda tentativa. Nuestro único contratiempo fue la huelga de los tres trabajadores, que se oponían a mi entrada en funciones como capataz; pero el asunto quedó resuelto al cabo de dos días de negociaciones.

(III)

La construcción de la esfera

Me acuerdo con perfecta claridad de la ocasión en que Cavor me habló de su idea de la esfera. Antes había tenido ya intuiciones al respecto, pero esa vez parecían haberle asaltado con la velocidad del rayo. Volvíamos juntos a casa, a tomar el té, y en el camino se puso a tararear. De repente gritó:

—¡Eso es! ¡Eso la completa! ¡Una especie de celosía de las que se enrollan!

—¿Completa, qué? —pregunté.

—¡Espacio... cualquier parte! ¡La luna!

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Quiero decir? ¡Cómo!... ¡Qué debe ser una esfera! ¡Eso es lo que quiero decir!

Vi que aquello estaba fuera de mi alcance, y durante un rato le dejé hablar a su manera. Entonces no tenía yo ni sombra de una idea de su intento; pero después de tomar té, me lo explicó.

—La cosa es así —dijo—: la última vez, puse esa substancia que suprime la gravitación, dentro de un tanque chato con una tapa encima, que la mantenía encerrada. Apenas se hubo enfriado y terminó su fabricación, sobrevino el gran desborde: nada de lo que estaba encima tuvo el menor peso; el aire se elevó como lanzado por una poderosa bomba, la casa se fue tras del aire, y si la misma substancia no hubiera seguido al resto, no sé lo que habría sucedido. ¡Pero, suponga usted que la substancia está suelta, en libertad de elevarse!

—¡Se elevará en el acto!

—Exactamente. Con no mayor trastorno que el que causaría el disparo de un gran cañón.

—Pero ¿de qué puede servir eso?

—¡Yo subiré con ella!

Dejó en la mesa mi taza de té, y lo miré espantado.

—Imagínese usted una esfera —me explicó—, suficientemente grande para contener dos personas con sus equipajes. La haremos de acero, forrada de grueso vidrio; contendrá una buena provisión de aire solidificado, alimentos condensados, agua, aparatos de destilación, y lo demás, y por defuera, y hasta donde sea posible, sobre el acero de la armazón, llevará una capa, una capa de...

—¿Cavorita?

—Sí.

—Pero ¿cómo entraría usted en la esfera?

—Cuando la primera fabricación de morcilla surgió un problema semejante...

—Sí, lo sé; pero ¿cómo entrará usted?

—La cosa es perfectamente fácil. Todo lo que se necesita es un agujero que se pueda cerrar herméticamente. Ese punto, por supuesto, presentará pequeñas complicaciones; habrá que tener una válvula para desalojar algunas cosas, si es necesario, sin mucha pérdida de aire.

—¿Como en el *Viaje a la luna* de Julio Verne?

Pero Cavor no era lector de fantasías.

—Ya empiezo a ver —dijo, lentamente—. Podríamos entrar y ajustar la tapa desde adentro mientras la Cavorita estuviera caliente, y tan pronto como se enfriara, sería refractaria a la gravitación, y entonces volaríamos..., en tangente...

—Partiríamos en línea recta —le interrumpí bruscamente—. ¿Qué habría para impedir que la esfera viajara en línea recta por el espacio, eternamente? —añadí—. Después, no tenemos seguridad de salir en ningún punto y si lo hiciéramos, ¿cómo regresaríamos?

—En eso mismo he pensado —dijo Cavor—; eso era lo que quería decir cuando hablé de que el invento, estaba concluido. La esfera interior, de vidrio, debe ser hermética y, salvo el hueco de entrada, continua, y la esfera de acero puede ser hecha, en secciones, cada sección capaz de enrollarse, como una celosía metálica. Se las podrá hacer funcionar fácilmente por medio de resortes, que las abrirán o cerrarán, movidos por la electricidad, conducida por hilos de platino pasados a través del vidrio. Todo esto es mera cuestión de detalle. Así, pues, ya ve usted que, encima de la capa espesa de hierro, la Cavorita, en la parte exterior de la esfera, estará en forma de celosías o ventanas, como usted quiera

llamarla. Bueno: cuando todas esas ventanas o celosías estén cerradas, ni la luz, ni el calor, ni la gravitación, ninguna energía radiante, penetrará al interior de la esfera, y ésta volará a través del espacio, en línea recta, como usted dice. Pero ¡abra usted una ventana, imagínese usted las ventanas abiertas! Entonces, cualquier cuerpo pesado que por casualidad esté en esa dirección, nos atraerá.

Yo meditaba, callado.

—¿Ve usted? —me preguntó.

—¡Oh! Sí, *veo*.

—El hecho es que podremos viajar por el espacio todo el tiempo que queramos, y ser atraídos por esto o aquello...

—¡Oh, sí! *Eso* está bastante claro. Pero...

—¿Qué?

—¡No veo con exactitud por qué habríamos de hacerlo... Se trataría únicamente de dar un salto fuera del mundo y volver!

—¡Seguramente! Por ejemplo, podríamos ir a la luna...

—¿Y cuando estuviéramos allí? ¿Qué encontraríamos?

—¡Veríamos!... ¡Oh! Piense usted en la cantidad de nuevos conocimientos...

—¿Hay aire en la luna?

—Puede haberlo.

—La idea es hermosa —repuse—; pero, con todo, me hace el efecto de algo demasiado vasto. ¡A la luna! Yo hubiera preferido comenzar por cosas más pequeñas.

—Esas están fuera de cuestión, por la dificultad del aire.

—¿Por qué no aplicar la idea de las celosías propulsoras, celosías de Cavorita encerrada en fuertes cajas de acero, para levantar pesos?

—No serviría para eso —insistió—. Al fin y al cabo, salir al espacio exterior no es empresa mucho peor, en el caso de ser mala, que una expedición al polo. Y hay hombres que se enrolan en las expediciones polares.

—No hombres de negocios; y además, a los que van se les paga para que vayan al polo, y si algo malo les pasa, luego... salen expediciones de socorro; pero lo que usted propone sería dispararnos al espacio por nada.

—Supongamos que después veamos el provecho.

—No habrá más remedio que suponerlo. Cuando mucho... puede

que después pudiéramos escribir un libro... —contesté.

—No tengo duda de que allá hay minerales —dijo Cavor.

—¿Por ejemplo?

—¡Oh! Azufre, hierro, tal vez oro; probablemente nuevos elementos...

—¿Y lo que costará traerlos? —objeté—. Usted *sabe* que no es un hombre práctico: la luna está a un cuarto de millón de millas de la tierra.

—Me parece que no costaría mucho acarrear cualquier peso hasta cualquier punto, si lo pusiera usted dentro de una caja de Cavorita.

—No había pensado en ello. ¿Libre de gastos, sobre la cabeza misma del comprador, eh?

Y hablamos como si tuviéramos que limitarnos a la luna.

—¿Dice usted?...

—Allí está Marte... atmósfera clara, nuevos horizontes, excelentes condiciones de ligereza. Sería muy agradable ir allá.

—¿Hay aire en Marte?

—¡Oh, sí!

—Parece que se preparará usted a emplearlo como *sanatórium*. A propósito, ¿a qué distancia esta Marte?

—Actualmente, a doscientos millones de millas —contestó Cavor, vivamente—, y para ir, pasa usted cerca del sol.

Mi imaginación comenzaba otra vez a dejarse llevar.

—Al fin y al cabo —dije—, en esas cosas hay algo. Hay el viaje...

Una extraordinaria faz del asunto asaltó mi mente. De improviso vi, como en una visión, el sistema solar entero recorrido por líneas de navegación aérea «Cavoritas» y por esferas de *luxe*. «Derechos de prioridad —eran las palabras que flotaban en mi mente— derechos planetarios de prioridad». Recordé el antiguo monopolio español del oro de América. Ya no se trataba de que fuera este planeta o el otro; todos los planetas entraban en cuenta.

Miré la rubicunda cara de Cavor, y mi imaginación, de golpe, empezó a dar saltos y a danzar. Me paré, me puse a pasearme de arriba a abajo: mi lengua se desató.

—¡Ya empiezo a comprender! —dije—, ¡ya empiezo a entrar en ello!

Mi transición de la duda al entusiasmo parecía haberse hecho de un solo salto.

—¡Pero eso es tremendo! —grité—. ¡Es imperial! ¡Nunca he llegado a soñar nada tan grande!

Una vez desaparecido el hielo de mi oposición, la sobreexcitación contenida de Cavor se dio libre curso. También él se paró y empezó a pasearse; también él gesticuló y gritó. Nuestros movimientos y palabras eran los de dos hombres inspirados: *estábamos* inspirados.

—Todo lo arreglaremos —dijo, en respuesta a no sé qué dificultad de detalle que yo oponía—. ¡Pronto lo arreglaremos todo! Esta misma noche empezaremos los dibujos para las fundiciones.

—¡Los empezaremos ahora mismo! —repliqué—, y juntos nos precipitamos al laboratorio, a poner, acto continuo, manos a la obra.

Durante la noche entera estuve como un niño en un país de hadas. El alba nos encontró todavía en la labor, y la luz eléctrica siguió brillando, sin hacer caso del día. Me acuerdo exactamente de lo que parecían aquellos dibujos, yo sombreaba y pasaba tinta en lo que Cavor dibujaba: cada uno mostraba en sus manchas y borrones, la prisa con que había sido hecho, pero todos eran maravillosamente correctos.

Impartimos las órdenes necesarias para las celosías y marcos de acero que necesitábamos según los cálculos de aquella noche de trabajo, y la esfera de vidrio estuvo dibujada una semana después. Abandonamos enteramente nuestras conversaciones de la tarde y nuestros rutinarios hábitos: trabajábamos, y dormíamos y comíamos cuando ya, no podíamos trabajar más, de hambre y de cansancio. Nuestro entusiasmo contagió a los tres peones, aunque ninguno de ellos tenía la menor idea del objeto a que la esfera estaba destinada. En esos días, Gibbs cesó de andar como acostumbraba e iba por todas partes, aun por nuestras habitaciones, en una especie de carrera gimnástica.

Y la esfera tomaba forma. Pasaron diciembre, enero —invertí un día, escoba en mano, en abrir una senda en la nieve, de mi casita al laboratorio—, febrero y marzo. A fines de marzo, la conclusión de la obra, estaba ya a la vista. En enero había llegado un carro tirado por caballos y en él una enorme caja. Ya teníamos lista nuestra

esfera de grueso vidrio, en posición bajo la grúa que habíamos erigido para alzarla y ponerla dentro de la cubierta de acero. Todas las barras y celosías de la cubierta de acero —la cual no era, en realidad, de forma esférica, sino poliédrica, con una celosía enrolladiza en cada cara—, habían llegado en febrero, y la mitad de abajo estaba ya ajustada. En marzo, la Cavorita estaba a medio hacer, la parte metálica había pasado dos de los períodos de su fabricación, y ya habíamos adherido una buena mitad de ella en las barras y celosías de acero. Era asombroso cuán estrictamente nos ceñíamos a las líneas de la primera inspiración de Cavor, al poner en práctica el proyecto. Cuando el ajustamiento de las piezas de la esfera hubo terminado, Cavor propuso que quitáramos el grosero techo del laboratorio provisional en que hacíamos la obra, y construyéramos un horno: con eso el último período de la fabricación de Cavorita, en el que la pasta se calienta hasta adquirir un color rojo oscuro, dentro de una corriente de *hélium*, se efectuaría cuando ya la substancia estuviese adherida a la esfera.

Y después tuvimos que disentir, adoptar decisiones acerca de las provisiones que llevaríamos: alimentos conservados, esencias concentradas, cilindros de acero llenos de oxígeno, un mecanismo para sacar el ácido carbónico y los residuos del aire, y para restablecer el oxígeno mediante el peróxido de sodio: condensadores de agua y todo lo demás. Parece que viera aún todo aquel montón de cosas en un rincón: latas, rollos, cajas, un espectáculo convincente.

Eran días aquellos de labor febril, en los que apenas quedaba tiempo para pensar. Pero un día, cuando estábamos cerca ya del fin, un extraño malhumor se apoderó de mí. Había estado enladrillando el horno durante toda la mañana, y me senté al lado del mismo horno, completamente desalentado. Todo me parecía oscuro o increíble.

—Pero oiga, usted, Cavor —dije—; al fin y al cabo ¿para qué hacemos todo esto?

Cavor se sonrió.

—Ahora hay que seguir adelante.

—¡A la luna! —reflexioné—. Pero ¿qué espera usted encontrar allá? Yo creía que la luna era un mundo muerto...

Cavor se encogió de hombros.

—¿Qué espera usted encontrar?

—Ya lo veremos.

—¿Lo *veremos*? —dije yo, y me quedé mirando delante de mí.

—Está usted cansado —observó—. Lo mejor que podría usted hacer ahora, es dar un paseo.

—No —contesté, obstinadamente—. Voy a terminar de poner estos ladrillos.

Y lo hice; y con eso me gané una noche de insomnio.

No creo haber pasado nunca una noche semejante. Antes de arruinarme en los negocios había, pasado malos ratos; pero las peores noches de entonces eran dulces sueños en comparación con aquella dolorosa o interminable vigilia. De improviso me encontraba en la más enorme perplejidad sobre la empresa que íbamos a acometer.

Ningún recuerdo tengo de haber pensado antes de esa noche, en todos los riesgos que íbamos a correr; pero entonces acudieron a mí como la legión de espectros que una vez puso sitio a Praga, y me rodearon. Lo extraño de lo que íbamos a hacer, su carácter ajeno a cuanto se puede idear en la tierra, me abrumaba. Me sentía como un hombre que se despierta de sueños placenteros, para encontrarse rodeado de las cosas más horribles. Tendido en mi cama, con los ojos abiertos cuan grandes eran, veía la esfera, y ésta parecía adelgazarse y atenuarse... y Cavor era cada vez un ser menos real, más fantástico, y toda la empresa cada vez más loca.

Me levanté de la cama y eché a andar por el cuarto. Me senté delante de la ventana y contemplé la inmensidad del espacio. Entre las estrellas mediaba la obscuridad vacía, insondable. Traté de recordar los fragmentarios conocimientos de astronomía que había adquirido en mis irregulares lecturas, pero todo aquello era demasiado vago para proporcionar idea alguna de las cosas que podíamos esperar. Por último, me volví a la cama y conseguí dormir unos momentos, más bien de pesadilla que de sueño, en los cuáles me sentía caer y caer eternamente, en los abismos del cielo.

Durante el almuerzo asombré a Cavor, al decirle brevemente:

—No voy con usted en la esfera.

A todas sus protestas contesté con firme persistencia.

—La cosa es, demasiado loca —dije—, y no iré. La cosa, es demasiado loca...

No fui más al laboratorio con él. Me quedé en mi casa un rato, y luego tomé mi bastón y salí a pasear solo, sin saber adónde.

La mañana era hermosísima: un viento tibio, un cielo azul oscuro, los primeros verdores de la primavera en la tierra, y multitud de pájaros cantando. Hice mi *lunch* con carne, fiambre y cerveza en una pequeña taberna cerca de Elham, y asombré al propietario del establecimiento con esta observación, a propósito del tiempo:

—¡El hombre que abandona el mundo cuando hay días como éste, es un tonto!

—Eso es lo que yo digo cuando oigo hablar de ello —dijo el patrón—. Y en seguida supe por su boca que, por lo menos para una pobre alma, este mundo resultaba excesivo: un hombre se había cortado la garganta. Continué mi camino con una nueva complicación en mis ideas.

En la tarde eché una agradable siesta en un soleado recodo, y reanudé la marcha, refrescado ya.

Llegué a una posada de cómodo aspecto, cerca de Canterbury. Los vidrios y las baldosas brillaban, y la propietaria era una vieja muy aseada, que se captó mis simpatías. Noté que aún me quedaba en el bolsillo lo necesario para pagar mi alojamiento, y decidí pasar la noche en la posada. La señora era muy comunicativa, y entre otras muchas cosas me hizo saber que nunca había estado en Londres.

—Canterbury es el lugar más lejano a que haya llegado en mi vida —dijo—. No soy una de esas jovencitas de Londres que van y vienen por todas partes.

—¿Le gustaría a usted un viaje a la luna? —exclamé.

—Nunca he comprendido que la gente suba en globo —me contestó, evidentemente bajo la impresión de que la excursión que yo la proponía era ya bastante común—; y yo no iría en ninguno... no, por nada del mundo.

Esto me divertió, pues era realmente gracioso. Después de cenar me senté en un banco al lado de la puerta de la posada, y charlé con dos trabajadores acerca de la fabricación de ladrillos, sobre automóviles, y sobre las cigarras del año anterior... Y en el firmamento, una media luna, alzándose azul y vaga como un distante Alpe, iba a ocultarse por el Oeste; por donde había

desaparecido el sol.

Al día siguiente volví al lado de Cavor.

—Me voy con usted —le dije—. He estado ligeramente indispuesto... pero ya pasó.

Ésa fue la única vez que abrigué alguna seria duda sobre nuestra empresa. ¡Nerviosidad pura! Después, trabajé menos a prisa, y todos los días hice ejercicio durante una hora. Y, por fin, salvo la obra del calor, que continuaba en el horno, nuestros preparativos terminaron...

(IV)

Dentro de la esfera

—¡**A**dentro! —dijo Cavor.

Yo estaba sentado en el borde del agujero de entrada, y miraba el lóbrego interior de la esfera... Nos hallábamos los dos solos. Era al caer de la tarde, el sol se había puesto, y la calma del crepúsculo lo invadía todo.

Pasé hacia adentro la otra pierna, y me deslicé por el suave vidrio hasta el fondo de la esfera: una vez allí, alcé las manos para recibir las latas de conservas y otros bultos que me pasaba Cavor. El aire interior estaba tibio: el termómetro se mantenía en 80 grados (F.), como no habíamos de perder nada de ese calor por radiación, estábamos vestidos con delgados trajes de franela y zapatillas. Sin embargo, llevábamos, un paquete de gruesas ropas de lana y varias tupidas frazadas, para precavernos de algún posible trastorno. Siguiendo las instrucciones de Cavor, dejé los bultos, los cilindros de oxígeno y demás cosas, sueltos, a mis pies, y al poco rato estaba todo adentro. Cavor anduvo por sobre la cubierta de vidrio no techada, durante un momento, viendo si no habíamos olvidado algo; después se deslizó hasta donde yo estaba. Noté que llevaba algo en la mano.

—¿Qué tiene usted ahí? —le pregunté.

—¿Ha traído usted algo para leer?

—¡Caramba! ¡No!

—Yo me olvidé de decírselo. No estamos tan seguros... el viaje puede durar... ¡podemos estar semanas en el aire!

—Pero...

—Y estaremos dentro de esta esfera flotante, sin la menor ocupación.

—¡Ojalá lo hubiera sabido yo!

Cavor sacó la cabeza por la abertura.

—¡Mire usted! —dijo—. ¡Allí tenemos algo!

—¿Hay tiempo?

—Una hora.

Salí de la esfera: lo que Cavor había visto era un número de *Tit-Bits*

que uno de los peones debía haber dejado allí. Más lejos, en un rincón, distinguí un pedazo del *News*

Lloyd's

. Volví apresuradamente a la esfera con todo aquello.

—¿Pero qué es lo que usted ha traído? —le pregunté.

Tomé el libro que tenía en la mano y leí: *Obras de William Shakespeare*.

Un ligero rubor asomó a su rostro.

—Mi educación ha sido tan puramente, científica... —dijo, con acento de excusa.

—¿Nunca lo ha leído usted?

—Nunca.

—Es un gran regalo intelectual —dije.

Tal es lo que uno debe decir, aunque en el hecho, yo tampoco había leído mucho a Shakespeare. Dudo de que sean numerosas las personas que lo han leído.

Ayudé a Cavor a atornillar la cubierta de vidrio de la entrada y hecho esto, empujó un resorte para cerrar la correspondiente celosía exterior. Nos quedamos en tinieblas.

Durante un rato, no hablamos ni el uno ni el otro. Aunque nuestra caja no era refractaria al sonido, reinaba en ella el mayor silencio. De repente noté que no había nada de qué agarrarse cuando ocurriera el sacudimiento de la partida, y me di cuenta de que no había ni una silla, lo que era mucha incomodidad.

—¿Por qué no tenemos sillas? —pregunté.

—Eso está arreglado —contestó Cavor—. No las necesitaremos.

—¿Por qué no?

—Usted lo verá —fue su réplica, en el tono de quien no desea hablar más.

Yo volví a callarme. Bruscamente me había acometido la idea, clara y vívida, de que era una tontería mía la de meterme en esa esfera. «Y ahora —me pregunté—, ¿será demasiado tarde para retirarme?». El mundo exterior de la esfera, yo lo sabía, sería frío y por demás inhospitalario para mí: durante semanas había estado

viviendo del dinero de Cavor; pero, a pesar de todo, ¿sería tan frío como el infinito cero, tan inhospitalario como el vacío espacio? Si no hubiera sido por la apariencia de cobardía que habría tenido el acto, creo que aun en aquel momento le habría exigido que me dejara salir; pero vacilé y vacilé, y mi temor y mi cólera crecían, y el tiempo pasó.

Sentí un ligero estremecimiento, un golpecito seco como si destaparan una botella de champaña en una habitación contigua, y un ruido débil, una especie de zumbido. Por un instante experimenté la sensación de una tensión enorme, una intuitiva convicción de que mis pies apretaban el suelo con una fuerza de inconmensurables toneladas. Aquello duró un tiempo infinitesimal, pero bastó para impulsarme a la acción.

—¡Cavor! —grité en la obscuridad—. Mis nervios se rompen... Creo que no...

Me detuve: él no contestó.

—¡Váyase usted al diablo! —gritó—. ¡Soy un mentecato! ¡Qué tengo que hacer aquí! No voy, Cavor: la cosa es demasiado arriesgada. Voy a salir de la esfera...

—No puede... —me contestó.

—¿No puedo? ¡Ya lo veremos!

No me dio respuesta alguna, durante unos diez segundos.

—Ya es demasiado tarde para reñir, Bedford —me dijo después. Ese pequeño sacudimiento fue la partida. Ya estamos en viaje, volando con tanta velocidad como una bala, en el abismo del espacio.

—Yo... —dije... Y luego no supe cómo continuar.

Estuve un rato como aturdido: nada tenía que decir. Me hallaba como si antes no hubiera oído hablar nunca de la idea de marcharnos del mundo. Luego noté un indescriptible cambio en mis sensaciones corporales. Era una impresión de ligereza, de irrealdad. Junto con ello, una rara sensación en la cabeza, casi un efecto apoplético, y un retumbar de los vasos sanguíneos de los oídos. Ninguna de esas sensaciones disminuyó con el transcurso del tiempo, pero al fin llegué a acostumbrarme tanto a ellas, que ya no me causaron la menor molestia.

Oí un crujido, y de una pequeña lámpara empañada brotó la luz.

Vi la cara de Cavor, tan blanca como sabía que estaba la mía.

Nos miramos uno a otro en silencio. La transparente negrura del vidrio en que estaba apoyado de espaldas, lo hacía aparecer como flotando en el vacío.

—Bueno: nuestra suerte está echada —dije, por último.

—Sí —contestó él—, está echada. ¡No se mueva usted! —exclamó, al verme iniciar un ademán—. Deje usted sus músculos en completa flojedad... como si estuviera usted en la cama. Estamos en un pequeño universo enteramente nuestro. ¡Mire usted todo eso!

Señalaba las cajas y atados que habían quedado sueltos sobre las frazadas, en el fondo de la esfera. Mi asombro fue grande al ver que flotaban casi a un pie de distancia de la pared esférica. Después vi, por la sombra de Cavor, que éste no seguía recostado en el vidrio. Alargué la mano detrás de mí, y me hallé también suspendido en el espacio, separado del vidrio.

No grité ni gesticulé, pero el miedo me embargó. Aquello era como sentirse agarrado y suspendido por algo... por algo ignoto... El simple contacto de mi mano con el vidrio me imprimía un rápido movimiento.

Comprendí lo que había pasado, pero eso no me impidió asustarme; estábamos aislados de toda gravitación exterior; sólo la atracción de los objetos que contenía la esfera, tenía efecto. En consecuencia, todo lo que no estaba fijo en el vidrio, caía —lentamente, por el poco peso que todos los cuerpos tenían allí—, hacia el centro de gravedad de nuestro pequeño mundo, al centro de nuestra esfera.

—Tenemos que darnos vuelta —dijo Cavor—, y flotar espalda con espalda, dejando las cosas entre el uno y el otro.

Era la más extraña sensación que se puede concebir, aquello de flotar blandamente en el espacio: al principio, de veras, horriblemente rara, y cuando el horror pasó, no del todo desagradable, puesto que proporcionaba tal reposo que lo más aproximado que encuentro en la tierra, es lo de estar acostado en un lecho de plumas, muy espeso y blando. Pero ¡cuánta liberalidad, qué desprendimiento, qué indiferencia! Nunca había entrado en mis cálculos nada semejante. Había esperado sentir, en la partida, un violento sacudimiento, una vertiginosa sensación de velocidad. En vez de eso, sentía... como si me faltara el cuerpo. No era el principio de un viaje; era el principio de un sueño.

(V)

El viaje a la Luna

En seguida, Cavor apagó la luz, diciendo que no había demasiada fuerza acumulada, y que la que teníamos debía economizarse para leer. Durante un rato, no sé si largo o corto, no hubo dentro de la esfera más que una lóbreguez profunda.

Una cuestión surgía de aquel vacío:

—¿Hacia qué punto vamos? —pregunté—. ¿Cuál es nuestra dirección?

—Nos alejamos de la tierra en tangente, y como la luna está cerca de su tercer cuarto, vamos de todos modos hacia ella. Voy a abrir una celosía...

Un chasquido... y la cubierta exterior de una de las ventanas se abrió. El espacio estaba tan negro como la obscuridad misma del interior de la esfera, pero un número infinito de estrellas marcaba la forma de la ventana abierta.

Los que sólo han visto desde la tierra el cielo estrellado, no pueden imaginarse la apariencia que tiene cuando ha desaparecido el velo vago, medio luminoso, de nuestro aire. Las estrellas que vemos de la tierra son apenas unas cuantas que consiguen penetrar en nuestra tupida atmósfera. ¡Por fin me era dado comprender lo infinito del universo!

Sin duda nos esperaban cosas más extrañas aún; pero ese firmamento sin aire, cubierto como de un polvo de estrellas, es de todos mis recuerdos de esos días el último que se desvanecerá.

La ventanita desapareció con un chasquido; otra, a su lado, se abrió de golpe y se cerró enseguida, y luego una tercera, y durante un momento tuve que cerrar los ojos, para protegerlos del deslumbrante esplendor de la luna menguante.

Cuando volví a abrir los ojos, tuve, por un rato, que mirar a Cavor y los objetos iluminados de blanco que me rodeaban, antes de volver la vista a aquel pálido fulgor.

Cavor abrió cuatro ventanas para que la gravitación de la luna pudiera obrar sobre todas las substancias que había dentro de la esfera. De repente notó que ya no iba flotando libremente en el espacio, sino que mis pies reposaban en el vidrio, en la dirección de la luna. Las frazadas y las cajas de provisiones se aglomeraban también lentamente sobre el vidrio, y un instante después reposaron completamente contra él, ocultando una parte de la vista. A mí me parecía, por supuesto, que miraba «abajo», cuando miraba a la luna. En la tierra, «abajo» significa hacia el suelo, en la dirección adonde caen las cosas, y «arriba» la opuesta dirección. Pero, allí, el sentido de la gravitación era hacia la luna, y todo me indicaba que la tierra estaba «arriba». Por otra parte, cuando todas las celosías de Cavorita se hallaban cerradas, «abajo» era el centro de nuestra esfera, y «arriba» sus paredes exteriores.

Era también un caso bastante curioso, raro para habitantes de la tierra, el de recibir la luz *de abajo*. En la tierra, la luz cae de arriba, o llega oblicuamente, siempre de arriba abajo; pero allí nos llegaba de abajo de nuestros pies y, para ver nuestras sombras, teníamos que mirar hacia arriba.

Al principio me dio una especie de vértigo el estar parado en nada más que un vidrio, por grueso que éste fuera, y mirar abajo, a la luna, a través de cientos de miles de millas de espacio vacío; pero aquel malestar pasó pronto, y entonces: ¡qué esplendoroso espectáculo!

El lector podrá imaginárselo mejor si se echa en el suelo en una calurosa noche de estío, alza los pies, y por entre ellos mira la luna; pero por alguna razón, probablemente porque la ausencia de aire la hacía más luminosa, la luna parecía ya considerablemente mayor que cuando se la ve desde la tierra. Los más pequeños detalles de su superficie aparecían con minuciosa claridad; y como no la veíamos ya a través del aire, sus contornos eran brillantes y agudos, no había en torno suyo resplandor ni aureola, y el polvo de estrellas que cubría el firmamento llegaba hasta sus mismas orillas, y señalaba los contornos de su parte iluminada. Allí, parado, contemplando la luna a mis pies, aquella idea de lo imposible, que me había atormentado desde nuestra partida, volvió a acometerme con más fuerza que nunca.

—Cavor —dije—. Esto me produce una impresión rara. Los

sindicatos que íbamos a formar, y todo eso de los minerales...

—¿Bueno y qué?...

—No los veo aquí.

—No —contestó Cavor—; pero pronto los verá usted.

—Supongo que nos volveremos como hemos venido. Sin embargo, me voy animando. Durante un momento he llegado casi a creer que nunca ha habido un mundo.

—Ese ejemplar del *Lloyd's News* puede ayudarle a usted a recordarlo.

Miré el papel un momento, y luego lo alcé hasta ponerlo al nivel de mi cara: entonces vi que podía leer cómodamente.

Mi mirada tropezó con la columna de los avisos pequeños: «Un caballero que dispone de dinero, prestaría dinero». Yo conocía a ese caballero. Después, un excéntrico quería vender una bicicleta rápida, «enteramente nueva, y que ha costado quince libras», por cinco libras; y una señora, en malas circunstancias, deseaba deshacerse de unos cuchillos y tenedores para pescado, «un regalo de boda», con gran sacrificio. Sin duda, alguna alma simple estaría examinando aquellos cuchillos y tenedores, y otra corría triunfalmente en la bicicleta, y una tercera alma simple, consultaba, confiada y sincera, al benévolo caballero que disponía de dinero, mientras yo leía los avisos. Me eché a reír y dejé caer el periódico.

—¿Se nos ve de la tierra? —pregunté.

—¿Por qué?

—He conocido a alguien... que se interesaba en la astronomía, y se me ocurría que sería bastante curioso que ese... amigo... estuviera en este momento, por casualidad, mirando por un telescopio.

—Para vernos ahora, se necesitaría el telescopio más poderoso de la tierra, y se nos vería como un punto apenas perceptible.

Durante un rato, contemplé en silencio la luna.

—Es un mundo —dije—: uno lo comprende ahora infinitamente más que en la tierra. Hay gente, quizás...

—¡Gente! —exclamó Cavor—. ¡No! Destierre usted esa idea. Considérese usted una especie de viajero ultraártico, explorando los desolados campos del espacio. ¡Mire usted!

Blandió la mano en dirección a la brillante blancura de abajo:

—¡Un mundo muerto... muerto! Vastos volcanes apagados,

desiertos de lava, montones de nieve o de ácido carbónico helado, o de aire helado, y por todas partes despeñaderos, zanjas, y grietas y abismos. Nada sucede. Los hombres han observado este planeta sistemáticamente, con telescopio, durante más de doscientos años —: ¿qué cambios cree usted que han visto?

—Ninguno.

—Han notado dos derrumbamientos, la dudosa formación de una grieta, y un débil cambio periódico de color. Y eso es todo.

—Yo no sabía que se había notado siquiera eso.

—¡Oh, sí!, pero lo que es gente...

—A propósito —pregunté—; ¿de qué tamaño tendría que ser una cosa para que se la pudiera ver desde la tierra con el telescopio mayor?

—Se podría ver una iglesia de mediano tamaño, y seguramente se verían poblaciones y edificios, cualquiera cosa que fuera obra de hombres. Quizás haya insectos, algo parecido a las hormigas, por ejemplo, animales que puedan esconderse en profundas cuevas, durante la noche lunar; o habrá alguna nueva especie de seres, sin paralelo en la tierra. Eso es lo más probable que encontremos, si acaso encontramos algún signo de vida.

¡Piense usted en la diferencia de condiciones! La vida tendría que adaptarse en la luna a un día tan largo como catorce días terrestres, al fuego de un sol sin nubes durante catorce días consecutivos, y después a una noche de igual extensión, cada vez más fría, bajo esas frías, brillantes estrellas. En esa noche debe hacer allí un frío estupendo, el frío extremo, el absoluto cero, 273 grados centígrados bajo el punto en que los termómetros marcan hielo en la tierra. Cualquier ser viviente que haya, tiene que pasar por *ese invierno*, cada día más cruel.

Reflexionó.

—Podemos imaginarnos algo como unos gusanos —dijo—, que se alimenten de aire sólido, así como los gusanos terrestres tragan tierra; o monstruos paquidermos...

—A propósito —le interrumpí—; ¿por qué no, hemos traído un fusil?

No contestó a esta pregunta.

—No —concluyó—; pronto lo sabremos todo. Cuando estemos allá, veremos.

Yo me acordé de otra cosa.

—Por supuesto que mis minerales estarán allí, ellos sí, de todos modos —dije—, cuales quiera que sean las condiciones de vida.

Cavor me dijo que deseaba alterar nuestra carrera algo, dejando a la tierra atraernos por un momento: iba a abrir la ventana del Este durante treinta segundos. Me previno que eso me haría dar vueltas la cabeza, y me aconsejó que extendiera las manos, hacia el vidrio, para amortiguar mi caída. Hice lo que me decía, y apoyé los pies en los bultos de comestibles y cilindros de aire, para impedir que me cayeran encima. En ese momento, con un chasquido, se abrió bruscamente la ventana; yo caí como un fardo, de cara y protegiéndome con las manos, y durante un momento, por entre mis negros, apartados dedos, vi a nuestra madre tierra, un planeta en un firmamento que se extendía hacia abajo.

Estábamos todavía muy cerca —Cavor me dijo que la distancia era quizás unas ochocientas millas—, y el enorme disco terrestre llenaba todo el cielo; pero ya se veía con claridad que el mundo era un globo. La parte del planeta que miraba hacia nosotros parecía vaga, confusa; pero, hacia el Oeste, las vastas sábanas grises del Atlántico, bajo la luz moribunda del día, brillaban como plata derretida. Creo que reconocí las costas de Francia, de España y del Sur de Inglaterra, cuyos contornos se dibujaban como nubes en el firmamento; luego, con otro chasquido, la ventana se volvió a cerrar, y me encontré en un estado de extraordinaria confusión, deslizándome lentamente por el suave vidrio.

Cuando las cosas recuperaron su posición en mi cerebro, me pareció completamente fuera de duda y cuestión, que la luna estaba «abajo», y bajo mis pies, y que la tierra estaba allá, en el nivel del horizonte; la tierra que había estado «abajo» para mí y para mis semejantes desde el principio de la existencia.

Tan pequeño era el esfuerzo que teníamos que hacer, la anulación positiva de nuestro peso hacía tan fácil lo que nosotros teníamos que hacer, que durante cerca de seis horas transcurridas desde que habíamos partido, no se nos ocurrió la idea de tomar ningún refrigerio: seis horas era el tiempo señalado por el cronómetro de Cavor.

Y aun entonces, con muy poco quedé satisfecho. Cavor examinó el aparato de absorción del ácido carbónico y del agua, y lo declaró

en condiciones satisfactorias: nuestro consumo de oxígeno había sido extraordinariamente pequeño. Y como nuestra conversación se había agotado por el momento, y nada teníamos ya que hacer, nos entregamos al extraño sopor que nos había invadido: extendimos nuestras frazadas en el fondo de la esfera, para impedir, lo más que fuese posible, que entrara la luz de la luna, nos dimos las buenas noches, y casi inmediatamente nos quedamos dormidos.

Y así, durmiendo y a veces hablando y leyendo un poco, y a veces comiendo, aunque sin apetito vivo pero en la mayor parte del tiempo en un deliquio que no era estar despierto ni dormido, caíamos y caímos, durante un espacio de tiempo que no tenía día ni noche, silenciosa, suave, rápidamente hacia abajo, hacia la luna.

(VI)

La llegada a la Luna

Me acuerdo de cómo un día Cavor abrió repentinamente seis de nuestras ventanas y la luz me cegó, de tal modo que prorrumpí en gritos. El área entera, que abarcaba nuestra vista era una estupenda cimitarra de blanca luz de amanecer, con los bordes interrumpidos por manchas de obscuridad, la playa curva de una creciente marea negra, de la cual surgían picos y pináculos a la ardiente luz del sol. Doy por hecho que el lector ha visto cuadros o fotografías de la luna, de modo que no necesito describir los aspectos generales del paisaje, aquellas espaciosas cadenas de montes, en forma de círculos, más vastos que cualquier montaña terrestre, con sus cumbres brillantes en el día, sus sombras anchas y profundas; las llanuras grises y desordenadas; las cordilleras, cerros y cráteres, pasando todo por fin de una refulgente iluminación a un común misterio de negrura. Por encima de aquel mundo volábamos, apenas a unas cien millas de sus crestas y pináculos, y ya podíamos ver lo que ningún ojo terrestre podrá ver jamás: que bajo el esplendor del día, los agudos perfiles de las rocas y las grietas de las llanuras y los fondos de los cráteres se volvían grises y confusos bajo una, neblina que se hacía más densa cada vez; lo blanco de sus iluminadas superficies se interrumpía con manchas y aberturas, y se volvía a interrumpir, y se hundía y desaparecía, y extraños tintes habanos y aceitunados nacían y se esparcían aquí y allá.

Pero de poco tiempo disponíamos para mirar eso, pues ya habíamos llegado al peligro real de nuestro viaje: teníamos que acercarnos aún más a la luna mientras, rodábamos en torno suyo, acortar luego nuestro andar, y espiar la oportunidad en que pudiéramos por fin atrevernos a caer sobre la superficie.

Para Cavor, el momento era de intensa atención; para mí, de ansiosa inactividad. Yo, continuaba ignorando lo que iba a hacer; él, saltaba por todo el interior de la esfera, de un punto a otro, con

una agilidad que en la tierra habría sido imposible.

Incesantemente, durante aquellas últimas horas tan decisivas, abría y cerraba las ventanas de Cavorita, hacía cálculos, consultaba su cronómetro a la luz de la lámpara empañada. Durante largo rato tuvimos todas nuestras ventanas cerradas, y nos cernimos silenciosamente en la obscuridad, rodando por el espacio.

Después, le sentí buscar a tientas los resortes de las celosías, y cuatro ventanas se abrieron bruscamente. Yo di un salto y me cubrí los ojos, lastimados y cegados por el desusado esplendor del sol bajo nuestros pies. En seguida se cerraron otra vez las ventanas, dejando mi cerebro palpitante en una obscuridad que se agolpaba contra mis ojos. Y volví a flotar en un vasto y negro silencio.

Al poco rato, Cavor encendió la luz eléctrica, y me dijo que era necesario atar todos nuestros bultos de equipaje unos con otros y envolverlos en las frazadas para protegerlos del choque de la caída. Así lo hicimos, con las ventanas cerradas porque, de esa manera, todos los bultos se juntaban por sí mismos en el centro de la esfera. Aquélla también fue una extraña escena: los dos, flotando sueltos en aquel espacio esférico y empaquetando, y tirando de las cuerdas: ¡imagínense ustedes el cuadro, si pueden! Allí no había arriba ni abajo, y de cada esfuerzo resultaban inesperados movimientos: ya me sentía apretado contra el vidrio por la fuerza del puño, de Cavor; ya pateaba desatentadamente en el vacío; ora la estrella de la luz eléctrica estaba sobre, nuestras cabezas; ora se hallaba a nuestros pies; de repente, los pies de Cavor flotaban delante de mis ojos, y en el siguiente momento nos cruzábamos sin tocarnos. Pero por fin todos nuestros bultos quedaron bien atados en un solo fardo envuelto en blandas frazadas: habíamos empleado en ello todas, salvo dos con agujeros en el medio, que habíamos apartado para envolvernos en ellas.

En seguida, pues aquello no duró más que un instante, Cavor abrió una ventana del lado de la luna, y vimos que caíamos hacia un enorme cráter central, en cuyo derredor se agrupaban en forma de cruz otros cráteres menores. Y entonces otra vez lanzó Cavor nuestra diminuta esfera, con las ventanas abiertas, hacía el deslumbrador y quemante sol. Creo que usaba la atracción del sol como un freno.

—¡Cúbrase usted con una frazada! —gritó de repente,

apartándose violentamente de mí.

Durante un momento, no comprendí; pero luego tiré de una punta la frazada que tenía bajo mis pies, y me envolví con ella la cabeza, particularmente los ojos.

Bruscamente, Cavor cerró de nuevo las celosías, abrió otra, la cerró en el acto, y después empezó de repente a abrirlas todas, asegurándolas una por una dentro de sus cilindros de acero. Hubo un sacudimiento, y ambos rodamos y rodamos, chocando contra el vidrio de las paredes y contra el abultado fardo de nuestro equipaje, y agarrándonos el uno al otro; afuera, una sustancia blanca se aplastaba, como si nuestra esfera rodara por un monte de nieve...

Vuelta, golpe, vuelta, nos aferramos de cualquier cosa, golpe, vuelta, vuelta...

Un choque sordo, y me encontré medio sepultado bajo el fardo. Por un momento, inmovilidad y silencio. En seguida oí a Cavor resoplar y gruñir, y el ruido de una celosía al correr por su ranura. Hice un esfuerzo, empujé a un lado nuestro envoltorio de frazadas y cajas, y surgí de abajo de todo aquello: nuestras abiertas ventanas no parecían otra cosa que estrellas en un cielo oscuro, negro.

Cavor y yo estábamos vivos, y nuestra esfera yacía en la obscuridad producida por las paredes del gran cráter dentro del cual habíamos caído.

Nos quedamos sentados conteniendo la respiración, y palpando los chichones que teníamos por todo el cuerpo. No creo que ninguno de los dos hubiera previsto claramente el brusco trato que habíamos recibido. Penosamente, logré pararme.

—¡Y ahora —dije—, veamos el paisaje de la luna! Pero... ¡qué obscuridad tremenda, Cavor!

El vidrio estaba húmedo, y yo lo limpiaba con mi frazada, al decir esas palabras.

—Estamos como a media hora de la luz del día —contestó Cavor—. Tenemos que esperar.

Era imposible distinguir nada. Si la esfera hubiera sido de acero, sin la menor ventana, no habríamos estado menos privados de la vista de afuera. Con frotar el vidrio con la frazada sólo conseguí calentar la parte frotada, y cuanto más rápidamente la restregaba, más pronto volvía a ponerse opaca con la humedad nuevamente condensada y con una creciente cantidad de pelos de la manta. La

verdad es que no debía haber hecho tal uso de mi frazada, pues en mis esfuerzos para limpiar el vidrio me resbaló por su húmeda superficie y me golpeé la espinilla en uno de los cilindros de oxígeno que asomaban de dentro del fardo.

Aquello era exasperante... era absurdo. Ya estábamos en la luna, entre quién sabe qué maravillas, y todo lo que podíamos ver era la pared gris y mojada de la bola dentro de la cual habíamos ido.

—¡Mal haya el viaje! —exclamé—. Para esto, bien podríamos habernos quedado en nuestras casas.

Y me dejé caer sobre el fardo. Tiritaba, y tuve que envolverme en la frazada.

De pronto, la humedad del vidrio se convirtió en cuadritos y vellones de nieve.

—¿Puede usted alcanzar el botón del calentador eléctrico? —me dijo Cavor—, sí... esa bola negra. Si no, vamos a helarnos.

No esperé a que lo dijera dos veces.

—Y ahora —pregunté—: ¿qué vamos a hacer?

—Esperar —fue su respuesta.

—¿Esperar?

—Naturalmente. Tenemos que esperar hasta que nuestro aire se caliente y el vidrio se aclare. Nada podemos hacer hasta entonces. Aquí es de noche aún... tenemos que esperar a que nos llegue el día. Mientras tanto ¿no siente usted hambre?

Durante un momento no le contesté, me quedé reflexionando. Después, de mala gana, aparté la mirada del problema oculto tras del blanco vidrio, y la fijé en el rostro de mi compañero.

—Sí —le dije—: tengo hambre. Y me siento enormemente desalentado; yo esperaba... no sé... qué esperaba, pero no era esto.

Llamé en mi ayuda toda mi filosofía, y envolviéndome en la frazada me senté otra vez en el fardo y empecé mi primera comida en la luna. No creo que la concluí..., me olvidé de comer. De repente, primero a trechos, luego rápidamente en largas fajas, se fue aclarando el vidrio, se descorrió el velo húmedo que ocultaba a nuestros ojos el mundo lunar.

Los dos contemplamos ansiosos el paisaje de la luna.

(VII)

La llegada a la Luna

Lo primero que percibieron nuestros ojos era la más desierta y desolada de las comarcas. Estábamos en un enorme anfiteatro, una vasta planicie circular, el fondo de un gigantesco cráter. Sus paredes rocallosas nos encerraban por todos lados.

Del Oeste, la luz del sol, invisible para nosotros, caía sobre ellos, llegaba hasta el mismo fin de los abruptos montes, y mostraba un desordenado escarpamiento de rocas ásperas y grises, aquí y allá interrumpidas por abismos y por bancos de nieve. Aquello se hallaba quizás, a unas doce millas de distancia, pero al principio ninguna atmósfera intermediaria disminuyó en lo mínimo la brillantez detallada con que todo aquello relumbraba ante nuestra vista. Las nevadas rocas se alzaban claras y radiantes sobre un fondo de estrellada negrura que a nuestros ojos terrestres parecía más bien una inmensa cortina de terciopelo negro que la inmensidad del firmamento.

El monte del Este apareció al principio como un simple borde sin estrellas de la estrellada cúpula.

Ningún albor rosado, ninguna palidez indecisa anunció el nacimiento del día. Sólo la corona, la luz zodiacal, una enorme aureola en forma de cono, luminosa, que se extendía hacia la rutilante estrella de la mañana, nos advirtió la inminente cercanía del sol.

Toda la luz que nos rodeaba nos venía por reflejo, de los montes del Oeste, y nos hacía ver una extensa, ondulada llanura, fría y gris; un gris que se oscurecía hacia el oriente hasta convertirse en la absoluta lóbreguez de la sombra de los montes. Innumerables cumbres grises y redondas fantásticas colinas, blancas oleadas de una substancia nevosa, crestas que se sucedían unas a otras hasta la remota obscuridad, nos dieron la primera noción de la distancia a que se encontraba la pared del cráter. Aquellas colinas tenían el

aspecto de la nieve, y al principio creí que fueran de nieve; pero no lo eran... ¡eran montes y más montes de aire, helado!

Eso fue lo que vimos al principio, y luego, repentina, rápidamente, con asombro de nuestros ojos, apareció el día lunar.

Los rayos del sol se habían deslizado hasta el pie de los montes, tocaban ya la base de las blancas moles, y sin detenerse, cual si llevaran calzadas las famosas botas de siete leguas, avanzaban velozmente hacia nosotros. La distante pared del cráter, parecía deslizarse y estremecerse, y al contacto del sol ascendía del fondo un velo de vapor gris, subían unos torbellinos y bocanadas y trémulas coronas grises, más espesas, más anchas y más densas, hasta que por último, toda la llanura por el Oeste despidió vapor como un pañuelo mojado que se extiende delante del fuego, y los montes de aquel lado no aparecieron ya más que como un lejano resplandor.

—Esto es aire —dijo Cavor—. Debe ser aire, pues si no lo fuera no se levantaría así al simple contacto de los rayos del sol. Y si es aire...

Miró hacia arriba, y:

—¡Vea usted! —exclamó.

—¿Qué? —pregunté.

—En el firmamento. Ya viene. Allá en la obscuridad..., un ligero tinte azul. ¡Vea usted! Las estrellas parecen más grandes. Y las pequeñas, y todas esas opacas nebulosidades que vimos en un espacio vacío... ¡se han ocultado!

A prisa, sin detenerse, el día se acercaba. Las cumbres grises, una tras otra, se iban iluminando y adquiriendo una intensidad blanca y humeante. Por fin, hacia el Oeste del sitio en que estábamos, no quedó más que una masa de niebla ascendente, el tumultuoso avance y ascensión de un resplandor nebuloso. La distante pared del cráter se había alejado más y más, se había obscurecido y transformado a través de aquel torbellino, y por último se había fundido, se había desvanecido a nuestra vista.

El vaporoso avance estaba, cada vez más cerca de nosotros, se aproximaba con la velocidad de la sombra de una nube impulsada por el viento del Sudoeste. En derredor nuestro se alzó un leve, anticipado resplandor.

Cavor me apretó el brazo.

—¿Qué hay? —le pregunté.

—¡Mire usted! ¡El sol sale! ¡El sol!

Me hizo volver a un lado, y señaló la ceja del muro del Este, que se destacaba sobre el firmamento, apenas un poco más claro que el resto de la montaña. Pero ya su línea se acentuaba con extrañas formas rojizas: lenguas de una llama bermeja que se alargaban y bailaban. Yo me imaginé que fueran espirales de vapor que, bañadas de luz, formaran esas ardientes lenguas sobre el fondo del cielo; pero, seguramente, lo que veía eran las prominencias solares, una corona de fuego que rodea el sol y que nuestro velo atmosférico oculta para siempre a los ojos terrestres.

Y luego... ¡el sol!

Firme, inevitablemente, surgió una brillante línea, un delgado borde de intolerable refulgencia que tomó una forma circular, se convirtió en un arco, en un llameante cetro, y lanzó hacia nosotros un torrente de calor, como una flecha de fuego.

Aquello me hizo realmente el efecto de algo que me lastimara los ojos. Exhalé un grito, me di vuelta ciego, y saqué a tientas mi frazada de bajo el fardo.

Y con esa incandescencia nos llegó un sonido, el primer sonido de afuera que oíamos desde que abandonamos la tierra, un silbar y crujir, el tormentoso arrastre de las aéreas vestiduras del día creciente. Y con la llegada del sonido y de la luz la estera empezó a mecerse; ciegos y aturdidos, Cavor y yo, dando traspiés, chocábamos el uno con el otro. La esfera se tambaleó con más fuerza, y el silbido sonó más alto. Yo había cerrado los ojos por fuerza, y me desesperaba con torpes movimientos por cubrirme la cara con la frazada: en eso estaba, cuando el segundo vaivén de la esfera me hizo perder el equilibrio. Caí contra el fardo, y al abrir los ojos, alcance a echar una rápida ojeada al aire que rodeaba nuestra cubierta de vidrio: el aire corría, hervía, como nieve en la que se ha introducido un hierro candente. Lo que había sido aire sólido, se convirtió, repentinamente, con el contacto del sol, en una pasta, en un lodo, en una fangosa licuación, que silbaba en torbellinos de gas.

Sobrevino una sacudida de la esfera, aún más violenta, y nos agarramos el uno del otro. Un momento después, otra sacudida nos hizo rodar de nuevo; rodamos una y otra vez; yo estaba sin aliento. Erramos presa del día lunar; la luna iba a enseñarnos, a nosotros,

diminutos hombres, lo que era capaz de hacernos.

Lancé una segunda ojeada hacia las cosas de afuera: bocanadas de vapor, un lodo medio líquido, desprendido de todas partes, caía, se deslizaba. Nos quedamos a oscuras. Yo caí, con las rodillas de Cavor sobre el pecho. Luego, le sentí separarse de mí como arrojado, y durante un rato me quedé tendido, sin aliento, con la mirada fija hacia arriba. Un enorme alud de aquella materia que se derretía, había caído sobre nosotros, nos había sepultado, y ya se fundía rápidamente, se alejaba hirviendo. Mis ojos vieron los borbotones que bailaban sobre el vidrio. Mis oídos percibieron unas débiles exclamaciones de Cavor.

Después, otro enorme alud nos arrastró y, con ruido sordo, nuestra esfera empezó a rodar por una pendiente, a rodar cada vez más rápidamente saltando grietas y rebotando en cumbres, más y más velozmente, hacia el Oeste, al ardiente, hirviente tumulto del día lunar.

Aferrados, el uno al otro, rodábamos nosotros adentro, dando contra éste o el otro lado, con el fardo de nuestros equipajes saltando hacia nosotros, y golpeándonos. Nos soltábamos, nos volvíamos a agarrar, rodábamos otra vez aparte el uno del otro, nuestras cabezas chocaban, ¡y el universo entero estallaba en ardientes dardos y estrellas! En la tierra, nos habríamos aplastado el uno al otro una docena de veces; pero en la luna, felizmente para nosotros, nuestro peso era sólo la sexta parte de lo que es en la tierra, y cuando caíamos nos causábamos poco daño. Recuerdo una sensación de horrible malestar, algo como si los sesos se me voltearan dentro del cráneo, y después...

Sentí algo extraño en la cara, unas cosas delgadas me apretaban por detrás de las orejas. Luego descubrí que el brillo del paisaje que nos rodeaba estaba mitigado por unos anteojos azules. Cavor se inclinaba hacia mí, y vi su rostro cerca del mío, con los ojos también protegidos por anteojos ahumados. Su respiración era agitada, y su labio sangraba por efecto de un golpe.

—¡Mejor! —me dijo, enjugándose la sangre con el dorso de la mano.

Durante un rato me pareció que todo se ladeaba; pero era sólo el efecto de mi aturdimiento. Noté que Cavor había cerrado alguna de las celosías de la cubierta exterior de la esfera para preservarme del

fulgor directo del sol. Me di cuenta de que todo en torno nuestro estaba en extremo brillante.

—¡Dios! —balbuceé—. ¿Qué veo?...

Alargué el cuello para ver: un resplandor enneguecedor brillaba afuera, completa transición de la lóbrega obscuridad de mis últimas impresiones.

—¿He estado sin sentido mucho tiempo? —le pregunté.

—No sé... el cronómetro está roto. Un buen rato... ¡Querido amigo! ¡Qué miedo he tenido!

Me quedé así echado un rato, reflexionando. Vi que el rostro de Cavor conservaba aún señales de emoción. Transcurrieron unos momentos, y nada dije. Me pasé una mano escudriñadora por sobre las contusiones, y examiné la cara de mi amigo, en busca de daños semejantes. El reverso de mi mano derecha había sufrido más que el resto de mi cuerpo: la piel había sido arrancada, una parte de la mano estaba en carne viva. En la frente me toqué varias lastimaduras que sangraban.

Cavor me puso en la mano un frasquito que contenía un poco del cordial —de su nombre no me acuerdo—, que formaba parte de nuestras provisiones. Después de un rato me sentí algo mejor. Empecé a estirar las piernas y los brazos, cuidadosamente. Pronto pude hablar.

—No hubiera sido bueno desembarcar —dije. Como si no hubiese mediado intervalo alguno en nuestra conversación.

—¡No, no hubiera sido bueno!

Cavor meditaba, con las manos colgando sobre sus rodillas. Echó una ojeada a través del vidrio y luego me miró.

—¡Buen Dios! —dijo—. ¡No!

—¿Qué ha sucedido? —pregunté, al cabo de un momento—. ¿Hemos saltado a los trópicos?

—Ha sucedido lo que yo esperaba. El aire, se ha evaporado..., si es aire... Sea lo que fuere, se ha evaporado, y la superficie de la luna aparece ahora. Yacemos en un banco de rocas de calidad terrestre. A trechos, se ve el suelo desnudo, una curiosa especie de suelo.

Cavor pensó que era innecesario, entrar en explicaciones. Me ayudó a sentarme, y entonces pude ver con mis propios ojos.

(VIII)

Una mañana lunar

La cruda acentuación, el implacable blanco y negro del escenario, habían desaparecido completamente. El resplandor del sol había, adquirido un ligero tinte ambarino; las sombras de las alturas de la pared del cráter tenían un subido color purpúreo. Por el Este, una oscura masa de niebla se aferraba todavía a las rocas y se ocultaba del sol, pero hacia el Oeste el cielo estaba azul y claro. Yo empecé a darme cuenta de la duración de mi desmayo.

No estábamos ya en el vacío: aviase formado una atmósfera en torno nuestro. Los contornos de las cosas habían adquirido mayor firmeza, eran más agudos y variados: salvo unas manchas de substancia blanca que aparecían aquí y allá, substancia que no era ya aire sino nieve, el aspecto ártico del paisaje había desaparecido totalmente.

Por todas partes, anchos espacios de un terreno desnudo, quebrado, y de un color moreno, se extendían bajo el fulgor del sol. De trecho en trecho, al pie de los montículos de nieve, se veían lagunas y pequeñas corrientes de agua, única cosa que se movía en aquel vasto desierto. El sol inundaba las dos terceras partes superiores de nuestra esfera y elevaba nuestra temperatura a un verano riguroso; pero nuestros pies estaban aún en la sombra y la esfera yacía en un lecho de nieve.

Y esparcidos aquí y allá por la falda de la montaña, y acentuados por blancos y delgados hilos de nieve todavía dura, adherida a sus lados aún sumidos en la sombra, véanse unos como palos, palos secos y torcidos, del mismo color mohoso que las rocas sobre las cuales yacían. ¡Palos! ¿En un mundo sin vida? Luego, cuando mi vista fue acostumbrándose más a la forma exterior de aquella substancia, observé que casi toda esa superficie tenía un tejido fibroso, como la capa de agujas de color oscuro que se encuentra bajo la sombra de los pinos.

—¡Cavor! —dije.

—¿Qué?

—Éste puede ser ahora un mundo muerto... pero antes...

Una cosa atrajo mi atención. Entre aquellas agujas había descubierto una cantidad de objetos pequeños y redondos y me pareció que uno de ellos se movía.

—Cavor —dije, en voz baja.

—¿Qué?

Pero no contesté en seguida.

Fijé en la cosa una mirada incrédula. Por un instante no pude dar crédito a mis ojos. Después, lancé un grito inarticulado y tomé del brazo a Cavor, señalando con el dedo:

—¡Mire usted! —exclamé por fin, recuperando el uso de la palabra—. ¡Allí! ¡Sí! ¡Y allá!

Sus ojos seguían la dirección indicada por mi dedo.

—¿Eh? —decía.

¿Cómo describir lo que vi? ¡Es una cosa tan insignificante el decirla ahora, pero entonces parecía tan maravillosa, tan conmovedora! He dicho ya que entre esa especie de palos estaban aquellos cuerpos redondos, aquellos cuerpecitos ovalados que podían haber pasado por menudos guijarros. Y de repente, primero uno, y luego otro, se habían movido, habían rodado y se habían rajado, y por entre la rajadura cada uno de ellos mostraba una diminuta línea de color verde amarillento, que avanzaba hacia afuera a encontrar el cálido aliento del nuevo sol. Pasó un rato, y luego un tercer objeto redondo se movió y reventó.

—Es una semilla —dijo Cavor; y en seguida le oí murmurar, muy quedo: ¡*Vida!*

¡*Vida!* E inmediatamente nos invadió la idea de que nuestro largo viaje no había sido hecho en vano, que no habíamos ido a encontrarnos con un árido montón de minerales, sino con un mundo que vivía y se movía. Ambos mirábamos intensamente. Recuerdo de que yo frotaba con la manga el vidrio delante de mí, temeroso del menor resto de humedad.

El cuadro era claro y vívido sólo en el centro del terreno: en todo lo demás, la curvatura del vidrio agrandaba y daba torcidas formas a las fibras muertas y a las semillas. ¡Pero lo que alcanzábamos a ver era bastante! Uno después de otro, en toda la

parte en que daba el sol, aquellos milagrosos cuerpecitos morenos reventaron y se quedaron abiertos, como vainas de semillas, como frutas agrietadas: abrían ansiosas bocas que bebían el calor y la luz arrojados a torrentes por el naciente sol.

A cada momento se abrían nuevas cajas de semillas, y apenas lo hacían su hinchado contenido se desbordaba por la abertura y pasaba al segundo período del crecimiento. Con seguridad plena, con rápido avance, las asombrosas semillas apuntaban una raicilla hacia la tierra, y un raro capullo, de forma redonda, al aire libre. En poco rato, toda la pendiente estuvo llena de minúsculas plantas que se erguían ufanas con el ardor del sol.

No permanecieron erguidas mucho tiempo. Los capullos redondos se hincharon, se estiraron y se abrieron con un estremecimiento, y entonces quedó en descubierto una coronilla de puntitas agudas, y bajo de esta corona se desparramó una frondosidad de hojitas delgadas, puntiagudas, de color oscuro, que se alargaron rápidamente, se alargaron visiblemente, allí, ante nuestros ojos. El movimiento era más lento que el de cualquier animal, más rápido que el de cualquier planta que yo hubiera visto antes. ¿Cómo podría explicar a ustedes cómo se efectuaba el crecimiento? Las puntas de las hojas crecían tan pronto, que las veíamos avanzar. La morena cubierta de la semilla se encogía y era absorbida con igual rapidez.

¿Alguna vez, en un día frío, ha tomado usted en su mano caliente un termómetro, y observado la ascensión del pequeño hilo de mercurio por el tubo? Así crecían esas plantas de la luna.

En pocos minutos, tal como los veíamos, los capullos de las más avanzadas de aquellas plantas se habían alargado y convertido en un tallo, y de éste salía ya una segunda serie de hojas; toda la inclinada, planicie que hasta poco antes parecía una muerta faja de tierra pedregosa, estaba ya cubierta de esa creciente hierba, de color aceitinado, formada por infinito número de espigas estremecidas por el vigor de su naciente vida.

Me volví a un lado y ¡hola! En el borde superior de una roca situada al Este, aparecía un ribete igual: las plantitas habían crecido apenas un poco menos, estaban ladeadas, inclinadas, y su color oscuro resaltaba más sobre el enneguecedor fondo del fulgor solar. Y más allá de ese reborde se alzaba el perfil de una planta alta, que

extendía unas groseras ramas parecidas a las de un cactus, y se hinchaba visiblemente, se hinchaba como una vejiga que alguien llenara de aire.

En seguida, por el Este descubrí también otra forma semejante a aquélla, que se alzaba de la hierba. Pero allí la luz caía sobre sus lisos costados, y me permitía ver que su color tenía un vivo tinte anaranjado. Crecía a vista de ojos; y si apartábamos éstos durante un minuto y la mirábamos de nuevo, su perfil había cambiado: sus ramas eran entonces obtusas, pesadas, hasta que, poco rato después, aparecía toda entera como un coral de varios pies de alto. Comparado con semejante crecimiento el del terrestre «licoperdón», que a veces gana en diámetro un pie en una sola noche, sería un miserable paso de tortuga, pero hay que tener en cuenta que el «licoperdón», al crecer, lucha contra la fuerza de atracción de la tierra, que es seis veces mayor que la de la luna. Más lejos, de zanjás y mesetas que habían estado ocultas a nuestros ojos, pero no al presuroso sol, por sobre cuchillos y promontorios de brillante roca, un tupido brote de esbelta pero carnosa vegetación se estiraba de un modo visible apresurándose tumultuosamente a aprovechar del breve día en que debía florecer, dar fruto, semillar otra vez y morir. Aquel crecimiento era como un milagro: ¡así —bien puede imaginarse—, se levantaron los árboles y las plantas en la creación, y cubrieron la desolación de la tierra recién creada!

¡Imagináoslo! ¡Imaginaos ese amanecer! La resurrección del aire, helado, el despertar y la prisa del suelo, y luego aquel silencioso surgimiento de la vegetación, aquella extraterrestre ascensión de espigas y hojas. Concedid todo aquello alumbrado por un fulgor que haría parecer acuosa y débil la más intensa luz del sol en la tierra. Y sin embargo, entre aquella naciente selva, en cualquier punto que se hallara aún en la sombra, se veía un banco de azulada nieve. Para darse, por último, una idea exacta de nuestra impresión completa, el lector debe recordar que todo lo veíamos a través de un espeso vidrio, curvo, que deformaba las cosas como las deforma un lente, precisas sólo en el centro del cuadro, y allí muy claras, pero hacia los bordes agrandadas y despojadas de realidad.

(IX)

Empezamos a escudriñar

Por el momento, cesamos de mirar, y nos volvimos el uno hacia el otro, con el mismo pensamiento, la misma pregunta en los ojos: para que esas plantas crecieran, allí debía haber aire, por muy atenuado que fuera, aire que nosotros también podríamos respirar.

—¿Abrimos la entrada? —pregunté.

—Sí —contestó Cavor—; así veremos si hay aire.

—Dentro de un momento —dije—, esas plantas serán tan altas como nosotros. Supongamos... supongamos, al fin y al cabo... ¿Es positiva nuestra teoría? ¿Cómo sabremos que eso es aire? Puede ser nitrógeno, hasta puede ser ácido carbónico.

—La prueba es fácil —me contestó Cavor, y se dispuso a hacerla.

Sacó del fardo un largo trozo de papel, lo arrugó, lo encendió, y lo arrojó precipitadamente por la válvula de la tapa de la entrada. Me incliné hacia adelante y seguí con la vista, a través del espeso vidrio, a la pequeña llama cuya vida iba a probar tantas cosas.

Vi que el papel caía y se posaba ligeramente sobre la nieve. La roja llama que lo quemaba se desvaneció. Durante un momento pareció haberse extinguido completamente el fuego... pero a poco vi una delgada lengua azul en la orilla del papel, que tembló, chisporroteó y se extendió.

Poco a poco todo el papel, salvo la parte que se hallaba en contacto inmediato con la nieve, ardió, retorciéndose y enviando hacia arriba una temblorosa y delgada columna de humo. Ya no cabía duda: la atmósfera de la luna era, u oxígeno puro, o aire, y podía, por lo tanto, a menos que fuera demasiado tenue, sostener nuestras intrusas vidas. Podíamos salir de la esfera... ¡y vivir!

Me senté con las piernas puestas a uno y otro lado de la entrada, y me preparaba ya a destornillar la tapa, cuando Cavor me contuvo.

—Hay que tomar primero una pequeña precaución —me dijo.

Me explicó en seguida que, aunque afuera hubiese

evidentemente una atmósfera oxigenada, podía esta hallarse lo bastante enrarecida para causarnos graves perturbaciones: me recordó los mareos de montañas y las hemorragias que a menudo afligen a los aeronautas que ascienden con demasiada velocidad, y tardó un rato en la preparación de una nauseabunda bebida que insistió en hacerme compartir con él. Cuando la absorbí sentí un poco aturdido, pero no me causó otro efecto. Entonces, Cavor me permitió destornillar la tapa.

Al cabo de un momento estaba ya tan flojo el tornillo de ajuste de la tapa de vidrio, anterior a la de acero, que el aire de la esfera, más denso que el del exterior, empezó a escaparse por la espiral del tornillo, silbando como silba el agua de una tetera antes de hervir.

Cavor apenas lo observó, me hizo desistir; aparecía evidente que la presión era afuera mucho menor que adentro: en qué proporción era menor, no teníamos medios de comprobarlo.

Me quedé sentado, agarrando el tornillo con ambas manos, listo para ajustarlo de nuevo si, a despecho de nuestra intensa esperanza, la atmósfera lunar resultaba al fin demasiado enrarecida para nosotros, y Cavor con un cilindro de oxígeno comprimido, se preparaba a restaurar la presión del interior de la esfera. Nos miramos uno a otro en silencio, y luego contemplamos la vegetación que se mecía y crecía afuera, visiblemente y sin ruido. Y el temeroso silbido continuaba sin interrupción.

Los vasos sanguíneos empezaron a palpar en mis oídos, y el ruido de los movimientos de Cavor disminuyó. Noté cuán silencioso se volvía todo, por efecto del adelgazamiento del aire.

Al escaparse por el tornillo el aire interior, su humedad se condensaba en pequeños copos.

De repente sentí una peculiar falta de respiración —la cual duró, dicho sea de paso, todo el tiempo que estuvimos expuestos a la atmósfera exterior de la luna—, y una desagradable sensación en los oídos, las uñas, y la parte posterior de la garganta, que pasó al cabo de un momento.

Pero en seguida me acometieron un vértigo y náuseas que cambiaron bruscamente mis disposiciones de ánimo, haciéndome perder el valor. Di media vuelta al tornillo, y expliqué a Cavor rápidamente lo que me pasaba; pero me encontré con que era el más optimista de los dos. Me contestó con una voz que parecía

extraordinariamente leve y remota, efecto de la delgadez del aire que conducía el sonido: me recomendó un trago de *brandy*, y me dio el ejemplo. Cuando hube tomado el *brandy*, y me sentí mejor, volví a dar vuelta al tornillo hacia atrás. El zumbido de mis oídos, creció, y a poco noté que el silbido del aire de la esfera al precipitarse hacia afuera, había cesado.

—¿Y...? —me preguntó Cavor, con una sombra de voz.

—¿Y...? —le contesté.

—¿Salimos?

Yo me pregunté mentalmente: ¿Esto es todo lo que tiene que decirme?

—Si puede usted soportarlo —continuó.

Por toda respuesta, continué en mi tarea de destornillar. Desprendí el vidrio circular, y lo puse cuidadosamente sobre el fardo. Un largo copo de nieve se precipitó adentro y aquel aire tenue y extraño para nosotros se volatizó al tomar posesión de nuestra esfera. Me arrodillé primero, después me senté al borde del hueco de entrada, y miré por encima de la esfera: debajo de ésta, a una yarda de mi cara, había una capa de nieve lunar, protegida del sol por la esfera misma.

Hubo un momento de silencio. Nuestros ojos se encontraron.

—¿No tiene usted demasiada dificultad para respirar? —dijo Cavor.

—No —contesté—. Puedo soportarla.

Extendió el brazo, tomó su frazada, metió la cabeza por el agujero del centro, y se envolvió bien con toda la manta. En seguida se sentó en el borde de la entrada y dejó caer los pies hacia afuera, hasta que quedaron a seis pulgadas de la nieve lunar. Vaciló un momento: después se lanzó adelante, salvó las seis pulgadas de distancia, y sus pies fueron los primeros pies humanos que pisaron el suelo de la luna.

Dio unos pasos hacia adelante, y la curva del vidrio reflejó grotescamente su figura. Se detuvo, miró un momento a un lado y otro; luego se recogió y saltó.

El vidrio lo desfiguraba todo, pero aun así me pareció que aquel salto había sido extremadamente grande. Un solo brinco lo había llevado a un punto remoto: parecía hallarse a veinte o treinta pies de distancia. Estaba parado allá arriba, en lo alto de una enorme

roca, y gesticulaba en mi dirección. Tal vez gritara, pero el sonido no llegaba a mis oídos. Mas ¿cómo diablos había hecho aquello? Mi impresión era en ese momento la de una persona que acaba de ver una nueva prueba de magia.

Todavía embargado por el asombro, me arrojé yo también fuera de la esfera. Me quedé parado un momento. Delante de mí, la nieve se había derretido, dejando una especie de canal. Di un paso y salté.

Me encontré volando a través del espacio, vi que la roca en que Cavor estaba me salía al encuentro, me agarré a ella, y quedé prendido de su borde, en un estado de infinito espanto. Quise reírme, y mi risa fue una dolorosa mueca. Hallábame en una tremenda confusión. Cavor se inclinó hacia mí y, con voz que más parecía un silbido, me dijo que tuviera cuidado. Yo había olvidado que en la luna, que tiene sólo una octava parte de la masa de la tierra y un cuarto de su diámetro, mi peso era escasamente un sexto del que era en la tierra. Y en aquel momento, los hechos se encargaban de recordármelo.

—Ahora estamos fuera de los lazos de la Madre Tierra —me dijo Cavor.

Con cauteloso esfuerzo me alcé hasta lo alto de la peña y, moviéndome tan cuidadosamente como un reumático, me paré al lado de Cavor, bajo el fulgor del sol. La esfera yacía tras de nosotros, en su cama de nieve, a treinta pies de distancia.

En toda la extensión que los ojos podían abarcar por sobre el enorme desorden de rocas que formaban el suelo del cráter, veíamos la misma vegetación espinosa que nos rodeaba, nacía y crecía, interrumpida, aquí y allá por abultadas masas de forma de cactus, y líquenes rojos y purpurinos creciendo tan rápidamente que parecían encaramarse por las rocas. El área entera del cráter, me pareció entonces un desierto igual hasta el mismo pie de la montaña que nos rodeaba.

La montaña aparecía desnuda de vegetación, salvo en su base, y de arriba a bajo sobresalían estribos, rellanos y plataformas que en aquellos momentos no llamaron mucho nuestra atención. Por todos lados llegaba a varias millas de distancia —y nosotros, al parecer, nos hallábamos en el centro del cráter—, y la veíamos a través de una especie, de neblina empujada por el viento. Efectivamente, ya había hasta viento en el tenue aire, viento rápido y al mismo tiempo

débil, que daba mucho frío pero ejercía poca presión: soplabá, al parecer, en torno del cráter, desde la brumosa oscuridad de un lado, hasta el otro lado caliente e iluminado por el sol. Era difícil ver por entre aquella niebla viajera, y la terrible intensidad del inmóvil sol nos hacía poner las manos a guisa de pantalla sobre los ojos, para poder mirar.

—Parece que está desierta —dijo Cavor—; absolutamente despoblada.

Miré otra vez en torno mío. Hasta entonces abrigaba una postrera esperanza en hallar alguna evidencia casi humana, ver alguna techumbre de casa, alguna fábrica o máquina; pero doquiera que se mirara, extendíanse las desordenadas rocas, picos y crestas, y las puntiagudas espigas y los panzudos cactus que se hinchaban e hinchaban, negación terminante, según parecía, de tales esperanzas.

—Parece que esas plantas nacen y viven para sí mismas —dije—. No veo señal de otra, cosa viviente.

—¡Ni insectos..., ni aves..., nada! Ningún rastro, ni un signo de vida animal. Si hubiera animales... ¿qué harían en la noche?... No; lo único que hay son esas plantas.

Volví a ponerme la mano como pantalla y miré.

—Éste es un paisaje de sueño: esas cosas son menos semejantes a las plantas del suelo de la tierra, que las que uno imagina entre las rocas del fondo del mar. ¡Mire usted eso, allá! Se le podría tomar por un lagarto convertido en planta. ¡Y este sol de fuego!

—Todavía estamos en la frescura de la mañana —dijo Cavor.

Suspiró y miró en torno suyo.

—Éste no es un mundo para hombres —dijo—. Y sin embargo, en cierto modo... atrae.

Permaneció en silencio un momento, y luego comenzó la canturía con que acompañaba sus meditaciones.

Un suave contacto en el pie me hizo estremecer: miré, y vi una delgada rama de lívido liquen que subía por sobre mi zapato. La rechacé de un puntapié, cayó hecha polvo, y cada fragmento recommenzó a crecer. Oí una aguda exclamación de Cavor, volví los ojos, y noté que una de las bayonetas de la legión de espigas le había pinchado.

Cavor vaciló, sus ojos escudriñaron la roca en torno nuestro. Un repentino resplandor rojo había inundado una desgarrada columna

de peñascos: era un rojo extraordinario, un lívido carmesí.

—¡Mire usted! —dije, volviéndome.

Pero la sangre se me heló: ¡Cavor había desaparecido!

Durante un instante me quedé petrificado. Después di un paso rápido, para mirar por el borde de la roca; pero, en mi sorpresa por su desaparición, olvidé una vez más que estábamos en la luna. El impulso que di a mi pie para avanzar, me habría llevado, en la tierra, a una yarda de distancia: en la luna me llevó a seis yardas... o sea cinco yardas más allá del borde. Por el momento, la cosa tenía algo de efecto de esas pesadillas en que uno cae y cae, pues al caer, en la tierra, uno recorre diez y seis pies en el primer segundo, y en la luna recorre dos, y sólo con la sexta parte de su peso real. Caí, o mejor dicho, brinqué hacia abajo, supongo que unas diez yardas. El tiempo me pareció bastante largo, unos cinco o seis segundos, según calculo ahora. Floté por el aire y caí como una pluma, hundiéndome hasta la rodilla en un charco de nieve derretida, formado en el fondo de una barranca de rocas de color gris azul, vetado de blanco.

Miré alrededor.

—¡Cavor! —grité; pero Cavor no estaba a la vista.

—¡Cavor! —grité más alto, y las rocas me devolvieron el eco.

Me volví enfurecido hacia las rocas y las escalé hasta su cúspide.

—¡Cavor! —grité.

Mi voz sonaba como el balido de un cordero perdido.

La esfera no estaba tampoco a la vista, y por un momento me oprimió el corazón un horrible desconsuelo.

Pero en seguida vi a Cavor. Se reía, y gesticulaba para llamarme la atención. Estaba en una pelada roca, a veinte o treinta yardas de distancia. Yo no podía oír su voz, pero sus ademanes me decían: «¡Salte!». Yo vacilé, pues la distancia parecía enorme; pero luego reflexionó que sería, seguramente, capaz de atravesar una distancia mayor que la saltada por Cavor.

Di un paso atrás, me recogí, y salté con todas mis fuerzas. Me pareció que me disparaba en el aire para no caer jamás...

Aquello fue horrible y delicioso; era estar despierto en una pesadilla, al volar por los aires en semejante forma. Comprendí que mi salto había sido demasiado violento. Pasé por encima de la cabeza de Cavor, y noté gran confusión en las plantas de una

especie de meseta, y que se abrían para recibirme. Di un alarido de alarma, puse las manos delante, y estiré las piernas.

Caí en una abultada masa fangosa que reventó toda en torno mío, esparciendo a derecha o izquierda, atrás y delante, una cantidad de esporos anaranjados y cubriéndome de un polvo del mismo color. Rodé por encima, acabando de molerlas, y por fin me quedé quieto, aunque agitado por una risa convulsiva que me quitaba la respiración.

La carita redonda de Cavor asomó por sobre las puntas de unas espigas. A gritos me preguntaba algo, pero yo no oí lo que me decía.

—¿Eh? —Traté de gritar; pero no pude hacerlo, por falta de respiración.

Entonces Cavor se me acercó, abriéndose paso entre los matorrales.

—¡Tenemos que ser precavidos! —dijo—. La luna no nos guarda consideración, y dejará que nos hagamos tortilla.

Me ayudó a levantar.

—Se esforzó usted demasiado —dijo—, sacudiendo mis ropas con la mano, para desembarazarlas de aquella cosa amarilla.

Permanecí quieto, jadeante, dejándole expulsar la jalea amarilla de mis rodillas y hombros, y darme una lección basada en mi infortunio.

—No nos hemos preocupado bastante de la ley de gravitación. Nuestros músculos están todavía muy poco habituados a este ambiente. Necesitamos ejercitarlos un poco, y lo haremos cuando usted haya recuperado el aliento.

Me extraje de la mano dos o tres pequeñas espinas, y me senté un rato en una peña saliente. Los músculos me palpitaban, y experimentaba el sentimiento de personal desilusión que invade, en la tierra, al ciclista aprendiz cuando sufre la primer caída.

A Cavor se le ocurrió de improviso que el aire frío del barranco, después de haber estado en el calor del sol, podría darme fiebre. Trepamos, pues, las rocas, hasta hallarnos en el sol. Aparte de pequeñas contusiones y rasguños, la caída no me había causado daño, comprobado lo cual, nos pusimos, por indicación de Cavor, a buscar con la mirada un lugar al que me fuera posible saltar otra vez, sin peligro y fácilmente. Elegimos una meseta de roca, situada

a unas diez yardas y separada de nosotros por un bosquecillo de espigas de color aceitunado.

—¡Imagínese usted que la meseta está aquí! —me dijo Cavor, que asumía la actitud de un maestro, y me señaló un punto a unos cuatro pies de las puntas de mis zapatos.

Salté, y caí bien, y debo confesar que sentí cierta satisfacción al ver que Cavor se quedaba corto, un pie, más o menos, y probaba los pinchazos de las espinas.

—Hay que tener cuidado ¿lo ve usted? —me dijo, arrancándose las espinas, y con eso cesó de ser mi mentor para ser mi compañero de aprendizaje en el arte de la locomoción lunar.

Escogimos otro salto, más fácil aún, y después saltamos otra vez al punto de partida, y del uno al otro varias veces, acostumbrando así nuestros músculos al nuevo ambiente. Nunca habría creído, a no haberlo experimentado por mí mismo, que nuestra adaptación sería tan rápida: en un tiempo verdaderamente muy corto, en menos de treinta saltos, pudimos calcular el esfuerzo necesario para una distancia, casi con la seguridad que habríamos tenido en la tierra.

Y durante todo ese tiempo, las plantas lunares crecían en torno nuestro, a cada momento más altas, más tupidas y más enredadas, a cada instante más gruesas y firmes; plantas espigosas, racimos verdes de cactus, plantas fungosas, carnosas, «liquinosas» de extrañas radiaciones y sinuosas formas; pero estábamos tan absortos en nuestros saltos, que durante un rato no observamos su incesante expansión.

Una extraordinaria exaltación se había apoderado de nosotros, creo que, en parte, por nuestro sentimiento de libertad fuera del recinto de la esfera, pero principalmente, sin duda, por la suavidad tenue, del aire que, estoy seguro de ello, contenía una proporción de oxígeno mucho mayor que nuestra atmósfera terrestre. A despecho de las extrañas condiciones del medio en que nos encontrábamos, yo me sentía tan dispuesto a las aventuras y a osarlo todo, como un muchacho que se ve por primera vez entre montañas, y no creo que a ninguno de los dos se nos ocurriera, aunque nos hallábamos cara a cara con lo desconocido, sentir miedo en demasía.

Un espíritu de empresa nos aguijoneaba. Escogimos un cerro «liquinoso», situado como a quince yardas de nosotros, y fuimos a

posarnos limpiamente en su cumbre, el uno tras del otro.

—¡Bueno! —nos gritamos mutuamente.

—¡Bueno!

Y Cavor dio tres pasos y saltó hacia un tentador banco de nieve que quedaba a veinte o más yardas de nuestro cerro. Yo me quede un momento inmóvil, divertido con el grotesco efecto de su ascendente figura, con su gorra sucia de *cricket*, sus cabellos tiesos, su cuerpecito redondo, sus brazos, y sus piernas forradas en unos calzones cortos, encogidos y apretados, como agarrándose al espacio en aquel panorama lunar. Un acceso de risa se apoderó de mí, y en seguida me lancé tras de él... ¡Plum! Caí a su lado.

Dimos unos cuantos pasos de «Gargantúa», saltamos dos o tres veces más, y nos sentamos por último en un recodo cubierto de liquen. Nos dolían los pulmones. Durante un rato quedamos oprimiéndonos los costados y tratando de recuperar el aliento, el uno contemplando al otro. Cavor jadeó algo sobre «asombrosas sensaciones,» y en ese momento me vino a la cabeza una idea, al principio no como un pensamiento particularmente aterrador, sino sólo como una pregunta que surgía naturalmente de nuestra situación.

—A propósito —dije—: ¿dónde está exactamente, la esfera?

Cavor me miró.

—¿Eh?

El significado completo de la cuestión invadió agudamente mi cerebro.

—¡Cavor! —grité poniéndole una mano en el brazo—: ¿dónde está la esfera?

Perdidos en la Luna

El rostro de Cavor expresó algo parecido al pánico.

Mi compañero se puso de pie y miró en tomo suyo por la hierba que nos rodeaba, que en algunos puntos se alzaba casi a la altura de nuestras cabezas, estirándose rápidamente, en una fiebre de crecimiento. Se puso la mano en los labios con ademán de duda, y en seguida habló, pero con una repentina falta de seguridad.

—Creo —dijo lentamente—, que la dejamos allí..., por allá...

Señalaba con un dedo vacilante, que describía un arco al buscar el punto en que podía estar la esfera.

—No estoy seguro... —Y su consternación aumentaba—. De todos modos no tenemos por qué tener miedo.

Y fijó los ojos en mí.

Yo también me había levantado. Los dos hacíamos ademanes sin sentido alguno, nuestros ojos escudriñaban la vegetación que crecía y se espesaba a nuestro derredor.

En todo lo que la vista abarcaba de las vertientes y mesetas bañadas de sol, subían y subían las tias espigas, los hinchados cactus, los trepadores líquenes, y doquiera que continuaba la sombra, quedaba también la nieve. Al Norte, al Sur, al Este, al Oeste, se extendía una idéntica monotonía de formas extrañas para nosotros.

Y en algún lugar de por allí, sepultada en aquella enmarañada confusión estaba nuestra esfera, nuestro hogar, nuestro único recurso, nuestra sola esperanza de escapamos del fantástico desierto, lleno de efímera vida vegetal, a que tan inconsideradamente nos habíamos lanzado.

—Creo, pensándolo bien —dijo Cavor señalando de improviso en una dirección—, que debe estar allí.

—¡No! —contesté—. Hemos venido a dar aquí haciendo una curva. ¡Vea usted! Ésa es la huella de mis pies: claro está que la

esfera debe hallarse mucho más al Este, mucho más. ¡No!, debe estar por allá.

—Yo *creo* —dijo Cavor—, que he tenido continuamente el sol a la derecha.

—A mí *me parece* —replique—, que a cada salto que daba, mi sombra volaba delante de mí.

Nos miramos uno a otro en los ojos. El área del cráter había llegado a ser enormemente vasta en nuestras imaginaciones, la creciente vegetación se había convertido ya en una selva impenetrable.

—¡Cielos! ¡Qué tontos hemos sido!

—Es evidente —contestó Cavor—, que necesitamos encontrar la esfera, y pronto. El calor del sol aumenta cada vez más, ya nos habría hecho caer desmayados si no fuera por la sequedad de la atmósfera. Y... tengo, hambre.

Yo lo miré con espanto. Hasta ese momento no había pensado en aquella faz de la cuestión, pero instantáneamente me asaltó la misma necesidad en la forma de un gran ahuecamiento del estómago.

—Sí —dije, con énfasis—; yo también tengo hambre.

Cavor se irguió con una expresión de enérgica decisión.

—Tenemos que encontrar la esfera —dijo.

Con tanta calma cuanta era posible escudriñamos los interminables arrecifes y montículos que formaban el suelo del cráter, pesando ambos en silencio nuestras probabilidades de encontrar la esfera antes de que nos vencieran el calor y el hambre.

—No puede estar a más de cincuenta yardas de aquí —dijo Cavor, con indecisos ademanes—. Se trata únicamente de buscar y buscar en este radio hasta hallarla.

—Eso es todo lo que podemos hacer —dije, pero sin el menor entusiasmo por la caza que íbamos a comenzar—. ¡Ojalá no crecieran tan rápidamente estas malditas espigas!

—Eso digo yo —replicó Cavor—; pero la esfera quedó sobre un montón de *nieve*.

Miré en tomo, con la llana esperanza de reconocer algún picacho o grupo de rocas cerca del cual hubiera estado la esfera; pero por todas partes se veía la misma semejanza confusa, los mismos expansivos matorrales, los hinchados cactus, los blancos montones

de nieve que segura, inevitablemente, se iban derritiendo. El sol quemaba, nos abrumaba, y la debilidad producida por un hambre intempestiva, se mezclaba con nuestra infinita perplejidad. Y todavía estábamos allí, confundidos y perdidos entre aquellas cosas tan sin precedente en nuestra vida, cuando oímos por primera vez en la luna un sonido diferente del movimiento de las crecientes plantas, del débil susurrar del viento, o de los ruidos que nosotros hacíamos.

¡Bum!... ¡Bum!... ¡Bum!...

Aquel sonido se oía bajo nuestros pies, brotaba de la tierra. Nos parecía oír con los pies tanto como con los oídos. Su sorda repercusión llegaba amortiguada por la distancia, aumentada por la dura calidad de la substancia intermediaria. No puedo imaginarme, sonido alguno que hubiera podido asombrarnos más, o cambiar más completamente la condición de las cosas que nos rodeaban, pues aquel ruido hondo, bajo y persistente, parecía no poder ser otra cosa que las campanadas de algún gigantesco reloj enterrado.

¡Bum!... ¡Bum!... ¡Bum!...

Sonido sugerente de tranquilos claustros, de noches de insomnio en grandes ciudades, de vigiliás y de la hora esperada, de todo lo que es ordenado y metódico en la vida, resonando, impresionante y misterioso, en aquel fantástico desierto. A la vista nada había cambiado: el triste mar de matorrales y cactus se mecía silenciosamente bajo el impulso del viento que llegaba sin interrupción y recto desde las distantes paredes del cráter; el firmamento tranquilo, oscuro, continuaba vacío sobre nuestras cabezas; el sol se elevaba, ardiente, y por entre todo aquello, una advertencia, una amenaza, surgía junto con el enigmático sonido.

¡Bum!... ¡Bum!... ¡Bum!...

Ambos empezamos a dirigirnos preguntas el uno al otro, en voz débil, casi extinguida.

—¿Un reloj?

—¡Parece un reloj!

—¿Qué es?

—¿Qué puede ser?

—Contemos —propuso Cavor; pero era tarde, pues apenas hubo pronunciado esta palabra, el sonido cesó.

El silencio, el rítmico desconsuelo del silencio, fue para nosotros

un nuevo choque. Durante un momento podíamos dudar de si habíamos oído tal sonido, ¡y también de si no continuaba todavía! ¿Había oído yo algún sonido?

Sentí la presión de la mano de Cavor en el brazo, y oí su voz. Hablaba quedo, como si temiera despertar algo que estuviera dormido allí cerca.

—Mantengámonos juntos —murmuró—, y busquemos la esfera. Tenemos que volver a la esfera. Eso es lo primero en que debemos pensar.

—¿Por qué lado iremos?

Mi pregunta le hizo vacilar. Una intensa persuasión de presencias, de cosas que no veíamos en tomo nuestro, cerca de nosotros, dominaba en nuestros cerebros. ¿Qué podían ser esas cosas? ¿Dónde podían estar? ¿Era aquel árido desierto, alternativamente helado y calcinado, sólo la cubierta exterior, la máscara de algún mundo subterráneo? Y si así era, ¿qué clase de mundo sería aquél? ¿Qué clase de habitantes eran los que podían en ese mismo instante surgir a nuestro alrededor?

Y de repente, atravesando el doloroso silencio, tan vívido y repentino como un inesperado trueno, resonó un chasquido estrepitoso, como si se hubieran abierto de golpe unas grandes puertas de metal.

Aquel miedo detuvo nuestros pasos. Nos quedamos parados, jadeantes y abrumados. Cavor se deslizó hasta tocarme.

—¡No entiendo! —susurró junto a mi cara.

Blandía el brazo vagamente hacia el cielo, vaga sugestión de pensamientos aún más vagos.

—¡Un escondrijo! Si algo viene...

Miré en tomo nuestro, y con un movimiento de cabeza asentí a lo que decía.

Echamos a andar, moviéndonos lentamente, con las más exageradas precauciones para no hacer ruido. Nos dirigimos a un bosquecillo espeso. Un estrépito como el de grandes martillos que golpearan en una caldera, nos hizo apresurar el paso.

—Arrastrémonos —susurró Cavor.

Las hojas más bajas de las plantas-bayonetas, ya cubiertas por la sombra de otras nuevas que habían brotado arriba, comenzaban a marchitarse y encogerse, lo que nos permitió abrimos paso por

entre la tupida maleza sin sufrir ningún daño serio: un pinchazo en la cara o en el brazo no nos importaba. En el centro del bosquecillo me detuve y miré jadeante la cara de Cavor.

—Subterráneo —murmuró éste—. Abajo.

—Pueden venir arriba.

—¡Tenemos que encontrar la esfera!

—Sí —dije yo—; pero ¿cómo?

—Avancemos así, arrastrándonos, hasta que demos con ella.

—Pero ¿y si no la hallamos?

—Nos mantendremos escondidos. Vemos que cosa es...

—No nos apartemos —dije.

Cavor reflexionaba.

—¿Por qué lado iremos?

—Confiémonos a la casualidad.

Escudriñamos con la vista por un lado y otro. Después, con mucha circunspección, empezamos a arrastrarnos a través de la selva recién formada, describiendo, tanto como podíamos trazarlo, un circuito; deteniéndonos a cada movimiento de una rama, a cada sonido, con la atención siempre fija en la esfera de la que tan tontamente habíamos salido. De rato en rato seguían llegando hasta nosotros, de abajo de la tierra, rumores de golpes, de choques, de sonidos mecánicos, extraños, inexplicables, y también de vez en cuando creíamos oír algo, un débil arrastrar tumultuoso, que nos llegaba por el aire. Atemorizados como estábamos, no intentamos siquiera buscar un punto culminante para desde allí observar lo que pasara en toda la superficie del cráter. El tiempo transcurría, y nada veíamos de los seres cuyos ruidos nos llegaban tan abundantes y persistentes, y a no haber sido por la debilidad que nos causaba el hambre y por la sed que nos secaba la garganta, aquella marcha a gatas en que estábamos empeñados habría tenido el carácter de un sueño muy vívido, tan absolutamente ajeno a la realidad era. El único elemento con algo de real eran los ruidos.

—¡Figuráoslo! En nuestro derredor aquella selva de un país de sueños, con sus silenciosas hojas —bayonetas apuntando por sobre nuestras cabezas, y los líquenes silenciosos, animados, dorados a trechos por el sol, bajo nuestras manos y rodillas, agitándose con el vigor de su crecimiento, como se agita una alfombra cuando el viento entra por debajo. De vez en cuando, uno de los hinchados

capullos, abriéndose y extendiéndose al calor del sol parecía estallar sobre nosotros.

De rato en rato, alguna nueva forma, de color vivísimo, llenaba un espacio entre las hojas. Las células de que brotaban esas plantas no eran mayores que mi dedo pulgar, y parecían globitos de vidrio pintado. Y todas esas cosas estaban saturadas del implacable fulgor del sol, nosotros las veíamos desde abajo sobre el fondo de un cielo azul negruzco, tachonado aún, no obstante el sol, por unas cuantas, estrellas. ¡Extraño, todo extraño! Las nuevas formas y la materia de las piedras; eran extrañas. Todo era extraño: las sensaciones de nuestros cuerpos no tenían precedente, cada movimiento terminaba en una sorpresa. La respiración salía reducida, adelgazada, por la seca garganta; la sangre corría por los vasos de los oídos en palpitante marea, tud, tud, tud...

Y de rato en rato nos llegaban ráfagas de estruendos, de martillazos, el resonar de maquinarias en marcha, y por último, oímos... ¡mugidos de grandes bestias!

(XI)

El pasto de la res lunar

Así, nosotros, pobres seres terrestres, perdidos en aquella selva lunar, nos arrastrábamos aterrorizados al oír aquel nuevo y estupendo ruido; huíamos a gatas desde mucho antes de que viéramos al primer selenita o a la primera res lunar, aunque los bramidos de ésta, sus sonoros gruñidos, se acercaban continuamente a nosotros. Huíamos arrastrándonos por pedregosos barrancos, por nevadas faldas, por entre hongos que reventaban como globos de papel al contacto de nuestra mano, y vertían un líquido acuoso, y a ratos corríamos en cuatro pies por sobre un pavimento perfecto, como una lisa plataforma de jugar a la pelota, siempre bajo la interminable maraña de la creciente hierba. Y nuestros ojos buscaban incesablemente, cada vez con menos esperanza, nuestra abandonada esfera. El ruido producido por las reses era a ratos un bramido vasto, claro, parecido al de la vaca terrestre, otros ratos se elevaba a un mugido que parecía denotar asombro y furor, y de nuevo volvía a oír un rumor como el que produce un animal corpulento al romper las malezas en su marcha por el bosque; se habría dicho que las invisibles bestias tenían igual necesidad de bramar que de comer.

La primera vista que tuvimos de ellas fue ojeada transitoria, poco propicia a la observación, pero no por ser incompleta nos perturbó menos. Cavor, que se arrastraba delante de mí, fue el primero en notar su proximidad. Se detuvo de golpe, y con un ademán hizo que yo también me quedara inmóvil.

El estrépito de un romper y aplastar de hierbas y plantas avanzaba directamente hacia nosotros, y de repente, cuando nos acercábamos el uno al otro y tratábamos de calcular la distancia y dirección de aquel ruido, oímos detrás de nosotros un aterrador mugido, tan cercano y tan vehemente, que las puntas de las plantas-bayonetas se inclinaron ante aquel soplo, y nosotros sentimos su

calor y humedad. Nos volvimos, y pudimos ver por entre una multitud de espigas enmarañadas, los lustrosos costados de la res y la larga línea de su lomo destacándose sobre el fondo del cielo.

Por supuesto que para mí es ahora difícil decir todo lo que vi en ese momento, porque mis impresiones de entonces han sido corregidas por observaciones posteriores. La primera de todas las impresiones fue el enorme tamaño de la bestia. La circunferencia de su cuerpo era de unos ochenta pies y su largo de doscientos quizás. Sus costados se levantaban y caían, bajo el impulso de su fatigosa respiración. Noté que su gigantesco y flojo cuerpo se extendía por el suelo, y que su piel era de un color blanco sucio, que se oscurecía hacia la parte superior del lomo. Pero de sus pies nada vimos. Creo que también alcanzamos a ver entonces, por lo menos, el perfil de la cabeza casi sin cerebro, con su cuello relleno de gordura, su puntiagudo, omnívoro hocico, las pequeñas ventanas de la nariz, y sus ojos herméticamente cerrado (pues la res lunar cierra invariablemente los ojos en presencia del sol). Pudimos igualmente ver unas vastas encías rojas al abrirse la boca para balar y mugir nuevamente; una bocanada de su aliento nos envolvió, y después el monstruo se balanceó como un buque, avanzó como en una bordada, pegado al suelo, arrastrando su dura piel, volvió a balancearse, y así pasó entre corriendo y arrastrándose a nuestro lado, abriendo un surco de hierba aplastada: el denso entrelazamiento de las ramas le ocultó pronto de nuestra vista. Otra apareció más distante, y luego, otra, y después, como si fuera el pastor que condujera al pasto a aquellas animadas moles de carne, un selenita surgió momentáneamente a nuestra vista. Mi mano que reposaba en el pie de Cavor, lo apretó convulsivamente al ver esa aparición, y los dos nos quedamos inmóviles, mirando en la misma dirección, hasta mucho después que hubo pasado.

En contraste con las reses lunares, el selenita parecía un ser trivial, una simple hormiga, no mayor de cinco pies de alto. Iba vestido con ropas de una materia que parecía cuero, de modo que ninguna parte de su cuerpo estaba visible, circunstancia (la del traje), que por supuesto, ignorábamos entonces. Se nos apareció, pues, como un compacto animal cerdoso, que tenía muchas de las condiciones de un complicado, insecto, con unos tentáculos que parecían látigos y un resonante brazo que surgía del reluciente y

cilíndrico forro de su cuerpo. La forma de su cabeza estaba oculta por un enorme yelmo con muchas puntas (después descubrimos que estas puntas eran para agujonear a las bestias reacias), y un par de anteojos de vidrios ahumados, puestos muy a los lados, daban una apariencia de botón al aparato metálico que le cubría la cara. Sus brazos no se extendían más allá del forro del cuerpo, sus piernas eran cortas y, aunque envueltas en gruesas telas, parecían a nuestros terrestres ojos extraordinariamente delgadas. Los muslos eran muy cortos, las tibias muy largas, y los pies muy pequeños.

No obstante lo pesados que parecían sus vestidos, avanzaba con unos pases que, desde el punto de vista terrestre, habrían sido enormes trancos, y su brazo resonante trabajaba mucho. La forma de su andar durante el instante en que pasó al alcance de nuestros ojos, denotaba prisa y algo de enojo, y poco después de haberle perdido de vista, oímos el bramido de la res convertirse bruscamente en un chillido agudo y corto, seguido por el fragor de su correr acelerado. Y gradualmente se alejó el bramido, hasta que cesó del todo, como si el animal hubiera llegado al buscado pasto.

Escuchamos. Durante un rato, el mundo lunar estuvo silencioso; pero pasaron algunos momentos antes de que reanudáramos nuestra peregrinación a gatas para descubrir la perdida esfera.

La segunda vez que vimos reses, se hallaban éstas a alguna distancia de nosotros, entre un montón de rocas. Las superficies menos verticales de las rocas estaban cubiertas de una planta verde manchada, que crecía en ramos densos, musgosos, en los cuales ramoneaban los animales. Al verlos nos detuvimos en el borde de dos peñascos por entre los cuales nos arrastrábamos, los contemplamos, y miramos a un lado y otro, tratando de descubrir nuevamente a algún selenita. Los animales estaban echados sobre el pasto como estupendos fardos de una masa grasienta, y comían voraz, ruidosamente, con avidez gruñona. Parecían monstruos formados todos de gordura, corpulentos y pesados hasta el extremo de que, comparado con uno de ellos, el buey más gordo de Inglaterra parecería un modelo de agilidad. Sus hocicos glotones, el constante movimiento de sus mandíbulas, sus ojos cerrados, junto con el hambriento sonido de su masticación, producían un efecto de gozo animal, estimulante en grado singular para nuestros vacíos estómagos.

—¡Puercos! —dijo Cavor, con vehemencia inusitada—. ¡Puercos asquerosos!

Y después de lanzarles una mirada de colérica envidia, se arrastró por entre las malezas, alejándose hacia la derecha. Yo me quedé el tiempo suficiente para convencerme de que la manchada planta era inservible como alimento humano, y luego me arrastré tras de él, con una ramita de la misma planta entre los dientes.

En seguida nos detuvo de nuevo la proximidad de un selenita, y aquella vez pudimos observarle mejor. Dímonos cuenta entonces, de que lo que cubría al selenita eran en realidad telas tejidas, y no una especie de cáscara de crustáceo. Se asemejaba bastante en su traje al primero que habíamos visto, salvo unas como puntas de tacos de billar que le salían del cuello. Estaba en un promontorio de roca, y movía la cabeza a un lado y a otro, como si examinara el cráter. Nosotros nos quedamos echados y quietos, temerosos de llamar su atención si nos movíamos. Al cabo de un rato, descendió del promontorio y se alejó.

A poco nos encontramos con otro rebaño de reses que subían una cuesta, mugiendo, y después pasamos por un lugar lleno de ruidos, ruidos de una maquinaria en movimiento, como si allí, cerca de la superficie, hubiera un vasto taller. Y todavía nos envolvían esos ruidos, cuando llegamos a un gran espacio abierto, que tendría unas doscientas yardas de diámetro, y perfectamente plano. Excepción hecha de algunos líquenes que avanzaban de los lados, aquel espacio estaba desnudo, y su superficie polvorienta era de un color amarillento. Tenía miedo de cruzar aquel espacio, pero como presentaba menos obstáculos que la maleza para nuestra marcha a gatas, descendimos a él y empezamos con mucha cautela a deslizarnos por su orilla.

Durante cortos momentos cesaron los ruidos de abajo, y todo, salvo el débil movimiento de la creciente vegetación, quedó en completo silencio. Después, bruscamente, empezó un estruendo más fuerte, más activo, más cercano que ninguno de los que habíamos oído antes. Positivamente salía de abajo. Con movimiento instintivo nos aplastamos contra el suelo, lo más pegados a él que pudimos, y listos para saltar a la espesura cercana. Cada golpe y cada sacudida parecía vibrar a través de nuestros cuerpos. Aquel golpear y sacudir creció más cada vez, y la irregular vibración aumentó hasta que la

luna entera parecía estremecerse y latir.

—Retirémonos —murmuró Cavor—: y yo me di vuelta hacia los matorrales.

En aquel instante sonó un estrépito como un cañonazo, sucedió una cosa cuyo recuerdo me persigue hasta hoy mismo en mis sueños. Había vuelto la cabeza para ver la cara de Cavor, y al hacerlo avancé la mano hacia adelante. ¡Y mi mano no encontró nada, se hundió de golpe en un agujero sin fondo!

Mi pecho dio contra algo duro, y me encontré con la barba en el borde de un insondable abismo que se había abierto repentinamente allí abajo, y con el brazo extendido, suelto en el vacío. Toda aquella área circular y plana no era más que una gigantesca tapa, que en aquel momento iba deslizándose de la enorme abertura que cubría, y entrando en una ranura preparada al efecto.

Si no hubiese sido por Cavor, creo que me hubiera quedado rígido, colgado en aquella orilla y mirando la obscuridad de aquel enorme pozo, hasta que por fin el borde de la ranura me hubiera empujado y lanzado al vacío. Pero Cavor no había recibido la impresión que a mí me paralizaba: cuando la tapa empezó a deslizarse, se hallaba a alguna distancia del borde, y en seguida, dándose cuenta del peligro que me amenazaba, me agarró de las piernas y me tiró hacia atrás. Me senté vivamente, me alejé del borde arrastrándome en cuatro pies, y cuando estuve a algunos pasos de distancia del abismo, me paré de un salto y corrí tras de Cavor, atravesando la resonante, palpitante hoja de metal, que parecía deslizarse con velocidad cada vez mayor, y los matorrales situados en frente de mí se apartaban a un lado y otro cuando me metí entre ellos, tan fuerte era el viento que los impelía.

No en balde me había dado tanta prisa. La espalda de Cavor desaparecía entre el agitado bosque, y al saltar yo a la tierra firme, la monstruosa válvula acabó de cerrarse con un formidable golpe. Durante largo rato nos quedamos allí echados, temblorosos, sin osar acercarnos al pozo.

Pero, al fin, con mucha cautela y poco a poco, nos deslizamos hasta un punto desde donde podíamos atisbar abajo. Los matorrales que nos rodeaban se mecían y crujían con la fuerza de una brisa que soplaba hacia adentro del abismo. Al principio no pudimos ver más que unas paredes lisas y verticales, que se perdían por último en

unas tinieblas impenetrables. Después, muy lentamente, distinguimos unas luces muy débiles y pequeñas que andaban de aquí para, allá.

Por largo rato, aquél estupendo abismo de misterio embargó tanto nuestra atención, que hasta olvidamos nuestra esfera. A medida que nos fuimos acostumbrando a la obscuridad pudimos observar unas formas muy pequeñas, vagas, que a ratos parecían desvanecerse, moviéndose de un lado a otro, por entre aquellos minúsculos puntos luminosos. Nosotros mirábamos, asombrados e incrédulos, y comprendíamos tan poco que no hallábamos qué decir. Nada podíamos distinguir que nos sirviera de clave respecto a las vagas formas que veíamos.

—¿Qué puede, ser eso? —pregunté—, ¿qué puede ser?

—¡Fábricas!... Los obreros viven en esas cavernas durante la noche, y salen en el día.

—¡Cavor! —exclamé—. ¿Es posible que sean... que *eso*... eso que hemos visto sea algo parecido... al hombre?

—*Eso* no era un hombre.

—¡No nos arriesguemos! No hagamos nada hasta que hayamos encontrado la esfera.

Cavor asintió con un gruñido y se sentó. Miró un momento en torno suyo, suspiró e indicó una dirección. Reanudamos la marcha por entre el bosque. Durante un rato nos arrastramos resueltamente, pero después fuimos perdiendo vigor. De repente, entre unas grandes formas de un rojo desteñido, resonó ruido de carreras y gritos en torno nuestro; pero nada vimos. Traté de susurrar a Cavor que me iba a ser difícil continuar mucho tiempo sin comer, pero la boca se me había secado demasiado para permitirme hacerlo...

—Cavor —dije por fin—, necesito comer.

Mi amigo volvió hacia mí una cara llena de desaliento.

—Estamos en el caso de sacar fuerzas de flaqueza —dijo.

—Pero ya no puedo más —le contesté— ¡y mire usted mis labios!

—Yo tengo sed hace tiempo.

—¡Si todavía hubiera nieve!

—¡Toda se ha derretido! Pasamos del ártico a los trópicos con una velocidad de un grado por minuto...

Yo alcé la mano con desesperación.

—¡La esfera! —dijo Cavor—. No nos queda más recurso que la esfera.

Nos levantamos otra vez en cuatro pies, y empezamos a arrastramos de nuevo. Mi pensamiento divagaba exclusivamente sobre cosas líquidas, sobre la efervescencia y abundancia de las bebidas de verano: cerveza era lo que más particularmente ansiaba. Me perseguía la imagen de un barril de dieciocho galones que había quedado abandonado en la cueva de mi casita de Lympne. En seguida pensaba en la contigua despensa, y especialmente en los pasteles de carne y riñones: carne tierna y muchos riñones, y entre una y otros una salsa sabrosa, espesa. A cada instante, mi boca se abría dando hambrientos bostezos.

Llegamos a unos terrenos planos, cubiertos de unas cosas carnosas y rojas, monstruosos brotes coralinos: al empujarlos, se apartaban y rompían. Observé la calidad de las superficies rotas. La maldita cosa convidaba, ciertamente, a morder sus tejidas carnes. Luego, me pareció que olía bastante bien.

Recogí un pedazo y lo olí.

—Cavor —dije, con voz ronca y baja.

Mi compañero me miró con cara severa.

—No haga usted tal cosa —me dijo.

Yo solté el trozo de planta, y por un buen rato seguimos arrastrándonos entre aquellas atractivas carnosidades.

—Cavor —pregunté—: ¿por qué no?

—Veneno —le oí decir.

Pero no volvió la cabeza para decirlo.

Nos arrastramos un rato más, antes de que yo me decidiera.

—Voy a probarlo —dije.

Cavor hizo un tardío ademán para impedírmelo. Yo tenía ya la boca llena. Acurrucado, Cavor espiaba mi cara, con la suya contraída por la más singular expresión.

—Es bueno —dije.

—¡Oh, Señor! —exclamó.

Me miraba mascar, y la cara se le arrugaba, ya con expresión de deseo, ya de desaprobación, hasta que, de repente, sucumbió por fin al apetito, y empezó a arrancar enormes bocados.

Durante un buen rato no hicimos otra cosa que comer.

Aquello no se diferenciaba mucho del hongo terrestre, pero sus

tejidos eran más flojos, y al pasar por la garganta la calentaban. Al principio sentimos sólo una satisfacción mecánica; después, la sangre empezó a circular con mayor calor en nuestras venas, una picazón nos palpitaba en los labios y en las puntas de los dedos, y por último, ideas nuevas y estrambóticas acudieron en tropel a nuestra mente.

—¡Bueno! —exclamaba yo—. ¡Infernalmente bueno! ¡Qué refugio para nuestra población excedente! ¡Para nuestra pobre población sobrante!

Y arranqué otro gran puñado.

Me llenaba de una satisfacción curiosamente benévola la idea de que en la luna hubiese un alimento tan bueno. La disminución de mi hambre me hacía entrar en un irracional bienestar. El miedo, la inquietud en que había vivido hasta aquel momento, se desvanecieron completamente. Consideraba la luna, no ya como un planeta del que deseara escapar a todo trance, sino como un posible refugio para los desheredados de la tierra. Creo que olvidé a los selenitas, las reses lunares, la tapa metálica, y todos los ruidos, y que los olvidé completamente, tan pronto como hube comido aquellos hongos.

Cavor contestó a la tercera repetición de mis ideas sobre la «población excedente», con idénticas palabras de aprobación. Yo sentía que la cabeza me daba vueltas, pero lo atribuí al estimulante efecto del alimento después de tan largo ayuno.

—Exc... lente descubr... miento el suyo, Cavor —dije—. No lo habr... ía creído.

—¿Qué que... je usted de... cid? —preguntó Cavor—. ¿Descubrí... ento de la luna... no lo ha... ía quei... do usted antes?

Lo miré, pues me llamó la atención la repentina ronquera de su voz y lo estropajoso de su pronunciación. Me asaltó como un relámpago, la idea de que probablemente estaba embriagado por los hongos y que en sus divagaciones se imaginaba haber descubierto la luna, cuando no la había descubierto: había llegado a ella, y nada más. Traté de ponerle una mano en el hombro y de explicarle esto, pero el caso era demasiado sutil para el estado en que se hallaba su cerebro, y yo, por mi parte, tropecé con inesperadas dificultades para expresarme. Después de una momentánea tentativa para entenderme —recuerdo que me preguntó si los hongos me habían

puesto a mí los ojos tan semejantes a los del pescado como a él—emitió una observación personal suya.

—Nosotros somos —anunció con un solemne hipo—, las criaturas de lo que comemos y bebemos.

Repitió esta sentencia, y como yo me hallaba en disposiciones de discutir, resolví entablar la disputa. Es probable que me apartara algo del punto; pero, de todos modos, Cavor no atendió debidamente mis palabras. Se levantó tan firmemente cuanto pudo, apoyándose con una mano en mi cabeza para no caerse, acto por demás irrespetuoso, y se puso a mirar a todas partes, completamente libre ya de todo temor de los habitantes de la luna.

Procuré indicarle que aquello era peligroso, por alguna razón que no se me aparecía con mucha claridad; pero la palabra «peligroso» se mezcló no sé como con «indiscreto» y salió de mi boca más bien como «injurioso» que de otra manera, y yo, después de intentar desenredarlas, resumí mi argumentación dirigiéndome principalmente a los extraños, pero atentos brotes coralinos que me rodeaban. Comprendí que era necesario aclarar inmediatamente aquella confusión entre la luna y una patata... y me extravié en un largo paréntesis sobre la importancia de la exactitud de la definición en los debates. E hice lo posible por ignorar el hecho de que mis sensaciones corporales no eran ya agradables.

De alguna manera que ya he olvidado, mi mente volvió a los proyectos de colonización:

—Tenemos que anexarnos la luna —dije—. No hay que perder tiempo: ésta es una... parte de los dominios del hom... bre. Cavor... usted y yo somos... hic... unos... sáta... ¡quiero decir sátrapas! Un imperio en que César nunca... soñó. Se publicará en todos los pirió... dicos: Cavorecia, Bedforecia... Bedforecia... hic... limitada. Quiero decir ¡ilimitada! ¡De hecho!

Yo estaba ebrio, no cabía duda. Me engolfé en una argumentación para poner en evidencia los infinitos beneficios que nuestra llegada produciría a la luna; me enredé en una demostración, más bien difícil, de que la llegada de Colón había sido, al fin y al cabo, benéfica para América. De repente noté que había olvidado la línea de argumentación que tenía la intención de seguir, y continué repitiendo; «lo mismo que Colón,» para ganar tiempo.

Desde este instante se hace confuso mi recuerdo del efecto de los abominables hongos. Tengo vaga idea de que ambos manifestamos nuestra intención de no soportar ninguna impertinencia de ningún maldecido insecto; que convinimos en que era un oprobio para los hombres ocultarse vergonzosamente cuando estaban en un simple satélite; que nos proveímos con enormes brazadas de hongos —no sé si para que nos sirvieran de proyectiles o para otra cosa—, y, sin hacer caso de los pinchazos de las espigas-bayonetas, emprendimos la marcha, en plena luz del sol.

Debe haber sido casi inmediatamente cuando nos encontramos con los selenitas. Eran seis, y caminaban uno tras otro por un sitio rocalloso, lanzando los más raros sonos, especie de lamentos mezclados con silbidos. Los seis parecieron notar en el acto nuestra presencia, los seis se callaron y se quedaron inmóviles, como si fueran de piedra, con las caras vueltas hacia nosotros.

Durante un momento, mi embriaguez se desvaneció.

—¡Insectos! —dijo Cavor—. ¡Insectos! Y piensan que voy a arrastrarme ante ellos sobre mi estómago... ¡sobre mi estómago de vertebrado!

—Estómago —repitió, lentamente, como si mascara la indignidad del acto.

Después, bruscamente, con un grito de furor, dio tres largos trancos y brincó hacia ellos; pero brincó mal, dio una serie de saltos mortales, pasó por encima de ellos, y desapareció con enorme estruendo entro las ramas de los cactus.

Cómo recibirían los selenitas esta asombrosa, y en mi concepto poco digna irrupción de otro planeta, es cosa que no tengo medios de averiguar. Me parece acordarme de haber visto sus espaldas, al correr los seis en todas direcciones; pero no estoy seguro de ello. Todos aquellos incidentes sucedidos antes de que el olvido total me invadiera, están vagos y débiles en mi mente. Sé que di un paso para seguir a Cavor, y que tropecé y caí de cabeza entre las rocas. Estoy seguro también, de que en aquel momento me sentí repentina y agudamente enfermo. Me, parece recordar una violenta lucha y que me empuñaban unas garras metálicas...

Mi recuerdo inmediato a ése es el de que nos encontramos presos en una profundidad a no sé qué distancia de la superficie de la luna: nos hallábamos en tinieblas, en medio de ruidos extraños,

diversos; nuestros cuerpos estaban cubiertos de rasguños y equimosis, y ambos sentíamos agudísimo dolor de cabeza.

(XII)

La cara del selenita

Yo me desperté acurrucado en una tumultuosa obscuridad. Durante largo rato no pude comprender dónde estaba ni cómo había llegado a una posición tan embarazosa. Pensé en el armario en que me encerraban a veces, en mi niñez, y luego en un dormitorio muy oscuro y ruidoso en que había estado enfermo un tiempo. Pero los ruidos que me rodeaban no eran semejantes a ninguno de los ya conocidos, y en el aire había un leve olor, parecido al de una caballeriza. Después imaginé que todavía estábamos haciendo la esfera, y que por alguna causa, yo había entrado en la cueva de Cavor; pero me acordé de que habíamos terminado la esfera, y entonces me dije que todavía viajábamos por el espacio.

—Cavor —exclamé—: ¿no podríamos conseguir un poco de, luz? No obtuve respuesta.

—¡Cavor! —insistí.

Esta vez me contestó un gemido.

—¡Mi cabeza! —le oí decir—: ¡Mi cabeza!

Yo intenté apretarme con las manos la frente, que me dolía, y descubrí que estaban atadas juntas. Esto me causó viva impresión. Me llevé las manos a la boca, y sentí la fría suavidad del metal: estaban encadenadas. Quise separar las piernas, y me encontré con que estaban sujetas de la misma manera, y también que otra cadena, mucho más gruesa, atada a la cintura me sujetaba al suelo.

El espanto que sentí entonces superó a todos mis terrores de antes. Durante un rato, forcejeé silenciosamente con mis cadenas.

—¡Cavor! —grité en tono agudo—; ¿por qué estoy atado? ¿Por qué me ha atado usted de pies y manos?

—Yo no lo he atado a usted —me contestó—. Han sido los selenitas.

¡Los selenitas! Mi pensamiento estuvo fijo en aquello, largo rato.

Luego, empezaron a agolparse los recuerdos a mi cerebro: el desierto nevado, la licuación del aire, el brote de las plantas, nuestros extraños saltos, nuestra excursión a gatas por entre las rocas y la vegetación del cráter: todo el desconuelo de nuestra desesperada correría tras la inhallable esfera me volvió a la memoria... ¡y, por último, la gran tapa del abismo que se abría!

Después me esforcé por seguir nuestros últimos actos hasta el trance en que nos hallábamos; pero aquella tensión hizo que mi dolor de cabeza llegara a ser intolerable. Mis recuerdos tropezaban con una infranqueable barrera, con un obstinado vacío.

—¡Cavor!

—¿Qué?

—¿Dónde estamos?

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿Estamos muertos?

—¡Qué desatino!

—¡Nos tienen presos, entonces!

Su única respuesta fue un gruñido. Los últimos restos de la embriaguez parecían ponerle singularmente irritable.

—¿Qué piensa usted hacer?

—¿Cómo he de saber lo que haré?

—¡Oh, muy bien! —dije, y guardé silencio; pero poco después, salí nuevamente de mi estupor.

—¡Oh, Dios! —grité—: ¡ojalá no hubiera usted soplado!

Nos sumimos otra vez en el silencio, escuchando la sorda confusión de ruidos que nos llenaban los oídos, como los amortiguados ecos de una calle o de una fábrica. Yo no podía explicarme aquello: mi pensamiento perseguía primero un ritmo y luego otro, e interrogaba en vano. Pero después de largo rato noté un elemento nuevo y más incisivo, que no se mezclaba con los demás sino que se mantenía aparte, o por decirle así, se destacaba de aquel nebuloso fondo de sonidos. Era una serie de ruidos relativamente poco definidos, golpes y roces como los que hace un moscardón contra un vidrio o un pájaro en su jaula. Escuchábamos y tratábamos de ver, pero la obscuridad se extendía ante nuestros ojos como una cortina de terciopelo negro.

De repente, oímos otro ruido, algo como los sutiles movimientos de los resortes de una cerradura bien enaceitada, y en seguida

surgió delante de mí, colgando desde lo alto en la inmensidad negra, una delgada línea clara.

—¡Mire usted! —murmuró Cavor, muy quedo.

—¿Qué es?

—¡No sé!

Miramos fijamente.

La delgada raya de claridad se convirtió en una faja, y cuanto más se ensanchaba más pálida era, hasta parecer una luz azulada que cayese sobre una blanqueada pared. Cesó de ser igual por sus dos lados: en uno de ellos se formó una honda encentadura. Volví la cara hacia Cavor para hacerle observar aquello, y me sorprendí al ver una de sus orejas brillantemente iluminada..., y todo el resto de su persona en la sombra. Volví aún más la cabeza, tanto como me lo permitían mis cadenas, y:

—¡Cavor! —exclamé—: ¡Allí detrás está!

Su oreja desapareció... ¡y en su lugar apareció un ojo!

De improviso, la rendija que dejaba penetrar la luz se ensanchó, y vimos que era una puerta que se abría: atrás un fondo color de zafiro, y en el umbral, destacándose sobre aquel resplandor, una grotesca silueta.

Ambos hicimos esfuerzos para damos vuelta, y, cuando vimos que eran inútiles, nos quedamos sentados, mirando aquello por encima del hombro. Según mi primera impresión lo que teníamos a la vista era un enorme cuadrúpedo con la cabeza baja. Después distinguí el cuerpo de un selenita, flaco, enjuto, con las piernas cortas y extremadamente secas, fajadas de arriba abajo, y la cabeza metida entre los hombros. No tenía el yelmo ni el forro exterior del cuerpo, que habíamos visto a los de afuera.

Tal como estaba allí, era un bulto negro de la cabeza a los pies; pero, intuitivamente, nuestras imaginaciones proveyeron de facciones a su muy humana silueta. Yo, por lo menos, me lo describí algo jorobado, de frente espaciosa y facciones largas.

Dio tres pasos adelante y luego se detuvo un rato. Parecía no producir con sus movimientos el menor ruido. Después continuó avanzando: andaba como un pájaro: sus pies caían el uno delante del otro. Salió del rayo de luz que entraba por la puerta, y pareció desvanecerse completamente en la sombra.

Durante un momento, mis ojos lo buscaron donde no estaba,

hasta que por fin lo distinguí, con la cara hacia nosotros, en plena luz. ¡Pero lo que no estaban eran las facciones humanas que yo le había atribuido! La parte delantera de su cara era una hendidura, una grieta.

Por supuesto que debí esperarlo; pero el hecho es que no lo esperaba. La verdad me sobrecogió, y por un momento me abrumó. Aquello parecía no ser una cara, sino una marca, un horror, una deformidad que de un momento a otro quedaría borrada o explicada.

Era más bien una celada con la visera baja... Pero no me es posible explicar semejante cosa. ¿Han visto ustedes la cara de un insecto, enormemente aumentada por el microscopio? No había allí nariz ni expresión, todo era terso y duro, o invariable, con ojos abollados, puestos a un lado y otro: yo al ver la silueta había creído que eran las orejas... He tratado de dibujar una de esas caras, pero no me ha sido posible conseguirlo. Lo único que puedo establecer es su horrible falta de expresión o, mejor dicho, su horrible falta de cambio de expresión. Cada cabeza y cada cara que uno encuentra en la tierra, varía de expresión a menudo, pero aquélla parecía apuntada fijamente por una máquina.

Allí estaba *eso* mirándonos fijamente.

Pero cuando digo que había en su cara una falta de cambio de expresión, no quiero decir que no hubiese en ella una especie de expresión fija, así como hay siempre una expresión fija en una espuerta de carbón, o en un tejadillo de chimenea, o en uno de esos tubos de ventilación que se alzan en las cubiertas de los vapores. Había una boca encorvada hacia abajo, como una boca humana en una cara que mira ferozmente.

El cuello en que estaba colocada la cabeza tenía tres coyunturas, casi como las de las patas del cangrejo. Las articulaciones de las piernas no estaban a la vista, porque las ocultaba la especie de vendaje ajustado a los miembros, y que era el único vestido que aquel ser llevaba.

En ese momento lo único que embargaba mi mente era la insensata imposibilidad de que semejante ser existiese. Supongo que él también estaba maravillado, y con más razón, quizás, que nosotros para asombrarse; pero había una diferencia, y era que el maldito individuo no lo demostraba. Nosotros sabíamos, por lo

menos, lo que había producido aquel encuentro de incompatibles seres; ¡pero imagínense ustedes lo que habría sido, para unos decentes londinenses, por ejemplo, el hallar un día un par de cosas vivientes, tan grandes como los hombres y absolutamente distintos de cualquier otro animal terrestre, yendo y viniendo por entre los camerós de Hyde Park!

Para él, la sorpresa debe haber sido igual.

¡Háganse ustedes una idea de cómo estábamos nosotros! Atados de pies y manos, extenuados y sucios, con la barba de dos pulgadas de largo y la cara llena de rasguños y ensangrentada. A Cavor deben ustedes imaginárselo con su calzón corto (desgarrado en varias partes por las espigas-bayonetas), su camisa Jaeger y su vieja gorra de *cricket*, con los tiosos cabellos en desorden, y un mechón apuntando a cada uno de los puntos cardinales. En aquella luz azul su cara no aparecía roja sino muy morena; sus labios y la sangre ya seca que le manchaba las manos parecían negros. Yo estaba, si posible era, en peor condición que él, a causa de los hongos amarillos entre los cuales había saltado. Nuestros sacos hallábanse desabotonados, y nuestros zapatos, que a ambos habían sido quitados, yacían a nuestros pies. Y los dos estábamos sentados con las espaldas vueltas hacia la curiosa luz azulada, mirando a un monstruo tal que sólo Durero podría haberlo inventado.

Cavor rompió el silencio, empezó hablar, emitió unos sonidos roncós, y se limpió el pecho. Afuera comenzó un terrible bramar, como si alguna res lunar estuviera furiosa. El bramido terminó en un alarido, y todo volvió al silencio.

Entonces el selenita se dio vuelta, avanzó por entre la sombra, se quedó parado un momento en el umbral con la cara hacia nuestro lado, luego cerró la puerta, y otra vez nos hallamos en el rumoroso misterio de la obscuridad en que nos habíamos despertado.

(XIII)

El señor Cavor hace algunas observaciones

Durante largo rato, ni él ni yo hablamos. Poner en orden todos los contratiempos que nos habíamos acarreado me parecía fuera de mis alcances intelectuales.

—Estamos en su poder —dije, por fin.

—Por culpa de los hongos.

—Pues si no los hubiéramos comido, nos habríamos desmayado, habríamos muerto de hambre.

—Podríamos haber encontrado la esfera.

Yo perdí la calma ante su persistencia, y comencé a lanzar imprecaciones *in pectore*.

Por un rato, nos odiamos mutuamente en silencio. Yo tamborileaba con los dedos el suelo entre las rodillas, y restregaba uno con otro los eslabones de mis cadenas. Al cabo de un momento me vi forzado a hablar otra vez.

—Sea como sea —pregunté humildemente—, ¿qué piensa usted de todo esto?

—Son criaturas racionales... capaces de hacer muchas cosas. Esas luces que vemos...

Se calló. Era evidente que no encontraba explicación para las luces.

Cuando volvió a hablar fue para confesar la verdad.

—Al fin y al cabo, son más humanos que lo que teníamos derecho a esperar. Supongo...

Se detuvo. Aquellas pausas me irritaban.

—¿Qué?

—Supongo que, de todos modos... en cualquier planeta donde haya un animal inteligente, éste llevará su caja craneana arriba, y tendrá manos y, andará derecho...

Al llegar a este punto se interrumpió para tomar otra dirección.

—Estamos muy adentro —dijo—; quiero decir... tal vez a un par

de mil pies o más.

—¿Por qué?

—Por que hace más frío, y nuestras voces retumban mucho más. La delgadez del aire ha desaparecido totalmente, y con ella la incomodidad que sentíamos en nuestros oídos y la garganta.

Yo no lo había notado, pero entonces lo noté.

—El aire es más denso. Debemos estar a alguna profundidad... podríamos calcular hasta una milla... de la superficie de la luna.

—Nunca pensamos que hubiera un mundo dentro de la luna.

—No.

—¿Cómo habíamos de pensarlo?

—Podríamos haberlo supuesto. Lo que sucede es... que uno se acostumbra a un radio de ideas limitado.

Reflexionó un momento.

—Ahora —dijo—, nos parece obvio. ¡Por supuesto! La luna debe ser enormemente cavernosa, tener una atmósfera interior, y en el centro de las cavernas un mar. Sabíamos que la luna tenía una gravitación específica menor que la de la tierra; sabíamos que afuera tenía poco aire y poca agua; sabíamos, también, que era un planeta hermano de la tierra y que era inadmisibles la idea de que su composición fuera diferente de la de nuestro planeta. La deducción de que estaba agujereada, era tan clara como el día; y sin embargo, nunca habíamos percibido todo esto como un hecho. «Keplero», por supuesto...

Su voz había adquirido el tono de la del hombre que, en una demostración, ha descubierto una hermosa fuente de razonamientos.

—Sí —dijo—. Keplero, con sus «subvolcani» tenía razón, al fin y al cabo.

—Ojalá se hubiera usted tomado la molestia de descubrir eso antes de que viniéramos —dije.

Nada me contestó: silbaba suavemente, para sí, mientras seguía el curso de sus pensamientos. La paciencia me iba faltando.

—¿Qué piensa usted que ha sido de nuestra esfera, por último? —le pregunté.

—Perdida —contestó, como alguien que contesta a una pregunta sin interés.

—¿Entre las plantas?

—A no ser que ellos la encuentren.

—¿Y entonces?

—¿Cómo puedo saber?

—¡Cavor! —exclamé—; ¡lindas se van poniendo las cosas para mi sindicato!

Él no me contestó.

—¡Buen Dios! —continué—. ¡Si uno no piensa en toda la molestia que nos hemos tomado para venir a dar a este pozo! ¿Para qué hemos venido? ¿Qué es lo que buscamos? ¿Qué era la luna para nosotros, o nosotros para la luna? Hemos querido demasiado; hemos avanzado demasiado. Debíamos haber emprendido primero cosas pequeñas. ¡Usted fue quien propuso venir a la luna! ¡Esas celosías de Cavorita! Estoy cierto de que podíamos haberlas explotado en aplicaciones terrestres. De seguro. ¿Comprendió usted realmente lo que yo propuse? Un cilindro de acero...

—¡Tontería! —dijo Cavor.

La conversación cesó.

Durante un rato, Cavor se entregó a un monólogo entrecortado, sin mucha ayuda de mi parte.

—Si la encuentran —decía—, si la encuentran... ¿qué harán con ella? Ésta es una pregunta que pudiera ser la pregunta capital. De todos modos, no sabrán manejarla: si comprendieran esa clase de cosas, desde hace largo tiempo habrían ido a la tierra. ¿Irían ahora? ¿Por qué no habrían de ir? Y si hubieran podido ir antes, aunque no hubieran ido, habrían enviado algo... No habrían de desperdiciar semejante posibilidad. ¡No! Pero la examinarán. Se ve con claridad que son inteligentes o investigadores. La examinarán..., entrarán en ella... jugarán con las celosías... ¡Y a volar!... Lo que significará para nosotros la luna, por todo el resto de nuestra vida. Extraños seres, extraños conocimientos...

—¡Lo que es por los extraños conocimientos!... —dije; pero no pude continuar, porque las expresiones me faltaron.

—Oiga usted, Bedford —dijo Cavor—: Usted ha venido en mi expedición por su propia y libre voluntad.

—Usted me dijo: «llámelo usted viaje de exploración».

—Siempre hay riesgo en las exploraciones.

—Especialmente cuando uno va desarmado sin meditar antes, sobre todas sus posibles fases.

—¡Yo estaba tan embebido en la esfera! El proyecto, nos asaltó y nos arrastró.

—Me asaltó a mí, querrá usted decir.

—Me asaltó a mí también, tanto como a usted. ¿Cómo iba yo a pensar, cuando me puse a trabajar en física molecular, que la cosa iba a traermé aquí, ni a un lugar que se pareciera, a éste?

—¡Así es la maldecida ciencia! —grité— la ciencia, que es el diablo en persona. Los sacerdotes y perseguidores de la Edad Media tenían razón y nosotros, los modernos, estábamos equivocados. Toca usted la ciencia, y ella le ofrece dones: pero apenas los toma usted, lo hace a usted pedazos, de alguna manera. Viejas pasiones y nuevas armas... ¡ahora le hace perder a usted sus sentimientos religiosos; luego, sus ideas sociales, y, por último, le arroja a usted al desconsuelo, y la ruina!

—¡Bueno, bueno! De nada serviría que se pusiera usted ahora a reñir conmigo. Estos seres, selenitas o como usted guste llamarles, nos han atado de pies y manos. Cualquiera que sea la disposición de animo con que quiera usted aceptar la situación, hay que aceptarla... Y la experiencia de lo que nos ha pasado demuestra que necesitamos toda nuestra sangre fría.

Hizo una pausa, como si esperara mi asentimiento; pero yo me callé, malhumorado.

—¡Maldita sea la ciencia! —dije.

—El problema es ahora: comunicación. Los ademanos temo que sean diferentes. El señalar, por ejemplo. Los únicos seres que señalan son el hombre y el mono.

El error era demasiado visible para mí.

—¡Casi todos los animales —exclamé—, señalan con los ojos o con la nariz!

Cavor meditó acerca de ello.

—Cierto —dijo por fin—; y nosotros no. ¡Hay tales diferencias! ¡Tales diferencias! Podríamos... pero ¿cómo me sería posible decirlo? Existe la palabra, los sonidos que ellos emiten, una especie de toque de flauta y de silbidos. No veo cómo vamos a imitar eso. ¿Será su modo de hablar? Pueden tener sentidos distintos de los nuestros, diferentes medios de comunicarse. Por supuesto: tienen un entendimiento y nosotros tenemos otro... debe haber algo de común entre ellos y nosotros. ¿Quién sabe hasta dónde es posible que

lleguemos a entendemos?

—¡No! —exclamé—. Son cosas que están fuera de toda comparación con nosotros; la diferencia entre ellos y nosotros es mayor que la que nos separa de los demás extraños animales de la tierra. Son de diferente materia. Pero ¿qué sacamos con hablar de esto?

Cavor reflexionó.

—Yo no pienso así —contestó—. Si tienen entendimiento, deben tener algo de común con nosotros, algo semejante... aun cuando se hayan desarrollado en otro planeta que el nuestro. Desde luego, si la cuestión no fuera más que de instinto..., si nosotros o ellos no fuéramos más que animales...

—Bueno; pero ellos, ¿son animales? ¿De qué clase? Más parecen hormigas paradas en dos patas que seres humanos y ¿quién ha llegado nunca a entenderse con las hormigas?

—Pero ¿y esas máquinas? ¿Y esas ropas? ¡No, no estoy de acuerdo con usted, Bedford! La diferencia es grande...

—Es infranqueable.

—La semejanza nos servirá para salvarla. Recuerdo haber leído una vez un trabajo del difunto profesor Galton, sobre la posibilidad de la comunicación entre los planetas. Desgraciadamente, en aquel tiempo, no parecía probable que la teoría pudiera serme de ningún beneficio material, y temo no haberle prestado toda la atención que me habría acordado... si hubiera tenido en cuenta el actual estado de cosas. Sin embargo... veamos.

Su idea era comenzar con aquellas amplias verdades que deben existir en todas las existencias mentales concebibles, y establecer una base con ellas: los grandes principios de geometría, para empezar. Proponía tomar algunas proposiciones principales de Euclides, y mostrar, por construcción, que su verdad nos era conocida: demostrar, por ejemplo, que los ángulos de la base de un triángulo isósceles eran iguales, y que si los lados visibles son iguales, los ángulos del otro lado de la base son también iguales; o que el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados.

—Al demostrar nuestro conocimiento de esas cosas, demostraríamos nuestra posesión de una inteligencia racional... Ahora, supongamos que yo... que yo dibujara la figura geométrica

con un dedo mojado, o aunque la trazara en el aire...

Se calló, y yo también, meditando sobre sus palabras.

Durante un rato, su tenaz esperanza de comunicación, de interpretación con aquellos estrambóticos seres, me dominó; pero después recuperé su imperio la colérica desesperación que era parte de mi fatiga y de mis penas físicas: con vivacidad nueva y repentina vi la extraordinaria tontería de todo cuanto había hecho.

—¡Burro! —dije—. ¡Oh, burro, incalificable burro!... Parece que sólo existo para cometer torpezas... ¿Por qué diablos dejamos la esfera?... ¡Para dar saltos por los cráteres de la luna, en busca de patentes y concesiones!... ¡Si hubiéramos tenido siquiera la sensatez de poner un pañuelo atado en un palo, que indicara el lugar en que quedaba la esfera!

Y callé furioso.

—Claro está —continuó Cavor, meditabundo— que son inteligentes. Podemos establecer hipótesis sobre ciertas cosas. Puesto que no nos han muerto en el acto, deben tener ideas de compasión. ¡Compasión! En todo caso, de moderación, quizás de sociedad. ¡Sí! Podemos entendemos. Y este departamento, y las ojeadas que nos ha echado el guardián... ¡y estas cadenas! Un alto grado de inteligencia...

—¡Pluguiera, al Cielo —grité—, que se nos hubiera ocurrido pensarlo dos veces antes de venir! Error sobre error: primero, mis malos negocios, y ahora, un mal negocio. Todo ha dependido de mi confianza en usted. ¿Por qué no me quedé escribiendo mi drama? De eso sí que era capaz. Ése era mi mundo y la vida para la cual estaba hecho. Ahora estaría ya terminado mi drama. Estoy cierto... de que era un buen drama. Ya tenía el escenario casi hecho. Y luego... ¡Imagínesele usted! ¡Un salto a la luna! Resultado... ¡qué he tirado mi vida a la basura! La vieja de la posada de cerca de Canterbury era más sensata que yo...

Miré hacia arriba, y me interrumpí en mitad de la frase. La obscuridad había abierto paso nuevamente a la luz azulada: la puerta se abría, y varios silenciosos selenitas entraban en el cuarto. Me quedé callado y quieto, con la vista fija en sus impasibles y acartonadas caras.

Luego, de repente, mi sensación de desagradable extrañeza se convirtió en interés, pues vi que el primero y el segundo tenían en

las manos unas tazas: existía, pues, por lo menos, una elemental necesidad que nuestras inteligencias y las suyas podían comprender en común. Las tazas eran de un metal que, como el de nuestras cadenas, tenía un color obscuro en aquella luz azulada: y ambas contenían una cantidad de trozos *blanquizcos*. Todo el sombrío dolor moral y las miserias físicas que me oprimían se agolparon en un solo punto y tomaron la forma del hambre. Miré las tazas ávidamente y, aunque después, en mis sueños, me volvió a la mente esa circunstancia, en aquel momento me pareció cosa de poca monta el que los brazos que bajaban una de las tazas en mi dirección no terminaran en manos, sino en una especie de blanda pinza, como la extremidad de la trompa del elefante.

El contenido de la taza era flojo y de color habano claro: parecían trozos de algún batido frío, y despedían un débil olor de hongos. Por un pedazo de costillar de res lunar que vimos entonces allí, me inclino a creer que era carne de dicha res.

Mis manos estaban tan oprimidas por las cadenas, que apenas podían alcanzar a tocar la taza; pero al ver mis esfuerzos, dos de ellos aflojaron diestramente una de las vueltas de la cadena que me sujetaba la muñeca. Sus manos-tentáculos, eran suaves y frías.

Inmediatamente me llené la boca de aquel alimento: tenía la misma flojedad de tejido que todas las estructuras orgánicas parecen tener en la luna, y su sabor era como el de una «*gauffre*» o merengue blando, pero de ninguna manera desagradable. Tomé otros dos bocados:

—¡Necesitaba comer! —dije, sacando un pedazo más grande aún.

Durante un rato comimos con positiva ausencia de toda dignidad. Comimos y luego bebimos como vagabundos en una cocina caritativa. Nunca había estado antes, ni he estado después, hambriento hasta semejante extremo de voracidad, y a no ser por mi experiencia de aquel día, jamás hubiera podido creer que, a un cuarto de millón de millas de nuestro mundo, en la mayor perplejidad de alma posible, rodeados, vigilados, tocados por seres más grotescos y extrahumanos que las peores criaturas de una pesadilla, me sería posible comer con tan absoluto olvido de todo. Ellos, parados en torno nuestro, nos observaban, y de vez en cuando emitían una especie de ligera risita, que, supongo, era su manera de

hablar. Ni siquiera me estremecí al sentir su contacto, y cuando el primer arranque de mi apetito se calmó, pude notar que también Cavor había estado comiendo con el mismo impúdico abandono.

(XIV)

Experimentos de comunicación

Cuando por fin hubimos concluido de comer, los selenitas volvieron a encadenarnos las manos juntas, y después desataron las cadenas que nos sujetaban los pies y las ajustaron de nuevo, en forma que nos diera mayor libertad de movimiento. En seguida soltaron las cadenas que nos retenían por el cuerpo. Para hacer todo esto, tenían que manosearnos constantemente, y de rato en rato una de las grotescas cabezas se acercaba a mi cara casi hasta tocarla, o un suave tentáculo me rozaba la cabeza o el cuello. No recuerdo que su proximidad me asustara ni me repugnara. Creo que nuestro incurable antropomorfismo nos hizo imaginarnos que dentro de aquellas máscaras crustáceas había cabezas humanas. Su piel, como todo lo demás, parecía azulada, pero era por la luz; era dura y lustrosa, como la del escarabajo, no suave o húmeda o peluda como sería la de un animal vertebrado. A lo largo de la cima de la cabeza veíaseles una baja cordillera de *blanquizcas* espinas que corrían de atrás a delante, y a cada lado otra hilera de espinas, mucho más grande, encorvada sobre los ojos. El selenita que me desató usaba la boca para ayudar a las manos.

—Parece que nos sueltan —dijo Cavor—. ¡Acuérdese usted de que estamos en la luna! ¡No haga usted movimientos bruscos!

—¿Va usted a ensayar la geometría?

—Si tengo una oportunidad; pero, por supuesto, ellos pueden hacer primero alguna indicación.

Nos quedamos quietos. Los selenitas, una vez que hubieron terminado sus arreglos, se alinearon, apartados de nosotros, y parecían mirarnos. Digo que «parecían» mirarnos, porque como tenían los ojos a los lados y no enfrente, uno tenía, para determinar la dirección en que miraban, la misma dificultad que hay para saber hacia dónde miran un pez o una gallina. Conversaban con aflautados tonos, que a mí me parecía imposible imitar o definir. La

puerta situada detrás de nosotros se abrió de par en par, y mirando por sobre el hombro vi, más allá, un ancho espacio, alumbrado por una luz vaga, en el que aparecía, de pie, una multitud de selenitas.

—¿Quieren que imitemos esos sonidos? —pregunté a Cavor.

—No lo creo —contestó.

—Me parece que tratan de hacernos comprender algo.

—Yo nada puedo deducir de sus ademanes. ¿Se ha fijado usted en ese que agita la cabeza como un hombre que está molesto por un cuello ajustado?

—Agitemos nosotros también la cabeza.

Lo hicimos; pero como no produjera efecto, intentamos una imitación de los movimientos de los selenitas. Eso pareció interesarles, pues todos se pusieron a hacer el mismo movimiento. Pero tampoco aquello parecía conducir a nada, por lo cual desistimos al fin, lo mismo que ellos, para dedicarse a una aflautada argumentación. Después, uno algo más bajo, y grueso que los demás, con una boca particularmente ancha, se sentó de improviso al lado de Cavor, puso las manos y los pies en la misma posición en que estaban atados los de aquél, y en seguida, con un movimiento ágil, se levantó.

—¡Cavor! —grité—. ¡Quieren que nos pongamos de pie!

Cavor los miró, boquiabierto.

—¡Así es! —dijo.

Y jadeando, y gruñendo mucho, porque nuestras manos, atadas juntas, no nos ayudaban, conseguimos levantarnos. Los selenitas se apartaron más, ante nuestro jadeo de elefantes, y parecían charlar con mayor volubilidad. Tan pronto como estuvimos en pie, el selenita gordo se nos acercó, nos acarició a ambos la cara con sus tentáculos, y echó a andar en dirección a la puerta abierta. Aquello era también suficientemente claro, y lo seguimos. Entonces vimos que cuatro de los selenitas parados en la puerta eran más altos que los otros, e iban vestidos de la misma manera que los que habíamos visto en el cráter, es decir, con yelmos redondos y puntiagudos y el cuerpo cubierto con unos forros o cajas cilíndricas; cada uno de los cuatro tenía una especie de lanza, con la punta y la contera del mismo metal oscuro de que estaban hechas las tazas. Los cuatro se nos acercaron poniéndose uno a cada lado de nosotros dos, cuando pasamos de nuestra habitación a la caverna de la que entraba la luz.

No nos preocupamos en seguida de examinar la caverna. Nuestra atención estaba embargada por los movimientos y actitudes de los selenitas que teníamos más cerca, y por la necesidad de contener nuestros movimientos, para no alarmarlos y alarmamos nosotros mismos con algún paso excesivo. Delante de nosotros iba el individuo bajo, grueso, que había resuelto el problema de indicarnos que nos levantáramos: hacía ademanes que nos parecían, casi todos, inteligibles, y que eran invitaciones a seguirle. Su cara impasible se volvía de Cavor a mí y de mí a Cavor con una rapidez que, visiblemente, denotaba interrogación. Por un rato, he dicho, aquello ocupó completamente nuestra atención.

Pero por fin el extenso lugar, teatro de nuestros movimientos, se impuso a nuestro examen. Allí estaba la prueba de que la fuente de una gran parte, por lo menos, del tumulto de ruidos que había llenado constantemente nuestros oídos desde el momento en que volvimos del sueño producido por los hongos, era una vasta maquinaria en movimiento, cuyas partes volantes y rodantes aparecían confusamente por entre los cuerpos de los selenitas que nos rodeaban. Y el conjunto de ruidos que poblaba el espacio no era lo único que salía de aquel mecanismo, sino también la peculiar luz azul que irradiaba en todo el lugar. Habíamos considerado natural que una caverna subterránea estuviera alumbrada artificialmente, y aun entonces, a pesar de estar patente ante mis ojos el hecho, no me hice cargo de su importancia hasta que, poco después, nos volvimos a hallar en la obscuridad.

No puedo explicar el significado y estructura de aquel enorme aparato, porque ni Cavor ni yo llegamos a saber para qué ni cómo trabajaba. Una después de otra, grandes lanzas de metal surgían veloces de su centro, hacia arriba, y sus cabezas recorrían un radio para mí parabólico; cada una dejaba caer una especie de brazo pendiente al alzarse hacia la cima de su carrera, y se hundía abajo en un cilindro vertical empujándolo hacia adelante. Y cuando se hundía cada uno de aquellos brazos, sonaba un golpe y luego un estruendo, y por arriba del cilindro vertical, se desbordaba la substancia incandescente que iluminaba el recinto, corría como corre la leche de la vasija en que hierve, y caía luminosa en un depósito de luz situado abajo. Era una fría luz azul, una especie de resplandor fosforescente, pero infinitamente más claro, y de los

depósitos en que caía, corría por conductos a través de la caverna.

¡Tud! ¡Tud! ¡Tud!, sonaban los avasalladores brazos de aquel ininteligible aparato, y la clara substancia chillaba y se desbordaba. Al principio, la máquina me pareció de un tamaño racional, y cercana a nosotros; pero luego vi cuán pequeños parecían los selenitas a su lado, y me di cuenta de toda la inmensidad de la caverna y de la máquina. Volví la vista del tremendo mecanismo a los selenitas, con expresión de respeto; me detuve, y Cavor se paró también, y contempló la tonante máquina.

—¡Pero esto es estupendo! —dije—, ¿para que podrá ser?

La cara de Cavor, iluminada de azul, estaba llena de inteligente respeto.

—¡No puedo estar soñando! —exclamó mi compañero—. Estos seres, seguramente... ¡Los hombres no podrían hacer una cosa como ésta! Mire usted esos brazos ¿son varas de conexión?

El selenita gordo había avanzado algunos pasos, sin que le siguiéramos. Volvió, y se paró entre nosotros y la gran máquina. Yo hice como que no le veía, pues comprendí que su idea era obligarnos a seguir adelante; pero él dio otra vez algunos pasos en la dirección en que deseaba lo siguiéramos, volvió, y nos sobó las caras para atraer nuestra atención.

Cavor y yo nos miramos.

—¿No podríamos hacerle ver que la maquina nos interesa? —dije.

—Sí —contestó Cavor—, vamos a procurarlo.

Se volvió hacia nuestro guía, sonrió, señaló la máquina, y la señaló otra vez, y luego su cabeza, y después nuevamente la máquina.

Por un defecto de raciocinio, pareció imaginarse que algunas palabras de inglés adulterado podrían servir de ayuda a sus ademanes.

—Yo mirar mucho —dijo—; yo pensar mucho en ella. Sí.

El comportamiento de mi amigo pareció por un momento contener el deseo de los selenitas, de continuar la marcha. Se miraron uno a otro, sus originales cabezas se movieron, sus aflautadas voces sonaron con mayor precipitación y más agudas. Después, uno de ellos, un *animalón* alto y flaco, con una especie de manteleta agregada al traje con que los demás estaban vestidos,

alargó la trompa que tenía por brazo, tomó a Cavor por la cintura, y lo tiró suavemente para que siguiera a nuestro guía, que echó a andar de nuevo.

Cavor se resistió.

—¡Podríamos empezar desde ahora, a explicamos! —dijo—. Tal vez piensan que somos animales, ¡una nueva clase de reses, quizás! Es de capital importancia que mostremos inteligente interés hacia las cosas, desde un principio.

Y empezó a sacudir la cabeza violentamente.

—No, no —dijo—: Yo no ir hasta dentro un minuto. Yo mirar.

—¿No existe algún punto geométrico que pudiera usted sacar a luz a propósito de la máquina? —le sugerí, mientras los selenitas entraban otra vez en conferencia.

—Puede ser que una parábola... —dijo.

¡Dio un aullido, y un salto de seis pies o tal vez más!

¡Uno de los cuatro que estaban armados se le acercó, y le dio un puntazo con aquella especie de lanza!

Yo me volví hacia el lancero que estaba detrás de mí, con un ademán veloz y amenazador: el selenita retrocedió. Mi movimiento, el aullido y el salto de Cavor los habían asombrado a todos: era evidente. Todos retrocedieron precipitadamente, mirándonos con sus estúpidos, invariables ojos. Durante uno de esos momentos que parecen una eternidad, Cavor y yo nos quedamos parados, en actitud de colérica protesta, y frente a nosotros un semicírculo formado por aquellos extraños seres.

—¡Me pinchó! —dijo Cavor, con acento algo amedrentado.

—Ya lo vi —contesté.

Y luego, a los selenitas:

—¡Vayan ustedes al diablo! —les grité—. Nosotros no soportaremos estas cosas. ¿Por quién nos toman ustedes?

Miré rápidamente a derecha e izquierda. Allá lejos, a través del azul espacio desierto de la caverna, vi que corrían hacia nosotros muchos otros selenitas. La caverna se ensanchaba y se volvía más baja, y por todas partes se iba sumiendo en la obscuridad. Recuerdo que el techo parecía descender como vencido por el peso de las rocas que nos aprisionaban. No había por donde escapar... ¡Arriba, abajo, en todas direcciones, estaba lo desconocido, y frente a frente de nosotros aquellos seres inhumanos, con sus lanzas y sus

incomprensibles ademanes, y nosotros éramos sólo dos, sin amparo ni ayuda!

El puente vertiginoso

Aquella pausa hostil duró apenas un momento. Supongo que tanto nosotros como los selenitas reflexionamos rápidamente. Mi impresión más clara fue que no teníamos donde apoyar las espaldas, y que estábamos expuestos a que nos rodearan y nos mataran. La abrumadora insensatez de nuestra presencia allí, pesaba sobre mí como un negro, enorme reproche. ¿Por qué me había embarcado en una expedición tan loca, tan opuesta a todo razonamiento humano?

Cavor se me acercó y me puso la mano en el brazo. Su cara pálida, aterrada, parecía el rostro de un cadáver en aquella luz azul.

—Nada podemos conseguir —me dijo—. Me he equivocado. No entienden. Tenemos que ir... a donde quieran llevarnos.

Yo le miré, y luego miré a los nuevos selenitas que acudían a ayudar a sus camaradas.

—Si tuviera libres las manos... —dije.

—De nada serviría —observó él, jadeante.

—No.

—Vamos.

Se dio vuelta, y echó a andar, en la dirección que nos habían señalado.

Yo le seguí, procurando adoptar la expresión de una persona tan subyugada cuanto es posible, y palpando las cadenas que me sujetaban por las muñecas. La sangre me hervía. Nada más observé de la caverna, aunque parecía que invertíamos mucho tiempo en cruzarla, o si noté algo lo olvidé en el acto. Mis pensamientos se concentraban, según creo, en mis, cadenas y en los selenitas, y particularmente en los que tenían en la cabeza un yelmo y en las manos una lanza. Al principio, anduvieron paralelamente con nosotros y a una distancia respetuosa; pero luego se les unieron otros tres, y entonces se acercaron más, hasta encontrarse al alcance del brazo. Yo me estremecía como un caballo espoleado, al verlos

acercarse. El más chico y gordo iba al principio a nuestro flanco derecho, pero después se colocó otra vez delante.

¡De qué manera indeleble se ha grabado la imagen de aquel grupo en mi memoria! Veía delante de mí la espalda de Cavor y su cabeza inclinada, apoyada en el pecho, sus hombros caídos desconsoladamente, y la cara agujereada de nuestro guía, perpetuamente vuelta hacia él; luego los lanceros a cada lado, vigilantes y boquiabiertos; un monocromo azul. Y al fin y al cabo recuerdo otra cosa fuera de las puramente personales: que de repente se nos apareció una especie de canal a través del suelo de la caverna, corriendo a lo largo del camino de roca que seguíamos. Dicho canal estaba lleno de la misma materia azul claro, luminosa, que brotaba de la gran máquina. Anduve muy cerca de él, y puedo atestiguar que no irradiaba una partícula de calor. Despedía un brillo vivísimo, y sin embargo, no era ni más caliente ni más frío que otra cosa cualquiera de la caverna.

¡Clang! ¡Clang! ¡Clang! Pasamos exactamente por debajo de los retumbantes brazos de otra vasta máquina, y así llegamos por fin a un ancho túnel en el que podíamos oír hasta el ruido de nuestros pies descalzos y que, salvo el hilo de luz azul que llegaba de la derecha, carecía de toda iluminación. Las sombras formaban gigantescas caricaturas de nuestras formas y de los selenitas en el muro irregular y en el techo del túnel. De rato en rato, trozos de cristal sobresalientes de las paredes, chispeaban como brillantes; el túnel se ensanchaba, aquí y allá se convertía en una caverna de estalactitas, o de sus paredes surgían ramas que se perdían en la obscuridad.

Parece que anduvimos por el túnel largo rato. *Trickle, trickle*, murmuraba la luz al correr por el canal, muy suavemente, y nuestros pasos y sus ecos hacían un irregular *padle, padle*. Mi mente llegó a una conclusión sobre la cuestión de las cadenas: si pudiera sacarme una vuelta así, y luego deslizar la mano así...

Pero si me resolvía a hacerlo, poco a poco, ¿me verían los selenitas sacar la mano de la vuelta aflojada? Y si lo veían ¿qué harían?

—Bedford —dijo Cavor—: esto va hacia abajo; va hacia abajo sin cesar.

Su observación me hizo salir de mi sombría preocupación.

—Si quisieran matamos —agregó Cavor, retrocediendo para ponerse a mi lado—, no hay razón para que no lo hubieran hecho ya.

—No —asentí—; es cierto.

—Lo que sucede es que no nos entienden —prosiguió Cavor—: creen que somos simplemente unos animales extraños, quizás una especie salvaje de ganado. Sólo cuando nos hayan observado mejor, empezarán a comprender que tenemos entendimiento...

—¿Cuando trace usted los problemas geométricos? —pregunté.

—Puede ser que entonces.

Anduvimos en silencio durante un rato.

—Oiga usted —dijo de repente Cavor—: éstos deben ser selenitas de clase inferior.

—¡Los muy endemoniados animales! —exclamé yo, en tono airado, recorriendo con la mirada sus exasperantes fisonomías.

—Si soportamos lo que nos hagan...

—Tenemos que soportarlo —interrumpí.

—Puede haber otros menos estúpidos. Éste es apenas el límite exterior de su mundo, mundo que debe ir abajo y abajo, por cavernas, pasadizos, túneles, hasta llegar por fin al mar... a cientos de millas en el interior.

Sus palabras me hicieron pensar en la milla o algo así de roca y túnel que teníamos ya sobre nuestras cabezas. Aquello era como un peso que gravitara sobre mis hombros.

—Lejos del sol y del aire —dijo Cavor—, hasta en una mina de media milla de profundidad, la atmósfera es irrespirable. Pero aquí no lo es..., cualquiera que sea la causa: probablemente no se trata de otra cosa que de... ¡ventilación! El aire debe soplar del lado oscuro de la luna al lado iluminado por el sol, y todo el ácido carbónico se precipitará allá y alimentará esas plantas. En lo alto de este túnel, por ejemplo, hay una brisa bastante activa. ¡Y qué mundo debe ser éste! Las pruebas que vemos en esa tapa, y en estas máquinas...

—Y en las lanzas —dije yo—. ¡No olvide usted las lanzas!

Durante un rato anduvo en silencio por delante de mí.

—Y esas lanzas —dijo.

—¿Qué?

—Al principio, me enojé: pero... tal vez fuera necesario que

avanzáramos. Ellos tienen una piel diferente de la nuestra, y probablemente diferentes nervios. Pueden no entender nuestras objeciones... lo mismo que un habitante de Marte podría no comprender la costumbre que tenemos en la tierra, de dar golpecitos en el hombro para llamar la atención.

—Lo mejor que pueden hacer es no darme *golpecitos* a mí.

—En cuanto a la geometría, al fin y al cabo, su manera es también una manera de entender. Empiezan con los elementos de la vida y no del pensamiento: alimentos, fuerza, dolor: hieren en las bases fundamentales.

—De eso no hay duda —contesté.

Cavor se engolfó en una conferencia sobre el enorme y maravilloso mundo dentro del cual se nos conducía. Lentamente, comprendí por su tono que no desesperaba del todo ante la perspectiva de ir aún más adentro de la madriguera extraña a la que daba el nombre de mundo. Su imaginación vagaba de las máquinas e inventos a la exclusión de mil cosas obscuras que a mí me aturdían. Y no se trataba de ningún uso que deseara hacer de aquellas cosas: quería únicamente conocerlas.

—De todos modos —dijo—, ésta es una tremenda oportunidad, es el encuentro de dos mundos. ¿Qué vamos a ver? Piense usted en lo que habrá allí abajo.

—No hemos de ver mucho si la luz no es mejor —observé.

—Ésta es solamente la corteza externa. ¡Abajo... en esta proporción... debe haberlo todo! ¡Qué historia la que llevaremos a la tierra!

—Los animales raros —dije—, se consolarán probablemente así cuando los llevan al jardín zoológico... Además, nadie nos dice que nos van a enseñar todas esas cosas.

—Cuando comprendan que poseemos un entendimiento racional, querrán saber lo que hay en la tierra. Aun cuando no se inspiren en sentimientos de generosidad, nos enseñarán para aprender a su vez... ¡Y qué cosas deben saber! ¡Qué imprevistas cosas!

Prosiguió en sus cálculos sobre la posibilidad de que supieran cosas que él nunca habría considerado aprender en la tierra... ¡Calcular así, cuando tenía aún fresca la herida del lanzazo en la piel!

He olvidado, mucho de lo que dijo, porque me llamó la atención el hecho de que el túnel fuera ensanchándose cada vez más. Por el cambio de aire parecía que saliéramos a un vasto espacio; pero no habíamos podido juzgar la extensión de éste, porque estaba obscuro. Nuestro arroyuelo de luz corría en un tortuoso hilo y se perdía más adelante.

Las paredes de roca habían desaparecido ya a ambos lados; lo único que quedaba a la vista era el camino que se extendía delante de nosotros, y el susurrante, apresurado arroyo de azul fosforescencia. La figura de Cavor y la del guía selenita marchaban a pocos pasos de mí: sus cabezas y sus piernas, por el lado del arroyo, estaban teñidas por la luz viva y azul, y el lado obscuro, no iluminado ya por el reflejo del arroyo en la pared del túnel, se destacaba confusamente de las tinieblas.

Y luego noté que nos acercábamos a algún barranco, pues el arroyuelo azul se hundía bruscamente perdiéndose de vista.

Un momento después, o por lo menos así nos pareció, habíamos llegado al borde. La luminosa corriente daba un rodeo, como si titubeara, y en seguida se precipitaba, iba a caer en una profundidad tan grande que el ruido producido por la caída no llegaba hasta nosotros. Y la obscuridad de donde así se escapaba se volvía cada vez más negra, hasta llegar a la lóbreguez casi absoluta, que apenas permitía ver una cosa como una plancha que se destacaba del borde del precipicio y se esfumaba y desaparecía antes de que alcanzáramos a ver su fin.

Durante un momento, Cavor y yo nos quedamos parados, tan cerca de la orilla cuanto nos atrevíamos a ponernos, contemplando la tenebrosa profundidad. De repente nuestro guía me tiró del brazo.

Después de llamarme así la atención, se apartó de mí, avanzó hasta el principio de la plancha, y se paró en ella, volviendo la cabeza. Luego, cuando vio que seguíamos sus movimientos echó a andar por aquel angosto puente, con tanta firmeza como si pisara en suelo firme. Por un momento, la forma de su cuerpo continuó visible, después se convirtió en una mancha azul, y por último desapareció en la obscuridad.

Hubo una pausa.

—¡Seguramente!... —empezó a decir Cavor.

Uno de los otros selenitas dio varios pasos por la plancha y volvió la cabeza para mirarnos con el mayor aplomo. Los otros, parados, estaban listos para seguirnos. La impassible cara de nuestro guía reapareció: regresaba a averiguar por qué no habíamos avanzado.

—Nosotros no podemos pasar por allí, a ningún precio —dije.

—Yo no podría dar ni tres pasos por esta tabla —dijo Cavor—, y eso aunque tuviera libres las manos.

Nos miramos mutuamente las caras desencajadas, con gran consternación.

—No deben saber lo que es el vértigo —dijo Cavor.

—Para nosotros es absolutamente imposible andar por esa plancha.

—No creo que ellos vean de la misma manera que nosotros. He estado observándolos. ¡Quién sabe si siquiera se dan cuenta de que, para nosotros, éstas son tinieblas completas! ¿Cómo podríamos hacérselo entender?

—No sé cómo, pero tenemos que hacérselo entender.

Creo que decíamos todo eso con una vaga, media esperanza de que los selenitas pudieran comprendernos. Yo me daba exacta cuenta de que todo lo que se necesitaba era una explicación; pero luego cuando miré sus inexpresivas caras, me convencí de que no había explicación posible. Aquél era precisamente el momento en que nuestros puntos de semejanza con ellos iban a servir más bien a acentuar la diferencia que nos separaba en todo lo demás. De todos modos, yo no iba a pasar por aquella plancha, no, no pasaría. Rápidamente deshice mi mano afuera de la cadena que había ido aflojando en el camino, y extendí el brazo en la dirección opuesta. Yo era el que más cerca estaba del puente, y cuando me vieron hacerlo, dos de los selenitas me empujaron y me tiraron con suavidad hacia el puente.

Yo agité la cabeza violentamente.

—No voy —dije—. Inútil. Ustedes no entienden.

Otro selenita acudió a empujarme. Entre los tres me forzaron a avanzar un paso.

—¡Miren! —exclamé—. ¡Quédense quietos! Para ustedes será cosa muy fácil...

Di un salto, girando hacia atrás, y prorrumpí en maldiciones,

pues uno de los selenitas armados me había punzado en la espalda con su lanza.

De una sacudida, libérté mis manos de los pequeños tentáculos que las retenían, y me encaré con el lancero.

—¡Maldito diablo! —grité—. ¡Ya les había prevenido que tuvieran cuidado! ¿De qué palo o piedra crees que estoy hecho, para que me metas en el cuerpo esa punta? ¡Si vuelves a tocarme!...

Por toda respuesta el individuo me pinchó otra vez.

Oí la voz de Cavor, con tono de alarma y de súplica. Creo que aun entonces pensaba en transacciones con aquellos animales; pero la picazón del segundo aguijonazo pareció despertar alguna dormida reserva de energía dentro de mi ser. Instantáneamente, se quebró un eslabón de la cadena que me rodeaba el otro puño, y con él se rompieron todas las consideraciones que nos habían mantenido sumisos entre las manos de los señores selenitas. Durante aquel segundo, por lo menos, estuve loco de miedo y de ira al mismo tiempo. No reflexioné en las consecuencias, y empujé la mano hacia adelante, en línea recta a la cara del lancero. La cadena pendía de mi muñeca...

Entonces sobrevino una de las estupendas sorpresas de que el mundo lunar está lleno.

Mi mano encadenada pareció pasar de parte aparte, a través de aquel cuerpo. El selenita se aplastó como un huevo. Aquello fue como golpear en un merengue de superficie dura y líquido por dentro. La mano se hundió sin hallar tropiezo, y el flojo cuerpo fue por el aire hasta unas doce yardas más allá, a caer con un sordo ¡flac!

Yo me quedé asombrado y no acababa de creer que algo viviente pudiera ser tan fofo. Durante un instante, casi me pareció que todo era un sueño.

Pero luego recuperé la conciencia de las cosas reales o inminentes. Ni Cavor ni los otros selenitas parecían haber hecho nada desde el momento en que me di vuelta hasta aquél en que el selenita muerto cayó en el suelo. Todos se mantenían apartados de nosotros, todos estaban alerta. Esa suspensión duró por lo menos hasta un segundo después de la caída del cadáver. Probablemente, todos reflexionaban. Me acuerdo de que yo, con mi mano medio retirada ya, trataba también de medir la situación: «¿Y ahora? —

clamaba mi cerebro—. ¿Y ahora?».

¡De repente, en un momento, todos se movieron!

Yo comprendí que teníamos que soltamos de nuestras cadenas, pero para ello, antes, era necesario que venciéramos a los selenitas. Me encaré con el grupo de los tres lanceros. En el instante, uno de ellos me arrojó su lanza; ésta pasó zumbando por sobre mi cabeza, y supongo que fue a perderse en el abismo que quedaba atrás de mí.

Salté directamente hacia él, mientras la lanza volaba atrás; él se volvió para correr, al brincar yo, pero di encima de él, lo derribé, me resbalé sobre su aplastado cuerpo, y caí.

Rápidamente me senté, y por ambos lados vi las azuladas espaldas de los selenitas que se perdían en la obscuridad. Con un esfuerzo supremo abrí un eslabón, y deshice el nudo de la cadena que me estorbaba tanto en los tobillos, y me paré de un salto, con la cadena en la mano. Otra lanza, arrojada como una jabalina, silbó a mi lado, y entonces me precipité hacia la obscuridad, por el lado de donde venía, pero no encontré al agresor. Después volví al lado de Cavor, que seguía parado en la luz del arroyo, junto al abismo, trabajando convulsivamente con sus cadenas.

—¡Venga usted! —le grité.

—¡Mis manos! —me contestó.

Luego, comprendiendo que no me atrevía a correr hacia él por el temor de que mis mal calculados pasos pudieran hacerme pasar el borde del abismo, se me acercó, jadeando, con las manos extendidas por delante.

En el acto puse manos a sus cadenas, para desatarlas.

—¿Dónde están? —balbuceó.

—Han huido, pero volverán. ¡Ahora nos arrojan cosas! ¿Por qué lado nos iremos?

—Por la luz. A ese túnel. ¿Eh?

—Sí —dije yo, y acabé de soltarle las manos.

Me arrodillé y empecé a trabajar en las cadenas que lo sujetaban por los tobillos. ¡Zac!, zumbó algo —no sé qué—, y cayó en el lívido arroyo, haciendo saltar numerosas gotas en nuestro derredor. Allá lejos, a nuestra derecha, empezaron unos silbidos y chillidos.

Acabé de sacarle la cadena de los pies, y se la di.

—¡Golpee usted con esto! —le dije; y sin esperar su respuesta partí en largos saltos por el mismo camino que habíamos seguido a

la ida. El ruido de los saltos de Cavor resonaba detrás de mí.

Corríamos a largos trancos; pero aquel modo de correr, como comprenderán ustedes, era una cosa enteramente distinta del de correr en la tierra. En la tierra, uno salta y casi instantáneamente toca otra vez el suelo, pero en la luna, por causa de la atracción mucho menor de ese planeta, uno avanza a través del espacio durante varios segundos antes de caer en el suelo. Eso, no obstante, nuestra violenta rapidez, nos hacía el efecto de largas pausas, pausas en cada una de las cuales se podía contar hasta siete u ocho. Un rebote, y un vuelo por el aire. Toda clase de preguntas atormentaban mi mente entre tanto: «¿Dónde están los selenitas? ¿Qué van a hacer? ¿Llegaremos nosotros a ese túnel? ¿Está muy atrás Cavor? ¿Lo alcanzarán y le cortarán el paso?». Y otro salto, otro rebote y de nuevo otro salto.

Vi a un selenita que corría delante de mí, pero no como nosotros corríamos, a saltos enormes, sino con el mismo movimiento de piernas con que un hombre corre en la tierra; vi su cara que se volvía a mirar por encima del hombro, y le oí lanzar un alarido al echarse hacia un lado para perderse en la obscuridad. Creo que era nuestro guía, pero no estoy seguro de ello. Después, con otro largo salto, las paredes de la roca aparecieron a mi vista a ambos lados, y en dos brincos más me encontré en el túnel, acortando ya mis saltos por exigirlo lo bajo del techo. Me subí a una especie de meseta, allí esperé, y luego, ¡pluf!, ¡pluf!, ¡pluf!, apareció Cavor, rompiendo el torrente de luz azul a cada salto, y su sombra creció, hasta que llegó adonde yo estaba. Nos quedamos asidos el uno al otro. Por un momento, a lo menos, nos habíamos desprendido de nuestros captores y estábamos solos.

La rapidez de la carrera nos había dejado casi sin respiración. Hablábamos jadeantes, con frases entrecortadas.

—¿Qué vamos a hacer?

—Escondernos.

—¿Dónde?

—Arriba, en una de esas cavernas laterales.

—¿Y después?

—Pensaremos.

—Bueno... vamos.

Continuamos avanzando, y a poco llegamos a una caverna

ancha, oscura. Cavor iba delante: titubeó, y luego eligió una negra boca que parecía prometer un buen escondite. Se dirigió a ella, pero luego volvió la cabeza.

—Está en tinieblas —dijo.

—Las piernas y los pies de usted nos iluminarán. Está usted, todo mojado con esa materia luminosa.

Pero...

Un tumulto de ruidos y particularmente un sonido que parecía el golpear en un gong, que avanzaba hacia el túnel principal, llegó hasta nuestros oídos. Aquello era horriblemente sugerente de una tumultuosa persecución. Ambos echamos a correr adentro de la caverna lateral, y en la carrera, la irradiación de las piernas de Cavor alumbraba nuestro camino.

—Ha sido una fortuna —balbuceé—, que nos quitaran los botines, pues si los tuviéramos llenaríamos de ruido estas bóvedas.

Corrimos y corrimos, procurando dar pasos tan cortos, cuanto nos fuera posible, para no golpeamos la cabeza en el techo de la caverna. Al cabo de un rato, nos pareció que ganábamos terreno al estruendo. Después se amortiguó, se hizo confuso, se disipó a lo lejos. Me detuve, miré atrás, y oí el ¡pad!, ¡pad!, de los pasos de Cavor que se acercaban. Luego se detuvo él también.

—Bedford —susurró—: allá adelante hay una especie de luz.

Miré, y al principio nada pude ver. Después noté que sus hombros y su cabeza se destacaban débilmente sobre una oscuridad menos negra. Vi también que esa atenuación de la oscuridad no era azul, como todas las otras luces del interior de la luna sino gris pálido, con una inclinación muy vaga al blanco, el color de la luz del día. Cavor observo todas esas diferencias tanto o más pronto que yo, y creo que también a él le infundieran las mismas desbordantes esperanzas que a mí.

—Bedford —murmuró; su voz temblaba—: esa luz... es posible...

No se atrevió a decir cuál era su esperanza. Luego hubo una pausa, y de improviso, conocí por el ruido de sus pies que corría hacia aquel resplandor pálido. Yo lo seguí con el corazón palpitante.

(XVI)

Puntos de vista

La luz ganaba en fuerza a medida que avanzábamos. Al poco rato era ya casi tan intensa como la fosforescencia de las piernas de Cavor. Nuestro túnel se ensanchaba, se convertía en una caverna, y la nueva luz estaba en el extremo más lejano de ésta. De repente observé algo que hizo palpar mis crecientes esperanzas.

—¡Cavor! —exclamé—. ¡Viene de arriba! ¡Estoy seguro de que viene de arriba!

Cavor no me contestó, pero apresuró el paso.

Indiscutiblemente, aquélla era una luz gris, una luz plateada.

Un momento después, estábamos debajo de ella. Se filtraba de arriba por una grieta en las paredes de la caverna, y al levantar yo la cabeza para mirarla, ¡drip!, una gruesa gota de agua me cayó en la cara. Di un salto, y me puse a un lado; ¡drip!, otra gota cayó con ruido bastante perceptible en la roca del suelo.

—¡Cavor! —dije—: ¡si uno de nosotros alza al otro, éste podrá alcanzar esa grieta!

—Yo voy a levantarlo a usted —me dijo, e incontinentemente me izó como si levantara a un bebé.

Metí un brazo por la grieta, y exactamente en la parte adonde llegaban las puntas de mis dedos encontré una pequeña rajadura en la que podía agarrarme. Vi entonces que la blanca luz era mucho más brillante. Me suspendí con dos dedos, casi sin esfuerzo, a pesar de que en la tierra peso 168 libras, llegué a un punto saliente de las rocas aún más alto, y así entonces, metí los pies en la rajadura donde había tenido primero las manos. Me estiré hacia arriba y con los dedos escudriñé las rocas. La abertura iba ensanchándose a medida que subía.

—Es fácil de trepar —dije a Cavor—. ¿Podrá usted saltar hasta mi mano si alargo el brazo para abajo?

Me afirmé en los dos lados de aquel cañón, apoyé una rodilla y

un pie en la rajadura, y extendí un brazo. No podía ver a Cavor, pero podía oír el rumor de sus movimientos al encogerse para saltar. Después, ¡zas!, se colgó de mi brazo... ¡y no pesaba más que un gato! Lo tiré hacia arriba hasta que tuvo una mano en la rajadura y pudo soltarme.

—¡Vaya! —exclamé—. ¡Cualquiera podría ser alpinista en la luna!

Y más animosamente que antes, seguí trepando. Durante algunos minutos me arrastré cañón arriba, sin descanso y después volví a mirar a lo alto. El cañón se abría gradualmente, y la luz iba haciéndose más viva. Pero...

¡Después de tanto esperarla, aquélla no era la luz del día! Al cabo de un momento vi lo que era, y al verlo, poco, faltó para que el desencanto me hiciera golpear la cabeza contra las rocas, pues lo que tenía ante mí era sencillamente un espacio abierto, irregularmente inclinado, y por todo cuyo suelo ascendente se extendía un bosque de pequeños hongos, en forma de botellas, todos brillando con aquella luz entre plateada y rosada. Por un momento contemplé su suave lustre, y después me puse a saltar de un lado y otro entre ellos. Arranqué una media docena, los arrojé contra las rocas, y luego me senté, riéndome amargamente, al aparecer a la vista la rubicunda cara de Cavor.

—Otra vez es la fosforescencia —le dije—. No necesitamos darnos prisa. Siéntese usted y descanse.

Y mientras él reflexionaba sobre nuestra desilusión, yo empecé a arrojar más de esas plantas por el cañón.

—Yo creía que fuese la luz del día —dijo.

—¡Luz del día! —exclame—. ¡Luz del día, puesta de sol, nubes y cielos tormentosos! ¿Volveremos a ver algún día semejantes cosas?

Al decir esto, me parecía que se alzaba a mi vista un cuadro de nuestro mundo, pequeño pero claro, iluminado, como un paisaje italiano.

—El cielo que cambia, el mar que cambia, los montes y los verdes árboles, las aldeas y las ciudades brillantes de sol. Piense usted en un techo mojado, cuando el sol se pone, Cavor. ¡Piense usted en las ventanas de nuestra casa, que mira al Oeste!

No hubo respuesta de su parte.

—Aquí estamos enterrados en este salvaje mundo, que no es un

mundo, que tiene un mar de tinta escondido en alma abominable negrura, allá abajo, y afuera el día tórrido y la mortal noche helada. Y todas esas cosas que nos persiguen ahora, bestiales hombres de cuero... ¡hombres-insectos escapados de una pesadilla! ¡Al fin y al cabo, ellos están en su derecho! ¿Qué tenemos nosotros que hacer aquí, por qué los aplastamos, y perturbamos su mundo? Por todos los indicios que hemos visto, el planeta entero está en alarma y corre tras de nosotros. Dentro de un minuto podremos oír de nuevo sus chillidos y el estruendo de sus gongs. ¿Qué haremos entonces? ¿Qué haremos? ¡Aquí estamos en posición tan cómoda como la de un par de serpientes de la India que se hubieran escapado en pleno Londres!

Volví a mi tarea de destruir hongos. De improviso vi algo que me hizo dar un grito.

—¡Cavor! —exclamé—. ¡Estas cadenas son de oro!

Cavor, sentado, meditaba profundamente, con las mejillas apretadas entre las manos. Volvió la cabeza lentamente, me miró y, cuando repetí mis palabras, miró la cadena que le rodeaba la muñeca de la mano derecha.

—De oro son —dijo—: lo son.

El fugitivo interés que pudo inspirarle aquello, se desvaneció de su cara desde antes de que cesara de mirar la cadena. Titubeó un momento, y luego continuó su interrumpida meditación. Yo me quedé un rato asombrado de no haber conocido hasta entonces la materia de que las cadenas estaban hechas, pero después me acordé de la luz azul en que habíamos estado y que hacía perder completamente su color al metal. Y ese descubrimiento me sirvió también de punto de partida para una corriente de ideas que me llevó a campos anchurosos y lejanos. Me olvidé de que un momento antes había estado preguntando lo que hacíamos en la luna. Soñaba con oro...

Cavor fue el primero que habló:

—Me parece que hay dos caminos abiertos ante nosotros.

—¿Y son?

—O intentamos abrírnos paso —forzar el paso, si es necesario—, al exterior y buscar otra vez la esfera hasta encontrarla o hasta que el frío de la noche llegue y nos mate; o si no...

Hizo una pausa.

—Sí —dije yo, pues sabía lo que seguía.

—... Podemos intentar una vez más establecer una especie de manera de entendernos con la gente de la luna.

—Por mi parte, lo primero es lo mejor.

—Lo dudo.

—Yo no.

—Oiga usted —dijo Cavor—. No pienso que podemos juzgar a los selenitas por lo que hemos visto de ellos. Su mundo central, su mundo civilizado, debe estar lejos, abajo, en las cavernas más profundas cercanas a su mar. Esta región de la corteza en que nos encontramos es un distrito remoto, una región pastoril. En todo caso, ésta es mi interpretación. Los selenitas que hemos visto pueden ser sólo los equivalentes de nuestros cuidadores de ganado y trabajadores de fábricas lejanas de las poblaciones. El uso de esas lanzas —probablemente para agujonear a las reses—, la falta de imaginación que muestran al suponer que nosotros somos capaces de hacer exactamente lo que ellos hacen, su indiscutible brutalidad, todo parece indicar algo por ese estilo. Pero si nosotros soportáramos...

—Ninguno de los dos podría soportar por mucho tiempo una marcha por una plancha de seis pulgadas a través de un pozo sin fondo.

—No —dijo Cavor—: eso es verdad.

En seguida descubrió un nuevo campo de posibilidades.

—Supongamos que nos situáramos en algún rincón donde pudiéramos defendernos de esos campesinos y de sus lanzas. Si, por ejemplo, consiguiéramos sostenemos durante una semana o algo así, es probable que la noticia de nuestra aparición se filtrara hacia abajo, hasta las partes más inteligentes y populosas...

—Si existen.

—Deben existir; si no ¿de dónde vienen esas tremendas máquinas?

—Eso es posible; pero es el peor de los términos del dilema.

—Podríamos escribir inscripciones en las paredes...

—¿Cómo sabemos que sus ojos verían la clase de señales que nosotros hiciéramos?

—Si las esculpimos...

—Eso es posible, por supuesto.

Yo tomé un nuevo hilo de ideas.

—Al fin y al cabo —dije—, no supongo que usted cree a los selenitas tan infinitamente más sabios que los hombres.

—Deben saber mucho más... o por lo menos una cantidad de cosas diferentes.

—Sí, pero... —dije vacilando— creo que usted convendrá fácilmente, Cavor, en que usted es un hombre más bien excepcional.

—¿Cómo?

—Pues, usted es... usted es un hombre más bien solitario: quiero decir que lo ha sido usted. No se ha casado usted.

—Nunca lo necesité tampoco.

—Se ha dedicado usted a adquirir conocimientos.

—Sí; una cierta curiosidad, es natural.

—Usted piensa así: ése es precisamente el punto. Usted piensa que todos los cerebros necesitan saber. Recuerdo que una vez, cuando le pregunté por qué hacía usted todas esas investigaciones, me dijo usted que quería ser miembro de la Sociedad Científica, y hacer que a la substancia que iba usted a inventar se le llamara Cavorita, y cosas de ese orden. Usted sabe perfectamente que no proseguía usted sus trabajos por eso, pero en aquel momento mi pregunta lo tomó por sorpresa, y creyó usted que debía tener algo que pareciera un motivo. En realidad, usted hacía sus investigaciones porque tenía usted que hacerlas. Ésa es la inclinación natural de usted.

—Tal vez lo sea...

—En un millón de hombres, no hay uno que tenga tal inclinación. La mayoría de los hombres quieren... pues, varias cosas, pero ninguno quiere saber sólo por saber. Yo soy uno de ellos, lo se perfectamente bien. Bueno, estos selenitas parecen ser una especie de seres trabajadores, atareados; pero ¿cómo sabe usted que ni aun el más inteligente de ellos se interesa por nosotros o por nuestro mundo? Creo que ni siquiera saben que nosotros tenemos un mundo. Nunca salen a la superficie en la noche: se helarían si lo hicieran. Probablemente jamás han visto un cuerpo celeste, salvo el ardiente sol. ¿Cómo han de saber que *hay* otro mundo? Y si lo saben ¿qué puede eso importarles? Supongamos que hayan visto de vez en cuando algunas estrellas y hasta el disco de la tierra: ¿y qué significa eso? ¿Por qué la gente que vive «dentro» de un planeta se

ha de molestar en observar esa clase de cosas? Los hombres no se habrían entregado a tales observaciones a no ser por las estaciones y por la navegación. ¿Por qué la gente de la luna?... Pero, supongamos que haya algunos filósofos como usted; éstos serán precisamente los selenitas que nunca oirán nada que se refiera a nuestra existencia. Imagínese usted que un selenita hubiera caído en la tierra cuando usted estaba en Lympne; usted habría sido el último en saber su llegada: usted nunca lee un periódico. Ya ve las probabilidades que tiene usted en su contra. Pues bien: por causa de esas probabilidades estamos aquí sentados, sin hacer nada mientras vuela un tiempo precioso. Le digo a usted que hemos caído en una trampa. Hemos venido sin armas, hemos perdido nuestra esfera, no tenemos alimentos, nos hemos mostrado a los selenitas y los hemos hecho ver que somos unos animales extraños, fuertes, peligrosos, y a no ser que esos selenitas sean unos perfectos locos, deben estar ya todos en movimiento y nos perseguirán hasta encontrarnos, y cuando nos encuentren tratarán de apoderarse de nosotros si lo pueden, y de matarnos si no lo pueden, y allí acabará todo el asunto. Después de tomarnos, nos matarán probablemente, por causa de alguna desinteligencia. Después que nos hayan muerto puede ser que discutan acerca de nuestros méritos, pero eso no nos divertirá mucho a nosotros.

—Siga usted.

—Por otro lado, aquí tropieza uno con el oro como con el hierro en la tierra. Si pudiéramos llevarnos un poco de este oro y encontrar nuestra esfera antes de que ellos nos alcanzaran, y marcharnos; entonces...

—¿Qué?

—Entonces, podríamos emprender las operaciones en un pie más sólido: regresaríamos en una esfera más grande, con cañones.

—¡Buen Dios! —exclamó Cavor, como si aquello le pareciera horrible.

Yo lancé otro hongo luminoso, por el agujero.

—Oiga usted, Cavor —dije—: yo tengo de todas maneras el derecho de la mitad del voto en este asunto, y el caso en que estamos es para un hombre práctico; yo soy un hombre práctico y usted no. Yo no voy a confiarme otra vez a los selenitas y a los diagramas geométricos, si puedo evitarlo... Y con esto lo he dicho

todo. Volvamos a la tierra, revelemos todo este secreto... o la mayor parte de él. Y después, volvamos aquí.

Cavor reflexionó.

—Cuando vine a la luna —dijo—, debí haber venido solo.

—La cuestión previa ahora —le repliqué—, es ésta: ¿cómo volveremos a la esfera?

Durante un rato nos frotamos las rodillas en silencio. Después, Cavor pareció decidido a aceptar mis razones.

—Me parece —dijo—, que ante todo debemos informarnos. Claro está que, mientras el sol dé en este lado de la luna, el aire soplará a través de este planeta esponja, del lado oscuro hacia acá. En este lado, de todos modos, el aire debe dilatarse y afluir de las cavernas de la luna al cráter... Muy bien: aquí hay una corriente de aire.

—Sí, la hay.

—Y eso significa que éste no es un extremo muerto: en algún punto detrás de nosotros, esa abertura continúa hacia arriba. La corriente de aire se dirige a lo alto, y ése es el camino que nosotros tenemos que seguir. Si tratamos de encontrar y encontramos alguna especie de chimenea o cañón que debe haber por allí, no sólo saldremos de estos pasadizos por donde los selenitas nos buscan...

—¿Pero suponga usted que la chimenea sea muy angosta?

—Entonces, volveremos a bajar.

—¡Chit! —dije yo, bruscamente—. ¿Qué es, eso?

Escuchamos. Al principio oímos un confuso murmullo, pero luego llegó hasta nosotros el estruendo de un gong.

—Deben pensar que somos ganado —dije—, cuando quieren asustarnos así.

—Vienen por aquel pasadizo —dijo Cavor.

—Deben ser ellos.

—No pensarán en subir por el cañón. Pasarán de largo.

Escuché otra vez un rato.

—Esta vez —murmuré—, es probable que vengan con alguna clase de arma.

Luego, con un salto brusco, me levanté.

—¡Santos Cielos! ¡Cavor! —grité—. ¡Sí, subirán! Verán los hongos que he estado arrojando abajo. Y...

No concluí la frase. Me volví y por encima de las cabezas de los

hongos brinque a la extremidad superior de la cavidad. Vi que la bóveda se volvía hacia arriba y se convertía a su vez en un cañón estrecho, que subía a una impenetrable obscuridad. Iba ya a trepar por el interior de ese tubo, cuando una feliz inspiración me hizo volver atrás.

—¿Qué hace usted? —me preguntó Cavor.

—¡Siga usted! —le dije.

Una vez entre los brillantes hongos tomé dos de ellos, me puse uno en el bolsillo del pecho de mi saco de franela, de modo que, apuntando afuera, alumbrara nuestra ascensión, y volviendo al lado de Cavor le di el otro. El ruido que hacían los selenitas había crecido tanto, que parecía que ya estuvieran debajo de la abertura. Pero quizás les sería difícil subir por ella o vacilarían, temerosos, de encontrar resistencia de nuestra parte. En todo caso, teníamos ya la fortificante conciencia de la enorme superioridad muscular que nos daba nuestro nacimiento en otro planeta. Un minuto después, trepaba yo con gigantesco vigor, detrás de los talones de Cavor, iluminados por la luz azul de los hongos.

(XVII)

El combate en la cueva de los carniceros

No sé cuánto trepamos antes de llegar al enrejado. Puede ser que sólo hubiéramos ascendido unos pocos centenares de pies, pero en aquellos momentos me parecía que nos habíamos izado, arrastrado, y colgado y trepado por lo menos, a través de una milla de aquel cañón vertical. Siempre que recuerdo aquella ascensión, resuena en mi cabeza el pesado choque de nuestras cadenas de oro, que seguía todos nuestros movimientos. No tarde mucho en tener las rodillas y el dorso de las manos en carne viva, y una contusión en una mejilla. Después de un rato, la primera violencia de nuestros esfuerzos disminuyó, y nuestros movimientos fueron más deliberados y menos penosos. El ruido de nuestros perseguidores se había desvanecido totalmente. Parecía casi, contra todos nuestros temores, que los selenitas no hubieran sospechado nuestra fuga por la abertura, a pesar del elocuente montón de hongos rotos que debía haber al pie de ésta.

A ratos, el cañón se estrechaba tanto que apenas podíamos deslizarnos por él, y otras veces se ensanchaba en grandes cavidades ásperas, incrustadas de puntiagudos cristales, o cubiertas de una capa de botones «fungoides», que despedían un pálido resplandor. A veces se encorbaba en espiral, y otras disminuía su gradiente, casi hasta extenderse en dirección horizontal. A cada rato, oíamos el intermitente ¡chirr!, ¡chirr!, de los hilos de agua que corrían a nuestro lado. Una o dos veces nos pareció que unas pequeñas cosas vivientes se arrastraban velozmente para escapar de nuestro alcance, pero nunca vimos lo que eran. Podrían muy bien haber sido animales venenosos, pero no nos hicieron daño alguno, y nosotros tampoco estábamos en situación de hacer caso de un ruido más o menos. Por fin, allá arriba, apareció de nuevo la azulada luz ya familiar para nosotros, y después vimos que pasaba a través de un enrejado que nos cerraba el camino.

Cuando notamos aquello, nos lo señalamos uno a otro, apenas con un leve murmullo, y adoptamos más y más precauciones para no hacer ruido en nuestra ascensión. A poco, ya estábamos debajo del enrejado, y pegando la cara a sus barras, pude ver una limitada porción de la caverna que se extendía, al otro lado. Se veía que era un recinto espacioso, y que indudablemente estaba alumbrado por algún arroyo de la misma luz azul que habíamos visto brotar de la ruidosa maquinaria. Un intermitente chorro de agua, muy delgado, goteaba de rato en rato, por entre las barras, cerca de mi cara.

Lo primero que procuré fue, naturalmente, ver lo que podía haber en el suelo de la caverna; pero el enrejado había sido puesto en una depresión del terreno, cuyo borde ocultaba de nuestros ojos todo el suelo. Nuestra burlada atención volvió entonces a fijarse en los varios sonidos que oíamos, y al cabo de un momento mis ojos sorprendieron un número de vagas sombras que se movían en el confuso techo, allá muy en lo alto.

Indiscutiblemente, en aquel espacio había varios selenitas, quizás en número considerable, pues hasta nosotros llegaban los sonidos de su lenguaje, y sordos ruidos, que yo tomé por sus pisadas. Se oía también una serie de sonidos regularmente repetidos: ¡chid!, ¡chid!, ¡chid!, que empezaban y cesaban, y que daban la idea de un cuchillo o machete que cortara alguna sustancia blanda. Después resonó un choque como de cadenas, un silbido, y un rumor estruendoso, como el de un carro arrastrado por sobre un lugar hueco; y otra vez empezó el ¡chid!, ¡chid!, ¡chid! Las sombras indicaban que unas formas se movían rápida y acompasadamente, de acuerdo con aquel sonido regular, y descansaban cuando el sonido cesaba.

Cavor y yo juntamos nuestras cabezas y empezamos a discutir todo aquello en murmullos apagados.

—Están ocupados —dije— están ocupados en algo.

—Sí.

—No están buscándonos, ni piensan en nosotros.

—Tal vez no han oído hablar de nosotros.

—Los otros nos buscan allá abajo. Si apareciéramos repentinamente aquí...

Nos miramos uno a otro.

—Podría haber una probabilidad de parlamentar —dijo Cavor.

—No —contesté yo—: no tal, estamos...

Guardamos silencio, y así nos quedamos un rato, cada uno embargado por sus propios pensamientos.

¡Chid!, ¡chid!, ¡chid!, sonaban las herramientas, y las sombras se movían de un lado a otro.

Yo miré el enrejado.

—Es débil —dije—. Podríamos apartar dos barras y deslizamos por entre ellas.

Poco tiempo perdimos en vagas discusiones. En seguida tomé una de las barras con ambas manos, afirmé los pies contra la roca, colocándolos casi a la altura de mi cabeza, y en esa posición me apoyé en la barra. Ésta cedió tan fácilmente, que poco me faltó para caer. Me aseguré nuevamente en las rocas y empujé la barra adyacente en dirección opuesta. Después me saqué del bolsillo el hongo luminoso y lo deje caer abajo por la grieta.

—No haga usted nada precipitadamente —susurró Cavor, al ver que me introducía por la abertura que acababa de ensanchar. Al pasar por el enrejado vi unos bultos que se movían, e inmediatamente me incliné, para que el borde de la depresión en que el enrejado estaba puesto me ocultara de sus ojos. Echado y bien pegado al suelo indiqué por señas a Cavor que él también se preparara a pasar. Un momento después estábamos tendidos el uno al lado del otro, mirando por encima del borde, la caverna y a sus ocupantes.

La caverna era mucho mayor de lo que habíamos supuesto al verla por primera vez, y la mirábamos de abajo arriba, desde la parte más baja de su suelo inclinado. A medida que se alejaba de nosotros se ensanchaba, y el techo descendía, y ocultaba totalmente la porción más lejana. Y tendidos en hilera a lo largo de su extensión mayor, hasta perderse por último en esa tremenda perspectiva, yacían unas abultadas formas, unos bultos grandes e incoloros con los cuales estaban atareados los selenitas. Al principio parecían unos grandes cilindros blancos, de vago volumen; después noté sus cabezas, con el hocico hacia nosotros, peladas y sin ojos, como cabezas de carnero en una carnicería, y entonces comprendí que los selenitas estaban descuartizando reses lunares: el cuadro se asemejaba mucho al de la tripulación de un barco ballenero en el acto de descuartizar una ballena atada a la cubierta. Cortaban la

carne en tiras y en algunos de los cuartos puestos más lejos, aparecían ya desnudas las blancas costillas. El ruido de sus machetes era ese ¡cid!, ¡cid! Un poco más lejos, una especie de pequeño tren, tirado por cables y lleno de trozos de floja carne, corría hacia arriba por el inclinado suelo de la caverna. Aquella gran hilera de fardos enormes destinados a servir de alimento, nos dio una idea de la vasta población del mundo lunar, no bien habíamos comprendido cuál era la ocupación de los selenitas.

Al principio me pareció que éstos debían operar sobre plataformas sostenidas por gruesos bancos y luego vi que las plataformas, sus bancos y los machetes tenían el mismo color que había visto a mis cadenas antes de que la luz pusiera en evidencia el que en realidad tenían. Un número de palancas bastante gruesas, yacían por el suelo, y sin duda habían servido para volver de un lado a otro las reses muertas. Tenían quizá seis pies de largo y unas agarraderas bien dispuestas: armas que eran una tentación para quien supiera defenderse. La caverna entera estaba iluminada por tres arroyos transversales del azul fluido.

Durante un rato nos quedamos inmóviles, observando todo aquello en silencio.

—¡Bueno! —dijo Cavor, por fin.

Yo me adherí más al suelo y volví la cara hacia mi amigo. Se me había ocurrido una brillante idea.

—A no ser que hayan bajado esos cuerpos por un ascensor —dije—, debemos estar más cerca de la superficie que lo que pensaba.

—¿Por qué?

—La res no salta, ni tampoco tiene alas.

Cavor echó nuevamente una ojeada por sobre el borde del hueco.

—Me pregunto, ahora... —empezó—. Lo cierto es que en ningún momento nos hemos alejado mucho de la superficie.

Yo le hice callar con un fuerte apretón en el brazo: ¡había oído un ruido en la parte baja del cañón!

Nos acurrucamos cuanto pudimos, y nos quedamos tan quietos como si estuviéramos muertos, pero con todos los sentidos despiertos. No cabía duda de que algo subía lentamente por el tubo de piedra. Yo sin hacer ruido, empuñé vigorosamente mi cadena, y esperé que apareciera aquello.

—Usted eche otra ojeada a los de los machetes —dije.

—Están en su tarea —me contestó Cavor.

Me afirmé, como arreglándome una especie de barricada en la abertura del enrejado... Oía ya con bastante claridad el suave jadeo de los selenitas que subían, el roce de sus manos contra las rocas, y el caer de la tierra que sus cuerpos desprendían.

Después vi algo que se movía confusamente en las tinieblas de abajo del enrejado, pero no pude distinguir lo que era. Todo aquello pareció aquietarse por un momento, pero luego... ¡alerta! Yo me había parado de un salto, y dado un feroz golpe en la dirección de una cosa que había pasado velozmente junto a mí. Era la punta de una lanza. Después he reflexionado que su largo excesivo en la estrechez del cañón, debió impedir que la apuntaran bien para que llegara hasta mí. Como quiera que fuese, pasó el enrejado como la lengua de una serpiente, y tanteó, retrocedió, y volvió a avanzar con violencia. Pero la segunda vez yo la empuñé y la arranqué, de las manos del que la manejaba, no antes de que otra me hubiera amagado también, sin tocarme.

Lancé un grito de triunfo al sentir que el selenita, después de resistir un momento mi tirón soltaba la lanza, y acto continuo me puse a lancear hacia abajo por entre las barras, a lo que me respondían de la obscuridad unos chillidos. Cavor, por su parte, había arrancado a las otras invisibles manos la otra lanza, daba saltos a mi lado, blandía el arma, y apuntaba lanzadas que no daban en el blanco...

—¡Chang! ¡Chang! —resonó un gong desde abajo y por entre la reja fue el sonido a esparcirse arriba. Luego un hacha lanzada por el aire y que chocó en las rocas más allá de nosotros, me recordó a los carniceros de la caverna.

Me volví: todos avanzaban hacia nosotros, en orden de batalla, blandiendo sus hachas. Si antes no habían oído hablar de nosotros debían haberse dado cuenta de la situación con increíble rapidez. Les contemplé un momento, lanza en mano.

—¡Guarde usted esa reja, Cavor! —grité, y me puse, a vociferar para intimidarlos, y corrí a su encuentro. Dos de ellos me hicieron frente con sus machetes, pero los demás huyeron acto continuo. Entonces los dos echaron a correr también, caverna arriba, con los puños apretados y la cabeza baja. ¡Nunca he visto a los hombres

correr así!

Yo comprendí que la lanza que tenía no era un arma apropiada para mí; era delgada y flexible, y demasiado larga para manejarla con rapidez. Así, pues, sólo perseguí a los selenitas hasta el lugar en que yacía la primera res muerta, y allí me detuve y recogí una de las palancas. La sentí agradablemente pesada, y suficiente para aplastar a cualquier número de selenitas. Arrojé lejos la lanza, y con la otra mano me apoderé de otra palanca. Así me sentía cinco veces mejor que con la lanza. Con ademán amenazador blandí las dos palancas en la dirección de los selenitas que se habían detenido y formaban un pequeño grupo lejos, en la parte alta de la caverna, y volví al lado de Cavor.

Éste saltaba de un lado para el otro del enrejado, tirando estocadas con su lanza rota. La cosa iba bien por allí: aquello bastaría para impedir que los selenitas subieran... a lo menos por un tiempo. Volví los ojos a la caverna: ¿qué íbamos a hacer nosotros?

Estábamos ya, y en cierto modo, acorralados; pero los matarifes y carniceros de la caverna habían sido sorprendidos por nuestra presencia, probablemente estaban asustados, y no tenían armas propiamente dichas, pues sólo les servían de tales sus pequeños machetes. Y por ese lado era posible escapar. Sus rechonchos cuerpecitos —pues la mayor parte de ellos eran más bajos y gruesos que los pastores que habíamos encontrado primero—, estaban desparramados por la parte alta del inclinado suelo, de una manera que significaba elocuentemente indecisión. Pero, así y todo, había que tener presente que eran una tremenda muchedumbre. Los selenitas que habían subido por el cañón tenían unas lanzas infernalmente largas, y quizá se nos iban a presentar con otras sorpresas... Pero ¡maldita disyuntiva! Si cargábamos contra los de la caverna dejábamos el paso libre a los otros para que subieran y nos persiguieran, y si no cargábamos, los animalejos de la parte alta de la caverna recibirían probablemente refuerzos. Sólo el Cielo sabe qué tremendas máquinas de guerra: cañones, bombas, terrestres torpedos, podría enviar para nuestra destrucción aquel mundo de abajo, más vasto, al cual no habíamos hecho hasta entonces otra cosa que pellizcar la epidermis. ¡De todo esto resultaba claro que lo único que nos quedaba era cargar! Y más claro fue aún, cuando vi

las piernas de muchos otros selenitas recién llegados que aparecían en lo alto de la caverna, corriendo hacia nosotros.

—¡Bedford! —gritó Cavor, y ¡zas!, de un salto se puso a medio camino entre la reja y el punto en que yo estaba.

—¡Vuelva usted allá! —le grité—. ¿Qué hace usted?...

—¡Han traído... una cosa como un cañón!

Y agitándose en el enrejado entre varias lanzas que avanzaban para su defensa, aparecieron la cabeza y los hombros de un selenita portador de un complicado aparato.

Yo me di cuenta de la completa incapacidad de Cavor para la lucha que teníamos que afrontar. Por un momento, vacilé. Después me precipité hacia la máquina, blandiendo mis barras y gritando para aturdir al selenita. Éste apuntaba con su arma, apoyándola en el estómago. ¡Zizzt! Aquello no era un cañón: lanzó el proyectil más bien como un arco lanza una flecha, y me lo plantó en medio de un hombro.

No caí. Pero mi salto fue más corto que si no hubiera sido tocado por el proyectil. La sensación que me quedó en el hombro me hizo creer que el proyectil me había golpeado de refilón; pero luego mi mano izquierda tropezó con algo, y entonces noté que tenía una especie de jabalina metida en el hombro casi hasta la mitad. Un instante después caí con mi palanca en la mano derecha, sobre el selenita y le di un golpe de lleno. Golpear a los selenitas era como golpear tallos secos con una maza de hierro. Se derrumbó... se hizo pedazos.

Solté una de las palancas, me saqué la jabalina del hombro, y empecé a dar puntazos con ella por entre la reja, hacia la obscuridad de abajo. A cada puntazo, respondían un alarido y una caída. Por último, les lancé la jabalina con toda mi fuerza, salte hacia arriba, recogí nuevamente la palanca y salí al encuentro de la multitud que ocupaba la parte alta de la caverna.

—¡Bedford! —gritó Cavor—. ¡Bedford! —Al verme pasar a su lado como un rayo.

Aún me parece oír el ruido de las pisadas que me seguían.

Un paso, un salto... ¡zas!... otro paso, otro salto... Cada salto parecía durar siglos. Y a cada uno, la cueva se ensanchaba ante mí y el número de los selenitas aumentaba visiblemente. Al principio parecían correr todos como hormigas en un hormiguero removido;

uno o dos machetes volaron en mi dirección; nuevas carreras; varios se desparramaban a los lados, por entre la hilera de reses muertas: después aparecieron otros, armados de jabalinas, y luego otros más. La caverna iba obscureciéndose a medida que avanzaba en ella. ¡Flick!, algo voló por encima de mi cabeza. ¡Flick! Desde lo alto de uno de mis brincos vi una jabalina clavarse y sacudirse en una de las reses muertas, a mi izquierda. Luego, al tocar tierra, otra cayó al suelo delante de mí y oí el remoto ¡Chuzz!, de la cosa que las disparaba. ¡Flick! ¡Flick! Durante un momento, aquello fue una lluvia.

Yo me detuve de golpe.

No me parece que en aquel momento tuvieran mis pensamientos mucha claridad. Me parece recordar que una especie de frase estereotipada recorría mi mente: «Zona de fuego, ¡buscar abrigo!». Sé que me precipité a un espacio entre dos reses muertas, y me quedé parado allí, jadeando rebosante de ira.

Busqué con los ojos a Cavor, y por un momento creí que hubiera desaparecido de aquel mundo. Después, surgió de la obscuridad entre la hilera de reses muertas y las rocas de la pared de la caverna: vi su carita, entre negra y azul, lustrosa de sudor y contraída por la emoción.

Decía algo, pero no puse atención en ello. Se me había ocurrido que podíamos avanzar cubriéndonos con las reses, de una en otra, hasta lo alto de la cueva para cargar en cuanto estuviéramos suficientemente cerca.

—¡Venga usted! —dije, y eché a andar delante.

—¡Bedford! —gritó Cavor; pero inútilmente.

Yo iba preocupado mientras avanzábamos por el estrecho callejón que quedaba entre las reses y la pared de la caverna. Las rocas se encorvaban hacia adelante... los selenitas no podían atacarnos de frente. Aunque en aquel estrecho espacio no podíamos saltar, nuestra fuerza de hombres nacidos en la tierra nos permitía avanzar con mucha mayor rapidez que los selenitas. Calculé lo que sucedería cuando llegáramos donde ellos estaban: una vez que nos tuvieran encima, serían tan formidables como una legión de escarabajos; pero lo primero con que nos recibirían sería una descarga de flechas. Sin cesar de correr, me quité el saco de franela.

—¡Bedford! —jadeó Cavor, detrás de mí.

Yo volví los ojos.

—¿Qué? —pregunté.

Le vi señalar hacia arriba, por sobre las reses.

—¡Luz blanca! —dijo—. ¡Otra vez luz blanca!

Miré, y era como él decía: un débil velo blanco de luz, asomaba en lo más lejano del techo de la caverna.

Aquello me pareció que duplicaba mis fuerzas.

—Manténgase usted junto a mí —dije.

Un selenita saltó precipitadamente de la obscuridad, lanzó un grito y huyó. Hice alto y detuve a Cavor con la mano. Colgué el saco de la punta de la palanca, di vuelta a la res siguiente, solté la palanca con la chaqueta, me hice ver, y retrocedí con rapidez.

—¡Chuz!... ¡Flick! —Llegó una flecha. Estábamos muy cerca de los selenitas y éstos, agrupados en muchedumbre, tenían a vanguardia una pequeña batería de sus máquinas disparadoras, apuntando hacia abajo de la cueva. Tres o cuatro flechas siguieron a la primera, y la descarga cesó en seguida.

Saqué la cabeza, y escapé de una flecha por el espesor de un cabello. Esta vez me atraje una docena o más de tiros, y oí que los selenitas gritaban tumultuosamente, al mismo tiempo que disparaban sus armas. Yo recogí la palanca con la chaqueta en la punta.

—¡Ahora! —dije, y levanté en alto la palanca.

¡Chuzz-zz-zz-zz! ¡Chuzz! En un instante mi chaqueta quedó convertida en una espesa barba de flechas, y otras tantas de éstas acribillaban las reses alrededor de nosotros. Rápidamente, desprendí la palanca de la chaqueta —la que supongo, está aún en aquel punto de la luna—, y me precipité hacia el enemigo.

Durante un minuto más o menos, aquello fue una matanza. Yo me sentía demasiado enfurecido para ser clemente, y los selenitas estaban probablemente demasiado asustados para pelear. Lo cierto es que no me atacaron en forma alguna. Yo estaba sediento de sangre. Recuerdo, que me metía entre aquellos insectos con yelmo, como un segador entre el pasto crecido segando y golpeando, primero a la derecha, después a la izquierda... ¡y aplastaba y aplastaba! A un lado y a otro saltaban pequeñas gotas. Mis pies tocaban cosas que se aplastaban y hundían y se ponían resbaladizas. Algunas jabalinas volaban en torno mío: una me rozó la oreja, otra

me hirió en el brazo y otra en la mejilla; pero esto, no lo supe hasta más tarde, cuando la sangre tuvo tiempo de correr, enfriarse y hacer que me sintiera mojado.

No sé lo que hizo Cavor. Durante un rato me pareció que el combate se había prolongado un siglo y que era necesario que continuara siempre. Después, repentinamente, todo terminó, y lo único que vimos fue la parte posterior de las cabezas de los selenitas, que subían y bajaban, al correr sus dueños en todas direcciones... Yo parecía haber quedado totalmente indemne. Corrí algunos pasos hacia adelante, gritando, y luego me volví. Yo mismo estaba sorprendido de lo que hacía.

Corría en línea recta por entre ellos, a zancadas enormes. A todos los fui dejando atrás, y todos huían de aquí para allá tratando de esconderse.

Y sentí un enorme asombro y no poco orgullo ante la conclusión del gran combate en que me había tocado parte tan principal. Me parecía, no que había descubierto la inesperada debilidad de los selenitas, sino una no menos inesperada fortaleza mía. Me eché a reír estúpidamente. ¡Qué luna tan fantástica!

Salté por sobre los aplastados cuerpos de los selenitas, que se retorcían, desparramados por la caverna, y me precipité tras de Cavor.

(XVIII)

En la luz del Sol

Apoco vimos que delante de nosotros la caverna, daba a un espacio nebuloso, y un momento después nos encontramos en una especie de galería pendiente que entraba en un vasto espacio circular, un enorme pozo cilíndrico y vertical. En tomo de aquel pozo, la galería inclinada corría sin parapeto ni protección alguna, daba una vuelta y media, y luego se perdía, arriba, entre las rocas. Al ver aquello acudió a mi memoria el recuerdo de las vueltas espirales del ferrocarril que atraviesa el San Gotardo. Todo allí era tremendamente grande. No me hago la ilusión de dar a ustedes una idea de las titánicas proporciones de todo aquel lugar, de su colosal efecto. Nuestros ojos siguieron el vasto declive de la pared del pozo, y arriba, muy lejos, vimos una abertura redonda tachonada de estrellas apenas perceptibles, y la mitad del borde bañado por el brillo eneguedor del sol. Al ver aquello, ambos lanzamos simultáneamente un grito.

—¡Vamos! —dije, echando a andar delante.

—Pero ¿y aquí? —preguntó Cavor, y con mucho cuidado se acercó al borde de la galería.

Yo seguí su ejemplo, avancé el cuello, y miré hacia abajo, pero estaba deslumbrado por el fulgor de arriba, y no alcanzaba a ver más que la insondable obscuridad con manchas espectrales rojas y purpúreas, flotando en ella. Pero si no podía ver, podía oír. De aquella obscuridad salía un ruido, algo como el rumor colérico que se escucha aplicando el oído a una colmena, un ruido que se elevaba de aquel enorme hueco, quizá de cuatro millas bajo nuestros pies...

Durante un momento escuché; luego apreté mi palanca y avancé, y Cavor detrás de mí, por la galería.

—Ésta debe ser la cavidad que vimos desde arriba —dijo Cavor — la que cubría aquella tapa.

—Y allá abajo es donde vimos las luces.

—¡Las luces! —dijo—: sí... las luces del mundo que ya no veremos nunca.

—Ya volveremos —contesté: después, de haber escapado de tantos peligros, tenía la plena seguridad de que recuperaríamos la esfera.

No alcance a oír lo que me replicó Cavor.

—¿Eh? —dije.

—Nada —contestó; y continuamos nuestro camino en silencio.

Supongo que aquel camino inclinado lateral tenía cuatro o cinco millas de largo, contando con su curvatura, y que subía con una pendiente tal que en la tierra lo habría hecho casi impracticable, pero que en las condiciones lunares trepábamos fácilmente. Sólo vimos dos selenitas durante toda aquella parte de nuestra fuga, y apenas notaron nuestra presencia escaparon a toda prisa. Claro estaba que la noticia de nuestra fuerza y de nuestra violencia había llegado hasta ellos.

Nuestro camino hacia el exterior era inesperadamente llano. La galería espiral se estrechaba hasta convertirse en un empinado túnel ascendente, en cuyo suelo se veían abundantes huellas de reses, y tan recto y tan corto en proporción con su vasto arco, que no había en él parte alguna completamente oscura. Casi en seguida comenzó a iluminarse todo; y luego, allá lejos y muy en lo alto, con un brillo que casi nos ofuscaba, apareció su abertura exterior, una cuesta de alpina gradiente, coronada por una cresta de plantas-bayonetas, altas y ya rotas y muertas, alzando sus descamadas siluetas hacia el sol.

Y era cosa extraña que para nosotros, para los hombres a quienes poco antes parecía tan horrible aquella vegetación, su vista fuera entonces como la de la tierra natal para el desterrado que vuelve a ella al cabo de muchos años. Recibimos con agrado hasta el enrarecimiento del aire, que nos hizo jadear al correr, y nos quitó la gran facilidad que habíamos tenido para hablar y entendemos, a la cual reemplazó una dificultad sólo superable con muchos esfuerzos. Cuanto más se ensanchaba el círculo de sol sobre nosotros, más se envolvía el túnel en un manto de insondables tinieblas. Al acercamos a la vegetación, vimos las plantas-bayonetas, no ya con el menor tinte verde, sino renegridas, secas y

duras, y la sombra de sus ramas superiores, que se perdían de vista en lo alto, formaba una densa maraña sobre las resecaas rocas. Y en la inmediata boca del túnel había un ancho espacio hollado por el ir y venir de las reses.

Salimos por fin a aquel espacio, a una luz y un calor que nos hirieron, que ejercieron presión sobre nosotros. Atravesamos penosamente el área abierta, trepamos una cuesta por entre montones de ramas secas, y nos sentamos por último, extenuados, en un elevado sitio, bajo la sombra de una masa de resquebrajada lava. Aun en la sombra, la roca estaba caliente.

El aire era intensamente cálido, y sentíamos gran decaimiento físico; pero, así y todo, ya no estábamos en una pesadilla. Habíamos vuelto a nuestros dominios propios, al aire bajo las estrellas. Todo el miedo, el terror de nuestra fuga a través de los oscuros pasadizos y grietas de abajo, había desaparecido: él último combate nos había llenado de enorme confianza en nosotros mismos, en todo lo que concernía a nuestras relaciones con los selenitas. Volvimos la vista, casi con incredulidad, a la negra abertura de que acabábamos de salir. Allí abajo, en un azul resplandor que ya en nuestros recuerdos parecía próximo a la absoluta oscuridad, nos habíamos encontrado con unas cosas que parecían insensatas caricaturas de hombres, unos animalejos con yelmos, y habíamos andado temerosos ante ellos, y nos habíamos sometido a ellos hasta que por fin no pudimos someternos más. ¡Y los que no quedaban aplastados como cera, habían huido y se habían desvanecido como las creaciones de un sueño!

Me restregué los ojos, como si creyera haber soñado todo aquello por efecto de los hongos que habíamos comido: y al hacerlo noté repentinamente que tenía ensangrentada la cara y que la camisa pegada a la piel en el hombro y en el brazo, me hacía doler las heridas cuando mis movimientos la despegaban algo.

—¡Malditos bichos! —dije, palpando mis heridas con mano investigadora; de improviso la distante boca del túnel se convirtió para mí en un inmenso ojo que nos espiaba.

—¡Cavor! —dije—. ¿Qué van a hacer ahora? Y nosotros, ¿qué vamos a hacer?

Cavor meneó la cabeza, con los ojos fijos en el túnel.

—¿Cómo podemos saber lo que harán? —dijo.

—Eso depende —repliqué—, de lo que piensen de nosotros, y no sé cómo podemos adivinarlo. Depende también de lo que tengan en reserva. Lo que usted ha dicho, Cavor, es cierto: hasta ahora no hemos tocado más que la simple corteza de este mundo. Pueden tener dentro toda clase de cosas. Y sólo con esos lanza-flechas nos podrían hacer bastante daño, si... Con todo, al fin y al cabo, aun en el caso de que no encontremos la esfera, tenemos probabilidades de vencer. Podemos sostenernos, y si nos alcanza la noche, volveremos dentro y pelearemos.

Miré en mi derredor con escudriñadores ojos. El carácter del escenario había variado completamente, por razón del enorme crecimiento y del subsecuente secamiento de la vegetación. La cresta en que nos habíamos sentado era alta y dominaba una ancha perspectiva del cráter: nuestros ojos veían por todas partes la aridez y sequedad del avanzado otoño de la tarde lunar. Una tras otra se alzaban largas cuevas y mesetas de color moreno, cubiertas de huellas en desorden, dejadas por las reses que habían pastado allí: y muy lejos, en el pleno ardor del sol, un rebaño yacía desparramado, las reses permanecían tendidas perezosamente, cada una con una mancha de sombra a su lado, como cameros en la falda de un monte. Pero no se veía ni señales de selenitas. Si habían huido al surgir nosotros de los pasadizos interiores, o si acostumbraban retirarse después de llevar al pasto a sus animales, es cosa que no puedo adivinar. En aquel momento creí que fuera lo primero.

—Si pusiéramos fuego a todas estas hierbas secas —dije—, podríamos encontrar la esfera entre las cenizas.

Cavor pareció no oír. Con las manos sobre los ojos a guisa de pantalla, observaba las estrellas que no obstante la intensa luz del sol, eran todavía numerosas y visibles en el firmamento.

—¿Cuánto tiempo cree usted que hemos estado aquí? —me preguntó por último.

—¿Estado dónde?

—En la luna.

—Dos días, quizás.

—Cerca de diez. ¿Sabe usted? El sol ha pasado su cenit, y cae hacia el Oeste. Dentro de cuatro días o menos, será noche.

—Pero... ¡si sólo hemos comido una vez!

—Lo sé... pero ¿y lo que dicen las estrellas?

—Pero ¿por qué ha de parecer diferente el tiempo ahora que estamos en un planeta más pequeño?

—No sé; ¡pero es así!

—¿Cómo puede uno calcular el tiempo?

—El hambre... el cansancio... todo es diferente aquí. Todo es diferente. Me parecía que desde que salimos de la esfera no hubieran pasado más que unas horas... largas hora... a lo sumo.

—Diez días —dije yo—: eso nos hace... —Miré hacia arriba al sol, un momento, y entonces vi que estaba en medio camino del cenit, al límite occidental del horizonte—. ¡Cuatro días!... Cavor: es necesario que no nos quedemos aquí sentados soñando. ¿Cómo cree usted que podemos empezar?

Me levanté.

—Debemos —continué—, señalar un punto fijo que podamos reconocer después: podríamos izar una bandera, o un pañuelo, o algo, y después dividir el terreno en porciones para reconocerlas una tras otra.

Cavor se levantó y se colocó a mi lado.

—Sí —dijo—: no nos queda otro recurso que buscar la esfera: nada más. Podemos encontrarla sin duda... Y si no...

—Seguiremos buscándola.

Cavor miró a un lado y otro, elevó los ojos al cielo y los bajó al túnel, y me sorprendió con un brusco ademán de impaciencia:

—¡Oh! —dijo—. ¡Cuán locamente hemos obrado! ¡Habernos puesto en esta situación! ¡Piense usted en lo que podríamos haber hecho, en las cosas que todavía podríamos hacer!

—Todavía podemos hacer algo.

—Nunca lo que podríamos haber hecho. Aquí, bajo nuestros pies, hay un mundo. ¡Piense usted en lo que ese mundo debe ser! ¡Piense usted en aquella máquina, en la inmensa tapa y en el líquido luminoso! Y ésas eran, apenas, cosas remotas, situadas a gran distancia del centro; y los seres que hemos visto y con quienes hemos combatido, no son sino ignorantes campesinos, habitantes de la corteza lunar, pastores y peones medio semejantes a los brutos. Pero ¡más abajo!... Cavernas bajo cavernas, túneles, construcciones, caminos... Este mundo debe abrirse más, cuanto más se avanza hacia el centro y ser más vasto y populoso cuanto más se descienda. Eso es seguro; por lo menos hasta llegar al mar central que baña el

corazón mismo de la luna. ¡Imagínese usted sus negras aguas, bajo las luces tenues! Eso, por supuesto, en el caso de que los ojos de los selenitas necesiten luz. Figúrese usted las cascadas tributarias que se precipitan hacia el centro para alimentar ese mar; piense usted en las mareas, en su superficie y en sus oleajes y crecientes. Quizá naveguen buques en él; quizá allí adentro haya grandes ciudades y caminos, y sabiduría y orden que superen a todo cuanto nos enorgullece a los hombres. Y podemos morir aquí encima, y no ver jamás a los amos que... indudablemente... gobiernan todas esas cosas. ¡Podemos helarnos y morir aquí, y el aire se helará y nos cubrirá, y después!... ¡Después tropezarán con nuestros cuerpos silenciosos y yertos, hallarán la esfera que nosotros no podemos encontrar, y comprenderán por último, demasiado tarde, todo el pensamiento y el esfuerzo que habrán tenido aquí, con nuestra muerte, un fin tan estéril!

Durante todo el discurso, su voz sonaba como la de alguien que hablara por teléfono, débil y lejana.

—Pero ¿y la obscuridad? —dije.

—Podríamos vencer esa dificultad.

—¿Cómo?

—No sé. ¿Cómo he de saberlo? ¡Podríamos llevar una antorcha, una lámpara!... Y ellos..., podrían comprender.

Permaneció en silencio un momento, con las manos pendientes y una expresión de ira en la cara, contemplando el desierto que parecía desafiamos. Después, con un ademán de renuncia, se volvió a mí, y empezó a formular sus proposiciones para que procediéramos sistemáticamente a buscar la esfera.

—Podemos volver después —le dije.

Su mirada recorrió de nuevo el espacio.

—Lo primero que tenemos que hacer es volver a la tierra —contestó.

—Podríamos traer lámparas portátiles, y aparatos para descender, y cien otras cosas necesarias.

—Sí —me contestó.

—Con el oro que llevemos llevaremos también la seguridad de una segunda expedición fructuosa.

Cavor contempló mis dos palancas de oro, y nada dijo durante un rato. Parado, con las manos atrás, miraba toda la extensión del

cráter. Por fin, exhaló un suspiro y habló:

—Yo encontré la manera de venir aquí, pero encontrar un camino no siempre es dominarlo. Si vuelvo a la tierra ¿qué sucederá? No veo cómo podría conservar mi secreto siquiera un año... ni una parte de un año. Temprano o tarde se hará pública la cosa, aun cuando no sea más que por que otros hombres la descubran también; y entonces... Gobiernos y pueblos lucharán por venir aquí; pelearán uno contra otro, y contra esta gente de la luna, y mi descubrimiento sólo habrá servido para aumentar los odios y multiplicar las oportunidades de guerra. Dentro de poco tiempo, dentro de muy poco tiempo, si revelo mi secreto, este planeta se verá, hasta sus más profundas galerías, lleno de cadáveres humanos. Cualquier otra cosa podría dudarse; pero ésa es indiscutible... Nada indica que la luna llegue a ser útil al hombre. ¿De que puede servir la luna a los hombres? ¿Qué han hecho éstos, aun de su propio planeta, sino un campo de batalla y un teatro de infinitas locuras? Con ser tan pequeño su mundo y tan corto su tiempo, el hombre tiene allá abajo, en su reducida vida, más que hacer que lo que puede realizar. ¡No! La ciencia ha trabajado demasiado en la fabricación de armas para ponerlas en manos de los locos. Ya es tiempo de que se detenga en esa obra, y yo, por mi parte, desearía que los hombres no descubrieran mi secreto hasta dentro de mil años.

—Hay muchos medios de guardar un secreto —dije.

Él me miró y se sonrió.

—Al fin y al cabo —agregó—: ¿para qué atormentamos? Pocas son las probabilidades que tenemos de encontrar la esfera, y aquí adentro las cosas fermentan. Lo que nos hace pensar en el regreso a la tierra no es más que la costumbre humana de esperar hasta que llega la muerte. Apenas si estamos, todavía, en el principio de nuestras contrariedades. Hemos enseñado a los selenitas la violencia de que somos capaces, les hemos hecho saborear nuestras cualidades, y las perspectivas que tenemos ahora ante nosotros son las de un tigre que se ha escapado en una ciudad, y anda suelto después de haber dado muerte a un hombre. La noticia de nuestros actos debe ir ahora corriendo hacia abajo, de galería en galería, hasta las partes centrales del planeta... Ningún ser inteligente nos dejará tomar la esfera y marchamos, después de lo que se nos ha

visto hacer.

—Pero, con quedamos aquí sentados no mejoraremos nuestras perspectivas —dije.

Me puse nuevamente en pie, y él también, a mi lado.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Cavor—, es separarnos. Ataremos un pañuelo en estas matas altas, asegurándolo bien, y tomándolo como centro, recorreremos el cráter. Usted irá por el Oeste, describiendo semicírculos a derecha o izquierda, siempre en la dirección del poniente. Primero avanzará usted con la sombra de su cuerpo a la derecha, hasta que la vea usted en ángulo recto con la dirección del pañuelo y después con su sombra a la izquierda. Yo haré lo mismo hacia el oriente. Escudriñaremos todas las grietas, todos los recodos de las rocas; haremos todo cuanto sea posible por encontrar mi esfera. Si vemos selenitas, nos esconderemos lo mejor que podamos. Si tenemos sed la apagaremos con nieve, y si tenemos necesidad de comer, mataremos una res, si podemos, y comeremos su carne... cruda, y así continuaremos uno y otro nuestro camino.

—¿Y si uno u otro encuentra la esfera?

—El que la encuentre volverá aquí, adonde esté el pañuelo blanco, hará señales al otro y lo esperará.

—Y si ninguno...

Cavor alzó la mirada hacia el sol.

—Seguiremos buscando hasta que la noche y el frío nos anonaden.

—¡Supongamos que los selenitas han encontrado la esfera y la han escondido!

Cavor se encogió de hombros.

—¿O si de repente nos hallamos en presencia de nuestros perseguidores?

A esto no me contestó tampoco.

—Debería usted llevar consigo una de nuestras palancas —le dije.

Meneó la cabeza y apartando de mí la vista contempló el vasto desierto.

—Partamos —dijo.

Pero pasó un momento, y Cavor no se movió: me miraba tímidamente, titubeaba.

—*Au revoir* —me dijo por fin.

Sentí una viva punzada en el corazón. Conmovido, iba ya a pedirle un apretón de manos —eso era lo único que se me ocurría en aquel instante—, cuando juntó los pies y se separó de mi dando un salto en dirección al Norte. Pareció volar blandamente como una hoja seca desprendida del árbol, cayó con suavidad, y volvió a saltar. Yo me quedé parado un momento, mirándole; luego volví la cara al Oeste, de mala gana, me recogí, y con una sensación parecida a la de un hombre que salta adentro de un estanque de agua helada, elegí un punto adonde brincar, y una vez que lo elegí, me lancé a explorar mi solitaria mitad del mundo lunar. Caí algo torpemente entre las rocas, me puse de pie, miré en tomo mío, trepé hasta un picacho, y de allí salte nuevamente. Cuando, en seguida, busqué a Cavor con la mirada, ya había desaparecido de mi vista, pero el pañuelo flotaba valientemente sobre el montículo blanco, en el ardiente sol. E inmediatamente resolví no perder de vista el pañuelo, sucediera lo que sucediera.

(XIX)

El señor Bedford, solo

Al cabo de muy poco rato, me sentía como si siempre hubiera estado solo en la luna. Busqué durante un tiempo con bastante tesón, pero el calor era aún muy grande, y la delgadez del aire pesaba como un fardo sobre mi pecho. Llegué a una especie de cuenca sombreada por altas y espesas arboledas que cubrían sus bordes, y bajo aquella sombra me senté a descansar y refrescarme. Mi intención era reposar sólo un ratito. Puse a mi lado las dos barras metálicas, y me senté, con la barba entre las manos. Con una especie de incoloro interés vi que las rocas de la cuenca, aquí y allá, en los puntos en que los rajados líquenes secos se habían caído y las dejaban en descubierto, estaban todas cruzadas de venas y manchas de oro; que de trecho en trecho, montoncillos de oro, redondos y arrugados, surgían de entre las piedras. ¿De qué servía ya todo aquello? Cierta languidez había tomado posesión de mí cuerpo y de mi mente. Ya no creí, ni por un instante, que pudiéramos encontrar la esfera en aquel vasto y árido desierto. Me parecía que no necesitaba hacer esfuerzo alguno hasta que llegaran los selenitas. Después me dije que tenía que ejercitar mis fuerzas, obedeciendo a la irracional e imperativa ley que obliga a un hombre, ante todo, a conservar y defender su vida, aunque sólo tenga que preservarla para morir más dolorosamente poco después.

¿Para qué habíamos ido a la luna?

Esto se me presentó como un problema perturbador. ¿Qué es ese espíritu del hombre que lo impulsa eternamente a abandonar la dicha y la seguridad de su persona, para buscar cosas nuevas, para exponerse al peligro, hasta para afrontar una relativa probabilidad de muerte? En mi cerebro surgía allá en la luna, como cosa que debería haber sabido siempre, la idea de que el hombre no ha sido hecho únicamente para ir y venir con toda seguridad y comodidad, y para alimentarse bien y divertirse, sino que, además, si se le

presenta la ocasión —no en palabras sino en la forma de oportunidades—, debe mostrar que es *hombre*, y que lo sabe como cosa cierta. Allí sentado en medio del muro lunar, entre las cosas de otro mundo, recorrí con el pensamiento mi pasado. En la hipótesis de que iba a morir en la luna como un ente inútil, no alcancé a vislumbrar siquiera para qué había servido mi vida. No obtuve luz alguna sobra ese punto, pero, de todos modos, en aquellos momentos vi con más claridad que en cualquier circunstancia anterior, que lo que hacía no servía mis propósitos, que en toda mi vida no había, a decir verdad, servido con mis actos los fines que yo mismo me señalaba. En este punto cesé de reflexionar sobre por qué había ido a la luna, y abarqué un campo más vasto. ¿Por qué había ido a la tierra? ¿Por qué tenía vida?... Y me perdí por último en insondables meditaciones.

Mis pensamientos fueron haciéndose vagos y nebulosos, ya sin marcar direcciones definidas. No sentía desesperación ni amargura, imposible sería imaginarse tal cosa en la luna, pero me parece que estaba muy cansado. Y me dormí.

Aquel sueño me proporcionó un gran descanso, y mientras duró, el sol se ponía y el calor disminuía. Cuando, por fin, me despertó un remoto clamoreo, me sentí otra vez activo y vigoroso. Me restregué los ojos y estiré los brazos. Me puse en pie —estaba algo entumecido—, y en el acto me preparé para reanudar mi investigación. Me eché sobre cada hombro una de mis palancas de oro, y salí de la cuenca de las rocas veteadas de oro.

El sol estaba seguramente más abajo, mucho más bajo que lo que había estado al dormirme; el aire mucho más frío; esto me hizo comprender que había dormido largo rato. Me parecía que una leve faja de azul húmedo coronaba la cumbre occidental. Salté a una pequeña eminencia, y paseé la vista por el cráter.

No alcancé a notar señales de reses ni de selenitas, ni pude ver a Cavor, pero sí vi mi pañuelo, lejos, desplegado en lo alto del grupo de plantas secas. Miré en torno mío, y luego salté hacia adelante, a un punto desde donde se podía observar mejor. Avancé de allí en semicírculo, y regresé, trazando una curva aún mayor. La empresa era fatigosa y desalentadora. El aire estaba realmente mucho más fresco, y me parecía que la sombra se ensanchaba bajo la cumbre del Oeste. De rato en rato me detenía y escudriñaba el campo con la

vista, pero no veía signo alguno de Cavor, ni de los selenitas, y todo me hacía creer que las reses habían sido llevadas nuevamente al interior, pues no alcanzaba a ver ni una. Mi deseo de ver a Cavor se hacía cada vez más ardiente.

La línea luminosa del sol había descendido ya hasta no tener casi la extensión de su diámetro desde el límite del firmamento. Empezó a oprimirme la idea de que de un momento a otro, los selenitas correrían las tapas y cerrarían las válvulas, dejándonos afuera, en el inexorable hielo de la noche lunar. En mi opinión, había llegado y hasta pasado el momento de que Cavor abandonara su investigación y acudiera en mi busca para celebrar consejo. Había que adoptar una rápida decisión: una vez cerradas las válvulas, éramos hombres perdidos. Teníamos que entrar otra vez en la luna, aunque al hacerlo nos descuartizaran. En mi mente surgía la visión de nuestra muerte de frío, y ya me parecía oír los golpes que daríamos, con nuestras últimas fuerzas, en la tapa del gran pozo.

A decir verdad, ya no pensé más en la esfera; pensé únicamente en hallar a Cavor. Estaba pensando la conveniencia de volver en seguida al lugar donde habíamos dejado el pañuelo, cuando, de repente...

¡Vi la esfera!

No fui tanto yo quien la encontré, como ella la que me encontró a mí. Estaba mucho más al Oeste del lugar adonde yo había llegado, y los oblicuos rayos del sol poniente, reflejándose en sus vidrios, proclamaban su presencia, con chispeantes tonos. Durante un momento creí que aquello sería alguna nueva máquina de los selenitas, preparada contra nosotros; pero luego comprendí la verdad y exhalando un grito ahogado, me dirigí hacia la esfera a grandes saltos. Calculé mal uno de mis brincos, caí en una profunda grieta, y al caer me torcí un tobillo; después continué cayendo casi a cada salto. Me hallaba en un estado de agitación histérica, temblando violentamente y casi sin poder respirar, antes de llegar hasta ella. Por lo menos tres veces tuve que descansar, con los brazos pendientes a mis costados, y a pesar de la sequedad del aire tenía la cara empapada en sudor.

No pensé en otra cosa que en la esfera hasta que llegué a ella; olvidé hasta mi inquietud por el paradero de Cavor. Mi último salto

me hizo caer delante de ella, con las manos contra el vidrio, y en esa posición me quedé, jadeante y tratando en vano de gritar: «¡Cavor! ¡Aquí está la esfera!». Miré a través del grueso vidrio y me pareció que las cosas de adentro estaban revueltas. Cuando por fin, pude moverme, me icé un poco y metí la cabeza por el agujero de entrada: el tomillo ajustador estaba adentro, y pude ver que nada había sido tocado, que nada había sufrido daño alguno. La esfera yacía allí tal cual la habíamos dejado al saltar de ella a la nieve. Durante un rato permanecí enteramente ocupado en hacer y rehacer su inventario. En el momento de alzar una de las frazadas noté que estaba temblando violentamente; pero sentía un alivio inmenso al ver de nuevo aquel oscuro interior familiar. Me senté en medio de las cosas, empaqueté mis palancas de oro en el fardo, y comí algo, no tanto porque lo necesitara como porque la comida estaba allí. Entonces se me ocurrió que era tiempo de salir y llamar por señales a Cavor.

¡Al fin y al cabo, todo iba bien! Todavía tendríamos tiempo de recoger unos trozos más de la mágica piedra que da el dominio sobre los hombres. No muy lejos de allí había oro fácil de extraer, y la esfera iría cargada de oro hasta la mitad, tan bien como si fuera vacía. Podríamos, pues, volver dueños de nosotros mismos y de nuestro mundo, ¡entonces!

Se me apareció una enorme visión de vastas y deslumbradoras perspectivas que me tuvieron soñando largo rato. ¿Qué monopolista, qué emperador, podía compararse por un momento con los hombres que poseían la luna?

Me levanté y volví a decirme que era hora de buscar a Cavor. Sin duda estaría escudriñando desesperadamente por el lado del Este.

Salté por fin fuera de la esfera y miré alrededor. Tan rápido como fue el brote de la vegetación, era también su muerte, y todo el aspecto de las rocas había cambiado: sin embargo, todavía era posible conocer la pendiente en que habían germinado las semillas y las masas rocallosas desde las cuales paseamos por primera vez nuestras miradas por el cráter; pero las puntiagudas plantas de la cuesta se alzaban entonces, renegridas y secas hasta 30 pies de altura, y proyectaban largas sombras que se extendían hasta perderse de vista, y las pequeñas semillas que sostenían sus ramas

superiores estaban negras y maduras. Su formación había terminado, y hallábanse colgando, listas para caer y arrugarse bajo el aire helado apenas llegara la noche. Y los enormes cactus que se hincharon a nuestra vista, habían reventado va y desparramado sus esporos a los cuatro vientos de la luna. ¡Sorprendente rincón del Universo aquel...!, ¡el desembarcadero de los hombres! Algún día haría yo poner una inscripción, allí, exactamente, en medio del cráter. Se me ocurrió que si aquel abundante mundo interior conociera toda la importancia del momento, ¡a qué furioso tumulto se entregaría! ¡Pero aún no podía ni soñar siquiera que pudiéramos volver, pues si lo sospechara, el cráter se vería seguramente agitado por una estruendosa persecución, en vez de hallarse tan quieto como un cementerio! Miré a un lado y otro, en busca de algún sitio desde donde hacer señales a Cavor, y vi el mismo trozo de roca a que él había saltado todavía limpio y reluciente de sol. Durante un momento, vacilé en ir hasta tan lejos de la esfera; pero luego, avergonzado de aquella vacilación, salté...

Desde la eminencia examiné otra vez el cráter. Allá lejos, en el extremo de la enorme sombra de mi cuerpo, el pañuelito blanco se movía sobre las plantas. Me pareció entonces que Cavor debía verme ya; pero yo no lo veía en parte alguna.

Me quedé esperando y mirando, con las manos a modo de pantallas sobre los ojos, con la esperanza de distinguirlo de un momento a otro. Muy probablemente, permanecí así largo rato. Traté de gritar, pero la imposibilidad de hacerlo me recordó la tenuidad del aire. Di un indeciso paso atrás, hacia la esfera; pero un recóndito temor a los selenitas me hizo vacilar en hacer conocer mi paradero izando una de nuestras frazadas en las plantas cercanas. Volví a examinar el cráter con la vista.

Por todas partes presentaba un aspecto de completa vacuidad, que me dio un calofrío. Y todo estaba en silencio. Hasta los ruidos de los selenitas, en el mundo interior, habían cesado de llegar a la superficie. Todo estaba tan quieto como la muerte. Salvo el leve movimiento de las plantas cercanas, al impulso de una pequeña brisa que iba levantándose, no se oía un sonido... ni la sombra de un sonido. Y no hacía ya calor; la brisa era hasta un poco fresca.

¡Diantre de Cavor!

Tomé aliento ampliamente, me puse las manos a ambos lados de

la boca. «¡Cavor!», grité, y el sonido que salió de mis labios fue como la voz de un títere que gritara desde muy lejos.

Miré el pañuelo; miré detrás de mí, la creciente sombra de la cumbre occidental; miré el sol, defendiéndome los ojos con la mano: me pareció que casi visiblemente, descendía del firmamento.

Comprendí que tenía que proceder sin tardanza, si quería salvar a Cavor, y partí en línea recta hacia el pañuelo. Estaba éste a un par de millas, cuestión de pocos cientos de saltos y pasos.

Ya he dicho que a uno le parecía estar colgado, a cada uno de esos saltos lunares: cada vez que me hallaba así suspendido, buscaba con los ojos a Cavor, y me maravillaba que se hubiese ocultado. Pensaba sólo en que estaba oculto, como si aquélla fuera la única probabilidad...

Di un postrer brinco, y me hallé en la depresión del suelo, debajo de nuestro pañuelo: un paso, y me paré en la eminencia desde la cual habíamos examinado juntos el cráter, con el pañuelo al alcance de la mano. Me enderecé cuanto pude, y escudriñé el terreno en mi derredor, por entre las crecientes manchas de sombra. Lejos, en un largo declive, estaba la boca del túnel por donde habíamos huido, y mi sombra llegaba hasta ella, se estiraba hasta ella, la tocaba como un dedo de la noche.

Ni señas de Cavor, ni un sonido en toda aquella calma, a no ser el de las plantas agitadas por el viento; y las sombras crecían.

—¡Cay!... —empecé, y comprendí una vez más la inutilidad de la voz humana en aquel aire tenue.

Silencio, el silencio de la muerte.

De repente, mi vista se fijó en algo... en una cosa pequeña, que se hallaría a unas cincuenta yardas cuesta abajo, en medio de una capa de ramas retorcidas y rotas. ¿Qué era? Yo lo sabía y, no obstante, por algún motivo, no alcanzaba a saberlo bien.

Me acerqué al objeto: era la gorrita de *cricket* que usaba Cavor.

Entonces vi que las ramas desparramadas en aquel sitio habían sido aplastadas, que las habían pisoteado. Vacilé, di un paso hacia adelante, y recogí la gorra.

Me quedé un momento con ella en la mano, contemplando el suelo hollado en torno mío. Algunas de las ramas estaban untadas de una materia oscura que no me atreví a tocar. A unas doce yardas más allá la brisa, que iba arreciando, arrastró algo, algo

pequeño y de un vívido color blanco.

Era un pedacito de papel, arrugado y compacto, como si alguien lo hubiera apretado en el puño, lo recogí, y vi en él manchas de sangre. Mi vista tropezó con unas débiles líneas trazadas con lápiz. Lo estiré, y vi que era una escritura desigual y entrecortada, que terminaba en una raya en forma de gancho.

Me senté a descifrar aquello.

«Estoy lastimado en la rodilla... creo que tengo destrozada la rótula, y no puedo correr ni arrastrarme». (Empezaba el escrito, con bastante claridad).

Después, menos legiblemente:

«Me han perseguido durante largo rato, y ahora es sólo cuestión de... (la palabra “tiempo” parecía haber sido escrita en aquel lugar y luego borrada para reemplazarla con otra, que no era legible)... el que me tomen. En estos momentos recorren todo el cráter en mi busca».

Después la escritura se volvía convulsiva:

«Desde aquí los oigo... (alcancé a descifrar, y lo que le seguía era ilegible, hasta llegar a una pequeña línea bastante clara)... una clase de selenitas completamente distinta parece dirigirla...».

El escrito volvía a convertirse en una confusión indescifrable.

«Tienen las cabezas, metidas en cajas más grandes, y van vestidos, me parece, con delgadas placas de oro. El ruido que hacen es leve, y sus movimientos obedecen visiblemente a planes organizados...».

»Y aunque estoy aquí, herido y desamparado, su presencia me inspira todavía alguna esperanza. (Ése era un rasgo propio, de Cavor). No han disparado contra mi sus armas, ni han tratado... lastimarme. Me propongo...

De allí arrancaba la repentina raya de lápiz a través del papel, y en el dorso y en los bordes, descolorida ya, de un color castaño... ¡sangre!

Y mientras, parado en el mismo sitio, estupefacto y perplejo con aquella aterradora reliquia en la mano, no sabía qué pensar ni qué hacer, algo muy suave, muy suave, ligero y helado, me tocó la mano un momento y se desvaneció; luego una segunda cosa, una manchita blanca, pasó a mi lado como una sombra leve; eran menudos copos de nieve, los primeros copos, los heraldos de la

noche.

Alcé los ojos bruscamente; el cielo se había oscurecido casi hasta la lóbreguez, en él brillaban, en una multitud que parecía agolparse cada vez más, las frías y curiosas estrellas. Volví los ojos al Este, y la luz de aquel friolento mundo tenía un matiz bronceado por su parte occidental: el sol, despojado ya de la mitad de su calor y de su esplendor por un velo blanco que se hacía cada vez más denso, tocaba el borde del cráter, se hundía hasta perderse de vista, y todas las plantas y las rocas desmoronadas y resquebrajadas, elevaban en estupendo desorden sus negras sombras. En el gran lago de obscuridad que se extendía al Oeste, hundíase una vasta corona de neblina. Un frío viento estremecía todo el cráter. De improviso y en un momento, me vi envuelto por una ráfaga de copos de nieve, y todo en mi derredor quedó sumido en un color gris pálido...

Y entonces oí, al principio no alto y penetrante, sino débil y tenue como una voz de moribundo, pero después sonoro, como la otra vez al saludar el nuevo día, el mismo: ¡Bum!... ¡Bum!... ¡Bum!... que tanto nos aterrara. Y bruscamente, la abierta boca del túnel por donde nos habíamos escapado, se cerró como un ojo y desapareció de mi vista.

Me había quedado solo, no cabe duda de ello: ¡solo afuera! Encima de mí, dentro de mí, en mi derredor, abrazándome cada vez más estrechamente, estaba lo Eterno, aquello que existía antes del principio y aquello que triunfará después del fin; el enorme vacío en que toda luz, y toda vida, y todo ser, no es más que el débil y pasajero esplendor de una estrella errante; el frío, la calma, el silencio, la infinita y final Noche del espacio.

—¡No! —grité—. ¡No! ¡Todavía no! ¡Espera! ¡Oh, espera!

Y convulso, frenético, temblando de frío y de terror, arrojé al suelo el arrugado papel, corrí a la cresta en busca de mis cosas, y en seguida, con toda la fuerza de voluntad de que era capaz, empecé a saltar hacia la señal que había dejado, tenue y distante ya, en el mismo borde de la sombra.

Salto, salto, salto, y cada salto parecía durar siete siglos. Por delante de mí, el pálido, serpentino sector del sol, se hundía y se hundía, y la creciente sombra corría a envolver la esfera antes de que yo lograra llegar a ella. Una vez, y luego otra, mi pie resbaló en

la nieve al saltar, y mi salto resultó más corto; y otra vez caí entre unos matorrales que se rompieron y se desmenuzaron en trocitos pulverulentos, en nada; y otra vez caí mal y rodé de cabeza a una grieta, de la cual salí lastimado, ensangrentado, y confuso en cuanto a la dirección que debía seguir. Pero aquellos incidentes eran nada comparados con los intervalos, las espantosas pausas que hacía al encaminarme por el aire hacia aquella creciente marea de la noche.

—¿Llegaré? ¡Oh, Cielos! ¿Llegaré? —me repetía mil veces, hasta que estas palabras pasaron a ser una plegaria, una especie de letanía.

Llegué a la esfera cuando no me quedaba ni un minuto que perder. Ya se encontraba en la helada penumbra de la noche, ya la nieve estaba espesa encima de ella, y el frío me penetraba hasta la médula. Pero llegué —la nieve formaba ya un banco a sus lados—, y me deslicé a su interior, con los copos danzando en torno mío cuando volví las manos heladas para cerrar la válvula y ajustar su tomillo. Y luego, con los dedos ya helados y tiesos, me volví para hacer funcionar las celosías.

Mientras procuraba adivinar el manejo de las llaves —pues antes, nunca las había tocado—, pude ver confusamente a través del empañado vidrio, los ardientes rayos rojos del sol poniente, que bailaban y chispeaban por entre la tormenta de nieve, y las negras formas de las plantas, que se abultaban, se inclinaban y se rompían bajo la nieve que iba acumulándose. Cada vez más espesa afluía la nieve, cada vez más negra parecía al espesarse contra la luz. ¿Qué iba a suceder si las llaves de las persianas se negaban a obedecerme?

De repente, algo crujió bajo mi mano y en un segundo la última visión del mundo lunar desapareció de mi vista... Me encontraba en el silencio y en la obscuridad de la esfera interplanetaria.

El señor Bedford en el infinito espacio

Aquello era como si me hubiera muerto. Ciertamente, me imagino que un hombre muerto repentinamente y violentamente sentiría en el instante de morir mucho de lo que yo sentí entonces: primero, una vehemencia de vida agonizante, y de temor; un momento después, obscuridad y quietud; ni luz, ni vida, ni sol, ni luna, ni estrellas... el vacío infinito. Aunque aquello era mi propia obra, aunque antes había experimentado ya idéntico efecto en compañía de Cavor, me sentía asombrado, aturdido y abrumado. Parecía que algo me llevara hacia arriba, dentro de una enorme obscuridad.

Mis dedos flotaban a corta distancia de las celosías; yo, todo entero, flotaba como si estuviera reducido a sólo el espíritu, hasta que, por fin, muy suavemente, con mucha delicadeza, fui a dar contra el fardo, la cadena de oro y las palancas, que se habían movido también, para encontrarse conmigo en nuestro común centro de gravedad.

No sé cuánto duró aquello. En la esfera, por supuesto, más aún que en la luna, nuestra terrestre noción del tiempo no tenía aplicación. Al sentir el contacto del fardo me desperté como de un sueño profundo. Inmediatamente comprendí que si quería estar despierto y vivo, tenía que encender una luz o abrir una ventana para que mis ojos se ocuparan en algo. Y, por otra parte, tenía frío. Me aparté, pues, violentamente, del fardo, me agarré a las delgadas cuerdas que colgaban junto al vidrio, me icé por ellas hasta que llegué al borde interior del agujero de salida y así pude orientarme en cuanto a las llaves de la luz y de las persianas. Di media vuelta, y deslizándome por junto al fardo, pero precaviéndome de una cosa grande y floja que flotaba suelta, alcancé con una mano las llaves. Lo primero que hice fue encender la lamparita para ver qué era aquello con que tropezaba, y me encontré con que el viejo ejemplar del *News*

Lloyd's

se había deslizado del paquete y vagaba en el espacio. Aquello me devolvió de lo infinito a mis propias dimensiones, me hizo reír desaforadamente durante un rato, y me sugirió la idea de dejar salir de uno de los cilindros un poco de oxígeno. En seguida hice funcionar la estufa hasta que se me quitó el frío, y después comí. Hecho esto, me puse a mover, de la manera más torpe, las celosías de Cavorita, para ver si de algún modo podía formarme idea de cómo iba viajando la esfera.

Apenas abrí la primera ventana tuve que cerrarla y me quedé un rato flotando, ciego y aturdido por la fuerza de la luz del sol que me había herido de lleno. Después de reflexionar un momento, me dirigí a las ventanas situadas en ángulo recto con aquélla, abrí una y esta segunda vez vi el enorme disco de la luna y detrás el pequeño disco de la tierra. Me asombró la gran distancia a que me encontraba ya de la luna. Mis cálculos habían sido que no sólo sentiría poco o nada el «envión» que la atmósfera de la tierra nos había dado cuando partimos de nuestro planeta, sino que la «separación» tangencial de la luna sería por lo menos veintiocho veces menor que la de la tierra. Había esperado descubrirme, cerniéndome sobre nuestro cráter y en el borde de la noche, pero todo aquello no era ya más que una parte del perfil del blanco disco que llenaba el firmamento. ¿Y Cavor?

Cavor era ya infinitesimal.

Bajo el inspirador contacto del periódico flotante, volví a adquirir, por un rato, el sentido práctico. Se me apareció con claridad completa el único recurso que me quedaba: volver a la tierra; y también comprendí que, por lo pronto, me alejaba de ella. Cualquiera que hubiese sido la suerte de Cavor, yo era impotente para ayudarlo. Allí quedaba, vivo o muerto, detrás del manto de aquella noche sin luz, y allí quedaría hasta que yo pudiera llamar en su protección a nuestros semejantes. Éste era en pocas palabras, el plan que llevaba en mi mente; volver a la tierra, y entonces, según lo determinara una reflexión más madura, o mostrar la esfera y explicar sus detalles a algunas personas discretas y proceder de acuerdo con ellas, o si no, conservar mi secreto, vender mi oro, comprar armas y provisiones, buscar un ayudante y regresar con esos elementos para habérmolas en iguales condiciones con la floja

gente de la luna, y una vez allí, salvar a Cavor o proveerme de una cantidad de oro, suficiente para fundar mis ulteriores planes sobre bases más firmes. Todo aquello era perfectamente claro y obvio, y por eso me consagré únicamente a meditar acerca de la manera más exacta de manejar la esfera para que volviese al mundo.

Por fin me dije que tenía que dejarme caer nuevamente hacia la luna, hasta acercármele lo más que me atreviera a hacerlo, en seguida cerrar mis ventanas, volar por junto a ella y cuando la hubiera pasado, abrir las ventanas, que quedaran al lado de la tierra, dirigiéndome así a mi planeta. Resuelto el punto, yo ignoraba si por aquel medio llegaría a la tierra o si no haría más que pasar por cerca de ella o flotar en su derredor, en una curva parabólica o de otra especie. Después tuve una inspiración feliz y, abriendo ciertas ventanas por el lado de la luna, que había aparecido en el cielo enfrente de la tierra, desvié el curso de la esfera hasta ponerla en dirección a la tierra. Hasta aquel momento había sido indudable para mí, que sin aquel expediente habría pasado y dejado atrás mi planeta natal. Mucho y de manera muy complicada pensé acerca de estos problemas, pues no soy matemático y ahora estoy persuadido de que lo que me permitió llegar a la tierra fue mi buena suerte, mucho más que el fruto de mis reflexiones. Si entonces hubiera conocido, como conozco ahora, las probabilidades matemáticas que militaban en mi contra, dudo que me hubiera tomado siquiera la molestia de tocar las llaves de las celosías para hacer la menor tentativa. Una vez resuelto lo que consideraba necesario hacer, abrí todas las ventanas del lado de la luna y la esfera se lanzó hacia abajo: el esfuerzo me levantó en el aire y por un rato me quedé a algunos pies del suelo en la más grotesca postura. Esperé a que el disco creciera y creciera, atento a no pasar del punto en que debía apartarme de él para escapar en salvo: entonces cerraría las ventanas, pasaría al lado de la luna con la velocidad que había llevado al apartarme de ella —si no me aplastaba contra ella misma—, y así seguiría hasta la tierra.

Llegó el momento de hacerlo: cerré las ventanas, la vista de la luna desapareció, y yo, en un estado mental singularmente libre de ansiedad o cualquier otro sentimiento de angustia, me senté para empezar mi viaje dentro de aquel átomo de materia en el infinito espacio, viaje que duraría hasta el choque definitivo de la esfera con

la tierra. La estufa había calentado agradablemente el interior, el oxígeno había renovado el aire, y salvo la leve congestión cerebral que me acompañó constantemente mientras estuve fuera de la tierra, sentía un completo bienestar físico. Había apagado la luz para que no fuera a faltarme al fin, y me encontraba en una obscuridad apenas atenuada por el lustre de la tierra y el brillo de las estrellas desparramadas debajo. Todo estaba tan absolutamente silencioso y quieto que, en verdad, podría haberme creído el único ser del universo, y sin embargo, por más extraño que parezca, experimentaba más sensación de soledad o de miedo que si hubiera estado acostado en mi cama, en la tierra. Y esto parecerá más extraño aún, si se piensa en que, durante mis últimas horas en el cráter de la luna, la sensación de mi soledad había sido una verdadera agonía.

Increíble parecerá, pero el intervalo de tiempo que pasé en el espacio no tiene proporción alguna con ningún otro intervalo de tiempo transcurrido en mi vida. A ratos me parecía que iba sentado a través de inconmensurables eternidades, como algún dios sobre una hoja de loto, y a ratos, que aquello no era más que la momentánea pausa de un salto de la luna a la tierra. En realidad, fueron algunas semanas, midiendo el tiempo con la medida terrestre; pero durante todo aquel tiempo estuve exento de preocupaciones y de ansiedades, de hambre y de temor. Sentado, pensaba con extraña amplitud y libertad de espíritu, en todo lo que nos había sucedido, en mi vida entera, y en las secretas complicaciones de mi ser. Me parecía haber crecido, ser cada vez más grande, haber perdido toda noción de movimiento, hallarme flotando entre las estrellas, y siempre, en medio de todo aquello, el sentimiento de la pequeñez de la tierra y de la infinita pequeñez de mi vida en la tierra, agitábase implícito en mis pensamientos.

No puedo pretender explicar las cosas que me pasaban por la mente, pues es indudable que las debe atribuir, directa o indirectamente, a las curiosas condiciones físicas en que yo vivía en aquellos momentos.

Las expongo aquí tales como fueron, y sin comentario alguno. Su cualidad más prominente fue una persistente duda acerca de mi identidad: llegue a encontrarme, si puedo expresarme así, disgregado de Bedford; miraba a Bedford, de arriba a abajo, como a

una cosa trivial, incidental, con la que me hallara casualmente en relación. Veía a Bedford en diferentes formas: como un asno o como cualquier otra pobre bestia, en vez de verle, como había acostumbrado considerarle hasta entonces, con orgullo, como una persona muy inteligente y en cierto modo superior. Le vi, no sólo como un asno, sino como el hijo de varias generaciones de asnos. Pasé en revista sus días de colegial, su adolescencia, y su primer encuentro con el amor —en mucha parte así como pudieran seguirse los movimientos de una hormiga en la arena... Algo de ese período de lucidez—, cosa que lamento persiste aún en mí, y dudo de si llegare algún día a recuperar la plena satisfacción de mí mismo que me animaba en mis primeros años; pero entonces la cosa nada tenía de dolorosa, porque me asistía la extraordinaria persuasión de que, en el hecho, yo no era ya Bedford ni ninguna otra persona, sino una mente que flotaba en la tranquila serenidad del espacio. ¿Por qué habían de molestarme las pequeñeces intelectuales de Bedford? Yo no era responsable de ellas, ni de él.

Durante un rato luché contra aquella ilusión realmente grotesca. Procuré llamar en mi ayuda el recuerdo de vívidos momentos o de tiernas o intensas emociones, pues sentía que con sólo recordar una genuina fracción de sentimiento, aquella creciente separación cesaría; pero no pude. Vi a Bedford corriendo por Chancery Lane, con el sombrero en la nuca y los faldones volando, *en roule* para su examen público. Le vi tropezando y rozándose con otros animalejos semejantes a él y aun saludando a algunos, en aquel hormigueo de gente. ¿Yo, ése? Vi a Bedford aquella misma noche, en el salón de cierta dama, y su sombrero estaba en la mesa a su lado, y el sombrero necesitaba una buena cepillada, y él derramaba lágrimas. ¿Yo, ése? Le vi con la misma dama en varias actitudes y con diversas emociones: nunca había sentido una indiferencia tan grande en cuanto a aquello... Le vi llegar apresuradamente a Lympne para escribir un drama, y acercarse a Cavor y trabajar en la esfera, en mangas de camisa y caminar hasta Canterbury porque tenía miedo del viaje. ¿Yo? No podía creerlo.

Y hasta reflexionaba que todo aquello era una alucinación debida a mi soledad y al hecho de haber perdido todo peso y toda noción de resistencia. Procuré recuperar esa noción, golpeándome contra la esfera, pellizcándome las manos y apretándolas una con

otra. Entre otras cosas que hice, encendí la luz, cacé el desgarrado ejemplar del

Lloyd's

y leí otra vez sus avisos convincentemente realistas acerca de la bicicleta, del señor prestamista y de la dama en apuros que vendía sus tenedores y cucharas. No había duda de que «esos» existían realmente y entonces me dije: «Ése es tu mundo, tú eres Bedford, y ahora vas a vivir entre cosas como esas todo el resto de tu vida». Pero las dudas que persistían en mi interior podían argüir todavía: «No eres tú quien está leyendo: es Bedford; pero tú no eres Bedford, bien lo sabes. En eso precisamente está el equívoco».

—¡Por vida! —grité—... Si no soy Bedford ¿quién soy?

Pero de aquella dirección no me venía luz y las más extrañas fantasías afluían a mi cerebro, raras, remotas sospechas como sombras vistas desde muy lejos... ¿Saben ustedes que tengo idea de que realmente me encontraba algo fuera, no solamente del mundo, sino de todos los mundos y de que aquel pobre Bedford era sólo una claraboya por la que yo miraba la vida?...

¡Bedford! Por mucho que renegara de él estaba ligado con él de la manera más positiva, y sabía que, donde quiera que me hallara y cualquier cosa que yo fuera, tenía que sentir la vivacidad de sus deseos, participar de todas sus alegrías y penas hasta que su vida terminara. Y cuando muriera Bedford ¿qué, ya?...

¡Basta de esa extraordinaria faz de mi aventura! Hablo de ella aquí, sólo para mostrar cómo mi aislamiento y mi apartamiento de ese planeta afectaron no solamente las funciones y sensaciones de todos los órganos del cuerpo, sino también la misma estructura mental, con extrañas e imprevistas perturbaciones. En la mayor parte de aquel extenso viaje por el espacio estuve pensando en cosas tan inmateriales como esas, disgregado de todo y apático, especie de megalómano nebuloso, colgado entre las estrellas y planetas en el vacío, y no sólo el mundo al cual regresaba, sino las cavernas de luz azul de los selenitas, sus caras-yelmos, sus gigantescas y maravillosas máquinas, y la suerte de Cavor, disminuían miserablemente dentro de aquel mundo, me parecían infinitamente minúsculas y completamente triviales.

Así seguí hasta que por fin empecé a sentir la atracción de la tierra en mi ser, llamándome otra vez a la vida que es real para los

hombres. Y entonces, seguramente, fue apareciendo cada vez más claro para mí que yo era el mismo Bedford, en persona, que volvía de maravillosas aventuras a este mundo, y con una vida que muy probablemente iba a perder en el momento mismo de terminar su viaje de regreso... Esto me hizo ponerme a meditar sobre la manera de caer en la tierra.

El señor Bedford en Littlestone

La línea del vuelo de la esfera era casi paralela con la superficie cuando entré en las capas superiores del aire. La temperatura de la esfera empezó a elevarse en el acto, y yo comprendí que ésta era para mí una advertencia de que debía caer en el acto. Lejos, debajo de mí, en una semiobscuridad que parecía hacerse a cada momento más oscura, se extendía un vasto espacio de mar. Abrí todas las ventanas que pude, y caí... del sol brillante a una luz crepuscular, y de aquel crepúsculo a la noche. Más y más crecía la tierra, y más y más crecía, tragándose las estrellas y el velo plateado translúcido, estrellado en que la esfera iba envuelta, la sombría capa que se abría para recibirme. Por fin, el mundo no me pareció ya esférico sino plano, y después cóncavo. Ya no era un planeta en el firmamento, estaba en el mundo, en el mundo del hombre. Cerré todas las ventanas del lado de la tierra, dejando apenas abierta una pulgada de una de ellas, y caí con decreciente velocidad. La inmensa superficie líquida, ya tan cerca, que yo alcanzaba a ver la fosforescencia de las olas, se precipitaba a mi encuentro. Cerré el último pedazo de ventana, y me senté, conteniendo el aliento y mordiéndome los puños, a esperar el choque...

La esfera golpeó el agua con un ¡plach!, tremendo: probablemente se hundió a muchas brazas de profundidad. Al sentir el choque, abrí de golpe las persianas de Cavorita. La esfera continuó su descenso, pero con lentitud a cada instante mayor, después sentí que el suelo ejercía presión en las plantas de mis pies, y así volví a la superficie como dentro de una boya. Por último, me hallé flotando sobre el mar: y mi viaje por el espacio había terminado.

La noche era oscura y nublada. Dos puntos amarillos, ninguno de los dos mayor que la cabeza de un alfiler, indicaban allá lejos el paso de un buque, y, más cerca, iba y venía un resplandor rojo. Si la

electricidad de mi lámpara no se hubiera agotado antes, aquella noche me habrían recogido. A pesar del abrumador cansancio que comenzaba a sentir, una sobreexcitación se apoderaba de mí, una febril impaciencia de que mi expedición terminara en seguida.

Pero por fin cesé de moverme de un lado a otro, y me senté, con los puños en las rodillas, con los ojos fijos en la distante luz roja. La esfera iba a la deriva, se mecía, se mecía. Mi agitación pasó; comprendí que tenía que pasar una noche más en la esfera, sentí infinita pesadez y cansancio, y me quedé dormido.

Un cambio en mi rítmica moción me despertó. Miré a través del vidrio, y vi que la esfera se había varado en una extensa playa de arena. A gran distancia me parecía ver casas y árboles, y mar adentro la silueta curva, vaga, de un buque, suspendida entre el mar y el cielo.

Me levanté, y di un traspies. Mi único deseo era salir de la esfera. El agujero de salida había quedado arriba: empecé a aflojar el tornillo, y abrí lentamente la tapa. Al fin, el aire empezó a silbar al entrar en la esfera, como había silbado al salir; pero esta vez no esperé hasta que la presión se hubiera equilibrado. Un momento después tenía el peso de la ventana en mis manos y me encontraba plena, ampliamente, bajo el viejo y familiar cielo de la tierra.

El aire me golpeó con tanta fuerza en el pecho que perdí el aliento. Dejé caer el tomillo de la tapa, lancé un grito, me llevé ambas manos al pecho, me senté. Durante un rato sentí un dolor agudo. Después fui respirando poco a poco, y por fin pude levantarme y moverme otra vez.

Traté de pasar la cabeza por el agujero de entrada, y la esfera rodó: parecía que algo hubiera tirado hacia abajo mi cabeza, apenas apareció. Me retiré prontamente, pues de lo contrario habría ido a caer boca abajo en el agua. Después de bastantes esfuerzos y pruebas de equilibrio, conseguí deslizarme hasta la arena, sobre la cual las olas de la marea descendente iban y venían aún.

No intenté pararme: me pareció que si lo hacía mi cuerpo se volvería instantáneamente de plomo. La Madre Tierra me tenía en sus manos... sin intervención de la Cavorita. Me quedé sentado, preocupado del agua que venía a bañarme los pies.

Era el alba, un alba gris, algo brumosa pero que mostraba aquí y allá una larga mancha de gris verdoso. A cierta distancia, había un

buque fondeado, una pálida silueta de buque, con una luz amarilla. El agua llegaba rumorosa, en olas largas y huecas. Lejos, a la derecha, se extendía en curva la costa, una playa regular con pequeños barrancos, y por último un faro, una boya de señales, y una punta. En tierra se extendía un espacio plano, cubierto de arena, interrumpido a trechos por pequeñas lagunas, y terminaba más o menos a una milla de distancia, en unos terrenos bajos, cubiertos de vegetación baja. Por el Nordeste se veía un aislado balneario, una hilera de puntiagudas casas de alojamiento, las casas más altas que mis ojos alcanzaran a ver en la tierra, oscuras marcas sobre el fondo cada vez más claro del cielo. Ignoro quiénes hayan sido los hombres extraños que han edificado esos montones verticales de madera y ladrillos, en un lugar en que sobra el espacio. Y allí están todavía, cual trozos de Brighton perdidos en el desierto.

Durante largo rato estuve allí sentado, bostezando y restregándome la cara. Por fin, hice un esfuerzo para levantarme: aquello fue como si levantara un gran peso. Me paré.

Clavé los ojos en las distantes casas. Por primera vez desde las angustias que el hambre nos había hecho pasar en el cráter, pensé en alimentos terrestres.

—Tocino —murmuré—; huevo. Buenas tostadas y buen café... ¿Y cómo diantres voy a llevar todas estas cosas a Lympne?

Al mismo tiempo, me pregunté en qué lugar estaba: en una playa del Oeste, de todos modos, pues antes de caer había alcanzado a ver esa parte de Europa.

Oí unos pasos que hacían crujir la arena y un hombre de pequeña estatura y cara redonda, de expresión bonachona, vestido de franela, con una toalla de baño sobre los hombros y un traje de baño en el brazo, apareció en la playa. En el acto conocí que me hallaba en Inglaterra. El hombre fijaba los ojos en la esfera, y luego en mí, con visible interés. Así avanzó, sin quitarnos la vista. Confieso que mi aspecto era suficientemente salvaje: sucio, desaliñado, con las ropas desgarradas hasta un grado indescriptible; pero en aquel momento no pensé en ello.

El hombre se paró a unas veinte yardas de mí.

—¡Hola, hombre! —dijo, con acento de duda.

—¡Hola, usted! —contesté.

Entonces avanzó, tranquilizado por mi respuesta.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Puede usted decirme dónde estoy? —Fue mi respuesta.

—¡Ésa es Littlestone! —dijo, señalando las casas—, ¡y esa, Dungeness! ¿Acaba usted de desembarcar? ¿Qué cosa es ésa en que ha venido usted? ¿Alguna máquina?

—Sí.

—¿Viene usted flotando de otra playa? ¿De un naufragio, o algo así? ¿Qué es eso?

Yo reflexioné rápidamente, tratando de juzgar al hombrecito por su apariencia a medida que se me acercaba.

—¡Por Júpiter! —dijo—. ¡Qué borrasca debe usted haber pasado! Yo lo creía un... Pues... ¿dónde naufragó usted? ¿Esa cosa es una especie de boya salvavidas?

Resolví adoptar por lo pronto aquella teoría, y contesté con vagas afirmaciones.

—Necesito ayuda —dije, con voz ronca—. Necesito sacar a la playa unas cosas... unas cosas que no puedo dejar tras de mí.

En ese momento vi otros tres jóvenes de agradable aspecto, con toallas, calzones de baño y sombreros de paja, que se dirigían hacia mi lado por la playa de arena. ¡Ésa era, evidentemente la sección madrugadora de los bañistas de Littlestone!

—¡Ayuda! —dijo el joven—. ¡Con mucho gusto! —Y con movimientos de vaga actividad añadió—: ¿Qué desea usted hacer?

Se volvió e hizo unos ademanes. Los otros tres jóvenes aceleraron el paso. Un minuto después estaban en torno mío, colmándome de preguntas que yo no estaba dispuesto a contestar.

—Más tarde les diré todo —contesté—. Me muero de cansancio; estoy exhausto.

—Venga usted al hotel —me dijo el primero, el de pequeña estatura—. Nosotros le cuidaremos esa cosa.

Yo vacilé.

—No puedo —dije—. En esa esfera tengo dos grandes barras de oro.

Ellos se miraron uno a otro con incredulidad, y luego me miraron a mí, con nuevas preguntas. Fui a la esfera, trepé hasta la boca, entré, volví a salir, y entonces aquellos señores tuvieron ante sus ojos las dos palancas de los selenitas y la cadena rota.

Si no hubiera estado tan horriblemente extenuado, me habría reído al verles: parecían gatos en derredor de un escarabajo: no sabían qué creer de aquello.

El hombrecito gordo se inclinó, levantó el extremo de una de las barras, y luego la dejó caer con un gruñido. Los otros hicieron en seguida lo mismo.

—¡Es plomo o es oro! —dijo uno.

—¡Oh! ¡Es oro! —agregó otro.

—Oro, no hay duda —afirmó el tercero.

Después, todos me miraron, y todos volvieron los ojos al buque fondeado.

—¡Diga usted! —gritó el hombrecito—. Pero ¿de dónde trae usted esto?

Yo estaba demasiado cansado para sostener una mentira.

—¡Lo traje de la luna!

Ellos se miraron uno a otro.

—¡Vean ustedes! —les dije entonces—. Ahora no voy a entrar en explicaciones. Ayúdenme a llevar estas cosas al hotel... Creo que, descansando en el camino a ratos, cada dos podrán llevar una barra, y yo voy a arrastrar esta cadena... y cuando haya comido les contaré algo.

—¿Y esa cosa?

—Allí no le pasará nada —dije—. De todos modos ¡por vida!... tiene que quedarse allí ahora. Si la marea viene, flotará perfectamente.

Y, en un estado de enorme asombro, aquellos hombres, con la mayor obediencia, se echaron a cuestras mis tesoros. Yo, con las piernas que me pesaban como plomo, me puse a la cabeza de aquella especie de procesión, en dirección al distante fragmento de balneario. A medio camino recibimos el refuerzo de dos niñas que iban con sus palas a jugar y se acercaron atónitas, y más lejos apareció un muchachito flaco, que silbaba en tono penetrante. Iba, me acuerdo, montado en una bicicleta, y nos acompañó a una distancia de un centenar de yardas por nuestro flanco derecho hasta que, supongo, nos abandonó como poco interesantes; montó otra vez en su bicicleta, y corrió por la arena de la playa en dirección a la esfera.

Yo miré atrás, observándole.

—No; ése no la tocará —dijo el joven grueso, en tono tranquilizador, y yo estaba dispuesto por demás a dejarme tranquilizar.

Al principio había en mi cerebro algo del gris de la mañana, pero de repente el sol se desprendió de las bajas nubes del horizonte, iluminó el mundo y convirtió el mar de plomo en chispeantes aguas. Mi espíritu se entonó. El sentimiento de la vasta importancia de las cosas que había hecho y de las que tenía aún que hacer, penetró en mi mente con el calor del sol. El joven de adelante dio un traspiés bajo el peso de mi oro, y yo solté una carcajada. Cuando ocupara mi lugar en el mundo ¡qué asombro el de ese mundo!

También me habría divertido mucho al ver los gestos del propietario del hotel de Littlestone a no haber sido por mi insoportable fatiga: el hombre titubeaba entre mi oro, mis respetables acompañantes de un lado, y mi sucia apariencia de otro; pero por fin me encontré una vez más en un cuarto de baño terrestre, con agua caliente para lavarme, y una muda de ropa, en extremo pequeña para mí, cierto, pero de todos modos limpia, que el amable hombrecito gordo me prestó. También me prestó una navaja, pero no tuve resolución ni para atacar siquiera las avanzadas de la enmarañada barba que me cubría la cara.

Me senté delante de un desayuno inglés y comí con una especie de lánguido apetito, un apetito que tenía ya varias semanas, muy decrepito, y me apresté a contestar a las preguntas de los cuatro jóvenes. Y les dije la verdad.

—Bueno —comencé—; puesto que ustedes se empeñan, les diré que traigo eso de la luna.

—¿De la luna?

—Sí: la luna del cielo.

—Pero ¿qué quiere usted decir?

—Lo que digo ¡voto a...!

—¿Que acaba usted de llegar de la luna?

—¡Exactamente! A través del espacio... en esa bola.

Y engullí un delicioso bocado de huevo. Al mismo tiempo apunté mentalmente que cuando volviera en busca de Cavor llevaría una caja de huevos.

Fácil me era ver que no creían una palabra de lo que les decía, y

que, evidentemente, me consideraban como el mentiroso más respetable que en su vida hubieran visto. Se miraron uno a otro, y luego concentraron en mí el fuego de sus ojos. Me imagino que esperaban encontrar una clave con respecto a mi persona en la manera como me servía sal, y parecían encontrar algo significativo en el modo como *pimentaba* los huevos. Aquellas mazas de oro, de tan extrañas formas, bajo cuyo peso se habían cimbrado, absorbían sus pensamientos. Allí estaban las barras delante de mí, cada una con un valor de miles de libras y tan imposibles de robar como una casa o un terreno. Al mirar sus caras curiosas por encima de mi taza de café, me formé una idea del enorme laberinto de explicaciones en que habría tenido que meterme para hacerme comprensible otra vez.

—Usted no quiere decir, seriamente... —empezó el más joven, en el tono de alguien que habla a un niño obstinado.

—Hágame usted el favor de pasarme ese plato de tostadas —le dije, y con eso se calló completamente.

—Pero, oiga usted —empezó uno de los otros—, yo digo que no podemos creer eso, ¿sabe usted?

—¿Ah? ¡Bueno! —contesté, y me encogí de hombros.

—No quiere decirnos la verdad —dijo el más joven haciéndose a un lado, y luego, con una apariencia de gran sangre fría—: ¿no se opone usted a que fume un cigarrillo?

Asentí con un cordial ademán, y continué mi desayuno. Dos de los otros se fueron a la ventana que quedaba más lejos de mí, y se pusieron a mirar afuera y a hablar en voz que yo no alcanzaba a oír.

En ese momento me asaltó una idea.

—La marea —dije—, se acerca.

Hubo una pausa: ninguno se adelantaba a contestar.

—Ya está cerca del barco —dijo el hombrecito gordo.

—¡Bueno, no importa! —contesté—. Si flota, no irá lejos.

Decapité un tercer huevo, y empecé un pequeño discurso.

—Oigan ustedes —dije—. Tengan la bondad de no imaginarse que estoy chiflado ni que les digo mentiras irrespetuosas, ni nada por el estilo. Lo único hay es que estoy obligado a guardar cierta discreción y reserva. Comprendo perfectamente que el absurdo es de los más raros que puede haber, y que la imaginación de ustedes debe estar excitada. Puedo asegurar a ustedes que el momento en

que se encuentran ahora señala una época memorable. Pero ahora no puedo presentar a ustedes las cosas con mayor claridad..., es imposible. Les doy mi palabra de honor de que vengo de la luna, y esto es todo lo que puedo decirles... Al mismo tiempo, estoy tremendamente agradecido a ustedes, ¿saben?; tremendamente, y deseo que mis actos no hayan ofendido en manera alguna a ninguno de ustedes.

—¡Oh! ¡Nada de eso! —dijo el más joven, con afabilidad—. Comprendemos perfectamente.

Y mirándome con fijeza, sin quitarme los ojos de encima, se echó hacia atrás en su silla hasta que ésta casi se volteó, y luego recuperó su posición con algún trabajo.

—¡Ni una sombra de ofensa! —dijo el joven gordo—. ¡No se imagine usted eso!

Y todos se pararon, se dispersaron, y anduvieron por el cuarto; encendieron cigarrillos, y trataron de mostrarse perfectamente amables y desinteresados, enteramente libres de la menor curiosidad con respecto a mí o a la esfera.

«De todos modos, no voy a quitar los ojos del buque que está allá» —oí que decía uno de ellos bajando la voz. Creo que con un poco más de resolución, se habrían marchado todos en el acto y me habrían dejado solo.

Yo seguía comiendo el tercer huevo.

—El tiempo —observó de repente el hombre gordo—, ha sido magnífico ¿no? No sé que hayamos tenido otro verano tan...

¡Fiiffti... uzz!

Aquello parecía un tremendo cohete.

Y, por allá, en alguna parte, cayeron rotos los vidrios de una ventana.

—¿Qué es eso?

—¿No es?... —exclamó el hombrecito, y se precipitó a la ventana de la esquina.

Todos los otros corrieron a la misma ventana.

Yo, sentado, los miraba fijamente.

De improviso, me levanté de un salto, dejé caer el tercer huevo, y me abalancé también a la ventana. Una terrible presunción me había asaltado.

—¡Nada se ve ya! —gritó el hombrecito, y corrió hacia la puerta.

—¡Es ese muchacho! —vociferé, ronco de furor—. ¡Ese maldito muchacho!

Y volviéndome, empujé a un lado al sirviente que entraba con más tostadas para mí. Salí violentamente del hotel y me dirigí a escape a la pequeña explanada que se extendía delante de éste.

El mar, que había estado antes terso como mi espejo, se agitaba, arrugado por desordenadas crestas, y en todo el paraje en que la esfera había quedado, el agua subía y bajaba, como si acabara de hundirse allí un buque. Arriba, una nubecilla se precipitaba hacia el firmamento como un humo que empezaba a desvanecerse, y las tres o cuatro personas que estaban en la playa miraban con interrogadores ojos el punto de donde había partido el inesperado estallido. ¡Y eso era todo! Ruido de pisadas rápidas, el criado y los cuatro jóvenes vestidos de franela corrían detrás de mí. Gritos salían de las puertas y ventanas, y toda clase de personas alarmadas aparecieron a la vista... boquiabiertas.

Por un rato me quedé parado allí, demasiado abrumado por aquel nuevo suceso para pensar en las personas que me rodeaban.

—¡Cavor está allá! —dije—. ¡Allá arriba! Y nadie sabe ni jota de cómo se hace la Cavorita. ¡Buen Dios!

Sentía como si alguien me vertiera agua helada, de una vasija inagotable, por detrás de la nuca. Las piernas se me aflojaron. Aquel maldito muchacho... ¡perdido en el inmenso espacio! ¡Yo, literalmente arruinado! Tenía, cierto, el oro que estaba en el comedor del *restaurant*... mi única fortuna en la tierra; pero también tenía acreedores. ¡Cielos santos! ¿Cómo iba a poder desenredarme? El efecto general que aquello me produjo fue el de una incomprensible confusión.

—¡Oigan ustedes! —dijo la voz del hombrecito detrás de mí—. ¡Oigan ustedes! ¿Saben?

Giré sobre mis talones, y vi unas veinte o treinta personas, un grupo muy variado, que me bombardeaban con sordas interrogaciones, con infinitas dudas y sospechas. El peso de sus miradas se me hizo intolerable, y así lo manifesté.

—¡No puedo! —grité—. No puedo decirles nada. No tengo ni fuerzas para hacerlo. Ustedes adivínenlo, y... ¡váyanse al diablo!

Decía esto y gesticulaba convulsivamente. El hombrecito dio un paso atrás, como si lo hubiera amenazado. Yo di un salto por entre

ellos, y entré a escape en el hotel. Me precipité al *restaurant* y toqué la campanilla, furiosamente.

Apenas entró el sirviente, lo empuñé.

—¿Oye usted? —le grité—. Llame usted a alguien que le ayude, y lleve esas barras a mi cuarto, ahora mismo.

El hombre no me entendió, y yo lo aturdí a gritos, lo sacudí. En la puerta apareció un viejecito, de cara asustada, y detrás de él dos de los jóvenes con trajes de franela. Avancé hacia ellos y les ordené que me ayudaran. Tan pronto como el oro estuvo en mi cuarto, me sentí más libre para reñir.

—Ahora ¡afuera todos! —vociferé—. ¡Todos afuera, si no quieren ver a un hombre volverse loco delante de ustedes mismos!

Y al sirviente, que titubeaba en el umbral, lo empujé por un hombro. Luego, apenas hube cerrado con llave la puerta detrás de ellos, me arranqué del cuerpo las ropas que me había prestado el hombrecito gordo, y me acosté. Y allí en la cama estuve jurando y revolviéndome largo rato, hasta que me fue pasando el furor.

Por último me hallé con suficiente calma para bajar de la cama, tocar la campanilla, y pedir al criado que acudió con ojos desmesuradamente abiertos, una camisa de noche, de franela, un vaso de soda con *whisky*, y algunos buenos cigarros. Una vez en mi poder aquellas cosas, me encerré nuevamente con llave, y procedí con toda mi resolución, a afrontar la situación cara a cara.

El resultado neto del gran experimento se presentaba como un absoluto fracaso. Aquello era una derrota, y yo el único sobreviviente; un completo derrumbamiento, y lo que acababa de suceder, su final desastre. No me quedaba más recurso que salvarme y conmigo salvar todo cuanto pudiera de los restos de nuestra ruina. Ese fatal golpe postrero había desvanecido todas mis vagas resoluciones de resurgimiento y de triunfo. Mi intención de volver a la luna, de recoger a Cavor o, de todos modos, de llevarme una esfera llena de oro, y después hacer analizar un trozo de Cavorita y así adueñarme del gran secreto... todas esas ideas se disiparon completamente.

¡Yo era el único sobreviviente: nada más quedaba!

Creo que la idea de meterme en cama ha sido una de las más felices que en mi vida he tenido cuando me he hallado en serias dificultades. Creo realmente que, de lo contrario, habría perdido la

cabeza o hecho algo fatal, indiscreto, pero allí, encerrado y libre de toda interrupción, podía reflexionar sobre mi situación y todas sus ramificaciones, y hacer mis arreglos a mis anchas.

Por supuesto que lo que había pasado al muchacho era para mí perfectamente claro: se había metido en la esfera, había empezado a mover las celosías, había cerrado las ventanas de Cavorita, y ¡arriba! Lo menos probable era que hubiese atornillado la tapa del agujero de entrada, y aun cuando lo hubiera hecho, por una probabilidad de que volviera a la tierra había mil en contra. Era lo más evidente que gravitaría en el centro de la esfera y allí se quedaría, y de esa manera cesaría de ser objeto de interés para la tierra, por muy extraordinario que pudiera parecer a los habitantes de algún remoto barrio del espacio.

Pronto me convencí de esto, y en cuanto a la responsabilidad que pudiera tocarme en el asunto, cuanto más reflexionaba acerca de ella, más claro veía que, con sólo guardar silencio, no necesitaba preocuparme de ese punto. Si los afligidos padres venían a reclamar su hijo perdido, yo me limitaría a reclamar mi esfera perdida..., o a preguntarles lo que querían decir. Al principio había tenido una visión de llorosos parientes y tutores y toda clase de complicaciones, pero ya veía que sólo necesitaba mantener la boca cerrada para que nada de eso ocurriera. Y, de veras que cuanto más seguía acostado, fumaba y pensaba, más evidente se me aparecía la sabiduría de la impenetrabilidad. Todo ciudadano británico tiene el derecho, con tal de que no infiera daño a nadie ni ofenda el decoro, de aparecer repentinamente donde le plazca, tan sucio y cubierto de harapos como le agrade, y con cualquier cantidad de oro virgen de que crea conveniente cargarse, y nadie tiene el derecho de estorbarle ni de detenerle en esa vía. Me formulé, al terminar mis meditaciones, netamente esas teorías, y las repetí como una especie de Magna Carta de mi libertad.

Una vez que hube establecido así las cosas por un lado, podía contemplar y examinar de manera semejante, ciertas otras en que apenas había osado pensar antes: verbigracia, las circunstancias de mi bancarrota. Ya entonces, contemplando el asunto tranquilamente y en libertad, podía ver si suprimía mi identidad, ocultando mi persona con la adopción temporal de algún nombre menos conocido que el mío, y si conservaba la barba que me había crecido en dos

meses, los riesgos de que me molestara el despreciable acreedor a que ya he aludido eran seguramente muy pequeños. De allí a una línea de conducta bien definida, ya no faltaba más que el principio de ejecución.

Pedí recado de escribir y redacté una carta para el Banco de Nueva Romney, —el más cercano, según me informó el sirviente—: decía al gerente que deseaba abrir una cuenta en su establecimiento, y le pedía que me enviara dos personas de confianza, debidamente provistas de documentos que certificaran su misión, que fueran al hotel para llevarle varios quintales de oro que me estorbaban. Firmé la carta «H. G. Wells», nombre que me pareció bastante decente. Hecho esto, busqué una guía de Folkestone, elegí la dirección de un sastre, y escribí a este que me enviara un cortador a tomarme medida para un traje. Al mismo tiempo encargué una maleta, una valija de tocador, camisas, sombreros, y lo demás; y a un relojero le pedí me mandara un reloj. Expedidas esas cartas, almorcé tan bien como se podía almorzar en el hotel, y me tendí a fumar hasta que, de acuerdo con mis instrucciones, dos empleados del banco debidamente acreditados llegaron, pesaron el oro y se lo llevaron, hecho lo cual me subí las frazadas hasta las orejas, para no oír si alguien golpeaba la puerta, y me puse lo más cómodamente a dormir.

Me dormí. Sin duda aquello era prosaico en el primer hombre que regresaba de la luna, y presumo que el joven lector imaginativo encontrará una desilusión en mi manera de portarme; pero yo estaba horriblemente cansado y fastidiado, y ¡por Júpiter!, ¿qué otra cosa podía hacer? Positivamente, no había la más remota probabilidad de que se me creyera si me ponía a contar mi historia, y sólo el contarla me habría sometido a intolerables molestias.

Dormí, y cuando por fin desperté, estaba dispuesto a afrontar el mundo, como lo he estado siempre desde que llegué al uso de razón. Y con esa idea me vine a Italia, y en Italia estoy escribiendo este relato. Si el mundo no lo cree cierto, que lo tome como una invención: eso no me preocupa.

Y ahora que he terminado mi narración, me asombra el pensar cuán completamente hemos realizado nuestra aventura hasta el fin. Todos creen que Cavor era simplemente un experimentador científico no muy brillante, que hizo volar su casa de Lympne y voló

con ella, y se explican el estampido que siguió a mi llegada a Littlestone como efecto de los experimentos con explosivos que se hacen en el establecimiento que el estado tiene en Lydd, a dos millas de allí. Debo declarar que hasta ahora no he confesado mi parte en la desaparición de Tomasito Simmons, nombre del muchachito aquel.

Esa desaparición, quizás, será de difícil explicación para otros; pero en cuanto a mi aparición, andrajoso y con dos barras de indiscutible oro en la playa de Littlestone, corren varias ingeniosas versiones... de que yo no me preocupo. La gente dice que he mezclado todas esas cosas para evitar preguntas sobre el origen de mi fortuna: yo querría ver al hombre capaz de inventar una historia que pudiera soportar la crítica como este verídico relato de hechos. Pero si alguien se empeña en considerarlo como una fábula... ¡hágalo en buena hora!

He contado mi historia y ahora supongo que tendré que habérmelas nuevamente con todas las penalidades de esta vida terrestre. Hasta el hombre que ha estado en la luna tiene que ganarse la vida, y por eso estoy aquí, en Amalfi, trazando el plan de la comedia que ya había esbozado antes de que Cavor invadiera mi mundo, y tratando de remendar mi vida de modo que vuelva a ser lo que era antes de mi encuentro con él. Tengo que confesar que me es difícil concentrar mi pensamiento en la comedia cuando la luz de la luna entra en mi cuarto. Ahora hay luna llena, y anoche estuve afuera, en la pérgola, varias horas, contemplando la lustrosa circunferencia que esconde tanto en su seno. ¡Imagínese usted! Mesas y sillas y rejas y barras de oro. ¡Mal haya!... ¡Si fuera posible descubrir la Cavorita! Pero una casualidad como ésa no se presenta dos veces en la vida. Aquí estoy, un poco más desahogado que cuando llegué a Lympne, y eso es todo. Y Cavor se ha suicidado de una manera más complicada que la que nadie ha empleado hasta ahora. La historia termina, pues, de un modo tan definitivo y completo como un sueño. Se ajusta tan poco a las demás cosas de la vida; tanto de lo que hay en ella es tan literalmente extraño a toda experiencia humana: nuestros saltos, nuestra alimentación, nuestra respiración en esos días en que no pensábamos que... lo declaro, hay momentos en que, no obstante mi oro de la luna, yo mismo creo más que a medias que todo, no ha sido sino un sueño.

(Aquí termina esta historia, tal como la escribió originalmente su autor; pero éste, después, ha recibido comunicaciones extraordinarias, que dan inesperado aspecto de convicción a su relato. Si hay que creer en esas comunicaciones, el señor Cavor esta vivo en la luna, y envía mensajes a la tierra. Dejemos la palabra al señor Bedford).

La sorprendente comunicación del señor Wendigee

Cuando hube terminado el relato de mi vuelta a la tierra, escribí «Fin», tracé debajo un rasgo, y arrojé la pluma a un lado, convencido de que la historia de los *Primeros hombres en la Luna* quedaba terminada. No sólo había hecho aquello, sino que, además, había puesto mi manuscrito en manos de un agente literario, le había dado permiso para que lo vendiera, había visto ya aparecer la mayor parte en *The Strand Magazine*, y empezaba a trabajar nuevamente en el plan de la comedia que había comenzado en Lympne, antes de saber que la historia no había llegado todavía a su fin. De Amalfi me trasladé a Argel, y allí me alcanzó (de esto hace ahora unas seis semanas), una de las más asombrosas comunicaciones que en mí vida me ha tocado en suerte recibir. En pocas palabras, se me informaba de que el señor Julio Wendigee, un electricista holandés, que hacía experimentos con un aparato semejante al que el señor Tesla usa en Norte América, en la esperanza de descubrir algún método de comunicación con Marte, estaba recibiendo, día tras día, en fragmentos, un curioso mensaje, que indisputablemente emanaba del señor Cavor.

Al principio creí que era una broma bien urdida por alguien que había visto el manuscrito de mi narración. Contesté con enojo al señor Wendigee, pero él me replicó de manera que destruyó inmediatamente esa sospecha y me hizo acudir, en un estado de inconcebible sobreexcitación, de Argel al pequeño observatorio del San Gotardo en que el sabio holandés hacía sus experimentos. En presencia de sus anotaciones y de sus aparatos —y sobre todo de los mensajes del señor Cavor que iban llegando—, mis últimas dudas se disiparon. En el acto resolví aceptar la proposición que el señor Wendigee me hizo de que me quedara con él, para ayudarle a recibir los mensajes diarios y tratar de enviar uno a la luna.

Esos mensajes nos hacían saber que Cavor estaba no solamente

vivo, sino además, libre, en medio de una casi inconcebible comunidad de aquellos hombres-hormigas, en la azul obscuridad de las cavernas lunares. Estaba cojo, a lo que parecía, pero por lo demás gozaba de buena salud... de mejor salud, lo decía con toda claridad, que la que tenía ordinariamente en la tierra: había sufrido de una fiebre, pero esto no había debilitado su organismo. ¡Cosa curiosa! Por el tenor de sus mensajes, parecía creermelo muerto en el cráter de la luna o perdido en la inmensidad del espacio.

El señor Wendigee empezó a recibir los mensajes de Cavor cuando estaba ocupado en una investigación completamente ajena a ello. El lector se acordará, sin duda, de cierto movimiento de curiosidad con que empezó el siglo, suscitado por la noticia de que el señor Nicolás Tesla, célebre electricista norteamericano, había recibido un mensaje de Marte. Ese anuncio volvió a dirigir la atención pública hacia un hecho que desde largo tiempo atrás había sido familiar a los hombres de ciencia: que de alguna desconocida fuente del espacio, olas de trastornos electromagnéticos, en un todo semejantes a las por el señor Marconi para su telegrafía sin alambres, llegan constantemente a la tierra. Además del señor Tesla, buen número de otros observadores han estado entregados al perfeccionamiento de aparatos para recibir e inscribir esas vibraciones, aunque pocos son los que irían hasta el extremo de considerarlas como mensajes de alguna oficina extraterrestre. Entre estos pocos, sin embargo, tenemos que contar al señor Wendigee. Desde 1898 se ha consagrado casi enteramente a este asunto, y como es hombre de abundantes medios de fortuna, ha erigido un observatorio en la falda del Monte Rosa, en una posición singularmente apropiada, bajo todos sus aspectos, para tales observaciones.

Mis alcances científicos, debo reconocerlo, no son grandes, pero en cuanto me dan facultades para juzgar estas cosas, me permiten afirmar que los aparatos del señor Wendigee para sorprender y anotar todos los trastornos en las condiciones electromagnéticas del espacio, son singularmente originales e ingeniosos. Y, por una feliz coincidencia de circunstancias, estaban instalados y en funciones dos meses antes de que Cavor hiciera la primera tentativa para comunicar sus noticias a la tierra: por lo tanto, tenemos fragmentos de su comunicación desde el principio; pero, desgraciadamente, no

son más que fragmentos, y lo más importante de todo cuando tenía que decir a la humanidad —sus instrucciones para la preparación de la Cavorita, si acaso alguna vez las transmitió— se ha perdido en el espacio, nunca llegó a los receptores. Nosotros, por nuestra parte, nunca conseguimos enviar una respuesta a Cavor, de modo que él no podía saber lo que habíamos recibido y lo que se había extraviado, ni seguramente, ha sabido con certeza que nadie en la tierra tenía conocimiento de sus esfuerzos para hacer que su palabra llegara hasta nosotros. Y la persistencia que desplegó en enviarnos diez y ocho largas descripciones de asuntos lunares —que tal serían si las hubiéramos recibido completas—, muestra cuánto debe haberse vuelto su pensamiento hacia su planeta natal desde que salió de él hace dos años.

Ustedes se imaginarán la sorpresa que experimentaría el señor Wendigee, cuando descubrió sus disturbios electromagnéticos entrelazados con las frases en inglés, telegrafados por Cavor. El señor Wendigee nada sabía de nuestra desatentada excursión a la luna, y de repente... ¡le llegan del vacío unos mensajes en inglés!

No está de más que el lector comprenda las condiciones en que parece que esos mensajes fueron expedidos. En algún punto de la luna, Cavor tuvo seguramente a su disposición, durante unos días, una considerable cantidad de aparatos eléctricos, y es de creer que logró combinar —quizás furtivamente—, una instalación transmisora del tipo Marconi, y operar en ella, en intervalos irregulares, a veces durante media hora más o menos, otras veces durante tres o cuatro horas seguidas. En esas ocasiones transmitía sus mensajes a la tierra, sin tener en cuenta la circunstancia de que la posición de la luna en relación a los diversos puntos de la superficie de la tierra varía constantemente. Como una consecuencia de esto y de las necesarias imperfecciones de nuestros instrumentos de recepción, su comunicación va y viene en nuestras anotaciones, ya de una manera en extremo precisa, ya borrosa, ya se «desvanece» en forma misteriosa y por demás exasperante. A esto hay que agregar que Cavor no era un operador experto: había olvidado en parte la clave usual en los telégrafos o nunca la había dominado completamente, y cuando se cansaba omitía palabras o las deletreaba mal, de una manera realmente curiosa.

En todo habremos perdido probablemente una buena mitad de

las comunicaciones que nos envió, y mucho de lo que llegó hasta nosotros está estropeado, interrumpido con frecuencia, y parcialmente borrado. En el extracto que sigue, el lector debe hallarse preparado, pues, a encontrar una considerable cantidad de interrupciones, tropiezos y cambios de tema. El señor Wendigee y yo preparamos en colaboración una edición completa y anotada de los mensajes de Cavor, y esperamos publicarla junto con una detallada descripción de los instrumentos empleados: el primer tomo aparecerá en enero próximo. Ésa será la memoria completa y científica de que esto es sólo la primera transcripción popular: pero aquí presentamos, por lo menos, lo suficiente para completar la historia que he narrado, y para hacer conocer los perfiles generales de aquel otro mundo tan cercano, tan común con el nuestro, y, sin embargo, tan diverso de él.

(XXIII)

Extracto de los primeros seis mensajes recibidos del señor Cavor

Los dos primeros mensajes del señor Cavor pueden perfectamente ser reservados para el tomo, mucho más extenso que esta historia, pues se reducen a decir, con mayor brevedad y con cierta discrepancia en varios detalles, que no deja de ser interesante, pero que carece de importancia vital, los hechos referentes a la construcción de la esfera y a nuestra partida del mundo. En todo el curso de su relato, Cavor habla de mí como de un hombre muerto ya, pero con un curioso cambio de disposiciones a mi respecto, a medida que se acerca a nuestro desembarco en la luna.

«El pobre Bedford», dice de mí, y «ese pobre joven», y se reprocha por haber inducido a un joven «en manera alguna preparado para tales aventuras», a abandonar un planeta «en el cual, indiscutiblemente, debía prosperar porque para ello sí estaba preparado», y emprender un viaje tan precario. Yo, creo que Cavor da menos importancia de la que realmente tuvo, al papel que mis energías y mis aptitudes de hombre practico representaron en la construcción de su teórica esfera. «Llegamos», dice, sin más pormenores de nuestro paso a través del espacio, como si hubiéramos hecho un vulgar viaje en ferrocarril.

Y en seguida se vuelve cada vez más injusto para conmigo: injusto, cierto, hasta un extremo que yo no hubiera esperado de un hombre ejercitado en la investigación de la verdad. Después de hojear mi narración de esas cosas, ya conocida, tengo el derecho de afirmar insistentemente que yo he sido en todo más justo para Cavor, que lo que él lo ha sido conmigo. Nada he suprimido yo, poco he atenuado; y él... léase lo que dice:

«Rápidamente fui notando que el carácter, completamente extraño de nuestras circunstancias, de la atmósfera que nos envolvía: gran pérdida de peso, aire enrarecido pero intensamente

oxigenado, consiguiente exageración de los resultados del esfuerzo muscular, rápido desarrollo de raras plantas brotadas de oscuros esporos, cielo lóbrego; excitaba indebidamente a mi compañero. En la luna, su carácter pareció transformarse; se volvió impulsivo, violento, pendenciero. A poco su locura de devorar ciertas gigantescas vesículas, y la embriaguez que éstas le produjeron, causaron nuestra captura por los selenitas, antes de que hubiéramos tenido la menor oportunidad de observar debidamente su manera de ser...».

(Ustedes observarán que nada dice de cómo él también se hartó de las mismas «vesículas»).

Y de ese punto salta a decir que:

«Llegamos con ellos a un paro difícil, y Bedford, interpretando mal algunos de sus ademanes —¡lindos aquellos ademanes!— se entregó a una violencia frenética: se precipitó furiosamente hacia ellos, mato a tres, y yo tuve forzosamente que huir con él después de tal atrocidad. A continuación peleamos con un grupo que quería cortarnos la retirada, y dimos muerte a otros siete u ocho. Dice mucho de la tolerancia de estos seres el hecho de que al volver a capturarme no me hicieran pedazos en el instante. Nos abrimos paso hasta el exterior, y una vez en el cráter nos separamos para tener más probabilidades de recuperar la esfera. Al poco rato de habernos separado, me encontré con un grupo de selenitas, a la cabeza del cual iban dos que eran curiosamente diferentes, aun en la forma, de todos los que hasta entonces habíamos visto; tenían la cabeza mucho más grande y el cuerpo más pequeño y mucho más envuelto en telas. Después de haber escapado de ellos durante un rato, caí en una grieta. El golpe me hizo una herida bastante profunda en la cabeza y me dislocó la choquezuela; al verme así debilitado y dolorido, decidí rendirme... si ellos consentían en aceptar mi rendición. La aceptaron, y notando mi lamentable condición, me condujeron al interior de la luna. De Bedford nada he sabido, ni tampoco, por lo que puedo colegir, ningún selenita lo ha visto, ni ha oído la menor noticia suya. O la noche lo sorprendió, o lo que es más probable, encontró la esfera y deseando ganarme la delantera, partió en ella; únicamente, lo temo, para encontrarse con que no podía manejarla, y sufrir una agonía más lenta en el espacio».

Y, con esto, Cavor me deja a un lado y pasa a tópicos más interesantes. Me desagrada la idea de que se crea que aprovecho de mi situación de editor de su historia para comentarla en mi interés; pero me veo obligado a protestar aquí contra el giro que da a esos acontecimientos. Nada dice del angustioso mensaje que escribió en el papel que hallé manchado de sangre y en el que refería o trataba de referir, una historia muy diferente. Aquello de su digna rendición es una faz del asunto enteramente nueva, debo insistir en ello, que se le ocurrió cuando empezó a sentirse seguro entre la gente lunar, y en cuanto a lo de que yo quería «ganarle la delantera», estoy completamente dispuesto a dejar que el lector decida quién de los dos tiene razón, sirviéndose para ello de mi precedente relato. Sé que no soy un hombre modelo..., nunca he pretendido hacer creer que lo soy; pero, porque no soy modelo ¿he de ser «lo otro»?

Como quiera que sea, aquí terminan mis reparos. En adelante puedo ser editor de Cavor con ánimo sereno, porque ya no vuelve a mencionarme.

Parece que los selenitas que se apoderaron de él, lo llevaron a algún punto del interior por «un gran pozo», y en algo que describe como «una especie de globo». Nosotros hemos comprendido, al leer la parte más bien confusa en que habla del asunto, y por varias alusiones casuales y palabras sueltas, esparcidas en otros mensajes posteriores, que ese «gran pozo» pertenece a un enorme sistema de pozos artificiales que van, de cada uno de los llamados «cráteres» lunares, hacia la parte central, penetrando basta una profundidad de cerca de cien millas. Esos pozos se comunican entre ellos por unos túneles transversales, atraviesan profundas cavernas y se ensanchan en grandes recintos globulares; toda la substancia lunar, hasta cien millas adentro es, positivamente, una simple esponja de rocas.

«En parte —dice Cavor—, esta esponjosidad es natural; pero en mucho es obra de la actividad industrial de los selenitas en tiempos pasados. Los enormes montes circulares formados con las rocas y tierra, procedentes de esas excavaciones, son lo que constituyen en torno de los túneles los “volcanes”», (como los llaman los astrónomos terrestres, engañados por una falsa analogía).

Por ese pozo lo llevaron, en aquella «especie de globo», primero a una lobreteza completa y después a una región de fosforescencia

continuamente creciente. Los despachos de Cavor denuncian en él una indiferencia por los detalles, sorprendente en un hombre de ciencia; pero nosotros suponemos que esa luz era debida a los torrentes y cascadas de agua, que sin duda contenían algún organismo fosforescente y que corrían, cada vez con mayor abundancia, hacia abajo, al Mar Central. «Y al descender, —dice Cavor—, los selenitas se volvían luminosos». Por fin, debajo de él y lejos, vio un lago de fuego sin calor, que no otra cosa eran las aguas del Mar Central, que se arremolinaban, lucientes, en extraña agitación «como una luminosa leche azul en el momento en que hierve».

«Este Mar Lunar —dice Cavor más adelante—, no es un océano estancado: una marea solar lo empuja en perpetuo flujo en torno del eje lunar y ocurren extrañas tormentas, hervores y tumultos de sus aguas y a veces hay fríos vientos y truenos que ascienden por las transitadas vías de esa especie de hormiguero que va hasta el exterior. El agua da luz sólo cuando está en movimiento; en sus raros períodos de calma es negra. Generalmente, cuando uno las mira, ve las aguas alzarse y caer en una aceitosa superficie, y manchas y grandes capas de espuma lustrosa, *burbujosa*, se mezclan con la corriente lenta que despide un tenue brillo. Los selenitas navegan por sus cavernosos estrechos y lagunas en pequeños botes poco profundos, de forma parecida a la de las canoas, y antes de mi viaje a las galerías que dan acceso a la residencia del Gran Lunar, que es el Señor de la Luna, se me permitió hacer una breve excursión por esas aguas».

»Las cavernas y pasadizos son naturalmente muy tortuosos. Gran parte de esas vías son únicamente conocidas por los más expertos pilotos de entre los pescadores, y con no poca frecuencia se pierden algunos selenitas para siempre entre sus laberintos. En sus más remotos rincones, según me han dicho, hay extraños animales, algunos de ellos terribles y peligrosos, a quienes toda la ciencia de la luna ha sido incapaz de exterminar. Los más notables son el Rafa, inextricable masa de aferradores tentáculos, que uno corta en pedazos sólo para multiplicarlo, y el Tzi, veloz fiera que nadie alcanza a ver, tan sutil y repentinamente cae sobre aquél a quien extermina...

Después entra en una breve descripción:

«Esa excursión me recordó lo que he leído de las Cuevas de los Mastodontes; si hubiera tenido una antorcha de luz amarilla en vez de la penetrante luz azul, y un remero de apariencia robusta, con un remo, en vez del selenita cara-de-canasta que manejaba la canoa con un mecanismo situado en la popa, podría haberme imaginado que de improviso había vuelto a la tierra. Las rocas por entre las cuales íbamos eran muy variadas: a veces negras, a veces de un azul pálido venoso, y una vez brillaron y chispearon como si hubiéramos entrado en una mina de zafiro. Y abajo se veía a los fosforescentes peces pasar y desaparecer en la profundidad apenas menos fosforescente que ellos. Luego, de pronto, surgió un largo panorama azul por la tersa corriente de uno de los canales de tráfico, un desembarcadero, y más lejos la rápida visión de uno de los enormes pozos verticales, lleno de transeúntes».

»En un vasto espacio cubierto de chispeantes estalactitas, pescaban unos botes. Nos acercamos al costado de uno de ellos, y vimos unos selenitas de largos brazos, que sacaban del agua la red. Eran unos insectos pequeños, jorobados, de brazos muy fuertes, piernas cortas y envueltas en telas, y con unas caras-máscaras llenas de sinuosidades. Cuando tiraban de la red, ésta me pareció la cosa más pesada que había visto en la luna: los pesos que la hacían sumergirse eran indudablemente de oro. Se necesitó mucho rato para sacarla, pues en esas aguas los peces más grandes y apropiados para la alimentación viven en las profundidades. Los peces que la red había aprisionado salieron como sale la luna, a veces, en el cielo terrestre: con refulgencia azul, vigorosa.

»Entre lo pescado había una cosa con muchos tentáculos, de ojos malignos, y negra, que se agitaba ferozmente: los pescadores saludaron su aparición con gritos y murmullos, y en el acto la redujeron a pedazos, valiéndose de unas pequeñas hachas que manejaban con movimientos rápidos y nerviosos. Todos los miembros, separados ya, continuaron moviéndose y azotando el aire o el piso del bote de manera amenazadora. Más tarde cuando caí enfermo de fiebre, soñaba una y otra vez con aquel animal agresivo y furioso que se alzaba tan vigoroso y activo, de la profundidad de aquel mar desconocido. Ése ha sido el más móvil y maligno de todos los seres vivientes que hasta ahora he visto en este mundo del interior de la luna...

»La superficie de este mar debe estar a muy cerca de 200 millas (si no más) del nivel exterior de la luna.

»He sabido que todas las ciudades de la luna están inmediatamente sobre el Mar Central, en espacios cavernosos y galerías artificiales como las que he descrito, y se comunican con el exterior por enormes pozos verticales que se abren invariablemente en los que los astrónomos terrestres llaman “cráteres” de la luna. Las tapas que cierran esas aberturas son como las que vimos en la correría que precedió nuestra captura.

»Respecto a la condición de la parte menos central de la luna, todavía no he llegado a un conocimiento muy preciso. Hay un enorme sistema de cavernas en las que se cobijan las reses durante la noche; y hay mataderos con todos los aparatos necesarios —en uno de ellos fue donde Bedford y yo combatimos con los carniceros selenitas—, y recientemente he visto globos cargados de carne, que bajaban de la obscuridad de arriba. Hasta ahora se tanto de todo esto, cuanto podría saber un zulú que hubiera, estado en Londres el mismo tiempo que yo en la luna, de lo concerniente a la provisión de cereales en el Imperio británico. Es claro, sin embargo, que esos pozos o galerías verticales y la vegetación de la superficie deben representar un papel esencial en la ventilación y refrescamiento de la atmósfera de la luna. En cierta ocasión, y particularmente en mi primera salida de mi prisión, un viento frío soplaba hacia abajo del pozo y después hubo una especie de *sirocco* hacia arriba, que coincidió con mi fiebre. Tengo que contar efectivamente, que al cabo de tres semanas caí enfermo, con una fiebre de especie indefinida y no obstante el sueño continuado a que me entregue y las píldoras de quinina que con muy feliz oportunidad había traído en mis bolsillos, quedé enfermo y en una gran depresión de espíritu, casi hasta los días en que me condujeron a la presencia del Gran Lunar, que es, lo repito, el Señor de la Luna.

»No me extenderé —añade Cavor—, en lo referente a la miserable condición de espíritu en que me encontré en aquellos días de enfermedad, (¡pero sí se extiende, con gran amplitud de detalles que omito aquí!). Mi temperatura —concluye—, se mantuvo anormalmente alta durante largo tiempo, y perdí todo deseo de tomar alimento. Tenía intervalos de estar despierto y tranquilo, y después dormía; las pesadillas atormentaban mi sueño, y en un

período dado recuerdo que estuve tan débil que sentí la nostalgia de mi planeta y casi entré en un estado de histerismo. Sentía una ansiedad intolerable de ver algún color que interrumpiera la monotonía del eterno azul...

En seguida vuelve al tema de la atmósfera lunar, que circula como por una esponja. Varios astrónomos y físicos me dicen que todo lo que él refiere está completamente de acuerdo con lo que se sabía ya de las condiciones de la luna. «Si los astrónomos terrestres —dice el señor Wendigee— hubieran tenido el coraje y la imaginación de llevar hasta el fin una inducción atrevida, podrían haber predicho casi todo lo que Cavor tiene que decir acerca de la estructura general de la luna; hoy ya saben con bastante certidumbre que la luna y la tierra no son tanto un satélite y su astro primario, como dos hermanas, menor y mayor, salidas ambas de una masa, y por consiguiente, compuestas ambas de una misma materia. Y desde que la densidad de la luna alcanza sólo a tres quintas partes de la densidad de la tierra, no puede haber otra explicación para esto, sino que la luna está agujereada por un gran sistema de cavernas». *Sir Jabez Flap*, miembro de la Real Sociedad (uno de los más entretenidos exponentes del lado cómico de las estrellas), dice que: «no había necesidad de que nosotros hubiéramos ido a la luna para descubrir tan fáciles inferencias», y apoya su sarcasmo con una alusión a un queso de Gruyere; pero lo cierto es que si el señor Flap sabía que la luna era hueca, podía haberlo anunciado antes... Y si la luna es hueca, la aparente ausencia de aire y agua en ella se explica, por supuesto, con bastante facilidad. El mar está en el fondo de las cavernas, y el aire corre a través de la gran esponja de galerías, de acuerdo con simples leyes físicas. Las cavernas de la luna, en conjunto, son lugares muy ventosos. A medida que la luz cálida del sol avanza por la luna, se calienta el aire en las galerías exteriores de ese lado, su presión crece, y se mezcla con el aire que se evapora de los cráteres (donde las plantas lo desembarazaron de su ácido carbónico), mientras la mayor parte afluye y se precipita por las galerías, para reemplazar al fugitivo aire del lado que empieza a enfriarse por haberlo dejado ya el sol.

Hay, por lo tanto, una constante brisa hacia el Este, y una afluencia, durante los días lunares, hacia el exterior, por los pozos

verticales, que se complica por la variada forma de las galerías y los ingeniosos mecanismos inventados por los selenitas...

(XXIV)

La historia natural de los selenitas

Los mensajes de Cavor, del sexto al decimosexto, están a cada paso interrumpidos, y abundan tanto en repeticiones, que casi no forman una narración seguida. Los publicaremos completos, por supuesto, en la memoria científica; pero aquí será mucho más conveniente limitarse a continuar con extractos y citas, como en el anterior capítulo. Hemos sometido cada palabra a un minucioso escrutinio crítico, y mis propios recuerdos e impresiones de las cosas lunares, aunque breves, han sido de inestimable ayuda para la interpretación de lo que sin ello habría sido de una obscuridad impenetrable. Naturalmente, como seres vivientes que somos, nuestro interés se concentra mucho más en la extraña comunidad de insectos lunares en que Cavor vive, según parece, como huésped colmado de honores, que en la simple condición física de aquel mundo.

Creo haber explicado ya que los selenitas que vi se parecen al hombre en que andan en dos pies y rectos, y que tienen cuatro miembros principales; y he comparado el aspecto general de sus cabezas y las coyunturas de sus miembros, con las de los insectos. He señalado también, la peculiar consecuencia de su gravitación menor en la luna: debilidad y fragilidad. Cavor confirma mis observaciones sobre estos puntos: llama, a los selenitas «animales», aunque por supuesto, no entran en división alguna de la clasificación de las criaturas terrestres, y deja constancia de que «el tipo insecto de la anatomía nunca ha pasado en la tierra, afortunadamente para los hombres, de un tamaño relativamente muy pequeño». Los mayores insectos terrestres, vivientes o ya extinguidos, no miden, en verdad, más de seis pulgadas de largo; «pero aquí, a causa de la menor gravitación de la luna, un animal, sea insecto o vertebrado, parece que puede alcanzar dimensiones humanas y ultrahumanas».

No menciona a la hormiga, pero sus alusiones hacen que la hormiga aparezca de continuo ante mi mente, con su actividad incansable, con su inteligencia y organización social y con su estructura, particularmente por el hecho de que presentan, además de las dos formas —masculina y femenina, que casi todos los otros animales poseen—, una cantidad de otras criaturas asexuales, trabajadores, soldados, etc..., diferentes una de otra en estructura, carácter, poder y empleo, y sin embargo, todos miembros de las mismas especies. Porque hay que notar que los selenitas tienen gran variedad de formas. Desde luego no solamente son, por su tamaño, colosalmente más grandes que las hormigas, sino también, en opinión de Cavor, con respecto a la inteligencia, a la moralidad, a la sabiduría social, son colosalmente más grandes que los hombres. Y en vez de las cuatro o cinco diferentes formas de hormigas que el hombre conoce hasta ahora, las diversas formas de selenitas son casi innumerables. Ya he tratado de indicar la muy considerable diferencia que se observa entre los selenitas del centro y los de la corteza exterior con quienes la casualidad hizo encontrarme: sus diferencias de tamaño, color y forma eran ciertamente tan grandes como las que separan a las razas de hombres más diversas; pero las diferencias que vi quedan reducidas absolutamente a la nada en cuanto se las confronte con las que Cavor describe. Parece, efectivamente, que los selenitas exteriores que vi eran, los más de ellos, de un solo color y ocupación: pastores, matarifes, etc. Pero dentro de la luna, cosa de que yo no tenía ni siquiera sospecha, parece que hay una cantidad de clases de selenitas: diferentes en formas, diferentes en poder y en apariencia, y que sin embargo, no son diferentes especies de criaturas sino diferentes formas de una especie. La luna es, seguramente, algo como un vasto hormiguero; pero en vez de existir en éste sólo las cuatro o cinco clases de hormigas: trabajador, soldado, macho alado, reina y esclavo, hay varios cientos de diferentes clases de selenitas, y casi todas las gradaciones entre una clase y otra.

Debemos creer que Cavor descubrió esto con mucha rapidez. Deduzco de su narración (pues no puedo decir que ésta lo expone con claridad), que quienes lo capturaron fueron los pastores bajo la dirección de los otros selenitas, que tienen más grandes las *cajas* cerebrales (¿cabezas?), y mucho más cortas las piernas. Al ver que

no se decidía a andar, ni aun cuando lo punzaran con sus lanzas, lo condujeron a las lóbregas galerías interiores, cruzaron un puentecillo estrecho, algo como una tabla puesta de un lado a otro de una zanja, que quizás sea el mismo por el cual me negué yo a pasar, y lo pusieron en una cosa que al principio debe haberle parecido una especie de ascensor. Era un globo —que había estado absolutamente invisible para nosotros en las tinieblas—, y lo que yo había creído una simple tabla que se hundía en el vacío era, sin duda, el puentecillo para pasar al globo.

En éste descendieron hacia regiones interiores cada vez más iluminadas. Al principio bajaron en silencio —turbado, únicamente, por el cuchicheo de los selenitas—, y después entraron en un creciente ruido y movimiento. En poco tiempo, la profunda obscuridad había dado a los ojos de Cavor una sensibilidad tan grande, que a cada momento iba viendo algo más de las cosas que lo rodeaban, y por último lo vago tomó forma.

«Figúrense ustedes un enorme espacio cilíndrico —dice Cavor en su séptimo mensaje—, que tendrá hasta un cuarto de milla de ancho; muy tenuemente alumbrado al principio y después claro, con grandes plataformas extendidas en espirales que se pierden por fin hacia abajo, en una azul profundidad: y el espacio se iluminaba cada vez más, sin que fuera posible decir cómo ni por qué. Acuérdense ustedes de la cavidad por dónde pasa la escalera en espiral más ancha, o la que sirve para el ascensor más espacioso que hayan visto, y multipliquen sus dimensiones por ciento; imagínenselo ustedes en el crepúsculo, visto a través de un vidrio azul; imagínense verlo ustedes mismos así, pero imagínense también sentirse extraordinariamente ligeros, haberse desprendido de cuanta sensación de vértigo puede sentirse en la tierra, y tendrán los primeros elementos de la impresión que entonces sentí».

»En torno de aquella enorme cavidad, imagínense ustedes una ancha galería que se extiende en una espiral mucho más empinada que lo que sería creíble en la tierra, y que forma un escarpado camino, sólo separado del abismo por un pequeño parapeto que se pierde en una perspectiva lejana, dos millas hacia abajo.

»Alcé los ojos, y vi el mismo sujeto de la visión de abajo: parecía por supuesto, que asomaba la cabeza para mirar dentro de un cono muy inclinado. El viento soplaba de arriba abajo y más arriba me

parece que oí, debilitándose por momentos, el bramido de las reses recogidas nuevamente de los pastos del exterior. Y arriba y abajo, las galerías en espiral se veían sembradas de una muchedumbre desparramada, insectos pálidos, débilmente luminosos, que nos miraban o se entregaban con prisa a sus desconocidas ocupaciones.

»No sé si fue ilusión mía, pero me pareció que un copo de nieve pasó rápidamente, empujado por la helada brisa. Y luego, como otro copo de nieve, un pequeño hombre-insecto, prendido a un paracaídas, se deslizó cerca de nosotros, con mucha velocidad, hacia las regiones centrales de la luna.

»El selenita cabezudo que estaba sentado junto a mí, al verme mover la cabeza como alguien que ve, extendió su “mano” en forma de trompa y señaló una especie de muelle que aparecía a la vista, abajo, muy lejos: un pequeño desembarcadero, o algo así, colgado en el vacío. A medida que nos acercábamos a aquel punto nuestra velocidad disminuía, hasta que al llegar a su altura nos detuvimos. Alguien arrojó un cabo, pronto atado, y en seguida me encontré delante de una multitud de selenitas que se agolpaban a verme.

»Aquella era una agrupación inconcebible: repentina, violentamente, se impuso a mi atención la gran variedad de tipos que existe entre aquellos seres de la luna.

»No había, a decir verdad, semejanza entre dos seres de aquella hormigueante muchedumbre. ¡Se diferenciaban en forma, se diferenciaban en tamaño! Algunos se inclinaban, se estiraban; otros corrían de un lado para otro, por entre las piernas de sus camaradas; algunos se retorcían y entrelazaban como serpientes. Todos ellos sugerían la grotesca e intranquilizadora idea de un insecto que de algún modo ha conseguido remedar a un ser humano; todos parecían presentar una increíble exageración de alguna determinada parte del cuerpo: éste tenía un vasto miembro anterior derecho, un enorme brazo “antenal”, o algo así; aquél parecía todo pierna, encaramado, tal como se le veía, en zancos; otro avanzaba un órgano de forma nasal al lado de un ojo agudamente escrutador, que le hacía aparecer sorprendentemente humano basta que uno veía su boca exenta de expresión. Los fabricantes de juguetes hacen unos polichinelas con patas de langosta; así era aquel ser. La extraña y (fuera de la falta de mandíbulas y palpos), casi *insectuna* cabeza de aquellos selenitas,

pasaba por transformaciones asombrosas; aquí era ancha y baja, allá alta y angosta; aquí, su vacía frente se prolongaba en cuernos y otras prominencias extrañas; en uno tenía patillas y parecía dividida, en otro tenía un grotesco perfil humano. Varias cajas craneanas se estiraban, como vainas, hasta adquirir un largo enorme. Los ojos eran también de una extraña variedad, algunos bastante elephantinos, diminutos y vivos; otros, anchos pozos oscuros. Había asombrosas formas con cabezas reducidas a microscópicas proporciones y estupendos cuerpos, y fantásticas, tenues cosas que parecían existir sólo como base para unos ojos vastos, rodeados de un círculo blanco, chispeantes. Y el más extraño de todos, o a lo menos así me parecía por el momento, era que dos o tres de aquellos seres estrafalarios de un mundo subterráneo, de un mundo protegido del sol o de la lluvia por innumerables millas de roca... ¡llevaban paraguas en sus tentaculares manos!, ¡verdaderos paraguas de apariencia terrestre! Y en seguida pensé en el hombre del paracaídas que había visto descender...

»Aquella gente lunar se conducía exactamente como una muchedumbre humana en circunstancias semejantes: se empujaban y estrujaban mutuamente, el uno echaba a un lado al de más allá, hasta se subían uno sobre otro para verme. A cada momento aumentaban en número, y se agolpaban con más presión contra los discos de mis guardianes (Cavor no explica lo que esto significa); a cada momento nuevas formas se imponían a mi maravillada atención. Y, de repente, se me hizo señas de que entrara, y se me ayudó a entrar en una especie de litera, que unos conductores dotados de fuertes brazos, levantaron: así fui conducido por encima de aquella hirviente pesadilla, al alojamiento que se me había destinado en la luna. Por todas partes me rodeaban ojos, caras, máscaras, tentáculos, un ruido sordo como el roce de alas de escarabajo, y una gran mezcla de balidos y chillidos, que eran las voces de los selenitas...

Por lo que sigue comprendemos que lo llevaron un «departamento hexagonal», y allí estuvo acompañado durante cierto tiempo. Después se le dio mucha mayor libertad hasta que gozó casi de tanta como la de que puede gozarse en una ciudad civilizada de la tierra. Parece que el misterioso ser, gobernante y amo de la luna, designó a dos selenitas de grandes cabezas para «custodiarle y

estudiarle, y para establecer con él la comunicación mental que fuera posible alcanzar», y por sorprendente e increíble que pueda parecer, aquellos dos seres, aquellos fantásticos hombres-insectos, aquellos seres de otro mundo, llegaron a comunicarse con Cavor por medio del lenguaje terrestre...

Cavor les da los nombres de

Fi-u

y

Tsi-puff.

Dice que

Fi-u

tenía de alto unos cinco pies, las piernas delgadas, cortas, como de dieciocho pulgadas de largo, y pequeños pies, de la común forma lunar. Sobre aquellas piernas se balanceaba un cuerpecito, palpitante con los latidos del corazón. Los brazos eran largos, flojos, con muchas coyunturas, y terminaban en un puño tentacular; el cuello tenía también muchas coyunturas, como los de los demás, pero era excepcionalmente corto y grueso.

«Su cabeza —dice Cavor, (aludiendo sin duda a alguna anterior comunicación que se había extraviado)—, es del corriente tipo lunar, pero extrañamente modificada: la boca tiene la usual hendidura sin expresión, pero es muy pequeña y se abre hacia abajo, y cara entera, propiamente dicha, está reducida al tamaño de una ancha nariz chata. A cada lado hay un ojo, semejante a los de la gallina».

»El resto de la cabeza forma un voluminoso globo, y la epidermis cueruda, gruesa, de los pastores de reses, se adelgaza hasta quedar reducida a una simple membrana, a través de la cual se ven claramente los movimientos de pulsación del cerebro. Fi-u es, en resumen, un ser con un cerebro tremendamente hipertrofiado y con lo demás de su organismo relativo y, podría decirse en sentido terrestre, absolutamente atrofiado.

En otro párrafo, Cavor compara a

Fi-u,

visto por detrás con Atlas sosteniendo el mundo. Tsi-puff, según parece, era un insecto muy semejante a él, pero su «cara» se estiraba hasta ser de un largo considerable, y por hallarse la hipertrofia cerebral en otras regiones, su cabeza no era redonda,

sino de forma de pera, con el pedúnculo hacia abajo. Después habla Cavor de los portadores de literas, seres con tremendos hombros y el resto del cuerpo flaco; de unos ujieres que más debían parecer arañas, y de un encorvado lacayo, todos los cuales componían su servidumbre.

Fi-u y Tsi-puff acometieron el problema del lenguaje de un modo bastante natural. Entraron en la celda hexagonal en que Cavor estaba encerrado, y empezaron a imitar todos los sonidos que éste emitía: el primero fue una tos. Cavor, por su parte, parece que comprendió su intención con gran prontitud, y comenzó a repetirle s palabras y a indicarles su aplicación. El procedimiento continuó, probablemente siendo siempre el mismo:

Fi-u

escuchaba a Cavor, mirándolo durante un rato, luego señalaba también, y repetía la palabra que había oído.

La primera palabra que dominó fue «hombre», y la segunda «lunestre», que Cavor, a lo que parece en la precipitación del momento, empleó, en vez de «selenita» para designar a la raza lunar. Tan pronto como

Fi-u

estaba seguro del significado de una palabra, la repetía a Tsi-puff,

quien la recordaba infaliblemente. En la primera sesión llegaron a dominar más de cien palabras.

Después parece que llevaron a un artista para que los ayudara en su labor con dibujos y diagramas, porque los que hacía Cavor eran bastante imperfectos: «era, —dice Cavor—, un ser con un brazo activo y un ojo escrutador, y dibujaba con increíble rapidez».

El undécimo mensaje es, indudablemente, sólo un fragmento de una comunicación más larga. Después de algunas frases entrecortadas, que han llegado en forma ininteligible, continúa:

«Pero sólo interesaría a los lingüistas, y me demoraría mucho, referir con detalles la serie de tentativas de conversaciones de que aquello fue comienzo, y por otra parte, temo que no me fuera posible presentar algo capaz de reproducir en su debido orden todos los avances y vueltas que dimos, en nuestro afán de comprendernos mutuamente. En los verbos encontramos muy pronto el camino expedito, por lo menos en los verbos activos que pude expresar por

medio de dibujos; algunos adjetivos fueron fáciles de explicar; pero cuando llegamos a los sustantivos abstractos, las preposiciones, y a las formas de lenguaje figurado por cuyo medio se expresa uno tan fácilmente en la tierra, aquello fue como zambullir en el agua con un cinturón de corcho. Pero esas dificultades sólo fueron insuperables hasta la sexta lección, cuando se nos agregó un cuarto auxiliar, un ser con una cabeza enorme, de forma de

foot-ball

, cuyo “fuerte” era evidentemente la persecución de las analogías complicadas. Entró en actitud preocupada, tropezando con un banquito. Era necesario presentarle las dificultades que habían surgido con cierta cantidad de gritos, golpes, y pinchazos, para que llegaran a su conocimiento; pero una vez que esto sucedía, su penetración era asombrosa. En cualquier momento en que se necesitara pensar con mayores alcances que los de

Fi-u

(los cuales eran, como he dicho ya, vastísimos), se solicitaban los servicios de la cabezuda persona, y ésta, invariablemente, transmitía sus conclusiones a

Tsi-puff,

para que los recordara:

Tsi-puff

era siempre el arsenal de hechos. Y así continuamos adelantando».

»Largo me pareció, y sin embargo, fue breve, apenas unos días, el tiempo que pasó sin que pudiéramos hablar positivamente con aquellos insectos de la luna. Al principio, como es lógico, nuestra conversación se limitó a un cambio de sonidos infinitamente fastidioso y exasperante; pero de una manera imperceptible llegamos a la comprensión, y a fuerza de paciencia me he puesto al alcance de los limitados medios de mis interlocutores. Fi-u es quien tiene a su cargo todo lo que sea hablar, y habla con una gran suma de meditación previa: primero hace: “Mm... mm...”, y como ha llegado a posesionarse de un par de lugares comunes, por ejemplo: “Si puedo decirlo...”, “Si usted me comprende...”, los injerta a cada rato en el discurso.

»Supongan ustedes que está explicando lo que es su artista; pues dirá: “Mm... mnm... él... si puedo decirlo..., dibuja. Come poco... bebe poco... dibuja. Ama dibujar. No otra cosa. Odia todos no

dibujan como él. Enojado. Odia todos dibujan como él mejor. Odia mayoría gente. Odia todos no piensan todo mundo para dibujar. Enojado. Mm... Todas cosas significan nada para él; sólo dibujar. Usted gústale... Nueva cosa para dibujar. ¿Eh?... Éste (volviéndose a

Tsi-puff)

ama recordar palabras. Recuerda maravilloso, mejor nadie. Piensa no, dibuja no: recuerda. Dice (aquí acudió a su ayudante para que le proporcionara la palabra,) historias..., todas cosas. Oye una vez, repítelo siempre”.

»El espectáculo es mucho más maravilloso de lo que jamás soñé que me fuera dado ver y oír: pasmado me quedo al oír a estos extraordinarios animales, —pues ni la familiaridad en que vivo con ellos atenúa ante mis ojos el antihumano efecto de su apariencia—, cuchicheando continuamente una aproximación cada vez más cercana a un lenguaje terrestre coherente, formulando preguntas, dando respuestas. Me parece a ratos que tomo a la época de la niñez, en que me volvía todo oído para escuchar las fábulas en que pleiteaban la hormiga y la langosta y la abeja hacia de juez.

Y mientras avanzaban esos ejercicios lingüísticos, parece que la reclusión de Cavor iba siendo menos rigurosa.

«El primer temor y desconfianza que nuestro desgraciado conflicto con los selenitas exteriores creó, se desvanece —dice Cavor—, cada vez más, por la prudente racionalidad de cuanto hago... Ahora puedo ir y venir por donde me place, y en lo que se me sujeta lo hacen únicamente por mi bien. Así es como he podido llegar hasta este aparato y, ayudado por un feliz hallazgo entre los materiales acumulados en esta enorme cueva-depósito, arreglar lo necesario para el envío de mis mensajes. Hasta ahora no ha habido la menor tentativa para impedirme que lo haga, aunque he explicado con bastante claridad a

Fi-u

que estoy telegrafando a la tierra».

»—¿Habla usted con otro? —me ha preguntado, observándome atentamente.

»—Con otros.

»—Otros... —ha repetido él—. ¡Oh, sí! ¿Hombres?

»Y yo continué la transmisión de mi mensaje.

Cavor corregía continuamente sus primeras descripciones de los selenitas, siempre que nuevos hechos modificaban sus conclusiones anteriores; y esto nos hace advertir que no damos sin cierta reserva los extractos que van a leerse en seguida. Los tomamos de los mensajes noveno, decimotercio y decimosexto, y no obstante ser tan vagos y fragmentarios, presentan probablemente el cuadro más completo de la vida social de aquella extraña comunidad, que el genero humano pueda esperar durante muchas generaciones.

«En la luna —dice Cavor—, cada ciudadano conoce su posición: ha nacido para ella y la acabada disciplina de ejercicio, educación y cirugía a que se le sujeta, lo hace al fin tan completamente adecuado para ella que ya no tiene ni ideas ni órganos para ningún objeto distinto».

»¿Por qué habría de tenerlos? —preguntaría
Fi-u.

»Si, por ejemplo, un selenita está destinado a ser matemático, sus maestros intelectuales y físicos se consagran inmediatamente a formarlo para tal objeto. Ahogan toda incipiente disposición para otros fines, alientan sus tendencias matemáticas con perfecta habilidad psicológica. Su cerebro crece, o por lo menos crecen las facultades matemáticas de su cerebro, y el resto de su persona crece solamente en cuanto es necesario para sostener la parte esencial de su ser.

»Así llega día en que, excepción hecha del sueño y la alimentación, su único deleite consiste en el ejercicio y despliegue de su facultad, lo único que le interesa es la aplicación de ésta, su única sociedad es la de otros especialistas de su mismo empleo. Su cerebro sigue creciendo sin cesar, se hace cada vez más grande, por lo menos en sus partes concernientes a las matemáticas, que se abultan continuamente, y parecen absorber toda la vida y el vigor del resto de su cuerpo. Sus miembros se encogen, el corazón y los órganos digestivos disminuyen, la cara de insecto queda oculta bajo sus abultados contornos. Su voz llega a ser un simple chillido para la emisión de fórmulas. Parece sordo a todo cuanto no sea problemas debidamente enunciados. La facultad de reír, salvo por el repentino descubrimiento de alguna paradoja, está perdida para él: su más honda emoción es la resolución de un cómputo nuevo. Y de esa manera realiza el objeto a que se le ha destinado.

»Otro ejemplo: al selenita destinado a cuidar reses se le induce desde sus primeros años a pensar en reses y a vivir con ellas, a complacerse en conocer las tendencias de las reses, a ejercitarse en seguirlas, domarlas y atenderlas. Se le enseña a ser activo y ágil, sus miembros se habitúan a las apretadas envolturas, sus ojos a los angulares contornos que constituyen la elegancia de los pastores lunares. Concluye por no tener interés en lo que pasa en la parte más honda de la luna; mira a todos los selenitas que no están tan versados como él en lo que se refiere a las reses, con indiferencia, con burla o con hostilidad. Sus pensamientos se concentran en los pastos para las reses, su dialecto es un acabado tecnicismo ganadero. Así también, tiene cariño a su trabajo, y cumple, felicísimo con ellas, las obligaciones que constituyen su razón de ser. Y lo mismo pasa con todas las clases y condiciones de selenitas: cada uno es una perfecta unidad en una máquina mundial...

»Los seres de grandes cabezas a quienes tocan las labores intelectuales, forman algo como la aristocracia de esta extraña sociedad, y a la cabeza de ellos, quinta esencia de la luna, está el maravilloso ganglio gigantesco, el Gran Lunar, ante cuya presencia debo comparecer en breve. El ilimitado desarrollo de los entendimientos en la clase mental se ha hecho posible por la ausencia de todo cráneo huesoso en la anatomía lunar, que no tiene la extraña caja de hueso que se cierra en torno del cerebro del hombre, insistiendo imperiosamente, cuando el cerebro se desarrolla, en decir a éste: “hasta aquí y no más lejos”, y empleando para ello todo su poder. Estos seres se resumen en tres clases principales, que difieren grandemente en influencia y en respeto: los administradores, uno de los cuales es

Fi-u,

selenitas de considerable iniciativa y movilidad, responsable cada uno de una determinada porción cúbica de la capacidad lunar; los expertos, como el pensador de cabeza en forma de

foot-ball

, a quienes se educa para ejecutar ciertas operaciones especiales; y los eruditos, que son los depositarios de todos los conocimientos. A esta última clase pertenece

Tsi-puff,

el primer profesor lunar de lenguas terrestres. Con respecto a estos

últimos, cosa es digna de notar que el ilimitado crecimiento del cerebro lunar ha hecho innecesaria la invención de todas las ayudas mecánicas para el trabajo cerebral que han señalado la carrera del hombre: no hay libros, ni archivos de ninguna clase, ni bibliotecas o inscripciones. Todo el conocimiento está almacenado en cerebros susceptibles de ensancharse, como se ensancha el abdomen de las hormigas melíferas de Tejas, a medida que lo van llenando de miel. El Archivo Histórico, la Biblioteca Nacional lunar, son colecciones de cerebros vivientes...

»He notado que los administradores, menos especializados, se interesan vivamente por mí cada vez que me encuentran: se apartan de mi camino, me miran, y me dirigen preguntas a las cuales contesta

Fi-u.

Van y vienen, de un lado a otro, con una comitiva de portaliteras, lacayos, voceros portaparacaidas y demás servidores, grupos de aspecto curioso. Los expertos, o la mayor parte de ellos, no me hacen caso, como tampoco se hacen caso entre sí, o si notan mi presencia es sólo para engolfarse en una verbosa exhibición de su peculiar habilidad. Los eruditos, casi siempre, están arrobados en una impenetrable y apoplética complacencia, de la cual sólo puede despertarles una negación de su saber. Generalmente van guiados por pequeños cuidadores y lacayos, y a menudo se ve con ellos a unas diminutas criaturas, de apariencia vivaz, generalmente regordetas, que me inclino a creer son algo así como sus esposas; pero algunos de los más profundos sabios, son ya demasiado voluminosos para poder moverse, y se les lleva de un lugar a otro en una especie de bateas hondas, cual movedizas gelatinas de conocimientos, que se captan mi más respetuoso asombro. Acabo ahora mismo de pasar junto a uno de ellos, al venir al lugar en que se me permite divertirme con estos juguetes eléctricos; era una cabeza vasta, pelada, temblorosa, calva y de piel delgada, que iba en su grotesca litera; los portaliteras llevaban la carga distribuidos adelante y atrás, y unos diseminadores de noticias, de aspecto muy curioso, con caras que casi parecían trompetas, proclamaban la fama del sabio.

»Ya he descrito las comitivas que acompañan a la mayor parte de los intelectuales: ujieres, portadores, lacayos, con sus extraños

tentáculos y músculos o lo que sean, que reemplazan la abortiva potencia física de aquellos hipertrofiados cerebros. Casi siempre los acompañan también peones de carga; unos mensajeros extremadamente veloces, con piernas parecidas a las de las arañas y “manos” para sostener los paracaídas, y voceros con órganos vocales que bastarían para despertar a los muertos. Fuera de lo que forma la especialidad de sus inteligencias, esos subalternos son tan inertes e inservibles como las sombrillas en una vidriera; existen sólo en relación a las órdenes que tienen que obedecer, a los deberes que tienen que cumplir.

»Sin embargo, he podido darme cuenta de que la mayoría de los insectos que van y vienen por los caminos espirales, que ocupan los globos ascendentes y bajan por el aire, cerca de mí, aferrados a los ligeros paracaídas, pertenecen a la clase obrera. “Piezas de máquinas”, en el hecho, algunos se hallan en completo estado natural; no poseen forma alguna de lenguaje; el tentáculo único del pastor de reses es reemplazado por uno o dos manojos de tres, cinco, o siete dedos para agarrar, levantar, guiar, y el resto de sus cuerpos no es más que el necesario apéndice subordinado a estas importantes partes. Algunos, que supongo manejan mecanismos para hacer sonar campanas, tienen enormes orejas, parecidas a las del conejo, exactamente detrás de los oídos; a otros que trabajan en delicadas operaciones químicas, les sobresale un vasto órgano olfativo; otros tienen pies con las coyunturas anquilosadas; y otros que se me han dicho son sopladores en la fabricación del vidrio, parecen simples fuelles. Pero cada uno de estos selenitas comunes que he visto en su labor, está exquisitamente adaptado a las necesidades sociales para las que se le ha destinado. Las obras finas son hechas por artesanos afinados también, sorprendentemente enanos y delicados: los hay que podrían caber en la palma de la mano. Hay también una especie de selenita-motor, muy común, cuyo deber y único deleite consiste en servir de fuerza motriz para varias pequeñas aplicaciones. Y para mantener a todo el mundo selenita en orden y contener cualquier tendencia al error que pudiera mostrar alguna naturaleza extraviada, hay allí los más vigorosos seres musculares que he visto en la luna, especie de agentes de policía lunar, que desde sus primeros años deben haber sido enseñados a mantener en perfecta obediencia a las cabezas

hinchadas.

»La fabricación de estas varias clases de operarios debe necesitar de un procedimiento muy curioso o interesante. Todavía estoy a oscuras a ese respecto; pero no hace mucho pasé al lado de un número de jóvenes selenitas encerrados en vasijas, de las que sólo sobresalían los miembros anteriores, se les comprimía allí para que fueran motores de una clase especial de máquinas. Al “brazo”, preparado así con aquel sistema desarrollado de educación técnica, se le estimula con irritantes y se le alimenta mediante inyecciones, mientras al resto del cuerpo se le priva de toda alimentación. Si no he entendido mal la explicación que me dio

Fi-u,

esas curiosas criaturas dan, en los primeros tiempos, señales de sufrimientos causados por sus diversas posiciones encogidas, pero se habitúan fácilmente a su suerte. Para hacerme ver mejor las cosas,

Fi-u

me llevó a un lugar en que estaban en preparación unos mensajeros: la operación consistía en dar a sus piernas gran flexibilidad y hacer que fueran largas. Sé que lo que voy a decir no es lógico; pero estas ojeadas a los métodos educadores de los selenitas me han producido un efecto desagradable. Espero, sin embargo, que esto pase, y que me sea dado ver alguna faz más simpática de un orden social tan maravilloso. Aquella mano de aspecto lamentable que apuntaba afuera de la vasija, parecía dirigir algo como un desesperado llamamiento a probabilidades perdidas, y todavía me persigue su visión, aunque no se me oculta que, al fin y al cabo, ese procedimiento es todavía más humanitario que nuestros métodos terrestres de aguardar a que los niños lleguen al estado de seres humanos propiamente dicho, para entonces, y sólo entonces, convertirlos en máquinas...

»También muy recientemente —creo que fue en la undécima o duodécima visita que hice a este aparato—, obtuve un curioso dato sobre la vida de dichos operarios. Iba con

Fi-u

y mis demás acompañantes, por un camino corto y poco frecuentado, en vez de bajar por la espiral y seguir por los malecones del Mar Central. De los tortuosos senderos de una galería larga y oscura, salimos a una vasta caverna, de techo bajo,

saturada de un olor de tierra y alumbrada con bastante luz. Ésta salía de un tumultuoso brote de lívidas plantas “fungóideas”, algunas de ellas singularmente parecidas a nuestros hongos terrestres, pero tanto o más altas que un hombre.

»—¿*Lunestres* comen esto? —pregunté a Fi-u.

»—Sí, alimento.

»—¡Por vida mía! —exclamé—. ¿Qué es esto?

»Mi vista había tropezado con la forma de un selenita excepcionalmente grande y flaco, que yacía inmóvil entre los tallos, con la cara contra el suelo. Nos detuvimos.

»—¿Muerto? —pregunté—, pues todavía no he visto ni un muerto en la luna, y tengo curiosidad de verlo.

»—¡No! —exclamó Fi-u—. Ése... trabajador; no trabajo hacer. Bebe, poquito bebida; entonces... duerme... hasta que necesítamoslo. ¿De qué serviría despertarle, eh? No necesítamoslo andando ocioso.

»—¡Allí hay otro! —grité.

»Y luego vi que toda aquélla extensa plantación de hongos estaba sembrada de postrados cuerpos adormecidos por un narcótico hasta que la luna tuviera necesidad de ellos. Los había por docenas, de todas clases. Dimos vuelta a algunos, y pude examinarlos con mayor minuciosidad que antes. Al acercarme a ellos oía que respiraban fuertemente; pero no se despertaban. De uno me acuerdo con claridad completa: creo que me causó mayor impresión por algún fuego favorable de luz y por su actitud que era la de un cuerpo humano encogido. Sus miembros anteriores eran unos tentáculos largos, delicados —el sujeto pertenecía a alguna clase de manipuladores finos—, y la postura en que dormía indicaba un sufrimiento sumiso. No cabe duda de que yo cometía un error al interpretar su expresión de esa manera; pero así la interpreté. Y cuando

Fi-u

lo hizo rodar hasta la obscuridad, entre los lívidos tallos, experimenté otra vez una sensación claramente desagradable, por más que para mí, sólo se tratara de un insecto haciendo rodar a otro insecto.

»Esto es, sencillamente, una aclaración del modo de adquirir

hábitos de pensamiento y de sentimiento. Adormecer al trabajador que no se necesita y ponerlo a un lado es, seguramente, mejor que expulsarlo de la fábrica para que vaya a vagar por las calles. En toda comunidad social complicada, hay necesariamente una intermitencia en la ocupación de toda labor especial, y con el método empleado aquí, queda resuelto el problema de los brazos sin empleo. Sin embargo, tan poco racionales somos, aun cuando poseamos un cerebro científicamente educado, que todavía me desagrada el recuerdo de aquellos cuerpos inertes entre aquellas quietas, luminosas arcadas de vegetación *camosa*, y cuando tengo que andar en la misma dirección, evito ese camino a pesar de los inconvenientes del otro, más largo, más ruidoso y más frecuentado.

»Este otro camino me hace pasar por una caverna vastísima, sombría, muy transitada y llena de ruidos, y allí es donde veo — mirando hacia afuera por las aberturas hexagonales de una especie de muralla acribillada de agujeros como una colmena, o alineada atrás en un amplio espacio, o escogiendo los juguetes y amuletos hechos para darles gusto por acéfalos joyeros de delicados dedos que trabajan abajo, en unas casillas—, a las madres del mundo lunar, a las abejas reinas, podría decirse, de la colmena. Son seres de aspecto noble, adornados fantásticamente y a veces de una manera bastante linda, apostura altiva y cabezas microscópicas, en las que casi todo es boca.

»De la condición de los sexos en la luna, del noviazgo y del matrimonio, de los nacimientos y demás particularidades de esta especie, poco he podido saber hasta ahora; pero dados los continuos progresos de

Fi-u

en la lengua inglesa, mi ignorancia desaparecerá sin duda rápidamente. Opino que, como en las hormigas y abejas, una gran mayoría de los individuos de esta comunidad pertenecen al sexo neutro. En la tierra, en nuestras ciudades, hay ahora muchos que no llevan la vida de familia, que es la vida natural del hombre; pero aquí, como entre las hormigas, esto ha llegado a ser una condición normal de la raza, y la misión de repoblamiento, en la medida necesaria, recae sobre esta especial y en modo alguno numerosa clase de matronas, las madres del mundo lunar, anchos, corpulentos seres, bellamente adaptadas para llevar en su seno la larva selenita.

Si no he comprendido mal una explicación de

Fi-u,

estas madres son completamente incapaces de querer siempre a los seres que dan a luz: períodos de locos mimos se alternan con raptos de agresiva violencia, y tan pronto como es posible, los párvulos, que son muy blandos y endeble y de color pálido, pasan a cargo de una variedad de hembras célibes, “trabajadoras” de nacimiento, pero que en algunos casos poseen cerebros de dimensiones casi masculinas.

Precisamente en este punto, y por desgracia, se cortó el mensaje. Por más fragmentario y misterioso que en todas sus fases sea el asunto que constituye este capítulo, da, sin embargo, una impresión vaga, pero amplia, de un mundo completamente extraño y maravilloso, de un mundo con el cual debe prepararse el nuestro, sin pérdida de tiempo, a entrar en competencia. Este intermitente chorro de mensajes, este susurrar de una aguja receptora en la falda de una montaña, constituyen la primera advertencia de un cambio en las condiciones humanas, tal como la humanidad hubiera podido difícilmente imaginarlo hasta ahora. En aquel planeta hay nuevos elementos, nuevas aplicaciones, nuevas tradiciones, un abrumador alud de ideas nuevas, una extraña raza con la cual tendremos inevitablemente que luchar por el dominio... del oro, que es allí tan común como aquí el hierro o la madera...

El gran lunar

El penúltimo mensaje describe, a trechos, con detalles aún más minuciosos, la entrevista de Cavor con el Gran Lunar, que es el gobernante y señor de la luna. Parece que Cavor envió la mayor parte de este mensaje casi sin que lo molestaran, pero que en la parte final le interrumpieron. El último vino después de un intervalo de una semana.

El primero de los dos mensajes comienza así: «Por fin puedo reanudar este...», se hace ilegible durante un rato, y luego continúa en medias frases.

Las palabras que faltan a la siguiente frase son, probablemente, «la multitud». Poniéndolas al principio, se lee con bastante claridad lo que sigue:

«... era más y más densa a medida que nos acercábamos al palacio del Gran Lunar, sí puedo llamar palacio a una serie de excavaciones. Por todas partes, caras que me miraban: bocas abiertas y cuerudas, máscaras sin expresión, grandes ojos asomados por sobre tremendos tentáculos-narices, y ojos pequeños bajo monstruosas frentes aplastadas; más abajo, un segundo brote de animales menores se agitaba y chillaba, y grotescas cabezas en el extremo de cuellos sinuosos, como de ganso, de largas coyunturas, se asomaban por sobre los hombros y debajo de los brazos de los que formaban las primeras filas. Abriéndome calle avanzaba un cordón de guardias impasibles, de cabezas-yelmos, que se nos habían unido al salir del barco en que llegamos por los canales del Mar Central. El artista-pulga de diminuto cerebro, se nos unió también, y en apretado grupo un gran número de ágiles hormigas cargadoras trotaban agobiadas bajo la multitud de objetos que se habían creído necesarios para mi viaje. En la etapa final se me llevó una litera, hecha de un dúctil metal de color aparentemente oscuro, incrustado y entrelazado con barras de otro metal más

claro. Y conmigo avanzaba una larga y complicada procesión».

»Por delante, a manera de heraldos, iban cuatro seres con caras-trompetas haciendo un devastador estruendo; después unos ujieres encorvados, casi en forma de escarabajos, y a cada lado una colección de sabias cabezas, una especie de enciclopedia animada, que debía, según me explicó

Fi-u,

colocarse cerca del Gran Lunar para servirle de consulta. (No hay cosa en la ciencia lunar, no hay punto de vista ni método de pensamiento, que no lleven en la cabeza aquellos seres maravillosos). Seguían guardias y portadores, y a continuación el gelatinoso cerebro de

Fi-u,

llevado también en una litera. Detrás de

Fi-u,

Tsi-puff,

en una litera un poco menos importante, y en seguida yo, en litera más elegante que ninguna otra y rodeado por los servidores encargados de mis alimentos y bebidas. Más hombres-trompetas marchaban detrás, destrozando los oídos con un agudísimo griterío, seres a quienes podríamos dar el título de corresponsales especiales o historiógrafos, y a los cuales incumbía la tarea de observar y recordar todos los detalles de la trascendental entrevista. Gran número de servidores que llevaban y agitaban banderas y manojos de hongos olorosos extraños símbolos, completaban la procesión. A ambos lados del camino se alineaban ujieres y otros funcionarios con caparazones que relucían como acero, y detrás de una y otra hilera surgían las cabezas y tentáculos de la enorme muchedumbre.

»Debo advertir que todavía no me he acostumbrado, en manera alguna, al peculiar efecto de la apariencia de los selenitas, y que hallarme como un náufrago en aquel anchuroso mar de agitada entomología, nada tenía de agradable para mí. Por un instante sentí lo que me imagino que siente la gente cuando habla de “horrores”. Ya me había sucedido lo mismo antes, en aquellas cavernas lunares, en las ocasiones en que me encontró sin armas y rodeado por una multitud de selenitas; pero la impresión nunca fue tan vivida. Tal sentimiento es, por supuesto, de lo más irracional que un hombre pueda abrigar, y espero dominarlo poco a poco; pero durante un

momento, al avanzar por entre aquel inmenso hormiguero, tuve que agarrarme con todas mis fuerzas a la litera y llamar en mi ayuda toda mi voluntad, para no lanzar un grito o hacer alguna otra manifestación de esa especie. Aquello duró quizá tres minutos: después volví a ser dueño de mí mismo.

»Subimos la espiral de una vía vertical durante un rato, y en seguida pasamos a través de una serie de vastos *halls*, con cúpulas y soberbiamente decorados. Las cercanías del Gran Lunar estaban evidentemente preparadas para dar viva impresión de su grandeza. Los *halls* —todos, por fortuna, suficientemente luminosos para mis terrestres ojos—, constituían un bien dispuesto “*crescendo*” de espacio y decoración. El efecto de su progresivo tamaño estaba realzado por la continua disminución de la luz y por una tenue nube de incienso que se iba haciendo más espesa a medida que avanzábamos. En las primeras, la luz vivida, clara, hacía que todo apareciera finito y concreto ante mis ojos; pero pronto me pareció que avanzaba continuamente hacia algo más extenso, más opaco y menos material.

»Debo confesar que todo aquel esplendor me hizo considerarme miserable e indigno de él. No estaba afeitado ni lavado; no había llevado mis navajas de barba, y un enmarañado bigote me cubría la boca. En la tierra, siempre me he sentido inclinado a desdeñar todo cuidado personal que no fuera el debido aseo; pero en las excepcionales circunstancias en que me encontraba allí, representando, como representaba, a mi planeta y mi especie, y dependiendo, en gran parte, la importancia de la recepción que se me hiciera, de lo atractivo de mi apariencia, habría dado mucho por poder presentarme con algo un poco más artístico y majestuoso que aquellas marañas. Mi seguridad de que la luna no tenía habitantes había sido tan grande que ni por un momento se me había ocurrido tomar semejantes precauciones, y allí me encontraba vestido con un saco de franela, calzón corto, medias de jugar golf, manchadas con todas las clases de suciedad que la luna puede ofrecer, y zapatillas (a la del pie izquierdo se le había caído el tacón) por cuyos agujeros pasaba mi cabeza. (Claro está que aún sigo vistiendo las mismas ropas). Las agudas cerdas que me habían brotado libremente en la cara serán todo menos un aditamento ventajoso para mis facciones; en una rodilla del calzón había un desgarrón no remendado, que se

mostraba ostentosamente cada vez que me movía en la litera; mi media derecha, también persistía en abrirse junto al tobillo. Me hago completo cargo de la injusticia que mi aspecto hizo inferir a la humanidad, y si de alguna manera hubiese podido improvisar cualquier cosa nueva e imponente, lo habría hecho; pero nada tenía a mi alcance, y me limité a hacer lo que podía: dispuse los pliegues de mi frazada a manera de toga, y me mantuve tan erguido en mi asiento cuanto el balanceo de la litera me lo permitía.

»Imagínense ustedes el *hall* más grande en que hayan estado, cuidadosamente decorado con porcelana azul y blanco-azulada, iluminado con luz azul, sin que se supiera cómo, y llenándose de seres metálicos o de un blanco opaco, de una diversidad tan inconcebible como la que ya he descrito someramente; imagínense que ese *hall* termina en una arquería abierta, que es todavía un *hall* mayor que el primero, y más allá otro más, y así sucesivamente. Al final del panorama, una escalinata, como la de la Ara Coeli de Roma, que subía hasta perderse de vista: a medida que uno se acercaba a su base, aquellas gradas parecen ir más alto todavía. Por fin, me hallé bajo una amplísima arquería y vi la cumbre de la escalinata, y en ella al Gran Lunar sobre su trono.

»Estaba sentado en un resplandor de incandescente azul. Una nebulosa atmósfera llenaba el recinto de tal modo, que los muros parecían invisiblemente remotos. Esto le hacía aparecer como flotante en un vacío azul-negro. Al principio parecía una nube pequeña, de cuyo seno brotara luz, llenando el glauco tronco: su caja cerebral debía tener varias yardas de diámetro. Por alguna razón que no puedo sondar, una cantidad de azules focos luminosos irradiaban atrás del trono, e inmediatamente detrás de él se esparcía una aureola, que le daba el aspecto de una estrella colosal y rara. En torno suyo, y pequeños y confusos en aquel resplandor, numerosos servidores lo sostenían y mantenían; después, en una relativa sombra y parados en ancho semicírculo, debajo, estaban sus auxiliares intelectuales, sus recordadores, computadores o investigadores, sus aduladores y criados, y todos los insectos distinguidos de la corte de la luna. Más abajo, de pie, los ujieres y mensajeros; después, en toda la extensión de los innumerables escalones del trono, guardias; y en la base, enorme, variada, confusa, una vasta multitud compuesta por los dignatarios menores

de la luna. Sus pies, al moverse, producían un murmullo como si rascaran el rocoso suelo, y el roce de unos cuerpos con otros hacía oír igualmente un sordo susurro.

»Al entrar yo en el penúltimo *hall*, sonó la música y se expandió en una imperial magnificencia de sonidos, y los gritos de los anunciadores se extinguieron...

»Entré en el último y mayor de los *halls*...

»Mi procesión se abrió como un abanico. Mis ujieres y guardias se apartaron a derecha e izquierda, y las tres literas que nos llevaban a mí, a

Fi-u

y a

Tsi-puff,

avanzaron por el lustroso suelo hasta el pie de la gigantesca escalera. Entonces se dejó oír un vasto zumbido entrecortado, que se mezcló con la música. Los dos selenitas descendieron de sus literas, pero a mi se me advirtió que debía permanecer sentado, me imagino que como un honor especial. La música cesó, pero no el zumbido, y el simultáneo movimiento de diez mil ojos respetuosos, hizo que mi atención se dirigiera a la aureolada, suprema inteligencia que se cernía sobre nosotros.

»Al principio, cuando dirigí la vista hacia el radiante fulgor, aquel *quintessential* cerebro me pareció algo como una vejiga opaca, sin facciones, a través de cuya superficie aparecían visibles aunque tenues, las ondulantes líneas de las circunvoluciones. Luego, debajo de aquella enormidad, exactamente en el borde del trono, vi con sobresalto un par de minúsculos ojos de duende que miraban fijamente. Nada de cara, sólo ojos, que parecían mirar por un par de agujeros. Primero no pude ver más que los dos ojitos fijos; después ya vi, debajo, el cuerpecito encogido y los miembros de insecto, enjutos y blancos. Los ojos me contemplaban con extraña intensidad, y la parte más baja del hinchado globo hallábase arrugada. Unas manecitas-tentáculos, de aspecto frágil, casi inexistentes, mantenían aquella forma sobre el trono...

»Aquello era grande; aquello, era, lastimoso. Uno se olvidaba del *hall* y de la muchedumbre.

»Los portalitera me subieron a saltos por la escalinata. Me parecía que la radiante y purpúrea caja cerebral que me miraba de

allá arriba se extendía sobre mi e iba adquiriendo un efecto más imponente cuanto más me le acercaba yo. Las hileras de ayudantes y servidores agrupadas en torno de su amo parecían retroceder y borrarse dentro del resplandor. De repente, vi que unos servidores que apenas se destacaban sobre el brumoso fondo, estaban muy atareados en regar aquel gran cerebro con un refrescante chorro, y lo sobaban y lo sostenían. Yo, por mi parte, me aferraba, a mi tambaleante litera, con los ojos fijos en el Gran Lunar, incapaz de dirigir siquiera una ojeada a los lados. Y por fin, cuando llegué a un pequeño rellano separado del supremo asiento por unos diez escalones apenas, el creciente esplendor de la música llegó a un tono altísimo y cesó, y a mi se me dejó aislado, desnudo, por decirlo así, en aquella inmensidad, bajo el fijo escrutinio de los ojos del Gran Lunar.

»Examinaba el primer hombre que veía en su vida...

»Mis ojos descendieron por fin de su grandeza a las tenues figuras que se movían en la azul neblina en torno suyo, y después, recorriendo las gradas, a los miles de selenitas que se apiñaban expectantes abajo. Otra vez me sobrecogió un irracional horror... Y pasó.

»Después de la pausa vino la gran salutación. Me ayudaron a bajar de la litera, y allí, parado, indeciso, vi que dos funcionarios muy delgados me hacían con gravedad varios ademanes extraños y sin duda profundamente simbólicos. El grupo enciclopédico de los sabios que me había acompañado a la entrada del último *hall*, apareció dos escalones más arriba del sitio en que yo estaba, a mi izquierda y a mi derecha, prontos para atender a las necesidades del Gran Lunar, y el blanco cráneo de

Fi-u

se colocó más o menos entre el trono y yo, en posición que le permitiera comunicarse fácilmente con los dos, sin volver la espalda al Gran Lunar ni a mí. Tsi-puff se puso detrás de él. Unos ágiles ujieres se alinearon, volviéndose de soslayo hacia mí, pero dando plenamente la cara a la Presencia. Yo me senté a la turca, y

Fi-u

y

Tsi-puff

también se arrodillaron más arriba.

»Hubo otra pausa. Los ojos de los cortesanos más próximos iban de mi al Gran Lunar y volvían a mí, y un cuchicheo y silbido de expectación pasó por la escondida multitud, y por último cesó...

»El zumbido cesó también.

»Por primera y última vez, hasta ahora, la luna estuvo silenciosa.

»Casi en seguida, oí un débil rumor: el Gran Lunar me dirigía la palabra. Aquello era como el roce de un dedo sobre un cristal.

»Yo lo miré fijamente durante un rato y luego volví los ojos hacia el atento

Fi-u.

Me sentía, entre aquellos blandos seres, ridículamente espeso, carnoso y sólido, con mi cara toda huesos y pelos negros. Volví a mirar al Gran Lunar. Había cesado de hablar: sus servidores estaban ocupados en algo: por la lustrosa superficie del cráneo corría y brillaba un refrescante chorro.

»Fi-u meditó durante un intervalo, consulto con

Tsi-puff,

y después empezó a murmurar su jerga inglesa, primero algo nerviosamente, lo que hizo que no le entendiera muy bien por lo pronto.

»—Mm... el Gran Lunar... desea decir... desea decir... comprende usted es... mnrn... hombre... que usted es hombre del planeta Tierra. Desea decir que le da la bienvenida... y desea conocer... conocer, si puedo emplear esta palabra... el estado del mundo de usted y la razón por qué ha venido usted a éste.

»Hizo una pausa. Yo iba a contestarle, cuando continuó. Procedió a hilvanar frases cuyo curso no era muy claro, aunque me inclino a pensar que todas significaban cumplimientos. Me dijo que la tierra era a la luna lo que el sol era a la tierra, y que los selenitas deseaban mucho saber lo concerniente a la tierra y a los hombres. En seguida me explicó, sin duda como una cortesía también, la magnitud y el diámetro relativos de la tierra y de la luna, y el perpetuo interés y conjeturas con que los selenitas habían mirado a nuestro planeta.

»Yo reflexioné con los ojos bajos, y opté por contestarle que también los hombres habían pensado siempre con interés en lo que podría existir en la luna y la habían juzgado muerta, idea muy lejana de magnificencias tales como las que me había sido dado ver

aquel día.

»El Gran Lunar, en prenda de reconocimiento, hizo que su proyector azul girara de una manera muy confusa, y por todo el gran *hall* corrió en cuchicheos y murmullos la repetición de lo que yo había dicho.

»A continuación procedió a hacer a

Fi-u

una cantidad de preguntas que eran ya más fáciles de contestar.

»Había comprendido —explicó—, que nosotros vivíamos en la superficie de la tierra, que nuestro aire y nuestro mar estaban fuera del globo. Más aún: esta última parte la sabía por las observaciones de sus especialistas astronómicos. Estaba muy ansioso de tener informaciones más detalladas de lo que él llamaba extraordinario estado de cosas, pues la solidez de la tierra le había hecho inclinarse siempre a considerarla inhabitable. Trató primero de cerciorarse de los extremos de temperatura a que los seres de la tierra estaban expuestos, y le interesó vivamente mi descripción de las nubes y de las lluvias. Sus suposiciones hallaban apoyo en el hecho de que la atmósfera lunar, en las galerías exteriores del lado de la noche, está a menudo muy nublada. Parecía maravillarse de que no encontráramos la luz del sol demasiado intensa para nuestros ojos, y le interesó mi tentativa de explicarle que la luz del firmamento estaba atenuada hasta adquirir un color azulado por efecto de la refracción del aire, lo que dudo entendiera con claridad. Le expliqué cómo el iris del ojo humano puede contraer la pupila y salvar su delicada estructura interna del exceso de luz del sol, y se me permitió acercarme hasta pocos pies de distancia de la Presencia, para que pudiera ver esa estructura. Esto nos condujo a la comparación del ojo lunar y del terrestre: el primero es no sólo excesivamente sensible a luces como las que los hombres pueden ver, sino que también puede “ver” el calor, y cada diferencia de temperatura dentro de la luna es visible para los selenitas.

»El iris era para el Gran Lunar un órgano completamente nuevo. Durante un rato se divirtió en lanzarme sus rayos a la cara y en observar cómo se contraían mis pupilas. La consecuencia de esto fue que me quedé deslumbrado y ciego durante un rato.

»Pero a pesar de aquella incomodidad, encontré algo tranquilizador, gradual e insensiblemente, en la racionalidad de

nuestro cambio de preguntas y respuestas. Yo podía cerrar los ojos, pensar en lo que iba a contestar, y casi olvidarme de que el Gran Lunar no tenía cara...

»Cuando hube descendido a ocupar nuevamente mi sitio, el Gran Lunar me preguntó cómo nos abrigábamos del calor y de las tempestades, y yo lo expuse las artes de construcción y amueblamiento. En este punto nos perdimos en *quid pro quos* y en un desordenado cambio de observaciones, debido en gran parte, debo confesarlo, a la falta de precisión de mis palabras. Durante largo rato me fue muy difícil hacerle entender la naturaleza de una casa. A él y a sus servidores les parecía lo más ridículo del mundo que los hombres construyeran casas cuando podían descender a excavaciones; y sobrevino una nueva complicación con mi tentativa de explicarle que los hombres habían tenido al principio sus moradas en cuevas, y ahora ponían sus ferrocarriles y muchos establecimientos bajo la superficie. Creo que aquí me traicionó el deseo de exhibir mi suficiencia intelectual. También se formó un considerable enredo, por mi no menos imprudente tentativa de explicar lo que son nuestras minas. Abandonando por fin este asunto, sin que lo hubiéramos apurado, el Gran Lunar me preguntó qué hacíamos con el interior de nuestro globo.

»Una especie de cuchicheos y susurros se propagó hasta los más remotos rincones de aquella gran asamblea cuando se llegó, por último, a saber que nosotros, los hombres, nada sabíamos, absolutamente, del contenido del planeta sobre el cual se habían sucedido desde tiempo inmemorial las generaciones de nuestros antepasados. Tres veces tuve que repetir que de todas las cuatro mil millas de substancia que hay entre la superficie y el centro de la tierra, los hombres conocen sólo hasta la profundidad de una milla, y eso muy vagamente. El Gran Lunar hizo una pregunta que comprendí bien: ¿por qué había ido yo a la luna, si apenas habíamos tocado aún la corteza de nuestro planeta? Pero no quiso darme en aquel momento la molestia de una explicación, pues por su parte estaba demasiado ansioso de perseguir los detalles de esa loca inversión de todas sus ideas.

»Volvió a la cuestión de la temperatura, y yo traté de describir los perpetuos cambios del cielo, la nieve, las heladas y los huracanes.

»—Pero cuando llega la noche —preguntó—, ¿no hace frío?

»Le dije que hacia más frío que de día.

»—¿Y no se hiela la atmósfera?

»Le contesté que no; que nunca hacia tanto frío como para eso, porque nuestras noches eran muy cortas.

»—¿Ni tampoco se liquida?

»Iba ya a decir “No”, pero se me ocurrió que una parte por lo menos de nuestra atmósfera, el vapor de agua, se liquida a veces y forma rocío, y a veces se hiela y forma escarcha y nieve, proceso perfectamente análogo a la congelación de toda la atmósfera externa de la luna durante su noche, que es más larga. Me expliqué con claridad sobre este punto, y de allí pasó el Gran Lunar a hablarme del sueño. La necesidad de dormir que nos viene con tanta regularidad, cada veinticuatro horas, resulta ser simplemente parte de nuestra modalidad terrestre: en la luna, los selenitas descansan sólo de vez en cuando y al cabo de esfuerzos extraordinarios.

»Después traté de describirle los suaves esplendores de una noche de verano, y de esto pasé a una descripción de los animales que rondan de noche y duermen de día; le hablé de leones y de tigres, y en este punto me pareció que toda explicación era insuficiente, pues en la luna, salvo los animales que están dentro del agua, no hay uno que no esté completamente domesticado y sujeto a la voluntad del selenita, y así ha sido desde épocas inmemoriales. Hay monstruos acuáticos, pero no bestias feroces, y la idea de algún animal fuerte y grande que exista “fuera” durante la noche, es de difícil comprensión para los selenitas.

Aquí, en un espacio de veinte palabras o tal vez más, el mensaje está demasiado incoherente para que sea posible transcribirlo.

«El Gran Lunar habló con sus servidores, supongo que acerca de la extraña superficialidad e irracionalismo de los que viven en la superficie de un mundo, sujetos al capricho de las olas y los vientos y de todas las variaciones de la intemperie, que no pueden ni unirse para dominar a las fieras que hacen presa de su especie, y que, sin embargo, se atreven a invadir otro planeta. Durante este intervalo, yo seguí sentado, pensando, y después, a pedido suyo, le hablé de las diferentes clases de hombres».

»Me escudriñó en todas direcciones con sus preguntas.

»—Y para todas las clases de trabajo tienen ustedes la misma calidad de hombres... Pero ¿quién piensa? ¿Quién gobierna?

»Le hice un esbozo del método democrático.

»Cuando hube terminado esta explicación, ordenó que le vertieran sobre la cabeza el chorro refrescante, y luego me pidió que volviera a explicarle lo mismo, pues temía haber entendido mal.

»—Hombres no hacen diferentes cosas, ¿entonces? —me preguntó

Fi-u.

»Yo convine en que algunos pensaban y otros eran funcionarios, algunos cazaban y otros eran mecánicos, artistas, o trabajadores en otros ramos especiales.

»—Pero todos gobiernan —añadí.

»—¿Y no tienen diferentes formas que los adapten a sus diferentes deberes?

»—Ninguna diferencia visible hay —dije—, salvo quizá en las ropas. En los cerebros la hay tal vez, aunque pequeña —recapacité.

»—Considerable debe ser la diversidad de cerebros —replicó el Gran Lunar.

»Con el objeto de ponerme en armonía más estrecha con sus preconcepciones, le dije que su conjetura era fundada.

»—Todo está escondido en el cerebro —expliqué—, y en él residen las diferencias. Quizás si se pudieran ver las mentes y las almas de los hombres, se notaría en ellos tanta variedad como entre los selenitas. Hay hombres altos y hombres pequeños; hombres que pueden alcanzar a gran distancia y hombres que pueden avanzar rápidamente; hombres ruidosos, con mente de trompeta, y hombres que pueden acordarse de las cosas sin pensar...

Aquí hay tres palabras ininteligibles.

«Me interrumpió para recordarme mis anteriores explicaciones».

»—¿Pero no decía usted que todos los hombres gobiernan? —insistió.

»—Hasta cierto limite —dije—; y temo que con la explicación que hice en seguida aumentara la confusión.

»Entonces él puso la cuestión en su punto saliente.

»—¿Quiere usted decir —preguntó—, que no hay Gran Terrestre?

»Yo pensé en varias personas, pero concluí por asegurarle que no lo había. Le expliqué que los autócratas y emperadores que habíamos ensayado en la tierra habían terminado, por lo general, en la embriaguez, en el vicio, en la violencia, y que la vasta o influyente porción de pobladores a que yo pertenecía, los anglosajones, no pensaban en repetir tales ensayos, al oír lo cual, el Gran Lunar manifestó mayor asombro aún.

»—Pero ¿cómo conservan ustedes, siquiera, la sabiduría que tienen? —preguntó.

»Yo le expliqué cómo ayudábamos a nuestros limitados... (aquí falta una palabra, que es probablemente “cerebros”) ...con bibliotecas; le expliqué cómo aumentaba nuestra ciencia por la labor unida de innumerables hombres, y a eso no opuso otro comentario que el de que evidentemente habíamos llegado a dominar muchas cosas, pues de otro modo no me habría sido posible llegar a la luna. Con todo, el contraste era muy marcado. Con los conocimientos, los selenitas se engrandecían y cambiaban: la especie humana almacenaba sus conocimientos y continuaba en el estado de brutos... bien equipados. Dijo esto...

(Aquí llegamos a una parte del mensaje totalmente ininteligible).

«Después me hizo explicar cómo circulábamos por la tierra, y me puse a describirle nuestros ferrocarriles y buques. Durante un rato no pudo entender que sólo hacía cien años que empleábamos el vapor, pero cuando lo comprendió, se vio claramente que esto le causaba infinito asombro. (Debo citar, como un hecho singular, el de que los selenitas miden el tiempo por años, como nosotros en la tierra, pero nada he podido saber de su sistema numeral. Esto, sin embargo, no importa, porque

Fi-u

comprende el nuestro). De allí pasé a decirle que el género humano vive en ciudades desde hace sólo nueve o diez mil años, y que todavía no estamos unidos en una hermandad, sino bajo diferentes forma de gobierno. Esto asombró mucho al Gran Lunar, una vez que se lo hubimos explicado con claridad. Al principio había creído que nos referíamos únicamente a áreas administrativas».

»Nuestros Estados e Imperios son aún los más imperfectos esbozos de lo que el orden será un día —dije; y esto mismo me hizo

explicarle...

(En este punto, hay unas treinta o cuarenta palabras totalmente ilegibles).

»Mucha impresión causó en el Gran Lunar la tontería con que los hombres se aferran al mantenimiento de diversos idiomas: “Quieren comunicarse, y sin embargo no comunicarse” —dijo: y a continuación empezó a hacerme preguntas acerca de la guerra, y en esto nos pasamos largo rato.

»Al principio se manifestó perplejo e incrédulo.

»—¿Quiere esto decir —preguntó, para obtener una confirmación—, que ustedes corren por la superficie de su mundo, de un mundo cuyas riquezas apenas han comenzado ustedes a raspar, matándose uno a otro para tener animales con que alimentarse?

»Le contesté que ésa era la verdad desnuda.

»Entonces me pidió datos que le ayudaran a comprender.

»Pero ¿no sufren daños en eso los bosques y las pobres ciudades? —preguntó, y yo comprendí que la destrucción de propiedades y objetos útiles le impresionaba tanto como las matanzas—. Dígame usted más —añadió—: hágame usted ver dibujos. Yo no puedo concebir esas cosas.

»Y entonces, durante un rato, aunque algo avergonzado, le referí la historia de la guerra terrestre.

»Le describí las primeras órdenes y ceremonias de la guerra, las notificaciones y el ultimátum, el adiestramiento y conducción de tropas. Le di una idea de las maniobras, de las posiciones y de las batallas. Le expliqué los sitios y asaltos, el hambre y las penalidades que se sufrían en las trincheras, y los casos de centinelas muertos de frío bajo la nieve. Le hablé de las derrotas y las sorpresas, de las desesperadas resistencias mantenidas por débiles esperanzas, de la implacable persecución de los fugitivos, de los muertos sembrados en el campo de batalla. Le hablé también del pasado, de las invasiones y carnicerías, de los Hunos y de los Tártaros, y de las guerras de Mahoma y los Califas y de las Cruzadas. Y a medida que yo narraba y

Fi-u

traducía, los selenitas cuchicheaban y murmuraban con una emoción que iba gradualmente ganando en intensidad.

»Conté que un acorazado podía arrojar un proyectil de una tonelada a una distancia de doce millas, y penetrar a través de una capa de hierro de 20 pulgadas de espesor, y que podíamos lanzar torpedos por debajo del agua. Describí un cañón Maxim en acción, y lo que ha sido, tal como yo la comprendo, la batalla de Colenso. El Gran Lunar no daba crédito a sus oídos, e interrumpió la traducción de mi relato para que yo mismo ratificara lo que había dicho. Lo que más dudas le inspiraba era mi descripción del gozo y las aclamaciones con que los hombres entraban en... ¿combate?

»—¡Pero seguramente no hacen eso porque les agrade! —tradujo Fi-u.

»Le aseguré que los hombres de mi raza consideraban una batalla como el acto más glorioso de la vida, al oír lo cual la asamblea entera dio muestras de sin igual asombro.

»—Pero ¿cuál es la utilidad de la guerra? —preguntó el Gran Lunar, persistiendo en su tema.

»—¡Oh! En cuanto a su utilidad —dije yo—, ¡sirve para disminuir la población!

»—Pero ¿por qué habría de ser necesario...?

»Hubo una pausa, el chorro refrescante inundó su frente, y otra vez se hizo oír su voz.

En este punto predominan repentinamente en el mensaje unas ondulaciones sucesivas que ya habían aparecido, como una complicación embarazosa en nuestro trabajo de descifrarlo, desde la parte en que Cavor describía el silencio que hubo antes del que el Gran Lunar hablara por primera vez. Esas ondulaciones son evidentemente resultado de radiaciones procedentes de una fuente lunar y su persistente aproximación a las señales alternadas de Cavor, sugiere la idea de algún operador que trata de introducirlas en el mensaje para hacerlo ininteligible. Al principio son pequeñas y regulares, lo que nos ha permitido, con algún cuidado, y perdiendo unas pocas palabras, desenredar el mensaje de Cavor; después son más anchas y más largas, y de improviso se vuelven irregulares, con una irregularidad que produce el efecto de un garabateo sobre una línea correctamente escrita. Por un largo espacio nada se puede sacar de esos locos ziszás; luego bruscamente, la interrupción cesa, deja algunas palabras en claro, y después vuelve a comenzar y continúa en todo el resto del mensaje,

borrando completamente todo cuanto Cavor intentaba transmitir. El por qué —si en realidad se trata de una intervención deliberada—, los selenitas prefirieron dejar a Cavor que transmitiera su mensaje en completa y feliz ignorancia de que se lo borraban en el camino, cuando estaba en su poder y era mucho más fácil y conveniente para ellos poner fin a su operación, es un problema que soy incapaz de resolver. Así parece que ha sucedido, y esto es todo lo que puedo decir. El último fragmento de su relato sobre su entrevista con el Gran Lunar empieza en mitad de una frase:

«... me interrogó muy minuciosamente acerca del secreto. En pocos momentos nos entendimos, y por fin llegué a poner en claro lo que ha sido para mi un motivo de sorpresa desde que comprendí la amplitud de la ciencia de los selenitas, es decir, cómo no han descubierto también ellos la “Cavorita”. Veo que la conocen como una sustancia teórica, pero que siempre la han considerado como una imposibilidad en la práctica, porque, por una razón u otra, en la luna no hay *hélium*, y el *hélium*...».

A través de las últimas letras de la palabra «*hélium*» se cruza nuevamente el ziszás obliterador. Tomen ustedes nota de la palabra «secreto», pues en ella, y en ella sola, baso mi interpretación del último mensaje que Cavor ha enviado hasta ahora, mensaje que según creemos el señor Wendigee y yo, será también el último de su vida.

El último mensaje que Cavor envió a la Tierra

De esa manera tan poco satisfactoria, se extingue el penúltimo mensaje de Cavor. Me parece verle allá lejos, entre sus aparatos iluminados por la luz azul, telegrafándonos con ahinco hasta el fin, completamente ignorante de la cortina de confusión que se extendía entre él y nosotros, por completo ignorante, también, de los peligros finales que desde entonces se cernían ya sobre su cabeza. Su desastrosa carencia del vulgar sentido común le había traicionado, literalmente. Había hablado de guerra, había hablado de toda la fuerza y de toda la irracional violencia de los hombres, de sus insaciables agresiones, de su incansable deseo de conflictos. Había llenado el mundo lunar con la impresión de lo que es nuestra raza, y después —me parece—, muy claro les dio a comprender que él era el único entre todos los hombres —por lo menos hasta dentro de algún tiempo—, capaz de llegar a la luna. La línea de conducta que su fría razón, tan distinta de la humana, dictaría a los selenitas, me parece bastante clara, y una sospecha, y en seguida una comprensión repentina de su verdadera posición, deben haber asaltado por último a Cavor. Me lo imagino yendo de un lado a otro, con el remordimiento de su indiscreción, mayor a cada instante. El Gran Lunar deliberó algún tiempo, sin duda alguna, acerca de la situación, y durante todo ese tiempo Cavor tuvo tanta libertad como antes. Nos imaginamos, sin embargo, qué obstáculos desconocidos les impidieran acercarse nuevamente al aparato electromagnético después del último mensaje que he copiado. Pasaron unos días, y nada recibimos. Quizás había sido recibido nuevamente en audiencia, y procuraba destruir sus anteriores declaraciones. ¿Quién puede tener la esperanza de adivinar cosas tan misteriosas?

Y de improviso, como un grito en medio de la noche, como un grito seguido de un silencio absoluto, llegó el último mensaje, el

fragmento más breve, los principios interrumpidos de dos frases.

La primera decía: «He sido un loco al hacer saber al Gran Lunar...».

Siguió un intervalo como de un minuto. Es de creer que algo de afuera llegó a interrumpirle: sin duda se apartó del instrumento, pasó un instante de terrible vacilación entre los grupos de aparatos, en aquella caverna alumbrada por la débil luz azul... y luego se precipitó nuevamente hacia él, lleno de una resolución que acudía demasiado tarde en su ayuda. Entonces, como transmitidas a toda prisa, nos llegaron estas palabras: «La Cavorita se hace de esta manera: tómese...».

Siguió una palabra, una palabra totalmente sin sentido. Helo aquí: «mil».

Y eso fue todo.

Puede que hiciera una precipitada tentativa para transmitir la palabra «inútil» cuando su suerte quedó decidida. Lo que sucedió en torno de aquel aparato, es cosa que no me sería posible conjeturar siquiera. Fuera lo que fuera, estoy convencido de que nunca volveremos a recibir un mensaje de la luna. Por mi parte, un vívido sueño ha venido en mi ayuda: veo, casi con tanta claridad como si hubiera presenciado el hecho, a mi Cavor alumbrado por la luz azul y todo desgredado, luchando entre las garras de una multitud de selenitas-insectos, luchando cada vez más desesperadamente a medida que sus atacantes eran más numerosos, gritando, conjurándoles, quizás, por fin, hasta matando, y empujado gradualmente hacia atrás, paso tras paso, lejos de todo medio de comunicación con sus semejantes, hasta caer para siempre en lo desconocido, en las tinieblas, en aquel silencio que no tiene fin...

El alimento de los dioses

LIBRO PRIMERO

LA ALBORADA DEL ALIMENTO

CAPÍTULO I

EL DESCUBRIMIENTO DEL ALIMENTO

I

Hacia mediados del siglo XIX empezó a abundar en este extraño mundo nuestro cierta clase de hombres, hombres tendientes en su mayor parte, a envejecer prematuramente, a los que se denominó, y muy adecuadamente por cierto, aunque a ellos no les guste el término, «científicos». Les desagrada tanto esa palabra, que en las columnas de *Nature*, que fue ya desde el principio su revista más distintiva y característica, ha quedado cuidadosamente excluida, como si fuera... aquella otra palabra que constituye la base del mal gusto en este país. Pero el gran público y su Prensa lo saben mejor que nadie, y como «científicos» quedan, ya que cuando de algún modo salen a la luz pública lo menos que se les llama es «distinguidos científicos», y «científicos eminentes», y «famosos científicos».

Y tal calificación merecieron por cierto tanto el señor Bensington como el profesor Redwood, aún mucho antes de dar con el maravilloso descubrimiento que relata esta historia. El señor Bensington era miembro de la Royal Society y expresidente de la Chemical Society.

Redwood era profesor de Fisiología en el Bond Street College de la Universidad de Londres, y había sido groseramente calumniado por los antiviviseccionistas en diversas ocasiones. Ambos habían disfrutado en vida de la distinción académica, ya desde su juventud.

Tenían, como es natural, un aspecto poco distinguido, como es corriente en los verdaderos científicos. Cualquier actor dramático tiene modales más distinguidos que todos los miembros de la Royal Society. El señor Bensington era de corta estatura y calvo, muy calvo, y además algo encorvado. Llevaba lentes con montura de oro

y botas de lona con numerosos cortes a causa de sus callos. El profesor Redwood era de aspecto vulgar y ordinario. Hasta que tuvieron la suerte de dar con el Alimento de los Dioses (como debo persistir en llamarlo) llevaron ambos una vida de eminente y estudiosa oscuridad que es difícil poder encontrar algo que pueda llamar la atención del lector.

El señor Bensington había ganado las espuelas de caballero (que se avenían mal con sus botas de lona agujereadas) con sus espléndidas investigaciones sobre «los alcaloides de mayor toxicidad», y el profesor Redwood había alcanzado la eminencia, ¡no me acuerdo cómo ni por qué! Lo que sé es que era muy famoso, y eso es todo. Me parece que en este caso debió su fama a una obra muy voluminosa sobre los Tiempos de Reacción, con numerosas láminas de gráficas esfigmográficas (escribo esto sujeto a ulterior corrección), y valorada por una admirable y nueva terminología.

El público en general pudo ver en pocas ocasiones, o en ninguna, a estos dos caballeros. A veces, en ciertos lugares, tales como en la Royal Institution, o en la Society of Arts, el público pudo, hasta cierto punto, ver a Bensington, o, al menos, su sonrosada calvicie, y algunas veces hasta su cuello y su chaqueta, y pudo oír fragmentos de alguna conferencia suya que él se imaginaba estar leyendo de una manera comprensible. En una ocasión, me acuerdo —era un mediodía del pasado ya desvanecido — la British Association estaba aún en Dover, discutiendo sobre la sección

C o D

u otra letra parecida, en cierta taberna que había tomado como sede, y yo, siguiendo a dos señoras de aspecto serio y cargadas de paquetes, por simple curiosidad me metí por una puerta sobre la cual se leía «Billares» y «Truco» y me encontré sumido en una escandalosa oscuridad, interrumpida sólo por el círculo de luz de una linterna mágica, en el que se veían los trazos de Redwood. Me quedé contemplando el lento pasar de las gráficas sobre el círculo luminoso, y escuché una voz, no recuerdo lo que decía, que supuse era la voz del profesor Redwood. Se escuchaba un siseo producido por la linterna, mezclado con otros ruidos que hicieron me quedara allí por simple curiosidad, hasta que inesperadamente se encendieron las luces. Y no fue hasta entonces que advertí que

aquellos ruidos eran debidos a la masticación de panecillos, sándwiches y otras golosinas que los miembros de la British Association devoraban allí al amparo de la oscuridad.

Recuerdo que Redwood siguió hablando todo el tiempo que las luces permanecieron encendidas, señalando el sitio donde su diagrama debió haberse hecho visible en la pantalla... y así continuó, tan pronto como se restableció la oscuridad. Lo recuerdo como un hombre de tipo ordinario, moreno, algo nervioso, con ese aire de los hombres preocupados por algo ajeno al asunto que tratan, y que actúan siempre por un extraño sentimiento del deber.

También oí a Bensington una vez —en los viejos tiempos— en una conferencia educativa en Bloomsbury. Como la mayoría de los químicos y botánicos eminentes, Bensington era muy autoritario en las cuestiones de educación —estoy seguro de que se habría horrorizado de haber asistido a una clase de media hora en uno cualquiera de los colegios corrientes— y por lo que recuerdo se proponía mejorar el método heurístico del profesor Armstrong, de tal modo que, a costa de unos cuantos aparatos de un valor de tres a cuatrocientas libras esterlinas, con el abandono total de todo otro estudio y la atención constante de un maestro excepcionalmente dotado, un niño corriente, ni muy inteligente ni demasiado tonto, podría llegar a aprender, en el curso de diez o doce años, tanta química como se puede aprender en uno de esos desprestigiados libros de texto de un chelín que entonces eran tan corrientes...

Por lo que llevo dicho habrán comprendido que, aparte de su ciencia, ambos no eran más que unas personas vulgares. O, en todo caso, seres corrientes y poco prácticos. Y eso es precisamente lo que son los «científicos», como clase en todo el mundo. Lo que hay de notable en ellos constituye una molestia para sus compañeros colegas y un misterio para el público en general, y lo que no lo es, resulta evidente.

No hay ninguna duda referente a lo que no es notable en ellos, ya que no hay raza humana que se distinga tanto por sus obvias pequeñeces. Viven en un mundo mezquino de relaciones humanas; sus investigaciones requieren una atención infinita y una reclusión casi monástica, y lo que resta no es gran cosa. Cuando vemos a cualquiera de estos pequeños descubridores de grandes descubrimientos, de aspecto estrambótico, aire tímido, desgarbado,

de cabeza cana, ridículamente adornado con la ancha cinta de alguna orden de caballería, ofreciendo una recepción a sus colegas, o leyendo los angustiosos párrafos de *Nature* ante «el menosprecio de la ciencia» cuando el ángel de los premios ha pasado de largo por la Royal Society, o por último escuchar cómo un infatigable liquenólogo comenta la obra de otro infatigable liquenólogo, son cosas que nos obligan a advertir la fuerza de la invariable pequeñez de los hombres.

¡Y, con todo, los escollos de la ciencia que estos minúsculos «científicos» han construido y están todavía construyendo es algo maravilloso, portentoso, lleno de misteriosas promesas aún informes para el potente futuro del hombre! ¡Parece como si no se dieran cuenta de las cosas que están haciendo! No existe duda de que tiempo atrás, hasta Bensington, cuando sintió aquella vocación, cuando consagró su existencia a los alcaloides y compuestos similares, tuvo un destello de la visión... o algo más que un destello. Sin semejante inspiración para alcanzar las glorias y posiciones que únicamente como «científico» pueden esperarse, ¿qué joven consagraría su vida a semejante obra, tal como lo hacen en realidad los jóvenes? No; todos ellos deben haber visto la gloria, tienen que haber tenido su visión, pero de tan cerca que los ha cegado. El esplendor los ha cegado, piadosamente, de modo que durante todo el resto de la vida puedan sostener las luces del conocimiento con tanta facilidad para que nosotros las podamos ver. Tal vez esto explique aquella sombra de preocupación en Redwood —ahora no puede haber la menor duda de ello—, ya que él era distinto a todos sus colegas, puesto que conservaba en los ojos algo de esa visión.

II

El nombre de Alimento de los Dioses con el que yo califico a esa sustancia que fabricaron entre los dos, Bensington y Redwood no es exagerado, teniendo en cuenta ahora todo lo que ya lleva hecho y todo lo que con toda seguridad va a hacer. Pero a Bensington se le

habría ocurrido tanto llamarla así como salir de su piso de la calle Sloane ataviado con un manto de grana real y ceñidas las sienes con una corona de laurel.

La frase fue un simple grito de asombro. Fue él, quien en su entusiasmo, y durante una hora o más siguió repitiéndola sin parar. Después se dio cuenta de que se estaba comportando de un modo absurdo. Cuando se puso a pensar en lo que se le ofrecía a la vista, un panorama, como si dijéramos, de enormes posibilidades — literalmente de enormes posibilidades— tuvo que cerrar con resolución los ojos, después de una mirada de estupefacción, a aquella deslumbrante perspectiva, como debe hacer todo «científico» consciente. Después de todo, Alimento de los Dioses sonaba algo escandaloso, hasta indecente. Se encontró muy sorprendido de haber empleado semejante expresión. Y, no obstante, algo de aquel momento de clara visión caía sobre él e irrumpía de vez en cuando...

—En realidad, ¿sabe usted? —dijo frotándose las manos y riendo nerviosamente—, esto tiene un interés mayor que el teórico. «Por ejemplo —añadió, acercando su rostro al del profesor y bajando el tono de voz—, tal vez si el asunto se manejara adecuadamente, se vendería... precisamente, como alimento. O al menos como ingrediente de la alimentación».

«Admitiendo, naturalmente, que tenga buen sabor. Cosa que no podremos saber hasta que hayamos hecho el preparado».

Se volvió hacia la alfombrilla de la chimenea, y contempló los cortes estratégicamente dispuestos de sus botas de lona.

—¿Nombre...? —dijo levantando la vista, como si respondiera a una pregunta—. Por mi parte me inclino a una sugestiva alusión clásica. Esto hace... hace a la ciencia más res... Le da unos matices de dignidad a la antigua. He pensado que... No sé si a usted le parecerá eso absurdo... Seguramente una pequeña fantasía puede permitirse de vez en cuando... Heracleofobia. ¿Eh? ¿La nutrición de un posible Hércules? Ya sabe usted que podría...

«Claro que si usted cree que no...».

Redwood reflexionó con los ojos fijos en el fuego y no hizo objeciones.

—¿Le parece a usted bien?

Redwood movió la cabeza gravemente.

—Podría llamarse Titanoforbia, ¿sabe? Alimento de Titanes...
¿Prefiere usted el anterior?

«¿De veras no le parece a usted, tal vez, demasiado...?».

—No.

—¡Ah! ¡Cuanto lo celebro!

Y por esto le pusieron por nombre Heracleoforbia durante todo el período de sus investigaciones, y en su informe (informe que no llegó nunca publicarse a causa de los inesperados acontecimientos que trastornaron todos sus propósitos) está escrito invariablemente de este modo. Habían ya preparado tres sustancias similares antes de que descubrieran la que había sido prevista por sus especulaciones, y estas tres sustancias previas fueron llamadas Heracleoforbia I, Heracleoforbia II y Heracleoforbia III. Es, pues, la Heracleoforbia IV la que yo (insistiendo en el nombre original que le dio Bensington) denomino aquí el Alimento de los Dioses.

III

La idea fue de Bensington. Pero, como que le había sido sugerida por una de las contribuciones del profesor Redwood a los Anales Filosóficos, consultó con este otro caballero antes de llevar las cosas más adelante. Aparte el asunto, como investigación, tenía tanto de filosófico como de químico.

El profesor Redwood era uno de esos hombres de ciencia adictos en grado sumo a los gráficos y las curvas. Ya os habréis familiarizado —si pertenecéis a la clase de lector que yo espero— con la clase de artículo científico a que me refiero. Es un artículo sin pies ni cabeza, al final del cual aparecen cinco o seis diagramas plegados que al abrirse muestran unas peculiarísimas gráficas en zig-zag,

elaborados relámpagos u otras líneas sinuosas e inexplicables llamadas «curvas alisadas» colocadas según las ordenadas y arraigadas en las abscisas..., y otras cosas parecidas. Os quedáis perplejos ante todo aquello durante un buen rato, con la sospecha de que no sólo sois vosotros los que no entendéis nada, sino que ni

su mismo autor lo entiende. Pero, en realidad, lo cierto es que muchos de esos científicos comprenden perfectamente el significado de sus propios artículos. Es, sencillamente su forma de expresarlo lo que levanta el obstáculo entre ellos y nosotros.

Me inclino a creer que Redwood pensaba siempre en gráficos y curvas. Y después de su obra monumental sobre los Tiempos de Reacción (y aquí he de exhortar al lector no científico que aguante un poco más, ya que todo le parecerá luego tan claro como el agua), Redwood se puso a trazar curvas alisadas y esfigmograferías sobre el crecimiento, y fue precisamente uno de sus artículos sobre el crecimiento lo que realmente sugirió a Bensington su idea.

Hay que decir que Redwood había estado midiendo toda clase de cosas en pleno conocimiento: gatitos, perritos, girasoles, setas, alubias e (hasta que su esposa terminó con ello) incluso a su propio hijo, demostrando que el crecimiento no progresaba de un modo uniforme, o, tal como él lo expresaba, así,

sino a saltos y con intermitencias de este tipo,

y que, al parecer, no había nada que creciese de un modo uniforme y continuo, y por lo que él podía entrever, nada podía crecer de un modo uniforme y continuo; las cosas sucedían como si todo ser viviente tuviese que acumular una fuerza de terminada para poder crecer, creciendo entonces con vigor durante cierto tiempo, pero teniendo luego que esperar durante un período antes de que pudiese volver a emprender el crecimiento. Y con el lenguaje esotérico y altamente técnico propio de los verdaderos «científicos», Redwood insinuó que el proceso del crecimiento requería probablemente la presencia en cantidades considerables de alguna sustancia necesaria para la sangre, que se formaba únicamente con extremada lentitud, y que cuando esta sustancia se agotaba por el crecimiento, se remplazaba muy lentamente, y entretanto, el organismo tenía que aguardar. Comparó esta sustancia desconocida al aceite en la maquinaria. Un animal en crecimiento, sugirió, era muy parecido a una locomotora que puede moverse hasta una distancia determinada pero debe ser lubricada si se la quiere hacer andar más allá. («Pero ¿por qué no se la puede lubricar desde fuera?», preguntó Bensington al leer el artículo). Y todo esto, decía Redwood con la deliciosa inconsecuencia nerviosa propia de los de

su clase, probablemente proyectaría una gran luz sobre el misterio de ciertas glándulas de secreción interna. ¡Cómo si estas glándulas tuvieran algo que ver con todo aquello!

En una comunicación ulterior Redwood iba aún más lejos. Trazó un gran número de diagramas iguales que trayectorias de cohetes, cuya intención venía a significar —si intención había— que la sangre de los cachorros de perro y de gato, así como la savia de los girasoles y el jugo de las setas durante lo que él llamaba la «fase de crecimiento», difería, en la proporción de ciertos elementos, de la sangre y la savia de los mismos organismos durante los días en que no estaban creciendo.

Y cuando Bensington, después de mirar los diagramas de lado y del revés empezó a advertir cuál era la diferencia, se sintió invadido de un grandísimo asombro. Porque, ¡lo que son las cosas!, la diferencia podía ser debida, con toda probabilidad, a la presencia de la misma sustancia que él había estado recientemente intentando aislar en sus investigaciones sobre aquellos alcaloides que más intensamente estimulaban el sistema nervioso. Puso el artículo de Redwood encima del atril patentado que se balanceaba, de un modo muy inconveniente por cierto, surgiendo del brazo de su sillón, se quitó los lentes con montura de oro, empañó los cristales y los limpió muy cuidadosamente.

—¡Por Júpiter! —exclamó el señor Bensington.

Luego se puso otra vez los lentes, se volvió hacia el atril patentado, que, al chocar con su codo, dio un coqueto chirrido y depositó el artículo con todos sus diagramas, arrugados y dispersos, en el suelo.

—¡Por Júpiter! —repitió el señor Bensington, doblando el estómago por encima del brazo del sillón con evidente desprecio para las costumbres de dicho mueble. Y viendo que el artículo quedaba todavía fuera de su alcance, no tuvo otro remedio que ir a gatas en su búsqueda. Fue al verlo en el suelo cuando se le ocurrió la idea de bautizarlo el Alimento de los Dioses...

Porque, vamos a ver, si él tenía razón y Redwood también, resultaba que inyectando o administrando la sustancia descubierta por él con la comida, se eliminaría la «fase de reposo», y en lugar de efectuarse el crecimiento de esta manera,

se efectuaría (no sé si soy claro), así:

La noche siguiente de su conversación con Redwood, el señor Bensington apenas pudo pegar los ojos. En una ocasión pareció que iba a descabezar un sueñecito, pero fue sólo un momento, durante el cual soñó que había cavado un profundísimo pozo en la tierra, en el que vertía toneladas y más toneladas del Alimento de los Dioses, y la tierra se iba hinchando, hinchando cada vez más, y las fronteras de los países estallaban y la Royal Geographical Society se ponía a trabajar con gran ahínco, como un gran gremio de sastres, a fin de aflojar el cinturón del ecuador...

Aquello fue, naturalmente, un sueño absurdo, pero demuestra el estado de excitación mental a que llegó el señor Bensington y el valor real que prestaba a su idea, mucho mejor de lo que pudiera hacerlo cualquiera de las cosas que hacía o decía mientras estaba despierto y alerta. De otro modo, no lo habría mencionado, ya que, por regla general, no creo nada interesante que la gente vaya por ahí contándose sus sueños unos a otros.

Por una singular coincidencia, Redwood también tuvo un sueño la noche aquella, y este sueño fue así:

Era un diagrama trazado en líneas de fuego sobre un largo rollo abismal. Y él (Redwood) estaba de pie en un planeta, ante una especie de estrado negro, dando una conferencia sobre la nueva clase de crecimiento que se había hecho posible, en la Más que Real Institución de Fuerzas Primordiales, fuerzas que anteriormente siempre, tanto en el crecimiento de razas como de imperios o sistemas planetarios o mundos, se habían comportado así:

Y hasta en algunos casos así:

Y él les estaba explicando, de una manera muy lúcida y convincente, que estos métodos tan lentos, hasta incluso tan retrógrados, quedarían en muy brevísimo plazo reducidos a métodos anticuados gracias a su descubrimiento.

Por supuesto que era ridículo. Pero también eso demuestra...

Que haya que considerar los dos sueños como significativos o

proféticos, aparte de lo que he dicho categóricamente, es cosa que no se me ha ocurrido ni por un momento sugerir.

CAPÍTULO II

LA GRANJA EXPERIMENTAL

I

Bensington propuso en un principio poner a prueba la eficacia de su sustancia tan pronto como pudiera prepararla, en renacuajos. Siempre se prueban esta clase de elixires en renacuajos para empezar; para esto están precisamente los renacuajos. Y se pusieron de acuerdo en que fuera él quien dirigiera los experimentos y no Redwood, porque el laboratorio de éste estaba ocupado con el aparato de balística y los animales necesarios para realizar una investigación sobre las Variaciones Diurnas de la Frecuencia de las Embestidas del Ternero Joven, investigación que estaba dando unas curvas de un tipo muy anómalo y sorprendente, y, por otra parte, la presencia de peceras con renacuajos era extremadamente indeseable mientras esta investigación en particular estuviera en curso.

Pero cuando Bensington comunicó a su prima Jane algo de lo que tenía en mente, la mujer puso veto de inmediato a la importación de renacuajos, o cualquier género similar de animaluchos experimentales, dentro de su vivienda. Ella no tenía inconveniente alguno en que su primo utilizase una de las habitaciones del piso para sus experimentos de química no explosiva, porque aquello, en lo que a ella se refería, no tenía consecuencias; y lo autorizó para que instalara un hornillo de gas y un sumidero, y hasta un armario lleno de polvo, refugio de la tempestad semanal de limpieza a la que no quiso renunciar. Y como había conocido a algunas personas adictas a la bebida, consideraba el ahínco que él demostraba para alcanzar distinciones y honores en las sociedades científicas como un excelente sustitutivo para la otra forma, mucho más grosera, de depravación. Pero se mostró intransigente en no admitir bichos de esos que se «menean» cuando

están vivos y «huelen» cuando están muertos. Dijo que eso era insalubre, que Bensington se hallaba algo delicado de salud, y... que era una tontería afirmar lo contrario. Y cuando Bensington intentó aclarar la enorme importancia de su posible descubrimiento, ella respondió que estaba muy bien, pero que si consintiese en que él ensuciara e infectara todo en el piso en que vivían (y eso era lo que sucedería) estaba segura de que él sería el primero en quejarse.

Bensington comenzó a andar de un lado para otro de la habitación sin hacer el menor caso de sus callos, y habló con su prima con gran franqueza e indignación sin obtener el menor resultado. Dijo que no admitía que se pusieran obstáculos al Avance de la Ciencia, y ella contestó que el Avance de la Ciencia era una cosa, y tener renacuajos en casa era otra; él arguyó que en Alemania podía darse por seguro que un hombre con una idea como la suya podría disponer inmediatamente de un laboratorio de más de seiscientos metros cúbicos de capacidad, a lo que ella respondió que estaba muy satisfecha y siempre lo había estado de no ser alemana; él dijo que aquello lo haría famoso para siempre, y ella contestó que lo más probable es que se pusiera enfermo si tenía que albergar en aquel piso un criadero de renacuajos; él afirmó que era el amo de casa y ella replicó que antes de tener que cuidar renacuajos iría a emplearse en una escuela; y él le pidió que fuera razonable, y ella le contestó que era él el que tenía que ser razonable y dejar de lado aquel enojoso asunto de los renacuajos. Y él opuso que ella debía respetar sus ideas, y ella aseguró que si apestaban, no, y entonces él perdió por completo los estribos y dijo, a pesar de las clásicas observaciones de Huxley al respecto, una palabrota. No de las peores, pero palabrota al fin.

Entonces ella se sintió gravemente ofendida y él tuvo que pedirle perdón, y el proyecto de poder probar el Alimento de los Dioses en los renacuajos y en su propio piso se desvaneció por completo entre las excusas.

Así Bensington tuvo que considerar otra manera de poner en práctica estos experimentos sobre la alimentación, necesarios para demostrar su descubrimiento, tan pronto como hubiese aislado y preparado su sustancia. Meditó durante algunos días la posibilidad de confiar el cuidado de sus renacuajos a alguna persona digna de toda su confianza, y luego, un buen día, al dar por casualidad con

una frase en el periódico, sus ideas se enfocaron sobre la posibilidad de establecer una Granja Experimental y experimentar con pollos.

Apenas pensó en el asunto, imaginó que sería una granja avícola. Tuvo la visión de unos pollos creciendo desmesuradamente. Concibió la imagen de unos gallineros descomunales, y aun más descomunales todavía, creciendo fabulosa e ininterrumpidamente. Los pollos son tan accesibles, tan fáciles de alimentar y observar, tanto más secos para manejar y medir, que los renacuajos le parecían ya, comparándolos con los pollos, unas bestezuelas completamente salvajes e incontrolables. Se quedó muy perplejo, sin comprender cómo no había pensado desde el principio en pollos y en gallinas en vez de renacuajos.

Habría podido evitar el altercado con la prima Jane. Cuando se lo comunicó a Redwood, éste estuvo de acuerdo con él.

Redwood dijo también que él estaba convencido de que, al trabajar tanto sobre animaluchos innecesariamente pequeños, los fisiólogos experimentales cometían un gran error. Era como hacer experimentos de química con una cantidad insuficiente de material, pues los errores de observación y manipulación se hacen desproporcionadamente grandes. Era de una importancia extrema que los científicos hicieran valer sus derechos a que se les suministraran grandes cantidades de material experimental. Era por eso que él estaba efectuando su serie de experimentos en el Bond Street College con los terneros, a pesar de ciertos inconvenientes para los estudiantes y profesores de otras asignaturas, a causa de la incidental veleidad de los terneros a escapar por los pasillos. Pero las curvas que obtenía eran excepcionalmente interesantes, y al ser publicadas, justificarán ampliamente su elección. Por su parte, si no fuese por el insuficiente equipamiento de la ciencia en el país, no trabajaría nunca por poco que pudiera, en animales inferiores a una ballena. Pero mucho temía que un vivero público en escala suficiente para hacer esto posible era actualmente, en este país al menos, un pedido utópico. En Alemania quizá...

Como los terneros de Redwood requerían su atención diaria, la selección y equipamiento de la Granja Experimental recayeron principalmente sobre Bensington. Los gastos fueron pagados, tal como se convino de antemano, por Bensington, al menos hasta que pudieran obtener una subvención. En consecuencia, Bensington,

alternó su trabajo en el laboratorio de su piso con expediciones en busca de una granja, siguiendo las líneas que, partiendo de Londres, se dirigen hacia el sur, y sus escrutadoras gafas, su calvicie y sus cortajeadas botas de lona hicieron concebir a los numerosos propietarios de fincas indeseables vanas esperanzas. Y publicó un anuncio en varios diarios y en *Nature*, pidiendo una pareja (casada) responsable, puntual, activa y práctica en el cuidado de aves que quisiera encargarse de administrar una Granja Experimental de tres acres.

Encontró el lugar que parecía necesitar para la granja en Hicklebyrow, cerca de Urshot, en Kent. Era un paraje extraño y aislado, situado en una hondonada rodeada de viejos pinares, que de noche se volvían negros y temibles. La irregular pendiente de una colina tapaba la vista del sol poniente, y un escuálido pozo junto a un ruinoso cobertizo empequeñecía a la casa. La casucha en cuestión aparecía pelada y desprovista de hiedra y de toda clase de verdor, algunas ventanas estaban rotas y el cobertizo proyectaba una sombra oscura incluso al mediodía. Estaba a milla y media de la última casa del pueblo, y su soledad quedaba muy dudosamente aliviada por una ambigua familia de ecos.

El lugar impresionó a Bensington, quien lo consideró eminentemente apto para los requerimientos de la investigación científica. Anduvo de un lado para otro, dibujando en el aire un gran número de gallineros y halló que la cocina era capaz de acomodar una serie de incubadoras con un mínimo de alteraciones. Se quedó con aquella granja de inmediato, sin pensarlo más. Al regresar a Londres se detuvo en Dunton Green y contrató a un matrimonio con buenas referencias que había contestado a sus anuncios, y esa misma noche consiguió aislar una cantidad suficiente de *Heracleofobia I*, lo cual justificaba de sobras todos los compromisos contraídos.

La pareja escogida por el señor Bensington, que estaban destinados a ser, bajo su dirección, los primeros dispensadores sobre la tierra del Alimento de los Dioses, eran personas no solamente muy ancianas, sino también extremadamente sucias. Este último punto pasó desapercibido al señor Bensington, ya que nada destruye tanto las facultades de observación como toda una vida dedicada a la ciencia experimental. Se llamaban Skinner, señor y señora

Skinner, y el señor Bensington los interrogó en un cuartucho con las ventanas herméticamente cerradas, un espejo lleno de manchas sobre la repisa de la chimenea y unas celceolarias enfermizas.

La señora Skinner era una vieja pequeñita, con la cabeza descubierta, dejando a la vista un sucio pelo cano aplastado apretadamente hacia atrás y enmarcando un rostro que había sido siempre, y ahora lo era todavía más, gracias a la pérdida de los dientes, al hundimiento del mentón y al encogimiento de todo lo demás, casi exclusivamente... una nariz. Llevaba un vestido de color de pizarra (si podía decirse que tenía algún color) remendado en algunos lados con lanilla roja. La mujer recibió al señor Bensington y le habló con cierta cautela, mirándolo por encima y alrededor de su propia nariz, mientras el señor Skinner, según dijo concluía de arreglarse. Tenía un solo diente y se apretaba nerviosamente las flacas y arrugadas manos. Explicó a Bensington que había tratado con aves de corral durante muchos años y que conocía muy bien las incubadoras. En realidad, ellos habían tenido, en otra época, una granja aviar que fracasó por falta de pupilos.

—Son los pupilos los que producen beneficios —dijo la señora Skinner.

Cuando Skinner hizo su aparición, se vio que era un hombre de rostro alargado, ceceante y bizco, con una mirada que le hacía desviar los ojos por encima de la cabeza de la gente. Llevaba unas zapatillas cortajeadas, cosa que le hizo simpático al señor Bensington. Exhibía una escasez manifiesta de botones que le obligaba a asir la chaqueta y camisa con una mano, mientras con el índice de la otra trazaba figuras sobre el mantel negro y dorado. Con el ojo suelto contemplaba, como si dijéramos, la espada de Damocles sobre la cabeza del señor Bensington, con expresión de triste indiferencia.

—¿Uzted no quiere dirigir eza granja para zacar provecho? ¿No? Ez igual, ceñor. ¿Ezperimentoz? ¡Bien!

Dijo que podían trasladarse a la granja en seguida. No estaba haciendo nada de particular en Dunton Green, aunque trabajaba un poco de sastre.

—Ezte pueblo no ez lo que yo creía, y lo que gano ez poco —dijo—, de modo que ci uzted quiere ya podemos...

Al cabo de una semana, el señor y la señora Skinner ya se

hallaban instalados en la granja, y el carpintero que había ido de Hickleybrow alternaba la tarea de levantar cobertizos y gallineros con una sistemática discusión acerca del señor Bensington.

—No lo he vizto mucho todavía —decía el señor Skinner—, pero por lo vizto de él me parece que ce trata de un eztúpido o de un imbécil.

—Ya me pareció a mí que estaba algo chalado —dijo el carpintero de Hickleybrow.

—Ce cree que zabe mucho de avez —prosiguió Skinner—. ¡Ay, Dioz mío! ¡Ce diría que nadie entiende nada de avez de corral, fuera de él!

—¡Con esas gafas que lleva —dijo el carpintero de Hickleybrow — parece una gallina!

Skinner se acercó al carpintero de Hickleybrow y le habló confidencialmente, un ojo mirando, con tristeza el pueblo lejano y el otro brillante y taimado.

—Hay que tomar laz medidaz... todoz loz malditoz diaz, de todaz laz malditaz gallinaz. Para ver ci crecen bien. ¿Qué tal...? ¿Eh? Cada una de laz malditaz gallinaz todoz loz díaz.

Y el señor Skinner se tapó la boca con la mano para reírse de un modo refinado y contagioso, sacudiendo los hombros exageradamente. Sólo su otro ojo evitó de participar en el regocijo. Luego, por si el carpintero no hubiese visto la intención, repitió, con un penetrante susurro:

—¡Tomar laz medidaz!

—Está peor aún que nuestro viejo amo, y que me ahorquen si me equivoco —dijo el carpintero de Hickleybrow.

II

El trabajo experimental es lo más aburrido del mundo si exceptuamos los artículos sobre esa clase de trabajos en los Anales Filosóficos, y a Bensington le pareció que había transcurrido mucho tiempo desde que su primer ensueño sobre las enormes posibilidades implicadas fue reemplazado por una migaja de

realidad. Se había hecho cargo de la Granja Experimental en octubre, y hasta mayo no consiguió los primeros indicios de éxito. Tuvo que probar las Heracleoforbias, I, II y III, que fueron rotundos fracasos, hubo dificultades con las ratas de la Granja Experimental y también hubo dificultades con los Skinner. La única manera de conseguir que Skinner hiciera algo de lo que se le había dicho era amenazarlo con el despido. Entonces se rascaba la barbilla sin afeitarse —siempre estaba sin afeitarse del modo más milagroso, puesto que nunca llegaba a brotarle la barba del todo— con la palma de la mano, y mirando al señor Bensington con un ojo y por encima de él con el otro, decía:

—¡Oh! ¡Claro, señor Bensington..., ci lo dice en cerio...!

Pero por fin surgieron los primeros indicios del éxito. Y su heraldo fue una carta escrita con la caligrafía alargada y esbelta del señor Skinner:

«La nueva pollada ha roto la cáscara, y no me gusta nada. Crecen con mucha lozanía, muy diferente de como era el último lote antes de que usted nos diera sus instrucciones recientes. El último de ellos, antes de que el gato lo cogiera, era un pollo hermoso y robusto, pero los de esta última cría crecen como cardos silvestres. Jamás vi nada igual. Picotean con tanta fuerza que perforan las botas de modo que no he podido tomar las medidas exactas, tal como usted me había pedido. Son verdaderos gigantes y comen como tales. Pronto necesitaremos más trigo, porque nunca se han visto gallinas que coman como estos polluelos. Son ya mayores que los Bantam. A este paso, serán aves de exposición, con lo lozanos que están. Los Plymouth Rock ni se podrán comparar con ellos. Anoche me llevé un susto creyendo que el gato iba a por ellos; cuando miré por la ventana hubiera jurado que vi al gato metiéndose por debajo del alambrado. Los polluelos estaban despiertos y picoteando hambrientos cuando salí a ver, pero del gato, ni rastro. Por lo tanto, les di un puñado de trigo y cerré con candado el gallinero. Desearía saber si la alimentación tiene que continuar según las instrucciones recibidas. La mezcla que usted hizo ya casi se ha terminado y yo no quiero hacer ninguna mezcla a causa del accidente del pudding. Con los mejores deseos por

parte de nosotros dos, y esperando que continuemos en su aprecio, con todos los respetos, su fiel servidor.

ALFRED NEWTON SKINNER».

El accidente a que Skinner hacía referencia hacia el final de la carta se relacionaba con un *pudding* de leche al que accidentalmente se mezcló cierta cantidad de Heracleofobia II, con resultados muy malos y casi fatales para los Skinner.

Pero Bensington, leyendo entre líneas, advirtió en aquel crecimiento tan notable la consecución del fin buscado. La mañana siguiente llegaba a la estación de Urshot con un saco en el que llevaba, herméticamente cerrada en tres latas, una provisión del Alimento de los Dioses suficiente para todos los pollos de Kent.

Era una clara y hermosa mañana de fines de mayo, y sus callos habían mejorado tanto, que resolvió ir andando a la granja, atravesando a pie Hickleybrow. Esto representaba, en conjunto, un paseo de tres millas y media a través del parque y del pueblo, y luego por las verdes cañadas de los vedados de Hickleybrow. Las ramas de los árboles estaban salpicadas con los brotes que la primavera, en toda su fuerza hacía surgir; los setos estaban llenos de alsines y collejas, y los bosques, de jacintos azules y orquídeas purpúreas; y por todas se oía el gorjeo de los pájaros: zorzales, mirlos, petirrojos, pinzones, y muchísimos más; y en un cálido rincón del parque iban creciendo los helechos y se oían los brincos y carreras de los ciervos moteados.

Todo esto hacía evocar a Bensington el recuerdo de su juventud y el ya olvidado gozo de vivir. Ante él, la promesa de su descubrimiento surgió clara y alegre, y le pareció que era realmente el día más feliz de su vida. Y cuando en el soleado cobertizo de la arenosa colina bajo la sombra de los pinos, vio los polluelos que se habían alimentado con la mezcla que él les había preparado, gigantescos y desgarrados, mayores ya que muchas gallinas adultas y con hijos; y creciendo todavía, aún con su primer y blando plumón amarillo (apenas mucado de marrón en el lomo), estuvo completamente seguro de que el día más feliz de su vida había llegado.

Ante la insistencia de Skinner, el señor Bensington entró en el gallinero, pero después de haber sido picoteado en las rajas de las

botas dos o tres veces, volvió a salir, y se quedó observando aquellos monstruos a través del alambrado. Los miró embelesado, siguiendo con la vista todos sus movimientos como si no hubiese visto un pollo en toda su vida.

—Cómo cerán cuando hayan crecido del todo, ez coza que uno no puede imaginarce —dijo Skinner.

—Grandes como caballos —aventuró Bensington.

—Pocible —admitió Skinner.

—¡Una sola ala servirá de comida a varias personas! —exclamó el señor Bensington—. Y habrá que cortarlos en filetes, como la carne de la vaca:

—Pero no ceguirán creciendo de ezta forma —objetó Skinner.

—¿No?

—No —afirmó—. Ya conozco ezo. Empiezan primero muy lozanoz, pero luego ce eztancan.

Hubo una pausa.

—Zon loz cuidadoz nueztroz —dijo Skinner, modestamente.

Bensington enfocó los lentes sobre él, de repente.

—Teníamoz unoz caci tan grandez en el otro citio donde estuvimoz —dijo Skinner con su ojo bueno piadosamente elevado y cogiendo algo de confianza— yo y mi ceñora.

Bensington hizo su habitual inspección general del lugar, pero volvió rápidamente al gallinero. Aquello era, en verdad, mucho más de lo que se había atrevido a esperar. ¡El curso de la ciencia es tan tortuoso y lento! Después de las más claras promesas y antes de que pueda llegarse a la realización práctica, transcurren, por regla general, años y años de intrincados planes y preparativos... ¡y he aquí que el Alimento de los Dioses llegaba a la práctica después de menos de un año de pruebas! Parecía demasiado..., demasiado bueno. ¡Aquellas Esperanzas Aplazadas que constituyen el alimento cotidiano de la imaginación científica ya no lo obsesionarían más! Así, al menos, lo creía. Volvió otra vez al gallinero y se quedó de nuevo boquiabierto ante aquellos estupendos pollos de su creación.

—Vamos a ver —dijo—. Tienen diez días. Y, comparados con un polluelo ordinario, me imagino que serán... seis o siete veces más grandes...

—Ya ez hora que noz dé un aumento de zalarío —dijo Skinner a su esposa—. Eztá contento como unaz pazcuaz por el modo como

hemoz criado a aquellos pollueloz de allá abajo... Eztá contento como unaz pazcuaz.

Se inclinó confidencialmente hacia ella y dijo, tapándose la boca con la mano:

—Cree que ce debe a ece alimento que lez da.

E hizo un ruido de risa reprimida en su cavidad faríngea...

Bensington fue verdaderamente un hombre dichoso aquel día. Estaba dispuesto a no encontrar faltas en ningún detalle avícola. El brillo de aquel día ponía de relieve más vivamente de lo que había podido notar hasta entonces, la acumulada suciedad y desidia de los Skinner. Pero sus comentarios fueron amabilísimos. Las cercas de varios de los gallineros estaban estropeadas, pero Bensington pareció considerar totalmente satisfactoria la explicación de Skinner, cuando éste le dijo que era a causa de «una zorra o un perro o algo ací». Bensington se limitó a indicar que no se había limpiado la incubadora.

—Muy cierto, ceñor —repuso Skinner con los brazos cruzados y sonriendo astutamente por debajo de la nariz—. No hemoz tenido tiempo de limpiarla dezde que vinimoz aquí...

Bensington se dirigió al piso superior para examinar los boquetes abiertos por las ratas, y que, a juicio de Skinner, reclamaban la colocación de trampas, ya que ciertamente eran enormes, y descubrió entonces que el cuarto en que el Alimento de los Dioses se mezclaba con la harina y el salvado estaba en un desorden lamentable. Los Skinner eran de esa clase de personas que siempre encuentran un uso para los platos rajados, las latas viejas, los tarros de conservas y los botes de mostaza; el lugar estaba sembrado de todo eso. En un rincón se pudría un montón de manzanas que Skinner había guardado Dios sabe para qué, y de un clavo en la parte inclinada del techo pendían varias pieles de conejo con las que Skinner intentaba poner a prueba sus dotes de curtidor.

(—Poco habrá en cueztión de pieléz y otraz cozaz que yo no cepa —dijo Skinner).

Es muy cierto que Bensington resolló desaprobando aquel desorden, pero no armó ningún escándalo inútil, y hasta cuando notó una avispa regodeándose dentro de una vasija a medio llenar de Heracleoforbia IV, simplemente hizo observar con toda amabilidad que sería mejor cubrir aquella sustancia para evitar que

quedase expuesta a la humedad del aire de aquel modo.

Luego, bruscamente, se volvió hacia Skinner para decirle lo que había estado barruntando desde hacía rato.

—Me parece, Skinner..., que voy a matar uno de esos pollos... como muestra. Creo que podremos matarlo esta tarde, después de comer, y me lo llevaré a Londres.

Hizo como si mirara dentro de otra vasija, se quitó los lentes y los limpió.

—Me gustaría —dijo—, me gustaría muchísimo tener una muestra... un recuerdo... de esta cría tan especial, en este día también tan especial. Y, a propósito no les dará usted carne para comer a estos polluelos ¿verdad?

—¡Oh! No, ceñor —replicó Skinner—. Ce lo aseguro, ceñor Bencington. Zabemoz demaciado bien cómo hay que criar alas avez de corral de todo género, para hacer una coza cemejante.

—¿Está usted seguro de no haber echado aquí las sobras de su comida? Me ha parecido ver unos huesos de conejo esparcidos en un rincón del gallinero...

Pero cuando fueron a mirar se encontraron con que eran los huesos, algo mayores, de un gato, limpios y secos.

III

—**E**sto no es un pollo —dijo Jane, la prima de Bensington—. Vamos me parece que sé distinguir un pollo de lo que no lo es. En primer lugar, es muy grande para ser un polluelo, y, además, cualquiera puede ver que eso no es ningún pollo, vamos.

—Se parece más a una avutarda que a un pollo.

—Por mi parte —dijo Redwood de mala gana, permitiendo por esta vez que Bensington le arrastrara a la discusión—, debo confesar que, considerando toda la evidencia que tenemos.

—¡Oh...! Si se pone usted así —protestó Jane, la prima de Bensington—, en lugar de usar sus ojos como persona sensata...

—¡Pero, verdaderamente, señorita Bensington...!

—¡Oh! ¡Adelante! —exclamó la prima Jane—. Todos los

hombres son iguales.

—Considerando toda la evidencia, este ejemplar ciertamente cae dentro de los límites de la definición... Sin duda alguna es un ejemplar anormal e hipertrofiado, pero aun así... teniendo en cuenta especialmente que salió del huevo de una gallina normal... Sí, creo señorita Bensington, que debo aceptar..., que, si hay que dar nombre a esto, se trata, de una especie de pollo.

—¿Quiere decir que es un pollo? —dijo la prima Jane.

—Creo que es un pollo —dijo Redwood.

—¡Qué tontería! —exclamó Jane, dirigiéndose a Redwood—. ¡Oh, acabará usted con mi paciencia!

Dio media vuelta bruscamente y salió de la habitación dando un portazo.

—Y es una gran satisfacción para mí también poder contemplar este ejemplar, Bensington —dijo Redwood cuando el eco del portazo se hubo amortiguado—. A pesar de ser tan enorme.

Sin previa invitación por parte de Bensington, Redwood se sentó en el bajo sillón junto al fuego y confesó cierto proceder que hasta en un hombre no científico habría sido indiscreto.

—Creerá usted que he obrado de un modo temerario, Bensington, ya lo sé. Pero lo cierto es que puse un poco... —no mucho— pero, en fin, algo de eso... en el biberón de mi hijo, hará cosa de una semana.

—Pero ¿y si...? —exclamó Bensington.

—Lo sé —murmuró Redwood, echando una ojeada al pollo gigante que estaba en una fuente sobre la mesa; y prosiguió, hurgándose el bolsillo, en busca de cigarrillos—: Todo ha salido bien, gracias a Dios.

En seguida se puso a dar detalles fragmentarios.

—El pobrecillo no aumentaba de peso... desesperadamente ansioso... Winkles es un solemne imbécil..., fue discípulo mío..., muy malo... la señora Redwood..., inquebrantable confianza en Winkles... Ya conoce usted el tipo, un hombre de ésos con aire superior..., altanero y dominante... Ninguna confianza en mí, claro está... Le enseñé a Winkles... Casi ni podía entrar en el cuarto del niño... Había que hacer algo... Me deslicé allí mientras la niñera estaba desayunando... y cogí el biberón.

—Pero crecerá —dijo Bensington.

—Ya crece. Ochocientos diez gramos la semana pasada. Tendría usted que oír a Winkles. Son sus cuidados, dice.

—¡Mi querido! ¡Eso es lo que dice Skinner!

Redwood volvió a echar una ojeada al pollo.

—Lo peor es que no sé cómo seguir adelante —dijo—. No quieren dejarme solo en el cuarto del niño porque antes quise trazar la curva del peso de Georgina Phyllis —usted ya sabe— ¿y cómo voy a poder darle una segunda dosis?

—¿Es necesario?

—Hace dos días que llora sin parar... Ahora ya no quiere su comida ordinaria. Quiere algo más.

—Dígaselo a Winkles.

—¡Que lo ahorquen!

—Podría usted ir a Winkles y darle los polvos para que se los diera al niño...

—Eso será lo que me veré obligado a hacer, si me veo obligado —dijo Redwood, apoyando el mentón en el puño y mirando fijamente el fuego.

Bensington se quedó un rato alisando el plumón de la pechuga del pollo gigante.

—Serán unas aves monstruosas —afirmó.

—Lo serán —dijo Redwood sin apartar los ojos del fuego.

—Grandes como caballos —dijo Bensington.

—Mayores aún —dijo Redwood—. ¡Eso es lo que ocurrirá!

Besington se apartó del espécimen.

—Redwood —dijo—, estas aves van a causar sensación.

Redwood asintió, inclinando la cabeza hacia el fuego.

—¡Y por Júpiter! —dijo Bensington, volviéndose con un gran destello en sus lentes—. ¡También causará sensación su hijo!

—Esto es precisamente lo que estoy pensando —dijo Redwood.

Se reclinó, suspiró, arrojó al fuego su cigarrillo a medio consumir y metió profundamente las manos en los bolsillos del pantalón.

—Esto es precisamente lo que estoy pensando —repitió—. Esta Heracleofobia será una sustancia muy difícil de manejar. ¡Al ritmo que este pollo ha crecido...!

—Un niño que crezca al mismo ritmo... —susurró lentamente Bensington, mirando al pollo mientras hablaba—. ¡Lo dije! —

exclamó—. Será algo grandioso.

—Le administraré dosis cada vez más pequeñas —dijo Redwood—. O lo hará Winkles.

—Sería llevar demasiado lejos el experimento.

—Bastante lejos.

—Y, sin embargo, ¿sabe usted?, debo confesar que... tarde o temprano algún niño tenía que someterse a la prueba.

—Claro que lo probaremos en algún niño... ¡Seguro!

—Desde luego —aprobó Bensington, acercándose al fuego y quitándose los lentes para limpiarlos con el pañuelo.

—Hasta que vi a esos pollos no creo que me haya dado cuenta cabal, Redwood, de ninguna de las posibilidades que entrañaba lo que estábamos haciendo. Sólo ahora empiezan a asomar en mi mente las... posibles consecuencias...

E incluso entonces, *Mr.* Bensington estaba muy lejos de tener idea del revuelo que aquel experimento iba a provocar.

IV

Aquello sucedió a principios de junio. Durante unas semanas Bensington no pudo volver a visitar la Granja Experimental a causa de un severo catarro imaginario, y Redwood se vio obligado a hacer en su lugar una visita relámpago. Volvió hecho un padre muchísimo más preocupado de lo que estaba al ir. En conjunto habían transcurrido siete semanas de crecimiento progresivo e ininterrumpido...

Y entonces las avispas empezaron a entrar en funciones.

A finales de julio, fue muerta la primera de las grandes avispas, casi una semana antes de que las gallinas se escapasen de Hickleybrow. La información apareció en diversos periódicos, pero no sé si la noticia llegó a oídos de Bensington, y mucho menos si, en caso de que se enterase, la relacionó con el descuido general que prevalecían en la Granja Experimental.

Pocas dudas caben de que, mientras Skinner administraba a los pollos de Bensington la *Heracleofobia IV*, un gran número de

avispa se hallaban trabajando casi industrialmente —o quizá más— en el acarreo de grandes cantidades de la misma pasta a sus primeras crías de verano en los bancos de arena, más allá de los pinares adyacentes. Y es indiscutible que aquellas precoces crías crecieron y se beneficiaron tanto de aquella sustancia como las gallinas de Bensington. Está en la naturaleza de la avispa que alcance la madurez efectiva antes que el ave del corral, y, en realidad, de todas las criaturas que compartían, gracias al generoso descuido de los Skinner, los beneficios que Bensington había querido verter sobre sus gallinas, las avispas fueron las destinadas a ser las primeras en hacer ruidoso acto de presencia.

Fue un guardabosque llamado Godfrey, empleado en la hacienda que el teniente coronel Rupert Hick poseía cerca de Maidstone, quien encontró y tuvo la suerte de matar al primero de esos monstruos que registra la historia. Andaba metido en los helechos hasta las rodillas en un claro del bosquecillo de hayas que diversifica al parque del teniente coronel Hick, con su escopeta al hombro —afortunadamente para él era una escopeta de dos cañones—, cuando vio por primera vez el insecto. Se acercaba a contraluz, de modo que no pudo verlo distintamente, y al acercarse zumbaba «como un motor de automóvil». Admite que se asustó. Evidentemente era tan grande o mayor que una lechuza, y a su ojo ejercitado, el vuelo del monstruo, y particularmente el nebuloso torbellino de sus alas, debió de haberle parecido en nada semejante al vuelo de un pájaro. El instinto de conservación, según creo, se mezclaría con un antiguo hábito, cuando Godfrey dice que «dejó que volara en línea recta».

Lo extraño de aquella experiencia probablemente afectó su puntería; sea por lo que fuere, lo cierto es que erró el tiro, y el monstruo inició un descenso con un colérico «Fuzzzz» que reveló inmediatamente su identidad de avispa, y luego volvió a elevarse con todas sus rayas brillando a la luz del sol. Godfrey dice que la avispa se revolió contra él. Entonces disparó su segundo cañón a menos de veinte metros, arrojó la escopeta al suelo y dio dos o tres pasos, agachándose para evitar al animal.

Está convencido de que la avispa pasó volando a un metro de él, dio contra el suelo, volvió a elevarse, volvió a caer, quizás a unos treinta metros de distancia, y empezó a dar tumbos por el suelo,

contorsionándose y moviendo su aguijón en su última agonía. Godfrey vació los dos cañones de su escopeta por segunda vez sobre el animal antes de aventurarse a acercársele.

Cuando se decidió a medirla vio que tenía setenta centímetros de una punta del ala a la otra, y el aguijón ocho. El abdomen había estallado por la mitad, pero estimó la longitud del animal, de la cabeza al aguijón, como de unos cuarenta y cinco centímetros... lo que es casi exacto. Sus ojos compuestos eran del tamaño de monedas de un penique.

Ésta es la primera aparición auténtica de las avispas gigantes. El día siguiente, un ciclista que bajaba a toda velocidad la cuesta que hay entre Sevenoaks y Tonbridge, con los pies en el manillar, por poco no aplasta otra de esas avispas gigantes que se arrastraba por la carretera. El paso del ciclista pareció alarmarla, y emprendió el vuelo con un ruido parecido al de un aserradero. Con la emoción del momento la bicicleta saltó por la cuneta, y cuando el ciclista pudo mirar hacia atrás, la avispa se alejaba, elevándose por encima de los bosques, hacia Westerham.

Después de hacer unas cuantas eses, el ciclista echó mano de los frenos, se apeó —temblaba de un modo tan violento que se cayó de bruces encima de la bicicleta al apearse— y se sentó en el borde de la cuneta para rehacerse un poco. Se había propuesto pedalear hasta Ashford, pero aquel día no pudo llegar más allá de Tonbridge...

Después de esto, y curiosamente por cierto, no se registraba la presencia de las grandes avispas durante tres días. Consultando los informes meteorológicos de aquellos tiempos me encuentro con que fueron con precipitaciones locales, lo cual puede tal vez explicar esta intermitencia. Luego, al cuarto día, el cielo se presentó de nuevo azul y despejado, con un sol brillante y una invasión tal de avispas como el mundo es seguro no había visto nunca.

Es imposible adivinar cuántas avispas salieron a la luz aquel día. Hubo una víctima, un tendero de comestibles, que descubrió uno de esos monstruos en un barril de azúcar, y con mucha temeridad por su parte lo atacó con una pala al emprender el vuelo. La arrojó al suelo por un momento, pero la avispa le aguijoneó perforándole la bota, mientras él la golpeaba de nuevo, partiéndola en dos. De los dos, el tendero fue el primero en sucumbir...

La más dramática de aquella cincuentena de apariciones fue la de la avispa que visitó el Museo Británico a eso del mediodía, descolgándose del sereno y azul firmamento sobre una de las innumerables palomas que picotean en el patio de dicho edificio y remontándose luego a la cornisa para devorar a su víctima con toda tranquilidad. Después se arrastró un rato por el techo del museo, entró en el interior de la cúpula de la biblioteca por un tragaluz, zumbó un buen rato por el interior —produciendo la consiguiente huida de los lectores— y, por fin, encontrando otra ventana, volvió a desaparecer de la observación humana, produciéndose un súbito silencio.

La mayoría de las demás informaciones se refieren al paso o al descenso de uno de estos insectos.

En Aldington Knoll dispersó un pícnic en el campo. Todos los dulces y la mermelada quedaron consumidos en un santiamén y un cachorrillo de perro fue muerto y despedazado, cerca de Whitstable, bajo los mismos ojos de su dueña...

Aquella noche las calles resonaron con la noticia, los anuncios de los periódicos advirtieron exclusivamente, con numerosos titulares de gran tamaño, la aparición de las «Avispas Gigantes de Kent».

Los directores de periódicos y los redactores jefes, agudísimos, se lanzaron arriba y abajo de tortuosas escaleras, gritando un sinfín de cosas sobre las avispas.

Y el profesor Redwood, al salir de su colegio en Bond Street, a las cinco, con el rostro colorado, después de una acaloradísima discusión con la junta acerca del precio de los terneros, compró un periódico de la tarde, lo abrió, se le demudó el rostro, olvidó inmediatamente el asunto de los terneros y de la junta y cogió un cabriolé para dirigirse al piso de Bensington.

V

El piso estaba ocupado, según le pareció, con exclusión de todo otro objeto sensible, por Skinner y su voz, si es que tanto al uno

como a la otra puede llamárseles objetos sensibles.

La voz era muy aguda y el tono era angustioso.

—Ez impocible quedarnoz un día más, ceñor Bencington. Noz hemoz quedado porque creíamoz que laz cozaz ce arreglarían, y lo que paza ez que han ido de mal en peor, ceñor Ben-cington... No zon zólo laz avizpaz, ceñor Bencington... Ahora hay también grandez tijeretaz y ciempiez, ceñor Bencington, aci de grandez. (Y señalaba todo lo largo de la mano y cerca de ocho centímetros más de un ancho y sucio antebrazo). Por poco le da un ataque de nervioz a la ceñora Zkinner, ceñor Bencington. Y, por ci fuera poco, laz ortigaz de al lado del gallinero, ceñor Bencington, también eztán creciendo, ci, ceñor, y la enredadera amarilla, aquélla que plantamoz cerca del zumidero, ceñor Bencington... Ya ha pazado zuz zarcillos a través de la ventana durante la noche, cí, ceñor Bencington, y caci ce enredó con la propia ceñora Zkinner, ceñor Bencington. Y todo ez a cauza del alimento ece que uzted lez da, ceñor Bencington. Por dondequiera que ce haya derramado, por poco que cea, todo lo que hay allí ce pone a crecer de un modo pavorozo, ceñor Bencington. Todo crece más de lo que yo nunca zupuce que pudiera crecer. Ez impocible quedarnoz otro mez, ceñor Bencington. Ez más de lo que valen nuestraz vidaz, ceñor Bencington. Aun en el cazo de que laz avizpaz no noz picaran, moriríamoz zofocadoz por la enredadera ceñor Bencington. Uzted no puede imaginárcelo, ceñor Bencington..., a menoz de que venga a verlo con zuz propioz ojoj, usted...

Giró su ojo superior hacia la cornisa, por encima de la cabeza de Redwood, añadiendo:

—¿Cómo podremoz zaber ci laz rataz no han comido el alimento ece, ceñor Bencington? Ezo ez lo que me preocupa, ceñor Bencington. No he vizto aún ninguna rata grande, ceñor Bencington, pero ¿cómo voy a zaber ci laz hay? Hemoz eztado zobrezaltadoz durante varioz díaz a cauza de la tijereta que vimoz, o de laz tijeretaz, mejor dicho, porque eran doz... Y grandez como langoztaz, ceñor Bencington, y del modo pavorozo como ha crecido la enredadera amarilla, y cuando oí lo de laz avizpaz... Dezpuez de enterarme, lo comprendo todo, ceñor Bencington. No he aguardado más ciño a que mi mujer me cociera un botón que ce me había caído, y he venido enceguida. Aún eztoy lleno de ansiedad, ceñor

Bencington. ¿Qué cé yo de lo que le puede eztar zucediendo a la ceñora Zkinner en ezce inz tante, ceñor Bencington? La enredadera crece por todoz ladoz, como una cerpiente... Aunque parezca increíble hay que eztarla vigilando y huir de zu proccimidad... Y laz tijeretaz creciendo aún más y más laz avizpaz... ¡Ceñor Bencington! ¡Ci le ocurriera algo a ella, ceñor Bencington...!

—Pero ¿y las gallinas? —preguntó Bensington—. ¿Cómo están las gallinas?

—Laz hemoz eztado alimentando hazta ayer, ¡Dios me proteja! Pero ezta mañana no noz atrevimoz, ceñor Bencington. El ruido que producían ha cido algo ezpantozo, ceñor Bencington. Venían a docenaz. Grandez como gallinaz. Yo le digo a ella, le digo, cóceme un botón o doz, le digo, porque no puedo ir a Londrez acá como eztoy, le digo, y voy a ver al ceñor Bencington, le digo, a explicarle lo que ocurre. Y tú quédate en ezta habitación hazta que yo vuelva, le digo, y cierra la ventana y déjala cerrada que no pueda pazar nada, le digo.

—Si usted no hubiese sido tan sucio y descuidado... —empezó a decir Redwood.

—¡Oh, no diga ezo, ceñor Redwood! ¡Y ahora menoz que nunca, ceñor Redwood, que eztoy decezperado penzando en la ceñora Zkinner, ceñor Redwood! ¡Oh, no diga ezaz cozaz, ceñor Redwood! ¡No tengo ánimoz ahora para ponerme a dizcutir con uzted! ¡Que Dioz me proteja, que no tengo ánimoz, vaya! Zon laz rataz laz que me preocupan... ¿Cómo puedo zaber que no han atacado a la ceñora Zkinner mientras yo eztoy aquí?

—¿Y ustet no ha tomado alguna medida de todas esas maravillosas curvas de crecimiento? —preguntó Redwood.

—He eztado demaciado preocupado, ceñor Redwood —contestó Skinner—. ¡Ci uzted zupiera por lo que hemoz pazado... yo y mi ceñora! ¡Y todo durante el último mez! No zabíamos qué pensar de todo ello, ceñor Redwood. ¡Con laz gallinaz haciéndose tan gordaz, y las tijeretaz, y la enredadera amarilla! No cé ci le he dicho a uzted, ceñor, que la enredadera amarilla...

—Ya nos ha hablado usted de todo eso —dijo Redwood—. Lo que ahora importa, Bensington, es saber qué vamos a hacer.

—¿Qué vamo z a hacer? —repitió Skinner.

—Tendrá usted que volver allí, señor Skinner —dijo Redwood—.

No puede usted dejar a su esposa sola toda la noche.

—No me iré zolo, no, ceñor. Aunque hubiese una docena de ceñoras Zkinner. Ez el ceñor Bencington...

—¡Tonterías! —dijo Redwood—. Las avispas estarán quietas por la noche. Y las tijeretas se marcharán...

—Pero ¿y laz rataz?

—No hay ninguna rata —dijo Redwood.

VI

El señor Skinner podía muy bien haber hecho caso omiso de su principal motivo de ansiedad. La señora Skinner no terminó el día en casa.

A eso de las once la enredadera amarilla, que había estado poco activa toda la mañana, empezó a trepar por la ventana y a oscurecer la habitación con rapidez y cuanto más oscuro se hacía, tanto más claramente percibía la señora Skinner que su situación se tornaría muy pronto inaguantable. Y también le pareció que habían transcurrido unos cuantos siglos desde que se fue su marido. Se asomó a la oscurecida ventana, a través de los inquietos zarcillos, permaneció allí algún tiempo, y luego se fue, muy cautelosamente, a abrir la puerta del dormitorio y se puso a escuchar...

Todo parecía estar quieto. Por lo tanto, recogíendose las faldas, pasó al dormitorio, y después de haber mirado debajo de la cama y de haberse encerrado, procedió, con la metódica rapidez de una mujer experta en esos quehaceres, a hacer el equipaje. La cama no estaba hecha y el suelo estaba cubierto de trozos de enredadera que Skinner había cortado la noche anterior a fin de poder cerrar la ventana, pero a aquel desorden ella no hizo el menor caso. Hizo un fardo con un lienzo muy decente. Enfardó toda su ropa más una chaqueta de pana que Skinner solía llevar en ocasiones especiales, y además empaquetó también un tarro de pepinillos en conserva que no había sido abierto aún. Hasta aquí estuvo plenamente justificado su plan de hacer paquetes. Pero también empaquetó dos latas herméticamente cerradas que contenían *Heracleofobia* IV, que

Bensington había llevado en su último viaje. (Era una mujer buena y honrada... pero era también abuela, y le había apenado ver cómo se despilfarraba un alimento que producía un crecimiento tan fabuloso en un grupo de infectos pollos).

Y después de haber hecho un gran paquete con todas estas cosas se caló el gorrito, se quitó el delantal, ató las varillas del paraguas con un cordón de zapato nuevo, y después de permanecer un buen rato a la escucha en la ventana, abrió la puerta y salió impetuosamente a un mundo lleno de peligros. Llevaba el paraguas debajo del brazo y asía el fardo con sus manos nudosas y resueltas. Llevaba su mejor gorrito dominguero, y las dos amapolas que erguían sus corolas, en medio de sus esplendores de cintas y cuentas, parecían impulsadas por el mismo trémulo valor de que ella se hallaba poseída.

Sus facciones arrugaron la raíz de la nariz con determinación. ¡Ya estaba harta de todo aquello! ¡Dejarla allí sola! Qué Skinner volviera cuando quisiese.

Salió por la puerta principal, y siguió adelante, no porque quisiera dirigirse a Hickleybrow (su destino era Cheasing Eyebright, donde residía su hija casada), sino porque la puerta trasera era infranqueable debido a la enredadera amarilla que había estado creciendo furiosamente desde que la señora Skinner vertió impensadamente una lata de alimento cerca de sus raíces. Al salir, volvió a aguzar el oído durante unos momentos, y luego cerró la puerta con mucho cuidado. Al llegar a la esquina de la casa se detuvo a escudriñar...

Un extenso montículo arenoso en la ladera de la colina, más allá de los pinares, marcaba el lugar del nido de las avispaas gigantes, y la señora Skinner lo estudió con gran cuidado. Ya atardecía y ni por casualidad se veía una avispa; a no ser por un ruidito un poco más perceptible del que hubiese hecho un aserradero de vapor situado en medio de los pinares, todo estaba silencioso. En cuanto a las tijeretas, no pudo ver ni una sola. Allá abajo, en medio de las coles, había algo que se movía, pero debía ser probablemente un gato al acecho de algún pájaro. Permaneció contemplando todo durante un buen rato.

Dio unos pasos, doblando la esquina de la casa, y se le ofreció a la vista el gallinero con los pollos gigantes. Se detuvo de nuevo.

—¡Ah! —exclamó, sacudiendo la cabeza al verlos.

Ya habían alcanzado la talla de un avestruz, pero, naturalmente, tenían en cuerpo mucho más rechoncho... Eran animales mayores, en conjunto. Todas eran gallinas, cinco en total, pues los dos gallos se habían matado mutuamente. Vaciló un momento ante la actitud decaída de los pollos.

—¡Pobrecillos! —exclamó, dejando en el suelo su fardo—. No tienen agua. ¡Y con el apetito que tienen! —Se puso un flaco dedo en los labios y sostuvo una conferencia consigo misma.

Entonces aquella vieja sucia y desaliñada hizo lo que a mí me parece un acto heroico de caridad. Dejó su fardo y su paraguas en mitad del camino enladrillado, y dirigiéndose al pozo sacó no menos de tres cubos de agua para el vacío abrevadero de los pollos, y mientras éstos se agolpaban en él, describió muy suavemente el cerrojo del gallinero. Después de lo cual entró en una fase de gran actividad, volvió a coger su equipaje, franqueó el vallado del fondo del jardín, atravesó los fértiles prados (para evitar el avispero) y se dirigió a toda marcha por el tortuoso camino que conducía hacia Cheasing Eyebright.

Subió jadeando la cuesta, deteniéndose de vez en cuando para descansar de su carga, recobrar el aliento y volverse para mirar hacia abajo en dirección a la casa de campo junto al pinar. Y cuando, por último, al llegar ya cerca de la cima, vio a lo lejos varias grandes avispas que descendían pesadamente hacia occidente, sintió como si le hubiesen crecido alas en los pies.

Pronto salió del campo abierto para entrar en un camino que transcurría entre taludes bastante elevados (que le pareció un sitio más seguro) y de allí, por Hickleybrow Coobe, salió a la llanura. Al comienzo de ésta, donde un gran árbol daba cierta sensación de refugio, la señora Skinner descansó durante un buen rato en los peldaños de un portillo.

Luego prosiguió adelante con decisión...

Os la podéis figurar como una especie de hormiga negra erguida llevando auestas su blanco hato y apresurándose a lo largo del pequeño y blanco sendero que se va separando de la ladera, bajo el cálido sol de una tarde de verano. Iba esforzándose hacia delante, tras su resuelta nariz, infatigable, las amapolas de su gorrito temblando constantemente, y sus botas de cierre elástico

blanqueándose cada vez más en el polvo de la llanura. Flip-flap, flip-flap, iban haciendo sus pasos a través del inmóvil bochorno del día canicular, y de un modo persistente el paraguas buscaba la manera de deslizarse bajo el codo que lo sostenía. La boca aparecía fruncida, denotando una resolución extrema, y de vez en cuando ordenaba a su paraguas que volviera a colocarse en su sitio o daba a su estrechamente agarrado fardo una vengativa sacudida. Y a veces sus labios mascullaban fragmentos de alguna prevista disputa entre ella y Skinner.

Y muy lejos, a muchos kilómetros de distancia, el campanario de una iglesia empezó a destacarse insensiblemente surgiendo del vago azul del cielo, para marcar más y más distintamente el tranquilo rincón donde Cheasing Eyebright se refugiaba del tumulto mundanal, sin acordarse en absoluto de la existencia de la Heracleofobia oculta en aquel blanco hatillo que se esforzaba tan persistentemente en avanzar en dirección a aquel ordenadísimo retiro.

VII

Tal como he podido deducir, los pollos hicieron su aparición en Hickleybrow hacia las tres de la tarde. Su llegada debió de ser algo jocoso, aunque no había entonces nadie en las calles para poder presenciarla. El violento berrido del pequeño Skelmersdale parece que fue el primer aviso de que ocurría algo insólito. La señorita Durgan de la Oficina de Correos, estaba asomada a la ventana como de costumbre cuando vio a la gallina que había cogido al infeliz niño, corriendo a escape calle arriba con su víctima, con otras dos gallinas pisándole los talones. ¡Ya conocéis las balanceantes zancadas de los polluelos modernos, atléticos y emancipados! ¡Podéis imaginaros la viva insistencia de la hambrienta gallina! Aquellas aves eran Plymouth Rock, según me han dicho, una raza que, aun sin la ayuda de la Heracleofobia, se caracteriza por sus grandes zancadas.

Probablemente la señorita Durgan no se sorprendió demasiado. A pesar de la insistencia de Bensington en guardar el secreto, habían circulado rumores en el pueblo, desde hacía algunas semanas, acerca de los grandes polluelos que estaba criando Skinner.

—¡Dios mío! —exclamó Miss Durgan—. ¡Es lo que me temía!

Parece que se comportó con una gran presencia de espíritu. Cogió de un tirón el saco precintado de la correspondencia que estaba esperando para enviar a Urshot, y se lanzó a la puerta inmediatamente. Casi simultáneamente apareció el señor Skelmersdale al otro extremo del pueblo, aferrando una regadera por el pico, y muy pálido. Y, como es natural, al cabo de un instante, cada uno de los habitantes del pueblo se había asomado a la puerta o a la ventana.

El espectáculo que ofrecía la señorita Durgan cruzando la calle, con toda la correspondencia diaria de Hickleybrow en las manos, hizo detenerse al pollo que se había apoderado del pequeño Skelmersdale. El ave se detuvo en un momento de indecisión, y luego se dirigió hacia las abiertas puertas del patio de Fulcher. Aquel instante fue fatal. El segundo pollo lo alcanzó limpiamente, entró en posesión del niño gracias a un picotazo muy bien dirigido y saltó por encima de la tapia dentro del jardín de la vicaría.

—¡Croe, croe, croe, croe, croe, croe! —chilló la gallina más rezagada al recibir un golpe propinado por el señor Skelmersdale con mucha habilidad, al lanzarle la regadera. La gallina aleteó desesperadamente saltando por encima de la cerca del cottage de la señora Glue y de allí al campo del médico, mientras aquellas aves gargantuescas perseguían al pollo que tenía el niño por el césped de la vicaría.

—¡Cielos! —exclamó el cura, o (alguien afirma) quizás algo más grave.

Echó a correr, volteando el mazo de *croquet* y gritando para interceptar el paso al ave:

—¡Detente, maldita! —gritó, como si las gallinas gigantes fueran animales corrientes en el mundo.

Y luego, viendo que le era imposible evitarla, le arrojó el mazo con todo el vigor y toda la fuerza de que disponía. Éste fue a parar, después de describir una graciosa curva, a poco más de un palmo de

distancia de la cabeza del niño Skelmersdale, rompiendo de paso unos cristales de invernáculo. ¡Crash! ¡El nuevo invernáculo! ¡El nuevo y hermoso invernáculo de la esposa del vicario!

Aquello asustó a la gallina. Y habría podido asustar a cualquiera. Soltó a su víctima dentro de un laurel de Portugal, de donde fue extraída inmediatamente, algo descompuesta, pero, salvo en sus poco delicadas ropas, indemne, luego dio un brinco aleteante para alcanzar el tejado de los establos de Fulcher, pero, apoyándose en un sitio inseguro entre las tejas, descendió como si dijéramos desde el infinito a la quietud contemplativa del señor Bumps, el paralítico, que, como sin duda ha quedado probado, en aquella única ocasión de su vida pudo atravesar el jardín, en todo su diámetro y meterse en casa, sin requerir asistencia alguna, cerrando la puerta con llave, para recaer inmediatamente en su habitual estado de resignación cristiana y desvalida dependencia de su esposa...

Los demás pollos fueron acosados por los otros jugadores de *croquet*, y pasando por el huerto del vicario, se metieron en el campo del médico, a cuya cita acudió también, por fin, el quinto pollo cacareando desconsoladamente después de un fracasado intento pasearse por el pepar del señor Whitterspoon.

Parece que durante un buen rato se comportaron de un modo bastante gallináceo, escarbando el suelo y cloqueando meditativamente, pero después uno de los pollos picoteó repentinamente una colmena del médico. Luego los cinco echaron a correr de un modo desmañado, a sacudidas y aleteos, como si tuvieran ataques de nervios, a campo traviesa, en dirección a Urshot, y Hickleybrow Street ya no los vio más. Cerca de Urshot llegaron por fin a dar con un alimento apropiado en un campo de nabos suecos y se quedaron allí picoteando con gran satisfacción hasta que los alcanzó su propia fama.

La principal reacción inmediata ante aquella pasmosa irrupción de gigantescas aves de corral sobre la mente humana se tradujo en la aparición de una extraordinaria afición a gritar, correr y lanzar objetos, y en seguida todos los hombres hábiles de Hickleybrow y algunas mujeres salieron al exterior con una notable variedad de artículos contundentes en las manos para comenzar a dar caza a las gallinas gigantes. Consiguieron espantarlas en dirección a Urshot, donde se estaba celebrando una feria rural, y Urshot las acogió

como la gloriosa apoteosis de una jornada feliz. Empezaron a disparar contra ellas cerca de Findon Beeches, pero al principio solamente con escopetas pequeñas. Naturalmente, unos pajarracos de aquel tamaño podían absorber una cantidad ilimitada de perdigones sin grave riesgo. Se dispersaron algo cerca de Sevenoaks, y cerca ya de Tonbridge una de ellas emprendió vuelo choqueando un rato, presa de una agitación excesiva, en cabeza y paralelamente al expreso del barco correo de la tarde... con gran asombro por parte de los que allí viajaban.

A eso de las cinco y media dos de ellas fueron cogidas, muy ingeniosamente, por el propietario de un circo en Tunbridge Wells, que las atrajo dentro de una jaula que se hallaba vacante por la muerte de un dromedario viudo, con la añagaza de esparcir por el suelo trozos de pan y de pastel...

VIII

Cuando el infortunado Skinner se apeó aquella tarde del tren de la línea del Sudeste en Urshot, ya había anochecido. El tren llegó con retraso, pero no excesivo, y Skinner así se lo hizo notar al jefe de la estación. Tal vez viera alguna intención en la mirada del jefe de estación. Después de una breve vacilación, y con un ademán confidencial, poniéndose la mano al lado de la boca, preguntó si había ocurrido «algo» aquel día.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el jefe de estación, que tenía una voz seca y enfática.

—Laz avizpaz ezas y demaz.

—No hemos tenido tiempo de pensar en avizpaz —dijo con sorna el jefe de estación—. Hemos estado demasiado atareados con sus endemoniadas gallinas.

Y comunicó la noticia de los polluelos a Skinner, del mismo modo que si se tratara de romper los cristales de la ventana de un político enemigo.

—¿No ha oído usted nada de la señora Zkinner? —preguntó Skinner, entre aquella lluvia de expresivas noticias y comentarios.

—¡Ni por asomo! —exclamó el jefe de estación, como si hasta él trazara en algún sitio la línea divisoria entre lo que se sabe y lo que se ignora.

—Deberé investigar sobre eso —dijo Skinner, poniéndose fuera del alcance de las conclusiones que profería el jefe de estación sobre la responsabilidad que implicaba una nutrición gallinácea excesiva...

Al pasar por Urshot, un calero llamó a Skinner, desde las minas de Hankey, preguntándole si buscaba a sus gallinas.

—¿No sabe usted nada de la señora Zkinner? —le preguntó éste.

El calero —sus frases exactas no nos interesan aquí— demostró un interés superior por las gallinas...

Ya estaba todo oscuro —tan oscuro, al menos como puede estarlo una clara noche de junio inglesa— cuando Skinner asomó la cabeza en la taberna de los Jolly Drovers preguntando:

—¡Hola! ¿No habéis oído algo de esa historia de mis gallinas?

—¿Que si hemos oído algo? —dijo Fulcher—. ¡Hombre! Precisamente una parte de la historia se ha desarrollado en el tejado de mis establos, y uno de sus capítulos ha abierto un boquete en el huerto de la señora del vicario. ¡Ah Perdón...! Quise decir del invernáculo.

Skinner se decidió a entrar.

—Quiciera algo que fuese un poco reconfortante. Ginebra caliente y agua para mi gaznate.

Y todo el mundo empezó a contarle cosas de los polluelos.

—¡Válgame Dios! —exclamó Skinner. Y después de una pausa, añadió—: ¿No sabéis nada de la señora Zkinner?

—¡Nada! —contestó Witherspoon—. No hemos pensado en ella. No hemos pensado en ninguno de los dos.

—¿No ha estado usted en casa hoy? —preguntó Fulcher con un jarro de cerveza en la mano.

—Si uno de esos endemoniados pajarracos la ha picoteado... —empezó a decir Witherspoon, dejando el entero horror de la imagen a las libres imaginaciones de los circundantes.

A los allí reunidos se les ocurrió en aquel momento que sería un buen final de un día lleno de acontecimientos, ir todos con Skinner para ver si le había sucedido algo a su señora. Nunca se sabe la suerte que le puede caber a uno cuando se presentan accidentes al

por mayor. Pero Skinner, ante el mostrador, bebiéndose su ginebra caliente con agua, con un ojo errabundo sobre los objetos que había en el fondo de la taberna y el otro fijo en el vacío, no comprendió aquel momento psicológico.

—No habrá ocurrido nada con ninguna de esas grandez avizpaz hoy, ¿verdad? —preguntó con una elaborada indiferencia en el gesto.

—Hemos estado demasiado ocupados con sus gallinas —dijo Fulcher.

—Zupongo que todaz habrán vuelto a zu guarida —repuso Skinner.

—¿Qué?... ¿Las gallinas?

—Eztaba penzando ezpecialmente en laz avizpaz —aclaró Skinner.

Y luego, con un aire de circunspección que habría infundido sospechas a un bebé de una semana, y acentuando fuertemente la mayoría de las palabras que iba escogiendo, preguntó:

—Zupongo que nadie ha oído decir nada de otra coza grande que haya aparecido por aquí, ¿no ez cierto? ¿De grandez perroz, o gatoz, o algo aci? Me parece a mí que ci hay grandez gallinaz y grandez avizpaz por todaz partez...

Y se echó a reír, haciendo como que decía las cosas sin ton ni son.

Pero una expresión taciturna se dibujó en los semblantes de los vecinos de Hickleybrow. Fulcher fue el primero en dar a sus ideas condensadas la forma concreta de palabras.

—Un gato que hubiera crecido como las gallinas —dijo Fulcher.

—¡Vaya! —exclamó Witherspoon—. Un gato proporcionado a las gallinas.

—Sería un tigre —murmuró Fulcher.

—Más que un tigre —rectificó Witherspoon.

Cuando, por fin, Skinner, emprendió la marcha por el solitario sendero que pasa por el borde del campo que separa Hickleybrow de la sombría hondonada cubierta de pinos, bajo cuya oscura sombra la gigantesca enredadera amarilla se agarraba silenciosamente a la Granja Experimental, la emprendió solo.

Se le vio destacarse distintamente contra el horizonte, contra la cálida y diáfana inmensidad del cielo del norte —porque hasta allí

fue seguido por el interés público—, para descender de nuevo dentro de la noche, dentro de una oscuridad de la cual parecía que nunca volvería a resurgir. Pasó... al reino del misterio. Hasta la fecha nadie sabe lo que pudo haber sido de él, después de haber cruzado la cresta de la colina. Cuando, más tarde, los dos Fulcher, con Witherspoon, empujados por sus propias imaginaciones, llegaron a la cima de la colina para seguirle de lejos, la noche se lo había tragado por completo.

Los tres hombres permanecieron muy juntos. No se oía el menor ruido en aquella oscuridad boscosa, ni había nada que ocultase la granja a sus miradas.

—Todo va bien —dijo el joven Fulcher, dando fin a un largo silencio.

—No veo ninguna luz —repuso Witherspoon.

—Desde aquí no puede verse.

—Está todo brumoso —dijo el viejo Fulcher.

Meditaron durante un rato.

—Habría vuelto si algo no anduviera bien —afirmó el joven Fulcher.

Y esto pareció tan obvio y concluyente que a continuación el viejo Fulcher dijo:

—¡Bueno!

Y los tres fueron a acostarse, aunque preocupados, hay que admitirlo...

Un pastor que vivía al lado de la granja de Huckster, oyó un chillido durante la noche, que creyó producido por unas zorras, y por la mañana vio que uno de sus corderos había sido muerto, arrastrado por el camino de Hickleybrow y parcialmente devorado.

¡Lo que es inexplicable de todo esto es la ausencia de restos que pudieran considerarse indiscutiblemente como pertenecientes a Skinner!

Muchas semanas después, en medio de las carbonizadas ruinas de la Granja Experimental, se halló algo que pudiera haber sido y pudiera no haber sido un omóplato humano y en otra parte de las ruinas un largo hueso muy roído e igualmente dudoso. Cerca del portillo que da hacia Eyebright se encontró un ojo de cristal, con lo que muchas personas descubrieron que Skinner debía una gran parte de sus encantos personales a su posesión. Aquel ojo de cristal

observaba el mundo con el mismo inevitable efecto de indiferencia, con la misma melancolía severa que habían constituido la redención de su comportamiento mundano en otros aspectos.

Y en medio de las ruinas, una afanosa búsqueda permitió descubrir los aros metálicos y las cubiertas carbonizadas de dos botones de ropa blanca, tres gemelos enteros y un botón de la clase metálica especial que generalmente se emplea en las suturas menos conspicuas de la economía humana. Aquellos restos fueron aceptados, por personas autorizadas, como pruebas concluyentes de un Skinner destruido y esparcido, pero para satisfacer mi propia convicción, y en vista de su característica idiosincrasia, debo confesar que por mi parte preferiría menos botones y más huesos.

El ojo de cristal, naturalmente, tiene un aire de convicción extrema, pero si realmente es de Skinner —y hasta la propia señora Skinner no pudo saber con seguridad si aquel ojo era el de su marido— algo ha ocurrido que lo ha transformado de color castaño acuoso a azul plácido y sereno. El omóplato es un documento muy dudoso en cuanto a su autenticidad, y me gustaría poder ponerlo al lado de las roídas escápulas de algunos de los animales domésticos más corrientes para cotejarlo, antes de admitir su origen humano.

¿Y dónde se hallaban las botas de Skinner, por ejemplo? Por perverso y extraño que fuera el apetito de una rata, ¿era concebible que los mismos animales que dejaban un cordero a medio devorar hubiesen devorado por completo a Skinner, con pelo, huesos, dientes y botas?

He interrogado a tantos como he podido de aquellos que conocieron íntimamente a Skinner, y todos están de acuerdo en que es imposible imaginarse algo capaz de comérselo. Skinner era, como me dijo un marinero retirado que vivía en una de los cottages del señor W. W. Jacobs, en Dunton Green, con cierta reservada intención en sus ademanes, muy frecuente en estos parajes, ese tipo de personas que «sale a flote» sea como sea, y en cuanto al elemento devorador, Skinner era «perfectamente capaz de apagar cualquier incendio». Consideró también que Skinner era de los que se encuentran tan seguros sobre una almadía como en cualquier otra parte. El marinero retirado dijo que no deseaba decir nada en contra de Skinner y que los hechos son los hechos. Antes de seguir ocupándose de Skinner preferiría correr el riesgo de que lo

encarcelaran. Todas estas observaciones por cierto, presentan a Skinner bajo un aspecto muy poco envidiable.

Para ser perfectamente franco con el lector, debo decir que no creo que Skinner regresara nunca a la Granja Experimental. Opino que estuvo vagando presa de largas vacilaciones por los campos y la gleba de Hickleybrow, y finalmente, cuando empezaron a oírse los chillidos, salió de sus perplejidades por la línea de menor resistencia y se hundió en lo Desconocido.

Y en lo Desconocido, sea en este mundo o en el otro que no conocemos, ha permanecido de un modo obstinado e indiscutible hasta la fecha...

CAPÍTULO III

LAS RATAS GIGANTES

I

Dos noches después de la desaparición de Skinner, el médico de Podbourne se hallaba, cerca de Hankey, conduciendo su calesa. Había estado toda la noche ayudando a venir a este mundo tan curioso en que vivimos, a otro ciudadano muy poco distinguido, y una vez cumplida su tarea se dirigía a su casa, muy cansado y soñoliento. Serían las dos de la madrugada y acababa de salir la luna en menguante. La noche estival había refrescado y se había formado una tenue niebla baja que indiferenciaba a los objetos. El médico iba completamente solo —su cochero estaba enfermo en cama— y nada se podía divisar ni a derecha ni a izquierda, fuera del movedizo misterio de los setos interponiéndose al resplandor amarillento de las lámparas del coche en continua sucesión, ni nada podía oírse sino el trote pausado del caballo y el rechinar y el chirriar de las ruedas. Tenía tanta confianza en su caballo como en sí mismo, y no es, por lo tanto, de extrañar que el doctor dormitara...

Ya conocéis esa intermitente modorra del que está sentado: la cabeza inclinada, moviéndose al ritmo de las ruedas, el mentón pegado al pecho, y, de pronto, la incorporación súbita con un sobresalto.

Pit, pat, pat.

¿Qué es eso?

Le pareció al doctor haber oído un ligero y agudísimo chillido cercano. Durante unos instantes permaneció despierto. Profirió dos o tres palabras de innecesaria recriminación a su caballo, y miró alrededor de sí. Intentó persuadirse de que lo que había oído era el distante chillido de una zorra...

Suich, suich, suich, pit, pat, suich...

¿Qué había sido aquello?

Imaginó que se estaba volviendo asustadizo. Se encogió de hombros y gruñó a su caballo que siguiera adelante. Escuchó y no oyó nada.

¿Nada?

Tuvo la impresión de que un bicho le estaba acechando por encima del seto, pues le pareció ver una extraña cabezota. ¡Y con orejas redondas! Revisó cuidadosamente el lugar, pero no pudo ver nada.

—¡Tonterías! —murmuró.

Se incorporó con la idea de haber sido objeto de una pesadilla, dio al caballo un suave latigazo, le dijo unas palabras y volvió a escrutar por encima del seto. Sin embargo, el fulgor de la lámpara combinado con la niebla daba un aspecto borroso a todas las cosas, y no le fue posible distinguir nada. Se le ocurrió, según dijo, que no podía haber nada, porque si hubiese algo su caballo se habría espantado. No obstante, permaneció con los sentidos nerviosamente despiertos.

Luego oyó muy claramente un blando ruido de pisadas rápidas, que perseguían algo por la carretera.

No quiso dar crédito a sus oídos. No pudo mirar alrededor de sí porque la carretera hacía una curva muy sinuosa precisamente allí. Fustigó al caballo y volvió a mirar a uno y otro lado. Y entonces vio muy distintamente, allí donde un rayo de luz de la lámpara saltó por encima de un trecho bajo del seto, el lomo curvo de algún gran animal, no habría podido decir cuál, que lo iba siguiendo junto al carruaje en rápidos saltos convulsivos.

Dice el doctor que pensó entonces en los viejos cuentos de brujería. Aquello era completamente distinto a cualquier animal conocido, y el médico aseguró firmemente las riendas por miedo al sobresalto de su caballo. A pesar de ser una persona muy instruida, confiesa que llegó a preguntarse si aquello podía ser algo que su caballo no podía ver.

Frente a él, y acercando cada vez más su silueta a la luz de la naciente luna, se destacaba el pequeño villorrio de Hankey, muy reconfortante, a pesar de no tener ni una luz encendida. El médico restalló el látigo y volvió a hablar al caballo, y entonces, con la

rapidez de un relámpago, lo atacaron las ratas.

Había pasado ya un portal, y en el momento de hacerlo, la rata que iba en cabeza saltó en medio de la calle por encima de él, saliendo de la oscuridad para destacarse bajo la mayor claridad posible, la cara vivaz y afilada, las orejas redondeadas, el largo cuerpo exagerado por sus movimientos, y lo que más le impresionó; las patas rosadas, con los dedos unidos por las membranas características de la bestia. Lo que debió ser más horrible en aquel momento fue el hecho de no tener la menor idea de que aquel bicho fuese ninguno de los animales de la creación que él conocía. No lo reconoció como rata a causa del tamaño. El caballo dio un brinco al saltar la rata a su lado. La aldea despertó en medio de un tumulto, al percibir el chasquido del látigo y los gritos que daba el médico. Los acontecimientos se precipitaron.

Rat, clat, clat, clat.

—El doctor —uno se imagina— se puso de pie, gritó a su caballo y se puso a dar latigazos con toda su fuerza. La rata dio un respingo y retrocedió, muy tranquilizadamente, al recibir el trallazo —al resplandor de su lámpara, el doctor pudo ver cómo una estría surcaba la piel del animal bajo el impacto del látigo— y el médico siguió propinando latigazos sin parar, sin advertir al segundo perseguidor, que iba ganando terreno a su derecha.

Soltó las riendas y miró hacia atrás para descubrir a la tercera rata que lo perseguía...

El caballo se arrojó hacia delante. La calesa saltó al pasar por un bache. Durante un minuto frenético todo pareció revolverse en saltos y brincos.

Fue una gran suerte que el caballo se cayera en Hankey, y no antes o después de pasar por delante de las casas.

Nadie sabe cómo cayó el caballo: si tropezó o si la rata de la derecha consiguió hincar sus cortantes dientes en su flanco (cargándole el peso entero de su corpachón); el médico no descubrió que a él también lo habían mordido hasta que se encontró dentro de la casa del ladrillero, y mucho menos pudo descubrir cuándo recibió la mordedura, a pesar de que ésta era francamente mala: una larga herida cortante, como producida por un tomahawk doble que le hubiese cortado dos tiras paralelas de carne a partir del hombro izquierdo.

En un momento el doctor saltó de la calesa al suelo, torciéndose con fuerza el tobillo, aunque él lo ignoró, y se puso a dar latigazos furiosamente a una tercera rata que se lanzaba directamente contra él. Casi ni recuerda el salto que tuvo que dar por encima de la rueda, al volcarse la calesa, tan borrosas fueron las raudas y candentes impresiones que le acometieron. Yo creo que el caballo se encabritó al sentir que la rata se mordía el cuello, cayendo entonces de lado y arrastrando el carruaje en su caída; el doctor saltó, como si dijéramos, de modo instintivo. Al volcarse la calesa, el depósito de la lámpara se rompió y de repente surgió una gran llamarada de aceite ardiente, una explosión de luz blanca.

Esto fue lo primero que vio el ladrillero.

Había oído el trote que indicaba la proximidad del doctor, y, aunque éste no recuerde nada, unos gritos desaforados. Había saltado apresuradamente de la cama, y al hacerlo oyó un estruendo terrorífico, con la erupción de la llamarada tras la persiana que levantaba.

—Era más claro que el día —dijo después el ladrillero.

Se quedó como petrificado, con la cuerda de la persiana en la mano contemplando estupefacto por la ventana la pesadillezca transformación de la familiar carretera que se extendía ante él. La negra silueta del doctor, haciendo molinetes con el látigo, resaltaba sobre el fondo de las llamas. El caballo coceó indistintamente, medio oculto por el resplandor, con una rata agarrada al cuello. En la oscuridad, contra la pared del cementerio parroquial, los ojos de un segundo monstruo brillaban con malignidad. Otro —simple masa de espantosa negrura con luminosos ojos rojos y las patas delanteras de color de carne— se agarraba en equilibrio inestable sobre la albardilla del muro adonde había trepado al producirse la explosión de la lámpara.

Ya conocéis la astuta cara de una rata, sus dientes afilados y los ojos vivos. Vista con una ampliación séxtuple de sus dimensiones lineales y aun más amplificadas por las tinieblas, el asombro y los danzantes brincos fantásticos de las llamas, debió de ser un pésimo espectáculo para el ladrillero, aun medio dormido.

Entonces el doctor se dio cuenta de la oportunidad que se le ofrecía, de la tregua momentánea que suministraba el fuego, y desapareció de la vista del ladrillero, aporreando la puerta con el

mango del látigo...

El ladrillero no lo dejó entrar hasta que fue en busca de una luz.

Algunos le han hecho reproches al pobre hombre; pero, por mi parte, hasta que conozca mejor lo que puede dar de sí mi propio valor, vacilo en unirme a los que lo censuran.

El doctor aulló y golpeó la puerta...

El ladrillero dice que el hombre lloraba de terror cuando, por fin, se abrió la puerta.

—¡Cierre! —musitó el médico—. ¡Cierre...!

No pudo terminar la frase: «Cierre la puerta y eche el cerrojo».

Intentó ayudar al ladrillero a cerrar, pero no hizo otra cosa que estorbar, tuvo que sentarse en una silla junto al reloj, mientras el dueño de casa aseguraba la puerta.

—¡No sé lo que son! —repitió varias veces—. ¡No sé lo que son! —Con un «son» de tono muy agudo.

El ladrillero le ofreció *whisky*, pero el médico no permitió que lo dejara sólo con aquella luz vacilante en aquellos momentos.

Pasó un buen rato antes de que pudiera convencerle que lo dejase ir arriba.

Y cuando el fuego en la carretera se apagó, las ratas volvieron, se echaron sobre el caballo muerto, lo arrastraron a través del cementerio parroquial hasta el horno de ladrillos y lo devoraron hasta el amanecer, sin que nadie se atreviera a estorbarlas...

II

Redwood fue a ver a Bensington a eso de las once de la mañana del día siguiente, con la «segunda edición» de tres periódicos en las manos.

Bensington levantó la vista de su desalentada meditación sobre las páginas de la novela más distraída que el bibliotecario de Brompton Road había sido capaz de encontrarle.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Dos hombres picados cerca de Chartham.

—Debieron de habernos dejado quemar aquel nido. Realmente,

la culpa es suya.

—¡Claro que es suya la culpa! —exclamó Redwood.

—¿Sabe usted algo de la compra de la granja?

—El corredor de fincas —dijo Redwood— es un sujeto de una boca muy grande y madera compacta. Pretende que hay alguien, otra persona, que también quiere comprar la finca. Siempre dicen lo mismo, ¿sabe usted? Y no quiere comprender la prisa. «Es cuestión de vida o muerte», le dije. «¿No lo comprende usted?». Entornó los ojos, y contestó: «Entonces, ¿por qué no se decide usted a pagar doscientas libras más?». Prefiero vivir en un mundo invadido de avispa a ceder ante la inquebrantable estupidez de ese asqueroso sujeto. Yo...

Se calló, pensando que una declaración como ésta podría estropearse fácilmente según cuál fuera su conclusión.

—¿Sería mucho esperar —preguntó Bensington— que una de las avispa...

—La avispa no tiene más idea de la utilidad pública que la que pueda tener... que la que pueda tener un corredor de fincas —repuso Redwood.

Siguió hablando, durante un buen rato, de corredores de fincas, procuradores y otra gente de la misma calaña, del modo injusto y poco razonable que acostumbra a hablar mucha gente cuando se trata de hacer cálculos sobre proyectados negocios. (De todas las estupideces de este estúpido mundo, la más estúpida de todas, a mi entender, consiste en que mientras se da por sentado, como la cosa más natural, que un médico o un soldado deben tener un alto sentido del honor, del valor y de la eficiencia, a un procurador o a un corredor de fincas no sólo se le permite, sino que ya se acepta de antemano, que no debe mostrar otra cosa que una especie de codiciosa, untuosa y marrullera imbecilidad). Y luego, sintiéndose bastante aliviado, se dirigió a la ventana y permaneció allí, contemplando el tránsito de Sloane Street.

Bensington había dejado su novela, la más emocionante que concebirse pudiera, sobre la mesa. Entrelazó los dedos de las manos con mucho cuidado y se puso a contemplarlos.

—Redwood, ¿hablan mucho de nosotros? —preguntó.

—No tanto como esperaba.

—¿No irán a denunciarnos?

—En absoluto. Pero, por otro lado, no apoyan lo que yo les indico que debe hacerse. He escrito a *The Times*, ¿sabe usted?, explicándolo todo...

—Aquí tenemos el *Daily Chronicle* —dijo Bensington.

—Y *The Times* ha publicado un largo editorial sobre el tema, un editorial de primera, muy bien escrito, con tres latinajos al estilo *The Times* (uno de ellos es *statu quo*), y se lee como si fuera directamente la voz de Alguien Impersonal de la Mayor Importancia, enfermo de Cefalea Gripal, hablando a través de páginas y más páginas de fieltro, sin que mejorara en nada su dolencia. Al leer entre líneas, ¿sabe usted?, queda claro que *The Times* considera, inútil paliar los hechos, y que algo (indefinido, naturalmente) tiene que hacerse de inmediato. De otro modo habrá indudablemente consecuencias más indeseables... *The Times* es inglés ¿sabe usted?, porque aumentarán las avisvas y las picaduras. ¡Un artículo digno de un gran hombre de gobierno!

—Y mientras tanto nuestra obra se desparrama por todas partes en forma desagradable.

—Así es.

—¡Me pregunto si Skinner tendría razón en lo de esas ratas gigantes...!

—¡Oh, no! Eso sería demasiado —dijo Redwood.

Se acercó a Bensington y se quedó de pie junto a su silla.

—Y a propósito —dijo bajando imperceptiblemente el tono de la voz—, ¿sabe ella...?

E indicó la cerrada puerta.

—¿Quién? ¿Mi prima Jane? Pues, sencillamente, no sabe nada de todo eso. No nos relaciona con ese asunto y no quiere leer los artículos. «¡Avisvas gigantes! —dice—. ¡No tengo suficiente paciencia para leer los periódicos!».

—Tenemos suerte —murmuró Redwood.

—Supongo que la señora Redwood...

—No —dijo Redwood—, ahora precisamente da la casualidad de que... se halla muy preocupada por el niño. Y es que, ya sabe, el niño sigue adelante.

—¿Creciendo?

—Sí. Ha aumentado un kilo doscientos treinta gramos en diez días. Ya pesa cerca de veintiocho kilos. Y tiene sólo seis meses.

Naturalmente, la cosa es alarmante...

—¿Con buena salud?

—Muy vigoroso. La niñera nos deja porque el niño patalea con demasiada fuerza. Y todo le queda chico, claro está. Todo, absolutamente todo tiene que rehacerse, la ropa y todo lo demás. Al cochecillo —un asunto sin importancia— se le rompió una rueda, y tuvimos que llevar al chico a casa en la carretilla del lechero. Toda la gente mirando... Y hemos tenido que volver a poner a Georgina Phyllis en la cuna del chico para poderle poner a él en la cama de Georgina Phyllis. Su madre está, como es natural, muy alarmada. Al principio se sentía muy orgullosa e inclinada a elogiar a Winkles. Pero ahora ya no. Tiene la sensación de que aquello no puede ser sano. Usted ya sabe.

—Creí que intentaba usted disminuir las dosis progresivamente.

—Lo intenté, desde luego.

—¿Y no dio resultado?

—Rugidos, dio. Lo corriente es que el grito de un niño sea fuerte y desesperante, y tiene que ser así por el bien de la especie... Pero desde que ha estado sometido al tratamiento con Heracleoforbia...

—¡Mmm! —murmuró Bensington mirándose los dedos con más resignación de la que había demostrado hasta entonces.

—Prácticamente el asunto acabará por saltar. La gente oirá hablar de este niño, lo relacionará con las gallinas y lo demás, y todo lo que ocurre llegará a oídos de mi mujer... Saber cómo se lo tomará es algo de lo que no tengo la más remota idea.

—Es muy difícil —dijo Bensington— establecer un plan... ciertamente.

Se quitó los lentes y los limpió con cuidado.

—Ése es otro caso de lo que está ocurriendo continuamente. Nosotros —si es que puedo aspirar al adjetivo— los científicos, trabajamos siempre, como es natural, para obtener un resultado teórico, un resultado puramente teórico. Pero, incidentalmente, ponemos en marcha una serie de fuerzas... que son unas fuerzas nuevas. No podemos dominarlas... y no hay nadie que pueda hacerlo. Prácticamente, Redwood, el asunto se nos ha escapado de las manos. Nosotros proporcionamos el material...

—Y ellos —dijo Redwood volviéndose hacia la ventana— adquieren la experiencia.

—Mientras persista el jaleo de Kent, no estoy dispuesto a ocuparme más del problema.

—A menos de que sea éste el que se ocupe de nosotros.

—Exacto. Y si les gusta importunarnos con procuradores y picapleitos y obstrucciones legales y poderosísimas consideraciones del orden de la tontera, hasta que se haya obtenido una gran diversidad de especies gigantes de sabandijas ya bien establecidas... Las cosas siempre han sido embrolladas, Redwood. ¿No le parece?

Redwood trazó en el aire una línea retorcida y complicada.

—Y nuestro interés radica en este momento en su hijo.

Redwood dio media vuelta y se acercó a su colaborador mirándolo fijamente.

—¿Qué piensa usted de él, Bensington? Usted puede mirar esta cuestión con más imparcialidad que yo. ¿Qué voy a hacer con él?

—Pues seguir alimentándolo.

—¿Con Heracleoforbia?

—Con Heracleoforbia.

—Pero así crecerá mucho...

—Crecerá, según lo que yo puedo calcular de las gallinas y avispas, hasta alcanzar la altura de diez metros y medio... con todo lo demás en proporción...

—¿Y qué hará entonces?

—Eso es precisamente —repuso Bensington— lo que hace que el experimento sea tan interesante.

—¡Pero, hombre! ¡Piense en su ropa! —exclamó Redwood—. Y cuando haya crecido del todo será como un Gulliver solitario en un mundo de pigmeos.

La mirada de Bensington, por encima de la montura de oro de sus lentes, estaba preñada de intención.

—¿Por qué solitario? —preguntó con voz opaca—. ¿Por qué solitario?

—¿Pero usted no va a proponer...?

—He dicho —explicó Bensington con la complacencia propia del hombre que acaba de pronunciar una buena frase, llena de significado—: ¿Por qué solitario?

—¿Quiere decir que se podría criar a otros niños?

—No quiero decir nada más allá de mi pregunta.

Redwood empezó a andar de un lado para otro.

—¡Por supuesto! —dijo—. Se podría... ¡Pero así y todo! ¿A dónde vamos a llegar?

Evidentemente, Bensington disfrutaba con su actitud de elevada indiferencia intelectual.

—Lo que más me interesa de todo, Redwood, es pensar que su cerebro, en la cúspide de su persona, también se encontrará, según la línea de mi raciocinio, a unos diez metros y medio por encima de nuestro nivel... ¿Qué ocurre?

Redwood estaba de pie, apoyado en la ventana, mirando el anuncio del carruaje distribuidor de periódicos que iba traqueteando calle arriba.

—¿Qué ocurre? —repitió Bensington levantándose.

Redwood profirió una violenta interjección.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo Bensington.

—Voy a buscar el periódico —dijo Redwood yendo hacia la puerta.

—¿Por qué?

—Voy a buscar el periódico. Algo que no acabo de entender... ¡Ratas gigantes...!

—¿Ratas?

—Sí, ratas. ¡Skinner tenía razón, después de todo!

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo diablos voy a saberlo hasta que no vea el periódico?

—¡Grandes ratas! ¡Buen Dios! ¡Me pregunto si se lo habrán comido! —Miró alrededor de sí, buscando el sombrero y se decidió a salir sin él.

Al ir bajando los peldaños de dos en dos, pudo oír el tronar de los potentes gritos de los vendedores de periódicos que estaban haciendo su agosto:

—¡Horrible suceso en Kent...! ¡Horrible suceso en Kent! ¡Un médico devorado por las ratas...! ¡Horrible suceso...! ¡Horrible suceso...! ¡Ratas...! ¡Devorado por unas ratas enormes...! ¡Con todos los detalles...! ¡Horrible suceso!

III

Cossar, el bien conocido ingeniero, los encontró en la gran entrada del bloque de pisos. Redwood tenía abierto el húmedo periódico rosado, y Bensington, de puntillas, leía por encima del hombro del otro. Cossar era un gran hombretón, de brazos y piernas flacas y poco elegantes que parecían colocados por casualidad en los ángulos más convenientes de su cuerpo, y un rostro como una talla de madera abandonada en su realización y demasiado poco prometedora para merecer el acabado. La nariz había sido dejada cuadrada y la mandíbula se proyectaba más allá de la línea del maxilar superior. Resollaba más que respiraba. Pocas personas podrían considerarlo guapo. Tenía el pelo enteramente tangencial y su voz, que emitía con muy poca frecuencia, tenía un tono alto y generalmente una calidad de amarga protesta. Siempre llevaba traje gris y sombrero de copa. Cossar metió su enorme mano rojiza en el abismal bolsillo de su pantalón, pagó al cochero y subió los peldaños jadeando con resolución, un ejemplar del periódico cogido por la mitad como el rayo de Júpiter.

—¿Skinner? —decía Bensington sin darse cuenta de la llegada de Cossar.

—No queda nada de él —dijo Redwood—. Seguramente los habrán devorado a los dos. Es demasiado terrible... ¡Hola, Cossar!

—¿Es cosa de ustedes? —preguntó Cossar mostrando el periódico—. Bueno, ¿por qué no acaban de una vez? ¡Por favor!

Y añadió, gritando:

—¿Quieren comprar la finca? ¡Qué tontería! ¡Quemarla es lo que hay que hacer! Ya sabía yo que ustedes lo enredarían todo, ¿qué van a hacer ahora? Pues... lo que yo les diga.

»¿Usted? Eche usted calle arriba hasta el armero, claro. ¿Para qué? A buscar armas. Sí... sólo hay una tienda. ¡Compre ocho fusiles! Rifles. ¡No! ¡Rifles para elefantes, no...! Demasiado grandes. Ni fusiles de los que usa el ejército... demasiado pequeños. Diga que es para matar... un toro. ¡Diga que es para ir a cazar búfalos! ¿Ve usted? ¿Eh? ¿Ratas? ¡No! ¿Cómo diablos podrían comprenderlo...? Porque necesitamos ocho. ¡Y compre gran cantidad de municiones...! ¡No! Póngalo todo en un coche y vaya... ¿dónde está eso? ¿Urshot? A la estación de Charing Cross, entonces. Hay un tren... Coja el primero que salga después de las dos. ¿Cree usted

que podrá hacerlo? Perfectamente. ¿Licencia? Claro, vaya a buscar ocho a la oficina de Correos. Licencias para fusil, ¿comprende usted? No para escopeta. ¿Por qué? ¡Porque son ratas, hombre...! Y usted, Bensington, ¿tiene teléfono? ¿Sí? Llamaré a cinco de mis amigos de Ealing. ¿Por qué cinco? ¡Porque es el número apropiado...!

«¿A dónde va usted, Redwood? ¡A coger su sombrero! ¡Tonterías! Aquí tiene el mío. ¡Lo que usted necesita son fusiles... no sombreros, hombre! ¿Tiene usted dinero? ¿Suficiente? Muy bien. Hasta la vista».

«¿Dónde está el teléfono, Bensington?».

Bensington giró obedientemente sobre sus talones y despejó el camino.

Cossar utilizó el aparato y luego colgó el auricular.

—Luego hay las avispas —dijo—. Azufre y nitrato son la solución. Evidentemente. Sulfato de cal. Usted es químico. ¿Dónde puedo adquirir azufre a toneladas en sacos portables? ¿Para qué? ¡Pero, hombre! ¡Válgame Dios...! ¡Para ahumar el nido, qué caray! Supongo que debe hacerse con azufre, ¿eh? Usted que es químico, dígame... El azufre es lo mejor, ¿eh?

—Sí, creo que lo mejor será el azufre.

—¿No hay nada mejor...?

«Bien. Eso es cosa de usted. Perfectamente. Coja tanto azufre como pueda... y nitrato para que arda bien. ¿A dónde hay que enviarlo? A *Charing Cross*. Adelante. Océpese de que se haga. En seguida. ¿Algo más?».

Se quedó pensando un momento.

—Sulfato de cal... o cualquier clase de yeso... para taponar el nido... los agujeros, ¿entiende? De eso será mejor que me ocupe yo mismo.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—Azufre.

—Una tonelada. ¿De acuerdo?

Bensington se afianzó los lentes con mano trémula de determinación.

—Bien —murmuró muy secamente.

—¿Lleva dinero en el bolsillo? —preguntó Cossar.

—Cheques.

—¡Al cuerno los cheques! Es posible que no lo conozcan. Pague al contado. Es obvio. ¿Dónde está su banco? Bien. Entre al pasar por allí y saque cuarenta libras... en billetes y en oro.

Otra meditación.

—Si dejamos esta tarea a los funcionarios públicos dejarán todo Kent hecho un guñapo —dijo Cossar—. Bueno, ¿hay algo más? ¡No! ¡¡Eh!!

Alargó una enorme mano hacia un cabriolé que se detuvo convulsivamente ansioso de servirlo.

—¿Coche, señor? —preguntó el cochero.

—Evidentemente —dijo Cossar; y Bensington, aún sin sombrero, bajó desmañadamente los peldaños y se preparó a subir en el coche.

—Me parece —dijo con una mano puesta en la manta de cuero del cabriolé y echando una repentina mirada a las ventanas de su piso— que debería decírselo a mi prima Jane...

—Ya se lo explicará usted cuando vuelva —repuso Cossar empujándolo con la manaza extendida sobre su espalda...

—Son unos muchachos muy inteligentes —subrayó Cossar—, pero desprovistos de toda iniciativa. ¡Vaya con la prima Jane! La conozco. ¡Al cuerno todas las primas Janes! El país se halla infestado de ellas. Supongo que tendré que pasarme toda la maldita noche vigilando que hagan lo que ellos saben muy bien que tienen que hacer. No sé si serán los trabajos de investigación lo que los hace ser de este modo, o la prima Jane, o qué.

Apartó de su mente este oscuro problema, meditó unos momentos mirando su reloj y decidió que tenía el tiempo justo para dejarse caer en un restaurante a comer antes de salir en busca de yeso y de transportarlo a *Charing Cross*.

El tren salía a las tres y cinco, y Cossar llegó a *Charing Cross* a las tres menos cuarto para encontrar a Bensington en acalorada discusión con los policías y su cochero, y con Redwood en la oficina de embalajes, enredado en alguna complicación técnica sobre sus municiones. Todo el mundo pretendía hacer ver que no sabía nada o que no tenía autoridad para resolver nada, de aquel modo tan peculiar en los empleados de la Compañía del Sudeste cuando se dan cuenta de que uno lleva mucha prisa, porque no saben nada, o porque no tienen autoridad.

—¡Es una pena que no se pueda fusilar a todos estos empleados y poner aquí un lote nuevo! —remarcó Cossar exhalando un suspiro.

Pero el tiempo era demasiado limitado para ejecutar nada fundamental, y así Cossar, sin hacer caso de esas controversias menores, logró desenterrar en algún oscuro escondrijo lo que puede que fuera y puede que no el jefe de estación, fue de un lado a otro de la estación, llevándolo agarrado del brazo y dando órdenes en su nombre, y salió de la estación con todo el mundo antes de que aquel digno funcionario se hubiese dado cuenta cabal de las infracciones a los reglamentos y de las costumbres más sagradas que se estaban cometiendo.

—¿Quién era ése? —preguntó el supuesto jefe de estación, acariciándose el brazo al que Cossar se había agarrado y sonriendo cejijunto.

—Era un caballero, señor —dijo un mozo de cuerda—. Él y sus amigos viajan en primera.

—Bien, hemos arreglado sus cosas con rapidez... sean quien fueren —dijo el supuesto jefe frotándose el brazo con algo aproximado a la satisfacción.

Y al volverse lentamente, pestañeando bajo la desacostumbrada luz del día, hacia aquel digno retiro donde los altos empleados de *Charing Cross* se refugian de las inoportunidades del vulgo, sonrió aún al recordar su poca acostumbrada energía. Era una revelación gratificante de sus propias posibilidades, a pesar del calambre del brazo. En aquel momento deseaba que hubiera sido posible que algunas de esas personas comodonas que critican la dirección de los ferrocarriles le hubiesen podido ver.

IV

A las cinco de la tarde aquel asombroso Cossar, sin ninguna apariencia de prisa, había sacado de la estación de Urshot todo su material de lucha contra el Engrandecimiento insurgente y lo había puesto en ruta para Hickleybrow. En Urshot había comprado dos

barriles de parafina y una carga de ramalla seca; abundantes sacos de azufre, ocho fusiles para caza mayor con su correspondiente munición, tres armas ligeras de retrocarga, con perdigones, para las avispas, un hacha pequeña, dos hoces, un pico y tres palas, dos rollos de cuerda, algunas botellas de cerveza, soda y *whisky*. Una gruesa de paquetes de polvos raticidas y provisiones de boca para tres días que habían venido de Londres. Todas estas cosas las había mandado en un vagón de heno y otro de carbón, del modo más natural del mundo, excepto los fusiles y municiones que había acondicionado debajo de un asiento del birlocho del Red Lion, destinado a transportar a Rewood y a los cinco hombres escogidos que habían llegado a Ealing a requerimiento de Cossar.

Cossar condujo todas aquellas transacciones con un aire de naturalidad invencible, a pesar de que Urshot estaba presa de pánico a causa de las ratas y todos los carreteros tuvieron que ser pagados con tarifas especiales. Todas las tiendas del lugar estaban cerradas, apenas se veía un alma por la calle, y al llamar a una puerta lo que se abría era una ventana. Cossar pareció que consideraba que la transacción de los negocios desde las ventanas fuese un método enteramente legítimo y justificado. Finalmente, él y Bensington se acomodaron en el carro del Red Lion y se pusieron en marcha con el birlocho para alcanzar el equipaje, cosa que consiguieron pasado el cruce de carreteras, y así llegaron los primeros a Hickleybrow.

Bensington, con un fusil entre las piernas, sentado al lado de Cossar en el carro, fue desarrollando un asombro largamente germinado. Todo lo que estaban haciendo era, sin duda, tal como insistía en decirlo Cossar, lo único que evidentemente debía hacer, sólo que... ¡Es tan raro que en Inglaterra se haga lo único que evidentemente debe hacerse! Recorrió con la mirada a su vecino, desde los pies hasta las audaces manos que sostenían las riendas. Al parecer, Cossar no había conducido nunca hasta entonces, y estaba guardando la línea de menor resistencia por el mismo centro de la carretera, inducido sin duda por alguna idea propia seguramente práctica, pero ciertamente poco usual.

«¿Por qué no hacemos todos lo que es práctico? —pensó Bensington—. ¡Cómo andaría el mundo si todos lo hicieran!

Vamos a ver, por ejemplo, ¿por qué no hago yo un montón de

cosas que me consta que estarían muy bien hechas, cosas que yo precisamente quiero hacer? ¿Será que todo el mundo es así, o es algo peculiar de mí mismo?». Y se enfrascó en complicadas especulaciones sobre la Voluntad. Pensó en las complejas futilidades de la vida cotidiana, y en contraste con ellas las sencillas y manifiestas cosas que uno debiera hacer, las agradables y espléndidas cosas que habría que hacer, y que ciertas influencias increíbles no nos permitirán hacerlas nunca. ¿La prima Jane? Percibió que la prima Jane era un factor muy importante en aquella cuestión, por alguna razón sutilísima y difícil de aclarar. ¿Por qué motivo, después de todo, tenemos que comer, beber, dormir, permanecer solteros, ir a tal sitio, abstenernos de ir a tal otro, por deferencia a la prima Jane? Ella se volvía simbólica sin dejar de ser incomprensible...

Un portillo y un sendero a campo traviesa le llamaron la atención y le trajo a la memoria aquel otro día feliz, tan reciente en el tiempo y tan remoto en sus emociones, cuando había ido caminando desde Urshot a la Granja Experimental para ver los pollos gigantes...

El destino juega con nosotros.

—¡Arre, arre! —dijo Cossar—. Prepárense.

Era avanzada la tarde, sin un soplo de aire, y el polvo formaba una capa espesa en la carretera. Había muy poca gente visible, pero los ciervos, al otro lado de la empalizada del parque, pacían en completa tranquilidad. Vieron un par de grandes avispas despojando un grosellero silvestre en las afueras de Hickleybrow, y otra que se estaba paseando arriba y abajo sobre el cristal del escaparate de una pequeña tienda de comestibles en la calle del pueblo, buscando entrar. El tendero era vagamente visible en el interior; llevaba una escopeta en la mano, y vigilaba atentamente los esfuerzos del insecto. El conductor del carricoche se detuvo frente al local de los Jolly Drivers, informando a Redwood de que su parte del contrato quedaba cumplida.

En esta cuestión fue inmediatamente apoyado por los conductores del coche y del carro. No sólo sostuvieron todo lo dicho, sino que se negaron a que los caballos siguieran hasta más lejos.

—Esas ratas grandes se enloquecen por los caballos —iba

repitiendo el carretero.

Cossar examinó el alcance de la controversia durante un momento.

—Saquen todo fuera del carricoche —dijo, y uno de sus hombres, un mecánico alto, rubio y sucio, obedeció.

—Deme ese fusil —dijo Cossar.

Y a continuación se colocó entre los carreteros.

—No necesitamos más de ustedes —concedió—, pero necesitamos los caballos. Pueden protestar lo que les venga en gana.

Ellos empezaron a discutir, pero Cossar siguió hablando.

—Si intentan atacarnos, les dispararé contra las piernas en defensa propia. Los caballos continuarán su camino.

Y dio el incidente por terminado.

—Súbase al coche, Flack —ordenó a un hombrecillo tieso como un alambre. Y a otro—: Boon, encárguese del carro.

Los dos carreteros estallaron de indignación.

—Han cumplido ustedes con su deber para con sus patrones —dijo Redwood—. Quédense en este villorio hasta nuestro regreso. Nadie se los echará en cara, puesto que nosotros estamos armados. No queremos hacer nada que sea injusto ni violento, pero la ocasión no admite demoras. Si algo ocurriera a los caballos, los indemnizaré enteramente.

—Ya está bien —dijo Cossar, que raras veces hacía promesas.

Dejaron el carricoche, y los hombres que no conducían siguieron a pie. Cada hombre con su fusil. Era la más rara expedición que pudiera contemplarse en una carretera provincial inglesa, más parecida a una expedición yanki en pos del viejo Oeste de los indios.

Siguieron carretera arriba, hasta llegar al portillo que había en la cumbre de la colina, desde donde se divisaba la Granja Experimental. Allí se encontraron con un pequeño grupo de hombres con un fusil o dos —los dos Fulcher estaban entre ellos—, y uno del grupo, un forastero de Maidstone, permanecía algo destacado de los demás observando el panorama con unos prismáticos de teatro.

Estos hombres se volvieron y contemplaron al grupo capitaneado por Redwood.

—¿Algo nuevo? —preguntó Cossar.

—Las avispas van y vienen —contestó el viejo Fulcher—, pero no puedo ver si llevan algo.

—La enredadera amarilla ya se ha metido entre los pinos —dijo el hombre de los prismáticos—, y esta mañana aún no había llegado allá. Se la puede ver crecer mientras se la observa.

Se quitó un pañuelo del bolsillo y limpió los lentes de los prismáticos con cuidadosa deliberación.

—Supongo que irán ustedes allí —aventuró Skelmersdale.

—¿Quiere venir con nosotros...? —dijo Cossar.

Skelmersdale pareció vacilar.

—La faena durará toda la noche.

Skelmersdale decidió no ir.

—¿Hay ratas por ahí? —preguntó Cossar.

—Había una en los pinos esta mañana... cazando conejos, eso creemos.

Cossar se inclinó un poco, y aceleró el paso para alcanzar a los demás.

Bensington, al volver a ver la Granja Experimental, pudo calibrar el vigor del Alimento. Su primera impresión consistió en ver la casa más pequeña de lo que creía, mucho más pequeña; su segunda impresión fue la de tener que constatar que toda la vegetación situada entre la casa y el pinar se había desarrollado extraordinariamente. El tejadillo sobre el pozo sobresalía un poco en medio de matorrales de hierba de una altura de dos metros y medio, y la enredadera amarilla se enroscaba alrededor de la chimenea y gesticulaba con sus tiesos zarcillos en dirección al cielo. Sus flores eran unas vividas manchas amarillas, distintas y perfectamente visibles como motas separadas a casi una milla de distancia. Un gran cable verde se había enroscado alrededor y a través de los grandes cercados de alambre del gallinero, echando retorcidos tallos cubiertos de hojas alrededor de los majestuosos pinos. A mitad de la altura de éstos llegaba el seto de ortigas que daba la vuelta por detrás de la cochera. Al irse acercando, todo iba tomando el aspecto, cada vez más acentuado, de una incursión de pigmeos a una casa de muñecas olvidada en el rincón de un gran jardín.

Vieron que había un gran tráfico de idas y venidas en el avispero. Un enjambre de formas negras se entrelazaba en el aire,

por encima del rojizo cerro más allá del pinar, y de vez en cuando una de las avispas partía hacia el firmamento a una velocidad increíble, elevándose hacia cierto objeto lejano. Su zumbido podía oírse a un kilómetro de distancia de la Granja Experimental. En una ocasión uno de los monstruos listados de amarillo descendió hacia ellos, quedando suspendido en el espacio durante unos momentos y mirándolos con sus grandes ojos, pero ante un disparo poco efectivo de Cossar, salió disparado como una flecha. En un rincón del campo, a la derecha y a bastante distancia, algunas avispas arrastraban algo por el suelo, y por la roída osamenta de lo que constituía probablemente los restos del cordero que las ratas llevaron a rastras desde la granja de Huxter. Los caballos se fueron impacientando a medida que se acercaban a aquellas bestias. Ninguno de los que formaban parte del grupo era experto en la conducción de caballerías, y tuvieron que destinar a un hombre para cada caballo, con la misión de llevarlo del ronزال y atentarlo de viva voz.

Nada pudieron ver de las ratas al aproximarse a la casa, y todo parecía estar perfectamente quieto excepto el creciente y decreciente «juzzzzzzZZZ, juuuuzuuuu» del avispero.

Llevaron los caballos hasta el patio, y uno de los hombres de Cossar, al ver la puerta abierta —la parte central de la puerta había sido roída por completo—, se metió en la casa. Nadie lo echó de menos por el momento, ya que los demás se hallaban ocupados con los barriles de parafina, y la primera noticia que tuvieron de su separación del grupo fue la detonación de su fusil y el zumbido de un proyectil. «Bang, bang», dispararon los dos cañones, y la primera bala, a lo que parece, traspasó el barril de azufre destrozando una duela en el punto de salida y llenando la atmósfera de polvo amarillo. Redwood, que no había soltado su fusil, disparó contra algo grisáceo que pasó brincando por su lado. Le quedó la imagen de los anchos cuartos traseros, el largo rabo escamoso, y las alargadas plantas de las patas traseras de una rata, y disparó otra vez. Vio como Bensington caía, mientras el animal desaparecía a la vuelta de la esquina.

Entonces, durante un buen rato, todo el mundo estuvo ocupado disparando. Durante tres minutos las vidas se vendieron baratas en la Granja Experimental, y las detonaciones de los fusiles llenaron la

atmósfera. Redwood, excitado y sin prestar atención a Bensington, salió en persecución de lo que fuere, y fue derribado por una masa de fragmentos de ladrillos, mortero, yeso y listones podridos que le cayeron encima volando al atravesar una bala la pared.

Se encontró sentado en el suelo, con sangre en las manos y en los labios, y una quietud que se extendía a su alrededor.

Entonces, una voz sin ningún matiz exclamó desde dentro de la casa:

—¡Ehhh!

—¡Hola! —exclamó Redwood.

—¡Hola! ¿Qué tal? —contestó la voz, y añadió—: ¿La han cogido?

El deber de la amistad resucitó en Redwood.

—¿Está herido el señor Bensington? —preguntó.

El hombre del interior no lo oyó bien.

—Nadie tiene la culpa si no lo estoy —dijo la voz desde adentro.

Redwood advirtió con claridad que era posible que hubiera herido a Bensington. Se olvidó de los cortes en la cara, y levantándose penetró en el edificio para encontrarse con Bensington sentado en el suelo y frotándose el hombro. El científico lo miró por encima de los lentes.

—La hemos acribillado, Redwood —explicó—. Intentó saltar por encima de mí y me derribó. Pero yo le di con ambos cañones, y ¡caramba!, ¡por la forma que me duele estoy seguro de que me ha herido en el hombro! Un individuo apareció en el umbral.

—Le he metido una bala en el pecho y otra en el costado —dijo.

—¿Dónde están los carruajes? —preguntó Cossar apareciendo en medio de una espesura de hojas gigantes de la enredadera amarilla.

Se hizo evidente, ante la estupefacción de Redwood, primero, que nadie había resultado herido, y que, segundo, el birlocho y el carro se habían desviado unos cincuenta metros y se hallaban, con las ruedas atascadas, entre las enredadas distorsiones del huerto de Skinner. Los caballos habían cesado de tirar. A mitad de la distancia, el roto barril de azufre yacía en el sendero, con una nube de polvo sulfúreo planeando por encima, Redwood se lo indicó a Cossar y se dirigió hacia el lugar.

—¿Alguien ha visto a esa rata? —gritó Cossar siguiéndolo—. Le di un tiro en las costillas, y otro en pleno hocico, al revolverse

contra mí.

Otros dos hombres se les unieron mientras intentaban desatascar las ruedas.

—Yo he matado a la rata —dijo uno de ellos.

—¿La han cogido ya? —preguntó Cossar.

—Jim Bates la ha encontrado detrás del seto. Le di en el mismo momento de doblar la esquina... La bala entró por detrás del hombro.

Cuando las cosas volvieron a estar un poco en orden, Redwood fue a contemplar el gigantesco y deforme cadáver. La bestia yacía de costado, con el cuerpo levemente doblado. Sus dientes de roedor, sobresaliendo de su mandíbula hundida, daban a aquella cara un aspecto de debilidad colosal, de enclenque avidez. No parecía en absoluto ni feroz ni terrible. Sus patas delanteras recordaban unas manos flacas y consumidas. Exceptuando un limpio agujero redondo de bordes chamuscados, a ambos lados del cuello, la bestia estaba absolutamente intacta. Redwood meditó sobre este hecho durante algún rato.

—Debieron ser dos ratas —dijo, por fin, alejándose.

—Sí. La que fue acribillada por todos escapó.

—Estoy seguro de que mi tiro...

Un zarcillo de enredadera amarilla, atareado con aquella misteriosa búsqueda de un sostén que constituye el oficio de un zarcillo, se inclinó amablemente hacia el cuello de Redwood, y le hizo dar un presuroso salto a un costado.

—Juu-z-z-z-z-z-z-Z-Z-Z —se oyó en el distante avispero—. Juu-uu-zuu-uu.

V

El incidente mantuvo alerta al grupo expedicionario, pero no lo trastornó.

Metieron sus pertrechos en la casa, la cual, evidentemente, había sido saqueada por las ratas después de la huida de la señora Skinner, y cuatro de los hombres se encargaron de devolver los

caballos a Hickleybrow. Arrastraron la rata muerta a través del seto hasta dejarla en posición tal que pudiera verse desde las ventanas de la casa, e incidentalmente se encontraron con un enjambre de tijeretas gigantes en una zanja. Estos animales se dispersaron precipitadamente, pero Cossar pudo alcanzar un número incalculable de patas y mató muchas tijeretas a taconazos y a culatazos. Luego dos de los hombres se abrieron camino a hachazo limpio a través de los tallos principales de la enredadera amarilla, en realidad enormes cilindros de más de cincuenta centímetros de diámetro, que surgían al lado del sumidero en la parte trasera del edificio. Y mientras Cossar ponía la casa en orden para pasar la noche, Bensington, Redwood y uno de los electricistas auxiliares se dirigieron cautelosamente a explorar los gallineros en busca de ratoneras.

Dieron un gran rodeo alrededor de las ortigas gigantes, porque estos enormes hierbajos los amenazaban con espinas envenenadas de cerca de tres centímetros de largo. Luego, al dar la vuelta al roído y desmantelado portillo, un poco más allá, se encontraron súbitamente con la enorme garganta cavernosa de las más occidental de las ratoneras, maloliente sima que les hizo ponerse muy juntos y en hilera.

—Espero que saldrán —dijo Redwood dando una ojeada al cobertizo del pozo.

—Si no salen... —reflexionó Bensington.

—Saldrán —afirmó Redwood.

Se quedaron meditando.

—Si nos metemos dentro tendremos que conseguir algún tipo de luz —dijo Redwood.

Subieron por un pequeño sendero de blanca arena a través del pinar, y en seguida se detuvieron al divisar el avispero.

El sol se iba al ocaso, y las avispas regresaban a su hogar en busca de refugio; sus alas, bajo la dorada luz poniente, formaban veloces halos que giraban a su alrededor. Los tres hombres se quedaron acechando desde abajo de los árboles —no se sentían con ánimos para ir hasta el confín del bosque— y permanecieron observando cómo aquellos tremendos insectos descendían y se arrastraban unos pasos para entrar en el avispero y desaparecer.

—Estarán quietas un par de horas... —dijo Redwood—. Me

siento muchacho otra vez.

—No podemos equivocarnos —dijo Bensington—, por oscura que sea la noche. Y a propósito... que hay sobre la luz...

—Luna llena —dijo el electricista—. Ya me he enterado.

Regresaron por el mismo camino y consultaron con Cossar.

Éste dijo que «evidentemente» debían transportar el azufre, el nitrato y el yeso a través del bosque antes del crepúsculo, y a este efecto descargaron y transportaron los sacos. Después de los gritos necesarios para dar las instrucciones preliminares, no se pronunció ni una sola palabra, y al irse amortiguando el zumbido de las avispas en el avispero, apenas podía oírse otra cosa en el mundo que no fuesen las pisadas, el pesado respirar de los hombres cargados y el ruido sordo de los sacos al ser descargados. Se hicieron turnos para realizar aquella tarea en la que colaboraron todos excepto Bensington, manifiestamente inútil para estos menesteres. Se quedó de centinela en el dormitorio de los Skinner, con un rifle en la mano, vigilando la carcasa de la rata muerta, mientras los demás siguieron con los turnos para descansar del transporte de los sacos y para quedar de guardia en parejas vigilando las ratoneras desde detrás del ortigal. Los sacos polínicos de las ortigas estaban maduros, y de vez en cuando la velada se animaba con su dehiscencia, y el estallido de los sacos sonaba como un disparo de pistola; entonces los granos de polen, grandes como perdigones, resonaban a todo su alrededor.

Bensington permanecía sentado detrás de su ventana en un sillón tapizado con cuero de caballo, el respaldo cubierto con una harapienta funda que había dado un toque de distinción al salón de los Skinner durante buenos años. Dejó apoyado el rifle en el alféizar de la ventana, mientras sus lentes vigilaban, en la creciente tiniebla, a veces la oscura masa de la rata muerta y otras veces vagaban a su alrededor en curiosa meditación. Se olía un poco a parafina porque uno de los barriles rezumaba, y este olor se mezclaba con el menos desagradable procedente de la tronchada y aplastada enredadera.

En el interior, cuando Bensington volvió la cabeza, le llegó una mezcla de sutiles olores domésticos: cerveza, queso, manzanas podridas y calzado viejo como temas principales; le trajeron reminiscencias de los desaparecidos Skinner. Contempló durante un buen rato la habitación sumida en la penumbra. Los muebles habían

sido muy desordenados —quizá por parte de alguna rata inquisitiva — pero una chaqueta colgada de una percha detrás de la puerta, una navaja de afeitar junto a unos sucios pedacitos de papel y un trozo de jabón que, gracias a innumerables años de desuso, se había endurecido en una especie de cubo, recordaban la distintiva personalidad de Skinner. Se le ocurrió a Bensington, con una sensación de completa novedad, que, con toda probabilidad, el hombre aquel había sido muerto y devorado, al menos en parte, por el monstruo que ahora yacía muerto, allí, en la oscuridad.

¡Y pensar a lo que puede conducir un descubrimiento químico aparentemente inofensivo!

Allí estaba él, en la tranquila Inglaterra, y, no obstante, bajo la inminencia de infinitos peligros, con un fusil, en una casa medio derruida iluminada por el crepúsculo, alejado de cualquier comodidad y con el hombro espantosamente magullado por el retroceso del fusil, y... ¡por Júpiter!

Se dio cuenta entonces de lo profundo que el orden del universo había cambiado para él. Se había metido directamente en aquella pavorosa aventura, ¡sin decir una palabra de ello a su prima Jane!

¿Qué estaría pensando de él?

Intentó imaginárselo y no pudo. Se sintió invadido por la extraordinaria sensación de que ella y él se habían despedido para siempre y de que jamás volverían a encontrarse. Tuvo también la impresión de que había dado un paso en un mundo de nuevas inmensidades. ¿Qué otros monstruos serían capaces de esconder aquellas espesas tinieblas...? Las extremidades de las ortigas gigantes se destacaban, tajantes y negras, contra el fondo ámbar y de un verde diluido del cielo occidental. Todo se hallaba muy quieto, quieto de veras. Se preguntó por qué no oía a los demás que se hallaban a la vuelta de la esquina de la casa. La penumbra de la cochera era ya de un negro abismal.

¡Bang...! ¡Bang...! ¡Bang...!

Una secuencia de ecos y un grito.

Un largo silencio.

¡Bang!, otra vez, y una disminución de ecos.

Quietud.

Luego, ¡gracias a Dios!, Redwood y Cossar surgieron de la oscuridad, y Redwood lo llamaba:

—¡Bensington...! ¡Bensington...! ¡Hemos cazado otra rata!...
Cossar liquidó otra rata.

VI

Cuando la Expedición acabó su refrigerio, ya había caído la noche. Las estrellas ostentaban su máximo fulgor y la creciente palidez que se extendía por el lado de Hankey era el heraldo de la luna. Se había mantenido la guardia las ratoneras, pero los centinelas se habían trasladado a la pendiente del cerro, por encima de las aberturas, considerando que desde aquel puesto sería más ventajoso disparar. Acamparon allí, sobre el suelo cubierto de rocío, combatiendo la humedad con *whisky*. Los demás permanecieron descansando en la casa, y los tres líderes discutieron la tarea nocturna con los hombres. La luna salió a medianoche, y tan pronto como su disco se hubo desprendido del horizonte, todos los componentes de la expedición, excepto los centinelas de la ratonera, se pusieron en marcha en fila india hacia los avisperos, con la conducción de Cossar.

En lo que al avispero se refiere, encontraron la tarea muy fácil, asombrosamente fácil. Excepto del hecho de ser una labor prolongada, no fue más serio de lo que habría sido con un avispero corriente. Hubo peligro, sin duda alguna, peligro de muerte, pero nunca llegó a materializarse en aquella portentosa ladera. Embutieron el azufre y el salitre, enyesaron a conciencia los agujeros y prendieron fuego al combustible. Luego, en un común impulso, todo el grupo —excepto Cossar— dio media vuelta y echó a correr a través de las alargadas sombras de los pinos; viendo que Cossar se había quedado atrás, se detuvieron apiñándose a una distancia de un centenar de metros, al lado de una zanja muy conveniente que podría servir de refugio. Durante uno o dos minutos, la noche bañada por el resplandor lunar, todo blanco y negro, se llenó de un sofocado zumbido, que fue elevándose hasta convertirse en una especie de rugido, en una nota profunda y sostenida, que, después de su culminación, fue amortiguándose y

murió; y entonces, de un modo casi increíble, la noche quedó silenciosa.

—¡Por Júpiter! —exclamó Bensington—. ¡Ya está!

Todos prestaron atención. La ladera, por encima de los negros encajes de las sombras de los pinos, parecía tan clara como de día y tan incolora como la nieve. El yeso, secándose en los agujeros del avispero, brillaba. El desgarrado corpachón de Cossar se dirigió hacia ellos.

—Hasta ahora... —empezó a decir Cossar.

¡Crac...! ¡Bang...!

Un disparo desde cerca de la casa, y luego... silencio.

—¿Qué fue eso? —preguntó Bensington.

—Una de las ratas que habrá asomado el hocico —supuso uno de los hombres.

—A propósito; nos hemos dejado las armas allá arriba —dijo Redwood.

—Sí, al lado de los sacos.

Todo el mundo echó a andar montaña arriba otra vez.

—Deben de ser las ratas —dijo Bensington.

—¡Evidentemente! —repuso Cossar, mordisqueándose las uñas.

¡Bang!

—¡Ehhh! —exclamó uno de ellos.

Entonces, bruscamente, se oyó un grito, dos disparos, otro grito mucho mayor que era casi un alarido, tres disparos en rápida sucesión, y un ruido de madera que se astilla. Todos estos ruidos se percibieron muy claramente, como elementos muy pequeños dentro de la inmensa quietud de la noche. Luego, durante algunos momentos no se oyó nada, sino una breve confusión sorda procedente de la dirección de las ratoneras, y luego, otra vez, un aullido salvaje... Cada uno de los hombres echó a correr en busca de sus fusiles.

Dos disparos.

Bensington se encontró, fusil en la mano, andando dificultosamente por entre los pinos, detrás de unas cuantas espaldas que retrocedían. Lo curioso es que su idea principal en aquel momento estaba centrada en el deseo de que su prima Jane pudiese verlo. Sus botas bulbosas y cortajeadas se movían desacompañadamente dando grandes zancadas y su rostro estaba

contorsionado por una permanente sonrisa forzada, ya que así se le arrugaba la nariz y podía mantener los lentes en su sitio. Tenía la boca del arma de fuego proyectada horizontalmente frente a él, mientras iba transitando por la cuadrícula iluminada y sombreada por la luz de la luna. El hombre que había echado a correr se encontró con el grupo corriendo a toda velocidad... ¡Había perdido su fusil!

—¡Eh! —dijo Cossar tomándole en sus brazos—. ¿Qué pasa?

—Salieron todas juntas —contestó el hombre.

—¿Las ratas?

—Sí. Seis.

—¿Dónde está Flack?

—Abajo.

—¿Qué dice? —jadeó Bensington, pero nadie le prestó atención.

—¿Flack está abajo?

—Cayó... Salieron una tras otra.

—¿Qué?

—Una acometida. Disparó con los dos cañones.

—¿Y ha abandonado a Flack?

—Se nos echaron encima.

—¡Vamos! —ordenó Cossar—. Usted se viene con nosotros. ¿Dónde está Flack? Enséñenos el sitio.

El grupo entero comenzó a avanzar. Otros detalles de la refriega fueron surgiendo de la boca del fugitivo. Los otros se apiñaban a su alrededor, excepto Cossar que iba en cabeza.

—¿Dónde están?

—Habrán vuelto a sus madrigueras, quizá. Yo me escapé. Las ratas echaron a correr hacia la entrada de la ratonera.

—¿Qué quiere decir? ¿Ustedes dos estaban quizá detrás de ellas?

—Nos metimos en la madriguera. Vimos que iban a salir e intentamos cortarles la salida. Salieron a saltos... como conejos. Apuntamos y disparamos. Empezaron a correr de un lado para otro como locas, después de nuestro primer disparo, y, de repente, se nos echaron encima. Venían a por nosotros.

—¿Cuántas?

—Seis o siete.

Cossar siguió el sendero hasta el límite del pinar y allí se detuvo.

—¿Quiere usted decir que cogieron a Flack? —preguntó alguien.

—Una de las ratas se abalanzó sobre él.

—Y usted, ¿no disparó?

—¿Cómo podía disparar?

—¿Todos llevan el arma cargada? —preguntó Cossar por encima del hombro.

Hubo un movimiento afirmativo.

—Pero Flack... —murmuró uno.

—¿Quiere usted decir que Flack...? —protestó otro.

—No hay tiempo que perder —dijo Cossar. Y gritó—: ¡Flack...!
—Mientras seguía andando a la cabeza del pelotón. Avanzaron hacia las ratoneras con el hombre que había escapado en la retaguardia del grupo. Se adelantaron por entre los enormes hierbajos y dieron un pequeño rodeo para no tropezar con el cadáver de la segunda rata muerta. Se extendieron formando una línea sinuosa, cada hombre apuntando con su fusil, escrutándolo todo bajo la clara luz lunar en busca de alguna silueta sospechosa, de alguna ominosa forma agazapada. Encontraron el seguida el fusil del hombre que había echado a correr a escape.

—¡Flack! —gritó Cossar—. ¡Flack...!

—Echó a correr por entre las ortigas y se cayó —confesó el hombre que había huido.

—¿Dónde?

—Por allá.

—¿Dónde cayó?

El hombre vaciló y los condujo a través de las alargadas sombras negras durante un trecho. Luego se volvió.

—Creo que por aquí.

—Bueno, pues ahora ya no está.

—Pero ¿y su fusil...?

—¡Maldición! —exclamó Cossar—. ¿Dónde habrá ido?

Dio un paso hacia las negras sombras de la ladera que ocultaban las ratoneras y se quedó mirando fijamente. Luego volvió a soltar un terno.

—¡Si se lo han llevado a rastras...!

Durante unos momentos se quedaron sin hacer nada, comunicándose con fragmentos de ideas. Los lentes de Bensington brillaban cómo diamantes al fijar la mirada en sus acompañantes. Los rostros de los hombres cambiaban de una fría claridad a una

misteriosa oscuridad, según se pusieran de cara o a espaldas a la luna. Todo el mundo hablaba, pero nadie completaba una frase. Entonces, Cossar, bruscamente, tomó una decisión. Empezó a agitar los brazos en todas direcciones y a lanzar órdenes como si fueran perdigones. Era evidente que necesitaba lámparas. Todos, menos Cossar, se dirigieron hacia la casa.

—¿Se va usted a meter en las ratoneras? —preguntó Redwood.

—Evidentemente —dijo Cossar.

Precisó una vez más que necesitaba que le trajeran los faroles del carro y el coche.

Bensington aprovechó la ocasión y echó a andar por el sendero del pozo. Miró por encima del hombro y vio la destacada y gigantesca figura de Cossar, como si estuviese contemplando las ratoneras pensativamente. Ante aquel espectáculo, Bensington se detuvo un momento y se volvió. ¡Estaban todos abandonando a Cossar...!

Cossar era perfectamente capaz de arreglarse solo, desde luego.

De repente, Bensington vio algo que le hizo gritar sin que le saliera la voz:

—¡Ay!

En un instante tres ratas se habían proyectado hacia Cossar, saliendo de la oscura maraña de la enredadera. Durante tres segundos éste no se dio cuenta de su presencia, y en seguida se transformó en la cosa más activa que hubiera en el mundo. No disparó un tiro. Al parecer no tuvo tiempo de afinar la puntería, ni de apuntar siquiera. Bensington vio como se agazapaba ante el salto de una rata y cómo le aplastaba la nuca con la culata del fusil. El monstruo dio un brinco y giró sobre sí mismo, cayendo al suelo.

La silueta de Cossar se perdió de vista entre la hierba que más bien parecía cañaveral, y luego volvió a surgir, corriendo hacia otra de las ratas y volteando su fusil por encima de la cabeza. Un débil grito llegó a oídos de Bensington, y entonces percibió a las dos ratas restantes saliendo a escape en direcciones divergentes, mientras Cossar les perseguía hacia las ratoneras.

Toda aquella escena se desarrolló en medio de sombras brumosas; los tres monstruos atacantes se veían exagerados e irreales debido a la claridad de la luz. En ciertos momentos Cossar parecía un coloso y en otros momentos se hacía invisible. Las ratas

pasaron por el campo visual dando súbitos e inesperados saltos o corriendo con un movimiento rápido de las patas que más parecían ir sobre ruedas. Todo sucedió en menos de medio minuto. Nadie lo vio, excepto Bensington, que podía oír a los demás retrocediendo aún hacia la casa. Gritó algo inarticulado y echó a correr hacia Cossar, mientras las ratas desaparecían.

Lo alcanzó en la entrada de las ratoneras. Bajo la luz de la luna las sombras que constituían el semblante de Cossar demostraba una calma absoluta.

—¡Hola! —le dijo—. ¿Ya de vuelta? ¿Dónde están los faroles? Todas han vuelto a sus madrigueras. Le rompí el cuello a una que me pasó por delante... ¿Ve usted? ¡Allí! —Y señaló con su dedo descarnado.

Bensington se hallaba demasiado estupefacto para poder seguir la conversación...

Pareció interminable el tiempo que tardaron en llegar los faroles. Por fin aparecieron, primero un ojo de firme luminosidad, y precedido de un oscilante resplandor amarillento, y luego, centelleando y brillando irregularmente, otros dos. A su alrededor venían unas pequeñas figuras con sus correspondientes vocecillas, y luego unas sombras enormes. Este grupo proyectó una especie de foco de luz sobre el gigantesco paisaje onírico bañado por los rayos de la luna.

—¡Flack! —iban diciendo las voces—. ¡Flack!

Una frase luminosa salió a flote.

—Se habrá encerrado en el desván.

Cossar iba siendo cada vez más excepcional. Sacó de alguna parte unos grandes puñados de algodón en rama y se tapó con ellos los oídos... Bensington se preguntó por qué. Luego cargó su fusil con una cuarta parte de una carga de pólvora. ¿Quién otro habría podido pensar en ello? El país de maravilla culminó con la desaparición de las suelas de las botas de Cossar por la madriguera central.

Cossar iba a cuatro patas con dos fusiles, que arrastraba a ambos lados, sujetos por un cordel que le pasaba por debajo del mentón, y su ayudante de confianza, un hombrecillo moreno de facciones graves, tenía que ir detrás de él doblado por la cintura y sosteniéndole un farol por encima de la cabeza. Todo se había

proyectado de un modo tan cuerdo y apropiado como el sueño de un loco. El algodón en rama, según parece, tenía por objeto evitar la conmoción del rifle. El hombre que seguía a Cossar también se había puesto algodón en los oídos. ¡Evidentemente! Mientras las ratas huyeran de Cossar no podría acaecerle daño alguno, y si daban media vuelta y se dirigían directamente a él, vería sus ojos y dispararía apuntando entre medio de ellos. Como que tendrían que pasar por el cilindro de la madriguera, Cossar no podía fallar el tiro. Insistió en que éste era el método evidente, quizás algo fastidioso, pero absolutamente seguro. Al inclinarse el ayudante para entrar, Bensington vio que un ovillo de bramante estaba sujeto a los faldones de su chaqueta. Por este ovillo tenía que tirar del bramante, si se hiciera necesario arrastrar hacia fuera los cadáveres de las ratas.

Bensington se dio cuenta de que el objeto que sostenía en la mano era el sombrero de Cossar.

¿Cómo había llegado allí...?

Sería recuerdo suyo, al menos.

En cada una de las salidas adyacentes había un pequeño grupo con un farol iluminando la madriguera correspondiente, y uno de los hombres se hallaba arrodillado, apuntando al redondo vacío que se abría ante él, como si esperara que de allí surgiera algo.

Se hizo un silencio interminable.

Luego oyeron el primer disparo de Cossar, como una explosión en una mina...

Los nervios y los músculos de todos se pusieron tensos al oírlo, y ¡bang!, ¡bang!, ¡bang! Las ratas habían intentado escapar y dos más habían muerto. Después, el hombre que sostenía el ovillo indicó una sacudida.

—Ha matado a una y quiere el bramante —dijo Bensington.

Se quedó observado cómo el bramante penetraba en la ratonera, y le pareció como si se hubiese animado de repente con una inteligencia oscura porque la oscuridad lo hacía invisible. Por fin dejó de arrastrarse y se hizo una larga pausa. Luego, lo que a Bensington le pareció ser un monstruo rarísimo salió arrastrándose lentamente del agujero y se revolvió en el pequeño espacio saliendo de espaldas. Después de él, y haciendo profundos surcos en el suelo, aparecieron las botas de Cossar, y a continuación su espalda

iluminada por el farol...

Sólo quedaba una rata viva, y la infeliz, sentenciada a muerte, se ocultaba en los rincones más apartados de la ratonera, hasta que Cossar entró de nuevo y la mató. Por último, Cossar, el hurón humano, volvió a hacer una inspección general para asegurarse.

—Ya las tenemos —dijo a sus asombrados compañeros—. Y si yo no hubiese sido un tonto de capirote me habría desnudado hasta la cintura. Evidentemente. ¡Tóqueme las mangas, Bensington! Estoy empapado de sudor. No se puede pensar en todo. Únicamente una media borrachera de *whisky* me salvará de un resfriado.

VII

Hubo momentos durante aquella noche maravillosa en que a Bensington le pareció que la naturaleza había organizado para él una vida de fantásticas aventuras. Esto se hizo patente durante la hora siguiente a su ingestión de un *whisky* muy fuerte.

—Ya no volveré a Sloane Street —confió al mecánico alto, rubio y sucio.

—No, ¿eh?

—Por nada del mundo —afirmó Bensington.

El esfuerzo de haber arrastrado las siete ratas muertas hasta la pira a través del ortigal lo había bañado en sudor y Cossar le indicó la evidente reacción física que le produciría el *whisky* si quería salvarse del resfriado, de otro modo inevitable. Hubo una especie de cena de bandoleros en la vetusta cocina embaldosada, con la hilera de ratas muertas que yacían bajo la luz de la luna contra el gallinero. Después de una media hora de descanso, Cossar los incitó a emprender de nuevo el trabajo para terminar lo que aún restaba por hacer.

—Evidentemente —dijo—, habrá que limpiar el lugar... Nada de desperdicios... nada de escándalo, ¿eh?

Les animó con la idea de hacer la destrucción completa. Rompieron y astillaron todos los fragmentos de madera que pudieron encontrar en la casa; talaron senderos allí donde brotaba

la vegetación gigante; hicieron una pira para las ratas muertas y las empaparon en parafina.

Bensington trabajó como el más activo de los peones. Alcanzó un climax de alborozo y de energía hacia las dos. Cuando, en plena destrucción, blandía el hacha, el más valeroso huía de su proximidad. Un rato después se apaciguó algo, debido a la transitoria pérdida de sus lentes, que fueron hallados al fin por otra persona en el bolsillo de la chaqueta del propio Bensington.

Los hombres iban de un lado para otro a su alrededor... decididos y enérgicos. Cossar se movía entre ellos como un dios.

Bensingtonapuró esa deliciosa camaradería que es privativa de un ejército feliz o de una recia expedición, pero nunca de aquellos que viven la sobria vida de las ciudades. Después que Cossar le quitó el hacha y le encargó que acarrearra madera, estuvo andando de un lado para otro diciendo que todos eran unos buenos chicos. Siguió por este estilo aún mucho tiempo después de notar las primeras señales de fatiga.

Por fin estuvo a punto y comenzaron a regar todo con la parafina. La luna, desprovista ya de su magro cortejo nocturno de estrellas, brillaba en lo alto, por encima de la aurora naciente.

—Quemémoslo todo —dijo Cossar yendo de una parte a otra—. Quemémoslo todo... Déjenlo arrasado, ¿entienden?

Bensington se fijó en él, tético y horrible bajo el pálido alborear del día, precipitándose con la mandíbula saliente y una antorcha encendida en la mano.

—¡Lárguese de ahí! —exclamó alguien, tirando del brazo de Bensington.

La quietud de la aurora, pues allí no había pájaros que cantaran, se llenó de pronto de una tumultuosa crepitación; una pequeña llama rojiza recorrió la base de la pira, se transformó en azul al entrar en contacto con el suelo, y se puso a trepar, hoja por hoja, tallo arriba de una ortiga gigante. Un ruido cantarino se mezcló con la crepitación...

Los hombres cogieron sus fusiles de uno de los rincones de la sala de estar de los Skinner y todo el mundo echó a correr. Cossar se fue tras ellos dando grandes zancadas...

Luego se encontraron todos de pie, contemplando desde lejos la Granja Experimental, que estaba ardiendo. El humo y las llamas se

desbordaban por las puertas y las ventanas y por centenares de rendijas y grietas en el techo, igual que una muchedumbre presa de pánico. ¡Qué bien sabía Cossar encender una fogata! Una gran columna de humo salió disparada hacia el firmamento, acompañada de rojas lenguas sangrientas y de raudos fogonazos. Era como si un enorme gigante se hubiese puesto de pie, alargándose hacia arriba y estirando bruscamente los brazos hacia el cielo. Volvió a caer la noche sobre ellos, ocultando por completo la incandescencia del sol que salía tras ella. Los habitantes de Hickleybrow se dieron cuenta muy pronto de aquél estupendo pilar de humo, y salieron hasta la cresta de la colina, con gran variedad de batas, para contemplar el regreso de la expedición.

Detrás de ellos, igual que un hongo fantástico, aquel pilar de humo oscilaba y fluctuaba, cada vez más alto, cada vez más arriba, hasta el cielo... dando la impresión de que la llanura era bajísima y todos los demás objetos eran nimiedades; y en primer término, conducidos por Cossar, los autores del asunto seguían el sendero, ocho pequeñas siluetas negras, marchando con fatiga, las armas al hombro, a través del prado.

Al volver la mirada hacia atrás, en el cerebro de Bensington resonó como un eco cierta frase conocida. ¿Cómo era...? «Habéis encendido hoy...». «Habéis encendido hoy...».

Entonces recordó las palabras de Latimer: «Hemos encendido hoy una antorcha tan grande en Inglaterra, que ya nadie podrá apagarla jamás...».

¡Qué hombre era Cossar! Bensington se quedó mirando su espalda durante un rato y se sintió orgulloso de haber sostenido su sombrero. ¡Orgulloso, sí, a pesar de que él era un investigador eminente y Cossar se dedicaba sólo a la ciencia aplicada!

De repente, se puso a tiritar y a bostezar, y deseó estar acostado, muy calentito, en su cama de aquel pequeño piso que daba a Sloane Street. (Ni siquiera pensar en su prima Jane le prestó ayuda). Las piernas se le volvieron como algodón y los pies como plomo. Sintió la necesidad de tomar un café en Hickleybrow. En sus treinta y tres años no había pasado nunca en vela una noche entera.

Y mientras aquellos ocho aventureros luchaban contra las ratas en la Granja Experimental, a catorce kilómetros de distancia, en el pueblo de Cheasing Eyebright, una dama anciana provista de una nariz excesiva, luchaba con grandes dificultades a la luz vacilante de una vela. En una mano nudosa tenía un abrelatas y con la otra sostenía una lata de Heracleoforbia, decidida a abrir o a perecer en la empresa. Luchaba incansablemente, profiriendo un gruñido a cada nuevo esfuerzo, mientras, a través del delgado tabique, el niño de los Caddles no cesaba de gemir.

—¡Pobrecillo! —murmuró la señora Skinner; y luego, mordiéndose el labio con su diente solitario, en un arranque de determinación, añadió—: ¡Venga!

Y de inmediato, ¡clap!, una nueva provisión del Alimento de los Dioses quedó dispuesta y a punto de descargar sus poderes de agigantamiento sobre el mundo.

CAPÍTULO IV

LOS NIÑOS GIGANTES

I

Durante algún tiempo al menos, el círculo, cada vez más extendido, de las consecuencias de lo ocurrido en la Granja Experimental excederá del foco de nuestra narración, es decir, que no nos ocuparemos del enorme poder de crecimiento en hongos y setas, en hierbas y hierbajos que se irradiaba de aquel centro carbonizado pero no absolutamente consumido. Tampoco podemos detenernos a explicar cómo aquellas melancólicas solteronas, las dos gallinas sobrevivientes, pasmo y admiración de propios y extraños, pasaron los restantes años de sus vidas en acumular celebridad. El lector que desee obtener detalles más completos de estas cuestiones puede consultar los periódicos de aquella época, especialmente los voluminosos y polifacéticos archivos del Recording Ángel moderno. Nuestra misión está al lado del señor Bensington.

Bensington había regresado a Londres para encontrarse transformado en un hombre terriblemente famoso. En el transcurso de una noche el mundo entero había cambiado respecto a él. Todo el mundo lo comprendía. Al parecer, la prima Jane lo sabía todo, la gente que andaba por las calles lo sabía todo y los periódicos lo sabían todo y aún más. Su encuentro con la prima Jane fue terrible, como era de esperar, pero cuando todo hubo pasado, no resultó tan terrible, después de todo. El poder que tenía la buena mujer sobre los hechos era limitado. Era evidente que había discutido consigo misma para terminar aceptando el Alimento como algo propio del orden natural de las cosas.

Adoptó una actitud de malhumorada sumisión. Era evidente que desaprobaba en gran manera, pero que no prohibía. La escapada de

Bensington, que así es como ella debió de considerarla, la dejaría, seguramente, muy agitada, y su peor acción consistió en querer cuidarlo con acerba persistencia de un resfriado que Bensington no había cogido y por una fatiga que había olvidado hacía mucho tiempo, y en comprarle una nueva especie de ropa interior higiénica de lanas combinadas, que tenía la particularidad de volverse del revés, en parte, con mucha facilidad, y en parte no, y donde resultaba tan difícil meter a un hombre olvidadizo como en los salones de la alta sociedad. Y así, durante cierto tiempo, y en tanto que le dejó algún rato libre el manejo de esta nueva indumentaria, continuó participando en el desarrollo de este nuevo elemento en la historia de la humanidad, el Alimento de los Dioses.

La opinión pública, siguiendo sus misteriosas leyes de selección, lo había escogido como solo y único responsable Inventor y Promotor de esta nueva maravilla. La opinión pública no quería ni oír hablar de Redwood, y sin la menor protesta permitió que Cossar, siguiendo sus impulsos naturales, se desvaneciera en una oscuridad terriblemente prolífica. Antes de que se diera cuenta del derrotero que llevaban las cosas, Bensington se encontró, como si dijéramos, desnudo y disecado en los periódicos. Su calvicie, su particular coloración rosada y sus lentes con montura de oro se habían transformado en posesiones nacionales. Unos cuantos jóvenes resueltos, provistos de grandes y lujosas cámaras fotográficas y de un aire de completa autoridad, tomaron posesión del piso durante breves pero provechosos períodos, disparando sus luces de magnesio que por muchos días llenaron la atmósfera de densos e intolerables vapores, y luego se retiraron para llenar las páginas de las revistas sindicadas con admirables retratos de Bensington, en su casa, luciendo una de sus mejores chaquetas y las acuchilladas botas. Otras personas de ademanes decididos y de diversos sexos y edades se presentaron en su casa para explicarle cosas sobre el Alimento Estrella (fue el Punch el que lo denominó por primera vez de esa manera) y reproducir después lo que ellos habían dicho como si fuera la contribución original dada por Bensington a la entrevista. Aquello llegó a ser una verdadera obsesión para Broadbeam, el Humorista Popular. Olió en aquello otra de esas malditas cosas que no podía comprender y se esforzó empeñosamente por hacer caer todo el asunto en el ridículo. Se lo

podía ver en los clubs, como una voluminosa y torpe presencia, con las marcas de sus desvelos puestas de manifiesto en su ancha cara innoble, explicando a todo aquél a quien podía importunar:

—Esos hombres de ciencia, ¿sabe usted?, carecen del sentido del humor, ¿sabe usted? Eso es. La ciencia... les mata el sentido del humor.

Sus bromas contra Bensington llegaron a ser malévolos libelos...

Una agencia de selección de recortes periodísticos, muy emprendedora, envió a Bensington un largo artículo que trataba de él, sacado de un semanario de seis peniques titulado «Un nuevo terror», ofreciendo proporcionarle un centenar de aquellas impertinencias por el precio de una guinea; y dos señoras jóvenes, encantadoras y muy guapas, totalmente desconocidas, fueron a visitarle, y ante la muda indignación de la prima Jane se quedaron a tomar el té con él y después le mandaron sus libros de autógrafos para su firma. Muy pronto dejó de irritarlo ver su nombre asociado a las más incongruentes ideas en la Prensa, y descubrir en las revistas artículos tratando del Alimento Estrella y de él mismo en tonos de la mayor intimidad, y por personas de las que nunca había oído hablar. Y cualesquiera que hubieran sido las ilusiones que abrigara en sus días de oscuridad sobre los placeres de la fama, quedaron disipadas del todo y para siempre.

Al principio —exceptuando a Broadbeam— el tono de la opinión pública estuvo completamente desprovisto del menor asomo de hostilidad. Al público no se le ocurrió la posibilidad de que cierta cantidad de Heracleofobia pudiese escaparse de nuevo, excepto en el plano de las suposiciones jocosas. Y, asimismo, el público pareció no tener idea de que la pandilla de niños que estaban siendo alimentados con el alimento crecería mucho más de lo que la inmensa mayoría de nosotros podemos llegar a crecer. Lo que más le complacía al público eran las caricaturas de los políticos eminentes tal como serían después de alimentarse con el Alimento Estrella, sobre todo cuando quedaban expuestas en los tableros de anuncios de los periódicos, y las edificantes exhibiciones proporcionadas por las avispas muertas que habían escapado del fuego y las gallinas sobrevivientes.

La gente no se preocupó de ver más allá de todo esto, y hasta se tuvieron que hacer grandes esfuerzos para que volviera sus miradas

a más remotas consecuencias; y hasta entonces incluso, su entusiasmo para llevar a cabo una acción fue sólo parcial. «Siempre hay algo nuevo», decía el público, un público tan saciado de novedades, que se enteraría de que la tierra se había partido en dos, como se parte una manzana, sin demostrar sorpresa alguna, y añadía: «A ver qué es lo que van a hacer después de esto».

Pero hubo dos o tres personas, fuera del público en general que ya habían mirado más allá, y, según parece, se asustaron de lo que vieron. Entre ellos estaba, por ejemplo, el joven Caterham, primo del conde de Pewterstone, y uno de los políticos ingleses que más prometían, quien, arrojando el riesgo de que le tomaran por un tendero, escribió un largo artículo en el *Nineteenth Century and After*, abogando por su total supresión. Y, en ciertos momentos, también Bensington estaba de acuerdo.

—Parece como si no se dieran cuenta —le dijo a Cossar.

—No, no se dan cuenta.

—¡Y nosotros! A veces, cuando pienso en lo que significa... Este pobre niño de Redwood... Y, naturalmente, los tres de ustedes... ¡A doce metros de altura, tal vez...! Después de todo, ¿debemos proseguir adelante?

—¡Proseguir adelante! —exclamó Cossar, convulso con una estupefacción muy poco elegante, y elevando el tono de su voz mucho más alto que de costumbre—. ¡Claro que tiene usted que seguir adelante! ¿Para qué está usted en este mundo, pues? ¿Para holgazanear entre comida y comida...?

«¡Graves consecuencias...! Pues, ¡naturalmente! ¡Enormes! Evidentemente. Eviden-te-men-te. ¡Pero, hombre, si es la única ocasión que tiene usted en la vida de conseguir algo verdaderamente grave! ¿Y quiere usted evitarla? —Durante un momento quedó mudo de indignación».

—¡Sería inicuo! —dijo por fin—. Y repitió explosivamente: — ¡Inicuo!

Pero Bensington ya trabajaba en su laboratorio con más emoción que gusto. No habría podido decir si deseaba que en su vida hubiese consecuencias graves o no. Era un hombre de gustos tranquilos. Aquello constituía un descubrimiento maravilloso, claro, absolutamente maravilloso, pero... Ya se había visto propietario de varios acres en una finca desacreditada y quemada cerca de

Hickleybrow, al precio de cerca de noventa libras esterlinas el acre, y a veces se hallaba dispuesto a creer que ésta era una consecuencia muy grave de la química especulativa, tan grave como pudiera considerarla el menos ambicioso de los hombres. Claro que era Famoso, muy Famoso. Más que satisfactoria, mucho más que satisfactoria, era la Fama que había alcanzado.

Pero el hábito de la Investigación estaba arraigado en él... Y en ciertos momentos, momentos raros, en el laboratorio principalmente, había algo más que el simple hábito y los argumentos de Cossar que lo impulsaban a su trabajo. Este hombrecillo con gafas, sentado acaso en equilibrio sobre su alto taburete, con las acuchilladas botas enroscadas alrededor de sus patas, y en la mano las pinzas de las pesas, tendría de nuevo un destello de aquella visión de adolescencia, tendría una percepción momentánea del eterno desdoblamiento de la semilla sembrada en su cerebro, viendo, como si dijéramos, diseñado en el cielo, detrás de los accidentes y formas grotescas del presente, el mundo futuro de gigantes y de todas las potentísimas cosas que el porvenir nos reserva... vagas y espléndidas, como la visión de un relumbrante palacio descubierto súbitamente al proyectarse un rayo de sol en la lejanía... Y en seguida se encontraría como si aquel distante esplendor no hubiese brillado nunca en su cerebro, y no podría percibir nada en su perspectiva sino sombras siniestras, vastos declives y negruras, inmensidades inhóspitas, entes fríos, feroces y terribles.

II

Entre los complejos y confusos sucesos, impactos del gran mundo externo que constituían la fama de Bensington, una brillante y activa figura se hizo en seguida conspicua y se transformó, en opinión de éste, en algo así como jefe y maestro de ceremonias de estas exterioridades. Esta figura fue la del doctor Winkles, aquel joven médico tan convincente, que ya ha hecho su aparición en este relato como el médico por el cual Redwood pudo hacer llegar el

Alimento hasta su hijo. Incluso antes de la gran irrupción se hizo evidente que los polvos misteriosos que Redwood le había dado habían despertado inmensamente el interés de aquel caballero, y tan pronto como aparecieron las primeras avispas ya se había hecho una composición de lugar.

Era el tipo de médico que tanto en sus modales, como en moralidad, métodos y aspecto podía ser clasificado, de un modo muy sucinto y terminante, como «trepador». Era alto y rubio, con unos ojos de color de aluminio, de mirada superficial, inquisitiva y dura, y cabello gredoso, de facciones regulares, musculoso en torno a la boca, bien afeitado, de torso erguido y de movimientos enérgicos, rápido y pronto a girar sobre sus talones; llevaba levitas largas, corbatas de seda negra y gemelos y cadenas de oro sin adornos, y sus sombreros de copa tenían unas alas y una forma especial que le daban un aspecto más formal, serio y mejor, en conjunto, que quienquiera que fuese. Parecía tan joven o tan viejo como cualquier adulto. Y después de aquella primera y maravillosa irrupción, se refirió a Bensington, a Redwood y al Alimento de los Dioses con un aire de propietario tan convincente, que a veces, a pesar del testimonio en contra de la Prensa, Bensington estaba a punto de considerarlo a él como al inventor original de todo el asunto.

—Esos accidentes —decía Winkles al insinuarle Bensington los peligros de ulteriores filtraciones del alimento— no son nada. ¡Nada...! El descubrimiento lo es todo. Adecuadamente desarrollado, convenientemente manejado, cuerdamente controlado, tendremos... tendremos algo muy portentoso en este alimento nuestro... Tenemos que seguir vigilando lo... No debemos permitir que vuelva a escapar a nuestro control, y... no debemos dejarlo dormir.

Realmente no tenía la menor intención de dejarlo dormir. Iba a casa de Bensington casi a diario. Bensington, asomándose a la ventana, podía ver el impecable carruaje trotando por Sloane Street, y después de un intervalo increíblemente breve, Winkles entraba en la estancia con movimientos ágiles y enérgicos, y llenándolo todo con su presencia, sacaba del bolsillo unos periódicos, proporcionaba la información correspondiente y hacía observaciones.

—Bueno —decía frotándose las manos—. ¿Cómo sigue esto?

Y así entraba de lleno en la discusión del orden del día sobre el tema.

—¿Sabe usted —decía, por ejemplo— que Caterham ha estado hablando de nuestro producto en la Asociación Eclesiástica?

—¡Válgame Dios! —exclamaba Bensington—. Ese Caterham es primo del Primer Ministro, ¿no?

—Sí —contestaba Winkles—. Es un joven muy capaz... muy capaz. Completamente desatinado, ¿sabe usted? Violentamente reaccionario... pero enteramente capaz. Y es evidente que está dispuesto a ganar dinero con este producto nuestro. Ha adoptado una actitud muy decidida. Habla de nuestra proposición de utilizarlo en las escuelas elementales...

—¿De nuestra proposición de utilizarlo en las escuelas elementales?

—Yo dije algo de eso el otro día —muy de paso—, cosa de poca monta, en un Politécnico. Para aclarar el concepto de que el producto es, en realidad, altamente beneficioso. Y que no entrañaba el menor peligro, a pesar de esos pequeños accidentes iniciales, que no pueden volver a suceder... Ya sabe usted que el producto sería muy bueno... Pero él se ha puesto en contra.

—¿Y qué dijo usted?

—Meras naderías, claro. Pero como usted ve... Caterham lo trata con una gravedad perfecta. Trata este asunto como si fuera un ataque. Dice que ya se malgasta bastante dinero público en las escuelas elementales, sin el alimento ése. Repite de nuevo los viejos chistes sobre las lecciones de piano, ¿sabe usted? Dice que nadie desea impedir que los niños de las clases humildes tengan la educación apropiada a su condición, pero que darles un alimento de esta suerte sería destruir completamente su sentido de la proporción. Y amplía el tópico. ¿Qué beneficio se sacaría, pregunta, con dar a las gentes humildes una altura de once metros? Porque él cree, realmente, que tendrían once metros de altura.

—Así sería —repuso Bensington— si se les diera nuestro alimento regularmente. Pero nadie dijo nada...

—Yo dije algo...

—¡Pero, querido Winkles...!

—Serán mucho más altos, claro está —interrumpió Winkles con el aire de saberlo todo, intentando disuadir a Bensington de sus

simples ideas—. Serán indiscutiblemente mayores. Pero ¡oiga usted lo que me dijo! ¿Serán así más dichosos?! Éste es su argumento. Curioso, ¿verdad? ¿Serán así mejores? ¿Serán más respetuosos ante la autoridad legalmente constituida? ¿Será justo, aun para los mismos niños? Es curioso lo preocupados que están esos tipos por la justicia... en cuanto se refiera a las disposiciones para el porvenir. Incluso hoy en día —prosiguió diciendo— el coste de la alimentación y el vestido de los niños es superior a lo que muchos de sus padres pueden permitirse, ¡y si esta clase de alimento llega a autorizarse...! ¿Eh, qué tal...?

»Y, vea usted, resulta luego que él transforma mi insinuación incidental en una propuesta positiva. Y luego se pone a calcular lo que costarán unos pantalones para un chico que crezca hasta alcanzar la talla de seis metros o más. Como si realmente creyera... Diez libras esterlinas, calcula, por unos pantalones con un mínimo de decencia. ¡Qué hombre tan curioso ese Caterham! ¡Tan concreto! El honrado y trabajador contribuyente deberá pagar por esto, según él. También dice que tenemos que tomar en consideración los Derechos de los Padres. Todo está aquí. En dos columnas. El padre tiene el derecho de criar a sus hijos según su propio tamaño...

»Luego viene la cuestión de la escuela y la colocación de los niños en ella, el coste de los pupitres y de los bancos para nuestras ya demasiado sobrecargadas escuelas nacionales. ¿Y para conseguir qué...? Un proletariado de gigantes famélicos. Y termina con un párrafo muy serio, diciendo que aunque esta descabellada insinuación —mera fantasía de mi parte ¿sabe usted? Y además mal interpretada—, esta descabellada insinuación sobre las escuelas no llegue a materializarse, no se dará fin, por ello, a la cuestión. Es éste un alimento muy extraño, tan extraño que a él le parece casi perverso. Ha sido esparcido temerariamente, según él, y puede volver a esparcirse de nuevo. Una vez se ha tomado se transforma en ponzoña a menos que se siga con él. (—Así es —repuso Bensington). Y, en resumidas cuentas, propone la fundación de una sociedad nacional para la conservación de las proporciones adecuadas de las cosas. Extravagante, ¿eh? La gente está la mar de entusiasmada con la idea.

—Pero ¿qué se proponen hacer?

Winkles se encogió de hombros y extendió las manos.

—Fundar una sociedad —dijo— y armar jaleo. Quieren que se declare ilegal la fabricación de la Heracleofobia... o al menos que se declare ilegal la divulgación de su existencia. Yo mismo he escrito algo para demostrar que la idea que tiene Caterham del producto es exagerada, exageradísima, pero no parece haberle hecho mella. Es curioso del modo que la gente se está revolviendo en contra. Y, a propósito, la Asociación Nacional de Templanza ha fundado una filial para la templanza en el crecimiento.

—¡Bah! —murmuró Bensington tocándose la nariz.

—Después de todo cuanto ha sucedido, a la fuerza tiene que haber este alboroto. En realidad, la cosa es... sobrecogedora.

Winkles anduvo de un lado para otro de la habitación durante cierto tiempo, pareció vacilar y se fue.

Se hizo evidente que algo le preocupaba, algún aspecto de importancia crucial para él, que no quería aún hacer público. Un día, en que Redwood y Bensington se hallaban juntos en el piso de éste, Winkles les dejó vislumbrar lo que era este algo que tenía en reserva.

—¿Cómo va todo eso? —preguntó frotándose las manos.

—Estamos redactando una especie de informe conjuntamente.

—¿Para la Royal Society?

—Sí.

—¡Vaya! —exclamó Winkles con acento profundo dirigiéndose hacia la alfombra de la chimenea—. Pero ¿acaso deben ustedes...?

—Debemos ¿qué?

—¿Deben ustedes publicarlo?

—No estamos en la Edad Media —dijo Redwood.

—Lo sé.

—Como dice Cossar, de sabios es mudar de opinión... Éste es el verdadero método científico.

—En la mayoría de los casos, así es... Pero éste es un caso excepcional.

—Vamos a exponerlo todo ante la Royal Society en su debida forma —propuso Redwood.

Winkles volvió a hablar de lo mismo en otra ocasión.

—Desde muchos aspectos es un descubrimiento excepcional.

—Eso no importa —dijo Redwood.

—Es que esta clase de conocimientos podrían ser fácilmente

objeto de abusos, de graves peligros, como dice Caterham.

Redwood no dijo nada.

—Hasta por descuido, ¿sabe usted...? Y si formáramos un comité de personas de toda confianza para controlar la fabricación del Alimento Estrella —de la Heracleoforbia, quiero decir— tal vez podríamos...

Se interrumpió, y Redwood, con cierta sensación de molestia que no exteriorizó, hizo como si no se hubiera dado cuenta de la tácita interrogación...

Fuera de la presencia de Redwood y de Bensington, Winkles, a pesar de la imperfección de sus conocimientos, se transformó en la máxima autoridad respecto al Alimento Estrella; escribió cartas a los periódicos defendiendo su empleo; redactó notas y artículos explicando sus posibilidades; se coló en las reuniones de las asociaciones médicas y científicas para hablar sobre ello, aprovechando la menor ocasión, aunque no viniera a propósito, y llegó a identificarse completamente con el Alimento. Publicó un opúsculo titulado «La verdad sobre el Alimento Estrella», en el que minimizaba los sucesos de Hickleybrow hasta dejarlos reducidos a poco menos de nada. Dijo que era absurdo decir que el Alimento Estrella daría a las personas una talla de once metros. Aquello era «evidentemente exagerado». Haría a las personas mayores de lo que eran en la actualidad, eso sí, pero eso era todo...

Dentro de aquel círculo íntimo de dos personas estaba claro que Winkles se derretía para poder ayudar en la fabricación de la Heracleoforbia, para ayudar en la corrección de las pruebas que pudiera haber de cualquier artículo en preparación sobre el susodicho tema, para hacer algo, en fin, que pudiera conducirlo a participar en los detalles de la fabricación de la Heracleoforbia. Estaba diciendo continuamente a los otros dos que él tenía la sensación de que aquello era algo Grande, y de que encerraba enormes posibilidades. Si pudiesen sólo quedar... «salvaguardado, de algún modo». Y por fin, un día, preguntó sin ambages por qué no le explicaban cómo se fabricaba.

—He reflexionado mucho sobre lo que usted me dijo —empezó a decir Redwood.

—Y bien —preguntó Winkles muy animado.

—Que es esta clase de conocimientos la que podría ser muy

fácilmente objeto de graves abusos —explicó Redwood.

—Pero no veo qué tiene eso que ver —replicó Winkles.

—Desde luego, tiene —dijo Redwood. Winkles estuvo meditándolo uno o dos días. Después vio otra vez a Redwood y le dijo que tenía sus dudas sobre si era lícito administrar unos polvos, de los que nada conocía, al pequeño de Redwood. Le parecía que era algo así como encargarse de una responsabilidad sin conocimiento de causa. Esto último dejó pensativo a Redwood.

—Ya ha visto usted que la Sociedad para la Supresión Total del Alimento Estrella parece contar ya con varios millares de asociados —dijo Winkles cambiando de tema—. Han redactado un proyecto de ley y han encargado a Caterham que lo defendiera... Y Caterham ha aceptado, encantado. Están dispuestos a todo. Ahora están empeñados en la formación de comités locales para influenciar a los candidatos. Quieren que se considere un delito la preparación y el almacenamiento de la Heracleofobia sin una licencia especial, y que se tenga por un crimen, con prisión sin fianza, la administración del Alimento Estrella —así es como le llaman, ¿sabe usted?— a toda persona de menos de veintiún años de edad. Pero también hay sociedades colaterales, ¿sabe usted? Toda clase de gentes. La Sociedad para la Conservación de Antiguas Estatutas va a conseguir que elijan a Frederick Harrison para el Municipio, según dicen. Ya sabe usted que Harrison ha escrito un ensayo sobre esta cuestión y dice que es un asunto muy vulgar y que se halla en completo desacuerdo con aquella Revelación de la Humanidad que se encuentra en las enseñanzas de Comte, y que semejante cosa no habría podido producirse ni aun en los peores momentos del siglo XVIII, y que la idea del Alimento jamás entró en la mente de Comte, lo cual demuestra lo perversa que es. Harrison dice que nadie que comprenda de veras a Comte...

—Pero no querrá usted decir... —empezó a decir Redwood, tan alarmado que abandonó su actitud de desdén hacia Winkles.

—No harán nada de todo eso —afirmó Winkles—, pero la opinión pública es la opinión pública y votos son votos. Todo el mundo puede ver que se hallan ustedes enfrascados resolviendo algo muy inquietante. Y el instinto humano está en contra de las cosas inquietantes, ¿sabe usted? Nadie parece abundar en la idea que se ha formado Caterham de la posibilidad de personas de once

metros de altura, que no podrían entrar en ninguna iglesia, ni en ningún salón de actos, ni en ninguna institución humana o social. Pero, a pesar de todo, en el fondo no se sienten muy tranquilos. Ven que hay algo, algo más que un descubrimiento corriente...

—Siempre hay algo más —dijo Redwood— en todo descubrimiento.

—Sea como sea, lo cierto es que se están poniendo impacientes. Caterham sigue machacando sobre lo que puede ocurrir si el Alimento se suelta otra vez. Yo les digo una y otra vez que no volverá a suceder, y que no puede suceder. Pero... ¡así es como están las cosas!

Y se quedó dando respingos por la estancia durante un rato, como si intentara volver a iniciar la cuestión del secreto, y luego, pensándolo mejor, se fue.

Los dos hombres de ciencia se miraron. Durante un buen rato sólo hablaron con los ojos.

—Si llegara lo peor —dijo Redwood, por fin, con una voz que se esforzaba en aparecer tranquila—, daría el Alimento a mi pequeño Teddy con mis propias manos.

III

Fue a los pocos días de esto, cuando Redwood, al abrir el periódico, se encontró con que el Primer Ministro había prometido nombrar una Comisión Real para que estudiara la cuestión del Alimento Estrella. Esto hizo que se dirigiera, con el periódico en la mano, hacia el domicilio de Bensington.

—Winkles, presumo, está perjudicando nuestro producto. Le está haciendo el juego a Caterham. Se pasa el día hablando de esta cuestión y de lo que se propone hacer, y en resumidas cuentas lo que hace es alarmar a la gente. Si sigue así, creo que realmente va a dificultar nuestras investigaciones. Incluso ahora... con el problema de mi hijo menor...

Bensington dijo que desearía que Winkles no continuara hablando.

—¿Ha notado usted cómo ha caído en el hábito de llamarlo Alimento Estrella?

—No me gusta ese nombre —dijo Bensington mirando por encima de las gafas.

—Es exactamente lo que eso significa... para Winkles.

—¿Por qué seguirá machacando? ¡Si no es cosa suya!

—Es algo que significa fama —dijo Redwood—. Yo no lo comprendo. Pero todo el mundo va a creer que lo es. Pero eso no es lo que importa.

—En la eventualidad de que esta agitación ignorante y ridícula empiece a manifestarse de un modo más serio... —empezó a decir Bensington.

—Mi hijo menor no puede prescindir ya de este producto —afirmó Redwood—, y no sé lo que yo podría hacer ahora. Si llegase lo peor...

Un leve ruido, como de rebote de algo proclamó la presencia de Winkles. E inmediatamente se hizo visible en el centro de la habitación frotándose las manos.

—Preferiría que llamara antes de entrar —dijo Bensington, mirando, de muy mal talante, por encima de la montura de oro de sus gafas.

Winkles se deshizo en excusas. Luego, volviéndose hacia Redwood, empezó a decir:

—Celebro muchísimo hallarle aquí. Lo cierto es que...

—¿Ha visto usted eso de la Comisión Real? —lo interrumpió Redwood.

—Sí —contestó Winkles, distraído de lo que iba a decir.

—¿Y qué le parece?

—Me parece algo excelente —dijo Winkles— que acallará gran parte de este clamor, ventilando el asunto por completo. Silenciará a Caterham. Pero no he venido por eso, Redwood. Lo cierto es que...

—No me gusta esa Comisión Real —murmuró Bensington.

—Le aseguro a usted que nos irá muy bien. Y hasta puedo decir... y no creo que sea un abuso de confianza... que es muy posible que yo sea nombrado miembro de esta comisión...

—¡Bah! —exclamó Redwood mirando la lumbre.

—Yo puedo arreglar las cosas. Puedo dejar perfectamente

aclarado, en primer lugar, que el producto es controlable, y en segundo lugar, que sólo por milagro podría repetirse otra catástrofe como la de Hickleybrow. Y esto es precisamente lo que se quiere, una completa seguridad dada por persona autorizada. Claro que yo podría hablar con mucha más confianza si supiera... Pero precisamente ahora se presenta otro pequeño problema sobre el que deseo consultarlos a ustedes. ¡Ejem! Lo cierto es que... Bueno... Me encuentro con ciertas dificultades, y ustedes pueden ayudarme a resolverlas.

Redwood enarcó las cejas y se sintió muy contento.

—El asunto es... estrictamente confidencial.

—Prosiga —dijo Redwood—. No se preocupe por esto.

—Recientemente ha sido confiada a mis cuidados una niña, hija de... de un personaje muy elevado.

Winkles tosió.

—Adelante —dijo Redwood.

—Debo confesar que es en gran parte debido a esos polvos de ustedes, y la fama que me ha acarreado el éxito que he tenido con el hijo menor de usted... Existe, no hay qué disimularlo, un fuerte sentimiento contra su empleo. Y, no obstante, veo que entre las personas más inteligentes... Hay que ir despacio y sin ruido en estas cosas... poco a poco. Así y todo, en el caso de Su Alte... quiero decir, en el caso de esta nueva enfermita que tengo... En realidad... la idea fue de su madre. Yo no habría jamás...

Dio una palmada en el hombro a Redwood, como si se sintiera embarazado.

—Creí que usted tenía sus dudas sobre la oportunidad de recomendar el uso de esos polvos —dijo Redwood.

—Fue una duda meramente pasajera.

—¿Y no proponía usted discontinuar...?

—¿En el caso de su hijo? ¡Por cierto que no!

—Por lo que puedo entender, sería un asesinato.

—No lo haría por nada del mundo.

—Tendrá usted los polvos —dijo Redwood.

—Supongo que usted no podría...

—No hay cuidado. No existe ninguna fórmula. No interesa, Winkles, y dispense mi franqueza. Yo mismo hago los polvos.

—Es igual —dijo Winkles después de quedarse mirando

fijamente a Redwood un instante—. Es igual... —Y luego añadió—: Le aseguro que no me importa lo más mínimo.

IV

Cuando se hubo marchado Winkles, Bensington se acercó a la alfombrilla de la chimenea y allí se quedó de pie, mirando a Redwood, que estaba sentado.

—¡Su Alteza Serenísima! —exclamó.

—¡Su Alteza Serenísima! —exclamó Redwood.

—¡Es la princesa de Weser Dreiburg!

—No es más que una prima de tercer grado.

—Redwood —dijo Bensington—, ya sé que le parecerá curioso lo que voy a decirle, pero... ¿cree usted que Winkles comprende?

—¿Qué?

—Qué es lo que hemos hecho... ¿Comprenderá realmente que en la Familia... la Familia de su nuevo paciente...?

—Siga —dijo Redwood.

—Que siempre han estado, más bien, algo debajo... debajo...

—Del promedio.

—Sí. ¿Y que siempre han procurado con gran tacto no distinguirse en nada, va a producirles un personaje real... un personaje real descomunal... de semejante tamaño? ¿Sabe usted, Redwood? No estoy seguro de que no haya aquí algo casi lindante con... alta traición...

Bensington clavó en Redwood la mirada que tenía fija en la puerta.

Redwood, con un gesto rápido de su dedo índice señalando el fuego, exclamó:

—¡Por Júpiter! ¡Winkles no lo sabe...!

»Ese hombre no sabe nada. Ésta fue su característica más exasperante cuando era estudiante. Nada. Aprobó todos sus exámenes sabiendo lo que tenía que saber, y ni una palabra más, como si fuera una estantería giratoria de la *Thimes Encyclopaedia*. Y ahora ya no sabe absolutamente nada. Es Winkles, y como tal,

incapaz de asimilar de veras nada que no esté relacionado de un modo directo e inmediato con su yo superficial. Carece por completo de imaginación y, en consecuencia, es incapaz de todo conocimiento. Probablemente nadie podría haber aprobado tantos exámenes ni ir tan bien vestido, tan acicalado, y tener tanto éxito como médico, sin esa precisa incapacidad. Eso es. Y a despecho de todo lo que ha visto y oído y se le ha explicado, ahí lo tiene usted... sin la menor idea de lo que ha puesto en marcha. Tiene la idea de explotar la fama, y está trabajando en el Alimento Estrella muy bien, y como alguien le ha dejado meterse en lo de esta infanta recién nacida... pues se siente más famoso que nunca. La Weser Dreiburg tendrá que enfrentarse con el gigantesco problema que representa una princesa de nueve metros de estatura, y él ni siquiera lo ha pensado, ya que carece de cabeza. ¡Es que no puede!

—Habrá un lío mayúsculo repuso Bensington.

—Dentro de un año, poco más o menos.

—Tan pronto como adviertan que la niña crece sin parar.

—A menos que, siguiendo la costumbre... echen tierra al asunto.

—Habría que echar mucha tierra.

—Bastante.

—¿Y qué van a hacer?

—Nunca hacen nada... Tacto real.

—Pero se verán obligados a hacer algo.

—Acaso sea ella quien lo haga.

—¡Oh, Dios mío! ¡Vaya!

—Y la suprimirán. Cosas parecidas han sucedido.

Redwood se echó a reír con grandes carcajadas.

—¡La realenza redundante...! ¡El niño descomunal de la máscara de hierro! —dijo—. ¡Tendrán que ponerla en la torre más alta del viejo castillo de Weser Dreiburg, y abrir boquetes en el techo de los diferentes pisos, a medida que vaya creciendo...! Bien, yo también estoy metido en el lío. Y Cossar y sus tres chicos. Y... bueno, bueno...

—Habrá un lío mayúsculo —repitió Bensington sin contagiarse de la risa del otro—. ¡Un lío mayúsculo...!

»Supongo que usted ha pensado detenidamente en eso, Redwood. ¿Está usted seguro de que no sería más sensato advertir a Winkles, y usted, por su parte, destetar a su hijo menor

gradualmente, y... confiar en el Triunfo Teórico?

—Quisiera que usted viniese a pasar media hora en mi casa, en el cuarto de los niños, cuando el Alimento llega con un poco de retraso —dijo Redwood con cierto tono de exasperación—, y no hablaría usted así. Además... advertírselo a Winkles. ¡No! La marea de este asunto nos ha cogido de sorpresa, y tanto si nos da miedo como si no... ¡tenemos que nadar!

—Así será, supongo —dijo Bensington mirándose las puntas de los pies—. Sí. Tenemos que nadar. Y su hijo tendrá que nadar, y los chicos de Cossar... ¡porque se lo ha dado a los tres! Cossar no está para medias tintas... ¡O todo o nada! Y su Alteza Serenísima. Y todo. Nosotros continuaremos fabricando el Alimento. Cossar también. Estamos sólo en los albores del comienzo, Redwood. Es evidente que van a ocurrir toda clase de cosas. Cosas grandiosas y monstruosas. Pero no puedo imaginármelas, Redwood. Excepto...

Se contempló las uñas. Levantó la vista hacia Redwood, y lo miró a través de las gafas, blandamente.

—Casi estoy por decir —aventuró— que Caterham tiene razón, a veces. Esto va a destruir la proporción de las cosas. Va a dislocar... ¿Qué es lo que no se va a dislocar?

—Sea lo que sea lo que se disloque —dijo Redwood—, mi hijo menor debe seguir tomando el Alimento.

Oyeron a alguien que subía rápidamente la escalera, y en seguida Cossar asomó la cabeza por la puerta.

—¡Hola! —exclamó entrando—. ¿Qué pasa?

Le notificaron el asunto de la princesa.

—¿Problemas difíciles? —dijo—. Ni por asomo. Claro que ella crecerá. Y su hijo también crecerá. Y todos los demás a quienes usted les dé el Alimento crecerán. Todos. Como cualquier otra cosa. ¿Qué dificultad ve en ello? ¡Si eso está muy bien! Un niño lo vería clarísimo. ¿Dónde está el problema?

Los otros dos intentaron aclarárselo.

—¿No continuar trabajando en esto? —chilló—. Pero ahora ya no es cosa de ustedes. Ustedes son los instrumentos. Como Winkles es también un instrumento. Todo está perfectamente. A veces me pregunté para qué serviría Winkles. Ahora es innecesario. ¿Cuál es el problema...?

»¿La confusión? Evidentemente. ¿El trastorno de las cosas? Va a

trastornarlo todo. Finalmente va a trastornar todas las empresas humanas. Eso es claro como el agua. Intentarán detenerlo, pero tarde. Tienen la costumbre de llegar siempre tarde. Ustedes vayan y fabriquen cuanto puedan. ¡Gracias a Dios que sirven para algo!

—Pero ¿y el conflicto? —dijo Bensington—. ¡La tensión nerviosa...! Ignoro si usted habrá imaginado...

—Usted debió haber nacido hortaliza, Bensington —dijo Cossar—, eso es lo que usted debió ser al nacer. Algo que creciera en terreno abonado. Aquí está usted, construido de un modo temible y admirable al mismo tiempo, y creyendo que ha sido creado precisamente para no hacer nada y regalarse el cuerpo. ¿Cree usted que este mundo fue creado para que todo el trabajo lo hicieran las mujeres que van a fregar las casas? ¡Bueno, sea como sea, ya no pueden ustedes hacer nada ahora... No les queda otro remedio que continuar!

—Así tendrá que ser, supongo —dijo Redwood—. Lentamente...

—¡No! —exclamó Cossar dando un grito tremendo—. ¡No! Tienen ustedes que fabricar tanto como puedan y tan de prisa como puedan. ¡Hay que esparcirlo por todas partes!

Se sintió inspirado por un golpe de genio. Parodiando una de las curvas de Redwood, con un amplio gesto del brazo hacia arriba, ordenó para puntualizar la alusión:

—¡Redwood! ¡Hágalo así!

V

Hay, según parece, un límite al orgullo materno, y este límite, en el caso de la señora Redwood, fue alcanzado al cumplir su retoño los seis meses de existencia terrena, cuando rompió el cochecito de lujo en que salía a pasear y tuvieron que volverlo a casa, berreando, en el carrito de la leche. En este momento el joven Redwood pesaba treinta kilos, tenía una talla de un metro veinte, y podía levantar un peso de otros treinta kilos. Tuvo que ser llevado a su cuarto escaleras arriba por la cocinera y la camarera. Después de aquello, el descubrimiento fue sólo cuestión de días. Una tarde, Redwood, de

vuelta a su casa, al venir del laboratorio, se encontró con su desdichada esposa profundamente abstraída leyendo las fascinantes páginas de *El átomo potente*. Al ver a su marido, dejó el libro a un lado y echando a correr a su encuentro, estalló en llanto sobre su hombro.

—Dime qué le has hecho —se lamentó—. Dime qué has hecho.

Redwood la cogió de la mano y la condujo al sofá mientras meditaba sobre la adopción de una satisfactoria línea de defensa.

—Todo va bien, querida —dijo—, todo va bien. Estás un poco excitada. Y todo por culpa de ese cochecito barato. Mañana vendrá un hombre con un sillón de ruedas, algo fuerte y resistente...

La señora Redwood se quedó mirándolo con los ojos llenos de lágrimas, por encima del pañuelo que tenía en la mano.

—¿Mi hijo en un sillón de ruedas? —preguntó.

—Bueno, ¿por qué no?

—Parecerá un inválido.

—Parecerá un gigante joven, querida, y no tienes ningún motivo para avergonzarte de él.

—Algo le has hecho, *Dandy* —dijo ella—. Te lo adivino en la cara.

—Bueno, sea lo que sea, no ha parado de crecer —dijo Redwood cruelmente.

—Ya lo sé —dijo la señora Redwood, haciendo una pelota con su pañuelo con una sola mano. Volvió a mirar a su marido, con un súbito cambio en su mirada, ahora severísima—. ¿Qué le has hecho a tu propio hijo, *Dandy*?

—Pero ¿qué le pasa?

—¡Es tan grande! Es un monstruo.

—Tonterías. Es un niño tan limpio y tan derecho como el que más. ¿Qué tiene de particular?

—Mira el tamaño que tiene.

—Pues está muy bien. ¡Mira a esos diminutos chavales que se ven alrededor! Él es el chico más guapo de todos...

—¡Es demasiado guapo!

—No seguirá creciendo así —dijo Redwood tranquilizándola—. Es sólo el empuje inicial.

Pero sabía perfectamente que el niño seguiría creciendo. Y así lo hizo. A los doce meses de edad tenía una talla de un metro con

cuarenta y siete centímetros y pesaba cincuenta y seis kilos. Era tan grande, en realidad, como uno de los querubines de San Pietro del Vaticano, y sus afectuosos tirones a los cabellos y golpes a la cara de los visitantes dieron mucho que hablar en West Kensington. Para subirlo y bajarlo de su cuarto, lo llevaban en un sillón de inválido, y la niñera especial que tenía, una joven musculosa, recién salida de la escuela de enfermeras, solía llevarlo a tomar el aire en un cochecillo al que se había adaptado un motor Panhard de ocho caballos para poder subir las cuestas, especialmente requerido para sus necesidades. Fue una suerte, por todo concepto, que Redwood tuviese su trabajo pericial, además de la cátedra.

Una vez pasado el susto producido por el enorme tamaño del pequeño Redwood, se podía ver que era, según dicen las personas que solían verlo a diario zumbando despacio en su coche por Hyde Park, un niño singularmente bonito y avispado. Rara vez lloraba o necesitaba que alguien lo confortara. Generalmente llevaba un gran sonajero en la mano, y a veces se dedicaba a saludar a los conductores de autobús y a los policías con quienes se encontraba a lo largo de su paseo y al otro lado de las rejas del parque con unos «¡Dadda!» y «¡Babba!» muy sociales y democráticos.

—Ahí va ese niño tan grande del Alimento Estrella —solía decir el conductor del autobús.

—Se lo ve saludable —hacía observar el pasajero del asiento delantero.

—Criado con biberón —explicaba el conductor—. Con un biberón que, según dicen, es de cuatro litros y medio y tuvo que fabricarse especialmente para él.

—Pues está muy sano, muy sano —terminaría diciendo el pasajero de delante.

Cuando la señora Redwood se dio cuenta de que el crecimiento de su hijo iba prosiguiendo de un modo indefinido y, por otra parte, lógico —cosa que acaeció por primera vez al llegar el cochecillo con motor—, se abandonó a un arrebato de dolor, declarando que no quería entrar más en el cuarto de los niños, que querría estar muerta, que querría que el niño estuviese muerto, que querría no haberse casado con Redwood, que querría que nadie se casara con nadie, representó un poco el papel de Ajax, y se retiró a sus habitaciones, donde vivió casi de caldo de gallina durante tres días.

Cuando se presentó Redwood para reconvenirla por su proceder, ella se puso a lanzar almohadas por todas partes, lloró y se mesó los cabellos.

—El niño está muy bien —dijo Redwood—. Cuanto mayor sea, tanto mejor. Tú no querías verlo más pequeño que los hijos de los demás.

—Lo que quiero es que sea como los demás niños, ni mayor ni menor. Yo quería que él fuera un niño precioso, lo mismo que Georgina Phyllis es una niña preciosa, y quería criarlo bien, de un modo normal, y ahí lo tienes —y la voz de la desdichada mujer se quebró— llevando unos zapatos enormes y paseándose en un coche con... ¡ay!... ¡gasolina!

»¡Nunca podré quererlo! ¡Nunca! ¡Es demasiado para mí! ¡Nunca podré ser una madre para él, tal como hubiera querido serlo!

Pero, por fin, consiguieron hacerla entrar en el cuarto de los niños, y allí estaba Edward Monson Redwood («Pantagruel» fue un mote que le pusieron más tarde) balanceándose en una mecedora especialmente reforzada, sonriendo y diciendo: «Guu» y «Uau». Y el corazón de la señora Redwood se dulcificó otra vez ante su hijo, y lo cogió en brazos y lloró.

—Te han hecho algo —sollozó—, y tú seguirás creciendo y creciendo, cariño mío, pero haré todo lo que esté en mi poder para criarte bien, diga lo que diga tu padre.

Y Redwood, que había ayudado a llevarla hasta la puerta, se fue por el pasillo, muy reconfortado.

(¡Ejem! ¡Es un mal asunto eso de ser hombre... siendo las mujeres como son!).

VI

Antes de finalizar el año, se vieron en el oeste de Londres varios cochecillos con motor, además del de Retwood. Según me dicen, llegaron a ser hasta once. Pero las más cuidadosas investigaciones tan sólo verídica evidencia de un total de seis, dentro del área metropolitana, en aquella época. Al parecer, el producto aquel obró

de modo diferente según el tipo constitucional de cada cual. Al principio La Heracleoforbia no pudo prepararse en forma de inyecciones, y no hay duda de que existe una proporción considerable de personas incapaces de absorber esta sustancia en el curso normal de la digestión. Por ejemplo, fue administrada al niño menor de Winkles, pero, por lo visto, el niño fue tan incapaz de crecer como, si Redwood estaba en lo cierto, su padre era incapaz de aprender. Otros niños, además, según datos suministrados por la Sociedad para la Supresión Total del Alimento Estrella, quedaron, de un modo inexplicable, como corrompidos por el Alimento, y perecieron ya en un principio a causa de trastornos infantiles diversos. Los chicos de Cossar se lo tragaron con asombrosa avidez.

Naturalmente, una cosa de este tipo nunca puede aplicarse con absoluta simplicidad en la vida humana. El crecimiento, en particular, es algo muy complejo, y todas las generalizaciones tienen que ser, a la fuerza, algo imprecisas. Pero la ley general del Alimento fue, al parecer, la siguiente: cuando podía ser absorbido en el interior del cuerpo, fuera del modo que fuese, lo estimulaba en la misma proporción aproximadamente en todos los casos. Incrementaba el crecimiento hasta sextuplicarlo o septuplicarlo, y no pasaba de ahí, cualquiera que fuese la cantidad de Alimento que se tomara después. En realidad, un exceso de Heracleoforbia superior al mínimo necesario conducía, según pudo observarse, a la producción de alteraciones patológicas de la nutrición, cáncer, tumores diversos, osificaciones y otras lindezas. Y una vez empezado el crecimiento en gran escala, se hizo evidente que sólo podía continuar en la misma escala, y que la administración continua de Heracleoforbia a dosis pequeñas, pero suficientes, era imperativa.

Si se la suprimía mientras duraba el crecimiento, se presentaba primero una vaga sensación de molestia y de inquietud, luego un período de voracidad —como en el caso de las jóvenes ratas de Hankey— y luego el sujeto en crecimiento presentaba cierta especie de anemia exagerada, enfermaba y moría. Las plantas sufrían efectos similares. Esto, sin embargo, se aplicaba sólo al período de crecimiento. Tan pronto como se alcanzaba la adolescencia —en las plantas representada por la formación de los primeros brotes florales—, el apetito y necesidad de Heracleoforbia disminuían, y

tan pronto como la planta o el animal había llegado a la edad adulta, se hacía por completo independiente de cualquier provisión ulterior del Alimento. Quedaba, como si dijéramos, firmemente establecido en la nueva escala, firmemente establecido que, como los cardos de los alrededores de Hickleybrow y la hierba de la loma demostraban, las semillas producían retoños gigantes de la misma especie.

Y el pequeño Redwood, pionero de la nueva raza, primero de todos los niños que tomaron el Alimento, seguía arrastrándose por su cuarto, destrozando el mobiliario, mordiendo como un caballo, pellizcando como un depravado y vociferando pueriles silabeos a su «mamma» y a su asustado e intimidado «pappa», que era quien había puesto en marcha el desaguizado.

El niño había nacido lleno de buenas intenciones.

—Padda bueno, bueno —solía decir cuando veía pasar ante él la vajilla y otros artículos frágiles.

«Padda» era su equivalente de Pantagruel, mote que el mismo Redwood le había impuesto. Y Cossar, haciendo caso omiso de ciertas lumbreras que al poco tiempo causaron problemas, después de un conflicto con las autoridades locales y sus reglamentos de vivienda, edificó en un solar adyacente a la casa de Redwood una confortable y bien iluminada sala de recreo, a la par que escuela y dormitorio, para los cuatro chicos, sala cuya planta tenía la forma de un cuadrado de dieciocho metros de lado por doce de altura.

Redwood se enamoró de aquella sala para los niños, mientras él y Cossar la estaban edificando, y su interés en las curvas se desvaneció, como nunca hubiera ni soñado que pudiera desvanecerse, ante las urgentes necesidades de su hijo.

—Es muy importante —decía— esto de acomodar un cuarto para los niños...

»Las paredes, las cosas que hay en él, todo esto le hablará a esta nueva mentalidad creada por nosotros, con más o menos elocuencia, y le enseñará o dejará de enseñarle millares de cosas.

—Es obvio —decía Cossar apresurándose a coger su sombrero.

Los dos trabajaron juntos con toda armonía, pero Redwood fue quien suministró la mayor parte de las teorías educativas requeridas...

Hicieron pintar las paredes y los maderámenes con alegre vigor.

En su mayor parte prevaleció un color blanco cálido, pero con franjas de colores brillantes para dar fuerza a las sencillas líneas de la construcción.

—Debemos tener colores limpios —dijo Redwood.

Y en determinado sitio puso una banda horizontal hecha con cuadrados, en los que los carmines y morados, anaranjados y amarillo limón, azules y verdes, de diversos matices y tonalidades, se hacían honor a sí mismos. Estos cuadrados debían ser arreglados y vueltos a arreglar por los niños gigantes combinando los colores a su placer.

—Después seguirá la decoración... —decía Redwood—. Dejemos que primero se percaten de la extensión de la escala cromática y luego ya prescindiremos de esto. No hay motivo alguno para que los coaccionemos en favor de un color o dibujo en particular.

Y luego continuó:

—Este sitio debe estar lleno de interés. El interés es el alimento del niño, y la falta de interés significa tortura y hambre. Debe haber cuadros en abundancia.

No se colocaron cuadros permanentes en la habitación, sino que se colgaron marcos vacíos en los que debían encuadrarse nuevas imágenes para quitar y poner, las cuales se quitarían, guardándolas en una carpeta, y sustituyéndolas por otras nuevas cuando el interés por las anteriores hubiese pasado. Había una ventana que daba a la calle, y además, para aumentar el interés, Redwood había amañado por encima del techo del cuarto de los niños una cámara oscura que enfocaba Kensington High Street y un buen trozo de los jardines de Kensington.

En un rincón, ese instrumento tan importante que se llama ábaco, de metro veinte de lado, pieza de hierro especialmente reforzada, con los ángulos redondeados, aguardaba las incipientes operaciones aritméticas de los jóvenes gigantes. Había pocos corderitos de lana y demás ídolos parecidos, y en su lugar, Cossar, sin dar explicaciones, trajo un buen día, en tres coches de alquiler, una gran cantidad de juguetes (todos ellos lo bastante grandes para que los futuros niños no pudieran tragárselos) que podían amontonarse, disponerse en hileras, rodar, morderse, ondear, sonar como una matraca, caérseles encima, tirar de ellos, abrirlos, cerrarlos, mutilarlos y hacer con ellos una serie de experimentos

interminable. Había ladrillos de madera de diversos colores, oblongos y cuboideos, ladrillos de porcelana pulida, ladrillos de vidrio transparente y ladrillos de caucho tablas y pizarras; conos, conos truncados y cilindros; esferoides achatados y alargados por los polos; pelotas de varias sustancias, macizas y huecas; muchas cajas de diversos tamaños y formas, con tapas engoznadas, o atornilladas, o ajustadas, y dos o tres con cerradura o candado; tiras de goma y de cuero, y un buen número de objetos, todos del mismo tamaño, que podían tenerse en pie, dando la impresión de figuras humanas.

—Dele ésos —decía Cossar—. De uno en uno...

Estas cosas las puso Redwood en un armario preparado en un rincón. Adosado a una de las paredes de la sala, a una altura conveniente para un niño de dos metros de altura, había un encerado, en el que los muchachos podían lucirse con tizas blancas y coloradas, y cerca de allí una especie de bloque de dibujo del que se podía desprender hoja tras hoja y en el que se podía dibujar con carbón; y también había un pequeño pupitre, con grandes lápices de carpintero de variable dureza y una copiosa provisión de papel, en el que los muchachos podían primero garrapatear y luego dibujar más distintamente. Y, además, Redwood ordenó, tanto corría su imaginación, que le trajeran tubos de pintura líquida, especialmente grandes, y cajas de pasteles para cuando llegara el momento en que se necesitasen. También dejó allí un tonel de pluticina y de arcilla modelable.

—Al principio él y su maestro modelarán juntos —decía—, pero cuando el chico haya adquirido alguna habilidad haré que copie modelos y quizá animales. ¡Y ahora me acuerdo que también tengo que encargar que le hagan una caja de herramientas...! «Luego libros. Tendré que buscar un buen número de libros, y tendrán que ser con tipos de imprenta muy grandes. Pero ¿qué clase de libros va a necesitar? Habrá que alimentar su imaginación. Porque, esto es, desde luego, lo principal de la educación. Eso es la corona de toda educación, ya que los sanos hábitos de mente y conducta constituyen el trono. La carencia de imaginación equivale a brutalidad y una imaginación ruin equivale a lujuria y cobardía; en cambio, una imaginación noble es Dios andando de nuevo sobre la tierra. También debe soñar, a su debido tiempo, en un exquisito

país de hadas y en todas las cosas curiosas y fantásticas de la vida. Pero debe alimentarse principalmente de la espléndida realidad. Tendrá que leer historias de viajes por todo el mundo, viajes y aventuras y relatos de cómo fue conquistado el mundo; también deberá tener historias de animales, grandes libros espléndida y claramente iluminados con bestias y pájaros y plantas y sabandijas, grandes libros que traten de las profundidades del firmamento y los misterios del mar; tendrá que leer historias y mapas de todos los imperios que ha visto el mundo, láminas e historias de todas las tribus, hábitos y costumbres de la humanidad. Y también tendrá que tener libros y láminas que inciten su sentido de la belleza, sutiles imágenes japonesas que le hagan amar las aún más sutiles bellezas del pájaro, del zarcillo, de la flor marchita, y reproducciones de pinturas occidentales también, imágenes de hombres y mujeres llenos de gracia, agradables grupos y amplios panoramas de mar y de tierra. También tendrá que tener libros sobre la construcción de casas y palacios, planeará habitaciones e inventará ciudades...

»Creo que deberé darle un pequeño teatro...

«Y, además, está la música...».

Redwood reflexionó sobre aquello y decidió por fin que lo mejor sería que empezara con una armónica de una octava y de sonido puro. Más tarde podría haber una extensión a la octava.

—Primero tocará con ésta, cantando y solfeando, y así dará el nombre apropiado a las notas —dijo Redwood—, pero ¿y luego...?

Se quedó mirando al alféizar de la ventana, situada a un nivel más alto que su cabeza, y tomó la medida del tamaño de la sala con la mirada.

—Tendrán que construir el piano aquí dentro —dijo—, y traerlo desmontado.

Estuvo rondando por allí, en medio de todos sus preparativos, una figurilla pensativa y taciturna. Si le hubierais podido ver os habría parecido igual que un hombrecillo de veinticinco centímetros de estatura en medio de los objetos corrientes que se encuentran en los cuartos infantiles. Una gran manta —en verdad era una alfombra turca— de treinta y siete metros cuadrados de superficie, sobre la que el joven Redwood estaba destinado a arrastrarse muy pronto, se extendía hasta el radiador eléctrico que,

protegido por un enrejado, tenía que calentar el lugar. Un individuo de Cossar estaba empinado en el andamiaje, colocando el gran marco que debía contener los grabados transitorios. Un libro de papel secante para ejemplares de plantas, grande como la puerta de una casa, estaba apoyado en la pared, y de entre sus páginas sobresalía un tallo gigante, el borde de una hoja y una flor de pamplina, también de tamaño gigantesco, de aquel desmesurado tamaño que poco después proporcionaría fama a Urshot en el mundo de la botánica.

A Redwood le sobrevino cierta sensación de incredulidad, mientras se hallaba entre todas estas cosas.

—Sí es que esto realmente va a seguir así... —dijo mirando hacia el remoto techo.

De muy lejos llegó un sonido igual que el mugido de un toro de Mafficking, como si fuera una respuesta.

—¡Ya lo creo que sigue! —dijo Redwood—. Evidentemente.

Lo que siguió fue una serie de resonantes golpes dados sobre una mesa y a continuación un grito que más bien parecía un graznido:

—¡Guuluu! ¡Buuuzuu! Pzz...

—Lo mejor que puedo hacer —dijo Redwood siguiendo una diferente línea de ideas—, es enseñarle yo mismo.

Los porrazos se hicieron más insistentes. Durante un momento le pareció a Redwood que habían alcanzado un ritmo del zumbido de una locomotora, la locomotora que él habría podido imaginar arrastrando el gran tren de los acontecimientos que se le echaba encima. Luego una serie descendente de golpes más secos rompió aquel efecto, y volvió a repetirse.

—¡Adelante! —exclamó al oír que alguien llamaba a la puerta.

Y la puerta, que era grande como la de una catedral, se entreabrió con lentitud. El nuevo malacate dejó de chirriar y Bensington apareció en la abertura, mirando con benevolencia por encima de sus gafas.

—Me aventuré a dar una vueltecita por ahí para ver —susurró de un modo confidencialmente furtivo.

—Pase —dijo Redwood, y así lo hizo Bensington, cerrando la puerta tras de sí.

Se adelantó con las manos a la espalda, se detuvo, volvió a avanzar unos pasos y escrutó con movimientos de pájaro las

dimensiones del edificio donde se encontraba. Luego se frotó la barbilla, pensativo.

—Cada vez que vengo aquí —dijo con una nota amortiguada en el tono de su voz— me choca cada vez más una impresión: grande.

—Sí —convino Redwood inspeccionándolo todo de nuevo como si se esforzara en aprehender aquella impresión visible—. Sí. Es que ellos también serán muy grandes, ¿sabe usted?

—Lo sé —repuso Bensington con un tono que indicaba casi pavor—. Muy grandes.

Se miraron casi con aprensión.

—Muy grande —dijo Bensington frotándose el puente de la nariz con un ojo dubitativo fijo en Redwood. Esperaba alguna expresión confirmativa, y viendo que ésta no llegaba añadió—: Todos ellos, ¿sabe usted?, espantosamente grandes. No puedo imaginar... aun con esto... lo grandes que van a ser.

CAPÍTULO V

LA MUNIFICENCIA DEL SEÑOR BENSINGTON

I

Mientras la Real Comisión del Alimento Estrella estaba preparando su informe fue cuando la Heracleoforbia empezó a demostrar su capacidad de filtración. Y la precocidad de esta segunda irrupción fue tanto más desgraciada, desde el punto de vista de Cossar al menos, cuando que el informe previo, todavía existente, demuestra que la Comisión, bajo la tutela de su expertísimo miembro, el doctor Stephen Winkles

(F. R. S.,

M. D.,

F. R. C.

R, D. Se, J. R, D. L, etc.), ya había decidido que las filtraciones accidentales eran imposibles y se hallaba dispuesta a recomendar que se encargara la preparación del Alimento Estrella a un comité competente (Winkles, principalmente), que tendría el control absoluto de la venta del producto, lo cual sería plenamente suficiente para satisfacer todas las objeciones razonables que pudieran oponerse a su libre difusión. Este comité debería disfrutar de un monopolio total. Y, sin duda, hay que considerar como parte de las ironías de la vida el hecho de que la primera y más alarmante de esta segunda serie de filtraciones ocurriera a menos de cincuenta metros de distancia de un pequeño cottage en Keston, ocupada durante el verano por el propio doctor Winkles.

No cabe la menor duda de que la negativa de Redwood de hacer partícipe a Winkles de la composición de la Heracleoforbia IV había despertado en este caballero una novísima e intensa afición hacia la química analítica. Winkles no era un manipulador experto, y probablemente por este motivo consideró más apropiado trabajar,

no en los laboratorios excelentemente equipados que se hallaban a su disposición en Londres, sino, sin consultar con nadie y con un aire casi de gran secreto, en un rudimentario laboratorio muy reducido que había instalado en el jardín de la quinta de Keston. No parece haber demostrado una gran habilidad en sus investigaciones. Por el contrario, puede deducirse que abandonó toda investigación después de trabajar intermitentemente durante un mes en este asunto.

Este laboratorio del jardín, donde realizó Winkles su trabajo, estaba muy someramente equipado, provisto de agua por una cañería vertical, y el agua residual se vertía en un sumidero que iba a parar a una balsa cenagosa bordeada de juncos, bajo un aliso, en un rincón aislado de los pastos comunales, por fuera del vallado de su jardín. La cañería estaba agrietada y el residuo del Alimento de los Dioses se escapaba por la grieta para ir a parar a una charca en medio de grupos de juncos. Esto sucedía al comienzo de la primavera.

Todo estaba en movimiento con la vida renovada en aquel pequeño rincón espumoso. Había huevas de rana a la deriva; trémulas de renacuajos que acababan de romper sus cubiertas gelatinosas; diminutas líneas arrastrándose hacia la vida, y debajo de la verde epidermis de los tallos de junco, las larvas del gran escarabajo de agua luchaban por salir del cascarón.

No sé si el lector conocerá la existencia de ese escarabajo llamado (ignoro por qué razón). *Dytiscus*. Es un insecto articulado muy raro, muy musculoso y de movimientos repentinos, que tiene la particularidad de nadar cabeza abajo, mientras la cola le sale por la superficie del agua. Tiene la longitud aproximada de la punta del dedo pulgar de un hombre, y algo más —unos cinco centímetros, es decir, para aquellos que no hayan comido el Alimento—, y además posee dos cortantes maxilares que se encuentran y se acoplan delante de la cabeza, unos maxilares tubulares, con puntitos agudos en sus bordes, por los cuales tiene la costumbre de chupar la sangre de sus víctimas...

Los primeros animales que entraron en contacto con los granos del Alimento a la deriva fueron los diminutos renacuajos y las líneas. Los renacuajos serpenteantes, en particular, cuando lo hubieron probado, lo buscaron con gran afición. Pero tan pronto

como uno de ellos hubo desarrollado hasta alcanzar un tamaño sobresaliente en aquel pequeño mundo de renacuajos y hubo probado de zamparse uno o dos de sus hermanitos más pequeños, como suplemento a su dieta vegetariana, ¡zas!, una de las larvas de escarabajo se agarró a su corazón con sus curvados maxilares chupadores de sangre, y con la roja corriente entró la Heracleofobia IV, en estado de solución, en el cuerpo de su nuevo cliente. Lo único que tenía algunas posibilidades de compartir el Alimento con esos monstruos eran los juncos, la viscosa espuma verde del agua y las tiernas algas del fondo de la ciénaga. Al limpiar finalmente el laboratorio, una nueva porción del Alimento desaguó en la poza, la cual, desbordándose, llevó toda esta siniestra expansión de la lucha por la vida a la charca adyacente, junto a las raíces del aliso...

La primera persona en descubrir lo que estaba ocurriendo fue un tal Lukey Carrington, profesor especial en Ciencias de la Junta de Educación de Londres y en sus ratos de ocio especialista en algas de agua dulce, y no hay que envidiarle por su descubrimiento. Había ido a pasar el día a Keston Common, a fin de llenar unos cuantos tubos con ejemplares para ulterior examen, y así llegó con una docena de tubos de cristal tapados con corchos, que tintineaban suavemente en su bolsillo, apareciendo primero en lo alto de la arenosa loma para descender hacia la charca, con el bastón herrado en la mano. Un muchacho jardinero, que se hallaba arriba, en los peldaños de la cocina, recortando el seto del doctor Winkles, lo vio en aquel rincón de mundo tan poco frecuentado, encontrándolo tanto a él como a su ocupación lo suficientemente inexplicables e interesantes para merecer una estrecha y atinada observación al asunto.

Vio como el señor Carrington se agachaba en la orilla de la charca apoyándose con la mano en el vetusto tronco del aliso y mirando el agua, pero claro está que no pudo apreciar la sorpresa y el placer con que contempló las grandes y extrañas burbujas y filamentos de las algosas heces en el fondo. No había renacuajos visibles —ya habían sido muertos todos por entonces—, y, según parece, no vio allí nada extraño aparte de una vegetación excesiva. Se remangó hasta el codo e, inclinándose, sumergió el brazo en busca de un ejemplar. Su inquisitiva mano fue hasta el fondo.

Instantáneamente algo brilló saliendo de la fresca sombra debajo de las raíces del árbol...

¡Flash! El bicho aquél hincó sus mandíbulas profundamente en el brazo de Carrington... un animal de forma extraña, de más de treinta centímetros de largo, de color castaño y articulado como un escorpión.

Su feísima apariencia y el dolor agudo y sorprendente de su picadura fueron demasiado para el equilibrio de Carrington. Sintió que se iba a desvanecer, profirió un grito agudo y, ¡sptash!, cayó de boca en la charca.

El muchacho vio cómo desaparecía, y oyó el chapoteo y su lucha dentro del agua. El desdichado personaje surgió de nuevo en el campo visual del muchacho, sin sombrero, chorreando agua y chillando.

Nunca había oído el muchacho chillar a un hombre.

Aquel asombroso forastero pareció como si se estuviera arrancando algo de un lado del rostro, donde aparecieron unas estrías sangrientas. Braceó desesperadamente, dio saltos en el aire como si estuviera atacado de frenesí, echó a correr violentamente diez o doce metros y luego cayó, revolcándose en el suelo y desapareciendo de la vista del muchacho.

Éste bajó los peldaños y saltó por el seto, afortunadamente con las tijeras aún en la mano. Al pasar entre las plantas, rompiéndolas, dice que estuvo a punto de volverse atrás temiendo tenérselas que haber con un lunático, pero la posesión de las tijeras le dio confianza.

—En todo caso, hubiera podido pincharle los ojos —explicó.

En cuanto Carrington le echó la vista encima, su actitud se transformó inmediatamente en la de un hombre cuerdo, pero desesperado. Con grandes esfuerzos pudo ponerse de pie, tropezó, se irguió y se acercó al muchacho.

—¡Mira! —exclamó—. ¡No me las puedo quitar!

Y sintiendo un mareo ante aquel horror, el muchacho vio que, pegadas a la mejilla del hombre, a su brazo desnudo y a su muslo, y azotándole la carne furiosamente con sus ágiles y musculosos cuerpos de color castaño, había tres de aquellas horribles larvas, con sus grandes mandíbulas hincadas profundamente en la carne y chupando con ahínco. Estaban allí agarradas como bulldogs y los

esfuerzos de Carrington para desprender aquel monstruo de su cara sólo habían servido para lacerar la carne donde se había agarrado, haciendo chorrear un vivo escarlata por el rostro, el cuello y la chaqueta.

—Se los voy a cortar, señor —exclamó el muchacho—. Aguante un poco.

Y con la afición de los de su edad para tales procedimientos, cercenó una por una las cabezas de los atacantes de Carrington.

—¡Yap! —iba diciendo el muchacho cada vez que caía una de las cabezas.

Así y todo, se habían agarrado con tanta fuerza y determinación, que las cabezas, incluso cercenadas, quedaron aún durante algún tiempo mordiendo fieramente la carne y chupando una sangre que se les escurría por el corte del cuello. Pero el muchacho dio fin a eso con unos cuantos tijeretazos más... en uno de los cuales, por cierto, resultó lesionado el propio Carrington.

—¡No podía quitármelas! —repitió Carrington.

Y durante un buen rato permaneció tambaleándose y sangrando con profusión.

Se tocó las heridas con manos débiles y examinó el resultado en las palmas. Luego se le doblaron las piernas y cayó desvanecido a los pies del muchacho y entre los cuerpos aún coleantes de sus descalabrados enemigos. Afortunadamente, no se le ocurrió al muchacho la idea de rociarle la cara con agua —aún quedaban unos cuantos más de aquellos horribles bichos debajo de las raíces del aliso— sino que dio la vuelta a la charca y se introdujo en el jardín con la intención de pedir auxilio. Allí encontró al jardinero, que también hacía las veces de cochero, y le relató lo sucedido.

Cuando volvieron donde se hallaba Carrington, éste ya se había incorporado y se hallaba sentado en el suelo, débil y aturrido, pero en condiciones de advertirles del peligro de la charca.

II

Éstas fueron las circunstancias por las que el mundo tuvo la primera notificación de que el Alimento estaba libre otra vez. Al cabo de una semana, Keston Common se hallaba en el estado operativo que

los naturalistas llaman centro de distribución. Esta vez no había avispas ni ratones, ni tijeretas, ni ortigas, pero había al menos tres esquilas, varias larvas de libélula que al poco tiempo se transformaron en libélulas, deslumbrando a todo el Kent con sus planeantes cuerpos de zafiro, y una asquerosa vegetación espumeante y gelatinosa que, rebosando los bordes de la ciénaga, enviaba sus viscosas masas verdes y ondulantes por el sendero que iba a la casa del doctor Winkles, hasta mitad del trayecto. Y empezó también un crecimiento exagerado de juncos y equisetum y de potamogetón, que sólo tubo fin con la desecación de la charca.

Rápidamente se hizo evidente a la mentalidad pública que esta vez no había simplemente un centro único de distribución, sino bastantes. Uno de éstos se hallaba en Ealing, y no cabía la menor duda de que fue de ahí de donde vino la plaga de moscas y ácaros rojos. Otro se hallaba en Sunbury, productor de grandes anguilas ferocísimas, que salían del agua y llegaban a matar ovejas. Y también había otro en Bloomsbury, el cual gratificó al mundo con una nueva raza de cucarachas de una especie terrible, procedentes de un viejo caserón habitado por varias cosas indeseables. Bruscamente el mundo se encontró de nuevo arrojando las aventuras de Hickleybrow, con toda clase de estrambóticas exageraciones de monstruos domésticos en vez de las gallinas, ratas y avispas gigantes. Cada centro estalló con sus características flora y fauna locales.

Sabemos ahora que cada uno de estos centros correspondía a sendos pacientes del doctor Winkles, pero esto no se hizo evidente por entonces. El doctor Winkles fue la última persona en incurrir en la reprobación general a causa de aquello. Hubo un enorme pánico, cosa muy natural, y se produjo una indignación apasionada, no contra el doctor Winkles, sino contra el Alimento, y hasta no tanto contra el Alimento como contra el infortunado Bensington, a quien ya desde el principio la imaginación popular había insistido en considerar como la sola y única persona responsable de este nuevo producto.

El intento de lincharle que se produjo a continuación es uno de esos hechos explosivos que abultan en la historia, pero que, en realidad, constituyen el menos significativo de los sucesos.

La historia del tumulto es un misterio. El núcleo principal de la

multitud procedía ciertamente de un mitin Antialimento-Estrella que había tenido lugar en Hyde Park, organizado por los extremistas del partido de Caterham, pero no parece que haya habido nadie en el mundo que propusiera, ni nadie que insinuara, la sugerencia del atropello al que asistieron tantas personas. Constituye un problema para el señor Gustave le Bon, un misterio en la psicología de las multitudes. De los hechos acaecidos se desprende que, cerca de las tres de la tarde de un domingo, una bastante grande y enloquecida multitud londinense, completamente desmandada, irrumpió Thursday Street abajo con la intención de dar a Bensington una muerte ejemplar como advertencia a todos los investigadores científicos, y que estuvo más cerca de realizar sus propósitos que ninguna otra multitud londinense lo había estado desde que fueron arrancadas las rejas de Hyde Park a mediados de la remota época victoriana. Esta multitud llegó tan cerca, en verdad, de llevar a término sus propósitos, que por espacio de una hora o un poco más una sola palabra habría sellado el destino del infortunado caballero.

La primera noticia que Bensington tuvo de aquello fue el rumor de la gente en el exterior. Se acercó a la ventana a mirar, sin darse cuenta de lo que era inminente. Durante un minuto acaso estuvo contemplando aquel hervidero en la entrada de su casa, viendo cómo se deshacían de una docena de ineficaces policías que intentaron cortarles el paso, antes de darse cuenta cabal de su importancia en el asunto. De repente, comprendió que aquella muchedumbre aulladora y ondeante iba en su busca. Se encontraba solo en el piso —afortunadamente, quizá—, ya que su prima Jane había ido a Ealing a tomar el té con una parienta suya por parte de madre, y el pobre Bensington no tenía más idea de cómo debía comportarse en aquellas circunstancias con las reglas de etiqueta del día del Juicio Final. Iba desesperadamente de un lado a otro del piso, preguntando a sus muebles qué tenía que hacer, dando vuelta a las llaves en las cerraduras para volverla a dar en seguida al revés, precipitándose hacia las puertas, las ventanas, el dormitorio... cuando entró el portero.

—No hay momento que perder, señor —le dijo—. ¡Saben el número de su habitación porque lo han leído en el tablero del vestíbulo! ¡Y vienen hacia aquí directamente!

Hizo salir corriendo a Bensington al pasillo, donde ya se percibían los ecos del gran tumulto procedente de la escalera principal, cerró la puerta a sus espaldas y lo hizo entrar en el piso de enfrente por medio de su llave duplicada.

—Es nuestra única oportunidad —dijo.

Abrió de par en par la ventana, que daba a un pozo de ventilación, desde donde se veía que en la pared se habían fijado unas planchas de hierro que constituían la más rudimentaria y peligrosa de las escaleras de escape en caso de incendio, desde los pisos superiores. El portero empujó a Bensington fuera de la ventana, le enseñó cómo debía agarrarse para no caer y salió tras él, escalera arriba, acuciándolo y atizándolo en las piernas con el llavero cuando intentaba desistir de aquella ascensión. A veces, parecía a Bensington que se vería obligado a trepar por aquella escalera vertical interminablemente. Encima de él, el parapeto parecía inaccesible, remoto, a un kilómetro de distancia. Debajo... Procuró no pensar en lo que había debajo.

—¡Alto! —gritó el portero agarrándole el tobillo.

Era horrible sentirse el tobillo agarrado de aquel modo, y Bensington se asió firmemente a la plancha de hierro de más arriba, cogiéndose a ella con desesperación, y profirió un ahogado chillido de terror.

Era evidente que el portero había roto el cristal de una ventana, y luego pareció que había saltado de lado a gran distancia hacia un costado; en seguida se oyó el ruido de una ventana que se abría. El portero le estaba diciendo a gritos cosas que él no comprendía.

Bensington volvió la cabeza hasta que pudo ver al portero.

—Baje seis peldaños —ordenó el buen hombre.

Todas aquellas idas y venidas parecían solemnes tonterías, pero, de todos modos, con muchísimas precauciones, Bensington bajó un peldaño.

—¡No me estire! —gritó al ver que el portero se disponía a ayudarlo desde la ventana abierta.

Le pareció que llegar a la ventana desde la escalera sería una hazaña respetable para un murciélago, y fue con la idea de efectuar un suicidio decente más que con la de alcanzar la meta, que por fin se decidió a dar aquel paso. El portero, sin ningún cumplido, lo metió dentro.

—Tendrá usted que quedarse —dijo—. Mis llaves no funcionan aquí. Es una cerradura americana. Voy a salir a ver si encuentro al inquilino de este piso. Usted se quedará aquí encerrado. No se acerque a la ventana, eso es todo. Es la muchedumbre más horrible que he visto en mi vida. Si creen que está usted ausente, probablemente se contentarán con destruir su producto...

—El indicador decía «Está en casa» gimió Bensington.

—¡Al demonio el indicador! Mejor que no me encuentren...

Y desapareció dando un portazo.

Bensington volvió a quedarse solo con sus iniciativas.

Y se metió debajo de la cama. Allí fue donde lo encontró Cossar.

Bensington estaba casi en coma de terror cuando fue descubierto, porque Cossar derribó la puerta con los hombros, habiendo tomado impulso desde la pared de enfrente del pasillo.

—Salga de aquí, Bensington —dijo—. Todo va bien. Soy yo... Tenemos que salir de aquí. Están incendiando el edificio. Los porteros huyen. Los criados ya se han ido. Por fortuna di con el único hombre que sabía dónde estaba usted... ¡Mire!

Bensington, atisbando desde debajo de la cama, se dio cuenta de que Cossar llevaba en el brazo unas ropas incomprensibles, y, aunque parezca increíble, ¡un gorro negro de mujer en la mano!

—Están desembarazándose de todos los obstáculos —dijo Cossar—. Si no incendian el edificio, vendrán hasta aquí. Las tropas no llegarán a lo mejor hasta dentro de una hora. El cincuenta por ciento de los manifestantes son malvivientes, y en cuantos pisos penetren tanto más les va a gustar. Evidentemente... Quieren limpiarlo todo. Usted póngase estas faldas y este gorrito, Bensington, y larguémonos.

—¿Quiere usted decir...? —empezó a decir Bensington sacando la cabeza como una tortuga.

—¡Póngase esto y venga...! ¡Ya!

Y con súbita vehemencia, arrastrando a Bensington fuera de la cama, empezó a disfrazarlo de anciana mujer de pueblo.

Le arremangó los pantalones y le hizo quitarse las chinelas; le quitó él mismo el cuello, la corbata, la chaqueta y el chaleco, le pasó una blusa negra por la cabeza, le puso un corpiño de lanilla roja y un jubón por encima. Hizo que se quitara los lentes, demasiado característicos, y le aplicó de un golpe el gorrito en la

cabeza.

—Podría ser usted una vieja de nacimiento —dijo mientras le ataba las cintas.

Luego le hizo ponerse las botas con cierre elástico —terrible tortura para los callos— y el chal, y el disfraz fue completo.

—Camine de un lado para otro —dijo Cossar.

Bensington obedeció.

—Está bien —añadió Cossar.

Y de esta forma fue cómo, tropezando con torpeza con sus desacostumbradas faldas, gritando imprecaciones femeninas con una fantástica voz de falsete para mantener su papel y acompañado de la rugiente nota de una muchedumbre que se proponía nada menos que lincharle, el auténtico descubridor de la Heracleofobia IV procedió a huir por el pasillo de Chesterfield Mansions, mezclado con aquella multitud desordenada e inflamada, y así salió de la cadena de acontecimientos que constituye nuestra historia.

Después de aquella huida, ni una sola vez volvió a mezclarse en el estupendo proceso de desarrollo del Alimento de los Dioses el hombre que más había hecho por su descubrimiento.

III

El hombrecillo que puso en marcha todo este negocio desaparece de la historia, y al cabo de un cierto tiempo se desvanece enteramente del mundo de las cosas visibles y explicables. Pero como que fue él quien dio origen a todo lo que relatamos, será decoroso intercalar a su salida una página de atención. Podrá ser presentado, en sus últimos días, tal como la población de Tunbridge Wells lo conoció. Porque fue en Tunbridge Wells donde reapareció después de un oscurecimiento temporal, tan pronto como se dio cuenta cabal de lo transitorio, de lo absolutamente excepcional y carente de significado de aquella furia del tumulto. Reapareció bajo las alas de la prima Jane, tratándose a sí mismo por el descalabro nervioso sufrido, con exclusión de cualquier otro interés, y permaneciendo totalmente indiferente, según parece, a las batallas

que hacían furor entonces alrededor de aquellos nuevos centros de distribución y alrededor de los Niños del Alimento. Bensington sentó sus reales en el hotel hidroterapéutico Mount Glory, donde se dan extraordinarias facilidades para toda clase de baños: carbonatados, creosotados, tratamiento galvánico y farádico, masaje, baños de pino, almidón y pinabete, baños de radium, luz, calor, salvado y hojas de abeto, baños de brea... toda clase de baños, y se dedicó por entero al desarrollo de este sistema de tratamiento curativo que quedó aún imperfecto a su muerte. A veces montaba en un vehículo de alquiler, bien abrigado dentro de su chaqueta de piel de foca, y otras veces, cuando sus pies se lo permitían, echaba a andar hasta el manantial, donde sorbía el agua ferruginosa bajo la mirada de su prima Jane.

Sus hombros encorvados, su rosada apariencia, sus brillantes gafas, llegaron a ser una «característica» de Tunbridge Wells. Nadie se mostró descortés con él en absoluto. Por el contrario, tanto el lugar aquél como el hotel parecieron estar muy complacidos de contar con su presencia. Nada podía evitarle ya aquella distinción. Y aunque prefería no seguir el desarrollo de su gran invento en los periódicos, cuando atravesaba el salón de descanso del hotel o se dirigían al manantial y oía cómo susurraban: «¡Ahí viene! ¡Es éste!», no era precisamente desagrado lo que ablandaba el rictus de su boca y hacía relucir un momento sus ojos.

¡Aquella figurilla, aquella diminuta figurilla, había lanzado el Alimento de los Dioses sobre el mundo! No se puede saber qué es lo más asombroso de esos hombres científicos y fisiólogos si su grandeza o su pequeñez. Podéis imaginároslo allí, en el manantial, embutido en el abrigo forrado de pieles. Está de pie, bajo aquella ventana de porcelana donde brota el chorro de agua mineral, bebiendo pequeños sorbos de agua ferruginosa del vaso que sostiene en la mano. Un ojo, por encima de la montura de oro, está fijo, con expresión de inescrutable severidad, en la prima Jane.

—¡Bah! —dice cada vez que toma un sorbo.

Así componemos nuestro recuerdo, así enfocamos y fotografiamos a nuestro descubridor por última vez, y así le dejamos, como un simple punto en nuestro primer término, pasando a considerar aquella otra imagen mucho mayor que se ha desarrollado a su lado, la historia de su Alimento, cómo los

dispersos Niños Gigantes fueron creciendo día por día dentro de un mundo demasiado pequeño para ellos y cómo la red de leyes sobre el Alimento Estrella y de convenciones sobre el Alimento Estrella, que la Comisión del Alimento Estrella estaba tejiendo ya por entonces, se fue cerrando más y más alrededor de ella, a cada año de su crecimiento. Hasta que...

LIBRO SEGUNDO

EL ALIMENTO LLEGA AL PUEBLO

CAPÍTULO UNO

EL ADVENIMIENTO DEL ALIMENTO

I

Los Niños del Alimento siguieron creciendo ininterrumpidamente durante todos aquellos años; fue el mayor acontecimiento de la época. Pero son las filtraciones lo que hace historia. Los niños que lo habían comido crecieron, pero pronto hubo otros niños creciendo asimismo; y las mejores intenciones del mundo no pudieron evitar más filtraciones en lo sucesivo. El Alimento insistía en escaparse con la pertinacia de un ser viviente. La harina tratada con aquel producto se deshacía, en tiempo seco y casi como si fuera intencionadamente, en un polvo impalpable que volaba ante la brisa más tenue. A veces un nuevo insecto se abría camino hacia un nuevo desarrollo, transitorio y fatal; otras veces era una nueva irrupción de grandes ratas desde las cloacas y de otras sabandijas del mismo estilo. Durante unos días el pueblo de Pangbourne, en Berkshire, luchó contra hormigas gigantes. Tres hombres fueron mordidos y fallecieron. Hubo pánico, hubo luchas y la calamidad resultante que ser combatida nuevamente, dejando siempre algo detrás, en las cosas más oscuras de la vida, completamente cambiado. Luego, otra vez, una nueva irrupción aguda y terrorífica, una rápida hipertrofia de monstruosos matorrales, una diseminación, a la deriva por todo el mundo, de unos cardos que crecían desorbitadamente, de cucarachas contra las que los hombres luchaban con escopetas o una plaga de enormes moscas.

Hubo luchas desesperadas en lugares oscuros. El Alimento engendró héroes en defensa de la causa de la pequeñez...

Y los hombres aceptaron aquellos acontecimientos como hechos

normales en sus vidas y se enfrentaron con ellos como expedientes improvisados y se dijeron unos a otros que «no había ningún cambio en el orden esencial de las cosas». Después del primer gran pánico, Caterham, a pesar de su poder de elocuencia, pasó a ser una figura secundaria en el mundo político, permaneciendo en la opinión de la gente como el exponente de un punto de vista extremista.

Sólo lentamente pudo abrirse camino hacia una posición central en los negocios. «No hay ningún cambio en el orden esencial de las cosas...». Aquel líder eminente del pensamiento moderno, el doctor Winkles, era muy preciso sobre esto... y los exponentes de lo que en aquellos días había tomado el nombre de Liberalismo Progresivo, se pusieron muy sentimentales sobre la insinceridad esencial de su progreso. Sus ensueños, según parece, estaban dedicados por entero a las pequeñas naciones, a los pequeños lenguajes, a aquellas pequeñas familias, cada una de las cuales podía mantenerse a sí misma con los productos de su granja. Era la moda de lo pequeño, de lo pulcramente dispuesto. Ser grande era ser «vulgar», y los términos de delicado, primoroso, diminuto, miniatura y minúsculamente perfecto llegaron a ser las palabras clave de la aprobación crítica...

Mientras tanto, quedamente, sin apresurarse, como es propio de la infancia, los Niños del Alimento seguían creciendo en un mundo que cambiaba para poder recibirlos, hacían acopio de fuerzas, de estatura y de conocimientos, se hacían individuales y decididos, adaptándose lentamente a las dimensiones de su destino. Al poco tiempo ya parecían formar parte natural del mundo. Toda aquella agitación de engrandecimiento también parecía formar parte integrante del mundo de un modo natural, y las personas difícilmente podían imaginarse cómo habían sido las cosas antes de aquello. Llegaron a oídos de los hombres relatos de lo que los niños gigantes eran capaces de hacer, y los hombres exclamaban: «¡Maravilloso!», sin maravillarse lo más mínimo. Los periódicos populares hablaban de los tres hijos de Cossar y de cómo estos asombrosos niños levantaban grandes cañones, lanzaban grandes bloques de hierro a cientos de metros de distancia y saltaban hasta los sesenta metros. Se decía que estaban cavando un pozo más profundo que cualquier pozo o mina que hombre alguno hubiese

cavado, en busca de tesoros ocultos en la tierra desde que la tierra empezó a ser.

Estos Niños, según las revistas populares, habían de allanar montañas, construir puentes para pasar el mar y llenar la tierra de túneles.

—¡Maravilloso! —decía la gente, ¿no es verdad? ¡Cuántas comodidades tendremos!

Y seguían, cada cual dedicado a sus negocios, como si en la tierra no existiese una cosa llamada el Alimento de los Dioses. Y, ciertamente, todas estas cosas no eran más que las primeras indicaciones y promesas de la potencialidad de los Niños del Alimento. Para ellos todavía no se trataba más que de juegos, no era más que el primer uso de una fuerza carente aún de propósito. Ni ellos mismos sabían para qué servían. Eran niños, niños que crecían lentamente, de una raza nueva. La fuerza gigante aumentaba día por día... pero la voluntad gigante tenía todavía que crecer mucho antes de alcanzar un propósito y un designio. Contemplándolos desde la estrecha perspectiva del tiempo, aquellos años de transición poseen la calidad de un único acontecimiento consecutivo; pero, en realidad, nadie vio el advenimiento del engrandecimiento, del mismo modo que nadie en todo el mundo vio, hasta que hubieron transcurrido varios siglos, la Decadencia y la Caída de Roma. Los que vivieron aquellos días estaban demasiado inmersos en los acontecimientos y su progresivo desarrollo para poder verlo como una unidad. Incluso a las personas más inteligentes les producía la impresión de que el Alimento no daría al mundo otra cosa que una cosecha de desatinos inconexos e ingobernables, que ciertamente podrían ser causa de agitaciones y disturbios, pero que no podían hacer gran cosa más contra el orden establecido y la estructura de la humanidad.

Para un observador, al menos, lo más maravilloso de todo aquel período de tensiones acumuladas es la inercia invencible de la gran masa de la población, su quieta persistencia en todo aquello que ignorase las enormes presencias, la promesa de cosas aún más enormes que estaban creciendo entre ellos mismos. Del mismo modo que muchos ríos aparecen con una superficie lisa y tranquila al borde de una catarata mientras su corriente es potente y profunda, así todo lo que el hombre tiene de más conservador

parecía aquietarse en un sereno influjo durante aquellos últimos días. La reacción se hizo popular, se hablaba de la bancarrota de la ciencia, de la agonía del Progreso, del advenimiento de los Mandarines... y se hablaba de todas estas cosas entre los ecos de las pisadas de los Niños del Alimento. El tumulto de las absurdas Revoluciones de antaño, una multitud de necia gentuza persiguiendo a un reyezuelo o algo por el estilo eran cosas de otra época, y ni se hablaba ya de ello, pero lo que no había desaparecido era el Cambio. Era sólo el Cambio lo que había cambiado. El Nuevo Cambio llegaba con su talante y se hallaba más allá de la comprensión habitual del mundo.

Hablar con detalle de su advenimiento equivaldría a escribir una gran historia, pero por todas partes se sucedía una cadena semejante de acontecimientos. Explicar, por consiguiente, su aparición en un lugar determinado será como explicar algo del conjunto. Dio la casualidad de que una simiente extraviada de Inmensidad cayó en el hermoso pueblecito de Cheasing Eyebright, en Kent, y de la historia de su extraña germinación allí y de la trágica futilidad que fue su consecuencia, se puede intentar (siguiendo como si dijéramos, un solo hilo) demostrar la dirección en la que el gran telar hacía girar el huso del Tiempo.

II

Cheasing Eyebright tenía, como es natural, un vicario. Hay vicarios y vicarios, y de todos los tipos de vicario el que menos me gusta es el vicario innovador, de abigarradas ideas, reaccionario profesional y progresivo al mismo tiempo. Pero el vicario de Cheasing Eyebright era uno de los vicarios menos innovadores. Era un hombrecillo regordete, digno, maduro y de ideas conservadoras. Conviene que retrocedamos un poco en nuestro relato para hablar de él. El vicario se entendía muy bien con su pueblo y hay que figurárselos juntos, vicario y pueblo, tal como se les veía en aquel atardecer, cuando la señora Skinner —¡ya recordaréis su huida!— llevó consigo el Alimento, de un modo insospechado por todos, a

aquella rústica tranquilidad.

Precisamente entonces era cuando el pueblo presentaba su mejor aspecto a la luz poniente. Se extendía a lo largo de un valle bajo los bosques de hayas de Hanger, formando un rosario de *cottages* donde alternaban las rojas tejas con la paja, pórticos enrejados y fachadas enmarcadas a medida que la carretera iba descendiendo desde los tejos de la vicaría hacia el puente. La vicaria sobresalía de un modo no muy ostentoso por entre el arbolado de más allá de la fonda, fachada de la primera época georgiana, madurada por el tiempo, y la aguja de la iglesia se elevaba, feliz, en la depresión que hacía el valle siguiendo la silueta de las lomas. Un tortuoso arroyo, una delgada intermitencia de azul cielo y espuma, brillaba entre una espesa orilla de cañas, lisimaquias y sauces llorones, en el centro de las sinuosas flámulas de un prado. El panorama presentaba aquella cualidad inglesa de madurado cultivo, aquel aspecto de inmóvil acabado que imita la perfección, bajo la tibia atmósfera del ocaso.

Y el vicario también presentaba un aspecto rancio. Tenía un aspecto habitual y esencialmente rancio, como si hubiese sido un niño rancio nacido en una clase social añeja, un muchachito maduro y jugoso. Se podía ver, aun antes de que él lo mencionara en su chocheante locuacidad, que había asistido a una costosa escuela con edificios cubiertos de hiedra, con magníficas tradiciones, asociaciones aristocráticas y cuentes de laboratorios de química, y que de allí había pasado a un venerable *college* del más maduro gótico. Pocos libros tenía con menos de mil años, de los cuales Yarrow y Ellis y varios sermones premetodistas constituían la mayor parte. Era un hombre de talla mediana, un poco corto, en apariencia, debido a sus dimensiones ecuatoriales, y con un rostro que habiendo sido bien rancio ya desde el principio, era, en aquellos momentos, climatéricamente maduro. La barba de un David disimulaba la redundancia de su mentón; no llevaba cadena de reloj por exceso de refinamiento y sus modestos trajes clericales estaban confeccionados por un buen sastre del West End... En aquel instante se hallaba sentado con una mano en cada pierna, pestañeando a la vista de su pueblo, en una actitud de beatífica aprobación. Hizo un gesto con su regordeta mano hacia allí y sus preocupaciones se esfumaron. ¿Qué más podía desear?

—Estamos felizmente situados —dijo dando una expresión

mansa y sumisa a sus ideas—. Estamos en una fortaleza en lo alto de una montaña.

Por fin, se explicó:

—Estamos fuera de todo.

Porque él y su amigo habían estado conversando de los Horrores de la Época, de la Democracia, de la Educación Laica, de los Rascacielos, de los Automóviles, de la Invasión Americana, de las infectas Lecturas del Público y de la completa desaparición del Buen Gusto.

—Estamos fuera de todo eso —repitió. Y aún no había acabado de hablar, cuando las pisadas de alguien que se acercaba llegaron a su oído. Se volvió en redondo y la vio.

Ya podéis imaginaros el rápido y trémulo avance de la anciana, con el fardo cogido por la descarnada y rugosa mano y la nariz (que era su más firme apoyo) arrugada en desalentada resolución. Podéis ver las amapolas de un sombrerito balanceándose rítmica y fatalísticamente, y las botas de cierre elástico, blancas de polvo, bajo sus desaseadas faldas, señalando con una irrevocablemente lenta alternativa hacia el Este y hacia el Oeste. Debajo del brazo, como un cautivo inquieto, se movía y se escurría un paraguas barato. ¿Quién podía haber dicho al vicario que aquella grotesca figura de anciana era —al menos en lo que hacía referencia a su pueblo— nada menos que la Fructífera Ocasión y lo Imprevisto, la Bruja que los hombres débiles llaman Destino? Pero nosotros ya sabemos que no era ni más ni menos que la señora Skinner.

Como iba muy cargada para poder saludar con cortesía, prefirió hacer como que no veía ni al vicario ni a su amigo, y así pasó, flip-flop,

a tres metros de ellos, siguiendo hacia el pueblo. El vicario contempló su lento tránsito en silencio y, mientras, maduró el planteamiento de una observación.

Un incidente le pareció desprovisto de toda importancia. La mitad femenina del género humano, *aere perennius*, ha estado llevando paquetes a cuestras desde el día de la Creación. ¿Qué tenía, pues, de particular aquella anciana?

—Estamos fuera de todo eso —volvió a decir el vicario—. Vivimos en una atmósfera de cosas simples y permanentes, Nacer y Trabajar, el simple tiempo de la siembra y el simple tiempo de la

cosecha. El Tumulto pasa y nos deja completamente de lado. Se sentía siempre grandilocuente cuando hablaba de lo que él llamaba las cosas permanentes.

—Las cosas cambian —decía—, pero el género humano... *aere perennius*.

Así era el vicario. Le gustaban las citas clásicas sutilmente aplicadas, aunque no vinieran a cuento. Más abajo, la señora Skinner, nada elegante pero decidida, parecía curiosamente acoplada al portillo de Wilmerding.

III

Nadie sabe lo que hizo el vicario con los Bejines Gigantes.

Sin duda fue de los primeros en descubrirlos. Estaban esparcidos a intervalos a lo largo del sendero que había entre la loma más próxima y el límite del pueblo, sendero que frecuentaba diariamente en su paseíto habitual, después de comer. En conjunto, de estos hongos anormales había una treintena. El vicario, según parece, se los quedó mirando severamente uno por uno y hasta golpeó la mayor parte de ellos una o dos veces con su bastón. Incluso intentó medir uno con los brazos, pero el hongo estalló ante su abrazo de Ixión.

Habló de ellos a diversas personas diciéndoles que eran «¡maravillosos!» y relató a no menos de siete amigos la conocida anécdota de la loza que fue levantada del suelo de la bodega por un cúmulo de hongos que crecían debajo de ella. Consultó su Sowerby para ver si se trataba del *Lycoperdon coetatum*, o *giganteum*, como todos los de su especie. Desde que Gilbert White se hizo famoso, el vicario «gilbertwhiteaba». Sostenía la teoría de que al *giganteum* se lo llama así injustamente.

No se sabe si pudo observar que aquellas esferas blancuzcas estaban esparcidas en el trayecto mismo que siguiera la anciana el día anterior, o si notó que el último ejemplar de la serie se distendía y abultaba a menos de veinte metros de la verja de entrada al *cottage* de Caddles. Si llegó a observar todas estas cosas, no hizo el

menor intento de anotar sus observaciones. Sus observaciones en cuestiones de botánica eran lo que la clase inferior de científicos denomina «observación ejercitada», o sea, que se va en busca de determinadas cosas y se descuida de lo demás. Y tampoco hizo nada el vicario para relacionar este fenómeno con la notable expansión del niño de los Caddles, expansión que progresaba desde hacía varias semanas, exactamente desde un domingo por la tarde en que Caddles, de ello haría cosa de un mes o más, fue a visitar a su suegra y oyó cómo el señor Skinner (ahora difunto) se jactaba de su técnica para criar gallinas.

IV

En verdad, el crecimiento exorbitante de los bejines, consecutivo a la expansión del niño de los Caddles, debería haber hecho abrir los ojos al vicario. El último de estos hechos mencionados, cronológicamente el primero, se le había echado en brazos cuando el bautizo... casi abrumadoramente.

El niño berreó con ensordecedora violencia al caer sobre su frente el agua fría que sellaba su herencia divina y su derecho a llamarse «Albert Edward Caddles». Se hallaba entonces más allá de toda posibilidad de acarreo materno, y Caddles, aunque tambaleándose, pero sonriendo triunfalmente a los demás padres, cuantitativamente inferiores, lo llevó de nuevo al banco ocupado por su grupo.

—¡Jamás vi a niño parecido! —exclamó el vicario. Éste fue el primer indicio público de que el niño de los Caddles, que había comenzado su carrera terrenal algo por debajo de los tres kilos y medio, intentaba, después de todo, hacer quedar bien a sus padres. Muy pronto se hizo evidente que no sólo aspiraba al crédito, sino a la gloria. Y al cabo de un mes, su gloria brillaba tan esplendente que hasta era, considerando la posición social en que se hallaban los Caddles, algo indecorosa.

El carnicero pesó al niño once veces. Hombre de pocas palabras, pronto expresó su modo de pensar. La primera vez dijo:

—Éste es de los buenos. La segunda vez murmuró: —¡Demonios!

Y la tercera vez exclamó:

—¡Buuuuueno, señora!

Después de esto, cada vez que volvió a pesarlo se limitó a dar un tremendo resoplido, a rascarse la cabeza y mirar las escalas con una desconfianza sin precedentes. Todo el mundo fue a ver al Gran Bebé —como lo llamaron con general consentimiento— y la mayoría de ellos dijeron:

—¡Es un barbarote!

Y casi todos le hicieron esta pregunta:

—¿Qué te han hecho tus padres?

La señorita Fletcher también fue a verlo, y dijo:

—¡Ay, yo nunca...!

Lo cual era perfectamente cierto.

Lady Wondershoot, la tirana del pueblo, llegó el día siguiente de la tercera pesada e inspeccionó muy de cerca el fenómeno a través de unos lentes que la llenaron de terror.

—Es un niño inusualmente Grande —dijo a su madre con voz potente e instructiva—. Tendrá usted que tener con él cuidados extraordinarios, Caddles. Naturalmente, no seguirá creciendo a este paso alimentado con biberón, pero debemos hacer todo lo que podamos por él. Le mandaré más franela.

Fue el médico y midió al niño con una cinta métrica y se anotó las cifras en un cuaderno, y el anciano Drifhassock, que cultivaba la tierra en Up Marden, hizo desviarse tres kilómetros de su trayecto a un corredor de abonos para que fuera a verlo. El corredor preguntó la edad del niño tres veces y finalmente dijo que lo ahorcasen si lo entendía. Dejó que cada cual dedujera cómo y por qué tenían que ahorcarlo, pero parece que era a causa del tamaño del niño. También dijo que tendrían que llevarlo a un concurso de bebés. Y durante todo el día, a la salida de la escuela, fueron presentándose niños y niñas que iban diciendo:

—Señora Caddles, ¿quiere dejarnos ver a su niño, por favor?

La buena mujer tuvo que cortar aquello por lo sano. Y en medio de aquellas escenas de asombro, compareció la señora Skinner y allí se quedó sonriendo, en último término, aguantándose los puntiagudos codos con sus descarnadas y nudosas manos, y sonriendo, sonriendo por debajo de la nariz, con una sonrisa de

infinita profundidad.

—Hasta hace que la vieja bruja de la abuela no se vea tan mal —dijo *Lady Wondershoot*—. Siento de veras que haya vuelto al pueblo.

Naturalmente, como casi todos los niños de los labriegos, el elemento caritativo había hecho su aparición, pero el niño pronto dejó establecido sin lugar a dudas por medio de un berreo colosal, su opinión sobre la capacidad del biberón, aquel elemento distaba todavía mucho de su objetivo.

El niño fue considerado la maravilla del siglo, y todo el mundo se hartó de maravillarse de su asombroso crecimiento. Y luego, ¡cosa rara!, en vez de pasar de moda para dar paso a otras maravillas, ¡siguió creciendo a ritmo más acelerado que nunca!

Lady Wondershoot oyó lo que le decía la señora Greenfield, su ama de llaves, con un asombro infinito.

—¿Que Caddles está otra vez abajo? ¿Que no tiene alimento para el niño? Pero señora Greenfield, ¡es imposible! ¡Esta criatura come como un hipopótamo! Estoy segura de que no es verdad.

—Estoy segura de que no la engañan, *Milady* —dijo la señora Greenfield.

—¡Es tan difícil estar segura con esas gentes! —dijo *Lady Wondershoot*—. Y ahora desearía, mi buena señora Greenfield, que usted fuera allí esta tarde para ver... para ver cómo le dan el biberón. Por muy grande que sea, no puedo imaginarme que necesite más de tres litros al día.

—Realmente no hay necesidad, *Milady* —dijo la señora Greenfield.

La mano de *Lady Wondershoot* tembló con una especie de caritativa emoción, con la rabia suspicaz que conmueve a todos los aristócratas ante la idea de que posiblemente las clases más humildes sean, después de todo, tan mezquinas como las clases superiores y —¡ahí es donde escuece!— marquen también sus tantos en el juego.

Pero la señora Greenfield no pudo observar prueba alguna de malversación, y ordenó se facilitara una provisión progresivamente creciente al niño de Caddles. Acababa de enviarse a su destino apenas el primer lote, cuando Caddles estaba ya de vuelta en la gran mansión en un estado abyectamente culposos.

—Hemos tenido el mayor cuidado con las ropas, señora Greenfield, se lo aseguro, señora, ¡pero han estallado y se han roto! Han salido volando con tal violencia, señora, que un botón ha roto el cristal de una ventana, señora, y otro me dio a mí aquí... Véalo usted misma, señora.

Cuando *Lady Wondershoot* se enteró de que aquel asombroso niño había hecho estallar sus hermosas ropas de caridad, decidió hablar con Caddles ella misma en persona. Caddles compareció con el pelo precipitadamente mojado y alisado con la mano, sin aliento y agarrado al ala de su sombrero como si fuese un salvavidas; el pobre hombre dio un traspiés con el borde de la alfombra debido a su confusión.

A *Lady Wondershoot* le gustaba ser impertinente con Caddles. Para ella Caddles era el ideal del individuo de la clase baja: deshonesto, fiel, abyecto, trabajador e inconcebiblemente incapaz de responsabilidad. Le hizo saber que aquello era una cosa muy seria, es decir, que el modo como iba creciendo el niño era un asunto muy serio.

—Es su apetito, Milaty —dijo Caddles levantando el tono de la voz—. Deténgale el crecimiento, *Milady*, verá cómo no puede... Está allí echado, *Milady*, ¡y pega cada patada! Y chilla de un modo que nos desespera. Nos parte el corazón, *Milady*. Y si aguantáramos sin hacer nada, los vecinos intervendrían y podría ocurrir lo peor...

Lady Wondershoot consultó al médico parroquial.

—Lo que yo quisiera saber —dijo *Lady Wondershoot*— es si está bien que este niño se trague esa gran cantidad de leche.

—La ración adecuada para un niño de esta edad —dijo el médico parroquial— es de tres cuartos de litro a un litro cada veinticuatro horas. No sé por qué razón tienen que recurrir a usted para que les dé más. Si usted lo hace, es debido a su generosidad. Claro que podríamos intentar darle la legítima cantidad que le corresponde durante unos días. Pero ese niño, hay que admitirlo, parece ser, por alguna razón ignorada, fisiológicamente diferente. Posiblemente será un Atleta. Es un caso de Hipertrofia Generalizada.

—Pero no está bien para los demás niños de la parroquia —dijo *Lady Wondershoot*—, y estoy segura de que vendrán a quejarse si esto sigue así.

—No veo que nadie pueda pretender que se le dé más de lo que está reconocido como dieta adecuada. Deberemos insistir en que se arreglen con lo que se les da. Si no quieren, se podría enviar el niño al hospital como caso interesante.

—Supongo —repuso *Lady Wondershoot* después de reflexionar un momento— que, aparte del tamaño y del apetito, usted no encuentra en él nada anormal... nada monstruoso, ¿verdad?

—No... No encuentro nada anormal. Pero no hay duda de que si este crecimiento persiste, nos encontraremos con graves deficiencias intelectuales y morales. Casi se puede profetizar esto, según la ley de Max Nordau, uno de los filósofos más célebres y dotados, *Lady Wondershoot*. Nordau descubrió que lo anormal es... anormal, lo cual constituye un valioso descubrimiento, y vale la pena de tenerlo presente. Yo lo encuentro de una gran ayuda en la práctica corriente. Cuando me encuentro con algo que es anormal, digo en seguida: esto es anormal. —La mirada del médico se hizo profunda, bajo el tono de su voz, y sus ademanes lindaron con lo íntimamente confidencial. Levantó una mano con rigidez.

—Y lo trató en el mismo plan de anormalidad —concluyó.

V

—¡**E**pa, epa! —dijo el vicario al comenzar el desayuno, el día siguiente de la llegada de la señora Skinner—. ¡Epa, epa! ¿Qué será esto? —Y golpeó el periódico con sus gafas, con aire de reprimenda—. ¡Avispas gigantes! ¿A dónde vamos a llegar...? ¡Serán periodistas norteamericanos, seguramente! ¡Al cuerno con estas Novedades! ¡A mí que me den grosellas gigantes...!

»¡Tonterías! —agregó y apuró el café de un trago, los ojos fijos en el periódico y haciendo un chasquido de incredulidad con los labios.

—¡Paparruchas! —continuó, rechazando la insinuación.

Pero al día siguiente había más, y se hizo la luz.

Pero no toda vino en seguida, sin embargo. Cuando el vicario salió a dar su paseo después de comer, estaba riéndose todavía de la

absurda historia que el periódico pretendía hacer creer. ¡Avispas...! ¡Avispas que matan un perro...! Incidentalmente, al pasar por el lugar donde se había desarrollado aquella primera cosecha de bejines, observó que la hierba crecía muy alta, pero no relacionó en absoluto aquello con el motivo de su diversión.

—Habríamos oído algo con toda seguridad —se dijo—. Whitstable no está ni a veinte millas de aquí.

Más lejos descubrió otro bejín, de la segunda generación, irguiéndose como un huevo de ave Roe por entre un matorral anormalmente denso.

Entonces la idea le llegó como un relámpago.

No dio la vuelta habitual de la mañana. En vez de ello, retrocedió al llegar al segundo portillo, dirigiéndose hacia el cottage de los Caddles.

—¿Dónde está el niño? —ordenó, y al verlo, exclamó—: ¡Dios mío!

Volvió cuesta arriba hacia el pueblo, murmurando interjecciones y se encontró con el médico que bajaba la cuesta a toda velocidad. El vicario lo cogió del brazo.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. ¿Ha leído usted el periódico estos últimos días?

El médico contestó afirmativamente.

—Bueno, entonces, ¿qué le pasa al niño ése? ¿Qué pasa con todo lo demás...? ¡Avispas, bejines, niños! ¿Qué será lo que les hace crecer tanto? Es algo totalmente inesperado. ¡Y además en Kent! Si fuese en Norteamérica...

—Es un poco difícil decir precisamente de qué se trata. Por lo que yo puedo entender, los síntomas...

—¿Sí?

—Son de hipertrofia... de hipertrofia generalizada.

—¿Hipertrofia?

—Sí. Generalizada... que ataca todas las estructuras del organismo... todo el cuerpo. Puedo decir que, a mi juicio, y entre nosotros, estoy casi convencido de que se trata de eso... Pero hay que andar con cuidado.

—¡Ah! —exclamó el vicio, muy aliviado al encontrar que el médico estaba a la altura de la situación—. Pero ¿por qué será que está brotando de este modo por todas partes?

—Esto también es difícil de decir —repuso el médico.

—En Urshot. Y aquí. Es un caso clarísimo de diseminación.

—Sí —aprobó el médico—. Así lo creo. Se parece a una epidemia. Probablemente se trata de una hipertrofia epidémica.

—¡Epidémica! —dijo el vicario—. ¿No querrá usted decir que es contagiosa?

El médico sonrió amablemente frotándose las manos.

—Eso sí que no podría decirlo —dijo.

—¡Pero...! —exclamó el vicario, con los ojos como naranjas—. Si es contagiosa... pues... ¡puede afectarnos a nosotros!

Dio una gran zancada cuesta arriba y se volvió.

—¡He estado allí...! —exclamó—. ¿No será mejor que...? Voy a casa de inmediato y tomaré un baño y me fumigaré la ropa.

El médico se quedó contemplando durante un momento cómo el otro se alejaba, luego dio media vuelta y se dirigió también a su casa...

Pero mientras iba andando reflexionó que ya hacía un mes que había aparecido un caso en el pueblo sin que nadie más cogiera la enfermedad, y después de una pausa vacilante decidió mostrarse tan valiente como debe ser un médico y arriesgarse a lo que fuere como un hombre.

Y fue bien aconsejado por sus últimos pensamientos. El crecimiento era lo que menos podía ocurrirle a él. Podía haber comido Heracleofobia —y el vicario también— sin que le sucediera nada. El crecimiento había terminado para ellos. El crecimiento había acabado con aquellos dos caballeros, para siempre.

VI

Un día o dos después de esta conversación, o sea, un día o dos después del incendio de la Granja Experimental, Winkles fue a visitar a Redwood y le enseñó una carta insultante. Era anónima y el autor debe respetar los secretos de sus personajes.

«Está usted ganándose una reputación a causa de un fenómeno natural —decía la carta—, intentando hacerse propaganda con la

carta enviada a *The Times*. ¡Usted y su Alimento Estrella! Déjeme que le diga que ese alimento suyo, que lleva un nombre tan absurdo, además, tiene una relación meramente accidental con esas grandes ratas y avispas. La realidad está en que existe ahora una epidemia de hipertrofia, de hipertrofia contagiosa, que puede usted controlar del mismo modo que puede controlar el sistema solar. Es tan viejo como las colinas. Ya existía la hipertrofia en la familia de Anak. Fuera de su radio de acción, en Cheasing Eyebright actualmente hay un niño...».

—Escritura temblorosa y mal alineada. Será un viejo caballero, probablemente —dijo Redwood—. Es extraño que un niño...

Leyó unas líneas más y tuvo una inspiración.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Si es la perdida señora Skinner!

Y descendió sobre ella, de repente, el día siguiente por la tarde.

La señora Skinner estaba arrancando cebollas del huerto que había frente al cottage de su hija cuando vio a Redwood atravesar la verja del jardín. Se quedó un momento «consternada», como dicen los aldeanos, y luego, cruzándose de brazos y con el manojito de cebollas colocadas defensivamente bajo el codo izquierdo, esperó que se acercara. La boca de la mujer se abrió y cerró varias veces, farfulló algo con su diente único y con la rapidez del parpadeo de una luz de arco voltaico hizo una profunda reverencia.

—Pensé que la encontraría —dijo Redwood.

—Creyó usted bien, señor —dijo ella, sin ninguna alegría.

—¿Dónde está Skinner?

—No me ha escrito, señor, ni una sola vez, ni ha venido por aquí desde que yo vine, señor.

—¿No sabe usted lo que puede haberle sucedido?

—Como no ha escrito, no, señor.

Y dio un paso ladeado hacia la izquierda, con la imperfecta idea de cortar a Redwood el camino hacia la puerta del granero.

—Nadie sabe lo que ha sido de él —dijo Redwood.

—Yo diría que él si lo sabe —repuso la señora Skinner.

—Pues no lo dice.

—Siempre ha sabido salir de apuros dejando que los demás se arreglaría como pudieran. Así ha sido siempre Skinner... Aunque es muy inteligente.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Redwood bruscamente.

Ella se hizo repetir la pregunta.

—Ese niño del que tanto se habla, el niño a quien ha estado usted dando nuestro producto... el niño que pesa catorce kilos.

La señora Skinner hizo unos gestos con las manos al tiempo que se le caían las cebollas.

—De veras señor —protestó—, que no sé lo que quiere decir, señor. Mi hija, la señora Caddles, tiene un hijo, es verdad, pero...

Hizo una acusada reverencia e intentó adoptar una actitud inocentemente inquisitiva inclinando la nariz a un lado.

—Es mejor que me deje ver ese niño, señora Skinner —dijo Redwood.

—Está claro, señor, que puede haber caído en un botecillo de Nicey que di a su padre cuando vino a la granja a verme, o un poquitín, tal vez, de lo que pude haber traído conmigo, digamos. ¡Como tuve que hacer los paquetes con tanta prisa...!

—¡Ah! —exclamó Redwood después de haber acariciado al niño unos momentos—. ¡Oh...!

Dijo a la señora Caddles que tenía un niño precioso y que se le parecía mucho, en inteligencia sobre todo... Después, la ignoró por completo. Al poco tiempo ella salió del granero... de puro insignificante que se encontró.

—Ahora que ha empezado usted a dárselo, tendrá que continuar, ¿sabe usted eso? —dijo Redwood a la señora Skinner.

Y volviéndose bruscamente hacia ella, añadió: No lo vierta por todas partes esta vez.

—¿Que no lo vierta, señor?

—¡Oh, ya sabe lo que quiero decir!

Ella indicó que lo sabía con gestos convulsivos.

—¿No ha dicho usted nada a la gente de aquí? ¿A los padres, al alcalde, a los de la casa grande, al médico, a nadie?

La señora Skinner sacudió la cabeza.

—Yo de usted no lo haría —dijo Redwood.

Se dirigió a la puerta del granero e inspeccionó lo que había a su alrededor. La puerta del granero daba a una verja de cinco barrotes que salía a la carretera, entre la esquina de la casa y unas pocilgas fuera de uso. Más allá había una alta tapia de ladrillos rojos cubierta de hiedra, alélies y otras plantas trepadoras y coronada por un alineamiento de vidrios rotos. Más allá de la esquina de la tapia,

un gran anuncio, plenamente iluminado por el sol, se erguía entre las ramas verdes y amarillas y por encima de las suntuosas tonalidades de las primeras hojas caídas, anunciando que «Los que traspasen los límites de estos Bosques serán Procesados». La oscura mancha en una brecha del vallado ponía de relieve un trecho de alambrada.

—¡Bah! —exclamó Redwood, y luego, en un tono más profundo —: ¡Hum...!

Se oyó un ruido de ruedas y de cascos, y los caballos tordos de *Lady Wondershoot* se hicieron visibles. Redwood observó los semblantes del cochero y el lacayo mientras se iba acercando el carruaje. El cochero era un buen ejemplar, macizo y bonachón, y conducía con una especie de dignidad sacramental. Otros podían dudar de su vocación y posición en el mundo; él, desde luego, estaba completamente seguro: conducía a la señora. El lacayo estaba sentado a su lado, con los brazos cruzados y un rostro de certidumbres. Luego, la misma gran dama se hizo visible, con un sombrero y un manto inelegantes y escrutándolo todo a través de sus lentes. Dos señoritas, alargando los cuellos, escrutaban también.

El vicario, al pasar al otro lado, se quitó el sombrero de su frente davídica sin que le hicieran el menor caso...

Redwood permaneció de pie en el umbral de la puerta, mucho tiempo después de haber pasado las damas, con las manos juntas tras él. Su mirada fue desde los verdegrises altos y bajos de la loma al cielo aborregado y de allí a la tapia coronada de trozos de vidrio. Se volvió hacia la fría penumbra del interior, y entre manchas y trazas de color contempló a aquel niño gigante, en medio de tinieblas rembrandtescas, desnudo excepto unos pañales de franela, sentado sobre un enorme brazado de paja y jugando con los dedos de los pies.

—Ya empiezo a ver lo que hemos hecho —dijo.

Se puso a cavilar y el niño de los Caddles, su propio hijo y la prole de Cossar se entremezclaron en sus cavilaciones.

Luego, bruscamente, se echó a reír.

—¡Buen Dios! —exclamó ante una idea que le cruzó la mente.

Se despabiló inmediatamente y, dirigiéndose a la señora Skinner dijo:

—Nadie debe torturarlo suprimiéndole el alimento. Esto, al

menos, podemos evitarlo. Le mandaré a usted una lata cada seis meses. Esta cantidad debe ser suficiente para él.

La señora Skinner murmuró algo así como: «Si usted lo cree así» y: «Probablemente lo empaqueté por equivocación... Pensé que no había ningún daño en darle un poco», y con esto y con la ayuda de unos aspavientos indicó que comprendía.

Así, pues, el niño siguió creciendo.

Y creciendo.

—Prácticamente —dijo *Lady Wondershoot*—, se ha comido todas las terneras del lugar. Si tuviera sujetos como ese Caddles...

VII

Pero ni siquiera un lugar tan recluso como Cheasing Eyebright podía descansar mucho tiempo en la teoría de la hipertrofia, fuera contagiosa o no, en vista del griterío creciente motivado por el Alimento. Al poco tiempo hubo penosos pedidos de explicaciones para la señora Skinner... explicaciones que la redujeron a un inarticulado farfuleo de único diente... explicaciones que la sondearon y escudriñaron y la dejaron en evidencia, hasta que por fin se vio obligada a refugiarse de la universal convergencia vituperante en la dignidad de una inconsolable viudez. Volvió sus miradas —que procuró fuesen lacrimosas— hacia la encolerizada dama de la Mansión y, secándose las jabonaduras de las manos, dijo:

—Olvida usted, *Milady*, lo que yo estoy pasando.

Y prosiguió con tono de advertencia, con cierto aire de reto:

—Es en él en quien pienso noche y día, *Milady*. Frunció los labios y su voz se hizo más apagada y vacilante: —Era muy importante para mí, *Milady*.

Y habiendo dejado sentado su criterio en este terreno, la señora Skinner repitió la afirmación que la dama aquélla había rechazado antes:

—Yo no tenía más idea de lo que le daba al niño, *Milady*, de la que podía haber tenido cualquier otra persona...

La dama en cuestión enfocó sus ideas en otra dirección más esperanzadora, censurando de paso tremendamente, como es natural, a Caddles. Unos emisarios, henchidos de diplomáticas amenazas, penetraron en las agitadas vidas de Bensington y de Redwood. Se presentaron como consejeros de la parroquia, estólidos, insistiendo fonográficamente en unas declaraciones prestablecidas.

—Le consideramos a usted responsable, señor Bensington, de los daños causados en nuestra parroquia. Le consideramos a usted responsable.

Una serie de procuradores, como lenguas de serpientes, que se llamaban Banghurst, Brown, Flapp, Codlin, Brown, Tedder y Snoxton y que aparecían invariablemente bajo la forma de unos caballeros pequeñitos, bermejos, de aspecto astuto y nariz puntiaguda, dijeron algunas vaguedades sobre daños y perjuicios, y también se presentó un buen día un personaje muy lustroso, el representante de la dama del solar que, dirigiéndose a Redwood, le preguntó:

—Bueno, señor, ¿qué se propone usted hacer?

A lo cual Redwood contestó que se proponía suprimir la provisión de alimento para el niño, si él o Bensington seguían siendo molestados por aquel concepto.

—Se lo doy por nada —y añadió—: El niño dejará el pueblo en ruinas con sus aullidos antes de morir, si no le dan el alimento que pide. El niño está en sus manos y a ustedes les corresponde cuidar de él. *Lady Wondershoot* no puede ser siempre la *Lady Bountiful*, la Providencia Terrenal, de su parroquia, sin hacerse cargo alguna vez de sus responsabilidades, ¿comprende usted?

—El mal ya está hecho —decidió *Lady Wondershoot* cuando le transmitieron con algunas expurgaciones lo que había dicho Redwood.

—El mal ya está hecho —repitió el vicario, como un eco.

Aunque, en realidad, el mal estaba sólo en sus comienzos.

CAPÍTULO DOS

EL CHIQUILLO GIGANTE

I

El vicario insistía en que el niño gigante era feo.

—Siempre ha sido feo... como todo lo que es excesivo.

Las opiniones del vicario lo habían desviado de un recto juicio en este asunto. El niño era retratado con mucha frecuencia, a pesar de su rústico retiro, y el testimonio de las fotografías está en contra del vicario, atestiguando que el joven monstruo fue en un principio casi hermoso, con unos copiosos rizos que le llegaban hasta la frente y una gran facilidad para la sonrisa. Generalmente, Caddles, que era hombre de escasa estatura, aparece sonriendo detrás del niño y la perspectiva acentúa todavía más su pequeñez relativa.

Al cumplir el segundo año, el aspecto del niño se hizo más sutil y más discutible. Empezó a crecer, como su infortunado abuelo hubiera sin duda expresado, «lozano». Perdió algo de color y desarrolló un creciente efecto de ser, aunque colosal, algo delicado. Y, en realidad, así era. Los ojos y algo más que había en su rostro se afinaron, se hicieron, como dice la gente, «interesantes». El cabello, después de habérselo cortado una vez, empezó a crecer de forma enmarañada, de tal manera que se convirtió en una verdadera mata.

—Es la vena de degeneración que aparece en él —dijo el médico del pueblo, señalando estas características.

Sin embargo, si estaba o no en lo cierto y si el paso del chiquillo desde una salud ideal a aquel estado de cosas fue el resultado de vivir por entero dentro de un granero fregado y blanqueado y dependiendo del sentido de caridad, templado por el de justicia, de *Lady Wondershoot*, es un tema que se presta a discusión.

Las fotografías del niño desde los tres a los seis años nos lo muestran convirtiéndose en un chiquillo de ojos redondos, blondo cabello, nariz truncada y mirada amistosa. En sus labios acecha aquella insinuación de sonrisa, nunca muy remota, que exhiben todas las fotografías de los primeros niños gigantes. Durante el verano lleva unas ropas muy sueltas de terliz cosidas con bramante; se cubre generalmente la cabeza con uno de esos cestos de paja que los trabajadores usan para poner sus herramientas, y va descalzo. En uno de esos retratos muestra una amplia sonrisa y tiene en la mano un melón mordisqueado.

Los retratos hechos en invierno son menos numerosos y satisfactorios. En ellos lleva enormes zuecos, sin duda de madera de haya, y (tal como lo demuestran los fragmentos de la inscripción «John Stickells, Iping») sacos por calcetines, sus pantalones así como su chaqueta han sido inequívocamente cortados de los restos de una alfombra de alegre diseño. Debajo de aquello hay burdos pañales de franela; cinco o seis metros de franela están arrollados alrededor de la garganta, a guisa de bufanda. Lo que lleva en la cabeza es, probablemente otro saco. Siempre mira la cámara fotográfica, a veces sonriente, a veces con mirada triste. Ya desde que tenía cinco años se puede ver aquel voluntarioso fruncimiento de la frente, sobre sus dulces ojos pardos, que caracteriza su semblante.

Constituyó desde el principio, según declaró siempre el vicario, un terrible trastorno para el pueblo. Parece haber tenido un impulso proporcionado al juego, mucha curiosidad y sociabilidad y, además, había un cierto anhelo en su interior (y lamento tener que decirlo) para comer aún más. A pesar de lo que Greenfield calificaba como un «excesivamente generoso» suministro de alimentos por parte de *Lady Wondershoot*, el niño exhibía lo que el médico percibió en seguida como un «Apetito Criminal». Confirma hasta de un modo demasiado completo el peor aspecto de la experiencia que de las clases humildes había adquirido *Lady Wondershoot*, el hecho de que, a pesar de un suministro nutritivo enormemente por encima de lo que se considera como la necesidad máxima, incluso de un adulto, se descubrió un día que el chico robaba. Y lo que robaba se lo comía con poco elegante voracidad. Su manaza pasaba por encima de las tapias de los jardines y se dedicaba a coger el pan del

carro del panadero. Los quesos desaparecían del almacén de Marlow, ni la gamella de los cerdos estaba libre de sus asaltos. Algún que otro aldeano al pasar por su campo de nabos se encontraba con las grandes huellas de los pies del niño y las pruebas de su hambre roedora, una raíz sacada de aquí, otra de allá, y los hoyos, con astucia infantil, torpemente disimulados. Se comía un nabo como si devorase un rábano. Si no había nadie que lo viera, se comía las manzanas del árbol, igual que los niños normales comen moras del moral. De todos modos, en cierto aspecto, esta escasez de provisiones fue beneficiosa para la paz de Cheasing Eyebright, porque durante muchos años se tragó hasta el último grano que se le dio del Alimento de los Dioses...

Indiscutiblemente el chico era muy molesto y se hallaba fuera de lugar.

—Siempre está en todas partes —decía el vicario.

No podía asistir a la escuela; no podía ir a la iglesia en virtud de las obvias limitaciones de su volumen cúbico. Hubo un intento de dar satisfacción al espíritu de aquella «disparatada y destructiva ley» —cito las palabras del vicario—, o sea, la Ley de Instrucción Elemental de 1870, haciendo que se sentara en la parte de fuera de la ventana abierta mientras se dictaba la clase pertinente en la parte de dentro. Pero su presencia allí quebrantaba la disciplina de los demás niños, los cuales siempre estaban sacando la cabeza por la ventana y mirándolo embobados, y cada vez que hablaba estallaban en carcajadas. ¡Tenía una voz tan extraña! Por consiguiente, dejaron que no asistiera a la escuela. Tampoco insistieron en que fuera a la iglesia porque sus vastas proporciones no eran de ninguna ayuda a la devoción. Y, no obstante, en este aspecto su tarea habría podido ser más fácil; hay buenas razones para suponer que dentro de aquel inmenso corpachón se albergaban los gérmenes de un sentimiento religioso. La música lo atraía. Se le veía a menudo en el cementerio parroquial los domingos por la mañana buscando su camino entre las tumbas, con mucho cuidado, después de haber entrado en la feligresía, y durante todo el servicio religioso permanecía sentado afuera, al lado del pórtico, escuchando como se escucha desde afuera una colmena de abejas. Al principio mostró cierta falta de tacto. Los fieles que se hallaban dentro de la iglesia oían los crujidos de los guijarros bajo sus pies inquietos alrededor del templo o

perciban su borrosa cara mirando a través de los vitrales de los ventanales, mitad curiosa, mitad envidiosa, y, a veces, algún himno sencillo lo cogía por sorpresa y se le oía aullar lúgubrementemente en un gigantesco intento de cantar al unísono con todos. Al oírse aquella voz, el pequeño Sloppe, que hacía las funciones de entonador, de perdiguero, de muñidor, de enterrador, de sacristán y de campanero los domingos, además de ser cartero y deshollinador los demás días de semana, salía rápidamente con gran valentía y lo echaba de allí con mucha pesadumbre. Sloppe (y me complazco en hacerlo constar así) se sentía apesadumbrado por ello, al cable iba de aquí para allá, con el cuello alargado, buscando, siempre buscando la manera de satisfacer las dos necesidades primordiales de la infancia: algo para comer y algo con que jugar.

Entonces aparecía una mirada de respeto furtivo en los ojos de la criatura y un intento de tocarse a modo de saludo la enmarañada greña que le caía sobre la frente.

Dentro de sus estrechos límites, el vicario poseía cierta imaginación —por lo menos los restos de una imaginación—, y respecto al joven Caddles dio en pensar en la enorme fuerza que semejante musculatura debía poseer. ¿Y si se volviera loco de repente...?

—¡Supongamos una mera falta de respeto...!

—Sin embargo, el verdadero valiente no es el hombre que no tiene miedo, sino el que teniéndolo sabe vencerlo. En todas y cada una de estas ocasiones, el vicario no dejó en libertad su imaginación. Y siempre que se dirigía al joven Caddles lo hacía rígidamente, con una clara voz de tenor litúrgico.

—¿Eres buen chico, Albert Edward?

Y el joven gigante, arrimándose a la pared y ruborizándose intensamente, respondía:

—Sí señor... Trato de serlo.

—Pues anda con cuidado —decía el vicario, pasando por su lado con una ligera aceleración de la respiración, todo lo más. Y por el respeto que tenía a su propia hombría, fuera lo que fuese lo que se imaginara, no volvía la cabeza hacia el peligro una vez había pasado por su lado.

El vicario daba clases particulares al joven Caddles de un modo caprichoso. Nunca le enseñó a leer —no lo necesitaba—, pero le

enseñó los puntos importantes del catecismo: sus deberes para con sus vecinos, ya que no semejantes, por ejemplo, y para con la Divinidad que castigaría a Caddles con extraordinaria ansia de venganza si por casualidad éste se aventuraba a desobedecer al vicario o a *Lady Wondershoot*. Las lecciones tenían lugar en el patio de la vicaría y los transeúntes podían oír muy bien como aquel inseguro vozarrón infantil canturreaba como un zángano las enseñanzas esenciales de la Iglesia Oficial.

—Honrar y obedecer al Rey y a todos aquellos que gozan de autoridad bajo su mando. Someterme a todos mis tutores, maestros, pastores y profesores. Considerarme inferior y reverenciar a mis superiores...

Al poco tiempo se vio que el efecto producido por el gigante sobre los caballos que no estaban acostumbrados a verlo era igual que el de un camello y, por lo tanto, se le conminó a mantenerse lejos de la carretera, ni siquiera acercarse al vivero de árboles (donde su sonrisa bobalicona por encima de la tapia había exasperado extraordinariamente a *Lady Wondershoot*), sino que se apartara de allí todo lo posible. Fue ésta una ley que nunca llegó a cumplir del todo a causa del gran interés que para él tenía la carretera. Pero transformó lo que había sido su constante punto de referencia en un placer secreto. Por fin quedó limitado casi enteramente a la zona de pastoreo y los campos fuera del pueblo.

No sé lo que hubiese hecho a no ser por los campos. Allí había espacios por donde vagar millas y millas, y por estos espacios vagaba. Desgajaba ramas de los árboles y hacía con ellas grandes ramilletes insensatos, hasta que también esto le fue prohibido. Cogía las ovejas y las ponía en bien formadas hileras, de las que las ovejas se escapaban en seguida (cosa que le hacía invariablemente reír a carcajadas) hasta que también esto le fue prohibido. Cavaba en la turba grandes hoyos injustificables, hasta que también esto le fue prohibido...

Vagabundeaba por la meseta hasta la colina que se yergue por encima de Wreckstone, pero no iba más allá, porque allí ya empezaba la tierra de cultivo, y los campesinos, a causa de sus depredaciones sobre sus cosechas de raíces comestibles e inspirados por una especie de timidez hostil que su presencia frecuentemente provocaba, azuzaban contra él sus perros ladrones para

ahuyentarlo. Hasta lo amenazaban y fustigaban con látigos. Incluso me han dicho que llegaron a disparar contra él con escopetas. Y en la otra dirección llegaba hasta otear Hickleybrow. Desde lo alto de Thursley Hanger podía ver el ferrocarril de Londres a Chatham y Dover, pero una serie de campos arados y una aldea sospechosa impedían su aproximación.

Y después aparecieron unos grandes tableros con inscripciones en letras rojas que le impedían el paso en todas direcciones. No podía entender lo que decían las letras: «Prohibido el paso», pero al cabo de poco tiempo lo comprendió. Se lo podía ver en aquellos días, por los pasajeros del tren, sentado, con el mentón apoyado en las rodillas, encumbrado en lo alto del altozano, muy cerca de las minas de yeso de Thursley, donde más tarde se le puso a trabajar. El tren parecía inspirarle una borrosa emoción amistosa y a veces lo saludaba con su enorme manaza, y otras veces saludaba con un rústico grito incoherente.

—¡Qué grande es! —exclamaban los pasajeros asomados a las ventanillas—. Es uno de estos niños del Alimento Estrella. Según dicen, es completamente incapaz de hacer nada por sí mismo... Es un poco idiota en realidad y una gran carga para la localidad.

—Los padres son muy pobres, según me han dicho.

—Viven de la caridad de los hacendados locales.

Todo el mundo se quedaba contemplando durante un buen rato aquella figura monstruosa sentada en la colina.

—Suerte que se ha puesto término a eso —indicaba alguien con amplias ideas—, porque bueno sería que tuviéramos unos cuantos millares de éstos con vistas a la contribución, ¿no?

Y generalmente siempre había algún dechado de sensatez que le dijera al filósofo de marras, en tono de cálida aprobación:

—Tiene usted toda la razón, señor.

II

El niño tuvo sus malos días.

Hubo, por ejemplo, aquel disgusto del río.

Hizo barquichuelos de papel con periódicos enteros, arte que aprendió observando al chico de los Spender, y echó río abajo grandes tricornos de papel. Cuando desaparecieron bajo el puente que marca los límites de los terrenos estrictamente privados de Eyebright House, dio un grito y echó a correr, dando un rodeo, a través del campo nuevo de Tormat. —¡Dios mío! ¡Cómo se dispersarían, con toda seguridad, los cerdos de Tormat, transformando así su grasa en músculo magro!—, a fin de encontrarse con los barcos de papel en el vado. ¡A lo largo de los prados que orillaban el río solían ir estos barcos de papel, pasando frente a Eyebright House, bajo los ojos de *Lady Wondershoot*! ¡Desorganizadores periódicos doblados! ¡Vaya lindeza!

Haciendo acopio de espíritu emprendedor, gracias a la impunidad de que gozaba, empezó a construir pueriles obras hidráulicas. Cavó hasta construir un enorme puerto para su flota de papel con la puerta de un cobertizo que le sirvió de pala, y como que daba la casualidad que entonces nadie observaba sus operaciones, trazó un ingenioso canal que, incidentalmente, inundó la nevería de *Lady Wondershoot*, y finalmente estancó el río. Lo embalsó atravesándolo con unas cuantas vigorosas puertadas de tierra —tuvo que haber trabajado como una avalancha— y una de las más asombrosas inundaciones penetró en el sembradío y arrastró a la señorita Spinks con su caballete y el esbozo de la acuarela más prometedor que nunca hubiese empezado. En realidad lo que se llevó fue el caballete, dejándola a ella empapada hasta las rodillas y con las faldas lamentablemente recogidas en su huida hacia la casa. De allí las aguas invadieron el huerto, del huerto pasaron por la puerta del prado al camino y del camino otra vez al cauce del río por la zanja de *Short*.

Mientras tanto, el vicario, interrumpiendo su conversación con el herrero, se quedó estupefacto al ver cómo unos desgraciados peces saltaban de unas charcas residuales donde habían quedado encallados, y al ver asimismo grandes montones de algas verdes en el cauce del río donde diez minutos antes había habido más de dos metros y medio de agua clara y transparente.

Después de todo esto, horrorizado de sus propias consecuencias, el joven Caddles huyó de su casa y estuvo escondido dos días con sus noches. Regresó únicamente ante el insistente reclamo del

hambre para aguantar con una calma estoica una violentísima reprimenda que estaba más en proporción con su tamaño que ninguna otra cosa de las que le habían caído en suerte desde su nacimiento en aquel pueblo feliz.

III

Inmediatamente después de aquel incidente, *Lady Wondershoot* meditó sobre las adiciones ejemplares a las afrentas y ayunos que había infligido y publicó un decreto. Lo hizo en primer lugar para que se enterara su mayordomo, y de un modo tan repentino que éste dio un respingo. El mayordomo estaba quitando de la mesa los utensilios del desayuno y *Lady Wondershoot* estaba contemplando por el alto ventanal que daba a la terraza el sitio donde aparecerían los cervatillos para que les dieran la comida.

—Jobbet —dijo con el tono más imperial de su voz—. Jobbet, ese rústico debe trabajar para ganarse la vida.

Y dejó bien sentado no sólo para Jobbet, lo cual era fácil, sino para todos los demás habitantes del lugar, incluyendo al joven Caddles, que en esta cuestión, como en todas las demás, haría lo que decía.

—Que trabaje —dijo *Lady Wondershoot*—. Ésa es la consigna para el señorito Caddles.

—Me parece que es la consigna para toda la humanidad —dijo el vicario—. Los simples deberes, el modesto ciclo, el tiempo de la siembra y de la cosecha...

—Exacto —dijo *Lady Wondershoot*—. Es lo que yo digo.

Satanás siempre encuentra algún disparate a punto para las manos ociosas. Al menos, entre las clases trabajadoras. Nosotros siempre educamos a nuestras camareras en estos principios. ¿En qué lo pondremos a trabajar?

Aquello resultó un poco difícil. Pensaron varias cosas, y mientras tanto lo ejercitaron un poco en el trabajo utilizándolo en vez de un mensajero a caballo para llevar telegramas y notas cuando se requería una gran velocidad y también le hicieron acarrear

equipajes y cajas de embalaje y otras cosas similares dispuestas en una gran red que al efecto encontraron. Parecía que a él le gustaba hacer algo, considerándolo como una especie de juego, y Kinkle, el agente de *Lady Wondershoot*, al ver un día cómo transportaba un gran montón de piedras, tuvo la brillante idea de ponerlo a trabajar en la cantera de pizarra de Thursley Hanger, cerca de Hickleybrow. Esta idea fue puesta en práctica, y pareció dejar resuelto el problema.

El niño trabajó en la cantera de pizarra, al principio con el gusto propio del niño juguetero y después por efecto del hábito: cavando, cargando, haciendo por sí mismo el arrastre de las vagonetas, haciendo correr las que estaban llenas por las vías hasta el desviadero y transportando las vacías por el cable de un gran malacate... trabajando, en fin, él solo en toda la cantera.

Me han dicho que Kinkle hizo de él algo de mucha utilidad para *Lady Wondershoot* teniendo en cuenta que no consumía prácticamente nada más que su comida, aunque esto no fue óbice para que ella denunciara a «aquel ser» como un gigantesco parásito que absorbía toda su caridad...

En esta época el niño llevaba una especie de delantal de arpillera, pantalones de cuero remendado y zuecos con suela de hierro. En la cabeza usaba a veces una cosa rara: un sillón de paja para campo y playa, en forma de colmena, muy gastado, pero generalmente iba con la cabeza descubierta. Andaba de un lado para otro de la cantera con poderosa deliberación, y el vicario, al dar su paseo habitual después de comer, se llegaba hasta allí al mediodía, para encontrárselo satisfaciendo vergonzosamente sus necesidades alimenticias de espaldas al mundo.

Cada día le llevaban la comida: una ración de grano sin descascarillar en un vagón, un vagón de tren de trocha angosta, igual que uno de aquellos vagones que él llenaba constantemente de pizarra, y toda aquella carga de grano la solía quemar en un viejo horno de cal para devorarla después. A veces la mezclaba con un saco de azúcar, y a veces se sentaba para lamer un pilón de sal del que se da a las vacas o para comerse un enorme racimo de dátiles con hueso y todo, como los que se ven en Londres llevados en angarillas. Para beber iba al riachuelo que corría más allá del lugar arrasado donde había estado la Granja Experimental de

Hickleybrow y acercaba el rostro a la superficie de la corriente. Fue a causa de este modo de beber después de haber comido, por lo que el Alimento de los Dioses se desmandó, evidenciándose en primer lugar en la aparición de unas algas enormes que surgían por las orillas, luego en unas grandes ranas, unas truchas todavía más grandes y unas carpas enormes, y por último, en una fantástica exuberancia de vegetación por todo aquel pequeño valle.

Y al cabo de un año poco más o menos, las extrañas y monstruosas sabandijas que vivían en el campo frente a la herrería se hicieron tan enormes y se desarrollaron en cucarachas y escarabajos tan terroríficos —escarabajos a motor, los llamaban los muchachos—, que obligaron a *Lady Wondershoot* a marcharse al extranjero.

IV

Muy pronto el Alimento entró en una nueva fase de acción sobre el niño. A pesar de las sencillas instrucciones dadas por el vicario, cuyo propósito era redondear la modesta vida natural que se consideraba la más conveniente para un aldeano gigante, del modo más completo y decisivo, el niño empezó a hacer preguntas, a investigar las cosas, a pensar. A medida que fue dejando la infancia para entrar en la adolescencia se hizo cada vez más evidente que su mente elaboraba procesos que le eran propios... fuera del control del vicario. Éste hizo cuanto pudo por ignorar este desconsolador fenómeno, pero, así y todo, no podía evitar la sensación de su presencia.

El material para alimentar las ideas del joven gigante yacía todo a su alrededor. De un modo completamente involuntario, con sus espaciosos puntos de vista, su constante visión de las cosas desde arriba, debió haber visto mucho de lo que encerraba la vida humana, y a medida que se le hizo más claro el hecho de que él también, si se exceptuaba su torpe magnitud, pertenecía al género humano, debió haberse dado cuenta cada vez más de lo mucho que le estaba vedado, debido a esta melancólica distinción. El sociable

zumbido de la escuela; el misterio de la religión, que era compartido en medio de tantos primores y elegancias y del que se exhalaba un tan dulce raudal de melodía; los joviales coros que se oían en la taberna; las habitaciones cálidamente brillantes, iluminadas con velas y con la lumbre del hogar, que él se complacía en mirar desde la oscuridad exterior, o también la excitada gritería y el vigor de las gesticulaciones al discutir algún asunto imperfectamente comprendido que se centraba en el campo de *cricket*, todas estas cosas debieron de clamar a su corazón en busca de compañía. Parece ser que, a medida que fue avanzando en la adolescencia, empezó a tomar un interés considerable en el proceder de los enamorados, en sus preferencias y parejas, en aquellas estrictas intimidades que son tan primordiales en la vida.

Un domingo, a la hora en que salen las estrellas, los murciélagos y las pasiones de la vida rural, había una joven pareja «besándose un poquito» en Love Lane, el camino bordeado de altos setos que va hacia Upper Lodge. Estaban dando rienda suelta a sus pequeñas emociones, tan seguros en aquel cálido y quieto crepúsculo como pueden desear estarlo unos enamorados. La única interrupción concebible que ellos creían posible venir era por la parte de arriba del sendero, pues el seto de tres metros y medio de altura que se dirigía hacia el silencioso altozano les parecía constituir una garantía absoluta.

Entonces, de pronto —de una manera increíble—, se sintieron levantados y separados.

Se vieron suspendidos, cada uno de ellos con un pulgar y un índice bajo los sobacos, mientras los perplejos ojos pardos del joven Caddles escrutaban sus acalorados y enrojecidos rostros. Se encontraron mudos con las emociones de su situación.

—¿Por qué os gusta hacer eso? —preguntó el joven Caddles.

Me figuro que aquella situación embarazosa continuó hasta que el chaval, recordando su hombría, conminó vehementemente al joven Caddles, con grandes gritos, amenazas y viriles blasfemias, como podían considerarse apropiadas a la ocasión, a que los dejara en el suelo, bajo pena de tremendos castigos. Con esto, el joven Caddles, acordándose de sus buenos modales, los bajó con gran cuidado y cortesía, adecuadamente cercanos, para que pudieran reanudar su sesión de besos y abrazos. Después de contemplarlos

con cierta vacilación, desde arriba, optó por desaparecer en el crepúsculo...

—Me sentí hecho un tonto —me confesó después el chaval—. Casi no nos atrevíamos a mirarnos... habiendo sido sorprendidos de aquel modo...

»Besándonos, ¿sabe usted...?

»Y lo más curioso es que ella me echó toda la culpa a mí, me llenó de insultos y casi no me dirigió la palabra, de vuelta a casa...

El gigante se estaba aventurando en investigaciones por su cuenta, no cabía la menor duda. Estaba claro que su mente lo atormentaba a fuerza de preguntas. Estas preguntas las había formulado a muy pocas personas todavía, pero las respuestas lo dejaron muy confuso. Su madre, según creo, tuvo que verse sometida a esta especie de interrogatorio varias veces.

Solía entrar en el patio que había detrás de la casa de su madre, y después de una cuidadosa inspección del terreno, con el fin de no aplastar ninguna gallina o polluelo, se sentaba lentamente con la espalda apoyada contra el granero. Al cabo de un minuto, los polluelos a quienes les era muy simpático, iban a picotearle el musgoso barro gredoso de las costuras de la ropa, y si el viento anunciaba lluvia, el gatito de la señora Caddles, que nunca perdió su confianza en él, adoptaba una forma sinuosa, echaba a brincar hacia la casa, entraba en ella, saltaba al guardafuegos de la cocina, daba la vuelta, salía, se le encaramaba por la pierna, por el cuerpo, hasta pararse en el hombro, donde permanecía en actitud meditativa un momento, y luego ¡zap!, otra vez abajo, y así sucesivamente. A veces le clavaba las garras en la cara de pura alegría, pero él nunca se atrevió a tocar al gatito a causa del peso incierto que tendría su mano sobre una criatura tan frágil. Además, hasta le gustaba que le hiciera cosquillas. Y al cabo de un cierto tiempo ya hacía preguntas comprometedoras a su madre.

—Madre —le decía—, si es tan bueno eso de trabajar, ¿por qué no trabaja todo el mundo?

Su madre alzaba la cabeza para mirarlo y respondía:

—Es bueno para los que son como nosotros.

—¿Por qué? —meditaba él.

Y como que no obtenía respuesta, insistía:

—¿Para qué sirve el trabajo, madre? ¿Por qué tengo que cortar

pizarra y tú tienes que lavar ropa, día tras día, mientras *Lady Wondershoot* se pasea en coche, madre, y viaja por todos esos países extranjeros que ni tú ni yo veremos nunca, madre?

—Es que ella es una dama... —repuso la señora Caddles.

—¡Ah! —exclamó el joven Caddles. Y meditó profundamente.

—Si no existieran los señores que nos hacen trabajar —explicó la señora Caddles—, ¿cómo podríamos ganarnos la vida nosotros, los pobres?

Esto tenía que digerirlo.

—Madre —probó de nuevo—, si no hubiera señores, ¿las cosas no pertenecerían a las gentes como tú y yo? Y si así...

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué niño! —exclamó la señora Caddles la cual, con la ayuda de una buena memoria, se había transformado en una vigorosa y floreciente personalidad desde la muerte de la señora Skinner—. ¡Desde que se llevaron a tu pobre abuelita, no hay modo de tratarte! No hagas preguntas y no te dirán mentiras. Si me pusiera a contestar todas tus preguntas en serio, tu padre tendría que buscarse a otra persona para que le preparase la cena... ¡Y no hablemos de la ropa que quedaría por lavar...!

—Bueno, madre —decía él, después de mirarla, algo perplejo—. No he querido molestarte.

Y continuó reflexionando.

V

Y así continuaba reflexionando, cuatro años más tarde, cuando el vicario, ya no maduro, sino ya pasado, lo vio por última vez. Podéis imaginaros al viejo caballero, visiblemente envejecido, más ancho de cintura, más tosco y más débil, tanto en ideas como en palabras, con una trémula agitación en la mano y otra trémula agitación en sus convicciones, pero con la mirada aún vivaz y alegre a pesar de todos los disgustos que el Alimento había acarreado a su parroquia y a él mismo. En algunas ocasiones se había sentido atemorizado y molesto pero ¿no estaba aún vivo y no seguía siendo él mismo?... quince largos años, una muestra apreciable de la eternidad, habían

transformado las perturbaciones y molestias en usos y costumbres.

—Fue un gran trastorno, hay que admitirlo —decía el vicario—, y las cosas son diferentes ahora, diferentes en muchos aspectos. Antes podía salir un chico a escardar con toda tranquilidad, pero ahora tiene que salir un hombre y aún provisto de hacha y palanca de hierro, en algunos sitios, a causa de las malezas, al menos. Y resulta algo extraño para nosotros, los viejos del lugar, que hasta lo que antes era el cauce del río, antes de la irrigación, esté cubierto de trigo... como lo está este año... con unas espigas de siete metros y medio. Empleaban la antigua hoz, hoy ya pasada de moda, hace veinte años, y se llevaban la cosecha en un carromato, divirtiéndose de un modo sencillo y honesto. Un poquito de borrachera, otro poquito de hacerse el amor para terminar... ¡Pobre *Lady Wondershoot*...! ¡A ella que no le gustaban estas innovaciones! ¡Muy conservadora y tradicional, pobre señora! Siempre dije que había en ella algo del siglo XVIII. Su modo de hablar, por ejemplo... Falto de vigor... «Murió relativamente pobre. Esos grandes hierbajos se metieron en su jardín. No es que fuese muy aficionada a la jardinería, pero le gustaba tener el jardín en orden... Le gustaba que las cosas crecieran allí donde se habían plantado y del mismo modo como se habían plantado... bajo su control... El modo como se pusieron a crecer las cosas fue del todo inesperado... y le produjo una gran confusión de ideas... Tampoco le gustaba la perpetua invasión del joven monstruo ése, y por fin empezó a imaginarse que la estaba mirando siempre por encima de la tapia... Ni le gustaba tampoco que el chiquillo fuese casi tan alto como una pared... Aquello chocaba con su sentido de la proporción. ¡Pobre señora! Creí que viviría lo que yo. Fueron los grandes escarabajos que aparecieron por aquí durante un año o así, lo que la decidió. Procedían de larvas gigantes, asquerosas, grandes como ratas... por toda la hierba del valle...

»Y las hormigas, sin duda alguna, también influyeron en ello... «Como todo estaba trastornado y no había paz ni quietud en ninguna parte, dijo que creía que en Montecarlo se encontraría tan bien como en cualquier otra parte. Y allí se fue...

»Jugó con mucha audacia, según me dijeron. Y murió en un hotel allí. Es un final muy triste... Exilio... No, no es lo que puede considerarse más conveniente, ni más a propósito... Era una de las

cabezas más señeras de nuestra Inglaterra... Desarraigada. ¡Vaya...!

»¡Y después de todo —repitió el vicario—, ha resultado tan poco! ¡Una verdadera lata, y nada más! ¡Los niños no pueden correr por ahí con la libertad con que solían hacerlo en otro tiempo, con el peligro que hay en mordeduras y qué sé yo! Quizá sea mejor así... Se habló mucho de que este producto lo revolucionaría todo... Pero hay algo que desafía todas estas fuerzas de lo Nuevo... Yo no lo sé, por supuesto. No soy ninguno de estos filósofos modernos... que lo explican todo a base de éter y átomos. Evolución. Porquerías así. Lo que yo quiero decir es algo que no se halla incluido en las... “ologías”. Es cuestión de razón, no de comprensión. Madura sensatez. Naturaleza humana. Aereperennius... Llámese como se quiera». Y así llegó al final de su vida.

El vicario no tuvo la menor intuición de lo que le estaba acechando tan cerca. Dio su acostumbrado paseo por Farthing Down, tal como lo había estado haciendo durante más de veinte años, y de allí se dirigió al sitio desde donde podría observar al joven Caddles. Subió la cuesta de la cantera resollando un poco... Hacía tiempo que había perdido su vigorosa zancada cristiana de otro tiempo, pero se encontró con que Caddles no estaba en su trabajo y luego, al dar un rodeo para no pasar por el matorral de helechos gigantes que empezaban a oscurecer y proyectar sus sombras sobre el Hanger, ahí vio a la enorme silueta del monstruo, sentado en la loma, como si estuviese meditando sobre la suerte del mundo. Caddles tenía las piernas encogidas y las rodillas levantadas, apoyaba la mejilla en la mano y tenía la cabeza algo ladeada. Estaba medio vuelto de espaldas, de modo que el vicario no pudo ver su mirada perpleja. Debió de haber pensado muy atentamente... Al menos, estaba sentado muy quieto...

Caddles no volvió la cabeza. Nunca supo que el vicario, aquel vicario que había jugado un papel tan importante en su vida, lo estaba mirando por última vez, después de haberlo mirado innumerables veces... y ni siquiera supo que se encontraba allí. (¡Así ocurren tantas despedidas!). El vicario quedó impresionado por el hecho de que, después de todo, nadie en el mundo podía tener la menor idea de lo que pensaba aquel gran monstruo cuando consideraba conveniente descansar de sus labores. Pero el vicario era demasiado indolente para seguir el hilo de aquel tema novísimo

aquel día, y de esta nueva idea retrocedió a sus antiguas ideas rutinarias.

—*Aere perenniu*f —susurró, caminando de vuelta a su casa, por un sendero que ya no atravesaba en línea recta el prado como antes, sino que se torcía en varios circuitos para evitar los recién brotados matorrales de hierba gigante—. ¡No! Nada ha cambiado. Las dimensiones no son nada. El simple ciclo, la senda común...

Y aquella noche, sin el menor dolor, sin tener conocimiento de ello, se fue por la senda común, dejando el Misterio del Cambio que se había empeñado en negar durante toda su vida.

Lo enterraron en el cementerio parroquial de Cheasing Eyebright, cerca del más alto de los tejos, y la modesta losa funeraria que tenía inscrito su epitafio terminaba diciendo: *Ut in Principio, nunc est et semper...* Y quedó casi inmediatamente oculta al ojo del hombre por una vegetación gigantesca de hierba y de campánulas, demasiado recias a la hoz o a las ovejas, que invadió el pueblo como una capa de niebla, saliendo de la germinativa humedad de los prados del valle en los que el Alimento había estado haciendo de las suyas.

LIBRO TERCERO

LOS FRUTOS DEL ALIMENTO

CAPÍTULO I

EL MUNDO DISTORSIONADO

I

Una transformación de nuevo cuño se produjo en el mundo durante veinte años. Para la mayoría de las personas las novedades se produjeron poco a poco y día a día, de un modo ciertamente apreciable, pero no tan bruscamente como para abrumar a nadie. Sin embargo, a un hombre, al menos, la total acumulación de esas dos décadas de intenso trabajo por parte del Alimento tuvo que revelársele de un modo repentino y asombroso en un solo día. Para nuestros propósitos será más conveniente que lo tomemos a partir de aquel día para relatar algo de las cosas que vio.

Este hombre era un convicto condenado a cadena perpetua —su crimen no nos importa—, a quien la ley creyó oportuno perdonar al cabo de veinte años. Una mañana de verano, este desgraciado, que había dejado el mundo cuando era un joven de veintitrés años, se encontró lanzado de la gris simplicidad de un trabajo penoso y una disciplina que habían constituido el núcleo de su propia vida a un mundo de deslumbrante libertad. Le habían echado encima unas ropas para él desacostumbradas, hacía unas semanas que su pelo había vuelto a crecer, y desde unos días atrás se había podido volver a hacer la raya, y allí estaba, en una especie de desaliñada y torpe novedad de cuerpo y de mente, parpadeando de cuerpo y alma, otra vez fuera, intentando darse cuenta de una cosa increíble: que, después de todo, volvía a estar en el mundo, y que para todas las demás cosas estaba totalmente falto de preparación. Tenía la suerte de tener un hermano que conservaba lo suficiente sus distantes recuerdos comunes como para haber acudido a estrecharle la mano, un hermano que cuando él lo había dejado era un muchachito y que ahora era un hombre próspero con toda la

barba... un hombre cuyos ojos inclusive le eran extraños. Y los dos juntos, él y aquel extraño de su familia, bajaron a la ciudad de Dover diciéndose pocas palabras y sintiendo muchísimas cosas.

Se sentaron un rato en una taberna, contestando el uno a las preguntas del otro, trayendo a la memoria anticuados y raros puntos de vista, echando a un lado un sinfín de nuevos aspectos y nuevas perspectivas, hasta que fue hora de irse a la estación para tomar el tren de Londres. Los nombres y los asuntos personales de que tuvieron que hablar los hermanos no interesan a nuestra historia; sólo interesan las alteraciones y la extrañeza ambiente que esta pobre alma de vuelta encontró en un mundo que en otro tiempo fue tan familiar.

En Dover pudo observar muy poco, excepto la excelencia de la cerveza de barril. Nunca había bebido un trago de cerveza tan bueno, y lágrimas de gratitud brotaron de sus ojos.

—La cerveza es tan buena como siempre —dijo, creyendo, sin embargo, que era infinitamente mejor.

Fue sólo cuando el tren los llevaba traqueteando por Folkestone que pudo mirar aquel hombre más allá de sus emociones más inmediatas y ver lo que le había ocurrido al mundo. Se asomó a la ventana.

—Hace sol —dijo por duodécima vez—. No podía hacer mejor tiempo. —Y entonces, por vez primera, su mente se iluminó con la percepción de que había nuevas desproporciones en el mundo.— ¡Por el amor de Dios! —exclamó incorporándose y mostrando animación por primera vez en su semblante—. ¿Qué son aquellos enormes cardos que crecen en la orilla al lado de la retama? Si es que realmente son cardos... ¿O ya me he olvidado de todo lo que sabía?

Sí, eran cardos, y lo que tomó por altos matorrales de retama no era sino hierba, y en medio de todas estas cosas una compañía de soldados británicos —de rojo, como siempre—, estaba haciendo ejercicios militares de acuerdo con el libro de prácticas que había sido parcialmente revisado después de la guerra de los bóers. Luego, ¡zas!, dentro de un túnel y después en Sandling Junction, que se hallaba oscurecida —tenía todas las lámparas encendidas— y empotrada en una gran espesura de rododendros que se habían esparcido por allí procedentes de algún jardín contiguo y habían

crecido y se habían desarrollado enormemente valle arriba. En una vía muerta de la estación de Sandgate había un tren de carga lleno hasta los topes de leños de rododendro, y allí fue donde el ciudadano de vuelta oyó, por primera vez, hablar del Alimento Estrella.

Al pasar velozmente por un paisaje que parecía absolutamente inalterado, los dos hermanos tuvieron una serie de explicaciones difíciles. El uno ansiaba hacer preguntas insustanciales, y el otro nunca había pensado, nunca se había ocupado en considerar aquello como un hecho aislado, y contestaba con alusiones. Cada vez era más difícil seguir la conversación.

—Es eso del Alimento Estrella —dijo el hermano, buceando en los bajos fondos de sus conocimientos—. ¿No lo conoces? ¿No te han dicho nada...? ¿Nadie te lo ha explicado? ¡El Alimento Estrella! Pues ya lo sabes: el Alimento Estrella. De eso es de lo que se trata en las elecciones. Es una especie de producto científico. ¿Nadie te ha dicho nunca nada?

Y pensó que el presidio había transformado a su hermano en un tonto de capirote. ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado de nada?

Se fueron disparando preguntas y respuestas, sin dar casi nunca en el blanco. Entre fragmentos de conversación había intervalos que pasaban sin decir nada, asomados a la ventanilla. Al principio, el interés que mostraba aquel hombre por las cosas era vago y general. Su imaginación había estado atareada pensando en lo que diría fulano, en qué aspecto tendría mengano, cómo les explicaría a todos y a cada uno de ellos ciertas cosas que presentarían su «alejamiento» bajo una luz más suave. El Alimento Estrella se le apareció al principio como si fuese una gacetilla extraña en un periódico, y luego como el origen de ciertas dificultades intelectuales con su hermano. Pero se dio cuenta inmediatamente de que el tema surgía con insistencia a cada nuevo tópico.

En aquellos días el mundo era un mosaico de transición de modo que esta gran novedad se le hizo patente como una serie de *shocks* contrastados. El proceso de transformación no había sido uniforme. Se había diseminado desde un centro de distribución aquí y otro allí. El país era como un mosaico: grandes zonas donde el Alimento tenía que hacer su aparición todavía y otras zonas donde estaba ya

presente en la tierra y en el aire, esporádico y contagioso. Era como un tema musical muy audaz, insinuándose entre antiguas y venerables tonadas.

El contraste era, desde luego, muy vivido a lo largo de la vía férrea de Dover a Londres en aquella época. Durante un buen rato atravesaron un paisaje como el que el hombre aquel había conocido en su infancia: pequeños rectángulos de terreno, limitados por setos, de un tamaño a propósito para ser arados por caballitos pigmeos; pequeñas y angostas carreteras, de una anchura máxima de tres carros; olmos y robles y álamos, punteando aquellos campos; pequeños grupos de sauces en las orillas de los arroyos; parvas de heno que no llegarían a la rodilla de un gigante; casitas de campo para muñecas con ventanas de paneles romboides; ladrillerías; dispersas calles de pueblo; grandes casas de ricos mezquinos; taludes a los lados de la vía, llenos de flores; estaciones con jardín y todas las cosas del desvanecido siglo XIX defendiéndose aún contra la Inmensidad. Aquí y allá se veía algún parche de cardos gigantes, sembrados por el viento y rasgados también por el viento, desafiando el hacha, más allá un bejín de tres metros de altura o los calcinados tallos de hierba monstruosa en una pequeña zona de terreno, pero aquello era todo lo que podía dar una indicación del uso del Alimento.

Durante un trayecto de muchas millas nada apareció que presagiara en absoluto la extraña grandeza del trigo y de los hierbajos que se ocultaban a menos de veinte kilómetros de distancia de la ruta seguida, al otro lado de las colinas, en el valle de Cheasing Eyebright. Y en seguida empezaron a aparecer trazas del Alimento. La primera cosa sorprendente con que se encontraron fue el gran viaducto nuevo en Tonbridge, donde se había iniciado, precisamente aquellos días, el pantano causado por la obstrucción del río Medway (por una variedad gigante de chara). Luego reapareció de nuevo el paisaje pequeño, y después, al divisarse la diminuta inmensidad de Londres tendida bajo la neblina, los indicios de la lucha del hombre para impedir el acercamiento de aquel engrandecimiento biológico se hicieron visibles y numerosos.

En aquella parte del sudeste de Londres, en la época a que nos referimos, y por todos los alrededores de allí donde vivían Cossar y sus hijos, el Alimento se había vuelto misteriosamente insurgente en

un centenar de puntos, la vida en pequeño seguía en medio de portentos cotidianos, a los cuales únicamente la deliberación de su aumento y el lento crecimiento paralelo de la costumbre a su presencia habían privado de sus características alarmantes. Pero aquel ciudadano que volvía a sus lares se asomó para ver por vez primera los resultados del Alimento, extraños y predominantes, en forma de zonas ennegrecidas, grandes defensas y preparaciones feísimas, cuarteles y arsenales que esta influencia sutil y persistente había introducido a la fuerza en las vidas de los hombres.

Allí, y en menor escala, la experiencia de la Granja Experimental se había repetido una y otra vez. Había sido en las cosas de la vida más inferiores y accidentales, debajo de los pies y en los solares y sitios deshabitados, de un modo irregular, donde se había declarado la invasión de las nuevas fuerzas y los resultados a ellas debidos. Había grandes patios malolientes y recintos hediondos donde alguna invencible manigua de hierbajos procuraba el combustible para una maquinaria gigante (los pequeños cockneys iban a contemplar su oleaginosidad mediante una propina de seis peniques a los hombres encargados de su manejo). Había carreteras y pistas para camiones y otros vehículos, carreteras construidas con las fibras entretejidas del esparto hipertrofiado; había torres con sirenas de vapor a punto de empezar a aullar a la menor alarma, para advertir al mundo contra cualquier nueva insurgencia de los insectos, o, lo que todavía era más raro, venerables campanarios de iglesias conspicuamente adaptados a una máquina de proferir chillidos. Había pequeños refugios pintados de rojo y guarnecidas plazas de armas, cada una de ellas provista de su rifle de un alcance de trescientos metros, donde los tiradores se ejercitaban diariamente con munición de salva contra unos blancos que tenían la forma de ratas monstruosas.

Seis veces, desde el día de los Skinner, había habido irrupciones de ratas gigantes, siempre procedentes de las cloacas del sudoeste de Londres, y aquello ya se aceptaba como un hecho consumado, del mismo modo que en el delta del Ganges, al lado mismo de Calcuta, se acepta que haya tigres...

El hermano había comprado un periódico, con cierta precipitación, en Sandling, y aquel periódico al fin logró llamar la atención del libertado. Desdobló las hojas de aquel periódico que le

era tan extraño —parecía más pequeño de tamaño, pero con más hojas y unos tipos de imprenta diferentes de los que se usaban antes — y vio innumerables grabados representando cosas extrañas sin el menor interés, y con largas columnas de letra impresa cuyos titulares tenían para él tan poco significado como si hubiesen sido escritos en lengua extranjera: «Gran discurso del señor Caterham», «Las leyes del Alimento Estrella...».

—¿Quién es este Caterham? —preguntó en un intento de volver a entablar conversación.

—Un tío que está muy bien —contestó el hermano.

—¡Ah...! Será un político, ¿eh?

—Va a derribar al Gobierno. ¡Ya era hora!

—¡Oh! —reflexionó—. Supongo que todos los que yo conocía... Chamberlain, Rosebery, todos... ¿Qué?

Su hermano le había cogido de la muñeca y señalaba fuera de la ventanilla.

—¡Son los Cossar...!

Los ojos del expresidiario siguieron la dirección que señalaba el dedo de su hermano y vieron...

—¡Dios mío! —exclamó, sobrecogido de pasmo por primera vez.

El periódico cayó en un olvido definitivo a sus pies. A través de los árboles podía ver muy distintamente, de pie y en una actitud cómoda, con las piernas muy separadas y sosteniendo una pelota en la mano como si estuviera a punto de arrojarla, una figura humana gigantesca, que bien tendría doce metros de estatura. Aquella figura brillaba bajo la luz del sol, vestida con un traje de placas de metal blanco y llevando un ancho cinto de acero. Durante un momento atrajo toda su atención, pero después la mirada se desvió para enfocar a otro gigante más lejano, que se preparaba para tomar la pelota, y entonces se le hizo patente que toda aquella zona de las colinas del norte de Sevenoaks había sido arrasada con finalidades gigantescas.

Un enorme parapeto dominaba la cantera de pizarra, y en aquel parapeto se había edificado la casa, una monstruosa mole egipcia, achaparrada, que Cossar había construido para sus hijos cuando el enorme cuarto de los niños hubo sido considerado insuficiente, y detrás se levantaba un gran cobertizo que podía haber albergado una catedral, de cuya oscuridad salía de vez en cuando una

intermitente incandescencia y un titánico martilleo ensordecedor. Luego volvió a fijarse en el gigante al ver que la gran pelota de madera forrada en hierro se desprendía de su mano para elevarse en el aire.

Los dos hombres se pusieron de pie, los ojos muy abiertos. La pelota parecía grande como un tonel.

—¡Cogida! —exclamó el recién salido de la cárcel, mientras un árbol le impedía ver al que había lanzado la bola.

Desde el tren se pudieron ver todas estas cosas sólo durante una fracción de minuto. Luego se interpusieron árboles el tren penetró en el túnel de Chislehurst.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar el expresidiario al hacerse la oscuridad—. ¿Cómo es posible? ¿Estaré soñando? ¡Si el tío ese es tan alto como una casa!

—Son los jóvenes Cossar —explicó el hermano moviendo la cabeza alusivamente—. De ahí es de donde viene todo el jaleo...

Salieron del túnel para descubrir más torres coronadas de sirenas, refugios rojos, y por último las apiñadas casitas de los suburbios más periféricos. El arte de fijar carteles no había perdido nada durante aquel intervalo, y de grandes tablones, de los topes de las casas, de las cercas y de centenares de puntos de vista similares surgían las policromas llamadas para la gran elección del Alimento Estrella. «Caterham», «Alimento Estrella» y «Pulgarcito, el matador de gigantes», una y otra, y otra vez, y monstruosas caricaturas y distorsiones... cientos de variedades de representaciones de aquellas grandiosas figuras brillantes de las que tan cerca habían pasado hacía sólo unos minutos...

II

El hermano menor había abrigado el propósito de hacer algo magnífico, de celebrar este retorno a la vida con una cena en algún restaurante de categoría, una comida a la que siguiera toda aquella relumbrante sucesión de impresiones que los Music Halls de aquellos días eran capaces de dar. Era un plan benemérito que tenía

como finalidad borrar los más superficiales estigmas del encarcelamiento con una exhibición de libertad, pero el segundo punto del plan tuvo que modificarse. La comida se celebró, pero había ya un deseo más poderoso que el ansia de ver *shows*, más eficaz en apartar de la mente del hombre la siniestra preocupación con su pasado que cualquier teatro, y este deseo era, en realidad, una enorme curiosidad y perplejidad sobre el Alimento Estrella y los niños del Estrella, esa nueva portentosa raza de gigantes que parecía dominar el mundo.

—No conozco el intríngulis del asunto —dijo—. Estos niños me obsesionan.

Su hermano tuvo la suficiente delicadeza para dejar de lado la proyectada hospitalidad.

—La fiesta se hace en tu honor, muchacho —dijo—. Intentaremos entrar en el mitin monstruo que se celebra en el Palacio del Pueblo.

Por fin, el hombre recién salido de presidio tuvo la suerte de encontrarse metido como una cuña en medio de una muchedumbre apretujada y mirando desde lejos un pequeño estrado brillantemente iluminado, debajo de un órgano y una galería. El organista había estado tocando algo que hizo resonar rítmicamente las botas de los que iban entrando en la sala a raudales, pero eso ya había terminado.

Apenas el hombre recién salido del presidio había podido sentarse y empezar a discutir con un impertinente caballero extranjero que daba codazos a diestro y a siniestro, entró Caterham. Salió de la penumbra hacia el centro del estrado, apareciendo como un insignificante pigmeo, una figurilla negra con una pincelada de color de rosa por cara —de perfil podía verse su característica nariz aquilina—, una pequeña figura que iba levantando inexplicablemente una salva de aplausos. Una salva de aplausos que se inició a lo lejos, que aumentó en seguida de volumen y que se extendió por toda la sala. Al principio, se produjo en el estrado un minúsculo barboteo de voces, que pronto cobraron ímpetu como una llamarada de sonido, atravesando la masa humana entera que había dentro y fuera del edificio. ¡Cómo aplaudieron...! ¡Hurra...! ¡Hurra!

Nadie entre aquella mirada aplaudía como el hombre salido de

presidio. Las lágrimas le resbalaban por la cara, y sólo dejó de aplaudir porque se atragantaba. Tenéis que haber estado en la cárcel tanto tiempo como él estuvo para que podáis comprender, incluso empezar a comprender, lo que significa para un hombre dar rienda suelta a sus pulmones en medio de una multitud. (Sin embargo, a pesar de todo, ni siquiera pretendió hacerse creer a sí mismo que sabía el motivo de toda aquella emoción). ¡Hurra...! ¡Oh, Dios mío...! ¡Hurra!

Después se hizo un breve silencio. Caterham había adoptado un aire de paciencia, y unos individuos estaban diciendo y haciendo un sinfín de cosas serias e insignificantes. Era como si se oyeran voces en medio del ruido de las hojas en la primavera.

—Wawawawa...

¿Qué importancia tenía? Los del público se hablaban unos a otros.

—Wawawawa wa...

¿No acabaría nunca de gesticular aquel tonto del pelo entrecano? ¿Interrumpiendo? ¡Claro que estaban interrumpiendo!

—Wa, wa, wa, wa...

¿Pero es que vamos a oír a Caterham mejor?

Mientras tanto, al menos los presentes podían contemplar a Caterham y podían estudiar las facciones del gran hombre, vistas a una perspectiva bastante lejana. Era muy fácil caricaturizar a aquel individuo, y el mundo entero podía estudiarlo con toda facilidad en los tubos de lámpara, en los cromos infantiles, en las medallas y las banderas Antialimento Estrella, en el orillo de las sedas y algodones marca Caterham, y en los forros de los acreditados sombreros marca Caterham. Caterham aparece en todas las caricaturas de la época. Se le ve vestido de marino al lado de un cañón anticuado y con un botafuego en la mano, con el epígrafe «Nuevas leyes contra el Alimento Estrella», mientras en el mar chapotea aquel monstruo enorme, feísimo y amenazador, llamado Alimento Estrella. También se le representa *cap-a-pie*, armado con la cruz de San Jorge en el escudo y el yelmo, mientras un cobarde y titánico Caliban, sentado en medio de inmundicias en la entrada de una horrenda cueva, rehúsa recoger su guantelete de los «Nuevos Decretos sobre el Alimento Estrella». A veces se lo ve descender, como Perseo, para rescatar una encadenada y hermosa Andrómeda (que lleva inscrita

claramente en su cinturón la palabra «Civilización») de los despojos chapoteantes de un monstruo marino que lleva en sus varios cuellos y garras las inscripciones «Antirreligión», «Egoísmo desenfrenado», «Mecanicismo», «Monstruosidad» y cosas parecidas. Pero era como «Pulgarcito, el matador de gigantes», que la imaginación popular consideraba a Caterham más correctamente representado, y era en la vena de un «Pulgarcito, el matador de gigantes», que el hombre salido de presidio amplificaba aquella miniatura distante.

El «wawawawa» se interrumpió bruscamente.

Ya está. Ya se sienta. ¡Sí! ¡No! ¡Sí! ¡Es Caterham!

—¡Caterham! ¡Caterham! —Y volvieron a resonar los aplausos.

Tiene que haber una gran multitud para que pueda hacerse un silencio como el que siguió a aquel desorden de aplauso. Un hombre solo en el desierto... Es una quietud muy especial, sin duda, pero él se siente respirar, se siente mover, siente toda clase de cosas. Aquí, lo único que se oía era la voz de Caterham, una voz brillante y clara, como una lucecita ardiendo en un nicho de terciopelo negro. ¡Escuchad... Escuchad! Se lo oía como si estuviera hablando junto a uno.

Aquello resultó estupendamente efectivo para el hombre recién salido de la cárcel, dentro de un halo de exquisitos y temblorosos sonidos. Detrás del halo, eclipsados en parte, estaban sentados en el estrado los partidarios, y en primer término se extendía una vastísima perspectiva de innumerables espaldas y perfiles, una grandiosa multitud atenta. Aquella figurilla parecía haber absorbido la sustancia de todos los asistentes al acto.

Caterham habló de nuestras antiguas instituciones.

—¡Oídoídoí! —bramaba la muchedumbre.

—¡Oíd! ¡Oíd! —exclamaba el hombre recién salido de presidio.

El orador hablaba de nuestro antiguo espíritu de orden y justicia.

—¡Oídoídoí! —bramaba la muchedumbre.

—¡Oíd! ¡Oíd! —gritaba el hombre recién salido de la cárcel, hondamente conmovido.

Caterham habló luego de la sabiduría de nuestros antepasados, del lento desarrollo de venerables instituciones de tradiciones morales y sociales que se adaptaban como un guante a las características nacionales inglesas.

—¡Oíd! ¡Oíd! —gemía el hombre recién salido de presidio, con lágrimas de excitación en las mejillas.

Y el orador seguía diciendo que todas estas cosas se nos iban de las manos. ¡Sí, se nos iban de las manos! Porque tres hombres de Londres habían tenido la idea, veinte años atrás, de hacer una mixtura indescriptible y ponerla dentro de una botella, todo el orden y la santidad de las cosas...

Se oyeron gritos:

—¡No! ¡No!

—Bueno, pues —siguió diciendo el orador—, las cosas no pueden continuar así, y es necesario despedirse de toda vacilación, es necesario hacer acopio de fuerzas...

Aquí se dejó sentir una ráfaga de aplausos. Debían despedirse de toda vacilación, debían prescindir de las medias tintas.

—Hemos oído decir, caballeros —grito Caterham—, de ortigas que se transforman en ortigas gigantes. Al principio no son nada diferentes de las otras ortigas... Pequeñas plantas que con una mano firme se pueden coger y arrancar, pero si se las deja crecer... si se las deja crecer, se desarrollan con un poder tan venenoso, que al final se necesita el hacha y la soga, se necesitan esfuerzos, trabajos y disgustos... Han perecido muchos hombres en la tala de las ortigas, otros hombres pueden perecer por el mismo concepto...

Hubo un revuelo y una interrupción y después el hombre recién salido de presidio oyó de nuevo la voz de Caterham resonando clara y recia:

—¡Aprended lo del Alimento Estrella del mismo Alimento Estrella, y coged la ortiga antes de que sea demasiado tarde! —Calló y se secó los labios.

—¡Claro como el cristal! —gritó alguien—. ¡Claro como el cristal!

Y entonces volvió a oírse aquel extraño rumor creciendo rápidamente hasta llegar a ser un tonante tumulto, tanto, que parecía que el mundo entero estuviese aplaudiendo...

El hombre recién liberado salió por último de la sala, maravillosamente agitado y con aquellas señales inconfundibles en el rostro propias del que ha tenido una visión. Él ya sabía y todo el mundo sabía. Sus ideas ya no eran vagas. Había vuelto a un mundo en crisis, a la inmediata decisión de una solución estupenda. Debía

jugar su parte en el gran conflicto como un hombre... un hombre libre y responsable. El antagonismo se le representó como una imagen. Por un lado aquellas figuras gigantescas, contentas de sí mismas, cubiertas de cota de malla, que había visto por la mañana —que ahora podía contemplar bajo una luz diferente—, y por otro lado, aquella figurilla vestida de negro gesticulando bajo la luz de las candilejas, aquel pigmeo con su ordenado raudal de melodiosa persuasión, con su vocecilla penetrante, John Caterharn... «Pulgarcito, el matador de gigantes». Todos debían unirse para «coger la ortiga» antes de que fuera «demasiado tarde».

III

De todos los niños que habían tomado el Alimento de los Dioses, los más altos, más fuertes y más observados eran los tres hijos de Cossar. La milla aproximada de terreno, cerca de Sevenoaks, donde transcurrieran sus infancias y adolescencias, quedó tan surcada de trincheras, tan excavada y tan retorcida, tan sembrada de cobertizos y enormes modelos mecánicos y de los juegos de sus potencialidades en vías de desarrollo, que no se parecía a ningún otro sitio de la tierra. Y ya hacía mucho tiempo que había empezado a ser pequeño para todo lo que ellos intentaban hacer. El mayor de los hijos era un gran proyectista de máquinas con ruedas. Se había construido una especie de bicicleta gigante que no cabía en ninguna carretera del mundo ni había puente que la pudiera aguantar. Y allí se había quedado aquella gran máquina de ruedas y mecanismos, capaz de hacer doscientas cincuenta millas por hora, excepto en los momentos en que su inventor se decidía a montar en ella para ir adelante y atrás, en medio de aquel patio de trabajo, lleno de estorbos por todas partes. Tenía la intención de dar una vueltecita por el pequeño mundo con aquel trasto y lo había construido con esta intención, mientras no era más que un muchacho lleno de ensueños. Ahora los radios de las ruedas corroídos por la herrumbre y las manchas parecían heridas en todos los sitios donde el esmalte había saltado.

—Tendrás que hacer primero una carretera para la bicicleta, hijo —le había dicho Cossar—. De lo contrario, dudo que puedas irte por ahí.

Así, pues, un buen día, el joven gigante y sus hermanos se pusieron a trabajar para hacer una carretera que diera la vuelta al mundo. Parece que era inminente un conato de oposición, y ellos se habían puesto a trabajar con notable vigor. La gente los descubrió muy pronto construyendo aquella carretera: varias millas ya niveladas, comprimidas y terminadas. Una ingente muchedumbre de excitados individuos, terratenientes, corredores de tierras, autoridades locales, abogados, policías y hasta soldados, se opuso a que continuaran su labor.

—Estamos haciendo una carretera —explicó el mayor de los chicos.

—Hagan las carreteras que quieran —dijo el principal letrado de los que allí había—, pero hagan el favor de respetar los derechos ajenos. Hasta ahora ya han infringido los derechos privados de veintisiete diferentes propietarios, eso sin contar la propiedad y los privilegios especiales de la Junta del Distrito Urbano, nueve Concejos parroquiales, una Diputación provincial, dos Compañías del gas y una Compañía ferroviaria...

—¡Demonios! —dijo el mayor de los chicos Cossar.

—Tendrán ustedes que desistir...

—Pero ¿no quieren ustedes tener una buena carretera recta en lugar de esos asquerosos senderos llenos de surcos y de hoyos?

—No diré que no sea muy ventajosa, pero...

—No hay que hacerlo —dijo el mayor de los Cossar recogiendo sus herramientas.

—De este modo, no —dijo el letrado—. En absoluto.

—¿Pues cómo hay que hacerlo?

La respuesta del abogado principal fue complicada y vaga.

Cossar había ido a ver la travesura que sus hijos habían hecho y los recriminó severamente, pero se echó a reír a carcajadas y pareció sentirse muy dichoso con el incidente.

—Muchachos, debéis esperar aún algún tiempo antes de poder hacer cosas como ésta —gritó mirando hacia arriba.

—El abogado nos ha dicho que debemos empezar por preparar un plan y obtener autorización especial y toda una serie de

monsergas... Dice que tardaremos años...

—Tendremos un plan antes de poco, hijito —gritó Cossar haciendo bocina con las manos—, no tengas miedo. Por ahora vale más que juguéis y hagáis modelos de las cosas que pensáis hacer. Más adelante todo se arreglará.

Ellos hicieron lo que Cossar decía, como hijos obedientes.

Pero, a pesar de todo, refunfuñaron un poco.

—Está muy bien —dijo el mediano al mayor—, pero no quiero estar siempre jugando y haciendo planes. Quiero hacer algo real, ¿sabes? No hemos venido a este mundo fuertes como somos sólo para jugar en esta porquería de terreno tan pequeño, y pasear, y no acercarnos a los pueblos... No hacer nada está mal. ¿No podríamos encontrar algo que la gente pequeña deseara que se realizase para hacérselo nosotros, para divertirnos...?

»Muchos viven en casas inhabitables. Construyámosles una casa cerca de Londres, una casa que pueda contener montones y más montones de esa gente, y sea cómoda y bonita, y hagámosles una hermosa carretera que los conduzca hacia donde tienen que ir a hacer sus negocios... un bonito y recto camino, y procurar que sea lo más bonito posible. Se lo dejaremos todo tan limpio y precioso, que ninguno de ellos podrá ya vivir de este modo asqueroso como viven ahora. Que haya agua suficiente para que todos puedan lavarse, eso es lo que haremos, porque, ¿sabes?, son tan sucios ahora que de cada diez casas, nueve no tienen baño. ¡Pequeños zorrinos hediondos! Y sabes que los que tienen baño escupen insultos a los que no lo tienen, en lugar de ayudarles a tenerlo..., y los llaman el Gran Populacho... Ya lo sabes. Nosotros modificaremos todo eso. Y haremos que la electricidad alumbre, cocine y limpie para ellos, para todos. ¡Qué raro! ¡Hacen que sus mujeres, mujeres que van a ser madres, se arrastren por los suelos para fregarlos...!

«Podríamos hermosearlo todo. Podríamos construir un gran edificio para generar la electricidad y todo quedaría sencillamente precioso. ¿No es cierto...? Y entonces, tal vez nos dejarían hacer otras cosas».

—Sí —dijo el hermano mayor—, podríamos hacerlo todo y muy bonito, además.

—Entonces, hagámoslo —repuso el mediano.

—¡Pues adelante! —gritó el hermano mayor buscando una herramienta a propósito.

Y aquello produjo otra espantosa trifulca.

Al momento acudieron agitadas multitudes diciéndoles que parasen por un sinnúmero de razones, diciéndoles también que parasen sin motivo ni razón alguna, multitudes balbucientes, confusas y variadas. Aquel edificio que construían era demasiado alto: no tenía garantía alguna de estabilidad. Era feo; impediría que se pudieran alquilar las casas vecinas de tamaño normal; echaba a perder la línea del barrio; no era de buen vecino; era contrario al Reglamento de Edificación Local; infringía el derecho de las autoridades locales de imponer la distribución de una energía eléctrica propia, insuficiente y cara; y, por último, perjudicaba los intereses de la Compañía local del agua.

Los funcionarios del Municipio se despabilaron ante la posibilidad de ejercer una obstrucción judicial. El abogado reapareció representando una docena de intereses amenazados; terratenientes locales aparecieron en oposición; personas con derechos misteriosos reclamaron indemnizaciones exorbitantes; sindicatos del ramo de la construcción alzaron sus voces colectivas; un grupo de tratantes de toda clase de material para la construcción se transformó en una barrera infranqueable. Asociaciones extraordinarias de personas con visiones proféticas de los horrores estéticos se agruparon para proteger el paisaje del lugar donde había la intención de embalsar el río.

Estos últimos individuos eran absolutamente los más burros, según los chicos Cossar. Aquella hermosa vivienda proyectada por ellos fue algo así como un bastón en medio de un avispero.

—¡Nunca lo hubiese creído! —exclamó el mayor de los Cossar.

—¡No podemos continuar! —lamentó el segundo.

—¡Son unos animales indecentes! —protestó el menor de los hermanos—. ¿Es que no van a dejarnos hacer nada?

—Aunque sea por su propia comodidad... ¡Y una casa tan bonita como les habríamos hecho!

—Parece que se pasan la vida, sus necias vidas insignificantes, en molestar al prójimo —dijo el chico mayor—. Derechos y leyes y reglamentos y granjerías, igual que un juego chino... Bueno, sea como sea, tendrán que vivir en sus casuchas repugnantes, sucias y

disparatadas durante algún tiempo todavía. Es evidente que no podemos continuar nuestra obra.

Y los chicos Cossar dejaron aquella gran casa sin terminar, mero hoyo de cimientos y el comienzo de una pared, y se volvieron, malhumorados, a su gran recinto. Al cabo de un cierto tiempo el hoyo se llenó de agua y con elementos estancados, hierbas y sabandijas, y el Alimento, ya fuese echado allí por los hijos de Cossar, ya viniera a parar allí como polvo impelido por el viento, empezó a desarrollar toda la materia viviente a su modo habitual. Ratas de agua invadieron el país causando muchos daños, y un día un campesino encontró a sus cerdos bebiendo de aquella agua e instantáneamente y con gran presencia de ánimo —porque sabía lo del gran puerco de Oakham— los sacrificó a todos. Y de aquel profundo estanque fue de donde salieron los mosquitos, unos mosquitos terribles, cuya única virtud consistió en que los hijos de Cossar, después de haber sido picados por ellos, no pudieron sufrirlo más, y aprovechando una noche de luna, cuando la ley y el orden dormían, abrieron un canal y dirigieron el agua hacia el río, por Brook.

Pero dejaron los grandes hierbajos y las grandes ratas de agua y toda suerte de cosas enormes e indeseables que vivían y se criaban en el sitio que habían escogido, el mismo sitio donde el hermoso edificio para la gente pequeña podía haberse elevado hasta el cielo...

IV

Esto había ocurrido en la niñez de los Hijos, pero ahora eran ya casi hombres. Y las cadenas habían estado oprimiéndoles más y más, a medida que transcurrían los años de crecimiento. Año tras año, a medida que iban creciendo y el Alimento se diseminaba, y las cosas grandes iban multiplicándose, la violencia y la tensión aumentaban. El Alimento había sido en el principio, para la masa del pueblo, una maravilla distante, y ahora ya penetraba por el umbral de cualquier casa, amenazador, presionando y deformando

el orden vital. Obstruía esto, trastornaba aquello, cambiaba los productos naturales y al cambiarlos hacía inútiles los empleos y dejaba a centenares de miles de personas sin trabajo. Además, traspasaba límites y fronteras y transformaba el mundo del comercio en un mundo de cataclismos, nada tiene, pues de extraño que la humanidad lo aborreciera.

Y como es más fácil aborrecer las cosas animadas que las inanimadas, a los animales más que a las plantas y a los seres humanos más que a los animales, el miedo y las molestias engendrados por las ortigas gigantes y por las hojas de hierba de dos metros, por los espantosos insectos y por las sabandijas que parecían tigres, fue acumulándose en un gran rencor que apuntaba directamente a aquella banda dispersa de enormes seres humanos, los Niños del Alimento. Aquel odio había llegado a ser la fuerza central en cuestiones políticas. Las antiguas directrices de los partidos habían sido negadas y borradas del todo ante la insistencia de aquellos nuevos problemas y el conflicto estaba ahora entre el partido de los contemporizadores, que sostenían la opinión de que se tenía que confiar a muy pocos políticos el control y la regulación del Alimento, y el partido de la reacción por el que hablaba Caterham, siempre con la más siniestra ambigüedad, cristalizando sus intenciones primero en una frase amenazadora y después en otra, como, por ejemplo, que se debía «evitar el crecimiento desmedido de la zarza», o descubrir «la curación de la elefantiasis», y por fin, en vísperas de la elección, «arrancar las ortigas».

Un buen día, los tres hijos de Cossar, que ya no eran niños sino hombres, se hallaban sentados en medio de sus fútiles trabajos, conversando a su manera de todas estas cosas. Habían estado trabajando todo el día en una serie de grandes y complicadas trincheras que su padre les había pedido que hicieran, y estando el sol ya en el ocaso se habían sentado en el reducido espacio destinado a jardín que había ante la gran casa y miraban al mundo mientras descansaban esperando que los diminutos servidores de la casa les dijeran que su comida estaba a punto. Debéis imaginaros estas enormes figuras, la menor de ellas de doce metros de estatura, reclinándose sobre un pedazo de césped que a un hombre corriente le habría parecido un rastrojo de cañas. Uno de ellos se había incorporado y se quitaba la tierra de las enormes botas con una viga

de hierro que tenía agarrada con una mano, el segundo se apoyaba en el codo y el tercero desbastaba un pino, lo cual impregnaba el aire con olor a resina. Iban vestidos, no de tela, pues los trajes interiores eran de sogas entretejida y los vestidos exteriores de alambre de aluminio afelpado. Iban calzados de madera y hierro, y los gemelos, botones y cinturones de sus trajes eran de acero plateado. La gran casa de una sola planta en que vivían, egipcia por su solidez, era mitad de monstruosos bloques de greda y la otra mitad excavada en la roca viva de la colina. Tenía sus buenos treinta metros de altura vista desde su fachada, y vista por su parte trasera, las chimeneas, las ruedas, las grúas y las techumbres de sus cobertizos de trabajo se destacaban maravillosamente contra el cielo. A través de una ventana circular de la casa se hacía visible un caño por donde se vertía cierto metal fundido al rojo blanco, goteando continuamente en gotas regulares para caer en un receptáculo fuera del alcance de la vista. Aquel sitio estaba cercado y someramente fortificado con monstruosos taludes de tierra reforzados con acero tanto por encima de la cumbre de la colina, como abajo, en la depresión del valle. Se necesitaba algo de tamaño corriente para poder comparar la escala. El tren que venía resollando de Sevenoaks, atravesando su campo visual y hundiéndose de inmediato en el túnel, parecía, en comparación con todas aquellas obras, un pequeño juguete automático.

—Nos han prohibido el paso por todos estos bosques de la parte de acá de Ightham —dijo uno de los chicos—. Y el letrero que estaba en Knockholt lo han trasladado de dos millas hacia acá.

—Es lo menos que podían hacer —dijo el más joven, después de una pausa—. Intentan quitarle argumentos a los pretextos de Caterham.

—Lo cual no es suficiente y es demasiado para nosotros.

—Quieren aislarnos del Hermano Redwood. La última vez que fui a verlo, los letreros rojos se habían adelantado alrededor de una milla por ambos lados. El camino que nos conduce a él por la colina ya no es nada más que un angosto vericuerdo.

El que hablaba se calló reflexionando y añadió:

—¿Qué le ha pasado a nuestro Hermano Redwood?

—¿Por qué? —preguntó el hermano mayor.

El otro cortó una rama de su pino.

—Estaba como si no estuviese del todo despierto. No pareció escuchar lo que yo tenía que decirle. Y dijo algo de... amor.

El más joven golpeó con su viga el borde de la suela de hierro y se echó a reír.

—El Hermano Redwood sueña —dijo. Nadie habló durante un rato. Luego el hermano mayor repuso:

—Este modo de encerrarnos cada vez más no se puede soportar. Al final, estoy seguro de que van a trazar un círculo alrededor de nuestras botas y nos dirán que vivamos allí dentro. El hermano mediano barrió con la mano un montón de ramas de pino y cambió de actitud.

—Lo que hacen ahora no es nada comparado con lo que harán cuando Caterham esté en el poder.

—Si es que llega al poder —dijo el hermano menor aporreando el suelo con la viga.

—¡Llegará! —murmuró el mayor mirándose los pies. El hermano mediano cesó de desmochar la rama de pino y sus miradas se dirigieron a los grandes taludes que les protegían a todo su alrededor.

—Entonces, hermanos —dijo—, nuestra juventud ha terminado, y tal como nos dijo hace tiempo el Padre Redwood debemos portarnos como hombres.

—Sí —convino el hermano mayor—. Pero ¿qué significa eso? ¿Qué quiere decir... cuando llegue el día de la aflicción?

Miró a su vez, aquellas rudas y extensas indicaciones de atrincheramientos a su alrededor, mirando más que a ellas, a través de ellas, por encima de los montes, las multitudes del otro lado. Una idea del mismo género pasó por las mentes de los tres: una visión de gente pequeña lanzándose a la guerra, una inundación de gente pequeña inagotable, incesante, maligna...

—Son muy pequeños —dijo el hermano menor—, pero son tan incontables como las arenas del mar.

—Tienen armas... Tienen el armamento que han fabricado nuestros Hermanos de Sunderland.

—Además, hermanos, si exceptuamos los bichos y los pequeños accidentes con alguna mala bestia, ¿qué sabemos nosotros lo que es matar?

—Lo sé —aprobo el hermano mayor—. Y por todo esto... somos

lo que somos. Cuando llegue el día de la aflicción tendremos que hacer lo que debamos.

Cerró de golpe su cortaplumas —la hoja era larga como un hombre— y utilizó su nuevo báculo de pino para levantarse. Se volvió hacia la inmensidad gris y achaparrada de la casa. Al levantarse, un rayo carmíneo del sol poniente se reflejó en la malla y los cierres del cuello y en el metal tejido de los brazos, y a los ojos de su hermano pareció como si de repente se hubiese cubierto de sangre...

Al levantarse, el joven gigante vio una figurilla negra destacándose en la incandescencia del ocaso, encima del talud que se erguía en lo alto de la colina. Las negras extremidades hacían torpes aspavientos. Algo indescriptible que había en el modo de gesticular indicaba prisa en la mente del joven gigante, que hizo voltear su tranca de pino y llenó el valle con un potente:

—¡Atención...! Pasa algo.

Y echó a andar para recibir y ayudar a su padre.

V

Dio la casualidad de que otro joven que no era ningún gigante iba descargando sus ideas sobre los hijos de Cossar, precisamente al mismo tiempo. Procedía del otro lado de las colinas, de más allá de Sevenoaks, y venía con un amigo suyo. Era éste a quien hablaba. Y a lo largo del seto habían oído un lastimero piar y habían intervenido para salvar a tres pavos del ataque de un par de hormigas gigantes. Fue aquella aventura lo que inició la conversación.

—¡Reaccionario! —dijo el joven al llegar al campamento de los Cossar—. ¿Quién no sería reaccionario ante esto? ¡Mira aquel cuadro de terreno, aquel espacio de la tierra de Dios, que en otro tiempo fue agradable y hermoso, y ahora desgarrado, mancillado, destripado! ¡Esos cobertizos! ¡Aquel gran molino de viento! ¡Aquella monstruosa máquina con ruedas! ¡Aquellos diques! ¡Mira esos tres monstruos aquí sentados conspirando para llevar a cabo alguna

treta infernal! ¡Mira... mira toda esta tierra!

Su amigo lo escrutó fijamente.

—Has estado escuchando a Caterham —dijo.

—¡Usando los ojos! Mirando un poco hacia la paz y el orden del pasado que estamos dejando atrás. Este repugnante Alimento es la última forma que ha adoptado el diablo, empeñado como siempre en la ruina de nuestro mundo. ¡Piensa en lo que debió de ser el mundo antes de nuestra época, lo que era todavía cuando nuestras madres nos echaron al mundo, y míralo ahora! ¡Piensa cómo sonreían antes estas laderas bajo la dorada cosecha, cómo los setos, llenos de florecillas olorosas, dividían la modesta proporción de este hombre de la de aquel otro, cómo las rojizas granjas y cortijos punteaban el paisaje y cómo la voz de las campanas de la iglesia, desde aquel lejano campanario que se ve desde aquí, inundaba el valle entero todos los domingos en la plegaria dominical! Y ahora, cada año aún más que el anterior, más y más hierbajos monstruosos, sabandijas monstruosas y esos gigantes que crecen y crecen por encima de nosotros, extendiéndose por encima de nosotros, chocando contra todo lo sutil y sagrado de nuestro mundo...

¡Mira!

Señaló hacia un punto determinado, y los ojos de su amigo siguieron la línea indicada por su dedo.

—¡Una de sus huellas! ¿Ves? Ha profundizado casi un metro. Es un peligro latente para caballos y jinetes, una trampa para incautos. Hay un rosal silvestre tronchado, la hierba arrancada, una cardencha pisoteada, una acequia de granjero rota y el borde del camino hundido y estropeado. ¡Destrucción! Esto es lo que están haciendo por todo el mundo, destrozar el orden y la decencia que el mundo de los hombres ha hecho. Pisotearlo todo. ¡Reacción! ¿Qué otra cosa?

—Pero... reacción al fin. ¿Qué piensas hacer?

—¡Acabarlo! —exclamó el joven procedente de Oxford—. Antes de que sea demasiado tarde.

—Pero...

—No es imposible —exclamó el joven elevando el tono de la voz—. Queremos mano firme, queremos el plan sutil y la mente resolutiva. Hemos sido tímidos y débiles, hemos jugueteado y

contemporizado y el Alimento ha ido creciendo más y más. Y, no obstante, todavía...

Se calló un momento.

—Eso es un eco de Caterham —dijo su amigo.

—Aún ahora hay esperanzas..., esperanzas abundantes, con tal que estemos seguros de lo que queremos y de lo que nos proponemos destruir. La masa del pueblo está con nosotros, muchísimo más de lo que lo estaba hace unos años. La ley está con nosotros, la constitución y el orden de la sociedad, el espíritu de las religiones oficiales, las costumbres y los hábitos del género humano están con nosotros y en contra del Alimento. ¿Por qué razón deberíamos contemporizar? ¿Por qué razón tenemos que mentir? Aborrecemos todo eso, no lo queremos. ¿Por qué, pues, tenemos que soportarlo? ¿Intentas quedarte ahí gimiendo, en obstrucción pasiva, y nada más hasta que no quede un grano de arena en el reloj de nuestra vida?

Se calló de nuevo y, dando media vuelta, prosiguió:

—¡Mira aquel soto de ortigas allí! ¡En medio de ellas hay hogares... abandonados... donde en otro tiempo las familias de hombres sencillos dejaron que transcurrieran sus vidas honradas...!

Y después de una breve pausa, añadió dando media vuelta y señalando el sitio donde los Cossar estaban murmurando otro de sus agravios:

—¡Míralos! Y yo conozco a su padre, un bruto, una especie de bestia con un vozarrón intolerable, una especie de salvaje caminando por nuestro mundo, demasiado magnánimo, durante más de treinta años. ¡Un ingeniero! Para él todo lo que para nosotros es querido y sagrado, nada representa. ¡Nada! Las espléndidas tradiciones de nuestra raza y de nuestro terruño, sus nobles instituciones, el orden, la amplia y lenta marcha de precedente en precedente que ha hecho la grandeza de nuestro pueblo inglés y la libertad de esta soleada isla..., todo eso para él son cuentos ociosos, dichos y olvidados. Cualquier paparrucha sobre el futuro vale más para él que todas estas cosas sagradas... Es ese tipo de hombre que no vacilaría en hacer pasar los ramales del tranvía sobre la tumba de su madre si creyera que el trayecto salía más barato... ¡Y aún piensas en contemporizar, en buscar alguna fórmula de compromiso que te permita vivir a tu modo mientras ésa

—esa maquinaria— vive en el suyo! Te digo que no hay remedio..., no hay remedio. ¡Sería lo mismo que hacer un tratado con un tigre! Ellos quieren que las cosas sean grandes y monstruosas... y nosotros queremos que sean normales y agradables. O lo uno o lo otro.

—Pero ¿qué puedes hacer tú?

—¡Mucho! ¡Todo! ¡Suprimir el Alimento! Estos gigantes están todavía dispersos, todavía son inmaduros y se hallan desunidos. Encadenarlos, amordazarlos, silenciarlos. Detenerlos a cualquier precio. ¡Es su mundo o el nuestro! ¡Acaba con el Alimento! ¡Encarcelar a los que lo fabrican! ¡Hacer algo para parar a Cossar! No parece que recuerdes que basta una generación, una sola generación que aguante y luego... Luego podríamos nivelar esos terraplenes, rellenar sus huellas, quitar esas feísimas sirenas de los campanarios, destruir todos nuestros cañones elefantiásicos y volver nuestras miradas otra vez hacia el antiguo orden de cosas, hacia nuestra jugosa civilización antigua para la que está adaptada el alma del hombre. —Eso sería un tremendo esfuerzo.

—Para un fin tremendo. ¿Y si no lo hacemos así? ¿No ves el panorama que nos espera tan claro como la luz del día? Los gigantes irán creciendo y multiplicándose por todas partes. En todas partes fabricarán y esparcirán el Alimento. La hierba se agigantará en nuestros campos, los hierbajos en nuestros actos y vallados, los bichos en los matorrales y los ratones en los albañales. Más, y más y más... Esto es sólo el comienzo. El mundo de los insectos se levantará contra nosotros, lo mismo que el mundo de las plantas, y hasta los mismos peces del mar harán embarrancar y zozobrar nuestros barcos. Una tremenda vegetación oscurecerá y ocultará nuestras casas, sofocará nuestras iglesias, arruinará y destruirá todo el orden de nuestras ciudades, y nosotros no seremos ya más que unos débiles bicharracos bajo los talones de la nueva raza. ¡El género humano se hundirá y se ahogará en sus propios engendros! ¡Y todo por nada! ¡Tamaño! ¡Simple tamaño! Engrandecimiento y da capo. Estamos buscando nuestro propio camino entre los comienzos de la nueva era. Y todo lo que hacemos es exclamar: «¡Qué inconveniente...!». Refunfuñamos y no hacemos nada. ¡No! Levantó la mano y prosiguió:

—¡Dejémosles que hagan lo que tiene que hacer! De acuerdo. Yo soy partidario de la reacción, de una reacción liberal e intrépida. A

menos que tú también intentes tomar este Alimento. ¿Qué otra cosa se puede hacer en el mundo entero? Hemos estado entreteniéndonos con medias tintas durante demasiado tiempo. Entretenerte con medias tintas es tu costumbre, tu círculo de existencia, tu espacio y tiempo. ¡Pero yo no! ¡Yo estoy contra el Alimento, con todas mis fuerzas y mi voluntad estoy contra el Alimento!

Se volvió a su compañero al oír el gruñido de discrepancia con que acogió su perorata.

—Y tú, ¿dónde estás?

—Es un asunto muy complicado...

—¡Oh...! ¡Vas a la deriva! —gritó el joven procedente de Oxford, muy acerbadamente, haciendo grandes aspavientos—. Las medias tintas son la nada. Tiene que ser una cosa u otra Comer o destruir. ¡Comer o destruir! ¿Qué otra cosa se puede hacer?

CAPÍTULO II

LOS AMANTES GIGANTES

I

Pero dio la casualidad de que, en aquellos días en que Caterham estaba haciendo campaña continua los niños del Alimento Estrella, antes de las elecciones generales que, en medio de las circunstancias más trágicas y terribles, debían llevarse al poder, aquella princesa gigante, aquella Serenísima Alteza, cuya nutrición en su más tierna infancia había jugado un papel tan importante en la brillante carrera del doctor Winkles, había llegado a Inglaterra desde el reino de su padre para algo muy importante. Estaba prometida, por razones de Estado, con cierto príncipe... y la boda tenía que manifestarse como un acontecimiento de gran significación internacional. Pero habían surgido misteriosos aplazamientos. El Rumor y la Imaginación colaboraron en la historia y se dijeron muchas cosas. Hubo rumores de que el príncipe había declarado que no quería que le tomasen el pelo, por lo menos hasta aquel extremo. El pueblo simpatizaba con él. Éste es el aspecto más importante del asunto.

Ahora bien, por extraño que parezca, es un hecho que la princesa gigante ignoraba en absoluto la existencia de otros gigantes, hasta que llegó a Inglaterra. Había vivido en un mundo donde el tacto constituye casi una pasión, y la reserva, la atmósfera en que se vive. Le habían ocultado este hecho, la habían aislado de la vista e incluso de la sospecha de toda forma gigantesca hasta que se cumpliera la fecha señalada para su viaje a Inglaterra. Hasta que vio al hijo de Redwood no tuvo la menor idea de que hubiera en el mundo otro gigante.

En el reino del padre de la princesa había grandes altiplanicies yermas y montañas baldías donde ella se había acostumbrado a

vagar libremente. Le gustaba la salida y la puesta del sol y todo el gran espectáculo del firmamento, pero al hallarse entre un pueblo antaño tan democrático y tan vehementemente leal como el inglés, su libertad quedó muy restringida. La gente acudía a verla en carricoches, en trenes de excursión, en multitudes organizadas. Millares de personas recorrieron largas distancias en bicicleta para poder contemplarla, y la princesa tenía que levantarse muy temprano si quería poder pasear en paz. Era aún muy cerca del alba aquel día en que el joven Redwood se encontró con ella.

El Gran Parque contiguo al palacio donde ella vivía se extendía en una longitud de más de veinte millas hacia el oeste y el sur. Los castaños de sus avenidas se alzaban por encima de la cabeza de la princesa. Cada uno de los castaños al pasar ella por delante parecía ofrecerle una riqueza más abundante de flores que el árbol anterior. Durante un buen rato se conformó con la vista y el olor de los capullos, pero al final quedó vencida por tantos ofrecimientos y se puso a coger tantas flores que no se dio cuenta de la presencia del joven Redwood hasta que éste estuvo muy cerca.

Ella seguía andando por entre los castaños, con el amante que le deparaba el destino acercándose cada vez más, imprevisto, insospechado. Metió las manos por entre las ramas, quebrándolas y reuniéndolas en un ramo. Estaba sola en el mundo. Entonces...

Levantó la vista y en el acto se encontró con su pareja.

Necesitamos ahora poner nuestra imaginación en la estatura de él para ver la belleza que él vio. Aquella inaccesible grandiosidad que impide nuestra inmediata simpatía hacia ella, no existía para él. Allí había una graciosa muchacha, la primera persona que podía parecerle una pareja adecuada.

Ágil y esbelta, ligeramente vestida, con la fresca brisa matutina moldeándole los sutiles pliegues de la ropa sobre las líneas suaves y firmes de sus formas, y con una gran masa de floridos ramos de castaño en sus manos. El escote de su traje dejaba ver la blancura de su garganta y una suave redondez sombreada que se perdía de vista hacia los hombros. La brisa le había descompuesto unas hebras de sus cabellos castaños con ribetes rojizos, que le rozaban la mejilla. Tenía los ojos azules y grandes, y sus labios descansaban en la promesa de una sonrisa... mientras estiraba el cuerpo entre las ramas.

La joven se volvió hacia el recién llegado con sobresalto, lo vio y durante unos momentos permanecieron los dos mirándose. Para ella, la presencia de aquel joven fue tan asombrosa, tan increíble, que durante unos instantes al menos llegó a ser terrible. Él se acercó con la profunda sorpresa causada por una aparición sobrenatural; rompía todas las leyes establecidas en el mundo de ella. Era el joven entonces un muchacho de veintiún años, esbelto, con la misma tez morena y la misma gravedad de su padre. Iba vestido con ropas de sobrio y blando cuero, muy bien cortadas, que le daban un aspecto muy gallardo. Llevaba la cabeza descubierta en toda ocasión. Quedaron contemplándose; ella incrédulamente asombrada y él con su corazón latiendo desacompasadamente. Fue un momento sin preludio, el encuentro cardinal de sus vidas.

Para él la sorpresa fue menor. La había estado buscando y, no obstante, su corazón latía con gran rapidez. Se acercó a ella, despacio, con los ojos fijos en su semblante.

—Tú eres la princesa —dijo—. Mi padre me lo ha dicho. Eres la princesa a que le dieron el Alimento de los Dioses.

—Soy la princesa, sí —dijo ella, con los ojos abiertos de asombro—. Pero ¿tú quién eres?

—Soy el hijo del descubridor del Alimento de los Dioses.

—¿El Alimento de los Dioses?

—Sí, el Alimento de los Dioses.

—Pero...

Su semblante expresaba una perplejidad infinita.

—¿Qué es eso...? No comprendo. ¿El Alimento de los Dioses?

—¿No has oído hablar de él?

—¿Del Alimento de los Dioses? ¡No! —La princesa se puso a temblar violentamente. El color huyó de su rostro—. No sé nada —dijo—. ¿Quieres decir...?

—¿No lo sabías? —repitió él.

Y ella contestó con asombro por el descubrimiento:

—¡No!

El mundo entero y todo el significado del mundo estaba sufriendo un cambio para ella. Una rama de castaño se deslizó de su mano.

—¿Quieres decir que hay otros gigantes en el mundo? —repitió estúpidamente—. ¿Qué alguna clase de alimento...?

Él se convenció de la sinceridad del asombro de la joven.

—Pero ¿no sabes nada? —exclamó—. ¿Nunca has oído hablar de nosotros? ¿Tú, precisamente, a quien el Alimento ha hecho semejante a nosotros?

Todavía asomaba el terror en los ojos que lo miraban.

—No —susurró.

Le pareció que iba a echarse a llorar o a desmayarse. Luego, en un momento volvió a cobrar el dominio de sí misma y se encontró hablando y pensando con toda claridad.

—Todo esto me lo han ocultado —dijo—. Es como un sueño... He soñado... He soñado cosas así. Pero al despertar... ¡No! ¡Dime! ¡Dime! ¿Quién eres? ¿Qué es ese Alimento de los Dioses? Explícamelo despacio y con claridad. ¿Por qué me han ocultado que no estaba sola?

II

—**E**xplícamelo —repitió.

Y el joven Redwood, trémulo y excitado, empezó a explicarle, de una manera muy pobre y con voz entrecortada al principio, lo del Alimento de los Dioses y de los gigantes dispersos por el mundo.

Os podéis figurar a los dos, ruborizados, sobresaltados, dándose cuenta recíprocamente del significado de lo que decía el interlocutor a través de frases entrecortadas, entendidas a medias y pronunciadas, también a medias, de repeticiones, de perplejidades, de interrupciones, de nuevos puntos de partida en la conversación... charla en la que ella despertó de la ignorancia de su vida. Y muy lentamente se aclaró en su mente la idea de que no era ninguna excepción dentro del orden de la humanidad, sino un ejemplar de una dispersa hermandad cuyos componentes habían comido el Alimento y se habían desarrollado hasta rebasar los límites reducidos de la gente que vivía bajo sus plantas. El joven Redwood habló de su padre, de Cossar, de los Hermanos esparcidos por el país, de la gran aurora de amplísimo significado aparecida por fin en la historia del mundo.

—Estamos en el principio del principio —afirmó Redwood—. Este mundo de ellos es sólo el preludio del mundo que producirá el Alimento...

»Mi padre cree, y yo también, que vendrá el día en que la pequeñez habrá desaparecido por completo entre los hombres, en que los gigantes podrán ir libremente por esta tierra —su tierra— haciendo cosas cada vez más grandiosas y más espléndidas. Pero esto... eso está aún por venir. No somos ni siquiera la primera generación de este nuevo mundo... somos sólo los primeros experimentos.

—¡Yo no sabía nada de todo eso! —afirmó ella—. A veces me parece como si hubiéramos llegado demasiado pronto. Pero alguien tenía que ser el primero, supongo.

Sin embargo, el mundo no estaba preparado para nuestra llegada y la de todas estas grandes pequeñeces que toman su grandeza del Alimento. Ha habido equivocaciones, ha habido conflictos. Los hombres pequeños aborrecen nuestra raza...

«Son crueles con nosotros precisamente porque son tan pequeños... Y también porque nuestros pies pesan mucho sobre todo aquello que constituye sus vidas. Pero, sea como sea, actualmente nos odian, no nos quieren ni quieren saber nada de nosotros... sólo si pudiéramos encogernos y volver al tamaño corriente empezarían a perdonarnos...

»Se sienten felices en casas que no son más que celdas, sus ciudades son demasiado pequeñas para nosotros; andamos con grandes dificultades y padecimiento por sus estrechos caminos; no podemos asistir a sus iglesias...

«Podemos ver por encima de sus tapias y de sus muros; miramos inadvertidamente por sus ventanas más altas; atisbamos sus costumbres; y sus leyes no son otra cosa sino una red alrededor de nuestros pies...

»Cada vez que tropezamos se arma una gritería de espanto, cada vez que por error salimos de los límites que nos han asignado, o que estiramos brazos o piernas o que efectuamos alguna acción espaciosa...

«Nuestros pasos normales son para ellos carreras espeluznantes, y todo lo que ellos consideran grandioso o maravilloso, para nosotros no es más que juego de muñecas. Su mezquindad en el

método, unida a sus aparatos y su imaginación, obstaculiza y destruye nuestra potencia. No hay máquinas que puedan aplicarse a la potencia de nuestras manos, ni nada que nos ayude a ajustar nuestras necesidades. Mantienen nuestra grandeza en servidumbre por medio de millares de lazos invisibles. Hombre por hombre, somos nosotros los más fuertes, cien veces más, pero estamos desarmados; nuestra misma grandeza nos hace sus deudores; reclaman como suya la misma tierra sobre la que estamos; nos tasan nuestros requerimientos en alimento y vivienda y por todas estas cosas debemos trabajar con las herramientas que esos enanos puedan fabricarnos...

»Y para satisfacer sus caprichos de enano... Nos acorralan de todas las maneras imaginables. Hasta para vivir hay que cruzar sus límites. Hasta para venir a encontrarte hoy aquí he necesitado rebasarlos. Todo lo que es razonable y deseable en la vida lo ponen fuera de nuestro alcance. No podemos ir a las ciudades, no podemos cruzar los puentes, no podemos pisar sus campos arados ni los cotos de caza en que ellos matan. Estoy separado y aislado de todos nuestros Hermanos, excepto los tres hijos de Cossar, y aun por este lado el pasaje se estrecha día a día. Hasta se podría pensar que están buscando la ocasión de poder hacer cualquier maldad contra nosotros.

—Pero somos fuertes —dijo ella.

—Tendríamos que ser fuertes, sí. Tenemos la sensación, todos nosotros... y pienso que tú también debes sentirla... de que tenemos un gran poder, un gran poder para hacer grandes cosas, un poder insurgente en nosotros. Pero antes de que podamos hacer nada...

Hizo con la mano un ademán como de barrer algo.

—Aunque creí que yo estaba sola en el mundo —dijo ella después de una pausa—, he pensado en estas cosas. Siempre me han enseñado que la fuerza era casi un pecado, que era mejor ser pequeño que grande, que toda religión verdadera se proponía cobijar al débil y pequeño, alentar al débil y al pequeño, ayudarlo a multiplicarse cada vez más hasta que finalmente se vean obligados a subirse los unos encima de los otros, y a sacrificar toda nuestra fuerza en su causa. Pero... siempre he dudado de la verdad de lo que me enseñaban.

—Esta vida —dijo él—, nuestros cuerpos, no han de perecer.

—No.

—Ni vivir en la futilidad. Pero si no queremos hacerlo, todos nuestros Hermanos encuentran claro que debe producirse un conflicto. Yo no sé qué conflicto está a punto de suscitarse antes de que la gente pequeña tolere que vivamos tal como necesitamos vivir. Todos nuestros Hermanos han pensado en ello. Cossar, de quien te he hablado, también ha pensado en ello.

—Ellos son muy pequeños y muy débiles.

—En cierto modo. Pero ya sabes que todos los medios de muerte están en sus manos, fabricados por sus manos. Durante centenares de millares de años esos enanos cuyo mundo hemos invadido han estado aprendiendo el modo de matarse unos a otros. Son muy hábiles en eso. Y en otras muchas cosas. Y, además, saben engañar y cambiar súbitamente... No sé... Que venga el conflicto y verás. Tú quizá seas diferente de nosotros. Para nosotros es seguro que el conflicto tiene que estallar... eso que ellos llaman Guerra. Ya lo sabemos. Y hasta cierto punto nos preparamos para cuando llegue. Pero ¿sabes...? ¡Esa gente pequeña...! Nosotros no sabemos matar, ni ganas...

—¡Mira! —interrumpió ella.

El joven Redwood oyó un bocinazo. Volvió la cabeza en la dirección indicada por los ojos de ella y se encontró con un automóvil amarillo, con un conductor que llevaba anteojos ahumados de motorista y unos pasajeros abrigados con pieles, agraviados y resentidos a sus plantas. Retiró de pie y el artilugio, con tres airados bufidos, reanudó su carrera hacia la ciudad.

—¡Obstruyendo la carretera! —gritó uno de los ocupantes.

Luego alguien dijo:

—¡Mira! ¿Has visto? ¡Allí está la monstruosa princesa, más allá de la arboleda! —Y todos los rostros con gafas se fijaron en ella.

—¡Ya te lo dije! —exclamó otro—. Eso no va...

—Todo esto —dijo la princesa— es más asombroso de lo que pudiera expresar con palabras.

—Pero eso de que no te lo hayan dicho... —empezó a decir él, y dejó la frase incompleta...

—Hasta que te he encontrado vivía en un mundo donde yo era la única grande. Me había hecho una vida... para esto. Yo creía ser la víctima de alguna extraña aberración de la naturaleza. Y ahora

mí mundo se ha derrumbado en media hora y percibo otro mundo, otras condiciones de existencia, posibilidades, mucho más amplias... camaradería...

—¡Camaradería! —repitió él.

—Quiero que me expliques más cosas aún, muchísimas más cosas. Porque esto pasa por mi mente como si fuera un cuento. Hasta tú... Tal vez dentro de un día o de varios días, creeré en ti. Ahora... Ahora estoy soñando... ¿Oyes?

La primera campanada del reloj de las salas del palacio, allá a lo lejos, había llegado hasta ellos. Contaron maquinalmente: «siete».

—Ésta debiera ser la hora de mi regreso —dijo ella—. Me traerán el café a la sala donde duermo. Los pequeños servidores —no puedes imaginarte con qué gravedad se comportan— estarán andando de un lado para otro cumpliendo con sus deberes. «Se quedarán perplejos... Pero quiero hablar contigo». Reflexionó.

—Pero también quiero pensar un poco. Ahora quiero pensar a solas en este cambio en las cosas, olvidar mi antigua soledad y pensar en ti y en esos otros que forman parte de mi mundo... Tengo que irme. He de volver ahora mismo al castillo. Mañana, apenas apunte la aurora, volveré... aquí. —Estaré esperándote.

—Todo el día estaré soñando con este nuevo mundo que tú me has dicho. Incluso ahora mismo, apenas puedo creer...

Dio un paso atrás y lo miró de arriba a abajo. Sus ojos se encontraron y se quedaron mirándose durante un momento.

—Sí —dijo ella, con una risita que era mitad sollozo—. Eres verdadero... ¡Pero es muy maravilloso! ¿Crees que de veras...? ¿Y si mañana, al volver, me encontrara que eres un pigmeo como los demás...? Tengo que pensarlo. Así, pues, por hoy...

Le tendió la mano, y por primera vez se tocaron. Sus manos se estrecharon fuertemente y sus miradas se encontraron.

—¡Adiós! —dijo ella—. ¡Adiós! ¡Adiós, hermano gigante!

Él vaciló, presa de una emoción indecible, y por fin contestó sencillamente:

—¡Adiós!

Durante un rato permanecieron con las manos cogidas, examinándose mutuamente. Después de separarse, ella se volvió para mirarlo varias veces, dubitativamente, mientras él permanecía inmóvil en el mismo sitio donde se habían encontrado...

La joven entró en el gran patio del Palacio como una sonámbula, con una gran rama de castaño en la mano.

III

Los dos volvieron a encontrarse catorce veces antes del principio del fin. Se encontraron en el Gran Parque, o en los altozanos, o entre las cañadas de los eriales cubiertos de brezos, surcados por polvorientos vericuetos y encuadrados por oscuros pinares que se extendían hacia el sudoeste. Dos veces se encontraron en la gran avenida de castaños y cinco veces cerca del gran lago que el rey, el abuelo de ella, había hecho construir allí. Había cierto sitio donde un gran prado muy bien cuidado, plantado de altas coníferas, se inclinaba graciosamente hasta el borde del agua, y allá se sentaba ella y él se echaba a su lado mirándole el rostro y hablando, contándole todas las cosas que habían ocurrido y explicándole la clase de trabajo que su padre le había asignado, y el grande y espacioso ensueño de lo que los gigantes serían algún día. Generalmente se encontraban al despuntar el alba, pero en una ocasión se encontraron por la tarde, viéndose cercados por una verdadera multitud de impertinentes que estaban más o menos ocultos a la escucha: ciclistas y peatones atisbando por entre las matas y los arbustos, haciendo crujir las hojas secas de los bosques (con el mismo rumor que hacen los gorriones en los parques de Londres), deslizándose en lanchas por el lago para conseguir un mejor punto de vista e intentando llegar más cerca de ellos para oír lo que se decían.

Fue la primera indicación del enorme interés que el pueblo tomaba en sus encuentros. Y en una ocasión —era la séptima vez y aquello precipitó el escándalo— se encontraron en el rumoroso erial, bajo la clara luz de la luna y se pusieron a hablar en voz baja, porque la noche era quieta y tibia.

Muy pronto dejaron de preocuparse de que en ellos y por ellos estaba tomando cuerpo un nuevo mundo de gigantismo sobre la tierra o de la perspectiva de una gran lucha entre grandes y

pequeños en la que estaban destinados a participar, y pasaron a intereses a la vez más personales y amplios. Cada vez que se encontraban y se hablaban y se miraban, brotaba un poco más fuera del subconsciente el hecho de que había algo que corría en medio de ellos y les hacía cogerse de las manos. Y al poco tiempo dieron con las palabras apropiadas y se encontraron siendo novios, el Adán y la Eva de una nueva raza en el mundo. Juntos penetraron en el maravilloso valle del amor, en sus profundos y apacibles rincones. El mundo cambió a su alrededor a medida que cambiaba su modo de ser, hasta que pronto se hubo transformado, como si dijéramos, en un tabernáculo que se hacía más bello en cada uno de sus encuentros, y las estrellas ya no fueron más que flores de luz bajo los pies de su amor, y la aurora y el ocaso, cortinajes de colores. Cesaron de ser personas de carne y hueso el uno para el otro, y hasta para sí mismos; pasaron a ser una estructura corpórea de ternura y deseo. Primero se expresaron en susurros y luego en silencio, y se atrajeron más estrechamente y se contemplaron los rostros bañados por el juego de sombras y luces formado por la luna bajo el arco infinito del firmamento. Y los inmóviles y negruzcos pinos permanecieron junto a ellos como centinelas.

Los rítmicos pasos del tiempo se acallaron en el silencio y les pareció que el Universo quedaba inmóvil en suspenso. Sólo oían los latidos de sus corazones. Les pareció estar viviendo juntos en un mundo en el que no existía la muerte, y así era en realidad para ellos entonces. Les pareció que resonaba tal cúmulo de ocultos esplendores en el mismo corazón de las cosas como nadie había podido percibir hasta entonces. Hasta para las almas pequeñas y mezquinas, el amor es la revelación de todos los esplendores. Y ellos eran unos enamorados gigantes que se habían nutrido con el Alimento de los Dioses...

Podéis imaginaros la general consternación cuando llegó a saberse que la princesa que estaba prometida al príncipe. ¡Su Alteza Serenísima, con sangre real en sus venas!, se encontraba —con frecuencia— con el vástago hipertrofiado de un ordinario profesor de química, sin rango, posición ni fortuna, y que conversaba con él como si no existieran los reyes ni los príncipes, ni orden, ni sentido común... como si no hubiese nada más, en fin, —que Gigantes y Pigmeos poblando el mundo; hablaba con él—, y, lo que era bien

cierto, lo consideraba su novio.

—¡Si los chicos de los periódicos se enteran! —exclamaba, boquiabierto, *Sir Arthur Poodle Bootlick*.

—Yo he dicho —susurró el anciano obispo de Frumps.

—Hay una nueva historia —decía el primer lacayo, mordisqueando el sobrante de los postres—. Por lo que he podido saber, la princesa gigante...

Y la señora encargada de la papelería que hay al lado de la entrada principal del Palacio, donde los norteamericanos de poca categoría obtienen sus billetes para una visita oficial, repetía:

—Me han dicho que...

Y entonces: «Picaroon» dijo en la revista *Gossip*:

—Estamos plenamente autorizados para negar...

Y así toda la historia se hizo pública.

IV

—**D**icen que tenemos que separarnos —explicó la princesa a su amante.

—Pero ¿por qué? —exclamó él—. ¿Qué nueva sandez se le ha metido a esa gente en la cabeza?

—¿Sabes que amarme... es un delito de alta traición? —preguntó ella.

—Querida mía —exclamó él—, ¿y eso qué importa? ¿Qué derecho ni sombra de razón tienen sobre nosotros...? Y sus traiciones y sus lealtades, ¿qué son para nosotros?

—Ya lo sabrás... Figúrate que se me presentó el hombrecillo más raro que imaginarte puedas, con una voz suave y hermosamente modulada, un pequeño caballero de movimientos exquisitos, que entró en mi habitación un poco de lado, como un gato, y que cada vez que tenía algo interesante que decir levantaba la mano poniéndola así. Es calvo, pero no del todo, su nariz y su rostro son unas cositas rechonchas y rosaditas, y lleva la barba muy cuidada y en punta, de un modo precioso. A veces pretendió demostrarme que la emoción le embargaba e hizo que sus ojos se pusieran brillantes.

Tienes que saber que se trata de un amigo incondicional de la familia reinante y que me llamó su querida damita, y estuvo simpatiquísimo desde el principio.

«—Mi querida damita —dijo—, ya sabe usted que no debe...».

Esto varias veces, y luego:

—Usted tiene el deber...

—¿Dónde fabrican a esos hombres?

—Parecía que le gustaba ser como es.

—No veo porqué.

—Es muy cierto que hay algo...

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que, sin saberlo, hemos estado pisoteando los sagrados conceptos de la gente pequeña. Nosotros, los que somos de sangre real, formamos una clase aparte. Somos prisioneros dorados, juguetes profesionales. Por ello pagamos el precio de perder... nuestra más elemental libertad. Y yo tenía que haberme casado con aquel príncipe... No sabes nada de él, claro. Es un príncipe pigmeo. Poco importa él... Parece que esto habría estrechado los lazos entre su país y el mío. Y aquel país también sacaría provecho. ¡Imagínate...! ¡Estrechar los lazos!

—¿Y ahora?

—Quieren que continúe como si tal cosa... Como si no hubiera nada entre nosotros...

—¡Nada!

—Sí. Pero esto no es todo. Dijo...

—¿Quién? ¿Tu especialista en Tacto?

—Sí. Dijo que sería mejor para ti, que sería mejor para todos los gigantes, si nosotros dos... nos abstuviéramos de conversar. Así fue como lo dijo.

—Pero ¿qué pueden ofrecer a cambio?

—Dijo que te podría conceder la libertad.

—¿A mí?

—Dijo, acentuándolo mucho:

«—Mi querida damita, sería mejor, sería mucho más digno, que ustedes se separasen voluntariamente».

«Esto fue lo que dijo acentuando lo de “voluntariamente”».

—¡Pero...! ¿Qué les importa a esos desgraciados enanos si nos amamos o no nos amamos? ¿Qué tienen que ver ellos y su mundo

con nosotros?

—Ellos no lo creen así.

—Por supuesto que tú no le habrás hecho el menor caso.

—Me parece una solemne tontería.

—¡Que sus leyes tengan que aherrojarnos! ¡Que en la primavera de la vida tengamos que someternos a sus antiguos compromisos, a sus insulsas instituciones! ¡Oh, no les hagamos caso!

—Yo soy tuya. Hasta aquí... estoy contigo.

—¿Hasta aquí? ¿No es esto todo?

—Pero es que ellos... si quieren separarnos...

—¿Y qué pueden hacer?

—No lo sé. ¿Qué podrán hacer?

—¿Y a quién puede importar lo que ellos puedan o quieran hacer? Yo soy tuyo y tú eres mía. ¿Qué hay más allá de esto? Yo soy tuyo y tú eres mía... para siempre. ¿Crees que voy a detenerme ante sus minúsculos reglamentos, sus prohibiciones, sus canelones encarnados? ¿Crees que voy a apartarme de ti?

—Sí; pero ¿qué pueden hacer ellos?

—Quieres decir ¿qué vamos a hacer nosotros?

—Sí.

—¿Nosotros? Pues continuar así.

—Pero ¿y si buscan la manera de impedirlo?

Él cerró los puños y miró a su alrededor como si la gente pequeña estuviese ya llegando para ponerles trabas. Luego se apartó un poco y se quedó contemplando el mundo que le rodeaba.

—Sí —dijo—. Tu pregunta ha sido acertada. ¿Qué pueden hacer ellos?

—Aquí en este pequeño país —dijo ella.

Él parecía inspeccionarlo todo.

—Están por todas partes.

—Pero podríamos...

—¿Qué?

—Podríamos irnos. Podríamos cruzar a nado los mares. Más allá de los mares...

—No he estado nunca más allá de los mares.

—Allí hay unas grandes y desoladas montañas entre las cuales nosotros no pareceríamos sino seres pequeños, valles desiertos y remotos, lagos ocultos y altiplanicies ceñidas de nieve nunca

holladas por pies humanos. Allí...

—Pero para llegar allí deberíamos abrirnos paso luchando contra millones de seres humanos.

—Es nuestra única esperanza. En esta tierra tan poblada no hay ninguna fortaleza, ningún refugio. ¿Qué sitio puede haber para nosotros en medio de estas multitudes? Los que son pequeños se pueden esconder, pero ¿dónde vamos a escondernos nosotros? No habría sitio donde pudiéramos comer, ni sitio donde pudiéramos dormir. Si huyéramos... nos seguirían los pasos noche y día.

Al joven Redwood se le ocurrió una idea.

—Todavía hay un sitio en esta isla.

—¿Dónde?

—El lugar que han construido nuestros Hermanos, más allá de esto que se ve. Han construido grandes taludes alrededor de su casa, al norte, al sur, al este y al oeste; han cavado profundos pozos y refugios secretos, e incluso ahora... Uno de ellos vino a visitarme recientemente y me habló... Yo no le presté mucha atención a lo que me dijo entonces. Pero me habló de armas. Pudiera ser que allí... encontráramos refugio...

»Hace muchos días que no he visto a nuestros Hermanos... — prosiguió, luego de una pausa—. ¡Caramba! ¡Estuve soñando y los he tenido olvidados! Han pasado los días y no he hecho otra cosa sino pensar en ti... Debo hablarles y explicarles todo lo que se cierne sobre nosotros. Si quieren ayudarnos, pueden hacerlo. ¡Entonces sí que podremos abrigar esperanzas! Ignoro si su vivienda es muy fuerte, pero indudablemente Cossar la habrá construido sólida... Antes de todo esto, antes de que te encontrara, ahora me acuerdo, había un lío en perspectiva. Había una elección, que es como la gente pequeña soluciona las cosas contando personas... Ya debe de haber terminado... Se profirieron amenazas contra nuestra raza, es decir, contra toda nuestra raza, excepto tú. Tengo que ir a ver a nuestros Hermanos. Tengo que explicarles todo lo que ha ocurrido entre nosotros, y todo lo que ahora nos amenaza.

El joven no acudió a la siguiente cita sino después que ella hubo aguardado un buen rato. Tenían que encontrarse a mediodía en un gran espacio del parque situado en la curva del río, y mientras ella lo estaba esperando, mirando siempre hacia el sur, resguardándose de la luz con la mano como pantalla, se dio cuenta de que todo estaba muy quieto, de que en realidad estaba sospechosamente quieto. Y luego percibió que, a pesar de lo avanzado de la hora, su habitual cortejo de espías voluntarios no había comparecido. Ni a derecha ni a izquierda, a despecho de escrutarlo bien, aparecía nadie a la vista, y ni un solo bote se divisaba sobre la plateada curva del Támesis. Intentó encontrar un motivo que explicase aquella extraña quietud...

Luego, y aquello fue para ella un gratísimo descubrimiento, divisó al joven Redwood en la lejanía, en un claro que dejaba la arboleda que ponía un límite a su perspectiva.

Inmediatamente los árboles lo ocultaron, pero en seguida apareció por entre ellos a plena vista. La princesa pudo darse cuenta de que había algo raro, y vio que él se apresuraba de un modo nada habitual en él y que cojeaba. Hizo un gesto y ella se le acercó. El semblante de él se le hizo más preciso, y entonces vio con infinita zozobra que hacía una mueca a cada paso.

Echó a correr hacia él, la mente llena de preguntas y sintiendo un vago temor. Redwood se le acercó y habló sin saludarla previamente:

—¡Tenemos que separarnos! —dijo jadeando.

—¡No! —gritó ella—. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—¡Si no nos separamos, será ahora!

—¿Qué sucede?

—Yo no quiero separarme de ti... Sólo que... —Se interrumpió bruscamente para preguntar a la joven—: ¿No te separarás de mí?

Ante lo brusco de aquella pregunta, la joven lo miró con fijeza y contestó con angustia:

—¿Qué ha sucedido? —lo interrogó.

—¿Ni por un tiempo?

—¿Cuánto?

—Años quizá.

—¡Separarnos! ¡No!

—¿Has pensado en ello? —insistió él.

—No quiero que nos separemos. —Le cogió la mano y añadió—: Aunque significara la muerte ahora, no te dejaría ir.

—¡Aunque significara la muerte! —repitió él, y ella sintió una fuerte presión en los dedos.

Redwood miró a su alrededor, como si temiera ver llegar la gente pequeña mientras hablaba. Y luego dijo:

—Puede significar la muerte.

—Explícamelo —dijo ella.

—Intentaron impedir mi venida.

—¿Cómo?

—Al salir de mi taller, donde fabrico el Alimento de los Dioses para los Cossar, que lo almacenan en su campamento, me encontré con un pequeño oficial de policía —un hombrecillo vestido de azul, con guantes blancos muy limpios— que me hizo ademán de que me detuviera.

»—No se puede pasar por aquí —me dijo.

»Yo no pensé que aquello significara nada en particular; di la vuelta hacia poniente, por donde pasa otra carretera, y allí había otro oficial.

»—No se puede pasar por esta carretera —dijo. Y añadió—: ¡Todas las carreteras están cerradas!

—¿Y después?

—Discutí un poco con él.

»—Son vías públicas —repliqué.

»—Así es —contestó él—, y usted las hace intransitables para el público.

»—Muy bien —repuse yo—, iré a campo traviesa.

»Y entonces salieron otros policías de detrás de los setos, diciendo:

»—Estos campos son de propiedad privada.

»—¡Al cuerno con vuestras propiedades públicas y privadas! —le dije—. Voy a ver a mi princesa.

»Lo cogí con mucho cuidado —él gritaba y pataleaba— y lo aparté de mi camino. Al cabo de un minuto todos los campos a mi alrededor parecían haber cobrado vida con la multitud de hombres que corrían. Vi a uno montado a caballo, galopando a mi lado, que me leía algo a los gritos mientras galopaba... Cuando hubo

terminado, dio media vuelta y se alejó de mí a galope y con la cabeza baja. No pude entenderlo. Y entonces a mi espalda oí el chasquido de fusiles.

—¡De fusiles!

—De fusiles... Igual que cuando disparan contra los ratones. Esas balas volaron por el aire con un ruido como si rasgaran algo, y una me dio en la pierna.

—¿Y tú...?

—Vine aquí a buscarte, y los dejé corriendo, gritando y disparando detrás de mí. Y ahora...

—Ahora, ¿qué?

—Es sólo el comienzo. Quieren que nos separemos. Ahora mismo están todavía persiguiéndome.

—Pero no nos separaremos.

—No. Pero si no nos separamos... tendrás que venir conmigo a casa de nuestros Hermanos.

—¿Por dónde se va? —preguntó ella.

—Hacia el este. Por allí es donde aparecerán mis perseguidores. Por consiguiente, debemos ir por esta otra parte, por esta avenida de árboles. Déjame que pase delante, por si nos están esperando...

Dio un paso adelante, pero ella le había cogido del brazo.

—¡No! —exclamó—. Yo iré a tu lado, sosteniéndote. Soy de sangre real y, por lo tanto, sagrada. Si te tengo cogido en mis brazos, ¡y ojalá Dios permitiera que pudiese volar con mis brazos alrededor de tu cuello!, puede ser que no disparen contra ti...

Lo aferró del hombro, apretándose contra él mientras hablaba.

—Puede ser que no disparen contra ti —repitió ella y, con súbita pasión, el joven la cogió en sus brazos y la besó en la mejilla. La tuvo así cogida durante un rato.

—Aunque signifique la muerte —susurró ella.

Después le pasó las manos por el cuello y acercó su cara a la de él.

—Amado mío, bésame una vez más.

Él la atrajo hacia sí. Silenciosamente se besaron en los labios, y durante un momento permanecieron abrazados. Luego, cogidos de la mano, y procurando mantenerse muy juntos, echaron a andar para ver si por casualidad podían llegar al campamento de refugio que los hijos de Cossar habían construido, antes de que les

alcanzaran sus perseguidores.

Y al cruzar los grandes claros del parque detrás del castillo, salieron unos cuantos jinetes galopando de entre los árboles, intentando vanamente correr a la par con las zancadas gigantescas que daban ellos dos. Inmediatamente, frente a ellos, surgieron unos hombres armados con fusiles. En vista de ello, aunque él intentó seguir adelante, dispuesto a luchar y a abrirse paso a la fuerza, ella le hizo torcer hacia el sur.

Al huir en esta nueva dirección, un proyectil pasó silbando por encima de sus cabezas.

CAPÍTULO III

EL JOVEN CADDLES EN LONDRES

I

Por entero ignorante del curso de los acontecimientos, ignorante de las leyes que estaban acorralando a sus Hermanos y a él mismo, ignorante incluso de la existencia de otro semejante sobre la faz de la tierra, el joven Caddles eligió aquellos momentos para salir de su cantera de pizarra y ver el mundo. Sus meditaciones lo condujeron finalmente a esta determinación. No obtenía respuesta a ninguna de sus preguntas en Cheasing Eyebright; el nuevo vicario era aún menos lúcido que el anterior, y el enigma de su trabajo insustancial llegó a alcanzar dimensiones de verdadera exasperación.

«¿Por qué razón tengo que trabajar en esta cantera día tras día? —se preguntaba—. ¿Por qué razón puedo andar sólo dentro de ciertos límites y me son negadas todas las maravillas del mundo de más allá? ¿Qué he hecho yo para merecer esta condena?». Y un día se levantó, irguió la espalda y dijo, dando una voz: —¡No...!

»No quiero —agregó. Luego, indignado, maldijo a la cantera. Disponiendo de pocas palabras, buscó el modo de expresar sus ideas en acciones. Cogió una vagoneta a medio llenar, y levantándola, la arrojó con fuerza contra otra. Luego cogió una hilera entera de vagonetas y las envió rodando cuesta abajo. Lanzó en medio de ellas un gran peñasco de pizarra que las hizo polvo y a continuación arrancó una docena de metros de vía de un soberbio puntapié. Así comenzó su concienzudo destrozo de la cantera.

—¡Trabajando toda mi vida en esto! —rugió.

Fueron cinco minutos pasmosos para el pequeño geólogo que Caddles, enfrascado en sus preocupaciones, había olvidado. Aquel pobre hombre, habiéndose escapado por un pelo de que le dieran dos pedruscos, salió disparado y echó a correr a campo traviesa, con

la mochila batiéndole la espalda y las piernas enfundadas en unos pantalones bombachos que temblaban horrorosamente, dejando un rastro de equinodermos cretáceos tras él, mientras el joven Caddles, satisfecho con la destrucción que había conseguido, salía, dando grandes zancadas, para cumplir sus propósitos con respecto al mundo.

—¡Trabajar en esta vieja cantera hasta que me muera y me pudra y hieda...! ¿Qué clase de gusano creyeron que vivía en mi cuerpo de gigante? ¡Cavando pizarra para Dios sabe qué tonterías! ¡No seré yo!

Sería por la dirección de la carretera y de la vía férrea o sería por pura casualidad, lo cierto es que se puso a caminar hacia Londres y se dirigió a grandes zancadas, por encima de las colinas, a través de los prados, bajo el tórrido sol de la tarde, ante la infinita sorpresa de todo el mundo. Nada significaban para él aquellos cartelones rojiblancos arrancados y destrozados, con diversas indicaciones, que pendían de graneros y paredes; no sabía nada de la revolución electoral que había elevado al poder a Caterham, el «matador de gigantes». Nada significaba para él el hecho de que cada puesto de policía a lo largo de su ruta hubiese fijado sobre su tablero de edictos lo que se llamaba «el decreto de Caterham», proclamando que a ningún gigante, a ninguna persona que sobrepasara los dos metros y medio de estatura le sería permitido alejarse más de ocho kilómetros de su «sitio de residencia» sin una autorización especial. Nada significaba para él que en la estela que dejaba su paso unos oficiales de policía, no poco satisfechos de haber llegado tarde, agitasen amenazadores prospectos a sus espaldas mientras se alejaba. Quería ver lo que el mundo tenía que enseñarle, pobre incrédulo. Y no toleraba que nadie se interpusiera en su camino, aunque fuera una persona que le gritase briosamente: «¡Eh...!». Fue andando cuesta abajo por Rochester y Greenwich hacia aquel gran conglomerado de casas, cada vez más denso, ahora despacio, mirando a su alrededor y balanceando su enorme cuchilla.

Los habitantes de Londres ya habían oído hablar de él y creían que era idiota, pero amable y admirablemente educado por el agente de *Lady Wondershoot* y el vicario, y que, a su obtusa manera, reverenciaba a las autoridades y les estaba muy agradecido por el trabajo que se habían tomado por él, y así sucesivamente.

Cuando se enteraron aquella tarde, por los anuncios de los periódicos, que el joven Caddles «se había declarado en huelga», a muchos de los habitantes de Londres les pareció un acto deliberadamente concertado.

—Quieren sondear nuestras fuerzas —decían los hombres al regresar a sus casas después de terminar el trabajo de la oficina.

—¡Suerte que tenemos a Caterham!

—Esto es una respuesta a su proclama.

Los socios de los clubs estaban mejor informados. Se apiñaban alrededor de la cinta del teletipo o hablaban en grupos en los salones de fumar.

—No tiene armas. Se habría dirigido a Sevenoaks si se hubiera propuesto hacer algo...

—Caterham se encargará de mantenerlo a raya. Los tenderos hablaban de ello con sus clientes. Los camareros de los restaurantes se distraían un momento de su trabajo entre plato y plato para echar una ojeada a los periódicos de la tarde. Los cocheros leían la noticia inmediatamente después de la información sobre las apuestas en las carreras de caballos de la tarde decían con grandes titulares «Fugado de su residencia». Otros confiaban en un mayor efecto: «El gigante Redwood sigue viéndose con la princesa». El Echo imprimió unos titulares sensacionales: «Rumores de rebelión de los gigantes en el norte de Inglaterra» y «Los gigantes de Sunderland se dirigen a Escocia». La *Westminster Gazette* hizo sonar su habitual nota de advertencia: «Cuidado, gigantes», decía con el propósito de apuntarse un tanto que sirviera para unir el partido Liberal, en aquella época desgarrado por las luchas intestinas entre siete jefes intensamente egoístas. Los periódicos de última hora coincidían con gran uniformidad. «El gigante en la carretera de New Kent», proclamaban.

—Lo que yo quisiera saber —dijo el joven pálido en el salón de té— es por qué razón no tenemos noticias de los hermanos Cossar. Hay que suponer que se hallan metidos en el ajo como el que más.

—Me han dicho que otro de los gigantes anda suelto —dijo la muchacha del bar enjugando un vaso—. Siempre dije que era peligroso tenerlos tan cerca. Yo les hubiera mandado lejos desde el primer momento... Habría que terminar de una vez con todo eso. Por supuesto que espero que no lleguen hasta aquí.

—Me gustaría echarle un vistazo —dijo el joven del bar atrevidamente. Y añadió—: Yo he visto a la princesa.

—¿Cree usted que les harán algún daño? —preguntó la muchacha del bar.

—Tal vez se vean obligados a hacérselo —repuso el joven, terminando su vaso.

Entre el rumor de diez millones de frases parecidas a éstas, el joven Caddles hizo su entrada en Londres bar atrevidamente. Y añadió:

—Yo he visto a la princesa.

—¿Cree usted que les harán algún daño? —preguntó la muchacha del bar.

—Tal vez se vean obligados a hacérselo —repuso el joven, terminando su vaso.

Entre el rumor de diez millones de frases parecidas a éstas, el joven Caddles hizo su entrada en Londres...

II

Siempre que pienso en el joven Caddles me lo imagino tal como se lo vio en la New Kent Road, con el cálido sol de pleno en su rostro, atento y perplejo. La New Kent Road estaba invadida por un verdadero aluvión de autobuses, tranvías, camiones, carros, carretones, bicicletas y automóviles, y por una muchedumbre maravillada —vagos, mujeres, niñeras, amas de casa, niños y osados adolescentes— que seguían sus cautelosos pasos. Los tableros de anuncios estaban sucios con los rasgados restos de los carteles electorales. Un gran balbuceo de voces surgía alrededor del joven Caddles. Uno puede volver a imaginarse clientes y tenderos asomados a las puertas de las tiendas, rostros que aparecían y desaparecían en las ventanas, rapazuelos callejeros corriendo y gritando, policías muy tiesos y calmos, albañiles saltando sobre los andamios, la hirviente miscelánea de las pequeñas gentes. Todos le dirigían palabras vagas infundiéndole ánimos, insultándolo o dándole las consignas del día, y él los miraba asombrado,

contemplando aquella multitud de seres vivientes que nunca pudo imaginar que existieran en el mundo. Cuando ya había entrado plenamente en Londres, tuvo que ir acortando el paso cada vez más, a medida que la gente se iba agrupando en mayor número alrededor de él. La muchedumbre se hacía más densa a cada paso que daba, y finalmente, en un cruce donde convergían dos grandes avenidas, tuvo que detenerse y la muchedumbre se esparció a su alrededor y lo inmovilizó. Allí se quedó, con las piernas separadas, apoyando la espalda en la esquina de una gran taberna lujosa que se alzaba a una altura que doblaba la suya y terminaba en un gran rótulo que se destacaba contra el fondo del cielo. Caddles miraba hacia abajo, hacia los pigmeos, y se preguntaba, intentando, sin duda, comparar todo aquello con las otras cosas de su vida: con el valle entre colinas, los amantes nocturnos, los cánticos en la iglesia, la pizarra que machacaba a diario y el instinto, la muerte y el firmamento, intentando verlo todo como un conjunto coherente y significativo. Tenía las cejas fruncidas. Se rascó la cabeza con una de sus enormes zarpas y profirió un fuerte gruñido.

—¡No lo veo! —dijo.

Su acento era desconocido. Un gran murmullo se extendió a través de aquel espacio abierto, un murmullo entre el que el campanileo de los tranvías, abriendo obstinados surcos por entre la gran masa de gente, se elevaba como amapolas en un campo de trigo.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que no ve...

—Dice que no ve el mar...

—Dice que no hay un asiento...

—Quiere un asiento...

—¿No puede el muy tonto sentarse encima de una casa o algo por el estilo?

—¿Para qué estáis aquí, gente pequeña? ¿Qué estáis haciendo? ¿Para qué servís? ¿Qué estáis haciendo aquí mientras machaco pizarra para vosotros, allá abajo, en la cantera?

Su extraña voz, aquella voz que tanto había contribuido a quebrantar la disciplina escolar en Cheasing Eyebright, hizo callar a la muchedumbre mientras resonó, y al callarse produjo un verdadero tumulto. Algún gracioso gritó:

—¡Que hable! ¡Que hable!

—¿Qué está diciendo?

Esto es lo que se preguntaba todo el mundo y se extendió el rumor de que el gigante estaba borracho.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —voceaban los conductores de ómnibus, abriéndose paso entre la muchedumbre.

Un marino americano borracho iba inquiriendo lacrimosamente por todas partes:

—Pero ¿qué quiere?

Un trapero con la cara sucia, de pie en un carro tirado por un *pony*, destacaba de la multitud por la potencia de su voz.

—¡Vuélvete a casa, maldito gigante! —vociferaba—. ¡Vuélvete a casa! ¡Gigante maldito! ¡Animal peligroso! ¿No ves que asustas al caballo? ¡Vete a casa y no vuelvas! ¿No ha habido nadie que haya tenido el sentido común de explicarte la ley?

Y, por encima de estos bramidos, el joven Caddles seguía mirando, a todos, los ojos muy abiertos, sin decir palabra.

Por una calle lateral apareció una pequeña fila de solemnes policías, que se infiltraron hábilmente por entre el tránsito.

—Apártense —decían las voceillas—. Circulen, hagan el favor.

El joven Caddles se dio cuenta de que una figurilla vestida de azul oscuro le estaba golpeando la espinilla. Miró hacia abajo y percibió dos manos gesticulando.

—¿Qué? —inquirió inclinándose.

—No puede estar parado aquí —gritó el policía.

—¿Que no puedo estar aquí?

—¡No! No puede estar parado aquí... —repitió.

—¿Pues adónde voy?

—De regreso al pueblo, al lugar de residencia... Sea como sea, ahora... tiene usted que circular. Está obstruyendo el tránsito.

—¿Qué tránsito?

—El de la calle.

—Pero ¿adónde va toda esa gente? ¿De dónde viene? ¿Qué significa? Todos están a mi alrededor. ¿Qué quieren? ¿Qué están haciendo? Quisiera comprenderlo. Estoy cansado de partir pizarra y de estar solo. ¿Qué hacen éstos mientras yo parto pizarra? Tanto da que lo sepa aquí como en otra parte.

—Lo siento. Pero no estamos aquí para explicar cosas de esta

índole. Tengo que repetirle que haga el favor de circular.

—¿Usted no lo sabe?

—Tengo que pedirle que haga el favor de circular... Haga el favor. Le aconsejo encarecidamente que vuelva a su casa. No tenemos todavía instrucciones especiales..., pero esto no está de acuerdo con la ley... ¡Márchese de aquí! ¡Márchese!

El pavimento a su izquierda se volvió invitadoramente vacío y Caddles siguió lentamente el camino indicado. Pero ahora tenía la lengua suelta.

—No lo entiendo —murmuraba—. No lo entiendo.

Y tomaba por testigo, con palabra entrecortada, la cambiante muchedumbre que lo acompañaba y seguía.

—Ignoraba que existieran sitios como éste. ¿Qué hacéis todos vosotros? ¿Para qué sirve todo esto? ¿Para qué sirve y qué relación tengo yo con todo esto?

Sin embargo, había inventado un nuevo dicho. Los jóvenes graciosos e ingeniosos comenzaron a saludarse de este modo:

—¡Hola, Harry O'Cock! ¿Para qué sirve todo esto? ¿Eh? ¿Para qué demonios sirve todo esto?

De esto surgió una gran variedad competitiva de réplicas y agudezas, en su mayor parte groseras. La más popular y mejor adaptada al uso general parece haber sido: «¡Cierra el pico!», o, en un tono de desdeñosa indiferencia: «¡Narices!».

III

¿Qué buscaba? Quería algo que el mundo de los pigmeos no le daba, alguna finalidad que el mundo de los pigmeos le impedía alcanzar, deseaba ver algo, y ciertamente nunca pudo acabar de verlo claramente. Era el gigantesco lado social de aquel solitario bruto monstruoso clamando por su raza, por aquello que era semejante a él, por algo que pudiese amar y servir, por un propósito que pudiese comprender y un mando que pudiese obedecer. Y todo esto, como sabéis, estaba embotado, se enfurecía obtusamente en su interior, y aunque se hubiese encontrado con otro gigante no podría

haber hallado siquiera una salida ni una expresión en la palabra. Toda cuanta vida conocía era la insulsa vida de los alrededores de su pueblo, toda la conversación la de su casa, cosas que fallaban ante la mera insinuación de sus menores necesidades de gigante. Nada sabía de dinero aquel monstruoso simplón, nada sabía de comercio, ni de las complejas convenciones sobre las que la estructura social de las gentes pequeñas se halla edificada. Necesitaba muchas cosas. Pero, fuera lo que fuera lo que necesitase, nunca pudo satisfacer su necesidad.

Durante todo el día y toda aquella noche de verano marchó errabundo, sintiéndose cada vez más hambriento, pero todavía incansable, admirando el intenso tránsito de las calles, así como los inexplicables negocios de todos aquellos seres infinitesimales. Todo se hallaba sumido en una tremenda confusión...

Se dice que cogió a una dama, sacándola por las buenas de un carruaje, en Kensington, una dama en traje de noche elegantísimo, y después de haberle mirado detenidamente el atavío y los omoplatos, volvió a dejarla —con algún descuido— en su sitio exhalando un profundísimo suspiro. Sin embargo, eso yo no podría asegurarlo. Cerca de una hora permaneció observando cómo la gente luchaba para coger sitio en los autobuses al final de Piccadilly. Aquella tarde se lo vio mirando por encima del recinto de Kensington Oval durante unos momentos, pero cuando vio aquellos millares de personas embelesadas con los misterios del *cricket* y sin hacerle el menor caso, prosiguió su camino profiriendo un gruñido.

Volvió otra vez a Piccadilly Circus, entre once y doce de la noche, encontrándose con un nuevo tipo de multitud, formada por personas muy decididas, llenas de propósitos que, por motivos inconcebibles, estaban dispuestas a realizar, y de otras que no los realizarían a ningún precio. Estas personas lo miraron fijamente, se burlaron de él y siguieron su camino. Los cocheros, con ojos de buitre, iban siguiéndose unos a otros continuamente a lo largo del borde de la poblada acera. La gente salía de los restaurantes o entraba en ellos, personas graves, resueltas, dignas, o amable y agradablemente excitadas, o atentas y vigilantes, prevenidas contra los fraudes de los camareros.

El gigante, parado en una esquina, los contemplaba cada vez

más sorprendido.

«¿Para qué servirá todo esto? —murmuraba para sus adentros—. ¿Para qué servirá todo esto? ¡Todos tan activos! ¿Para qué será todo esto que yo no entiendo?».

Y ninguno de ellos parecía ver, como veía él, la desdicha impregnada de bebida de las mujeres pintadas que aguardaban en la esquina, ni la andrajosa miseria que se escurría por el arroyo, ni la infinita futilidad de todos estos quehaceres. ¡La infinita futilidad! Ninguna de aquellas personas parecía sentir ni sombra de las necesidades del gigante, ni sombra del futuro que se había atravesado en sus respectivos caminos...

A un lado y a otro de la calle, unas letras misteriosas se encendían y apagaban, letras que si él hubiese sabido leer le habrían dado la medida de las dimensiones de los intereses humanos, le habrían explicado los fundamentales requerimientos y aspectos de la vida tal como la gente pequeña la concebía. En primer lugar aparecía una flamígera

T

luego seguía una U.

TU;

luego una P,

TUP.

Hasta que, por fin, aparecía el anuncio completo cruzando el cielo, enviando este alegre mensaje a todos aquellos que acusaban seriamente el peso de la vida:

TUPPER

EL VINO TÓNICO QUE REVIGORIZA

Y ¡snap!, se desvanecía en la oscuridad de la noche para ser seguido con el mismo lento desarrollo por una segunda solicitud

universal:

JABÓN DE BELLEZA

Fijaos bien que no se trataba de simples productos químicos de limpieza, sino de algo, como ahora dicen, «ideal»: y luego, completando el trípode de la vida minúscula:

PÍLDORAS AMARILLAS DE YANKER

Después siguió otra vez Tupper, con unas flamígeras letras carmíneas, a través del vacío:

T U P P : : : :

A primera hora de la madrugada, según parece, el joven Caddles llegó a la umbrosa quietud de

Regent's

Park, pasó por encima de la verja y se echó en el césped de un talud, cerca del lugar adonde va la gente a patinar en invierno, y allí durmió una o dos horas. Y a las seis de la mañana ya estaba hablando con una pringosa mujer que había encontrado durmiendo en una zanja, cerca de Hampstead Heath, preguntándole con mucho interés lo que pensaba de ella misma y para qué creía que podía servir en este mundo...

IV

El vagabundeo de Caddles por Londres culminó la mañana del segundo día. Porque entonces se vio dominado por el hambre. Vaciló un poco ante el aroma de un carro que estaba siendo cargado de hogazas de pan recién horneadas, pero luego, muy quedamente, se arrodilló y empezó a coger hogazas y a comérselas. Vació el carro mientras el panadero echaba a correr en busca de la policía, y

después metió la mano en el negocio y limpió el mostrador y los cajones. Luego, con un verdadero haz de panes debajo del brazo, siguió su camino mirando a todas partes en busca de otra tienda donde completar su comida. Sucedió esto en una de aquellas épocas en que el trabajo era escaso y los alimentos caros, y la gente de aquel barrio simpatizó con el gigante, puesto que cogió tranquilamente los víveres que todos deseaban. Aplaudieron la segunda fase de su comida y se rieron de la estúpida mueca con que obsequió al policía.

—Tenía mucha hambre —explicó, con la boca llena.

—¡Bravo! —gritó el gentío—. ¡Bravo! Luego, cuando comenzaba a actuar en la tercera panadería, se vio atacado por media docena de policías que le golpearon las espinillas con sus porras.

—¡Oiga, amigo gigante, véngase usted conmigo! —dijo el oficial al mando—. No le está permitido escaparse de su casa de este modo... Venga que lo llevaré a su casa.

Hicieron todo lo que pudieron para detenerle. Había un carro, según me han dicho, que iba por todas las calles, de un lado para otro, cargado de rollos de cadenas y de cables de navío destinados a servir de ataduras en aquella gran captura. No había intención de matarlo entonces.

—No forma parte de la conspiración —había dicho Caterham—, y no quiero que mis manos se manchen de sangre inocente. —Y había añadido—: ...hasta que se hayan agotado todos los medios.

Al principio Caddles no comprendió la importancia de todas estas cosas. Cuando, por fin, lo comprendió, aconsejó a los policías que no hicieran tonterías y echó a andar a grandes zancadas, que dejó a todos los demás muy rezagados. Las panaderías eran las de Harrow Road, y de allí se fue, a través del canal de Londres, a St. John's

Wood. Se sentó en un jardín particular para descansar un poco y se vio inmediatamente atacado por otro grupo de policías.

—Dejadme tranquilo —rezongó.

Y con la cabeza baja y la mirada torva, se puso a atravesar jardines destrozando el césped y derribando dos o tres vallas, mientras los policías minúsculos lo iban persiguiendo, unos por los jardines y otros por la calle siguiendo las fachadas de las casas. Entre estos últimos había uno o dos con pistolas, pero no hicieron

uso de ellas. Al desembocar el gigante en Edgware Road, se produjo un nuevo movimiento entre el gentío. Un policía a caballo le pisó un pie y se vio desmontado en pago del dolor.

—Dejadme en paz —repitió Caddles enfrentándose con la embotada multitud—. No os he hecho nada...

En aquel momento iba desarmado, porque había dejado la cuchilla de la cantera en el

Regent's

Park. Pero entonces el infeliz pareció haber sentido la necesidad de tener un arma. Volvió a la estación de la Great Western Railway y arrancó el poste de una alta lámpara de arco voltaico: era una formidable maza, y se la echó al hombro. Y viendo que la policía aún se empeñaba en importunarlo, volvió a Edgware Road, dirigiéndose a Cricklewood, hacia el norte.

Anduvo errabundo hasta Waltham, luego retrocedió dirigiéndose al oeste, y después, otra vez hacia Londres, llegando, por los cementerios, a eso del mediodía, a lo alto de Highgate, desde donde volvió a contemplar la grandiosidad de la capital. Se echó a un lado, sentándose en un jardín, de espaldas a una casa que dominaba Londres en toda su extensión. Estaba sin aliento, la cabeza baja. Los curiosos ya no se apiñaban a su alrededor como antes, cuando llegó a Londres, sino que lo acechaban desde el jardín contiguo y le atisbaban desde cautelosos lugares, a salvo. Ahora ya sabían que la cosa se presentaba más peligrosa de lo que habían creído al principio.

—¿Por qué no pueden dejarme tranquilo? —gruñía el joven Caddles—. Tengo que comer. ¿Por qué no me dejan en paz?

Se sentó, con el semblante hosco, mordisqueándose los nudillos y mirando el panorama de Londres extendido a sus pies. Toda la fatiga, la preocupación, la perplejidad y la rabia impotente acumuladas durante sus andanzas llegaban a su culminación.

No significan nada —murmuraba—. No son nada. Y no me quieren dejar en paz, y tienen que estorbarme en mi camino.

Y una y otra vez, hablando siempre consigo, repetía que no «significaban nada».

—¡Ajj! ¡Qué gentecilla!

Se mordió con más fuerza los nudillos y su ceño se frunció aún más.

—¡Y yo partiendo pizarra para ellos! —murmuró—. ¡Y todo el mundo es suyo! ¡Yo no puedo entrar en ningún sitio...!

Entonces, con un acceso de rabia, vio la forma ya familiar de un policía a horcajadas en la valla del jardín.

—¡Déjeme en paz! —gruñó el gigante—. Déjeme en paz.

—Tengo que cumplir con mi deber —repuso el pequeño policía, pálido, pero lleno de resolución.

—Usted me deja en paz, ¿estamos? Yo tengo que vivir, lo mismo que usted. Tengo que vivir... Tengo que comer. ¡Déjeme en paz!

—Es la Ley —dijo el pequeño policía sin acercarse—. La ley no la hemos hecho nosotros.

—Ni yo tampoco —replicó el joven Caddles—. Vosotros, los pequeños, la hicisteis antes de que yo naciera. ¡Vosotros y vuestras leyes podéis iros a paseo...! ¡Lo que debo hacer y lo que no debo hacer! No hay comida para mí, a menos que trabaje como un esclavo. No tengo reposo, ni abrigo, ni nada, y ahora viene usted y me dice que hay una ley...

—Esto no es cosa mía —dijo el policía—. Y no voy a discutir con usted. Sólo vengo a que se cumpla la ley.

Y pasando la otra pierna por encima de la valla, pareció dispuesto a saltar al suelo. Otros policías aparecieron detrás de él.

—Yo no tengo nada contra usted... fíjese bien —dijo el joven Caddles, agarrando fuertemente su enorme maza de hierro y señalando al policía con un gran dedo flaco y expresivo—. No tengo nada contra usted, pero... ¡déjeme en paz!

El policía intentó mostrarse tranquilo y trivial, pero una intensa tragedia se alzaba claramente ante sus ojos.

—Deme la proclama —dijo a un acompañante invisible. Le entregaron un pequeño papel blanco.

—¡Déjeme en paz! —volvió a repetir Caddles, cada vez más indignado.

—Esto significa —dijo el policía antes de leer la proclama— que tiene usted que irse a casa. Váyase a su cantera. Si no obedece, le va a pesar.

Caddles profirió un gruñido inarticulado. Cuando hubo leído la proclama, el policía hizo una seña. Cuatro hombres armados con fusiles tomaron posiciones, con afectada indiferencia, a lo largo de la pared. Llevaban el uniforme de la policía de asalto. A la vista de

los fusiles, el joven Caddles montó en cólera. Se acordó de las picaduras producidas por las escopetas de los labriegos de Wreckstone.

—¿Vais a disparar eso contra mí? —preguntó señalando las armas.

Al oficial le pareció que Caddles tenía miedo.

—Si no vuelve en seguida a su cantera...

Entonces, en un instante, el oficial saltó al otro lado de la tapia, mientras a dieciocho metros por encima de su cabeza, el poste de hierro de la lámpara eléctrica volteaba para llevarlo a la muerte. Bang, bang, bang, respondieron los fusiles, y saltaron por el aire fragmentos de la tapia, del suelo y del subsuelo del jardín. Algo más salió volando por el aire, algo que dejó unas gotas rojas en las manos de uno de los tiradores. Los policías se alejaron un poco para revolverse y volver a disparar valientemente. Pero el joven Caddles, con dos balas en el cuerpo, había girado sobre sus talones para descubrir quién lo había herido atacándolo por la espalda. ¡Bang! ¡Bang! Tuvo una visión de casas y jardines y de gente que agachaba la cabeza en las ventanas, todo balanceándose de un modo espantoso y misterioso. Parece que dio tres grandes pasos y unos traspiés, que levantó y dejó caer su maza y que se apretó el pecho. Estaba herido. ¿Qué era aquello, cálido y húmedo, que se le escurría por la mano? Un hombre, asomándose por la ventana de su dormitorio le vio la cara, lo vio mirándose fijamente con una mueca de sollozante congoja la sangre que le teñía la mano. Luego se le doblaron las rodillas y se derrumbó aparatosamente. Era la primera de las ortigas gigantes que caía ante el resuelto tirón de Caterham, y precisamente la que menos contaba éste con que le viniera a las manos.

CAPÍTULO IV

LOS DOS DÍAS DE REDWOOD

I

Tan pronto como Caterham advirtió que el momento de coger la ortiga había llegado, tomó la ley en sus manos y envió una orden de detención contra Cossar y Redwood.

Con Redwood no hubo problema. Acababa de sufrir una operación en un costado y los médicos le habían apartado todo lo que pudiera preocuparle hasta que su convalecencia quedase asegurada. Le habían dado de alta y acababa de levantarse de la cama. Se hallaba en ese momento fuera del lecho, en un cuarto calentado por el fuego de la chimenea, con un montón de periódicos a su lado, enterándose por primera vez de la agitación que había puesto al país en manos de Caterham y de las dificultades que estaban cerniéndose sobre la princesa y su propio hijo. Era la mañana del día en que murió el joven Caddles y el policía aquél intentó detener al hijo de Redwood cuando se dirigía a ver a la princesa. Los últimos periódicos que Redwood había leído anunciaban vagamente estos acontecimientos inminentes. Redwood estaba releendo con el corazón desfalleciente, aquellas primeras premoniciones del desastre que se acercaba. Adivinaba en ellas cada vez más perceptibles las sombras de la muerte, aunque leía para tener ocupada la mente hasta que llegasen más noticias. Cuando los agentes de policía entraron en su habitación, precedidos por el criado, levantó la vista vivamente.

—Creí que sería uno de los primeros periódicos de la tarde —dijo.

Luego, levantándose y con un rápido cambio de manera, preguntó:

—¿Qué significa esto...?

Después, Redwood no tuvo noticias de ninguna clase durante dos días.

Habían ido con un vehículo para llevárselo, pero, cuando se convencieron de que se hallaba realmente enfermo, decidieron dejarlo allí durante un día o dos hasta que pudieran trasladarlo sin peligro. Su casa fue invadida por la policía y convertida en cárcel provisoria. Era la misma casa donde había nacido el gigante Redwood y donde por vez primera se había administrado Heracleofobia a un ser humano. Redwood, que ahora era viudo, había vivido allí ocho años.

Era ahora un hombre de pelo entrecano, con una pequeña barba gris en punta y ojos castaños todavía muy activos. Era esbelto y tenía una voz suave, como siempre la había tenido, pero sus facciones habían adquirido aquella calidad indefinible consecuencia de largas meditaciones sobre cuestiones portentosas. Para el policía que practicó la detención, su aspecto ofrecía un contraste impresionante con la enormidad de sus delitos.

—Ahí está ese individuo que ha hecho lo imposible para echarlo todo a rodar —dijo el jefe a su subordinado inmediato—. Tiene rostro de pacífico propietario rural. Ahí tiene usted al juez Hangbrow, que se desvela por tenerlo todo en orden y al día, y tiene una cara que parece de cerdo. ¡Y luego, sus modales! Uno es todo educación y finura, y el otro todo gruñidos y resoplidos. Esto demuestra, ¿verdad?, que no hay que fiarse de las apariencias, sea lo que fuere que se tenga que hacer.

Sin embargo, su discurso sobre las consideraciones que con ellos tenía Redwood quedó bastante malparado. Al principio, los otros policías lo encontraron muy pesado, hasta que dejaron bien sentado que era inútil hacerles preguntas o pedirles periódicos. Hicieron una especie de registro en su estudio y se llevaron hasta los periódicos que ya tenía. La voz de Redwood tenía tono agudo y acento de reconvención.

—Pero ¿no ve usted —decía una y otra vez— que se trata de mi hijo, de mi único hijo, que se halla en un apuro? No es el Alimento lo que me preocupa, sino mi hijo.

—Yo quisiera poder informarle, señor —dijo el oficial—, pero nuestras órdenes son estrictas. —¿Quién dio las órdenes?

—¡Ah! Eso tampoco puedo decírselo, señor... —se excusó el

oficial, dirigiéndose hacia la puerta.

—Camina de un lado a otro de su cuarto —dijo el segundo oficial cuando su jefe bajó del piso superior—. Todo va bien. Paseando se despejará...

—Así lo espero —repuso el jefe—. Lo cierto es que antes no lo había visto bajo la misma luz que ahora, pero resulta que el gigante que tenía que ver con la princesa, ¿sabe usted?, es su hijo. Los dos se miraron durante un momento.

—Entonces, la cosa es fuerte para él —dijo el tercer policía. Era evidente que Redwood no había comprendido muy bien que un telón de acero lo separaba del mundo exterior. Lo oyeron acercarse a la puerta, intentar abrirla y probar el funcionamiento de la cerradura y luego la voz del oficial estacionado en el rellano diciéndole que era inútil hacer aquello. También oyeron cómo se acercaba a las ventanas y vieron que los transeúntes miraban para arriba.

—También eso es inútil —dijo el segundo oficial. Entonces Redwood empezó a tocar el timbre. El jefe subió y le explicó con mucha paciencia que no ganaría nada con tocar el timbre de aquel modo, y que si ahora lo tocaba porque sí, no le harían el menor caso luego cuando necesitara algo.

—Lo atenderemos en todo lo que sea razonable, señor —dijo el oficial—, pero si usted insiste en tocar el timbre a modo de protesta, nos veremos obligados a desconectarlo.

Las últimas palabras proferidas por Redwood en un tono muy alto que oyó el oficial, fueron éstas:

—Pero al menos podría decirme usted si mi hijo...

II

Después de todo esto, Redwood pasó la mayor parte del tiempo en las ventanas.

De todos modos, poca cosa podían ofrecerle aquellas ventanas respecto a la marcha de los acontecimientos en el exterior. En todo momento aquella calle era muy tranquila, pero aquel día lo era

excepcionalmente. Ni un coche de alquiler, ni un carro pasaron aquella mañana. De vez en cuando pasaba algún transeúnte sin que mostrara la menor anormalidad en los acontecimientos; después un grupito de niños, una niñera, una mujer que iba de compras, y gente así. Entraban en escena por derecha o por izquierda, arriba o abajo de la calle, con un exasperante aire de indiferencia para los intereses más importantes que los suyos propios. Descubrían con asombro la casa guardada por la policía y marchaban en dirección opuesta, donde unos grandes racimos de hortensias gigantes se hallaban suspendidos a través de la calle. Al irse volvían la cabeza para mirar y señalaban con el dedo. De vez en cuando, un hombre se acercaba a uno de los policías preguntándole algo. Únicamente conseguía una breve respuesta...

Las casas de enfrente parecían muertas. Una sirvienta apareció una vez en una ventana y se quedó un instante mirando. A Redwood se le ocurrió hacerle señas. Durante un rato ella contempló sus gestos, al parecer con cierto interés, y hasta le dio una vaga respuesta y se fue. Un viejo salió cojeando de la casa señalada con el número 37, bajó los peldaños y se marchó por la derecha, sin mirar para nada hacia arriba. Durante diez minutos el único transeúnte fue un gato...

Así, aquella trascendental e interminable mañana fue alargándose desmesuradamente.

Alrededor de las doce se oyeron gritos de los vendedores de periódicos en la calle contigua, pero aquello pasó.

Contrariamente a lo que solían hacer, no pasaron por la calle de Redwood, y éste tuvo la sospecha de que la policía había cerrado las bocacalles. Intentó abrir la ventana, pero aquello hizo que apareciera de inmediato un policía en su habitación...

El reloj de la iglesia parroquial dio las doce, y después de un abismo de tiempo, la una.

Se burlaron de él llevándole la comida. Comió un poco y esparció la comida por el plato a fin de que se la llevaran pronto, bebió *whisky* liberalmente y luego, cogiendo una silla, volvió junto a la ventana. Los minutos se dilataron en grises inmensidades y durante unos momentos acaso se quedara dormido...

Despertó con la vaga impresión de haber oído unos ruidos lejanos. Percibió un repiqueteo en la ventana, como la pequeña

sacudida de un terremoto distante. El repiqueteo duró cosa de un minuto y luego fue desvaneciéndose. Después de un silencio, se reprodujo... Luego volvió a desvanecerse. Imaginó que se debería simplemente al paso de algún vehículo por la calle principal. ¿Qué otra cosa podía ser...?

Al cabo de algún tiempo empezó a dudar si había oído de veras aquel ruido.

Se puso a razonar consigo mismo. A fin de cuentas, ¿por qué motivo lo habían detenido? Hacia dos días que Caterham se hallaba en el poder... ¡El tiempo suficiente para coger su ortiga! ¡Coger su ortiga! ¡Coger su ortiga gigante! Una vez encontrado este estribillo se quedó canturreándolo mentalmente, sin poder dejarlo.

Y, después de todo, ¿qué podía hacer Caterham? Era un hombre muy religioso. Estaba ligado hasta cierto punto con aquello de no emplear la violencia sin una causa justificada.

¡Coger la ortiga! Tal vez, por ejemplo, iban a arrestar a la princesa y enviarla al extranjero. Podían encontrarse con dificultades con su hijo. ¡En este caso...! Pero ¿por qué lo habían detenido a él? ¿Por qué se estimaba necesario mantenerlo en la ignorancia de lo que ocurría? Aquello demostraba algo más grave.

¿Acaso, por ejemplo, se proponían encarcelar a todos los gigantes? ¿Los detendrían a todos juntos? Ya hubo ciertas insinuaciones sobre esto en los discursos electorales. ¿Entonces...?

Sin duda alguna, se habrían apoderado también de Cossar.

Caterham era un hombre religioso, Redwood se asía a esta idea. En lo más recóndito de su mente, había una especie de telón negro en el que se encendía y se apagaba una palabra, una palabra escrita con letras de fuego. Luchaba insistentemente contra aquella palabra. Era como si siempre comenzara a aparecer en aquel telón, sin acabar de completarse.

Finalmente se enfrentó con ella. «¡Masacre!». Allí estaba la palabra con toda su crudeza y su brutalidad.

¡No! ¡No! ¡No! ¡Era imposible! Caterham era un hombre religioso, civilizado. ¡Y, además, después de todos aquellos años, después de todas aquellas esperanzas...!

Redwood se incorporó de un salto y se puso a andar de un lado para otro. Habló consigo mismo y gritó:

—¡No!

La humanidad no estaba tan loca como para llegar a aquel extremo... ¡Seguro que no! Era imposible, era increíble, no podía ser. ¿Qué se ganaría con matar a los gigantes, cuando era evidente que lo gigantesco en los seres inferiores no se había presentado inevitablemente? ¡No era posible que estuviesen tan locos como para hacer una cosa semejante...!

—¡Tengo que rechazar esta idea...! —dijo en voz alta—. ¡Rechazo esta idea! ¡Absolutamente!

Se interrumpió con un sobresalto. ¿Qué era aquello?

Era indudable que las ventanas habían retemblado otra vez.

Redwood fue a mirar lo que pasaba en la calle. En la casa de enfrente obtuvo la inmediata confirmación de lo que había oído. En un dormitorio de la casa número 35 había una mujer con una toalla en la mano, y en el comedor de un piso del número 37 se veía un hombre detrás de un gran jarrón con un culantrillo hipertrófico. Los dos estaban de pie, asomados a la ventana, inquietos y curiosos. Redwood pudo ver claramente que el policía que vigilaba en la calle también lo había oído. Aquello no era, pues, cosa de su imaginación.

Se volvió hacia el interior de su cuarto, que se iba oscureciendo rápidamente.

—¡Cañonazos! —se dijo. Se quedó reflexionando.

—¿Cañonazos?

Le trajeron un té fuerte, como el que estaba acostumbrado a tomar. Era evidente que su ama de llaves había sido consultada. Después de beberlo, se sintió demasiado nervioso para quedarse sentado al lado de la ventana y se puso a pasear por la habitación. Se sintió más capaz de pensar en ideas coherentes. Aquella habitación había sido su estudio durante veinticuatro años. Había sido amueblada en su boda y todo lo esencial databa de entonces: el gran y complejo escritorio, la silla giratoria, la butaca al lado de la lumbre, la biblioteca giratoria y el archivo clasificador con sus compartimientos, que llenaba el hueco del fondo. La alfombra turca de colores vivos, los tapices y cortinajes del último período Victoriano habían adquirido la rica dignidad que otorgan los años, y el cobre y el bronce brillaban cálidamente ante el fuego del hogar. Las bombillas eléctricas habían sustituido a la lámpara de aceite de antaño, y ésta era la principal alteración del equipamiento original.

Pero entre estas cosas, su conexión con el Alimento había dejado abundantes indicios. A lo largo de la pared, encima del friso, se veía una colección de fotografías y fotograbados enmarcados en negro con los retratos de su hijo, los hijos de Cossar y otros niños del Alimento Estrella, en distintas edades y en medio de diversos paisajes. Hasta el inexpresivo semblante del joven Caddles tenía su sitio en aquella colección. En un rincón había un haz de espigas de la hierba gigante de los prados de Cheasing Eyebright, y encima del escritorio había tres cápsulas vacías de amapolas, grandes como sombreros. Las barras de las cortinas eran tallos de hierba. Y el tremendo cráneo del gran cerdo de Oakham pendía, como un portentoso estante ornamental de marfil, sobre la repisa de la chimenea, con un jarrón chinesco en cada órbita y el hocico abatido, encima de la lumbre...

Redwood se acercó a las fotografías, y en particular hacia las de su hijo.

Le trajeron a la memoria incontables recuerdos de cosas que se habían borrado ya de su mente, de los primeros días del Alimento, de la tímida presencia de Bensington y su prima Jane, de Cossar y de aquella noche terrible pasada en la Granja Experimental. Estos recuerdos se le aparecieron como cosas muy pequeñas y brillantes y distintas, como objetos vistos con un telescopio en un día soleado. Y después se le representó el gigantesco cuarto de los niños, la gigantesca infancia de su hijo, sus primeros esfuerzos para hablar, sus primeros signos claros de afecto.

¿Cañonazos?

Se le ocurrió, de un modo irresistible, agobiante, que en el exterior, fuera de aquel maldito silencio y de aquel maldito misterio, su hijo y los hijos de Cossar, y todos aquellos gloriosos frutos precoces de una edad más grandiosa, estaban luchando... ¡Luchando por la vida! Hasta era posible que su hijo se hallase en aquel momento en algún terrible apuro, herido, detenido como él...

Se apartó de los retratos y volvió a andar de un lado a otro de la habitación, gesticulando.

—¡No puede ser! —gritó—. ¡No puede ser! ¡No puede acabar de este modo...! Pero ¿qué ha sido eso?

Se detuvo, rígidamente inmóvil.

El repiqueteo de las ventanas había vuelto a empezar, y luego se

oyó un gran ruido sordo, como una vasta conmoción que hizo retemblar toda la casa. La conmoción pareció durar un siglo. Debió de haberse producido muy cerca. Por un instante le pareció como si algo hubiera venido a dar contra la casa, por encima de donde él se hallaba... un impacto que se resolvió en un tintineo de cristales rotos, y luego en una quietud que terminó por fin con un ruido claro de gente que corría por la calle.

Este ruido lo liberó de su inmovilidad. Se volvió hacia la ventana y la vio hecha pedazos.

El corazón le latió apresuradamente, con la sensación de haber llegado a una crisis, a un acontecimiento concluyente, a la liberación. Y luego, otra vez, ¡el conocimiento de su impotente confinamiento cayó ante él como un telón!

No pudo ver nada de particular en el exterior, excepto que la pequeña lámpara eléctrica de enfrente estaba apagada. No pudo oír tampoco nada después de la primera señal de alarma. No pudo añadir nada que interpretara o ampliara aquel misterio, pero en aquel momento vio aparecer un resplandor rojizo y fluctuante en el cielo, hacia el sudeste.

Este resplandor aumentó de intensidad para disminuir en seguida. Luego dudó de que hubiera aumentado de intensidad realmente. Se fue haciendo más visible otra vez, a medida que el día iba oscureciendo. Y llegó a ser el hecho predominante en la larga noche de incertidumbre. A veces parecía tener el temblor de las llamas danzantes, y otras veces le hacía creer que era ni más ni menos que el reflejo normal de las luces vespertinas. Aumentó y disminuyó de intensidad varias veces durante aquellas largas horas y sólo se desvaneció, por fin, al quedar totalmente sumergido en la claridad de la aurora. ¿Significaría algo...? ¿Qué podía significar? Con toda seguridad se trataba de algún incendio, cercano o remoto, pero no habría podido decir si era humo o niebla aquello que cruzaba el cielo. Sin embargo, cerca de la una empezó a percibirse el centelleo de los reflectores, que continuó durante el resto de la noche. Aquello también podía significar muchas cosas. Pero ¿qué podía significar? ¿Qué significaba en realidad? Sólo tenía aquel cielo agitado y abigarrado y la indicación de una enorme explosión con que llenar sus pensamientos. No se oyeron ya más ruidos ni más carreras por la calle, tan sólo unos gritos que podían haber sido

proferidos por algunos borrachos...

No encendió la luz. Se quedó de pie ante la ventana destrozada, en plena corriente de aire, como una delgada silueta negra para el oficial de policía que, de vez en cuando, penetraba en la habitación exhortándole a descansar.

Toda la noche permaneció Redwood junto a la ventana, observando el ambiguo movimiento del cielo, y únicamente al despuntar el alba obedeció al imperativo de la fatiga y se echó sobre la cama que le habían preparado entre su escritorio y la semiapagada lumbre del hogar, debajo del cráneo del enorme cerdo.

III

Durante treinta y seis larguísimas horas, Redwood permaneció encarcelado, encerrado y aislado del gran drama de los Dos Días mientras la gente pequeña en la aurora de la grandeza luchaba contra los Hijos del Alimento. Después, bruscamente, el telón de acero volvió a levantarse y Redwood se encontró muy cerca del centro de la lucha. El telón se levantó tan inesperadamente como había caído. A media tarde le atrajo a la ventana el ruido de un coche que se detuvo frente la puerta de su casa. Un hombre joven se apeó de él y al cabo de un minuto ya estaba en su presencia en el cuarto. Era un individuo pequeñito y delgado, de unos treinta años tal vez, muy bien afeitado, muy bien vestido y con muy buenos modales.

—Señor Redwood —empezó diciendo—, ¿quiere usted acompañarme a ver al señor Caterham? Requiere su presencia con gran urgencia.

—¿Requiere mi presencia...? —En la mente de Redwood afloró una pregunta que, de momento, no supo formular. Vaciló. Luego, con voz entrecortada, preguntó—: ¿Qué le han hecho a mi hijo?

Y se quedó sin aliento, esperando la respuesta.

—¿Su hijo, señor? Su hijo está muy bien. Al menos, por lo que podemos saber.

—¿Está bien?

—Ayer fue herido, señor. ¿No lo sabía usted?

Redwood irrumpió contra esta afectación. Su voz ya no estaba matizada por el temor, sino por la ira.

—Ya sabe que no he podido enterarme de nada. Eso lo sabe usted bien.

—El señor Caterham lo temía, señor... Eran momentos muy críticos. Todo el mundo... fue cogido por sorpresa. Le detuvo a usted para evitarle cualquier desgracia...

—Me detuvo para impedir que avisara a mi hijo o que le aconsejara lo que debía hacer... Dígame lo que ha ocurrido. ¿Han triunfado ustedes? ¿Los han matado a todos?

El joven dio un paso hacia la ventana y se volvió.

—No, señor —dijo concisamente.

—¿Qué tiene usted, pues, que decirme?

—Tenemos pruebas, señor, de que esta lucha no fue planeada por nosotros. Nos encontraron... totalmente faltos de preparación.

—¿Quiere usted decir que...?

—Quiero decir, señor, que los gigantes... hasta cierto punto se han mantenido firmes.

El mundo cambió para Redwood. Durante un momento, algo muy semejante a la histeria se apoderó de los músculos de su cara. Luego dio salida a una profunda exclamación.

—¡Ah! —Su corazón dio un gran salto de alegría—. ¡Los gigantes se han mantenido firmes!

—Ha habido una lucha terrible... una terrible destrucción. Todo ha sido debido a un horrible malentendido... En el norte y en los Midlands han muerto varios gigantes... En todas partes.

—¿Están luchando ahora?

—No, señor. Se ha izado la bandera blanca pidiendo un armisticio.

—¿Ellos...?

—No, señor. El señor Caterham la izó... Todo este asunto ha sido un malentendido. Por esto quiere hablar con usted y exponerle su caso. Ellos insisten, señor, en que usted intervenga...

Redwood lo interrumpió.

—¿Sabe usted lo que le ha ocurrido a mi hijo?

—Fue herido.

—¡Explíquemelo! ¡Explíquemelo!

—Él y la princesa se presentaron antes de que el... el movimiento para rodear el campamento de los Cossar se hubiese completado... Me refiero a la hondonada de los Cossar, en Chislehurst. Se presentaron de repente, señor, con gran estrépito, a través de un denso campo de avena gigante, cerca de River, ante una columna de infantería... Los soldados se habían mostrado muy nerviosos durante todo el día y aquello ocasionó un verdadero pánico.

—¿Y le dispararon?

—No, señor. Echaron a correr. Hubo alguien que disparó contra él... sin apuntar... y en contra de las órdenes recibidas.

Redwood hizo una mueca de incredulidad.

—¡Es verdad, señor! No quiero alegar que fuera a causa de él, sino a causa de la princesa.

—Sí. Eso es verdad.

—Los dos gigantes echaron a correr gritando hacia el campamento. Los soldados corrían de un lado para otro y algunos empezaron a disparar. Dijeron que le habían visto tambalearse...

—¡Oh...!

—Sí, señor. Pero sabemos que no está malherido...

—¿Cómo?

—¡Nos ha enviado un mensaje, señor, diciéndonos que estaba bien!

—¿Para mí?

—¿Para quién, pues, señor?

Redwood permaneció cerca de un minuto con los brazos cruzados y apretados, percatándose de todo. Después su indignación encontró la voz que había perdido.

—Se han portado ustedes como unos tontos, han calculado mal y se han equivocado, y quiere usted que yo ahora crea que no son un hato de asesinos con la peor intención. Y además... ¿Qué más?

El joven lo miró interrogativamente.

—¿Los otros gigantes?

El joven no simuló no comprenderlo. Bajó el tono de la voz:

—Trece, señor, han muerto.

—¿Y los otros están heridos?

—Sí, señor.

—¿Y Caterham —preguntó ahogándosele la voz— quiere entrevistarse conmigo? ¿Dónde están los demás?

—Algunos pudieron penetrar en el campamento durante la lucha, señor... Parece como si hubieran sabido...

—¡Pues claro que lo sabían! Si no hubiese sido por Cossar... ¿Está con ellos Cossar?

—Sí, señor. Y todos los gigantes supervivientes están también allí... Los que no entraron en el campo durante la lucha han ido allí o están yendo ahora, bajo la bandera de la tregua.

—Esto significa —dijo Redwood— que ustedes han sido derrotados.

—No estamos derrotados. No, señor. No puede usted decir que nos hayan derrotado. Pero sus hijos han quebrantado las reglas de la guerra. Anoche por primera vez, y ahora de nuevo.

Después de haber retirado nosotros nuestras fuerzas atacantes. Esta tarde empezaron a bombardear Londres...

—¡Cosa muy legítima!

—Nos han disparado obuses llenos de... veneno.

—¿Veneno?

—Sí. Veneno. El Alimento...

—¿La Heracleofobia?

—Sí, señor. El señor Caterham, señor...

—¡Los han derrotado! ¡Claro que usted no puede comprenderlo! ¡Es Cossar! ¿Qué esperanzas les pueden quedar a ustedes ahora? ¿Qué pueden hacer? Tendrán que respirarlo en el mismo polvo de las calles. ¿Para qué seguir luchando? ¡Vaya con las reglas de la guerra! Y ahora Caterham quiere que yo les ayude a salir del mal paso. ¡Válgame Dios, hombre! ¿Para qué tengo que acudir en ayuda de vuestro charlatán? Ya se ha divertido bastante... asesinando y embrollándolo todo. ¿Por qué debiera yo...?

El joven permanecía con un aire de vigilante respeto.

—Lo cierto es, señor —lo interrumpió—, que los gigantes insisten en verlo a usted. No quieren otro embajador. Si usted no se presenta a ellos, mucho me temo, señor, que se derramará todavía más sangre.

—La vuestra, tal vez.

—No, señor... en los dos bandos. El mundo está decidido a terminar con esto.

Redwood miró alrededor de sí. Sus ojos se posaron un momento en la fotografía de su hijo. Volvióse y se avino a lo que el joven esperaba.

—Sí —dijo, por fin—. Vamos.

IV

Su encuentro con Caterham fue totalmente distinto de como se lo había figurado. Había visto a aquel hombre sólo dos veces durante toda su vida, una vez en un banquete y otra vez en el salón de descanso de la Cámara de los Comunes, y su imaginación le había representado siempre, no el hombre, sino la creación de periódicos y caricaturistas, el legendario Caterham: Pulgarcito, el matador de gigantes, Perseo y todo lo demás. El elemento inherente a la personalidad humana le puso en desorden todo aquello.

No se encontró con el rostro de las caricaturas y retratos, sino con el de un hombre cansado y agobiado por el insomnio, un rostro arrugado y estirado, con el blanco de los ojos amarillento, con una boca de líneas débiles. Estaban allí, por cierto, los ojos castaño-rojizos, el pelo negro y el característico perfil aquilino del gran demagogo. Pero también había algo más que mataba de un golpe cualquier intento premeditado de retórica. Aquel hombre estaba sufriendo; estaba sufriendo agudamente una enorme tensión nerviosa. Desde el principio adoptó un aire como de personificarse a sí mismo. Al instante, con un solo gesto, con el más leve movimiento, le fue revelado a Redwood que Caterham se sostenía gracias a las drogas. El político introdujo el pulgar en el bolsillo de su chaleco, y después de unas frases más, prescindió de todo disimulo y deslizó un pequeño comprimido entre los labios.

Además, no obstante el esfuerzo que sobre él pesaba, a pesar del hecho de no tener razón y de ser una docena de años más joven que Redwood, aquella cualidad que había en él —algo que podríamos llamar magnetismo personal por falta de una palabra mejor— que le había hecho abrirse camino hasta llegar a la eminencia del desastre, seguía notándose en todo su ser. Con esto tampoco había

contado Redwood. Ya desde el principio, en cuanto al curso y dirección de la conversación, prevaleció Caterham sobre Redwood. Las características de la primera fase de la entrevista fueron determinadas por él, y el tono y los procedimientos empleados fueron también de su iniciativa. Aquello sucedió como si fuera la cosa más natural del mundo.

Todos los proyectos de Redwood se desvanecieron ante su presencia. Le estrechó la mano antes de que Redwood recordara que se había propuesto evitar aquella familiaridad. Dio la tónica de su conferencia de un modo seguro y claro presentándola como una búsqueda de expedientes en una catástrofe común.

Si cometió algún error fue las veces que se dejó dominar por la fatiga y dejó de prestar una atención inmediata, dejándose llevar por el hábito propio de un mitin. Luego se irguió —durante toda la entrevista los dos personajes permanecieron de pie— y, apartando la mirada de Redwood, empezó a defenderse y a justificarse. En una ocasión incluso se le escapó:

—¡Caballeros...!

Quedamente, dilatándose poco a poco, empezó a hablar...

Hubo momentos en los que Redwood dejó de sentirse interlocutor comportándose como simple auditor de un monólogo. Se transformó en el espectador privilegiado de un extraordinario fenómeno. Se dio cuenta de algo así como una diferencia específica entre él y aquel individuo cuya hermosa voz lo estaba envolviendo y que seguía hablando y hablando. Aquella mentalidad era tan poderosa como limitada. De su energía conductora, de su peso personal, de su invencible olvido de ciertas cosas, brotó en la mente de Redwood la más grotesca y extraña de las imágenes. En vez de un antagonista que era un semejante suyo, un hombre susceptible de responsabilidad moral al que se podían dirigir razonables súplicas, Redwood vio a Caterham como algo raro, como una especie de rinoceronte monstruoso, como si dijéramos un rinoceronte civilizado, engendrado en la selva de los enredos democráticos, un monstruo de irresistible empuje e invencible resistencia. En todos los estrepitosos conflictos de aquella mañana, se erguía supremo. ¿Y más allá? Aquel hombre era un ser perfectamente dotado para abrirse camino por entre grandes multitudes de hombres. Para él no había falta que fuese más

importante que la autocontradicción, ni ciencia más significativa que la reconciliación de los «intereses». Las realidades económicas, las necesidades topográficas, las casi intocadas minas de expedientes científicos, no existían para él más de lo que existían los ferrocarriles, los rifles o la literatura geográfica. Lo único que existía eran asambleas, juntas secretas y votos... votos por encima de todo. Él era la encarnación de millones de votos.

Y ahora, en la gran crisis, con los gigantes quebrantados, pero no derrotados, aquel monstruo de los votos se explicaba.

Era evidente que, incluso en las presentes circunstancias, aún tenía que aprenderlo todo. Ignoraba que hubiese leyes físicas y leyes económicas, cantidades y reacciones que todos los votos de la humanidad *nemíne contradicente* no pueden impedir y que si se desobedecen es a cambio de la destrucción. Ignoraba que hubiese leyes morales que no pueden doblegarse por la fuerza o por la moda del momento, so pena de que vuelvan a enderezarse con vindicativa violencia. Frente a una granada explosiva o «al Día del Juicio Final» era evidente para Redwood que aquel hombre habría ido a refugiarse detrás de algún voto cuidadosamente conseguido en la Cámara de los Comunes.

Lo que más le preocupaba en aquellos momentos no era la potencia que defendía aquella fortaleza allá lejos, hacia el sur, ni la derrota, ni la muerte, sino el efecto de todas esas cosas sobre su mayoría, que constituía la realidad principal de su vida. Tenía que derrotar a los gigantes o resignarse a quedar políticamente deshecho. No estaba en absoluto desesperado. En aquella hora de su más tremendo fracaso, con sangre y desastres en las manos y la promesa segura de un desastre inminente todavía más terrible, con los destinos del mundo alzándose imponentes por encima de su cabeza, era aún capaz de creer que por simple efecto de su voz, por medio de explicaciones y declaraciones podría todavía reconstruir su poder. Estaba perplejo y afligido, sin duda alguna, muy cansado y dolorido, pero si tan sólo pudiera sostenerse como hasta ese momento, si pudiese continuar hablando.

A medida que Caterham hablaba, le parecía a Redwood que avanzaba y retrocedía, que se dilataba y se contraía. La participación de Redwood en la conversación fue puramente subsidiaria, como si fuera metiendo cuñas en ella, de vez en

cuando: «Eso son tonterías...», «No...», «No vale la pena ni de insinuarlo...», «Entonces, ¿por qué empezó usted...?».

Es posible que Caterham ni siquiera lo oyera. Alrededor de estas interpolaciones, el discurso de Caterham fluía como un rápido torrente alrededor de una roca. Allí estaba, pues, aquel hombre increíble, de pie sobre su alfombra oficial, hablando, hablando como si cualquier pausa de su charla, en sus explicaciones, en la exposición de sus puntos de vista y aspectos, en sus consideraciones y expedientes, fuera a permitir que alguna influencia antagonista entrara de un salto en la realidad... en la realidad oral, la única que él podía comprender. Allí estaba aquel hombre, en medio de los esplendores levemente deslucidos de aquella estancia oficial, en la que un hombre tras otro habían sucumbido a la creencia de que cierto poder de intervención era el control creador de un imperio...

Cuanto más hablaba Caterham, tanto más iba creciendo y afirmándose en Redwood una sensación de futilidad. ¿Se daba cuenta aquel hombre de que mientras estaba hablando, el mundo entero cambiaba? ¿Se daba cuenta de que la invencible marea, el crecimiento, iba en aumento más y más, y de que había otras horas que las parlamentarias y otras armas en manos de los Vengadores de Sangre? Por fuera, oscureciendo la habitación casi por entero, una simple hoja de parra gigante de Virginia daba golpecitos en los cristales sin que nadie le prestara atención.

Redwood sintió el deseo de terminar aquel asombroso monólogo para escapar hacia la cordura y el sano juicio, hacia aquel campamento asediado, la fortaleza del futuro, donde, en el mismo núcleo de la grandeza, los Hijos se habían agrupado. Por esto aguantaba aquella charla. Tenía la curiosa impresión de que, a menos que aquel monólogo terminara de una vez, se encontraría arrastrado por él y que, por lo tanto, debía luchar contra la voz de Caterham del mismo modo que se lucha contra una droga. Los hechos se habían alterado y seguían alterándose bajo aquel encanto.

¿Qué estaba diciendo aquel hombre? Como Redwood tenía que transmitirlo a los Niños del Alimento, notó que aquello importaba mucho. Tenía que atender a lo que decía el otro y mantener al mismo tiempo su sentido de la realidad tan bien como pudiera. Caterham hablaba mucho de delitos de sangre. Aquello era elocuencia. No tenía la menor importancia. ¿Qué venía después?

¡Sugería una convención!

Sugería que los Niños del Alimento sobrevivientes capitulasen y se marcharan a otra parte para formar una comunidad propia. Dijo que había precedentes.

—Les podremos asignar un territorio...

—¿Dónde? —preguntó Redwood, dispuesto a discutir.

Caterham se aprovechó de aquella concesión. Volvió la cara hacia Redwood y su voz descendió a un tono de razonable persuasión. Aquello ya podría determinarse más adelante. Era, según Caterham, una cuestión totalmente subsidiaria. Y prosiguió estipulando:

—Y exceptuando la vida de ellos y el lugar donde se hallen, nosotros deberemos poseer el absoluto control y el Alimento y todos los Frutos del Alimento deberán ser aniquilados...

Redwood comenzó a regatear.

—¿Y la princesa?

—Es cuestión aparte.

—No —replicó Redwood luchando para volver a su terreno inicial—. Sería absurdo.

—Eso ya vendrá luego. De todos modos, estamos de acuerdo en que la fabricación del Alimento debe cesar...

—Yo no estoy para nada de acuerdo con eso. Yo no he dicho nada...

—¡Pero no puede ser que en un solo planeta haya dos razas de hombres, una grande y otra pequeña! ¡Considere lo que ya ha ocurrido! ¡Considere que esto es sólo una pequeña demostración de lo que puede ocurrir si este Alimento sigue haciendo de las suyas! ¡Considere todo lo que usted ha hecho sufrir ya a este mundo! Si tiene que haber una raza de gigantes que vayan creciendo y multiplicándose...

—No quiero discutir —dijo Redwood—. Debo ir a ver a nuestros hijos. Quiero ir a ver a mi hijo. Por eso he venido a verle usted. Dígame exactamente cuál es su oferta.

Caterham hizo un discurso sobre sus condiciones.

A los Niños del Alimento se les adjudicaría un gran territorio, en Norteamérica o en África, donde pudieran vivir sus vidas del modo que mejor les pareciese.

—¡Esto es una sandez...! —gritó Redwood—. Hay otros gigantes

en el extranjero. ¡En toda Europa... por doquier!

—Podría establecerse una convención internacional. No sería imposible. Ya se ha hablado de algo semejante... Pero en este territorio de reserva, ellos podrían seguir su vida a su manera. Podrían hacer lo que quisieran, podrían fabricar lo que les diese la gana. Nosotros nos sentiríamos muy satisfechos si quisieran fabricar objetos. Pueden ser muy dichosos allí. ¡Piénselo!

—A condición de que no haya más descendencia.

—Precisamente. Los hijos son para nosotros. Y así, señor, salvaremos al mundo, lo salvaremos por completo de los frutos de su terrible descubrimiento. No es aún demasiado tarde. Sólo que estamos dispuestos a suavizar la rapidez de ejecución con la clemencia. Ahora mismo estamos quemando y chamuscando los sitios afectados por los obuses que dispararon ayer. Podemos neutralizar sus efectos. Está usted seguro de que podemos neutralizarlos. Pero sin crueldades, sin injusticias...

—¿Y si los Niños no aceptan?

Por primera vez, Caterham miró a Redwood cara a cara.

—¡Deben aceptar!

—Yo no creo que acepten.

—¿Y por qué no? —preguntó Caterham con un estupendo tono de asombro.

—Supongamos que no acepten.

—Entonces, ¿qué recurso queda sino la guerra? No podemos permitir que todo continúe así. ¡No podemos, señor! ¿Es que ustedes, los hombres de ciencia, conocen de imaginación? ¿Es que carecen de la clemencia? No podemos permitir que nuestro mundo sea pisoteado por un creciente hatajo de monstruos como los que ha producido su Alimento. No podemos y no queremos. Y yo le pregunto a usted: ¿qué significa esto, sino la guerra? Y recuérdelo bien... Lo que acaba de ocurrir es únicamente el principio. Esto ha sido sólo una escaramuza, un simple asunto policial. Créame usted, un simple asunto policial. No se deje engañar por la perspectiva, por la inmediata magnitud de estos nuevos individuos. Detrás de nosotros está la nación... está la humanidad. Detrás de los millares de seres que han muerto, hay millones. Si no hubiese sido por el temor de tener que derramar más sangre todavía, señor, detrás de nuestras primeras líneas se estarían formando otras líneas de

ataque, incluso ahora. Yo no sé si podremos acabar completamente con ese Alimento, ¡pero lo que sí puedo asegurarle es que podemos matar a todos sus hijos! Usted toma demasiado en cuenta los acontecimientos de ayer, los sucesos ocurridos en una veintena de años, en una sola batalla. Usted no tiene idea del lento curso de la historia. Yo ofrezco este acuerdo para salvar unas cuantas vidas, no porque pueda alterar el final inevitable. Si usted cree que sus dos docenas de gigantes pueden resistir a todas las fuerzas aunadas de nuestro pueblo y de todas las naciones extranjeras que vendrán en nuestra ayuda, si usted cree que puede cambiar a la Humanidad de un soplo, en una sola generación, alterando la naturaleza y la estatura del Hombre...

Y haciendo un amplio gesto con el brazo, añadió:

—¡Vaya a verlos ahora, señor! Véalos, agazapados alrededor de sus heridos, pagando todo el daño que han hecho...

Se interrumpió como si, por casualidad, hubiese visto al hijo de Redwood.

Hubo una larga pausa.

—Vaya a verlos —dijo.

—Eso es lo que quiero.

—Entonces, vaya ahora mismo...

Dio media vuelta y oprimió el botón del timbre. Afuera, en respuesta, se oyó el ruido de unas puertas que se abrían y de pasos apresurados.

La conversación había acabado. La exhibición había tocado a su fin. Bruscamente Caterham pareció contraerse, arrugarse hasta transformarse de nuevo en un hombre de mediana edad, de mediana estatura, en el rostro amarillento y un aspecto cansino. Dio un paso hacia delante, como si saliera del marco de un cuadro, y asumiendo por completo la amistosa cortesía que hay detrás de todos los conflictos públicos de nuestra raza, tendió su mano a Redwood.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, Redwood le estrechó la mano por segunda vez.

CAPÍTULO V

EL CAMPAMENTO DE LOS GIGANTES

I

Poco tiempo después se encontró Redwood en un tren que atravesaba el Támesis hacia el sur. Tuvo una breve visión del río, reluciente bajo las luces, y de la humareda que aún se desprendía del sitio donde había caído un obús, en la orilla septentrional, y donde se había organizado una vasta multitud de hombres para quemar hasta los últimos restos de Heracleofobia. La orilla meridional se hallaba a oscuras debido a algún ignorado motivo y ni siquiera las calles estaban iluminadas, y todo lo claramente visible eran las siluetas de las altas torres de alarma y los oscuros bultos de casas y escuelas. Al cabo de un minuto de observación, volvió la espalda a la ventana y se sumió en sus pensamientos. No había ya nada más que ver ni que hacer hasta que hubiera visto a los Hijos...

Se sentía fatigado por la tensión nerviosa de los dos últimos días; le parecía que sus emociones debían de estar ya agotadas, pero se había fortificado con un café muy fuerte antes de ponerse en marcha y sus ideas fluían claras y diáfanas. Su mente se hallaba en contacto con muchas cosas. Recapituló de nuevo, pero esta vez con la ilustración facilitada por los acontecimientos acaecidos, la manera cómo el Alimento había entrado y se había desplegado en el mundo.

—Bensington creyó que podría ser un excelente alimento para los niños —murmuró para sí con una leve sonrisa. Luego volvieron a la mente, tan claras como si estuvieran todavía pendientes de resolución, las horribles dudas que lo acometieron después que se hubo comprometido a administrarlo a su propio hijo. De allí, con una expansión continua e implacable, y a pesar de todos los

esfuerzos humanos para ayudar y oponerse a su diseminación, el Alimento se había esparcido por todo el mundo habitado por el hombre. Y ahora, ¿qué...?

—Aunque los mataran a todos —susurró—, el hecho ya está consumado.

El secreto de la fabricación era conocido en muchas partes. Y esto había sido obra suya. Las plantas, los animales y una multitud de desdichados niños en pleno crecimiento conspirarían irresistiblemente para obligar al mundo a volver de nuevo al Alimento, independientemente de lo que pudiera ocurrir en la presente lucha.

—El hecho está consumado —se repitió mientras las ideas se le fijaban sobre el destino de los Niños y particularmente de su propio hijo. ¿Los encontraría agotados por los esfuerzos de la batalla, heridos, hambrientos, al borde de la derrota, o los encontraría aún recios y optimistas, dispuestos para el conflicto aún más formidable del día siguiente...? ¡Su hijo estaba herido! ¡Pero le había enviado un mensaje!

Volvió a su mente la entrevista con Caterham.

Lo despertó de su ensimismamiento la parada del tren en la estación de Chislehurst. Reconoció el lugar por una enorme atalaya contra las ratas que se erguía en la cúspide de Candem Hill y la hilera de grandes pinabetes que bordeaban la carretera...

El secretario particular de Caterham fue desde el otro coche para decirle que a una media milla de distancia la línea férrea había sido averiada y que el resto del viaje tendría que hacerlo en automóvil. Redwood se apeó en un andén iluminado únicamente por una linterna de mano y barrido por la fría brisa nocturna. La quietud de aquel abandonado suburbio invadido por el bosque y la maleza — todos sus habitantes se habían refugiado en Londres al comienzo de las hostilidades el día anterior—, se hizo instantáneamente impresionante. Su guía le ayudó a bajar los peldaños de la salida de la estación, donde ya le esperaba un automóvil con unos faros deslumbradores, la única luz que hasta entonces había visto, lo confió al cuidado del chófer y se despidió de él.

—Ya sé que hará usted todo lo que pueda por nosotros —dijo, imitando los modales de su amo mientras estrechaba la mano de Redwood.

Tan pronto como Redwood consiguió envolverse en una manta, empezaron a rodar en medio de la noche. Después de un momento de inmovilidad, el automóvil se lanzó velozmente, pero con gran suavidad, por la pendiente de la estación. Dieron la vuelta a una esquina y después a otra, siguieron los tortuosos caminos de un barrio residencial, y luego se extendió ante ellos la carretera. El automóvil zumbó al máximo de velocidad, horadando la negra noche. Todo estaba muy oscuro bajo la luz estelar y el mundo entero parecía haberse agazapado misteriosamente o desaparecido sin ningún ruido. Ni un aliento de aire hacía moverse las cosas que pasaban volando a ambos lados de la carretera. Las casas de campo, pálidas y abandonadas, a ambos lados de su ruta, con sus negras ventanas sin luz, le parecían a Redwood una silenciosa procesión de calaveras. El chófer que iba a su lado, o era un hombre silencioso de natural o permanecía silencioso debido a las peculiares condiciones de aquel viaje. Respondía a las breves preguntas de Redwood con monosílabos y a regañadientes. Cruzando el firmamento por el sur, los haces de luz de los reflectores se agitaban formando ondas silentes; parecían los únicos extraños indicios de vida en aquel mundo abandonado que iban dejando atrás en su veloz carrera.

La carretera se hallaba bordeada a ambos lados por unas gigantescas ramas de endrino que contribuían mucho a oscurecerla, y por una hierba muy alta y enormes collejas, inmensas ortigas muertas grandes como árboles cuyas siluetas pasaban como relámpagos por encima de sus cabezas. Después de Keston llegaron a una empinada cuesta y el chófer aminoró la marcha. Al llegar a la cima, se detuvo.

—Es allí —dijo señalando con un largo dedo enguantado un enorme bulto negro y contrahecho que se alzaba ante los ojos de Redwood.

A lo lejos, parecía que el gran talud, encrestado por el resplandor de donde salían los reflectores, se alzaba destacándose contra el cielo. Aquellos haces de luz iban y venían por entre las nubes y el ondulado paisaje a su alrededor, como si trazaran misteriosos encantamientos.

—No sé —dijo por fin el chófer. Resultaba evidente que tenía miedo de seguir adelante.

En aquel momento un reflector descendió del cielo para posarse

en ellos, vigilándolos como una mirada escrutadora, más bien confundida que mitigada por el tallo de un monstruoso hierbajo que se interpuso. Los dos se sentaron, con las manos enguantadas delante de los ojos, intentando mirar por entre los dedos para enfrentarse con la cegadora luz.

—Siga adelante —dijo Redwood al cabo de un instante.

El chófer tenía todavía sus dudas, que intentó expresar, sin conseguirlo del todo, y que fueron atenuándose hasta repetir:

—No sé.

Por fin se aventuró a seguir.

—Vamos, pues —dijo poniendo el motor de nuevo en marcha, seguido atentamente por aquel gran ojo blanco.

A Redwood le pareció durante un buen rato que ya no se hallaban en la tierra, sino que corrían a través de una nube luminosa. Tuf, tuf, tuf, tuf, hacía el motor, y una y otra vez —obedeciendo a no sé qué impulso nervioso— el chófer hacía sonar la bocina.

Pasaron por la oscuridad de un camino bordeado de altas vallas, y de allí a una hondonada. Luego pasaron por delante de vanas casas para volver a salir frente a aquel cegador haz del reflector. Después, durante un rato, la carretera apareció completamente despejada en medio de una llanura, y a ellos les pareció que se hallaban suspendidos, zumbando en la inmensidad. Una vez más las gigantescas hierbas se alzaban a su alrededor, desapareciendo fugazmente en un remolino. De pronto, bruscamente y cerca de ellos, se alzó, impresionante, la figura de un gigante, brillantemente iluminada por abajo, o sea, por donde lo iluminaba el reflector, y negra, recortada contra el cielo, por arriba.

—¡Eh, amigos! —gritó—. ¡Alto! Se acabó la carretera... ¿Es usted Padre Redwood?

Redwood se puso de pie y profirió un grito a modo de respuesta, y en seguida apareció Cossar en la carretera, a su lado, estrechándole las manos y ayudándolo a apearse del automóvil.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Redwood.

—Está muy bien —dijo Cossar—. A él no le hicieron nada de cuidado.

—¿Y sus hijos?

—Bien. Todos ellos. Pero hemos tenido que luchar para

conseguirlo.

El gigante estaba diciendo algo al chófer. Redwood se echó a un lado mientras el automóvil daba la vuelta, y entonces, súbitamente, Cossar desapareció, todo desapareció, y Redwood se encontró en la más absoluta oscuridad durante el espacio de un momento. El reflector iba siguiendo el automóvil en su viaje de regreso hasta la cumbre de Keston. Redwood se quedó mirando cómo se iba alejando el minúsculo vehículo dentro de aquel pálido halo. Ofrecía un efecto muy curioso, como si lo que se moviera no fuese el automóvil, sino el halo. Un grupo de aguerridos gigantes apareció súbitamente, haciendo grandes aspavientos, y fueron inmediatamente tragados por la noche... Redwood se volvió hacia la silueta de Cossar y le cogió la mano.

—Me han encerrado y me han tenido ignorante de todo —dijo— durante dos días completos.

—Les disparamos el Alimento —dijo Cossar—. ¡Era obvio! Les hemos hecho unos treinta disparos.

—Vengo de ver a Caterham.

—Lo sé. —Y echándose a reír, con cierta nota de amargura, añadió—: Supongo que querrá llegar a un arreglo.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Redwood.

—Está bien. Los gigantes esperan el mensaje que nos trae.

—Sí, pero mi hijo...

Pasó con Cossar por un largo túnel inclinado, que se iluminó de rojo durante un momento para volver a caer en la oscuridad y salir finalmente en el gran pozo de mina que los gigantes habían construido como refugio.

La primera impresión que tuvo Redwood fue la de un enorme estadio limitado por altísimos riscos, y con el suelo lleno de estorbos. Estaba a oscuras, a no ser por los pasajeros reflejos del reflector del centinela que rodaba constantemente en lo alto y por un rojizo resplandor que aumentaba y disminuía a ratos procedente de un rincón distante donde dos gigantes trabajaban juntos, haciendo un gran estruendo metálico. Destacándose contra el cielo, pudo distinguir las familiares siluetas de los viejos cobertizos y campos de juego que habían sido construidos para los chicos de Cossar. Estaban como suspendidos al borde de un precipicio y extrañamente torcidos y deformados con los cañones del

bombardeo de Caterham. Había indicaciones de enormes emplazamientos de artillería por encima, y en su proximidad se veían unos montones de cilindros que quizá fueran municiones. Por todo el ancho espacio inferior estaban esparcidas las formas de grandes máquinas e incomprensibles bultos, mezclados en vago desorden. Los gigantes aparecían y desaparecían entre aquellas masas, y, bajo la luz incierta, formaban grandes bultos, de ningún modo desproporcionados a las cosas entre las que se movían. Algunos se hallaban activamente atareados; otros, sentados o yacentes, como si intentaran conciliar el sueño, y uno que tenía todo el cuerpo vendado, yacía en una camilla de ramas de pino y estaba ciertamente dormido. Redwood observó aquellas formas borrosas; sus ojos se dirigieron de una movediza silueta a otra.

—¿Dónde está mi hijo, Cossar?

Entonces lo vio.

El joven Redwood estaba sentado a la sombra de una gran pared de acero. Parecía una forma negra, reconocible sólo por su postura... sus facciones eran invisibles. Estaba sentado con la barbilla apoyada en la mano, como si estuviese muy cansado o sumido en sus pensamientos. A su lado, Redwood descubrió la figura de la princesa, mera insinuación oscura de su presencia, y luego, al volver a incrementarse el resplandor distante, percibió durante un momento, iluminada de rojo, la infinita bondad de su sombreado rostro. Estaba contemplando a su amante con la mano descansando contra el acero. Parecía estarle diciendo algo.

Redwood hubiera querido ir hacia ellos.

—En seguida —dijo Cossar—. Primero de todo su mensaje.

—Sí —dijo Redwood—, pero...

Se interrumpió. Su hijo había levantado la vista y estaba hablando con la princesa, pero en tono demasiado bajo para que pudieran oírlo. El joven Redwood levantó la cabeza y ella se inclinó en dirección a él y miró hacia un lado antes de hablar.

—Pero si nos derrotan... —Oyeron que murmuraba la susurrante voz del hijo de Redwood.

Ella se interrumpió, y el rojo resplandor puso de relieve sus ojos, brillantes de lágrimas aún no derramadas. Se inclinó aún más cerca de él y volvió a hablarle en un tono todavía más bajo. Había algo tan íntimo y tan privado en el talante de los dos, que Redwood, que

durante dos días no había estado pensando en otra cosa sino en su hijo, se sintió allí un intruso. Bruscamente se sintió refrenado. Acaso por primera vez en su vida advirtió lo mucho que un hijo significa para su padre, mucho más de lo que un padre puede nunca significar para su hijo, y se dio perfecta cuenta de la completa predominancia del futuro sobre el pasado. Aquí, él, entre aquellos dos seres, no tenía nada que hacer. Su papel estaba ya representado. Se volvió hacia Cossar al instante de comprenderlo. Sus miradas se cruzaron. El tono de la voz se le transformó.

—Voy a dar cuenta del mensaje ahora mismo —dijo—. Ya tendremos tiempo de sobra luego...

El pozo era tan enorme y estaba tan lleno de objetos, que hubieron de franquear un largo y tortuoso camino antes de poder llegar al sitio desde donde Redwood les pudiera dirigir la palabra a todos.

Junto a Cossar, siguió un sendero abruptamente descendente que pasaba por debajo de un arco de maquinaria interconectada, y de allí pasó a una amplia y profunda pasarela que atravesaba el fondo del pozo. Esta pasarela, amplia y vacía, pero, no obstante, relativamente estrecha, conspiraba con todo lo que había a su alrededor para acentuar la sensación de propia pequeñez que se había apoderado de Redwood. Se transformó, como si fuera una cañada excavada. En lo alto, por encima de sus cabezas, separados de ellos por abismos de oscuridad, los reflectores giraban y brillaban, y las relucientes formas iban de un lado para otro. Fuertes voces se llamaban unas a otras allá arriba convocando a los gigantes a reunirse en un Consejo de Guerra para oír los términos que Caterham les había enviado. La pasarela se inclinaba aún más al fondo, hacia la negra inmensidad, hacia las sombras y el misterio y las cosas inconcebibles, hacia las que Redwood se dirigía despacio, con paso cauteloso, mientras Cossar iba avanzando con seguras zancadas...

Los pensamientos de Redwood se multiplicaban.

Los dos hombres penetraron en la más completa oscuridad y Cossar cogió a su compañero por la muñeca. Ahora tenían que ir forzosamente despacio.

Redwood se sintió impulsado a hablar.

—Todo esto es muy extraño —dijo.

—Grande —dijo Cossar.

—Extraño. Y más extraño aún que sea extraño para mí... para mí, que soy, en cierto modo, el origen de todo. Esto es... Se interrumpió en lucha con su evasivo significado, e hizo un gesto hacia el risco que nadie vio.

—Nunca había pensado en esto antes. He estado muy ocupado y los años han ido transcurriendo. Pero aquí veo... Es una nueva generación, Cossar, con nuevas emociones y nuevas necesidades. Todo esto, Cossar...

Cossar vio ahora su indistinto gesto hacia los objetos que había a su alrededor.

—Todo esto es Juventud...

Cossar no respondió y siguió adelante con paso irregular.

—No es nuestra juventud, Cossar. Están tomando posesión de una serie de cosas. Empiezan con sus propias emociones, con su propia experiencia; empiezan a su manera... Hemos hecho un mundo nuevo y no es nuestro. Ni siquiera es simpático. Este lugar tan grande...

—Ha sido planeado por mí —dijo Cossar frunciendo el ceño.

—Pero ¿y ahora?

—¡Ah! Se lo he regalado a mis hijos. Redwood sintió el gesto de un brazo que no pudo ver.

—Quiero decir que hemos terminado...

—¡Su mensaje!

—Sí. Y luego...

—Habremos terminado.

—¿Entonces...?

—Claro que nosotros estamos excluidos de este asunto, somos dos viejos —dijo Cossar con la familiar nota de repentina cólera en la voz—. Claro que estamos fuera de todo eso. Evidentemente. Cada hombre a su época. Y ahora es la época de ellos, la que empieza. Y está muy bien. Trabajo de excavador. Hacemos nuestro trabajo y nos vamos. ¿Comprende usted? Para eso existe la Muerte. Nosotros agotamos la capacidad de nuestros pequeños cerebros y de nuestras pequeñas emociones, y luego llega el relevo y todo empieza de nuevo. ¡Empezar y vuelta a empezar! Sencillísimo. ¿Qué hay de mal en ello?

Se calló para guiar a Redwood por unos peldaños.

—Sí —dijo Redwood—, pero se siente uno...

Y dejó la frase incompleta.

—Para esto existe la Muerte —oyó Redwood que seguía insistiendo Cossar, un poco más abajo—. ¿Cómo podría hacerse si no fuera así? Para esto existe la Muerte.

II

Después de vueltas y más vueltas y de subir un buen rato, llegaron a una especie de reborde desde el que se podía dominar el pozo de los gigantes y desde donde Redwood podía hacerse oír por toda la asamblea. Los gigantes ya se habían agrupado en la parte inferior, y a su alrededor, para oír el mensaje que les iba a exponer. El mayor de los hijos de Cossar estaba arriba, en el borde del talud, vigilando las revelaciones de los reflectores, porque todos temían una quiebra del armisticio. Los que trabajaban en aquel gran aparato que había en un rincón se destacaban claramente sobre el trasfondo de luz. Iban casi desnudos y se volvieron hacia Redwood, pero vigilando continuamente la fundición, que no podían abandonar ni un momento. Redwood vio aquellas figuras cercanas con una fluctuante incertidumbre, por medio de luces imprecisas que aparecían y desaparecían, y las figuras más remotas eran aún más borrosas. Salían de las profundidades de grandes tinieblas, donde volvían a sumirse en seguida. Porque aquellos gigantes no tenían más luz que la estrictamente necesaria en el pozo a fin de que sus ojos estuvieran preparados para distinguir eficazmente cualquier fuerza atacante que pudiera lanzarse sobre ellos desde la oscuridad circundante.

De vez en cuando, algún destello realzaba por casualidad a tal o cual grupo de altas y poderosas formas, los gigantes de Sunderland, vestidos con placas metálicas superpuestas, y los demás, vestidos de cuero, de sogas tejida o de metal tejido, según estuviese determinado por sus respectivas condiciones. Estaban sentados en medio de máquinas y armamentos tan imponentes como ellos mismos, o descansaban las manos en aquellos aparatos, y sus miradas, al pasar

de lo visible a lo invisible y viceversa, eran firmes y decididas.

Hizo un esfuerzo para empezar a hablar y no pudo. Por un instante, el rostro de su hijo resplandeció reflejando la cálida erupción del fuego. Vio que su hijo lo estaba contemplando, con ternura, pero también con vigorosa expresión, y encontró la voz perdida, una voz que llegara a todos, pero dirigida, como a través de un abismo, a su hijo.

—Vengo de ver a Caterham —dijo—. Me ha enviado para que os exponga las ofertas que os hace.

Hizo una pausa.

—Son unas condiciones imposibles, lo sé, y más ahora que os veo a todos aquí reunidos; son condiciones imposibles, pero he venido a transmitirlos porque quería veros a todos, y especialmente a mi hijo. Quería ver a mi hijo una vez más...

—Explique las condiciones —lo interrumpió Cossar.

—He aquí lo que ofrece Caterham. ¡Quiere que os marchéis de su mundo!

—¿Adónde?

—No lo sabe. De un modo vago dice que os destinará una gran región apartada... Y que vosotros no debéis fabricar más Alimento ni tener hijos; que debéis vivir a vuestro modo hasta el término de vuestras vidas para que todo quede acabado.

Se detuvo.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo.

Hubo un gran silencio. Las tinieblas que envolvían a los gigantes parecían mirarlo a él pensativamente.

Sintió que alguien le tocaba el codo, y al volverse vio que Cossar le ofrecía una silla: un extraño fragmento de casa de muñecas en medio de aquellas apiladas inmensidades. Se sentó y cruzó las piernas; luego puso una pierna encima de la otra tocándose nerviosamente un zapato, y se sintió pequeño y sofocado, muy visible y absurdamente situado.

Al sonido de una voz volvió a olvidarse de sí mismo.

—Ya habéis oído, Hermanos —dijo aquella voz, que parecía salir de las tinieblas.

Y otra voz contestó:

—Ya lo hemos oído.

—¿Cuál es la respuesta, Hermanos?

—¿A Caterham?

—Sí, desde luego...

—Pues, ¡que No!

—¿Y después?

Se hizo un silencio que duró unos segundos.

Luego una voz dijo:

—Esas gentes tienen razón. Según su mentalidad, claro está. Tienen razón al querer destruir todo lo que crecía mayor que ellos... fuese animal, planta o cualquier otra cosa mayor de lo normal. Tuvieron razón al intentar matarnos. Tienen razón ahora al decir que no debemos procrear con nuestras semejantes. Según su mentalidad tienen toda la razón. Saben, y ya va siendo hora de que lo sepamos también nosotros, que no pueden estar juntos en el mismo mundo los gigantes y los pigmeos. Caterham lo ha dicho y lo ha repetido muchísimas veces, muy claramente... Tiene que triunfar su mundo o el nuestro.

—Pero no somos ni cincuenta —dijo otro—, y ellos son incontables millones.

—De acuerdo. Pero la cosa es como he dicho.

Se hizo otro largo silencio.

—Entonces, ¿tenemos que morir?

—¡Dios no lo permita!

—¿Y ellos?

—Tampoco.

—¡Pero esto es lo que dice Caterham! Él quisiera que nosotros viviéramos nuestras vidas hasta su término normal, que muriéramos de uno en uno, hasta que sólo quedara el último, y al fin éste también moriría, y ellos abatirían las plantas y hierbas gigantes, matarían la vida oculta, quemarían hasta los últimos indicios del Alimento... y terminarían con el Alimento y con nosotros... Entonces su diminuto mundo de pigmeos se sentiría seguro. Seguirían siendo como siempre... sintiéndose seguros, viviendo sus vidas de pigmeos, haciéndose mutuamente amabilidades y crueldades de pigmeo. Incluso podrían, tal vez, alcanzar una especie de milenio pigmeo, acabar con las guerras, terminar con la superpoblación, establecerse en una ciudad de extensión mundial para desarrollar el arte pigmeo, adorarse unos a otros hasta que el

mundo empieza a congelarse.

En un rincón, una plancha de hierro cayó al suelo haciendo un ruido infernal.

—Hermanos, todos sabemos cuáles son nuestras intenciones.

En uno de los centelleos de la luz de los reflectores, Redwood vio los graves rostros juveniles de los gigantes volverse hacia su hijo.

—Es muy fácil ahora hacer el Alimento. Sería fácil para nosotros fabricarlo para todo el mundo.

—Tú quieres decir, Hermano Redwood —dijo una voz que salía de la oscuridad—, que son las gentes pequeñas quienes deben comer el Alimento.

—¿Qué otra solución cabe?

—Nosotros no somos ni cincuenta y ellos muchos millones.

—Pero nosotros nos mantenemos en nuestros puestos.

—Hasta ahora.

—Si es la voluntad de Dios, seguiremos manteniéndonos...

—Sí... ¡Pero piensa en los muertos!

Otra voz intervino, en el mismo tono:

—¡Los muertos! Piensa en los que van a nacer...

—Hermanos —dijo el joven Redwood—, ¿qué otra cosa podemos hacer sino luchar contra ellos, y si los derrotamos, hacerles tomar el Alimento? Ahora no podrían tomar el Alimento aunque quisieran. ¡Vamos a suponer que nos decidiéramos a renunciar a nuestra herencia y a hacer esa sandez que Caterham propone! ¡Vamos a suponer que pudiéramos hacerlo...! Vamos a suponer que renunciáramos a eso que se remueve en nuestro interior, que repudiáramos eso que nuestros padres hicieron por nosotros, que tú, Padre, hiciste por todos nosotros, y que cuando nuestra hora hubiese llegado, nos disipáramos en la senilidad y en la nada. ¿Qué pasaría entonces? ¿Seguiría siendo este diminuto mundo suyo igual que lo que era antes? Ellos podrían luchar contra la grandeza que hay en nosotros, que somos hijos de los hombres, pero ¿podrán ellos conquistarla? Aun en el caso que nos destruyeran uno a uno, ¿qué? ¿Les salvaría eso? ¡No! ¡Porque la grandeza está en marcha, no sólo en nosotros, no sólo en el Alimento, sino en el propósito de todas las cosas! Está en la naturaleza de todas las cosas, forma parte del espacio y del tiempo.

Crece cada día más, desde lo primero a lo último que existe... Ésa es la ley del Ser. ¿Qué otra ley puede haber?

—¿Para ayudar a los demás?

—Para crecer. Se trata aún de crecer. A menos que los ayudemos a fracasar...

—Lucharán con toda el alma para derrotarnos —dijo una voz.

Y otra:

—Sí, ¿y qué?

—Lucharán —repuso el hijo de Redwood—. Si rechazamos sus condiciones no cabe la menor duda de que querrán luchar. En realidad, espero que sean francos y luchen. Si, después de todo, nos ofrecieran la paz, sería para cogernos desprevenidos. No os quepa la menor duda, Hermanos; de un modo o de otro querrán luchar. La guerra ha comenzado y hemos de luchar hasta el fin. A menos de obrar con cordura, podemos encontrarnos con que habremos vivido sólo para fabricar mejores armas que las que emplearán luego contra nuestros hijos y nuestros semejantes. Esto ha sido, hasta ahora, sólo el primer albor de la batalla. Todas nuestras vidas serán una batalla continua. Algunos de nosotros moriremos en la lucha, otros seremos objeto de asechanza. No hay victoria fácil, no hay victoria para nosotros que no sea más que media derrota. Estad seguros de eso. ¿Y qué? Sólo con que podamos mantener una posición establecida, sólo con que podamos dejar detrás de nosotros una creciente hueste para continuar la lucha cuando nosotros ya hayamos perecido, ya habremos conseguido mucho...

—¿Y mañana?

—Diseminaremos el Alimento, saturaremos el mundo con el Alimento.

—¿Y si ellos se avinieran a nuestras condiciones?

—Nuestras condiciones consisten en el Alimento. No se trata ya de que pequeños y grandes puedan vivir juntos en una gran perfección de compromiso. Es lo uno o lo otro. ¿Qué derecho tienen los padres a decir: «Mi hijo no tendrá otra luz que la que yo he tenido, ni crecerá a mayor grandiosidad que la que yo he alcanzado»? ¿Expreso vuestra opinión, Hermanos?

Le respondieron murmullos de asentimiento.

—Y a las niñas que quieren ser mujeres igual que a los niños que quieren ser hombres —gritó otra voz desde la oscuridad.

—Éstas aún más: ser madres de una nueva raza...

—Pero durante la próxima generación todavía habrá grandes y pequeños —dijo Redwood con la mirada puesta en el semblante de su hijo.

—Y durante muchas generaciones más. Y los pequeños pondrán obstáculos a los grandes y los grandes presionarán a los pequeños. Así tiene que ser, Padre.

—Se producirán conflictos.

—Conflictos interminables, malentendidos interminables.

Toda la vida es así. Los grandes y los pequeños nunca pueden entenderse. Pero en cada hijo nacido de hombres, Padre Redwood, está al acecho una simiente de grandeza... esperando la llegada del Alimento.

—Entonces voy a ver a Caterham para decirle...

—Te quedarás con nosotros, Padre Redwood. Nuestra respuesta se la mandaremos a Caterham al despuntar el alba.

—El dice que luchará...

—Así sea —dijo el joven Redwood. Y sus hermanos murmuraron su asentimiento.

—¡El hierro está a punto! —exclamó una voz.

Los dos gigantes que estaban trabajando en un rincón empezaron a producir un rítmico martilleo que dio una potente música a la escena. El metal relucía con mucho más brillo que antes, ofreciendo a Redwood una visión más clara del campamento de la que hasta entonces había tenido. Vio aquel espacio rectangular en toda su extensión, con las grandes máquinas de guerra, dispuestas y a punto de funcionar. Más allá, a un nivel superior, se alzaba la casa de los Cossar. A su alrededor estaban los jóvenes gigantes, enormes y hermosos, relucientes en sus cotas de malla, ultimando los preparativos para el día siguiente. A la vista de ellos cobró ánimos. ¡Eran tan fácilmente poderosos! ¡Eran tan altos y tan valientes, tan seguros en sus movimientos! Su hijo estaba entre ellos, y la primera de todas las mujeres gigantes, la princesa...

Le atravesó la mente el más extraño contraste, el recuerdo de Bensington, tan pequeño e inteligente... Bensington, con la mano metida en el blando plumón de aquella primera gallina gigante, en aquella habitación amueblada convencionalmente, donde vivía, mirando dubitativamente por encima de las gafas, mientras su

prima Jane salía dando un portazo...

Todo había ocurrido en un ayer de hacía veintiún años.

De pronto, una extraña duda se apoderó de él. Tuvo la impresión de que aquel lugar, con toda su grandiosidad, tenía la textura de un sueño. Estaba soñando y en un instante se despertaría para volver a encontrarse en su estudio, con los gigantes asesinados, el Alimento suprimido y él hecho prisionero, encerrado en su propia casa. ¿Qué otra cosa era sino la vida...? ¡Estar siempre prisionero y encerrado! Aquello era la culminación de su ensueño. Se despertaría en medio de un mar de sangre, en plena batalla, para encontrarse con que su Alimento era la más necia de las fantasías, y que sus esperanzas y su fe en un mundo futuro mayor no eran más que una especie de película coloreada proyectada sobre una charca insondable y corrupta. ¡La pequeñez era invencible...! Tan fuerte y profundo fue su desaliento, su insinuación de desilusión inminente, que se puso de pie de un salto. Se restregó los ojos con los puños cerrados y permaneció un momento así, temiendo que al volver a abrirlos el ensueño ya se hubiese disipado...

Las voces de los muchachos gigantes resonaban como música de fondo en medio de aquella estruendosa melodía de los herreros. La marea de la duda fue bajando. Oyó las voces de los gigantes, oyó sus movimientos alrededor de él. ¡Aquello era real, absolutamente real, tan real como los actos impulsados por el despecho! Más real aún, porque aquellas grandes cosas probablemente son las cosas del porvenir, mientras que la pequeñez, la bestialidad y la invalidez de los hombres son las cosas que acaban. Abrió los ojos.

—¡Ya está! —exclamó uno de los dos herreros, y ambos tiraron al suelo sus martillos.

Una voz resonó desde arriba. El hijo de Cossar, de pie sobre el terraplén, se había vuelto hacia ellos y les estaba hablando.

—No se trata de que queramos expulsar a la gente pequeña del mundo —dijo—, a fin de que nosotros, que no estamos más que a un grado por encima de su pequeñez, podamos dominar el mundo para siempre. Estamos luchando para conseguir este grado superior, pero no por nosotros mismos... Estamos aquí, Hermanos, ¿y con qué finalidad? Para servir el espíritu y el propósito que han sido infundidos en nuestras vidas. No luchamos por nosotros mismos, porque no somos sino las manos y los ojos momentáneos de la Vida

del Mundo. Esto es lo que tú, Padre Redwood, nos enseñaste. Por medio de nosotros y por medio de la gente pequeña, el Espíritu observa y aprende. Desde nosotros deben pasar, por la palabra, el nacimiento y la acción a otras vidas aún mayores. Esta tierra no es ningún lugar de reposo, no es ningún campo de juego; de no ser así, tanto valdría ofrecer nuestras gargantas al cuchillo de la gente pequeña, ya que no tendríamos más derecho a la vida que ellos. Y ellos, por su parte, podrían entregarse a las hormigas y a las cucarachas. No luchamos por nosotros mismos, sino por el crecimiento... por el crecimiento que prosigue y proseguirá eternamente. Mañana, tanto si nos toca vivir como si nos toca morir, el crecimiento lo conquistará todo. Ésta es la ley del espíritu para siempre jamás. ¡Crecer de acuerdo con la voluntad de Dios! ¡Crecer y desarrollarse fuera de estas grietas y hendiduras, fuera de estas sombras y tinieblas, en la grandeza y la luz! ¡Más grande, hermanos míos! Y después... aún más grande. Crecer, y luego... crecer más. Crecer, en fin, hasta alcanzar la camaradería y la comprensión de Dios. Crecer hasta que la tierra no sea más que un escalón, hasta que el espíritu haya reducido el miedo a la nada y se haya esparcido...

Y señalando el cielo con un amplio ademán, añadió:

—¡Allá!

Cesó su voz. El blanco resplandor de uno de los reflectores giró en redondo y por un momento lo iluminó, erguido y gigantesco, con la mano alzada en dirección al firmamento.

Durante unos instantes fue resplandeciente, la mirada hacia arriba, hacia la inmensidad del espacio, revestido de cota de malla, joven y fuerte, resuelto e intrépido. Después la luz pasó y él permaneció como una gran silueta negra recortada contra el cielo estrellado, una gran silueta negra que amenazaba con gesto imponente el cielo y toda su multitud de estrellas.

La visita maravillosa

A la memoria de mi querido amigo

WALTER LOW

CAPÍTULO PRIMERO

LA NOCHE DEL PÁJARO EXTRAÑO

La Noche del Pájaro Extraño, muchas personas de Sidderton, y algunas de más cerca, notaron un resplandor por el lado del marjal de Sidderford. Pero en Sidderford nadie lo vio porque la mayoría de los habitantes estaban acostados.

Había sido un día de vendaval, de modo que las alondras del marjal se quedaron, por intervalos, trinando a ras de suelo, o si se elevaban era sólo para que se las llevara el viento como si fuesen hojas. El sol se fue al ocaso en medio de un sangriento tumulto de nubarrones, y la luna se mantuvo oculta. El resplandor, según se dijo, era dorado como un rayo de luz que cayese del cielo y su luz no era uniforme, sino que aparecía interrumpida en todas partes por unos destellos arqueados, como producidos por un reflejo de espadas. Duró sólo un momento y luego dejó la noche oscura y tenebrosa. Se publicaron cartas sobre el fenómeno en *Nature* y un burdo diseño que nadie creyó que se pareciese al original. (Podéis comprobarlo vosotros mismos en la página 42 del volumen CCLX de aquella publicación y veréis que el dibujo no parece un resplandor).

Nadie en Sidderford vio la luz, pero Annie, la esposa de Hooker Durgan, que estaba acostada pero despierta, vio su reflejo danzando en la pared, como una llameante lengua de oro.

También fue Annie una de las que oyó el sonido. Los demás que lo oyeron fueron Lumpy Durgan, el tonto, y la madre de Amory. Dijeron que era un sonido como de niños cantando con la vibración de cuerdas de arpa, derramando un raudal de notas como el que a veces produce un órgano. Empezó y terminó como el abrir y el cerrar de una puerta, y antes y después de ello sólo pudieron oír el viento nocturno aullando en el marjal y el ruido en las cuevas marinas bajo el acantilado de Sidderford. La madre de Amory dijo

que le habían entrado ganas de llorar al oír aquello, pero Lumpy dijo que sentía mucho no haber podido oírlo más tiempo.

Esto es todo cuanto os podrá contar cualquiera respecto al resplandor que se vio por encima de Sidderford y de la supuesta música que lo acompañaba. Y si esto tiene o no tiene una verdadera relación con el Pájaro Extraño, cuya historia se relata a continuación, yo no puedo decirlo. Pero lo hago constar aquí por razones que se irán aclarando a medida que vaya avanzando mi relato.

CAPÍTULO II

LA LLEGADA DEL PÁJARO EXTRAÑO

Sandy Bright venía por la carretera, procedente de casa de Spinner, con un lomo de cerdo que había cambiado por un reloj. No vio la luz, pero oyó y vio el Pájaro Extraño. Oyó de repente un aleteo y una voz como un lamento de mujer, y como era nervioso por naturaleza e iba solo, se alarmó muchísimo, y volviéndose, temblando como un azogado, vio un gran bulto negro que se destacaba contra la borrosa oscuridad de los cedros en lo alto de la loma. Le pareció que se le echaba encima y entonces dejó caer su lomo de cerdo y echó a correr sólo para caerse un poco más allá cuan largo era.

Intentó en vano (tal era su estado de ánimo) recordar el principio del Padrenuestro. El extraño pájaro aleteó por encima de él, y le pareció de tamaño algo mayor que un hombre. Extendió ampliamente unas alas que a él le parecieron negras. Sandy Bright lanzó un grito y se creyó perdido. Pero el pájaro pasó sin tocarlo, colina abajo. Luego remontó el vuelo pasando por encima de la vicaría y desapareció por el valle hacia Sidderford.

Sandy Bright se quedó allí echado boca abajo durante un buen rato mirando fijamente las profundidades de la oscuridad para seguir el rastro del extraño pájaro. Por fin se puso de rodillas, y empezó a dar gracias al cielo por su misericordiosa salvación, con la vista fija en el suelo. Siguió su camino hacia el pueblo hablando en voz alta y confesando sus pecados mientras andaba, por miedo de que volviese aquel extrañísimo pájaro. Todos los que lo oyeron creyeron que estaba borracho. Pero desde aquella noche cambió por completo y dejó en absoluto de emborracharse y de defraudar al fisco vendiendo adornos de plata sin permiso. Y el lomo de cerdo quedó abandonado en la ladera hasta que el tendero de Portburdock lo encontró la mañana siguiente.

Otra persona que vio el Pájaro Extraño fue el amanuense de un

procurador en Iping Hanger, que estaba trepando por la colina, antes del desayuno, para ver la salida del sol. Exceptuando unas deshilachadas nubecillas en trance de disolución, la ventolera de la noche había dejado el cielo despejado. Al principio, el amanuense creyó que se trataba de un águila. Estaba cerca del cenit e increíblemente remoto, como un simple punto brillante encima de los rosados cirros, y parecía como si aletease y se revolviese contra la bóveda celeste, del mismo modo que lo haría una golondrina aprisionada contra los cristales de una ventana. Luego descendió vertiginosamente y penetró en la sombra de la tierra, describiendo una gran curva hacia Portburdock, dando la vuelta por encima del Hanger y desapareciendo detrás de los bosques de Siddermorton Park. Parecía mayor que un hombre. Poco antes de ocultarse el pájaro, la luz del sol naciente dio con sus rayos en sus alas, por encima de la cresta de la colina, y entonces las alas centellearon con el brillo de la llama y los colores de las piedras preciosas para desvanecerse en seguida, dejando a aquel testigo mudo de asombro.

Un labriego, al dirigirse a su trabajo siguiendo el muro de piedra de Siddermorton Park, vio el Pájaro Extraño relucir un momento por encima de su cabeza para desaparecer inmediatamente por entre los vagos y brumosos intersticios de las hayas. Pero se fijó poco en el color de las alas, observando sólo que tenía unas piernas muy largas y que parecían rosadas, como de carne, y que el cuerpo estaba moteado de blanco. Hendió el aire como una flecha y desapareció rápidamente.

Éstos fueron los tres primeros testigos oculares del Pájaro Extraño.

Ahora bien, hoy nadie se acobarda ya ante el diablo ni ante sus propios pecados y no hay quien vea unas rarísimas alas irisadas en el primer albor de la mañana y luego no lo cuente a todo el mundo. El amanuense se lo refirió a su madre y hermanas durante el desayuno, y luego, al dirigirse a la oficina de Portburdock, habló de ello al herrero de Hammerpond, y se pasó el día con sus compañeros de oficina maravillándose en vez de copiar escrituras. Y Sandy Bright se fue a discutir el asunto con *Mr.* Jekyll, el pastor primitivista, y el labriego se lo refirió al viejo Hugh y después al vicario de Siddermorton.

—No tienen mucha imaginación en este país —dijo el vicario de

Siddermorton—. No sé lo que habrá de verdad en todo ello. Si no fuera porque dicen que las alas eran de color marrón, yo creería que se trata de un flamenco.

CAPÍTULO III

A LA CAZA DEL PÁJARO EXTRAÑO

El vicario de Siddermorton, pueblo situado a nueve millas de distancia tierra adentro y en línea recta de Siddermourh, era un ornitólogo. Una afición por la ornitología, la botánica, la arqueología o el folklore, es casi inevitable para un hombre soltero y en su posición. También era aficionado a la geometría y ocasionalmente proponía problemas imposibles en el *Educational Times*; pero la ornitología era su fuerte. Ya había añadido dos visitantes a la lista de los pájaros británicos ocasionales. Su nombre era muy conocido en las columnas del *Zoologist*, aunque me temo que esté hoy olvidado porque el mundo se mueve muy de prisa. Y el día siguiente de la aparición del Pájaro Extraño fueron a ver al vicario primero una persona y después otra para confirmarle el relato del labriego y contarle a su vez, aunque ello no tuviera relación alguna con lo otro, lo del resplandor sobre el marjal de Sidderford.

Ahora bien, el vicario de Siddermorton tenía dos rivales en sus aficiones científicas: Gully, de Sidderton, que había visto el resplandor con sus propios ojos y que fue quien envió el dibujo a *Nature*, y Borland, el traficante en objetos de historia natural que también poseía el laboratorio marino de Portburdock. Era opinión del vicario que Borland debía de haberse contentado con su copépodos, pero en vez de eso tenía empleado a un disecador y se aprovechaba de su situación en el litoral para cazar raras aves marinas. Era obvio para todo aquel que entendiera algo en coleccionismo que, antes de haber transcurrido veinticuatro horas, aquellos dos hombres estarían recorriendo el país a la búsqueda del extraño visitante.

Las miradas del vicario se habían posado en el lomo de «Aves Británicas», de Saunders, porque en aquel momento el vicario se hallaba en su biblioteca. En dos sitios de aquel tomo se podía leer la

citación siguiente: «El único ejemplar británico conocido fue capturado por el reverendo K. Hilyer, vicario de Siddermorton». Pensaba en una tercera citación como aquéllas, y dudaba de que ningún otro coleccionista fuera capaz de otro tanto.

Miró su reloj. Eran las dos. Había acabado de comer, y generalmente «descansaba» a primera hora de la tarde. Sabía muy bien que le sería muy desagradable salir bajo el tórrido sol, desagradable tanto para su cabeza como para su organismo en general.

Sin embargo, tal vez Gully hubiera salido y anduviese al acecho por allí observando. ¿Y si se tratase de algo muy bueno y lo capturase Gully?

Tenía la escopeta en un rincón. ¡Aquel pájaro tenía las alas irisadas y las patas rosadas! El aspecto cromático era, ciertamente, extraordinariamente estimulante. Cogió la escopeta.

Quiso pasar por las puertas de cristales y la galería, y atravesando el jardín salir a la carretera de la colina con objeto de eludir la vigilancia del ama. Sabía que sus expediciones cinegéticas no gozaban de su aprobación. Pero al avanzar por el jardín vio a la esposa del párroco y a sus dos hijas con sendas raquetas de tenis en la mano. La esposa del párroco era una joven provista de una fuerza de voluntad inmensa, que solía ir a jugar al tenis en la propia pista del vicario como si fuese de ella, cogía las rosas que mejor le parecían de su jardín, difería de él sobre muchos puntos doctrinales y se permitía criticar su conducta personal por toda la parroquia. El vicario le tenía un miedo cerval y estaba siempre intentando atraérsela. Pero hasta entonces se había mantenido firme con su ornitología...

Sin embargo, salió por la puerta delantera.

CAPÍTULO IV

SI no fuese por los coleccionistas, Inglaterra estaría relativamente llena de extrañas aves y maravillosas mariposas, flores rarísimas y millares de otros seres interesantes. Pero felizmente el coleccionista evita todo eso, ya sea matándolos con sus propias manos, ya sea comprándolos a precios extravagantes, procurando de este modo que la gente de las clases inferiores maten las excentricidades a medida que vayan apareciendo. Esto da trabajo a la gente, aunque lo impidan los decretos del Parlamento. De esta manera, por ejemplo, está exterminando la chova de Cornualles, la mariposa blanca de Bath, la otra mariposa llamada «Reina de España», y puede vanagloriarse de la completa exterminación de la oca gigante y de un centenar de otras aves, plantas e insectos raros. Todo esto es la obra del coleccionista y su única gloria. En nombre de la Ciencia. Y todo esto está muy bien y es tal como debe ser. Toda excentricidad, de hecho, es una inmoralidad (reflexionad sobre esto si ahora no creéis que sea cierto), del mismo modo que la excentricidad en el modo de pensar es la locura (y os reto a que encontréis otra definición que explique mejor uno y otro caso), y si una especie es rara se deduce en consecuencia que no está adaptada para la supervivencia. El coleccionista es, a fin de cuentas, simplemente igual que el soldado de infantería en la época de las pesadas armaduras de combate. Deja que los demás luchen y él se limita a cortar el cuello a los caídos. Así, pues, uno puede pasearse de uno a otro extremo de Inglaterra en verano y ver sólo ocho o diez flores silvestres corrientes, las más ordinarias mariposas y una docena o cosa así de los pájaros más comunes, sin ser nunca molestado por brecha alguna en la monotonía, por ninguna salpicadura en el paisaje de flores extrañas ni por el revoloteo de un ala desconocida. Todo lo demás ha sido coleccionado hace muchos años. Por esta causa debiéramos todos querer a los coleccionistas y tener muy presente lo mucho que les debemos cuando nos enseñan sus pequeñas colecciones. Esos cajoncitos alcanforados que tienen ellos, sus vitrinas y sus libros de papel secante, son las tumbas de lo

Raro y de lo Bello, los símbolos del Triunfo del Ocio, gastado moralmente, sobre las Delicias de la Vida. (Todo lo cual, como vosotros muy adecuadamente observaréis, nada tiene que ver en absoluto con el Pájaro Extraño).

CAPÍTULO V

Hay un sitio en el marjal donde las negras aguas brillan entre el musgo jugoso y donde el velludo rosoli, devorador de incautos insectos, extiende sus antenas manchadas de rojo hacia el Dios que crea sus criaturas para que las unas sirvan de pasto a las otras. En un cerro contiguo crecen abedules de corteza plateada y el verde tierno del alerce se mezcla con el verde oscuro del abeto. Por allí, a través del susurrante y meloso brezal, apareció el vicario, bajo el calor del mediodía, con una escopeta debajo del brazo, cargada con perdigones de los gordos destinados al Pájaro Extraño. Y en su mano libre llevaba un pañuelo de bolsillo con el que continuamente se secaba el rostro perlado de sudor.

Pasó por el lado y dejó atrás el estanque grande y la charca cubierta de hojas secas donde el Sidder tiene su origen, y de allí, por la carretera, que al principio es arenosa y luego se vuelve gredosa, a la pequeña verja que da entrada al parque. Hay siete peldaños para subir a la verja, y al otro lado seis para bajar, para que no se escapen los ciervos, de modo que cuando el vicario estuvo en lo alto de la escalerita tenía la cabeza a más de tres metros del nivel del suelo. Y al mirar hacia el lugar donde un tumulto de frondas de helechos rellenaba el hueco que había entre dos grupos de hayas, notó algo de colores diversos que se agitaba y desaparecía. Súbitamente pasó un fulgor por su rostro y sus músculos se pusieron tensos. Agachó la cabeza, asió la escopeta con ambas manos y se quedó inmóvil. Entonces, vigilando atentamente, bajó los peldaños del lado del parque, y estrechando la escopeta entre sus manos, se arrastró más que anduvo hacia el helechal.

Nada se movía, y el vicario temió que hubiese sido una ilusión de sus sentidos, hasta que llegó a los helechos y se hubo metido entre ellos, rozándolos a la altura del pecho. Entonces, repentinamente, se elevó por el aire un ave de ondeantes colores, a veinte yardas o menos de sus narices, batiendo el aire con las alas. Al cabo de un instante ya estaba volando por encima del helechal e inmediatamente extendió las alas en toda su envergadura. El vicario

vio lo que era, el corazón se le subió a la garganta, y disparó de pura sorpresa y por hábito.

Se oyó un grito sobrehumano de agonía, las alas batieron el aire dos veces y la víctima cayó diagonalmente con gran rapidez, dando contra el suelo en el césped de la pendiente de detrás del vicario, hecha un guiñapo, agitándose y contorsionándose, con un ala rota y unas cuantas plumas manchadas de sangre revoloteando por el aire.

El vicario se quedó horrorizado, con la humeante escopeta todavía en la mano. No era ningún pájaro sino un joven con una cara hermosísima, vestido con una túnica de color de azafrán y con unas alas irisadas, entre cuyo plumaje unas grandes ondas de color, llamaradas de morado y carmín, verde—oro y azul intenso se perseguían mientras él se contorsionaba en su dolor. Nunca había visto el vicario unas combinaciones tan soberbias de color. Ni los ventanales de vidrios coloreados, ni las alas de las mariposas, ni siquiera los rompimientos luminosos de los cristales vistos entre prismas, ningún color terrenal podía compararse con ellos. Dos veces el Ángel intentó incorporarse, pero para volver a caerse de costado. Entonces el aleteo disminuyó, el aterrorizado semblante palideció las oleadas de color se amortiguaron y, de repente, con un sollozo, se quedó tendido de espaldas, y las cambiantes tonalidades de las alas rotas se marchitaron rápidamente transformándose en un matiz uniforme de color gris mortecino.

—¡Oh! ¿Qué me ha sucedido? —exclamó el Ángel estremeciéndose violentamente, con las manos extendidas, hincadas en el suelo, y volviendo a quedar inmóvil.

—¡Pobre de mí! —exclamó el vicario—. No tenía la menor idea.

Y, acercándosele con grandes precauciones, añadió:

—Dispense, pero temo haber disparado contra usted.

Era una observación obvia.

El Ángel pareció darse cuenta por vez primera de la presencia de su agresor. Se incorporó a medias apoyándose en una mano y sus ojos castaños se quedaron mirando fijamente al vicario. Luego, abriendo la boca y mordiéndose el labio inferior, consiguió sentarse y examinó al vicario de pies a cabeza.

—¡Un hombre! —exclamó el Ángel dándose una palmada en la frente—. ¡Un hombre vestido con las más absurdas ropas negras y sin ni una sola pluma en su cuerpo! ¡Entonces no me han engañado!

¡Estoy de veras en el País de los Sueños!

CAPÍTULO VI

EL VICARIO Y EL ÁNGEL

Ahora bien, hay cosas que son francamente imposibles. El intelecto más débil tendrá que admitir que esta situación es imposible. El *Athenœum* también diría lo mismo si yo me aventurase a analizar esto. Los helechos salpicados de sol, las hayas desplegadas a la vista, el vicario y la escopeta son cosas perfectamente aceptables. Pero este Ángel es distinto. Las personas sensatas y normales difícilmente proseguirán la lectura de una historia tan extravagante como ésta. Y el vicario se percató enteramente de semejante imposibilidad. Pero le faltó decisión. Por consiguiente, siguió adelante, como veréis inmediatamente. Tenía mucho calor, hacía poco que había comido y no estaba para sutilezas mentales. La presencia del Ángel le había cogido desprevenido y por si esto fuera poco aún le distrajo de la solución principal con unas irisaciones superfluas y un violento aleteo. En aquellos momentos no se le ocurrió al vicario preguntarse si el Ángel era posible o no. Lo aceptó en la confusión del momento y el daño estuvo hecho. ¡Póngase usted en su lugar, mi querido *Athenœum*! Usted sale de caza. Dispara y da en el blanco. Esto solo ya es suficiente para desconcertarle a usted. Luego resulta que ha herido a un Ángel, que se retuerce en el suelo durante un minuto y después se incorpora y le dirige la palabra. No presenta ninguna excusa por su propia imposibilidad. Por el contrario, se lanza a la carga dentro del propio campamento de usted: «¡Un hombre! — exclama señalándole con el dedo—. Un hombre vestido con las más absurdas ropas negras y sin una sola pluma en su cuerpo. Entonces no me han engañado. ¡Estoy de veras en el País de los Sueños!». Tiene usted que contestarle algo. A menos que eche usted a correr o le haga saltar la tapa de los sesos con un segundo disparo para esquivar toda controversia.

—¡El País de los Sueños! Perdóneme usted si me permito

insinuarle que acaba usted de llegar de allí precisamente —fue la observación que le hizo el vicario.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó el Ángel.

—Su ala —repuso el vicario— está sangrando. Antes de hablar más, ¿podría tener el placer, el triste placer, de vendarle la herida? Estoy, créalo usted, sinceramente apenado...

El Ángel se llevó la mano a la espalda e hizo una mueca.

El vicario ayudó a su víctima a ponerse de pie. El Ángel se volvió gravemente, y el vicario, con innumerables paréntesis jadeantes e insignificantes, le examinó con mucho cuidado las alas heridas. El vicario observó con gran interés que se articulaban con una especie de segunda cavidad glenoidea en el borde externo superior del omoplato. El ala izquierda había sufrido poco, excepto la pérdida de algunas plumas primarias, y uno o dos perdigones en el ala espuria, pero el húmero derecho estaba evidentemente fracturado. El vicario restañó la hemorragia tan bien como supo y vendó el hueso con su pañuelo de bolsillo y la bufanda que su ama de llaves le hacía llevar en todo tiempo.

—Mucho me temo que no pueda usted volar durante algún tiempo —dijo palpando el hueso.

—No me gusta nada esta nueva sensación —repuso el Ángel.

—¿El dolor que le hago al tocarle el hueso?

—¿El que? —preguntó el Ángel.

—El dolor.

—¿Dolor... le llama usted? No, no me gusta nada el dolor ese. ¿Tienen ustedes mucho dolor de ése en el País de los Sueños?

—Bastante —contestó el vicario—. ¿Es nuevo eso para usted?

—Completamente —dijo el Ángel—. No me gusta nada.

—¡Qué curioso! —exclamó el vicario mordiendo un extremo del pañuelo para anudarlo—. Me parece que este vendaje le servirá por ahora. —Y añadió—: Aprendí a hacer curas de urgencia en otro tiempo, pero nunca el vendaje de heridas grandes. ¿Se le ha calmado el dolor?

—Ahora me quema en vez de pincharme —dijo el Ángel.

—Mucho me temo que siga quemando durante algún tiempo —dijo el vicario muy atento con la herida aún.

El Ángel encogió el ala y se volvió para mirar de nuevo al vicario. Había estado intentando mirarlo por encima del hombro

durante toda la entrevista. Ahora lo miró de pies a cabeza con las cejas enarcadas y una creciente sonrisa en su hermoso y delicado semblante.

—¡Parece tan raro esto de estar hablando con un hombre...! —dijo con una agradabilísima risita.

—¿Sabe usted —replicó el vicario—, ahora que pienso en ello, que para mí es igualmente raro esto de estar hablando con un Ángel? Yo soy un hombre bastante realista. Un vicario tiene que serlo. Y siempre he considerado a los ángeles como... conceptos artísticos.

—Es exactamente lo que nosotros pensamos de los hombres...

—Pero, con toda seguridad, usted habrá visto muchos hombres...

—Nunca hasta hoy. En pinturas y en libros, muchas veces, naturalmente. Pero desde la salida del sol he visto algunos hombres reales y concretos, además de uno o dos caballos, esos unicornios, ¿sabe usted?, sin cuerno, y muchos de estos grotescos animales llenos de bultos que se llaman «vacas». Es natural que me asustara un poco al ver tantos monstruos mitológicos y viniera a esconderme aquí hasta que oscureciera. Supongo que volverá a oscurecer nuevamente, igual que la primera vez. ¡Ay! Este dolor, como usted dice, no me hace ninguna gracia. Espero que despertaré pronto.

—Perdone, pero no le entiendo —dijo el vicario frunciendo las cejas y dándose una palmada en la frente—. ¡Monstruo mitológico!

Lo peor que le habían llamado desde hacía muchos años era «anacronismo medieval», y eso aún un defensor de la separación de la Iglesia del Estado.

—¿Debo entender que usted me considera como... un ser que forma parte de un sueño?

—¡Claro! —repuso el Ángel sonriendo.

—Y este mundo que hay a nuestro alrededor, estos rugosos árboles y esos tupidos ramajes...

—¡Es todo tan parecido a un sueño...! —dijo el Ángel—. Es exactamente igual que lo que se sueña... o lo que imaginan los artistas.

—Entonces, ¿hay artistas entre los ángeles?

—Toda clase de artistas... Ángeles con una imaginación maravillosa, que inventan hombres y vacas y águilas y millares de

criaturas imposibles.

—¿Criaturas imposibles? —repitió el vicario.

—Criaturas imposibles —afirmó el Ángel—. Mitos.

—¡Pero yo soy real! —exclamó el vicario—. Le aseguro a usted que existo.

El Ángel encogió las alas como si se encogiera de hombros, hizo una mueca y sonrió.

—Siempre me doy cuenta de cuándo estoy soñando —dijo.

—¿Usted... está soñando? —preguntó el vicario.

Y miró a su alrededor.

—¿Usted está soñando? —repitió.

Su mente trabajaba difusamente. Extendió la mano agitando los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Ya empiezo a ver claro.

Una idea, realmente brillante, alboreaba en su mente. ¡Por algo había estudiado matemáticas en Cambridge, después de todo!

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme el nombre de algunos animales de su mundo... del mundo real, animales verdaderos que usted conozca?

—¿Animales reales y verdaderos? —dijo el Ángel sonriendo—. Pues hay grifos y dragones... y centauros... y querubines... y esfinges... y el hipogrifo... y sirenas... y sátiros... y...

—Muchas gracias —interrumpió el vicario al ver que el Ángel se iba entusiasmando—. Muchísimas gracias. Ya es bastante. Empiezo a comprender.

Se calló durante unos instantes, con el entrecejo fruncido.

—Sí... Ya empiezo a ver claro.

—¿A ver qué? —preguntó el Ángel.

—Los grifos y los sátiros y todo lo demás.

—Pues yo no los veo —dijo el Ángel.

—No, el *quid* está en que no se pueden ver en este mundo. Pero nuestros hombres, los que tienen imaginación, nos han hablado de ellos, ¿sabe usted? Y aún a veces... hay ciertos sitios en este mismo pueblo donde hay que aceptar simplemente lo que la gente dice, o, si no, se ofenden... Yo, por mi parte, he visto en sueños centauros, duendes, mandrágoras... Desde nuestro punto de vista, ¿sabe usted?, son criaturas de ensueño...

—¡Criaturas de ensueño! —exclamó el Ángel—. ¡Qué singular!

¡Éste sí que es un sueño curiosísimo! Una especie de mundo al revés. Usted llama a los hombres seres reales y a los ángeles mitos. Casi hace pensar que, de algún modo extraño, debe de haber dos mundos, como si dijéramos...

—Dos por lo menos —dijo el vicario.

—Situados en alguna parte, muy juntos, y, sin embargo, lejos de sospechar...

—Tan juntos como dos páginas contiguas en un libro.

—Penetrándose mutuamente, viviendo cada uno de ellos su propia vida. ¡Es realmente un sueño delicioso!

—Y sin soñar nunca el uno con el otro.

—¡Excepto cuando la gente se pone a soñar!

—Sí —dijo el Ángel, meditabundo—. Debe ser algo así. Y ahora que me acuerdo... A veces, al quedarme dormido soñoliento bajo el sol del mediodía, he visto unas caras extrañas y arrugadas, iguales que la de usted, junto a mí, y unos árboles con hojas verdes sobre ellas, y un suelo rarísimo e irregular como éste... Debe de ser así. He caído en otro mundo.

—Algunas veces —repuso el vicario—, después de acostarme, cuando me hallo en el linde de la inconsciencia, he visto caras tan hermosas como la de usted, y extrañas vistas deslumbradoras de una escena maravillosa que transcurría ante mis ojos, con unas figuras aladas que se sostenían en el aire, y unas maravillosas, y a veces terribles, formas que iban de un lado para otro. También mis oídos han escuchado una música dulcísima... Pudiera ser que, a medida que retiramos nuestra atención del mundo de los sentidos, del apremiante mundo que hay a nuestro alrededor, al pasar el crepúsculo del reposo, otros mundos... Igual que vemos las estrellas, esos otros mundos en el espacio, cuando la luz del día se apaga... Y los artistas soñadores que ven estas cosas clarísimamente... Ambos permanecieron unos instantes mirándose.

—¡Y de algún modo incomprensible resulta que me he caído desde mi propio mundo a este incomprensible mundo vuestro! —dijo el Ángel—. He caído en el mundo de mis sueños convertido en realidad.

Miró a su alrededor.

—¡En el mundo de mis sueños!

—Es desconcertante —dijo el vicario—. Casi habría motivo para

pensar que tal vez... ¡ejem...!, hubiese en realidad cuatro dimensiones después de todo. En cuyo caso, naturalmente continuó diciendo apresuradamente porque le gustaban las disquisiciones geométricas, y tenía cierta vanidad de exhibir sus conocimientos en esta materia, —es muy posible que haya un número indefinido de universos tridimensionales situados unos junto a otros, y cada uno de ellos soñando vagamente en los demás. Puede que haya mundos y más mundos, universos y más universos. Es perfectamente posible. No hay nada tan increíble como lo absolutamente posible. Pero lo que no me explico es cómo pudo acontecer que usted se cayera de su mundo al mío...

—¡Válgame Dios! —exclamó el Ángel—. ¡Aquí hay ciervos! Son iguales que los que pintan en los escudos de armas. ¡Qué grotesco me parece todo esto! ¿Es posible que esté despierto?

Se frotó los ojos con los nudillos.

Media docena de ciervos moteados comparecieron en fila india, oblicuamente, por entre los árboles, y se detuvieron husmeando.

—No es sueño... Soy realmente un ángel sólido y concreto, en el País de los Sueños —dijo el Ángel.

Y se echó a reír. El vicario, mientras tanto, lo observaba. El reverendo torcía la boca según un hábito adquirido, y se frotaba el mentón con los dedos preguntándose si no se hallaba él también en el País de los Sueños.

CAPÍTULO VII

Ahora bien, en el País de los Ángeles, según fue sabiendo el vicario en el transcurso de varias conversaciones, no hay dolo, ni molestias ni muerte, no hay bodas ni peticiones de mano, no hay nacimientos ni olvido. Sólo de vez en cuando se inician cosas nuevas. Es un país sin montes ni valles, un país admirablemente llano, reluciente, con extraños edificios, con incesante luz de sol o de luna llena y con incesantes brisas que soplan a través de las eólicas frondas de los árboles. Es el verdadero País de las Maravillas, con relumbrantes mares suspendidos en el cielo, cruzados por extrañas flotas que van navegando nadie sabe hacia dónde. Allí las flores lucen en el cielo y las estrellas brillan a los pies de uno, y el aliento vital es una pura delicia. La tierra allí sigue rodando eternamente, porque no hay sistema solar ni espacios interplanetarios como en nuestro universo, y el aire sube a lo alto, más allá del sol, hasta el más remoto abismo de su firmamento. Y allí sólo hay Belleza. Toda la belleza de nuestro arte no es más que una débil reproducción de leves destellos de aquel mundo maravilloso, y nuestros compositores, nuestros originales compositores, son aquellos que oyen, de un modo casi imperceptible, el polvo de melodía que levantan sus vientos. Y los ángeles y los maravillosos monstruos de bronce y mármol y ardiente fuego, se pasean de un lado para otro.

Es el País de la Ley, porque cualquier cosa está allí bajo la ley, pero todas sus leyes difieren, de un modo rarísimo de las nuestras. Su geometría es diferente porque su espacio posee una curva tal que todos sus planos son cilindros, y su ley de gravedad no concuerda con la ley de la razón inversa del cuadrado de la distancia, y tienen veinticuatro colores primarios en vez de los tres que tenemos nosotros. La mayor parte de las cosas fantásticas de nuestra ciencia son allí vulgaridades, y toda nuestra ciencia terrenal les parecería a ellos un sueño de locos. Por ejemplo, sus plantas no producen flores, sino haces de fuego colorado. Esto, naturalmente, va a parecerles a ustedes una tontería porque no comprenderán la mayor

parte de lo que el Ángel explicó al vicario, e incluso el vicario no pudo entenderlo porque su propia experiencia, basándose sólo en este mundo material, se hallaba en franco desacuerdo con su comprensión. Aquello era demasiado extraño para poder ser imaginado siquiera.

Lo que había sacudido a aquellos dos universos gemelos para que el Ángel cayera en Sidderford de improviso, es cosa que ni el Ángel ni el vicario pudieron explicarse. Como tampoco puede explicárselo el autor de la presente narración. Al autor sólo le interesan los hechos y no tiene ni el deseo ni la presunción de razonarlos. Los razonamientos son la falacia de una época científica. Y el hecho principal del presente caso es éste: que en pleno aire libre, en el parque de Siddermorton, con la gloria de cierto mundo maravilloso donde no existen aún ni tristezas ni suspiros, el día 4 de agosto de 1895 había un Ángel, brillante y bello, hablando con el vicario de Siddermorton sobre la pluralidad de los mundos. El autor juraría la presencia del Ángel si hubiere necesidad de ello, y de aquí no pasa.

CAPÍTULO VIII

— **T**engo una sensación muy rara *aquí* —insistió el Ángel—. La tengo desde la salida del sol. No recuerdo haber experimentado ninguna sensación como ésta... *aquí*, nunca.

—No será dolor, espero —dijo el vicario.

—¡Oh, no! Es completamente diferente... Es como una sensación de vacío.

—La presión atmosférica será tal vez un poco distinta —repuso el vicario tocándose la barbilla.

—Y, ¿sabe usted?, también experimento unas sensaciones curiosísimas en la boca... casi como si... ¡es tan absurdo...!, casi como si tuviera necesidad de meter cosas en ella.

—¡Válgame Dios! —exclamó el vicario—. ¡Claro...! ¡Tiene usted hambre!

—¿Hambre? —preguntó el Ángel—. ¿Qué es esto?

—¿No comen ustedes?

—¿Comen? Esta palabra es nueva para mí.

—Quiere decir si no se ponen alimento en la boca, ¿comprende? Aquí hay que hacerlo. Lo aprenderá pronto. Si no lo hace así, adelgazará y se sentirá muy desgraciado y sufrirá mucho... dolor, ¿sabe usted...? Y, por fin, tendrá que morir.

—¡Morir! —exclamó el Ángel—. ¡Otra palabra extraña!

—Aquí no es nada extraña. Significa dejar de vivir, ¿comprende usted?

—Nosotros nunca dejamos de vivir.

—No sabe usted lo que puede ocurrirle en este mundo. Es muy posible que si usted tiene hambre, y siente dolor y tiene el ala rota, también tenga que morirse un día u otro, antes de que pueda salir de este atolladero. Sea lo que sea, vale la pena de que pruebe de comer algo. A mi juicio, hay muchísimas cosas más desagradables que ésa.

—Sí, creo que tendré que comer —dijo el Ángel—, desde luego si no resulta demasiado difícil. No me gusta este «dolor» vuestro, y

tampoco me gusta esa «hambre». Si vuestro «morir» es algo parecido, prefiero comer. ¡Qué mundo tan extraño es éste!

—Morir —explicó el vicario— se considera generalmente como algo peor que el dolor o el hambre... Depende.

—Tendrá que explicarme todo esto más tarde —dijo el Ángel—. A menos que antes me despierte. Ahora hágame el favor de enseñarme a comer. Si no le molesta. Siento una cierta urgencia.

—Dispense —dijo el vicario, ofreciéndole el brazo—. Si puedo tener el honor de invitarle... Mi casa está allí... a un par de millas escasas de distancia.

—¡Su casa! —exclamó el Ángel, cada vez más sorprendido.

Pero se cogió afectuosamente del brazo del vicario y los dos se dirigieron conversando y andando lentamente, a través del frondoso helechal moteado de sol bajo los árboles, hacia el portillo en la empalizada del parque, y de allí a través de los brezos zumbantes de abejas dos millas cuesta abajo hacia la casa.

Os habría encantado aquella pareja si hubieseis podido verla. El Ángel, pequeño de talla, escasamente de metro y medio de altura, y con unas facciones hermosísimas y casi afeminadas tal, como hubiera podido pintarlo un antiguo maestro italiano. (En realidad hay uno en la «National Gallery», *Tobías y el Ángel*, de un artista desconocido, que no es muy diferente de él tanto físicamente como en la expresión de la cara). Iba vestido sencillamente con una túnica de color de azafrán ribeteada de morado, descalzo y con las rodillas al aire, con las alas, rotas ahora, y gris plumizas, plegadas a la espalda. El vicario tenía un tipo también pequeño, pero muy robusto, de faz rubicunda, pelirrojo, bien afeitado y con unos brillantes ojos castaño—rojizos. Llevaba un sombrero de paja con cinta negra, una corbata blanca pulquérrima y una bonita cadena de reloj, de oro. Sentíase tan interesado con su compañero que sólo al divisar la vicaría se le acudió que había dejado la escopeta en el suelo, en el lugar donde se le había caído, en medio de los helechos.

Se alegró muchísimo al enterarse de que el dolor del Ángel disminuía rápidamente de intensidad.

CAPÍTULO IX

PARÉNTESIS SOBRE LOS ÁNGELES

Vamos a explicarnos. El Ángel de esta historia es el Ángel del Arte y no aquel Ángel que sería irreverente tocar. No es ni el Ángel de los sentimientos religiosos ni el Ángel de las creencias populares. A este último lo conocemos todos. Es el único entre las huestes angélicas que es claramente femenino. Lleva un vestido de una blancura inmaculada y absoluta, con mangas, es rubio con largas trenzas doradas y sus ojos son de color azul celeste. Es una pura mujer, doncella o matrona, con su traje de noche, y con las alas pegadas a los omoplatos. Sus ocupaciones son domésticas y muy simpáticas: vigila una cuna o ayuda a un alma hermana a subir al cielo. A veces lleva una palma, pero nada tendría de extraño que nos lo encontráramos algún día con un calentador en la mano para ir a calentar a algún pobre pecador medio muerto de frío. Este Ángel fue el que bajó del cielo para ir a visitar a Margarita en la cárcel, en la retocada escena última del *Fausto* en el Lyceum, y los interesantes y buenísimos niños que mueren prematuramente tienen visiones de ángeles parecidos a éste en las novelas de *Mrs. Henry Wood*. Este ángel femenino, con su indescriptible encanto de santidad perfumada de lavanda, su aroma de vidas limpias y metódicas, es, después de todo, según parece, una invención puramente teutónica. El pensamiento latino lo desconoce. Los antiguos maestros no lo representan nunca. Es todo de una pieza con aquella amable, inocente y afeminada escuela de arte cuyo mayor triunfo consiste en hacer que al público se le haga «un nudo en la garganta» y en la que el ingenio, la pasión, el escarnio y la pompa no tienen lugar alguno.

El ángel blanco fue creado en Alemania, la tierra de las mujeres rubias y de los sentimientos domésticos. Viene a nosotros frío y adorable, puro y tranquilo, tan silenciosamente calmante como la amplitud y el silencio del firmamento tachonado de estrellas, el cual

resulta también inenarrablemente idolatrado por el alma teutónica... Nosotros lo reverenciamos. Y a aquellos ángeles de los hebreos, aquellos espíritus de poder y misterio, a Rafael, a Zaquiél y a Miguel, de quienes sólo Watts pudo coger la sombra, de quienes sólo Blake pudo ver el esplendor, a éstos también los reverenciamos.

Pero este Ángel contra el cual disparó el vicario no es, repetimos, ningún ángel de esta clase, sino el ángel del arte italiano, policromo y alegre. Procede del país de los hermosos ensueños y no de un lugar sagrado. A lo mejor resulta papista. Tened paciencia, por consiguiente, con sus tornasoladas plumas, y no os precipitéis con vuestra carga de irreverencia hasta haber leído toda la historia.

CAPÍTULO X

EN LA VICARÍA

LA esposa del párroco, con sus dos hijas, y *Mrs. Jehoram* estaban todavía jugando al tenis en la pista que hay detrás del estudio del vicario. Jugaban muy bien y hablaban, con frases entrecortadas, de patrones de papel para blusas. Pero el vicario se había olvidado de ello y compareció por aquel lado.

Ellas vieron el sombrero del vicario por encima de los rododendros, y a su lado una cabeza descubierta, de pelo rizado.

—Debo pedirle que vaya a ver a Susan Wiggin —dijo la esposa del párroco.

Estaba a punto de servir y se quedó inmóvil, con la raqueta en una mano y la pelota entre los dedos de la otra.

—Es él quien debiera haber ido a visitarla, siendo como es el vicario, en vez de George. Yo... ¡Ah!

Las dos figuras habían dado vuelta a la esquina y eran visibles. El vicario cogido del brazo de...

Aquello se presentó súbitamente a la vista de la esposa del párroco. Como la cara del ángel estaba vuelta hacia ella, no vio las alas. Sólo un rostro de belleza ultraterrena rodeado de una aureola de pelo castaño y una graciosa figura vestida con un ropaje de color de azafrán que casi no le llegaba a las rodillas. La visión de aquellas rodillas pasó como un relámpago por la mente del vicario y se sintió horrorizado. También se quedaron horrorizadas las dos muchachas y *Mrs. Jehoram*. Todos se horrorizaron. El Ángel se quedó mirando lleno de asombro aquel grupo horrorizado. Y es que no había visto horrorizarse a nadie hasta entonces.

—¡*Mr. Hilyer*! —exclamó la esposa del párroco—. ¡Esto ya es demasiado!

Se quedó sin habla durante un momento y luego añadió:

—¡Oh!

Y volviéndose en redondo hacia las rígidas muchachas, ordenó:

—¡Vamos!

El vicario abrió y volvió a cerrar la boca sin poder decir nada. El mundo zumbaba a su alrededor. Hubo un remolino de faldas de céfiro y cuatro rostros apasionados y descompuestos se dirigieron resueltamente hacia la abierta puerta del pasadizo que cruzaba la vicaría. El vicario tuvo la sensación de que su reputación se iba con ellas.

—*Mrs.* Mendham —dijo dando un paso adelante—. *Mrs.* Mendham, usted no comprende...

—¡Oh! —Volvieron a exclamar todas.

Una, dos, tres, cuatro faldas desaparecieron detrás de la puerta. El vicario fue tambaleándose hasta el centro de la pista y allí se detuvo, estupefacto.

—Esto nos ocurre —oyó que decía la esposa del párroco desde las profundidades del pasadizo— por tener un vicario soltero...

El paragüero se tambaleó. La puerta de la fachada de la vicaría se cerró con estrépito. Durante un rato reinó un absoluto silencio.

—Podía habérmelo figurado —murmuró el vicario—. ¡Es siempre tan precipitada en todo!

Se cogió la barbilla con la mano, gesto en él habitual. Luego volvió el rostro hacia su compañero. El Ángel, evidentemente, estaba muy bien educado. Tenía en la mano la sombrilla de *Mrs.* Jehoram, que ella se había dejado olvidada en una de las sillas de bambú, y la estaba examinando con extraordinario interés. La abrió.

—¡Qué curioso mecanismo! —dijo—. ¿Para qué servirá?

El vicario no contestó. El traje angélico era... El vicario sabía que era a propósito para soltar una frase francesa, pero no pudo acordarse de cuál. ¡Hablaban tan pocas veces el francés! Sabía que no era *de trop*. Cualquier cosa salvo *de trop*. El Ángel sí que estaba *de trop*, pero no su traje. ¡Ah...! ¡*Sans culotte*!

Examinó a su invitado con espíritu crítico... por primera vez.

«Será difícil de explicar», se dijo en voz baja.

El Ángel plantó la sombrilla en el césped y fue a oler el fragante rosal silvestre. El sol le daba de plano en el cabello castaño prestándole apariencia de un halo. Se pinchó un dedo.

—¡Qué raro! —exclamó—. Otra vez el dolor.

—Sí —murmuró el vicario pensando en alta voz—. Es muy hermoso y muy curioso así tal como está. A mí me gusta más así.

Pero mucho me temo que tendré que hacerlo.

Y se acercó al Ángel con una tosecilla nerviosa.

CAPÍTULO XI

—**E**ran unas señoras —exclamó el vicario.

—¡Qué grotescas! —comentó el Ángel sonriendo y oliendo el fragante rosal silvestre—. ¡Y qué figuras más raras!

—Es posible... —dijo el vicario—. ¿Notó usted... ¡jejem...!, su modo de comportarse?

—Se marcharon. Hasta pareció como si huyeran. ¿Se asustarían? Yo, claro está, también me asusté de ver esos seres sin alas. Espero... que no se asustarían por mis alas, ¿verdad?

—Fue por su aspecto en general —dijo el vicario mirándole involuntariamente los rosados pies.

—¡Pobre de mí! Nunca se me hubiera ocurrido. Supongo que les parecería tan extraño como usted me pareció a mí. —Miró el suelo y añadió—: Y mis pies. Usted tiene pezuñas como un hipogrifo.

—Botas —corrigió el vicario.

—¿Botas lo llaman ustedes? Pero, sea como sea, siento mucho haber alarmado...

—Es que —dijo el vicario acariciándose el mentón— nuestras señoras... ¡jejem...!, tiene sus opiniones particulares... opiniones muy poco artísticas, por cierto, sobre... ¡jejem...!, la indumentaria. Vestido como usted está ahora, me temo, me temo muchísimo que... a pesar de lo indudablemente bonito que es su vestido... se va a encontrar usted algo... ¡jejem...!, algo aislado en la sociedad. Tenemos un pequeño proverbio que dice: «Cuando estés en Roma..., ¡jejem...!, haz lo que hagan los romanos». Puedo asegurarle que, suponiendo que usted desee... ¡jejem...!, vivir con nosotros... durante su permanencia involuntaria...

El Ángel retrocedió uno o dos pasos a medida que el vicario se iba acercando en su intento de mostrarse diplomático y confidencial. La hermosa cara parecía perpleja.

—No entiendo. ¿Por qué está haciendo estos ruidos con la garganta? ¿Es indicio de muerte o hambre o de algo por el estilo?

—Como huésped mío... —interrumpióle el vicario, y se detuvo.

—Como huésped mío... —repitió el Ángel.

—¿Tendría usted inconveniente, hasta que se hayan establecido unas disposiciones más permanentes, en vestirse usted..., ¡ejem...!, con un traje, un traje enteramente nuevo debo decir, como este que yo llevo puesto?

—¡Oh! —exclamó el Ángel.

Retrocedió unos pasos, a fin de poder contemplar al vicario de pies a cabeza.

—¿Llevar un traje como el de usted? —añadió.

Se sentía confuso, pero divertido. Brillaron sus ojos, muy abiertos, frunció las comisuras de los labios.

—¡Delicioso! —exclamó palmoteando—. ¡Qué extraño sueño de locura es éste! ¿Dónde está ese traje?

Y comenzó a desatarse el cordón de su túnica de color de azafrán.

—¡Dentro! —exclamó el vicario—. Por aquí... ¡Hay que cambiarse la ropa... dentro!

CAPÍTULO XII

Así, pues, el Ángel se puso un par de piezas de ropa interior del vicario, una camisa rasgada por la espalda, para poder acomodar las alas, calcetines, zapatos (los zapatos de vestir del vicario), cuello, corbata y un abrigo ligero. Pero al ponerse esta última prenda, el Ángel volvió a sentir dolor, lo que hizo recordar al vicario que el vendaje que le hizo era provisional.

—Llamaré para que traigan el té en seguida, y mandaré a Grummet a buscar el doctor —dijo el vicario.

Y añadió:

—Cenaremos temprano.

Mientras el vicario daba sus órdenes desde la baranda del rellano, el Ángel se examinaba a sí mismo en el espejo con evidente satisfacción. Si era extraño al dolor, no era, evidentemente extraño, gracias, quizás, a sus ensueños, al placer de la incongruencia.

Tomaron el té en el salón. El Ángel se sentó en el taburete del piano, a causa de las alas. Al principio quería echarse en la esterilla de la chimenea. Ofrecía un aspecto mucho menos radiante con las ropas del vicario, del que tenía con la túnica de color de azafrán. Su rostro brillaba aún, el color del pelo y de las mejillas era extrañamente brillante, y en sus ojos centelleaba una luz sobrehumana, pero las alas debajo del abrigo le daban la apariencia de un jorobado. Las ropas le prestaban, realmente, un aspecto completamente terrestre, con los pantalones llenos de arrugas transversales y los zapatos de un número mayor que el que convenía.

Era encantadoramente afable e ignoraba completamente los hechos más elementales de la civilización. La cuestión de la comida no presentó dificultades, y el vicario se entretuvo y se divirtió enseñándole cómo se había de tomar el té.

—¡Qué enredo! ¡En qué mundo tan feo y tan grotesco vive usted! —dijo el Ángel—. ¡Qué curioso esto de embutirse cosas en la boca! Nosotros utilizamos nuestras bocas sólo para hablar y cantar. Nuestro mundo, ¿sabe usted?, es inconmensurablemente bello.

Tenemos tan pocas cosas feas que encuentro todo esto... delicioso.

Mrs. Hinijer, el ama de llaves del vicario, miró al Ángel con suspicacia al entrar con el té. Lo consideró como un «tipo raro». Lo que habría pensado de él de haberle visto con la ropa de color de azafrán, es cosa que nadie puede decirlo.

El Ángel se paseó por la estancia con la taza de té en una mano y el pan con mantequilla en la otra, examinando los muebles del vicario. Desde las ventanas, el césped, con sus adoraos de dalias y girasoles, relucía bajo la cálida luz del sol, y la sombrilla de Mrs. Jehoram brillaba como un triángulo de fuego. El Ángel encontró realmente muy curioso el retrato del vicario, colocado sobre la repisa de la chimenea, y no pudo comprender por qué razón estaba allí.

—Si usted es redondo —dijo, a propósito del retrato—, ¿por qué quiere verse aplanado?

Y encontró muy divertida la pantalla de cristal ante el fuego. Las sillas de roble le parecieron muy extrañas.

—Ustedes no son cuadrados, ¿verdad? —dijo al explicarle el vicario su uso—. *Nosotros* no nos doblamos nunca. Cuando queremos descansar nos echamos sobre el asfódelo.

—La silla —dijo el vicario—, a decir verdad, es una cosa que siempre me ha extrañado. Data, según creo, de aquellos tiempos en que el suelo era frío y muy sucio. Supongo que la hemos continuado usando por puro hábito. Esto de sentarse en sillas ha llegado a ser en nosotros una especie de instinto. Por supuesto que si yo, al ir a visitar a una de mis feligresas, me echara en el suelo... cosa que sería muy natural..., no sé lo que ella haría. Lo sabría la parroquia entera en menos tiempo del que se tarda en relatarlo. Y, no obstante, parece ser el método natural de reposo este de reclinarsse. Los griegos y los romanos...

—¿Qué es esto? —preguntó el Ángel bruscamente.

—Es un martín pescador disecado. Lo maté yo.

—¿Lo mató?

—De un tiro —aclaró el vicario—, con una escopeta.

—¿De un tiro? ¿Igual que a mí?

—Yo no lo he matado a usted, ¿sabe...? Afortunadamente.

—¿Matar es hacer que quede así?

—Hasta cierto punto, sí.

—¡Pobre de mí! ¿Y usted quería dejarme así...? ¿Usted quería ponerme ojos de vidrio y dejarme tieso en una caja de cristal llena de estas cosas verdes y pardas tan feas?

—Es que —empezó a decir el vicario—, yo apenas comprendí...

—¿Es esto «morir»? —preguntó el Ángel, de repente.

—Está muerto...

—¡Pobrecillo! Tengo que comer mucho. Pero usted dice que lo mató. ¿Por qué?

—Es que —dijo el vicario— soy muy aficionado a los pájaros, y... ¡ejem...!, los colecciono. Deseaba tener el ejemplar...

El Ángel se lo quedó mirando un momento con ojos atónitos.

—¡Un pájaro tan hermoso como éste! —dijo estremeciéndose—. ¡Porque tuvo usted ese capricho! ¡Deseaba tener el ejemplar!

Reflexionó un minuto.

—¿Mata usted muy a menudo? —preguntó al vicario.

CAPÍTULO

XIII

EL HOMBRE DE CIENCIA

Entonces llegó el doctor Crump. Grummet lo había encontrado a menos de cien yardas de la verja de la vicaría. Era un hombre alto, de aspecto pesado, con un rostro muy bien afeitado y una gran papada. Iba vestido con un traje de mañana, de color gris (iba siempre de gris), y llevaba una corbata a cuadros blancos y negros.

—¿Quién es el enfermo? —preguntó, entrando y mirando sin sombra de sorpresa la radiante cara del Ángel.

—Éste... ¡ejem...!, caballero —dijo el vicario—, o... ¡ah...! Ángel tiene una herida de arma de fuego.

El Ángel se inclinó.

—¿Una herida de arma de fuego? —dijo el doctor Crump—. ¿Y en julio? ¿Me permite que lo vea, *Mr...* Ángel? Creo que se llama usted así.

—Probablemente podrá mitigarle el dolor —dijo el vicario—. Permítame que le ayude a quitarse el abrigo.

El Ángel se volvió obedientemente.

—¿Incurvación de la columna vertebral? —murmuró el doctor Crump, inteligiblemente, mientras daba la vuelta alrededor del Ángel para situarse detrás de él—. ¡No! Tumoración anormal. ¡Hola! ¡Esto es muy raro!

Le cogió el ala izquierda.

—¡Qué curioso! —dijo—. Reduplicación del miembro superior... Voracoide bífida... Es posible, claro está, pero nunca había visto nada semejante.

El Ángel hizo una mueca mientras él lo seguía palpando.

—Húmero, radio y cubito. Todo está aquí. Eso es congénito, claro está. El húmero está roto. Curiosa simulación tegumentaria de plumas. ¡Válgame Dios! Casi es un ave. Será probablemente de un

interés considerable para la anatomía comparada. ¡Nunca lo hubiera creído...! ¿Cómo se ha producido esta herida por arma de fuego, señor Ángel?

El vicario estaba atónito ante aquellos modales del doctor.

—Nuestro amigo —dijo el Ángel haciendo con la cabeza un gesto hacia el vicario.

—Desgraciadamente es obra mía —confesó el vicario dando un paso—. Confundí al caballero..., al Ángel..., ¡ejem...!, con un ave de gran tamaño...

—¿Que lo confundió con un ave de gran tamaño? ¡Vamos, hombre! Usted necesita que le gradúen la vista —gruñó el doctor Crump—. Ya se lo dije tiempo atrás.

El médico prosiguió tocando y palpando, sincrónicamente, con una serie de gruñidos y sonidos inarticulados...

—Para ser hecho por un aficionado este vendaje está muy bien —dijo—. Me parece que lo dejaré tal como está. ¡Qué deformidad tan curiosa! ¿No se siente usted incómodo, Mr. Ángel?

Y dio la vuelta al Ángel para mirarlo de frente.

El Ángel creyó que se refería a la herida.

—Algo —dijo.

—Si no fuera por los huesos, le aconsejaría que se lo pintase con yodo por la mañana y por la tarde. No hay nada como el yodo. Se podría uno pintar la cara con yodo hasta dejarla lisa y aplanada. Pero la excrescencia ósea, los huesos, ¿sabe usted?, complican las cosas. Podría aserrarlos, claro está. Pero es algo que no debe hacerse precipitadamente...

—¿Se refiere usted a mis alas? —preguntó el Ángel, alarmado.

—¡Alas! —exclamó el médico—. ¿Eh? ¡Llámelo alas! Sí... ¿A qué otra cosa podría referirme?

—¡Aserrarlas! —exclamó el Ángel.

—¿No le parece? Claro que esto es asunto de usted. Yo sólo se lo aconsejo...

—¿Aserrarlas? ¡Qué gracioso es usted! —dijo el Ángel echándose a reír.

—Como usted quiera —asintió el médico.

El doctor Crump detestaba a las personas risueñas.

—Son unas cosas muy curiosas —dijo volviéndose hacia el vicario—, aunque molestas.

Y dirigiéndose al Ángel, añadió:

—Nunca había oído nada de una reduplicación tan completa..., al menos entre los animales. En las plantas es muy corriente. ¿Es usted el único de su familia que tiene eso?

Y sin esperar respuesta, prosiguió:

—Los casos de fisión parcial de miembros no son excepcionales, vicario... Niños con seis dedos, terneras con seis patas y gatos con dedos dobles, ¿sabe usted? ¿Me permite que le ayude? —dijo volviéndose hacia el Ángel que estaba haciendo esfuerzos para ponerse el abrigo—. ¡Pero una reduplicación tan completa como ésta! Sería mucho menos notable si se tratara de otro par de brazos.

Cuando el Ángel se hubo puesto el abrigo, el médico y él se miraron.

—Realmente —dijo el doctor—, ahora empiezo a comprender cómo se originó aquel hermoso mito de los ángeles. Tiene un aspecto algo héctico, *Mr. Ángel...*, febril. Un exceso de calor es casi peor síntoma que una excesiva palidez. ¡Qué curioso que usted se llame Ángel! Le prescribiré una poción refrescante por si tiene sed por la noche...

Escribió algo en el puño de la camisa. El Ángel se lo quedó mirando pensativo, con el alborear de una sonrisa en los ojos.

—Un momento, Crump —dijo el vicario cogiendo al médico del brazo y acompañándolo a la puerta.

La sonrisa del Ángel se hizo más ancha al mirarse las piernas cubiertas con el negro pantalón.

—¡Positivamente me cree un hombre! —murmuró—. Lo que se figura que son las alas es cosa que no puedo imaginar. ¡Qué raro es! ¡Éste es realmente un sueño extraordinario!

CAPÍTULO

XIV

Ese individuo es un ángel —murmuró el vicario al oído del médico—. Ya veo que usted no lo comprende.

—¿Qué? —exclamó el médico, con voz rápida y aguda.

Enarcó las cejas y sonrió.

—Pero ¿y las alas?

—Es natural, naturalísimo... aunque algo anormal. —¿Está usted seguro de que eso es natural?

—Amigo mío, todo lo que existe es natural. No hay nada que no sea natural en el mundo. Si creyera lo contrario, abandonaría la profesión y me metería en *La Gran Cartuja*. Hay algunos fenómenos anómalos, naturalmente. Y...

—Pero la manera como lo encontré... —insistió el vicario.

—Sí, dígame dónde lo encontré —dijo el médico sentándose sobre la mesa del vestíbulo.

El vicario comenzó con alguna vacilación, pues no era un buen narrador, a hablar de los rumores que habían circulado sobre la presencia de un pájaro extraño. Refirió lo ocurrido con torpes frases, pero, conociendo al obispo como lo conocía, y sabiendo el rigor de su ortodoxia, temía que su estilo de orador sagrado se mezclara en su conversación cotidiana. A la tercera o cuarta frase, poco más o menos, el médico hacía un gesto de asentimiento con la cabeza, con las comisuras de los labios vueltas para abajo, como si dijéramos, como si fuese marcando las frases que iba confrontando de aquel relato, y las encontrara perfectamente justas y normales.

—¡Autosugestión! —murmuró una vez.

—¿Qué? —preguntó el vicario.

—Nada —dijo el médico—. Nada de particular. Prosiga. Esto está resultando interesantísimo.

El vicario explicó entonces que había salido con la escopeta.

—*Después* de comer, creo que me ha dicho usted, ¿no es cierto? —interrumpió el médico.

—Inmediatamente después —afirmó el vicario.

—No debería hacer estas cosas, hombre. Pero siga, haga el favor. El vicario llegó al momento en que vio al Ángel desde la verja.

—A sol batiente —dijo el médico a modo de paréntesis—. Estábamos a veintiséis grados a la sombra.

Cuando el vicario hubo concluido, el doctor apretó los labios con más fuerza que nunca, sonrió levemente y le miró con aire significativo.

—Usted no cree... —empezó a decir el vicario titubeando.

El médico movió la cabeza.

—Perdone —dijo poniendo la mano en el brazo del vicario—. Usted sale después de una fuerte comida en una tarde calurosa. Probablemente a veintisiete grados de temperatura, o más. Su mente, o lo que quede de ella, está dando vueltas a la esperanza de cazar un ave extraña. Digo «lo que quede de su mente» porque la mayor parte de su energía nerviosa estará ahí abajo, dirigiendo la comida. Un hombre que dormitaba entre los helechos se pone de pie y usted dispara. Le da, y hete aquí que... hete aquí que el tal sujeto tiene unas extremidades superiores dobles, muy semejantes a las alas. Es una coincidencia, no lo niego. Y en cuanto a sus colores irisados y a todo lo demás... ¿No ha visto usted nunca unas manchas de color nadando ante sus ojos, en los días en que el sol brilla con exceso...? ¿Está usted seguro de que estas irisaciones estaban limitadas a las alas? Piénselo.

—¡Pero él dice que es un ángel! —dijo el vicario poniendo unos ojos como dos naranjas y metiéndose las manos en los bolsillos.

—¡Ah! —exclamó el médico sin quitar el ojo del vicario—. Ya me lo esperaba.

Hubo una pausa.

—Pero usted no va a creer... —empezó a decir el vicario.

—Ese hombre —dijo el médico en voz baja y con aire muy importante— es un matoide.

—¿Un qué?

—Un matoide. Un anormal. ¿Se ha fijado usted en la afeminada delicadeza de su cara? ¿En su tendencia a echarse a reír sin ton ni son? ¿En su cabeza despeinada? Además, considere su singular atavío...

La mano de vicario subió hasta la barbilla.

—Son estigmas de debilidad mental —dijo el médico—. Hay

muchos individuos de este mismo tipo de degenerado que muestran idéntica propensión a exhibir vastas y misteriosas credenciales. Uno se hará pasar por el Príncipe de Gales, otro por el Arcángel Gabriel, otro hasta por la misma Divinidad. Ibsen se cree ser un Gran Maestro y Maeterlinck un nuevo Shakespeare. Lo he estado leyendo en Nordau. Sin duda, su extraña deformidad le dio la idea...

—Pero, realmente —empezó a decir el vicario.

—No cabe ninguna duda de que se ha escapado de un asilo.

—No puedo aceptar del todo...

—Pues ya lo aceptará. Recurriremos a la policía, y a falta de ella, a los anuncios. Pero, naturalmente, su familia querrá echar tierra al asunto. Es una cosa muy triste para una familia...

—Pero parece tan...

—Probablemente sus amigos lo reclamarán dentro de uno o dos días —dijo el médico buscándose el reloj—. No puede vivir lejos de aquí, me parece. Parece pacífico. Tendré que volver mañana a ver el ala.

Se deslizó de la mesa y se puso de pie.

—Veo que estos cuentos de viejas aún le impresionan —dijo dando unas palmadas en el hombro del vicario—. Pero un ángel, ¿sabe usted...? ¡Ja, ja!

—Yo de veras creí... —repuso el vicario, dubitativamente.

—Considere la evidencia —dijo el médico hurgando aún sin encontrar el reloj—, considere la evidencia y mídala con nuestros instrumentos de precisión. ¿Y qué queda? Unas manchas de color, borrones de la fantasía..., *moscas volantes*.

—Y sin embargo —dijo el vicario—, podría casi jurar que en sus alas había la misma gloria...

—Piénselo bien —replicó el médico sacando, por fin, el reloj—. Una tarde calurosa..., un sol intenso..., su cabeza hecha un hervidero... Pero, realmente, *tengo* que irme. Son las cinco menos cuarto. Volveré mañana a ver a su... ángel..., ¡ja, ja...!, si nadie ha venido a buscarlo entre tanto. Su vendaje está muy bien hecho. Me enorgullezco de ello. Nuestras clases de cura de urgencia *fueron* un éxito, ya lo ve usted... Buenas tardes.

CAPÍTULO XV

EL PÁRROCO

El vicario abrió la puerta con gesto casi maquinal para dejar salir a Crump, y vio que Mendham, su párroco, avanzaba por el sendero, bordeando el seto de alverjanas moradas y ulmarías. Al ver al párroco se pellizcó la barbilla y sus ojos se abrieron, perplejos. ¿Y si se *hubiera* engañado? El médico pasó por el lado del párroco y le saludó tocándose el borde del ala del sombrero. El vicario se dijo que Crump era un hombre inteligentísimo y sabía mejor lo que pasaba en el cerebro de cada cual que el mismo dueño del cerebro. El vicario tuvo una sensación muy aguda en este sentido. Y pensó que la explicación que iba a tener que dar sería muy difícil. ¿Y si al volver al salón se encontrase precisamente con un vagabundo dormido en la esterilla de la chimenea?

Mendham era un hombre de aspecto cadavérico con una barba magnífica. Parecía realmente como si le creciera la barba del mismo modo que la simiente de mostaza se transformaba en planta. Pero cuando hablaba se descubría que también poseía una voz.

—Mi esposa ha llegado a casa en un estado lamentable —bramó desde lejos.

—Entre usted —dijo el vicario—. Es un suceso notabilísimo. Entre por favor. Pase al estudio. Estoy apenadísimo, pero cuando le explique...

—Y se excuse, espero —gritó el párroco.

—Y me excuse. No, no es por aquí. Por este otro lado, en el estudio.

—Bueno, ¿quién *era* esa mujer? —preguntó el párroco volviéndose hacia el vicario al cerrar éste la puerta del estudio.

—¿Qué mujer?

—¡Bah!

—Pero, realmente...

—Esa mujer pintada y tan ligera de ropa, tan repugnante, para

llamar las cosas por su nombre, con la que usted se estaba paseando hace un rato por el jardín.

—Amigo Mendham..., era un ángel.

—¿Un ángel bonito?

—¡El mundo se está volviendo tan prosaico...! —exclamó el vicario.

—El mundo —rugió el párroco— se está volviendo cada día más pecador. Pero eso de encontrarse un hombre de su posición, desvergonzadamente, abiertamente...

—*¡Mala peste!* —exclamó el vicario aparte.

El vicario raras veces juraba.

—Mire usted, Mendham, usted se equivoca. Puedo asegurarle...

—Muy bien —dijo el párroco—. Explíquese usted.

Se irguió con las flacas piernas muy abiertas, los brazos cruzados y mirando ceñudamente a su vicario por encima de su espesa barba.

(Repito que he considerado siempre las explicaciones como la falacia más característica de esta época científica actual).

El vicario miró a su alrededor y se sintió desamparado. El mundo le parecía apagado y muerto. ¿Habría estado soñando toda la tarde? ¿Había, en realidad, un ángel en el salón? ¿O era juguete de una complicada alucinación?

—Bueno, ¿qué? —dijo Mendham al cabo de un minuto.

La mano del vicario aleteó alrededor de su barbilla.

—¡Es una historia difícil de contar! —dijo.

—No me cabe la menor duda —dijo Mendham ásperamente.

El vicario reprimió un movimiento de impaciencia.

—Salí en persecución de un pájaro extraño esta tarde... ¿Cree usted en los ángeles, Mendham? ¿En ángeles auténticos?

—No estoy aquí para discutir teología. Soy el marido de una dama que ha sido insultada.

—Pero le digo que no es una figura retórica. Estoy hablando de un ángel, de un verdadero ángel, con alas y todo. Está en el cuarto de al lado... Usted no me entiende, de modo que...

—Realmente, Hilyer...

—Es verdad, le digo, Mendham. Le juro que es verdad. —Y añadió con pasión—: Ignoro qué pecado debo de haber cometido para tener que hospedar y vestir visitantes celestiales. Yo sólo sé que, por más absurdo que pueda parecer, actualmente tengo un

ángel en el salón, vestido con mi traje nuevo y que está acabando de tomar el té. Y se queda a vivir en mi casa, indefinidamente, a instancias mías. No hay duda que me he precipitado, pero no puedo echarlo de casa porque *Mrs. Mendham*... En fin, yo puedo ser un hombre débil, pero también soy un caballero.

—Realmente, Hilyer...

—Le aseguro que es verdad —siguió diciendo el vicario con un deje de histérica desesperación en el tono de la voz—. Disparé contra él, tomándole por un flamenco, y le herí en un ala.

—Creí que esto sería un caso para el obispo, pero me encuentro con que es un caso para la Comisión de Manicomios.

—¡Venga usted a verlo, Mendham!

—¡Pero si no hay ángeles!

—A la gente le decimos todo lo contrario —replicó el vicario.

—No los hay en estado corporal —dijo el párroco.

—Es igual, venga y véalo.

—No quiero ver sus alucinaciones —empezó a decir el párroco.

—No podré explicarle nada a menos de que usted venga y lo vea —dijo el vicario—. Verá usted un hombre que se parece más a un ángel que cualquier otra cosa, ya sea en el cielo ya en la tierra. Usted tiene que venir a verlo si quiere comprender esto.

—No quiero comprender nada —gritó el párroco—. No quiero prestarme a ninguna impostura. Seguramente, Hilyer, si esto no es una superchería, usted podrá explicármelo... De modo que un flamenco, ¿eh?

CAPÍTULO

XVI

El Ángel había acabado su té y estaba mirando pensativamente por la ventana. Pensaba que la antigua iglesia situada al otro extremo del valle, iluminada por la luz del sol poniente, era muy hermosa, pero no podía comprender qué eran aquellas apretadas hileras de losas funerarias que se erguían en lo alto de la colina, más allá de la iglesia. Se volvió en el momento en que entraban Mendham y el vicario.

Mendham estaba siempre dispuesto a regañar a su vicario y a sus feligreses, pero no era hombre capaz de hacer lo mismo con un desconocido. Miró al Ángel, y la teoría de «la mujer extraña» quedó eliminada. La belleza del Ángel era clarísimamente la belleza de la juventud.

—*Mr. Hilyer* acaba de decirme —empezó a decir Mendham con un tono casi de excusa— que usted... ¡ah, es tan curioso...!, que usted pretende ser un ángel.

—Que es un ángel —rectificó el vicario.

En Ángel se inclinó.

—Naturalmente —dijo Mendham—, sentimos una gran curiosidad.

—¡Claro! —dijo el Ángel—. Unas formas tan negras...

—¿Qué? —preguntó Mendham, sorprendido.

—La negrura de los faldones —aclaró el Ángel—, y la falta de alas.

—Precisamente —dijo Mendham, que se hallaba ya completamente desorientado—. Nosotros tenemos, naturalmente, curiosidad por saber cómo llegó usted a este pueblo en un traje tan singular.

El Ángel miró al vicario. El vicario se acarició la barbilla y dijo:

—Es que...

—Déjelo que se explique él —dijo Mendham—, se lo ruego.

—Quisiera indicarle... —volvió a insistir el vicario.

—Y yo no quiero que le indique nada.

—¡*Qué estúpido!* —exclamó el vicario, aparte.

El Ángel miró al uno y luego al otro.

—¡Tienen unas expresiones muy ásperas sus caras! —dijo.

—Miré usted, *Mr...* *Mr...*, ignoro su nombre —dijo Mendham con cierta disminución de su suavidad de maneras—. El caso es que mi esposa..., cuatro señoras, mejor dicho..., estaban jugando al tenis, cuando usted se presentó de improviso, señor mío... Usted se presentó de improviso por entre los rododendros en un atuendo deficientísimo. Usted y *Mr.* Hilyer.

—Pero yo... —dijo el vicario.

—Ya lo sé. Era el indumento de este caballero el deficiente. Naturalmente..., estoy en mi derecho al pedir... al exigir una explicación... —Y añadió mientras su voz iba aumentando de volumen—: Y exijo esta explicación.

El Ángel sonrió levemente al oír aquel tono colérico, y la súbita actitud de hombre enérgico del párroco, con los brazos firmemente cruzados.

—Soy un recién llegado al mundo —empezó a decir el Ángel.

—Hace diecinueve años por lo menos —calculó Mendham—. Es lo bastante credito para saber lo que está bien. Es una excusa muy pobre.

—¿Puedo hacer una pregunta, primero? —dijo el Ángel.

—Diga usted.

—¿Cree usted que soy un hombre... como usted? El hombre de la corbata a cuadros también lo creyó.

—Si usted no es un hombre...

—Otra pregunta. ¿No ha oído usted hablar *nunca* de los ángeles?

—Le aconsejo que se abstenga de venirme a mí con el cuento ese —dijo Mendham, volviendo a su habitual mal humor.

El vicario lo interrumpió:

—¡Pero, Mendham..., si tiene alas!

—*Haga el favor* de dejarme hablar con él —indicó Mendham.

—¡Es usted muy original! —dijo el Ángel—. Me interrumpe siempre que voy a decirle lo que tengo que decir.

—Pero ¿qué *tiene* usted que decir? —preguntó Mendham.

—Que soy realmente un ángel...

—¡Bah!

—Todavía...

—Pero, dígame con sinceridad... ¿Cómo se atrevió a penetrar en los jardincillos de la vicaría de Siddermorton... en el estado en que se hallaba? Y en compañía del vicario, además. ¿No puede usted prescindir de este cuento ridículo...?

El Ángel se encogió de alas.

—¿Qué le pasa a este hombre? —preguntó al vicario.

—Amigo Mendham —dijo el vicario—, unas palabras por mi parte...

—¡Me parece que mi pregunta es bastante directa!

—Pero no quiere usted decirme la respuesta que espera que le dé y no ganaré nada con responderle otra cosa.

—¡Bah! —exclamó otra vez el párroco. Y volviéndose repentinamente hacia el vicario, le preguntó—: ¿De dónde ha salido?

El vicario se hallaba presa de terribles dudas en aquellos momentos.

—¡Dice que es un ángel! —dijo el vicario—. ¿Por qué no lo escucha usted?

—No hay ángel que alarme a cuatro señoras...

—¡Ah! ¿Es por eso? —dijo el Ángel.

—¡Y ya es bastante, me parece! —gruñó el párroco.

—Pero es que, de veras, yo no sabía...

—¡Esto ya es demasiado!

—Estoy sinceramente apenado de haber alarmado a esas señoras.

—Y con razón. Pero ya veo que no conseguiré nada de usted —dijo Mendham. Y dirigiéndose hacia la puerta, añadió—: Estoy convencido de que hay algo inconfesable en el fondo de este asunto. Y si no, ¿por qué razón no da una explicación clara y sencilla? Confieso que estoy perplejo. Por qué razón en esta época ilustrada tiene usted que venir a contarme este cuento fantástico, esta historia inverosímil de un ángel, es cosa que va más allá de mi comprensión. ¿Qué puede ganar con ello...?

—¡Pero párese a mirar sus alas! —exclamó el vicario—. ¡Yo le aseguro que tiene alas!

Mendham tenía ya la mano en el pomo de la puerta.

—Ya he visto demasiado —dijo—. Puede que esto sea sencillamente un necio intento de burla, Hilyer.

—¡Pero, Mendham! —exclamó el vicario.

El párroco se detuvo en el umbral de la puerta y miró al vicario por encima del hombro. Las opiniones acumuladas durante meses encontraron su salida.

—No puedo comprender, Hilyer, por qué razón está usted en la Iglesia. ¡Voto al chápuro que no lo sé! El ambiente está lleno de movimientos sociales, de cambios económicos, de movimiento feminista, de traje racional, de reunión de la cristiandad, de socialismo, de individualismo..., de todas las grandes e interesantísimas cuestiones del momento. Precisamente nosotros, los que seguimos al Gran Reformador... Y ahí está usted, disecando pájaros y asustando a las señoras con sus brutales faltas de atención...

—¡Pero, Mendham! —volvió a suplicar el vicario.

—Usted avergüenza a los apóstoles con su liviandad... Pero ésta es sólo una investigación preliminar —dijo con una sombra de amenaza en su sonora voz.

Y salió bruscamente de la habitación dando un violento portazo.

CAPÍTULO XVII

—¿**T**odos los hombres son tan raros como ése? —preguntó el Ángel.

—Estoy en una posición tan difícil —dijo el vicario—, que ya ve usted...

Y se interrumpió buscando una idea mientras se acariciaba la barbilla.

—Empiezo a comprender —repuso el Ángel.

—No quieren creerme.

—Ya lo veo.

—Creerán que les cuento mentiras.

—¿Y qué?

—Que esto me sería extremadamente doloroso.

—¡Doloroso...! ¡Dolor! —dijo el Ángel—. Espero que no ocurra así.

El vicario movió la cabeza. La buena fama de que gozaba en el pueblo había constituido el aliento de su vida hasta entonces.

—Mire usted —dijo—. Sería mucho más sencillo si usted dijera que es un hombre, ni más ni menos.

—Pero es que no lo soy.

—No, no lo es usted —convino el vicario—. Por lo tanto, eso no sirve.

»Nadie de los que viven en este pueblo —continuó— ha visto nunca a un ángel, ni ha oído a ninguno... excepto en la iglesia. Si usted hubiese hecho su presentación en el presbiterio... el domingo..., la cosa podía haber sido diferente. Pero ahora ya es demasiado tarde... Nadie, absolutamente nadie, lo creerá.

—Espero que no le causaré ninguna molestia.

—En absoluto —dijo el vicario—, en absoluto. Sólo que... Naturalmente, puede resultar molesta la situación si usted relata una historia demasiado increíble. Si me permitiera que le sugiriese... ¡ejem...!

—Diga.

—Verá usted: como los habitantes de este mundo son hombres, casi con toda seguridad le van a considerar a usted también como un hombre. Si usted les dice que no lo es, van a creer sencillamente que no les dice la verdad. Sólo las personas excepcionales aprecian lo excepcional. Cuando se halle usted en Roma debe..., bueno, debe respetar un poco los prejuicios de los romanos... y hablar en latín. Ya verá usted cómo se encontrará mejor...

—¿Me propone usted que yo finja que me he vuelto hombre?

—Ha comprendido usted en seguida mi intención.

El Ángel se quedó un rato reflexionando.

—Es posible que, después de todo —dijo lentamente—, me transforme de veras en hombre. Tal vez me haya precipitado al asegurar que no lo era. Usted dice que no hay ángeles en este mundo. ¿Quién soy yo para oponerme a su experiencia? Simple flor de un día... en lo que respecta a este mundo. Si usted dice que no hay ángeles... es evidente que yo debo de ser otra cosa. Yo como... y los ángeles no comen. Tal vez ya me haya transformado en hombre.

—Sería una opinión muy conveniente, desde luego —dijo el vicario.

—Si es conveniente para usted...

—Lo es. Y lo es también para explicar su presencia aquí —dijo el vicario. Y después de un momento de reflexión añadió—: Sí, por ejemplo, usted hubiese sido un hombre ordinario, con cierta debilidad por vadear el río y hubiese ido usted a vadear el Sidder y le hubiesen robado la ropa, por ejemplo, y yo me hubiese encontrado por casualidad con usted en esa situación tan inconveniente, entonces la explicación que yo podría dar a *Mrs. Mendham*... quedaría desprovista, por lo menos, de su elemento sobrenatural. ¡Se es tal contrario actualmente al elemento sobrenatural! Incluso en el púlpito. Difícilmente creería usted...

—Es una lástima que no haya sido así —murmuró el Ángel.

—¡Claro! —aprobó el vicario—. Ha sido una gran lástima que no haya sido así. Pero, de todos modos, le quedaré muy agradecido si usted quiere hacerme el favor de no imponer su naturaleza angélica. En realidad, todo el mundo le quedará muy agradecido. Existe la firme convicción de que los ángeles no hacen estas cosas. Y no hay nada más doloroso, como yo mismo puedo atestiguar, que una

opinión establecida que se desmorona... Las opiniones preestablecidas son los dientes mentales en más de un aspecto. Por mi parte —añadió el vicario, pasándose la mano por los ojos—, no puedo dejar de creer que es usted un ángel... Es evidente que tengo que creer lo que he visto con mis propios ojos.

—Nosotros siempre creemos lo que vemos —dijo el Ángel.

—Y nosotros también, dentro de ciertos límites.

En aquel momento el reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio las siete, y casi simultáneamente *Mrs.* Hinijer anunció que la cena estaba servida.

CAPÍTULO

XVIII

DESPUÉS DE CENAR

El Ángel y el vicario se sentaron a la mesa. El vicario, con la servilleta sujeta en el cuello, observó cómo el Ángel se debatía con la sopa.

—Pronto se acostumbrará a comer —dijo el vicario. El tenedor y el cuchillo fueron utilizados de una manera muy torpe, pero eficaz. El Ángel miraba furtivamente a Delia, la pequeña camarera que servía la mesa. Cuando luego se pusieron a cascar nueces, cosa que el Ángel encontró muy a su gusto, y la muchacha se hubo retirado, el Ángel preguntó:

—¿Era una señora ésa, también?

—No —dijo el vicario (*crac*)—. No... no es una señora. Es una criada.

—Sí —dijo el Ángel—, tiene un tipo mucho más bonito.

—Esto no se lo diga ahora a Mrs. Mendham —replicó el vicario, muy satisfecho en su fuero interno.

—No le abultan tanto los hombros y las caderas, y todo es más proporcionado entre ambas cosas. Y el color de su traje no es chillón, sino simplemente neutro. Y su cara...

—Es que Mrs. Mendham y sus hijas habían estado jugando al tenis —dijo el vicario, convencido de que no debía prestar oídos a la detracción de nadie, ni aun de su mortal enemiga—. ¿Le gustan a usted estas cosas... estas nueces?

—Muchísimo —contestó el Ángel. (*Crac*).

—Mire usted —repuso el vicario (*cham, cham, cham*)—, por mi parte, creo enteramente que usted es un ángel.

—¡Sí! —dijo el Ángel.

—Yo disparé contra usted... Le vi aletear. Esto es indiscutible en mi espíritu. Admito que es curioso y está en contra de mis opiniones

preconcebidas, pero... prácticamente... tengo la seguridad, la completa seguridad de haber visto lo que ciertamente vi. Pero, después del comportamiento de estas personas... (*Crac*). Realmente, no veo el modo de persuadir a la gente. ¡Hoy la gente se muestra tan peculiar contra toda clase de evidencia! Tanto, que creo que se puede defender muy bien la actitud adoptada por usted. Provisionalmente al menos, creo que lo mejor para usted sería obrar tal como usted mismo se propone y comportarse como un hombre, en tanto esto sea posible. Claro que no hay manera de saber cómo ni cuándo va a volver usted a su prístino estado. Después de lo que ha ocurrido (*glu, glu, glu...* El vicario volvió a llenar su vaso...) después de lo que ha ocurrido no me extrañaría nada ver derrumbarse una de las paredes de esta habitación y aparecer las huestes celestiales para volvérselo a llevar a usted... y hasta tal vez a los dos, a usted y a mí. Usted ha ensanchado los límites de mi imaginación. Durante todos estos años me había olvidado por completo del País de las Maravillas. Pero todavía... Lo más sensato será, ciertamente, comunicarles el hecho con muchas precauciones.

—Esta vida de ustedes me interesa —dijo el Ángel—. Y no sé nada todavía. ¿Cómo empiezan ustedes?

—¡Válgame Dios! —exclamó el vicario—. ¡Qué difícil va a ser explicarle esto! Empezamos nuestra existencia aquí, ¿sabe usted?, como bebés, que son unas cositas pequeñitas y rosaditas, tontas y desamparadas, envueltas en ropa blanca, con los ojos salientes, y que se quejan tristemente en la pila bautismal. Luego estos bebés crecen y hasta llegan a hacerse hermosos... cuando se les lava la cara. Y siguen creciendo hasta alcanzar un determinado tamaño. Y se transforman en niños mayores, muchachos y muchachas, jovencitos y doncellas (*crac*), hombres y mujeres. Ésta es la época mejor de la vida, según muchos... y ciertamente es la más hermosa. Llena de grandes esperanzas y ensueños, vagas emociones e inesperados peligros.

—¿*Aquélla* era una doncella? —preguntó el Ángel, indicando la puerta por donde Delia había desaparecido.

—Sí —contestó el vicario—, es una doncella.

Y se calló, quedándose pensativo.

—¿Y después?

—Después —dijo el vicario—, el encanto se desvanece y la vida

empieza a complicarse. Los hombres y las mujeres jóvenes se unen en parejas... en su mayoría. Vienen a verme, tímidos y vergonzosos, vestidos con unos trajes muy elegantes y muy feos, y yo los caso. Y luego les nacen pequeños, bebés rosados, y más tarde, los jovencitos y las doncellas se convierten en seres gordos y vulgares, y otros se vuelven flacos y regañones. Sus bonitos cutis se marchitan, y son presa de unas extrañas ilusiones de superioridad sobre las personas más jóvenes, y todo el placer y toda la gloria desaparecen de sus vidas. Por consiguiente, llaman «ilusión» al placer y a la gloria de las generaciones más jóvenes. Y luego comienzan a deshacerse en pedazos.

—¡Deshacerse en pedazos! —exclamó el Ángel—. ¡Qué grotesco!

—El cabello se cae o pierde el color y se vuelve ceniciento —dijo el vicario—. Míreme a mí, por ejemplo.

E inclinó hacia delante la cabeza, para mostrar un área circular y brillante del tamaño de un florín.

—Y los dientes se caen —añadió—. La cara se deshinch y queda tan arrugada y seca como una manzana pasada. Usted mismo ha dicho que la mía estaba arrugada. Cada vez se preocupan más de lo que tienen que comer y que beber y menos de los demás placeres de la existencia. Los miembros se descoyuntan, los corazones se debilitan y, a veces, se desprenden fragmentos de pulmón al toser. El dolor...

—¡Ah! —exclamó el Ángel.

—El dolor se apodera de sus vidas cada vez más. Y luego se van de este mundo. No les gusta irse, pero así tiene que ser... Tienen que marcharse de este mundo... Y se van a disgusto, agarrándose a su dolor hasta el fin en su ansia de quedarse...

—¿Y adónde van?

—Antes creía saberlo. Pero ahora que soy más viejo, me he dado cuenta de que no lo sé. Tenemos una leyenda... que acaso no sea una leyenda. Se puede ser eclesiástico y un poco incrédulo al mismo tiempo. Stokes dice que nada de eso es verdad...

El vicario hizo un gesto señalando un frutero con plátanos.

—¿Y usted? —preguntó el Ángel—. ¿Usted también ha sido un pequeño bebé rosado?

—Hace tiempo yo era un pequeño bebé rosado.

—¿Llevaba usted un traje entonces como el de ahora?

—¡Oh, no! ¡Pobre de mí! ¡Qué idea más rara! Llevaba unos pañales blancos, supongo, como todos los demás.

—¿Y después fue usted un niño mayor?

—Un niño mayor.

—¿Y luego un bello jovencito?

—Yo nunca fui un jovencito muy bello, que digamos. Era enfermizo y demasiado pobre para lucir, y tenía un carácter muy tímido. Estudié de firme y medité sobre los últimos pensamientos de personajes muertos hace mucho tiempo. Así, pues, perdí el atractivo de mi juventud, ninguna doncella se me acercó y la tristeza de la vida me dominó muy pronto.

—¿Y tiene usted bebés rosados?

—Ninguno —suspiró el vicario después de una pausa casi imperceptible—. Y, no obstante, como usted ve, estoy empezando a deshacerme también. Dentro de poco mi espalda empezará a doblarse como el tallo de una flor que se marchita. Y luego, al cabo de unos pocos millares de días más, estaré acabado del todo y me marcharé de este mundo... ¿Para ir adónde? Esto no lo sé.

—¿Y tiene usted que comer todos los días como hoy?

—Comer y proporcionarme ropas y conservar este techo para cobijarme. Hay unas cosas muy desagradables en este mundo que se llaman frío y lluvia. Y los demás que viven aquí (el cómo y el por qué sería una historia demasiado larga) han hecho de mí una especie de coro de sus vidas. Me traen sus pequeños bebés rosados y yo tengo que ponerles un nombre y decirles algunas cosas. Esto para cada nuevo pequeño bebé rosado. Y cuando los bebés han crecido y llegan a ser jóvenes y doncellas vuelven otra vez para que les confirme. Esto lo comprenderá usted mejor más adelante. Luego, antes de que se unan en parejas y tengan bebés rosados por cuenta propia, deben volver aquí otra vez y escuchar lo que yo les leo en un libro. Quedarían socialmente proscritos, y ninguna otra doncella querría dirigir la palabra a la doncella si tuvieran un pequeño bebé rosado sin que yo le hubiese leído mi libro durante un período de veinte minutos. Es una cosa necesaria, como usted verá, por muy extraño que a usted le parezca. Y más tarde, cuando empiezan a deshacerse, voy yo e intento persuadirles de la existencia de otro mundo extraño en el que casi ni yo mismo creo, donde la vida es totalmente distinta de la que ellos han tenido... o deseado. Y

finalmente los entierro y vuelvo a leer en mi libro algunas frases a aquellos que dentro de poco tiempo seguirán la misma ruta hacia la tierra ignota. Yo presido la aurora, el mediodía y el ocaso de sus vidas. Y cada siete días yo, que no soy más que un hombre que no ve más allá de donde ellos ven, les hablo de la Vida Futura... de esa vida de la que no sabemos nada, ni siquiera si existe. Y lentamente yo mismo me voy deshaciendo a pedazos en medio de mis profecías.

—¡Qué vida tan extraña! —exclamó el Ángel.

—Sí —convino el vicario—. ¡Qué vida tan extraña! Pero aquello que la hace extraña es nuevo para mí. Yo la había considerado como la cosa más natural hasta que usted se introdujo en ella... ¡Esta vida nuestra es tan insistente! Con sus minúsculas necesidades y sus placeres transitorios (*crac*) amortaja nuestras almas. Mientras yo estoy predicando a mis feligreses la existencia de otra vida, algunos de ellos satisfacen su apetito comiendo caramelos; otros, los más ancianos, descabezan un sueñecito; los jóvenes lanzan miradas a las doncellas, los hombres adultos hacen ostentación de sus chalecos y sus cadenas de reloj de oro, pompas y vanidades en un substrato de materia carnal, mientras sus esposas hacen alarde de sus llamativos sombreros para fastidiarse mutuamente. Y yo sigo zumbando monótonamente como un abejorro, hablando de cosas ni vistas ni comprobadas... «No lo ha visto el ojo —voy leyendo—, ni oído la oreja, ni ha podido entrar en la imaginación de hombre alguno el concebirlo». Y cuando levanto la vista mis ojos tropiezan con un varón adulto e inmortal admirando lo bien que le sientan un par de guantes de tres chelines y medio. Cada año es más desalentador que el precedente. Cuando yo era joven y me sentía enfermo, tenía casi la seguridad de la visión que me indicaba que tras este transitorio mundo fantasmal se ocultaba el mundo verdadero... el perenne mundo de la Vida Eterna. Pero ahora...

Miró sus manos blancas y gordezuelas mientras iba haciendo girar su copa.

—He engordado desde entonces —dijo.

Hubo una pausa.

—He cambiado y me he desarrollado muchísimo. La batalla de la Carne y el Espíritu ya no me turba tanto como antes. Cada día que pasa tengo menos confianza en mis creencias y más confianza

en Dios. Vivo, lo reconozco, una vida apacible, cumpliendo regularmente mis deberes, con un poco de ornitología y otro poco de ajedrez, y una pizca de distracciones matemáticas. Mis horas están en Sus manos...

El vicario suspiró y se quedó pensativo. El Ángel lo observaba con unos ojos turbados por la perplejidad que le producía el vicario. *Glu, glu, glu*, hizo la botella al llenar de nuevo el vicario su vaso.

CAPÍTULO

XIX

Así el Ángel cenó y conversó con el vicario, y en seguida vino la noche y se vio sorprendido por un bostezo.

—¡Aoooh...! ¡Oh! —Hizo el Ángel, de repente—. Me ha parecido como si un poder superior me hiciera abrir repentinamente la boca mientras un gran hálito de aire se me metía precipitadamente por la garganta.

—Usted ha bostezado —explicó el vicario—. ¿No se bosteza en el país angélico?

—Nunca —contestó el Ángel.

—¡Y, sin embargo, son ustedes inmortales...! Supongo que querrá irse a la cama.

—¿Cama? —dijo el Ángel—. ¿Dónde está eso?

El vicario tuvo que explicarle lo que es la oscuridad y el arte de ir a acostarse. (Los ángeles, según parece, sólo duermen cuando quieren soñar, y sueñan, como el hombre primitivo, con la frente apoyada sobre las rodillas. Y duermen en los campos de amapolas blancas, en pleno día). El Ángel encontró las disposiciones del dormitorio muy singulares.

—¿Por qué cada mueble se sostiene sobre grandes patas de madera? —preguntó—. Tienen ustedes el suelo, y luego ponen todo cuanto tienen sobre un cuadrúpedo de madera. ¿Por qué lo hacen?

El vicario se lo explicó con filosófica vaguedad. El Ángel se quemó un dedo en la llama de una bujía... y demostró una ignorancia absoluta de los principios elementales de la combustión. Se sintió sencillamente encantado al ver cómo una llamarada prendía en una cortina. El vicario tuvo que explicar una lección sobre lo que es el fuego tan pronto como pudo extinguir el incendio. Tuvo que darle un sinfín de explicaciones... ¡Hasta el jabón necesitó su explicación! Tardó una hora o más en tener al Ángel recogido en cama para pasar la noche.

«Es muy hermoso —decíase el vicario, mientras bajaba por la escalera, cansadísimo—. Y es, sin duda, un ángel de veras. Pero

mucho me temo que sea causa de una espantosa ansiedad para todos, así y todo, hasta que se haya percatado bien de nuestro modo terrenal de hacer las cosas».

Parecía muy preocupado. Se sirvió otro vaso de jerez antes de volver a guardar la botella en el aparador.

CAPÍTULO XX

El párroco estaba de pie, ante el espejo, quitándose el cuello solemnemente.

—Nunca había oído nada tan fantástico —dijo *Mrs. Mendham*, desde su silla de mimbre—. Ese hombre debe de estar loco. ¿Estás seguro...?

—Del todo querida. Te lo he contado palabra por palabra, te he explicado todos los incidentes...

—¡*Bueno!* —exclamó *Mrs. Mendham*, extendiendo las manos—. ¡Esto no tiene pies ni cabeza!

—Así es, querida.

—El vicario debe de estar loco.

—El jorobado ese es, ciertamente, uno de los individuos más raros que he visto en mi vida. Tiene aspecto de extranjero, con sus grandes facciones coloradas y brillantes, y el largo pelo castaño... ¡Hará meses que no se lo habrá cortado!

El párroco guardó cuidadosamente los gemelos en el cajoncito del tocador y prosiguió:

—¡Y aquella mirada fija que tiene, y aquella sonrisa boba! Parece tonto, afeminado...

—Pero ¿*quién* puede ser? —insistió *Mrs. Mendham*.

—No puedo imaginármelo, querida. Ni de dónde viene tampoco. Puede que sea un cantor de un coro o algo por el estilo.

—Pero ¿por qué estaría entre los arbustos...? ¿Y en aquel espantoso atavío?

—No lo sé. El vicario no me dio ninguna explicación. Me dijo simplemente: «*Mendham*, es un ángel».

—A lo mejor el vicario bebe... Puede que hubieran ido a bañarse, cerca de la fuente, claro está —reflexionó *Mrs. Mendham*—. Pero no vi que llevara otra ropa en el brazo.

El párroco se sentó en la cama para desabrocharse las botas.

—Para mí es un perfecto misterio, querida (*flic, flic*, hacían los cordones). Una alucinación es la única caritativa hipótesis...

—¿Estás seguro, George, de que no es una mujer?

—Segurísimo —afirmó el párroco.

—Claro está que sé lo que son los hombres.

—Es un joven de unos diecinueve o veinte años —dijo el párroco.

—No puedo comprenderlo —murmuró *Mrs. Mendham*—. ¿Y dices que el individuo ese se queda a vivir en la vicaría?

—Hilyer está sencillamente loco —repuso el párroco.

Se levantó y cruzó la habitación descalzo, hasta la puerta, para dejar sus botas en el pasillo.

—A juzgar por sus maneras, habría que creer realmente que él está seguro de que ese jorobado es un ángel. ¿Has dejado fuera tus zapatos, querida?

—Están junto al ropero —contestó *Mrs. Mendham*—. Siempre ha sido algo raro, ¿eh? Siempre ha habido algo pueril en su modo de ser... ¡Un ángel!

El párroco volvió a entrar, se detuvo ante la lumbre y empezó a quitarse los tirantes. *Mrs. Mendham* quería tener lumbre en la chimenea hasta en verano.

—Se desentiende de todos los problemas serios de la vida y siempre está perdiendo el tiempo con alguna nueva tontería —dijo el párroco—. ¡Vaya con el ángel!

Se echó a reír de repente y añadió:

—Hilyer tiene que estar loco a la fuerza.

Mrs. Mendham también se rió.

—Pero eso no explica la presencia del jorobado —murmuró.

—El jorobado también debe de estar loco —repuso el párroco.

—Es la única manera de explicárselo de un modo sensato —confirmó *Mrs. Mendham*.

Calló unos momentos y después prosiguió:

—Tanto si es ángel como si no lo es, yo sé lo que me es debido. Aun suponiendo que el buen hombre creyera de veras estar en compañía de un ángel, no es razón alguna para que no se comporte como un caballero.

—Esto es completamente cierto.

—Escribirás al obispo, ¿verdad?

Mendham tosió.

—No, no le escribiré al obispo —dijo *Mendham*—. Esto sería desleal... Y, además, el obispo no hizo el menor caso de la última

carta, ¿sabes?

—Pero, seguramente...

—Escribiré a Austin confidencialmente. Él se lo dirá al obispo, ¿comprendes? Y tienes que tener presente, querida...

—Que Hilyer puede hacer que te destituyan a ti, eso es lo que me ibas a decir. No, querido... Ese pobre hombre es demasiado débil. Yo puedo decir algo sobre esto. Además, tú haces todo su trabajo. Prácticamente nosotros dos nos ocupamos de toda la parroquia, de uno a otro extremo. No sé lo que sería de los pobres si no fuese por mí. Mañana mismo estarían acampando en la vicaría. Ahí tienes a esa Goody Ansell...

—Ya lo sé, querida —dijo el párroco, alejándose para desnudarse—. Esta misma tarde me has hablado de ella.

CAPÍTULO

XXI

Y así, en el pequeño dormitorio situado sobre el gabinete, llegamos al primer punto de descanso en este relato. Y como hemos ido muy de prisa, para dejar la historia expuesta a la vista ante vosotros, bien estará que recapitulemos un poco.

Una mirada retrospectiva demostrará que hemos andado un largo trecho. Empezamos con un resplandor como de llama que «no daba una luz uniforme, sino que parecía interrumpida en todas sus partes por curvos destellos, como producidos por el voltear de espadas», y con el sonido poderoso de un arpa y el advenimiento de un Ángel con alas policromas.

Con gran rapidez y habilidad, como tiene que admitir el lector, las alas han sido cortadas, la aureola se ha apagado, la gloria ha quedado enfundada dentro de una chaqueta y unos pantalones y el Ángel ha sido transformado prácticamente en un hombre, bajo sospecha de ser un loco o un impostor. También os habréis enterado y habréis podido juzgar de lo que el vicario, el médico y la esposa del párroco pensaban de aquel extraño huésped. Y ahora seguirán otras opiniones no menos notables.

El resplandor crepuscular del ocaso estival en el noroeste va apagándose en noche cerrada, y el Ángel duerme y sueña que ha vuelto al país maravilloso donde la luz es perenne y todo el mundo es feliz, donde el fuego no quema y el hielo no enfría, donde riachuelos de luz estelar se escurren por prados amarantinos hacia los mares de la Paz. Sueña, y le parece que, una vez más, sus alas resplandecen con mil colores llameando en el aire cristalino del mundo de donde procede.

El Ángel sueña, pero el vicario yace despierto, demasiado perplejo para poder soñar. Se halla preocupado principalmente por las posibilidades de *Mrs.* Mendham, pero la charla de después de cenar ha abierto extrañas perspectivas en su mente y se siente estimulado por la sensación de que existe algo vislumbrado vagamente gracias a la visión inconcreta de un país maravilloso

hasta entonces insospechado y, no obstante, fijo en todas partes de este mundo sensible. Durante veinte años ha vivido en aquel pueblo, protegido por su credo familiar, por las exigencias de los detalles de la vida, contra cualquier ensueño místico. Pero ahora, entretejiéndose con las consabidas molestias causadas por su perseguidora vecina, se percibe una sensación totalmente inédita de cosas nuevas y extrañas.

Había algo de mal augurio en aquella sensación. Incluso en una ocasión se alzó por encima de todas las demás consideraciones, y presa de una especie de terror el vicario se levantó de la cama, desorientado, dándose un porrazo en las espinillas de un modo muy convincente, buscó y encontró por fin los fósforos y encendió una vela para asegurarse a sí mismo de la realidad de su mundo habitual. Pero en conjunto su más tangible problema consistía en la avalancha de los Mendham. La lengua de *Mrs.* Mendham parecía estar suspendida sobre su cabeza como la espada de Damocles. ¿Qué no llegaría ella a decir de todo este asunto antes de que su indignada imaginación se tomara algún descanso?

Y mientras el afortunado cazador del Pájaro Extraño estaba por fin durmiendo, aunque incómodamente, Gully de Sidderton descargaba su escopeta con grandes precauciones después de un fatigoso día improductivo y Sandy Bright estaba orando de rodillas con la ventana herméticamente cerrada. Annie Durgan dormía profundamente con la boca abierta y la madre de Amory estaba soñando en la colada, y ambas habían agotado desde hacía mucho rato los tópicos del Sonido y del Resplandor. Lumpy Durgan, sentado en la cama, canturreaba de vez en cuando el fragmento de una tonada y otras veces escuchaba atentamente tratando de captar de nuevo cierto sonido que había oído en determinada ocasión y que deseaba ardientemente volver a oír. En cuanto al pasante del procurador de Iping Hanger estaba intentando escribir una poesía sobre cierta muchacha de una confitería de Portburdock, y el Pájaro Extraño se hallaba completamente ausente de sus pensamientos. Pero el labriego que lo había visto en los alrededores del parque de Siddermorton tenía un ojo morado. Aquel ojo morado fue una de las más tangibles consecuencias de una pequeña disputa registrada en la taberna «El Barco» sobre las patas de los pájaros. Vale la pena de mencionar el hecho, ya que es probablemente el único caso

conocido de que un Ángel fuera la causa de algo parecido.

CAPÍTULO

XXII

MAÑANA

Cuando el vicario iba a llamar al Ángel lo encontró ya vestido y asomado a la ventana. Hacía una mañana verdaderamente magnífica, con el paisaje aún cubierto de rocío, y el sol naciente, saliendo oblicuamente por la esquina de la casa, proyectaba sus rayos amarillos y tibios sobre la ladera de la colina. Los pájaros revoloteaban entre los setos y los arbustos. En lo alto de la colina, pues era a últimos de agosto, se divisaba un campesino arando lentamente. El Ángel apoyaba el mentón en las manos, y no se volvió al acercársele el vicario.

—¿Cómo va el ala? —le preguntó éste.

—Me había olvidado de ella —dijo el Ángel—. ¿Aquello de allá es un hombre?

El vicario miró.

—Es un labrador.

—¿Por qué va de un lado para otro de este modo? ¿Le divierte eso?

—Está arando. Ése es su trabajo.

—¡Trabajo! ¿Por qué lo hace? Me parece muy monótono.

—Lo es —admitió el vicario—, pero tiene que hacerlo para ganarse la vida, ¿comprende usted? Para tener alimento que comer y todo lo demás.

—¡Qué curioso! —exclamó el Ángel—. ¿Y todos los hombres tienen que hacer lo mismo? ¿Usted también?

—¡Oh, no! Él trabaja ahora por mí, está haciendo mi parte.

—¿Por qué?

—¡Oh! A cambio de otras cosas que hago yo por él, ¿comprende usted? En este mundo somos partidarios de la división del trabajo. El intercambio no es un robo.

—¡Ya! —dijo el Ángel con los ojos aún fijos en los pesados movimientos del labrador—. Y usted, ¿qué hace por él?

—Esto le parece a usted una pregunta muy sencilla —dijo el vicario—, pero ¡caramba...!, es muy difícil. Nuestro orden social es algo complicado. Es imposible explicar todas estas cosas así todo de una vez, antes del desayuno. ¿No tiene usted hambre?

—Creo que sí —dijo el Ángel lentamente, sin moverse de la ventana. Y luego, bruscamente, añadió—: No sé por qué, pero no puedo evitar la impresión de que eso de arar debe estar muy lejos de ser una cosa agradable.

—Es posible —repuso el vicario—. Desde luego, es muy posible. Pero el desayuno está a punto. ¿No quiere usted venir abajo?

El Ángel abandonó la ventana de mala gana.

—Nuestra sociedad —explicó el vicario mientras bajaban la escalera— es una organización muy complicada.

—¡Ah! ¿Sí?

—Y está dispuesta de tal manera que unos hacen una cosa y otros hacen otra.

—Y aquel viejo tan delgado, con la espalda encorvada, que camina trabajosamente detrás de aquella pesada hoja de hierro tirada por un par de caballos, ¿seguirá así mientras nosotros vamos a comer?

—Sí. Ya verá usted que esto es perfectamente justo. ¡Ah, setas y huevos pasados por agua...! Es el sistema social... Siéntese, haga el favor. Posiblemente le choca a usted como una injusticia, ¿verdad?

—Estoy confuso —repuso el Ángel.

—Esta bebida que le doy se llama café —dijo el vicario—. Me atrevo a decir que debe usted estar desorientado. Cuando yo era joven estaba desorientado también. Pero después se forma uno un concepto más amplio de las cosas. Estas cosas negruzcas se llaman setas; son muy buenas. Otras consideraciones. Todos los hombres son hermanos, naturalmente, pero algunos son, como si dijéramos, hermanos más jóvenes. Hay determinados trabajos que requieren una cultura y un refinamiento, y otros en los cuales la cultura y el refinamiento serían un estorbo. Y no hay que olvidar los derechos de la propiedad. Hay que dar al César... ¿Sabe qué pienso? Pues que en vez de explicarle todo eso ahora... (éste es su plato...) le prestaré un librito para que lo lea (*cham, cham, cham...*). Estas setas

están a la altura de su aspecto. Y en ese libro podrá verlo todo muy claramente.

CAPÍTULO

XXIII

EL VIOLÍN

Después del desayuno, el vicario se metió en un cuartito contiguo a su estudio para buscar un libro sobre Economía Política y dárselo al Ángel para que lo leyera. Porque la ignorancia social del Ángel estaba evidentemente más allá de toda explicación verbal. La puerta quedó entreabierta.

—¿Qué es esto? —preguntó el Ángel siguiéndolo—. ¿Un violín?
Y lo cogió cuidadosamente.

—¿Sabe usted tocarlo? —preguntó el vicario.

El Ángel tenía el arquillo en la mano, y a guisa de respuesta lo pasó por las cuerdas. La calidad de la nota hizo que el vicario se volviera bruscamente.

La mano del Ángel se afirmó sobre el instrumento. El arquillo volvió atrás trémulamente y una tonada que el vicario no había oído nunca penetró en sus oídos. El Ángel elevó el violín hasta colocárselo debajo de su delicado mentón y siguió tocando, y mientras tocaba los ojos le brillaban y los labios sonreían. Al principio miró al vicario, pero después su expresión cambió por completo. Parecía no ver al vicario, sino, a través de él, algo en su recuerdo o imaginación, algo indefinidamente remoto, algo ni siquiera soñado hasta entonces...

El vicario intentó seguir la música. La tonada le recordaba una llama, alzándose con ímpetu, brillante, ondulante y danzante, pasando y reapareciendo. ¡No...! ¡No reapareció! Otra tonada... igual y distinta a la otra, se irguió después de aquélla, osciló y se desvaneció. Después otra, que parecía la misma y era diferente. Le recordaba las llameantes lenguas que palpitan y cambian a cada instante en un fuego recién encendido. «Hay dos tonadas (o motivos, ¿cómo hay que llamarlo?)», pensó el vicario. Sabía

poquísimos de técnica musical. Las notas iban danzando, elevándose, persiguiéndose una a otra, desprendiéndose del fuego del encantamiento, acosándose, fluctuando, girando, hasta perderse en el cielo. Abajo quedaba el fuego ardiendo, llama sin combustible, en el espacio liso y uniforme, y de allí salían dos flirteantes mariposas del sonido, alejándose danzando, una encima de la otra, raudas y desiguales.

—¡Son flirteantes mariposas!

¿En qué estaba pensando el vicario? ¿Dónde se hallaba? ¡En la pequeña habitación contigua a su estudio, naturalmente! Con el Ángel frente a él, sonriéndole, tocando el violín y mirando a través del clérigo como si éste no fuese más que una ventana... Luego otra vez el mismo tema musical, como una llama amarilla, extendiéndose como una bocanada de viento, y luego otro, con un rápido remolino ascendente, persiguiéndose los dos temas de fuego y de luz hacia lo alto, hacia aquella diáfana inmensidad.

Súbitamente el estudio y las realidades de la vida se desvanecieron de la vista del vicario, volviéndose cada vez más indistintas y más sutiles, como una neblina que se disuelve en el aire, y él y el Ángel se quedaron como encima de un pináculo de música afiligranada, alrededor del cual iban trazando círculos un sinfín de relumbrantes melodías, desapareciendo y volviendo a aparecer. El vicario se hallaba en el país de la Belleza, y una vez más la gloria del cielo se reflejaba en el rostro del Ángel y las resplandecientes delicias de color vibraban de nuevo en sus alas. El vicario no podía verse a sí mismo. Pero yo no soy capaz de explicaros la visión de aquel grande y espacioso país, de su increíble claridad, altura y nobleza. Porque allí el espacio no es como el nuestro, ni el tiempo es como nosotros lo conocemos. Hay que hablar de ello con equívocas metáforas, y aun así quedarse con la amargura de que todo ha salido fallido. Y aquello era sólo una visión. Las maravillosas criaturas que volaban por el éter no los vieron como estaban, sino que pasaron volando a través de ellos como se pasa a través de un jirón de niebla. El vicario perdió la sensación del tiempo, toda sensación de necesidad...

—¡Ah! —exclamó el Ángel, acabando de golpe y dejando el violín a un lado.

El vicario se había olvidado del libro de Economía Política y se

olvidó de todo hasta que el Ángel hubo terminado. Durante un minuto permaneció inmóvil y callado. Luego se despabiló con un sobresalto. Se encontró sentado sobre el cofre.

—Realmente —dijo hablando despacio—, toca usted muy bien.

Miró a su alrededor con aire de asombro.

—He tenido una especie de visión mientras estaba usted tocando. Me ha parecido ver... ¿Qué es lo que he visto? Se ha ido.

Se levantó como deslumbrado.

—¡Nunca volveré a tocar el violín! —dijo—. Desearía que usted quisiera llevárselo a su cuarto... y quedárselo... y que volviera a tocarlo para mí. No he sabido lo que era la música hasta haberle oído tocar a usted. Siento como si nunca hubiese oído nada de música hasta ahora.

Se quedó mirando fijamente al Ángel y luego a su alrededor.

—Nunca he sentido lo que ahora con la música —dijo.

Movió la cabeza y repitió:

—¡Nunca volveré a tocar el violín!

CAPÍTULO

XXIV

EL ÁNGEL EXPLORA EL PUEBLO

Fue una insensatez, a mi juicio, que el vicario permitiera que el Ángel se fuese a pasear solo por el pueblo, a fin de ampliar sus ideas sobre la humanidad. Fue insensatez, porque, ¿cómo podía imaginarse la recepción que dispensarían al Ángel? Fue insensatez y no descuido, a mi entender. El vicario se había comportado siempre con todo decoro en el pueblo, y la idea de una lenta procesión por todas las calles y callejuelas con las inevitables observaciones de curiosidad, explicaciones y señalamientos con el dedo, era demasiado para él. El Ángel tal vez haría cosas raras, pero el pueblo era seguro que las pensaría. La gente se asomaría a las ventanas. «¿Con quién va ahora?», se preguntarían los curiosos. Además, ¿no tenía el deber de preparar su sermón con el debido tiempo?

El Ángel, orientado debidamente, se fue, pues, solo y alegremente cuesta abajo hacia el pueblo, ignorante aún de la mayor parte de las singularidades de la mente humana, tan distinta de la angélica.

Anduvo lentamente, con las blancas manos tras su gibosa espalda, mirando a un lado y a otro con su dulce semblante. Miraba fijamente, con curiosidad, los ojos de las personas con quienes se encontraba. Un niño que estaba cogiendo un manojo de mejoranas y madreselvas lo miró un instante e inmediatamente se le acercó y le dejó el manojo en la mano. Fue aquélla la primera fineza que recibía de un ser humano, salvo únicamente las del vicario y de otra persona. Al pasar por delante de una puerta, oyó a la vieja Gustick riendo a su nieta.

—¡Descarada! ¡Desvergonzada! —gritaba la vieja Gustick—. ¿Qué es lo que dices, mentirosa?

El Ángel se detuvo, impresionado por los extraños chillidos de la

vieja Gustick.

—Te pones el traje de los domingos y una pluma en el sombrero... ¡y a correr por ahí, a encontrarte con Dios sabe quién! ¡Y yo en casa trabajando como una negra para ti! ¡Vaya con la gran duquesa! ¡La mírame y no me toques! ¡Con toda su gandulería...!

La voz cesó bruscamente, y un gran silencio invadió la atmósfera.

—¡Qué grotesco y qué raro! —exclamó el Ángel, contemplando aquella maravillosa caja de las discordias—. ¡Mírame y no me toques!

Ignoraba que *Mrs.* Gustick se había dado cuenta repentinamente de su presencia y lo estaba observando por la rendija de la persiana. La puerta se abrió bruscamente y ella se quedó mirando fijamente el rostro del Ángel. Era una extraña aparición, con su pelo gris y polvoriento, el sucio vestido de color de rosa desabrochado dejando ver el cuello fibroso y arrugado, una verdadera gárgola colorada, que inmediatamente se puso a verter incomprensibles injurias.

—¡Vaya con el señorito! —empezó a decir *Mrs.* Gustick—. ¿No tiene usted nada mejor que hacer que quedarse escuchando a las puertas de las casas para enterarse de lo que no le importa?

El Ángel se quedó mirándola asombradísimo.

—¿Oye usted? —dijo de nuevo *Mrs.* Gustick, evidentemente muy encolerizada—. Era usted quien estaba escuchando.

—¿Tiene usted algún inconveniente en que yo escuche?

—¡Si tengo inconveniente en que él escuche! ¡Claro que lo tengo! ¿Qué se cree usted? No es usted tan necio...

—Pero si usted no quiere que la escuchen, ¿por qué grita tanto? Yo creía...

—¡*Usted creía!* ¡Es usted un majadero! ¡Es usted un gaznápiro con ojos de lechuza que no sabe hacer otra cosa que quedarse con la boca abierta para ver qué pesa por ahí y después ir a contárselo a los demás! ¡Miren el señorito fisgón y caradura...! ¡Vergüenza me daría ir a meter las narices en las casas de las personas decentes!

El Ángel se quedó muy sorprendido al descubrir que alguna inexplicable característica de la voz de aquella mujer provocaba en él las sensaciones más desagradables a la vez que un fuerte deseo de marcharse. Pero resistiendo este impulso, se quedó escuchando cortésmente, ya que ésta es la costumbre en el país angélico,

mientras otro habla. Aquella explosión estaba por entero más allá de su comprensión. No pudo percibir razón alguna que explicase la súbita proyección de aquella cabeza que lo vituperaba, desde el infinito, por decirlo así. Y las preguntas, sin dejar brecha para la respuesta, estaban fuera de su experiencia.

Mrs. Gustick prosiguió con su característica volubilidad de lenguaje y le aseguró que él no era ningún caballero, inquirió si él pretendía llamarse así, observó que todos los vagabundos pretendían lo mismo, lo comparó con un cerdo, se maravilló de su desfachatez, le preguntó si se avergonzaba de sí mismo al quedarse allí plantado, inquirió si había echado raíces en el suelo, dijo que tenía curiosidad de saber lo que quería significar con ello, quiso saber si había robado un espantapájaros para vestirse, insinuó que su comportamiento estaba impulsado por una vanidad anormal, preguntó si su madre sabía que había salido de casa y finalmente hizo la observación siguiente:

—Aquí tengo algo que le hará moverse un poco, señor mío.

Después, desapareció dando un gran portazo.

El intervalo le pareció al Ángel singularmente pacífico. La cabeza le daba vueltas, pero aún tuvo tiempo de analizar sus sensaciones. Dejó de inclinarse y sonreír, y se quedó inmóvil, estupefacto.

—Es una sensación curiosa y dolorosa al mismo tiempo —dijo el Ángel—. Es casi peor que el hambre y completamente distinta. Cuando se tiene hambre se desea comer. Supongo que esa fiera es una mujer. Y aquí lo que uno desea es irse. Supongo que lo mejor será irme.

Dio media vuelta lentamente y echó a andar calle abajo, meditando. Oyó cómo volvía a abrirse la puerta de la casa, y volviendo la cabeza, vio, a través de unas flores de habichuelas rojas, a *Mrs.* Gustick con una humeante sartén en la mano, llena de caldo de coles hirviendo.

—Ha hecho bien en largarse, *Mr.* Calzones Sobados —llegó hasta él la voz de *Mrs.* Gustick, flotando calle abajo, a través del bermellón de las flores—. ¡No vuelva usted a asomar las narices por los alrededores de esta casa, o yo le enseñaré a tener buenos modales! ¡Vaya...!

El Ángel se quedó en un estado de considerable perplejidad. No

tenía el menor deseo de volver a acercarse a aquella casa... No comprendió la importancia precisa de aquel objeto negro que la mujer tenía en la mano, pero su impresión general era enteramente desagradable. No pudo explicarse la razón.

—¡Y lo digo muy en serio! —gritó *Mrs.* Gustick, cada vez con más furia—. ¡Vaya si lo digo en serio!

El Ángel giró sobre sus talones y prosiguió su camino con una gran expresión de estupefacción en los ojos.

—¡Qué criatura más grotesca! —dijo el Ángel—. Mucho más que aquel hombrecillo vestido de negro. Me ha dicho algo en serio... Pero lo que no sé es lo que ha querido decir.

Calló un momento y murmuró, cada vez más perplejo:

—Supongo que todos quieren decirme algo.

CAPÍTULO

XXV

Cuando el Ángel llegó a vista de la fragua, donde el hermano de Sandy Bright estaba herrando un caballo para el carretero de Upmorton, dos muchachos estaban allí parados contemplando con mirada bovina la operación. Al acercarse el Ángel, aquellos dos jovencitos y luego el carretero giraron sobre sí mismos en un ángulo de treinta grados y se quedaron contemplándolo tranquilamente y con fijeza. La expresión que denotaban sus rostros era de un interés concentrado.

El Ángel se sintió intimidado por primera vez en su vida. Se acercó más, intentando mantener en su rostro una expresión amistosa, una expresión que pugnaba en vano por dominar la inmovilidad granítica de aquellos tres hombres. El Ángel iba con las manos a la espalda. Sonrió agradablemente, mirando con curiosidad la para él incomprensible ocupación del herrero. Pero la batería de ojos de los demás parecían querer pescar su mirada como con cebo. Intentando mirar los tres pares de ojos a la vez, el Ángel perdió su sentido de la vigilancia y tropezó con una piedra. Uno de los muchachos tosió sarcásticamente, y se halló inmediatamente cubierto de confusión ante la inquisitiva mirada del Ángel. Entonces dio un codazo a un compañero para disimular. Ninguno de ellos habló, y el Ángel tampoco.

Tan pronto como hubo pasado el Ángel, uno de los tres se puso a canturrear, en tono agresivo, una tonada burlesca.

Los tres se echaron a reír. Uno de ellos intentó cantar algo, pero se lo impidió una súbita ronquera. El Ángel siguió su camino.

—¿Quién es ése? —preguntó el segundo de los muchachos.

«Ping, ping, ping», iba haciendo el martillo del herrero.

—Será uno de esos extranjeros que vienen a cazar aquí —dijo el carretero de Upmorton—. Tiene cara de tonto.

—Como todos los extranjeros —afirmó el primero de los muchachos, sesudamente.

—Tiene algo que se parece mucho a una joroba —dijo el

carretero de Upmorton—. ¡Que me condene si no es jorobado!

Después volvió a hacerse el silencio, y los tres se quedaron observando inmóviles y sin expresión alguna la silueta del Ángel que se alejaba.

—Desde luego es un jorobado —insistió el carretero después de una larga pausa.

CAPÍTULO

XXVI

El Ángel siguió paseando por el pueblo. Lo encontraba todo maravilloso.

«Empiezan a vivir, y al cabo de algún tiempo acaban —se dijo a sí mismo, atónito—. Pero ¿qué hacen mientras tanto?».

En una ocasión oyó que una boca invisible cantaba unas palabras incomprensibles con la tonada que el hombre de la fragua había canturreado.

—Es aquel pobre hombre que el vicario hirió con su escopeta —dijo Sarah Glue, de Church Cottages, número 1, mirando por encima de los visillos.

—Parece francés —dijo Susan Hopper mirando también por los intersticios de aquel velo tan conveniente para disimular la curiosidad.

—Tiene urna mirada muy dulce —añadió Sarah Glue, que había cruzado durante un instante su mirada con la del Ángel.

El Ángel siguió paseando despacio. El cartero pasó por su lado y le saludó llevándose la mano a la gorra; más lejos había un perro durmiendo al sol. Siguió adelante y vio a Mendham, el cual le hizo una inclinación de cabeza a distancia y apresuró el paso. (Al párroco no le interesaba que le vieran hablando con un ángel en medio de la calle hasta que supiera algo más de él). De una de las casas llegaron los chillidos de un niño que lloraba, lo que dio una expresión aún más perpleja al rostro del Ángel. Luego el Ángel llegó al puente situado detrás de la última casa del pueblo, y se detuvo apoyándose en el parapeto para ver la pequeña cascada brillante que saltaba del molino.

«Empiezan a vivir y al cabo de algún tiempo acaban», decía la presa del molino. El agua se deslizaba por debajo del puente, verde y oscura, listada de espuma.

Más allá del molino se elevaba la torre cuadrada de la iglesia, con el cementerio parroquial detrás, y una gran extensión de lápidas funerarias y cruces de madera con inscripciones de la misma

índole escalaba la falda de la colina. Media docena de hayas enmarcaban aquel cuadro.

Entonces el Ángel oyó ruido de pasos y el rechinar de unas ruedas a su espalda, y volviendo la cabeza vio un hombre vestido con unos andrajos oscuros y de lo más sucio que imaginarse pudiera y cubierta la cabeza de un sombrero de fieltro gris lleno de polvo, que de pie y tambaleándose miraba fijamente la espalda del Ángel. Detrás de él había otro, igualmente sucio, empujando una carretilla de afilador por el puente.

—Buenos días —dijo el primer individuo sonriendo débilmente—. Buenos días.

Contuvo con dificultad un acceso de hipo. El Ángel se lo quedó mirando. Nunca había visto hasta entonces una sonrisa tan tonta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Eso... no le importa... Deseo conteste... mi saludo...

—¡Anda, vamos! —dijo el hombre de la carretilla siguiendo adelante.

—... Deseo... buenos días —gruñó el hombre sucio con un tono de gran irritación—. No me contesta...

—¡Anda, vamos, hombre! —dijo el hombre de la carretilla retrocediendo unos pasos.

—No entiendo —dijo el Ángel.

—¿No entiende? Pues... es muy fácil... Deseo que me dé... los buenos días. ¿No me contesta...? ¿No quiere contestarme? La gente dice buenos días. Es costumbre contestar buenos días. ¿Me oye?

El Ángel estaba estupefacto. El borracho permaneció aún un momento tambaleándose y luego con mano insegura se quitó el sombrero y lo tiró al suelo, a los pies del Ángel.

—¡Muy bien! —dijo como el que acaba de tomar una gran decisión.

—¡Ven! —insistió el hombre de la carretilla, a unas veinte yardas de distancia.

—Usted quiere luchar, usted...

Dijo una palabra que el Ángel no pudo entender y añadió:

—¡Ya le enseñaré a no contestar los buenos días de los caballeros!

Y empezó a hacer esfuerzos para quitarse la chaqueta.

—Cree que estoy borracho —dijo—. Ya le enseñaré yo.

El afilador se sentó en el brazo de la carretilla, a la expectativa.

—¡Anda, vámonos! —repitió.

La chaqueta resultó difícil de sacar y el borracho siguió haciendo jerigonzas, yendo de un lado a otro de la carretera en sus esfuerzos para quitársela, vomitando amenazas y maldiciones. El Ángel empezó a sospechar de un modo muy remoto que aquellas demostraciones podían ser hostiles.

—Ya se enterará cuando haya terminado con usted —dijo el borracho, con la chaqueta por encima de la cabeza.

Finalmente la prenda cayó al suelo, y a través de los agujeros de aquellos restos de chaleco que llevaba encima, el borracho exhibió un cuerpo bien formado, velludo y musculoso a los observadores ojos del Ángel, y seguidamente adoptó una actitud pugilística de gran estilo.

—Le quitaré esos colores que tiene —amenazó avanzando y retrocediendo, con los puños extendidos y los codos separados del cuerpo.

—¡Anda, ven! —volvió a decir el afilador en la carretera.

La atención del Ángel se concentró en dos enormes puños, peludos y negros, que oscilaban, avanzaban y retrocedían.

—¿Que venga, dice? ¡Ya le enseñaré a vivir! —siguió diciendo el andrajoso caballero. Y añadió con extraordinaria ferocidad—: ¡Ahora vas a ver quién soy yo!

Súbitamente avanzó, tambaleándose, y el Ángel, con un repentino instinto, levantó el brazo al verse atacado, y se echó a un lado para evitar la acometida. El puño marró el hombro del Ángel por un pelo, y el agresor cayó de bruces, hecho un guiñapo, y dio con la cara contra el parapeto del puente. El Ángel vaciló un poco, contemplando aquel montón de polvo que se debatía y blasfemaba a sus pies. En seguida se volvió hacia el compañero del borracho y lo miró interrogativamente.

—Espera que me levante —iba diciendo el hombre tendido en el puente—. ¡Espera que me levante, y ya te enseñaré!

Una extraña sensación de asco, una temblorosa repulsión invadió al Ángel. Se separó lentamente del borracho, dirigiéndose hacia el hombre de la carretilla.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el Ángel—. No lo comprendo.

—¡Es un loco...! Dice que celebra sus bodas de plata —contestó el afilador, evidentemente fastidiado.

Y en seguida, con un tono de creciente impaciencia, volvió a gritar:

—¡Anda, vámonos...!

—¡Bodas de plata! —exclamó el Ángel—. ¿Qué son bodas de plata?

—¡Paparruchas! —repuso el hombre de la carretilla—. El amigo siempre tiene una excusa así. ¡Es un asco! La semana pasada celebró su cumpleaños y no le había pasado aún la trompa cuando cogió otra en honor de mi carretilla nueva... ¡Vámonos, animal!

—Pero no comprendo —dijo el Ángel— por qué se tambalea de ese modo. ¿Por qué está haciendo todo eso para recoger su sombrero... sin conseguirlo nunca?

—¿Por qué? —exclamó el afilador—. ¡Hombre! ¡Éste es el bendito país de los inocentes! ¿Por qué? Pero ¿es que está usted ciego...? ¡Anda, vámonos...! ¡Maldito sea...! ¿No le ve que está como una cuba? Por eso...

El Ángel, al notar que el tono del afilador se iba endureciendo, creyó prudente no preguntarle nada más. Pero siguió al lado de la piedra de amolar observando las misteriosas evoluciones que se sucedían en el puente.

—¡Anda, ven! ¡Tendré que ir a cogerte el sombrero, supongo...! ¡Siempre está igual! ¡Nunca había tenido un compañero tan animal como éste!

El hombre de la carretilla permaneció un momento meditando.

—Es como si fuera un caballero y viviese de renta. ¡Se pone tan pesado cuando lleva una copa de más! Y va invitando a todo el que encuentra... ¡Ahora, hombre...! ¡Que me muera ahora mismo si no convidó a beber a un grupo de la «Salvation Army», que Dios confunda! No tiene discernimiento... ¡Anda, hombre, ven...! ¡Ven de una vez...! Tendré que ir a recogerle el maldito sombrero, supongo... No se da cuenta de las molestias que ocasiona.

El Ángel se quedó contemplando cómo el afilador desandaba el camino y con duras reconvenciones ayudaba al primero a ponerse el sombrero y la chaqueta. Después se volvió, absolutamente desconcertado, otra vez hacia el pueblo.

CAPÍTULO XXVII

Después de este incidente, el Ángel encaminó sus pasos a lo largo del molino y, rodeando el ábside de la iglesia, fue a examinar las lápidas funerarias.

—Éste debe de ser el sitio donde guardan ellos los trozos rotos —murmuró el Ángel, leyendo las inscripciones—. ¡Qué palabra tan curiosa! ¡Viuda! ¡*Resurgam!* Así, pues, no se acaban del todo... ¡Qué enormes piedras necesitan para ponérselas encima! ¡Hay que ser valiente para eso...! ¿Hawkins...? ¿*Hawkins?*

Este nombre me es conocido... No debe de haber muerto... La cosa es clara: «Se reunió con las huestes angélicas el 17 de mayo de 1863». Se encontraría tan fuera de lugar como yo me encuentro aquí. Pero ¿por qué será que ponen este cacharrito en el remate del monumento? ¡Qué curioso! ¡Oh! ¡Y hay otros por ahí...! Cacharritos de piedra con un trapo también de piedra que los cubre en parte...

En aquel momento salieron los niños de la Escuela Nacional, y primero uno, y después varios, se quedaron boquiabiertos al ver la negra figura inclinada del Ángel.

—¡Fíjate qué joroba! —remarcó un crítico.

—¡Parece una chica! —dijo otro.

El Ángel se volvió hacia ellos y se quedó asombrado al ver aquellas extrañas cabecitas acechándole desde la tapia cubierta de líquenes. Les sonrió levemente al ver sus ojos abiertos, y luego se volvió de nuevo para admirar la verja de hierro que cercaba la tumba de los Fitz-Jarvis.

—¡Qué extraño aspecto de incertidumbre! —dijo—. Losas, montones de piedras y esta verja de hierro... ¿Tendrán miedo...? ¿Será que estos muertos intentan levantarse de nuevo? Esto tiene un aspecto de represión... de fortificación...

—¡Córtese el pelo! ¡Córtese el pelo! —cantaron a coro tres de los muchachos.

—¡Qué curiosos son estos seres humanos! —exclamó el Ángel—. El hombre de ayer quería cortarme las alas y ahora estos chicuelos

quieren que me corte el pelo. ¡Y el hombre del puente dijo que me quitara la pintura! Pronto me dejarán sin nada.

—¿Dónde encontró ese sombrero? —gritó otro chiquillo—. ¿Dónde encontró ese vestido?

—Hacen unas preguntas que evidentemente, no desean que se les conteste —dijo el Ángel—. Lo presumo por el tono.

Miró pensativamente a los rapazuelos y añadió:

—No comprendo los métodos de las relaciones humanas. Esto que ahora hacen estos seres es probablemente una insinuación amistosa, una especie de ritual. Pero ignoro las respuestas. Me parece que iré a ver a aquel hombrecillo gordo, vestido de negro y con una cadena de oro sobre el estómago, y le pediré que me lo explique. Es muy difícil.

Se volvió hacia la puerta del cementerio.

—¡Oh! —exclamó uno de los rapazuelos profiriendo un agudo chillido y tirando al Ángel una cáscara de nuez de haya que cruzó el sendero del cementerio. El Ángel se detuvo, sorprendido.

Esto hizo que todos los chicos se echaran a reír. Un segundo muchacho, imitando al primero, exclamó:

—¡Oh!

Y dio de pleno al Ángel con su proyectil.

La estupefacción del Ángel fue realmente deliciosa. Entonces todos se pusieron a gritar:

—¡Oh!

Y siguieron tirándole cáscaras de hayuco. Una de ellas dio en la mano del Ángel, otra le produjo un pinchazo muy desagradable detrás de la oreja. El Ángel se puso a hacer desmañados movimientos dirigiéndose hacia ellos. Profirió unas palabras de reconvención y se desvió hacia la carretera. Los chiquillos quedaron muy asombrados, escandalizados ante tamaño desconcierto y cobardía. Aquel comportamiento no podía tolerarse. Empezaron a llover hayucos lanzados vigorosamente. Ya os podéis imaginar aquellos vívidos momentos, los chiquillos audaces persiguiendo de cerca al Ángel y disparándole proyectiles, mientras otros chiquillos, más tímidos, le disparaban desde detrás descargas al vuelo. El perro de Milton Screever se despabiló en un éxtasis de ladridos a la vista del espectáculo y se puso a ladrar y a saltar, henchido de fantásticas suposiciones, cada vez más cerca de las piernas angélicas.

—¡Eh, eh! —exclamó una voz vigorosa—. ¡Nunca lo hubiese creído! ¿Dónde está *Mr. Jarvis*? ¡Os enseñaré a portaros bien, sinvergüenzas!

Los chiquillos se dispersaron a derecha y a izquierda. Algunos saltaron por encima de la tapia al terreno de juego, y otros se escaparon calle abajo.

—¡Se están volviendo una peste estos chicos! —exclamó Crump reuniéndose con el Ángel—. Siento muchísimo que le hayan estado importunando.

El Ángel parecía estar turbado.

—No lo entiendo —decía—. Estos procedimientos humanos...

—Sí, claro. Son inusitados para usted. ¿Cómo va su excrecencia?

—¿Mi qué?

—Su miembro bífido, ¿comprende usted? ¿Cómo sigue? Ahora que está usted aquí, entre. Entre y permítame que vuelva a examinarlo... ¡Fuera, vosotros, pilletes! Mientras tanto, esos pequeños patanes nuestros se irán a sus casas. ¡Los niños son todos iguales en los pueblos! No pueden comprender nada que sea anormal. Ven a un forastero con un aspecto raro y le arrojan una piedra. Su imaginación no llega más allá de la parroquia... ¡Os daré una buena medicina si os cojo molestando otra vez a los forasteros...! Supongo que no es ni más ni menos que lo que puede esperarse de ellos... Venga, venga por aquí.

Así, pues, el Ángel, horrorosamente perplejo, entró rápido en el gabinete del médico para curarse de nuevo la herida.

CAPÍTULO

XXVIII

EL PUNTO DE VISTA DE *LADY HAMMERGALLOW*

En el parque de Siddermorton está enclavada la mansión del mismo nombre, donde vive *Lady Hammergallow*, alimentándose principalmente con los pequeños escándalos del pueblo. Es una anciana muy simpática, con un cuello fibroso y arrugado como una cuerda, un semblante de color ocre rojizo y unas rachas espasmódicas de mal carácter para las cuales no se conocían más que tres únicos remedios: una botella de ginebra, un par de mantas baratas y una moneda de una corona. La mansión se hallaba situada a milla y media de Siddermorton. Casi todo el pueblo era suyo, exceptuándose sólo una franja de terreno hacia el sur, propiedad de *Sir John Goth*. La anciana gobernaba autocráticamente, solazándose en estos días de división de jurisdicciones. Hacía y prohibía matrimonios, echaba del pueblo a los indeseables por el simple expediente de aumentarles el precio del alquiler, despedía a los trabajadores que le parecía, obligaba a los herejes a asistir a la iglesia e hizo que Susan Dangett, que quería que su hija se llamase «Eufemia», la hiciera bautizar con el nombre de «Mary—Anne». Era una firme y porfiada protestante y desaprobaba que al vicario le saliera una calva que parecía una tonsura. Formaba parte del Consejo Municipal, cuyos componentes se tomaban obsequiosamente el trabajo de subir cuesta arriba y atravesar el marjal para ir a celebrar las sesiones en su casa, y como era bastante sorda, efectuaban todas sus deliberaciones hablando en su trompetilla en lugar de hacerlo desde la tribuna. En aquella época no se interesaba por la política, pero el año anterior había sido una enemiga activa «de ese Gladstone». Tenía camareras en vez de lacayos para distinguirse de Hockley, el bolsista americano que tenía a su servicio cuatro titanes con calzones afelpados.

Ejercía en el pueblo una real fascinación. En el bar «El Gato» y en «El Cuerno de la Abundancia» nadie se escandalizaría si os oyeran jurar por Dios, pero si juraseis por *Lady Hammergallow* probablemente se sentirían tan ofendidos que os echarían de allí. Cuando la anciana pasaba con su carruaje por Siddermorton nunca dejaba de visitar a Bessy Flump, la administradora de Correos, para enterarse de todo lo que había ocurrido, y luego se dirigía a casa de *Miss Finch*, la modista, para comprobar la veracidad de lo que le había dicho Bessy Flump. A veces iba a ver al vicario, y otras veces a *Mrs. Mendham*, a la que se complacía en chasquear, y hasta de vez en cuando iba a ver a Crump. Su tronco de fogosos caballos pardos casi se echó encima del Ángel, cuando éste regresaba al pueblo.

—¡De modo que éste es el genio! —exclamó *Lady Hammergallow* volviéndose hacia él y observándolo a través de unos impertinentes de montura dorada que siempre llevaba en su arrugada y temblorosa mano—. ¡Realmente parece loco! El pobrecillo tiene una cara muy bonita. ¡Lástima no haberlo visto antes!

Se hizo conducir al presbiterio y allí pidió detalles del asunto. Los contradictores relatos de *Miss Flump*, de *Miss Finch*, de *Mrs. Mendham*, del doctor Crump y de *Mrs. Jehoram*, le habían embrollado las ideas. Él vicario, vivamente apremiado, hizo todo lo que pudo para explicar dentro de la trompetilla todo lo que había ocurrido realmente. Suavizó cuanto pudo lo de las alas y lo del vestido de color de azafrán, pero tuvo la sensación de que la cosa no tenía remedio. Habló de su protegido llamándole «*Mr. Ángel*» y dirigió patéticos apartes al martín pescador. La anciana notó su confusión. Su rara cabeza de vieja se balanceaba con pequeñas sacudidas hacia atrás y hacia delante. Ponía la trompetilla debajo de las narices del vicario cuando éste no tenía nada que decir, y después sus ojos hundidos escudriñaban la cara del vicario sin hacer el menor caso de las explicaciones que le salían de los labios.

Hubo muchos «¡Oh!» y «¡Ah!», y positivamente la buena señora cogió algunos fragmentos de la conversación.

—¿Le ha invitado usted a vivir en su casa... por tiempo indefinido? —preguntó *Lady Hammergallow* mientras se le ocurría una gran idea.

—Sí, tal vez con demasiada ligereza le hice esta...

—¿Y usted ignora de dónde procede?

—En absoluto.

—Y tampoco sabrá quién es su padre, supongo, ¿verdad? —inquirió *Lady Hammergallow*, con gran misterio.

—No —confesó el vicario.

—¡Vamos, hombre! —repuso *Lady Hammergallow* jovialmente.

Y dio al vicario con la trompetilla un golpe en las costillas mientras seguía observándole a través de los impertinentes.

—¡Pero... *Lady Hammergallow*!

—Así me lo figuraba. No crea que voy a reprochárselo, *Mr. Hilyer*.

Y soltó una franca carcajada que revelaba una enorme satisfacción.

—El mundo es el mundo y los hombres son hombres —prosiguió—. Y el pobre muchacho está lisiado, ¿eh? Es una especie de fallo divino. Y va de luto, por lo que he visto. Me recuerda «La carta roja...». La madre habrá muerto, supongo. Tanto mejor. En realidad, no soy una mujer de manga estrecha... y le felicito a usted por su decisión de tenerlo consigo. Se lo digo de veras.

—¡Pero *Lady Hammergallow*!

—No lo eche todo a perder negándolo ahora. ¡Es tan natural para una mujer de mundo! ¡Esa *Mrs. Mendham*! Me divierte la mar con sus sospechas. ¡Qué ideas más ridículas! ¡Y en la esposa de un párroco, además! Pero espero que esto no se habrá producido después de haber sido usted ordenado sacerdote.

—¡*Lady Hammergallow*, protesto...! Le doy mi palabra.

—*Mr. Hilyer*, yo también protesto. Lo sé de cierto. Nada de lo que usted diga podrá modificar en un ápice mi opinión. Ni siquiera lo intente. Nunca sospeché ni remotamente que fuese usted un hombre tan interesante.

—¡Pero esta sospecha es insoportable!

—Le ayudaremos todos, *Mr. Hilyer*. Puede usted confiar en mí... Es muy romántico.

Lady Hammergallow irradiaba benevolencia.

—¡Pero, *Lady Hammergallow*, déjeme que le explique...!

Lady Hammergallow cogió resueltamente su trompetilla y la mantuvo junto a su oído moviendo la cabeza.

—Tiene un gran talento para la música, según me han dicho. ¿Es

cierto eso, vicario?

—Le puedo asegurar del modo más solemne...

—Ya me lo figuraba. Y siendo un lisiado...

—Está usted bajo la influencia del más cruel equivo...

—Pensé que si sus dones son verdaderamente como dice esa Mrs. Jehoram...

—Es la sospecha más injustificada que hombre alguno...

—Claro que no hago gran caso del juicio de esa mujer...

—Tenga usted en cuenta mi situación. ¿No me he ganado una buena reputación?

—Acaso sería posible hacer algo por él como concertista.

—Pero ¿he hecho yo...? (¡Mil diablos, no hay manera de entenderse!).

—Por consiguiente, vicario, propongo ofrecerle la oportunidad de que nos enseñe lo que sabe hacer. He estado reflexionando sobre ello mientras venía. El martes próximo invitaré a unas cuantas personas de buen gusto, y él vendrá con el violín. ¿Eh, qué tal? Y si todo va bien, ya procuraré obtener algunas cartas de presentación y le daremos un buen empujón.

—¡Pero, *Lady Hammergeallow*...!

—¡Ni una palabra más! —replicó *Lady Hammergeallow*, todavía resueltamente agarrada a su trompetilla y agitando con la otra mano sus impertinentes—. Realmente, no debo hacer esperar más tiempo a mis caballos. ¡Cutler se molesta tanto si los dejo parados mucho tiempo! Se aburre mucho teniendo que esperar, el pobre hombre, si no hay cerca una taberna.

Y *Lady Hammergeallow* se dirigió hacia la puerta.

—¡Mil diablos! —gruñó el vicario en voz baja.

No había pronunciado aquel exabrupto desde que fue ordenado sacerdote. Esto demuestra cómo la visita de un ángel puede llegar a trastornar a un hombre.

El vicario permaneció en la verja contemplando el carruaje que se alejaba. El mundo parecíale que se quebraba en pedazos a su alrededor. ¿Habría vivido su virtuosa vida de soltero durante treinta años en vano? ¡De qué cosas le creía capaz la gente! Se quedó un rato allí, mirando el verde campo de trigo a lo lejos, y luego, carretera abajo, el pueblo desparramado a derecha y a izquierda. Todo le parecía muy real, y, no obstante, por primera vez en su vida

abrigaba extrañas dudas sobre aquella realidad. Se frotó la barbilla y luego, dando media vuelta, se puso a subir lentamente la escalera hasta su cuarto y allí estuvo sentado un buen rato, con la mirada fija en una prenda de lino amarilla.

—¡Que sabe quién es su padre! —dijo—. Y resulta que él es inmortal, y ya iba aleteando por su cielo cuando mis antepasados eran marsupiales... ¡Quisiera que estuviese allí todavía!

Se levantó y se puso a palpar la prenda.

—No puedo imaginarme cómo se fabrican estos tejidos...

Se acercó a la ventana y se asomó al exterior.

—Todo lo encuentro maravilloso, hasta la salida y la puesta del sol. Supongo que no existe ninguna base adamantina para sustentar creencia alguna. Pero uno va adquiriendo un hábito regular de tomarse las cosas tal como vienen. Y luego llega lo imprevisto y lo estropea todo. Parece como si me despertara a lo Invisible. Ésta es la más extraña de las incertidumbres. Nunca me había sentido tan agitado, tan turbado como ahora desde los días de mi adolescencia.

CAPÍTULO

XXIX

MÁS AVENTURAS DEL ÁNGEL EN EL PUEBLO

—**E**sto va bien —declaró Crump, después de haber cambiado el vendaje—. Será una treta que me jugará la memoria, sin duda alguna, pero estas excrecencias que tiene usted no me parecen hoy tan gran, des como me parecieron ayer. Supongo que me impresionarían fuertemente. Quédese a comer conmigo ahora que está aquí. Ya es mediodía. Los chicos se los tragará de nuevo la escuela a primera hora de la tarde... Nunca vi en mi vida una curación más perfecta —añadió mientras ambos se dirigían al comedor—. Su sangre y carne deben de estar tan limpias de bacterias como pueda desearse... sea lo que sea lo que haya en su cabeza —añadió *sotto voce*.

Durante la comida estuvo vigilando estrechamente al Ángel y le habló continuamente procurando sonsacarle.

—¿Le cansó el viaje de ayer? —preguntó súbitamente.

—¡El viaje! —repuso el Ángel—. ¡Oh...! Sólo sentí alguna rigidez en las alas.

«Nada, no hay por dónde cogerle —se dijo Crump—, pero voy a fingir que le creo».

Y preguntó en voz alta:

—De modo que usted vino volando, ¿eh? Sin otra clase de transporte.

—No había camino alguno —explicó el Ángel sirviéndose un poco de mostaza—. Estaba volando en una sinfonía con algunos grifos y querubines ígneos, y de repente, todo se volvió oscuro y me encontré en este mundo de ustedes.

—¡Válgame Dios! —exclamó Crump—. Y será por esto por lo que no trajo usted equipaje.

Y una sonrisa centelleó en sus ojos.

—Supongo que conocerá este mundo nuestro bastante bien, ¿verdad? Con eso de estar observándonos por encima de las murallas adamantinas, ¿eh?

—No, no lo conozco muy bien. Soñamos con él algunas veces. A la luz de la Irma, cuando las Pesadillas nos han hecho conciliar el sueño abanicándonos con sus alas.

—¡Ah, sí...! ¡Claro! —dijo Crump—. Es una manera muy poética de decirlo. ¿Quiere usted tomar un poco de Borgoña? Lo tiene ahí, a su lado... Pues sí... Existe el convencimiento en este mundo, ¿sabe usted?, que las visitas de los ángeles no son muy raras. Quizás alguno de sus... amigos, haya viajado, ¿eh? Se supone que suelen aparecerse a ciertas personas meritorias que están en la cárcel, y que entonces bailan una especie de danzas indias o algo por el estilo. Como aquello del Fausto, ¿sabe usted?

—Nunca he oído nada semejante —dijo el Ángel.

—El otro día, una señora cuyo hijo yo visitaba por una indigestión, me aseguró que ciertas contorsiones faciales que hacía la criatura indicaban que estaba soñando con los ángeles. En las novelas de *Mrs. Henry Wood* se considera esto como un signo infalible de defunción precoz. Supongo que usted no me podrá aclarar lo que haya de cierto en esta oscura manifestación patológica, ¿verdad?

—No lo comprendo en absoluto —contestó el Ángel, algo aturrullado, sin percatarse claramente de la intención del médico.

«Se está poniendo receloso —se dijo Crump—. Se da cuenta de que le estoy tomando el pelo».

Pero prosiguió su farsa:

—Hay una cosa que me produce una gran curiosidad. Los recién llegados, ¿se quejan mucho de los médicos que los han asistido? Siempre me he imaginado que debe de haber mucha cháchara hidropática al principio. En junio pasado estaba mirando aquel cuadro expuesto en la Academia...

—¡Recién llegados! —dijo el Ángel—. Realmente no caigo en lo que usted quiere decir.

El médico se lo quedó mirando fijamente.

—Pero ¿es que no llegan?

—¿Llegan? —preguntó el Ángel—. ¿Quiénes?

—Los que mueren aquí.

—¿Después de haberse deshecho a pedazos aquí?

—Ésa es la creencia general, ¿comprende usted?

—¿Gente como la mujer aquella que chillaba en la puerta de su casa, el hombre de la cara morena con sus visajes y aspavientos, y los pequeños que me tiraban cáscaras? Pues, ¡claro que no! Nunca vi semejante gente hasta que hube caído en este mundo.

—¡Oh, vamos, vamos! —exclamó el médico—. Ahora me dirá usted que su traje oficial no es blanco y que no sabe tocar el arpa.

—No existe el blanco en el País Angélico —afirmó el Ángel—. Es un color extraño que se obtiene mezclando otros colores.

—¡Pero, señor mío! —exclamó el médico modificando súbitamente el tono de su voz—. Usted positivamente no sabe nada del país de donde procede. El blanco es la misma esencia de su país.

El Ángel se quedó mirándolo extrañado. ¿Estaría bromeando aquel hombre? Parecía perfectamente serio.

—Mire usted aquí —dijo Crump.

Y levantándose se dirigió al aparador donde había un ejemplar del *Paris Magazine*, lo cogió y le enseñó al Ángel el suplemento de color, añadiendo:

—Aquí hay algunos ángeles, *de verdad*. Ya ve usted que no son las alas únicamente lo que hace el ángel. De blanco, ya lo ve usted, subiendo hacia el cielo envueltos en flotantes crespones y con las alas recogidas. Así son los ángeles, según las personas más autorizadas en la materia. Con el pelo como si fuera oxigenado. Uno de ellos lleva una pequeña arpa, como usted puede ver, y está ayudando a esta señora sin alas, que es una especie de larva de ángel, hacia arriba.

—¡Oh! —protestó el Ángel—. Esto no son ángeles en absoluto.

—Sí que lo *son* —dijo Crump volviendo a dejar la revista sobre el aparador, y sentándose de nuevo, con un aire de inmensa satisfacción—. Puedo asegurarle que lo sé de una manera autorizada...

—Pues yo puedo asegurarle...

Crump frunció los labios y movió la cabeza de derecha a izquierda, como lo había hecho en casa del vicario.

—Nada, nada —dijo—. No hay nada que pueda alterar nuestras ideas sólo porque un visitante irresponsable...

—Si ésos son ángeles —repuso el Ángel—, entonces resulta que

yo nunca he estado en el País Angélico.

—Precisamente —ratificó Crump, inefablemente satisfecho—, era esto lo que yo me proponía que usted dijese.

El Ángel se le quedó mirando un minuto con los ojos muy abiertos, y por segunda vez se sintió invadido por la destemplanza humana de la risa.

—¡Ja, ja, ja! —prorrumpió Crump, uniéndose a la risa del Ángel—. Ya *sabía* yo que no era usted tan loco como parecía. ¡Ja, ja, ja!

Y durante el resto de la comida los dos estuvieron muy alegres, aunque por razones enteramente diferentes, y Crump se persuadió de que había que tratar al Ángel como un guasón de primera.

CAPÍTULO

XXX

Después de haberse despedido de Crump, el Ángel volvió a dirigirse, cuesta arriba, hacia la vicaría. Pero, posiblemente impulsado por el deseo de evitar un nuevo encuentro con *Mrs.* Gustick, al llegar al portillo se desvió, yendo a dar un rodeo por el campo de Lark y la granja de Bradley.

Y se encontró con el Respetable Vagabundo dormitando tranquilamente entre las flores del campo. Se detuvo a contemplarlo, impresionado por la tranquilidad celestial del rostro de aquel individuo. Y mientras lo estaba contemplando, el Respetable Vagabundo se despertó sobresaltado y se incorporó. Era un sujeto muy pálido, vestido de un color negro herrumbroso, con un sombrero mugriento y abollado, inclinado sobre un ojo.

—Buenas tardes —dijo afablemente—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien —contestó el Ángel, que ya se había adueñado de la frase.

El Respetable Vagabundo miró al Ángel con atención.

—¿Gastando las pezuñas, chaval? —dijo—. Igual que yo.

El Ángel quedó confuso.

—¿Por qué —preguntó el Ángel— duerme usted de este modo, en vez de dormir en el aire o en una cama?

—¡Hombre, tiene gracia! —dijo el Respetable Vagabundo—. ¿Que por qué no duermo en una cama? Pues porque en el palacio de Sandringham están ahora los pintores y en el castillo de Windsor están reparando las cañerías, y no tengo otra casa adonde ir. ¿No tendría usted por casualidad en su bolsillo el precio de un doble de cerveza?

—No tengo nada en los bolsillos —dijo el Ángel.

—¿Es éste el pueblo llamado Siddermorton? —preguntó el Vagabundo poniéndose de pie con bastantes crujidos y señalando las apiñadas techumbres que se veían al pie de la colina.

—Sí —dijo el Ángel—. Es Siddermorton.

—Ya lo conozco, ya lo conozco —dijo el Vagabundo—. Es un

pueblecito muy lindo.

Estiró los brazos, bostezó y se quedó contemplando el pueblo.

—¡Casas, cosechas! —exclamó señalando los trigales y las huertas—. Parece cómodo y agradable, ¿no?

—Tiene una belleza singular —dijo el Ángel.

—Tiene una belleza singular... sí... ¡Dios mío, lo que me gustaría saquear este sucio pueblo...! Ahí es donde yo nací.

—¡Válgame Dios! —exclamó el Ángel.

—Sí, yo nací en ese pueblo. ¿Ha oído usted hablar nunca de una rana descerebrada?

—¿De una rana descerebrada? —dijo el Ángel—. ¡No!

—Es una cosa que hacen los vivisectores. Cogen una rana y le extirpan el cerebro y en su lugar le ponen cera o algún otro producto. Esto es una rana descerebrada. Bueno, pues este pueblo está lleno de seres humanos descerebrados.

El Ángel se lo tomó en serio.

—¿Es de veras eso?

—De veras. Le doy mi palabra. A cada uno de sus habitantes le han extirpado el cerebro y le han puesto en su lugar unos trozos de yesca podrida. ¿Ve usted aquel pequeño edificio rojo?

—Es lo que llaman la escuela —dijo el Ángel.

—Sí... Allí es donde los descerebran —dijo el Vagabundo, enamorado completamente de su fantástica idea.

—¿De veras? Eso es muy interesante.

—Y lógico —dijo el Vagabundo—. Si tuviesen cerebros tendrían ideas, y si tuviesen ideas, pensarían por sí mismos. Y usted puede pasearse por ese pueblo de uno a otro extremo sin encontrarse con nadie que llegue a tanto. Son seres humanos descerebrados. Conozco el pueblo. Allí nací y allí me encontraría ahora trabajando como un negro para los ricos si no me hubiese puesto en contra de la descerebración.

—¿Es una operación muy dolorosa? —preguntó el Ángel.

—En parte. Aunque no es precisamente la cabeza lo que se resiente. Y dura mucho tiempo. Los llevan muy jóvenes a esa escuela, diciéndoles: «Venid aquí, que os refinaremos la inteligencia». Eso es lo que les dicen, y en los niños pequeños ese truco obra maravillas. Y entonces empiezan a sacarles el jugo del cerebro, poco a poco, a pedacitos, con fechas y listas y monsergas. Y

cuando salen de allí ya no tienen cerebro en la cabeza, pero les han dado cuerda para tiempo y les han enseñado a saludar quitándose la gorra ante cualquier persona que los mire al pasar. ¡Hombre, si hasta uno se quitó la gorra al pasar yo ayer por su lado! Y se mueven con gran vivacidad por todas partes y hacen todos los trabajos sucios y desagradables, y todavía están agradecidos de que se les permita seguir viviendo. Se sienten positivamente orgullosos de ejecutar trabajos duros y pesados por amor al arte. Después que los han descerebrado, claro está. ¿Ve usted aquel tío que está labrando?

—Sí —dijo el Ángel—. ¿Está descerebrado?

—¡Ya lo creo! Si no lo estuviera, estaría sin hacer nada, con un tiempo tan agradable como hace... igual que yo y los santos apóstoles.

—Ya empiezo a comprender —dijo el Ángel, algo vacilante, aún.

—Ya sabía yo que llegaría a comprenderlo —dijo el Vagabundo Filósofo—. Ya he visto que es usted buena persona. Pero, hablando seriamente, ¿no lo encuentra usted ridículo...? Siglos y siglos de civilización, y mire usted el pobre cerdo ese, sudando la gota gorda, y trabajando penosamente montaña arriba. Y es inglés, ¡vaya si es inglés! Pertenece a una raza superior a todas las de la Creación. Es uno de los amos de la India. Ya es bastante para hacer reír a un negrito. La bandera que ha desafiado durante mil años el cañón y el viento... ¡Es su bandera! Nunca hubo un país tan grande y glorioso como éste. ¡Nunca! Y, sin embargo, he ahí lo que se ha hecho de nosotros. Ya le contaré un cuento sobre todo esto, ya que usted me parece forastero. Hay un individuo aquí, que se llama Gotch, *Sir John Gotch*. Cuando él era un caballerete recién salido de Oxford, yo era un chiquillo de ocho años y mi hermana era una muchacha de diecisiete. Servía en su casa. Pero ¡caramba!, todo el mundo ha oído esta historia... Es cosa muy corriente con gente de esa clase.

—Pues yo no la he oído —dijo el Ángel.

—Todo lo que es bonito y alegre en las muchachas, ellos lo arrojan al arroyo, y a todos los hombres que tienen un tanto así de valor o de espíritu de aventura, a todos aquellos que se niegan a beber lo que la mujer del cura les manda en vez de cerveza, o a saludar sin humillarse, o a no tocar los conejos ni los pájaros para que únicamente los cacen los ricos, a éstos los echan de los pueblos

por indeseables. ¡Patriotismo! ¡Que no me vengan con monsergas para mejorar la raza! Los que quedan de esa raza no son dignos de mirar a un negrito cara a cara, y un chino se avergonzaría de ellos...

—No lo entiendo —dijo el Ángel—. No sé qué quiere usted decir.

A esto el Vagabundo Filósofo contestó más explícitamente y refirió al Ángel la sencilla historia de *Sir John Gotch* y la criada. Casi no vale la pena de repetirla. Ya podéis imaginaros que dejaría al Ángel todavía más confuso. Aquel relato estaba henchido de palabras que él no comprendía en absoluto, ya que el único vehículo de la emoción que poseía el Vagabundo consistía en la blasfemia. Sin embargo, a pesar de que sus dos lenguajes diferían tanto, todavía pudo el Vagabundo transmitir al Ángel parte de sus propias y probablemente infundadas convicciones de la injusticia y de la crueldad de la vida, y de lo detestable y aborrecible que era *Sir John Gotch*.

Lo último que de él vio el Ángel fue su negra espalda llena de polvo alejándose por el sendero que conduce a Iping Hanger. Cerca de la carretera apareció un faisán y el Vagabundo Filósofo cogió inmediatamente una piedra y se la tiró al ave con muy buena puntería y muy mala intención. El ave desapareció cloqueando. Y el vagabundo también desapareció en un recodo del camino.

CAPÍTULO

XXXI

LA AMPLITUD DE MIRAS DE MRS. JEHORAM

—**O**í que alguien tocaba el violín en la vicaría, al pasar por allí —dijo Mrs. Jehoram tomando la taza de té que le ofrecía Mrs. Mendham.

—El vicario lo toca —repuso Mrs. Mendham—. Ya le he hablado a George de esto, pero como si nada. No creo que debiera permitirse que un vicario haga una cosa semejante. Eso, para los extranjeros. Pero *él*...

—Ya lo sé, querida —interrumpió Mrs. Jehoram—. Pero yo oí tocar el violín al vicario en una ocasión, en la escuela. Y no creo que el que acabo de oír *sea* el vicario. Lo hacía muy bien y algunos fragmentos los tocaba con una gran elegancia. Era algo nuevo Esta mañana, hablando con *Lady* Hammergalow, le decía que me figuro...

—¡El loco! Muy probable. Esos imbéciles... Querida amiga, no creo que pueda olvidar nunca aquel espantoso encuentro de ayer.

—Ni yo tampoco.

—¡Mis pobres hijas! Han quedado demasiado conmocionadas para poder decir ni una sola palabra de ello. Yo le dije a *Lady* Ham...

—¡Es muy natural! ¡Fue realmente *espantoso*! Para ellas, digo.

—Y ahora, querida, quisiera que usted me dijera francamente si cree de veras que aquel sujeto de hombre...

—Tendría usted que haber oído el violín.

—Sospecho, Jessie...

Y Mrs. Mendham se inclinó hacia su amiga como para susurrarle algo al oído.

Mrs. Jehoram se sirvió un trozo de pastel.

—Estoy segura de que no hay mujer alguna que pueda tocar el

violín como lo oí tocar esta mañana.

—Claro que si usted lo dice, esto pone punto final al asunto —dijo *Mrs. Mendham*.

Mrs. Jehoram era la autocrática autoridad indiscutible en Siddermorton sobre todas las cuestiones de arte, música y literatura. Su difunto esposo había sido un poeta menor.

Mrs. Mendham añadió, no obstante:

—Así y todo...

—¿Sabe usted —dijo *Mrs. Jehoram*— que estoy inclinada a creer el relato de nuestro querido vicario?

—¡Qué buena es usted, Jessie!

—Realmente, no creo que pueda haber albergado a nadie en la vicaría, antes de la tarde aquella... Estoy segura de que nos habríamos enterado. No creo que pueda aparecer un gato extraño en cuatro millas a la redonda de Siddermorton sin que la noticia llegue a nuestros oídos. La gente de aquí es tan chismosa...

—El vicario no me ha inspirado nunca confianza —dijo *Mrs. Mendham*—. Lo conozco.

—Sí. Pero la historia es plausible. Si ese *Mr. Ángel* fuese un hombre inteligente y excéntrico...

—Tendría que ser *muy* excéntrico para vestirse como lo hizo. Hay ciertos grados y ciertos límites, querida.

—Pero los *kilts*... —dijo *Mrs. Jehoram*.

—Están muy bien en los Highlands...

Los ojos de *Mrs. Jehoram* se habían fijado en un punto negro que subía lentamente la colina a través de un amplio trigal amarillento.

—¡Ahí va! —gritó *Mrs. Jehoram* levantándose—. Ahora atraviesa aquel trigal. Estoy segura de que es él. Desde aquí le veo la joroba. A menos de que sea un hombre con un saco auestas. Pero ¡Minnie! ¡Si aquí hay unos prismáticos! ¡Qué bien para observar la vicaría...! Sí, es nuestro hombre. ¡Pero qué cara tan bonita!

Muy generosamente permitió que la dueña de la casa compartiera los prismáticos. Durante un minuto hubo un silencio interrumpido sólo por leves crujidos.

—Su traje es *perfectamente* respetable ahora —comentó *Mrs. Mendham*.

—En efecto —convino *Mrs. Jehoram*.

Hubo una pausa.

—¡Parece enfadado!

—Y lleva el traje lleno de polvo.

—Y anda en línea recta. De otro modo podría creerse... Con este tiempo tan caluroso...

Otra pausa.

—Oiga, Minnie —dijo *Mrs. Jehoram* dejando a un lado los prismáticos—. Lo que iba a decirle es que posiblemente *Mr. Ángel* sea un genio disfrazado.

—Si usted puede llamar disfraz a lo que es poco más que nada...

—No hay duda que es un excéntrico. Pero yo misma he visto niños que llevan blusas muy parecidas a su traje de aquel día. ¡Hay tantas personas inteligentes que *son* raras en cuanto a indumentaria y modales! A un genio le está permitido robar un caballo cuando a un empleado de banca no le está permitido ni siquiera mirar por encima del seto. Es muy posible que sea una persona muy conocida y se esté burlando de nuestra simplicidad arcadiana. Y, realmente, su traje no era tan indecente como algunos de esos que llevan las mujeres ciclistas de ahora. Vi a una de ellas en una revista ilustrada hace sólo unos días... en el *New Budget*, me parece... Bueno, ajustadísimo que parecía hecho de punto, ¿sabe usted, Minnie? Yo me quedo con la teoría del genio, especialmente después de haberlo oído tocar. Estoy segura de que es un hombre muy original, tal vez muy divertido. Bueno, estoy decidida a pedir al vicario que me lo presente.

—¡Pero, querida Jessie! —exclamó *Mrs. Mendham*.

—Estoy completamente decidida —dijo *Mrs. Jehoram*.

—Mucho me temo que sea una acción irreflexiva por su parte —opinó *Mrs. Mendham*—. Los genios y esa clase de gente están muy bien en Londres. Pero aquí... en la vicaría...

—Vamos a educar a las gentes de aquí. Me gusta la originalidad. Sea como sea, tengo que verlo.

—Vaya usted con cuidado que no lo vea demasiado —dijo *Mrs. Mendham*—. Según tengo entendido, la moda está cambiando, y creo que algunas personas que forman parte de la buena sociedad han decidido no estimular más a los genios. Los escándalos recientes...

—Sólo en literatura, Minnie. En cambio la música...

—Nada de lo que usted me diga, Jessie —replicó *Mrs.* Mendham escapándose por la tangente—, podrá convencerme de que el traje que llevaba ese raro personaje no era sumamente sugestivo e indecente.

CAPÍTULO

XXXII

UN INCIDENTE TRIVIAL

El Ángel fue andando a lo largo del seto y a través del campo, hacia la vicaría. Los rayos del sol poniente acariciaban su espalda y daban unos toques de oro a la vicaría y brillaban como fuego en todas las ventanas. En la entrada, bañada por la luz del sol, estaba la pequeña Delia, la criada. La joven estaba contemplando al Ángel resguardándose los ojos con una mano. De pronto, al Ángel se le ocurrió que ella, al menos, era hermosa de veras, y no sólo hermosa, sino viviente y cálida.

Delia le abrió la verja para que entrara. Le compadecía, porque su hermano mayor también era jorobado. El Ángel le hizo una inclinación de cabeza como hubiera hecho ante cualquier otra mujer, y durante unos segundos la miró fijamente. Ella le devolvió la mirada y sintió que algo vibraba en su interior.

El Ángel hizo un gesto de irresolución.

—Tiene usted unos ojos muy bellos —dijo suavemente, con un remoto tono de admiración.

—¡Oh, *Mr.* Ángel! —exclamó ella, confusa.

El semblante del Ángel adquirió una expresión de perplejidad. Se dirigió por el sendero, entre los arriates del vicario, mientras ella se quedaba al lado de la verja, todavía abierta, mirándolo con los ojos muy abiertos. Al llegar a la galería, bajo la enramada de rosas, él se volvió y se quedó mirándola.

Ella también lo contempló un momento, y después, con un gesto muy raro, le volvió la espalda, cerró la verja y pareció sumirse en la contemplación del valle, hacia el campanario de la iglesia.

CAPÍTULO

XXXIII

LA TRAMA Y URDIMBRE DE LAS COSAS

A la hora de comer, el Ángel explicó al vicario las más salientes de sus aventuras de aquel día.

—Lo más extraño de todo —afirmó el Ángel— es la prontitud, el entusiasmo y el gusto con que ustedes, los seres humanos, infligen el dolor. Esos muchachos que me han arrojado cáscaras esta mañana...

—Parecían disfrutar con ello, ¿eh? —dijo el vicario—. Ya lo sé.

—Y, no obstante, a ellos no les gusta el dolor —dijo el Ángel.

—No —dijo el vicario—, no les gusta.

—Luego —prosiguió el Ángel—, vi unas plantas muy hermosas que se erguían con una espiga de hojas, dos a este lado y dos al otro, y cuando intenté pasar la mano por una de ellas, me produjo el más desagradable...

—¡Ortigas serían! —dijo el vicario.

—Bueno, pero fue un dolor diferente. Y otra planta con una coronilla en la punta, abundantemente decorada con hojas, me picó en los dedos...

—Un cardo, seguramente.

—Y en su jardín, esa planta, de tan buen olor...

—El rosal silvestre —dijo el vicario—. Ya recuerdo. —Y aquella flor rosada que salió de la caja...

—¿Qué salió de la caja? —repitió el vicario.

—Anoche —dijo el Ángel—. Aquella que empezó a trepar por las cortinas... ¡La llama!

—¡Ah...! ¡Las cerillas y las velas! Sí, sí...

—También los animales se han metido conmigo. Un perro se comportó del modo más desagradable... Y aquellos muchachos, y el modo que tiene la gente de hablar. Todo el mundo parece estar

deseoso... o dispuesto, al menos, a causar dolor. Todo el mundo parece estar atareado en proporcionarlo a los demás...

—O en evitarlo —replicó el vicario apartando su plato—. Sí,, desde luego. Es una lucha constante en todas partes. El mundo entero es un campo de batalla..., el mundo entero. Estamos impelidos por el dolor. ¡Qué superficialmente situado está! ¡Este Ángel ya lo ha visto al primer día!

—Pero ¿por qué se empeña todo el mundo... todos los seres... en causar dolor? —preguntó el Ángel.

—¿No sucede lo mismo en el País Angélico? —inquirió el vicario.

—No —contestó el Ángel—. ¿Y por qué sucede así aquí?

El vicario se enjugó lentamente los labios con la servilleta.

—Aquí es así —dijo—. El dolor constituye la trama y urdimbre de esta vida. ¿Sabe usted —prosiguió después de una pausa— que me resulta casi imposible imaginarme... un mundo sin dolor...? Y, sin embargo, cuando usted tocaba el violín esta mañana... Pero este mundo es diferente. Es todo lo contrario del mundo angélico. Incluso muchísimas personas, personas excelentes y muy religiosas, se han sentido tan impresionadas por la universalidad del dolor que creen que, después de la muerte, las cosas serán todavía peores para muchos de nosotros. Esto a mí me parece una opinión excesiva. Pero, desde luego, es ésta una cuestión muy profunda. Casi se encuentra más allá de nuestra capacidad de discusión...

Y a continuación el vicario disparó una disertación improvisada sobre la «necesidad», y la razón de que las cosas sean como son y uno tenga que hacer esto, lo otro o lo de más allá.

—Hasta nuestra alimentación...

—¿Qué? —preguntó el Ángel.

—No puede obtenerse sin infligir dolor —concluyó el vicario.

El rostro del Ángel se puso tan pálido que el vicario se interrumpió de súbito. Se hallaba en el borde del peligro de tener que dar una explicación concisa sobre los antecedentes de una pierna de cordero. Hubo una pausa.

—A propósito —dijo el Ángel—, ¿ha sido usted descerebrado como la mayor parte de los seres humanos?

CAPÍTULO

XXXIV

EL DEBUT DEL ÁNGEL

Cuando *Lady Hammergeallow* tomaba una resolución, las cosas se realizaban tal como ella se había propuesto. Y aunque el vicario hizo una espasmódica protesta, *Lady Hammergeallow* llevó a la práctica su resolución y consiguió hacer comparecer en Siddermorton House al Ángel con su violín y al auditorio antes de haber transcurrido una semana.

—Un genio que ha descubierto el vicario —decía *Lady Hammergeallow*.

Y de este modo, con evidente previsión, cargaba sobre los hombros del vicario cualquier responsabilidad para el caso de un eventual fracaso.

—Nuestro querido vicario me dice...

Y *Lady Hammergeallow* seguía explicando maravillosamente anécdotas de la habilidad y del talento del Ángel con su instrumento.

Pero estaba enamorada de su propia idea. Siempre había acariciado el deseo secreto de jugar a protectora del talento desconocido. Hasta la fecha todo el que se había sometido a la prueba había demostrado invariablemente carecer de talento.

—Sería muy conveniente para él —dijo *Lady Hammergeallow*—. Ya tiene el pelo largo, y con la tez tan colorada estará hermoso, sencillamente hermoso, en un estrado. Las ropas del vicario le sientan tal mal que ya le dan todo el aspecto de un pianista a la moda. Y el escándalo de su nacimiento... sin tener que explicárselo a nadie, sólo con los rumores que puedan correr... sería un gran incentivo... cuando llegara a Londres, eso es.

El vicario se sintió invadido de las más horribles sensaciones a medida que se iba aproximando la fecha. Se pasó muchas horas

intentando explicar la situación al Ángel, otras muchas intentando imaginarse lo que la gente pensaría y otras aún peores intentando prever el comportamiento del Ángel. Hasta la fecha el Ángel había únicamente tocado el violín para su propia satisfacción. El vicario le sobresaltaba de vez en cuando indicándole algún nuevo detalle de etiqueta que acababa de ocurrírsele. Como éste, por ejemplo:

—Es muy importante saber el sitio donde ha de dejar el sombrero, ¿sabe usted? No lo deje nunca encima de una silla, en ninguna circunstancia. Téngalo en la mano hasta que le sirvan el té, ¿comprende? Y luego... vamos a ver... póngalo en cualquier parte, ¿sabe usted?

El viaje hasta Siddermorton House se efectuó sin ningún tropiezo, pero en el momento de las presentaciones el vicario se sintió sobrecogido por un espasmo de horribles presentimientos. Se había olvidado de explicarle el mecanismo de las presentaciones. El ingenuo regocijo del Ángel se hizo evidente, pero no ocurrió nada terrible.

—¡Qué aspecto más raro tiene el extranjero! —dijo *Mr.* Rathbone-Slater, que dedicaba una atención considerable a la indumentaria—. Necesita alguien que lo peine y que lo vista. Se sonrió cuando yo le estreché la mano. No tiene modales. Me parece que yo estuve lo bastante *chic*.

No obstante, se produjo un incidente trivial. Cuando *Lady* Hammergeallow dio la bienvenida al Ángel, lo miró a través de los impertinentes. El gran tamaño aparente de los ojos le dio un susto. Su sorpresa y su rápido gesto para examinar los cristales de la montura de *Lady* Hammergeallow fue demasiado evidente. En cambio, el vicario le había advertido de antemano respecto a la trompetilla.

La resistencia del Ángel a sentarse sobre cualquier cosa que no fuese un taburete de música pareció excitar algún interés entre las damas, pero no se hicieron comentarios. Lo considerarían acaso como una afectación de un profesional en ciernes. Estuvo muy remiso con las tazas de té y esparció por el suelo las migajas de su pastel. Hay que tener presente que era un aprendiz en cuestión de comida. Se cruzó de piernas y se quedó manoseando el sombrero, sin saber qué hacer con él, después de unos varios intentos de atraer la mirada del vicario. La mayor de las señoritas Papaver intentó

conversar con él acerca de cigarrillos y balnearios continentales y se formó una pobre opinión de su inteligencia.

El Ángel quedó sorprendido por la aparición de un atril y de varias partituras y se sintió algo enervado al principio por la presencia de *Lady Hammergallow*, que se hallaba sentada, con la cabeza ladeada, contemplándolo con aquellos ojos amplificadas a través de sus lentes con montura de oro.

Mrs. Jehoram se le acercó antes de que empezara a tocar y le preguntó el nombre de aquella pieza tan encantadora que tocaba la otra tarde. El Ángel le respondió que no tenía nombre, y *Mrs. Jehoram* dijo que ella creía que a la música no debía ponerse nombres, y quiso saber quién era el autor, y cuando el Ángel le dijo que había salido de su propia cabeza, ella repuso que entonces él debía de ser un verdadero genio y adoptó una expresión de abierta admiración hacia él, indiscutiblemente fascinada. El párroco de Iping Hanger, que se consideraba un celta profesional, que tocaba el piano y que hablaba de color y de música con un aire de superioridad racial, lo contemplaba muerto de envidia.

El vicario, que fue inmediatamente acaparado y colocado al lado de *Lady Hammergallow*, dirigía continuamente sus ansiosas miradas hacia el Ángel, mientras *Lady Hammergallow* le explicaba con todos los detalles las cantidades que cobraban los violinistas, pormenores que, en su mayor parte, se inventaba a medida que progresaba la conversación. Se había sentido algo amostazada con el incidente de los lentes, pero en resumidas cuentas había decidido que aquello caía dentro de los límites de la originalidad permitida.

Así, podéis figuraos el Salón Verde de Siddermorton Park: un Ángel disfrazado apenas con ropas clericales y un violín en la mano, de pie al lado del piano de cola, y un respetable grupo de personas simpáticas y pacíficas, muy bien vestidas. Murmullos anticipados... Hasta se oían dispersos fragmentos de conversación.

—Es una incógnita —dijo la mayor de las señoritas Papaver a *Mrs. Pirbright*—. ¿No le parece original y delicioso? *Jessie Jehoram* dice que ya lo vio en Viena, pero que no puede acordarse del nombre. El vicario lo sabe todo, pero es un hombre tan reservado...

—¡Qué sofocado e incómodo está el vicario! —dijo *Mrs. Pirbright*—. Ya lo he notado antes; siempre está igual cuando se sienta al lado de *Lady Hammergallow*. Y es que ella, sencillamente,

no quiere respetar sus hábitos. Sigue creyendo...

—Lleva la corbata torcida —dijo la mayor de las señoritas Papaver—. ¡Y ese pelo! ¡Parece que no se haya peinado nunca!

—Parece extranjero. Y afectado. ¡Muy bonito para un salón! —decía entretanto George Harringay, sentado aparte con la más joven de las señoritas Pirbright—. Pero a mí que me den un hombre masculino y una mujer femenina. ¿Qué cree usted?

—¡Oh! ¿Yo? Pues... lo mismo —dijo la más joven de las señoritas Pirbright.

—Guineas y más guineas —decía *Lady Hammergallow*—. He oído decir que algunos de ellos poseen unas fincas grandiosas. Usted casi no lo creería...

—Me entusiasma la música, *Mr. Ángel*, la adoro. Siempre remueve algo en mí. Casi no puedo describirlo —decía *Mrs. Jehoram*—. ¿Quién es aquel que dice aquella deliciosa antítesis?: «La vida sin música es brutalidad y la música sin vida es...». ¡Ay, pobre de mí! Quizás usted lo recuerde. La música sin vida... Me parece que es Ruskin, ¿verdad?

—Siento mucho ignorarlo —dijo el Ángel—. He leído muy pocos libros.

—¡Qué simpático! —dijo *Mrs. Jehoram*—. Yo también quisiera haberlo hecho. Estoy completamente de acuerdo con usted. Sólo que nosotras, las pobres mujeres... Será originalidad lo que nos hace falta... Y aquí, en este pueblo, estamos obligadas a recurrir a los procedimientos más desesperados...

—Es, ciertamente, muy *bonito*. Pero la prueba definitiva para un hombre consiste en la fuerza —decía George Harringay—. ¿Qué cree usted de eso?

—¡Oh! ¿Yo? Pues... lo mismo —contestaba la más joven de las señoritas Pirbright.

—El hombre afeminado causa la mujer masculina. Cuando el orgullo de un hombre consiste en su cabellera, ¿qué puede hacer una mujer? Y cuando los hombres andan por ahí pintándose esas bonitas rosetas de tísico...

—¡Oh, George! ¡Está usted espantosamente satírico hoy! —dijo la más joven de las señoritas Pirbright—. Estoy convencida de que no es pintura.

—Yo no soy, en realidad, su tutor, querida *Lady Hammergallow*.

Naturalmente, es usted muy amable de tomarse tanto interés...

—¿Va usted de veras a improvisar? —preguntó *Mrs. Jehoram* en un estado de arrulladora delicia.

—¡Chist! —Hizo el párroco de Iping Hanger.

Entonces el Ángel se puso a tocar, mirando al infinito, pensando en todas las cosas maravillosas del País Angélico, y, no obstante, dejando infiltrar insensiblemente la tristeza de que estaba poseído en la fantasía que estaba improvisando. Cuando se olvidaba de la compañía que tenía a su alrededor, la música le salía extraña y dulce; cuando la sensación de lo que le rodeaba pasaba por su mente, la música se tornaba caprichosa y grotesca. Pero era tan grande el dominio que ejercía la música angélica sobre el vicario, que sus ansiedades desaparecieron como por ensalmo así que el Ángel empezó a tocar. *Mrs. Jehoram* había adoptado una expresión de éxtasis y de convencimiento tan intensa como le fue posible, a pesar de que la música era a veces muy desconcertante, e intentaba atraerse las miradas del Ángel. Éste tenía, realmente, un rostro maravillosamente móvil, y mostraba los más tiernos matices de expresión. Y *Mrs. Jehoram* era buen juez. George Harringay parecía aburrirse horriblemente hasta que la más joven de las señoritas Pirbright, que lo adoraba, tocó con su zapatito de ratita la bota hombruna de él. Entonces, él volvió el rostro para encontrarse con la femenina delicadeza de su coqueta mirada, y se sintió reconfortado. La mayor de las señoritas Papaver y *Mrs. Pirbright* permanecieron sentadas e inmóviles y adoptaron una actitud muy recogida durante los cuatro minutos siguientes.

Después, la mayor de las señoritas Papaver dijo con un susurro:

—Me gusta muchísimo oír tocar el violín.

Y *Mrs. Pirbright* añadió:

—¡Tenemos tan pocas ocasiones de oír buena música aquí...!

Y *Miss Papaver* dijo:

—Toca muy bien.

Y *Mrs. Pirbright*:

—¡Tiene una ejecución tan delicada!

Y *Miss Papaver*:

—¿Continúa Willie con sus lecciones?

Y así sucesivamente hasta dejar bien establecida una conversación en voz baja.

El párroco de Iping Hanger se hallaba sentado, según a él le parecía, en un sitio plenamente visible. Tenía una mano puesta junto a la oreja y los ojos fijos e inmóviles en el pedestal que sostenía el jarrón de Sévres, orgullo de los Hammergallow. Con los movimientos de la boca proporcionaba una especie de guía crítica para uso de cualquier persona de entre las asistentes que se hallase dispuesta a aprovecharse de ella. Esto era debido a la generosidad de su carácter. Su aspecto era severamente judicial, atemperado por gestos de desaprobación evidente y por otros de reservada apreciación. El vicario, respaldándose bien en su asiento, no separaba la vista del rostro del Ángel y se encontró inmediatamente arrebatado en un ensueño maravilloso. *Lady Hammergallow*, con unas breves sacudidas de cabeza y irnos crujidos de su sillón, imperceptibles pero insistentes, lo vigilaba todo e intentaba enjuiciar el efecto que causaba la música angélica. *Mr. Rathbone-Slater* contemplaba solemnemente el fondo de su sombrero y parecía sentirse muy desgraciado, y *Mrs. Rathbone-Slater* tomaba nota mentalmente de las mangas del vestido de *Mrs. Jehoram*. Y el ambiente a su alrededor estaba henchido de música exquisita... para todos aquellos que tuviesen oídos para escuchar.

—No pone bastante emoción —susurró *Lady Hammergallow*, con voz ronca, dando un codazo al vicario en las costillas.

El vicario volvió repentinamente del País de los Sueños.

—¿Eh? —exclamó sobresaltado, volviendo a la realidad con un respingo.

—¡Chist! —Hizo el párroco de Iping Hanger.

Y todo el mundo adoptó una expresión escandalizada ante la brutal insensibilidad de Hilyer.

—¡Es muy extraño que el vicario haga estas cosas! —dijo la mayor de las señoritas Papaver.

El Ángel siguió tocando.

El párroco de Iping Hanger empezó a hacer unos movimientos mesméricos con el dedo índice, y a medida que la cosa progresaba *Mr. Rathbone-Slater* se iba quedando asombrosamente en un estado de mayor flaccidez. Por fin, dio la vuelta solemnemente a su sombrero y modificó el centro de sus miradas. El vicario, desde un estado de sensible incomodidad, se deslizó de nuevo al País de los Sueños. *Lady Hammergallow* se estuvo reclinando un buen rato

hasta que encontró el modo de producir un fuerte crujido con su sillón. Y con esto el concierto llegó a su final. *Lady Hammergeallow* exclamó:

—¡Delicioso!

A pesar de que no había oído ni una nota, se puso a aplaudir. Y todo el mundo aplaudió, salvo *Mr. Rathbone-Slater*, que se limitó a dar unos golpecitos con los dedos en el ala de su sombrero. El párroco de *Iping Hanger* aplaudió con aire judicial.

—Así es que le dije (*clap, clap, clap*) que si no sabía guisar la comida de la manera que a mí me gustaba (*clap, clap, clap*), ya se podía buscar casa —decía *Mrs. Pirbright* aplaudiendo vigorosamente—. ¡Esta música ha sido un placer delicioso!

—¡Vaya si lo ha sido! Yo siempre disfruto mucho con la música —dijo la mayor de las señoritas *Papaver*—. ¿Y se corrigió después de esto?

—¡Ni en broma! —contestó *Mrs. Pirbright*.

El vicario se despabiló otra vez y miró con los ojos abiertos a su alrededor. ¿Verían aquellas visiones los demás o se limitaban a él solo? Seguramente los demás también las verían... y tendrían un maravilloso dominio de sus sensaciones. Era increíble que semejante música no les conmoviera.

—Es un poco *gauche* —dijo *Lady Hammergeallow* saltando sobre la atención del vicario—. No saluda ni sonríe. Debe cultivar estas extravagancias. Todos los buenos ejecutantes son más o menos *gauche*.

—¿Realmente todo eso es de usted? —dijo *Mrs. Jehoram* mirándolo con ojos centelleantes—. ¿Se le ocurrió así de improvviso? ¡Realmente es *maravilloso*! ¡Nada menos que maravilloso!

—Toca un poco de aficionado —dijo el párroco de *Iping Hanger* a *Mr. Rathbone-Slater*—. Posee grandes dotes, indudablemente, pero se le nota la falta de un ejercicio continuado. Hay dos o tres cositas... de las que me gustaría hablar con él.

—Lleva unos pantalones que parecen acordeones —dijo *Mr. Rathbone-Slater*—. Tendrían que advertírselo. Está casi indecente.

—¿Sabe usted hacer imitaciones, *Mr. Ángel*? —le preguntó *Lady Hammergeallow*.

—¡Oh, sí! ¡Háganos algunas imitaciones! —exclamó *Mrs. Jehoram*—. Yo adoro verdaderamente las imitaciones.

—Ha sido algo fantástico —repuso el párroco de Iping Hanger mirando al vicario de Siddermorton y gesticulando con sus largas e indiscutiblemente musicales manos mientras hablaba—. Demasiado retorcido y complicado para mi gusto. Ya lo había oído antes... no me acuerdo dónde. Indiscutiblemente tiene talento, pero ocasionalmente... flojea. Le falta esta estricta precisión de los grandes concertistas. Tendrá que pasar algunos años de disciplina todavía.

—Yo no admiro nada esas complicadas piezas de música —dijo George Harringay—. Soy hombre de gustos sencillos. Yo no le pude encontrar *tonada* alguna. No hay nada que me guste tanto como la música sencilla. Armonía, simplicidad es lo que necesita la época, a mi entender. Somos excesivamente sutiles. Actualmente todo es forzado, todo es cogido por los cabellos. A mí que me den ideas caseras y el «Home, Sweet Home». ¿Qué cree de eso?

—¡Oh! Pues yo creo lo mismo... *en absoluto* —contestó la más jovencita de las Pirbright.

—Bueno, Amy, ¿hablando con George, como de costumbre? —dijo Mrs., Pirbright desde otro extremo del salón.

—¡Como de costumbre, mamá! —exclamó la más jovencita de las Pirbright mirando a su alrededor y dispensando una brillante sonrisa a Miss Papaver antes de volver rápidamente la cabeza para no perder la siguiente frase de George.

—Pruebe a ver si entre usted y Mr. Ángel pueden ejecutar un dúo —dijo Lady Hammergallow al párroco de Iping Hanger, que tenía un aspecto en extremo lúgubre.

—Estaría encantado por mi parte —dijo el párroco de Iping Hanger espabilándose.

—¡Un dúo! —exclamó el Ángel—. Nosotros dos. Entonces él también sabe tocar. Yo creí... El vicario me dijo...

—Mr. Wilmerdings es un consumado pianista —interrumpióle el vicario.

—Pero ¿y las imitaciones? —dijo Mrs. Jehoram, que detestaba a Wilmerdings.

—¿Imitaciones? —preguntó el Ángel.

—Un cerdo que gruñe, un gallo que cacarea, ¿sabe usted? —repuso Mr. Rathbone-Slater. Y añadió más bajo—: Es lo más divertido que se puede hacer con un violín... a *mi juicio*.

—Realmente, no lo entiendo —dijo el Ángel—. ¿Un cerdo que gruñe?

—A usted no le gustan las imitaciones —dijo *Mrs. Jehoram*—. Ni a mí tampoco... de veras. Admito la repulsa. Creo que degradan...

—Tal vez luego *Mr. Ángel* acceda —dijo *Lady Hammergeallow* cuando *Mrs. Pirbright* le hubo explicado de qué se trataba.

Apenas podía dar crédito a su trompetilla. Ella estaba acostumbrada a que se le dieran imitaciones cuando pedía imitaciones.

Mr. Wilmerdings ya había tomado asiento al piano y estaba buscando entre un montón de partituras.

—¿Que le parece esta barcarola de Spohr? —dijo por encima del hombro—. Supongo que la conocerá.

El Ángel se azoró.

Mr. Wilmerdings abrió el folio ante el Ángel.

—¡Qué libro más raro! —exclamó el Ángel—. ¿Qué significan todos esos puntos?

Al oír esto se le heló la sangre al vicario.

—¿Qué puntos? —preguntó el párroco.

—¡Éstos! —contestó el Ángel señalándolos con el dedo.

—¡Ah, vamos! —exclamó el párroco.

Se hizo uno de esos activos y breves silencios que tanto significan en una reunión de sociedad.

Entonces, la mayor de las señoritas Papaver se volvió hacia el vicario.

—¿Es que el señor Ángel no toca... música ordinaria? ¿No conoce la solfa ordinaria?

—No lo sé —dijo el vicario, sonrojándose después del primer sobresalto de horror—. No he visto nunca, realmente...

El Ángel tuvo la sensación de que la situación se hacía tirante, aunque no podía comprender la causa de la tirantez. Se dio cuenta de ciertas miradas dudosas y poco amistosas en los rostros de las personas que lo estaban observando.

—¡Imposible! —Oyó que decía *Mrs. Pirbright*—. ¡Después de una música *tan hermosa*!

La mayor de las Papaver, acercándose inmediatamente a *Lady Hammergeallow*, se puso a explicarle que *Mr. Ángel* no quería tocar con *Mr. Wilmerdings*, alegando su ignorancia de la música escrita.

—¿Que no sabe leer las notas? —exclamó *Lady Hammergallow* en tono de mesurado horror—. ¡Tonterías!

—¿Notas? —dijo el Ángel perplejo—. ¿Eso son notas?

—Ya está llevando la broma demasiado lejos... simplemente porque no quiere tocar con Wilmerdings —protestó *Mr. Rathbone-Slater* al oído de *George Harringay*.

Se hizo un silencio de expectación. El Ángel se dio cuenta de que debía avergonzarse de sí mismo. Y se avergonzó de sí mismo.

—Entonces —dijo *Lady Hammergallow* echando hacia atrás la cabeza con deliberada indignación mientras avanzaba hacia el Ángel con un gran roce de sedas—, si usted no puede tocar con *Mr. Wilmerdings*, mucho me temo que no podré pedirle que vuelva a tocar.

Dio a aquellas palabras el tono de un ultimátum. Sus impertinentes, en la mano, le temblaban de pura indignación. El Ángel era ya lo bastante humano para poder apreciar el hecho de que había quedado apabullado.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven *Lucy Rustchuck*, en la tribuna más alejada.

—Se ha negado a tocar con el viejo Wilmerdings —dijo *Tommy Rathbone-Slater*—. ¡Vaya chasco! La vieja está morada de indignación. ¡Con el altísimo concepto en que tiene a ese asno de Wilmerdings!

—*Mr. Wilmerdings*, ¿quiere usted favorecernos con aquella deliciosa polonesa de Chopin? —propuso *Lady Hammergallow*.

Todo el mundo se puso a sisear pidiendo silencio. La indignación de *Lady Hammergallow* inspiraba el mismo temor que puede inspirar la inminencia de un terremoto o de un eclipse. *Mr. Wilmerdings* comprendió que prestaría un verdadero servicio a los reunidos si empezaba inmediatamente, y así lo hizo. Esto hay que abonarlo a su crédito, ahora que sus cuentas están a punto de quedar saldadas.

—Si un hombre pretende sobresalir en un arte —dijo *George Harringay*—, debería tener al menos la conciencia de estudiar sus elementos. ¿Qué cree usted de eso?

—¡Oh...! Pues yo también creo lo mismo —dijo la más jovencita de las *Pirbright*.

El vicario tuvo la sensación de que el firmamento se había

desplomado. Se quedó sentado en un asiento, encogido, hecho un guiñapo. *Lady Hammergallow* permaneció sentada a su lado, haciendo como si no lo viera. Respiraba pesadamente, pero su rostro aparecía terriblemente impávido. Todo el mundo se sentó. ¿Sería que el Ángel era groseramente ignorante, o groseramente impertinente? El Ángel se había percatado vagamente de la existencia de alguna espantosa ofensa y comprendía claramente que, por alguna misteriosa circunstancia había dejado de ser el centro de la reunión. Vio una mirada de desesperado reproche en los ojos del vicario. Se acercó lentamente a una ventana de la tribuna y allí se sentó en un pequeño tamburete morisco, al lado de *Mrs. Jehoram*. Y en aquellas circunstancias apareció en más de su valor la amable sonrisa de *Mrs. Jehoram*. Dejó el violín en una silla que había junto a la ventana.

CAPÍTULO

XXXV

Mrs. Jehoram y el Ángel, mientras Mr. Wilmerdings seguía tocando, cambiaron en un aparte las siguientes palabras:

—Hace tiempo deseaba hablar a solas con usted —dijo Mrs. Jehoram en voz baja—. Quiero expresarle lo deliciosa que me ha parecido su manera de tocar.

—Celebro mucho que le haya gustado —repuso el Ángel.

—Gustar es una palabra que apenas expresa mis sentimientos —dijo Mrs. Jehoram—. Me ha conmovido... profundamente. Estos otros no han comprendido nada... Me satisface mucho que usted no haya querido tocar con él.

El Ángel miró el mecanismo llamado Wilmerdings, y también se sintió muy satisfecho. El concepto angélico del dúo es una especie de conversación por medio de violines. Pero no dijo nada.

—Yo adoro la música —dijo Mrs. Jehoram—. Ignoro la técnica de la música, pero hay algo en ella... un anhelo, un deseo...

El Ángel se la quedó mirando de frente. Ella lo miró a los ojos.

—Usted me comprende —repuso Mrs. Jehoram—. Veo que usted me comprende.

El Ángel era, ciertamente un muchacho muy guapo, tal vez sentimentalmente precoz, y con unos ojos deliciosamente límpidos.

Se ejecutaba entonces un intermedio de Chopin (Op. 40) tocado con inmensa precisión.

Mrs. Jehoram tenía aún un rostro muy agradable, en la sombra, con la luz cayéndole alrededor de su dorada cabellera, y entonces una curiosa teoría pasó por Ja mente del Ángel. Los perceptibles polvos sólo contribuyeron a reafirmar su opinión de que allí había algo infinitamente brillante y adorable, pero empañado, deslustrado, repintado.

—¿Es verdad? —murmuró el Ángel en voz baja—. ¿Está usted... separada de... su mundo?

—Lo mismo que usted —susurró Mrs. Jehoram.

—¡Esto es tan... frío! —dijo el Ángel—. ¡Tan desagradable!

Desde luego, se refería al mundo entero.

—También lo encuentro así yo —dijo *Mrs. Jehoram* refiriéndose a *Siddermorton House*.

Y después de una pausa, llena de simpatía, añadió:

—A veces sentimos que no podemos vivir sin la simpatía de alguien. Y hay momentos en que una se siente sola en el mundo, como si estuviera luchando en un combate contra todos, riendo, flirteando, ocultando la pena...

—Y esperando —dijo el Ángel con una maravillosa ojeada.

Mrs. Jehoram, que era una epicúrea del flirteo, tuvo la sensación de que el Ángel cumplía de sobra la promesa de su apariencia. Indiscutiblemente la adoraba ya.

—¿Busca usted a alguien que simpatice con usted? —preguntó ella—. ¿O ya la ha encontrado?

—Creo —dijo el Ángel, muy quedamente e inclinándose hacia ella—, creo que ya la he encontrado.

El intermedio de Chopin Op. 40 seguía. La mayor de las *Papaver* y *Mrs. Pirbright* no cesaban de murmurar. *Lady Hammergeallow*, con los impertinentes sobre la nariz, miraba a través del salón, con cara de pocos amigos, al Ángel. *Mrs. Jehoram* y el Ángel cambiaban profundas y significativas miradas.

—Su nombre —añadió el Ángel (*Mrs. Jehoram* hizo un movimiento)— es *Delia*... Es...

—¡*Delia*...! —exclamó *Mrs. Jehoram* ásperamente dándose cuenta poco a poco de que allí había un terrible malentendido—. ¡Qué nombre tan caprichoso...! ¡Pero... no! ¿No será la criada de la vicaría...?

La polonesa terminó con un floreo. El Ángel quedó sorprendidísimo del cambio de expresión de *Mrs. Jehoram*.

—¡Nunca lo hubiera creído! —exclamó *Mrs. Jehoram* rehaciéndose—. ¡Hacerme confidente de una intriga con una criada! Realmente, *Mr. Ángel*, es posible que sea usted demasiado original...

Y así, bruscamente, quedó interrumpido su coloquio.

CAPÍTULO

XXXVI

Este capítulo es, si la memoria me es fiel, el más corto del libro.

Pero la enormidad de la ofensa necesita la separación de este capítulo de todos los demás.

El vicario, podéis creerlo, había hecho todo lo posible para inculcar al Ángel las reconocidas características distintivas de un caballero. «No deje que una señora lleve nada —había dicho el vicario—. Díglele: “¿Me permite usted?”, y aligérela de lo que lleve». «Quédese de pie hasta que se hayan sentado todas las señoras». «Levántese siempre cuando se acerque una señora y ábrale la puerta...», y así sucesivamente. (Todos los hombres que tienen hermanos mayores se saben de memoria este código).

Y el Ángel, que se había olvidado de librar a *Lady* Hammergallow de su taza de té, se adelantó con asombrosa celeridad, dejando a *Mrs.* Jehoram sentada al lado de la ventana, y con un elegante: «¿Me permite usted?», cogió la bandeja del té de manos de la linda camarera de *Lady* Hammergallow y le cedió ceremoniosamente el paso. El vicario se puso de pie y profirió un grito inarticulado.

CAPÍTULO XXXVII

—¡**E**stá borracho...! —exclamó *Mr. Rathbone-Slater* i rompiendo el terrible silencio—. Eso es lo que le pasa.

Mrs. Jehoram se echó a reír histéricamente.

El vicario se quedó de pie e Inmóvil, con la mirada fija en el Ángel.

«¡Oh...! Me he *olvidado* de explicarle lo referente a las criadas — se dijo el vicario en una rápida explosión de remordimiento—. Creí que comprendería lo que son las sirvientas».

—¡Realmente, *Mr. Hilyer*! —exclamó *Lady Hammergeallow* ejerciendo evidentemente un enorme dominio sobre sí misma y hablando entre jadeantes espasmos—. ¡Realmente, *Mr. Hilyer*, ese genio que nos ha traído es *demasiado* terrible! Me veo obligada, verdaderamente obligada a solicitarle que se lo lleve de aquí.

Así, en medio del diálogo que sostenían en el pasillo una camarera alargadísima y un Ángel cargado de buenas intenciones, pero asombradamente *gauche*, apareció el vicario con su cara mofletuda de un color rojo subido, una expresión de tétrica desesperación en la mirada, y la corbata debajo de la oreja izquierda.

—Venga —dijo luchando con la emoción—. Végase conmigo... Yo... yo he quedado desprestigiado para siempre.

El Ángel se quedó mirándolo durante un segundo y obedeció mansamente, convencido de que se hallaba en presencia de unas fuerzas desconocidas, pero evidentemente terribles.

Y así empezó y terminó la vida de sociedad para el Ángel.

En la reunión de asistentes a la fiesta que tuvo lugar después, *Lady Hammergeallow* ocupó oficiosamente la presidencia.

—Me siento humillada —dijo—. El vicario me aseguró que se trataba de un violinista exquisito. Jamás pude imaginar...

—Estaba borracho —repuso *Mr. Rathbone-Slater*—. Se podía ver en la torpeza con que se sirvió el té.

—¡Qué chasco! —exclamó *Mrs. Mergle*.

—El vicario me aseguró —prosiguió *Lady Hammergallow*— que la persona que tenía en su casa era un genio de la música. Éstas fueron sus auténticas palabras.

—Le deben de silbar los oídos —dijo Tomy Rathbone-Slater.

—Yo procuraba calmarle —explicó *Mrs. Jehoram*— asintiendo a lo que me decía. ¡Y si usted supiera las cosas que ha llegado a decirme...!

—Lo que ha tocado —insinuó *Mr. Wilmerdings*— confieso que no quise decírselo a la cara. Pero, realmente, era una simple *derivación*...

—Haciendo tonterías con el violín, ¿eh...? —repuso George Harringay—. Bueno, ya vi yo que aquello estaba más allá de mi comprensión. Igual que la mayor parte de la buena música, de eso que llaman buena música...

—¡Oh, *George*! —dijo la más jovencita de las Pirbright.

—El vicario también debía de estar algo bebido... a juzgar por su corbata —dijo *Mr. Rathbone-Slater*—. La cosa ha tomado un giro muy chusco. ¿Han notado ustedes cómo se precipitó detrás del genio?

—Hay que andarse con mucho cuidado —dijo la mayor de las Papaver.

—¡Me confesó que está enamorado de la camarera del vicario! —dijo *Mrs. Jehoram*—. Casi me eché a reír en sus barbas.

—El vicario no debió *nunca* haberlo traído aquí —dijo *Mrs. Rathbone-Slater*, con decisión.

CAPÍTULO

XXXVIII

EL INCIDENTE DE LA ALAMBRADA

Así, de este modo tan poco glorioso, acabó la primera y última aparición del Ángel en la buena sociedad. El vicario y el Ángel regresaron a la vicaría. Eran como dos alicaídas figuras negras bajo la brillante luz del sol, andando abatidas y descorazonadas. El Ángel se sentía profundamente apenado de que el vicario lo estuviese también. El vicario, despeinado y desesperado, intercalaba espasmódicas frases de remordimiento y aprensión en una quebrada explicación de la teoría de la etiqueta.

—No lo comprenden —iba diciendo el vicario, una y otra vez—. ¡Se sentirán todos tan profundamente ultrajados...! No sé qué podré decirles... ¡Es todo tan confuso, tan desconcertante!

Y en la verja de entrada de la vicaría, en el mismo sitio donde Delia le había parecido tan hermosa al Ángel por primera vez, allí estaba Horrocks, el policía del pueblo, esperándolos. Tenía en la mano un rollo de alambre espinoso.

—Buenas tardes, Horrocks —dijo el vicario mientras el policía le mantenía la verja abierta.

—Buenas tardes, *Mr. Hilyer* —dijo Horrocks. Y en voz baja preguntó—: ¿Podría hablar un minuto con usted, *Mr. Hilyer*?

—Con mucho gusto —dijo el vicario.

El Ángel se dirigió pensativamente hacia la casa, y encontrándose con Delia en el vestíbulo se detuvo para preguntarle hasta la saciedad sobre las diferencias existentes entre criadas y señoras.

—Ya me dispensará de que me tome esta libertad, *Mr. Hilyer* —dijo Horrocks—, pero tengo que decirle que traigo malas noticias para ese caballero jorobado que tiene usted en su casa.

—¡Válgame Dios! —exclamó el vicario—. ¡No me diga!

—Se trata de *Sir John Gotch*, *Mr. Hilyer*. Está furioso. ¡Vaya palabrotas, *Mr. Hilyer*...! Pero he creído mi deber decírselo a usted. Está absolutamente decidido a presentar una denuncia a causa de esta alambrada. Absolutamente decidido, *Mr. Hilyer*.

—¿*Sir John Gotch*? —dijo el vicario—. ¿Alambrada? No comprendo.

—Me ha encargado que descubriera quién lo había hecho. Naturalmente, yo he tenido que cumplir con mi deber. Claro que es muy desagradable...

—¿Alambrada? ¿Deber? ¡No le entiendo, Horrocks!

—Mucho me temo, *Mr. Hilyer*, que nada se ganará con negar la evidencia. He efectuado una investigación muy meticulosa.

Y el policía empezó a explicar al vicario el nuevo y terrible delito cometido por el angélico visitante.

Pero no necesitamos seguir esta explicación en detalle... o la subsiguiente confesión. Por mi parte, creo que no hay nada más aburrido que un diálogo. La relación del policía proporcionó al vicario un nuevo aspecto del carácter angélico, una imagen de la indignación angelical. Un sendero sombreado, bordeado de suaves setos, salpicados con motas de sol, llenos de madre selvas y alverjanas a ambos lados y una muchachita cogiendo flores, sin acordarse de la alambrada que, a todo lo largo de la carretera de Sidderford, defendía la dignidad de *Sir John Gotch* de los lindantes y de la aborrecida muchedumbre en general. Luego, de repente, una mano herida, un amargo grito de dolor, y el Ángel apareciendo, amable, reconfortando, inquisitivo. Explicaciones sollozantes, y por último (fenómeno totalmente nuevo en la carrera del Ángel) *pasión*. Una furiosa acometida contra la alambrada de *Sir John Gotch*, la alambrada temerariamente cortada, retorcida y rota. Y, no obstante, el Ángel actuó sin malicia. Únicamente vio en aquella cosa una planta asquerosa y mal intencionada que se arrastraba insidiosamente entre sus congéneres. Finalmente las explicaciones del Ángel dieron al vicario una idea del Ángel solo en medio de su destrucción, temblando atónito ante la súbita fuerza, ajena a sí mismo, que le había brotado en su interior y le había impelido a golpear y a cortar. También quedó atónito al ver la roja sangre que se le escurría por los dedos.

—Pues todavía lo encuentro más horrible ahora —dijo el Ángel

cuando el vicario le hubo explicado la naturaleza artificial de aquella alambrada—. De haber visto al hombre que colocó aquel cruel vallado para que se hirieran las niñas, estoy seguro de que habría intentado infligirle dolor. Jamás había sentido lo que sentí entonces. Me estoy contagiando de la maldad de este mundo... ¡Y pensar, también, que ustedes, los hombres, son tan necios como para mantener las leyes que permiten que un hombre haga semejantes maldades! Sí... ya sé, usted me dirá que tiene que ser así por algún motivo remoto. Precisamente esto sólo consigue que me soliviente más aún. ¿Por qué no se deja que una acción descansa en sus propios méritos...? Tal como ocurre en el País Angélico.

Éste fue el incidente cuya historia el vicario fue aprendiendo gradualmente, obteniendo una línea esquemática por parte de Horrocks y a continuación el color y la emoción por parte del Ángel. Aquello había ocurrido en el día anterior a la fiesta musical de Siddermorton House.

—¿Le ha dicho usted a *Sir John* quién lo había hecho? —preguntó el vicario—. ¿Y por otra parte está usted seguro?

—Completamente seguro, *Mr. Hilyer*. No puede haber duda alguna de que se trata de su huésped. No se lo he dicho todavía a *Sir John*, *Mr. Hilyer*. Pero tendré que decírselo a *Sir John* esta misma tarde, sin que esto signifique ofensa alguna para usted. Espero que usted se haga cargo. Es mi deber, *Mr. Hilyer*. Además...

—¡Claro! —repuso el vicario—. Usted ha de cumplir con su deber. ¿Y qué hará *Sir John*?

—Está furioso contra la persona que destruyó su cerca de este modo... y está dispuesto a pasar a vías de hecho y arreglarlo a bofetada limpia.

Pausa. Horrocks hizo un movimiento. El vicario, con la corbata casi en el cogote ahora, cosa completamente desacostumbrada en él, se contemplaba las punteras de los zapatos con una vaga expresión.

—Creí que debía decírselo a usted, *Mr. Hilyer* —dijo Horrocks.

—Sí... —murmuró el vicario—. ¡Gracias, Horrocks! —Se rascó la coronilla y añadió—: Usted podría acaso... Creo que sería lo mejor... ¿Está usted completamente seguro de que lo hizo *Mr. Ángel*?

—El mismo Sherlock Holmes no podría estar más seguro, *Mr. Hilyer*.

—Entonces será mejor que yo le dé a usted una notita para que la entregue a *Sir John Gotch*.

CAPÍTULO

XXXIX

La conversación de sobremesa del vicario, aquella noche, después de cenar, cuando el Ángel hubo expuesto su punto de vista, estuvo llena de lúgubres augurios, cárceles y otras locuras.

—Ya es demasiado tarde para explicar la verdad respecto a usted —dijo el vicario—. Además, es imposible. Yo mismo no sé realmente qué decir. Tenemos que hacer frente a las circunstancias, supongo. ¡Me encuentro tan poco decidido...! ¡Estoy tan lleno de dudas! Son los dos mundos. Si el mundo angélico de usted fuese sólo un sueño, o si *este* mundo fuese sólo un sueño... o si yo pudiese creer en uno de estos dos sueños, todo se arreglaría perfectamente para mí. Pero nos hallamos con un Ángel verdadero y una denuncia también verdadera... Y no sé cómo conciliar las dos cosas. Tendré que hablar con Gotch... Pero él no querrá comprender.

—Veo que le estoy causando terribles molestias. Mi tremenda falta de mundología...

—No es usted —interrumpió el vicario—. No es usted. Me doy perfecta cuenta de que usted ha traído algo extraño y hermoso en mi vida. No, no es usted. Soy yo mismo. ¡Si yo tuviera más fe en un sentido o en otro! ¡Si yo pudiera creer enteramente en este mundo y calificarle a usted de fenómeno anormal tal como hace Crump! Pero, no. Terrenal angélico, angélico terrenal... Es un columpio... Además, Gotch estará muy desagradable, desagradabilísimo. Siempre lo es. Y esto me pone en sus manos. Gotch constituye una pésima influencia moral, ya lo sé. Bebedor, jugador y otras cosas peores. Así y todo, hay que dar al César lo que es del César. Y él está en contra de la separación de la Iglesia y el Estado...

Después el vicario volvió al fracaso social de la tarde.

—¡Es usted tan original! ¿Comprende usted? —dijo.

El Ángel se dirigió a su habitación, perplejo y muy deprimido. Cada día que pasaba, el mundo fruncía más el ceño ante él y sus procedimientos angelicales. Comprendía las tribulaciones y molestias que proporcionaba al vicario, pero no podía imaginar el

modo de evitarlo. Todo era extraño y nada razonable. Además, en dos ocasiones le habían arrojado cosas.

Encontró el violín encima de la cama, donde lo había dejado antes de ir a cenar. Lo cogió y se puso a tocar para reconfortarse. Pero no interpretó ninguna visión deliciosa del País Angélico. El hierro del mundo estaba entrando en su alma. Hacía ya una semana que había conocido por primera vez el dolor y el desdén, la sospecha y el odio, y un extraño y nuevo espíritu de rebelión estaba desarrollándose en su corazón. Tocó una melodía, todavía dulce y tierna como las del País Angélico, pero recargada con una nueva nota, la nota de la tristeza y el esfuerzo humanos, alzándose a veces en algo parecido a un reto, extinguiéndose otras veces en plañidera tristeza. Tocaba muy suavemente, sólo para reconfortarse a sí mismo, pero el vicario lo oía, y todas sus preocupaciones se ahogaron en una brumosa melancolía, una melancolía completamente alejada de la tristeza. Y además del vicario, el Ángel tenía otro auditor en quien ni el Ángel ni el vicario habían pensado.

CAPÍTULO XL

DELIA

Este auditor estaba sólo a cuatro o cinco metros de distancia del Ángel, en el cuartito del desván, que daba a Poniente. La ventana de aquel cuartito estaba abierta. La persona que escuchaba se puso de rodillas sobre una caja de hierro pintada de blanco y apoyó la barbilla en las manos y los codos en el antepecho de la ventana. La luna en cuarto creciente se cernía sobre los pinos, y su luz fría e incolora se posaba suavemente sobre el mundo silenciosamente dormido. También cayó un rayo de luna en la pálida faz de Delia, descubriendo nuevas profundidades en sus ojos soñadores. Sus dulces labios se entreabrieron, dejando al descubierto unos dientes pequeños y blanquísimos.

Delia estaba pensando, vagamente, maravillosamente, como suelen pensar las muchachas. Eran más bien sensaciones que pensamientos; nubes de una emoción hermosa y translúcida cruzaban el claro firmamento de su mente para tomar formas que cambiaban y se desvanecían. Poseía toda aquella maravillosa ternura emotiva, aquel sutil y exquisito deseo de abnegación que alienta tan inexplicablemente en el corazón de todas las muchachas. Existe, según parece, sólo para ser pisoteado por los siniestros y groseros caprichos de la vida cotidiana, para ser cubierto de tierra al andar, del mismo modo que el labrador cubre de tierra, al arar, el trébol que ha brotado de la gleba. Delia había estado contemplando la tranquilidad de la noche bajo la luz de la luna mucho antes de que el Ángel empezara a tocar... esperando no sabía qué. Y de pronto, la silenciosa e inmóvil belleza de plata y sombra quedó bañada en una música muy tierna.

La joven no se movió, pero sus labios se cerraron y su mirada se volvió aún más dulce. Había estado pensando antes en la extraña gloria que súbitamente había resplandecido en torno del jorobado cuando se detuvo a hablarle aquella tarde, sobre el fondo del ocaso,

en aquella mirada y en una docena más, en ciertos movimientos, y hasta en una ocasión, en el contacto de su mano. Y aquella misma tarde él le había hablado de nuevo haciéndole extrañas preguntas. Ahora la música parecía transportarle hasta ella el rostro de él, su mirada de solicitud semicuriosa escrutándole el rostro, los ojos, su interior y, a través de toda ella, hasta la profundidad de su alma. Parecía que él le estuviese hablando directamente, explicándole su soledad y sus conflictos. ¡Oh...! ¡Aquel pesar, aquel anhelo! Porque él se hallaba en un gran apuro. ¿Y cómo podría una sirvienta ayudar a aquel caballero tan bien educado, tan amable, tan simpático, y que tocaba aquellas melodías tan dulces? La música era tan dulce y tan penetrante, llegaba tan cerca del corazón, que las manos de Delia se unieron desesperadamente y sus lágrimas brotaron y corrieron por sus mejillas.

Como Crump habría dicho, no hay nadie que se entregue a estas expansiones, a menos de tener algo descompuesto en el sistema nervioso. Pero es que, desde un punto de vista científico, el hecho de estar enamorado constituye un estado patológico.

Tengo una dolorosa conciencia de la reprensible naturaleza de mi relato. Hasta he pensado en desfigurar la verdad a sabiendas para obtener la aprobación de mis lectoras. Pero no he podido. La historia es así, y lo que yo hago, lo hago a conciencia. Delia tiene que seguir siendo lo que realmente era: urna criada. Ya sé que el hecho de atribuir a una simple criada, o al menos a una criada inglesa, los sentimientos refinados de un ser humano, presentándola de modo que no hable con una intolerable confusión de haches aspiradas, me coloca fuera del gremio de los escritores respetables. Cualquier asociación con criados o criadas es, aun en pensamiento, peligrosa. Únicamente puedo disculparme (disculpa vana, lo sé) alegando que Delia era una criada verdaderamente excepcional. Es muy posible que, si se hicieran las investigaciones necesarias, se llegaría a descubrir que sus padres pertenecían a la alta clase media y que ella estaba hecha con la más refinada arcilla de la alta clase media. Y (tal vez esto redunde más en mi crédito) prometo que en alguna obra futura equilibraré la balanza, y las pacientes lectoras podrán tener así el artículo tal como queda generalmente reconocido: con unos pies y unas manos enormes, aspiración total de las vocales y eliminación de las aspiraciones gramaticales, sin

rostro (sólo las muchachas pertenecientes a la clase media poseen rostro; un rostro está más allá de los medios de que dispone una criada), un flequillo (por regla general, consenso), y una alegre disposición a hacer caso omiso, a cambio de media corona, del respeto que se debe a sí misma. Ésta es la criada inglesa corrientemente aceptada, la típica mujer inglesa, desprovista de dinero y de talento, tal como aparece en las obras de los escritores contemporáneos. Pero Delia era diferente, desde luego. Yo no puedo hacer más que lamentar esta circunstancia, pues ha quedado por completo fuera de mi control.

CAPÍTULO

XLI

EL DOCTOR CRUMP ACTÚA

A primera hora de la mañana siguiente, el Ángel tajó al pueblo y, saltando la valla, atravesó el cañaveral que bordea el Sidder, con las cañas llegándole hasta la cintura. Se iba hacia la bahía de Bandram para ver el mar de cerca, ya que sólo podía verse desde lejos en días muy claros, en los sitios más elevados del parque de Siddermorton. Y, de repente, se encontró con Crump, sentado sobre un tronco de árbol y fumando. (Crump consumía exactamente dos onzas de tabaco a la semana, y fumaba siempre al aire libre).

—¡Hola! —exclamó Crump, en su tono más saludable—. ¿Cómo va esa ala?

—Muy bien —contestó el Ángel—. Ya ha desaparecido el dolor.

—Supongo que no sabrá usted que se halla en una propiedad privada y que está violando la ley.

—¿Violando la ley? —repitió el Ángel.

—Supongo que no sabrá usted lo que eso significa —bromeó Crump.

—No, no lo sé —repuso el Ángel.

—Pues le felicito. No sé cuánto tiempo durará esto aún, pero está usted aguantando el tipo muy bien. Al principio creí que era usted una mezcla de genio y de loco, pero es usted pasmosamente congruente. Su actitud de absoluta ignorancia de los hechos elementales de la vida constituye, realmente, una postura muy divertida. A veces da algún resbalón, pero pocos. Pero es seguro que usted y yo nos comprendemos. —Y añadió—: Derrotaría usted a Sherlock Holmes. ¡Me gustaría saber quién es usted realmente!

El Ángel le devolvió la sonrisa, con las cejas enarcadas y las manos extendidas.

—Es imposible que usted sepa quién soy yo. Sus ojos están

ciegos, sus oídos sordos, su alma oscura a todo lo que hay de maravilloso en mí. De nada serviría que le dijese que he caído en su mundo.

El médico hizo un gesto con la pipa.

—No siga, por favor. No quiero entrometerme en sus asuntos si usted tiene sus razones para guardar silencio. Únicamente quisiera que tuviera usted en cuenta el estado mental de Hilyer. Hilyer cree realmente en su historia.

El Ángel encogió lo que aún quedaba de sus alas.

—Usted no lo conocía antes de todo esto. Ha cambiado de un modo tremendo. Solía ser un hombre preciso y amigo de las comodidades. Durante esta última quincena ha estado preocupado, con una mirada distante en sus ojos. El domingo pasado predicó con los puños sin gemelos, con la corbata mal puesta, y tomó como tema para su sermón: «Ojos que no ven y oídos que no oyen». Cree de buena fe todas esas paparruchas del País Angélico. ¡El pobre hombre está al borde de la monomanía!

—Usted juzga las cosas desde su punto de vista —dijo el Ángel.

—Igual que todo el mundo. De todos modos, considero lamentabilísimo tener que ver a ese pobre hombre hipnotizado, como indudablemente lo debe haber hipnotizado usted. No sé quién es usted ni de dónde procede, pero le advierto que no estoy dispuesto a permitir que dure más tiempo esto de tomarle el pelo al pobre viejo.

—Pero es que nadie le toma el pelo. Empieza sencillamente a soñar en un mundo por fuera de sus conocimientos...

—No me venga con cuentos —dijo Crump—. Yo no pertenezco a la clase de los incautos. Usted es una de estas dos cosas: un loco desatado, cosa que no creo, o un sinvergüenza. No es posible nada más. Creo conocer algo de este mundo, sea lo que sea lo que yo pueda conocer del suyo. Muy bien. Si no deja tranquilo a Hilyer, le denunciaré a la policía y lo meterán en la cárcel si se retracta usted de su historia, o en un manicomio si no se retracta. Será tal vez una exageración, pero le juro que estoy dispuesto a certificar mañana mismo que está usted loco con tal de que lo echen de este pueblo. Y no es sólo por el vicario. Ya lo sabe usted. Espero que habrá quedado esto claro. Y ahora, ¿qué tiene usted que decirme?

Afectando una gran calma, el médico abrió su cortaplumas y

empezó a rascar el interior de la pipa, que se le había apagado mientras pronunciaba el discurso.

Durante un momento no habló ninguno de los dos. El Ángel miraba a su alrededor con una cara cada vez más pálida. El médico extrajo un poco de tabaco de la pipa, lo tiró al suelo, cerró el cortaplumas y se lo metió en el bolsillo del chaleco. No había tenido la intención de hablar de un modo tan terminante, pero siempre se calentaba demasiado al hablar.

—¡Cárcel...! —murmuró el Ángel—. ¡Manicomio...! Vamos a ver, déjeme pensar...

Entonces se acordó de la explicación del vicario.

—¡Eso sí que no! —exclamó.

Se acercó a Crump con los ojos dilatados y las manos juntas.

—Ya me figuraba yo que *usted* sabría lo que significan esas cosas... de un modo u otro. Siéntese —dijo Crump, indicándole un sitio en el tronco, a su lado.

El Ángel, tiritando, se sentó y se quedó mirando al médico.

Crump se sacó la petaca.

—Es usted un hombre muy extraño —dijo el Ángel—. Sus creencias son como cepos de acero.

—Así es —convino Crump, halagado.

—Bueno, pues le digo... y le aseguro que lo que sucede es esto..., que no sé nada, o al menos nada recuerdo de este mundo antes de haberme encontrado en la oscuridad de la noche, en el marjal que domina a Sidderford.

—¿Dónde aprendió usted este idioma, pues?

—No lo sé. Solamente puedo decirle... Pero no tengo ni un átomo de la clase de pruebas que le convencerían a usted.

—¿Y usted cree realmente —dijo Crump volviéndose hacia él y mirándole a los ojos—, usted cree realmente haber estado antes en una especie de gloria celeste... antes de esta aventura?

—Sí, lo creo —afirmó el Ángel.

—¡Bah! —exclamó Crump encendiendo la pipa.

Permaneció sentado fumando, con los codos apoyados en las rodillas, durante un buen rato, y el Ángel también se quedó sentado observándolo. Luego el doctor cambió de expresión y pareció menos preocupado.

—Es muy posible —murmuró más para sí mismo que para el

Ángel.

Se produjo otro silencio.

De pronto, el doctor volvió a hablar:

—Es que existe un fenómeno llamado doble personalidad... A veces ocurre que un hombre se olvida de quién es y se cree ser otra persona. Abandona su hogar, sus amigos, todo, en fin, y lleva una doble vida. Ha habido un caso de éstos que se publicó en *Nature* hace cosa de un mes. El hombre en cuestión era unas veces inglés y manidestro y otras veces galés y zurdo. Cuando era inglés no sabía hablar en galés y cuando era galés no sabía hablar en inglés...

Se volvió súbitamente hacia el Ángel y exclamó:

—¡Su casa!

Se imaginaba que con aquello podría hacer revivir en el Ángel algún recuerdo latente de su olvidada juventud. Y siguió diciendo:

—Pap... papá... papaíto, mamá, padre, madre, madre mía, mamaíta... ¿Nada? ¿De qué se ríe?

—De nada —contestó el Ángel—. Me ha sorprendido usted un poco..., eso es todo. Hace una semana que me hubiese quedado atónito ante este vocabulario.

Durante un minuto, Crump observó silenciosamente al Ángel con el rabillo del ojo.

—Tiene usted una fisonomía muy ingenua. Casi me obliga a creerle. Ciertamente, usted no es un loco ordinario. Su mente, exceptuando su aislamiento del pasado, parece suficientemente equilibrada. Me gustaría mucho que Nordau o Lombroso o cualquiera de esos alienistas de la escuela de la Salpetrière le pudieran echar un vistazo. Por aquí no tenemos experiencia de casos mentales, una experiencia que valga la pena mencionar. Tenemos un pobre idiota, que es la idiotez personificada... Todos los demás son personas completamente cuerdas.

—Tal vez esto explique su conducta —repuso el Ángel, pensativo.

—Pero, considerando su situación general aquí —dijo Crump, ignorando el comentario del Ángel—, yo le considero a usted, realmente, como una mala influencia para el pueblo. Estas fantasías son contagiosas. Y no se trata simplemente del vicario. Hay un hombre, llamado Shine, que hace una semana que está borracho, con alternativas, y se ofrece a luchar contra quienquiera que diga

que usted no es un ángel. Luego, otro hombre, vecino de Sidderford, está, según me dicen, afecto de una especie de manía religiosa de la misma índole. Estas cosas cunden. Habría que establecerse una cuarentena para las ideas maliciosas. Y también he oído relatar otra historia...

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —replicó el Ángel—. Vamos a suponer que yo esté, de un modo completamente involuntario, cometiendo un daño...

—Puede usted marcharse de este pueblo —dijo Crump.

—Entonces todo lo que haré será irme a otro pueblo.

—Esto no es cosa mía —dijo Crump—. Vaya usted adonde mejor le parezca. Pero váyase. Deje tranquilas a estas tres personas: al vicario, a Shine y a esa criadita, cuyas cabezas están dando vueltas henchidas de fantasías de ángeles...

—Pero —dijo el Ángel— haga frente a su mundo. Yo ya le digo que no puedo. ¡Y abandonar a Delia! No comprendo... No sé cómo conseguir trabajo, alimento y cobijo. Y los seres humanos cada vez me dan más miedo...

—¡Fantasías! ¡Fantasías...! —interrumpió Crump observándolo—. ¡Manías...! De nada servirá que persista en molestarle a usted, pero ciertamente la situación se ha hecho imposible tal como está planteada ahora.

Se levantó bruscamente.

—Buenos días, *Mr...* Ángel —dijo—. La verdad de la cuestión está, y lo digo como consejero médico de esta parroquia, que usted resulta un elemento malsano. No podemos tenerle aquí. Debe usted marcharse.

Dio media vuelta y se fue, dando grandes zancadas por la hierba, a la carretera, dejando al Ángel, desconsolado, sentado sobre el tronco del árbol.

—¡Un elemento malsano! —repitió el Ángel lentamente, mirando sin ver e intentando percatarse de lo que aquello significaba.

CAPÍTULO

XLII

SIR JOHN GOTCH ACTÚA

Sir John Gotch era un hombrecillo de pelo estropajoso y nariz pequeña y delgada que se destacaba de una cara surcada de arrugas. Llevaba polainas marrón muy apretadas y un látigo.

—He venido, ya lo ve usted —dijo cuando *Mrs.* Hinijer hubo cerrado la puerta.

—Muchas gracias —contestó el vicario—. Le quedo muy agradecido, de veras agradecidísimo.

—Celebro poder serle útil —añadió *Sir* John Gotch con un tono singular.

—Este asunto —dijo el vicario—, este desdichado asunto de la alambrada... es realmente, ¿sabe usted?, un asunto desgraciadísimo.

Sir John Gotch adoptó una actitud más angular todavía.

—Así es —repuso secamente.

—Como *Mr.* Ángel es mi huésped...

—Esto no es razón para que corte mi alambrada —dijo John Gotch concisamente.

—En absoluto.

—¿Puedo preguntarle *quién* es ese *Mr.* Ángel? —preguntó *Sir* John Gotch con la brusquedad de una larga premeditación.

Los dedos del vicario saltaron a su mentón. ¿Qué se ganaría con hablar de ángeles a un hombre como *Sir* John Gotch?

—A decir verdad —dijo el vicario—, hay un pequeño secreto...

—*Lady* Hammergallow ya me lo ha contado.

La cara del vicario se puso repentinamente de un color rojo subido.

—¿Sabe usted —dijo *Sir* John Gotch, sin casi hacer ni una pausa — que ha ido por el pueblo predicando el socialismo?

—¡Cielos! —exclamó el vicario—. ¡No puede ser!

—Pues sí. Ha cogido por su cuenta a algunos campesinos de los que le han salido al paso preguntándoles por qué tenían ellos que trabajar mientras nosotros... yo y usted, ¿comprende...?, no hacíamos nada. Ha estado diciendo que nosotros tendríamos que educar a todos los hombres para que pudieran llegar al nivel de usted y al mío... pagando nosotros, es de suponer, como de costumbre. Les ha estado insinuando que nosotros... yo y usted, ¿comprende...?, mantenemos a esas gentes en la abyección... que los embrutecemos, en fin.

—¡Válgame Dios! —exclamó el vicario—. No tenía la menor idea.

—Ha cortado esta alambrada como una demostración socialista, se lo digo yo. Si no arremetemos contra él por las buenas, se lo digo yo, lo primero que hará será derribar la valla de Flinders Lane, e inmediatamente después incendiará las mieses y destruirá toda maldita... dispense, vicario, me gusta demasiado esta palabra... toda bendita cosa de valor que haya en la parroquia. Ya conozco a esos...

—¡Socialista! —repitió el vicario, completamente despistado—. ¡No tenía la menor idea!

—Ya ve usted, pues, por qué razón me siento inclinado a actuar contra su huésped, a pesar de esto, de ser su huésped. Me parece que se ha estado aprovechando de su paternal...

—¡Oh, paternal, *no!* —protestó el vicario—. Realmente...

—Dispéñseme usted, vicario... ha sido un desliz. Quiero decir que se ha aprovechado de su amabilidad para andarse por ahí sembrando cizaña, oponiendo una clase social a otra clase social y enfrentando al pobre contra el que lo sustenta.

Los dedos del vicario volvieron de nuevo al mentón.

—Así es que, una de dos —dijo *Sir* John Gotch—, o su huésped se va de este pueblo o... haré que lo procesen. Ésta es mi última palabra...

El vicario tenía la boca torcida.

—Ésta es la situación —dijo *Sir* John poniéndose de pie—. Si no fuera por usted, haría que lo procesaran inmediatamente. Tal como están las cosas, ¿qué le parece? ¿Hago que lo procesen o no?

—Es que... —dijo el vicario, horriblemente perplejo.

—Diga.

—Se podría llegar a una fórmula.

—Es un vago que no causa más que perjuicios... Conozco el paño. Pero le daré a usted una semana de tiempo...

—Muchas gracias —dijo el vicario—. Comprendo la posición de usted. Y me doy cuenta de que la situación se está haciendo intolerable...

—Lamento mucho tener que causarle toda esta molestia, claro está —dijo *Sir John*.

—Una semana —repitió el vicario.

—Una semana —confirmó *Sir John* marchándose.

El vicario volvió después de haber acompañado a Gotch hasta la calle y durante un buen rato permaneció sentado ante su escritorio, sumido en profundos pensamientos.

—¡Una semana! —dijo después de un inmenso silencio—. He aquí un ángel, un ángel glorioso que ha aguzado mi alma hacia la belleza y el gozo, que me ha abierto los ojos respecto al País de las Maravillas y hasta a algo más que al País de las Maravillas... y yo he prometido desprenderme de él en el término de una semana... ¿De qué estamos hechos los hombres...? ¿Cómo podré decírselo?

Se puso a andar de un lado para otro de la habitación; luego se fue al comedor y se quedó mirando el campo de trigo. La mesa ya estaba dispuesta para la comida. Al cabo de un rato, dio media vuelta todavía sumido en sus sueños, y casi maquinalmente se sirvió una copa de jerez.

CAPÍTULO

XLIII

EL ACANTILADO

EL Ángel hallábase tendido boca abajo en lo alto del acantilado que dominaba la bahía de Bandram, contemplando la brillante superficie del mar. Cortado a pico, por debajo de sus codos, el acantilado caía verticalmente desde una altura de quinientos o seiscientos pies, y las aves marinas volaban y se arremolinaban debajo de él. La parte superior del acantilado era una verdusca roca gredosa, los dos tercios inferiores de un color rojo cálido, jaspeado con bandas de yeso, y en algunos puntos brotaban manantiales de agua que caían en largas cascadas a lo largo del risco. Las olas se deshacían en montañas de blanca espuma sobre los pulidos peñascos, y el mar, más allá de la sombra proyectada por un destacado farallón, con regueros y copos de espuma. El aire estaba lleno de sol y del tintineo de las pequeñas cascadas y del lleno susurro del mar. De vez en cuando, una mariposa revoloteaba frente al acantilado y una multitud de aves marinas se posaban en la roca viva o volaban en todas direcciones.

El Ángel permanecía tendido con sus maltrechas alas encogidas sobre la espalda, contemplando las gaviotas, los grajos y las cornejas que describían círculos bajo la luz del sol, elevándose, arremolinándose, lanzándose como flechas hacia el mar o hacia el deslumbrador azul del cielo. Durante mucho tiempo, el Ángel se quedó observándolos cómo iban de un lado para otro con las alas extendidas. Los contempló arrobado y entonces se acordó con una nostalgia infinita de los ríos de estrellas y de la dulzura del país de donde procedía. Una gaviota apareció planeando sobre su cabeza, con vuelo rápido y fácil, con sus anchas alas extendidas, blancas y hermosas contra el fondo azul. Y de repente, una sombra atravesó la mirada del Ángel, el sol desapareció de sus ojos, y pensando en sus

propias alas maltrechas se cubrió el rostro con el brazo y lloró.

Una mujer que transitaba por el sendero de Cliff Field pudo ver sólo un jorobado, vestido con las ropas de desecho del vicario de Siddermorton, echado boca abajo en el mismo borde del acantilado con la cabeza escondida entre los brazos. La mujer lo miró y luego volvió a mirarlo.

—Ese pobre tonto se ha dormido —dijo.

Y aunque llevaba un pesado cesto, se acercó a él con la idea de despertarlo. Pero al aproximarse más vio que sus hombros se contraían en movimientos convulsos y oyó que sollozaba.

La mujer se quedó inmóvil un minuto y sus facciones se distendieron en una especie de media sonrisa. Luego andando muy despacito, se volvió hacia el sendero.

—¡Es tan difícil encontrar algo que decirle! —murmuró—. ¡Pobre alma afligida!

Entonces el Ángel cesó de sollozar y se quedó mirando, con la cara bañada en lágrimas, la playa que había al pie del acantilado.

—Este mundo —dijo el Ángel—, me envuelve y se me traga.

Mis alas se están encogiendo y se vuelven inútiles. Pronto no seré más que un hombre inválido, y envejeceré y tendré que inclinarme ante el dolor y morir... ¡Soy un desdichado! ¡Y estoy solo!

Se cogió el mentón con las manos, en el mismo borde del acantilado, y empezó a pensar en las facciones de Delia y en la luz de sus ojos. Sintió un curioso deseo de ir a ella y explicarle el fenómeno de sus alas marchitas. También hubiera querido estrecharla entre sus brazos y llorar por el país que había perdido.

—¡Delia! —murmuró dulcemente.

En aquel momento una nube pasó por delante del sol.

CAPÍTULO

XLIV

MRS. HINIJER ACTÚA

Mrs. Hinijer sorprendió al vicario después del té llamando con los nudillos en la puerta de su estudio.

—Le ruego que me perdone, *Mr. Hilyer* —dijo—, pero ¿puedo atreverme a hablar un momento con usted?

—¡Ya lo creo, *Mrs. Hinijer*! —repuso el vicario sin sospechar el golpe que iba a recibir.

El vicario tenía una carta en la mano, una carta del obispo, muy extraña y desagradable, una carta que le irritaba y le disgustaba profundamente, en la que se censuraba con frases muy fuertes a los huéspedes que se complacía en alojar en su casa. Sólo un obispo popular, en una época democrática, un obispo que era casi un pedagogo, podía haber escrito semejante carta.

Mrs. Hinijer tosió protegiéndose la boca con la mano y luchó contra cierta desorganización respiratoria. El vicario experimentó alguna aprensión. Generalmente, al principio de sus entrevistas era él quien se hallaba más desconcertado. Y lo mismo le ocurría al final.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—¿Podría atreverme a preguntarle cuándo se marcha *Mr. Ángel*? Y tosió ligeramente.

El vicario se sobresaltó.

—¿A preguntarme cuándo se marcha *Mr Ángel*? —repitió despacio, para ganar tiempo—. ¡*Otro...*!

—Lo siento mucho. Pero estoy acostumbrada a servir a caballeros, y usted no puede imaginarse lo que es servir a personas como él.

—¡Personas como... él! ¿Debo entender, *Mrs. Hinijer*, que le es antipático *Mr. Ángel*?

—Es que antes de servir a usted estuve diecisiete años en casa de *Lord Dundoller*, y usted, pidiéndole mil perdones, es un perfecto caballero... aunque sea hombre de iglesia. Entonces...

—¡Vaya, vaya! —interrumpió el vicario—. ¿Y no considera usted a *Mr. Ángel* un caballero?

—Siento mucho tener que decirlo, señor.

—Pero ¿qué...? ¡Válgame Dios...! ¿Acaso...?

—Siento mucho tener que decirlo así, señor. Pero cuando un hombre se vuelve vegetariano así de pronto y deja de lado todos los guisos, y no lleva equipaje, y pide de prestado las camisas y los calcetines a su huésped, y para comer guisantes emplea el cuchillo... esto lo he visto yo con mis propios ojos... y busca a las camareras para hablarles en los rincones más apartados, y dobla la servilleta después de comer, y se come el picadillo con los dedos, y se pone a tocar el violín a medianoche despertando a todo el mundo, y se queda mirando y sonriendo a las personas de más edad que él cuando suben la escalera, y en general se porta mal en muchísimas cosas de las que apenas es correcto que yo le hable a usted, no se puede evitar pensar mal de él. El pensamiento es libre, señor, y no se puede evitar que se llegue a determinadas conclusiones. Además, corren muchos rumores por el pueblo a causa de él... con esto y lo otro y lo de más allá. Yo veo en seguida quién es un caballero y quién no lo es. Yo y Susan y George hemos hablado de esto, ya que somos los servidores superiores, por decirlo así, y con experiencia, y dejando aparte a esa Delia, que deseo que no salga perjudicada por su culpa. Puede usted estar seguro de que *Mr. Ángel* no es lo que usted se figura, y cuanto más pronto se marche de esta casa, tanto mejor.

Mrs. Hinijer se calló bruscamente y se quedó jadeando, pero firme, y con la mirada siniestramente fija en el rostro del vicario.

—¡Pero, *Mrs. Hinijer*! —dijo el vicario.

Y añadió aparte:

—¡Oh, Dios mío...! Pero ¿qué habré hecho yo...?

—¡Quién sabe! —dijo *Mrs. Hinijer*—. Pero se habla mucho de ello en el pueblo.

—¡Qué tormento! —exclamó el vicario asomándose a la ventana. Volvióse luego hacia su ama de llaves.

—Oiga usted, *Mrs. Hinijer*... ¡*Mr. Ángel* se irá de esta casa

dentro de una semana! ¿Tiene usted bastante?

—Sí, señor —aprobó *Mrs.* Hinijer—. Y estoy segura, señor...

Los ojos del vicario indicaron con inusitada elocuencia el camino de la puerta.

CAPÍTULO

XLV

EL ÁNGEL PASA APUROS

—**L**o cierto es —dijo el vicario— que este mundo no está hecho para los ángeles.

No se habían echado los postigos y el mundo exterior crepuscular, bajo un cielo nublado, parecía indeciblemente gris y frío. El Ángel estaba sentado ante la mesa, silencioso y desalentado. Su inevitable partida había ya sido proclamada. Ya que su presencia ofendía a la gente y hacía desdichado al vicario, estaba de acuerdo con la justicia que informaba aquella decisión, pero no podía imaginarse lo que le sucedería una vez tomada esta resolución decisiva. Algo muy desagradable, sin duda.

—Ahí está el violín —dijo el vicario—. Sólo que después de lo ocurrido... Tengo que proporcionarle ropa..., un traje completo y ropa interior... ¡Válgame Dios! ¡Usted no sabe viajar en tren! ¡Y el valor de la moneda! ¡Y alquilar una vivienda! ¡Y las casas de comida...! Tendré que acompañarle hasta que esté usted bien aposentado. Y buscarle trabajo. Pero ¡un Ángel en Londres! ¡Y trabajando para ganarse la vida! ¡En aquella selva humana, tan fría y tan gris! ¿Qué será de usted...? ¡Si yo tuviera un solo amigo en el mundo en quien pudiese confiar, que creyera en mí...! No, no debería echarlo de aquí...

—No se preocupe demasiado por mí, amigo mío —dijo el Ángel—. Al menos, esta vida que viven ustedes tiene un término. Y hay cosas interesantes en ella. Hay algo en esta vida de ustedes... Creí que no había nada hermoso en la vida... ¡Y usted se cuida de mí...!

—¡Y le he traicionado! —exclamó el vicario con una súbita oleada de remordimiento—. ¿Por qué no me enfrenté con todos ellos? ¿Por qué no les dije: «Esto es lo mejor de la vida»? ¿Qué importan esas minucias cotidianas?

Se interrumpió bruscamente y luego añadió:

—¿Qué diablos importan?

—Yo sólo he intervenido en su vida para causarle molestias — dijo el Ángel.

—No diga eso —protestó el vicario—. Usted ha intervenido en mi vida para despertarme. Yo estaba soñando... soñando. Soñando que esto y lo otro eran cosas necesarias. Soñando que esta angosta prisión era el mundo. Y este sueño aún se cierne sobre mí y me obsesiona. Eso es todo. Hasta su partida... ¿No estoy acaso soñando que usted tiene que irse?

Cuando estuvo acostado aquella noche, el aspecto místico de la cuestión se presentó más vigorosamente a la mente del vicario. Estuvo despierto y le conturbaron las más horrendas visiones respecto a su dulce y delicado visitante, a la deriva por este mundo hostil, agobiado por las más crueles desgracias. Su huésped *era* un Ángel, sin duda alguna. Intentó recordar todo lo ocurrido durante los ocho últimos días. Pensó de nuevo en aquella cálida tarde de verano, en el tiro disparado maquinalmente, en las revoloteantes alas irisadas y en la hermosa figura vestida con una especie de túnica de color de azafrán tendida en el suelo. ¡Qué maravilloso le había parecido todo aquello! Luego sus pensamientos pasaron a las cosas que había oído, referentes al otro mundo, a los ensueños que el violín había evocado, a las vagas, fluctuantes y maravillosas ciudades del País Angélico. Intentó traer de nuevo a la memoria las formas de los edificios, el aspecto de las frutas en los árboles, la figura de las formas aladas que atravesaban su ambiente. Todas estas imágenes pasaron de la memoria a la realidad presente, se hicieron por momentos más vividas y sus problemas se hicieron al mismo tiempo menos inmediatos. Y así, suave y quedamente, el vicario se deslizó desde sus problemas y sus perplejidades hasta el País de los Sueños.

CAPÍTULO XLVI

Delia se hallaba sentada junto a la ventana abierta esperando oír el violín del Ángel. Pero aquella noche no iba a haber violín. El cielo estaba nuboso, pero no tanto que no pudiese vislumbrarse la luna. En lo alto, un deshilachado encaje de nubes atravesó el firmamento, y la luna tan pronto era un nebuloso topo de luz, como quedaba oscurecida totalmente o flotaba clara y brillante y bien contorneada sobre el abismo azul de la noche. De pronto, la joven oyó que se abría la verja del jardín y bajo la cambiante palidez de los rayos de luna se dibujó una figura.

Era el Ángel. Llevaba su traje color de azafrán en vez de su informe gabán. Bajo aquella luz incierta, la ropa tenía sólo un débil resplandor incoloro, y las alas, plegadas, parecían de un color gris plomizo. Empezó el Ángel a correr, aleteando y saltando, yendo de un lado a otro, por entre los movedizos claros de luz y la sombra de los árboles. Delia lo contemplaba muda de asombro. El Ángel profirió un grito de desaliento, y saltó más alto. Sus encogidas alas se extendieron un momento, pero volvió a caer. Un nubarrón más oscuro, pasando por delante de la fina película de nubes, lo dejó todo en tinieblas. Pareció como si se elevase cinco a seis pies para volver a caer torpemente. Delia lo percibió en la penumbra, agazapado en el suelo, y luego lo oyó sollozar.

—¡Se ha hecho daño! —dijo Delia apretando los labios y mirando con los ojos muy abiertos—. Tendría que ir a ayudarle.

Vaciló un momento, luego se dirigió con paso ligero y suave hacia la puerta, se deslizó silenciosamente escalera abajo y salió al exterior, bajo la luz de la luna. El Ángel aún estaba caído sobre el césped, sollozando de tanta desventura.

—¡Oh! ¿Qué le pasa? —preguntó la muchacha, inclinándose hacia él y tocándole la cabeza, tímidamente.

El Ángel cesó de sollozar, se incorporó bruscamente y se la quedó mirando. Vio su rostro, iluminado por los rayos de la luna y tierno de compasión.

—¿Qué le pasa? —insistió ella—. ¿Está usted herido?

El Ángel miró a su alrededor y sus ojos se posaron finalmente en el rostro de ella.

—¡Delia! —murmuró.

—¿Está usted herido? —preguntó de nuevo Delia.

—¡Mis alas! —gimió el Ángel—. No puedo mover mis alas.

A Delia le acongojó en extremo ver lágrimas en el rostro de él, y no supo qué hacer.

—¡Tenga lástima de mí, Delia! —dijo el Ángel extendiendo los brazos de repente hacia ella—. ¡Tenga lástima de mí!

Impulsivamente, ella se arrodilló cogiéndole la cara con las manos.

—No sé qué le pasa —dijo—, pero créame que lo siento. Lo siento mucho por usted, con todo mi corazón.

El Ángel no dijo nada. Estaba contemplando el lindo rostro a la luz de la luna, con una expresión de incomparable admiración.

—¡Qué mundo tan extraño! —dijo.

Ella, de repente, retiró las manos. Una nube pasó sobre la faz de la luna.

—¿Qué puedo hacer por usted? —susurró—. Haría cualquier cosa por ayudarle.

Él la tenía cogida por el brazo, mientras en su rostro la expresión de infortunio se trocaba por otra de perplejidad.

—¡Qué mundo tan extraño! —repitió.

Ambos hablaron en voz baja, ella arrodillada, él sentado en el fluctuante claroscuro del césped.

—¡Delia! —gritó *Mrs.* Hinijer, proyectándose, de sopetón, desde su ventana—. ¡Delia! ¿Eres tú?

Los dos levantaron la cabeza, llenos de consternación.

—¡Entra inmediatamente, Delia! —dijo *Mrs.* Hinijer—. Si ese *Mr.* Ángel fuera un caballero, que no lo es, se avergonzaría de su conducta..., siendo tú huérfana, además...

CAPÍTULO

XLVII

EL ÚLTIMO DÍA DE LA VISITA

Al día siguiente por la mañana, el Ángel, después de desayunar, encaminóse hacia el marjal, y Mrs. Hinijer celebró una entrevista con el vicario. Lo que allí ocurrió no nos interesa ahora. El vicario estaba visiblemente desconcertado.

—*Debe irse* —dijo—. Es preciso que se vaya... Pronto se olvidó de la acusación específica ante la preocupación general. Se pasó la mañana en nebulosas meditaciones, intercaladas con un estudio espasmódico de la lista de precios de «Skiff and Waterlow» y del catálogo de los «Medical, Scholastic and Clerical Stores». Una columna de nombres de prendas de vestir se fue formando lentamente en una hoja de papel que tenía delante, sobre la mesa escritorio. Recortó el modelo-ficha para tomarse medida a sí mismo de la sección de sastrería de los «Stores» y lo prendió con un alfiler en una cortina del estudio. He aquí el tipo de documento que estaba redactando:

Una levita negra de paño melton. ¿Modelos? Tres libras, diez chelines.

¿Pantalones? Dos o uno.

Un traje de cheviot. (Escribir pidiendo modelos. ¿Medidas tomadas en casa?).

El vicario se pasó algún tiempo estudiando un agradable álbum de modelos para caballero. Todos aquellos caballeros eran muy apuestos, pero halló difícil imaginarse al Ángel transfigurado de aquel modo. Porque, a pesar de haber transcurrido ya seis días, el Ángel seguía sin tener traje propio. El vicario había dudado entre el propósito de llevar al Ángel a Portbrod-dock para que le tomaran

las medidas de un traje y su absoluto horror a las maneras insinuantes del sastre que le servía. Sabía que aquel sastre le pediría una explicación. Además, no se sabía cuándo se marcharía el Ángel. Así habían transcurrido seis días y el Ángel había ido percatándose de la lógica de este mundo y envolviendo su brillo propio en el amplio retraimiento de las ropas más nuevas del vicario.

Un sombrero de fieltro, del número 7 (digamos), ocho chelines y seis peniques.

*Un sombrero de copa, catorce chelines y seis peniques.
¿Sombrerera?*

—Supongo que necesitará un sombrero de copa —dijo el vicario—. Es lo correcto aquí. El modelo número 3 parece ser el más apropiado a su tipo. Pero es espantoso imaginárselo solo en aquella gran ciudad. Nadie lo comprenderá y él no comprenderá a nadie. No obstante, supongo que tendrá que ser así. ¿Dónde estaba yo?

Un cepillo de dientes. Un cepillo y un peine. ¿Navaja de afeitar?

Media docena de camisas (¿medir el cuello?), seis chelines cada una.

¿Calcetines? ¿Calzoncillos?

Dos pijamas. ¿Precio? Digamos quince chelines.

Una docena de cuellos (marca «The Life Guardsman»), ocho chelines.

Tirantes. «Oxon Patent Versatile», un chelín y once peniques y medio.

—Pero ¿cómo se los pondrá? —dijo el vicario.

Un sello de goma, T. Ángel, y tinta de marcar ropa blanca, todo en una cajita, nueve peniques.

—Esas lavanderas es seguro que se lo van a robar todo.

Un cortaplumas de una sola hoja con sacacorchos, digamos un chelín y seis peniques.

*¡Ojo! No olvidar gemelos y botones de
camisa, & (Al
vicario le gustaba poner
«&».
Esto daba a las cosas un aire preciso y comercial).
Una maleta de cuero. (Tendría que verlas antes).*

Y así sucesivamente... siguiendo su inspiración. Aquello mantuvo al vicario ocupado hasta la hora de comer, a pesar de que le dolía en el alma.

El Ángel no compareció a la hora de comer. Esto no tenía nada de particular, pues ya en otra ocasión dejó de comparecer a la hora de la comida. No obstante, considerando el poco tiempo que les quedaba de estar juntos, bien pudiera haber ido a comer aquel día. Sin embargo, era indudable que tendría sus razones para explicar su ausencia. Él vicario tuvo una comida más bien triste. Después de comer descansó un rato, como de costumbre, y añadió unas cuantas entradas más a la lista de compras. No se sintió inquieto por el Ángel hasta la hora del té. Esperó más de media hora antes de decidirse a tomarlo.

—¡Qué raro! —dijo el vicario, sintiéndose cada vez más solo.

Al aproximarse la hora de cenar sin que apareciera el Ángel, la imaginación de aquél empezó a trabajar.

«Vendrá a cenar, con toda seguridad», se dijo el vicario acariciándose el mentón.

Y se puso a andar inquieto de un lado para otro de la casa, sin objetivo alguno, como solía hacer cuando se presentaba algo que rompía su rutina cotidiana.

El sol, en su ocaso, ofrecía un magnífico espectáculo, en medio de las masas de nubes moradas. El oro y el escarlata fueron desvaneciéndose en el crepúsculo y el lucero vespertino se arrojó con su manto de luz en el resplandor del cielo occidental. Rompiendo el silencio del anochecer que se deslizaba sobre el mundo exterior, un sapo inició su silbido chirriante. El rostro del vicario se ensombreció. Dos veces fue a echar un vistazo a la ladera de la colina, cada vez más oscura, para volver a entrar en la casa, más inquieto que nunca. *Mrs. Hinijer* sirvió la cena.

—La cena está servida —anunció dos veces con una entonación

llena de reproches.

—Sí, sí —dijo el vicario desde lo alto de la escalera y cada vez más agitado.

Volvió a bajar para dirigirse a su estudio y encender su lámpara de leer, modelo patentado con un pabito incandescente, y tiró la cerilla en la papelera sin pararse a ver si estaba apagada. Luego volvió a subir al comedor, tan agitado como antes, y empezó un inconexo ataque a la cena que se estaba enfriando...

(Querido lector, ha llegado la hora de decirle adiós a este pequeño vicario nuestro).

CAPÍTULO XLVIII

Sir John Gotch, molesto aún por el asunto de la alambrada, cabalgaba por uno de los verdeantes senderos del coto, a la orilla del Sidder, cuando vio paseándose por entre los árboles, más allá de la maleza, precisamente el único ser humano que menos hubiera querido ver.

—¡Que me ahorquen —dijo *Sir John Gotch*, con inmenso énfasis — si esto no es ya demasiado!

Y poniéndose de pie sobre los estribos, gritó:

—¡Eh... ¡ ¡Oiga usted!

El Ángel se volvió sonriendo.

—¡Salga de ese bosque! —vociferó *Sir John Gotch*.

—¿*Por qué?* —dijo el Ángel.

—Que me... —rugió *Sir John Gotch* meditando alguna interjección de cataclismo.

Pero como no pudo encontrar otra más que el consabido «ahorquen», se limitó a añadir:

—¡Salga de este bosque!

La sonrisa del Ángel se desvaneció.

—¿Por qué tengo que marcharme de este bosque? —preguntó quedándose inmóvil.

Ambos permanecieron callados durante medio minuto, y luego *Sir John Gotch* saltó de la silla y se situó al lado de su caballo.

Ahora bien, debéis recordar, no sea que con ello quedaran desacreditadas las huestes angélicas, que el Ángel había estado respirando la emponzoñada atmósfera de la Lucha por la Existencia de nuestro mundo durante más de una semana. No fueron únicamente sus alas y la expresión de su rostro los que sufrieron por ello. Había comido y dormido, y había aprendido la lección del dolor. Hasta aquí había viajado en la senda de la humanidad. A todo lo largo de su visita se había encontrado con muchas de las asperezas y muchos de los conflictos de este mundo, y había estado perdiendo contacto con las gloriosas altitudes de su propio mundo.

—No quiere usted irse, ¿eh? —preguntó Gotch empezando a guiar a su caballo por entre los matorrales hacia el Ángel.

El Ángel seguía inmóvil, con los músculos contraídos y los nervios temblorosos, esperando la aproximación de su antagonista.

—¡Salga de este bosque! —gritó Gotch deteniéndose a tres metros de distancia, blanco de rabia, con la brida en una mano y el látigo en la otra.

Unas extrañas oleadas de emoción invadían al Ángel.

—¿Quién es usted —preguntó en voz baja y temblorosa—, y quién soy yo para que usted me ordene que salga de aquí? ¿Cómo ha hecho el mundo hombres como usted...?

—Usted es el animal que cortó mi alambrada —dijo Gotch amenazadoramente—. ¿No es eso lo que quiere saber?

—¡Su alambrada...! —dijo el Ángel—. ¿Era *suya* aquella alambrada? ¿Es usted el hombre que puso aquella alambrada? ¿Con qué derecho...?

—No me venga usted ahora con sandeces socialistas —chilló Gotch con palabras entrecortadas—. Este bosque es mío y tengo el derecho de protegerlo como pueda. ¡Ya sé de qué clase de gentuza es usted! ¡Predicar tonterías para promover el descontento! Y si usted no se marcha de aquí más que de prisa...

—Bueno, ¿y qué? —interrumpió el Ángel con inusitada energía.

—¡Salga usted de este maldito bosque...! —exclamó Gotch fanfarronamente, alarmado al ver la expresión que apareció en el semblante del Ángel.

Dio un paso hacia él, con la fusta levantada, y entonces ocurrió algo que ni él ni el Ángel acabaron de entender. El Ángel pareció dar un salto en el aire, un par de alas grises aletearon ante el hidalgo, que vio un rostro que se le echaba encima desde lo alto, lleno de la salvaje belleza de la ira apasionada. La fusta le fue arrebatada de la mano. El caballo se encabritó, tiró de la brida, se la arrancó de la mano y huyó a campo traviesa.

El látigo cruzó la cara de *Sir John* al caer éste de espaldas y volvió a cruzárselo al quedar sentado en el suelo. Vio al Ángel, radiante de cólera, en el acto de fustigarle de nuevo. Gotch se incorporó sobre las manos, se echó hacia delante para protegerse la cara y fue rodando por el suelo bajo la implacable furia de los latigazos que llovían sobre él.

—¡Bruto! —gritaba el Ángel, fustigándole allí donde veía que había carne sensible—. ¡Bestial engendro de orgullo y mentira! ¡Tú que pretendes eclipsar las almas de los demás! ¡Toma, tonto de nacimiento, con tus caballos y tus perros! ¡Para que levantes el rostro contra cualquier ser viviente, si te atreves! ¡Aprende! ¡Aprende! ¡Aprende!

Gotch empezó a chillar pidiendo socorro. Dos veces intentó ponerse de pie, pero sólo pudo ponerse de rodillas para volver a rodar por el suelo arrollado por la ira feroz del Ángel. De pronto, un extraño sonido se escapó de su garganta y cesó hasta de agitarse bajo el castigo infligido.

Entonces, el Ángel se despertó de su acceso para encontrarse, jadeante y tembloroso, con el pie encima de una figura inmóvil, bajo la verde quietud de los bosques iluminados por el sol.

Miró a su alrededor, luego a sus pies donde, entre el enredo de hojarasca, aparecía una maraña de pelo tinta en sangre. El látigo cayó de sus manos y el color huyó de su rostro.

—¡Dolor! —exclamó—. ¿Por qué yace tan quieto?

Quitó el pie del hombro de Gotch, se inclinó hacia la postrada figura, permaneció un momento escuchando, se arrodilló... y lo sacudió.

—¡Despiértese! —dijo el Ángel.

Y, en seguida, más suavemente:

—¡Despiértese!

Estuvo escuchando durante irnos minutos, se irguió bruscamente y miró a su alrededor los árboles silenciosos. Una sensación de profundo horror descendió sobre él envolviéndolo por completo. Con un gesto brusco dio media vuelta.

«¿Qué me ha sucedido?», murmuró desprovisto.

Se apartó de aquella figura inmóvil.

—¡Muerto! —dijo de repente, y girando en redondo, presa de pánico, huyó a todo correr a través del bosque.

CAPÍTULO XLIX

Transcurrieron unos minutos después que hubieron dejado de oírse las pisadas del Ángel en la lejanía hasta que Gotch se incorporó apoyándose con la mano.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Crump tiene razón... Me ha hecho un corte en la cabeza, además...

Se llevó la mano a la cara y palpó los verdugones que la cruzaban, calientes e hinchados.

—Lo pensaré dos veces antes de volver a levantar la mano contra un loco —dijo *Sir John Gotch*—. Puede que sea débil de inteligencia, pero maldito sea si no tiene fuerte el brazo... ¡Uf! Me ha cercenado un pedazo de oreja con este rebenque infernal... Y el caballo no menos infernal, se irá galopando hasta casa según el consabido estilo dramático... ¡Vaya susto que se va a llevar mi esposa...! Y yo... Yo tendré que explicar todo lo ocurrido. Mientras ella me hará la vivisección a preguntas... Estoy decidido a poner cepos y lazos en este coto. ¡Al cuerno la ley!

CAPÍTULO L

Pero el Ángel, convencido de que Gotch estaba muerto, se fue, errabundo, lleno de remordimientos y temores, por los zarzales y matorrales de las orillas del Sidder. Difícilmente podréis imaginaros lo aterrado que se sintió después de esta última y abrumadora prueba de su usurpadora humanidad. Toda la oscuridad, la pasión y el dolor de la vida parecía asediarle inexorablemente, empezando ya a formar parte de él, encadenándole a todo aquello que una semana antes había encontrado tan extraño y digno de lástima en los hombres.

—Verdaderamente, éste no es un mundo para un Ángel —dijo—. Éste es un mundo de Guerra, un mundo de Dolor, un mundo de Muerte. La ira le invade a uno... Yo, que no sabía lo que era el dolor ni la ira, estoy aquí con las manos manchadas de sangre. He caído. Venir a este mundo es caer. Aquí se tiene hambre y sed y se está atormentado por mil deseos. Hay que luchar por un palmo de tierra, hay que enfurecerse y pegar...

Elevó las manos al cielo, con la expresión de una extrema amargura y de un irremediable remordimiento en el rostro, y las dejó caer otra vez con un gesto de desesperación. Los muros de la cárcel de esta vida angosta y apasionada parecían trepar y elevarse por encima de su cabeza, segura e implacablemente, para aplastarlo. Sintió aquello que todos nosotros, pobres mortales, hemos de sentir tarde o temprano: la despiadada fuerza de las Cosas Que Tienen Que Ser, no sólo por fuera de nosotros, donde existe el verdadero problema, sino por dentro, todo el inevitable tormento de nuestras elevadas resoluciones, las temporadas inevitables en que lo mejor que hay en nosotros queda olvidado. Pero en nosotros esto constituye un suave descenso, recorrido en gradaciones imperceptibles durante largos años mientras que en él era el horrible descubrimiento realizado en una breve semana. Se sintió tullido, contrahecho, cegado, entorpecido por las fatales envolturas de esta vida. Se sintió como debe sentirse un hombre que haya ingerido un terrible veneno, y siente la obra de destrucción que va

ganando terreno en su interior.

No hizo caso del hambre, de la fatiga ni de la huida del tiempo. Siguió adelante, esquivando casas y carreteras, huyendo de la vista y de la voz de los seres humanos, en muda y desesperada protesta contra el Destino. Los pensamientos no corrían por su mente, sino que se hallaban estancados en inarticulada protesta contra su degradación. La casualidad dirigió sus pasos hacia su casa, y finalmente, ya de noche, se encontró débil, cansado y desdichado, dando traspiés por el marjal que hay detrás de Siddermorton. Oyó cómo los ratones corrían y chillaban en la maleza, y en una ocasión un gran pajarraco salió sin hacer ruido de la oscuridad, pasó por encima de él y se desvaneció de nuevo. Y el Ángel vio, sin fijarse, un resplandor rojo oscuro en el cielo, frente a él.

CAPÍTULO LI

Pero cuando traspasó la cumbre del marjal una vivísima luz brotó frente a él de un modo que no podía permanecer ignorada. El Ángel bajó la cuesta y en seguida vio distintamente de qué se trataba. Aquel resplandor procedía de unas largas y temblorosas lenguas de fuego, rojas y doradas, que salían disparadas como flechas de las ventanas y de un boquete abierto en el tejado de la vicaría. Grupos de negras cabezas, todos los vecinos del pueblo, excepto los bomberos, que habían ido a casa de Aylmer, para buscar la llave del cuarto de la bomba, destacaban su silueta contra el fondo del incendio. Se oyó un gran estruendo, un tumulto de voces e inmediatamente una furiosa gritería. Se oyeron gritos de: «¡No...! ¡No...!». «¡Salga usted!», seguido de un rugido inarticulado.

El Ángel echó a correr hacia la casa incendiada, tropezó y casi se cayó, pero siguió corriendo. Se encontró con siluetas negras corriendo a su alrededor. Las llamaradas se inclinaban a uno o a otro lado, según de donde soplaran las ráfagas de viento, y se percibía perfectamente el olor a quemado.

—¡Ella está dentro! —gritó una voz—. ¡Ella está dentro!

—¡Esas mujeres! —comentó alguien.

—¡Quitaos de aquí, quitaos de aquí! —ordenaron unos individuos.

El Ángel se encontró entre una excitada y oscilante multitud, que miraba las llamas con un reflejo rojizo en los ojos.

—¡Quítese de ahí! —gritó un obrero cogiéndole un brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó el Ángel—. ¿Qué significa esto?

—¡Hay una muchacha dentro de la casa y no puede salir!

—Entró a buscar un violín —dijo otro.

—No se puede hacer nada —oyó que decía otro.

—Yo estaba a su lado... Y oí cómo decía: «*Puedo* ir a coger el violín». Yo la oí... Dijo así: «¡*Puedo* ir a coger su violín!».

Durante un momento el Ángel permaneció mirando la casa que ardía con los ojos muy abiertos. Luego, como un relámpago, lo vio todo. Vio este siniestro mundillo de batallas y crueldades

transfigurado con un esplendor que sobrepasaba el del País Angélico, bañado súbitamente e insoportablemente glorioso con la maravillosa luz del Amor y del Propio Sacrificio. Profirió un extraño grito, y antes de que nadie pudiese detenerlo, echó a correr hacia el edificio incendiado.

Se oyeron gritos:

—¡El jorobado! ¡El forastero!

El vicario, cuya mano abrasada estaban vendando, volvió la cabeza y él y Crump pudieron ver al Ángel, como una negra silueta recortada contra el intenso resplandor rojo de la puerta. Fue la sensación de una décima de segundo, y, no obstante, ninguno de aquellos dos hombres hubiera podido acordarse de aquella actitud transitoria más vivamente si hubiera sido una pintura que hubiesen estado estudiando juntos durante horas enteras. Entonces el Ángel quedó oculto por un objeto macizo (nadie supo qué) que cayó, incendiado, obstruyendo la puerta.

CAPÍTULO LII

Se oyó un grito: «¡Delia!», y nada más. Pero súbitamente brotaron de nuevo las llamas con un brillo cegador interrumpido por mil parpadeantes destellos de espadas. Y una ráfaga de chispas fulgurando en mil colores giró en remolino cielo arriba hasta desvanecerse. Precisamente en aquel momento, y durante unos segundos, debido a algún extraño accidente, un raudal de música, como la voz vibrante y sonora de un órgano, se entremezcló con el crepitar de las llamas.

El pueblo entero, congregado allí como una masa de topos negros, oyó el sonido (salvo Gaffer Siddons, que era sordo) un sonido extraño y hermosísimo, que se desvaneció en seguida. Lumpy Durgan, el idiota de Sidderford, dijo que había empezado y terminado como el abrir y el cerrar de una puerta.

Pero la pequeña Hetty Penzance tuvo la bonita y fantástica visión de dos figuras aladas, que se desvanecieron como un relámpago entre las llamas.

Después de esto, empezó a languidecer pensando siempre en lo que había visto y en lo que veía en sueños y se volvió abstraída y extraña. Aquello apenó profundamente a su madre. Hetty Penzance se volvió muy frágil, como si se estuviera marchitando en este mundo, y sus ojos adquirieron una expresión extraña y distante. Se puso a hablar de ángeles y de colores irisados y de alas doradas y estaba siempre cantando un fragmento de tonada, sin significado alguno, de un aire que nadie conocía. Hasta que Crump la tomó por su cuenta y la curó con un régimen de engorde, jarabe de hipofosfitos y aceite de hígado de bacalao.

EPÍLOGO

Y aquí termina la historia de la Visita Maravillosa. El epílogo lo pone *Mrs. Mendham*. En el cementerio parroquial de Siddermorton hay dos crucecitas blancas muy juntitas, allí donde los zarzales trepan por la tapia hasta sobresalir por arriba. Una lleva inscrito el nombre de Thomas Ángel y la otra el nombre de Delia Hardy y las fechas de las defunciones coinciden. En realidad no hay, allí debajo, nada más que las cenizas del avestruz disecado del vicario. (Ya recordaréis que el vicario tenía aficiones ornitológicas). Yo vi estas sepulturas en cierta ocasión en que *Mrs. Mendham* me estaba enseñando el nuevo monumento funerario a De la Beche. (Mendham era vicario desde la muerte de Hilyer).

—El granito lo trajeron de Escocia —dijo *Mrs. Mendham*—, y costó un dineral... no me acuerdo cuánto..., pero en fin, muchísimo dinero. Es la comidilla del pueblo.

—Mamá —dijo Cissie Mendham—, estás pisando una tumba.

—¡Válgame Dios! —exclamó *Mrs. Mendham*—. ¡Qué poca atención! ¡Y en la tumba del jorobado! Pero realmente usted no puede tener idea de lo muchísimo que les costó este monumento... Y, a propósito, estas dos personas sucumbieron en el incendio de la antigua vicaria. Es una historia muy extraña. Él era un personaje muy curioso: un violinista jorobado que vino nadie sabe de dónde y se impuso al párroco hasta un punto increíble. Tocaba el violín de oídas y de un modo muy presuntuosos, y más tarde descubrimos que no sabía ni una nota de música... ¡Ni una nota! Se le puso en evidencia ante un buen número de personas. Entre otras cosas, según parece, había tenido «algo que ver», tal como dice la gente, con una de las criadas, una chica insignificante, pero muy lista... Pero valdrá más que se lo explique todo Mendham. El violinista era medio tonto y singularmente deforme. ¡Qué extraños son los caprichos de las muchachas!

Miró severamente a Cissie, y Cissie se sonrojó hasta el blanco de los ojos.

—La criada quedó cercada por el fuego, dentro de la casa, y él se

metió entre las llamas intentando salvarla. Muy romántico, ¿no es cierto? De todos modos, él tocaba el violín bastante bien, a su manera, de un modo intuitivo... Todos los pellejos disecados del pobre párroco se quemaron al mismo tiempo. Era casi lo único que le interesaba de veras. Nunca pudo rehacerse de aquel golpe. Vino a vivir con nosotros..., porque no había otra casa disponible en el pueblo, pero nunca pareció sentirse dichoso. Parecía estar muy agitado. Nunca he visto un hombre tan cambiado. Intenté animarle un poco, pero sin ningún resultado..., sin ningún resultado en absoluto. Tenía extrañas alucinaciones de ángeles y qué sé yo. Por esto su compañía era algo desagradable a veces. Decía oír música y se quedaba estúpidamente con la vista fija en el vacío durante horas enteras. Descuidó su indumentaria... Murió al cabo de un año del incendio.



HERBERT GEORGE WELLS, más conocido como H.G. Wells (21 de septiembre de 1866 en Bromley, Kent - 13 de agosto de 1946 en Londres), fue un escritor, novelista, historiador y filósofo británico. Fue uno de los primeros escritores de ciencia ficción, género con el que consiguió convertirse en un clásico de la literatura de anticipación.

Tuvo varios trabajos y comenzó a formarse en Biología. Debido a su falta de recursos económicos, tardó varios años en licenciarse. Poco después, debido a problemas físicos, decidió dedicarse a la escritura de manera constante. Su obra es prolífica, con más de cien libros y multitud de cuentos, y en ella podemos encontrar tanto obras de ciencia ficción, como *La guerra de los mundos* (1898) o *La máquina del tiempo* (1895) —ambas llevadas al cine en más de una ocasión—, como obras de corte social, *Tono Bungay* (1909), o centradas en el estudio de la historia.

De fuertes convicciones políticas, H.G. Wells defendió la posibilidad de una sociedad utópica, y criticó duramente a políticos y mandatarios, sobre todo en relación a los conflictos armados y las guerras mundiales.

Por sus escritos relacionados con ciencia, en 1970 se decidió en su

honor llamarle H.G. Wells a un astroblema lunar ubicado en el lado oscuro de la Luna.